86113 v.2 946.02
Sanchez-Albornoz, C. Sa5e

# LA ESPAÑA MUSULMANA

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

# LA ESPAÑA MUSULMANA

*Según los autores islamitas y cristianos medievales*

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO II

LIBRERIA "EL ATENEO" EDITORIAL
BUENOS AIRES - LIMA - RIO DE JANEIRO - CARACAS
MONTEVIDEO - MEXICO - BARCELONA

**PRIMERA EDICIÓN**
*Agosto 1946*

**SEGUNDA EDICIÓN**
*Julio 1960*

**IMPRESO EN LA ARGENTINA**
Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1960. "El Ateneo" Pedro García S. A. Librería, Editorial e Inmobiliaria, Florida 340, Buenos Aires

946.02
Sa5e

# IV

## LOS REINOS DE TAIFAS

86113

LIBRARY

# FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO: LOS REINOS DE TAIFAS

*Tras las revoluciones cordobesas y la crisis de la autoridad califal que fue su inmediato corolario, como siempre ha ocurrido en España —en la España mora y en la España cristiana— cuando el poder central ha caído en la impotencia, la anarquía dominó la Península y triunfó el secesionismo. Hombres audaces, ambiciosos y afortunados se arrogaron el poder en diversas ciudades importantes y en pequeñas poblaciones secundarias y se tallaron reinos o reinecillos de extensión y de vitalidad diversas. De entre esos nuevos soberanos, muchos pertenecían a las viejas familias árabes establecidas en España: los Banu Chahwar de Córdoba, los Banu Abbad de Sevilla, los Banu Muzain de Silves, los Al-Bakri de Huelva y Saltes, los Banu Yahsubi de Niebla, los Banu Hud de Zaragoza, los Banu Qasim de Alpuente, los Amiríes de Valencia, los Banu Tahir de Murcia... Algunos procedían de los primeros bereberes venidos a la Península y se hallaban ya hispanizados por los largos siglos de estada en Al-Ándalus de sus antecesores: los Banu al-Aftas de Badajoz, los Banu Dhi-l-Nun de Toledo y los Banu Razin de Albarracín. Otros eran también berberiscos, pero de los traídos a España por "Almanzor" para integrar su ejército: los Ziríes de Granada, los Banu Birzal de Carmona, los Banu Jizrun de Arcos, los Dammaríes o Banu Nuh de Morón, los Abi Qurra de Ronda... Y varios salieron de las filas de los eslavos, que también habían formado en las huestes de "Almanzor": los Banu Sumadih de Almería, los Banu Muchahid de Denia y los Banu Nabul de Tortosa. Perduraron y ampliaron sus fronteras los reinos de Sevilla, Granada, Badajoz, Toledo y Zaragoza. Todos lucharon muchas veces entre sí, se traicionaron otras tantas y explotaron a sus súbditos. Y los más hicieron de sus capitales centros de placer y de cultura.*

## (ALMERÍA)

### Reinado de Zuhair en Almería

...Nombró por visir al hijo del visir Jairan. Fue muy hábil y sostuvo guerras y combates contra los sublevados de Al-Ándalus. Su visir Ahmad ben Abbas era un sinvergüenza, libertino y astuto. Se impuso a Zuhair y

éste le abandonó el poder. Ningún asunto se resolvía sin que diera su opinión y antes de que fuera consultado. Tal visir persuadió a su señor para que emprendiese una expedición contra Badis ben Habus, de Granada. Zuhair salió contra él a la cabeza de un ejército importante. Badis le encontró en el lugar llamado Al-Funt, a cuatro millas de Granada. Se entabló un violento combate. Zuhair fue derrotado, una gran parte de los suyos pereció en él, Zuhair perdió la vida y su visir fue hecho prisionero y arrastrado delante de Badis, que le cortó la cabeza. Todo ello ocurrió el jueves —también se dice el viernes—, último día de Xawwal del 429 [4 agosto 1038]. El reinado de Zuhair había durado diez años y algunos meses.

Después de la muerte violenta de Zuhair, Almería cayó en poder de Al-Mansur Abd al-Aziz ben Abi Amir, el soberano de Valencia y de Murcia, y fue proclamado en Dhun-l-qada [agosto 1038]. Puso a la cabeza de los habitantes de Almería a su hijo Ubayd Allah, al que llamó Al-Nasir y al cual agregó dos visires: Abu-l-Ahwas y Man ben Muhammad ben Sumadih. Éste rehusó obedecer la autoridad de Al-Mansur y se declaró independiente. Al-Mansur le hizo la guerra pero sin resultado. Abu-l-Ahwas firmó la paz con los Sinhacha de Granada. Tuvo éxito en sus asuntos y permaneció en su reino en excelente situación hasta que murió en Almería en la fecha que se dirá luego.

## (ARCOS)

### Dinastía de los Banu Jizrun

El primer príncipe de esta dinastía fue Imad al-Dawla Abu Abd Allah Muhammad ben Jizrun ben Abdun, emir de los Banu Irniyan. Se sublevó en Qalsana (Calsena) en 402 [1011-1012], al extenderse las revueltas. Después se apoderó por fuerza de Arkus (Arcos), una de las más importantes posiciones de Al-Ándalus y logró su señorío. Se instaló en ella, mejoró sus defensas y aumentó la riqueza del país. Mostró, sin embargo, gusto por las querellas, el bandidaje, los homicidios y la efusión de sangre, hasta su muerte, que ocurrió alrededor del año 420 [1029]. Su hijo le sucedió en el dominio de la ciudad.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

## (MORÓN)

### Reinado de Izz Al-Dawla, señor de Mawrur (Morón)

Se llamaba Muhammad ben Nuh ben Abi Tarid al-Dammari. Dammar es el nombre de los bereberes que habitan las montañas próximas a Gabes y que son abadíes porque siguen la doctrina jarichi. Tal personaje se sublevó en Morón el año 433 [1041-1042]. Era bravo y valiente y demos-

traba osadía en sus asaltos temerarios y en sus golpes de mano. Durante una parte de su reinado mostró talento político; en la otra, violencia, audacia y rapacidad. Preservó su país de todo ataque y defendió a sus súbditos contra la injusticia. Permaneció en tales disposiciones hasta que fue a visitar a Al-Mutadid ben Abbad, en el grupo de los tres emires de Zanata. El segundo era Abu Nur ben Abi Qurra y el tercero Ben Jizrun. Ben Abbad se apoderó de ellos por traición y les encadenó en Rachab 445 [17 octubre-15 noviembre 1053]. Les encarceló en su palacio para tenerles bajo su vigilancia y les redujo la alimentación. Los grillos eran demasiado estrechos para sus piernas y les hicieron llagas en ellas, a tal punto que no podían ir marchando encadenados a hacer sus necesidades y eran llevados por hombres del pueblo y sufrían así un duro castigo. Los cautivos habían venido a la cabeza de doscientos caballeros, elegidos de entre sus súbditos para formar parte de la diputación que acudía cerca de Ben Abbad a fin de recibir sus presentes. Tenían muy bello aspecto y formaban un espectáculo notable, montaban caballos escogidos y llevaban sables adornados con pedrerías. Ben Abbad se apoderó de ellos, les puso grillos en los pies y los encarceló en un hammam que hizo evacuar para ellos, llamado Hammam ben al-Raqqaqin. Se apropió de sus caballos, sus mulas, sus tiendas y sus armas. Permanecieron en prisión hasta que murieron todos. Sólo libertó a Abu Nur, como se relatará después, si Alá altísimo lo quiere.

Muhammad ben Nuh murió, pues, en la prisión de Al-Mutadid en 449 [1057]. Su reinado en Morón había durado diecinueve años. Había designado para sucederle a su hijo Manad y había firmado el documento nombrándole su heredero presunto.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

## (SILVES)

### Reinado de Al-Mudaffar Isa ben Abu Bakr

Muhmmad ben Said ben Chamil ben Said —el autor del comentario de la *Al-Muwatta*— ben Ibrahim ben Abi Nasr Muhammad ben Ibrahim ben Abi-l-Chawd Muzain ben Musa (su antepasado Muzain vino a instalarse en Al-Ándalus) señor de Xilb (Silves).

Tenía por kunya el nombre de Abu-l-Asbagh. Se hizo dueño de Silves en 440 [1048-1049]. Silves era una ciudad importante del Garb Al-Ándalus (Algarbe). Pero estaba más bien en la zona septentrional del mismo. Ese Abu-l-Asbagh era cadí de la ciudad y de sus dependencias. Era hombre que mostraba autoridad y energía en sus juicios y en todos sus actos. Cuando vio llegar el período de las revueltas, se sublevó en Silves. Sus habitantes y los de todas las regiones le proclamaron en el año 440 [1048-1049]. Cuando fue establecida su autoridad, organizó sólidamente la defensa de la ciudad, reunió a sus hombres, repartió entre ellos las riquezas, puso en pie a sus

tropas, se mantuvo en guardia contra Al-Mutadid y comenzó a hacerle presentes y a pedirle la paz. Pero ello no le sirvió de nada. Al-Mutadid enviaba contra él expediciones cada día y aun cada instante. Viendo que no podía poner fin a sus hostilidades no obstante las amabilidades que le prodigaba, Al-Mudaffar se lanzó en persona contra él a la cabeza de sus tropas y de sus partidarios. Tuvieron lugar varios combates entre los dos partidos con pérdidas numerosas; siempre triunfaba Al-Mutadid, que acabó por desposeer y matar a su adversario en 445 [comienzos del 1054]. El reinado de Al-Mudaffar había durado cinco años.

. . . . . .

## (SANTA MARÍA DEL ALGARBE)

### Reinado de Al-Mutasim, señor de Santa María

Se llamaba Muhammad ben Said ben Harun y su kunya era Abu Abd Allah. Fué proclamado en Xantamariyat al-Garb (Santa María del Algarbe) en 433 [1041-1042]. Su reinado fué muy próspero gracias a su política, su benevolencia, su autoridad y su justicia, hasta que Al-Mutadid ben Abbad comenzó a molestarle con guerras, muertes y combates. Hubo entre ambos diversos choques y golpes de mano. Fue debilitándose su situación mientras se reforzaba la de Al-Mutadid. Cuando vio que no lograba rechazarle y que no podía nada contra él, Al-Mutasim le pidió que le dejara la vida a salvo y le autorizara a trasladarse a Sevilla con los suyos a cambio de su abdicación a su favor. Al-Mutadid aceptó y el otro abandonó su país. Ocurrió esto en 443 [1051-1052]. Su reinado en Santa María del Algarbe había durado diez años. Murió en Sevilla poco después de su instalación en ella y permaneció solo en su tumba con sus hechos.

## (HUELVA Y SALTES)

### Reinado de Izz Al-Dawla

Su verdadero nombre era Abd al-Aziz al-Bakri, señor de Unba (Huelva) y Xaltis (Saltes). Fue el padre del faqih Abu Ubaid al-Bakri, autor del *Kitab al-Masalik wa-l-Mamalik*. Fue proclamado en 403 [1012-1013]. Su reinado duró y prosiguió sin interrupción, su reputación se propagó y su posición llegó a ser importante. Demostró benevolencia, mérito y bondad. Su época fue como una fiesta perpetua, hasta tal punto la vida era barata y los caminos estaban seguros. Pero Al-Mutadid acabó por molestarle, le declaró la guerra, hizo incursiones contra su territorio, lanzó contra él cuerpos de caballería. Entonces el país fué bloqueado y empeoró la situación. Viendo que no podía sostenerse y que no podía nada contra él, Al-Bakri le tendió la mano, le pidió por su vida y abdicó en su favor en

el año 443 [1051-1052]. Había reinado cuarenta años. Después Al-Mutadid le fijó Sevilla como residencia y le dio un subsidio hasta su muerte, que ocurrió alrededor del 450 [1058].

## (NIEBLA)

### Reinado de Tach Al-Dawla Abu-l-Abbas Ahmad ben Yahya al-Yahsubi al-Labli

Se sublevó en Labla (Niebla) y fue proclamado en 414 [1023-1024]. Recibió el juramento de fidelidad de los habitantes de las regiones vecinas, Huelva y Chabal al-Uyun (Gibraleón). Se afirmó su posición, nadie se le opuso y ningún rebelde se alzó contra él. Era bondadoso, activo, atento a la prosperidad de su país. Su reinado fue un período de calma y de vida fácil. Y así siguió hasta su muerte en Niebla en 433 [1041-1042]. Había reinado veinte años. No dejó sucesión y testó en favor de su hermano, a quien había hecho su heredero presunto.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

## (VALENCIA)

### Reinado de Al-Mansur ben Abi Amir

Se llamaba Abd Al-Aziz ben Abd al-Rahman al Nasir ben Abi Amir y llevaba la kunya de Abu-l-Hasan. Fue proclamado cuando tenía quince años —había nacido en Chumada 397 [23 enero-22 marzo 1007]— en Valencia en Dzu-l-hicha 411 [18 marzo-16 abril 1021]. He aquí cuál fue la causa de su proclamación: Valencia había pertenecido al principio a Hixam al-Muayyad, después, durante la rebelión de Ben Abd al-Chabbar, había pasado a manos de Muchahid Al-Amiri. Dos esclavos amiríes, Mubarak y Mudaffar, se sublevaron muy pronto contra él, entonces Muchahid salió para Denia, abandonando Valencia. Murió después Mudaffar y quedó reinando solo Mubarak, que a su vez falleció en Dhu-l-hicha 408 ó 409 [mayo 1017 ó 1018]. Valencia pasó entonces a manos de Labib Al-Amiri, señor de Tortosa; después Muchahid Al-Amiri compartió con él la posesión de Valencia y se pronunció la *jutba* en nombre de los dos en las dos ciudades. A consecuencia de un desacuerdo entre ambos Labib huyó a Tortosa donde reinó solo; mientras Muchahid quedó solo en Valencia. Los esclavos amiríes, de quienes era jeque, le entregaron entonces el poder, en Dhu-l-hicha 410 [mayo 1019] y la *jutba* fue pronunciada en su nombre en el púlpito de la mezquita de Valencia. Después los *Abid* (servidores) se sublevaron contra él, le depusieron y proclamaron a Al-Mansur en la fecha señalada.

Cuando todo el mundo le hubo prestado juramento se unió a Muchahid al-Amiri. Después sus relaciones llegaron a ser malas, estalló la

guerra entre Muchahid y los generales de Al-Mansur y en las fortalezas las gentes se sublevaron contra el último.

Ben Sumadih de Almería le había reconocido como soberano. Pero cuando la comarca de Lorca, Játiva y Xudar (Jodar) se sublevó contra él, Ben Sumadih le expulsó de Almería con sus partidarios, en Rachab 433 [24 febrero 1042]. Avanzó entonces contra Játiva. Los *Abid* (servidores) amiríes marcharon contra él, le combatieron, le golpearon con sus lanzas, cayó de su caballo y le pisotearon con los suyos. Se despojó entonces de sus vestiduras y huyó. Los servidores (*Abid*) atravesaron éstas creyendo que se hallaba dentro de ellas. Reunió los restos de su ejército y atacó a los *Abid*. Los venció, hizo entre ellos una gran carnicería y entró en Játiva donde permanecían los sobrevivientes de los *Abid*. Su situación llegó a ser próspera y continuó reinando en paz hasta su muerte, en Valencia, en Dhu-l-hicha 452. [22 diciembre 1060-25 enero 1061]. Su reinado había durado cuarenta años. Su hijo tomó después el poder.

. . . . . .

## (MURCIA)

### Reinado del jefe de la marca (Al-Qaid al-Thagri) llamado Abd Allah

Su kunya era Abu Muhammad. Fue proclamado en Murcia cuando los musulmanes salieron de la ciudad después de su estada en Andalucía. Recibió juramento el sábado 21 Ramadan 489 [12 septiembre 1096] y la *jutba* fue dicha en su nombre el 14 Xawwal [5 octubre]. Era un bravo caballero. Su autoridad se mantuvo en Murcia durante un período muy corto. Un día salió para Cartagena y fue depuesto. Era el 30 de Xawwal [20 octubre]. Su reinado había durado dieciséis días y ya detestaban su conducta los habitantes de Murcia.

. . . . . .

## (ALBARRACÍN)

### Dinastía de los Banu Razin, reyes de Xantamariyat al-Xark (Santa María de Oriente)

Esta ciudad es una importante localidad de la parte oriental de Al-Ándalus. Sus príncipes son conocidos por los Banu-l-Adla.

Cuando se encendió el fuego de la abominable rebelión en Al-Ándalus, durante la sublevación de Ben Abd al-Chabbar, y cada jefe se alzó en una provincia, Ben Al-Adla hizo otro tanto en Xantamariyat, que se llama también Al-Sahla. Se llamaba Hudhail ben Jalaf ben Lubb Razin el

bereber, y su kunya era Abu Muhammad. Fue proclamado en el año 403 [1012-1013]. Era una de las personas más importantes de la Frontera. Era hermoso de rostro, de buen natural, agradable al trato y se mostraba afable. No se conoció nunca un emir de semblante más agradable que el suyo, ni más distinguido por su facilidad de palabra y por su talento para obtener lo que necesitaba gracias a su elocuencia persuasiva. Tenía más que ningún otro príncipe la preocupación de conseguir instrumentos de música y cantadoras. Compró la joven esclava del médico Abu Abd Allah al-Kinani en tres mil dinares.

Ben Hayyan dice en su historia: "Nadie vio en su época mujer de aire más gracioso, de movimientos más vivos, de voz más dulce, que supiera cantar mejor, que le excediera en el arte de la escritura, en la caligrafía, de una cultura más refinada, de una dicción más pura. Estaba al abrigo de toda falta dialectal cuando escribía o cantaba, tan bien conocía la morfología, la lexicografía y la métrica. Sabía incluso de medicina, historia natural y anatomía y otras ciencias, y en ellas los sabios de la época le eran inferiores. Se distinguía en la lucha, en la cuerda floja con escudos en la mano, y en jugar con lanzas, sables y puñales afilados. No tenía en ello equivalente ni igual. Después el emir Hudhail compró un gran número de bellas muchachas reputadas por su talento de cantantes, que hizo buscar por todas partes. Su gineceo llegó a ser el más hermoso de los de todos los príncipes de Al-Ándalus".

A más de estas cualidades de que estaba dotado, Ben Hudhail era vigilante por lo que hace a la aplicación de la ley y bienhechor para los que vienen a abrevar donde es fácil sacar. Continuó conduciéndose de la manera más loable hasta que llegó su fin. Murió en Al-Sahla en 436 [1044-1045]. Su reino había durado treinta y tres años, que pasaron en paz y en seguridad. Tras él tomó el poder su hijo Abd al-Malik.

... ... ... .. ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

## (CARMONA)

### Dinastía de los Banu Birzal, reyes de Carmona

En tiempos de Hixam al-Muayyad, Carmona se hallaba en manos de Abu Abd Allah al-Birzali y en ellas permaneció hasta el momento de las revueltas. Cuando éstas aumentaron y desapareció la unidad nacional de la España musulmana, se proclamó independiente. Su nombre era: el *hachib* Abu Abd Allah Muhammad ben Abd Allah ben Birzal. Fue reconocido en Carmona en el año 404 [1013-1014]. Mantuvo el orden en la ciudad; reunió tropas y las organizó. Cuidó de los asuntos de sus súbditos y estableció la justicia. Se concilió los corazones de tal modo. Carmona se pobló, así como sus territorios vecinos, y no fue molestada por los bereberes.

Era un buen jinete, bravo y temido, y a más era de una generosidad que

se extendía a todos sin cesar. Cuando las gentes se acostumbraron a sus beneficios y adquirieron la certidumbre de que no tenía malas intenciones abandonaron su destino entre sus manos. Écija, Osuna, Almodóvar y otras ciudades le reconocieron como soberano y gracias a él gozaron de paz y se enriquecieron. Su próspero reinado se prolongó hasta su muerte, que tuvo lugar en 434 [1042-1043]. Había durado treinta años. Sólo Alá perdura.

. . . . . .

## (TACORONA)

### Reinado de Abu Nur Hilal ben Abi Qurra ben Dunas Al-Ifrani, señor de Takoronna y de sus territorios

Fue proclamado a la muerte de Idris ben Ali ben Hammud, en 406 [1015-1016]. La *jutba* (oración) fue en seguida pronunciada en su nombre en Málaga y en toda la región de Rayya. Tenía buenas relaciones con Al-Mutadid ben Abbad, y se mantuvieron hasta que vino a pedirle ayuda en compañía de Muhammad ben Nuh al-Dammari y de Ben Jizrun, el emir de los Banu Irniyan. Al-Mutadid los traicionó, les hizo cargar con pesadas cadenas y les encarceló en un calabozo de su palacio, como antes se ha dicho. No liberó de los tres príncipes sino a Abu Nur.

Cuando la noticia de la traición de Ben Abbad llegó a los habitantes de Ronda, colocaron a su cabeza a su hijo Badis, que era libertino y malvado. Humilló a sus súbditos, se apoderó de sus bienes y de sus mujeres y sus hijas, que violó. Permitió a sus soldados forzar los harenes: arrancó las mujeres a sus maridos y las hijas a sus padres. Su padre supo que tenía relaciones culpables con su propia esposa y con su tía paterna. Por ello, cuando fue liberado y volvió a Ronda, su primer cuidado fue hacer ejecutar a su hijo Badis y envió a su tía paterna a unírsele en la muerte. Esto pasó en 449 [1057-1058]. Abu Nur murió poco después, el mismo año. Designó para sucederle a su hijo Abu Nasr.

. . . . . .

## (SEVILLA)

### Dinastía de los Banu Abbad, reyes de Sevilla y de otros lugares. Comienzo de su poder. Su conducta. Sinopsis de su historia

En tiempos de Al-Mustain Sulayman ben Al-Hakam, Sevilla le perteneció y le estuvo sometida hasta que Ali ben Hammud al-Fatimi se sublevó contra él. Se apoderó de la ciudad y ejerció sobre ella soberanía. A su muerte, cuando pasó el poder a su hermano Al-Qasim, la posesión de Sevilla, como la de Córdoba, recayó por intervalos durante un período de seis años en el último príncipe citado y en su sobrino Yahya ben Ali. Des-

pués, cuando los cordobeses se sublevaron contra Al-Mustain, durante su segundo reinado, los sevillanos hicieron lo mismo en 414 [1023]. Fue delegado entonces el poder en Sevilla a tres de sus habitantes. Al cadí Muhammad ben Abbad, al faqí Abu Abd Allah Al-Zubaidi y al visir Abu Muhammad Abd Allah ben Maryam. Durante el día daban en palacio sus decretos y redactaban sus decisiones, que sellaban sus tres sellos. Al fin de la jornada los tres iban a ocuparse de sus asuntos personales.

Al-Mustain vino, sin embargo, a atacar a Sevilla. Los habitantes no pudieron oponerle resistencia y le ofrecieron la paz mediante el pago de una importante suma. Y en las siguientes condiciones: se reconocería su soberanía mediante una proclama e invocando su nombre en la oración; y él no entraría en Sevilla y designaría para gobernarla a uno de sus generales. Al-Mustain aceptó las proposiciones, designó para el gobierno de Sevilla al cadí Muhammad ben Abbad y le envió un diploma confiriéndole la autoridad amiral. Ben Abbad se convirtió así en el solo señor de Sevilla con asentimiento de la población. Ocurrieron estos sucesos en Xaban del año 414. No hizo nada para sacar de la sombra a sus antiguos colegas del triunvirato precedente.

En seguida Yahya ben Ali ben Hammad volvió su pensamiento hacia Sevilla y proyectó ejecutar a Ben Abbad y penetrar en la ciudad. Entonces Ben Abbad hizo traer a Al-Muayyad de Qalat Rabah (Calatrava) y le proclamó (califa): se ha dicho ya en qué circunstancias difíciles tuvo lugar tal proclamación, cuando se ha referido la historia de Hixam al-Muayyad.

Cuando entró en Sevilla, Hixam alojó con él en el palacio a Ben Abbad, que le saludó con el título de califa y fue su *hachib* (canciller) como Al-Mansur ben Abi Amir; y su hijo Ismail Imad Al-Dawla tuvo las mismas atribuciones que Al-Mudaffar Abd al-Malik, el hijo de Al-Mansur. Hixam al-Muayyad se instaló en Sevilla y se recitó allí la *jutba* en su nombre, así como también en la mayor parte de la provincia. Todas las ambiciones fueron así chasqueadas. Corría el año 426 [1035]. Se restableció la situación y renació la paz.

Yahya ben Ali ben Hammud decidió en seguida atacar a Sevilla con sus tropas. Vino a acampar el Qalat Chabir, a ocho millas de Sevilla. Imad Al-Dawla salió contra él, por orden de su padre. Se libró un violento combate en los alrededores de Qalat Chabir. Imad Al-Dawla murió en él, sus contingentes fueron dispersados y entraron derrotados en Sevilla. Tuvo esto lugar en 427 [1036].

Después, Badis ben Habus, señor de Granada, concibió ambiciones sobre Sevilla. Vino a atacarla con un ejército considerable. El *hachib* Muhammad ben Ismail ben Abbad salió en persona a hacerle frente por orden de Al-Muayyad. El encuentro tuvo lugar cerca de Sevilla. Se entabló un violento combate, el cadí y canciller Muhammad ben Ismail ben Abbad pereció en él, sus tropas fueron vencidas y volvieron derrotadas a Sevilla. Ocurrió esto a comienzos del 431 [1040].

Su hijo Abbad fue nombrado *hachib*. Tenía el sobrenombre de Al-Muta-

did. Le fueron conferidas las mismas atribuciones de su padre por Hixam, a quien no se veía sino en ciertas fechas del año y que acabó muriendo la tarde de un jueves de no sé qué año, pues Al-Mutadid guardó secreto sobre su muerte hasta que, consolidada su situación, se hizo proclamar soberano y ordenó que se pronunciara la *jutba* en su nombre.

Fragmento de una crónica de los *Muluk al-Tawaif* (según versión francesa de Lévi-Provençal. Hist. des musulmans d'Espagne de Dozy, III, ap. 217).

## LA LEYENDA DEL ESTERERO DE CALATRAVA

*Entre los caudillos audaces y afortunados que señorearon el país y lo tiranizaron y entre los que lograron alzarse con el señorío de una parte de Al-Ándalus figuró el cadí de Sevilla Abu-l-Qasim —Muhammad ben Ismail—, fundador de la dinastía de los Banu Abbad. En los comienzos de su carrera política se vio en gran apuro frente a los berberiscos. Para salvarse, convirtió en Hixam II, el califa de los tristes destinos, a un esterero de Calatrava, Jalaf, que se le asemejaba, y reconoció su nominal soberanía. Y a fin de justificar su golpe audaz, se inventó sin duda, más tarde, la legendaria narración del supuesto exilio, en Oriente, del hijo de Al-Hakam II y de la vasca Aurora.*

Respecto de la elevación al califato del mencionado Jalaf el esterero, (conviene saber) que a Muhammad ben Ismail, cuando se apoderó del gobierno y se hizo grande su Estado, le envidiaron sus semejantes, y se habló mucho de él, diciendo: "mató a Yahya ben Ali Al-Hasani, de la gente de la Casa Santa"; "ha asesinado a Yahya ben Dinnum". Tales conversaciones acerca de Muhammad ben Ismail se divulgaban cada vez más, y él venía meditando sobre qué hacer (para cortarlas); cuando en esto se le presentó un hombre de la gente de Córdoba, el cual le dijo haber visto a Hixam Al-Muayyad en Calatrava. Muhammad ben Ismail contestó al referido sujeto que mirase bien lo que decía. Mas el hombre insistió, jurando por Alá, que, en efecto, había visto a aquél, y que era, sin ningún género de duda, el auténtico Hixam al-Muayyad.

Al servicio de Muhammad ben Ismail se hallaba ahora uno de los domésticos de Hixam al-Muayyad, llamado Tumart, el cual había sido su peluquero. A éste preguntó Muhammad ben Ismail si sería capaz de reconocer a su señor en cuanto lo viese. Respondió el doméstico que seguramente podría reconocer a su expresado señor, porque de él tenía muy ciertas señales de identificación.

Entonces Muhammad ben Ismail despachó a dos hombres de aquellos que referían haber visto a Hixam, diciéndoles que fuesen a Calatrava y le trajesen consigo al supuesto Hixam. Corrieron aquellos hombres, llegaron a Calatrava, y en la mezquita de esta ciudad hallaron al susodicho Hixam.

Se llevaron a éste y le notificaron que ellos dos eran enviados del juez Muhammad ben Ismail a él. El supuesto Hixam marchó con aquellos dos individuos a Sevilla, y cuando entró en presencia del juez Muhammad, éste se levantó hacia él, le saludó, le dio hospedaje y encomendó su servicio a su cliente Tumart. Tan pronto como éste vio al tal Hixam, le besó manos y pies y dijo al juez: "¡Él, por Alá, es mi señor Hixam ben Al-Hakam!" A esto el juez Muhammad ben Ismail se levantó hacia Hixam, le besó su cabeza y sus manos, llamó a sus hijos, y cuando éstos entraron hicieron con Hixam lo mismo que había hecho su padre, y todos lo aclamaron por califa.

En el viernes inmediato, Muhammad ben Ismail hizo salir a Hixam hacia la mezquita en la ciudad de Sevilla. Delante de Hixam marchaban a pie Muhammad y sus hijos, hasta que llegaron a la mezquita. En ella Hixam predicó a las gentes, recitó por ellas la oración del viernes; Muhammad ben Ismail, sus hijos y la multitud de los ciudadanos le proclamaron califa y regresó a su morada.

Muhammad ben Ismail tuvo, ante Hixam el esterero, la administración del Estado, siguiendo el proceder de Ben Abi Amir, con la única diferencia de que el supuesto Hixam salía a la oración del viernes y a las grandes festividades y presidió la oración todo el tiempo de su mando, y Muhammad ben Ismail se mantuvo en la dignidad de visir, dictando las órdenes y prohibiciones de parte de Hixam el esterero. Por virtud de la proclamación de éste, se conservaron fieles a la autoridad de Muhammad ben Ismail las más de las ciudades musulmanas de España.

En los recitados acerca de los Omeyas dijimos ya que cuando Al-Mustain Billah Sulayman ben Al-Hakam se apoderó de Córdoba por segunda vez, en el mes de Xawwal del año 403 [abril-mayo de 1013], llamó a Hixam al-Muayyad a su presencia y le recriminó duramente, y que al dicho Al-Muayyad se le dio por fallecido a cinco días pasados del mencionado mes de Xawwal [19 de abril]. También tenemos referido que al apoderarse de Córdoba, Al-Nasir Ali ben Hammud al-Fatimi llamó a Al-Mustain y le preguntó, en presencia de los juristas y visires, sobre la situación de Al-Muayyad Hixam; que Al-Mustain respondió que aquél había fallecido de muerte natural; que entonces Al-Nasir Ali obligó a Al-Mustain a mostrarle la sepultura de Hixam al-Muayyad; que Al-Mustain hizo sacar el cadáver de Hixam, en el cual no se apreció herida alguna, y Al-Nasir mandó que fuese sepultado de nuevo, como así lo fue en la rauda (o cementerio real). En contra de todo eso fue dicho que Al-Muayyad escapó al Oriente, en forma misteriosa y de incógnito, hasta que llegó a Meca —Dios la honre—. En una bolsa que traía consigo llevaba perlas, brillantes y dinero para sus gastos; mas los soldados de la guardia negra del emir se la notaron y arrebataron.

Se retiró Hixam al-Muayyad a una parte del recinto sagrado y permaneció dos días sin tomar alimento alguno. Entonces se dirigió a Al-Marva, en donde se le acercó un sujeto que le preguntó si conocía el oficio de alfarero. Habiendo respondido afirmativamente, marchó Hixam con el suje-

to al lugar de la tierra, para amasar con ella el barro, y aquél le ofreció, como jornal, un dracma y un pan. Hixam al-Muayyad manifestó al referido sujeto que le entregase cuanto antes el pan; porque estaba muy hambriento. Aquel hombre le trajo el pan, e Hixam se lo comió. Después se aplicó a la tierra, pasando su vida entre amasar el barro unas veces y permanecer sentado otras. Cuando se le hizo excesivamente duradera aquella ocupación, la abandonó, se marchó huyendo a todo correr y salió con la caravana a la Siria, en situación pésima.

Habiendo llegado a Jerusalén, se dirigió al zoco, vio allí un hombre que fabricaba esteras, y como se fijase atentamente en él, le dijo el esterero: "¿Es que tú conoces este oficio?" Hixam respondió negativamente, y el esterero insistió, diciéndole: "Entonces ¿te quedarías tú a mi lado para darme los espartos y yo te remuneraría esa labor?" Hixam al-Muayyad accedió a hacer lo que le proponía el esterero, y se quedó en casa de éste, para darle los espartos y ayudarle en todos los menesteres del oficio que le ordenase. Con tal motivo aprendió Hixam el oficio de esterero, que llegó a ejercer perfectamente viviendo de sus rendimientos, y permaneció así en Jerusalén muchos años sin que nadie le conociese. Después de esto, regresó a España en el año 424 [1032-1033].

Tal es lo que refieren acerca de Hixam al-Muayyad varios antiguos maestros de España. Y dice el doctor, el tradicionista Abu Muhammad Ali ben Ahmad ben Said ben Hazm en su obra titulada *Nuqat al-arus* (Regalos de la novia), respecto de la historia que precede: "Superchería semejante a ésa no aconteció jamás en el mundo; que apareciese un hombre a quien se llamó Jalaf el esterero, después de más de 24 años de haber muerto Hixam ben Al-Hakam al-Muayyad, y que fuese tenido aquél por éste y se le proclamase emir y se hiciese la oración en su nombre sobre todos los púlpitos de España en tiempos de calamidad, y que por su causa fuese derramada la sangre, y los ejércitos viniesen a chocar unos con otros". Y dice también Abu Muhammad ben Hazm: "No había acontecido un hecho tan vituperable en el mundo como éste de que cuatro hombres en el transcurso de tres días se atribuyesen el título de emir Al-Muminim, y se hiciese la oración en nombre de ellos al mismo tiempo, uno de los cuales fue Jalaf el esterero mencionado, en Sevilla, en el supuesto de que era Hixam ben Al-Hakam al Muayyad, el segundo de ellos Muhammad ben Al-Qasim ben Hammud en Algeciras, el tercero Muhammad ben Idris ben Ali ben Hammud en Málaga, y el cuarto Idris ben Yahya ben Ali en Ceuta".

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, 89).

## AL-ÁNDALUS EXPLOTADO POR LOS TIRANOS Y LA SOLDADESCA

*El espíritu crítico del gran pensador cordobés Ben Hazm (994-1063) dictó a su pluma acre un cuadro sombrío de la España musulmana que tenía delante de sus ojos, desgarrada por la guerra civil y maltratada por los*

*tiranos y la soldadesca. Su carta a las gentes piadosas que le pedían normas de conducta ante el grave problema moral que les planteaba la cooperación con el poder ilegítimo de los reyes de taifas descubre las lacras que ocultaba el brillo de las cortes de Al-Ándalus en los decenios centrales del siglo XI y traza una preciosa estampa de la vida cotidiana en los reinos islámicos peninsulares.*

"En cuanto a lo que me habéis consultado acerca de la guerra civil actual y de lo engañadas que están las gentes respecto de ella, poniendo, al parecer, su esperanza unos en otros, es en verdad una prueba a que Dios nos somete y de la cual le pedimos nos libre, porque realmente es una tentación al mal, que por muchas maneras, cuya enumeración sería prolija, destruye la vida religiosa en todos, salvo aquellos a quienes Dios con su gracia los preserva. La causa fundamental de ello es que todo el que gobierna una ciudad o una plaza fuerte en cualquier región de este nuestro país de Al-Ándalus, desde el primero al último, es un salteador de caminos, que por Dios y su Profeta guerrea y siembra el desorden en el país, haciendo, como lo veis con vuestros mismos ojos, continuas incursiones o algaras contra los bienes de los musulmanes, súbditos de cualquier príncipe que le sea hostil, permitiendo a sus ejércitos que los asalten por los caminos de las regiones contra cuyos habitantes están en guerra, imponiendo contribuciones indirectas y personales sobre los cuellos de los muslimes, dando a los judíos jurisdicción para que en las más frecuentadas vías de los muslimes les cobren el impuesto de capitación y el tributo, con la excusa de que a ello les obliga una necesidad que (en ningún caso) puede hacer lícito aquello que Dios mismo ha prohibido, aparte de que con tales tributos aspiran sólo a robustecer su autoridad en cuanto mandan y prohiben. No os engañéis, pues, ni os dejéis extraviar por los malvados, que arrogándose el título de alfaquíes se revisten con pieles de corderos sobre corazones de fieras, y doran con apariencias de bien la maldad de los malos y les prestan su apoyo para ejecutar sus maldades. El modo, a nuestro juicio, de escapar de esta seducción está en reprimir por completo la lengua, salvo para cumplir con el deber del celo religioso y para censurarlos a todos ellos. Y aquel de nosotros que de ello sea incapaz, todavía tengo la esperanza de que mediante la reserva o simulación le sea fácil excusarse, aunque no sé bien cómo podrá ser eso. Si todos cuantos de corazón reprueban este estado de cosas se pusiesen de acuerdo, es seguro que los tiranos no lograrían vencer... A lo que *sí* están todos obligados, sin que les quede ya ni la excusa de la simulación o *taqiyya,* es a no ayudar al tirano ni con sus manos ni con su lengua, a no dorarle con apariencias de bien sus actos, a no aprobar sus maldades y a hacer pública manifestación de hostilidad hacia los tiranos, de corazón y con la lengua, en presencia de aquellas personas de quienes pueden fiarse. Y si alguien se ve obligado a entrar a donde uno cualquiera de esos tiranos tiene audiencia pública —bien sea para gestionar algo que

él mismo necesite, bien para evitar alguna injusticia contra sí o contra otro musulmán cualquiera, bien para defender un derecho fácil de demostrar o para que se le haga justicia contra un agresor inicuo, bien para dar su testimonio en favor de alguien por un hecho pasado (pues a veces cabe que un musulmán acredite la veracidad de un judío o de un cristiano, porque conozca la verdad de los hechos), bien para pedir protección, bien finalmente, para cualquier otra cosa que Dios quiera— no le dore al tirano con apariencias de bien ninguna de las órdenes que haya dado, ni le ayude a ejecutarlas, ni le alabe por lo que haya hecho de ilícito. Y si le es posible exhortarle a la enmienda, exhórtele. Y si esto no es posible, reciba, por lo menos, del tirano sus bienes con la intención de quien no por ello aprueba ninguno de sus pecados, pues si no, será tan culpable como el tirano mismo...

"En cuanto a lo otro que me consultáis, sobre el modo de libraros de pecar en lo tocante a los comestibles, vestidos y adquisición de los medios de vida, ¡vade retro!, ¡oh amigos míos!, pues que esto, en verdad, es de lo más arduo que me habéis consultado, al par que lo más penoso para los corazones y los más doloroso para las almas. La respuesta que os doy en este punto es que para ello hay dos caminos. Uno es el camino de la abstinencia, pero, para quien se proponga recorrerlo, la cosa le será, ¡por Dios lo juro!, bien angustiosa y estrecha. Y la razón de ello es que yo no conozco —mejor diré, ni yo ni nadie conoce— en Al-Ándalus moneda de plata lícita ni moneda de oro buena, cuya licitud conste de cierto, salvo el oro que se extrae del río de Lérida. La parte de ese oro que queda en manos de los que lo extraen, después de lo que se les quita por la violencia, es, en efecto, tan lícita y buena como el río mismo, pero sólo hasta el momento en que se acuñan las monedas de plata y se funden las de oro, pues desde entonces, tened por sabido que caen ya en manos de los súbditos, a cambio de lo que éstos les venden, es decir, los comestibles y provisiones que sólo de ellos pueden ser adquiridos, porque sólo en poder de ellos se encuentran, como son harina, trigo, cebada, habas, guisantes, lentejas, alubias, aceite, olivas, sal, higos, pasas, vinagre y otras especies de frutos, algodón, lino, lana, ganado, leche, queso, manteca, mantequilla, forrija y leña. Todas estas cosas los mineros no pueden menos de comprárselas a los súbditos que habitan aquella tierra y la cultivan, y, por tanto, no puede menos de caer en sus manos el dinero, el cual, después, no queda mucho tiempo en poder suyo, sin que lo tengan que entregar a la fuerza, violentamente y contra toda justicia, en forma de tributo que los tiranos imponen sobre sus cabezas, al modo del impuesto de capitación para los judíos y cristianos. Ese dinero, que se les coge así contra todo derecho, viene a entrar, pues, en posesión del tirano que los domina, y se convierte ya en fuego. Luego, él lo entrega a los más allegados de su ejército, en quienes se apoya para robustecer su propio poder, conseguir la buena marcha de su reino, someter a sus enemigos y emprender incursiones o algaras contra los súbditos de los tiranos que se salgan de su obediencia o de aquellos otros a quienes les

exija que se le sometan. Y así, el ardor de aquel fuego del dinero se duplica, porque los soldados del ejército lo emplean luego para sus tratos con comerciantes y artesanos, y se convierte entonces, en manos de los mercaderes, en alacranes, serpientes y víboras. A su vez, los comerciantes compran con ese dinero a los demás súbditos del tirano lo que necesitan, y así las monedas de oro y plata vienen a ser, como lo veis con vuestros mismos ojos, ruedas que circulan en medio del fuego del infierno. Ésta es de las cosas que nadie puede rechazar, y si alguien niega con su lengua la verdad de lo que decimos, le bastará, en cambio, con el testimonio de su propio corazón para convencerse de que esa verdad es tan evidente y necesaria como la verdad de que el día de hoy es anterior al día de mañana. Ya que no podemos, pues, librarnos del pecado, confesémoslo, al menos, arrepintámonos de él y pidamos a Dios que nos perdone, y no incurramos en dos culpas a la vez: la de cometer el pecado y la de estimarlo lícito...

"Esto sin contar con un hecho que no hemos jamás dejado de oír en boca de todo el mundo, y que por eso engendra ciencia cierta; a saber: que Al-Ándalus jamás reservó el quinto ni dividió el botín, como lo hizo el Profeta en los países que conquistó, ni los conquistadores se avinieron de buen grado a ello ni reconocieron el derecho de la comunidad de los muslimes, como lo hizo en sus conquistas Umar; antes bien, la norma que en esta materia se practicó fue la de apropiarse cada cual aquello que con sus manos tomó. Sobre Al-Ándalus cayeron, victoria tras victoria, los berberiscos, los afariqas y los egipcios, y se apoderaron de un buen número de pueblos, sin dividir el botín. Entraron después los sirios al mando de Balch ben Bixr ben Iyad al-Quraizi y expulsaron de las tierras que ocupaban a la mayoría de los árabes y berberiscos, conocidos con el nombre de baladíes, tal y como ahora veis que lo hacen los berberiscos, sin diferencia alguna, pues bien público y notorio es lo que veis que hacen ahora con las bestias de carga en las algaras y con los frutos del olivo; que los berberiscos y los tiranos se apoderan de todo cuanto poseen, salvo lo poco que les parece bien dejarles... ¡Injusticia por injusticia! Y ésta es la puerta de la abstinencia, que ya os he mostrado cuán angosta es.

"En cuanto a la segunda puerta, es la de aceptar (como lícito) lo dudoso. Ella (aunque tan sólo para otros tiempos que no sean estos nuestros) es una puerta excelente, porque quien la utiliza no peca ni merece castigo, ya que las gentes no van a estar obligadas a examinar los fundamentos de la licitud de lo que necesitan para su sustento y sus medios de vida, cuando las más de las cosas son lícitas y las prohibidas son difíciles de distinguir. Pero en esta época nuestra y en este nuestro país, ella es, por el contrario, una puerta que te cierra los ojos y te ata las manos, de modo que tuya es la responsabilidad de lo que salga: fruto o brasa. Y si establezco distinción entre este tiempo nuestro y los anteriores, es tan sólo porque antes las algaras no eran, en los períodos de tregua, violentas y públicas, como lo son hoy, y además porque los tributos que cobraban los sultanes cargaban exclusivamente sobre las tierras y eran por ello muy parecidos a los que

Umar impuso sobre la tierra también. En cambio, hoy esos tributos son los siguientes: uno de capitación, impuesto sobre las cabezas de los musulmanes; otro, *dariba,* impuesto sobre los bienes, es decir, sobre el ganado lanar y el vacuno, las bestias de carga y las abejas, que consiste en un tanto fijo por cabeza; y además, ciertas alcabalas que se pagan por todo lo que se vende en los mercados y por el permiso o licencia que en ciertos lugares se concede a los musulmanes para vender vino. Todo esto es lo que hoy recaudan los tiranos, y ello es un escándalo infame, contrario a todas las leyes del Islam, que desata uno a uno todos los nudos que el Islam ata y que forja una religión nueva, cuando sólo a Dios compete tal atribución. ¡Por Dios juro que si los tiranos supieran que en el culto de la cruz encontrarían facilidad para el éxito de sus cosas, de seguro que se apresurarían a profesarlo! Nosotros, en efecto, los vemos que piden ayuda a los cristianos y les permiten (en cambio) apoderarse de las mujeres de los muslimes, de sus hijos y de sus hombres para llevárselos cautivos a sus tierras. A menudo, los protegen en sus ataques contra lo más inviolable de la tierra y se asocian con ellos para estar más seguros. Y a veces hasta les entregan de buen grado las ciudades y las fortalezas, despoblándolas de musulmanes para llenarlas de campanarios. ¡Maldígalos Dios a todos ellos y sométalos al dominio de una cualquiera de sus espadas!

"Y si por acaso me dijereis: Nosotros ya evitamos comer carne, os responderé que vosotros mismos conocéis a ciencia cierta que las reses robadas como botín no se venden tan sólo para ser sacrificadas, sino que también se venden muchas para procrear y para el transporte, y para las labores del campo se venden también, y por cada una de ellas se toma el precio, el cual es ya fuego, porque se toma a cambio de la cosa vendida y es, por tanto, dinero mal adquirido. Después, ese dinero se emplea en toda suerte de transacciones mercantiles y de artes u oficios, para vestidos, etc., y así la cosa resulta ya muy mezclada. Y éstas son cosas cuya verdad no tengo yo que acreditárosla con testimonio de un ausente, sino que vosotros mismos las veis con vuestros propios ojos y las presenciáis más y mejor de lo que yo las presencio. Vosotros veis, efectivamente, en vuestra región al ejército, cuyos soldados no cobran sus haberes sino de ese impuesto o *chizya* que los tiranos exigen a los musulmanes sobre todo lo que venden en sus mercados, sobre el jabón, la sal, la harina, el aceite, el queso y todos los demás artículos, y luego, con esas mismas monedas de plata malditas hacen sus transacciones los mercaderes y los artesanos. Con eso, pues, os basta. Pero, además, también conocéis lo angosto que es el camino de la licitud respecto de las cosas que vienen de los países en que dominan los bereberes, es decir, el aceite y la sal, puesto que todas ellas proceden del robo que se les hace a sus habitantes. Asimismo, el lino, en su mayor parte, procede del que los tiranos berberiscos de la tribu de Sanhaya le toman a los aldeanos que lo cultivan y que llega a un tercio y hasta la mitad de la cosecha. Igualmente, los higos proceden del trabajo de sus siervos. En cuanto al trigo, es también, con poca diferencia, de licitud dudosa, porque aunque

la tierra haya sido usurpada, siempre es lícito para quien la sembró reservarse la parte de la cosecha para la siembra; pero sobre el resto de ella pesa siempre la responsabilidad del robo de la tierra; y eso prescindiendo del caso en que la cosecha haya sido también robada en su totalidad. De modo que volvemos a caer en medio de las llamas del fuego de antes. Sin embargo, nos queda, a nosotros y a vosotros, un medio de librarnos, y es que no tome el hombre, ni aun para lo que le es necesario, aquello que le conste de cierto que procede directamente de un latrocinio. Y aun así, es muy fácil que sean pocas las cosas cuyo origen ignoremos y en las cuales quepa excusa, pues el fuego oculto bajo la ceniza quema menos que el vivo y flameante. ¡Guardaos, pues, del extravío!"

Epístola traducida por Asín de *Un códice inexplorado del cordobés Ben Hazm* (Al-Ándalus, 1934, II, 38).

## SILUETA DE UN GRAN PENSADOR ESPAÑOL

*Una invisible cadena enlaza a cuatro grandes figuras del pensamiento y de las letras españolas: Séneca, Ben Hazm, Quevedo y Unamuno. El moro cordobés (994-1063) consagró sus horas y sus talentos juveniles a la poesía y a la política. Tras publicar su delicioso* Libro del amor *y de ser algunos meses canciller o primer ministro de Abd al-Rahman V (1023-1024) se consagró por entero al estudio y a la meditación, y cultivó especialmente el derecho, la filosofía y la teología, que en el Islam se hallaban íntimamente vinculados. Educado en la ortodoxia, su espíritu rectilíneo se convirtió a la escuela dhahirí, que sólo admitía como fuentes del derecho y del pensamiento teológico el Corán, los* hadices *o tradiciones del Profeta y las de sus compañeros, y que proclamaba la autonomía de todo musulmán para buscar en los textos sagrados aquello que debería creer y practicar. Fue por ello perseguido y excomulgado, vivió desterrado en Baleares y luego en su casa solariega de Montija (Huelva). Alcanzó un inmenso saber, pues no sólo dominó la enciclopedia musulmana, sino la griega, la hebraica y la cristiana. Sostuvo numerosas y ásperas polémicas. Sintió en su carne y en su espíritu el dolor de las inmensas desgracias de su patria, desgarrada por la guerra civil y explotada por los tiranos. En el estudio y en el dolor depuró su espíritu y se sintió abrasar por una gran llamarada de pasión hacia la verdad y hacia la justicia. Descubrió toda su intimidad en su* Libro de los caracteres y la conducta, *en que traduce en sentencias morales sus observaciones de la psicología de los hombres y sus sinceras confesiones personales, con lo que ora se acerca a Séneca, ora descubre afinidades con San Agustín, ora recuerda a Demócrito o Teofrasto, ora se anticipa a la Bruyère o a Bacon, ora se muestra progenitor de Quevedo o de Unamuno. En los rasgos psicológicos que le atribuyen sus biógrafos y en sus páginas autobiográficas destaca lo profundo de su hispanismo: orgullo, pasión, vehemencia, verbalismo, acritud de palabra, lealtad, vuelo del alma hacia Dios,*

*hipercriticismo contra su propia patria, amor a la verdad, rigor ético, exaltación hasta el sacrificio de la vida en defensa de sus ideas o de su honor, quijotismo contra toda injusticia aun a trueque de enfrentarse con el mundo entero, menosprecio de las riquezas en oposición a la puntillosa veneración del honor, odio a la hipocresía, desdén por la adulación, fortaleza en la desgracia, culto de la amistad, prodigalidad hasta el despilfarro, irá fácil, elocuencia... Este hispanismo profundo y evidente en que nadie ha reparado hasta ahora, confirma, pese a Asín, la verdad de las afirmaciones de Ben Hayyan y de Ben Said sobre su raza española y sus abuelos cristianos. Ese hispanismo de un polígrafo de la talla genial de Ben Hazm —escribió entre otras muchas obras una admirable* Historia comparada de las religiones *muchos cientos de años antes de que se pensara en escribirla allende el Pirineo— permite valorar la gigantesca aportación de los españoles de sangre —de origen hispano fueron también otras grandes figuras de Al-Ándalus— a la formación de la cultura islámica. Y suscita una torturante interrogación: ¿cuál hubiera sido la acción de pensadores, historiadores, teólogos, hombres de ciencia y poetas de estirpe española en el madurar de la civilización occidental si España no hubiese sido incluida, en 711, en la órbita del mundo musulmán? Dos pensamientos de Ben Hazm reflejan de modo insuperable su hispanismo y su grandeza moral. Ante el espectáculo de Al-Ándalus ensangrentada por la discordia escribió: "La flor de la guerra civil es infecunda". Y aunque fustigó muchas veces a su patria, suyas son estas palabras: "Lejos de mí, ¡oh perla de la China!, me basta con el rubí de España".*

## CÓMO JUZGABAN A BEN HAZM SUS CONTEMPORÁNEOS

"La lengua de Ben Hazm y la espada de Al-Hachach son hermanas gemelas.

"En sus polémicas con los adversarios de su sistema dejábase llevar, sin precaución alguna, de lo que su natural y su carácter le dictaban, pregonando sin reticencias cuanto pensaba y tratando tan sólo de seguir la línea recta que Dios traza a sus siervos, a los hombres de ciencia, la cual consiste en revelar a las claras y siempre sus pensamientos. Tampoco ponía ningún cuidado en suavizar con indirectas o insinuaciones vagas sus propias opiniones, ni procuraba quitar fuerza o dureza a sus críticas envolviéndolas en frases oscuras. Al contrario: caía sobre su adversario con el ímpetu de la catarata y lo aguijoneaba con el acicate de su crítica, más picante que la mostaza.

"En la mayor parte de las obras que escribió hablaba tan mal de su propio país, que los alfaquíes prohibieron a los estudiantes que las estudiaran. Lo cosa llegó hasta tal extremo, que algunas de ellas fueron quemadas en Sevilla y públicamente desgarradas. Mas esta medida no sirvió sino para que su autor se animase todavía más a difundirlas y propagarlas y se entregara con mayor ardor a combatir duramente a sus adversarios en el resto de sus días hasta que murió. La más grave tacha de que se le acusa con

justicia es su ignorancia de las artes que pudiéramos decir políticas en la ciencia, artes que son mucho más difíciles de dominar que el fondo mismo de las cuestiones científicas. Esta falta de habilidad fue agravándose en él con la fuerza de la edad. Además, por encima de todo eso, sus facultades mentales no estaban exentas de cierto trastorno, y así, aunque de primera intención (cuando alguien pretendía sonsacarle qué pensaba de un problema), se mantenía dentro de cierta prudente reserva, tan pronto como se le excitaba mediante la más sencilla observación o pregunta, desbordábase a torrentes el océano de su ciencia, sin que nada fuese ya capaz de enturbiar o amenguar el límpido caudal de sus aguas. Y de esta impetuosidad en sus discusiones consérvanse señalados ejemplos y noticias que se han hecho ya proverbiales. Pero una de las causas más decisivas del odio que se le tenía fue su fanática adhesión a los príncipes de la dinastía omeya, así a los pasados como a los presentes, tanto orientales como españoles, y su firme creencia de que ellos tan sólo, con exclusión de las otras ramas de la tribu de Quraix, poseían el derecho legítimo al califato. Este fanatismo era tan ciego que le llevó hasta a defender con pasión aun los errores en que incurrieron."

*De varias obras de* Ben Hayyan, Al-Dabbi, Ben Said, Ben Jallikan. Según las versiones de Asín (Abenhazam de Córdoba, 192, 207, 209).

## CONFESIONES DE BEN HAZM

"Hay quienes son de ojos secos y reacios a las lágrimas. Yo soy de ellos. La causa de esto fue el tomar con frecuencia incienso como medicina para curar unas palpitaciones del corazón que tuve en mi niñez. Y así, cuando me sobreviene una desgracia abrumadora, aunque mi corazón sufra tanto que se me desgarre y destroce de pena, y yo sienta en él una angustia más amarga que la coloquíntida, que me ahoga hasta el punto de no permitirme pronunciar ni una palabra y a veces hasta ni siquiera respirar, mis ojos, a pesar de todo, jamás, sino rarísimas veces, responden al dolor que siente mi corazón derramando alguna lágrima."

"Había yo llegado a la edad de veintiséis años sin conocer las rúbricas canónicas de las oraciones de ritual. Y cabalmente esta ignorancia fué el motivo que me decidió a estudiar el derecho. Ello fue que cierto día hube de asistir a los funerales de un magnate que en vida había sido gran amigo de mi padre; y al penetrar en la mezquita, a media tarde, poco antes de la oración pública del aásar, vi que los fieles llenaban ya la mezquita y me senté de repente sin hacer antes la inclinación que es de ritual. Mi maestro, es decir, el preceptor que me había educado, me indicó a señas que me levantase y que recitase la salutación de rúbrica al entrar en la mezquita; pero yo no me enteré bien de lo que me quería decir. Entonces, uno de los fieles que a mi lado estaba me dijo: ¿Pero has llegado a esta

edad y no sabes aún que es obligación el rezar una salutación al entrar en la mezquita? Al oír esto me levanté, hice la inclinación y caí en la cuenta de lo que me había querido significar mi maestro con aquel gesto. Cuando, después, volvimos de la ceremonia del sepelio a la mezquita, acompañando a los parientes del difunto, yo me apresuré, al entrar en el templo, a hacer la inclinación de ritual; pero en seguida me dijeron: "¡Siéntate, siéntate, que no es ésta la hora de ninguna oración!..." Aquello acabó de sonrojarme: yo mismo estaba disgustado de mi conducta; por eso, al abandonar el duelo, le dije a mi preceptor: "Llévame a casa del alfaquí y consultor jurídico Ben Dahun". Guióme, en efecto, desde allí mismo hasta su casa, y le referí lo que me acababa de pasar, pidiéndole que comenzase a explicarme el derecho. Ben Dahun me recomendó que estudiase la Al-Muwata de Malik. Comencé, pues, a leer este libro bajo su dirección desde el siguiente día; y después, ya sin interrupción, continué mi estudio con aquel y con otros maestros, durante cerca de tres años, al cabo de los cuales emprendí el estudio crítico y comparado de las varias escuelas jurídicas."

"Más villano que el embustero no creo que sea nadie. Sin los calumniadores y sin los embusteros, ni se acabarían las dinastías, ni los imperios se derrumbarían, ni la sangre inocente se derramaría a raudales por los tiranos, ni la fama y el honor de los buenos sufrirían menoscabo. La mentira y la calumnia son las que siembran en los corazones de los hombres rencores y odios y enemistades lamentables. Por eso el embustero y el maldiciente son los más viles, despreciables y odiosos de los hombres."

"Guárdate de dar gusto a tu prójimo haciendo algo que a ti te desagrade, a no ser que a ello te obligue la ley divina o una virtud moral.

"Yo creo que la mayor gracia que puede hacer Dios al hombre es otorgarle una conciencia naturalmente recta y amiga de la justicia, un espíritu equitativo y amante de que el derecho triunfe. Y yo creo que para resistir a todos los embates corruptores de la pasión, como para realizar todo acto bueno, con bondad religiosa o natural, no he ido nunca a buscar ayuda más que en estos dones naturales que puso en mi conciencia el Creador, en quien toda energía y fuerza tienen su principio...

"Si te ves en la inevitable alternativa de irritar a los hombres o de irritar a Dios, y no encuentras un expediente fácil para dejar de hacerte odioso a las criaturas o a tu Creador, irrita a los hombres y busca su aversión; pero no encolerices a tu Señor ni le ofendas.

"La envidia, la mentira y la traición jamás las he notado en mi carácter, sino al revés, una instintiva repugnancia hacia tales vicios; de modo que no creo merecer alabanza al evitarlos.

"No hay cosa más fea que la mentira... La mentira es un engendro de la injusticia, la cobardía y la ignorancia. La cobardía engendra, en efecto, la pusilanimidad, y el embustero de oficio es también hombre de alma

mezquina, que está muy lejos de merecer la alabanza propia de las almas grandes.

"La fortaleza consiste en sacrificar la propia vida en defensa de la religión, o de la familia, o del prójimo oprimido, o del débil que busca apoyo contra la injusticia de que es víctima, o de la propia fortuna y del honor propio menoscabados inicuamente, o de cualquier otro derecho; y esto, sean pocos los adversarios o sean muchos. La tibieza en la defensa de cualquiera de estos objetos que hemos enumerado es cobardía y debilidad.

"La constancia, que equivale a la seriedad o formalidad en el cumplimiento de los compromisos..., tiene sólo por objeto lo recto o lo que el sujeto cree tal, mientras no le viene a las mientes que pueda ser desatinado; tal actitud es loable, y su contraria se llama indecisión.

"En cuanto a la acusación que contra mí lanzan mis necios enemigos, diciendo que cuando yo tengo una cosa por verdadera no me importa el ponerme enfrente de cualesquiera, aunque estos cualesquiera sean todos los hombres que ocupan la superficie de la tierra, y que tampoco me cuido de acomodarme a muchos de los usos y costumbres adoptados sin causa razonable por mis compatriotas, esta cualidad de que me acusan es para mí una de mis mayores virtudes, que no sufre comparación con ninguna otra de mis cualidades. Y por mi vida aseguro que si yo no la poseyese (lo que Dios no permita), ella sería una de las gracias que más apeteciera yo y pidiera a mi Creador.

"Para el hombre pundonoroso vale más el honor que las riquezas. El hombre pundonoroso ha de defender su cuerpo, a costa de sus riquezas; su vida, a costa de su cuerpo; su honor, a costa de su vida; su religión, a costa de su honor; pero a costa de su religión no debe defender cosa alguna.

"El saberse gobernar bien en los negocios del mundo, el hacerse simpático a todos dándoles gusto con provecho para sí mismo y no teniendo escrúpulo de servirse para este fin, de cualquier medio, sea justo o injusto y criminal; el darse buena maña para acrecentar el caudal, adquirir reputación, conquistar cargos y honores por medio de iniquidades y vilezas..., eso no es... prudencia... El nombre de este carácter moral es cuquería.

"Es mejor errar por firmeza en el propósito que por flaqueza en la resolución."

"El vicio dominante en la humanidad es la hipocresía; y lo admirable es que, a pesar de eso, los hombres no toleran sino a aquel que con hipocresía les engaña.

"Desea que te tachen de cándido y guárdate de que te tengan por astuto, porque la mayoría de las gentes evitará tu trato, y esto te perjudicará o quizá te acarreará la muerte.

"Piensa mal de tu prójimo, cuando estés en condiciones de hacer lo que reclama de ti esa mala opinión, es decir, cuando te sea posible guardarte de tu prójimo y tomar precauciones contra él. Mas, cuando no esté

en tu mano el tomar precauciones, más te vale tener de todos buena opinión; ganarás con ello tranquilidad de espíritu.

"En cuanto a la costumbre de sospechar mal del prójimo, algunos la creen defecto en absoluto, pero no es tal sino cuando nos induce a cometer algún acto que la religión o las leyes sociales consideran ilícito; en los demás casos se confunde con la prudencia y discreción, que es una virtud."

"Con el afortunado hasta el hombre pérfido es leal; con el desgraciado hasta el leal es pérfido. ¡Feliz aquél que... no se ve obligado por los azares de la vida a poner a prueba la lealtad de sus prójimos!

"No se deja seducir el discreto por las inesperadas amistades que se le brindan en los días de su fortuna, porque entonces todo el mundo quiere ser su amigo.

"Yo te confieso, oh lector, que alguno de mis amigos que siempre me profesó leal y sincera amistad, así en la fortuna como en la desgracia, en la pobreza como en la riqueza, dándole gusto lo mismo que contrariándole, acabó al fin por hacerse mi peor adversario, después de doce años de un cariño el más fiel y nunca interrumpido, y eso por un motivo en extremo insignificante, que nunca pude yo suponer llegase a hacer mella en hombre alguno; y jamás, desde aquella fecha, ha vuelto a reconciliarse conmigo; lo cual, durante largos años, me produjo una pena intensísima.

"Dos rasgos característicos de mi temperamento son en mí innatos. Merced a ellos jamás la vida logró enervar mis energías, en medio de los vaivenes de la fortuna, pues en ambos caracteres armonizados encontré siempre la fuerza indispensable para mantenerme firme a pesar de todo. ¡En algunos momentos de mi vida hubiese deseado, en verdad, que mi alma resistiera constante los asaltos de la ira y evitase, con la ayuda de esas dos virtudes, la dureza y vehemencia de mi carácter! Son esos dos rasgos de mi temperamento una fidelidad a los deberes de la amistad, tan constante y leal, que jamás las vicisitudes de la vida lograron alterarla, antes bien, mantúvose siempre igual, tanto en la presencia del amigo como en la ausencia y así en lo exterior como en lo interior...; el otro rasgo es una nobleza de alma que se rebela contra toda ofensa, que se preocupa de la más pequeña alteración que en el afecto de los amigos nota, que preferiría la muerte antes que perder su estimación. Cada una de estas dos propiedades de mi carácter reclama para sí la soberanía absoluta. Y a fe mía que yo he sido ofendido dura e inicuamente, pero he soportado con paciencia las injurias usando de constante mansedumbre y de tal mesura y miramiento, que apenas se encontraría una sola persona capaz de reprimirse hasta ese extremo, y cuando ya la cosa llegaba al colmo, y mi alma se encendía en cólera, fingía al menos la paciencia exteriormente, aunque dentro del corazón quedaba lo suyo.

"Uno de esos defectos era el mal humor y la ira violenta, que yo no he cesado de combatir hasta que he logrado reprimir sus manifestaciones exteriores, es decir, las explosiones de la cólera cuando estalla en impro-

perios, en golpes o en atropellos, y hasta he llegado a refrenar los deseos ilícitos de secreta venganza. Para conseguirlo hube de sufrir graves molestias y soportar penosos disgustos, que a veces me hicieron casi enfermar, lo cual me impedía tener buen humor; además, yo creía, al principio, que el reprimir la ira y el mal humor era signo de bajeza de carácter. y por eso me reprimía menos.

"Otro de mis defectos fue un rencor excesivo que con la ayuda de Dios he conseguido guardar oculto y bien escondido y hasta reprimir la manifestación de algunos de sus efectos; pero desarraigarlo en absoluto, jamás; no me ha sido posible. Él, además, me ha impedido trabar amistad con aquellos que alguna vez fueron mis enemigos.

"Todas las cosas tienen alguna utilidad. Yo he sacado un gran provecho hasta de tropezar con los necios; su trato ha sido para mí como el choque con el eslabón: me encendía el ánimo, hacía hervir de cólera mi espíritu, ponía en tensión mi entendimiento y excitaba mi actividad; todo lo cual fue causa determinante de la redacción de algunas de mis obras más útiles, pues si no me hubiese soliviantado el roce con ellos y los choques que con ellos tuve, de seguro que no me habría yo movido a redactarlas.

"Yo me vi atacado por una grave enfermedad, la cual me produjo una hipertrofia del bazo, y esta hipertrofia engendró en mi carácter una tan grande melancolía, mal humor, impaciencia e irritabilidad, que a mi alma pedíale yo mismo cuenta de aquella conducta mía, porque yo me resistía a creer que mi carácter moral hubiese cambiado y me extrañaba grandemente que mi temperamento fisiológico hubiese huido de mí. De aquí que yo tenga por cierto que el bazo es el órgano de la alegría, puesto que su trastorno engendra la afección contraria.

"También me han acusado algunos, de esos que hablan sin discernimiento ni discreción, de haber dilapidado mi fortuna; pero la explicación de esta censura está en decir que de mi capital no he gastado sino aquellas cantidades cuya conservación representaba, o un vicio que la religión condena, o un daño en mi reputación, o una preocupación penosa para mi espíritu. Y esto, porque para mí era más precioso el tesoro, siquiera pequeño, de estas tres cosas (mi religión, mi reputación, mi tranquilidad), que la parte de mi fortuna dilapidada, aunque hubiese valido tanto como todo lo que el sol alumbra."

"Fíate del hombre religioso, aunque profese religión distinta de la tuya, y jamás te fíes del hombre ligero y descreído, aunque parezca profesar tu propia religión. Para las cosas encomendadas a tu cuidado, no pongas tu confianza en el hombre que desprecia las prohibiciones divinas."

"El que hace vida social no podrá evitar cuidados que le atormenten, ni pecados de que se arrepentirá en la otra vida, ni movimientos de cólera que le quemarán las entrañas, ni humillaciones que echarán por tierra sus ilusiones. ¿En qué piensa, pues, el que vive entre los hombres y los trata a

toda hora? La fuerza, la tranquilidad de espíritu, la alegría y la salud están en la soledad. Trata a los hombres como tratas al fuego: te calientas con él, pero no te metes en medio de sus llamas.

"Aunque la vida social no tuviese más que los dos siguientes peligros, con ellos bastaría. Uno es la tentación que se siente, cuando uno adquiere gran familiaridad con otros, a comunicarles secretos de gravísimas consecuencias para sí y para el prójimo, los cuales secretos no se habría permitido revelar jamás fuera de la intimidad. Otro es el peligro de tener que concurrir a tertulias en que reina la charlatanería indiscreta, tan perjudicial para la otra vida. No hay camino de librarse de estas dos calamidades, si no es aislándose en absoluto de todo trato social.

"Verdad dijo el que dijo que el inteligente sufre en este mundo; y verdad dijo también el que dijo que el inteligente vive tranquilo. Sufre, en efecto, porque ve el error divulgado y su imperio triunfante, y un abismo de dificultades que le impiden hacer brillar la verdad. Vive, sin embargo, tranquilo porque no se preocupa por las cosas superfluas del mundo, cuya posesión tantos disgustos da al resto de los hombres.

"Muchas son las penurias a que el hombre se ve sometido en este mundo por los reveses de la fortuna; pero de todas ellas la más grave es la que le sobreviene por la convivencia con los individuos de su misma especie, con los hombres. El daño que el hombre recibe de los hombres es más grave que el que recibe de las fieras rabiosas y de las víboras dañinas, porque de este peligro cabe guardarse; pero del peligro humano, es imposible de todo punto."

Del *Tauq* o Libro del amor, del *Ajlaq* o Libro de los caracteres y de la conducta, y del *Fisal* o Libro de las religiones, según las versiones de Asín (Abenhazam de Córdoba, I, 42, 106, 212, 216, 218, 221, 224 y 233).

## PENSAMIENTOS Y POESÍAS DE BEN HAZM

La filosofía, considerada en su constitutivo esencial, en su significado, en sus efectos, en el fin a que tiende su estudio, no es otra cosa que la corrección o mejora del alma humana, conseguida, ya por medio de la práctica de las virtudes morales y de la buena conducta en esta vida a fin de alcanzar en la otra la salvación, ya por medio de una buena organización social, así doméstica como política. Ahora bien: éste mismo y no otro es el fin de la ley religiosa o revelada. Y éste lo admiten todos sin discrepancia alguna: tanto los entendidos en filosofía como los sabios en la doctrina revelada.

Nosotros no nos creemos obligados a declarar lícito el denominar a Dios con nombre alguno por analogía con las cosas creadas que conocemos; antes al contrario, eso lo declaramos ilícito y prohibido, porque en el mundo no existe cosa alguna que se parezca a Dios, con la cual se le pueda comparar por analogía.

No hay condición ni causa capaz de determinar u obligar por necesidad a Dios para que haga o deje de hacer algo. Dios sería bueno y justo aunque hubiese abandonado a toda la humanidad, aunque la hubiese creado, como a los irracionales, sin el beneficio de la revelación..., aunque hubiese creado infieles a todos los hombres.

La razón humana no es juez competente para decidir acerca de la bondad y justicia de las obras de Dios. Pensar así equivaldría a asimilar a Dios con las criaturas.

Todos los que dicen que no es posible que Dios haga sino lo que la razón humana estima bueno respecto de nosotros, y que no puede hacer o crear lo que ella estima malo, según su modo de concebir, pueden ser interpelados en esta forma: "vosotros partís, para vuestros razonamientos, de lo que observáis en vosotros mismos; y después, invertís los términos de la cuestión, cayendo en un error enorme. Porque, si vosotros admitís que Dios es eterno, único, anterior e independiente de todo ser creado, de todo cuerpo, accidente, sustancia, inteligencia inteligible, ignorancia, etc.; si, después, afirmáis que Dios creó las almas en el tiempo, dándoles un ser que no tenían y dotándolas de inteligencia, no tenéis derecho alguno para aplicar al Creador juicios derivados de la decisión de una de sus criaturas temporales.

Del *Fisal* o Libro de las religiones y del *Ajlaq* o Libro de los caracteres y la conducta, según las versiones de Asín (158, 178 y 228).

"Aunque el papel queméis,
no quemaréis lo que el papel encierra;
que dentro de mi espíritu,
a pesar de vosotros, se conserva
y conmigo camina
a dondequiera que mis pies me llevan.
Allí donde repose,
allí también reposará mi ciencia,
y conmigo en mi tumba
será enterrada el día que yo muera.
¿Qué me importa a mí el hecho
de que queméis papeles y vitelas?
¡Discutid con razones,
si os es posible, y que las gentes vean
cuál de los que discuten
merece la victoria por su ciencia!
Si os sentís incapaces
de renovar conmigo la polémica,
entonces, como párvulos,
comenzad por volver a las escuelas.
Los secretos destinos
que me prepara Dios y me reserva
¡ah!, ¡cuánto más excelsos
son que los que vuestro odio apeteciera!
Yo soy, y no es hipérbole,
la inestimable, la preciosa perla,
en que, salvo mi patria,

tacha o imperfección ninguno encuentra.
El Iraq, ante todo,
y las regiones que al Iraq rodean
y hasta los habitantes
de los países de la tierra entera,
todos, menos los míos,
unánimes, así me lo confiesan.
¡Es que en los corazones
de los míos anida la tristeza,
por la envidia que sienten
de un talento, un ingenio y una ciencia,
que no alcanzarán nunca,
como el corcel, vencido en la carrera,
no alcanza ni aun el polvo
que el corcel vencedor tras de sí deja!
¿Qué me importa la envidia
mientras por los confines de la tierra
en alas de la fama
vuele mi nombre? ¡Si el hogar humea
es porque en él hay fuego! ¡Nunca el humo
sin el fuego se engendra!"

☆

"¡Que no se alegren mis émulos,
si me abruma la desgracia!
La veleidosa fortuna
jamás de rodar se cansa;
que es del hombre de valía,
cual del oro en sus mudanzas,
la suerte incierta y voluble:
Unas veces lo machaca
el martillo a duros golpes,
y otras, su brillo destaca
en la espléndida corona
del más glorioso monarca."
A los que a visitarme se apresuran
un día llegará en que se les diga:
"¡Ya murió Alí Ben Ahmed Abenházam!"
¡A cuántos corazones la noticia
llenará de tristeza! ¡Pero cuántos
también la acogerán con burla y risas!
De sincero dolor, ¡ah!, ¡cuántas lágrimas
bañarán de los míos las mejillas!
De todo cuanto a Dios he ofendido
otórgueme el perdón, en aquel día,
en que un eterno adiós daré a los míos
y bajaré a la tumba angosta y fría,
dejando para siempre en este mundo
aquello en que cifré toda mi dicha,
para ir en busca del Señor y Dueño,
cuyo estudio ocupó toda mi vida.
¡Ah!, ¡cuán tranquila se hallará mi alma
del triste viaje ante la perspectiva,
si de enviar cuidéme por delante
el viático que el alma necesita!
¡Ah!, ¡qué infortunio, en cambio, si de víveres
se encuentra entonces mi alma desprovista!"

De Ben Hayyan apud Jaqut, según versión de Valera (Asín: *Abenhazam*, 235, 239, 240).

# CÓMO SURGIÓ UN REINO EN GRANADA

*El caudillo de los bereberes que en las horas trágicas de las revoluciones cordobesas habían saqueado Córdoba con el conde de Castilla, Sancho [noviembre del año 1009], y que [abril de 1013] había entrado en la antigua capital del califato al frente de los feroces berberiscos, desencadenando en ella un torrente de sangre, se retiró luego con sus tropas a la provincia de Elvira. Arruinada en ésta la ciudad que había servido de capital desde la conquista musulmana, Zawi y los suyos fundaron Granada, al pie de las colinas, en donde se había alzado la antigua Iliberri, ibero-romana. Allí se sostuvo el jefe Zirí contra el ejército de Abd al-Rahman IV, Al-Murtada, que, proclamado califa por los eslavos Jairan de Almería y Mundhir de Zaragoza y sostenido con fervor por los legitimistas omeyas, fue traicionado por los primeros en el momento de la lucha con los bereberes ilibiritanos. La ambición y la nostalgia de su patria africana perdieron a Zawi, y su sobrino Habus le sucedió en el principado granadino. No fue fácil la consolidación del nuevo reino y de la nueva dinastía. Intrigas, apetitos de poder, regicidios frustrados, discordias sociales, pusieron a ambos en trances delicados. De todos triunfó la habilidad de Habus y su buena estrella y, con ellas, el talento político, la energía salvaje y la crueldad de su hijo, Badis al-Muzzafar, secundados por la astucia y la inteligencia de su visir judío, Samuel Abu Ibrahim. El nieto y sucesor del feroz carnicero granadino nos relata en sus* Memorias *esos primeros tiempos duros del reino de Granada. Calla en ellas los relámpagos de fiereza de su abuelo, que más de una vez mató, por su mano, a sus prisioneros enemigos. ¡Horas sangrientas y brutales! Parejas de las que Sevilla vivió bajo el gobierno del cadí Qasim ben Abbad y de su hijo Al-Mutadid, no menos enérgico, no menos cruel que Badis, pero con la energía y la crueldad del gran señor.*

## CONSTRUCCIÓN DE GRANADA

Se fijaron sus ojos en una bella llanura surcada de arroyos y cubierta de árboles. Toda la región que se extendía en derredor estaba regada por las aguas del Genil que nace en Sierra Nevada. Les llamó también la atención la montaña donde se alza hoy Granada y se dieron cuenta de su posición central en relación al resto del país. Delante se extendía la Vega, a cada lado los Pasajes de Al-Qawuja y Al-Sath; detrás el monte. Les encantó el sitio en el que descubrieron toda clase de ventajas. Observaron que el lugar se encontraba en medio de una rica comarca y que alrededor se extendían las instalaciones de los cultivadores del suelo. Juzgaron, por otra parte, que si algún enemigo viniese a atacar la plaza, no podría proseguir el cerco con provecho, ni cortarles, dentro ni fuera, los aprovisionamientos necesarios. Emprendieron entonces las construcciones. Cada uno de los miembros del grupo, andaluz o bereber, tomó sus disposiciones para levantar allí una casa, y hacia la misma época Elvira cayó en ruinas.

## ATAQUE DE LOS SINHACHA POR AL-MURTADA

Poco tiempo antes de la terminación de los edificios se vio aparecer, llenas de avidez, a las arrogantes *taifas* en orden de batalla. Los aventureros de que estas *taifas* estaban formadas se figuraban que, desde su llegada, la ciudad en construcción no podría resistir su empuje ni siquiera una hora. Hicieron llegar a Zawi —del que se ha hablado arriba— un mensaje por el que le intimaban la orden, a él y a los suyos, de retirarse ante ellos; le otorgarían el amán, pero de ninguna manera debía prolongarse su permanencia en Granada; no le dejarían mantenerse allí bajo ningún pretexto. Previniéndole de esta manera, pensaban conservar las manos libres, porque se proponían, si obtenían la victoria, no otorgar cuartel a sus adversarios. La carta en cuestión, firmada por el instigador del grupo, Al-Murtada, fue leída a Zawi, que reunió entonces a sus guerreros y llamó al hijo de su hermano, a su sobrino Habus. Llegó éste con todos sus soldados y penetró en la ciudad a la vista de los asaltantes, sin dar un rodeo y sin ocultarse de ellos. Algo menos de un millar de Sinhacha, los mejores entre los mejores, se reunieron así en Granada. Los taifas arrogantes eran alrededor de cuatro mil jinetes. Zawi ordenó entonces (que llevaran a Al-Murtada su respuesta, tal) como la había dictado él mismo. Había dicho a su secretario: "No añadas nada a lo que te voy a decir. Escribe: El deseo de aumentar vuestras riquezas os ha distraído de tal modo, que os habéis olvidado de visitar las tumbas. Sea como queráis". Y añade: "Sea como queráis".

Cuando los asaltantes recibieron el mensaje de Zawi, admiraron su ingenio y se dijeron: "Este hombre no rehusaría someterse a nosotros, si no tuviera plena confianza en su propia bravura y en la de los suyos; o se ha resignado a la muerte o está lleno de presunción y no piensa que corre a su pérdida". Y avanzaron en dirección a los Sinhacha. Éstos se disponían a marchar vigorosamente a su encuentro, pero Zawi les ordenó que permanecieran en su puesto y que no se lanzaran a la carga antes que él hubiera distinguido la formación de combate del enemigo. Pero los Sinhacha contestaron: "Lo mejor que podemos hacer es salir a su encuentro. Con ellos, en verdad, no nos queda otra alternativa que vencer o perecer bajo sus golpes. La sola escapatoria que tenemos aquí abajo es combatirles. Si permanecemos en nuestros sitios, no nos dejarán escapar y vendrán a sitiarnos, a nosotros y a nuestros súbditos, viendo que no hemos hecho nada para rechazarlos. O perecemos o permanecemos en posesión de nuestros bienes. Preferimos morir combatiéndoles, después de haber desplegado todas nuestras fuerzas, que verles apoderarse de nuestra ciudad". Y salieron en dirección al enemigo con el alma llena de audacia y decidida a la muerte y el corazón desbordante de ira. No transcurrió más tiempo que el necesario para mover las manos, cuando ya los Sinhacha habían obligado a sus adversarios a retirarse. Huyeron ante ellos en plena derrota, llenos de consternación, y buscó cada uno con gran trabajo su propia salvación, sin preocuparse de los demás. Los Sinhacha les persiguieron y los golpes de los bereberes, al caer sobre

ellos, hicieron gran matanza, para satisfacer su cólera, y se apoderaron de gran cantidad de bagajes y de armas por ellos abandonadas.

Esta batalla constituyó la primera victoria que permitió a los Sinhacha afirmar su situación en el territorio que ocupaban. Se les temió desde entonces y sus súbditos les testimoniaron la mayor lealtad. Gracias a tal éxito consolidaron su posesión de Granada y se les sometieron la mayor parte de las regiones poseídas antes por los enemigos que acababan de vencer.

## SALIDA PARA ÁFRICA DE ZAWI BEN ZIRÍ

Sin embargo, Zawi ben Zirí, después de haber meditado sobre la situación y de haber visto la rapidez con que los andaluces se habían unido contra los suyos y el odio que sentían contra ellos, reflexionó despacio sobre el asunto. Acabó por decirse: "Ahora sé, y estoy seguro de no equivocarme, cuál será en adelante su línea de conducta. La victoria que hemos obtenido sobre los andaluces en el primer choque con ellos no nos garantiza la seguridad de nuestras personas y de nuestros bienes. Si un hombre muere de entre ellos, hay mil para reemplazarlos. Les favorece, además, la simpatía de los habitantes del país, que pertenecen a su raza. Su poder aumentará, mientras que el nuestro se debilitará. No podremos reemplazar a los que caigan de los nuestros". Consideró, pues, la situación bajo un aspecto que creyó verdadero y la juzgó poco alentadora. Al mismo tiempo supo que acababa de morir Badis ben Al-Mansur, padre de Al-Muizz y soberano de Qayrawan, y que su hijo era todavía joven. Concibió esperanzas de apoderarse del trono y decidió partir; pero Alá había decidido de antemano que Zawi no obtendría el principado que ambicionaba y que perdería el que poseía, que iba a recibir, a su partida, el hijo de su hermano.

Zawi tenía varios hijos. Cada uno de ellos valía por sí mismo tanto como cien jinetes, en bravura, vigor y reflexión. Uno de ellos, Buluggin ben Zawi, desaprobó la decisión de su padre y le dijo: "¿Has construido el edificio de tu principado para alguien frente al cual tu jerarquía va a reducirse a la de un servidor o a la de un criado? No dejes la presa que tienes, por su sombra, y mantente en tu situación presente, a la que no has llegado sino a costa de mil fatigas y, frecuentemente, evitando la muerte muy de cerca". Pero Zawi le respondió: "Voy a delegar el gobierno de Granada, de entre los jeques de Talkata, en quienes me pueda fiar en caso de circunstancias graves, en personas que tendrán la misión de gobernar con energía y de reemplazarme. Entre tanto iré a darme cuenta por mí mismo de la situación de Qayrawan y de cómo es regida tal ciudad. O realizaré mis proyectos sobre ella o regresaré a mi capital". Hizo sus preparativos de viaje, que explicó públicamente por su deseo de ofrecer su asociación a Al-Muizz y de proponerle que el principado zirí de Al-Ándalus podría constituir para él una reserva de material humano, y otras causales parecidas, semejantes a las que suelen acordarse en los contratos de asociación (mucharakat); y en caso

de sucesos graves los dos príncipes harían causa común. A los jeques en quienes delegó su autoridad para que le reemplazaran hizo prometer Zawi, mediante juramento, que no le crearían dificultades y no abandonarían ninguna de sus prerrogativas, ni a su sobrino ni a nadie; y les explicó que su marcha debía ser considerada como una prueba de su solicitud para con ellos y de sus esfuerzos para asegurarles un lugar de residencia mejor que el que tenían al presente.

Después Zawi abandonó Granada a la manera de quien es conducido hacia su pérdida sin saberlo. No había recorrido todavía una etapa de camino, cuando ya los delegados que había dejado en su capital enviaban mensajes a Habus ben Maksan. Calificaban de estúpida la decisión de Zawi e invitaban a su sobrino a apresurarse a venir a Granada, porque era más digno que nadie de tomar el gobierno. No debía, añadían, dejar a otro que no tuviese su placet el tiempo preciso para manifestar su ambición. Era necesario evitar que algún glotón viniese con la boca abierta a reivindicar el puesto dejado vacante por Zawi. Habus no dejó casi transcurrir tiempo alguno entre la marcha de su tío y su propia llegada a Granada. Los Sinhacha vinieron a su encuentro y le hicieron presente su sumisión y su fidelidad al trono. En su camino, Zawi, hallándose todavía a poca distancia de Granada, supo lo que acababa de suceder; lamentó entonces su decisión y hubo de sufrir los reproches de su hijo.

Se cuenta que cuando Zawi llegó a Qayrawan, algunos visires de Al-Muizz sospecharon sus intenciones y las desaprobaron por temor de que les colocara en una situación difícil y viniera a turbar un agua que había llegado a ser límpida. Estimaron que la presencia de Al-Muizz en el trono, dada su juventud, la familiaridad de sus relaciones con el príncipe y la influencia que poseían sobre él, les sería más soportable que la de un hombre tan sutil como Zawi, junto al cual no gozarían ni de un átomo de poder. Se le envió entonces en secreto a alguien que le administró un brebaje envenenado. Y así murió Zawi (en África).

## REINADO DE HABUS BEN MAKSAN

Nada vino a perturbar el gobierno de Habus ben Maksan, cuya conducta fue excelente y cuyo gobierno fue justo. Delegó en los cadíes del país el cuidado de dictar sus decretos cualesquiera que ellos fuesen, y se abstuvo de todo acto ilícito, no dejando jamás a su mano cometer un acto prohibido por la religión o una extorsión de dinero. Fue por ello amado por sus súbditos; bajo su reinado los caminos llegaron a estar seguros, se hizo raro el bandolerismo y desapareció la arbitrariedad. Este príncipe tenía afecto a sus parientes próximos y a sus contribulos los Sinhacha y no reivindicó para sí nada de lo que les pertenecía. Repartió el territorio de su principado en circunscripciones, cuyo mando militar les dio, y ordenó a cada uno de tales caides que reclutasen un número de soldados proporcionado a la importancia del distrito que había recibido. "No podréis hacerme

mayor servicio, les había recomendado, que el de aumentar la cifra de los contingentes susceptibles de ser llamados bajo las armas en caso de necesidad; esto tendrá a mis ojos más valor que el dinero o los presentes que podáis enviarme. Cuando convoque a uno o a otro de vosotros para un asunto importante, merecerá mi estima aquel cuyas tropas sean más numerosas y estén mejor entrenadas." Por ello los hombres movilizables en caso de necesidad se apresuraron a alistarse. Los efectivos del ejército regular llegaron a ser, por otra parte, más numerosos durante su reinado. Y el espíritu militar se reforzó entre los soldados del principado que mostraban emulación en calidades guerreras y en decisión.

Cada uno de los contribulos de Habus era señor (sultán) de la parte de principado que le había sido asignada: disfrutaba de su territorio y tenía el mando exclusivo de las tropas. Habus —Alá tenga de él misericordia— no tomaba ninguna decisión por sí mismo y no decretaba nada sin haberles consultado antes; incluso para el consejo de gobierno se reunía con ellos en un local situado fuera de su palacio, en vez de hacerles venir cerca de él, y lo hacía por delicadeza frente a ellos, a fin de no ofrecerles ningún motivo de humillación o de antipatía. Les trataba con bondad y consideración y escuchaba con benevolencia sus palabras. Tenía la costumbre de decir: "Los Sinhacha son para mí como los dientes de mi boca. Si uno de ellos cae no podré jamás reemplazarlo". Gracias a ello pudo dar muestra de su fuerza e imponerse a sus enemigos. Todos éstos se dieron cuenta de que les interesaba renunciar a la presa que parecía ofrecer el reino de Granada y vivir en paz con su soberano, antes que ambicionar alguna parte de sus posesiones o dejarse arrastrar del deseo de atacar su territorio.

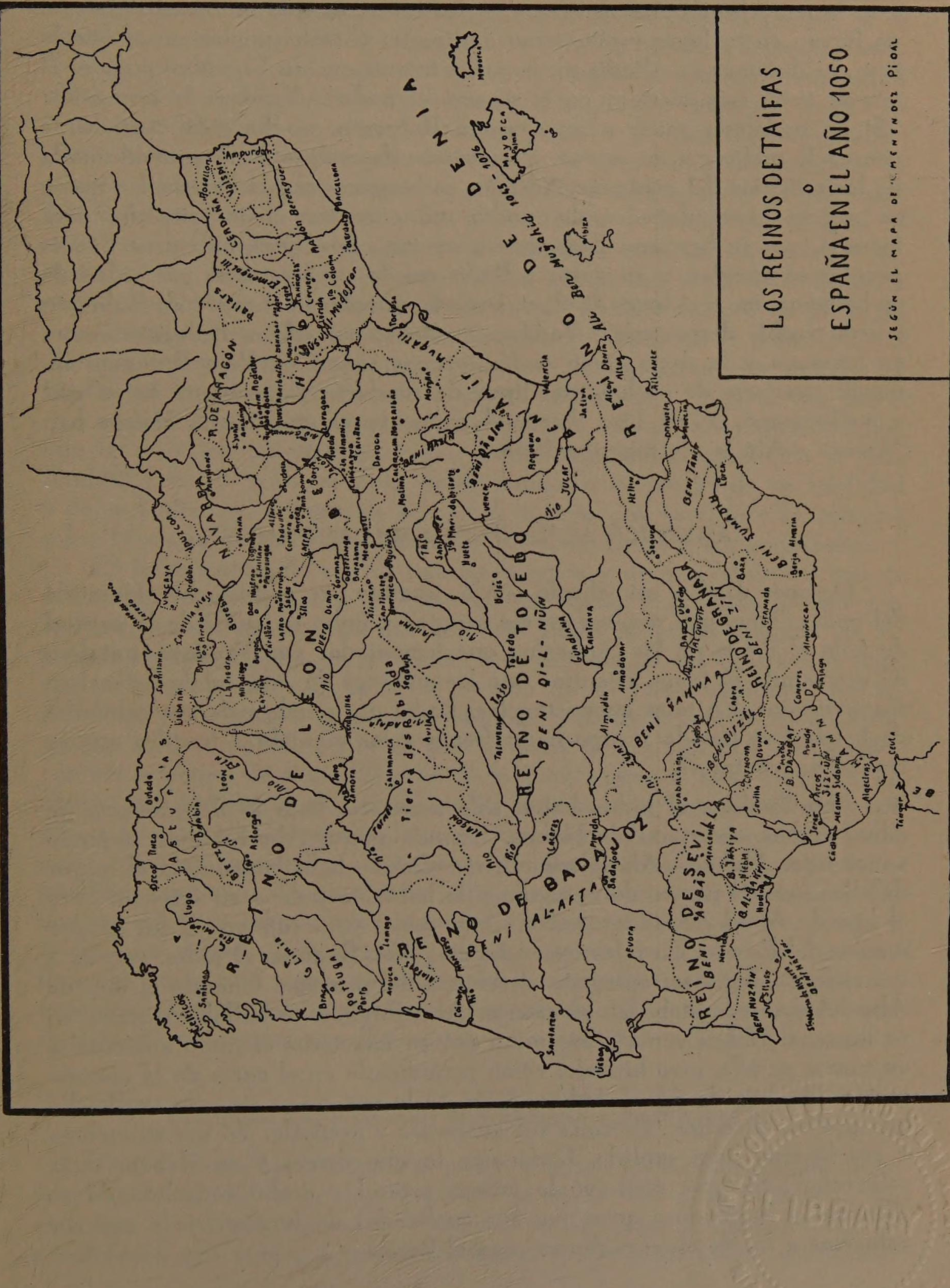
## INTRIGAS EN FAVOR DE YADDAYR BEN HUBASA

Habus ben Maksan —que Alá le sea misericordioso— tenía un sobrino llamado Yaddayr. Le prefería a su propio hijo, por su talento y su aplicación al estudio y a la frecuentación de los juristas. Le encargaba recibir a los embajadores y le confiaba la resolución de los asuntos importantes. Yaddayr tenía gran respeto por Habus y por todos los dignatarios del reino. Entre los personajes que le tenían más afecto figuraba el secretario de Habus, llamado Abu-l-Abbas, que se complacía en subrayar las muestras de deferencia que Yaddayr le testimoniaba y los conocimientos que acreditaba en los asuntos que le eran consultados. Esto le valió una gran consideración por parte de los Sinhacha, quienes no tardaron en preferirle a los demás príncipes. Además, Badis ben Habus, mi abuelo —Alá tenga misericordia de él—, era un hombre dotado de una fuerte personalidad, con miras elevadas y un temperamento tajante: nadie le hubiera podido hacer aceptar la menor mentira sobre ningún asunto y no cedía el paso a ninguno de sus contribulos, tal era la gran confianza que tenía en su propia estrella. No era propio de él adoptar una actitud sumisa ni hablar con palabras oscu-

ras; juzgaba que obrando así no añadiría nada a su fortuna. Por el contrario, todo era en él resolución y fruto de reflexión madura. No se enajenaba la simpatía de los unos sino después de haber recobrado la de los otros y se servía de éstos contra aquéllos poniéndoles mutuamente enfrente. Por eso muchos personajes de la corte se alarmaron de la actitud de Badis, que llenaba sus corazones de temor y de espanto. Temieron que, si tomaba el poder, habían de ser tratados de manera diferente a como su padre les había habituado. Por lo cual la mayoría buscó en su fuero interno la ocasión de perderle y prefirieron a Yaddayr, cuya elevación al poder deseaban; pero ello fue para su desgracia y para poner fin a sus días felices.

He oído contar a Muzaffar Badis —Alá tenga misericordia de él— una parte de este asunto, un día que tenía reunión en su *machlis*. "Estaba yo, dijo, de pie delante de mi padre Habus —que Alá le sea propicio— cuando un jeque de los Sinhacha, que había sido delegado al efecto, vino a decirle: "Hay un asunto urgente que necesita ser resuelto por ti: me refiero a que designes desde ahora quién ha de sustituirte en el gobierno y a que le elijas de entre quienes es de esperar que sean favorecidos por la bendición divina para conducirse bien con los musulmanes y con tus contribulos. Porque la muerte puede venir a encontrarte de improviso, a la mañana o a la tarde". Entonces Abu-l-Abbas, secretario de Habus, dijo: "Nadie como Yaddayr para sucederte; es puro, es casto y ama al pueblo". Entre los jeques que se encontraban allí, tenía yo un amigo fiel, llamado Firqan; le había colmado de beneficios y me había ganado su afecto. Le escuché replicar a Abu-l-Abbas de esta manera: "No es oportuno que hables de ese modo. ¿Cómo puede tomar el poder otro que el hijo de nuestro soberano, puesto que este príncipe está al corriente de todos los asuntos? No tiene valor alguno lo que acabas de decir y lo que ha dicho quien ha hablado antes que tú. Estoy viendo ya, por Alá, lo que ocurrirá a la muerte de Habus: Badis le sucederá y como Yaddayr hará la tontería de querer enfrentársele, le vencerá y le matará". Me agradaron las palabras de Firqan, continuó Badis, y le recompensé por ellas dándole mil dinares."

Debía suceder, en efecto, exactamente como Firqan lo había previsto. Badis consiguió la amistad de muchos notables Sinhacha, les prometió tratarles con consideración e hizo todos los esfuerzos necesarios para resolver en su favor el asunto de la sucesión. Acabaron por hablar del caso con su padre, que dio su asentimiento. Ordenó a su pueblo que obedeciera a Badis. Y en cuanto a Yaddayr, le reprendió públicamente. "No ambiciones lo que no es para ti, hijo de Hubasa", le dijo, llamándole, de propósito, con tal nombre. Ello engendró un odio renovado contra Badis, en el corazón de Yaddayr; y desde entonces hizo todo lo posible para perjudicarle, contrarrestar su poder y reunir una facción en contra de él. Le arrebató en su provecho la simpatía de muchos Sinhacha, que abrazaron su causa. Supo ganar también la amistad del hermano carnal de Badis, Buluggin —Alá le sea misericordioso—. Era un hombre bravo e intrépido, pero que no entendía nada de asuntos de Estado. Uno de los comparsas de Yaddayr observó


LOS REINOS DE TAIFAS
O
ESPAÑA EN EL AÑO 1050
SEGÚN EL MAPA DE MENENDEZ PIDAL
REINO DE LEON
NAVARRA
R. DE ARAGÓN
REINO DE TOLEDO
BENI DI-L-NŪN
REINO DE BADAJOZ
BENI AL-AFTAS
REINO DE SEVILLA
BENI 'ABBĀD
REINO DE GRANADA
BENI ZĪRI
DENIA
Mayorca

86113

que este último había ganado la amistad de Buluggin y que se esforzaba en engañarle con artificios, sin ponerle al corriente de sus intenciones secretas; y se lo reprochó de esta manera: "Si los esfuerzos que te vemos desplegar no fueran en tu favor y estuvieran destinados a sostener otra causa que la tuya, te diríamos que Badis merece más interés que su hermano, pues es el mayor, tiene más suerte y en él recaerá el poder". Yaddayr le respondió: "Si he intentado ganar a mi causa a Buluggin, no ha sido ciertamente porque le prefiera a mí mismo. Pero carece de malicia y no entiende nada de los artificios del gobierno. Además, es hermano carnal de aquel a quien yo quiero hacer daño; nadie podría yo encontrar mejor situado, para lograrlo, que su hermano. Sólo quiero servirme de él para mi causa. Si mis asuntos se arreglan a mi gusto y Badis puede ser asesinado por orden de su hermano, me será luego fácil, en seguida, arreglar la cuestión de Buluggin y será posible desposeerle". Yaddayr excitaba, por ello, a Buluggin contra su hermano y le decía cómo podía intrigar contra él. Pero Buluggin no quería apartarse de su habitual línea de conducta y no quería hacer mal a su hermano. Y así hizo, hasta el momento en que murió Habus ben Maksan —Alá le sea misericordioso.

## ASCENSIÓN AL PODER DE BADIS BEN HABUS

Después Badis, mi abuelo —Alá ilumine su rostro— fue investido del poder. Tuvo que resolver graves asuntos y hubo de sufrir de la actitud de todo el grupo de los Sinhacha, que, empujados por Yaddayr, trataban de arrebatarle el trono, mientras que los sultanes de Al-Ándalus atacaban sus territorios. En tales circunstancias, Badis dio pruebas de sus calidades de hombre de Estado y supo hacer frente a las maniobras hostiles que se realizaban contra él.

Abu Ibrahim, el judío, había sido secretario bajo la dependencia de Abu-l-Abbas, secretario de Habus. Cuando murió Abu-l-Abbas, dejando varios hijos, Habus —Alá le sea misericordioso— había nombrado al mayor de ellos para el puesto de su padre y le había tomado a su servicio. Pero el hijo de Abu-l-Abbas era todavía muy joven para sujetarse a un empleo regular del Estado. En tales circunstancias Abu Ibrahim, el judío, gracias a sus engaños, logró ser agregado al servicio del príncipe. Cuando el hijo de Abu-l-Abbas no estaba en su puesto, Abu Ibrahim se hallaba siempre en su lugar; si Habus venía a preguntar por su secretario, el judío aparentaba excusar a su jefe, pero buscaba cómo perjudicarle en el curso de la conversación. "El hijo de Abu-l-Abbas, decía, tú lo ves, no es sino un muchacho que prefiere divertirse. Perdona sus ausencias y excúsale. Yo soy su esclavo y puedo muy bien suplirle. Ordéname lo que desees y en el acto serás satisfecho". Siempre conservó la misma actitud y acabó consolidando su situación y haciéndose notar por sus cualidades de funcionario y por sus esfuerzos a fin de obtener dinero para el fisco.

Al mismo tiempo, Abu Ibrahim había sabido descubrir la buena estrella de Badis y su sutilidad. Se decidió, desde entonces a servirle y a trabajar por satisfacer sus deseos, en tanto cuanto le fuera posible, porque, a la sazón, los enemigos de Badis intrigaban contra él y trataban de perjudicarle. Y obró así Abu Ibrahim, porque había adivinado el provecho que podría obtener uniendo su suerte a la de Badis. Cuando los enemigos de éste se asociaron con Yaddayr, comunicaron su complot a Abu Ibrahim y acordaron tener en su propia casa la reunión en que había de acordarse la muerte del príncipe y la designación de Yaddayr para la sucesión del trono. Les fijó hora para la reunión y fue al encuentro de Badis, al que puso al corriente de lo que se tramaba y al que trajo consigo, diciéndole: "El mejor medio de conocer una cosa es ser testigo ocular de ella. Escucha con tus propios oídos y decide tu conducta". Badis se colocó en un lugar más elevado que el local donde los conjurados discutían el golpe, y Abu Ibrahim, conversando con ellos, usaba de la expresión que emplea el predicador en el púlpito cuando se dirige al Creador: "¡Oh tú que ves y que no eres visto!" Esta expresión se dirigía, en verdad, a mi abuelo Badis, que les veía sin ser visto por ellos. Badis permaneció agradecido a Abu Ibrahim por este servicio; tuvo, desde entonces, la certeza de su fidelidad y de su lealtad, y, a partir de tal día, le agregó a su servicio y le consultó sobre la mayor parte de las decisiones que tomó frente a sus contribulos.

El judío estaba dotado de una inteligencia y de una habilidad que se adaptaban notablemente a la época en que Badis y él mismo vivían y a los métodos de quienes les querían mal. Badis se servía también de él, porque se daba cuenta de las malas inclinaciones de sus contribulos para con su persona. Por otra parte, se trataba de un judío tributario, que no podía aspirar a ningún puesto de gobierno, y de un personaje no andaluz, porque hubiera podido temer de uno de éstos que le suscitase dificultades con los príncipes de raza diferente de la suya. Además, tenía precisión de dinero para atraerse a sus contribulos y para arreglar algunos asuntos; por ello necesitaba absolutamente de un hombre como él, que sabía reunir tanta plata como se necesitaba, sin tener que molestar, con razón o sin ella, a ningún musulmán. En su mayor parte, los habitantes de Granada y los agentes del fisco *(ummal)* eran judíos, y Abu Ibrahim les sacaba dinero y se lo daba a Badis. Éste (cuando subió al trono) se procuró así con qué llenar el tesoro real y con qué enderezar la situación financiera del Estado, expoliando agentes que de ordinario eran culpables de exacciones, por medio de uno de sus propios correligionarios, más inteligente que ellos mismos.

## COMPLOT DE YADDAYR BEN HUBASA CONTRA BADIS

Cuando Badis hubo tomado el poder, aumentaron las muestras de hostilidad hacia él, así como las revueltas; y, como hemos ya señalado, sus enemigos decidieron asesinarle y colocar en su lugar a Yaddayr, en las condiciones que vamos a referir. Antes, el pretendiente había distribuido

a numerosos personajes piezas de oro y decretos concediéndoles feudos considerables. Por otra parte, solía ir el sultán, en algunas ocasiones, a una casa de campo *(munya)* donde su padre Habus tuvo, durante su vida, su consejo de gobierno. Esta casa de campo se encontraba fuera de Granada, al lado de un lugar llamado La Rambla, y tenía dos salidas. Los conjurados decidieron aprovechar una de esas idas de Badis a su *munya* para organizar una carrera de caballos en La Rambla y asesinar al soberano cuando saliera de su casa para asistir al espectáculo. Se habían revestido de cotas de malla bajo sus vestimentas y estaban decididos a llevar a cabo su crimen. Pero su proyecto iba a fracasar, gracias a la actitud de uno de los personajes que Yaddayr había comprado, a un jefe de los Sinhacha, llamado Firqan. Había recibido un regalo de quinientos *miqtales* y un documento concediéndole un feudo en la aldea de Güejar, en el distrito de Al-Sath. Tal individuo discurrió así: "No podría encontrar ocasión más oportuna para ganarme el favor de Badis". Hizo que el caballo que montaba prosiguiera su carrera más allá de la meta, como si se hubiese embalado. Penetró en el parque de la residencia principesca en el momento mismo en que Badis se disponía a salir. "Sálvate saliendo por la otra puerta, le dijo a hurtadillas, porque hay una muchedumbre de gentes en tu busca para matarte." Y le mostró los dinares que había recibido por participar en el complot. Badis abandonó su *munya* por la otra entrada de la misma y corrió, a rienda suelta, hacia su alcazaba. Los demás no sospechaban nada, sin embargo, y continuaban esperando la salida del príncipe; pero pronto vieron venir hacia ellos al visir de Badis, Ali ben al Qarawi, acompañado de muchos de sus colegas y de hombres de confianza del príncipe: "El sultán, les dijeron, ha recibido de una de sus provincias una noticia que le disgusta y que le ha obligado a salir. Excusadle por haber faltado a vuestra fiesta. Por lo demás no ignora nada de lo que pasa". Ante tales palabras, todos los que habían participado en el complot huyeron en el acto, al mismo tiempo que Yaddayr ben Hubasa, sin detenerse y con el único cuidado de salvar su vida.

Tras la huida de Yaddayr, todos los asuntos se aclararon en favor de Badis y muchos de los que antes le odiaban se condujeron con él, en adelante, lealmente. Su hermano Buluggin subió a verle, a su palacio; lloró en su presencia, y le pidió perdón por haberse dejado arrastrar contra él por su primo hermano. Badis, sin embargo, no olvidó jamás su conducta y hubo de dominarse para no castigarle, dejándose ganar por la compasión. En cuanto a Yaddayr, después de abandonar Granada, marchó a territorio enemigo y se alistó, sucesivamente, en las filas de todos los príncipes que guerrearon con mi abuelo —Alá le sea misericordioso—. Llegó a ser oficial a su servicio y ejercía mando en sus ejércitos. Guiaba éstos en territorio de Granada, indicándoles los caminos y descubriéndoles los puntos débiles de las defensas estratégicas de la región, que podían pasar inadvertidos. No cesó de combatir a mi abuelo y de asolar su territorio, no dándole reposo y obligándole a continuos desplazamientos. Al mismo tiempo recibía men-

sajes de los Sinhacha; mi abuelo —Alá le sea misericordioso— reunió un gran número de tales cartas; la cifra de los comprometidos por ellas pasaba de doscientos, todos personajes notables. Badis fue presa de una violenta irritación y estuvo a punto de condenarles a muerte.

Consultó, sin embargo, sobre el caso a Abu Ibrahim, que le dijo: "Creo que harás bien de abstenerte de toda sanción con motivo de tales cartas y que debes guardarte de descubrir a los Sinhacha que están en tu poder. Te aconsejo que ordenes que traigan fuego para quemarlas y hacer desaparecer toda huella de las mismas. Siempre es razonable tratar a la gente con consideración. Si castigas con severidad ¿hasta dónde te será preciso llegar? Y contra hombres que son tus soldados y tus sostenes. Busca un medio de arreglar este asunto, pero sin acudir a la solución extrema que pensabas". Badis aceptó sus consejos y desde entonces comenzó a servirse de los Sinhacha, empleando los unos contra los otros; otorgándoles larguezas y haciendo a los hijos instrumento de la pérdida de sus propios padres y a los hermanos de la pérdida de sus hermanos. Por lo que hace a Yaddayr, no varió de conducta, no dejó de atacar los territorios de Badis, ni de renovar sus golpes de mano, sin cansancio y sin interrupción, hasta que mi abuelo pudo vencerlo y encarcelarlo. Se dice que murió de muerte natural, como consecuencia de una congestión. A partir de ese momento las cosas se arreglaron para Badis, que vio desaparecer su principal cuidado.

## VICTORIA DE BADIS SOBRE ZUHAYR, PRÍNCIPE DE ALMERÍA

La primera victoria que Alá le concedió fue la que obtuvo sobre Zuhayr el Eunuco, príncipe de Almería. Tenía éste un secretario, llamado Walad Abbas, uno de los más tontos y de los más despectivos personajes que es posible encontrar. Era inclinado al mal y sembraba la discordia entre los soberanos. Ese secretario dictaba sus decisiones a Zuhayr, que no servía para nada, por ser estúpido e ignaro. Había reunido a su alrededor a cuantos eunucos había en Al-Ándalus y vivían junto a él gran número de ellos. Al conocer la muerte de Habus ben Maksan, le tentó la ambición de apoderarse de Granada. Vino hacia ella y estableció su campo en las proximidades de la ciudad, en el lugar llamado Alpuente. Hacía ostentación de su desprecio por el príncipe que reinaba en Granada, pretendía que los Sinhacha eran gentes de poco valor y que después de la muerte de Habus sus asuntos se encontraban muy embrollados. Si juzgaba de tal modo era porque Alá deseaba su pérdida y la de los eunucos, sus congéneres.

Mi abuelo Badis —Alá tenga de él misericordia— entre tanto, en sueños, había visto caídos todos los álamos de Granada. Se alarmó y temió ser derrotado en la batalla con Zuhayr. Mandó llamar al intérprete de los sueños *(muabbir)*, y le relató su visión. "Tu sueño, le dijo el intérprete, es de buen agüero. Porque los álamos se asemejan a los eunucos: no producen frutos y carecen de raíces sobre las que puedan sostenerse. No hay duda; van a caer y a perecer bajo tus golpes." Y así sucedió.

El príncipe confió el mando de sus tropas a su hermano Buluggin, que era muy valiente. Badis, a la muerte de su padre, le había concedido en propiedad todo lo que había querido y le había cedido la parte mejor con ocasión de la sucesión paterna, de la que sólo se reservó las sumas en especie necesarias al Estado. Buluggin atacó al pésimo ejército de Zuhayr y en menos de una hora fue éste derrotado. Fueron muertos los eunucos que figuraban en él. Zuhayr desapareció y no se le encontró ni vivo ni muerto. Fue la primera manifestación de la fortuna de Badis, como la derrota infligida a Al-Murtada había sido la primera manifestación de la fortuna de su padre. Emprendió entonces la conquista del territorio de Zuhayr y añadió a sus posesiones los distritos vecinos de Almería. Llegó a apoderarse de la persona de su enemigo Walad Abbas, secretario de Zuhayr y ordenó su muerte, declarándole personalmente responsable de haber encendido la guerra, y acusándole de muchas maniobras, maldiciones groseras y actividades criminales, de las que antes había sido culpable y que le hizo conocer.

La soberanía ejercida por mi abuelo descansó desde entonces sobre sólidas bases y su reputación se extendió lejos. Después de esta victoria inspiró tan gran temor que nadie osó emprender ningún ataque contra él en adelante. Su hermano Buluggin sobrevivió poco al triunfo que había conseguido.

Del *Al-Tibyan an al-haditha al-kaina* o *Memorias de* Abd Allah, último rey Zirí de Granada (según versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Ándalus, VI, 1941, 18).

## ASTUCIA Y CRUELDAD DE AL-MUTADID DE SEVILLA

*Los reinos de taifas de mayor vitalidad y que alcanzaron mayor expansión en el sur de España fueron, como ya queda dicho, el de Granada y el de Sevilla. Mientras el primero logró dominar Jaén y Málaga, el segundo se extendió hasta el Estrecho y hasta el Algarbe y consiguió al cabo señorear Córdoba. La grandeza de las dos monarquías fue obra de sus dos soberanos: Badis y Al-Mutadid. De raza diferente, de energía pareja, de ambiciones encontradas, su rivalidad no se extinguió sino con sus vidas. El sevillano no superaba al granadino en crueldad ni en escrúpulos morales, pero le vencía en astucia. Algunas anécdotas —las eternas flores de la historiografía hispano-árabe— nos descubren, a la par, sus ardides y su refinada e insaciable sed de venganza.*

A su muerte (de Qasim ben Abbad) Sevilla y su territorio fueron gobernados por su hijo Abu Amr Abd ben Muhammad ben Ismaili ben Abbad; pero el nuevo príncipe sólo continuó poco tiempo las tradiciones que le había legado su padre y en lugar de practicar una administración reparadora, buena y justa, obró como le plugo, sin control alguno. Era un hombre enérgico, activo, violento y de firme corazón; por su penetrante inteligencia preparaba de lejos las cosas y fue favorecido por la suerte. No cesó hasta

desembarazarse de los visires (compañeros de su padre): mató a unos a sangre fría, a otros les arrojó del país y a otros les hizo morir a disgustos o dejándoles en la miseria, hasta realizar su plan y convertirse en señor absoluto. Tomó entonces el nombre de Mutadid Billah... En 455 [1059] anunció al pueblo que Hixam (el esterero de Calatrava) acababa de morir. Declaró que el príncipe difunto le atribuía en su testamento la soberanía de toda la Península y entonces se consagró a conquistar nuevas provincias, y jefes de toda España reconocieron su autoridad.

Había hecho construir en el patio de su palacio horcas que cubrió con cabezas de príncipes y jefes, en lugar de los arbustos que suelen encontrarse en las mansiones de los reyes. ¡Qué placentero es este jardín!, decía. En suma, nadie alcanzó en su época tal grado de energía, actividad, dureza y violencia. Se le comparaba al abbasí Abu Chafar Al-Mansur. Inspiraba temor tanto a los pequeños como a los grandes, sobre todo a partir del día en que mató, a sangre fría, al mayor de sus hijos, Ismail, destinado a sucederle. He aquí lo que pasó: Mutadid sabía por diversos informes llegados hasta él que si su hijo le deseaba (de palabra) larga vida, en realidad soñaba con verle morir; pero cerraba los ojos y, dejándose llevar por una paternal negligencia, no se ocupaba de tal cosa. El resultado de su negligencia fue que una noche en que Ismail se hallaba ebrio intentó con sus esclavos y con algunos bribones escalar los muros del palacio donde residía su padre con la intención de desembarazarse de él. Los porteros y los guardias despertaron y los asaltantes huyeron; pero uno de ellos fue apresado y confesó el proyecto de todos. Según otra versión, Ismail no figuraba entre los asaltantes y se habría limitado a darles órdenes y a ofrecerles una gran recompensa si mataban a su padre. Alá sabe la verdad. Mutadid prendió a Ismail, le confiscó los bienes y le hizo cortar la cabeza, y desde entonces inspiró el mayor temor a sus familiares, sin excepción alguna.

He oído decir que se desembarazó en la Meca de un ciego originario de la campiña de Sevilla que solía quejarse de él públicamente. Mutadid le había despojado de una parte de sus bienes y había él perdido el resto y caído en la miseria. Se había trasladado entonces a la Meca y allí maldecía, a diario, al príncipe sevillano. Súpolo éste e hizo llamar a alguien que se preparaba para hacer la peregrinación (a la ciudad sagrada) y le entregó una cajita que contenía dinares untados de veneno. "No abras esta caja, le dijo, antes de entregársela en la Meca al ciego fulano. Salúdale de mi parte." Llegado a la Meca con el regalo de que era portador, el peregrino encontró al ciego, le entregó la cajita y le dijo que se la enviaba Mutadid. Resistíase el sevillano a creerlo. "¿Cómo, decía, Mutadid me ha arruinado en Sevilla y me hace regalos en el Hichaz?" Las palabras de su interlocutor acabaron, sin embargo, por tranquilizarle y aceptó la cajita. La abrió en seguida, tomó una de las piezas de oro y la llevó a la boca, mientras daba vuelta a las otras en sus manos. Pero el veneno hizo su efecto y murió antes de anochecer. Asombra ver a un hombre, en la más alejada extremidad del Magrib, ocupado en hacer desaparecer a otro hombre en el Hichaz. De

la misma manera se desembarazó de un muezzín de Sevilla que había huido a Toledo y allí le maldecía todos los días a la salida de la aurora, imaginando estar a cubierto de su odio por hallarse en tierra extraña. Pero Mutadid no descansó hasta conseguir suprimirle mediante un ardid, y uno de sus confidentes acabó trayéndole la cabeza del muezzín.

Entre los príncipes que dominaban en las vecindades de Sevilla, los principales y los más temibles eran los bereberes Sinhacha y los Banu Birzal, establecidos en Carmona y en los alrededores, en territorio sevillano. Pero empleando, ora la astucia, ora la fuerza, acabó por abatir su poder y por sembrar entre ellos el desorden, hasta que consiguió expulsarlos de la región y llegó a ser en ella señor indiscutido.

He aquí un ejemplo de cómo sabía emplear la astucia en su provecho. Vivía en Carmona un espía que le tenía al corriente de los asuntos de los bereberes. Tuvo un día necesidad de enviarle una carta, llamó a su presencia a un hombre, muy simple y sin malicia, de los alrededores de Sevilla, y le hizo desnudar y luego le hizo vestir una chupa, en una de cuyos pliegues había ocultado el mensaje. "Vete a Carmona, le dijo; cuando estés cerca corta leña, forma un haz, entra en la ciudad y vete al lugar donde se ponen de ordinario los vendedores de leña; pero no vendas el haz sino a quien te ofrezca cinco dirhemes." Todo ello estaba convenido entre Mutadid y su agente en Carmona. El aldeano, conforme a las instrucciones recibidas marchó a Carmona; en sus vecindades formó un haz de leña muy pequeño, porque era la primera vez que lo hacía; entró en la población y fue a situarse en el mercado de la madera. Algunos concurrentes a él le preguntaron cuánto quería por su haz, pero se alejaron riendo a carcajadas cuando le oyeron pedir cinco dirhemes por su mercancía. Y allí permaneció hasta la noche molestado por las pullas de los compradores. "¿Es de ébano?", decía uno. "No, exclamaba otro, es de áloe", y en términos parecidos se burlaban otros. Al fin apareció el agente de Mutadid y le preguntó el precio del haz: "Cinco dirhemes", contestó el sevillano. "Te lo compro. Llévalo a mi casa", replicó el primero. Y comprador y vendedor marcharon a la morada (del espía) y allí depositó (el palurdo) su carga y cobró su precio. Se disponía luego (el labriego) a retirarse, cuando (el confidente del rey de Sevilla) le dijo: "¿Dónde vas ahora? Los caminos no están seguros, pasa la noche aquí y mañana de mañana puedes volver a tu tierra". El aldeano consintió en ello y fue llevado a una cámara donde el dueño de la casa le hizo servir de comer y, como si no le conociera, le preguntó: "¿De dónde eres?" "De los alrededores de Sevilla." "¿Qué te ha movido, amigo, a venir aquí, conociendo la crueldad y la ferocidad de los bereberes y la facilidad con que derraman sangre?" "La necesidad de ganarme la vida", respondió el aldeano, sin descubrir que Mutadid le había enviado. La conversación se prolongó hasta que el sueño ganó al sevillano. Entonces el huésped le dijo: "Quítate el vestido, dormirás mejor y estarás más a gusto". Siguió su consejo y se durmió en seguida. El agente de Mutadid tomó entonces su chupa, descosió el forro de la misma, sacó la carta, la reemplazó

por su respuesta y después la recosió, sin dejar huellas de lo hecho. Al día siguiente el forastero se vistió y volvió a Sevilla, se presentó en palacio y fue recibido por Mutadid. El príncipe le hizo quitar su chupa y le dió un hermoso vestido y el campesino se retiró muy contento con él, sin saber por qué había ido a Carmona e ignorando lo que había llevado y traído, mientras Mutadid tomaba la carta oculta en el forro de la chupa y se procuraba los informes que necesitaba.

Empleó en su administración y para consolidar su poder estratagemas y planes asombrosos que en su mayoría no fueron descubiertos y que sería largo enumerar.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 81).

## RACIONALISTAS Y ALFAQUÍES

*En la España musulmana del siglo XI se enfrentaban con acritud el ateísmo filosófico y la ortodoxia intransigente. Los alfaquíes que seguían la escuela teológico-jurídica malequí vegetaban en su fe verbalista, refractarios a toda teoría que tratase de razonar, explicar o completar el dogma. Las novedades filosófico-teológicas de Oriente eran rechazadas sin examen previo, brutalmente. Los pensadores de Al-Ándalus que se atrevían a desviarse un ápice del credo oficial o de las doctrinas jurídicas triunfantes eran, con igual intransigencia, perseguidos y excomulgados. "Ese brutal exclusivismo del clero oficial, escribe el sacerdote Asín, hubo de provocar forzosamente una sorda reacción de odio y de desprecio contra la ortodoxia en una minoría aristocrática de espíritus rebeldes que, al verse rechazados por los definidores de aquélla, arrojábanse decididos al extremo opuesto de la contradicción, llegando hasta la impiedad y la negación de toda religión positiva." Ben Hazm traza aquí un cuadro mordaz de los descarríos, torpezas y vicios de las dos escuelas. Por cima de sus odios nuestro autor intentó por primera vez en la historia de la teología musulmana oriental y occidental conciliar la razón y la fe. Pero ese gran anhelo de su alma chocó con los ateos y los ortodoxos y éstos le persiguieron con saña y le colocaron fuera de la ley religiosa mediante una excomunión.*

"Meditando atentamente acerca de la actitud en que se colocan los dos partidos que en nuestros días vemos, nos encontramos con que ambos contribuyen por igual a agravar la enfermedad moral que padecemos.

"Por lo que toca a uno de los dos, no puede ser más evidente el daño que al Islam infiere con su actitud. Consagran las primicias de su inteligencia a las matemáticas e inauguran su formación científica por el estudio profundo de las propiedades de los números. Pasan luego gradualmente a estudiar la posición de los astros, la forma aparente de las esferas celestes, el modo de verificarse el paso del sol, de la luna y de los cinco planetas, la intersección de las esferas del sol y de la luna, la naturaleza de los cuerpos

celestes, de las estrellas fijas, sus intervalos, su distancia de la tierra, sus volúmenes y todos los demás fenómenos y accidentes físicos y atmosféricos. Añaden a esto la lectura de algunos libros de los griegos en que se determinan las leyes que regulan el razonamiento discursivo, y también mezclan con esto el estudio de algunas teorías de los filósofos acerca de la astrología judiciaria, basadas en el principio de que así los astros como las esferas están dotadas de alma racional y dirigen o gobiernan los fenómenos del mundo sublunar.

"Claro es que los adeptos de esta escuela llegan a sacar en limpio, de la mayor parte de las cosas que han estudiado, algunas tesis verdaderas, demostradas apodícticamente por razones necesarias y evidentes; pero, a pesar de todo esto, no tienen en su espíritu la cantidad de ingenio natural, de talento, de discreción, suficiente para enterarse de que quien acierta, por ejemplo, en diez mil cuestiones, cabe que yerre en una sola, quizás más sencilla que todas las otras que atinó. Porque los adeptos de esta escuela no saben distinguir, en las cosas que estudian, entre aquello que consta por demostración apodíctica y otras tesis, mucho más frecuentes, que no aparecen demostradas por el autor griego que las cita, sino con razones retóricas o polémicas, o quizás con argumentos de simple autoridad, faltos de todo valor científico. Por eso cargan con todo lo que leen, sin distinción, y lo aceptan todo de la misma manera. A pesar de lo cual, los verás hinchados de vanidad y dominados por el orgullo, pensando que han llegado ya a superar con su ciencia a todos los sabios.

"Y como Satanás tiene ocultos postigos y sutiles aberturas para penetrar en las almas, pues como dice el Profeta, "circula por el interior de los hijos de Adán, como la sangre por sus venas", llégase hasta ellos cautelosamente a través de una secreta puerta —¡líbrenos Dios de sus embates!— que es el sugerirles un soberano desprecio de las ciencias religiosas, que son, sin embargo, el fin último de los estudios de todo hombre dotado de razón y la consecuencia a que debieran conducirles las ciencias todas que ellos estudian, si se penetrasen bien de sus verdaderos métodos y fines; y así, no se preocupan ya de leer ni un solo versículo del Libro de Dios (que es, no obstante, la cifra y compendio de las ciencias todas antiguas y modernas, en el cual nada hay superfluo y cuyo estudio basta para todo) ni tampoco de estudiar un solo texto de las Tradiciones del Profeta, que son el argumento elocuente de la verdad y la luz de las almas.

"Ahora bien; esta escuela se encuentra con que los sabios dedicados a las ciencias religiosas no se preocupan tampoco de estudiar cosa alguna de éstas que acabamos de decir, sino únicamente el derecho canónico, pero estudiado de uno de estos tres modos: o repitiendo maquinalmente la letra de los textos sin entender su sentido y sin preocuparse de comprenderlo; o dedicándose a la casuística, pero sin recurrir a las fuentes textuales para buscar en ellas los fundamentos de sus decisiones, porque su única preocupación es mantener su prestigio y posición social; o entregándose a la tarea de contar tradiciones disparatadas, transmitidas por testigos que no son

fidedignos o por falta de crítica, o por falta de veracidad, o por falta de verdad en lo que transmiten, y sin cuidarse jamás de discernir las tradiciones auténticas de las apócrifas, ni las que tienen solución de continuidad en la serie de transmisores, de las que no la tienen, ni las que arrancan directamente del Profeta mismo, de las que sólo son debidas a Qaab Al-Ahbar o a Wahab Ben Munabbih, los cuales las tomaron de narradores judíos y cristianos.

"Y ¡claro está! la otra escuela mira a ésta con aire insultante, como se mira a quien sólo merece profundo desprecio, a quien se tiene por estúpido e imbécil. Satanás entonces toma posesión de sus almas y hace de ellos lo que le place, extraviándolos, llevándolos a su eterna perdición y haciéndoles creer que en la religión de Dios no existe ni un solo artículo verdadero ni cosa alguna que pueda demostrarse por razones. Por eso la mayoría de ellos cae en la incredulidad y el ateísmo. Algunos corren por desenfrenos, por el camino del libertinaje y la despreocupación, arrojando de sus hombros la pesada carga de las obligaciones religiosas y de los ejercicios de piedad y devoción, porque prefieren la vida muelle y descansada, encenagándose en los más torpes e indecentes placeres, entregados al vino, al adulterio, a la sodomía, a la bestialidad, omitiendo las oraciones, el ayuno, la limosna legal, la peregrinación a la Meca y la ablución, buscando tan sólo hacer dinero, sea como fuere, perjudicando injustamente a sus prójimos, tomándolo todo a burla y a chacota, sin seriedad ni reflexión. Otros, que son los menos, se entregan al culto idolátrico de los astros."

. . . . . .

"Por lo que toca al otro partido o escuela, está constituido por todos aquellos que comienzan, sí, por estudiar las tradiciones del Profeta, pero no pasan de la tarea de buscar para sus tradiciones una cadena de transmisores la más breve posible hasta el Profeta o de compilar colecciones de tradiciones, de las llamadas raras, mas sin poner empeño en enterarse de nada de lo que escriben o aprenden; no hacen más que recibir pasivamente lo que estudian, para recitarlo luego de memoria, sin reflexionar acerca de su significado y sin hacerse cargo de que la doctrina contenida en tales tradiciones es la palabra misma del Profeta dirigida a ellos, la cual no ha sido revelada a capricho, ni tampoco sin razón o motivo; antes al contrario, el Profeta nos ha mandado que la entendamos bien y la practiquemos.

"Pero aún hay más: la mayoría de los adeptos de esta escuela no hacen sino aprender las tradiciones transmitidas por el conducto de Muqatil Ben Sulayman o de Adahaq Ben Muzahim o las contenidas en el Comentario alcoránico de Al-Qalbi y otros autores de este jaez, o los libros sobre la creación que son un cúmulo de cuentos disparatados, tradiciones apócrifas y embustes inventados de mala fe por los herejes con el solo fin de perjudicar al Islam y a los que lo profesan. Y así los adeptos de esta escuela recitan, muy serios, incoherentes embrollos, del todo falsos, como aquello de que «la tierra gravita sobre un pez, y el pez sobre el cuerno de un toro, y el toro sobre una roca, y la roca sobre la espalda de un ángel, y el ángel sobre las tinieblas

y las tinieblas sobre algo que sólo Dios conoce», lo cual exigiría por fuerza que la magnitud del mundo fuese infinita, tesis que es esencialmente impía.

"Esta escuela, además, abomina de toda demostración apodíctica, y para justificar su odio no hace más que decir: "Nos está prohibida la dialéctica". Pero yo quisiera saber quién se la ha prohibido, cuando el mismo Dios en su Libro, revelado a su Profeta, le dice: "Y argúyeles en las mejores formas". Y en otro lugar pone en boca del pueblo de Noé estas palabras: "¡Oh, Noé!; tú nos has argüido y tus argumentos han sido muchos". Además, en algunos pasajes de su Libro sienta los principios fundamentales de las razones apodícticas a que nosotros aludimos en varios lugares de esta obra, invitándonos a que meditemos sobre la creación de los cielos y la tierra, meditación que no puede ser perfecta sin conocer de antemano la forma de los cielos y la tierra, la traslación de los astros a sus esferas, la diversidad de sus movimientos, que determina su orto y ocaso, sus epiciclos..., e igualmente el conocimiento de las órbitas, de la eclíptica, de su declinación y del ecuador. Del mismo modo es preciso conocer las calidades físicas y mixtión de los cuatro elementos y sus accidentes, como también la composición histológica de los miembros del animal, es decir, sus varios principios, nervios, músculos, huesos, venas y arterias, la organización de unos miembros con otros, sus facultades... Porque quien de todo esto se da cuenta y lo conoce, ve claramente la existencia de un gran poder y se certifica de que allí hay una obra de arte evidentísima y por lo tanto una voluntad de un Ser que la ha creado libremente, puesto que la variabilidad de aquellos movimientos cósmicos obliga como por fuerza a reconocer que ninguno de los seres naturales subsiste por sí mismo sin la intervención de un Ser que los conserve y gobierne...

"Pero todavía van más allá algunos adeptos de esta escuela, atreviéndose a lanzar un embuste capaz de poner los pelos de punta, y es que afirman de plano que la religión no debe ser aceptada por razones de ningún género (¡con lo cual los incrédulos se regodean de gusto!), pues únicamente se la debe consolidar mediante la invitación, primero, y con la fuerza de las armas, después... Tal doctrina no puede menos de ser un vigoroso acicate para provocar en el espíritu de la escuela primera la incredulidad y para que reposen tranquilos en su falta de fe, puesto que no ven en la turba de sus adversarios sino hombres que tan neciamente piensan.

"Pero hay más aún: en la hipérbole de su locura llegan al extremo de calumniar nuestros libros (que no conocen, porque ni los han estudiado, ni siquiera han visto de ellos una palabra, ni los han leído, ni tampoco se han enterado de lo que contienen por personas fidedignas), diciendo que son como los libros de astronomía o como los de Aristóteles que tratan de las leyes del razonamiento. Mas todos estos libros son libros innocuos, útiles, que sirven para demostrar la unidad de Dios y su omnipotencia, y altamente provechosos además para poder hacer la crítica de los conocimientos humanos. Sobre todo, los libros que dan las leyes del razonamiento tienen enorme utilidad en la ciencia del derecho, ya que por ellos se averigua cómo se puede

y debe llegar a descubrir la solución de cada caso jurídico en los textos legales, cómo debe tomarse cada término según su valor lógico, cómo distinguir el término propio del término general, el implícito del explícito, cómo enlazar unas con otras las palabras para construir la proposición o frase, cómo relacionar previamente las premisas para sacar las consecuencias, cuáles de éstas son siempre y necesariamente verdaderas, cuáles lo son a veces y a veces no, cuáles no lo son jamás, qué leyes lógicas conviene observar para no salirse de la verdad y caer en el sofisma, en qué consiste el razonamiento retórico, en qué la inducción, y otras muchas cosas cuyo conocimiento es inexcusable para el jurisconsulto que haya de resolver por sí mismo los casos jurídicos en interés de sí propio y de los fieles.

"Por eso cuando hemos visto la gravísima adversidad que aflige al Islam por causa de estas dos escuelas o partidos que acabamos de explicar, hemos pensado que sería obra altamente meritoria y excelentísima el poner en claro este intrincado problema, con la ayuda de Dios y el poder de su gracia, diciendo que todo aquello cuya verdad consta por demostración apodíctica, todo ello, sea lo que quiera, estará consignado textualmente y literalmente en el Alcorán y en la palabra del Profeta, y así lo reconoce todo el que lo estudia concienzudamente y es ayudado por Dios para que lo entienda. En cambio, todo lo demás, todo lo que no consta que es verdad por demostración apodíctica, lo que sólo se funda en razones retóricas, de mera persuasión, o en argumentos polémicos, todo eso no está ni en el Alcorán ni en la palabra del Profeta. ¡Líbrenos Dios de pensar que su palabra y la de su Profeta afirmen cosa alguna que el testimonio de los sentidos o razones apodícticas contradigan! ¡Sólo pueden sostener eso quienes hayan perdido la fe en los dos textos revelados y se empeñen en negar su verdad!... Porque nosotros nada tenemos que ver con el Comentario alcoránico del embustero Al-Qalbi ni con obras semejantes o con las tradiciones proféticas transmitidas por testigos de veracidad sospechosa; solamente argüimos con las que han sido transmitidas por los doctores fidedignos, de autoridad sólida, por los más eminentes maestros de los tradicionalistas, siempre que en la cadena de los transmisores no exista solución de continuidad hasta llegar al Profeta. En tales tradiciones auténticas es donde encontrará cuanto hemos dicho todo el que las estudie escrupulosamente".

Del *Fisal* de Ben Hazm (Trad. Asín: Abenházam de Córdoba, 149-157).

## DE RE FILOLÓGICA: EL ÁRABE DE AL-ÁNDALUS Y LA LENGUA SIGUE AL IMPERIO

*Los orientales y berberiscos establecidos en España tras la conquista y en el curso del siglo VIII, junto a sus lenguas maternas: el árabe y el algarabí (de algarabí —la lengua de Occidente— resultó algarabía), conocieron pronto el romance español, que aprendieron de sus madres peninsulares.*

*Hemos oído hablarlo a jueces, magnates y califas. Pero pronto también los hispanos —musulmanes y cristianos— se habituaron a usar el idioma de sus dominadores, pues, en el siglo IX, San Eulogio se quejaba ya de la devoción de los mozárabes por la lengua arábiga. La difusión de ésta entre los españoles no pudo menos de deformarla. Las bocas hispanas cambiaron muchos sonidos del árabe clásico y, como otro tanto hicieron las bocas bereberes de Al-Andalus, se llegó a la formación del árabe* andaluxí *y a la variedad dialectal que comprueban muchos textos. Entre ellos destacan las palabras siguientes del gran polígrafo cordobés Ben Hazm, cuyo genio le llevó a formular ya, en la primera mitad del siglo XI, el pensamiento que refleja la vinculación entre las lenguas y el imperio.*

Dicen algunos que esa lengua primera fue el siríaco; otros dicen que el griego; otros, que el hebreo; otros, en fin, que el árabe. ¡Dios sabe la verdad! Ahora, lo que sí sabemos de cierto es que el siríaco, el hebreo y el árabe —entendiendo por árabe la lengua de Mudhar y Rabia, no la de Himyar— son una sola lengua que ha experimentado diferentes alteraciones en los distintos lugares habitados por quienes la hablaban, naciendo así en ella roces como los que produce el andaluxí cuando intenta hablar como las gentes de Al-Qayrawan (Túnez) o el qayrawaní cuando intenta hablar como el andaluxí, o el jurasaní cuando intenta hablar como ambos. Nosotros mismos encontramos que quien oye la lengua de los habitantes de Fahs al-Ballut —que está a la distancia de una sola noche de Córdoba— casi llega a decir que es otra lengua distinta de la de los habitantes de Córdoba. Y asimismo sucede en muchos países, pues por la vecindad de la gente de un país con otra nación se altera su lengua de modo tal que no escapa a la observación de quien en ello se fija. También encontramos que el vulgo altera a veces las palabras de la lengua árabe, apartándose tanto de la raíz originaria de la voz, que resulta ser ya otra lengua sin discusión. Así encontramos que dicen, al pronunciar la palabra al-ᶜinab (la uva), al-ᶜaynab; y al pronunciar al-sut (el azote), astut; y para decir thalatha dananir (tres dinares), pronuncian tzalatda. El berberisco, cuando habla árabe y quiere decir al-xachara (el árbol), dice al-sachara. Y cuando el gallego habla árabe, sustituye las letras ᶜayn y hha' por la letra ha', y así dice Muhammadan (Mahoma) en vez de Muhhammadan, y lo mismo en otros muchos casos semejantes.

Pues bien: el que examina atentamente las lenguas árabe, hebrea y siríaca adquiere la certeza de que las diferencias que entre ellas existen son tan sólo de estas mismas que acabamos de mencionar, es decir, alteraciones fónicas que las palabras experimentan y que son debidas, ya al largo tiempo de su empleo, ya a los diferentes países en que la lengua se habla, ya a la vecindad de otros pueblos, aunque las tres sean una sola y la misma lengua en su origen.

Una vez que consta esto de cierto, el siríaco es el origen común del árabe y del hebreo. La opinión más corriente es que Ismail fue el primero

que habló en árabe, que ha sido después la lengua de sus descendientes, y que el hebreo fue la lengua de Isaaq y de sus hijos; del siríaco, en cambio, consta, sin ningún género de duda, que fue la lengua de Abrahán, según lo acredita la tradición más generalizada, suficiente para engendrar ciencia cierta. Por lo tanto, el siríaco es el origen común de las otras dos lenguas.

Dicen algunos que el griego es la más simple de las lenguas. Pero quizá esto sea tan sólo ahora, pues la mayoría de las lenguas decaen y hasta desaparecen al decaer el imperio político del pueblo que las habla e invadir su país otros pueblos o al ser aquel trasladado a otras tierras y mezclarse con otras gentes, pues lo que fija y conserva la lengua de una nación, así como sus ciencias y su historia, es únicamente la fuerza de su imperio político, acompañada del bienestar alegre y del vagar de sus habitantes; en cambio, pueblo que pierde su imperio político y se ve dominado por sus enemigos y lleno de preocupaciones por el temor, por las necesidades, por la vil condición a que está sometido de trabajar en servicio de sus adversarios, puede ya darse por segura en él la muerte de sus ideas y hasta cabe a veces que ello sea causa ocasional de la desaparición de su lengua propia, del olvido de sus orígenes e historia y de la pérdida total de sus ciencias. Es éste un hecho de experiencia sensible, además de acreditarlo con toda evidencia la razón. Ahora bien, desde que el pueblo siríaco perdió su imperio político por completo, han transcurrido millares de años, de los cuales basta una mínima parte para que su lengua se haya olvidado del todo. ¿Cómo, pues, no se habría de haber perdido, por lo menos, la mayor parte, de ella? Sin embargo, sólo Dios sabe la verdad.

Del *Kitab al-Ihkam fi usul al-Ahkam* de Ben Hazm (Trad. Asín, Al-Ándalus, IV, 276).

## UN JUDÍO, VISIR DE GRANADA

*Badis rigió el nuevo reino granadino, apoyado en sus soldados; y con ellos extendió sus fronteras a Málaga y a Córdoba. En Granada había desde siempre una numerosa población israelita, hasta el punto de que solía llamársela Granada la de los judíos. Un ministro de tal raza, Samuel, había logrado captar la confianza de Badis antes de que éste ascendiera al trono y como visir gobernó luego en su nombre. No podía ser mayor el contraste que separaba la ignorancia, la bravura, la crueldad y el ciego ímpetu del soberano, del talento político, la reflexión, la cultura refinada y la suavidad de su ministro. Como sus caracteres se completaban, se entendieron a maravilla. Sin la astucia del hebreo, la barbarie del bereber habría fracasado. Eran dos personalidades extraordinarias. Les retratan las dos noticias que siguen. Y el elogio de Samuel por el más grande de los historiadores hispanomusulmanes, su contemporáneo además, nos descubre todas las facetas: inteligencia, saber, refinamiento, doblez y astucia del judío genial.*

Badis concibió la intención de dar muerte a todos los habitantes árabes de su capital. Quiso reunirlos en un solo lugar para exterminarlos; no confiaba en estar seguro y en vivir tranquilo sino cuando en Granada sólo quedaran bereberes y esclavos negros. Fijó el viernes siguiente para la ejecución de su proyecto, cuando todo el pueblo estuviese reunido en la mezquita catedral; pero como no emprendía nada sin consultar al visir, el judío que gobernaba todo, le consultó también secretamente sobre el plan que había concebido y le ordenó que no lo divulgara; añadió que estaba formalmente decidido a ejecutarlo, le aprobara o no. El judío juzgó malo el proyecto e intentó apartar de él al príncipe; le pidió que esperara y que reflexionara maduramente sobre las consecuencias de tal acción. "Supongamos, le dijo, que todo pasa según vuestros deseos; supongamos que conseguís exterminar a los árabes y no tengamos en cuenta los peligros de una tal empresa; supongamos que habéis reducido a la imposibilidad de haceros daño a cuantos habitan en vuestra capital y en vuestros dominios; pero, ¿creéis que entonces los otros hombres de raza árabe (del resto de Al-Ándalus) olvidarán la desdicha que ha golpeado a sus compatriotas? ¿Creéis que permanecerán tranquilos en sus casas? Ciertamente no; los veo ya acudir furiosos; cada uno blandirá su cimitarra sobre vuestra cabeza; enemigos innumerables, como las olas del mar, caerán sobre vos y sobre vuestros ejércitos." Pero Badis no quiso escuchar el consejo de su visir; le hizo prometer que guardaría secreto y dio órdenes al oficial encargado de reunir al ejército a fin de que todo estuviera preparado para el viernes, día en que contaba ejecutar su plan; ese día los soldados debían estar completamente armados y se les debía pasar revista. Pero la inquietud se extendió por toda la ciudad y se dice que el judío envió secretamente, cerca de los principales musulmanes, mujeres que les conocían, y que así les hizo aconsejar que se abstuvieran de ir a la mezquita el viernes siguiente y que por el contrario se ocultasen. Los árabes de Granada conocieron, pues, el propósito de Badis; se guardaron bien de acudir a la mezquita y el día señalado nadie concurrió a ella, a excepción de algunos hombres del bajo pueblo que no encontraron en la mezquita sino a los jeques bereberes y a otros hombres también pertenecientes a las clases bajas de la sociedad. Furioso al ver fracasar su proyecto, y convencido de que había sido traicionado el secreto, hizo venir a su visir y le reprochó haber descubierto sus planes. El visir negó la acusación de que Badis le hacía objeto y dijo: "¿Cómo podéis reprochar al pueblo que esté prevenido? Habéis armado y reunido todas vuestras tropas sin ninguna razón; no habéis anunciado que os ibais a poner en marcha con ellas; ningún enemigo os ataca; y al no hallar motivada la reunión del ejército, el pueblo ha sospechado, naturalmente, que era a él a quien queríais combatir. En lugar de enojaros, debíais mejor dar gracias a Alá que os ha preservado de una venganza, porque en lugar de reunirse todos contra vos, para atacaros, vuestros súbditos han permanecido tranquilos en sus casas. Considerad el caso a sangre fría, porque un día aprobaréis mi manera de

ver y encontraréis excelentes los consejos que os he dado". Un jeque sinhacha apoyó al visir, Badis se dejó persuadir al cabo y Alá le abrió los ojos.

---

Este hombre maldito (el judío), aunque Alá no le había hecho conocer la sola religión verdadera, era sin embargo un hombre superior, poseía extensos conocimientos; sufría con paciencia las conductas torpes; a un espíritu lúcido y notable por su vivacidad, a maneras dulces y amables, unía un carácter firme, hábil y sagaz. Siempre de una cortesanía exquisita, sabía aprovechar todas las circunstancias, poseía el talento de halagar a sus enemigos y de ganarlos y desarmar su odio por su dulzura. ¡Qué hombre extraordinario! Escribía en las dos lenguas (árabe y hebreo); había estudiado la literatura de las dos naciones; había profundizado en los primores de la lengua arábiga y se había familiarizado con los escritos de los gramáticos más sutiles.

Hablaba y escribía, pues, el árabe con una gran facilidad; empleando tal lengua en sus propias cartas y en las que enviaba en nombre del soberano; se servía de las fórmulas habituales de los musulmanes, dirigía alabanzas a Alá, imploraba la bendición de Alá para Mahoma nuestro Profeta, y exhortaba a quien recibía la carta a vivir piadosamente según los preceptos del islamismo, cuya benéfica influencia glorificaba. En resumen, habría podido creerse que sus cartas estaban escritas por un buen musulmán, ni más ni menos. Sobresalía, además, en las ciencias de los antiguos (de los griegos), las ciencias exactas, y sobrepasaba a los que se consagraban a ellas por su conocimiento de la astronomía, que había estudiado con atención minuciosa. En las matemáticas y en la lógica poseía conocimientos suficientes; pero era superior en la dialéctica y en tal terreno vencía siempre a sus adversarios. No obstante la vivacidad de su espíritu, hablaba poco y pensaba mucho. Reunió una hermosa biblioteca. Murió en la segunda decena de Muharram del año 459 [2-11 diciembre 1066 - léase 1055]. Los judíos cargaron su ataúd sobre sus hombros y le llevaron al cementerio, dominados por un profundo dolor; lloraron su muerte lanzando largos gemidos. Ismail había hecho estudiar a su hijo Yusuf (José), llamado Abu Husain; le había dado como preceptores sabios de diferentes países y le había recomendado aplicarse al conocimiento del estilo epistolar. Cuando el joven hubo terminado su formación, su padre le alcanzó la secretaría del hijo de su señor, Buluggin ben Badis, príncipe heredero, cuya muerte preparó Yusuf. Cuando murió Ismail en la fecha indicada, Badis concedió su confianza a José; le agradaba su compañía y miraba al hijo como substituto de su padre.

Del *Matin* de Ben Hayyan (Según versión francesa de Dozy, Al-Bayano' l-Mogrib, 94).

# FÓRMULAS DE DOCUMENTOS NOTARIALES SOBRE PROBLEMAS DE DERECHO MATRIMONIAL

*El derecho matrimonial es excelente espejo para reflejar la organización de la familia en cualquier pueblo, y mejor que los preceptos legales a él relativos sácanle a plena luz las actas de aplicación de derecho. He aquí por qué tiene gran interés el capítulo relativo al matrimonio, del formulario de un notario toledano del siglo XI, Ben Mugayt, muerto en 459 [1066-1067]. Las fórmulas del mismo, que transcribo, completan el cuadro de la sociedad árabe de la época de los reinos de taifas.*

De la pérdida de la virginidad por accidente. — Cuando una niña pierde la virginidad, su padre hará levantar la siguiente acta: "Fulano, hijo de fulano el fulani, requiere testimonio de que ha sido designio de Alá (honrado y exaltado sea) que su hija fulana, virgen, sometida a su potestad, se cayera de un peldaño o de una escalera... precipitándose desde él, o cayendo sobre tal o cual cosa, y que se perdiera su virginidad, lo cual es divulgado por su padre fulano, cuando ella es aún impúber, al tiempo de ser depuesto este testimonio, para que así sea público y notorio entre las gentes, evitando con ello la degradación moral de su hija, y para que cuando llegue a la pubertad no crea nadie más de lo que en este documento se dice haberle acaecido, pecando quien otra cosa creyere y se lo imputara a fulana, difamándola con ello. Requeridos por fulano, hijo de fulano el fulani, dan testimonio de lo que ha hecho constar en este documento... todo lo cual se verifica en tal mes de tal año".

Escritura de mandato otorgado por el padre a otra persona para que pacte el matrimonio de su hija virgen. — (Fulano, hijo de fulano el fulani, da mandato) a fulano, hijo de fulano el fulani, para que pacte el matrimonio de su hija virgen sometida a su potestad y tutela, cuando se le presente un hombre que le satisfaga y ofrezca una dote que considere adecuada para su hija y se obligue a cumplir las condiciones que él crea convenientes; asimismo le encomienda el cobro de la parte contante de la referida dote, instituyéndole en su lugar respecto a su hija, en virtud de mandato de delegación completa...; y fulano acepta esta facultad como parte integrante de su mandato. Dan testimonio..."

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Escritura de repudiación después de consumar el matrimonio. — Fulano, hijo de fulano el fulani, repudia con un repudio suní a su esposa fulana, hija de fulano el fulani, después de haber consumado el matrimonio con ella y en un período intermenstrual durante el cual no tuvieron relación carnal alguna. Requeridos por el repudiante fulano, hijo de fulano, dan testimonio, invocable en contra suya, de lo que respecto a él consta en este

documento, quienes lo conocen y le oyeron lo aquí contenido, hallándose él en estado de buena salud y plena capacidad; todo lo cual se verifica en tal mes de tal año".

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

DE LA AUTORIZACIÓN QUE DA LA ESPOSA A SU MARIDO PARA QUE TOME CONCUBINA. — Si la esposa autoriza al marido para que tome concubina juntamente con ella, estipularás: "Fulana, hija de fulano, requiere testimonio, invocable en contra de ella, de los testigos mencionados en esta escritura, de que su esposo fulano, hijo de fulano, le ha pedido permiso para tener concubina, pues una de las condiciones estipuladas a cargo de dicho esposo, en favor de ella, es que si tomaba concubina contra la voluntad de la esposa, ésta podría obrar a su arbitrio respecto a la concubina, vendiéndola o reteniéndola a su voluntad; y la esposa se lo permite, autorizándole a tomar concubina y renunciando a la mencionada condición a que tenía derecho, cosa que hace de grado y voluntariamente. Dan testimonio..."

Del *Formulario Notarial* de BEN MUGAYT (Trad. Vila: Anuario de historia del derecho español, VIII, 186, 177, 182, 115).

## ORGULLO, CRIMEN Y CAÍDA DEL SEGUNDO VISIR JUDÍO DE GRANADA

*Salvo excepciones, no suelen los hijos heredar las calidades de sus padres, aunque a veces les superen en otras condiciones. El genial Samuel engendró un hijo mediocre. No hubiera sabido ganarse por propio esfuerzo su propia nombradía. Heredó la posición de su padre pero no supo conservarla. Yusuf, o José, era muy inferior en talento a su progenitor mas le superaba en orgullo y en audacia. Le sucedió en la confianza de Badis —el Príncipe Excelente, como sus cortesanos le llamaron— y en el gobierno del reino. Badis fue contemporáneo de Al-Mutadid, de Sevilla. Si el hijo y sucesor de éste, Al-Mutamid, fue poeta, el nieto del rey granadino —Dozy le tuvo por sobrino— Abd Allah, fue historiador. Se han descubierto no hace mucho fragmentos de sus* Memorias. *En uno de ellos nos pinta los postreros años del gobierno de su abuelo. Su cuadro de una corte musulmana en los tiempos que precedieron al asesinato del segundo visir judío de Granada, en 1067, tiene valor inapreciable para conocer la España musulmana, de la época. He aquí algunos pasajes de tales* Memorias.

### ESTAMPAS DE LA VIDA DE UNA CORTE ANDALUZA

El visir judío reunió a sus confidentes y les comunicó las malas disposiciones para con él de Sayf Al-Dawla. El más inteligente y sagaz de entre ellos le dijo: "No cuentes con mantenerte en el gobierno a la muerte del señor (Badis ben Habus) y no esperes nada de Sayf Al-Dawla. Mejor será

que pienses en quién vas a colocar en el trono si muere el príncipe. ¿Lo has decidido ya? Arréglatelas para envenenar a Sayf Al-Dawla, su hermano Maksan carece de carácter. Si haces morir al uno y aseguras el trono al otro, éste no olvidará el servicio que le habrás hecho". El visir concibió entonces el propósito de administrar a Sayf Al-Dawla un brebaje envenenado. La cosa le era tanto más fácil cuanto que mi padre se entregaba con frecuencia en su compañía y aun en su casa a repetidas libaciones. Conforme a su costumbre un día fue a beber en casa del visir. Apenas salió de ella comenzó a vomitar y cayó por tierra, y sólo con gran trabajo pudo ponerse en camino para volver a su morada. Su agonía duró dos días y acabó muriendo — que Alá sea misericordioso con él.

He escuchado a uno de los oficiales de eunucos de Badis el relato siguiente: "Un día Sayf Al-Dawla me envió a buscar y me dijo: "Ve a ver a las reinas madres y diles que tengo la intención de hacer perecer al judío". Yo le respondí, continuó el eunuco: "No quiero encargarme de tal comisión, porque sin duda (el judío) será informado (de tus palabras). Si realmente qusieras matarle, sería necesario que no dieras noticia de tus propósitos ni a mí ni a ninguna de las criaturas de Dios". Y me di cuenta de que era su estado de ebriedad el que le inspiraba tales pensamientos".

Otra circunstancia había ya antes contribuido a envenenar las cosas. Mi padre mantenía relaciones nada amistosas con las reinas madres, quienes habían educado a su hijo Al-Muizz, mi hermano, y le negaban el dinero que daban con largueza al muchacho. Mi padre hubo por ello de recurrir al judío para procurarse plata. Como las princesas se lo reprochasen y procuraran impedirle que frecuentase al judío, éste acabó por apercibirse de ello; y mi padre y él se pusieron de acuerdo para denunciar a las mujeres ante el soberano y para acusarles de haber sustraído algunas sumas de dinero del tesoro real y de haberlas enviado fuera de la corte. Mi abuelo examinó la denuncia y se dio cuenta de la desavenencia que había surgido entre las reinas madres y Sayf Al-Dawla, y éste incurrió a la vez en los reproches de su padre y de las damas. Éstas hallaron además un modo de excusarse de la acusación calumniosa de que eran víctimas, y Sayf Al-Dawla, viendo que su padre se había colocado de parte de (las reinas madres), hubo de reconciliarse con ellas y al fin de cuentas toda esta historia cayó sobre la cabeza del judío, lo que no hizo sino acrecentar su odio y su deseo de venganza, en el momento mismo en que el decreto divino iba a hacer de él instrumento de la pérdida de Sayf Al-Dawla.

El judío, cuando sus relaciones con éste comenzaban a alterarse, había retenido en su provecho una gran parte del monto de los impuestos provenientes de Guadix. Sayf Al-Dawla se quejó de ello a su padre. "El cerdo" se arregló entonces para invitar a mi padre a su casa a beber, y cuando estuvo borracho, ordenó a sus hijos y a las mujeres de su morada que se presentasen cubiertos con trajes de duelo. Mi padre, emocionado por sus actitudes y sus llantos, dijo al visir: "¿Quién ha muerto en tu casa? —La causa de nuestro duelo, replicó el judío, es el hecho de que una gruesa suma

de dinero no ha podido serte entregada, con motivo del retraso de los súbditos del reino en pagar los impuestos. Pero hoy será un día feliz para los míos. Tranquiliza a mi familia escribiendo un billete en que me dispenses de pagar tal suma, en espera de que te sea entregada. ¡Los míos son presa del temor y del espanto! Muéstrales toda tu generosidad redactando ese recibo!" El judío acabó por obtener lo que deseaba, mi padre extendió el recibo y, papel en mano, el visir marchó en seguida a casa del soberano (Badis) y le dijo: "Tu hijo gasta su dinero con los visires y por beber sin descanso. He aquí el billete en que se declara pagado. ¿De qué se queja por tanto?" Sayf Al-Dawla se expuso una vez más a los reproches de su padre y nada consiguió cerca del visir ni cerca de las mujeres, porque Alá había decidido el fin de su vida. Quiera Alá que le sirvan en el otro mundo sus buenas intenciones y la pureza de conducta con las clases superiores e inferiores del reino.

La noticia de la muerte de mi padre fue muy sentida por la población que había concebido la esperanza de que haría reinar la justicia. Las gentes se agitaron y proyectaron matar al judío. Esta agitación fue el signo precursor de su pérdida, que sólo retardó el temor al castigo del soberano. Continuó persiguiendo con odio a la familia de Awlad al-Qarawi y afirmó a Al-Muzaffar (Badis) que sus miembros habían alabado a su hijo el abuso continuo del vino, hasta el punto de que por ello había perdido la vida. Los Awlad al-Qarawi tuvieron que sufrir grandes males con motivo de tal acusación: fueron expulsados de los lugares que habitaban, les fueron tomados sus bienes y algunos de entre ellos, visires adictos a la persona de mi padre, fueron condenados a muerte. Y sin embargo el verdadero culpable permaneció al abrigo de toda sospecha.

Cuando Sayf Al-Dawla fue muerto, el judío procuró imitar a los ministros de los Abbasíes, los Barmecidas, y se esforzó en asegurar la sucesión de mi tío Maksan. Por entonces mi abuelo era ya viejo, y con motivo de la edad y la muerte de su hijo, dejó de continuar sus conquistas y abandonó al judío el cuidado de ocuparse, en su lugar, de los asuntos de Estado. El visir pudo entonces ejercer el poder a su gusto. El solo deseo de mi abuelo, el más vivo y al que consagró todos sus esfuerzos, fue la toma de Málaga... Habiendo llegado al cabo a lograr sus ambiciones, con la entera sumisión de la ciudad, se juzgó satisfecho y no pensó sino en gozar de su poder. Esto fue causa de los disgustos que hubo de sufrir en seguida, porque concedió su entera confianza a sus visires y a los gobernadores de los territorios, como contaré a continuación... Comenzó entonces un período de paz señalado por sucesos felices, se llenaron las arcas del tesoro y pasaron muchos años sin que se oyera hablar de disturbios y sin que se conociera ningún desorden. Después, la situación llegó a ser mala: el judío —que Alá le maldiga— nos traicionó y Guadix con su territorio pasó al poder de Al-Mutasim ben Sumadih (rey de Almería). Los príncipes se lanzaron sobre nuestras posesiones hasta el punto que no nos quedó sino Granada. Almuñécar, Priego y Cabra. Corrió pronto la noticia de que Badis, el Príncipe

Excelente, había muerto (hacía tiempo, en efecto, que se sustraía a las miradas de sus súbditos), las plazas fuertes fueron entonces evacuadas por sus guarniciones y fueron ocupadas por sus habitantes, como contaré en seguida, si a Alá le agrada.

## LLEGADA DEL EMIGRADO AL-NAYA A GRANADA

Al-Naya vino a la corte de Al-Muzaffar en la época de mayor poderío y de mayor florecimiento de su reinado. Era un antiguo esclavo de Al-Mutadid ben Abbad —Alá tenga misericordia de él— que había formado parte del grupo de conjuradores que habían conspirado contra tal príncipe bajo la dirección de su hijo, cuya historia es bien conocida. Al-Naya llegó a Granada empujado por el destino, contra el que no hay refugio. Un cierto número de importantes *abid* (servidores de Badis) se ocuparon del mismo y pidieron gracia para él al soberano. El príncipe acogió favorablemente su ruego para conciliarse sus corazones y moverles a servir con mayor fidelidad aún. "Este hombre, le dijeron, ha venido a tu encuentro después de haber hecho daño a otro y ha colocado su confianza en ti. Ha puesto en ti su esperanza. Lo que hagas por él no será sino la recompensa de sus buenos sentimientos hacia ti." Entró, pues, en Granada, lo que fue una suerte para él, pero un peligro para el gobierno. Al principio se portó con los funcionarios de manera excelente. Les testimonió tales muestras de respeto que alabaron su conducta y le ayudaron cerca del sultán, quien acabó por emplearle en uno de sus servicios y le confió un puesto en el comando militar. Llevado de su deseo de vengarse de los Abbadíes, probó su talento en el curso de la guerra de Málaga y se atrajo la simpatía de algunos grupos del ejército en esta ciudad, donde ejercía mando a las órdenes del general Muqatil ben Yahya, que la regía. Muqatil cada vez que se realizaba una expedición militar en tierras de Ben Abbad, no dejaba de informar (al sultán) Al-Muzaffar de la capacidad de que había dado muestra Al-Naya, a tal punto que no estaba lejos de atribuirle todo el mérito del éxito. Tanto y tan bien le alabó que el soberano acabó por enviar una orden por la que asoció a los dos en el gobierno de Málaga, de la que Al-Naya fue en adelante caid como Muqatil. Al-Naya continuó desplegando una gran actividad y su reputación siguió creciendo. Al-Muzaffar aumentó las gracias que le dispensaba y cuando iba a Málaga se alojaba en su casa y bebía en su compañía. A medida que pasó el tiempo no cesó de aumentar sus honores y de mejorar su situación. Con ocasión de su intimidad con el sultán, aprovechaba Al-Naya los instantes que pasaba a solas con él y en que podía sacar partido de su ebriedad en su provecho, para dañar al judío en su concepto, y decirle: "¡Ha comido tu dinero, se ha convertido en el dueño de la mayor parte de tu fortuna y ha hecho construir un palacio más hermoso que el tuyo! ¡Vamos, vamos, te es preciso apartarle del poder y, suprimiéndole, conseguir la gratitud de los musulmanes!" Al-Muzaffar le hacía entonces promesas y le decía: "Es necesario que llegue a hacer lo que me aconsejas

y te encargaré a ti mismo de matarle". Tales conversaciones llegaron sin duda a oídos de los *abid* o servidores del soberano, a los que éste no prestaba atención. Con la esperanza de una gratificación, algunos de ellos fueron en el acto a referírselas al judío. Con ello aumentó la furia y el terror de este cerdo, que casi moría de inquietud y de irritación, sin contar el odio que sentía contra Al-Naya, por el rango considerable a que había llegado en su propio detrimento. Con todas sus fuerzas deseaba perderle a los ojos del sultán, pero éste no aceptaba sus quejas. Viendo que no cesaba de mejorar la posición de Al-Naya y temiendo que empujase al soberano a hacerle perecer, el judío se descorazonó y se dijo: "Sólo por la gloria del príncipe he tratado hasta aquí a las gentes con desprecio, creía que su protección y solicitud me colocarían al abrigo de sus violencias, pero ahora he perdido toda esperanza, porque no puedo fiarme del sultán puesto que se me persigue con odio cerca del mismo y el populacho desea mi muerte, aunque nosotros los judíos somos muy pocos y poca cosa sobre la tierra".

## EXPULSIÓN DEL PRÍNCIPE MAKSAN BEN BADIS

Antes de esta época el judío había intentado atraerse a mi tío Maksan con la esperanza de que podría apoyarse en él. Pero Maksan le trataba con la mayor severidad. Nadie había a su lado para dirigirle y para aconsejarle que le diera pruebas de consideración, y había acabado por decir al judío cara a cara: "¿Deseas matarme como has matado a mi hermano?" Estas palabras hicieron gran impresión en el judío. Maksan tenía, además, una conducta detestable, no tenía respeto por nadie y hablaba groseramente; lanzaba tales amenazas que acabó por ser odiado por las gentes de la corte de su padre; se le detestaba y se presentaron varias quejas contra él al soberano. Por su parte la madre de Maksan había cesado de mantener amistad con el visir, que había tratado de captar la voluntad de su hijo, y había mostrado su preferencia por su tío materno, un judío llamado Abu-l-Rabi ben al-Matuni, que era perceptor de las rentas de los arrendamientos de los dominios reales. Le escribía constantemente para pedirle dinero en préstamo. El visir tuvo celos de su tío y decidió perseguirle así como a la madre de Maksan y a quienes le rodeaban. Forjó contra ellos cerca del sultán una acusación mentirosa, para la que se procuró testigos entre las gentes de la corte que querían mal a Maksan. Se excitó de tal modo al soberano contra los acusados, que éste, lleno de repulsión por el crimen de que se les acusaba, ordenó la ejecución de la madre de Maksan, de sus nodrizas y de un cierto número de mujeres de su servicio. En cuanto al tío del visir, éste le asesinó traidoramente en su casa cuando se hallaba bajo el imperio del vino, por las pruebas que había dado en ésta y en otras ocasiones de su desacuerdo (con él). Evitó los reproches del príncipe por este asesinato enviándole una suma considerable. El soberano aceptó y hubiera deseado que matase a un judío cada día, para recibir más dinero cada vez.

Algún tiempo después Al-Muzaffar ordenó la expulsión de su hijo de

su reino. Una de las causas principales de tal orden fue la circunstancia siguiente: el sultán salió un día para pasar revista a las tropas regulares, con motivo de las hostilidades contra Ben Sumadih (de Almería). Uno de los oficiales del ejército se presentó a él y le dijo: "No está bien que coloques a la cabeza del ejército a tus servidores y a otros personajes y que apartes del mando a tu hijo. Envíanosle para la expedición; le seguiremos cualquiera que sea la suerte de nuestras armas". Se refería a Maksan. Estas palabras atormentaron a Al-Muzzafar, por la irritación que le causaba la conducta de Maksan, tal como la veía o como se la contaban, y temió que detrás de tal ruego existiese el proyecto de apartarle del poder y de confiárselo a su hijo. Por su parte, el judío sintió un gran pánico al escucharle y dijo más tarde: "Tuve ese día la convicción de que iba a ser asesinado". Comunicó sus sospechas al sultán y éste ordenó en el acto que su hijo fuese expulsado de sus estados. Le hizo partir con uno de sus servidores, que debía acompañarle hasta fuera del territorio. El judío —Alá le maldiga— recomendó a tal esclavo que le llevara a cierto lugar que le precisó, donde, lejos de todo el mundo, podría cortarle la cabeza. Mi hermano Al-Muizz había sido educado por mi abuelo; las princesas, que habían sido muy consideradas por él, le tenían gran cariño en recuerdo de su padre. Todas se pusieron de acuerdo con el judío para hacer desaparecer a Maksan y hacer designar a Al-Muizz como heredero presunto. Temían que Maksan (una vez en el poder) las tratase con violencia y las castigase de la afección que sentían por su soberano y del cuidado que habían puesto en su educación. El decreto de expulsión de Maksan vino, pues, a colmar sus esperanzas. Mi tío salió de Granada en las peores condiciones, lleno de angustia y de terror. Unos aconsejaban su muerte, otros se oponían a ella y encontraban que bastaba con prohibirle vivir en el reino. Acabó por irse por un camino conocido, pero la muerte del judío en la forma que voy a referir iba a librarle de sus tormentos.

## COMPLOT DEL JUDÍO

En efecto, este cerdo —que Alá le maldiga—, ante la agitación de las mujeres de palacio, viendo que cada uno de los clanes que formaban deseaba el advenimiento de aquel de los hijos o nietos del sultán que unas u otras habían educado y dándose cuenta, por otra parte, del cambio de disposición de su señor para con él y de la constancia de Al-Naya en procurar su ruina y de atentar más y más contra su honor, no encontró en la tierra ningún medio de huida y no supo cómo salvarse. Consultó sobre el caso a los más sensatos de los doctores judíos que le rodeaban y uno de ellos le dijo: "Procura salvar tu cabeza y envía delante de ti el monto de tu fortuna al país que quieras, e irás a habitarle rico y en seguridad. —"Eso sería posible —respondió— si no supiera de antemano lo que entonces pasaría: no dejaría el Príncipe Excelente de enviar un mensajero al soberano del país donde me hubiera refugiado, para decirle: "Mi visir ha salido de mi reino

llevándose mis riquezas; o me le entregas o te haré la guerra". ¿Crees que el otro tomaría partido por mí contra el rey de Granada? Es una solución por la que sólo podré decidirme en el caso en que pudiera dar a ese soberano una parte del territorio de mi amo, lo que haría estallar la lucha entre ambos. Entonces estaría seguro cerca de aquel a quien yo hubiera puesto en posesión de ese territorio, no podría entregarme, puesto que gracias a mí habría conseguido a la vez un nuevo dominio y gran gloria." Se pusieron entonces de acuerdo para escribir a Ben Sumadih (de Almería), porque era con quien más convenía (tratar), vista la proximidad de sus estados (a Granada) y la facilidad con que podría obtenerse de él todo el concurso necesario.

El enviado de Ben Sumadih, Ben Arqam, que eligieron para tal misión, me ha contado lo que sigue: "Fui recibido un día por Al-Muzaffar —Alá le sea misericordioso—. Fue en una de sus residencias de recreo, a la que se había trasladado. Estaba en compañía de Al-Naya y el judío estaba detrás de él. Al-Naya se apercibió de la presencia de un médico judío del cortejo del visir. Ordenó entonces que le hicieran una afrenta y que le obligaran a bajarse de su cabalgadura en presencia del príncipe. Al-Naya mostró en esta circunstancia la mayor insolencia y ofendió gravemente al judío, que se irritó violentamente y dijo a Ben Arqam: "¿Qué piensas de estos malos tratamientos? No puedo soportarlos más. Si no podéis nada en mi favor, me va a ser necesario acudir a otros". Ben Arqam le dijo entonces: "Eres capaz de resistir con tesón en casos semejantes. ¿Qué necesidad te impulsa a dirigirte a nosotros cuando tienes bajo tu mano al pueblo y estás encargado de recaudar los impuestos? El sultán no ha cambiado nada de tu posición. Sólo pueden molestarte los aguijonazos que recibes de ese difamador. Arréglatelas para soportar las cosas con paciencia en espera del momento en que el señor (Badis) muera, tanto más cuando que ya es viejo. Entonces conseguirás ascendiente sobre su nieto Al-Muizz y gozarás a su lado de una situación análoga a la que has tenido cerca de su abuelo. Es para ti el medio más fácil de salvarte". El judío le respondió: "Haría con gusto lo que me dices, pero Al-Muizz es todavía muy joven y está bajo la influencia de las reinas madres y de las mujeres del palacio. ¿Cómo puedo aspirar a alcanzar éxito contra ellas? Mi misma situación sería en tal caso todavía más crítica, vista la oposición de sus intereses. Sé de otra parte, de fuente segura, que el joven príncipe no me estima, por la acusación de que soy objeto de haber envenenado a su padre. He reflexionado mucho sobre todas estas circunstancias y no me permiten otra solución que plegarme a Al-Mutasim".

Ben Arqam continuó así su relato: "Penetré cerca de Al-Muzaffar para referirle a medias palabras mi conversación con el visir y le dije: "Mantente en guardia, que Alá te asista, no eres todavía tan viejo, no tienes edad que te obligue a descuidar el gobierno". Esperaba con estas palabras moverle a pedirme explicaciones suplementarias, para poder contarle una parte de la historia. Pero llamó al judío y le dijo: "Ve a buscar a Ben Arqam, pre-

gúntale la razón de que me haya dicho "Mantente en guardia" y hazte dar por él las explicaciones necesarias". Ben Arqam continuó: "El judío vino a verme y me puso al corriente del asunto. Quedé estupefacto y como muerto y no supe qué responderle. "El cerdo" concibió entonces sospechas sobre mí, escribió a Al-Mutasim y le aconsejó que me relevara de mi misión y que la confiara a alguien seguro, que pudiera enviar (cerca de Badis). Designó aquél al efecto a su hermano de leche y le ordenó que se entendiera con el judío. Mas era difícil encontrar una estratagema para apoderarse del poder en Granada, puesto que esta ciudad era un vivero de soldados y los Sinhacha que en ella se encontraban no podían aceptar que así ocurriera. Por ello el enviado de Mutasim dijo al judío: "No te metas ni metas a Mutasim en un asunto que no puede llevarse a cabo y no vayas a comprometerte frente a Al-Muzaffar, que es rico y que puede sostener la guerra. Corremos riesgo de que nos cubra de vergüenza; serás la causa de tu pérdida y de los daños que Al-Mutasim pueda sufrir". Ante este consejo, "el cerdo" juzgó que debía expulsar de Granada a todos aquellos de quienes podía temer la sedición.

Eligió, pues, un cierto número de personajes importantes entre los Sinhacha y los Abid cuya traición temía; aconsejó al sultán que los enviara a las principales plazas fuertes e hizo redactar los rescriptos en que se les nombraba. Les dijo bajo secreto: "Sois mis hermanos. Habéis sido humillados como yo lo he sido. Lo sabéis bien. Sé qué puntos desaprobáis del gobierno del sultán y lo que os interesa y lo que no os interesa. Su reinado será por siempre para vosotros motivo de vergüenza y deshonor. He dado consejos al soberano sobre la conducta que debía seguir, pero no los ha aceptado. No se puede, sin embargo, contrariar sus mandatos. Pero temo hoy que confíe los puestos de mando de este noble país y de sus magníficas fortalezas a gentes del partido de Al-Naya, de quienes todos habríamos de sufrir, cuya presencia nos impediría permanecer dueños del gobierno y que nos tendrían bajo sus botas. No podríamos entonces, aunque nos molestara, sino recurrir a Al-Naya. Pero si por el contrario nos mantenemos firmes en nuestras fortalezas, mientras los miembros de nuestras tribus continúan en la capital, no osará dispersaros. No tardará así en perder influencia y, si quiere cambiar el estado de las cosas, le mataremos. Si el sultán se muestra riguroso contra uno de nosotros y decreta su destierro, por consejo de Al-Naya, el perjudicado por tal orden no tendrá sino que refugiarse en la fortaleza de su aliado". Sus interlocutores aprobaron sus palabras tanto más cuanto que estaban ávidos de obtener puestos de gobernadores en el país, y se apresuraron a ocupar sus cargos. Por este medio hizo enviar a Yahya ben Ifran a la ciudad de Almuñécar, a Musakkan ben Habus al-Magrali a Jaén y a otros personajes a otras capitales. El judío manifestó al sultán que estos nombramientos eran excelentes para él y que la defensa de las ciudades importantes sólo podía estar asegurada por grandes personajes. En cuanto a los gobernadores destituidos, el soberano creyó firmemente que habían incurrido en negligencia e incuria, pues Badis tenía tal

confianza en el judío que a nadie escuchaba sino a él, para asegurarse de lo que hubiera de verdad en las acusaciones falsas.

## ASESINATO DEL VISIR

El judío escribió entonces a Ben Sumadih para avisarle que los sediciosos habían salido de Granada y que no quedaban en la ciudad sino personajes sin importancia, que su sable segaría (como espigas) al entrar en ella. Añadía que estaba pronto a abrirle las puertas de Granada cuando emprendiera su expedición y se pusiera en camino hacia ella. Se desinteresó de todas las plazas fuertes a excepción de las capitales de provincia; y ocultando su intervención, hizo que dejasen de ser enviados los aprovisionamientos y el armamento necesarios a las guarniciones de las primeras, a fin de que hubiesen de ser evacuadas. Al-Muzaffar, sin embargo, no sospechaba nada y se entregaba a la bebida y a la holganza. Los ocupantes de las plazas fuertes, viendo que se desinteresaban de ellos y que el sultán no se mostraba más a sus ojos, aceptaron como cierto el rumor de que había muerto. Entonces, comunicado entre ellos un santo y seña, abandonaron las fortalezas y las regiones que defendían. Los soldados de Ben Sumadih llegaron en aquel momento y se apoderaron de ellas y no quedó otra plaza fuerte en poder del rey que la de Cabrera, en las proximidades de Granada, en el camino de Guadix. El judío envió en el acto un mensaje a Ben Sumadith para urgirle a ponerse en marcha contra la capital y para advertirle de que nadie le impediría avanzar. Pero Ben Sumadih encontró un pretexto para no hacer nada y tuvo miedo de emprender una expedición contra una ciudad como Granada. Sin embargo, el foso abierto entre el judío y la población se ensanchaba y aumentaban los disturbios. El judío, por temor al populacho, abandonó su casa para ir a habitar en la Alcazaba, hasta el momento en que sus esperanzas se hubiesen realizado. Esto disgustó a los habitantes de Granada, como la construcción por su orden de la fortaleza de la Alhambra, a la que se proponía trasladarse con su familia, cuando Ben Sumadih penetrase en la ciudad, hasta que se restableciera el orden. Toda la población granadina, tanto la plebe como la aristocracia, acabó por indignarse de la perfidia del judío, con motivo de los cambios llevados a cabo por él en el antiguo orden de cosas y por su acaparamiento de puestos contra la tradición; esto coincidió con el decreto divino que había dispuesto su pérdida, el sábado 10 de Safar 459 [31 diciembre 1066]. En el curso de la noche precedente el judío había convidado a beber a un cierto número de servidores de Al-Muzaffar, que eran sus aliados y estaban de acuerdo con él. Entre ellos había algunos que le detestaban en secreto. Les informó del asunto de Ben Sumadih, previniéndoles de que iba a llegar y que les donaría en plena propiedad estas y las otras aldeas de la vega de Granada. Uno de esos Abid, que le odiaba ocultamente, avanzó entonces hacia él y le dijo: "Sabemos todo eso; en lugar de prometernos la propiedad de tales feudos es mejor que nos digas si nuestro señor está vivo o muerto". Gentes

del séquito del judío le hicieron callar y le censuraron por haber hablado así. El esclavo se sintió mortificado por tales críticas y se fue. Borracho, al huir, llamó a la multitud con sus gritos diciendo: "¡Sabed que Al-Muzaffar ha sido asesinado por el judío y que Ben Sumadih va a entrar en Granada!" Tanto la plebe como la aristocracia dieron crédito a tales palabras y vinieron decididos a matar al judío. Éste encontró medio de hacer salir a presencia del pueblo a Al-Muzaffar y dijo a las gentes: "Aquí está vuestro sultán en buena salud". El soberano intentó calmar al pueblo, pero fue impotente para lograrlo y la situación empeoró. El judío huyó al interior del palacio, pero la plebe le siguió, acabó por apoderarse de él y le mató. Mató en seguida a todos los judíos de la ciudad y se apoderó de grandes cantidades de sus riquezas. Los Sinhacha se enardecieron desde tal momento y mostraron su escasa sumisión respecto al príncipe. Tuvo éste que hacer frente a la revuelta que estalló por doquier, en instantes en que ellos mismos tenían los puestos de visires y de consejeros. Al-Muzaffar estaba lleno de temor y no contaba gran cosa. Les guardaba rencor por la suerte que habían reservado a su visir, sin saber de qué delitos se había hecho culpable y sin creer lo que le decían de él. Pero se resignó a su presencia y procuró atraérselos y tener paciencia hasta el momento en que pudo recobrar su territorio por las armas y reducirlos a obediencia en la forma que referiré en seguida.

De las *Memorias* de Abd Allah, último rey Zirí de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Al-Ándalus, 1953, III, 283, 291, 293, 295).

## BEN AMMAR Y AL-MUTAMID

*La vida real de muchos hombres públicos ha sido una fantástica novela de aventuras. Pocas de esas vidas peregrinas han alcanzado los contornos de la existencia del pobre joven del Algarbe que fue Ben Ammar. Nacido de oscuro linaje, en el extremo sudoeste de Al-Ándalus, que baten las olas del Atlántico, Ben Ammar fue primero estudiante y luego juglar. Conquistó después el amor de un príncipe. Gobernó en su nombre su país natal, con fantasía de poeta y con pompa de advenedizo. Ministro omnipotente y negociador sutil, alcanzó la amistad del gran enemigo de su pueblo: el rey cristiano. Ganó reinos, a punta de lanza, para su soberano. Ebrio de tanto medro fabuloso, quiso seguir subiendo y llegar a ser príncipe, también. Pero la fortuna caprichosa, que le había empujado hasta tal cima, con un guiño de ojos le dejó caer hasta la sima de la desgracia. Volvió a su juglaría. Fue vendido a su viejo monarca, conoció la befa y la prisión e intentó forzar los candados de su cárcel con bellas metáforas poéticas. A punto de lograrlo, su fe en su estrella le perdió, y en una trágica escena final le ejecutó, a hachazos, el príncipe mismo cuyo amor extraño le había elevado a las cumbres de la gloria y del poder. La novela de su vida, que la historia nos lanza al rostro como un mensaje pletórico de enseñanzas y de consejos, es,*

*además, claro exponente para juzgar, no sólo de la Sevilla de su tiempo —y de siempre—, sino también de la turbada España musulmana de la segunda mitad del siglo XI, en que fueron posibles tantos milagros humanos y en que a la postre floreció el mayor de todos los tiempos: El Cid.*

## POESÍA, AMISTAD, INGENIO, TRAICIÓN, DESGRACIA Y CRUELDAD

Muhammad ben Ammar, llamado Ben Ammar, llevaba el prenombre de Abu Bakr y era originario de una aldea denominada Xannabus, que formaba parte del territorio de Silves, donde se habían establecido sus antepasados. Era de oscuro linaje y ni él ni ninguno de los suyos habían ejercido funciones administrativas; a lo menos nunca se dijo que las ejerciera ningún miembro de su familia. Fue muy joven a Silves, donde fue instruido y donde estudió literatura bajo la dirección de varios maestros, entre otros de Abu-l-Hadchach Yusuf ben Isa al-Alam. De allí marchó a Córdoba, donde continuó los mismos estudios y donde llegó a ser un hábil poeta, tanto que aprovechó su talento poético para ganar su sustento. Comenzó a recorrer Al-Ándalus, en busca de las larguezas, no sólo de los príncipes sino de cualquiera que aceptara sus alabanzas, cuidándose muy poco de que la recompensa procediera de un rey o de un hombre vulgar.

Se cuenta sobre tal proceder una bella historia. En el curso de sus viajes, llegó a Silves sin poseer sino su cabalgadura y sin tener qué darle de comer. Dedicó entonces unos versos a uno de los principales mercaderes de la plaza y obtuvo bastante éxito en su intento, porque recibió de él un morral lleno de cebada, que pareció a Ben Ammar, en la situación en que se hallaba, el más espléndido regalo, el don más precioso. Con el tiempo, el destino favoreció de tal manera al poeta que alcanzó una alta situación y fue nombrado gobernador de Silves y de su distrito por Al-Mutamid al-Allah, apenas ocupó el trono. Ben Ammar hizo su entrada en la ciudad rodeado de un magnífico cortejo y de una multitud de esclavos y de cortesanos y desplegando más fausto que había mostrado Mutamid mientras gobernó la ciudad en nombre de su padre Mutadid. Lo primero que hizo el nuevo gobernador de Silves fue averiguar qué había sido de su antiguo bienhechor y ante todo si vivía todavía. Al recibir respuesta afirmativa le devolvió lleno de monedas de plata el mismo morral que el mercader le había antes enviado y le hizo decir, además: "Si le hubieses llenado de trigo, yo le habría llenado ahora de oro".

Los viajes de Ben Ammar por Al-Ándalus a los fines que hemos señalado, es decir, para obtener regalos a cambio de sus poesías, no terminaron sino cuando llegó cerca de Abu Amr Mutadid Billah y cantó sus alabanzas en la célebre casida que comienza así:

"Haz circular la copa, porque el céfiro matinal comienza a hacerse sentir y las Pléyades han detenido su cabalgata nocturna; la aurora nos ha ofrecido su blancura y la noche ha alejado de nosotros su oscuridad."

En ella alaba a Mutadid en estos términos:

"Lo que toca la mano de Abbad reverdece, mientras la atmósfera se cubre de su manto fresco. El sílex del yesquero de la gloria no deja extinguir el fuego de la guerra sino para encender el de la hospitalidad. Si regala una virgen, la escoge de senos abultados; si un caballo, es de noble raza; si una espada, está adornada con piedras preciosas."

En ella describe así una derrota infligida por Mutadid a los bereberes:

"Tu espada ha hecho caer la desgracia sobre un pueblo que mirabas como judío, aunque se llame bereber. Convencido de que el astil gusta de fructificar, has dado a tu lanza como frutos las cabezas de sus valientes; sabedor de que la belleza gusta vestirse de rojo, has teñido tu capa en sangre de sus cuellos."

Se lee en tal poema un verso que, a mi juicio, ningún poeta antiguo ni moderno ha igualado:

"La espada, cuando tu mano le sirve de tribuna, recibe la plegaria con más elocuencia que Ziyad."

Ese poema que recitó a Mutadid agradó mucho a tal príncipe, e hizo dar a su autor dinero, vestidos y una cabalgadura y ordenó que fuera inscrito entre los poetas pensionados. Ben Ammar se atrajo en seguida a Mutamid, que era entonces joven. Su posición junto a él no cesó de aumentar, tanto que Mutamid le estimaba como a las niñas de sus ojos y no podía permanecer una hora separado de su amigo, ni de día ni de noche. Cuando Mutamid recibió de su padre la misión de administrar Silves, le nombró su visir y le confió el cuidado de todos los negocios. El visir ejercía sobre su señor la autoridad más absoluta, y como circulasen rumores desagradables sobre uno y otro, Mutadid creyó deber separarlos y pronunció contra Ben Ammar una orden de destierro. El poeta recomenzó sus viajes y llegó hasta las comarcas más lejanas de Al-Ándalus. Mutamid aprovechó la muerte de Mutadid para llamarle cerca de sí mismo y le recibió en su intimidad, de tal manera que llegó a asociarle a actos a los que ningún hombre asocia a su hermano ni a su padre.

He aquí un acontecimiento curioso que le ocurrió durante su estada en Silves. Mutamid le había invitado un día, como de costumbre, a su velada literaria; pero ese día había exagerado los honores y las gracias que tenía la costumbre de hacerle, y en el momento de acostarse, el príncipe obtuvo de su amigo que compartiera su almohada. "Entonces, cuenta Ben Ammar, oí durante mi sueño una voz que decía: "Ten cuidado, desgraciado. ¡Éste terminará un día por matarte!" Me desperté espantado, pero me di cuenta de lo que pasaba, y me dormí; por segunda vez, fui despertado por las mismas palabras, y me volví a dormir de nuevo; una tercera vez, se repitieron aquéllas y entonces, llevándome mis ropas, me envolví en una estera y fui a esconderme en el pórtico del palacio. Estaba resuelto a salir furtivamente a la aurora, para alcanzar el litoral y embarcarme allí para África, con la intención de terminar en ella mis días en paz, escondido en alguna de las montañas de los bereberes. Pero habiéndose despertado Mutamid y habiéndome buscado en vano, hizo organizar en las diversas partes del

palacio búsquedas en las que él mismo tomó parte, espada en mano y precedido de un servidor que llevaba una antorcha.

Al llegar al pórtico para asegurarse de si la puerta estaba abierta, encontró ante él la estera en que yo estaba acurrucado y advirtió un movimiento que yo hice. "¿Qué es esto que se agita bajo esta estera?" exclamó. La registraron y aparecí yo desnudo, sólo cubierto por mi calzón. Al verme sus ojos se llenaron de lágrimas. "Abu Bakr, me dijo, ¿por qué te has conducido así?" Como no tenía ninguna razón para ocultarle la verdad, le conté al detalle lo ocurrido, lo que le hizo reír. "Esos sueños, dijo, son la consecuencia de la ebriedad. ¿Cómo podré matarte, a ti que eres mi vida misma? ¿Has visto jamás a nadie matar a quien constituye su existencia?" Ben Ammar le respondió algunas palabras de gratitud e hizo votos por su larga vida. Se esforzó por olvidar el sueño y lo logró; después, como veremos, tras un cierto lapso, sucedió que se realizó el sueño de Ben Ammar y Mutamid dio muerte a lo que era su vida, como diríamos empleando sus mismas palabras.

Al advenimiento de Mutamid, Ben Ammar le pidió el gobierno de Silves, de donde era originario y donde había sido educado, como queda dicho. El príncipe se lo concedió con plenos poderes, tanto en los asuntos interiores como en los exteriores, y Ben Ammar lo ejerció hasta que Mutamid, atormentado por el deseo de verlo de nuevo e incapacitado de soportar por más tiempo su ausencia, le llamó a su lado, en calidad de visir. Ben Ammar se encontraba en una situación análoga a la de Chafar ben Yahya (Barmeki) cerca de (Harun) Al-Raxid. Mutamid le creía siempre a la altura de los más importantes negocios y le juzgaba digno de los puestos más elevados. Por otra parte, Ben Ammar resolvía con acierto cuantos asuntos le eran encomendados y los marcaba con su sello, como el hierro enrojecido al fuego. Era bien conocido en España entera. Incluso el rey cristiano Alfonso (VI), cuando se pronunciaba delante de él el nombre de Ben Ammar, decía que era el más excelente hombre de la Península. Llegó, en efecto, a impedir la conquista por tal príncipe de las ciudades de Sevilla y Córdoba y de sus territorios. Alfonso, deseoso de apoderarse de los estados de Mutamid, avanzaba a la cabeza de un ejército considerable; el corazón de los musulmanes estaba lleno de terror, porque se sabían demasiado débiles para poder resistir; y entonces Ben Ammar recurrió a la astucia y empleó la más ingeniosa estratagema.

Mandó hacer un juego de ajedrez, tan magnífico desde el punto de vista del arte y (de la finura de su) terminación que ningún rey poseía otro igual. Las piezas eran de ébano, de áloe y de sándalo, con incrustaciones de oro; y el tablero era también una maravilla de precisión. Provisto de este ajedrez y en calidad de enviado de Mutamid, se presentó a Alfonso, a quien encontró a la entrada del territorio musulmán. El rey cristiano le recibió de la manera más honrosa, y ordenó a sus cortesanos que frecuentasen la tienda del extranjero y velasen porque nada le faltara. Ben Ammar enseñó un día el ajedrez a uno de los cortesanos de Alfonso, quien habló de él a

su señor, gran jugador de ajedrez. Cuando el príncipe recibió la visita de Ben Ammar le preguntó si era fuerte en tal juego, a lo que su interlocutor respondió afirmativamente, y, en efecto, era un ajedrecista de primera calidad. —"Me han dicho, replicó el príncipe, que tienes un ajedrez muy hermoso. —Es exacto. —¿Y cómo podré verlo? —Te lo traeré", le hizo responder Ben Ammar por medio de su intérprete, "pero con la condición de que hagamos una partida juntos: si ganas, el ajedrez será para ti; si pierdes, podré pedir lo que quiera. —"Tráelo que lo vea", dijo Alfonso. El visir mandó a buscarlo y lo presentó al cristiano, que exclamó santiguándose: "No hubiera creído jamás que un juego de ajedrez pudiera estar tan admirablemente hecho". Y añadió volviéndose hacia Ben Ammar: "¿Qué decías antes?" El musulmán repitió las condiciones que ya había propuesto: "No, dijo Alfonso, no puedo jugar; ignoro qué puedes pedirme, tal vez algo que no pueda darte". —"No jugaré en otras condiciones", respondió Ben Ammar, e hizo envolver de nuevo el ajedrez y llevarle (a su tienda). El visir, sin embargo, reveló, bajo palabra de guardar el secreto, a algunos cortesanos cristianos lo que hubiese exigido a Alfonso en el caso de haberle ganado la partida, y obtuvo su ayuda con la promesa de sumas importantes. Como además el recuerdo del ajedrez obsesionaba al príncipe, consultó a sus favoritos acerca de la condición que quería imponer Ben Ammar. "Es poca cosa, respondieron; si ganas, tendrás el ajedrez más hermoso que pueda poseer un rey; si pierdes, ¿qué puede pedir tu adversario que un rey como tú no pueda cumplir? Y si exige una cosa imposible ¿no estamos nosotros prontos a ponernos de tu lado para hacerle entrar en razón?" Insistieron con tanto éxito que Alfonso hizo venir a Ben Ammar con su ajedrez y le dijo que aceptaba sus condiciones. El visir pidió entonces que se llamara como testigos a algunos nobles, que designó. Alfonso les mandó venir y empezó la partida. Pero, lo hemos dicho ya, Ben Ammar era un jugador tal que nadie en Al-Ándalus podía ganarle y ante los ojos de los cortesanos batió completamente a su adversario. Cuando el resultado de la partida no ofreció dudas, Ben Ammar dijo: "¿He ganado lo que habíamos acordado? —Sin duda, ¿qué pides? —Que salgas de esta tierra y entres en la tuya". Alfonso palideció, se sintió conmovido por una gran agitación y entre otras cosas dijo a sus favoritos: "He aquí lo que yo temía que este hombre me pidiera, y vosotros me tranquilizabais". Un instante se preguntó a sí mismo si cumpliría su palabra y no continuaría su campaña, pero las gentes de su séquito le hicieron ver la vergüenza que el traicionar su promesa implicaría para el mayor rey cristiano de la época e insistieron con tanto acierto que acabó calmándose. Exigió, sin embargo, que aquel año le pagasen doblado el tributo ordinario. Ben Ammar se apresuró a aceptar e hizo entregar la suma pedida para conseguir la retirada inmediata de Alfonso. Gracias a la prudente y hábil conducta del visir, Alá supo así poner a los musulmanes al abrigo de la violencia de los cristianos, y Ben Ammar volvió a Sevilla cerca de su señor, al que halló encantado de tan feliz suceso.

Mutamid sintió en seguida deseos de apoderarse de Murcia, antes Ila-

mada Tudmir, y de su territorio, que habían sido conquistados por Abu Abd al-Rahman Muhammad ben Tahir y eran por él gobernados. Equipó un considerable cuerpo de tropas y Ben Ammar se encargó de llevar a cabo la conquista y de expulsar a Ben Tahir. Su señor le prometió que le nombraría gobernador de la comarca que pudiese conquistar. El visir se apoderó en efecto de Murcia y arrojó de ella a Ben Tahir, que buscó refugio en Valencia cerca de los Banu Abd al-Aziz y vivió en tal ciudad hasta su muerte.

Después de haberse apoderado de la capital de los Banu Tahir, Ben Ammar, arrastrado por su orgullo y cediendo a tentaciones diabólicas, soñó con conquistar su independencia y con llegar a ser dueño absoluto del país. Con perseverante astucia logró en parte sus propósitos y su autoridad fue reconocida en Murcia y en los cantones que dependían de ella. Pensaba intentar algo contra Valencia, cuando estalló una sublevación dirigida por el murciano Ben Raxiq, cuyo padre era oficial en el *chund*. Con ocasión de un viaje que había debido hacer Ben Ammar, Ben Raxiq se apoderó del poder supremo con el apoyo del pueblo y de una parte del *chund* (el ejército regular). En cuanto Ben Ammar fue informado, marchó precipitadamente contra la ciudad, cuyas puertas encontró cerradas. La sitió durante algún tiempo con las tropas que le seguían, pero no pudo penetrar en ella y quedó desconcertado sin saber qué hacer ni adónde ir, porque Mutamid conocía su rebelión contra él. No podía, pues, pensar sino en huir y se refugió en Zaragoza junto a los Banu Hud. Pero, al cabo de algún tiempo, su presencia resultó una carga para ellos, porque temían su mala índole y se hacía odiosa su conducta con su señor, autor de su fortuna. Le expulsaron y hubo de errar de una tierra a otra, arrojado de todas y perseguido por el odio de los príncipes, hasta que llegó a la plaza fuerte de Segura, que es casi inexpugnable. Ben Mubarak, que la señoreaba a la sazón, le recibió al principio muy bien, pero al cabo de algunos días cambió de actitud, se apoderó de él y le encarceló encadenado. Ben Ammar le dijo entonces: "No tienes nada que perder, si haces saber a los diversos príncipes de Al-Ándalus que me tienes en tu poder y que estás presto a entregarme, como no hay uno que no desee poseerme, podrías enviarme a aquel cuyo deseo se traduzca por la oferta de la suma mayor". Ben Mubarak siguió su consejo, y, en efecto, de todos los príncipes, incluido entre ellos Mutamid, a quien ofreció su prisionero, no hubo uno que no mostrase deseo de tenerlo. Ben Ammar dijo en ocasión de tal suceso:

"Una mañana me han puesto en venta en el mercado y han estimado diversamente mi cabeza; pero, pongo a Alá por testigo, que quien me ha tomado por el precio más elevado no ha derrochado su dinero."

Mientras estaba en prisión, Ben Ammar pidió un día un depilatorio para hacer su "toilette", pero no pudieron procurárselo; pidió una navaja de afeitar y se la trajeron. Y dijo a propósito del incidente:

"Mi desgracia en Segura supera a todas las desgracias. Faltándome Harun he debido pedir Musa."

Mutamid envió dinero y caballos a Ben Mubarak y éste entregó al prisionero a gentes de confianza de aquél, quienes habían recibido orden de encadenarle y de vigilarle con el mayor cuidado. La pequeña tropa que le conducía llegó a Córdoba, en ocasión en que Mutamid se hallaba en la ciudad. Ben Ammar entró en ella del modo más humillante e incómodo, puesto sobre un mulo entre dos sacos de paja y cargado de cadenas bien a la vista. Por orden del príncipe se había hecho salir a las calles a toda la población, desde los grandes hasta los humildes, para hacerles gozar del espectáculo. Otras veces su entrada causaba sensación en Córdoba; los jeques, los principales y los notables de la ciudad iban a recibirle y se juzgaba feliz quien podía besarle la mano o quien obtenía de él respuesta a su saludo, pues otros habían de contentarse con besar su estribo o los pliegues de su vestido y el resto con verle de lejos sin acercarse a su persona. ¡Gloria a quien cambia las posiciones de los hombres y hace que se sucedan éstos en el mando! Ben Ammar, después de haber gozado de un sólido poder y de una gran autoridad, entró entonces en Córdoba despreciado, temeroso y pobre, sin poseer más que el vestido que llevaba puesto. ¡Gloria a quien le despojó de los dones que le había otorgado y le privó de aquello cuyo disfrute le había concedido!

La noticia siguiente, contada por uno de los encargados de su guardia, prueba la fineza de su inteligencia y la vivacidad de su intuición: "Cuando, dijo tal hombre, estuvimos bastante cerca de Córdoba para ser vistos por la población, un jinete vino rápidamente hacia nosotros, y apenas le vio Ben Ammar, se quitó la muselina del turbante que cubría su cabeza. Al unírsenos, el caballero miró al prisionero y luego marchó con nosotros en nuestras filas. Le preguntamos a qué había venido y respondió: "Para hacer lo que ha hecho este hombre antes de que pudiera llegar hasta él", y por sus palabras supimos que había recibido orden de quitar su turbante a Ben Ammar.

El antiguo visir fué llevado en el estado que queda dicho y cargado de cadenas a presencia de Mutamid, que le enumeró todos los beneficios y favores de que le había colmado. Ben Ammar, con los ojos bajos, guardó silencio hasta que hubo terminado el príncipe y luego le respondió, entre otras cosas, las siguientes: "No niego nada de cuanto acaba de decir mi señor, que Alá guarde. Si me fuera posible negar, las cosas inanimadas unirían su testimonio al de los seres dotados de palabra y atestiguarían contra mí. He pecado, perdóname; he caído, concédeme tu gracia". —"No, no, exclamó Mutamid, tales faltas no se perdonan". Le hizo bajar por el río hasta Sevilla y el prisionero entró en ella en la misma forma ridícula que en Córdoba. Se le encerró en seguida en una cámara encima de la puerta del alcázar Mubarak, palacio de Mutamid que existe hoy aún. Como su cautividad se prolongara, escribió allí la casida que "dirigida al destino, hubiese aplacado sus rigores: dirigida a la bóveda celeste, hubiese detenido su rotación, pero que no fue sino sortilegio sin eficacia, invocación no escuchada, amuleto sin utilidad". He aquí su extracto:

"Si perdonas, tu carácter parecerá por ello más magnánimo y dulce; si castigas no dejarás de tener evidentes y serias excusas. Pero si una de las resoluciones encierra más mérito, te inclinarás por la que se acerca más a Alá. Ejerce conmigo toda la misericordia que te caracteriza, sin escuchar a mis enemigos ni ceder a sus instancias reiteradas, porque tengo la esperanza de que hay en ti algo distinto de lo que puede constituir la satisfacción y el orgullo de mis enemigos. ¿Y por qué no? He sido un amante servidor y puedo, después del error de un día, volver a serlo y continuar siéndolo. Lo confieso, he cometido malas acciones, pero ¿no pueden repararse? En nombre de nuestros antiguos vínculos, ejerce para conmigo una indulgencia que te servirá de acceso para penetrar hasta Alá. Borra las huellas que he dejado en un mal camino, pronunciando una fórmula de perdón que las destruya. No escuches ni los relatos ni los consejos de los calumniadores, un vaso no puede exhalar sino el olor de lo que contiene. Después de las noticias mentirosas que te han dado sobre mí los hijos de Abd al-Aziz, más de otra llegará hasta ti. No hay en ellas nada que ignores; pero incluso cuando yo mejore, mi herida, aunque bien cuidada, subsistirá siempre. Quiero decir que deseo la maldición divina a quienes en mi cara me han dado a entender y han proclamado públicamente su maligna alegría. Serán retribuidas sus obras, dicen, según sus méritos. No, he respondido, se olvidará y se perdonará. Si es cierto que el protegido de Alá puede emplear la violencia, prefiere, sin embargo, la suavidad. ¿De qué crímenes pueden acusarme todavía mis delatores fuera del único verdadero, puesto que mi falta es patente y está bien comprobada? Pero esa falta resbalará y correrá sobre tu dulzura, tan lisa como la piedra de grano más fino. Salud para él. ¿La pasión le empujará hacia mí para llegar a un acercamiento o le excitará contra mí para alejarnos? Que si yo muero, pueda él guardar toda su libertad de espíritu; yo moriré conservando mi triste amor por él; el amor que siento por él me servirá de útil talismán, si la muerte se deja vencer."

Esta poesía fue dirigida a Mutamid y le fue leída en presencia de un hombre de Bagdad, que censuró el último verso: "el amor que siento por él, etc...." y preguntó qué quería decir eso. "Ah, respondió Mutamid. Alá le ha privado de todo sentimiento de generosidad y de fidelidad, pero le ha dejado toda su aguda y penetrante inteligencia. Ese verso es una alusión indirecta al de Hudhayli:

"Contra los abrazos de la muerte ningún talismán tiene poder."

Ben Ammar no salió más de su prisión, donde Mutamid le mató con su propia mano el año 479, en las circunstancias siguientes. Llevaba mucho tiempo encarcelado cuando escribió el poema que hemos transcrito, que despertó alguna piedad en Mutamid. Éste hizo conducir encadenado al prisionero a su presencia durante un "sarao" literario y le enumeró todos los favores y todos los beneficios de que le había colmado. Sin intentar pronunciar una palabra de respuesta Ben Ammar se puso a llorar, se abrazó a las rodillas de su señor e intentó enternecerlo mediante halagos y con las frases que creyó más propicias a provocar su piedad. Tuvo en parte éxito,

porque Mutamid, impresionado por el recuerdo de sus antiguos servicios y de su respeto de otras veces, pronunció palabras que implicaban un perdón indirecto, pero no expreso, porque le hizo volver a su prisión. Ben Ammar escribió en seguida lo que acababa de ocurrir al hijo de Mutamid, Al Radhi Billah, quien recibió la carta en momentos en que tenía junto a él varios de los más viejos enemigos del visir caído. Radhi, leído el billete de Ben Ammar, les anunció la próxima liberación del mismo. "¿Y cómo puedes saberlo, señor?" —"He aquí la carta en que Ben Ammar me anuncia la promesa que le ha hecho nuestro señor Mutamid". Los asistentes mostraron entonces una alegría que en ningún momento estaba en sus corazones y cuando salieron de casa de Radhi divulgaron con mala intención el relato de Ben Ammar, añadiendo infamias que me guardaré bien de traer aquí. Llegaron tales rumores a Mutamid, que hizo preguntar al prisionero si había informado a alguien de su entrevista de la víspera. La respuesta fue negativa. El príncipe volvió a enviarle su mensajero: "De dos hojas de papel que habías pedido, una te ha servido para escribir la casida que me has enviado, ¿qué ha sido de la otra?" Le había servido, respondió, para poner en limpio el poema. —Bien, replicó Mutamid, envíame el borrador". Ben Ammar esta vez no supo qué decir. Mutamid, furioso, tomó entonces un hacha doble y corrió hacia la cámara donde estaba su antiguo amigo. Comprendió éste que había llegado su última hora; se arrastró con trabajo, cargado de cadenas, hasta los pies de Mutamid y los besó. Mas Mutamid no se dejó ablandar, lo golpeó con el hacha y no se detuvo sino cuando el cuerpo de su víctima estuvo frío. Sólo entonces se calmó Mutamid, hizo lavar y amortajar el cadáver, pronunció sobre él las últimas plegarias y le hizo enterrar en el Palacio Bendito (Qasr Mubarak).

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAQUXI (Según versión francesa de Fagnan, 97, 109).

## LA CIENCIA DEL SIGLO DE LOS TAIFAS

*Asombra el florecimiento cultural y científico alcanzado por la España mora en la época de los reinos de taifas. En Granada trabajó un gran astrónomo, Ben Asamh (m. 1038); en Toledo realizaron innovadores trabajos matemáticos y astronómicos Ben Said y Azarquiel, uno de los grandes cerebros que han brillado en la ciencia universal; hijo de un príncipe de Huelva fue el notable geógrafo Al-Bakri; el rey de Badajoz, Mudaffar, escribió una enciclopedia de cincuenta volúmenes, y en Badajoz vivió el filósofo Ben al-Sayyid; cultivaron la filosofía y la matemática los reyes zaragozanos Al-Muqtadir y Al-Mutamin de Zaragoza; en Córdoba escribió con alientos de modernidad el gran historiador Ben Hayyan, y el murciano Ben Sida y el cordobés Ben Hazm redactaron un* Diccionario de ideas afines *y una* Historia comparada de las religiones, *dos obras cuya realización sólo había de concebir después la madurez mental de la Europa del siglo XIX. En el*

*Toledo de Al-Mamun vivió y trabajó a la sazón otro hombre de ciencia, médico y botánico, llamado Ben Wafid (1008-1075), a quien el rey encargó del cuidado de su célebre granja experimental. De una de sus obras se hizo una versión castellana antes de finalizar la Edad Media. De ella han llegado varios fragmentos hasta hoy. He aquí algunas páginas de uno de ellos.* El Tratado de Agricultura, *de que proceden, no fue el único libro hispano-árabe vertido a una lengua romance. En la Escuela de Traductores de Toledo, durante la segunda mitad del siglo XII y las primeras décadas del siguiente, se vertieron al latín muchas de las obras científicas de los hispano-musulmanes, en unión de las producciones de los griegos y de los islamitas orientales. Y las traducciones de aquéllas contribuyeron, con las de estas últimas, a provocar el primer renacimiento europeo del siglo XIII.*

## DE CRIAR LAS PALOMAS E DE MELESINARLAS

E las palomas se deuen criar en sobrado o en lugar alto que les de el çierço. E que ayan la puerta e las finiestras contra oriente por tal que non pueda entrar en ella el rrayo del sol. E fagan las casas anchas e barranlas toda vía. E denles a comer alcarçena e lantejas e trigo e aruejas. E quando les dieren simiente de ameos buelta con lantejas, non fuyran e faran muchos fijos. E si tomaren el meollo de la milgrana en que estan los gusanos e los tajaren a pedaços de guisa que non lo puedan comer las palomas e lo rremojaren en vino e lo pusieren a las palomas, quantas palomas estrannas lo olieren todas se acojeran al palomar. E sy tomaren de los cominos e los rremojaren en agua e en miel e lo dieren a beuer a las palomas, nunca se quitaran del palomar e acojer se an con ellas todas las otras que lo olieren. E sy rremojaren los cominos frescos en buen vino que huela bien e los dieren a las palomas a beuer algunos dias antes que salgan a paçer, todas las palomas que paçieren con ellas se acojeran con ellas al palomar e non se quitaran dellas. E si tomaren del ordio e lo... e lo molieren e de los figos majados e lo amasaren todo con miel e lo dieren a comer a las palomas algunos dias, aseguran se an en su palomar. E nunca se quitaran del. E deuen tener los palominos con pan mojado e deuen los poner en los tiestos del agua que beuan e de los cominos. E deuen colgar del palomar a todas partes ssennos façes de rruda e non llegaran al palomar los furones. E si colgaren en el palomar vna cabeça de lobo çerual, non llegaran a el los gatos nin los furones nin las gulpejas. E sy safumaren el palomar con las vnnas de la cabra e con los cuernos del çieruo e con la rruda con todo en vno, non llegaran a el los furones nin los malos vestiglos. E sy sembraren ante el palomar del alhomeme, non llegaran a el los gatos nin los furones nin las gulpejas. E si tomaren de la leche de la mujer primerisa de fija e la metieren en rredomilla e la soterraren a la puerta del palomar por do entran e por do salen las palomas, faser se han muchas e huiran mas por ello. E dixo Alfrimon en su libro que fiso en las sennales de las palomas, que las palomas son de las aves que an muchas enfermedades ca

son por natura calientes e secas. E las mayores enfermedades que les vienen son en el afogamiento e el mal del fijado e la tysica e los piojos e an menester logar frio e limpio e çeuo de simientes frías asy como lentejas e ordio a auena, e los granos del alfor son a las palomas asy como carne para la calentura e la natura que a en ella, e deuen barrer el palomar cada mes dos veces. E que sea el palomar a çerrar de los lugares senbrados. E si estouiere el palomar toda vía linpio, duraran en el las palomas mas e sseran mas ssanas. E ya diximos lo mejor en este menester a los que trabajan de labrar ña tierra por la pro que an en su estiercol a todas las tierras. E non lo puedan escusar sin entra otro estiercol en su lugar. E lo poco dello escusa mucho de lo otro.

En las palomas an muchas proes e por tanto touimos por byen de fablar dellas e de desir lo que dixeron los sabios e de como ssienten e de como sse amansan e de como se fasen a los omes e de como las enbian alexos e se tornan e de las grant pro que a en ellas e del gasajado que a omen con ellas. E por tal que sea este capítulo cunplido de todas quantas cosas an menester las palomas, semejante con el omme mas que todas las otras alimalias en falagar a su muger o en fabrar con ella a parodat e en lo que fasen quando se ayuntan e a lomme sabor dellas. E las mejores dellas para criar en las casas son las que an los vellosos e los cuerpos grandes e que son de buenas colores e de buen arrollar. E las que quieran dellas enbiar a mostrar las que se tornen de lexos non los pueden faser a todas fueras ende a las que son rresias e que pueden sofrir laserie e a las que non se espantan. Ca ay dellas que son rresias y dellas flacas e dellas liuianas que buelan ayna e dellas pesadas que buelan tarde e pueden entender las buenas e las rresias en quatro cosas en la figura que disen en arauigo atacertex en sentyr quel disen en arauifo axemeyrr. En la otra la muebda queldisen en arauigo alharaca. E la figura en que ayan los pescueços bien enfiestos e las cabeças rredondas e non muy grandes nin muy pequennas e las narises anchas e los picos cortos man non sean delgados. E los pechos anchos e llenos e los pescueços luengos e los onbros altos e las alas encogidas e las tyseras luengas mas non ademas e que alçen los cuchillos los vnos a los otros e que ayan los neruios duros e non ynchados nin secos. E que ayan los machos de las piernas grandes e que ayan las piernas cortas e los cuellos cortos e los ojos açendidos e la color clara.

E el sentyr es que sea de rresia fechura e que ayan la carne tiesta e los neruios tiestos. E ayan las pennolas blandas e non delgadas e que ayan los picos duros e non delgados. E la semejança es que ayan la uista clara e la catadura durable e las caras fuertes e la muebda buena e que se mueuan bien e que non sean antojadisas e ayan los coraçones ascendidos e que paresca en ellas el esfuerço e el asentamiento e el pujar e que non tieman quando oyeren el trueno e que se mueuan ayna. E las sennales de la mubda son que buelan mucho alto e que tiendan el pescueço e que non se debatan e que ayunten sus alas en el ayre e que aturen el bolar esforçada mente. E esto es lo que dixeron los que fablaron en sennales de las palomas.

Pues quando fallaren alguna paloma en que aya estas sennales, sera buena complida e (si) las non ouiere todas e ouiere alguna dellas, asi sera su bondat e a esa rrason misma. E non pueden escusar de non lo amostrar e del faser husar que vengan de lexos muchas veces a lo primero que conuiene de començar con ellas es que las saquen a una açotea alta e que pongan e sennales que conoscan a que vengan e pongan su ceuo en aquella açotea aderredor de la sennal a la mannana e a la tarde fasta que se fagan a aquel logar e quel conoscan e que tornen a el por que sean fechas a el e por el çeuo e por la su fenbra. E non conuiene que los dexen a amos bolar en vno, mas mesenles las alas a la fenbra e dexen al marido bolar e tornar se a mas ayna por sabor de la fenbra. E depues que conosca el logar e se tornare a el muchas veces e se fesiere a el meson (guarden) a el e fagan bolar a la fenbra e muestren la asi como fesieron a el. E quando ella supiere tanto como el, fagan los a amos bolar en vno e non los dexen posar si non quando fueren cansados e quando se ouieren de ceuar. En la noche quando ouieren de albergar fagan los benir por tierra o por mar de guisa que puedan conoscer su lugar. E depues que esto husaren bien, lieuen las mas alexos fasta que lleguen con ellas a logar do quesieren que tornen del. E toda vía quando enbiaren el vna que tornen al otra por tal que se amienbren e que tornen mas aina.

E sy temieren que a aborreçida su muger, casenlo con otra e que este con ella algunos dias antes quel enbien. E quando entendieren que della a grant sabor, partanla e lieuen la a el vna jornada, e por esto tornar se a mas ayna a dexenle con ella e depues partam la del vn día, e muestrengela ante quel enbien. E quando entendieren que a della gran sabor e quel anda arredor, partan la del e lieuen la do quisieren, e tornar se a mucho ayna por amor della. E lo más graue de las jornadas para ello son do non ay sennales ansí como son los canpos rrasos e la mar.

E las palomas son de diuersas naturas. E ay dellas fuertes e dellas flacas e dellas que buelan ayna e dellas tarde e dellas fardidas e dellas peresosas e dellas que sufren set e fanbre e dellas que non. E ya deximos antes las sennales de las buenas e conuiene que paren mientes a ellas de guisa que entiendan en ellas todas estas mannas que diximos de su fecho mismo. E las que vieren que non son buenas dexenlas. E sabed que las palomas que non son fechas ya de beuer en terrasos e comer en casas e de auer gasajado con los omes, quando se veen senneras espantanse e pesales con la tierra estranna e non se fasen si non en la tierra que conosçen e conuiene que les muestren beuer agua en todo logar. E sy non las mostraren quando vinieren por beuer agua en alguna fuente o pielago o en algunt rrio espantanse e dexan de beuer e mueren de sed. E por esto conuiene que las muestren beuer en las fuentes e en los rrios e en los pielagos por todo el camino desta guisa que les dexen catar el agua poco a poco toda via mas fasta que huesen e que non se aparten della e que se fagan a ello. E quando ouieren a tornar de lexos e ouieren menester de beuer, beuer le

an sin miedo. E toda cosa que emuestra omme a faser de lo que non es de su natura, quando lo dexaren vna pieça oluidar se le a.

E quando emostraren a las palomas venir de alexos de muchas jornadas non se seguren por eso fasta que las muestren a venir del logar que quisieren cuanto lexos quisieren que sea e amuestren les que sepan tornar de cada jornada por tal que conoscan de cada logar quando se tornasen muy lexos. E las palomas que quisieren para esto non las dexen estar sobre los hueuos, ca se danaran e se apesgarien e faser se les yen por ello las cabeças gordas e en grosarien e cresçer les ya mucha humildat.

E el que quisiere que fagan fijos, tomen sus hueuos e sennalenlos e ponganlos a otras palomas. E sy vieren que an miedo de las aues que caçan, non las enbien fasta que los fijos sean salidos. Ca non perdieren el miedo fasta que las ayan. E depues que perdieren el miedo, enbien las do quisieren.

E si ouieren afogamiento enbien las do quisieren e melesinen las desta guisa. E vnten las las lenguas vn dia o dos con olio violado e depues fruguen gelas diuso con sal o con çenisa fasta que se desuelle la cortesa de la lengua de parte de iuso. Depues vnten la con miel e olio rrosado cada dia fasta que guarescan. E sy ouiere flaquesa del figado, melesinenlas desta guisa: Tomen del açafran e del açucare e el çumo de las cerrajas e pongan lo en vn terraso e echegenlo en la garganta en ayuno e faser les a grrant (sic) pro. E si fueren tisicas, denles a comer vnos granos que les disen ames, descortesados e echen gelos en las gargantas con de la lecha e sangren las en las dos venas que an en las dos piernas contra las conjunturas de parte de dentro, e faser les a grant pro. E sy ouieren piojos melesinen las desta guisa. Tomen del argen biuo...

Del *Tratado de Agricultura* de BEN WAFID de Toledo (Trad. medieval anónima: Al-Ándalus, VIII, 326. Ed. Millás Vallicrosa).

## LOS REYEZUELOS DE AL-ÁNDALUS SOMETIDOS A TRIBUTO POR ALFONSO VI

*Los reyes de taifas de Al-Ándalus habían sido ya sometidos a tributo por Fernando I (1037-1069). Alfonso VI († 1109) continuó la explotación de los príncipes musulmanes de España mediante la exigencia de sumas cuantiosas. Ningún relato más puntual podríamos apetecer de los métodos que empleaba para forzarlos al pago de las parias ni de los fines de su política que el trazado aquí por uno de esos soberanos, Abd Allah, último rey Zirí de Granada. En su narración destacan, además, las rivalidades entre los sultanes de Al-Ándalus, que hacían posible la acción de Alfonso VI, y se descubren las relaciones estrechas de éste con el ministro sevillano Ben Ammar, de trágico fin.*

Cuando Alfonso fue informado exactamente sobre estas dificultades

interiores se dio cuenta de que era aquélla la mejor ocasión para pedir dinero. Me envió su embajador. Era la primera vez que entrábamos en negociaciones. Su enviado Pedro Ansurez vino, en efecto, a mi encuentro para exigirme que le pagase un tributo. Le opuse una negativa cortés, por juzgar que no era preciso hacer otra cosa y que nada había que temer de Alfonso, pues entre su territorio y el mío se hallaba el de Ben Dhi-l-Nun. No suponía yo que alguien de nuestra religión pudiera aliarse contra un musulmán. El embajador se fue, por tanto, sin haber obtenido ninguna suma.

Ben Ammar aprovechó la ocasión que mi negativa le brindó. Esperaba al embajador en Priego para saber el resultado de su gestión. Cuando supo que nada había conseguido, en el acto se puso a su disposición y le dijo: "Ha rehusado pagaros veinte mil dinares (éste era el monto del tributo que me pedía). Bien, os daremos cincuenta mil, pero a cambio de un tratado contra Granada. Nos daréis esa capital y tomaréis el dinero que allí haya". Trataron sobre tales bases y se pusieron de acuerdo para edificar en daño de Granada una fortaleza destinada a poner en aprieto a la ciudad, hasta el momento en que cayera. Un personaje de quien me he ocupado antes, Ben Adha, que Al-Naya había hecho expulsar de Granada, se unió a ellos para mostrarles los puntos débiles de la plaza y para indicarles los lugares desde donde sería más amenazada, si se construía allí un castillo y se colocaba en él una guarnición que pudiera hacer expediciones contra ella y hostigarla. Les indicó el emplazamiento de la fortaleza de Belillos. Ben Ammar emprendió activamente su construcción, gracias a un contingente de soldados de Alfonso, que tomó a su servicio ofreciéndoles importantes sumas, cuyo pago difirió a veces hasta la terminación de los trabajos, y mediante promesas y halagos. Al-Mutamid vino en persona a darse cuenta del estado de las obras y mientras estuvo allí hizo regularmente alardes militares hasta las cercanías de Granada, con la esperanza de que sus habitantes se sublevarían en su favor. Cuando la fortaleza estuvo terminada, puso en ella una guarnición con todos los víveres necesarios y le ordenó comenzar su empresa de hostigamiento. La situación era bastante grave como para hacerme olvidar el asunto de Alcalá.

Cuando se retiraron Al-Mutamid y las tropas cristianas, puse en pie de guerra un fuerte contingente de soldados para intentar apoderarme de Belillos. Pero nada pude contra tal plaza. Mis súbditos dieron entonces por agonizante mi reinado y los que deseaban mi caída hicieron causa común con el rey cristiano. Sentí entonces haber dejado de tratar con él y no haber aceptado sus condiciones. Hubiera sido en verdad excelente que un príncipe musulmán, como yo, hubiese podido tomar una fortaleza por la fuerza. En casos similares el príncipe se presentaba ante la plaza, mas no podía penetrar en la misma, detenido por sus defensas y por sus defensores. No podía tampoco contar con poder combatirla hasta el agotamiento de sus reservas, porque no dejaba de recibir refuerzos. Era, pues, preciso renunciar a conquistarla, salvo si se era el más fuerte. Pero, en realidad, los príncipes

musulmanes luchábamos con fuerzas iguales. Si uno de nosotros reclutaba tropas mediante el pago de una determinada soldada, el otro, si quería concluir con él, no tenía más que ofrecer una suma mayor y podía así librarse de los disgustos que hubiese podido causarle el primero.

La guarnición de Belillos continuaba sus estragos y sus expediciones en la vega de Granada, y como no viera salida a la situación, acabé por prometer a Alfonso el pago de las sumas que me había pedido antes, reconociendo que había sido culpa mía la ruptura de las negociaciones, con lo que rechazaba implícitamente lo que cabía temer de él, a saber: las continuas demandas de dinero. El intermediario en tales tratos fué Ben Dhi-l-Nun, que se esforzaba en procurar dinero al rey cristiano. Así, no solamente se atraía su amistad sino que esperaba la caída de mi reino, con el propósito de apoderarse del mismo, o a lo menos de una parte. Como he dicho antes, aparentaba ser mi amigo, pero era secretamente mi enemigo. Hacía entonces propaganda en su favor en Córdoba, cuya posesión procuraba con gran esfuerzo. Alá acabó por decretar la toma de tal ciudad y Ben Dhi-l-Nun pudo apoderarse de ella por sorpresa, gracias a la connivencia de ciertos habitantes de la misma, sin fe ni ley. El hijo de Al-Mutamid, Abbad, fue allí muerto, así como su general Ben Martín. Cuando la noticia de estos trágicos sucesos ocurridos en Córdoba llegó a la guarnición de Belillos, evacuó en el acto la plaza. La ocuparon mis tropas y entró en mi posesión con sus construcciones intactas. Gracias a ellas pude darme cuenta de las mejoras defensivas que debía introducir en la alcazaba de Granada. En el momento en que menos se esperaba, fue, pues, liberada del lazo que la ahogaba por la presencia del enemigo en el castillo de Belillos.

El gobernador de la plaza de Baza, Ben Malhan, era un hombre infatuado y ambicionaba el poder soberano. Al-Muzaffar (Badis) —que Alá le sea misericordioso— le había confiado el gobierno de la ciudad en sustitución de su padre. Tras mi advenimiento, cuando aumentó la influencia de los visires, cada uno de ellos le pidió dinero y regalos. Los que no recibieron nada de él procuraron perjudicarle y molestarle, aprovechándose de mi juventud. Como no encontró ninguna manera de defenderse ni de quejarse a quien pudiera protegerle, imploró el socorro de Ben Sumadih (de Almería). Acogióle éste bien y se apropió de Baza, sabiendo que no sería combatido mientras durasen las hostilidades entre Ben Abbad y yo. Después llegó a apoderarse por sorpresa del castillo de Xilex, sin que pudiera yo devolverle el golpe, devastando su territorio. Acabamos por convenir un cambio; Xilex me fue restituido mediante la cesión de uno de sus castillos, entonces en mi poder, el de Sant Aflach, y firmé una tregua para ganar tiempo y ver qué podía hacer con Ben Abbad.

En cuanto a Ben Ammar tenía que hacer frente a las obligaciones que había contraído con Alfonso, cuando había tomado a su servicio tropas para la construcción de Belillos. Había prometido y tenía que pagar grandes censos e importantes sumas de dinero. Puso así en aprieto a su

soberano (Ben Abbad), porque no quería dejarle tranquilo a fin de hacerse indispensable en el curso de este revuelto período, sin vacilar en perjudicar a los musulmanes. Cada vez que Al-Mutamid se esforzaba en allanar las cosas o que yo mismo deseaba hacer la paz con él o que había sido firmada una tregua, Ben Ammar no dejaba de romperla y de encender la guerra.

Fue a ver una segunda vez al rey Alfonso, le mostró las ventajas que obtendría de la toma de Granada y me pintó a sus ojos como incapaz, por mi debilidad y por mi juventud. Le garantizaba la posesión total de las riquezas de Granada si se comprometía una vez tomada la ciudad a dársela en plena soberanía y a dejarle mi tesoro personal. Desplegó toda su habilidad para decidir a Alfonso a marchar contra Granada y le dio a tal fin sumas considerables. Y llegó a prometerle, para cuando terminara el asunto a su gusto, cincuenta mil mizcales a más del dinero que encontrase en la ciudad, si decidía ponerse en marcha en el acto.

Todas estas promesas despertaron la gran avidez del cristiano, que se dijo: "He aquí un asunto del que no dejaré de sacar partido, incluso si no se toma la ciudad. Pero ¿qué provecho obtendré de tomársela a uno para dársela a otro, suministrándole así medios contra mí? Cuanto más numerosos sean los revoltosos y más rivalicen entre sí, tanto mejor para mí". Vino, pues, con la intención de despojar tanto a su aliado como a aquel contra quien marchaba y de perder a uno con la ayuda del otro. No tenía, por otra parte, esperanza de tomar la ciudad por su propia cuenta. Razonaba así: "Soy de otra nación y todos allí me odian. ¿Por qué desear apoderarme de Granada? Es imposible que se someta sin combate. Me será, por tanto, necesario hacer la guerra, exponer mis soldados a la muerte, gastar dinero. Tendré más que perder de lo que espero ganar si cae en mi poder. Incluso en tal caso, no la conservaría más que en cuanto estuviera seguro —lo que no ocurriría— de la fidelidad de la población. No puedo, sin embargo, degollar a sus habitantes y poblar la ciudad con gentes de mi nación. No, lo que conviene hacer, en verdad, es lanzar a los príncipes musulmanes unos contra otros y tomarles continuamente dinero, a fin de debilitar sus recursos y agotarlos. Cuando llegue tal caso no tendrán otro remedio que someterse y vendrán a entregarse a mí espontáneamente. Eso es lo que ha pasado en Toledo, que voy a conseguir sin fatiga, gracias al empobrecimiento y a la dispersión de sus habitantes y a la huida de su soberano".

Sabía yo muy bien cuál era su línea de conducta, por lo que decía a sus ministros. Sisnando me dijo de viva voz en el curso de esta campaña lo siguiente: "Al-Ándalus pertenecía a los cristianos hasta que fueron vencidos por los árabes, que los obligaron a refugiarse en Galicia, la región menos favorecida por la naturaleza. Pero ahora, que es posible, desean recobrar lo que les fue tomado por la fuerza. Para que los resultados sean definitivos, es necesario debilitarlos y desgastarlos con el transcurso del tiempo. Cuando no tengan dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin esfuerzo". Todos los príncipes musulmanes se resignaban a las circunstancias y dejaban correr los días diciéndose: "Antes de que se agote nues-

tro dinero y que nuestros súbditos sean arruinados, como ellos pretenden, Alá nos salvará y hará triunfar a los musulmanes.

En todo caso la venida de Alfonso en compañía de Ben Ammar me causó el mayor desasosiego. Adquirí la certidumbre de que el segundo no venía sino para desposeerme de mi reino, después de haber obtenido de Alfonso las promesas de que he hablado antes. El rey cristiano me envió en seguida un mensajero para advertirme de su llegada y para invitarme a ir a su encuentro, dejando entender que tenía por objeto renovar nuestro tratado y consultarme sobre cómo habría de conducirse con los otros sultanes. Pero yo no dudaba de que quería hacerme prisionero a fin de cumplir la promesa que había hecho a Ben Ammar. Reunidos mis consejeros en torno de mí, me dijeron: "¿Por qué (no) ir a visitarle? Es un enemigo que viene a provocarte y no tienes poder para resistirle. El resultado será el mismo si vas como si no vas. Pero si te quedas aquí, tendrás que sufrir las mayores calamidades. Romperás definitivamente con él, y cuantos te detestan encontrarán la manera de actuar contra ti. En tal caso nuestra situación será aún peor que la primera vez, cuando rehusamos la proposición de Pedro Ansurez y Ben Ammar obtuvo de Alfonso el poder fortificar contra nosotros la fortaleza de Belillos. No nos habríamos salvado de ese embarazo sino para caer en uno más cruel y más amargo. Si tus súbditos se aperciben de que hay en tu ejército algunas disensiones, no te obedecerán, porque han sido ya escarmentados una primera vez. Será entonces vana toda esperanza, estaremos todos perdidos y acabarán por apoderarse de tu persona sin que hayas obtenido ningún tratado de paz, y nos encontraremos sin ninguna garantía. Vale, pues, más que vayas a ver a Alfonso, por dos razones: Si obtienes la paz, alabarán tu discreción y tu poder se afirmará. Si ocurre lo contrario, podrás irte seguro y conseguir tu tranquilidad. ¡Ve por tanto a su encuentro, dile palabras amables y Alá decretará lo que ha de suceder!" Hice mis preparativos lo mejor que pude, me rodeé de mis gentes de confianza para reunir un cortejo decoroso y me entrevisté con Alfonso en las cercanías de Granada. Por necesidad le testimonié el mayor respeto. Se me mostró accesible y benévolo y me prometió defenderme como defendía su propio territorio.

Después comenzaron las negociaciones. Le envié embajadores y él me los envió también, para ponerme al corriente de los compromisos que había mantenido y de los que había sido movido a tomar por diversas circunstancias, y me hizo decir: "He deseado arreglar este asunto y no he apresurado mi partida a fin de poder ser informado de tus intenciones. Si te portas bien conmigo y satisfaces mis exigencias, me iré en buenas relaciones contigo. Si no, aquí estoy con quienes han tratado conmigo". Y me pidió cincuenta mil mizcales. Me lamenté de los pocos recursos del país y le hice saber que tal suma constituía para él una carga imposible y cómo, a mi juicio, era evidente que, de pagar tal tributo, mi reino quedaría tan debilitado que Ben Abbad aprovecharía la primera ocasión para apoderarse de él; y añadí: "Si tal príncipe gana Granada, aumentarán sus posibili-

dades y no se te mostrará sumiso. Toma lo que puedo ofrecerte y déjame algo que me permita subsistir. Lo que me dejes lo encontrarás aquí cuando me lo pidas". No aceptó estas razones sino después de oponer muchas dificultades, y acabé por concertar un acuerdo mediante el pago de veinticinco mil mizcales, es decir, de la mitad de lo que me había pedido. Después, para precaverme de su disgusto, hice preparar, para él, tapices, telas y vasos, que fueron reunidos en una gran tienda. Le invité a entrar en ella y cuando vio los tejidos no los encontró bastante hermosos. Nos pusimos de acuerdo acerca del aumento de cinco mil mizcales sobre la suma convenida, lo que elevó el monto total del tributo a treinta mil. Acepté llegar a tal cifra, para no arriesgar lo más por rehusar lo menos. Entonces me manifestó su agradecimiento y, satisfecho, se volvió hacia Ben Ammar y le dijo: "Me has mentido al hablarme de la debilidad de Granada y al afirmarme que su soberano, a causa de su juventud, carecía de reflexión. Lo que he visto de la organización y de la situación de esta ciudad está en contradicción con lo que me has dicho". Algo más tarde, Ben Ammar volvió a presencia de Alfonso y le pidió que se concluyese entre nosotros un acuerdo que fuese respetado, y él aconsejó que tomase de entre mis posesiones Estepa, una importante fortaleza situada en la raya del reino de Sevilla y de la que se había apoderado mi general Kabbab, en el curso de las hostilidades. Le pregunté qué pensaba hacer con Alcalá, y acabó por llegarse a un acuerdo, en virtud del cual Alcalá sería cambiada por Estepa.

Castro y Martos eran las dos plazas fuertes que dominaban Jaén. Con ocasión de las mismas, el señor de la ciudad, mi tío paterno (Maksan) se había encontrado aislado, porque Jaén no valía nada sin ellas. Ben Ammar insistió cerca de Alfonso para que yo le cediera las dos plazas. Prometió al rey cristiano gran cantidad de dinero por Martos, como si se tratase de una compra. Alfonso me comprometió entonces a abandonarla, movido por su avaricia. Me prometió, además, darme a cambio de Castro el castillo de Al-Matmar, que poseía Ben Dhi-Nun y que se hallaba situado en el límite de nuestros territorios respectivos. Me garantizó este cambio, que yo intenté rechazar como mejor pude, aunque en vano, como ocurre de ordinario cuando se trata de negociaciones entre un personaje importante y un hombre débil. Se redactó, pues, un acuerdo en presencia de Alfonso. Tal pacto prohibía toda agresión de un príncipe musulmán contra otro. En él se estipuló el monto del tributo anual que habríamos de pagar. Para mí fue fijado en diez mil mizcales al año. Me habló con suavidad y me dijo: "Ben Ammar habría querido que yo no hubiera sido leal contigo. No permita Dios que se diga por el mundo que un hombre como yo, poderoso entre los cristianos, vino al encuentro de un personaje de tu raza, como tú eres, para traicionarte en seguida. Queda en paz. No te someteré sino al pago del tributo, que me enviarás cada año sin retraso. Si no eres puntual, recibirás la visita de mi embajador y su estada te ocasionará gastos. Será mejor para ti apresurarte a pagar el dinero". Acepté sus indicaciones,

convencido de que el pago de diez mil mizcales por año, gracias al cual me colocaba al abrigo de sus fechorías, valía más que la pérdida de los musulmanes y la devastación del país, sobre todo no encontrándome en situación de hacerle frente en el campo de batalla y de vencerle, y sabiendo que no encontraría entre los sultanes de Al-Ándalus, para ayudarme, sino gentes que me empujarían a perderme. Renació la tranquilidad y este período la paz, de tregua y de bienestar no fue oscurecido por ningún disturbio.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Ándalus, 1936, IV, 29).

## LOS BANU HUD Y LOS ARAGONESES

*La Frontera Superior, como llamaron los musulmanes españoles al valle del Ebro, había vivido en frecuente rebeldía frente a Córdoba. En el siglo IX dirigieron esa rebeldía los Beni Casi y en el X los Tuchibíes. Tras la caída del califato, se enseñorearon de Zaragoza los Banu Hud. Poblada de antiguo por fuertes vascones y bravos celtíberos y enfrentada con los cristianos del Pirineo, de Navarra y de Castilla, nunca perdieron los islamitas de la Frontera Superior el ímpetu guerrero. "Muza", el Tercer Rey de España, fue llamado para salvar Andalucía de los normandos. Sus acometidas y las de sus nietos contra la zona del alto Ebro entraron, por mucho, en el surgir de Castilla. Los Tuchibíes y los Banu Hud mantuvieron con tal vigor el Islam frente a la Cristiandad, que asfixiaron para siempre la expansión peninsular de Navarra, y retrasaron la reconquista aragonesa de tal modo, que Huesca fue conquistada después de Toledo. El apogeo cultural de Al-Ándalus desbordó, naturalmente, hasta la Frontera Superior y en Zaragoza nació y se formó uno de los grandes filósofos arábigos, "Avempace". Pero todavía en el momento de máximo esplendor de la cultura hispanomusulmana y de máxima debilidad de su fuerza guerrera, los moros de Zaragoza fueron buenos soldados.*

### LUCHA ENTRE CAMPEONES Y VICTORIA CON BOLEADORAS

Había en Zaragoza un caballero, llamado Ben Fatun, que era de mi familia, porque era tío de mi madre. Ningún árabe ni ningún bárbaro le igualaba en bravura. Mustain, el padre de Muqtadir, le estimaba mucho y le pagaba quinientos dinares de sueldo. Todos los cristianos conocían su valor y temían encontrarle en el campo de batalla. Se cuenta que cuando un cristiano abrevaba su caballo y el animal no quería beber, le decía: "Bebe, ¿has visto a Ben Fatun en el agua?" Sus camaradas le envidiaban por el gran sueldo que percibía y por las grandes consideraciones que tenía el sultán para con él. Supieron infamarle cerca de Mustain y éste le negó en-

trada en su palacio durante algunos días. Poco después Mustain hizo una incursión en país cristiano y, cuando los dos ejércitos estuvieron frente a frente, un infiel salió de las filas y se puso a gritar: —¿Hay un campeón? —Un caballero musulmán fue a su encuentro. Combatieron durante algún tiempo, pero el cristiano mató a su adversario, los politeístas lanzaron gritos de alegría y los musulmanes, al contrario, se dejaron descorazonar.

Entonces el cristiano se colocó entre los dos ejércitos y gritó: —¡Dos contra uno! —Un musulmán fue a atacarle, pero también perdió la vida. —¡Tres contra uno! —gritó entonces el cristiano, pero nadie se atrevió a ir a luchar contra él. "Sólo Abu-l-Walid ben Fatun puede servir aquí" —dijeron algunos. Mustain le llamó, le trató con gran bondad y le dijo: ¡No ves lo que ha hecho ese infiel? —Sí, lo veo —¿Qué cabe hacer? —¿Qué quieres que haga? —Que nos libres de ese hombre. —Lo haré al punto si Alá quiere. En seguida Ben Fatun se cubrió con una camisa de tela y montó a caballo, y sin empuñar ningún arma, tomó un látigo con una larga tralla que tenía un gran nudo y fue al encuentro del cristiano que le miraba con gran asombro. Los dos adversarios se precipitaron uno contra otro; el cristiano desmontó de un golpe de lanza a Ben Fatun, pero éste se agarró al cuello de su caballo, se desembarazó de sus estribos, saltó a tierra, montó otra vez, se lanzó contra su enemigo, y le dio un latigazo. La tralla se enrrolló en el cuello del cristiano y de un tirón Ben Fatun le arrancó de la silla y le arrastró hacia Mustain. Entonces, éste reconoció que no había obrado bien con Ben Fatun, le agradeció calurosamente por su triunfo y le devolvió cuanto le había quitado.

## EL ERMITAÑO Y EL REY

En el país de los romanos que confina con Al-Ándalus había un cristiano que se había retirado del mundo. Vivía en medio de las montañas y hacía largas peregrinaciones. Ese hombre llegó un día junto a Mustain ben Hud que le trató con mucha consideración. Le tomó por la mano, le mostró los tesoros que poseía, es decir: su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, las muchachas de su harén, sus guardas, sus soldados, sus equipajes y sus armas. Algunos días después el rey le dijo: —¿Qué te parece mi reino? —Es muy hermoso, respondió el cristiano; sin embargo, le falta una cosa. Si pudierais añadirla a cuanto le ilustra, vuestro reino sería perfecto, si no, poseeréis la apariencia pero no la realidad. —¿De qué se trata? —Te sería necesario construir una especie de techo bastante grande para cubrir todo tu país y bastante fuerte para impedir al ángel de la muerte llegar hasta ti. —Por Alá, eso es imposible. —¿Por qué os alabáis, entonces, de poseer una cosa que mañana perderéis? Quien pone su gloria en algo perecedero se asemeja a quien cree poseer el fantasma que ve durante su sueño.

## VICTORIA DE UN MUSULMÁN BILINGÜE

Una vez Muqtadir ben Hud salió de Zaragoza, que se encuentra en las fronteras de la España (musulmana), para combatir al tirano Rademiro, príncipe de los cristianos. Uno y otro rey habían reunido todas las tropas que pudieron y, cuando los dos ejércitos se hallaron frente a frente, se colocaron en orden de batalla. El combate duró gran parte de la jornada, pero con gran dolor de Muqtadir, los musulmanes fueron vencidos y dispersados. Muqtadir llamó entonces a un musulmán que sobrepasaba a la sazón a todos los otros guerreros de la frontera en conocimientos militares y que se llamaba Sadada. —¿Qué piensas de esta jornada?, le preguntó. —Ha sido muy desdichada, respondió, pero queda un recurso. Y dicho esto se fué. Iba vestido como los cristianos, y como vivía en sus vecindades y tenía mucho trato con ellos, hablaba muy bien su lengua. Pudo, pues, penetrar en el ejército de los infieles y aproximarse a Ramiro que armado de pies a cabeza, tenía la visera bajada, de suerte que sólo dejaba ver sus ojos. Sadada esperó la ocasión de golpearle. Cuando la encontró se precipitó sobre él y le hirió en un ojo, de una lanzada. Ramiro cayó de bruces a tierra; Sadada se puso a gritar en romano: "¡El rey está muerto!" El rumor de la muerte de Ramiro se difundió entre sus soldados y éstos se dieron a la fuga y se dispersaron. Y tal fue, por disposición del Todopoderoso, la causa de la victoria que obtuvieron los musulmanes en tal ocasión.

## CAMPEADORES EN LA TOMA DE HUESCA

Cuando Mustain II fue a combatir al tirano cristiano Ben Rademiro, cerca de la ciudad de Huesca, los dos ejércitos eran poco más o menos igualmente numerosos; los dos contaban con alrededor de veinte mil hombres. Un soldado que estuvo presente en la acción me ha contado lo que sigue: Cuando iba a entablarse el combate, el tirano Ben Rademiro dijo, dirigiéndose a uno de sus guerreros, del que hacía gran caso a causa de su sagacidad y de su larga experiencia de la guerra: "Quisiera saber cuántos bravos hay en el ejército musulmán; es decir, cuántos guerreros de los que conocemos, como ellos nos conocen. Pregúntaselo a quienes lo saben y vuelve a darme los nombres, tanto de los ausentes como de los presentes". Partió el cristiano y cuando regresó enumeró siete guerreros. "Bien, dijo Ben Rademiro, contemos ahora los nuestros". Contaron hasta ocho. Muy alegre y con la sonrisa en los labios, el tirano Ben Rademiro exclamó: "Qué gran jornada ésta". Cuando los dos ejércitos vinieron a las manos, ambos combatieron con la misma obstinación, nadie volvió la espalda al enemigo, nadie abandonó su puesto y de los dos bandos murió la mayor parte sin que ningún soldado huyera. Pero hacia las cuatro de la tarde, los enemigos, que nos habían estado observando durante algún tiempo, cargaron todos a la vez y, habiendo forzado nuestras filas, rompieron nuestras líneas y nos separaron en dos cuerpos. No pudimos resistir más y después de un corto com-

bate, que nos resultó desfavorable, nuestros capitanes aconsejaron al sultán que se pusiera a salvo. Nuestro ejército fue derrotado, fuimos dispersados y el enemigo se apoderó de Huesca.

Del *Sirach al-Muluk* del Turtuxi (Según versión francesa de Dozy: Recherches, II, 61, 240, 242, 246).

## COMIENZO DEL IMPERIO ALMORÁVIDE

*Importa dar un salto en el espacio y en el tiempo y trasladarnos a África, para conocer sucesos que iban a influir decisivamente en la historia de Al-Ándalus. Del Magrib al-Aqsa (el extremo Occidente) había venido el Islam a España. Pronto rompió ésta sus vinculaciones políticas con el califato oriental, y, por tanto, con Ifriqiya, la que, a su vez, se separó a la postre de Bagdad. Durante dos siglos, de las tierras del sur del Estrecho sólo vinieron a la Península mercenarios para integrar los ejércitos pretorianos con que los emires de Córdoba se impusieron a la aristocracia árabe y tuvieron sometidos a sus súbditos españoles: musulmanes o cristianos. Durante el califato, Abd al-Rahman y Al-Hakam, primero, y el ministro Al-Mansur, después, extendieron por Marruecos la dominación de Al-Ándalus. Pero a mediados del siglo XI comenzó a formarse en África la tormenta almorávide, que iba a descargar en España y a arrasar la brillante civilización arábigo-andaluza —fruto de cuatro centurias de esfuerzos y tanteos— y a detener la Reconquista, cuyo fin parecía acercarse en 1085. He aquí el relato de los orígenes del imperio que dominó muy pronto desde el Sahara a Toledo.*

Los almorávides, cuya dinastía comenzó en 448 [20 marzo 1056], se componían de diversas tribus que se hacían descender de Himyar. Las más célebres son las de Lamtuna, de las que forma parte el Príncipe de los Creyentes Ali ben Taxufin, los Chadala y los Lamtuna. Salidas del Yemen en tiempos de Abu Bakr Siddiq, que las envió a Siria, pasaron a Egipto y después se trasladaron al Magrib con Musa ben Nusayr. Siguieron en seguida a Tariq hasta Tánger, pero su gusto por el aislamiento les empujó hacia el interior y allí habitaron hasta la época de que vamos a tratar.

En la data señalada, es decir, en 448 [20 marzo 1056], un tal Chawhar, de los Chadala, que gustaba de la religión y de las gentes piadosas, pasó a Ifriqiya con intención de hacer la peregrinación a la Meca. Encontró en Qayrawan a un legista rodeado de numerosos estudiantes, llamado, a lo que se cree generalmente, Abu Imran Fasi. Chawhar escuchó sus lecciones y a la vuelta de su peregrinación, dijo al legista: "De todo lo que enseñas, en el desierto donde habito, sólo las dos *Xahada* (las dos profesiones de fe: No hay más dios que Alá, y Mahoma es su enviado) y la plegaria son conocidas por algunos privilegiados; envía conmigo a alguien que pueda enseñarnos las prácticas islámicas". Abd Allah ben Yasin Gazali, jurista virtuoso y hábil, fue designado a tal efecto. Cuando Chawhar llegó con su compa-

ñero a la tribu de Lamtuna, echó pie a tierra y tomó por la brida el camello de Abd Allah ben Yasin, para honrar al depositario de la ley musulmana. Vinieron a saludar a Chawhar y le preguntaron quién era su compañero. "Es, dijo, un hombre que conoce la tradición del Profeta y que viene a enseñarnos los preceptos obligatorios del Islam". Le acogieron bien y le alojaron, y después el alfaquí, a su petición, les expuso lo que el musulmán debía creer y practicar. "Por lo que concierne, le dijeron, a la oración y al diezmo *(zakat)* no hay dificultad; pero en cuanto a lo que dices de que el homicida debe ser muerto, el ladrón amputado y el fornicador flagelado o lapidado, ésas son reglas cuyo carácter obligatorio no admitimos; dirígete a otros." Los dos compañeros tuvieron entonces que retirarse, mientras un viejo de mucha edad decía al verles partir: "Si ese camello tiene algún éxito en el desierto, se hablará de él en el mundo".

Chawhar llevó entonces a su compañero a los Chadala, sus contribulos, y el jurista les exhortó, como a las tribus vecinas, a reconocer la autoridad de la ley religiosa, pero no obtuvo un éxito completo, porque todo el mundo no reconoció la autoridad de sus predicaciones. Después, como los que habían permanecido incrédulos se reunieran con intenciones hostiles, Ben Yasin dijo a los neófitos: "Debéis combatir a los que resisten la verdad y rehusan reconocer las leyes musulmanas. Como se preparan a la lucha, levantad vuestra bandera y elegid un jefe". —"Tú serás el jefe", le dijo Chawhar. —"No, lo serás tú, porque yo soy sólo el depositario de la ley". —"Pero, replicó Chawhar, si fuera así, mi tribu oprimiría al resto del pueblo y yo llevaría la carga". —"Entonces, dijo Ben Yasin, llamaremos a Abu Bakr ben Umar, jefe de los Lamtuna, pues es un personaje cuya conducta es elogiada y a quien los suyos prestan mucha obediencia. El gusto por el mando le hará aceptar nuestra oferta, y su tribu, que le seguirá, nos prestará su ayuda". Abu Bakr aceptó, en efecto, las proposiciones que le hicieron los dos hombres, le prestaron juramento de fidelidad bajo el título que le dio Ben Yasin de *Emir Al-Muslimin* y luego volvieron a Chadala, donde los verdaderos musulmanes se unieron a él. Ben Yasin empezó entonces a predicar la guerra santa y les denominó Murabitun (almorávides). Quienes les eran hostiles se reunieron para atacarles, pero los almorávides se mantuvieron tranquilos. Ben Yasin y Abu Bakr se limitaron a reclamar contra ellos el socorro de los pacificadores de las tribus a que pertenecían. Estos tales supieron atraer a los injustos perturbadores y llegaron a reunir en el mismo lugar hasta dos mil de ellos; se estableció guardia en torno a una trinchera que les rodeaba; después se les hizo salir por grupos pequeños, y fueron ahorcados unos tras otros. Y entonces, en su mayor parte, las tribus del desierto reconocieron, por temor, la autoridad de los almorávides, y su poder quedó consolidado.

Por su parte, Abd Allah ben Yasin se ocupó (de predicar) la ciencia (religiosa) y algunos estudiantes se reunieron en torno de él para recibir sus lecciones. Pero toda la autoridad se concentró en sus manos y en las de Abu Bakr ben Umar, de suerte que Chawhar Chadali, dejado de lado, fue

insensiblemente dominado por la envidia y comenzó bajo cuerda a suscitar desórdenes. Habiéndose descubierto su proceder, se celebró una reunión en que fueron probadas las maniobras que se le imputaban; y fue pronunciada contra él sentencia de muerte: por infracción de su juramento de fidelidad, por intrigas contra la autoridad y por tentativa de lucha contra los partidarios de la verdad. Fue ejecutado después de haber hecho una plegaria de dos *raqa* y mientras mostraba su alegría por hallarse pronto para ir a gozar de la vista de Alá. Y las tribus siguieron sometiéndose al nuevo poder y siguió castigándose con la muerte a los refractarios.

En 450 [27 febrero 1058], como consecuencia de una sequía que padeció la región, Ben Yasin envió a los más miserables de entre ellos al Sus, para cobrar allí el diezmo *(zakat)*. Novecientos hombres avanzaron hacia Sichilmassa, hicieron una recaudación de cierta importancia y volvieron a sus casas.

Después, el desierto les pareció muy pequeño, y quisieron difundir la palabra de la verdad, pasar a España y allí combatir a los infieles. Penetraron en Sus Al-Aqsa, pero los habitantes se unieron para resistirles, con tanto éxito que los almorávides tuvieron que huir, y el jurista Abd Allah ben Yasin fue muerto. Abu Bakr ben Umar, obligado al principio a batirse en retirada, reunió luego un nuevo ejército y penetró en Sus con dos mil hombres montados; pero, cuando se vio en presencia de doce mil caballeros del Sus y de Zanata, les pidió que le dejaran pasar, para poder ir a España a combatir a los enemigos del Islam. Le negaron el paso y entonces rogó a Alá en estos términos: "Si poseemos la verdad, socórrenos, si no, haznos salir de este mundo". Comenzó entonces con los suyos una furiosa lucha y en ella Alá les dio la victoria. Las gentes del Sus y sus aliados hubieron de huir, muchos de ellos fueron muertos y los almorávides recogieron un botín considerable. Enardecidos por tal éxito, marcharon contra Sichilmassa, junto a la cual acamparon. Reclamáronle el pago del diezmo *(zakat)*. Su petición fue denegada y el jefe de la ciudad marchó contra ellos; pero fue derrotado, sufrió serias pérdidas y los asaltantes entraron vencedores en Sichilmassa en el año 453 [25 enero 1061].

Después de la conquista de Sichilmassa, Abu Bakr confió su administración a uno de sus próximos parientes, a Yusuf ben Taxufin Lamtuni y él volvió al desierto. Yusuf trató con consideración a los habitantes de la ciudad, de los que no reclamó sino el diezmo y luego pasó algún tiempo en el desierto. Abu Bakr ben Umar volvió en seguida a Sichilmassa y allí residió un año, ejerciendo un poder absoluto y haciendo recitar la oración en su nombre. Se hizo reemplazar después por el hijo de su hermano, Abu Bakr ben Ibrahim ben Umar y, de concierto con Yusuf, equipó tropas almorávides para marchar contra el Sus; y éste fue conquistado por tal jefe, hombre piadoso, justo, resuelto, discreto y experimentado.

Tal situación duró hasta el 462 [19 octubre 1069], en que Abu Bakr ben Umar murió en el desierto. Entonces las tropas almorávides se agruparon en torno de Yusuf ben Taxufin, reconocieron su autoridad y le pro-

clamaron Emir Al-Muslimin. Pertenecía a la sazón a los Zanata la supremacía en Occidente (Al-Garb). La habían alcanzado en el período de las revueltas, pero eran perversos, injustos e ignorantes de las artes del gobierno y de la religión. Por el contrario, el nuevo príncipe y los suyos respetaban las tradiciones y observaban la ley religiosa. Respondieron a la petición de socorros que les dirigieron los mogrebíes (occidentales) y conquistaron sucesivamente y casi sin esfuerzo las fortalezas y las ciudades. Sus nuevos súbditos vieron mejorada su situación y les recompensaron con su afecto.

Yusuf eligió en seguida el emplazamiento de Marraquex, lugar llano y entonces sin habitar, punto central del Magrib, como Qayrawan lo es de Ifriqiya. El lugar elegido se hallaba al pie de la montaña de los Masmudas, es decir, de la población más poderosa de aquellas regiones y la más indomable en sus guaridas. Fundó allí Marraquex y fijó allí su residencia para aplastar mejor las posibles revueltas de tales montañeses, pero no se produjo ningún levantamiento. Conquistó las comarcas vecinas del Estrecho, Ceuta, Tánger, Salé, etc., y sus ejércitos fueron cada vez más considerables. Toda la tribu de Lamtuna y las demás salieron entonces (de los lugares) que antes habitaban y acortaron su velo. Antes de sus conquistas, cuando habitaban en el desierto, se cubrían con un velo para protegerse contra el calor y el frío, como hacen también los árabes. Tenían la piel morena. Se da también otro origen al velo. Guerreros Lamtuna habían salido a combatir al enemigo. Se ocultó éste y penetró hasta sus tiendas, donde no quedaban sino los viejos, las mujeres y los niños. Cuando los viejos tuvieron la certidumbre de que tenían enfrente al enemigo, ordenaron a las mujeres vestir trajes de hombre, que se cubrieran bien con sus velos, para no ser reconocidas, y que empuñaran las armas. Lo hicieron así y los viejos y los niños marcharon adelante, mientras las mujeres rodeaban el campamento. El enemigo, al acercarse, vió al conjunto que avanzaba, tomó a todos por hombres y se dijo: "Esas gentes están cerca de sus mujeres y van a combatir desesperadamente; más vale llevarnos el ganado y, si nos persiguen, les combatiremos lejos de sus mujeres". Pero mientras reunían el ganado llegaron los guerreros de la tribu, y los asaltantes, tomados entre ellos y las mujeres, sufrieron pérdidas considerables que les causaron sobre todo los combatientes improvisados. Así comenzó el uso del velo, al que tales pueblos han permanecido fieles. No se lo quitan ni de día ni de noche y no se puede distinguir al viejo del joven.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de Ben Al-Athir (Según versión francesa de Fagnan, 42).

## EL BANDOLERO ANDALUZ BAZI AL-AXHAB

*Dispongámonos a asistir a dos escenas en que relampaguean el ingenio andaluz y la admiración andaluza por la bravura pícara. Toda la Andalucía de ayer y quizá de hoy —¿quién sabe cómo será la de mañana tan cargada de nuevos problemas?— palpita en esas dos anécdotas que parecen arran-*

*cadas de un relato romántico. No las hubiera imaginado más llenas de sal ningún autor contemporáneo puesto a inventar aventuras de bandoleros y de príncipes.*

En la época de Al-Mutamid vivió el famoso ladrón conocido por el Bazi al-Axhab (el Halcón Gris), en cuyo arte de hurtar todo era extraordinario. La gente del despoblado lo había tomado por caudillo.

Cuéntase (en la historia) de sus latrocinios, que una vez, a causa de un robo, fue atado en la cruz por orden de Ben Abbad, quien dispuso que lo colocaran en un sitio transitado por la gente del poblado, para que lo vieran.

Mientras se hallaba en su madero, en tal situación, llegaron su mujer y sus hijas, quienes se pusieron a llorar a su alrededor, diciendo: "¿En qué manos nos dejas, para que perezcamos después de ti?". Entonces apareció un beduíno sobre un mulo, llevando debajo un atado de ropa y de provisiones. (El bandolero) le gritó: "¡Señor!, ¡mírame cómo estoy! Por ello necesito de ti algo que nos reportará provecho a ambos". —"¿Qué es?", le contestó. Díjole: "Mira aquel pozo: cuando me echaron mano los guardias arrojé en él cien dinares. Quizá te las arregles tú para sacarlos. Están aquí mi esposa y mis hijas para tenerte tu mulo mientras extraes los dinares".

Después de convenir con el bandolero que tomaría para sí la mitad del dinero, consiguió el beduíno una soga y se descolgó en el pozo; (pero) cuando llegó al fondo, la mujer del ladrón cortó la soga. Quedó el beduíno sorprendido y se puso a dar voces (mientras que) la mujer tomó con sus hijas lo que había sobre el mulo y huyeron, llevándoselo.

En momentos que esto sucedía hacía mucho calor y (he aquí) que Alá movió a alguien a que acudiera en ayuda del beduíno cuando las mujeres se habían perdido de vista y se habían puesto a salvo. Esa persona (que acudió en su auxilio) se ingenió con otra para sacarlo. Entonces le preguntaron lo que le había pasado; y (les) dijo: "Ese malhechor me ha engañado, dando (oportunidad y) tiempo para que su mujer y sus hijas se fueran con mis ropas y provisiones".

Esta querella fué llevada a Ben Abbad, que quedó sorprendido ante ella, mandó que se hiciera comparecer a Bazi al-Axhab, y le dijo: "¿Cómo has hecho esto, encontrándote ya en garras de la muerte?". Contestóle: "Mi Señor: si experimentaras la magnitud del placer que hallo en robar dejarías tu reino y te dedicarías a ello". (El príncipe) lo maldijo y se rió. En seguida le expresó: "¿Si te pusiera en libertad, te ayudase y te diera lo necesario para vivir, te arrepentirías de tu vituperable ocupación?" Le contestó: "¡Oh mi Señor! ¿Cómo no habré de aceptar tu oferta y de arrepentirme si me salvas de la muerte?" Entonces (Ben Abbad) lo tomó conforme a lo pactado y lo puso a la cabeza de (un grupo) de valientes, quedando (así) convertido (Bazi al-Axhab) en uno de los guardianes de los alfoces de la ciudad.

Del *Kitab Nafh al-tib* de Al-Maqqari, ed. Dozy (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín, 13).

# LA POESÍA EN LOS REINOS DE TAIFAS

*En el siglo del califato —912 a 1009— Córdoba asimiló e hispanizó todo el conjunto de tendencias y modas diversas que la convivencia de muy diversas razas, regiones y culturas había acumulado en ella, durante el señorío de los Omeyas en Al-Ándalus. En ese siglo califal viven y escriben poetas notables: Ben Abd Rabbihi, un rezagado del período anterior, cuyo* Libro del collar *constituye además una enciclopedia del saber de su época; Ben Farach, que emuló en su* Libro de los huertos *al oriental Ben Dawud de Ispaham; Al-Mushafi, el visir desposeído y perseguido por "Almanzor"; el complicado y gongorino Al-Qastalli, etcétera. La poesía hispano-árabe ensaya en esa época todos los temas, desde los religiosos y los históricos hasta los florales, muy de moda en la corte del omnipotente ministro de Hixam II. Unidos a los duros tiempos de la crisis del califato han quedado los nombres de dos grandes figuras de la cultura hispano-musulmana: Ben Xuhayd (992-1035), cuya poesía tiene resonancias modernas y que en su* Risala *describe el viaje de un poeta al paraíso, dos siglos antes que Dante, y el gran Ben Hazm (994-1063), que aparte de sus otras obras literarias, escribe poesías, a veces cálidas y apasionadas, y en las que asciende, en ocasiones, "a las frías cimas de la abstracción intelectual". Pero el siglo de los reinos de taifas es la época feliz de los poetas de Al-Ándalus. "Los poetas —dice Al-Xaqundi— se balanceaban entre los reyes como los céfiros en los jardines y entraban a saco en sus tesoros con la vehemencia de Al-Barrad". Todos eran poetas a la sazón en la España mora. Según Al-Qazwini, cualquier labrador que guiaba su carreta de bueyes podía improvisar sobre el tema que se le propusiera. Los poetas cruzaban la Península, mimados por los príncipes. Reyes, visires, magnates, embajadores se invitaban, se excusaban, se insultaban y se regalaban en billetes poéticos, en los que solían compararse con los astros y las flores. Junto a dos figuras políticas que merecen atención especial: Al-Mutamid y su ministro Ben Ammar, se destaca el más grande de los poetas neoclásicos de España, Ben Zaydun (1003-1070), cordobés al servicio de los Abbadíes sevillanos. Fue a la vez astro sin igual en la poesía amorosa y en el amor poético a la princesa poetisa Wallada. Junto a él deben citarse: Ben Al-Labana, de Denia (m. 1113), alma dulce y suave con don de lágrimas; al terrible alfaquí de Elvira, Abu Ishaq (m. 1066); a los epicúreos melancólicos Qabturnuh, de Extremadura; al metafórico audaz Ben Sara, de Santarem, y a Ben Saraf, de Berja, de intención filosófica.*

*"En este inmenso orfeón —dice García Gómez al estudiarlos— suenan todas las voces: ásperos tonos de alfaquíes que evocan el terror; sátiras retorcidas y emponzoñadas; alambicadas cortesías; invitaciones a robar el placer cuando duerme la desgracia; descripciones del vino, de las flores, de las mujeres y de las fiestas; ditirambos falsos e hiperbólicos; cantos de guerra; lamentaciones ante la imposibilidad de luchar contra el destino, jactancias, discreteos, amores y elegías."*

## REPROCHE

Las noches son para mí más largas desde que te empeñaste en alejarme de tu lado,

¡oh gacela que demora la ejecución de la promesa y que no cumple la palabra que me dio!

¿Es que has olvidado el tiempo en que pasábamos la noche juntos, sobre un lecho de rosas,

mientras las estrellas del horizonte brillaban como perlas sobre lapislázuli?

Del califa Abd Al-Rahman V Mustadhir (m. 1024).

## LA TORMENTA

Cada flor abría en la oscuridad su boca, buscando las ubres de la lluvia fecunda.

Y los ejércitos de las negras nubes, cargadas de agua, desfilaban majestuosamente, armados con los sables dorados del relámpago.

De Ben Xuhayd, de Córdoba (992-1034).

## EL PUDOR

Cuando ofreces a los circunstantes —como el copero que sirve en rueda los vasos— el vino de tus mejillas, encendidas de pudor, no me quedo atrás en beberlo;

que a este vino lo hacen generoso los ojos de los que al mirarte te hacen ruborizar, mientras que al otro lo hacen generoso los pies de los vendimiadores.

Del visir sevillano Abu-l-Walid Ismail Ben Muhammal, apodado Habib (m. hacia 1048).

## QUISIERA RAJAR MI CORAZÓN

Quisiera rajar mi corazón con un cuchillo, meterte dentro, y luego volver a cerrar mi pecho.

Para que estuvieras en él y no habitaras en otro, hasta el día de la resurrección y del juicio final.

Así vivirías en él mientras yo existiera y, a mi muerte, morarías en las entretelas del corazón en las tinieblas del sepulcro.

De Ben Hazm, de Córdoba (m. 1064).

## LA CARRERA DE LOS POETAS

Estoy reducido al silencio, porque mis corceles no toman parte en la carrera de los poetas.

Si yo llamara a las palabras, acudirían humildes, como el prisionero acude a la llamada del que lo cautivó.

Pero yo vi que nuestro Profeta censura a los poetas lenguaraces y charlatanes.

Por eso he guardado silencio, excepto para la piedad, aunque seguramente los mares de mi talento vomitarían perlas.

De Abu Ishaq, de Elvira (m. 1067).

## SER ASCETA

Ser asceta en el mundo no es vivir oscuramente: príncipe serás en el mundo si eres asceta.

Si hubiera alguien en el mundo superior al príncipe en gloria y majestad, ése serías tú.

No es pura la vida de los reyes; tan sólo es pura y laudable la vida de los ascetas.

Del mismo.

## LA LECTURA

Mi pupila rescata lo que está preso en la página: lo blanco a lo blanco y lo negro a lo negro.

De Ben Ammar de Silves, visir de Mutamid de Sevilla (m. 1068).

## DEL ELOGIO DE MUTAMID DE SEVILLA

Copero, sirve el vaso, que el céfiro ya se ha levantado, y el lucero ha desviado ya las riendas del viaje nocturno.

El alba ya nos ha traído su blanco alcanfor, cuando la noche ha apartado de nosotros su negro ámbar.

El jardín es como una bella, vestida con la túnica de sus flores y adornada con el collar de perlas del rocío,

o bien como un doncel que enrojece con el pudor de las rosas y se envalentona con el bozo del mirto.

El jardín —donde el río parece una mano blanca extendida sobre una túnica verde—

está agitado por el céfiro: pensarías que es la espada de Ben Abbad. En la angustia, cuando el aire se reviste de una túnica cenicienta, la dádiva de su mano es fecunda,

y escoge, para hacer sus dones, la virgen ya núbil, el corcel desnudo y el sable adornado de pedrería.

Rey, que, cuando los reyes se dirigen en masa al abrevadero, no pueden abrevar hasta que él retorna;

más fresco sobre los corazones que el gotear del rocío, más placentero sobre los párpados que la dulce pesadez del sueño.

Él hace chispear el eslabón de la gloria, y no se aparta del fuego de la lid más que para acercarse al fuego del hogar encendido para los huéspedes.

Rey que te admira en lo físico y en lo moral, como el jardín es bello, tanto visto de lejos cuanto visitado de cerca.

Cuando, estando a su lado, me escancia el Kautar de su generosidad, estoy cierto de hallarme en el paraíso.

¿Has hecho fructificar tu lanza con las cabezas de los reyes enemigos, porque viste que la rama place cuando está en fruto,

y has teñido tu cota con la sangre de sus héroes, porque viste que la bella se engalana de rojo?

Mi poema es, por ti, como un jardín que visitó el céfiro y sobre el cual se inclinó la escarcha hasta que floreció.

Con tu nombre le he vestido una túnica de oro; con tu alabanza he desmenuzado sobre él el mejor almizcle.

¿Quién se atreverá conmigo? Tu nombre es áloe que he quemado en el pebetero de mi genio.

Del mismo.

## FRAGMENTO DE LA "QASIDA EN NUN"

Alejados uno de otro, mis costados están secos de pasión por ti, y en cambio no cesan mis lágrimas...

Al perderte, mis días se han cambiado y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas...

Diríase que no hemos pasado juntos la noche, sin más tercero que nuestra propia unión, mientras nuestra buena estrella hacía bajar los ojos de nuestros censores:

Éramos dos secretos en el corazón de las tinieblas, hasta que la lengua de la aurora estaba a punto de denunciarnos.

De Ben Zaydun, de Córdoba (1003-1070).

## EL GALLO

Para anunciar la muerte de las tinieblas se alzó el ave adornada con una amapola, y que hace girar para nosotros las centellas de sus ojos.

Cuando canta, él mismo presta oídos a su llamada a la oración, apresurándose a batir sus axilas con las grandes plumas de sus alas.

Parece que el emperador de Persia le ciñó su corona y que María la Copta, hermana de Moisés, le colgó, con su propia mano, las arracadas.

Arrebató al pavón la vestidura, que era el más bello de sus mantos, y, no bastándole todavía, robó al pato su contorneo.

De Al-Asad Ibrahim ben Billita, poeta toledano del siglo XI.

## LA CIGÜEÑA

Es una emigrante de otras tierras, pero viene a anunciarnos el buen tiempo,

cuando despliega sus alas de ébano, descubriendo su cuerpo de marfil, y se ríe a carcajadas con su pico de sándalo.

De Galib Ben Ribah Al-Hachcham (el alfajeme), toledano del siglo XI.

## LOS VASOS

Eran pesados los vasos, cuando vinieron a nosotros; pero, cuando estuvieron llenos de vino puro,

se aligeraron y estuvieron a punto de volar con lo que contenían, del mismo modo que los cuerpos se aligeran con los espíritus.

De Idris Ben Al-Yaman, de Ibiza (siglo XI).

## EL LUTO EN AL-ÁNDALUS

Si es el blanco el color de los vestidos de luto en Al-Ándalus, cosa justa es.

¿No me veis a mí, que me he vestido con el blanco de las canas, porque estoy de luto por la juventud?

De Auh-l-Hasan al-Husri, el ciego (m. 1095).

## LOS LUNARES

Levantó sus ojos hacia las estrellas, y las estrellas, admiradas de tanta hermosura, perdieron pie,

y se le fueron cayendo en las mejillas, donde con envidia las he visto ennegrecerse.

De Ben Al-Labbana, de Denia (m. 1113).

## LA ALCACHOFA

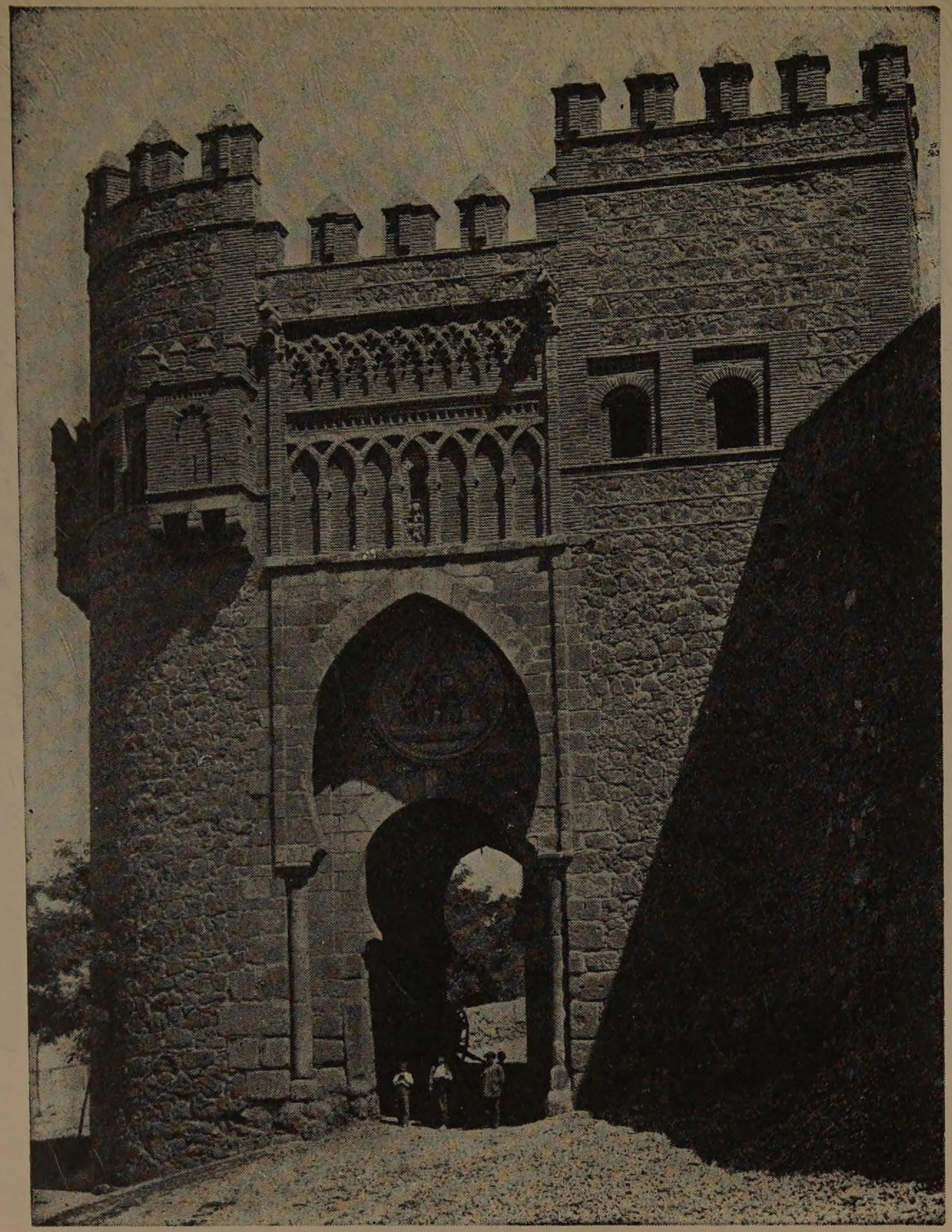
Hija del agua y de la tierra, su abundancia se ofrece a quien la espera encerrada en un castillo de avaricia.

Parece, por su blancura y por lo inaccesible de su refugio, una virgen griega escondida entre un velo de lanzas.

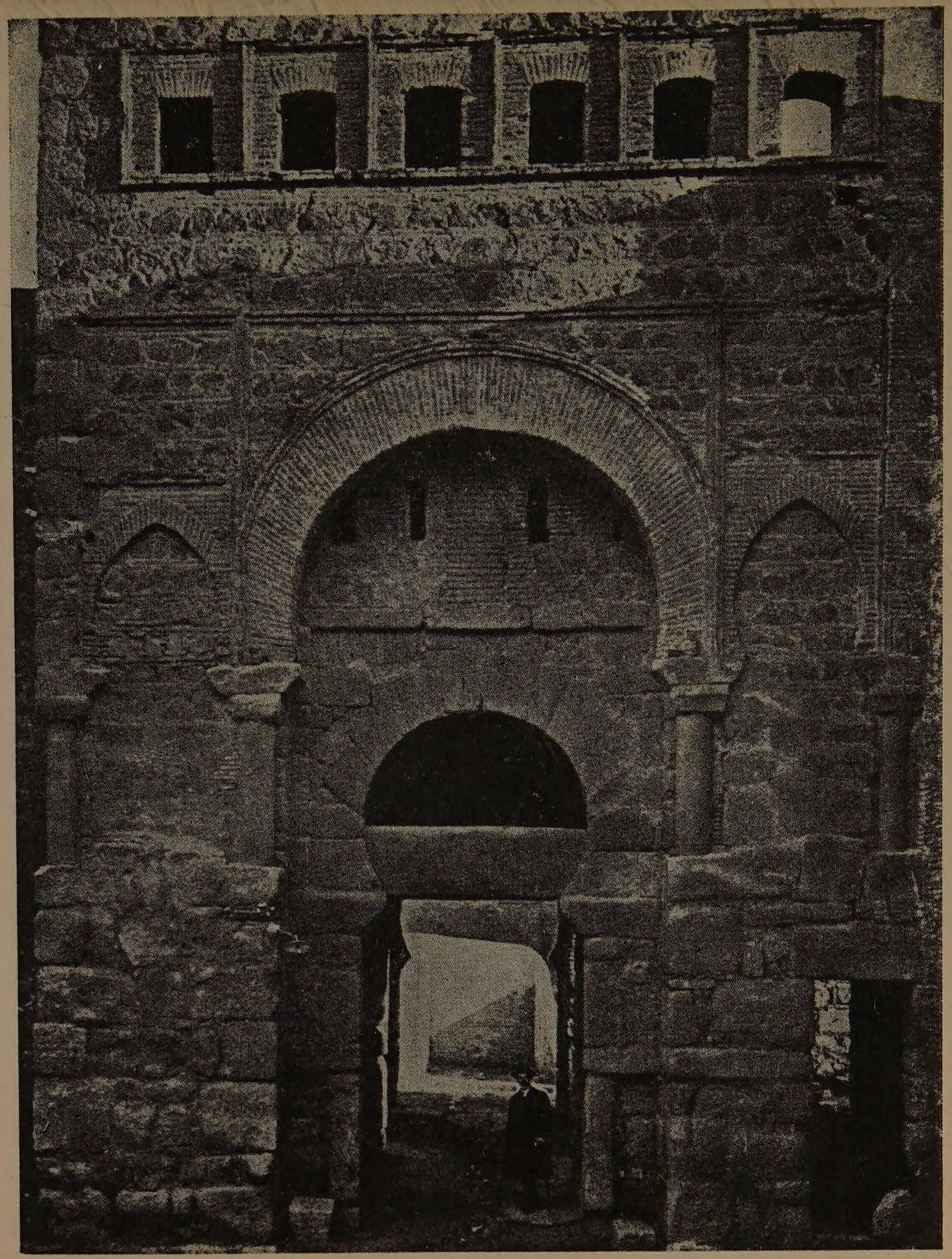
De Ben Al-Talla, de Mahdiya (siglo XI).

## AUSENCIA

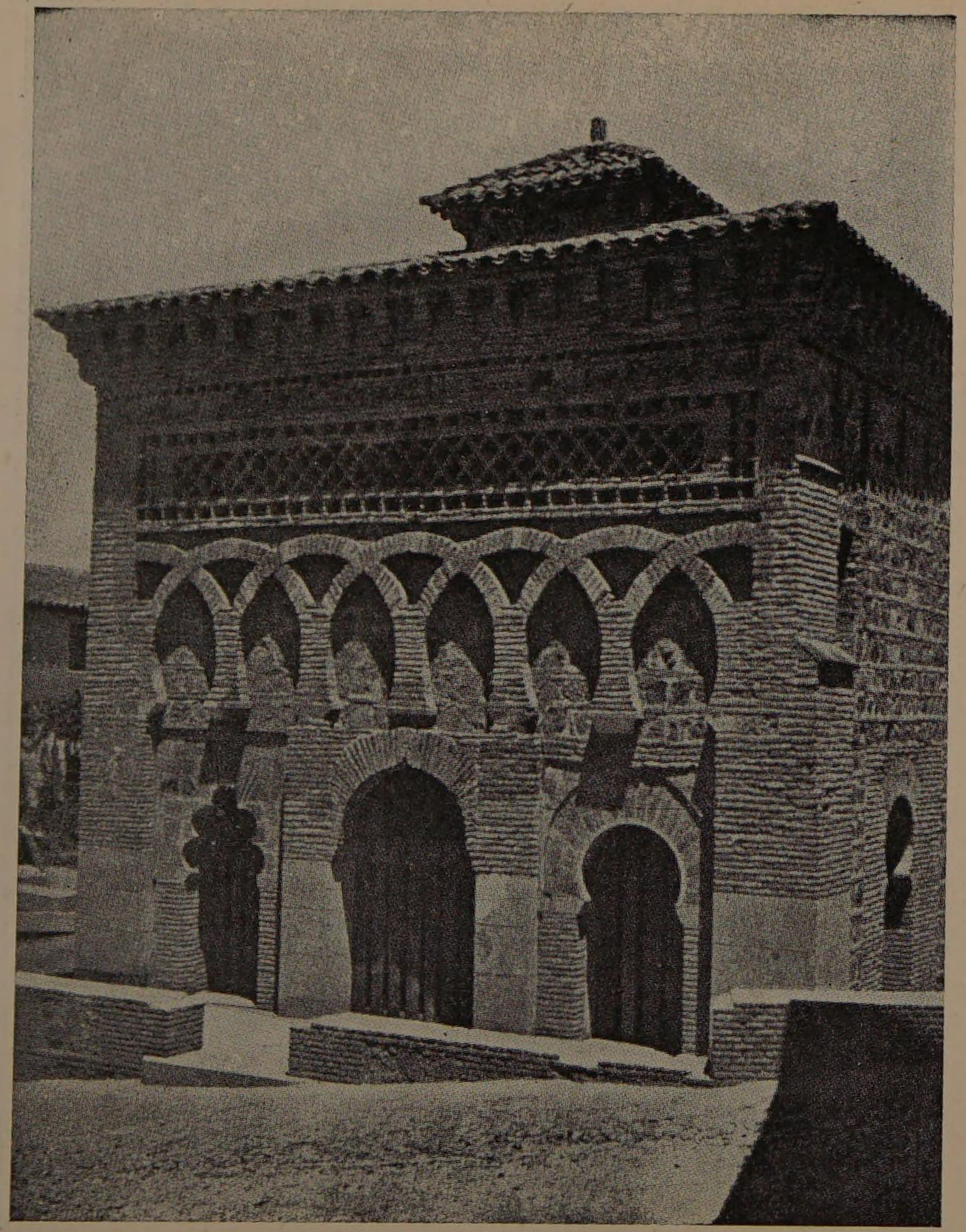
Sin cesar recorro con mis ojos los cielos, por si viese la estrella que tú estás contemplando.

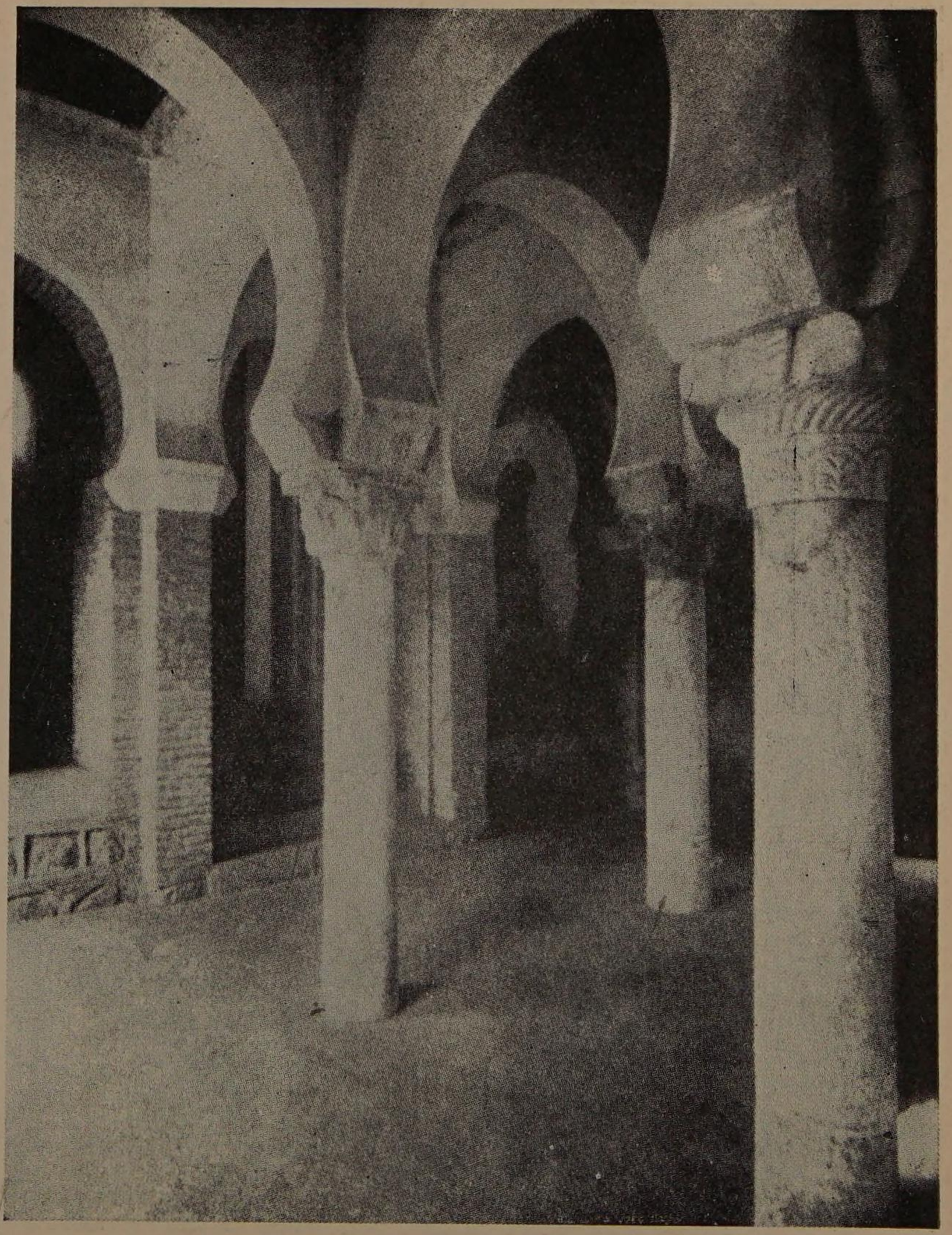


Toledo. Puerta del Sol.

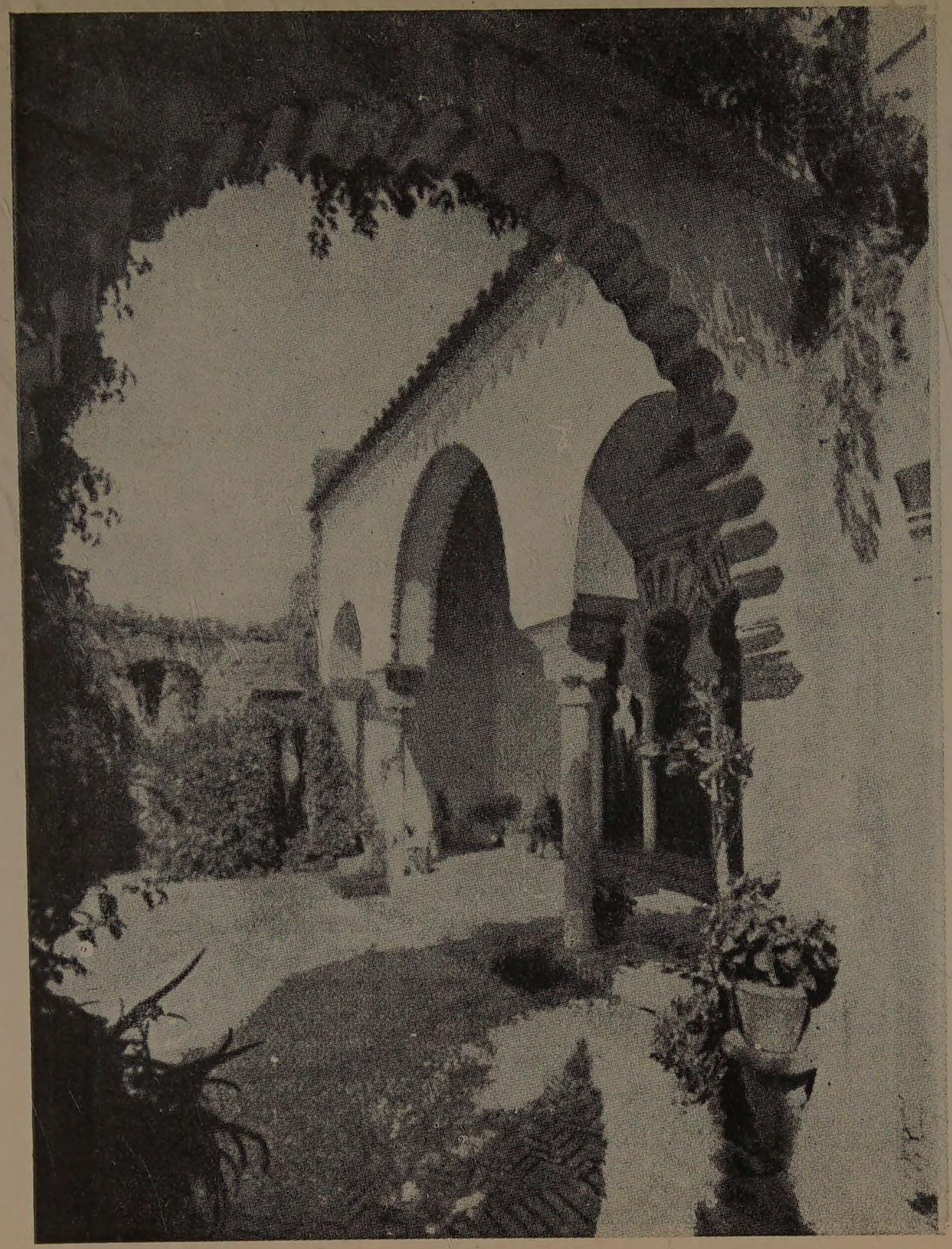


Toledo. Puerta vieja de la Visagra.

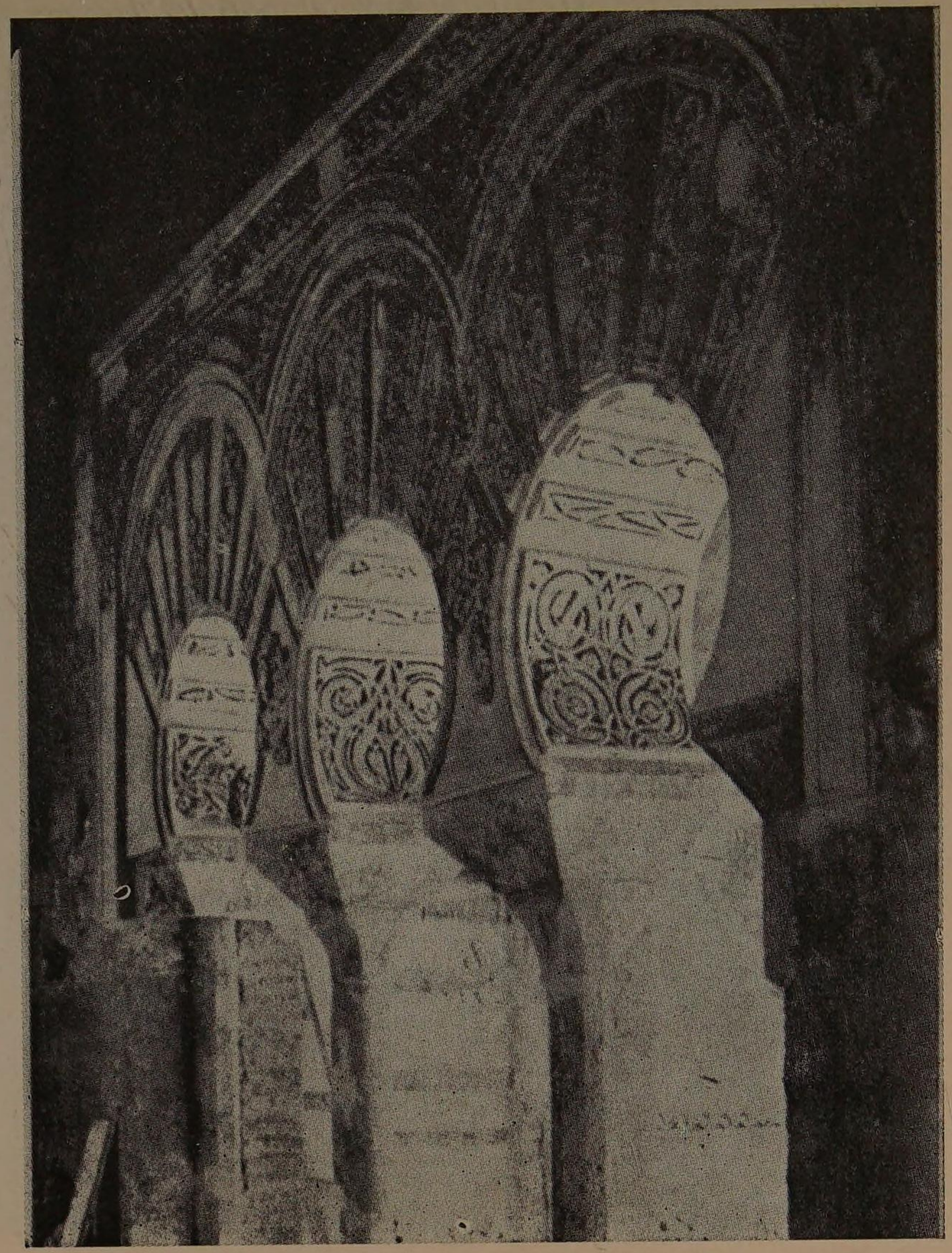




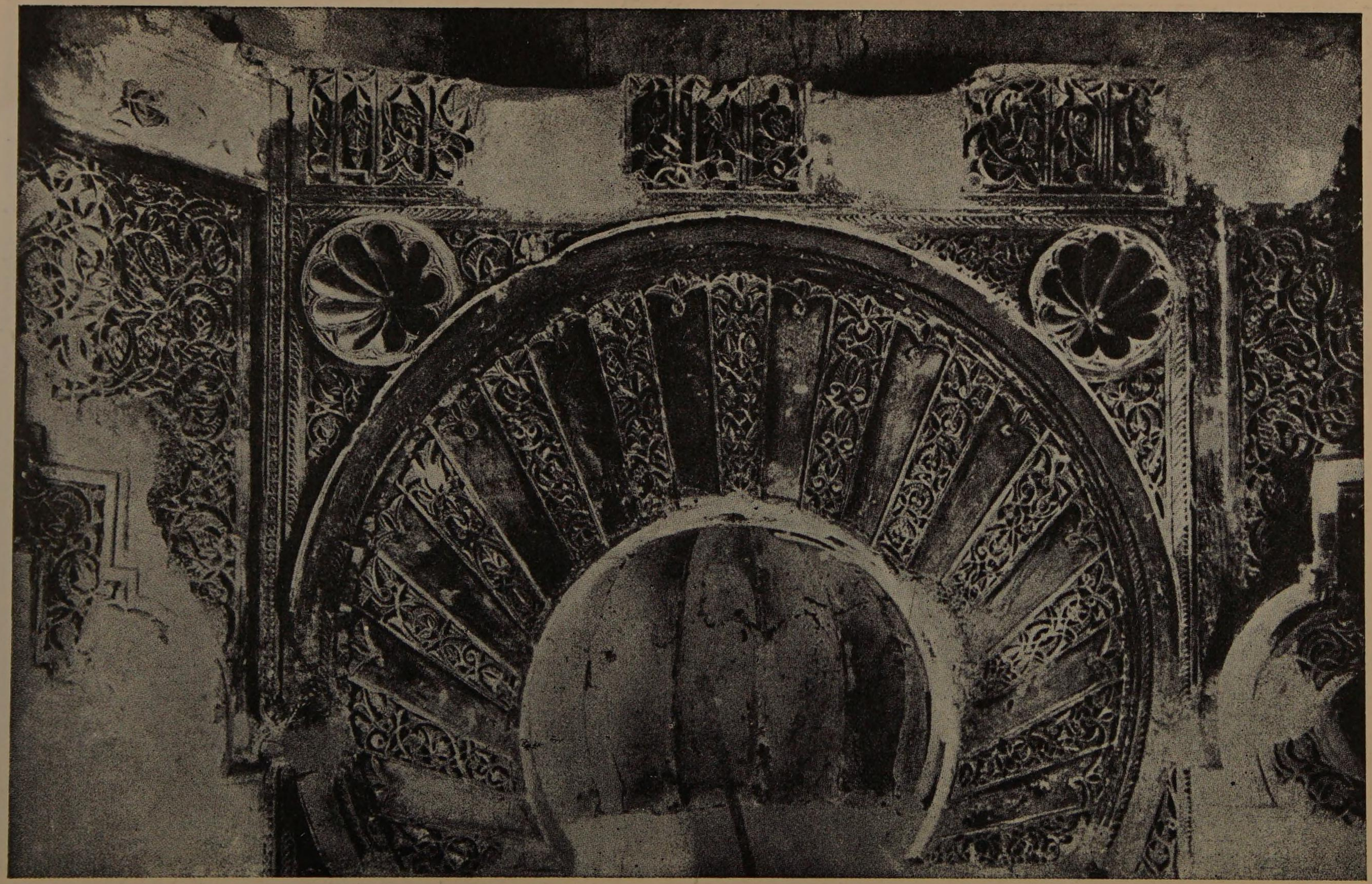
Toledo. Exterior e interior del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib Mardum.



Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Pórtico sur del primer patio.



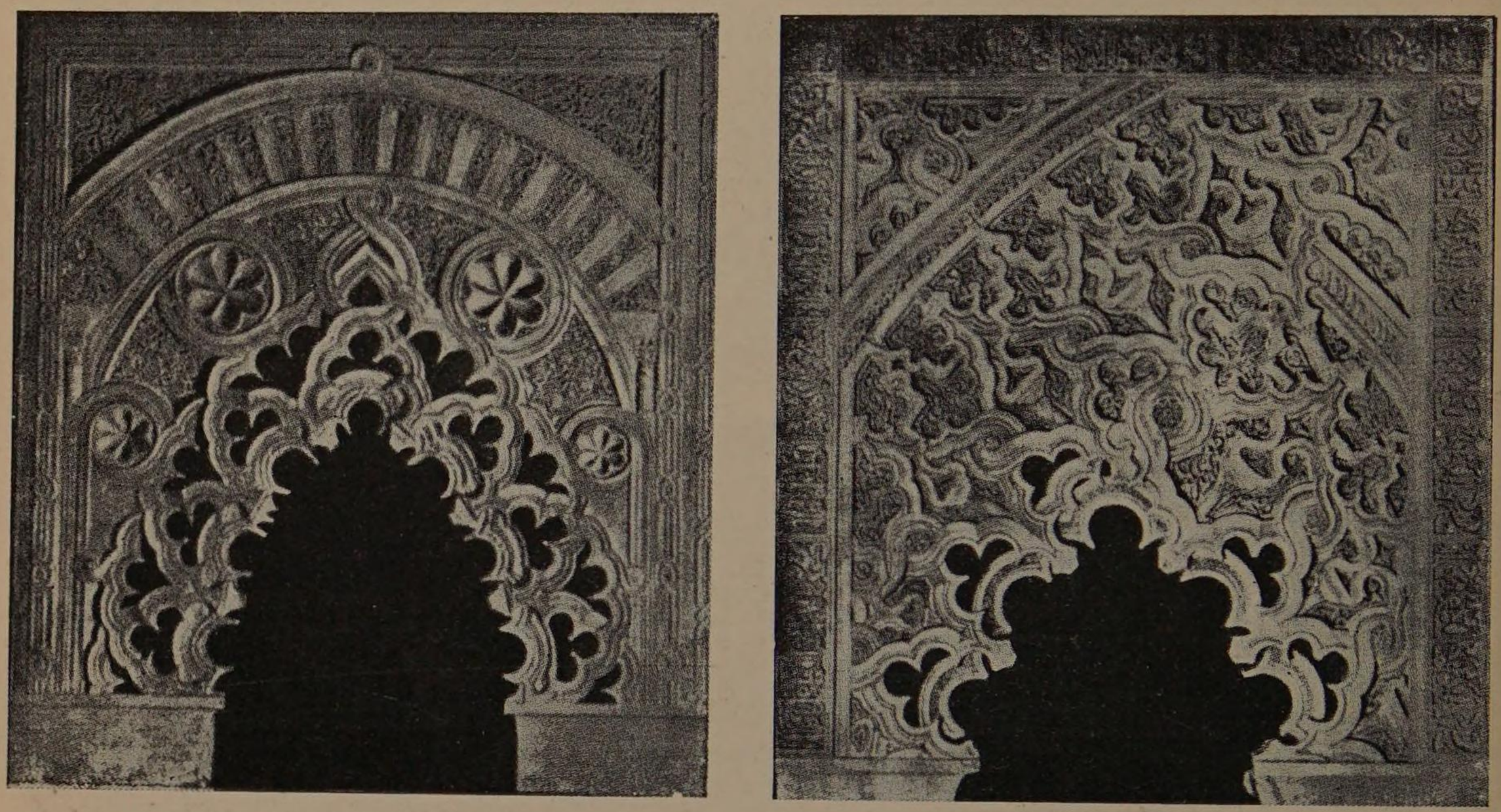
Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Arco del pórtico meridional.



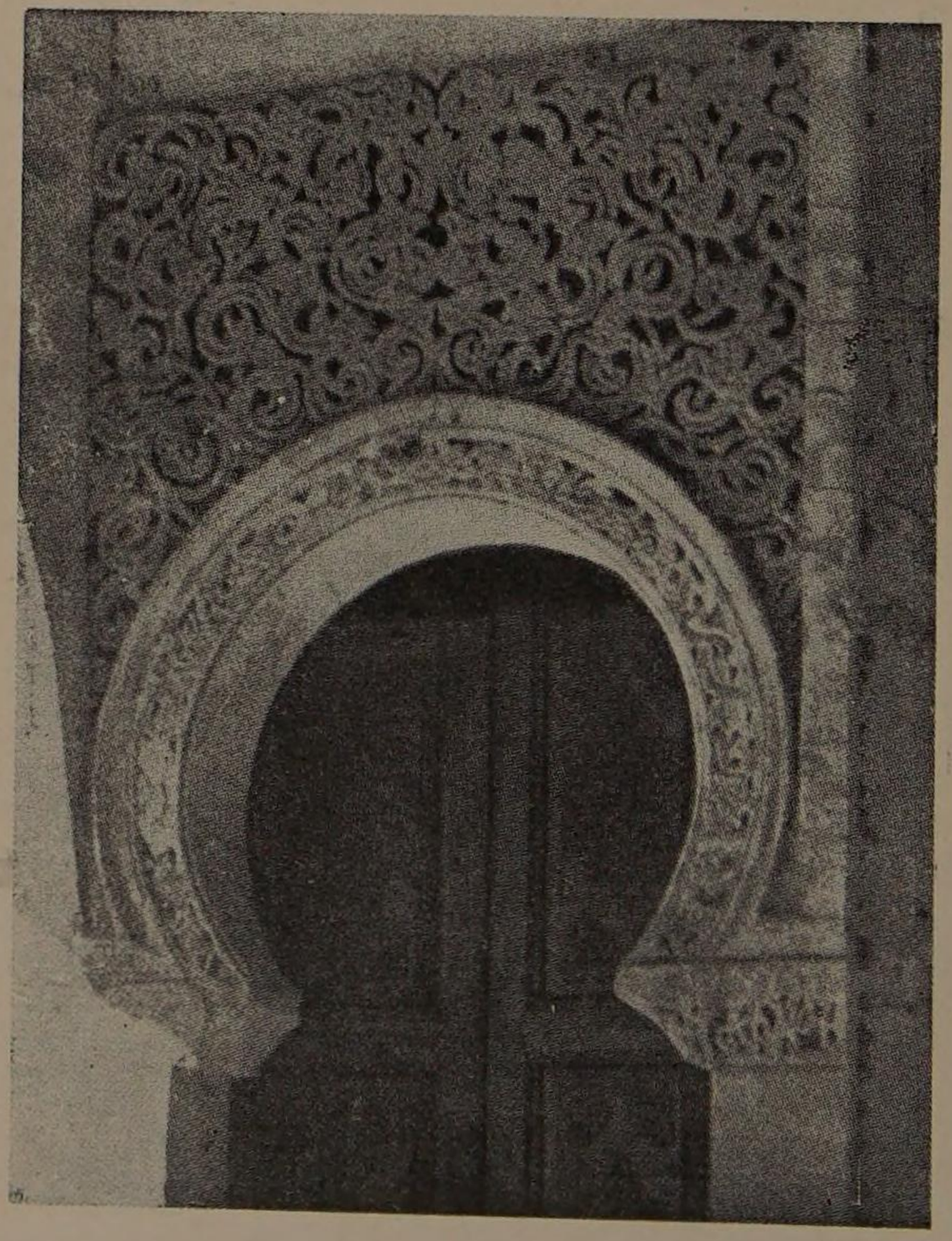
Zaragoza. Arco del palacio de la Aljafería.

Zaragoza. Aljafería. Detalle de la decoración.

Zaragoza. Aljafería. Tableros decorativos.

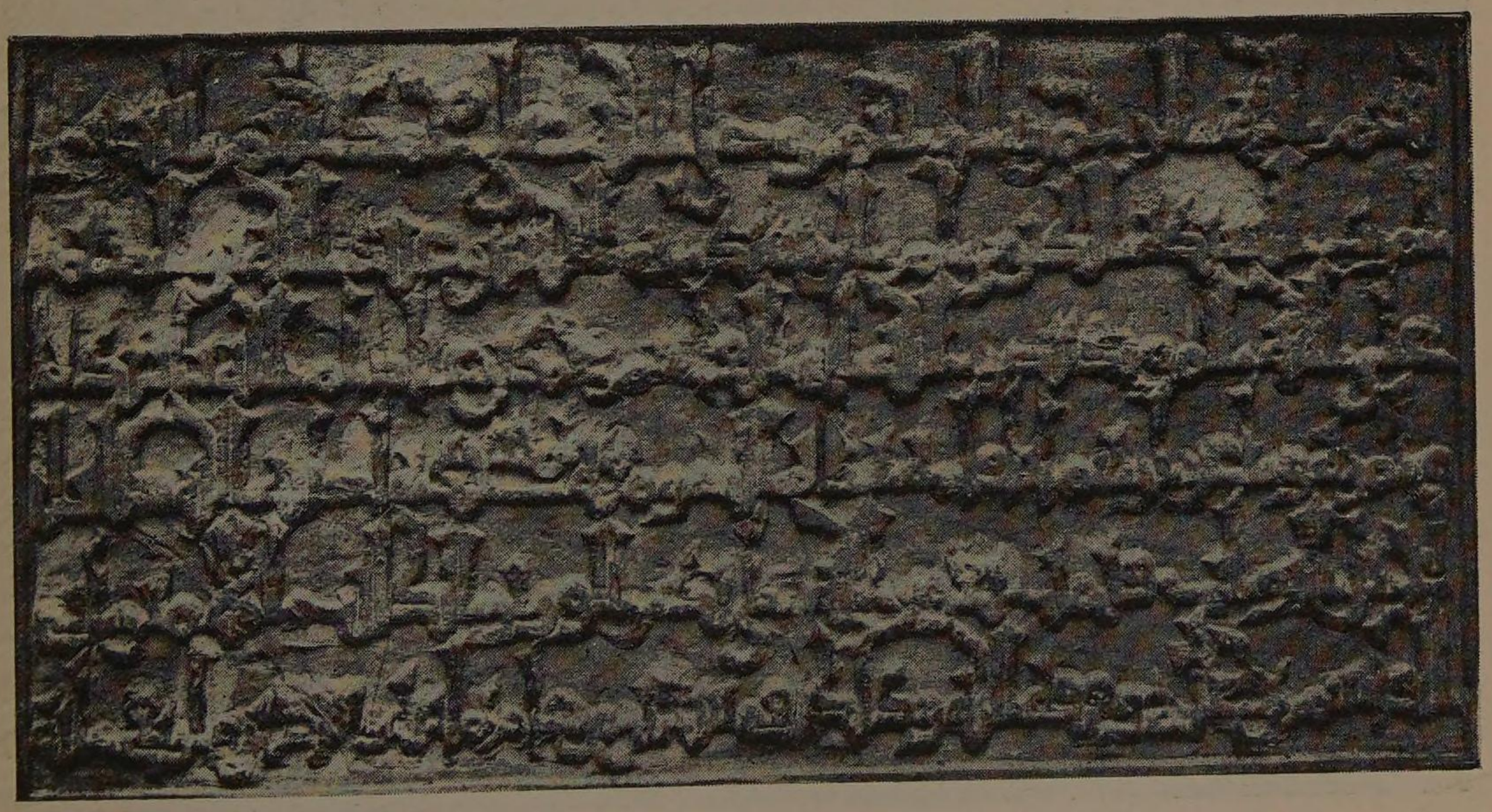


Zaragoza. Arcos del salón principal de la Aljafería.

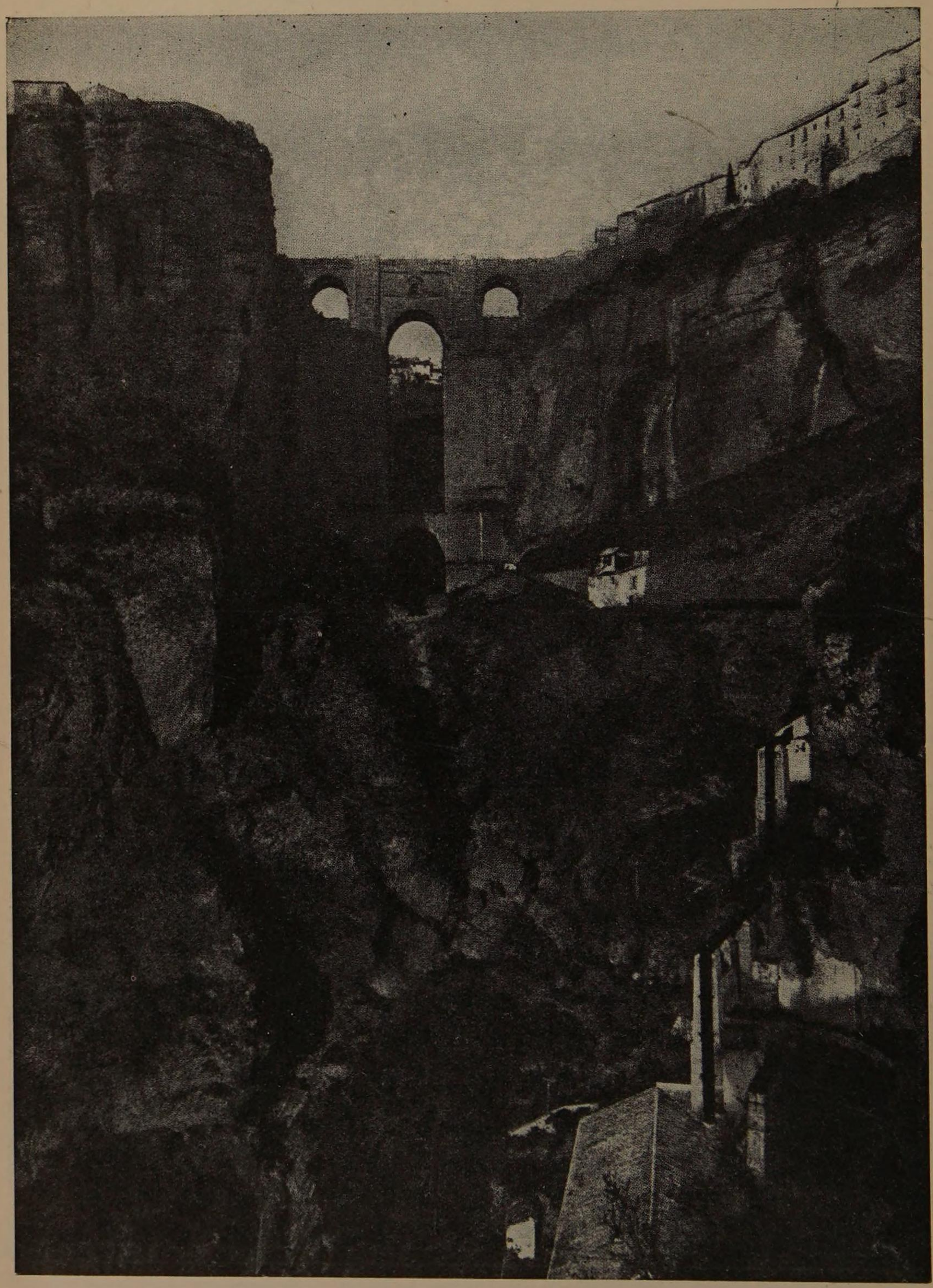


Zaragoza. Arco y ataurique de la Aljafería.

Palma de Mallorca. Baños árabes.



Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en la mezquita de Sevilla, por Timad.



Ronda. El Tajo.

Pregunto a los viajeros de todas las tierras, por si encontrara alguno que hubiese aspirado tu fragancia.

Cuando los vientos soplan, hago que me den en el rostro, por si la brisa me trajese tus nuevas.

Voy errante por los caminos, sin meta ni rumbo: tal vez una canción me recuerde tu nombre.

Miro furtivamente, sin necesidad, a cuantos me encuentro, por si atisbara un rasgo de tu hermosura.

De Abu Bakr Al-Turtusi (1059-1126).

### EN LA BATALLA

Me acordé de Sulayma cuando el ardor de la lid era como el ardor de mi cuerpo cuando me separé de ella.

Creí ver entre las lanzas la esbeltez de su talle y, cuando se inclinaron hacia mí, las abracé.

De Abu-L-Hasan Ben Al-Qabturnuh, de Badajoz (siglo XII).

### EL BRASERO

El brasero ha sido esta noche para nosotros triaca, cuando, bajo la sombra, nos picaban los escorpiones del frío.

Lleno de luz, cortó para nosotros cálidas mantas, bajo las cuales el frío no sabe dónde estamos.

Forma un incendio en un horno, al que rodeamos, como si fuese una gran copa de vino de la que bebemos todos.

Unos ratos nos consiente acercarnos y otros nos aleja, como una madre que a veces nos amamanta y otras nos quita el pecho.

De Ben Sara, de Santarem (m. 1123) (Trads. García Gómez: *Poemas arábigo-andaluces* y *Cinco poetas musulmanes*).

## LA INTERVENCIÓN ALMORÁVIDE EN AL-ÁNDALUS CONTADA POR LA PLUMA DEL REY DE GRANADA

*Alfonso VI había conquistado Toledo, los reyezuelos de Al-Ándalus temieron por su suerte, volvieron sus ojos hacia los almorávides, que dominaban al otro lado del Estrecho, solicitaron la intervención del "Emir Al-Muslimin" Yusuf ben Taxufin, y éste vino a España y venció a Alfonso VI, en Zalaca, el 23 de octubre de 1086. El rey de Granada nos ofrece de estos hechos el testimonio de uno de los príncipes que intervinieron en ellos. Sus noticias no coinciden siempre con las que Dozy hizo clásicas y han solido pasar por exactas. Obsérvese, además, que Abd Allah no atribuye a la batalla en que los cristianos fueron vencidos la importancia que los historiadores modernos le conceden. En todo caso, o porque la victoria no*

*fuera tan decisiva como se ha pretendido, o porque Yusuf no supiera o no pudiera sacar partido de ella, Zalaca no puso término a la situación que la había provocado.*

Mi situación continuó siendo todo lo satisfactoria que cabía y había llegado al límite de mis esperanzas, hasta el momento de la primera intervención de los almorávides —¡que Alá los ilustre!—. Alfonso se había arrojado sobre la Península y había tomado Toledo. No se mostraba en modo alguno conciliador. Después de haberse saciado con los tributos que le pagábamos, sintió deseos de apoderarse de nuestras capitales. Habiendo tomado Toledo gracias a la debilidad de tal ciudad que había ido acentuándose de año en año, se proponía emplear el mismo procedimiento para conquistar el resto del país. Tenía por principio no cercar plaza fuerte alguna y no agotar sus tropas contra ninguna ciudad que, así como los enemigos de su nación que en ella habitaban, pudiera oponerle resistencia.

Se contentaba con exigir de ella cada año un tributo y con tratarla con dureza, usando a su capricho de todos los procedimientos de violencia (imaginables) hasta que se debilitaba y caía en su poder, como ocurrió con Toledo. La noticia de la caída de esta ciudad tuvo en Al-Ándalus una enorme resonancia, llenó de espanto a sus habitantes y les privó de la esperanza de poder continuar viviendo en el país. Se produjeron diversas causas de desacuerdo entre Al-Mutamid y Alfonso y éste le exigió que le cediera plazas fuertes, a cuyo abandono era preferible la muerte. Presa del mayor temor, Al-Mutamid sintió entonces deseos de vencerlo, llamando a las bandas de los almorávides. Tales fueron en su principio las condiciones fijadas por la providencia para la pérdida de nuestros estados respectivos, porque cuando el hombre carece de la asistencia divina, de lo que más puede acusársele, después, es de los esfuerzos que ha realizado.

Ya antes, mi hermano, el príncipe de Málaga, en los períodos en que estábamos en guerra, había dirigido un requerimiento a los almorávides en demanda de socorros, con la esperanza de tomar venganza de mí, gracias a ellos, y de obtener una parte del reino de su abuelo, que no le había correspondido. Pensaba partir conmigo el tesoro (de nuestro abuelo) una vez victorioso. Todas estas disputas creaban una situación muy favorable para el Emir de los Musulmanes, que ante nuestras disensiones, se daba cuenta de que no tendría ninguna dificultad en reducirnos los unos por los otros, cuando lo quisiera. El Emir, juzgando que no había llegado aún su tiempo, no respondió a mi hermano, mientras que éste, en su inexperiencia, no dejó de insistir en su ruego cerca de él.

Un poco antes de la época a que he llegado, Al-Mutamid había enviado embajadores al emir almorávide para informarle de que debía prepararse a hacer la guerra santa. Le prometió el abandono de Algeciras a su favor y le aconsejó que se apoderase de paso de la ciudad de Ceuta. Hechos los preparativos oportunos, el emir llegó con sus tropas delante de los muros de Ceuta y envió diputados a Al-Mutamid, y entre ellos, al

cadí Abd al-Malik y a Ben al-Ahsan. El príncipe los retuvo largo tiempo en Sevilla, lo que impacientó al Emir de los Musulmanes. Les despidió después, con una embajada de jeques sevillanos encargados de decirle: "Permanece treinta días en Ceuta, a fin de permitir a nuestro amo evacuar Algeciras para que te instales en ella". Les comunicó su aceptación y ellos le pidieron un documento suscrito de su mano, en garantía de que esperaría el transcurso de tal plazo de tiempo. Pero se puso en guardia al emir contra tal exigencia. "Si Ben Abbad te obliga a esa espera, es porque quiere enviar un mensaje a Alfonso para advertirle de tu venida, con la esperanza de obtener de él lo que desea, sirviéndose de ti para intimidarle y para solicitar del mismo que le conceda un tratado, liberándole por varios años del pago del tributo. Si el otro acepta, Ben Abbad le pedirá refuerzos para acudir a Algeciras y te impedirá pasar el Estrecho. Anticípate a él en tal ciudad. Si no estuviera en connivencia con el rey cristiano, ya te habría dicho que pasaras el mar".

Los embajadores del rey de Sevilla se volvieron persuadidos de que el emir iba a esperar durante treinta días la evacuación de Algeciras; pero aquél puso en pie de guerra una tropa de vanguardia, compuesta de cerca de quinientos caballeros, y la hizo embarcar inmediatamente. Apenas habían llegado los embajadores a Algeciras al fin de la jornada, cuando los soldados almorávides habían atravesado el estrecho de Gibraltar, siguiendo sus huellas, y habían desembarcado en el arenal. La población se dio cuenta, de pronto, de que una tropa de caballería había levantado un campamento, sin saber cuándo había llegado. Al día siguiente, muy temprano, fue seguida de otro contingente. Después llegaron otros, hasta que todo el ejército almorávide fue concentrado delante de Algeciras, a las órdenes de Dawud ben Aixa. Rodeó la ciudad para vigilar lo que en ella ocurría. Dawud llamó a Al-Radi y le dijo: "Nos habéis prometido Algeciras. Pero no venimos para tomar ciudades o para hacer entuertos a ningún sultán. No venimos sino a hacer la guerra santa. Vas a evacuar la plaza de aquí a mediodía, hoy mismo, si no, haz lo que puedas". Además el Emir de los Musulmanes escribió a Ben Abbad para informarle de lo que había hecho y decirle: "Te eximo del cuidado de aprovisionar mi flota y de enviar víveres a mis tropas, como me habías prometido". Al-Mutamid envió entonces a su hijo Al-Radi la orden de abandonar Algeciras a los almorávides. Dawud tomó posesión de ella. El emir llegó a la misma, entró en la plaza y la examinó con atención. Después volvió a Ceuta, donde permaneció hasta el momento en que retornó a España. Dio entonces órdenes a Dawud de marchar a Sevilla y las tropas todas tomaron el camino de tal ciudad.

Había enviado mis embajadores al Emir de los Musulmanes al mismo tiempo que Al-Mutamid. Nos habíamos puesto de acuerdo para esta diligencia, en vista de la situación. El Emir de los Musulmanes nos concedió un tratado por el cual habríamos de unir nuestros esfuerzos para combatir a los cristianos, con su ayuda, y él se comprometía a no inmiscuirse en los asuntos de nuestros principados y a no escuchar a los fautores de desórde-

nes. A su llegada a Sevilla convocó a todos los príncipes musulmanes. Ben Sumadih fue el único que no respondió a su convocatoria. Prefirió esperar qué sesgo tomaban las cosas y el resultado del encuentro con los cristianos. Alegó, para no acudir, su edad avanzada y su falta de fuerzas y envió a su hijo a fin de presentarle sus excusas. En cuanto a mí, me apresuré a ir a su encuentro, satisfecho de la marcha de los acontecimientos y dedicando a la guerra santa cuanto dinero y cuantas tropas me fue posible reunir. Envié además regalos al Emir de los Musulmanes. Cuando recibí su carta anunciándome su llegada a Algeciras, hice tocar el tambor y ordené que se organizaran fiestas, por pensar que su llegada a Al-Ándalus era una prueba de la bondad divina, tanto mayor por lo que me concernía por cuanto que estábamos unidos por vínculos de raza (los dos éramos bereberes). Por otra parte, se había extendido en el país la noticia de que los almorávides eran gente virtuosa, que venían para asegurarse el paraíso en la vida futura y que amaban la justicia. Nos proponíamos contribuir cada uno con nuestras personas y nuestros bienes a la guerra santa junto al emir. Los que de entre nosotros sobreviviesen, se cubrirían de gloria a la sombra de su protección; los que sucumbieran, caerían como mártires de la fe. En el curso de esta campaña la sinceridad de nuestras intenciones y la pureza de nuestros sentimientos hicieron maravillas. Nuestros espíritus parecían tendidos hacia el único fin común. Encontré al Emir de los Musulmanes, cuando se dirigía hacia Badajoz, en Jerez de los Caballeros. Me testimonió tales consideraciones y me hizo tan buena acogida que con gusto hubiera dado por él, si hubiera podido, mi vida y con más razón mis bienes. Encontramos en seguida a Al-Mutawakkil ben al-Aftas, rodeado de sus tropas. Todos teníamos un solo deseo: hacer la guerra santa; a ello nos consagrábamos por entero y nos preparábamos para la muerte.

Nos detuvimos algunos días en Badajoz, hasta que supimos con certeza que Alfonso avanzaba a la cabeza de un ejército y que deseaba dar una batalla. Estaba persuadido de que derrotaría a las tropas musulmanas, tan mal lo habían informado sobre su número. Empujado por el destino, avanzó profundamente en tierras musulmanas y se alejó de las suyas. Permanecimos a la expectativa delante de Badajoz. Si resultábamos victoriosos todo iría bien, y en el caso contrario tal ciudad nos serviría de abrigo y de punto de apoyo, hacia el cual nos batiríamos en retirada. Fue el Emir de los Musulmanes quien tomó tal decisión, con gran prudencia. Prefería esperar, para que el encuentro ocurriese cerca, sin que fuese necesario internarse en territorio enemigo, y ello era tanto más razonable cuanto que los suyos acababan de penetrar en Al-Ándalus y no sabían distinguir todavía sus aliados de sus enemigos. Tenía esperanza de que el rey cristiano, no encontrando ninguna oposición en su camino, continuaría su avance y que Alá permitiría a los creyentes no entablar el combate sino en el momento favorable. Se hizo correr el rumor de que el emir permanecía a la expectativa, porque estaba inmovilizado por unos dolores y que, en otro caso, ya habría salido a conquistar el país cristiano. Sin embargo, Alfonso se acer-

caba lleno de arrogancia. Como no dudaba del éxito, no se daba cuenta de que en caso de derrota se encontraría alejado de sus territorios, que su ejército sería hecho pedazos en el curso de la retirada y que, incluso en el caso contrario, el camino que habría de recorrer y la distancia le serían muy perjudiciales.

Poco después, por intermedio de Ben al-Aftas, el rey cristiano envió el siguiente mensaje al Emir de los Musulmanes: "He venido con el deseo de encontrarte en el campo de batalla y tú continúas quieto, ocultándote en las inmediaciones de Badajoz". Fue preciso entonces mover el ejército musulmán para acercarle al ejército cristiano. Los dos soberanos convinieron en fijar el combate para un determinado día. Los campos enemigos sólo estaban a unas tres millas de distancia. En espera del día convenido, los musulmanes reanudaron su existencia normal y no estuvieron alerta. Lo que fue preferible, porque si las dos fuerzas hubieran marchado al encuentro una de otra, el combate no hubiera terminado sino con la muerte de la mayor parte de las tropas musulmanas, como ocurre siempre cuando se ha convenido de antemano el día de la batalla. Por el contrario, fueron los cristianos quienes vinieron a atacar de improviso a los musulmanes, que no habían hecho sus preparativos de combate. Este ataque inesperado permitió a los cristianos llevar ventaja en la lucha al principio y arrojar su ponzoña en el campo musulmán, en el que perecieron un cierto número de los nuestros, que se encontraron imposibilitados de resistir. Pero pronto resonaron los gritos de alarma en el ejército y se montó a caballo, mientras los cristianos estaban ya fatigados por el peso de sus armas y por la distancia que acababan de atravesar. Los musulmanes les cortaron el paso y los persiguieron luego a sablazos, causándoles pérdidas. Pronto el camino fue cubierto de cadáveres de soldados cristianos, que habían perecido de muerte violenta o natural, bajo el peso que les abrumaba. Si la batalla hubiera tenido lugar entre los dos ejércitos preparados de antemano para el choque, uno y otro hubieran perdido la mayor parte de los efectivos, como suele ocurrir. Pero Alá fue benévolo con sus esclavos y los musulmanes sólo tuvieron pérdidas mínimas. El Emir de los Musulmanes se puso en seguida en camino, para entrar en Sevilla salvo y vencedor.

Al terminar esta expedición, el emir nos reunió a los príncipes de Al-Ándalus y a mí mismo en una audiencia, en el curso de la cual nos invitó a ponernos de acuerdo y hacer causa común y nos dijo que, si los cristianos nos acechaban para arrojarse sobre nosotros, era porque estábamos divididos y porque los unos les llamaban en su ayuda contra los otros. Le respondimos todos que íbamos a tener en cuenta su recomendación y que gracias al éxito que acababa de obtener, todo el mundo le testimoniaría sumisión y se aplicaría a seguir el camino recto. Entonces mi hermano, el príncipe de Málaga, fue a su encuentro y, sin haber reflexionado, le dijo las siguientes palabras: "Estoy en una situación de inferioridad desde que mi hermano me ha usurpado mi territorio y la herencia que tengo de mi abuelo". Quería incitar así al Emir de los Musulmanes a tomar partido por él

contra mí. Cuando hubo acabado de hablar, el Emir de los Musulmanes le dijo: "¿Has tenido una entrevista con tu hermano sobre este asunto y te has abierto a él antes de hablarme?" Respondió negativamente. Entonces el emir dijo: "No conviene que yo intervenga en vuestras diferencias, si no tengo su asentimiento". No pude en tal punto guardar silencio, porque necesitaba dar gracias al soberano y aprovechar la ocasión para exponerle mis argumentos y darle mis razones, para que en adelante no pudiera reprocharme ser el culpable de nuestras diferencias, y dije a mi hermano: "El Emir de los Musulmanes no tiene otro fin que la guerra santa, que está haciendo. No consentirá en modificar la partición que nuestros antepasados han hecho de su territorio entre sus descendientes. Ninguno de nosotros ha obtenido parte alguna de lo que posee por medios pérfidos; lo que tenemos lo debemos a la decisión de Alá, primero, y de nuestros ascendientes, después, y al consentimiento unánime testimoniado por los musulmanes al que han elegido para reinar sobre ellos. Fue el señor, nuestro abuelo —Alá tenga misericordia de él— quien organizó el actual estado de cosas. Juzgó que Málaga no podía ser separada de Granada y me transmitió la soberanía para después de su vida, como había sido ejercida por él. Tú no has tenido en cuenta lo que él decidió y te has separado de mí y has querido llegar a ser independiente, contra toda razón. Si tu abuelo hubiera juzgado provechoso lo que has hecho, te hubiese dado medios que te hubieran permitido prescindir de mí. Después de tus sucesivos actos de hostilidad he hecho lo posible por restablecer, en parte, la situación que nuestro antepasado había fijado. Pero no he podido obtener el resultado apetecido a consecuencia de tu agitación y de tu arrebato. Y ahora si el Emir de los Musulmanes quiere organizar las cosas de otra forma, haciendo tabla rasa de las disposiciones tomadas por el señor nuestro abuelo, considerémosle con la autoridad de éste e inclinémonos ante sus órdenes. Pero si juzga que nuestro abuelo obró con razón y prudencia ¿por qué vienes a importunarle sobre un asunto que no le interesa?" Siguió un silencio a estas palabras mías. El emir nos despidió y no se volvió a tratar ante él de tal cuestión, hasta la maldita campaña de Aledo.

El Emir de los Musulmanes se puso en camino para ganar su país. Se había dado cuenta de nuestro desacuerdo con sus propios ojos y sus propios oídos, de tal suerte que ninguna razón podía decidirle a mantenernos en la Península. Había hecho buena impresión sobre todos nosotros. No se detuvo en nuestro país para no suscitar la desconfianza de los sultanes, que temían ver a sus súbditos pedirle que fuese su soberano. A cuantos se quejaron a él en esta época, respondió: "No he venido aquí para eso. Vuestros príncipes sabrán lo que tienen que hacer en sus estados"; y esta actitud le valió un aumento de afección por nuestra parte; así como nuestra confianza y simpatía. Tras su marcha, cada uno de nosotros volvió a su reino.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según la versión francesa de Leví-Provençal, Al-Ándalus, 1934, IV, 71).

# LA CAMPAÑA DE ALEDO Y LAS DISCORDIAS ENTRE LOS PRÍNCIPES DE AL-ÁNDALUS

*En las sierras de Murcia, y en una posición inexpugnable, había Alfonso VI fortificado Aledo, para amenazar, desde él, el sudeste de Al-Ándalus. Al-Mutamid, de Sevilla, solicitó de Yusuf ben Taxufin que viniera a conquistarle. Abd Allah, de Granada, relata aquí los incidentes del asedio emprendido en 1089. Durante él se mostraron a plena luz las rivalidades entre los príncipes musulmanes españoles, y comenzaron las maquinaciones de los alfaquíes para levantar contra ellos a sus súbditos. El rey granadino las refiere al detalle y nos descubre el temor que inspiraba aún Alfonso VI a almorávides y a andaluces —inexplicable si hubiera sido vencido decisivamente en Zalaca—, cómo los españoles empezaban a ser explotados por los principales cabecillas del "Emir Al-Muminin", y la posición de una parte de la población islamita de Levante, la de Murcia por ejemplo, que prefería la amistad del cristiano a la tiranía de sus correligionarios.*

Durante algún tiempo no se alteró la situación. La derrota había llenado de temor y de amargura a los cristianos y todo marchó bien hasta la campaña de Aledo, que fue decidida en las circunstancias siguientes: Al-Mutamid ben Abbad, ante la actitud rebelde que Ben Raxiq había tomado para con él, y en su deseo de dar a su hijo Al-Radhi el gobierno de Murcia en lugar del de Algeciras, fue a visitar al Emir de los Musulmanes. Atravesó el mar para demostrarle que confiaba en él plenamente y para convenir con él las decisiones que se proponía tomar sobre Murcia y sobre otras poblaciones. Al mismo tiempo le explicó la importancia que tendría para los musulmanes la posesión de Aledo. Esta plaza estaba situada en el corazón de su territorio y no gozaría éste de seguridad hasta que aquélla fuese arrebatada a los cristianos. Convino con él un tratado en virtud del cual el emir vendría en persona a sitiar la fortaleza. Los sultanes de Al-Ándalus se prepararon para participar en la expedición suministrando material de guerra y contingentes. Quien les arrancase esta espina del pie estaría seguro de su reconocimiento. En consecuencia, recibimos cartas del emir en que nos exhortaba a hacer preparativos de campaña, en atención a su próxima venida. Hicimos con diligencia lo que solicitaba, en nuestro deseo de participar en la guerra santa y de testimoniarle nuestra afección y nuestra estima. Salí a su encuentro en el límite de mi territorio, llevándole regalos dignos de él, y decidimos dirigirnos contra Aledo. Pusimos sitio a la plaza con todas las tropas y el material de guerra necesario. Cada príncipe participaba en las operaciones en la medida de sus medios, con todas sus posibilidades tácticas y de armamento. Todos los habitantes cristianos de la región se habían reunido en Aledo, donde habían acumulado cuanto podían necesitar. Tales precauciones eran normales, porque habían tenido espacio sobrado para tomarlas. Trataban de intimidarnos anunciándonos la venida de Alfonso, y en su temor a nuestros subterfugios encendían fuegos todas las noches.

Nuestros ataques se sucedían cada día sin reposo. Se alzaron construcciones en los lugares que podían molestarles. Se colocaron menganeles y ballestas frente a la plaza sitiada. Se utilizaron todas las máquinas de guerra que se usan en los sitios. Ben Sumadih trajo un elefante (de madera), que era en verdad un extraordinario artefacto. Pero un tizón encendido, lanzado desde lo alto del castillo, le tocó y le incendió. El sitio se prolongó sin éxito y los musulmanes no supieron encontrar ocasión para sorprender a sus adversarios, tal era el desacuerdo en que se hallaban entre sí, por la voluntad divina.

Fue en el curso de esta campaña cuando se manifestó verdaderamente la saña de que eran objeto los sultanes de Al-Ándalus. Sus súbditos venían en masa a deponer sus quejas sobre cualquier asunto, cerca de aquél en quien contaban hallar apoyo. Los menos malos trataban de obtener algún aumento de sueldo; los peores esperaban vengarse. Se servían para sus quejas de la mediación de los faquíes que venían a buscar. Entre ellos se encontraba el alfaquí Ben al-Qulayi, cuya tienda en el campamento se convirtió en atracción de todos los que llegaban, gracias a los cuales llegó a precipitar nuestro destino. Los sultanes de Al-Ándalus advirtieron entonces cuán irritados estaban contra ellos sus súbditos. Su negativa a pagar las gabelas feudales que les debían, cuando precisamente ellos tenían necesidad de dinero para continuar el sitio, les llenó de impaciencia y les entenebreció el alma. Había que poner en pie de guerra un ejército cada año; se imponía hacer continuamente a los almorávides numerosos obsequios y regalos, so pena de echar a perder las cosas, y en tal aprieto los súbditos rehusaban pagar las contribuciones exigidas por las circunstancias; tal era la situación para nosotros; y para remediarlo, no cabía sino esta alternativa: o armarse de paciencia y atraerse así la censura y el castigo correspondientes, o reaccionar y arriesgar la deposición, lo que ocurrió a la postre. Durante todo ese tiempo hubimos de escuchar las amenazas y las injurias de nuestros pueblos y tuvimos que manifestar la repugnancia que ellas nos causaban, con lo que llegaron a ser imposibles el ejercicio de la realeza y el acometer cualquier empresa. El citado Al-Qulayi, desde el campamento de Aledo, escribía a sus conciudadanos de mi capital para que rehusaran pagarme nada en adelante y les hacía entrever la inminencia del nuevo orden de cosas que iba a producirse; y los granadinos, cuando los agentes del fisco se presentaron a cobrar en sus casas, les encargaron que me comunicaran su negativa a pagarme. Tenía yo, sin embargo, la mayor necesidad de dinero, sobre todo porque en el campamento de Aledo no podía abastecer mis tropas sino mediante compras cotidianas.

Todo ello me causó los mayores perjuicios y el maldito sitio se prolongaba. Fue además como una piedra de toque que permitió distinguir el bueno del malo y que sacó a plena luz los defectos de cada uno. La desconfianza de los príncipes crecía, a la par que la excitación de los súbditos y que la avidez de los instigadores de desórdenes. Se dio la razón a éstos, como consecuencia de las desavenencias mutuas de los soberanos andaluces.

Nos asemejábamos, en efecto, a gentes a punto de ahogarse. En su ceguera, uno de ellos pide auxilio a un compañero, que también tiene precisión de ser socorrido, se dificulta con él los movimientos y perecen los dos; y otro, con más discernimiento, permanece aislado, pero no encuentra quien venga en su ayuda y empujado al cabo por la marea alta, le arrastra una ola. Todo este período fue como la premisa de nuestra desgracia. La hora era crítica para los príncipes, mientras era cada vez más favorable a los almorávides.

Se nos unió por entonces Ben Raxiq, pretendiendo que iba a conseguir que fuera roto el compromiso concluido entre Ben Abbad y el emir a propósito de la posesión de Murcia. Distribuyó dinero a los almorávides, se apresuró a satisfacer sus deseos y por sus larguezas se atrajo la estima del emir Sir —que Alá le ilustre—, en quien puso toda su confianza y quien empezó, desde entonces, a testimoniarle consideraciones que nos parecían desproporcionadas a la importancia del personaje. Por su parte, Ben Abbad trataba de alcanzar la influencia de Garrur, depositó en él su amistad y le ofreció considerables sumas de dinero. Triunfó en definitiva quien dio más sobre quien dio menos, aunque la diferencia fuese muy pequeña. Fue concedido el perdón a Ben Raxiq y llegó a un grado de familiaridad con los almorávides, que creyó que todo le era permitido. Trató a Ben Abbad con altivez y le hizo notorias su insumisión y su independencia, apelando ante el emir y apoyándose en él. Y acabó por ordenar que en Murcia se invocase el nombre del Emir de los Musulmanes y no el de Ben Abbad en la oración del viernes. Todo ello causó una violenta irritación a Al-Mutamid, y le afligió y le corroyó el corazón con justo motivo. No descuidando el asunto, lo comunicó con los alfaquíes e hizo alegar a su favor las reglas de la Sunna. Se aseguró así, entre otros, la ayuda de Ben al-Qulayi, que se glorió de ello conmigo y me dijo: "Ben Raxiq va a ver lo que le ocurre, porque he sido consultado sobre su caso. Y si nosotros los juristas somos reunidos de nuevo en consejo para discutir del caso de otros príncipes, les reservaremos la misma suerte". Tales palabras contribuyeron a hacerme odioso tal personaje, así como sus intentos de intimidación en el curso de esta campaña y las alusiones que hacía cuando citaba proverbios, la agudeza de sus razonamientos y su inclinación a la maledicencia. El Emir de los Musulmanes no sospechaba nada de todo esto y yo no podía quejarme del faquí sin aducir pruebas o argumentos, porque de lo contrario habría sido él quien se hubiera justificado a sus ojos y yo me hubiera atraído el desprecio del soberano, sobre todo dada la consideración que concedía a los hombres de ciencia.

Cuando el Emir de los Musulmanes se dio cuenta del estado de las relaciones de Ben Abbad y de Ben Raxiq, reflexionó sobre el caso, pesó el pro y el contra del asunto y se dijo: "No tengo interés en perder la amistad de Ben Abbad con motivo de Ben Raxiq, porque necesito de su ayuda para mi empresa actual, hallándome bajo la amenaza del rey cristiano. Debo, pues, esforzarme por tratar con miramiento a Ben Abbad, mientras veo el sesgo que toman los sucesos". Reprochó entonces a Ben Raxiq la

actitud de revuelta que había tomado frente a su soberano y le dijo: "No era necesario que te convirtieras en campeón de mi causa, para sublevarte contra tu príncipe y para enemistarme con él", y se añadió para sí mismo: "No ha sido por simpatía ni por afección por mi persona por lo que Ben Raxiq ha obrado como lo ha hecho. Ha querido encender el fuego de mi odio contra su señor, para suscitarle dificultades por mi causa. Tanto más cuando que nadie ignora que ayuda a los cristianos de Aledo, persuadido de que se mantendrá en Murcia mientras ellos continúen siendo dueños de esta plaza". En efecto, Ben Raxiq avituallaba constantemente a los enemigos y les proporcionaba lo que no podían obtener de otra manera, a fin de conservarles un último soplo de vida, en su temor de ver caer sobre él grandes daños, si se veían obligados a rendirse. El emir tuvo pronto prueba concluyente de sus maniobras; pidió a los faquíes dictámenes jurídicos sobre su rebelión después de haberse sometido desde que tomó Murcia. Las cosas se volvieron entonces completamente contra Ben Raxiq y un consejo de juristas, reunido para el caso, decidió que debía ser apartado de la comunidad musulmana y debía ser entregado a su sultán. Imploró entonces la asistencia del emir, quien le dijo: "Si se tratase de una falta que hubieras cometido contra mí, te la hubiera perdonado, pero puesto que se trata de las reglas de la Sunna, no puedo oponerme a su aplicación". Y ordenó su detención y le hizo entregar a Mutamid. Fue condenado y conoció las mayores humillaciones. Al-Mutamid dio orden a su hijo Al-Radi de guardarle cautivo en su campamento y así terminó su carrera. El emir envió un mensaje a los murcianos ordenándoles que reconocieran de nuevo la autoridad de su soberano y que se sometieran a él. Pero todos los habitantes que había en la ciudad rehusaron obedecer al hijo de Al-Mutamid y a las gentes de su cortejo, pusieron la ciudad en estado de defensa y expulsaron a quienes habían ido a ella, y la situación permaneció sin resolver, no obstante las muchas mediaciones sucesivas que se intentaron, pues nada se pudo contra ellos.

Sin embargo, el sitio de Aledo se eternizaba y nuestras tropas estaban fatigadas de permanecer tanto tiempo allí. Se supo que Alfonso venía en socorro de la plaza y ello causó una impresión muy desagradable. El Emir de los Musulmanes juzgó entonces que era preferible dar media vuelta y retirarse, no sólo por la duración del cerco y la lasitud de los soldados, sino porque tuvo noticias de que los cristianos que llegaban eran muy numerosos y porque sin duda encontrarían apoyo en los rebeldes de Murcia, quienes habían pedido a Alfonso que viniese en su ayuda, cuando se rebelaron. El emir abandonó el asedio desde entonces.

En esta época se habían producido querellas y disputas impropias entre Al-Mutamid y Al-Mutasim, soberano de Almería, a propósito de las plazas fuertes del distrito de la montaña y de Sorbas, y (tales querellas les) habían conducido a una reclamación cerca del emir. Pero se separaron sin haberse puesto de acuerdo y ése fue el comienzo de los acontecimientos nefandos que les aguardaban. Me ocurrió otro tanto con mi hermano, el príncipe de

Málaga, quien renovó las pretensiones que había manifestado en la campaña de Badajoz. Se mostró dispuesto a comenzar las hostilidades contra mí, y en su poca experiencia me dijo: "El hecho de haber manifestado mis quejas en el momento en que el emir se ponía en marcha ha impedido que fueran tomadas en consideración en la primera campaña. No me comprendió y no conseguí nada. Pero ahora es preciso que me entreviste con él a mi placer y si el resultado es negativo, nos tocará a nosotros resolver nuestra querella". Sin tomar sus palabras a la ligera, no exageré su gravedad, porque sabía que el emir no concedería ninguna importancia a tal cuestión. Mi hermano le presentó muchas reclamaciones contra mí, y el soberano me envió a Garrur, que me dijo: "No te inquietes por la denuncia de tu hermano. No es posible al sultán intimarle la orden de poner fin a sus querellas. Pero no le dará ningún apoyo contra ti. Nos limitaremos a embrollar el asunto un poco más a cada etapa, hasta que termine por sí mismo. Granada tiene más importancia que Málaga para mi soberano. Hay que atravesarla para salir en campaña y le ofrece a la par comodidades para su abastecimiento. En su camino de regreso va a pasar por ella; pon al instante manos a la obra y haz cuanto puedas para ofrecerle una hospitalidad digna de él".

Esta noticia me alegró. Tomé la delantera y partí para Guadix e hice preparar para él cuanto creí que merecía. Una vez llegado a Guadix, me acordé de que Garrur, en Aledo, se había mostrado duro conmigo, me había inspirado temor y me había hecho reproches de parte del emir, reproches que éste desconocía, pero que yo imaginaba procedentes de él, por estar al corriente de la influencia que sobre él ejercía Garrur. Todo ello me había llenado de temor. Mi inquietud creció cuando fuí testigo de la suerte de Ben Raxiq y al oír las amenazas con que me abrumaba Al-Qulayi, su dureza para conmigo y cómo rechazaba toda responsabilidad de lo que me ocurriera. Como además era yo inclinado a la inquietud y a la melancolía, estuve a punto de morir de abatimiento, aunque hasta allí no había jamás sufrido humillaciones ni sinsabores. Vi entonces todo negro e interpretaba en oposición a la realidad las consideraciones que el sultán había tenido conmigo durante la campaña de Badajoz. Sin embargo, Garrur no me ocultaba su hostilidad, promovió contra mí en mi territorio una campaña ofensiva y durante el cerco de Aledo me intimaba órdenes ridículas, para humillarme y para mostrarme su arrogancia y su tiranía. Tales habían sido hasta allí nuestras relaciones. Al llegar a mi reino, Garrur quiso mejorarlas, pero yo sabía que no le movían intenciones puras, sino que tenía necesidad de mí y que la precisión de cruzar a través de mi territorio le obligaba a ello. Por ello me comunicó, en nombre del emir, las palabras que he referido a propósito de mi hermano. Pero me di cuenta de que si tales palabras hubieran provenido del emir mismo, Garrur no me hubiera reclamado albricias por la buena noticia que me daba. En efecto, no dejó de solicitar su entrega y me hizo comprender que sólo con esta condición no me atacaría mi hermano. Hube de darle mil dinares de cuño almorávide, a los que yo no me atreví jamás a referirme, mientras vivió, de miedo de que

hablase mal de mí al emir. Apenas había pasado una hora de su partida, cuando volvió a pedirme quinientos dinares para su yerno. Se los di, como todo lo que me exigió de una manera autoritaria y amenazadora".

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Ándalus, 1936, IV, 79).

# AMOR Y POESÍA: MUTAMID Y RUMAIQIYA

*El tierno amigo y luego cruel verdugo de Ben Ammar, que supo batirse en Zalaca contra los cristianos y en Sevilla contra los generales almorávides, dejó, pues, escapar de sí, a las veces, relámpagos de crueldad y de energía, de aquella energía cruel con que había levantado la grandeza del reino de Sevilla su padre Al-Mutadid. Esos relámpagos alteraron, sin embargo, rara vez el tranquilo cielo poético de Al-Mutamid, tachonado de metáforas y alumbrado por la brillante luna de su amor a una muchacha sevillana llamada Itimad y apodada Rumaiqiya. De esclava la hizo madre de sus hijos. La leyenda nos describe su encuentro con el príncipe y sus caprichos; la fría epigrafía sus construcciones piadosas.*

## ENCUENTRO POÉTICO

Paseábase una tarde con su amigo en la Pradera del Plata, y aconteció que la brisa onduló el agua del río, y Mutamid improvisó este verso, rogando a Ben-Ammar que le añadiese otro:

"La brisa convierte el río
en una cota de malla..."

Y como Ben-Ammar no encontrase respuesta inmediatamente, una muchacha del pueblo la dio así:

"Mejor cota no se halla
como la congele el frío".

Maravillado de oír a una muchacha improvisar con más prontitud que Ben-Ammar —que en esto era famosísimo—, Mutamid la miró atentamente. Quedó impresionado por su belleza, y llamando en seguida a un eunuco que le seguía a alguna distancia, le mandó llevar a la improvisadora a su palacio, al cual se apresuró a volver.

Cuando le presentaron a la joven, le preguntó quién era:

—Me llamo Itimad —respondió—; pero ordinariamente me llaman Rumaiqiya, porque soy esclava de Rumaiq, y en cuanto a mi profesión, soy muletera.

—Dime, ¿estás casada?

—No, príncipe.

—Tanto mejor, porque voy a comprarte, y a casarme contigo.

## CAPRICHOS DE RUMAIQIYA

Un día, en el mes de febrero, vio desde la ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un país donde apenas se conoce el invierno. De pronto rompió a llorar.

—¿Qué tienes, querida mía? — le preguntó su marido.

—¿Qué tengo? —respondió sollozando—. Lo que tengo es que eres un bárbaro, un tirano, un monstruo. Mira qué bonita es la nieve, qué hermosa, qué magnífica; qué graciosamente se adhieren estos blancos copos a las ramas de los árboles, y tú, ingrato, no te preocupas de proporcionarme este soberbio espectáculo todos los inviernos; nunca se te ha ocurrido llevarme a un país donde nieve siempre.

—No te desesperes así, vida mía, bien mío —respondió el príncipe, enjugándole las lágrimas que le surcaban las mejillas—, tendrás nieve todos los inviernos, y aquí mismo; te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, a fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles, que florecen cuando pasan las heladas, reemplazasen para Rumaiqiya los copos de nieve que tanto la habían admirado.

En otra ocasión, vio a unas mujeres del pueblo que amasaban, con los pies desnudos, barro para hacer ladrillos, y como se echase a llorar, le preguntó su marido la causa de su pena.

—¡Ay, soy desgraciadísima —dijo— desde el día en que, arrancándome a la vida alegre y libre que llevaba en mi casucha, me has encerrado en este triste palacio ligándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira esas mujeres ahí abajo, a orillas del río. Querría amasar barro con ellas, con los pies desnudos; pero, ¡ay!, condenada por ti a ser sultana y rica, no lo puedo hacer.

—Sí que podrás —respondió el príncipe sonriendo.

Y en el mismo instante bajó al patio del palacio, hizo traer una enorme cantidad de azúcar, canela, jengibre y perfumes de todas clases, y después de cubrir todo el suelo del patio con tan preciosos ingredientes, los hizo regar con agua de rosas y amasar a brazo, tan bien, que formaron una especie de barro. Hecho esto, dijo el príncipe a Rumaiqiya:

—Baja al patio con tu séquito; el barro te espera.

Fue la sultana, y, descalzándose, lo mismo que sus acompañantes, hundieron todos los pies con loca alegría en aquel barro aromático.

De los textos reunidos por Dozy: *Scriptorum arabum loci* de Abbadidis, 151 (Según la versión de Fuentes de la Historia de los musulmanes de España).

## INSCRIPCIÓN CONMEMORATIVA DE LA ERECCIÓN DE UN MINARETE EN UNA MEZQUITA SEVILLANA POR ITIMAD AL-RUMAIQIYA

...La muy alta señora, madre de al-Raxid abu-l-Husain Ubaid Allah, hijo de al-Mutamid ala Ilah al-Muiayad ni-nasri Ilah, Abul-Qasim Muham-

mad ben Abbad —¡que Alá haga duradera para este último la asistencia (que le presta) y su poder, y (para los dos) su ilustración!— ha ordenado la erección de este minarete en su mezquita —¡que Alá la guarde!— en busca de una hermosa recompensa. Y (este minarete) fué terminado con la ayuda de Alá, bajo la dirección del visir, del secretario, del intendente, Abu l-l-Qasim ben Hachchach —¡que Alá favorezca!— y esto (ocurrió) en Xaban del año 478 [22 noviembre-20 diciembre 1085].

Según la versión francesa de Lévi-Provençal: Inscriptions arabes de l'Espagne (Ley de París, 1931, p. 41).

## PERVERSIÓN

*La tradición del Oriente antiguo en alianza con el hastío de los goces de la sensualidad, que la poligamia procuraba a los muslimes, había hecho crónica la perversión sexual en el mundo islamita. No escapó a tal contagio la España mora, incluso en sus períodos de apogeo vital. Recuérdese el caso de Abd Al-Rahman III y el niño mártir San Pelayo, las acusaciones públicas contra un cadí de Hixam II, algunos pasajes del* Libro del amor *de Ben Hazm, etc. Pero en la crisis aguda de desvitalización que padeció Al-Ándalus en la época de los reinos de taifas, la perversión sexual alcanzó los límites extremos que nos describen la anécdota y las poesías que siguen.*

Vivía en Zaragoza un mancebo llamado Yahya ben Yatfut, de los Banu Yafran, que se había criado en casa del rey de la ciudad, Al-Muqtadir ben Hud. Aprendió equitación y bellas letras, y era tan hermoso, atractivo y agudo, que Ben Hud se prendó de él, y aunque ocultó algún tiempo su amor, no pudo al cabo reprimirse, y le escribió (mutatt):

¡Oh gacela! Dime, por Dios,
cuándo te veré presa en mis redes.
La vida se me pasa, y mi alma
languidece, por no lograr tu amor.

El mancebo le respondió al dorso del billete.

Si es verdad que soy gacela, tú eres
el león que quiere arrebatarme,
y nunca me había pasado por las mientes
el establecerme en tu selva.

Y añadió debajo de estos dos versos: "Esta contestación es la que exigen las leyes de la poesía. Pero, después, te digo: He puesto mi brida en mano de mi señor. ¡Ojalá me conduzca a lo que deseo y no a lo que aborrezco! Y lo que deseo es que exista entre nosotros un amor que entrañe un perdurable y puro afecto, pero seguro de que no ha de seguírseme vergüenza ni castigo divino".

De Al-Maqqari (Trad. García Gómez: Al-Ándalus, V, 42).

## EL LUNAR

En la mejilla de Ahmad hay un lunar que hechiza a todo hombre libre de amor:

Parece un jardín de rosas cuyo jardinero es un abisinio.

Del poeta granadino ABD AL-AZIZ BEN HABRA, apodado AL-MUNFANTIL (siglo XI).

## DESEOS

Una casa bien abastecida, una puerta nunca cerrada, y el raque y la tinaja y el porrón y el vaso.

Y un amigo al que pueda besar en la noche, de natural dulce y en cuyo beso no haya mal.

Y si no es posible lograrlo o sus pretensiones son excesivas, pues la copa, la bolsa y el diablo.

Del médico BEN ZUHR (Avenzoar) m. 1162.

## EL VELLO

Era barbilampiño, de un puro color de oro, capaz de hacer llorar de amor a una nube sin agua.

Cuando le salió el vello no lo podía soportar, como un potro es indócil a la incógnita brida.

Al verme, bajaba la cabeza desolado y se revestía de timidez.

Pensaba que el vello haría cesar en mí el cariño que por él sentía.

Mas yo no vi en el vello de sus mejillas más que tahalíes que ceñían los sables de su mirada.

De BEN RASIQ, de Masila (1000-1070).

## LA MARGARITA

Un airoso mancebo giraba en nuestro torno, llenando las copas y reavivándolas, a la hora en que el sol ya se había levantado y había ya brillado la aurora.

El jardín nos había mostrado sus anémonas y daba su perfume el mirto, oscuro como el ámbar.

"¿Dónde está la margarita?", dijimos, y el jardín nos contestó: "La he dejado en la boca de quien sirve los vasos".

Y el copero lo negaba, pero cuando sonrió se descubrió el secreto.

De BEN AL-ZAQQAQ, de Alcira (m. hacia 1135).

## EL MANCEBO SASTRE

¡Hijos de Mujira! En vuestra tribu tengo un pequeño antílope, al que la sombra de vuestras lanzas dispensa de buscar escondite entre los espinos.

El caballo de su taburete está orgulloso de sustentar a este héroe, armado con sólo una aguja, que parece una pestaña de sus párpados;

aguja que, revoloteando sobre el vestido de seda que cose, parece una estrella fugaz, seguida del rastro de luz del hilo.

Toda lengua quisiera ser acerico de su aguja cuando termina de bordar los vestidos rayados.

Cuando tuerce el hilo, el hilo tuerce mi corazón. ¡Ojalá mi corazón pudiera seguirle como el hilo!

De Ben Jaruf, de Córdoba (m. hacia 1220).

## EL MANCEBO CARPINTERO

Aprendió el oficio de carpintero, y yo me dije: "Quizá lo aprendió del aserrar de sus ojos en los corazones".

¡Desgraciadamente los troncos que se apresta a cortar, unas veces tallándolos y otras golpeándolos!,

ahora, que son maderos, comienzan a coger el fruto de su delito, de cuando, siendo ramas, se atrevieron a robar la esbeltez de su talle.

De Muhammad ben Galib Al-Rusafi, de la Ruzafa de Valencia (m. 1177).

## EL MANCEBO TEJEDOR

Me decían insistiendo en censurarme porque le amo: —"Si no te hubieras enamorado de un muchacho vil, de baja condición...".

Yo les contesté: —Si yo pudiera mandar en mi amor, tampoco le querría, pero ese poder no lo tengo.

Lo amo por sus dientes como burbujas, por lo perfumado de su aliento, porque sus labios son dulces y hechiceros sus párpados y sus ojos.

Es una pequeña gacela, cuyos dedos no cesan de moverse entre los hilos, como mi pensamiento, al verlo, se mueve siempre entre galanterías.

Sus dedos juguetean alegres con la lanzadera sobre el telar, como juegan los días con la esperanza oprimiendo la trama con sus manos o apretándola con sus pies, parece un gamo que se debate preso entre las redes.

Del mismo.

De los *Poemas arábigos andaluces* de García Gómez.

# IGNORANCIA DE LOS SULTANES ALMORÁVIDES

*Como ya queda dicho, en la España musulmana había coincidido el fraccionamiento y la decadencia política con el apogeo cultural. Las cortes de aquellos borrachos y crueles reyes de Al-Ándalus habían florecido a un tiempo en impiedad y en libertinaje, y en saber. Las poblaban poetas e historiadores, filósofos y hombres de ciencia, bibliófilos y artistas, y hasta los*

*príncipes y sus ministros componían bellos versos, escribían buena prosa, cultivaban las matemáticas o la filosofía, reunían ricas bibliotecas y redactaban curiosas memorias. Nunca había alcanzado España un nivel tan alto de cultura. ¿Cómo no había de chocar tal refinamiento con la brusquedad y la rudeza de los sultanes almorávides?*

Y, por Dios, dime tú ahora de quién os gloriáis, antes de esta predicación del Mahdi. ¿Es de Saqut val-hayib, o de Salih al-Bargawati, o de Yusuf ben Taxufin?

En cuanto a este último, si no hubiese mediado Al-Mutamid ben Abbad con los poetas de Al-Ándalus para que le alabaran, no le hubieran recompensado con la fama ni hubieran elevado el rango de su imperio. Y después de que le hubieron cantado por intervención de Al-Mutamid ben Abbad, díjole éste, terminada la recitación: "¿Ha entendido el Príncipe de los musulmanes lo que le han dicho?", y contestó: "No los he entendido, pero sé que piden pan".

Cuando se despidió de Al-Mutamid ben Abbad, para ir a la corte de su imperio, escribióle Al-Mutamid una carta en que le decía:

"Nos alejamos uno de otro y, a causa de la nostalgia, mis costados están ardientes y, en cambio, no cesan mis lágrimas.

"Al perdernos se han cambiado mis días y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas."

Y cuando le fueron leídos estos dos versos, dijo al lector: "Nos pide esclavas negras y blancas". —"¡Oh señor! —dijo el lector—, lo que quiere decir es que, al lado del Príncipe de los musulmanes, su noche era como el día, porque las noches alegres son blancas, y que, con su alejamiento, su día se ha tornado noche, porque los días de duelo son como noches oscuras". Entonces dijo el sultán: "¡Por Dios, que es bonito! Escríbele en respuesta que nuestras lágrimas corren por él y que nuestra cabeza nos duele por su alejamiento". ¡Lástima que no hubiese vivido en este tiempo Al-Abbas ben al-Ahnaf para que hubiese aprendido de este hombre ilustre delicadezas de amor!

No te engañes cuantas veces veas que la mula va delante de los burros, pues allí hay parentesco.

Y callad, pues si no hubiera sido por esta dinastía, en verdad que no hubierais podido apoderaros de las gentes.

Aunque la rosa se coge del espino y el fuego se toma de la ceniza.

De la *Risala* de Al-Xaqundi (Trad. de García Gómez, Revista de Occidente, 1933, XI, 342).

## RAZÓN Y FE EN LA ESPAÑA MUSULMANA

*El fecundo movimiento filosófico del Islam planteó muy pronto una oposición entre la razón y la fe. En ella, grandes pensadores trataron de buscar avenencia, defendiendo la necesidad de la revelación. En Oriente tal*

*posición arranca de las especulaciones de Chahid de Basora (siglo VIII), seguidas por Al-Farabi, Ben Sina (Avicena), Ragnib de Ispahán y Al-Gazali. En Al-Ándalus la adoptaron y la desenvolvieron, con brillo, cuatro grandes figuras de la filosofía peninsular: los musulmanes Ben Hazm de Córdoba (994-1063), Ben Al-Sayyid de Badajoz (1050-1127), el cordobés Ben Ruxd o Averroes (1126-1198), y el judío Maimónides (1135-1204). Y por influencia directa de los dos últimos pasó a la escolástica cristiana y fue adoptada por Guillermo de Auvernia y por Santo Tomás. Asín, a quien se debe el estudio de estas relaciones, ha sacado a luz la personalidad del más desconocido de ellos, de Ben Al-Sayyid, quien, en las páginas que siguen, defiende a otro filósofo hispano-musulmán, Al-Waqqaxi, de la acusación de irreligiosidad que pesaba sobre él, como había pesado y pesó después sobre otros pensadores islamitas de Al-Ándalus, que habían adoptado, y que adoptaron luego, la misma postura ideológica.*

Dice el maestro (Abu Muhammad Abd Allah ben Muhammad ben al-Sayyid de Badajoz) (¡Dios esté satisfecho de él!):

—Penetró en mi casa uno de mis amigos, en la ciudad de Valencia (¡Dios la guarde!) cierta noche, después de la oración de la puesta del sol, y me dijo:

—Yo creía que el alfaquí Abu-l-Walid al-Waqqasi tenía fe religiosa, hasta que hoy me he convencido de que no la tuvo. ¡De Dios somos y a Él hemos de volver!

—Y ¿por dónde te consta eso? (le pregunté).

Él me respondió:

—Ben Masud al-Attar me ha recitado dos versos suyos (es decir, de Al Waqqasi), en los cuales abiertamente manifiesta éste la infidelidad.

Se puso entonces a tratar de recordar los dos versos, pero no le venían a la memoria. Entonces yo le dije:

—Quizá sean dos versos que alguien me recitó, hace ya más de diez años, y que son éstos:

"Aflígeme (el pensar) que las ciencias de la humanidad son dos (tan sólo), que, si las aprendo, no tengo más (que aprender):

"Una ciencia cuya comprobación real es imposible, y una ciencia cuya verdad de nada sirve."

Díjome:

—Efectivamente (ésos son los versos).

Y se puso en seguida a decir:

—Mira, pues, cómo da a entender ese malvado (en sus versos) que la ciencia de la revelación no es verdad y que la ciencia de la filosofía es la verdad.

Yo le respondí:

—¡Por vida mía que la poesía esa es bien oscura, y anfibológico el sentido de lo que en en ella quiso decir su autor! Cabe, sin embargo, tomarla en buen sentido e interpretarla de modo bien distinto.

El dijo:

—¿Pero es acaso posible interpretarla de otro modo?

Yo le respondí:

—Sí. Dice Al-Farabi que los filósofos griegos, todos ellos, tanto Aristóteles como los demás, pensaban que no hay diferencia alguna entre la filosofía y la revelación, en cuanto al fin que (una y otra) se proponen. Sólo que la filosofía establece las cosas por demostración apodíctica y representación intelectual, mientras que la revelación las establece por razonamiento persuasivo y representación imaginativa. Y eso es así, porque siendo los hombres tan diferentes unos de otros en sus talentos naturales y en sus facultades de comprensión, como lo son asimismo en sus formas físicas, en el color de su tez y en sus otras cualidades, dispuso el Creador (¡ensalzado sea!) dos métodos para adquirir la ciencia: el método de la demostración apodíctica y de la representación intelectual, para quienes poseen una facultad de comprender robusta y un entendimiento sólido, y el método de la persuasión, para aquellos otros cuyo talento comprensivo es débil y cuyo entendimiento carece de solidez. Por eso Al-Waqqasi, en esos versos suyos, dijo en este mismo sentido: "Aflígeme el advertir, cuando examino las ciencias humanas, que todas ellas se reducen a dos órdenes, sin duda alguna: una ciencia, cuyas pruebas apodícticas y cuyas causas consigo alcanzar y comprobar científicamente, pero que de nada me sirve, puesto que, antes por el contrario, todo el que a su estudio se consagra es acusado de hereje y de infiel, y esta ciencia es la filosofía; y otra ciencia, cuyos principios y causas no alcanzo y que, si la admito, es por mera persuasión y por sumisión ciega a la autoridad, siendo, en cambio, esta ciencia la que me aprovecha y sirve para lograr ventajas y utilidades (espirituales)".

Díjome entonces:

—¡De modo que resulta, según eso, que la ciencia de la revelación no se funda en demostración apodíctica alguna! ¡No has añadido, pues, nada a lo que yo decía!

Yo le respondí:

—¡No te precipites! ¡Guárdete Dios y reflexiona bien! No quieren decir los filósofos que la revelación no se funde en demostración apodíctica. ¡Maldito de Dios sea quien tal crea! Antes bien, la revelación posee la máxima demostración apodíctica. Lo único que quieren decir es que el profeta, cuando aparece en una época determinada, ostenta, como demostración apodíctica de la verdad de su misión profética, los milagros que aporta, superiores a la capacidad y potencia de los hombres. Y una vez que la verdad de su misión profética consta por las pruebas apodícticas de sus milagros, acéptanse ya sus prescripciones religiosas y todas sus leyes por simple persuasión y por sumisión ciega a su autoridad, sin investigar la razón apodíctica de ninguna de ellas, puesto que no se le pregunta por qué las oraciones rituales son cinco y no otro número cualquiera, o por qué es obligatorio el ayuno durante treinta días, y así en lo demás. Antes bien, todo cuanto el profeta ordena y preceptúa como obligatorio, acéptase por el

criterio de autoridad y por mera persuasión. No es así, por el contrario, el conocimiento propio de la filosofía: al filósofo, en efecto, cuando dice que los tres ángulos de un triángulo rectilíneo son iguales a dos rectos, no se le acepta la verdad de su afirmación por simple persuasión ni por su autoridad, sino hasta tanto que funde sobre una demostración apodíctica la verdad de lo que dice. Y asimismo con todo lo que diga.

Cuando oyó esto, se calmó su extrañeza; pero luego me dijo:

—¡Si Al Waqqasi no hubiese estudiado nada de esas ciencias (filosóficas), es seguro que habría gozado de más prestigio a los ojos de la gente!

Yo le respondí:

—¿Qué es lo que entiendes por gente? Porque (¡guárdate Dios!) si por gente entiendes el vulgo, tienes razón; pero si por gente entiendes los selectos juntamente con el vulgo, no estás en lo cierto; antes bien, los hombres selectos creen que quien conoce a la perfección dos ciencias sabe más que quien sólo conoce una, y asimismo creen que la excelencia del hombre aumenta a medida que aumenta el número de sus conocimientos. Ya dijo Ali (¡Dios esté satisfecho de él!): "La valía y precio de todo hombre estriba en lo que conoce. Todo hombre inteligente debe, por eso, estudiar toda ciencia y aprender de ella la parte que le sea posible, a fin de conocer la verdad para seguirla y el error para evitarlo". Y asimismo dijo Umar (¡Dios le haya perdonado!) que quien no conoce el mal está más expuesto a caer en él.

Entonces me preguntó:

—Y ¿cómo pueden juntarse la fe y la incredulidad, la verdad y el error, en un mismo corazón?

Yo le respondí:

—No es el hombre moralmente responsable de todo lo que conoce, sino tan sólo de aquello que libremente elige y profesa. Si el hombre fuese infiel por razón de las tesis impías que, sin asentir a ellas, conoce, seguramente habría sido el más incrédulo de los hombres (el teólogo) Al-Baqilani, que tú conoces, puesto que sabía de memoria las opiniones y doctrinas de (todos los infieles y herejes), y hasta tú mismo serías también incrédulo, puesto que sabes de memoria muchas de las doctrinas impías.

Entonces me dijo:

—No he visto jamás filósofo alguno que no fuese impío.

Yo le respondí:

—¡En verdad que es curioso lo que te pasa! Y ¿cuándo has visto jamás un filósofo?

Él me replicó:

—Pero, ¿es que no son filósofos todos esos que vemos y tratamos? Y mencionó a unos cuantos.

Yo le respondí:

—No es filósofo todo el que se jacta de serlo, como no es tampoco jurista todo el que se tiene por conocedor del derecho. Los que pasan por filósofos son dos clases de hombres: el filósofo auténtico y el filósofo apó-

crifo. El filósofo auténtico es aquel que huye de los deleites sensuales, que ama el bien y a los que lo practican, que odia el mal y a los que lo hacen, que desprecia las cosas de acá abajo, que pone en la vida futura la meta de todos sus anhelos y se somete al cumplimiento de las leyes. El falso filósofo es el que hace todo lo contrario.

Después hícele ver lo que dicen Platón y Aristóteles acerca de las condiciones que debe reunir el filósofo. Un texto de Platón es éste: "Nosotros somos incapaces de comprender el contenido de las leyes reveladas: de él no conocemos sino muy poca cosa, y sabemos que de los misterios de la creación nos quedan por entender muchos más de los que alcanzamos". Otro texto de Platón es el siguiente: "El que quiera estudiar la filosofía, que se purifique antes el alma de toda clase de vicios, pues la sabiduría no habita en el alma perversa, como tampoco puede verse nadie el rostro en el agua turbia". Mostréle después este otro texto de Aristóteles: "¡Matad al hombre irreligioso!" Y este otro: "No es nuestro fin único el saber. Nuestro fin es saber y obrar, ser buenos y virtuosos y observadores de las leyes". Y este texto de Platón: "No hay cosa que más ayude al buen orden de la vida individual y social que el conocer y creer tres verdades, ni hay cosa más perjudicial que el ignorarlas y creer sus contrarias: 1ª Conocer que las cosas tienen un solo Artífice o Autor. 2ª Conocer que este Artífice ni descuida cosa alguna ni se le escapa a su atención, sino que, antes bien, todas las cosas están bajo el dominio de su ciencia y bajo el imperio de su providencia y gobierno. 3ª Que a este Artífice no le place ni acepta de nadie sacrificio alguno que le ofrezcan, cuando el que se lo ofrece ha cometido un pecado, y, con el propósito deliberado de permanecer en él, espera que se lo perdone; antes bien, tan sólo acepta su ofrenda, cuando ha practicado una obra buena".

Después de esto le dije:

—Examina, pues, a esos que se las echan de filósofos, y si ves que se acomodan a esta descripción, serán filósofos, como ellos pretenden; mas si los ves (obrar y pensar) de manera opuesta a la que te he descrito, entonces será que se arrogan falsamente el título de la filosofía, sin conocer real y positivamente el método de esta ciencia. Has de partir de este principio: que todo hombre que, pretendiendo estar consagrado a la filosofía, niegue y menosprecie las leyes reveladas y deje de adquirir las virtudes, yerra el camino de la filosofía.

Del *Kitab al-Masail* de Ben Al-Sayyid, de Badajoz (Trad. Asín, Al-Ándalus, II, 383).

## DOS OFICIALES DE LAS CIUDADES DE AL-ÁNDALUS

*¡Reinos de taifas! Sensualidad y poesía, sangre y lujuria, perversión y crueldad; el vino alegrando las mentes de sultanes y magnates y la llama del saber alumbrando las almas de los hombres de letras y de ciencias; refinamiento espiritual y tolerancia y a la par desenfreno de las más torpes pasiones;*

*crímenes principescos y explotación fiscal; cortes lujosas y brillantes que se mueven entre la arbitrariedad y la impotencia y pueblos agobiados por las cargas tributarias e indefensos frente a los malhechores. Sí, he aquí, en dos breves noticias sobre dos oficiales de la policía de las poblaciones andaluzas, el reverso de la medalla del brillo y del esplendor de las capitales de los taifas. Consiguen éstos imponer su autoridad mientras el sol alumbra, y sus inspectores ponen entonces orden y paz en la ciudad. Pero son vanos sus esfuerzos para señorear también las tinieblas. Mientras reyes y visires beben y aman en palacios fastuosos o en huertos perfumados y mientras magnates y poetas improvisan versos, escuchan música o cantos, presencian bailes lúbricos o gozan de las caricias de sus amadas o de sus esclavas, los malhechores asaltan, roban y asesinan a los ciudadanos en sus casas. No logran impedir sus fechorías ni los vigilantes nocturnos ni la rigidez de los gobiernos, a veces extrema, en el reprimir el bandolerismo. Éste y las raterías habían sido endémicos en Andalucía desde antes de Cristo y lo han sido hasta nuestros días.*

## EL INSPECTOR DE PESAS Y MEDIDAS (ALMOTACÉN)

Respecto al oficio de atender al contraste de pesas y medidas, es encomendado entre ellos (los árabes de Al-Ándalus) a hombres inteligentes y de estudio, como si el titular de un cargo fuera un juez.

Lo acostumbrado en esta materia es que dicho funcionario se traslade personalmente a los mercados, con sus auxiliares, provisto de su balanza de contraste, en la que con uno de los ayudantes pesa el pan, pues el pan, entre ellos, tiene pesos conocidos: a un cuarto de dirhem corresponde una pieza de determinado peso, y lo mismo por lo que hace al octavo de dirhem. Este proceder comporta la ventaja de que el adquirente pueda mandar a hacer su compra al pequeñuelo o a la débil esclava (con la tranquilidad de que éstos se hallan) en igualdad de condiciones respecto a la persona perita en el conocimiento de los pesos en cuanto a lo (que reciben por lo) que pagan en el mercado.

Otro tanto sucede con la carne, encima de la cual se coloca un papel con su precio, no atreviéndose el carnicero a vender en infracción de lo que le ha fijado el almotacén en el cartel. (Pero) apenas (se percibe) que encubre su fraude, el almotacén le envía secretamente a un chico o a una esclava y en seguida hace la verificación (del peso). Si halla una falta, ajusta a su magnitud (el rigor de) su actitud; y no preguntes sobre lo que (suele) resultar.

Si el abuso (del infractor) ha sido grande y no se arrepiente después de haber sido flagelado y afrentado públicamente en los mercados, se lo expulsa de la ciudad.

Para realizar las operaciones del contraste (de las pesas y medidas) los almotacenes tienen que aplicar determinadas reglamentaciones que

estudian como se estudian los preceptos jurídicos, porque en Al-Ándalus dichas reglamentaciones rigen todas las transacciones y se diversifican de manera tal que es largo detallar aquí.

## EL SERENO DE BARRIO EN LA ESPAÑA MUSULMANA

Los guardianes nocturnos, cuyo oficio es el que en Occidente corresponde a los jefes de zona, son conocidos en Al-Ándalus bajo el nombre de "porteros", lo que proviene de que en aquel país hay caminos con portales que se clausuran bajo cerrojo después de hacerse la noche.

En cada calle hay un vigilante, en cuyo puesto está colgado un farol. Tiene un perro guardián y armas preparadas; ello, a causa de la astucia de los habitantes (de Al-Ándalus), de lo mucho de su malicia y de su arte de engañar en materia de fechorías, hasta el punto de que escalan los edificios elevados, abren los cerrojos difíciles y llegan a asesinar al dueño de casa por temor de que los denuncie y luego los persiga por la justicia.

Es raro que en Al-Ándalus (pase un día) sin que se oiga que la casa de Fulano fue violada ayer o que a Fulano lo degollaron los ladrones en su lecho.

El auge o la disminución de estos hechos está en relación con la energía o la blandura del gobernante, pero aunque incurra en un exceso de violencia y su espada gotee sangre, no cesan tales actos, habiendo (por ello) llegado las cosas al extremo de que se ha ejecutado a una persona por causa de un racimo de uvas que robó en una viña; y así por el estilo. Pero, no obstante, no se acaban los ladrones (en Al-Ándalus).

Del *Kitab Nafh al-Tit* de Al-Maqqari (Trad. inédita de O. Machado, según los textos 7 y 33 de la Crestomatía de Asín).

## ENTRE ALFONSO Y YUSUF. ANGUSTIAS DEL REY DE GRANADA

*Si los teólogos y juristas y el pueblo de las reinos de taifas vieron en los almorávides a los libertadores de la tiranía y de la explotación fiscal de sus príncipes, éstos adivinaron pronto el peligro que los africanos representaban para la perduración de la independencia de sus estados. Lo sabemos por la pluma del rey de Granada. Cuando Yusuf ben Taxufin regresó a África, tras la campaña de Aledo, Alfonso VI se decidió a continuar su vieja política y a someter de nuevo a tributo a los sultanes de Al-Ándalus —nuevo testimonio contra la gravedad del desastre de Zalaca—, y los sultanes se hallaron así en una postura angustiosa entre los cristianos y los almorávides. El granadino Abd Allah intenta justificar sus tratos con Alfonso. Al-Mutamid resistió por la fuerza al leonés. El primero incurrió en la cólera de Yusuf y el segundo recibió tarde su auxilio. Pero a la postre su*

*suerte fue pareja, pues los dos fueron despojados de sus reinos por los africanos.*

## TEMORES, ESPERANZAS Y FORTIFICACIONES

"...Me encontraba entonces en un estado que me valdría la desaprobación de mis súbditos y de mis tropas regulares. Tal solución tendría, pues, por objeto colocarme en una mala situación y ponerme en una postura crítica." Al-Qulayi me dijo entonces: "Si te indispones contra su ejército, podrás hacer venir de Marruecos refuerzos que te permitirán prescindir de él. No te ocupes más de mí, ahora que estoy asociado con Ben Sahl y no te cuides del lugar de donde te vendrá el dinero". Me encontraba así frente a un asunto oscuro y que se proponía arreglar sin contar conmigo. A esto se añadían las amenazas e intimidaciones que lanzaba contra mí, continuamente, en presencia de sus amigos y de gentes que me las referían de su parte. Así supe que decía: "Por Alá, trataré al nieto de Badis como su abuelo nos ha tratado, a mí y a otros". Publicaba de tal modo su poca circunspección, su maledicencia, su desprecio por mí mismo y la necesidad que yo tenía de él. Todo ello no hizo sino aumentar la impaciencia de los soldados de las tropas regulares que proyectaban entonces irse. Habiéndome dado cuenta de esta situación, me dije: "Haciéndome odioso a mis tropas regulares, que son como mis dos alas, me expongo a permanecer solo frente a los que desean mi destitución. Siendo así, en todo caso vale más atraerme a mis soldados y volverlos a mi causa y no incurrir sino en la cólera de Al-Qulayi, lo que dará satisfacción a mis *abid* y a mis tropas regulares". Les reuní en su presencia y les dije que volviendo sobre mi anterior línea de conducta les devolvía el derecho de *inzal* (¿alojamiento?). Todos se alzaron entonces contra Al-Qulayi y le hubieran arrancado de mi presencia, si yo no se lo hubiera impedido. Temía que le mataran, lo que habría constituido una prueba de mi falta de autoridad, cuyas consecuencias hubiesen sido lamentables. Por eso les dije: "Dejadme a mí solo decidir de su suerte". Después di orden de retenerle prisionero, con todas las consideraciones posibles, en una cámara situada cerca del palacio, donde fue tratado de una manera honrosa. Iba a verle para excusarme de la sublevación popular y le prometía ponerle en libertad cuando desapareciera la agitación. Así debía ocurrir además; cuando volvió la calma y se restableció la situación anterior, dispuse que fuese liberado y le ordené que retuviera la lengua y que fuera mesurado en sus palabras y en sus actos, salvo en las cosas que le concernieran personalmente y que dependieran sólo de él. Me respondió: "De acuerdo. Voy a retirarme a las rábidas (monasterios) para llevar una vida tranquila, si Alá lo quiere". Pero apenas puesto en libertad, corrió cerca del Emir de los Musulmanes para quejarse, y ello no hizo sino agravar la situación. Las tropas regulares me hicieron decir entonces: "Si le hubieses mantenido en prisión, no hubiera atizado el fuego contra ti. No tardarás en lamentar haberle liberado". Pero en su conjunto me demostraron una obediencia, una sumisión y una fidelidad tales que yo creía

que si hubiera sido necesario habrían combatido por mí hasta al Anticristo. Estaba satisfecho y seguro y me dije: "He aquí gentes para quienes nadie podría reemplazarme, mientras les dé pruebas de equidad y facilidades de vida. Han podido ver cómo son tratadas las tropas de Marruecos y que el menor de los *abid* de entre ellos tiene más comodidades y lleva una existencia más grata que los soldados de los otros ejércitos. No es posible que cambien lo mejor por lo peor". Supe entonces lo que pensaban sobre mí los mogrebíes que guarnecían las fortalezas, y que se hallaban bien dispuestos, y no pensaba que ninguno de ellos fuese capaz de traicionarme. Sólo mis súbditos me preocupaban.

Deseaba vivamente la abolición de las gabelas llamadas *magarim* —impuesto extraordinario sobre los bienes raíces o sobre las ventas— y conocía las disposiciones tomadas por los almorávides sobre el *zakat* y el diezmo. Me dije: "Con las águilas que están sobre sus cabezas (es decir: con las guarniciones de mis fortalezas) no osarán hacer nada. Desde el momento en que las plazas se hallan en estado de defensa, me es fácil mantener en orden a mis súbditos. ¿Cómo un ejército invasor podrá invadir a la vez todo el territorio? Necesitará algún tiempo para ganar a su causa la guarnición de un castillo y para que su defección pueda provocar cambios". Puse por ello el mayor cuidado en levantar las fortalezas, en renovarlas y en ponerlas en situación de sostener un sitio. Tomé todas las decisiones necesarias y las hice ejecutar: establecimiento de cisternas y de molinos y depósitos de escudos, flechas, máquinas de proyectiles y de todo género de víveres, cosas todas que yo retiraba de las poblaciones. Hice llevar a cada castillo provisiones para más de un año, y me ocupé en particular de mi capital, pero los preparativos que hice en ella son demasiado conocidos para que pueda dispensarme de describirlos.

"No es posible, me decía, que el Emir de los Musulmanes venga a atacar a cualquiera de los príncipes islamitas de Al-Ándalus, antes de haber terminado con el rey cristiano. Su disputa debe terminar de una u otra manera. Si es el almorávide el vencedor, no podremos dejar de aceptar su soberanía. No tomaremos contra él disposiciones cuyas consecuencias podrían sernos más nefandas que si consentimos en la ocupación de nuestros territorios e intentamos atraernos su benevolencia. "No habiendo caído el asno, el odre no se ha roto", dice el proverbio. Veo clara la situación. No me es preciso tender a los almorávides una mano hipócrita. Si vence el cristiano, estoy en guardia; la fortificación de mis castillos, su restauración y aprovisionamiento me serán muy útiles: me permitirán proteger a los musulmanes y esperar la marcha de los acontecimientos. Pero no puedo esperar sacar partido contra los almorávides de tal línea estratégica." Con esta intención hice hacer los preparativos de defensa de Almuñécar. Si el cristiano obtenía la victoria, yo podría ganar la costa al alcance de los musulmanes de África y rechazar desde allí los ataques lo mejor que pudiera, hasta que me viera obligado a atravesar el mar, para ponerme allí al abrigo, con mis allegados, los más cercanos, y con algunas migajas de mis riquezas.

Se hicieron, pues, en Almuñécar, por mi orden, los trabajos de fortificación que son bien conocidos. De lo que había provocado tal decisión y de lo que yo esperaba de su ejecución, las gentes no enteradas no podían comprender nada. Semejaban a ciegos debatiéndose en las tinieblas. Cada uno hablaba a su guisa. En cuanto a mí, por lo que se refería a los almorávides, no tenía —Alá me es testigo—, en ninguna manera, la idea de disuadirles de hacer la guerra santa, ni la de aliarme con alguien contra ellos. No tenía para con ellos ninguna de las malas intenciones que me fueron atribuidas a la sazón. Todo se limitó al gran temor que me causaron los sucesos de que fui testigo y que ya he referido: la desdicha de Ben Raxiq y la inquietud que me produjo, el abatimiento que se apoderó de mí y mi pesimismo, corroborado por una realidad tangible. Tuve para mí el siguiente razonamiento: "Mientras permanezcan frente a frente cristianos y musulmanes, podré temer un brusco ataque a mi capital, más vale, por tanto, ponerla en estado de defensa, lo que en todo caso, me sería útil. Si el Emir de los Musulmanes me pidiera que le proporcionase tropas, dinero o cualquier otra cosa semejante y que le prestase mi concurso y mi ayuda, me guardaría mucho de tergiversar las cosas, porque entonces le proporcionaría argumento en mi daño y atraería el mal sobre mí. Por el contrario, si me pide que acuda a él en persona, alegaré algún impedimento y me esforzaré en no hacer nada; quizá me dejará entonces tranquilo y aceptará mis excusas. Pero si no hace tal, sabré que desea en verdad apoderarse de mis posesiones y encarnizarse conmigo, bajo la influencia de la maledicencia y de las mentiras de mis enemigos. Desde tal momento me será necesario velar por mi propia vida, ponerme en guardia y considerarle como a los otros príncipes musulmanes que desean expulsarme de mi casa. Tendré a Alá entonces a mi lado, puesto que no habré tenido ninguna mala intención para con el Emir ni habré prestado ayuda a nadie contra él, ni habré intentado estorbarle la práctica de la guerra santa. ¿Qué pretexto podrá alegar en mi daño, si desea alguno, sino el de una falsa acusación que su poder le permitirá tomar en cuenta? Seré impotente contra tal actitud y mi caso recordará el de quien fue a ver a un rey y había preparado de antemano las respuestas que daría a sus preguntas. Cuando le conducían a la cárcel, le preguntaron para qué le habían servido las contestaciones que pretendía haber tenido prestas. "Yo había encontrado, replicó, una respuesta para cada una de sus palabras, salvo para ésta: Apoderaos de su persona. No sabiendo cómo contestarla, me he abandonado al destino." En este período de mi reinado me dominaban alternativamente la esperanza y el temor. Por el contrario, estaba seguro de mi cortejo de militares y funcionarios y sabía que no me traicionarían. Esta seguridad y los preparativos que había hecho me devolvieron alguna confianza.

## EXIGENCIAS DE ALVAR HÁÑEZ

En el momento de nuestro abandono del cerco de Aledo, habíamos pedido al Emir de los Musulmanes que dejara tropas en Al-Ándalus para

conjurar una posible ofensiva del rey cristiano. Era de temer que éste intentase vengarse de nuestros éxitos en tal campaña y en la precedente, y él no estaría en el país con tropas suficientes para rechazarle. Pero el Emir nos respondió: "Uníos con sinceridad y rechazaréis al enemigo", y no nos dio tropas. Tuvimos la certeza de que Alfonso no dejaría escapar la ocasión de perseguirnos y así ocurrió, en efecto. No tardó en reunir sus tropas, en acudir y en exigirnos dinero, amenazándonos, si rehusábamos dárselo, con entrar a sangre y fuego en nuestros territorios. Concluyó un tratado con el soberano de Zaragoza y con los príncipes de los estados vecinos de Levante, que se pusieron así al abrigo de sus depredaciones y le pagaron el monto de los tributos precedentes. Cuando me llegó la noticia de tal pago, aumentó mi angustia y me di cuenta de que mi situación era tan peligrosa como la del que cabalga sobre un león. En efecto, si me veía obligado a entregar mi país a la guerra, no teniendo tropas a mi disposición, aquél sería asolado.

No podía recaudar un solo dirhem de impuestos, a pesar de lo cual no estaría al abrigo de las críticas. Mis detractores no dejarían de acusarme de haber hundido mi país en la miseria o de haber atraído al enemigo. Sus murmuraciones contra mí serían iguales a las que había escuchado sobre Ben Raxiq. Y además ello constituiría la ruina de mis estados. No podría encontrar el dinero necesario para emprender las expediciones de cada año y para pagar a los almorávides sumas de plata a título de *diyafa* (derecho de alojamiento). En tales condiciones sufriría un grave perjuicio. Y si por el contrario consentía en ser tributario de los cristianos, no faltaría quien dijera: "Ha concluido un tratado con el cristiano" y se me infamaría por un crimen que no había cometido. Y así ocurrió en realidad, porque no pude escapar a los peligros que temía, como resultado de los decretos del destino.

Era Alvar Háñez el jefe de los cristianos en los confines de los reinos de Granada y de Almería. Alfonso le había encomendado la misión de obrar en las dos regiones como más conviniere a sus intereses: hostilizando a los musulmanes que declaraban hallarse en la imposibilidad de someterse a sus exigencias; obteniendo dinero, e interviniendo en todos los asuntos que pudieran procurarle alguna utilidad. Comenzó por enviarme una diputación que vino, en su propio nombre, a advertirme de su intención de ocupar Guadix; sólo la entrega de una suma no menguada le decidiría a no llevar adelante sus propósitos. "¿Con qué medios, me dije entonces, podré premunirme contra sus designios? ¿Qué poder tengo para rechazarle? Los almorávides no me han dejado tropa para hacer frente a sus ataques. ¿El cautiverio de cuántos musulmanes va a acarrear este nuevo peligro? ¿Cuántas riquezas van a perderse que no disminuirán en nada, a la postre, el tributo que me he comprometido a pagar a los cristianos? ¡No permita Dios que pongan en ejecución su proyecto y que yo sepa que han sido cautivados musulmanes! ¿No vale más darle en seguida una prenda estimable? Estoy en condiciones de hacerlo, antes de que comiencen a devastar el país. Voy

a hacerlo por amor de Alá altísimo, que sabe los pensamientos secretos de cada uno. Si tomara tal decisión con propósito deliberado y teniendo tropas que me permitieran rechazar al enemigo, proporcionaría evidentemente un gran argumento contra mí a quienes me quieren mal."

Tomé, pues, la resolución de satisfacer las exigencias de Alvar Háñez, a la menor costa, haciéndole prometer mediante tratado que no se acercaría a ninguna de mis ciudades una vez que hubiese recibido las sumas que iba a pagarle. Se comprometió a ello, pero cuando fue hecho el pago me hizo decir: "Por lo que me concierne sólo tengo buenas intenciones para contigo. Pero lo que debe merecer tu atención es que Alfonso se prepara a la guerra contra ti y contra los otros príncipes musulmanes. Quien de vosotros le pague lo que le debe no tendrá nada que temer, pero no quien se dispense de hacerlo: mi señor me encargará de tratarle con rigor. No soy sino su esclavo y debo cumplir sus deseos y ejecutar sus órdenes. Lo que acabas de darme no te será de ninguna utilidad si no te entiendes con él. El único provecho que sacarás de tu donación será hallarte en buenos términos conmigo, pero sólo en la medida en que mi señor no me ordene lo contrario".

Dándome cuenta de la justicia de sus palabras y de que eran razonables, me dije: "No me es posible tomar la delantera y enviarle una diputación por mi propia iniciativa: con ello le impulsaría a tener constantes exigencias con nosotros. Pero cuando me envíe un mensaje, requiriéndome para que le pague un tributo, intentaré pretextar cualquier impedimento. Acaso acepte mi súplica, porque de darle la menor suma excitaría su avaricia. Procuraré hacer que las negociaciones se dilaten hasta que acaso vengan tropas almorávides que le derroten y no se hablará más de sus exigencias. Y si no llega ningún socorro, habré logrado a lo menos no indisponerme con él y no tendré que sufrir las consecuencias de tal enojo".

## TRATOS CON ALFONSO VI

Las circunstancias me obligaron, pues, a ir al encuentro de Alvar Háñez para exponerle la imposibilidad en que me encontraba de entregar la menor suma a Alfonso, alegando las cargas que me había impuesto, la venida de los almorávides y los otros gastos a los que ellos me habían arrastrado. Pero el puerco no me respondió y, como era su deber, puesto que estaba a su servicio, escribió una carta a su señor rogándole que enviara un mensajero que viniese a exigirme el pago del tributo. Si el mensajero se iba con las manos vacías, él se encargaría de vengarle, invadiendo mi territorio. Alfonso comenzó sus preparativos para la expedición y se hizo preceder por un mensajero. La noticia de la inminente llegada de tropas cristianas me causó una viva emoción. No sabía qué me convenía hacer: abandonar el país y dejar que ejerciera en él sus violencias a la fuerza o ablandarle pagándole lo que pudiera. Mis súbditos fueron sacudidos por una angustia y por una agitación tan grande que yo no creía que Alfonso aceptase dinero sin ocupar perma-

nentemente mi territorio, para vengarse de la irritación que le habían producido el sitio de Aledo y mi alianza con los almorávides. Intenté que su mensajero se contentara con poco; pero me dijo: "No he venido sino para hacerte saber que tienes que pagar a mi señor el monto del tributo ya vencido, es decir tres anualidades que se elevan a 30.000 mizcales. No se te hará ninguna rebaja. Si rehusas pagarlos continuará su avance contra tu territorio. Haz lo que puedas". Habiendo reflexionado sobre el asunto juzgué que una actitud arrogante sería una necedad inútil y me dije: "Si tomo a mis súbditos el total de tal tributo, no dejarán de agitarse y de lamentarse. Los principales de ellos irán a Marraquex para mostrar allí sus quejas y decir: "Nos ha tomado nuestros bienes y se los ha dado a los cristianos". No, en las circunstancias presentes necesito acudir a mis reservas personales y servirme de ellas para conservar intactos mi reino y mi honor. Tengo posibilidad de hacer tal entrega de mi propio tesoro. De este modo estará a salvo mi territorio y mis súbditos me quedarán agradecidos de haberles librado de su enemigo sin haberles puesto a contribución, y no seré cubierto de oprobio". Lo hice así y envié a Alfonso los 30.000 mizcales, sin expoliar a nadie ni un solo dirhem.

Juzgaba al mismo tiempo necesario concluir con Alfonso un nuevo tratado por el cual se comprometería a no atacar más ninguno de mis territorios y a no amenazarles en adelante, porque temía verle cambiar sus disposiciones en seguida. Aceptó mi oferta: "Puesto que es absolutamente necesario pagar tal suma, me decía a mí mismo, más vale que me sirva para obtener un tratado. Si las circunstancias me fuerzan a recurrir a tal tratado, allí estará y me será útil. Si puedo librarme de cumplirlo, será que tengo en cambio, por disposición divina, las lanzas morenas y las espadas de hojas finas de un ejército que podrá rechazar al enemigo. Porque la guerra no se hace sino a fuerza de expedientes y como suele decirse: "Si no puedes acabar con tu enemigo, acude a las zalamerías".

Alfonso aceptó tratar conmigo, porque estaba ávido de dinero. Por mi parte no podía dudar, me traicionaría o no me traicionaría, pero yo me encontraba en la situación de quien juega su existencia en caso de fuerza mayor. Su mensajero me dijo además: "Alfonso me ha encargado de decirte que si quieres añadir en vuestro tratado una cláusula de asistencia para la recuperación de la parte de tu territorio ocupada por Ben Abbad, se halla pronto a subscribirla y te prestará su ayuda efectiva en la expedición que está a punto de emprender". Yo le respondí: "No contribuiré con auxilio alguno a una campaña contra un príncipe musulmán. Es el deseo de preservar de todo mal a mi país y a mis correligionarios el que me ha movido a concluir este tratado. Veros mantener vuestras promesas a tal propósito es mi único fin".

Alfonso tenía, en efecto, la intención de suscitar hostilidades entre Ben Abbad y yo, a fin de poder invadir su territorio y de sostener la guerra con mi dinero, y de tener así pretexto para solicitar con frecuencia mis subsidios. Los 30.000 mizcales que le había entregado no constituían para él

sino una deuda, precio de la paz acordada; hubiera querido comenzar nuevas negociaciones para una nueva petición de fondos. Por lo demás no concedió fe a mis palabras y creyó que se trataba de una treta. Cuando le hice decir: "Al pactar contigo como acabo de hacer, me he dejado guiar de una mala inspiración, cuyas consecuencias por parte de los almorávides voy a sufrir muy pronto", me respondió, para hacerme menos penoso el pago que le había hecho: "Cuando recibas de tu soberano una petición de subsidios, me correspondería a mí pagar la parte que incumba a tu ciudad". "No, repliqué yo, es él quien deberá apreciar en su justo valor las razones que me han forzado a tratar contigo. Espero más de su aprobación y de su benevolencia que de tu asistencia."

Las cosas quedaron así durante algún tiempo, después su embajador me dijo: "Alfonso va a verse obligado a invadir todos los territorios del reino de Ben Abbad y de sus vecinos si no paga". "Ése es un asunto, le contesté, del que Alá no me pedirá cuenta el día de la resurrección. Cada uno no es responsable sino de sus súbditos. Por lo que me concierne he buscado recursos en favor de aquellos a cuya cabeza me ha colocado Alá, he dado dinero para preservar sus personas y sus bienes. Si los otros sultanes desean conservar sus Estados, que hagan frente a vuestras exigencias en la medida de sus posibilidades, pagándoos o combatiéndoos. Pero no tengo que opinar sobre el tema, no es asunto que me ataña. No estáis bajo mis órdenes, para que pueda prohibiros nada sobre tal cuestión. He llegado con gran trabajo a premunir mi propio reino y sois vos quien me ha forzado a realizar tales esfuerzos. Me considero fuera del problema y no deseo meterme para nada en el asunto, ni de palabra ni de obra." Para acudir en ayuda de mis hermanos musulmanes, no tuve otro recurso que el de escribir a Al-Mutamid, para avisarle del estado de mis relaciones con los cristianos y de su proyecto de llevar la guerra a su territorio. Le advertí de ello, para que tomara las enérgicas disposiciones que exigía la situación y se preparase a hacerle frente.

## CORRESPONDENCIA CON YUSUF BEN TAXUFIN

Después escribí al Emir de los Musulmanes para exponerle al detalle lo que había ocurrido y lo que me había visto obligado a hacer por necesidad. Le señalé que quien está sobre el terreno ve mejor la situación que el ausente, y que si las circunstancias me hubieran permitido ofrecer alguna tabla de salvación a los musulmanes, retardando mi entrega de dinero a los cristianos tan sólo el tiempo necesario para que me hubiera podido llegar una carta suya dándome su opinión sobre el asunto, me habría guardado de tomar por mí mismo una decisión no agradable para él, como era mi deber; pero que la situación era demasiado apremiante para que yo pudiese soñar en exponer a su ruina a los musulmanes. Y añadía en fin que gracias a él y a la potencia divina podríamos pronto tomar revancha sobre nuestros enemigos. No dudaba de que la respuesta del Emir alabaría la decisión

que había tomado con pleno conocimiento de la cuestión, sobre todo en atención a que la suma que había entregado era de mi propiedad personal y no había exigido ni un dirhem a los musulmanes para reunirla. Pero su contestación estuvo toda marcada de las murmuraciones y falsas acusaciones de que había sido objeto ante él, y con ello aumentó mi terror. "Sé bien, me decía en su carta, que estás en connivencia con los cristianos y que mientes. Pero pronto sabré si cuentas con la adhesión de tus súbditos y cuál es tu línea de conducta, puesto que pretendes cuidar de ellos. No creas que se trata de un porvenir lejano; no, está próximo."

Pero no me descorazoné por ello, y ante la realidad y sabiendo bien lo que había pasado, envié un mensajero para que le dijera de mi parte: "El emir no debe prestar atención a las palabras de mis enemigos. He aquí el resultado de las calumnias de que soy objeto por parte de Al-Qulayi y de Abu Bakr ben Musakkan; en uno y en otro hablan sobre mí movidos de su pasión". Abu Bakr ben Musakkan había mostrado para conmigo una insolencia extremada y me había cubierto de insultos. Esperaba que el Emir de los Musulmanes le asignaría en feudo una parte de mi territorio, lo que le convertiría en mi igual o lo situaría próximo a mí. Se enorgullecía de una ascendencia zirí, se gloriaba de ella y se declaraba superior a todo el mundo. Se esforzaba en que no se cumplieran las decisiones de gobierno que yo tomaba y ponía así en discusión mi poder soberano. No había tardado en juzgarle tan criminal como Al-Qulayi, porque no dejaba de atizar el fuego de intrigas encendido por este último, en lugar de apagarle, como hubiera sido su deber si hubiera amado el bien, mientras por el contrario se mantenía deliberadamente hostil. Se unían así las preocupaciones que los dos me causaban. Acabé por dirigir a Ben Musakkan una severa advertencia y por ordenarle que cesara en sus maniobras. Se encendió en cólera y sin haber sido objeto de un decreto de expulsión, huyó y se dirigió derechamente a tierras almorávides para excitarles contra mí y para procurar, a fuerza de mentiras y de hipocresía, infamarme a sus ojos. Escribí entonces varias veces al Emir de los Musulmanes para explicarle lo que había pasado y para quejarme de la falta de escrúpulos de tales traidores para conmigo. Pero el Emir no me contestó, sino con cartas en que me trataba con desdén y me demostraba que tenía por verdaderas las maledicencias con que me abrumaban tales personajes. Me sentí muy desgraciado durante todo este período, no sabiendo cuál era el mejor partido que podía tomar, ni cómo salir de aquel mal paso.

Habiendo invadido el rey cristiano el territorio de Al-Mutamid y respetado el mío, el rey de Sevilla concibió sospechas con respecto a mí y creyó que me había puesto de acuerdo con su enemigo. Pero si hubiera habido un arreglo entre nosotros, me hubiera sido necesario pagar una suma de dinero a más del tributo. La verdad es que los sevillanos no disponían más que de mercenarios que no obedecían ninguna orden, y que el ejército almorávide no llegó a Sevilla sino cuando el país había sido ya asolado.

Alá, el altísimo, sabe, en todo caso, que en este desdichado asunto no di a los cristianos ninguna ayuda financiera y Él no me pedirá cuenta de ninguna mala palabra contra un musulmán. Sin embargo, los que expandían rumores contra mi persona estuvieron unánimes en reclamar contra mí un castigo ejemplar del Emir de los Musulmanes. Pero si yo hubiera tenido verdaderamente los deseos que me imputaban y si hubiera estado, como decían, enfeudado a Alfonso, el ejército almorávide no habría llegado a Ceuta cuando ya habría estado Granada llena de tropas cristianas. Me hubiera sido esto en efecto muy posible; hubiese así podido esperar los acontecimientos y gozar de un plazo suficiente; no, los actos deben juzgarse por las intenciones. Fueron los maldicientes quienes motivaron la suerte que me esperaba. Pero si se hubiera intentado esclarecer mi conducta, nada se habría encontrado que se hubiera prestado a críticas o a habladurías; ni se habría hallado un testimonio contra mí, ni ningún trato secreto en detrimento de los musulmanes, ni participación alguna en un asunto desagradable para ellos.

¿Cómo hubiera podido confirmarse de otra parte tal acusación, si precisamente el primer sable desenvainado contra los cristianos lo fue por mi orden en la célebre batalla de Nivar, librada en mi territorio, cuando los cristianos atacaron tal plaza de improviso, justamente en el momento en que los almorávides acababan de llegar a Ceuta? En ese momento Alfonso me había dirigido un embajador para intentar disculparse y yo le había despedido para cortar toda relación con él y mostrar mi preferencia por la causa del Emir de los Musulmanes. Se encontrarán delante de Alá acusadores y acusados.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Ándalus, 1936, IV, 99).

## LA ESPECULACIÓN FILOSÓFICA EN AL-ÁNDALUS

*El pensamiento filosófico floreció en Al-Ándalus en el siglo XI. La caída del califato trajo consigo la crisis del foco intolerante de Córdoba y el auge cultural de las provincias; y la tolerancia y el apetito de saber de las cortes de taifas favorecieron el libre vuelo de la especulación filosófica. Todas las escuelas se difundieron en aquel ambiente de libertad de pensamiento. Triunfó al cabo la filosofía peripatética. Dos grandes filósofos brillaron entonces: el judío Ben Gabirol (1021-1070), cuya* Fuente de la Vida *enlaza con el panteísmo de Ben Masarra, y el zaragozano Ben Bacha (Avempace), muerto en el primer tercio del siglo XII. Conocedor de los pensadores orientales Al-Farabi, Ben Sina (Avicena) y Al-Gazali, Ben Bacha comentó a Aristóteles, escribió numerosos tratados y aportó al acervo filosófico la idea fundamental de la unión del entendimiento activo con el hombre. De Ben Bacha se conserva un tratado de* Lógica, *la* Carta de despedida, *y versiones fragmentarias del* Régimen del solitario. *En la* Carta de

despedida *procura rehabilitar la ciencia y la especulación filosófica, que pueden llevar al hombre al conocimiento de la naturaleza y, con socorros de lo alto, al conocimiento de sí mismo. Avempace fue superado por Ben al-Sayyid, de Badajoz (1050-1127), que intentó armonizar la teología islámica y el pensamiento griego en su* Libro de los Cercos.

## DELEITES DE LA CIENCIA

Dos son los deleites que produce la ciencia necesariamente. Uno de ellos es el que viene tras el deseo de saber, como consecuencia suya: ese deseo es el que nos mueve a estudiar, pues si estudiamos, es tan sólo con el deseo de saber; pero el deseo es un dolor, y por eso empleamos palabras que expresan aflicción y pena cuando sentimos dudas. Por eso mismo dice Abu Nasr (al-Farabi): "¡Oh, Señor! A Ti recurre el afligido y de Ti espera el auxilio para encontrar la verdad, cuando no encuentra el camino que le libre de la duda". Tal deleite se parece mucho al deleite corpóreo, si bien éste siempre lleva anejo *per se* algo que perfecciona al cuerpo, es decir, la salud, mientras que aquél, en cambio, lleva anejo lo que perfecciona a la potencia racional, es decir la verdad. Además, el deleite corpóreo redunda algunas veces en daño del cuerpo, aunque esto sea *per accidens* y no *per se*, mientras que en el deleite científico no cabe tal cosa, y por eso resulta este deleite más excelente. Tú conoces muy bien por experiencia propia cuán vehemente es el deseo de saber y a qué extremos llega. Te acordarás seguramente de Dawud, el del país de Boltaña, que andaba vacilando entre las varias religiones; tan grande era su deseo de saber. Y recordarás, cuando nos reunimos con él en Murcia, cómo derramaban lágrimas sus ojos y daba otras patentes muestras del ansia vehemente que aquel día experimentaba; pero como le faltaba la facultad del razonar apodíctico, no encontraba la verdad. Este deleite es pasión, y toda pasión es alteración; ahora bien, todo lo que se altera o cambia es divisible; y por eso no se da en nosotros este deleite, sino con este cuerpo.

La otra clase de deleite que experimenta el que sabe, es el deleite que siente todo el que conoce alguna cosa. Este deleite carece ya de nombre propio y es un placer perenne, que siempre acompaña al que conoce, aunque tan sólo mientras se da cuenta de que conoce tal o cual cosa, pero no va precedido de dolor alguno. Participan en común de este deleite cuatro de los sentidos corporales, y de los cuatro el más evidente es el placer de la vista y el placer del oído. Cuando vemos un hermoso espectáculo sentimos efectivamente placer en verlo, sin que a este placer le preceda dolor alguno, inspirado por la privación de lo que luego hemos visto. Asimismo sucede con el oído, si bien con este sentido cabe, a veces, que sintamos a la vez placer y dolor, como nos ocurre cuando escuchamos tristes canciones. Pero el análisis pormenorizado de este punto no corresponde al tema que estamos tratando.

A pesar de lo dicho, cuando buscamos el saber, no lo buscamos por

este deleite, sino que este deleite es un lucro que con el saber ganamos, ya que va anejo al encuentro de la verdad. Todo deleite, en efecto, es siempre como la sombra de otra cosa; es siempre fruto de esa otra cosa; y como se logra con el logro de esta cosa, viene a ser, respecto de esta cosa, como la sombra que inseparablemente le sigue. El que busca, pues, el saber por el placer que proporciona es como quien busca en el comer y el beber deleitarse con los manjares y bebidas y no el conservar la salud de su cuerpo. Y así como los que esto hacen conservan la salud corporal *per accidens*, así también aquéllos logran sólo *per accidens* la perfección espiritual. Díganse lo mismo de los que buscan el saber por el prestigio social que proporciona, ya que lo buscan, no por su fin propio, sino por algo que accidentalmente acompaña al saber, como fruto o lucro suyo, Así resulta que, cuando por ventura les acaece a estos tales que en una ocasión determinada creen que no han de lograr deleite alguno, se abstienen de comer y beber, aunque el manjar o la bebida les sean necesarios para la salud del cuerpo, como lo hacen muchos enfermos débiles (?). Y eso mismo observamos que les pasa a quienes estudian las ciencias para lograr honores mundanos: que se dejan vencer por la pereza. Ésta es cabalmente la causa de que muchos se aparten del estudio de la filosofía, porque creen que la filosofía es cosa de los tiempos de la incredulidad anterior al Islam.

En cuanto al otro placer, al segundo, es decir, el que va anejo al fin propuesto como fruto suyo, es muy difícil, por eso mismo, separarlo del conocimiento científico cierto. En efecto, si nosotros separamos, por hipótesis, de ese deleite el conocimiento especulativo cierto, no encontraremos razón alguna que reclame considerarlo como un fin digno de proponérnoslo. ¿Cómo, pues, habría de ser más noble que los otros fines vulgares y corrientes? Mejor diré: ¿cómo podría ser el fin último? Si por hipótesis separamos de nuestro conocimiento de que el cometa es la huella que dejan los rayos del sol en la atmósfera el placer que nos produce ese conocimiento, no encontraremos que éste sea cosa alguna útil, sino que más bien nos parecerá algo así como si fuese únicamente un juego y tan sólo un fin *per accidens*. Por eso muchas gentes se dedican a las ciencias prácticas y las prefieren, porque creen que éstas ya tienen alguna utilidad, es a saber, que las aplicamos siempre que queremos, mientras que estas ciencias físicas especulativas no tienen más utilidad que la de producir uno de esos dos placeres.

Sin embargo, cuando para hacer frente a esta sospecha pensamos en lo que es conocernos a nosotros mismos, conocer la esencia de nuestras almas y, así también, conocer los cuerpos celestes y conocer a Dios —¡ensalzada sea su gloria!—, entonces, aunque separemos de todos estos conocimientos juntos el deleite que producen, habremos de confesar que no son cosa inútil y vana y que no deben ser desechados, y ello, cabalmente, por la importancia y grandeza de sus objetos y singularmente del conocimiento de Dios. La duda, no obstante, subsiste siempre, tanto cuando se trata de conocimientos tan sublimes como cuando se trata de otros. Y la duda, que

nos podemos objetar, consiste en decir: pero ¿qué utilidad hay en que conozcamos ese objeto de tan grande importancia y nobleza? Cabalmente por eso es por lo que, según parece, Al-Gazali puso en el deleite espiritual del conocimiento el fin último (del hombre) y dijo las cosas que anteriormente hemos mencionado. Parece, en efecto, que tan sólo se preocupó de examinar la verdad de sus opiniones a la luz de este criterio, a saber: no encontrar en ellas resquicio alguno para la contradicción. Porque efectivamente, tan pronto como hayamos supuesto que el fin último es ese deleite, ya no podremos preguntar por qué nos deleitamos o por qué buscamos el deleite. Durante ciertos períodos de la vida, el placer es para nosotros efectivamente fin último: ello es en la edad del crecimiento, durante la cual así lo creemos naturalmente; pero pasada esa edad, ya no nos proponemos el placer sino pensando en las consecuencias. Si alguien nos pregunta por qué nos deleitamos, creemos que lo que inquiere de nosotros el que nos pregunta es una cualquiera de las tres causas; pero si la pregunta (nos) la hace de modo que claramente dé a entender que lo que pide es la causa final y no más, diciendo, por ejemplo, qué utilidad buscamos en el placer, ya entonces tal pregunta es de las que merecen ser tomadas a risa, puesto que (respecto) de todas las cosas humanas, si preguntamos por razón de qué existen, será forzoso llegar en definitiva al placer; y cuando a él llegamos cesa ya de tener sentido la pregunta "para qué".

Sin embargo, tan pronto como examinemos a fondo la cuestión, encontraremos que la mayoría de los actos placenteros producen además otra cosa distinta del placer, la cual es evidentemente su fin, y aunque realicemos el acto sin sentir deleite, no por eso será el acto cosa inútil y vana, como lo es todo acto con el cual no se alcanza el fin propuesto. Por esta causa, y por otras muchas que han sido ya aducidas en varios lugares, resulta claro que el placer no es fin. ¿Cómo, pues, habría de ser fin último?

. . . . . .

A todas estas clases de deleites va aneja otra, que es el deleite producido por la consecución del objeto deseado. Ese deleite va precedido, como preparación, por el deseo del objeto. Por este deseo es por el que cabe que el animal se ponga en movimiento, cuando a ello se decide resueltamente, pues tal deseo vehemente es la "decisión" o "resolución" que se mencionó en el libro De Anima, o sea el motor del animal. Por eso, los deleites producidos por las cosas con las que el cuerpo se sustenta, como son los de la comida, la bebida y los demás que son propios de los objetos tangibles, la naturaleza los reúne a unos con otros, y de aquí que todos ellos existan juntos en el animal, pues la naturaleza misma es la que los desea ardientemente, como necesarios para el sustento del cuerpo. Los otros deleites restantes difieren de éstos en muchas cosas: no necesitan *per se*, como ellos, de un deseo doloroso que los preceda, sino que unas veces puede precederles y otras veces puede no precederles; este deleite es, además, propio del móvil, en cuanto que es móvil, mientras que el otro deleite es propio del móvil, en cuanto que es percibido y reside en el alma. Este deseo afecta

a los conocimientos intelectuales, a los fantásticos y a los sensitivos, pues si no existe este deseo de conocer, no se da tampoco, en modo alguno, moción hacia el conocimiento. Mas este deleite es tan oculto en sí mismo, que el acto cognoscitivo no se da cuenta de él, sino que, antes bien, es el placer el que por sí sólo nace para el conocimiento; ni es el deleite que sigue a este conocimiento como efecto o resultado de la demostración apodíctica, sino el que queda permanente en el alma, a la vez que en ella existe el conocimiento. A este deleite se le da el nombre de "logro" y otros semejantes.

De la *Risala al-Wida* de AVEMPACE (Trad. Asín, Al-Andalus, VIII, 55, 71).

## ESPECIES DE ALMAS

Propiedades del alma vegetativa, que también se llama concupiscible.— Las propiedades de esta alma son apetecer el alimento, buscarlo, deleitarse con él cuando lo encuentra y sentir dolor cuando le falta, escoger los alimentos que le son convenientes y rechazar los que le son contrarios, y conservar a la cosa, así en cuanto al individuo, como en cuanto a su especie. La conservación del individuo se consigue con la nutrición, y la conservación de su especie mediante la generación. Ésta (conservación) se llama la rectificación física. Esta alma tiene cuerpos que no son de carne, miembros compuestos de partes semejantes entre sí, y tiene (varias potencias): atractiva, retentiva, digestiva, expulsiva, nutritiva, aumentativa y formativa. Del conocer y del sentir posee la facultad de distinguir los seis lados del espacio, enviar las venas en dirección a los lugares húmedos y dirigir las ramas y los nervios hacia los puntos que han de ser anchos y apartarse de los que han de ser estrechos.

Propiedades del alma animal, que se llama también irascible. — Las propiedades de esta alma son el apetito del coito, el de la venganza y el del señorío y dominio. Tiene cuerpos cárneos y sanguíneos, aunque también algunos de ellos carecen de sangre, y miembros orgánicos. Está dotada de movimiento electivo y de los cinco sentidos, aunque a algunas de estas almas animales les faltan algunos. Siente el placer y el dolor, y en algunas de ellas poseen imaginación y fantasía.

Propiedades del alma humana, que se llama también racional. — Las propiedades de esta alma son la inteligencia, la reflexión, el amor, la ciencia y la intuición. Tiene cuerpos erectos y obra con previsión.

Propiedades del alma sabia filosófica. — Las propiedades de esta alma son el amor de los conocimientos filosóficos, que son aquellos que no aspiran a más que a informarse de las esencias; el deseo de conocer las causas ocasionales y eficientes de las cosas; el inducir de las apariencias externas de las formas sus realidades interiores; el conocer los grados de los entes en cuanto al ser y el modo cómo emanan todos del Creador (¡ensalzado sea!) y cómo unos emanan luego de otros, cuando en ellos fluye la unicidad

de Dios (¡ensalzado sea!), por virtud de la cual sobreviene a cada ente su esencia propia, se distingue cada una de la esencia de los demás entes y por la cual, en fin, existe el ser de las formas en la hyle y en el sujeto semejante a la hyle, es decir, en la sustancia a la cual le sobrevienen las formas de las esferas y los astros; (el conocer) si el mundo es eterno o es temporáneo y cuál sea la diferencia que hay entre la eternidad y el tiempo, entre la eternidad absoluta y la relativa, entre lo innovado y lo engendrado y cómo lo innovado es medio entre lo eterno y lo engendrado; (el conocer) si el Creador del mundo es uno solo o más de uno y el demostrar por pruebas apodícticas que no puede ser en verdad más que uno solo y que no se asemeja a cosa alguna ni cosa alguna se asemeja a Él; cuál es la sabia finalidad de la existencia de las cosas, tal como ellas son entre sí; cuáles son engendradas y cuáles innovadas; qué diferencia hay entre el agente real, el agente metafórico y el agente absoluto; cuál es la sabia finalidad de la revolución de las esferas con movimiento circular y no rectilíneo, qué es el ser necesario, el ser contingente y el ser imposible y cómo pertenece a la esfera del ser necesario todo cuanto existe por encima de los cuatro elementos, y a la del ser contingente todo cuanto existe bajo las esferas celestes; cuáles son los entes a quienes se les ha dado su perfección, así en sus sustancias como en sus actos, y cuáles son aquellos a quienes no se les ha dado; ambas (categorías de entes) son los dos extremos, y la de los entes a quienes se les ha dado su perfección en sus sustancias, pero no en sus actos, es la categoría intermedia entre los dos extremos; de los tres, la primera no se mueve con movimiento alguno; pero sí las otras dos categorías; cuál es la sabia finalidad de la existencia de las leyes y de las revelaciones proféticas en el mundo de la generación y de la corrupción; cuál es la diferencia que existe entre la profecía, la magia, la adivinación y la filosofía; cómo se infunde la virtud de la inspiración sobre los profetas, y qué prefiere el hombre inspirado del que no lo es; por qué causa se le imponen al hombre preceptos y prohibiciones y no se le imponen a ningún otro ser; por qué se le llama al hombre "mundo pequeño" y al mundo se le llama "hombre grande"; qué es la política y cuántas son sus especies.

Propiedad del alma filosófica es conocer a fondo todas estas cosas; unas, por medio de formas o especies representativas; otras intuitivamente y sin especies; pero no a toda alma, consagrada al estudio de la filosofía y apta para ésta, le es dado conocer la totalidad de ellas, sino tan sólo una parte, pues para conocerlas todas a la perfección, únicamente es apta aquella alma que *per accidens* posea un ingenio natural e innato que implique preparación para recibir dicho conocimiento, y que además huya de los deleites sensuales, mortifique las pasiones, desprecie el dinero de oro y plata, ame el bien y a los buenos, odie el mal y a los malos, se someta a las leyes, adquiera las virtudes y evite los vicios, reuniendo en sí la ciencia y la práctica. Éste es el verdadero filósofo, según Aristóteles, Platón y los filósofos más reputados, y quienes no reúnan tales cualidades no son filósofos. Por

eso dice Aristóteles: "No es el fin conocer y no más, sino conocer y practicar, de modo que seáis buenos, virtuosos y sometidos a las leyes". Y dice también: "Matad al que no tenga religión". Y Platón dice: "El que desee estudiar la filosofía purifique de vicios sus hábitos morales, pues no aprenderá la pura filosofía el que (sea vicioso), como tampoco puede nadie ver su propio rostro en un agua sucia o en un espejo cubierto de orín".

Propiedades del alma profética. — Las propiedades de esta noble alma son recibir la inspiración y la revelación divinas; unirse con el entendimiento agente; enderezar a las demás almas apartadas de la verdad y dirigir al hombre para que haga lo que conviene, del modo que conviene, por la razón que conviene, con el fin que conviene y en el momento en que conviene; perfeccionar los talentos innatos imperfectos, dándoles normas de conducta, y además por medio de exhortaciones y avisos, promesas y amenazas; informar acerca de las cosas que no está en la potencia del alma filosófica el conocerlas, porque al alma filosófica le es dado tan sólo el especular sobre los universales. Y por eso dice Platón: "Nosotros somos incapaces de comprender lo que las leyes religiosas enseñan. Tan sólo conocemos de ello un poco e ignoramos mucho". Por eso también Aristóteles ordenaba someterse a los dictados de las leyes religiosas y mandaba castigar a quienes transgrediesen sus preceptos positivos y negativos y se entregasen al examen profundo de ellos. Esta alma es la más noble y la más elevada de las almas que existen en el mundo de los elementos. Ésta es la que administra y rige el gobierno de las almas. No ocurre jamás que esta noble alma exista sino en los hombres dotados de talento natural perfecto. No necesita esta alma, para adquirir las intuiciones y los conocimientos, servirse de silogismos y premisas, como lo necesitan las almas filosóficas, porque los silogismos científicos son tan sólo (medios) inventados por los hombres, dotados de talentos perfectos, para dirigir y guiar hacia el camino recto a los dotados de talentos imperfectos. Y así, cuando acaece que el hombre posee ya desde su nacimiento un talento innato perfecto, puede pasarse sin esos silogismos y encontrar las cosas inteligibles, como si ellas estuviesen ya impresas, a modo de formas, en su alma. Porque así como encontramos, entre los ingenios humanos, algunos que llegan al grado sumo de la perfección, próximos ya a los de los ángeles, y estos ingenios no necesitan regirse por los silogismos científicos, como tampoco los ángeles los necesitan, sino que, antes bien, les basta la más pequeña indicación y la más sencilla explicación. Dios (¡bendito y ensalzado sea!) ha perfeccionado a este ingenio, desde el origen de su creación, para gobernar por su medio al mundo. Y ésta es la razón que por necesidad exige que la profecía sea inspirada por Dios y no adquirida.

Propiedad del alma universal. — El grado de esta alma, para los filósofos que la admiten, está bajo el horizonte del entendimiento agente, el cual la circunda por todos sus lados, así como ella circunda al globo de las esferas celestes. Tiene, según pretenden los filósofos, dos círculos y una línea recta. El círculo primero está contiguo a la esfera celeste circundante

(de todas las otras) y es su límite superior. El círculo segundo es su límite inferior, cuyo lugar es el centro de la tierra, aunque esto se dice tan sólo de un modo aproximativo, ya que de las sustancias intelectuales no se predica el lugar ni los seis lados del espacio. Pretenden los filósofos que entre su límite superior y su límite inferior hay una línea que une a (ambos círculos), a la cual llaman "escala de las ascensiones": ella hace llegar la inspiración divina a las almas particulares puras, y por ella descienden los ángeles y ascienden los espíritus limpios hasta el mundo superior. Sobre esta alma hablan largamente los filósofos; pero nosotros nos hemos limitado a este resumen, porque nuestro propósito en este libro es otro.

Del *Kitab al-Hadaiq*, de BEN AL-SAYYID (Trad. Asín, Al-Ándalus, V, 106).

## REBELIÓN DE UNA CIUDAD JUDÍA

*Los judíos, perseguidos por los godos, ayudaron a los musulmanes a la conquista de España. Gozaron después de libertad religiosa bajo el Islam hispano, aunque hubieran de sufrir como los mozárabes el desprecio de los dominadores. En Córdoba habitaban un barrio, que dio nombre a una de las puertas de la Medina. Eran en su mayoría comerciantes especializados en el tráfico de esclavos y de objetos de lujo, aquéllos y éstos de importación europea u oriental. Los rabinos unieron a su cultura hebraica, grandes conocimientos de la literatura árabe. Crearon en la capital del califato una escuela talmúdica famosa. Cultivaron la medicina, la filología, la geografía y otras ciencias. Hasday ben Xaprut fue médico dietético al servicio de Abd al-Rahman III, que le envió para hacer adelgazar a Sancho el Craso, de León. Ben Yaqub al-Turtuxi escribió por entonces una geografía que sirvió de fuente a Al-Bakri. Abu Zakarya redactó la primera gramática científica de la lengua hebrea; Ben Qanaj (995-1050) fue el creador de la sintaxis hebraica, y se debe a Ben Gabirol (1021-1070) la restauración de la poesía hebraica y una obra filosófica de gran envergadura,* Fuente de la Vida, *influida por las ideas seudoempedócleas y neoplatónicas. Las comunidades judías abundaban en Al-Ándalus. Era particularmente importante la población hebrea de Granada. Y Lucena (entre Granada y Málaga) era una ciudad totalmente israelita, tenía su gobierno propio y osó alzarse incluso contra el rey granadino, que nos relata así la rebelión.*

Entre tanto ocurrieron sucesos que acreditaron el cambio de mi fortuna y fueron como las premisas que anunciaban mi caída. Fue en primer lugar la rebelión de los habitantes de Lucena. Bajo el pretexto que voy a referir y por un motivo fútil y sin importancia. He aquí lo que pasó: Cuando di orden de construir la muralla continua de la Alhambra, en vista de acontecimientos demasiado conocidos para que yo los comente, la suerte hizo descubrir una olla llena de oro a los albañiles que trabajaban en los ci-

mientos. Fui notificado del hallazgo y encontré allí tres mil mizcales chafaríes. Me alegré del suceso y lo juzgué buen augurio para la realización de mis deseos (pero este bajo mundo se burla de nosotros, como se ha burlado de quienes nos han precedido en él). Y me dije: "Este dinero hallado haciendo los cimientos va a servir para pagar la construcción. Además la casa del judío Abu-l-Rabi, tesorero durante el reinado de mi abuelo —Alá le perdone— se elevaba antes en el emplazamiento de los cimientos del muro. Supe así que el dinero descubierto procedía de sus riquezas, ocultas bajo tierra. Ben al-Marra me vino a ver para aconsejarme que enviara a buscar a los hijos de Abu-l-Rabi y que les ordenara que me hicieran conocer dónde se hallaba el resto de las riquezas enterradas por su padre. Le llamé a Granada con un pretexto cualquiera. Por otra parte, tal personaje era yerno de Ben Maymun, que yo había colocado en calidad de *amin*, a la cabeza de la población judía de Lucena, y que yo había llenado de favores para honrarle. Pero él había atraído a su servicio, a la ciudad, bandas de extranjeros, con cuya ayuda hacía pesar su yugo sobre sus correligionarios. Ben Maymun, que era muy suspicaz, sospechó el motivo por el que yo llamaba a su yerno, se alarmó y le impidió responder a mi convocatoria. El hijo de Abu-l-Rabi se inquietó, por su parte, y temió que, si venía, sería sometido a tortura, a propósito de los tesoros de su padre.

Por otra parte, antes, a mi regreso de Aledo, había yo impuesto a los habitantes de Lucena el pago de una considerable suma de oro, a título de contribución excepcional *(taqwiya)*, que no estaba prevista en su derecho consuetudinario *(ada)*, y yo les había invitado a pagarla como si se tratase de un impuesto obligatorio y normal. Su repugnancia a pagarme fue la ocasión aprovechada por Ben Maymun para empujarlos a la revuelta. Acataron bien su llamado y se reunieron armados, y Ben Maymun les habló así: "Sed enérgicos, hijos de Israel, en la defensa de vuestros bienes". Esta actitud de Ben Maymun me le hizo tanto más odioso cuanto que él tenía un crimen a su cargo, pues había en efecto matado a Ben Abi Laula, intendente de mis bienes personales *(mustajlas)*, para mostrar su ambición de mando y su hostilidad para conmigo. En fin de cuentas, Lucena se hallaba enteramente rebelada contra mi autoridad. Ante tal situación me pareció necesario arreglar el asunto sin emplear la violencia. Muammal se comprometió a llegar a Lucena y partió. Pero reflexioné tras su partida y juzgué que se encontraría en presencia de dos casos posibles: frente a una sumisión exterior y fingida de los habitantes de Lucena o frente a su rebelión pura y simple; y que, en cualquiera de las dos perspectivas, sería necesario el envío de tropas, para reducirles, atemorizarles y mostrarles la gravedad de los crímenes de que se habían hecho culpables. Salí, pues, tras Muammal con tropas convocadas a propósito para el caso; pero encontré a mi enviado que volvía y me apartó de mi proyecto diciéndome: "He arreglado las cosas con Ben Maymun y tu salida para Lucena excitaría aún más a la revuelta a sus habitantes; acaso solicitarían entonces la

ayuda de las tropas de Ben Abbad, tanto más cuanto que se hallan ahora en Córdoba, y entonces no podrías tomar la plaza, ni sitiándola ni combatiendo". Sabía, sin embargo, que Ben Abbad durante tal período acogería mal su demanda y no la provocaría y que no había en el asunto sino chismes de los que se prevalía Ben Maymun para excitar a las gentes de Lucena. Aprobé, sin embargo, las palabras de Muammal y regresé (de mi expedición) para ir a acampar en las proximidades de mi capital. "Me es igual, me decía, estar instalado aquí o haber llegado allá. Deseaba aterrarlos y lo he logrado." Luego dije a Muammal que me contara lo ocurrido. "Ben Maymun, el jefe *(zaim)* de Lucena, me respondió, me ha enumerado diversas medidas tomadas por ti que desaprueba: la llamada de su yerno, la gran contribución que tú sabes y los otros impuestos obligatorios, cuya recaudación has ordenado en Lucena. He garantizado a los habitantes que tales medidas serían derogadas por cartas oficiales, y a Ben Maymun que serían respetados los bienes de su familia." Ordené la redacción de los documentos y su curso a Lucena y se restableció el orden. Pero Ben Maymun continuó causándome inquietudes por su rebelión, que hizo pública. Me di cuenta de que no había aceptado la tregua sino con la segunda intención de violarla; que no debía esperar su sumisión leal y que no deseaba sino nuevos pretextos para volver a tomar su actitud anterior.

Poco a poco hicieron llegar hasta mí sus quejas los judíos que habían sido eclipsados hasta allí por Ben Maymun. Les prometí tratarles bien. Ben Siqi nos sirvió varias veces de intermediario en tal ocasión y acabé por obtener el resultado que había deseado. La captura de Ben Maymun debía ser además fácil, porque no tenía partidarios y no sospechaba nada. Acudí igualmente a la intervención de Ben al-Marra y de Abu-l-Abbas el médico (al-hakim); pero tuve alejado del asunto a Muammal, que no me perdonaría mi conducta. Cuando los judíos de Lucena, siguiendo su costumbre, vinieron pronto de visita a Granada, di orden de detener a Ben Maymun y a su hijo, con asentimiento de sus jeques. Di orden igualmente de que no tuvieran en adelante jefe *(zaim)*, sino que todos se ocuparan de los intereses de Lucena, lo que no podía dejar de ser ventajoso para ellos. Me dieron las gracias y aceptaron mi proposición. Escribí a los habitantes de Lucena para avisarles de las ventajas que iban a obtener de tal decisión y nuestras relaciones fueron pacíficas y estables hasta el momento en que todo se perdió.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según versión francesa de Leví-Provençal. Al-Ándalus, IV, 1936, 113).

## VALENCIA COMBATIDA POR EL CID

*Conquistada Toledo por Alfonso VI en 1085, el último rey toledano Al-Qadir fue enseñoreado del reino de Valencia por las lanzas de Alvar Háñez. Cuando éste hubo de socorrer a su rey, al producirse la invasión*

*almorávide, se disputaron Levante el conde de Barcelona, Al-Mustain ben Hud de Zaragoza y el Cid. Rodrigo Díaz de Vivar logró imponer su protectorado en aquellas tierras. La victoria almorávide provocó la revolución en Valencia. El Cid atacó entonces a la ciudad hasta rendirla, al mismo tiempo que hizo frente a los africanos. Los redactores de la* Crónica General *tradujeron una historia árabe de la conquista de Valencia, obra de un moro valenciano, Ben Alqama. El hallazgo de las páginas del* Bayan al-Mugrib *sobre el cerco de Valencia por Rodrigo no ha invalidado el relato de antiguo conocido, pero claro está que aquí debemos dar preferencia al texto arábigo. Ben Idhari se inspiró para escribirlo en autores sañudamente hostiles al Cid. Sus más feroces enemigos islamitas reconocieron sin embargo la talla de su genio militar al calificarlo de "milagro de los milagros del Señor".*

El jefe cristiano Rodrigo (Ludriq), apodado el Campeador (al Kabayatur), había por esta época apretado la garganta de Valencia y le hacía sentir duramente su tiranía imponiendo a la población el pago de un tributo y obligando a los ciudadanos y campesinos valencianos a suministrarle víveres. El miserable rey de Valencia, al-Qadir, nieto de al-Mamun ibn Dhi-I-Nun, había, en efecto, visto cómo se debilitaba su autoridad, y había hecho venir a Rodrigo para, gracias a su presencia, recobrar algún prestigio; pero éste, habiéndolo herido en sus fuerzas vitales, lo destronó, dejándolo a merced de los acontecimientos, hasta que Dios decretó su muerte.

Ibn Hud, príncipe de Zaragoza, enviaba, por su parte, víveres a Rodrigo y a sus compañeros; lo sostenía prestándole dinero, y hacía incursiones, a diestro y siniestro, contra el territorio musulmán. El resultado lo veremos más adelante.

Dice Muhammad ibn Alqama: En Saban de este año (485-6 septiembre-4 octubre 1092), el Campeador se trasladó a Zaragoza, dejando lugartenientes que le aseguraran la custodia de los víveres almacenados, que le pertenecían, y cobraran los tributos impuestos por él a Valencia. Con ello los valencianos cobraron ánimos y la opresión dejó de reinar en la ciudad.

Cuando Ibn Aisa se apoderó de Murcia, e impuso su autoridad sobre los territorios que de ella dependen, convinieron el cadí Abu Ahmad Yafar ibn Abd Allah ibn Yahhaf, el magistrado (sahib al-ahkam) Ibn Wayib y los demás valencianos que tomaban parte en el gobierno de la ciudad, en invitar a dicho general Muhammad ibn Aisa para que viniera a Valencia, y éste les envió un grupo de almorávides mandados por Ibn Nasr.

Los valencianos cambiaron impresiones sobre la situación, y los partidarios de su sultán Ibn Dhi-I-Nun pensaron que debían enviar sus familias, objetos preciosos y sus riquezas a los castillos y fortalezas de la comarca. Así, Ibn Dhi-I-Nun envió parte de las mujeres de su familia al cuidado de Ibn Yasin, caid suyo sobre el castillo de Segorbe (Suburb), y de Ibn

Hudayda, caid suyo sobre el castillo de Alocau (al-Uqab). Los cristianos, hombres de Rodrigo, que se encontraban en Valencia, huyeron. El cadí y los alfaquíes salieron al encuentro de Ibn Nasr, el enviado por Ibn Aisa, y lo introdujeron en la ciudad. En cuanto a al-Qadir, escapó de Valencia, yendo a refugiarse en una casa de miserable aspecto, e Ibn Yahhaf lo hizo buscar por gentes que se apoderaron de él un viernes a 24 de Ramadan (28 octubre 1092).

Una vez que tuvo en sus manos a al-Qadir, Ibn Yahhaf dio orden de que lo mataran. El encargado de la ejecución fue un joven de la Banu al-Hadidim, emparentado con el antiguo magnate toledano de esta familia, que lo mató por su propia mano, lo mismo que al-Qadir había hecho con su pariente Abu Bakr ibn al-Hadidi. La cabeza de la víctima, puesta en lo alto de una pica, fue paseada por los zocos y las calles. Ibn Yahhaf se apropió de los bienes que al-Qadir tenía en Valencia, y el cadáver del rey fue arrojado a una laguna. Un hombre, de oficio comerciante, se ocupó de enterrarlo, y, habiéndolo tapado con una estera vieja, lo hizo pasar por una de las puertas, y le dio tierra, sin mortaja.

Ibn Yahhaf tomó desde entonces aires de verdadero príncipe; fijó sueldos a los soldados del ejército regular y a sus funcionarios; manifestó la arrogancia de los soberanos, y se rodeó de una pompa real, con los ojos fijos en la feliz carrera del cadí Muhammad ibn Ismail ibn Abbad; pero su pretensión era injustificada y no la secundó la suerte. Se sentaba en su consejo, rodeado de visires, alfaquíes y dignatarios, teniendo ante sí a los oficiales de la corte. Si montaba a caballo, lo hacía precedido de soldados negros y de agentes que le abrían camino, y seguido de los soldados de la milicia, mientras las hechuras de su casa le formaban la carrera, alzando la voz con bendiciones y alabanzas.

Rodrigo el Campeador escribió al citado Ibn Yahhaf, felicitándolo por tales sucesos; ponderándole la bella acción que acababa de inscribir en su haber, durante su penitencia de Ramadan, con haber dado muerte a su soberano, y pidiéndole la entrega del trigo de su propiedad que se encontraba en sus graneros de Valencia. Respondióle Ibn Yahhaf que la ciudad era ahora del Príncipe de los Musulmanes, y que sus hombres habían saqueado los graneros. Entonces el Campeador le replicó con una carta, en la cual juraba con sus más solemnes juramentos que no había de moverse de delante de Valencia sin haberse hecho con él y vengado en su persona la muerte de al-Qadir. Y, al punto, envió mensajeros a las fortalezas vecinas, pidiendo víveres, que le fueron facilitados por quienes temían su crueldad, con lo cual afluyeron las provisiones a su real.

Desde este último hizo salir continuamente, a partir de entonces, escuadrones de caballería en incursiones contra Valencia, poniendo a esta ciudad en grave aprieto y matando a aquellos de sus habitantes de que se apoderaba. Se encontraba a su lado buen golpe de personajes del séquito del rey asesinado.

Entre tanto, Ibn Yahhaf había alistado cierto número de soldados re-

gulares y a este refuerzo se unió luego el que le envió Ibn Aisa, llegando a reunir en Valencia alrededor de trescientos caballeros.

Con ellos se daba cada vez mayores aires de soberano, dificultando el acceso a su persona y dando muestras de severidad; pero la caballería cristiana atacaba mañana y tarde a los valencianos, haciéndoles sufrir encuentros que les costaban muertos y heridos.

Poco después concibió el Campeador la esperanza de expulsar de Valencia a los almorávides, que, por otra parte, Ibn Yahhaf empezaba a considerar como una carga, hasta el punto de que a pesar de que les ponía buena cara, ellos acabaron por adivinar sus verdaderos sentimientos. Hizo entonces el Campeador proposiciones a Ibn Yahhaf para que los expulsase, prometiéndole que le dejaría ejercer personalmente el poder, y que él estaría a su lado, como poco antes lo había estado de Ibn Dhi-l-Nun; que protegería su territorio y combatiría para defenderlo. De esta suerte excitaba los deseos de Ibn Yahhaf.

El año 486 (1º febrero 1093-20 enero 1094) se agravó la amenaza del jefe cristiano contra Valencia, y la situación de sus habitantes empeoró y se hizo verdaderamente crítica. Pidieron entonces socorro al Príncipe de los Musulmanes, Yusuf ibn Taxufin, exponiéndole con todo detalle las desgracias que padecían. El soberano tomó sus disposiciones, y dió orden a sus generales y gobernadores en las tierras de Al-Ándalus de que fuesen en su ayuda. Con tal fin se reunieron contingentes musulmanes en Játiva, y esta noticia llegó pronto al enemigo, que, sin embargo, no se movió ni cedió de sus posiciones. Los tropas musulmanas, acompañadas de un buen golpe de voluntarios (mutawwia), jinetes e infantes, se fueron acercando, y, siguiendo su camino a marchas forzadas, no tardaron en estar a la vista de Valencia, cuyos habitantes, que los esperaban impacientes, se regocijaron de la ayuda que les aportaban y del desquite que iban a tomar de su enemigo, con lo cual se sintieron vivir de nuevo.

El jefe enemigo se trasladó entonces al extremo de su real y dispuso sus tropas en dos grupos, que, tanto uno como otro, de acuerdo con las órdenes recibidas, se mantuvieron en formación cerrada, y por un decreto de la voluntad divina resultó que esta táctica hizo retroceder a las tropas musulmanas, que emprendieron la retirada. Los valencianos quedaron con ello consternados, se decepcionaron en sumo grado y desesperaron de vivir.

El enemigo, en efecto, comenzó a hecerles víctimas de las peores violencias, impuso a los súbditos musulmanes tributos extraordinarios; lanzó contra ellos algaras; prohibió la entrada en la ciudad, y detuvo a los grupos de fugitivos que intentaban escapar de ella. Los que abandonaban sus pueblos, o se sospechaba que intentaban hacerlo, veían a sus mujeres y a sus hijos reducidos a la esclavitud. Nadie se atrevía a moverse, ni abrigaba la esperanza de emigrar. Por su parte, cuando el ejército musulmán de los almorávides regresó a Játiva, el emir Abu Bakr ibn Ibrahim se apresuró a informar de lo sucedido al Príncipe de los Musulmanes.

El año 487 (21 enero 1094-10 enero 1095), una vez partido de Valen-

cia el ejército del emir Abu Bakr ibn Ibrahim al-Lamtuni, por la decisión del destino, los musulmanes de la ciudad estuvieron seguros de su muerte. La desesperación se apoderó de los habitantes, incapaces de seguir resistiendo, mientras el rencor del enemigo iba en aumento y su corazón se endurecía cada vez más. La mayoría de las gentes moría de hambre, y comía, entre otras cosas, cueros de animales y carne de bestias de carga. A los que huían hacia el real de los cristianos les sacaban los ojos, les amputaban las manos, les rompían las piernas, o los mataban, por lo cual los valencianos preferían morir dentro de su ciudad. La situación llegó a ser mucho peor que aquélla por que pasó Toledo, cuando esta ciudad fue sitiada, porque el cerco era mucho más largo, y más implacable el rencor del enemigo, al ver que los sitiados resistían sin rendirse y seguían solicitando socorro.

Llegados al colmo de la adversidad y al extremo límite de la resistencia, y viendo los valencianos que no les llegaba ninguna ayuda, se encontraron en necesidad de entrar en tratos con el enemigo, a la fuerza y mal de su grado. Se reunieron en torno de su cadí Abu-I-Mutarrif ibn Yahhaf y enviaron al Campeador —¡Dios lo maldiga!— una diputación encargada de negociar la concesión del *amán*. El cristiano acogió favorablemente su gestión en este sentido, si bien proponiéndose en su fuero interno usar de perfidia, violar el pacto, y conceder un *amán* de los que suelen otorgar los jefes impuros de su jaez. En estas condiciones salió el cadí de Valencia al encuentro del Campeador. Hízole éste firmar un tratado y le obligó a comprometerse con cláusulas y convenciones particulares que exigió con energía, sin poner freno a sus exorbitantes pretensiones, que no dejaban lugar a discusión en cuanto a la manera de interpretarlas. Terminados los tratos, se le abrieron las puertas de la ciudad, y entró en ella con todas sus tropas. Ocurría esto en Yumada I de dicho año (19 mayo-17 junio 1094).

Como ni el Campeador ni los suyos hiciesen nada que de alguna manera implicase perjuicio para Valencia y sus habitantes, éstos se regocijaron y abrigaron amplias esperanzas. Los vecinos recobraron la paz, si bien el Campeador los vigilaba de cerca y les impedía salir de la ciudad. De esta suerte, el jefe cristiano —¡Dios lo maldiga!— se hizo dueño de esta capital, tan bien dotada por Dios, tan brillante, hermosa y espléndida.

Lo ocurrido llenó de inquietud a los almorávides de Denia, así como a los musulmanes de los castillos y de las ciudades del contorno. En efecto, se multiplicaron las algaras que salían contra ellos desde Valencia; se sucedieron los golpes de fuerza; los daños se hicieron cada vez mayores; los caminos quedaron cortados y las comunicaciones perdieron toda seguridad. Los habitantes de aquellas comarcas se veían en el mayor aprieto y las hostilidades eran cada vez más rigurosas. En vista de ello escribieron al Príncipe de los Musulmanes, solicitando su ayuda e informándole de la mala situación del Levante de España, cuyos habitantes estaban en trance de perecer. El soberano se trasladó entonces a Ceuta y dio orden a los contingentes de las tribus de reunírseles allí, donde permaneció toda-

vía algún tiempo, alistando tropas regulares y haciendo que, unos tras otros, pasaran refuerzos a la península. El mando de estas tropas lo confió a su sobrino, el emir Abu Abd Allah (Muhammad), hijo del hermano uterino de Yusuf. El emir Abu Bakr era también hijo del hermano uterino de Yusuf ibn Taxufin, y éste, al mismo tiempo era primo hermano de Yusuf.

El Príncipe de los Musulmanes dio asimismo órdenes al gobernador de Granada y del territorio de ella dependiente para que suministrase a los musulmanes de Levante refuerzos de su región, y escribió al señor de Santaver (Santa María de Oriente), Ibn Razin, por sobrenombre al-Hayib, y a al-Sanyati, que era un intrépido caballero y un hombre ducho en estratagemas bélicas, para que se reuniesen con su sobrino, de suerte que se juntase el mayor número de fuerzas posible y se llevase a cabo el esfuerzo más eficaz, con ocasión del próximo asedio del enemigo en Valencia.

Las tropas africanas llegaron a España a fines de Saban el noble de este año (13 septiembre 1094), en número de 4.000 jinetes y de muchas veces más infantes. Los contingentes andaluces, que habían recibido orden de salir en campaña, se juntaron a estas tropas, y de todas partes llegaron recuas cargadas de víveres para aprovisionar a las columnas musulmanas, las cuales avanzaron hasta sentar sus reales a una parasanga de Valencia. Su campo constituía una aglomeración considerable, que, a ojos de los cristianos, era como un océano bullidor. Por ello los cristianos pensaron todos en huir y abandonar Valencia, menos su maldito jefe el Campeador, que no dio muestras de intimidarse por esta reunión de ejércitos, ni se preocupaba de ella, y que sacaba agüeros del vuelo de las aves, prestando crédito a estas fábulas y otros embustes, con los cuales daba ánimos a sus compañeros. A este propósito un valenciano compuso estos versos:

> Decid a Rodrigo que al fin triunfa el buen derecho,
> o sondeadle cuando saca sus agüeros.
> Las espadas de los Sinhacha impedirán, en toda lid,
> que sus pájaros acierten en adivinar lo que ha de suceder.

Cuando las tropas almorávides vinieron a sitiarle, el maldito decidió expulsar a las mujeres y los niños de los musulmanes indigentes y obligarles a ir al campamento de los asediantes, diciéndoles: "¡Reuníos con con los de vuestra religión!" Las pobres mujeres caían así en manos de los negros, los arrieros y los comerciantes de baja estofa, que las escondían y abusaban de ellas, sin que lo supiese el jefe del ejército, que hubiese puesto fin a estos actos censurables.

Parte de las columnas se dirigieron luego a Denia y otras ciudades. El campo musulmán daba cada vez menores muestras de energía y firmeza, y una especie de apatía se apoderó de las tropas, entre las cuales se manifestaba el desorden. De nada de ello se daba cuenta el general, que, engañado por lo nutrido de sus fuerzas, pensaba que un ejército consiste en

el número de sus combatientes, desdeñaba al enemigo, y creía que las operaciones de asedio iban a proseguir normalmente. Pero los puntos flacos iban a acabar por salir a luz y permitir que el adversario aprovechase la oportunidad por sorpresa. Hallábase, entre tanto, el Campeador en apuro de cómo resistiría a tanta muchedumbre y pidió socorro a Alfonso VI; noticia que, al circular por el real de los musulmanes, produjo viva inquietud y llenó de miedo los corazones. Estas circunstancias fueron las premisas de los sucesos a que iba a dar curso el destino.

Cuando advirtió Rodrigo —¡Dios lo maldiga!— las defecciones del campo musulmán y que las gentes desertaban de él por todas partes, se decidió a aprovechar la ocasión y a usar de un ardid, sin esperar la llegada de los refuerzos que tenía pedidos. Cierta noche salió al frente de una parte de su caballería, y emboscó la otra parte cerca del real musulmán. A la mañana siguiente, cuando los soldados almorávides se creían seguros y andaban descuidados, avanzó con los suyos en formación de combate. Dada la alarma en el campamento, que se llenó de tumulto y se pobló de gritos, cabalgaron aquellos soldados regulares y voluntarios que aún había en él, sin que quedaran en el real más que los esclavos y los hombres incapaces de manejar las armas. La caballería se precipitó contra Rodrigo y, como éste fingiera huir de ellos hacia Valencia, le persiguieron con ardor. Él se refugió en la muralla, en contacto con las tropas musulmanas, que le causaban pérdidas y parecían llevar las de ganar. Pero entonces fue cuando los soldados cristianos emboscados salieron de su escondite en dirección al real muslim, y lo atacaron. El emir Muhammad, sobrino del Príncipe de los Musulmanes, que se había quedado en el campamento por hallarse enfermo, se apresuró a evacuarlo. Las tropas musulmanas oyeron gritos de que el real había sido invadido, y, en pleno desbarajuste, nadie dudó, llenos como estaban de confusión, que se trataba de que Alfonso VI acababa de llegar. Cada cual tiró por su lado y se dispersaron en todas direcciones. Los que se dirigieron al real, al ver que estaba siendo saqueado y que por él circulaban los jinetes enemigos, cambiaron de derrotero, y nadie volvió a él.

Ocupado el enemigo en el saqueo, no persiguió a los fugitivos, queriendo además ahorrar sus caballos, sumamente trabajados por los esfuerzos hechos desde la ocupación de Valencia; así que apenas se empleó la espada, ni hubo efusión de sangre, a excepción de unos cuantos musulmanes aislados, a quienes Dios concedió el martirio de la fe.

La noticia de estos sucesos llegó a Alfonso VI —¡Dios lo envilezca!— cuando ya llevaba andado medio camino para acudir en auxilio de Rodrigo, y recibió su parte en el botín real musulmán. No queriendo licenciar entonces sus tropas y con la idea de que no volvieran con las manos vacías, se encaminó a las tierras de Guadix, en la región de Granada, y las recorrió en todo sentido, saqueando cuanto encontraba y llevándose de ellas buen golpe de habitantes cristianos para repoblar las de Toledo.

Asimismo la noticia llegó, por su parte, a Yusuf ibn Taxufin, el Prín-

cipe de los Musulmanes, que sintió viva contrariedad y profunda irritación contra su sobrino, por su falta de energía y por haber abandonado el campamento sin un combate que al menos le sirviera de excusa.

Las tropas musulmanas se habían trasladado a Denia, y luego a Játiva, desde donde los jefes se apresuraron a escribir al Príncipe de los Musulmanes, intentando justificarse; pero el soberano no hizo caso de sus cartas y las dejó sin respuesta. El sobrino del monarca, viendo que éste persistía en su desvío para con él y los generales que lo acompañaban, intentó recobrar su gracia atribuyendo su fracaso a la providencia y al decreto predestinado por Dios. Yusuf acabó por aceptar esta explicación del desastre como un efecto de la voluntad divina y volvió a su gracia al que antes había censurado y maldecido, escribiéndole que se mantuviese en Játiva para impedir que el enemigo se desmandara por aquella región; que cortase las comunicaciones con Valencia, y aconsejándole que hiciese algunos golpes de mano contra la ciudad. El general hizo de estas cosas las que pudo, poniendo en ello su mayor esfuerzo, y el Príncipe de los Musulmanes no cesó de ayudar a su sobrino con dinero y tropas, hasta el punto de que el ejército se hizo muy nutrido e importante; pero, a su vez, también crecían la indisciplina y la fatiga. Algo más tarde el soberano le escribió que fuera a reunirse con él, y nombró en lugar suyo a Abu-l-Hasan Ali ibn al-Hachch, que llegó a Játiva y tomó el mando de las tropas; pero tampoco fue más que una medida inútil.

Cuando el Campeador —¡Dios lo maldiga!— se hizo dueño de Valencia, comenzó a manifestar su tiranía, encarcelando al cadí de la ciudad, así como a los miembros de su familia y a sus parientes, y todos en sus calabozos fueron sometidos a torturas. Lo que les pedía era que le entregaran las riquezas de al-Qadir ibn Dhi-l-Nun, y no cesó de irles sacando cuanto poseían, hasta que no les dejó nada de sus bienes ni de sus fortunas. Una vez que no les quedó nada, ni patente ni oculto, mandó encender una hoguera. El cadí Ibn Yahhaf, que sufría en sus cadenas fue hecho comparecer, rodeado de su familia y de sus hijos, en presencia de una multitud de musulmanes y cristianos, que se había congregado al efecto. El Campeador preguntó entonces a un grupo de musulmanes: "¿Cuál es el castigo que, conforme a vuestras leyes debe darse a quien mata a su príncipe?" Como nadie contestara, añadió: "Entre nosotros, la ley dice que su castigo ha de ser quemarlo vivo". Y dio orden de que acercaran a Ibn Yahhaf y a los suyos a la hoguera, cuyas llamas, a pesar de la considerable distancia, calentaban sus rostros. Un rumor se esparció entre musulmanes y cristianos, que suplicaron todos al Campeador perdonara a los niños y a las mujeres, que no tenían culpa ni sabían nada de aquel asunto. No sin tiempo ni esfuerzo accedió el Campeador a las súplicas de sus súbditos, y amnistió a las mujeres y a los niños.

En cuanto al cadí, cavaron un hoyo en que lo metieron hasta medio cuerpo, allanando la tierra alrededor, y luego le rodearon de tizones encendidos. Cuando el fuego le llegó a abrasar el rostro, exclamó: "¡En

el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso!". Y comenzó a arrimar él mismo los leños ardiendo a su cuerpo, hasta que quedó carbonizado (¡Dios Altísimo tenga de él misericordia!).

La saña del jefe cristiano contra Ibn Yahhaf no tenía otros motivos que la notable firmeza de que éste había dado pruebas durante el asedio, los esfuerzos que había desplegado para procurarse ayudas, y la resistencia que había opuesto durante el prolongado cerco, en la esperanza de conservar la ciudad y mantenerla dentro del Islam.

Después del suplicio de Ibn Yahhaf —¡Dios se apiade de él!— el Campeador —¡Dios lo maldiga!— se revolvió contra las gentes principales de Valencia, y las encarceló y multó, hasta arrebatarles cuanto poseían. Todas las clases sociales sufrieron iguales tormentos, pues a todos fue deteniendo conforme a sus categorías y todos soportaron idénticas vejaciones. Buen número de valencianos murieron en prisión —¡Dios tenga misericordia de ellos y les permita rescatar sus pecados con tales penalidades!—.

He aquí lo que cuenta Ibn Alqama sobre los tormentos sufridos por los valencianos en el año supradicho (487-1094): La libra (*ritl*) de trigo llegó a valer en rabí I (21 marzo-19 abril 1094) un metical y medio; la cebada, un metical; la de simiente de lino, seis octavos de metical; la onza (*uqiya*) de queso, tres dirhemes; la de cebolla, un dirhem; la libra de verduras, cinco dirhemes; un huevo de gallina, tres dirhemes; la libra de carne de mula, seis dinares y la de cuero de buey, cinco dirhemes.

En Rabí II (20 abril-18 mayo 1094) empeoró la situación y aumentó la carestía quedando iguales ricos y pobres en la falta de alimentos. Ibn Yahhaf dio orden de registrar las casas para incautarse de los víveres, al par que renovaba a Ibn Hud sus pedidos de auxilio, prometiéndole dinero y tierras, sin contar la recompensa que alcanzaría en la otra vida si venía a librar a los musulmanes de la muerte y del cautiverio que les aguardaban.

A fines del mismo mes, la libra de trigo llegó a valer tres meticales, menos un cuarto, y los demás víveres subieron al mismo tenor. Sólo las gentes favorecidas por la fortuna podían procurarse alguno de los alimentos que todavía quedaban en Valencia. Los de condición modesta se sustentaban a duras penas con pedazos de piel, gomas y palos de regaliz, mientras los indigentes no comían más que ratas, gatos y cadáveres humanos. Sobre un cristiano que cayó en el foso del recinto se precipitaron sacándoselo de la mano, se repartieron su carne.

El jefe cristiano, por su parte, se resolvió a quemar a cuantos salían de Valencia para dirigirse a su real, como medio de evitar el éxodo de los menesterosos y la posibilidad de que los acomodados pudieran ahorrar los víveres disponibles; y, más tarde, viendo que el suplicio del fuego no representaba gran cosa para los desesperados tránsfugas, los decapitaba, colgando sus cadáveres de los alminares de los arrabales o de la cima de los grandes árboles.

Con la entrada del mes de Yumada I los víveres faltaron en absoluto, y los valencianos comenzaron a morirse de hambre. De aquella gran mul-

titud de vecinos sólo quedó una parte muy exigua. La demencia y la peste se enseñorearon de la ciudad, y había gentes que se caían muertas andando por las calles.

No quedaron en toda Valencia más que dos cuadrúpedos pertenecientes a Ibn Yahhaf y a su hijo, y otros dos propiedad de Ibn Rutbayr. Este último vendió su caballo a los carniceros por doscientos meticales, reservándose diez libras. La carne de este animal fue vendida a diez dinares la libra de la parte delantera y a doce la de la trasera. La cabeza fue rematada en quince meticales.

Llegada la situación a esta extremidad, y como Ibn Hud no respondiese a las cartas más que con aplazamientos y dilaciones, los valencianos se reunieron en torno del alfaquí Abu-l-Walid al-Waqasi para pedirle que hablara en su nombre con Ibn Yahhaf, y, como consecuencia de ello, se entablaron negociaciones de paz con el Campeador: unos mensajeros salieron de Valencia el 15 de Yumada I (2 de junio 1904) y se concertó el acuerdo con arreglo a estas cláusulas: las hostilidades quedarían en suspenso, para permitir a los valencianos que llamasen en su ayuda a los almorávides de Murcia y al príncipe musulmán de Zaragoza, hasta la expiración de un plazo que acabaría el último día del mes en curso (17 junio 1094); Ibn Yahhaf conservaría su puesto y no tendría nada que temer, ni en su persona, ni en sus bienes, ni en toda su familia; Rodrigo no residiría en la ciudad, donde colocaría como inspector (*musrif*) a Ibn Udays, y, por último, las puertas de la ciudad estarían custodiadas por cristianos mozárabes de Valencia.

El día en que los mensajeros salieron de Valencia para estos tratos, la libra de trigo había llegado a valer tres meticales; la de cebada, dos meticales y medio; la onza de queso, diez dirhemes, y un huevo de gallina, ocho dirhemes. Pero, una vez que los mensajeros cumplieron su cometido, cesaron las hostilidades, y los víveres —¡Dios sea loado!— se hicieron más asequibles.

Una vez expirado el plazo, el cadí Ibn Yahhaf salió de Valencia, a jueves último día del mes (17 junio 1094), para ir en busca del Campeador. Una vez de regreso, mandó abrir la puerta de la ciudad, por la que entró el jefe cristiano con una tropa de sus hombres armados, algunos de los cuales subieron a tomar posesión de las torres y puertas del recinto. Los mercaderes se apresuraron a trasladarse desde el real cristiano, trayendo pan y frutas, y los valencianos salían a su encuentro para comprarles alimentos. Los rostros se iluminaron, y las almas se alegraron, excepto las de algunas personas de seso, que reflexionaban sobre las consecuencias de los acontecimientos.

Los valencianos siguieron sufriendo tormentos hasta que entró el mes de Saban, cuando llegó la noticia de que en Murcia se había reunido un ejército musulmán. Entonces los cristianos divulgaron este rumor: "Si la columna almorávide viene a sitiarnos, pasaremos a filo de espada a todos los habitantes de Valencia. Y el heraldo del Campeador pregonó por la

ciudad: "Si se encuentra en poder de alguien cualquier herramienta de hierro, declararemos lícitas la confiscación de sus bienes y su muerte." Los valencianos hicieron desde entonces todo lo necesario para no incurrir en falta, entregando hasta las agujas y los clavos, y, llenos de terror y espanto, depositaron cuanto tenían de hierro en la puerta del Alcázar. Al día siguiente el heraldo pregonó la orden de ir a la orilla del mar para arrastrar a la ribera las galeras que flotaban en él. Una vez reunidos los vecinos, llegó el intérprete, acompañado de los principales jefes cristianos, e hizo una selección entre ellos, devolviendo a la ciudad a los que tenían aspecto de poco bravos, y dejando aparte, desterrados, a los que tenían aire de valientes, con lo cual la mayoría creyó que los habían matado y sus casas se sumieron en luto.

Así siguieron las cosas durante el mes de Ramadan (14 septiembre-13 octubre 1094). El real del emir Muhammad ibn Taxufin, hijo del hermano del Príncipe de los Musulmanes, se hallaba a la sazón cerca de Valencia. Todas las tropas almorávides, magribíes y saharianas, así como las andaluzas, se habían reunido a las órdenes de este príncipe, al que también se habían incorporado Tayid al-Dawla, señor de Lérida; Sayyid al-Dawla, señor de Tortosa; Husam al-Dawla; señor de Santaver (Santa María de Oriente), y Nizam al-Dawla, señor de Alpuente, todos los cuales habían de desmentir con sus actos tales sobrenombres honoríficos. También llegaron a incorporársele al-Sanyati, desde la frontera (*al-Tagr*); Ibn Yasin, señor de Segorbe (*Suburb*); Ibn Yamlul, señor de Azarafe (*Hisn al-Asraf*), y otros. El día de la aparición de la luna de Sawwal (14 octubre 1094) los musulmanes celebraron la oración en común por la fiesta de la Ruptura del ayuno en Manzil Ata (Mislata), junto a la Saqiyat Hawwara (acequia de Mislata). Por su parte, los cristianos mozárabes de Valencia, que habían vivido desde siempre en esta ciudad, trataban de conciliarse la simpatía de los musulmanes que quedaban en ella, por dar por descontada la próxima victoria de las armas islámicas.

El día 8 de Sawwal (21 octubre), el maldito Campeador hizo correr el rumor de que Ibn Rudmir, el rey de Aragón, venía con tropas en su ayuda, y luego, usando de una estratagema, hizo salir a un grupo de cristianos, con orden de entretener mediante escaramuzas a los asediantes musulmanes y de hacerles creer que iban mandados por él en persona, mientras él salía por otro barrio de la ciudad. Después de dispersar a los adversarios que encontró, se dirigió al campamento musulmán, en el que no tardó en penetrar su caballería. El príncipe Muhammad oyó las peticiones de socorro que salían del real y volvió a él; pero, cuando llegó, ya lo habían abandonado las gentes y estaban siendo saqueadas las tiendas. El enemigo, ocupado en hacer botín, no se ocupó de perseguir a los fugitivos.

El Campeador regresó al punto a la ciudad y ordenó a los musulmanes, por medio de su pregonero, que se reuniesen en el Alcázar. Una vez que se hubieron congregado, salió a verlos, los contempló con atención

y les habló largamente de los almorávides y de su gran masa de tropas, que de tan poco les había servido, para venir a ponderar, hinchado de orgullo, su propia benevolencia. "Ved el modo —concluyó— de entregarme setecientos mil meticales, pues, de no hacerlo, os mataré y os entregaré a las espadas de mis soldados." Con esto se fue, dejando a los musulmanes encerrados en el Alcázar, desde el cual fueron trasladados a la cárcel, rodeados de cristianos armados. Viendo venir la muerte quedaron consternados y sin habla, hasta que vino a verles el visir judío del Campeador para decirles: "No he cesado de aplacar a mi señor, hasta lograr que os rebaje la suma a doscientos mil meticales. Daos prisa en pagarlos entre todos y rescatad así vuestras vidas". Los prisioneros prorratearon la cantidad, conforme a sus haciendas; pero continuaron en dura prisión.

El judío —¡Dios lo maldiga!— siguió haciendo sufrir a los musulmanes las más crueles vejaciones, y otros correligionarios suyos se ensañaron contra los valencianos, que llegaron al colmo de la más amarga humillación. Judíos eran también los recaudadores fiscales, los funcionarios, los escribanos de la cancillería y los empleados en los servicios terrestres y marítimos. El judío actuaba como zalmedina (*sahib al-madina*) y como tal detenía y condenaba a penas de palos o azotes. Cada musulmán tuvo detrás, a partir de entonces, un esbirro que salía con él todas las mañanas para hacerle ingresar algo en las cajas del señor de la ciudad, so pena de azote o tortura. Y esta trágica situación se prolongó por algún tiempo: ¡no hay fuerza sino en Dios el Alto, el Magnífico!

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Trad. García Gómez, Al-Ándalus, XIII, 1, 127).

## CAUTIVERIO Y FIN DE AL-MUTAMID

*En el choque entre la bárbara fortaleza de los africanos y la exquisita sensibilidad decadente de los musulmanes de Al-Ándalus, no cabía esperar el triunfo de éstos. Al llamar contra Alfonso a Yusuf, los cultos y libertinos príncipes de la España mora firmaron su sentencia de cautiverio o de muerte. Como ha ocurrido muchas veces en la historia —¡ojalá no vuelva a ocurrir!— el poderoso aparentó, al principio, amistad para los débiles y se unió a ellos contra el enemigo común; pero, vencido éste, el más fuerte devoró, sin escrúpulos, a sus aliados de la víspera. Los generales del sultán almorávide conquistaron uno a uno los reinos de taifas, con la única excepción del lejano de los Banu Hud, de Zaragoza, que salvó el Cid, resistiendo, en Valencia, el ímpetu guerrero de los africanos. El último Banu al-Aftas, de Badajoz, fue decapitado con su hijo; el rey historiador de Granada sufrió cautiverio; el príncipe de Almería pudo salvarse emigrando a África, y el rey poeta, Al-Mutamid, de Sevilla, sucumbió también por la fuerza. Los sevillanos le vieron marchar entre suspiros; Ben Al-Labbana le visitó en su cautiverio y cambió con él billetes poéticos. Murió en Agmat entre cadenas, a las que dedicó una hermosa poesía. Los poetas tejieron su leyenda y varios*

*siglos después de su muerte, uno del gremio, a la par historiador y también de tristes destinos, Ben Al-Jatib, le recordó con emoción al visitar su tumba.*

## YUSUF BEN TAXUFIN CONTRA AL-MUTAMID

Al-Mutamid ben Abbad supo que el Emir (de los Creyentes) poniendo en ejecución su amenaza, antes de que hubiese tiempo de defenderse contra él, acababa de entrar en Granada, de instalar en ella una guarnición de almorávides y de expulsar a los milicianos (*hazam*) que allí se encontraban y a todos los que deseaban permanecer en la ciudad. Fue entonces presa de una viva inquietud y temió ser el segundo objetivo del soberano (conquistador), en cuanto éste fuera informado de sus recientes actividades en el país y del llamamiento de tropas de socorro que había decretado. Pero el Emir, por temor de empañar su reputación, no podía atacarle sin prueba formal de su culpabilidad. Rechazó la propuesta de los almorávides, que le aconsejaban apoderarse de Ben Abbad y añadió que no lo haría en tanto no se le demostrase claramente que el príncipe de Sevilla había cometido alguna falta que justificase una sanción. Poco más tarde, Al-Mutamid se puso en camino y fue seguido por Garrur que le dijo: "El Emir tiene necesidad de hablar contigo sobre algunos asuntos". Pero el rey sevillano rehusó acudir a la invitación, huyó de su lado y a dobles jornadas marchó a Córdoba. En el camino había dicho a Ben al-Aftas: "Escapa, porque ya has visto lo ocurrido al rey de Granada, y eso mismo nos sucederá mañana a nosotros".

Cuando el Emir se convenció de la disidencia de Ben Abbad, le envió un mensaje en que le decía: "Quisiera encontrarme contigo a propósito de algunos asuntos que me interesa resolver". Deseaba que Al-Mutamid le respondiera negativamente a fin de hallar un motivo válido para perseguirle, como hizo más tarde. Pero Ben Abbad le envió la siguiente respuesta: "Tales entrevistas tenían razón de ser cuando te encontrabas en este país en calidad de huésped y te proponías llevar la guerra (a tierra de infieles); era entonces para mí una obligación ayudarte con mi persona y con mis bienes. Pero ahora no eres a mis ojos más que un vecino, como lo eran Badis y su nieto. Tienes mucha más fuerza que yo para combatir a tus adversarios con tus tropas. Me es imposible ponerme en peligro con la cabeza baja, ya que sin duda deseas apoderarte de mi capital, pues supongo que la posesión de Granada no tendrá valor a tus ojos sino en tanto poseas las regiones vecinas de Al-Ándalus". El Emir le comunicó entonces sus condiciones: Debía consagrarse exclusivamente al *ribat* (guerra de fronteras) contra el infiel y abolir los impuestos ilegales y debía aceptar muchas obligaciones penosas, a las cuales sabía muy bien que no se sometería Ben Abbad.

Las cumpliera o no, de todas maneras el Emir le habría dado, además, el golpe de gracia. Ben Abbad se esforzó en organizar la resistencia y tomó el partido de la guerra. El almorávide comenzó a cercar las guarniciones

de sus plazas fuertes, que cayeron una tras otra, como antes habían caído las de los otros principados. En todas las comarcas de su reino sus súbditos se sublevaron contra Ben Abbad. Envió éste, entonces, una diputación al rey cristiano (Alfonso VI) para pedirle socorro. Pero el rey, que temía lanzarse a una aventura peligrosa, le volvió la espalda. La petición de Ben Abbad iba, sin embargo, a procurar al Emir de los Musulmanes la prueba que buscaba contra él. Le hizo decir, en efecto: "He podido apoderarme de tu carta al rey cristiano, en que le pides que se una a ti". —"Si hubiera obrado de tal suerte alegremente, respondió Ben Abbad, antes de que mi territorio fuese conquistado, merecería tu censura; pero después de haberme dado cuenta de que quieres mi vida, la necesidad me ha forzado a hacer tal petición, a fin de intentar resistir, aunque no fuese sino un día más." Tal era la enfermedad que minaba entonces todos los principados; de ella iba a perecer Ben Al-Aftas (de Badajoz) y de ella iba a sucumbir por su parte Ben Abbad.

## TOMA DE CÓRDOBA POR LOS ALMORÁVIDES

Cuando el Emir de los Creyentes se dió cuenta claramente de que Ben Abbad se rebelaba contra él y no hacía caso de sus demandas, pidió a los juristas un dictamen (*fatwa*) sobre la cuestión. Le aconsejaron hacerle la guerra. Colocada así a cubierto la responsabilidad del emir, comenzó aquélla. Hasta allí había diferido el ataque a fin de poder condenar a muerte, apoyado en pruebas, a quienes debieran sufrir el supremo castigo y para poder desterrar a quien quisiera, de acuerdo con las formas legales, desde el momento en que dispusiera de una justificación. Ordenó, pues, al emir Sir que empezara el ataque contra Ben Abbad. Tal general se puso en camino estando (el rey de Granada) en Mequínez. Sitió durante largo tiempo a Ben Abbad en su capital. La mayor parte de sus plazas fuertes se habían rendido, entre tanto, a los almorávides. El general se apoderó de Córdoba, donde el hijo de Mutamid, Al-Mamun, y sus dos visires, Ben Zaydun y Ben Bakr —Alá les sea misericordioso— perecieron como mártires. La ciudad cayó por obra de la connivencia de sus habitantes y por la dispersión de sus barrios. No se la podía defender eficazmente sin la ayuda de sus moradores. Al-Mutamid seguía con mucha atención la suerte de Córdoba, porque, a su juicio, dependía de la resistencia que ofreciera tal ciudad el éxito de la lucha general entablada. Por ello recomendó a su hijo que resistiera con tesón y le dijo: "No descorazones, porque la muerte es más fácil de soportar que la humillación. Un príncipe no debe abandonar su palacio, sino para ser llevado al sepulcro".

De *Al-Tibyan an al-haditha al-Kaina* o *Memorias* de Abd Allah, último rey Zirí de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Ándalus, VI, 1941, 50).

## RESISTENCIA DE SEVILLA

El 1 de Safar 484 [21 marzo 1091] el príncipe Abbad fue muerto después de haber cumplido con su deber y de haberse defendido con obstinación. En seguida aumentaron los odios y los males y continuaron la guerra y sus excesos. En Sevilla, un grupo de descontentos preparó una revuelta. Mutamid fue informado de lo que hacían y del fin que perseguían. Adquirió la certidumbre de la maldad de sus designios, le incitaron a descubrir su vergüenza y hacer correr su sangre y le apremiaron a entregar sus mujeres al deshonor y a descubrir los rostros de sus hijas. Pero el honor y la prudencia que tenía de nacimiento y la nobleza ordinaria de su conducta no le permitieron ceder a tales consejos, no menos que la fe sincera, la sana razón y la verdadera religión que debía a la generosidad divina. En la aurora del 15 Rachab [2 septiembre] se sublevaron, con la ayuda de miserables abandonados de Dios, y los milanos pasaron por águilas no obstante su debilidad. El príncipe salió de su palacio espada en mano y cubierto por una simple túnica, sin escudo ni coraza. En Bab al-Farach, una de las puertas de la ciudad, encontró a uno de los asaltantes, jinete reputado por su bravura y su vigor, que le atacó con su lanza, de astil corto y nervado y de hierro largo y agudo; pero el arma se enrolló en la túnica (del príncipe) y le pasó bajo la axila gracias a la protección y al favor divinos. Entonces Mutamid golpeó con su espada el hombro de su enemigo y se la hendió hasta el costado con lo que le dejó muerto. Los enemigos fueron puestos en fuga; los que escalaban las murallas se retiraron y los sevillanos creyeron poder respirar. Pero el ataque se repitió en la tarde del mismo día y entonces la ciudad sucumbió del lado del río y no quedó esperanza de poder defenderse; sus envidiosos y sus detractores vieron realizarse sus deseos; el fuego que destruyó las galeras les hizo perder toda esperanza, redujo a todos al silencio y les privó de la fortaleza precisa para resistir. El compañero de Yusuf que atacaba la ciudad por tierra se llamaba Hudayr ben Wasnu y el que triunfó por el lado del río fue el caid Abu Hamama, cliente de los Banu Sudchut. La situación permaneció indecisa algunos días hasta la llegada de Sir ben Abu Bakr ben Taxufin, hijo del hermano de Yusuf, que trajo guerreros y tropas auxiliares en número considerable. En esos días la población, enloquecida y con el corazón lleno de inquietud, comenzó a huir por los caminos terrestres, a pasar el río a nado, a escapar por las alcantarillas o a arrojarse desde lo alto de las murallas, con la esperanza de sustraerse a la muerte. Pero quienes quisieron cumplir sus compromisos y mantuvieron firme su amor (por el príncipe) resistieron hasta el domingo 21 Rachab [8 septiembre] en que tuvo lugar el terrible acontecimiento, el gran cambio, cuando la gran brecha no pudo ser reparada. Penetraron en la ciudad por el lado del río, y en ella perecieron ciudadanos y campesinos, después de una lucha encarnizada y de grandes esfuerzos por las dos partes. Mutamid se batió con una obstina-

ción, un valor y un desprecio de la muerte que no pueden ser superados ni siquiera igualados.

## AL-MUTAMID PRISIONERO

La ciudad fue entregada al saqueo y los bereberes tomaron a los habitantes hasta sus más mínimos efectos; los palacios de Mutamid fueron víctimas de las más vergonzosas depredaciones, él mismo fue cautivado y se le obligó a escribir a sus hijos Mutadd Billah y Radi Billah, instalados en las dos plazas fuertes de Ronda y de Mertola, que si querían resistir, nadie se les uniría. Su vieja madre unió sus ruegos a los suyos, y los dos imploraron su piedad, no ocultándoles que la vida de toda la familia dependía de su sumisión. Comenzaron por rehusar humillarse así y por desdeñar reconocer ninguna autoridad después de la de su padre; luego se dejaron ablandar por la piedad y tomaron en consideración los derechos de sus padres, nacidos, a la vez, de Dios y de la naturaleza. Uno y otro, por obedecer a los preceptos divinos, salieron de las plazas fuertes que ocupaban, bajo la fe de los tratados más seguros y de las convenciones más firmes. Pero Mutadd fue en seguida despojado de todos sus bienes por el oficial a quien se entregó, mientras Radi fue traidoramente asesinado apenas salió de su fortaleza, tras lo cual se hizo desaparecer su cadáver. Mutamid y su familia fueron privados de todas sus riquezas e incluso sin la menor provisión (para su sustento) fueron trasladados a un barco, que les llevó a África como si se tratase de un convoy fúnebre. Fue (Mutamid) desembarcado en Tánger, donde le encontró, durante los pocos días que allí pasó, el poeta Al-Husri, quien incluso en tal sazón no renunció a su deplorable costumbre de mendigar y de importunar a los poderosos. Le presentó versos que había compuesto en otro tiempo en su alabanza y añadió una nueva *qasida* que había escrito en aquella ocasión. Mutamid no poseía entonces sino treinta y seis mizcales, a lo que me han dicho. Hizo con ellos un paquete, lo selló, añadió una breve poesía excusándose de la pobreza del regalo y se lo envió a Al-Husri. Éste no respondió a tales versos, aunque versificaba fácil y rápidamente. Mutamid provocó su respuesta por una poesía que comenzaba así: "Di al que ha adquirido la ciencia, pero no la verdadera manera de servirse de ella: Había en la bolsa una poesía de la que esperábamos una contestación. Te concedimos una recompensa; ¿nuestros versos no merecen otra?"

Al saber lo que Mutamid había hecho por Al-Husri, los poetas de alma vil y los mendigos inoportunos se precipitaron junto a él siguiéndole los pasos, y abandonaron sus valles retirados para venir a su encuentro. En esta ocasión el príncipe dijo: "Todos los poetas de Tánger y del Magrib se han reunido en la región del Oeste para pedir a un cautivo lo que le sería muy difícil concederles, porque él mismo tiene más necesidad que ellos, ¿se ha visto jamás nada parecido?"

Mutamid estuvo algunos días en Tánger, en la situación relatada. De allí le llevaron a Mequínez, donde algunos meses más tarde llegó la orden de trasladarle a Agmat. Allí habitó con los suyos hasta su muerte el año 487 [1094-1095] o 488, según otros. Tenía 51 años y fue enterrado en tal población, donde su tumba es muy conocida.

La situación de Mutamid en Agmat fue tal que sus mujeres preferidas y sus hijas más queridas hubieron de ponerse a hilar y llegaron a vender sus trabajos, a fin de mejorar un poco el estado a que habían sido reducidas. Trabajaban para un bajo oficial de la guardia de su padre.

Del *Kitab al-Muchib* de Abd Al-Wahid al Marrakuxi (Según versión francesa de Fagnan, 119, 121, 124 y 131).

## AL-MUTAMID Y SU FAMILIA EMBARCAN PARA EL DESTIERRO

Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al Guadalquivir, cuando estaban en las naves como muertos en sus fosas.

Las gentes se agolpaban en las dos orillas, mirando cómo flotaban aquellas perlas sobre las espumas del río.

Caían los velos porque las vírgenes no se cuidaban de cubrirse, y se desgarraban los rostros como, otras veces, los mantos.

Llegó el momento y ¡qué tumulto de adioses, qué clamor el que a porfía lanzaban las doncellas y los galanes!

Partieron los navíos, acompañados de sollozos, como una perezosa caravana que el camellero arrea con su canción.

¡Ay, cuántas lágrimas caían al agua! ¡Ay, cuántos corazones rotos se llevaban aquellas galeras insensibles!

De Ben Al-Labbana, de Denia (m. 1113).

## A SU CADENA, PRISIONERO EN AGMAT

Cadena mía, ¿no sabes que me he entregado a ti? ¿Por qué, entonces, no te enterneces ni te apiadas?

Mi sangre fue tu bebida y ya te comiste mi carne. No aprietes los huesos.

Mi hijo Abu Hasim, al verme rodeado de ti, se aparta con el corazón lastimado.

Ten piedad de un niñito inocente que nunca temió tener que venir a implorarte.

Ten piedad de sus hermanitas, parecidas a él y a las que has hecho tragar veneno y coloquíntida.

Hay entre ellas algunas que ya se dan cuenta, y temo que el llanto las ciegue.

Pero las demás aún no comprenden nada y no abren la boca sino para mamar.

Del rey Al-Mutamid, de Sevilla (Trad. García Gómez: Poemas arábigo-andaluces, 74, 152).

## EL POETA BEN AL-LABBANA VISITA A AL-MUTAMID

Ben Al-Labbana, durante su estancia en Agmat cumplía asiduamente sus deberes con el príncipe y le mostraba su reconocimiento por las mercedes que de él había recibido. Cuando resolvió partir, Mutamid, a quien habían procurado placer sus visitas, agotó sus últimos recursos para enviarle veinte mizcales y dos piezas de seda y acompañó el envío con esta poesía:

—"La mano de un cautivo te dirige este insignificante obsequio, cuya aceptación será la mejor prueba de tu reconocimiento: recibe, pues, lo que él se avergüenza de ofrecerte, aunque tiene como excusa su pobreza. No te asombre la desgracia que le abruma, pues que también la luna sufre sus eclipses. Espera que al verse en mejor situación se manifestarán los efectos de su generosidad... La adversidad ha dirigido hacia él su mirada, y le ha arrebatado todas sus incomparables grandezas. A la felicidad ha sucedido el infortunio, según el orden de los decretos del Omnipotente..."

Pero Ben Al-Labbana rechazó el regalo y se lo devolvió al príncipe, al mismo tiempo que respondía así a sus versos:

—"Tratas con un hombre de honor: déjame, pues, con las simpatías que hacia ti siente mi corazón. ¡Renunciaría al amor que por ti siento y que constituye la mitad de mi religión, si alguna vez los vestidos que llevo encubriesen a un traidor! ¡Quede yo para siempre víctima de la desgracia, si recibo algo de un cautivo! Yo viajo, pero no es con objeto interesado. ¡Dios me libre de tan vil proceder! Cuando la gratitud, por viva que sea, reconoce por causa un beneficio, ¿dónde está el mérito de mostrarse agradecido? Como a Chachima, la fortuna te ha engañado; pero yo no seré para ti menos que Qasir. Conozco mejor que tú mismo tu generosidad, pues (con frecuencia) me he puesto a su sombra para resguardarme de los ardores (de la adversa fortuna). A pesar de tus dadivosas disposiciones, tu precaria situación te ata las manos... ¡Ten paciencia! Tú podrás colmarme de alegría, pues (bien pronto) subirás al trono, y me conferirás las más encumbradas dignidades el día en que entres en tus palacios. Tu liberalidad superará entonces a la de Ben Marwan, y mi talento al de Charir. Dispone para recuperar tu rango, pues el eclipse no oscurece la luna para siempre."

Al-Mutamid respondió con estos versos:

—"Rebelde y agradecido para conmigo, ha rehusado mi obsequio; su injusto proceder merece a la vez el vituperio y el agradecimiento. El temor de empeorar mi suerte le ha hecho rehusar mi pobre regalo; mas merece ser tratado con dureza, por cuanto no consiente en aceptar cosas de ningún valor. Si por una parte le elogio, por otra no puedo menos de censurarle con el pensamiento y con la palabra. ¡Ojalá pueda yo, oh, Abu Bakr, no carecer jamás en mis desventuras de un amigo tan reservado como tú y de tan rara fidelidad! Pero ¿de qué utilidad pueden serme los cuidados de un amigo que se compadece de mi situación? Yo muero de miseria, y ya no tengo por qué temerla."

A lo que Ben Al-Labbana replicó:

—"¡Oh, príncipe ilustre, generoso como la lluvia bienhechora, sólo por respeto te he devuelto tu regalo! ¡No permita Dios que yo aumente las estrecheces, la penuria de un hombre generoso que alivió la suerte de tantos menesterosos, y que ahora mismo se compadece todavía de la pobreza! ¡No quiero yo aumentar sus penas con un comportamiento injusto: hágame traición el destino si alguna vez llegase a engañar a nadie! ¿Por qué no tendré yo la fuerza necesaria, una pilastra sobre la cual pudiera apoyarme, para patentizarte mi fidelidad que hoy se oculta en la sombra? Tú eres quien me ha enseñado la manera de obrar de los grandes, hasta el punto que hoy la nobleza de mis sentimientos compite con las mismas estrellas. Así he hecho yo una compra bastante ventajosa, pudiendo renunciar a los vestidos que cubren mi cuerpo, para no vestirme sino de gloria. Me bastan tus amables palabras, tu dulce poesía; ¿por qué he de buscar oro cuando encuentro perlas? ¡Ojalá te perdonase la muerte y dejase así con vida todos los nobles sentimientos! ¡Ojalá Dios, después de tu muerte, niegue una sola gota de agua a la tierra!"

Del *Kitab al-Muchid* del Marrakuxi (Trad. de Pons de la versión francesa de Fagnan, II, 132).

## ANTE LA TUMBA DE AL-MUTAMID, EN AGMAT

Báculo de peregrino
Tomó con piadoso impulso;
Vengo a Agmat y reverente
Miro y beso tu sepulcro.
Sultán magnánimo, faro
Que dio clara luz al mundo,
En tus rayos, si vivieras,
Me bañaría con júbilo,
Y mis poesías mejores
Fueran el encomio tuyo;
Ora postrado de hinojos
Sólo la tumba saludo.
Egregiamente descuella
Entre circunstantes túmulos,
Cual tú de reyes y vates
Descollabas entre el vulgo.
Siglos ya sobre tu muerte
Pasaron y tu infortunio;
Pero guardas la corona,
No te la quita ninguno.
¡Oh Rey de muertos y vivos!
Tu igual vanamente busco,
Que no ha nacido tu igual
Ni nacerá en lo futuro.

Composición poética de Ben Al-Jatib (Trad. de Valera. Pons Boigues: Historiadores y geógrafos, 334).

# JARCHAS MOZÁRABES Y MULADÍES

*Entre los más sorprendentes hallazgos de los últimos tiempos figura el de las* jarchas, *coplas redactadas en romance andalusí que sirvieron de estribillo temático a las* muwaxxahas *o poemas estróficos en árabe o hebreo escritas en la España musulmana a lo menos desde el siglo IX. Esas* jarchas *han comprobado la existencia de una lírica mozárabe y muladí, derivada de una lírica popular hispano-latina premuslim y matriz de la lírica popular hispano-arábiga que acabó desbordando las fronteras de Al-Ándalus hacia el mundo islámico.*

Miradas de dulce embrujo
de amor me han llenado el alma,
más la grana de esa boca
que aún al censor es sagrada.

Si el corazón de esa cierva
se ablanda, posará el mío.
De su rebaño no cuida
ni ve que el mío se ha huido.
Ella es todo para ella,
y para mí, y la he perdido.
*Éstas son, ay mi censor,*
*de amor señas declaradas,*
*suspiros abrasadores,*
*aunque se aneguen en lágrimas.*

Lo que ese talle de palma
carga sobre mí me abruma.
Que yo vele y ella duerma
me conduce a la locura.
No halla el corazón respiro
de tanto amor y amargura.
*Deja de mi ser un poco*
*(ni creo que a quedar vaya),*
*y así verás a qué extremos*
*me conduce mi desgracia.*

Mía, al lado de Hawzáni,
es la flecha ganadora.
¡Oh fino sable del Yemen
al que sus hazañas doran;
ángel con semblante humano
que la descripción desborda;
*león de las espesuras;*
*muerte que plazos señala;*
*aurora que, cuando brilla,*
*el mundo entero engalana!*

Abu Hafe, párate un punto.
Magias te recito: atiende.
De ti se gloria el imperio:
de un corazón bravo y fuerte.
El mío toma en albricias,
si a tu lado has de acogerme.
*Para nutrir a los hombres*
*Dios te hizo a ti pura dádiva.*
*¡Tanta merced celebremos!*
*¡Subamos cimas tan altas!*

A una de teñidos dedos,
que es de la belleza esencia,
doncella que todos miran
y que ilumina estas tierras,
fui a ver, entrando el verano,
y cantó por mí y por ella:
*¡ALBO DÍA (ES) ESTE DÍA,*
*DÍA DE LA SANJUANADA!*
*VESTIRÉ MI (JUBÓN) NUEVO*
*E IREMOS A QUEBRAR LANZAS.*

Emilio García Gómez: *Dos nuevas jarchas romances.* En *Al-Ándalus*, XIX, 2, 377.

Señor mío Ibrahim,
oh nombre dulce,
vente a mí
de noche.
Si no —si no quieres—,
iréme a ti:
dime en dónde
encontrarte.

¡Merced, merced, oh hermoso! Di:
¿Por qué tú me quieres, ay Dios, matar?

¡Sácame de este estado mío!
¡Mi situación es desesperada!
¿Qué haré, madre?
Bien quisiera volar (de aquí).

¡Ven, hechicero!
Alba que tiene bello vigor
cuando viene pide amor.

Mi amigo (está) enfermo de amarme.
¿Cómo no ha de estarlo?
¿No ves que a mí no se ha de allegar?

Este desvergonzado, madre, este enredador
quiere a la fuerza
que perezcamos yo y mis pechos.
Si me quieres como bueno,
bésame entonces esta sarta de perlas:
boquita de cerezas.

Viene la Pascua, ay, aún
sin él,
lacerando mi corazón
por él.

No quiero, no, amiguito,
sino el morenito.

¡Madre, qué amigo!
Bajo la guedejuela rubita,
el cuello blanco
y la boquita rojuela.

No se queda, no me quiere decir
palabra.
No sé con el seno abrasado dormir,
madre.

No dormiré yo, madre:
Al rayar la mañana,
(creo ver al) hermoso Abu-l-Qasim
con su faz de aurora.

Como si (fueses) hijito ajeno,
ya no te aduermes más en mi seno.

¡Oh madre mía cariñosa!
Al rayar la mañana
(creo ver al) hermoso Abu-l-Hayyay
con su faz de aurora.

¡No me toques, amigo!
Yo no quiero al que hace daño.
Mi corpiño es frágil.
¡Basta! A todo me niego.

¡Merced, amigo mío!
No me dejarás sola.
Hermoso, besa mi boquita;
yo sé que no te irás.

Emilio García Gómez: *Veinticuatro jarchas romances*. En Al-Ándalus, XVII, 1, 75 y ss.

# V

# DOMINACIÓN ALMORÁVIDE Y ALMOHADE

# INTENTO DE EXPLORACIÓN DEL ATLÁNTICO

*En el confín del Occidente y cara al Atlántico, el Mar Verde de los cronistas árabes, la España musulmana sintió ya la tentación de explorar el Océano. No hubo proyecto oficial ni se firmaron capitulaciones para acometer la aventura. Un grupo de jóvenes audaces, de la bella y aurífera Lisboa, eterno ojo de Hispania abierto hacia el misterioso más allá, se lanzó a navegar con viento Este. No soñaban siquiera en hallar un mundo nuevo al otro lado del mar, ni quisieron, como Colón, llegar a Oriente proa a Poniente. Pero la navecilla, que tripulada por musulmanes de Al-Ándalus salió al Atlántico en el siglo XI, en el período de mayor apogeo cultural de la España islamita —el ansia de saber que movía a todo un pueblo la lanzó al Océano—, pudo encontrar América cinco siglos antes de que toparan con ella las naves castellanas.*

## FALLIDO DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Lisboa está construida en la orilla septentrional del río llamado Tajo, sobre el que está situada Toledo. Su anchura en las cercanías de Lisboa es de 6 millas, y la marea se hace sentir allí violentamente. Esta bella ciudad, que se extiende a lo largo del río, está rodeada de muros y protegida por un castillo. En el centro de la misma hay fuentes de las que mana agua caliente en invierno y en verano.

Situada en la proximidad del Océano, Lisboa tiene frente a ella sobre la orilla opuesta el fuerte de Almada, llamado así porque, en efecto, el mar echa pepitas de oro sobre la costa. Durante el invierno los habitantes de la comarca salen del fuerte en busca de ese metal, y se entregan a este trabajo mientras dura la estación rigurosa. Es éste un hecho curioso del cual hemos sido testigos.

Fue de Lisboa de donde partieron los aventureros cuya expedición tenía por objeto saber lo que encierra el Océano y cuáles son sus límites. Existe todavía en Lisboa, cerca de los baños calientes, una calle que lleva el nombre de los aventureros.

He aquí cómo las cosas ocurrieron: se reunieron en número de ocho, todos parientes próximos (literalmente, primos hermanos). Construyeron un

barco mercante y llevaron a bordo agua y víveres en cantidad suficiente para una navegación de varios meses. Se hicieron a la mar al primer soplo de viento Este. Después de navegar alrededor de once días, llegaron a un mar cuyas ondas espesas exhalaban un olor fétido, escondían numerosos arrecifes y no estaban iluminadas sino débilmente. Con el temor de perecer, cambiaron la dirección de sus velas, corrieron hacia el Sur durante doce días, y alcanzaron la isla de los Carneros, donde gran número de rebaños de carneros pastaban sin pastor y sin que nadie los cuidara.

Desembarcaron en tal isla, allí encontraron una fuente de agua corriente y cerca de ella una higuera salvaje. Tomaron y mataron algunos carneros, pero la carne era tan amarga que fue imposible comerla. Guardaron la piel, navegaron todavía doce días hacia el Sur, hallaron al fin una isla que parecía habitada y cultivada. Se acercaron a ella con el fin de saber de qué se trataba y poco tiempo después fueron rodeados de barcas, hechos prisioneros y conducidos a una ciudad situada a orillas del mar. Les albergaron en seguida en una casa donde vieron hombres de alta estatura y de color rojizo, casi lampiños y con largos cabellos lacios, y mujeres de una rara belleza. Durante tres días quedaron prisioneros en una habitación de tal casa. Al cuarto vieron venir a un hombre que, hablando lengua árabe, les preguntó quiénes eran, por qué habían venido y cuál era su patria. Le contaron toda su aventura; él les dio esperanzas y les hizo saber que era intérprete del rey. Al día siguiente fueron presentados al soberano, que les dirigió las mismas preguntas, y al que respondieron como habían respondido la víspera: que se habían lanzado al mar a la aventura, con el fin de saber lo que podía tener de singular y de curioso y para averiguar sus límites extremos.

Cuando el rey les oyó hablar, se puso a reír y dijo al intérprete: "Explica a estas gentes que mi padre ordenó en otro tiempo a algunos de sus esclavos que embarcaran sobre este mar, lo recorrieron durante un mes, hasta que la claridad (de los cielos) les faltó y se vieron obligados a renunciar a esta vana empresa". El rey ordenó además al intérprete que asegurase de su benevolencia a los aventureros con el fin de que formaran una buena opinión de él, lo que aquél hizo al punto.

Retornaron luego a su prisión y allí quedaron hasta que, habiéndose levantado un viento Oeste, se les vendaron los ojos, se les hizo entrar en una barca y se les obligó a remar durante algún tiempo. "Navegamos, dicen, cerca de tres días y tres noches, arribamos en seguida a una tierra donde se nos desembarcó, y con las manos atadas detrás de la espalda fuimos abandonados sobre una playa. Allí quedamos hasta la salida del Sol en el más triste estado, por causa de las ligaduras que nos apretaban fuertemente y nos incomodaban mucho; al fin oímos ruido y voces humanas y nos pusimos a dar gritos. Entonces algunos habitantes de la comarca vinieron hacia nosotros y, viéndonos en condición tan miserable, nos desataron y nos dirigieron diversas preguntas, a las cuales respondimos con el relato de nuestra aventura. Eran bereberes. Uno de entre ellos nos dijo: "¿Sabéis cuál es la distan-

cia que os separa de vuestro país?" Ante nuestra respuesta negativa, añadió: "Entre el punto donde os encontráis y vuestra patria hay dos meses de camino". El jefe de los aventureros dijo entonces: "W*a asafi* (¡Ay de mí!)". He aquí por qué el nombre de este lugar es todavía hoy Asafi. Es el puerto del cual hemos ya hablado, situándolo al extremo de Occidente".

Del *Nuzhat al-Muxtaq* de AL-IDRISI (Según versión francesa de Dozy y De Goeje, 223).

## LA ROTA DE UCLÉS Y LAS OFENSIVAS ALMORÁVIDES

*La batalla de Zalaca fue más funesta para los reyes de taifas, en ella vencedores, que para el príncipe cristiano, en ella derrotado. Alfonso, vencedor, no habría podido arrebatarles sus estados conquistando España entera. Y el soberano de León y Castilla, después de su revés, conservó poder sobrado para que al anuncio de su llegada se dispersara el ejército musulmán que sitiaba Aledo, para continuar la explotación fiscal de los sultanes de Al-Ándalus y para conquistar la región conquense y buena parte de Portugal. Fue más decisiva la rota de Uclés. En frente estaba ya un imperio unificado, que iba del Sahara al Tajo. Los almorávides habían contagiado un nuevo ímpetu guerrero a la España musulmana. Alfonso era ya muy viejo para restaurar su poder militar, por tercera vez deshecho. Y la muerte en Uclés del príncipe don Sancho, al privar al reino de un heredero varón y al hacer recaer la corona en la versátil y liviana doña Urraca —que casaron con el duro y misógino rey de Aragón— lanzó a León y Castilla a la guerra civil, en el momento decisivo. Después de Uclés la crisis de la España cristiana se agudizó hasta extremos insospechables unos decenios antes. Sólo el heroísmo de los fronterizos la salvó, como veremos pronto.*

### PARTE OFICIAL DE LA BATALLA

Carta que escribió el visir y secretario Ibn Saraf en nombre de uno de los caudillos del Garb al Emir de los Musulmanes —Dios se apiade de él—, sobre la victoria de Uclés, que Dios devuelva al Islam con su poder.

Prolongue Dios la vida del Emir de los Musulmanes y auxiliador de la religión, columna de la humanidad y apoyo del Islam, el dichoso en el tiempo y alabado en su puesto, grandes las dos cualidades por el destino y triunfadoras de los accidentes de la fortuna, a quien robustece en su derecho y lo confirma en su preeminencia y lo perpetúa en su inmortalidad, ayudado en la voluntad y ayudado en la dicha, renovador del engrandecimiento y del aumento.

Alabanzas a Dios, el todopoderoso, el omnipotente, el que ha fortificado la fuerza y ha extendido el auxilio y ha dado la victoria contra la violencia, por quien se corta la mano del que se retrasa en cumplir lo pro-

metido y se separa la verdad de lo falso. Alabanzas a Dios que ha hecho felices los tiempos con el gobierno del Emir de los Musulmanes y que ha auxiliado con su espada al Islam y ha castigado con él a los infieles y ha puesto sobre ellos el contraataque y han vuelto las espaldas. Dios favorece su dicha y asegura su engrandecimiento y auxilia a sus soldados con su favor.

Cuando me puso el Emir de los Musulmanes —prolónguele Dios su auxilio— en el lugar que quiso de honor y excelsa gloria entre su familia y me envolvió en beneficios y me hizo arrastrar el vuelo del vestido de ellos y me confió de sus tropas y de su país lo que me concedió su generosidad y para lo que me nombró su bondad, guardé este depósito sagrado y agradecí el aumento de esta gracia y me dediqué a esforzarme en la guerra santa, consagrándome a ella y emprendiendo su camino. Preparé los soldados suyos que yo tenía bajo mi mando y respondí invocando a Dios con la mayor resolución y con el más noble propósito para una empresa que tiene en su dicha la cabeza y sobre su temor los cimientos y las raíces.

Fui de la capital, Granada, que Dios guarde, en la última decena del mes de Ramadan, con un ejército cuyos relinchos ensordecían y cuyos cascos galopaban, sus banderas ondeaban, sus propósitos eran verdaderos y sus voces hablaban con las lenguas de la dicha.

Pasamos por las regiones de la obediencia del Emir de los Musulmanes, que oyeron nuestra llamada y siguieron nuestra buena dirección y marcharon obedientes tras nuestros hombres y pertrechos, avanzando de lo oculto y moviéndose de la quietud. Acampamos en la región de Baeza y acudió la multitud y se llenaron los ojos y los oídos. Hice el plan más concreto y el propósito más firme y la preparación más expedita y renové el implorar a Dios y acogerme a Él y le supliqué invocándolo y me confié en todos mis asuntos a su juicio, sumiso y rendido.

Llegamos al extremo del país enemigo —que Dios lo devuelva— y lo asolamos desde allí; se hizo clara la muestra de la preparación y se ajustó el edificio de la organización. Marchamos con un ejército que se desbordaba por la tierra, cuyas provisiones agotaba; la corriente de la caballería era una inundación y el relampaguear de los sables un amanecer y las lenguas de las riendas decían: "¡Adelante! ¡Adelante!". Amanecieron las estrellas de las lanzas en la oscuridad del polvo y llenó la polvareda todos los caminos y los senderos y se irguieron las banderas en todas las cabilas.

Llegamos bien a la ciudad fortificada de Uclés, capital de la región y centro del primer territorio enemigo, de muchos pertrechos y soldados. Se apresuró el adelantado y se le agregó el que lo alcanzó luego. Amanecimos el miércoles, 14 de Sawwal, y la rodeamos como rodea la esfera al punto central y como envuelve la madre a su feto. Se quedó la gente —de Uclés— estupefacta y se extendió el mar en que no se flota y se pasmaron y traicionaron cuando dispararon. Fuimos con toda clase de golpes y de ataques, derribando su altura y destruyendo sus partes bajas. Nos pegamos a ella con las lanzas y la agitamos como se agita la rama por la fuerza

del viento, hasta romper su sello y morderle los tobillos. Se apresuró Dios con el auxilio, la conquistó rompiéndola, sopló en el cuerno de caza de ellos y rodeó el cerco del mal sus casas y los aniquiló, como aniquila la usura y los disipó el viento de la victoria, se hicieron polvo y se abatieron como se abate la mies segada y se tumbaron como se tumba el perro ante el dintel.

Los cogió nuestro ataque por sorpresa y nuestro ímpetu los deshizo en pedazos, cayeron boca abajo y fueron conducidos a la muerte y a la humillación. No bien acampamos cuando empezamos este asedio y no bien descabalgábamos cuando atacamos y apenas llegamos nos apoderamos de la ciudad y logramos lo que deseábamos.

Cuando arreció la lucha contra ellos y se les arrancó la raíz y los estrechó la opresión y los ahogó este asalto, faltó el tiempo de la sorpresa y el hacer prisioneros hizo despreocuparse de los que huían y los muchos hicieron descuidarse de los pocos. La gran masa de los musulmanes no se preocupó de los que escapaban, cuyos restos se refugiaron en la alcazaba de la ciudad y se cobijaron en ella como se cobijan los gorriones y como se levanta el que ha tropezado; cerraron sus puertas e impidieron el paso. Nosotros renovamos el esfuerzo, llenos de odio... hasta la puesta del sol y languideció el combate.

Arrancamos los árboles, cortamos las nucas, derribamos las casas y los edificios, destruimos la iglesia y sus cruces y nos hicimos mutuos regalos de prisioneros. Buscamos las cosas ocultas y examinamos los edificios por donde pasó la muerte y de los que se apoderaban las espadas y en sus restos sólo había ruina y en sus vestigios escombros, hasta superar la fe al politeísmo y cambiar las campanas por los almuédanos y ser quitados los ídolos de sus lugares y ser arrancadas las campanas de la iglesia.

Se acogieron a nosotros los musulmanes que había allí, acogiéndose a nosotros y sometiéndosenos, conjurándonos por la religión y sus preceptos. Nos descubrieron las brechas y sus partes cerradas y huyeron de un campo al otro; hospedamos a sus fugitivos y alojamos a los que allí residían y se disipó su aflicción, y después de la ruina y de convivir con los infieles volvió la buena nueva de la casa de su religión y brilló para ellos el Islam sobre el alminar de la creencia renovada y se difundió entre ellos el *tawhid* con el brillo de la espada desenvainada y se descubrió la religión saliendo de su escondrijo y predicó la verdad manifiesta en su almimbar.

Permanecimos el resto de ese día así hasta que se metió el día en su tienda y llegó a amarillear el Sol; entonces depusimos los sables y disminuyeron los derramamientos de sangre y apareció el jueves, 15, para el ejército, edificando sobre estos cimientos, arrastrando los vuelos del vestido de la victoria en gran número, doblando lo primero con lo que le seguía y comprando lo más alto con los actos más nobles. Amanecimos en gloria y concordia y amanecieron los enemigos de modo que no se veían sino sus casas como si no estuviesen habitadas al día anterior.

Estrechó este contingente a esta alcazaba y la gente de ella estaba en

la prisión y el castillo estaba sitiado, como el que está solo en el mundo y como la piedra preciosa en el anillo. El sitiado es un prisionero y el dueño del muro es un vencido. No cesamos de renovarles el ataque y de ampliarles los daños y perjuicios durante el día hasta que cortó el día su duración y desplegó la noche sus soldados y nos volvimos a nuestro campamento y se prolongó el cansancio y se adueñaron los ojos del insomnio.

No dejé de vigilar el campamento con centinelas que vigilasen sus extremos y alejasen sus daños. En el destino está lo que se adelanta al aviso y pasa a la precaución, pero el cuidado de Dios es mejor que nuestro temor.

El tirano —auméntele Dios la humillación— movilizó sus regiones y reunió sus auxiliares y con la llamada de socorro extendió lejos su campo de acción —hipódromo— y equipó un ejército que corrió a la ruina y se encerró en el odio; avanzó con decisión y fue desgraciado en lo que se propuso. Se confió su ejército al hijo del tirano Alfonso y al jefe de sus fuerzas, Alvar Fañez, y al conde de Cabra y a los caudillos del país de Toledo y al señor de Calatañazor y del castillo de Abd al-Salam-Alcalá de Henares, con todos los lejanos y cercanos y los que pasaban. Dios subyugó a su continente, cuya sangre corrió impunemente y no se levantaron sus caídos.

—y esta invocación, si me callo, me basta con ella
porque he pedido a Dios mi señor y él ha hecho.

Avanzaron por un costado sus contingentes, queriendo aprovechar el descuido y mostrando caras vanidosas; avanzaron y se arrepintieron, se acercaron y se hundieron, llegaron y se quedaron atrás. Envió Dios de su ejército un joven —fata— que habían apresado los cristianos de pequeño y lo conservaron cautivo y fue un secreto que Dios preparó por su parte y lo envió a su ejército. Desertó el joven del campo cristiano hacia nosotros, dándonos cuenta de ellos e informándonos, descubrió grandes nuevas sobre ellos, indicando sobre el que estaba oculto preparado. Entonces se alzó nuestro alzamiento y circuló sobre el centro del éxito nuestro movimiento; se levantó el sentado y mostró los dedos y el brazo y se reunieron los cercanos y los lejanos. Cesó la noche y apareció la mañana y la polvareda estaba extendida sobre las tiendas, al reunirse los cuerpos del ejército y no se desviaba sino el libertino y no corrían sino el cielo y la estrella matutina.

Convoqué a los caides experimentados, buenos consejeros, de juicio sano, Abu Abd Allah Muhammad b. Aixa y Abu Muhammad Abd Allah Ibn Fatima, gobernadores que se distinguían en el hipódromo extenso de la lucha, por el esfuerzo de su brazo y su capacidad. Convinimos en confiarnos a la palabra de Dios y nos sometimos a su juicio rendidos. Entonces se preparó el que estaba descuidado y se dijo: "¡Oh caballería de Dios, cabalga!" y se volvieron las miradas a las banderas y se decidió terminar hasta el último extremo. Las lanzas corren a sus blancos y las puntas de las espadas se agitan en sus vainas.

Nos alzamos, como se alza el héroe en la ocasión y como vuela la flecha a su blanco. Destiné hombres que se quedasen en el campamento y cerrasen las aberturas de sus puertas y se atrincherasen en los pivotes y cuerdas de sus tiendas y que las rodeasen como rodean los muros y que los ordenasen como se ordenan los collares. Sacaron las lanzas de sus costados y rodearon con sables sus lados y estrecharon los espacios libres y se acercaron los unos a los otros entre las tiendas.

Preparamos el ejército a su derecha y a su izquierda y su frente y sus pelotones y su retaguardia y su vanguardia. Avanzamos con nuestros soldados desde nuestro campamento y la paciencia extendía sobre nosotros su escudo y el auxilio de Dios nos traía su saludo. Nos dirigimos a Dios siguiendo su camino y deseando ser su guía; no se alzó el velo de la aurora y no mostró la mañana su sonrisa, cuando se enarboló la bandera de la religión y se ensanchó el destino de los musulmanes, cumpliéndose los decretos de Dios. Terminó la noche su quinta hora y se mostró la mañana y las puntas de las lanzas brillaban y los sables de la multitud tenían chispas y el flamear de las banderas golpes y heridas.

Entonces aparecieron los extranjeros en lo negro de la noche y en lo espumoso de la corriente, marchando derechos hacia el que los llamaba y corriendo hacia el que les anunciaba la muerte con escudos como montículos y con lanzas como mástiles, como si echasen ramas por los lados y como si estuviesen encerrados en hierro. Avanzaban y la muerte los apresaba, cabalgaban y el fallecimiento les señalaba su término; sacaban las lenguas como las sacan las serpientes. Habían jurado que no se volverían atrás y se comprometieron a ir unidos. Llegaron a nuestra vanguardia y estaba allí el caid Abu Abd Allah Muhammad b. Abi Ranq con sus soldados; los atacó el enemigo con pechos de tigre y con corazones ardientes; avanzaron de frente o arrojaron piedras; apretaron y no se volvieron y acometieron sin desviarse. Retrocedió el caid Abu Abd Allah sin huir y se volvió sin desorden, hasta que se apoyó en nosotros como en una montaña y se reforzó con nuestros soldados, al retroceder.

Se vieron los ejércitos y se acercaron los contendientes. Nos mantuvimos sin cobardía y nos sostuvimos; la paciencia trae bien. Entonces surgió el auxilio de Dios y extendió su diestra y llegó la resistencia y amaneció su revivir; descendió la serenidad y se purificaron los corazones tranquilos y se agitaron las tropas en olas y se difundieron los gritos excitados y se clavaron las miradas de cólera y pidieron los sables sus comidas y pregonó el hierro la resistencia y salieron las espadas de las vainas. Relincharon los caballos y se prolongó el encuentro; entonces se mantuvo la gente, como se mantiene en el sepulcro, entre idas y venidas. Avanzó un jinete de los árabes e hirió a un jinete de ellos y lo desarzonó de su montura y lo arrojó en presencia de sus compañeros. Entonces se aclaró lo que se había perturbado y se descubrió lo oculto y se iluminó lo oscuro. Entonces se entremezclaron los jinetes de uno y otro bando o, mejor dicho, corrió la inundación y se oscureció la noche; se agarraron entre sí los de a caballo y se quebra-

ron las lanzas entre las nubes de polvo y se hizo estrecho el campo para los grandes ejércitos. Se metieron las espadas en los cuerpos y las lanzas en los blancos; rodó el molino de la guerra, repartiendo sus males y surgió el tumulto de las heridas y de los golpes, que caían sobre los héroes, y había serenidad para enfrentarse con los pechos enemigos y presteza para cortar los corazones.

No brilló el día y no se disipó la polvareda hasta que cayeron sus cuellos y se enfrentaron sus cabezas con la tierra y se continuó la perdición para la infidelidad y volvió lo perdido a su propietario y se cortó el triunfo de los infieles y perduró la dicha de la fe. Huyó la cruz por el camino y se probó la madera del Islam y fue buena; los hundió la muerte y perecieron y los extinguió la desgracia y se apagaron.

Murieron muchos de ellos, o mejor dicho todos, y no se salvaron sino muy pocos y perecieron y se alejaron y se dijo: "existieron". Se disipó la polvareda y se aclaró este desastre por los restos de los cuerpos que rompieron los sables y pisotearon los cascos las caras tendidas que les hacían tropezar en la carga del ataque. Emprendió nuestra zaga la persecución y se unió el botín al botín y se llenaron las manos con las presas de medida completa en caballos, mulos, armas, dinero y escudos que les fatigaba el transportarlo y les pesaba el reunirlo. Pareció mal el usarlo y se reunió en montón; lo dejaron como si lo regalasen y lo entregaron como si lo diesen. Lo repartimos y lo cogimos como si no fuese por la fuerza, encontrándolo sin pena, regalado y para otros era el agradecimiento.

Luego mandé reunir las cabezas y tembló el mundo y se hizo asceta ante la magnitud de la calamidad. Fue su suma de cerca de tres mil; entre ellos García Ordóñez, el conde, y los capitanes de la región de Toledo y sus personajes; no se ha completado aún la búsqueda de ellos. Fue como una colina grande, o mejor dicho, como un monte alto, desde el que los almuédanos llamaron a la oración, pregonando la unidad de Dios y engrandeciéndolo.

Cuando llegó el auxilio de Dios y nos regaló la victoria, dimos gracias al dador del favor y a su dispensador y al que hizo renovar los dones y a su remunerador. Yo me marché con el botín y regresé a salvo y se quedaron los dos caides, sitiando el castillo de Uclés, dándose a destruírlo para apoderarse de sus restos. He escrito al Emir de los Musulmanes —prolongue Dios su alegría y continúe su gozo— dándole a conocer el asunto y felicitándole por el triunfo. Alabamos a Dios —Él sea exaltado— por lo que ha regalado y le damos las gracias por lo que ha facilitado y causado. Dios garantiza el aumento y une a lo antiguo lo nuevo y regala el triunfo y la ayuda. Él es el distribuidor de los favores y el que concede el beneficio y los dones; no hay señor sino Él y no hay adorado más que Él.

Carta oficial de Tamin. Trad. Huici. *Las grandes batallas de la Reconquista*, p. 126.

## EL RELATO HISTÓRICO

En 502 [1108] tuvo lugar la campaña de Uclés contra los cristianos. Tamin ben Yusuf era entonces general en jefe del ejército musulmán y gobernaba Granada. Partió de tal ciudad para correr las tierras enemigas. Llegó ante los muros de la fortaleza de Uclés, defendida por una importante guarnición cristiana, la sitió y penetró en ella. Los defensores se retiraron a la alcazaba y desde allí enviaron un correo a Alfonso, quien se puso en seguida en movimiento. En el momento de ponerse en marcha, su mujer le detuvo y le suplicó que enviase a su hijo en su lugar para luchar contra Tamin. "Observa, le dijo, que es más oportuno oponer a Tamin, hijo del Emir de los Musulmanes, tu hijo Sancho, hijo del Príncipe de los Cristianos". Alfonso, aceptó el consejo y envió a Sancho a la cabeza de un gran ejército, que avanzó rápidamente hasta los muros de Uclés.

Al tener noticias de la llegada de los cristianos, Tamin mostró deseos de evitar el combate evacuando la plaza; pero Abd Allah ben Muhammad ben Fatima y Muhammad ben Aixa, y otros caides de los Lamtuna le disuadieron de su propósito y renovaron su esperanza y su valor, afirmándole que el enemigo no traía más de tres mil jinetes y que estaba todavía lejos. Tamin les creyó, mas la misma tarde cayeron sobre él varios millares de cristianos. Quiso huir no sintiéndose capaz de combatir, pero era demasiado tarde, no podía ya avanzar ni retroceder cuando los caides Lamtuna se precipitaron sobre el enemigo y entablaron con él una batalla desesperada, como nunca se había visto semejante. El Altísimo derrotó al enemigo y dio la victoria a los musulmanes. Perecieron el hijo de Alfonso y alrededor de veintitrés mil cristianos. Los islamitas entraron en Uclés por la fuerza de sus espadas, aunque cayeron en el asalto gran número de creyentes —Alá tenga misericordia de ellos—. Al saber el desastre, Alfonso experimentó tal pesar que cayó enfermo y murió veinte días después. Tamin envió un correo a su padre Ali para anunciarle la victoria.

En el mismo año Muhammad ben Hach salió de Valencia, fué a Zaragoza y se apoderó de ella, expulsando a los Banu Hud. Comunicó su conquista al Emir de los Musulmanes y no salió más de Zaragoza, sino para ir en expedición hacia Barcelona, donde fue muerto en 508 [1114]. Durante su gobierno en Valencia y en Zaragoza no cesó de inquietar a los cristianos y de tomarles sus tierras —Alá le sea misericordioso—.

En su última expedición recorría los campos cristianos con sus caides Lamtuna y como se apoderara de rebaños enteros, los enviaba por los caminos reales mientras él tomaba los senderos más cortos para volver al territorio musulmán. Un día, habiendo enviado la mayor parte de su gente con el ganado tomado al enemigo, avanzó por un camino muy arduo y

estrecho, tanto que sólo podía ser cruzado por una persona tras otra. En la mitad del mismo el emir Ben al-Hach se halló en un paso enormemente difícil y rodeado de cristianos que le atacaban vigorosamente. No pudiendo retroceder, combatió hasta su último suspiro —Alá tenga misericordia—. Perecieron con él todos sus compañeros, con la única excepción del caid Ben Muhammad ben Aixa, que a fuerza de astucia y de rodeos logró ganar los dominios musulmanes. La noticia del desastre consternó al Emir de los Muslimes. Le reemplazó por el gobernador de Murcia, Abu Bakr ben Brahim ben Tafalut, quien recibió así simultáneamente el regimiento de Valencia, Tortosa, Fraga y Zaragoza.

Abu Bakr salió de Murcia con su ejército, fue a Valencia, allí reunió todas las tropas de la provincia y de Zaragoza, se puso a su cabeza, marchó hacia los alrededores de Barcelona y los devastó durante veinticinco días; cortando los árboles, incendiando los campos y destruyendo las aldeas. Llegó entonces Ben Rademiro con un numeroso ejército, compuesto de soldados de Vasconia (?), Barcelona y Narbona (?). Se libró una sangrienta batalla y en ella perecieron la mayor parte de los cristianos y alrededor de setecientos musulmanes.

En 503 [1109] el emir Alí ben Yusuf pasó a Andalucía para hacer la Guerra Santa. Embarcó en Ceuta el jueves 15 de Muharram [14 agosto 1109] llevando consigo más de cien mil jinetes y marchó directamente a Córdoba, donde se detuvo antes de comenzar la campaña. Empezó por apoderarse de la ciudad de Talavera (?) que tomó al asalto, así como veintisiete castillos de los alrededores de Toledo. Conquistó igualmente Madrid y Guadalajara. Llegó luego a Toledo, la sitió y devastó sus campos; durante un mes sembró en ellos la destrucción, y luego volvió a Córdoba.

En 504 [20 julio 1110] y en el mes de Dhu-l-qada [mayo-junio 1110] el emir Sir ben Abu Bakr conquistó las ciudades de Santarem, Badajoz, Oporto, Évora y toda la parte occidental de Al-Ándalus y anunció sus victorias al Emir de los Musulmanes. Ese general murió y fue enterrado en Sevilla en el curso del año 507 [18 junio 1113-17 junio 1114]. Tuvo por sucesor a Muhammad ben Fatima, que gobernó Sevilla hasta su muerte en 510 [1116-1117].

En 507 [1113-1114] el emir Muzdali sitió Toledo... tomó al asalto la fortaleza de Aechina (?), dio muerte a la guarnición y redujo a cautiverio a las mujeres y a los niños... Ese emir murió —Alá tenga misericordia de él— en 510 en tierras de cristianos a los que combatía. El Emir de los Musulmanes le reemplazó en Córdoba por su hijo Muhammad ben Muzdali, que no gobernó sino tres meses, pues murió, como su padre, combatiendo por Alá.

En 509 [26 mayo 1115-15 mayo 1116] el emir Alí ben Yusuf conquistó las islas Baleares.

Del *Rawd al-Qirtas* de ABU MUHAMMAD SALAH BEN ABD AL-HALIM (Según versión francesa de Beaumier, 228).

# SEVILLA A COMIENZOS DEL SIGLO XII

*La crisis del califato hizo declinar la estrella de Córdoba y los triunfos de los abbadíes hicieron brillar la de Sevilla. Desde entonces, hasta su reconquista por Fernando III, Sevilla fue la principal ciudad de la España musulmana. Los almohades, en especial el califa Abu Yaqub Yusuf, la engrandecieron y embellecieron sobremanera. Se nos ha conservado una imagen preciosa de la vida sevillana a comienzos de la época almorávide. La debemos a alguien que ejerció alguna magistratura secundaria en su gobierno. Al trazar las normas de la administración de la ciudad nos ha legado una estampa pormenorizada de la Sevilla que tenía delante de los ojos. En ella aparecen las autoridades urbanas que nos son ya conocidas: el* Qadi *o juez; el* Sahib al-madina *o gobernador; el* Muhtasib, *almotacén o prefecto del mercado, el Hakim o juez civil, etc., etc. . . ., y todas ellas y los asesores auxiliares, policías y guardias nocturnos que les secundaban en sus funciones se nos muestran con sus vicios y flaquezas, siempre prontos a la concusión y al abuso. Podremos entrar después, no en la gran mezquita, hoy catedral, edificada en 1171 y de la que se nos ha conservado la Giralda, sino en la construida por Abd al-Rahman II en 829, tras la invasión de los normandos; en la vieja mezquita, ya pequeña para la gran ciudad que era Sevilla. Podremos en ella conocer a los dos imanes, a los numerosos muezzines, al arquitecto, a los aguadores y a los diversos servidores del santo edificio y le hallaremos rodeado y hasta invadido por mercaderes, mendigos y bestias de carga. Nos será posible luego recorrer las otras mezquitas menores y presenciar en ellas las enseñanzas de los maestros de primeras letras, no siempre sabios y celosos, y concurrir a los cementerios donde acaso nos sorprendan abusos escandalosos, intentos de seducción de las mujeres que acuden a ellos, charlatanes actuando de adivinos o zahoríes y hasta curtidores extendiendo sus pieles al sol sobre las sepulturas. Llegaremos al río y en él podremos asistir a los trabajos del puerto comercial y al tráfico de barcas que trasladan pasajeros y mercaderías entre sus dos orillas, todavía no unidas por ningún puente, y si nos remontamos un poco por el Guadalquivir veremos a los aguadores tomar agua del mismo para venderla en la ciudad, que careció de un acueducto hasta la época almohade. En las puertas de Sevilla asistiremos a la cobranza del odioso impuesto de consumos o aduanas locales y no sabremos si los transeúntes que por ellas pasan con la faz velada son auténticos almorávides, milicianos, esclavos o malhechores andaluces que se hacen pasar por africanos. Nos será dable también conocer la vida industrial y mercantil de la ciudad. En el mercado podremos comprar carne, verduras, frutas —hay muchos higos y melones—, aceite, especias, pescado frito, golosinas; y el pan, en las panaderías, si hemos dado a los panaderos previamente nuestra harina. Por doquier sorprenderemos en sus faenas a los obreros de los múltiples oficios que prosperaban en Sevilla: albañiles y carpinteros, ceramistas y vidrieros, herreros y herradores,*

*cesteros, estereros y esparteros, tejedores y tintoreros, peleteros y curtidores, sastres y zapateros, pergamineros y fabricantes de papel, carpinteros de blanco y mueblistas, tejeros y fabricantes de ladrillos. Por doquier, también, tropezaremos con carniceros que llevan, a hombros, al mercado, las reses muertas en el matadero, con decidores de la buenaventura y con recitadores. No nos será difícil encontrar un médico, o un boticario, y menos aún, una o muchas mujeres de las de mala vida. Podremos asimismo entrar en un baño público y hallar en él un barbero o un masajista y hasta nos será fácil penetrar en una iglesia cristiana, no siempre bien afamada entre los musulmanes. Ben Abdun al-Tuchibi, a quien debemos esta imagen de la Sevilla de principios del siglo XII, moja su pluma en las negruras de la sañuda crítica y da a su tratado carácter de libelo, pero gracias a ella podemos hoy calar más hondo en la vida urbana sevillana. He aquí algunos pasajes del librito en cuestión que viene a completar el manual parejo del malagueño Al-Saqati.*

## EL GOBERNADOR DE LA CIUDAD Y SUS AUXILIARES. — LOS GUARDIAS DE RONDA E INSPECTORES DE POLICÍA

### *Los gobernadores de la ciudad*

Es necesario que sean, únicamente, andaluces, pues (éstos) se hallan mejor informados sobre las diferentes clases de gente y sus cosas. Son también más justos en sus decisiones y de mejor conducta que los demás. Por ello resultan de mayor utilidad para el sultán y son más merecedores de su confianza, porque el príncipe se abstiene de pedir cuentas de sus actos a un almorávide o de apercibirle por algo que le descubra en la función que le ha discernido.

Es necesario, asimismo, que sea gobernador de la ciudad sólo un hombre temperante, docto en la ley y viejo, porque está en una posición (propicia para) el cohecho y para tomar los bienes ajenos; y podría ser que prevaricara si fuera joven y bebedor.

El juez debe reemplazarlo de vez en cuando y ver sus decisiones y procedimientos.

(El gobernador) no debe disponer nada sobre asuntos importantes, sin informar de ello el juez y el sultán.

### *Los auxiliares del gobernador de la ciudad*

No se les debe escuchar sino con el testimonio de los vecinos, pues aman más el mal que el bien, dado que del primero comen, se visten y viven, por lo que no tienen ninguna propensión al segundo.

(Tratándose) de ellos, es menester que no salga más de uno para una misión en la ciudad, a fin de que no menudeen las exacciones, los tumultos, el daño y el despojo. En tal sentido debe instruir el juez al gobernador de la ciudad.

Tampoco debe haber más de diez auxiliares, pues con su mayor número se corrompen las cosas, con lo que se forma un ambiente que les resulta mejor para vivir y más ventajoso.

Respecto a los látigos para azotar, debe también cuidarse de que no sean muy largos ni delgados, pues así son más lacerantes y mortíferos; ni de fibras muy apretadas, ya que sólo (deben servir) para contener y corregir.

No se debe castigar con látigo a un peregrino ni a un hombre de consideración, porque son personalidades de almas delicadas.

Si se flagela a alguien, no se ponga al flagelador a sus pies para que lo golpee de arriba a abajo el látigo, pues eso sólo se hace cuando se quiere matar al castigarlo.

Que no se perdone a nadie una falta de obediencia, salvo a los bien educados, pues son perdonados por el hadiz, que dice: "Perdonad a los poseedores de buenos modales". Para ellos, la reprimenda es más aleccionadora que el castigo; de modo que cuando son reprendidos no reinciden. Pero si vuelven (a incurrir en infracción) se les debe castigar.

Que no entre ningún auxiliar en casas ajenas, ni de noche ni de día, salvo con orden del juez o del sultán; y si el infractor se halla ausente, que se clausure y se selle su casa, sin procederse a secuestrar sus bienes. Sin su presencia no se entre en la casa. No estando él no se toque nada de lo suyo hasta que se le capture y se le condene a lo que le corresponda, porque lo que se persigue no es su dinero, que no es el que ha delinquido: el delito pesa sobre su autor.

### *Guardias de ronda e inspectores de policía*

No se les debe escuchar sino con el testimonio de los vecinos. Hay que establecer disposiciones contra quienes, de entre ellos, prevariquen o beban, pues no hay nada peor que el que se aparten arbitrariamente de las reglamentaciones; y ellos lo hacen.

Así se debe proceder con todos los auxiliares del prefecto de la ciudad cuando no pesquisan nada ni de noche ni de día, pues ello levanta velos.

Quien sea encontrado de noche, sin que sobre él pese sospecha ni recaiga desconfianza, debe ser conducido a su casa.

No se altere la traza de quien sea tomado de noche ni sea despojado de sus vestidos hasta que sea puesto delante del gobernador de la ciudad en la forma en que fue hallado, pues los guardias de ronda despojan de los vestidos, cambian las cosas e intimidan a las personas.

Si alguien es detenido por ellos y disponen encerrarlo, deben alojarlo en una fonda, bajo la custodia de los dueños de casa, hasta que amanezca.

Se le debe preceptuar al guardia de ronda que dé muchas vueltas, variando los recorridos, porque los ladrones, facinerosos y los delincuentes nocturnos espían el paso del guardia y luego se largan a cometer sus fecho-

rías e iniquidades. Se debe proceder con rigor extraordinario en el juzgar y en el castigar a los ladrones y facinerosos, pues su objetivo consiste en quitar vidas y haciendas.

## LA GRAN MEZQUITA DE SEVILLA

Debe haber un guardián que la cuide, pues es la casa de Alá altísimo, lugar del bien, de la observación de los preceptos religiosos, del mantenimiento de la ley suprema y campo de adoración. La adoración toda sólo se realiza por medio de la oración que es debida a Alá poderoso y grande. Las otras acciones son para los hombres.

No hay licencia para descuidar la oración, mientras que se puede faltar a otros (preceptos) comprendidos en el culto divino, en caso de necesidad, como enfermedad, viaje o cualquier otro motivo a cuyo respecto se haya concedido dispensa.

Debe tener (la mezquita) un arquitecto permanente, que busque siempre lo que hay que arreglar, y que si se resiente la estructura, la repare.

Así, conciérnele al arquitecto permanente preocuparse de visitar con frecuencia la sala de abluciones al efecto de su reparación.

Debe haber en la mezquita *muezzines* en número igual al de sus puertas, con dos más, para que uno de ambos esté cerca del *imam* e indique con su voz a los hombres, en cada oración, el momento del *takbir*, de la genuflexión y de la prosternación. El segundo, ubicado al final de la nave central, guiará de viva voz a quienes oren lejos, en el patio o en las galerías altas, y no oigan la voz del primero, que está cerca del *imam*.

Esto se haría por turno entre ellos hasta el día viernes, en el cual se distribuirían uno en cada puerta de la mezquita para pronunciar ante el público el *takbir*, al mismo tiempo que el *imam* lo pronuncie para los que estén orando en las salas.

Haya en la mezquita seis *imames*, de acuerdo al (número) de los oficios.

---

(En toda mezquita), el número de servidores debe estar en relación con el tamaño de la misma.

Por lo que respecta a la mezquita de Sevilla, no (debe haber) menos de tres pares (de servidores) para el barrido y la iluminación. Además: un aguador para proveer el agua, al que se debe procurar una bestia de carga para que acarree dicho líquido diariamente. Quien emplee (el animal) debe ocuparse de lo relativo a las vasijas. Debe traer en ellas el agua desde la hora de la oración del mediodía hasta finalizar la oración de la tarde.

---

El tesoro de los musulmanes debe estar en la mezquita, guardado entre muros, y sus llaves deben depositarse en poder del juez.

---

Las esteras usadas que haya se deben emplear en acolchar las cárceles y en revestir los escabeles de la sala de abluciones, y si fuera posible, en instalar galerías para dar albergue nocturno a los forasteros, a fin de que ello prestigie al príncipe y a la gente de la ciudad. Lo que sobre de tales esteras, se debe dar a los desvalidos.

---

El juez debe instalar en las galerías a un hombre docto y virtuoso que instruya a la gente en los asuntos de la religión y que los exhorte y les enseñe el bien, dándole el juez una participación en los testamentos que llegare a haber y en las limosnas legales, con lo que estará pago.

No se permitirá a ninguno que coma ni que duerma en la mezquita. No se proferirán voces altas, sino leyendo el Corán. Ni penetrará nadie a ella (a la mezquita) con armas, pues no entrará allí para combatir sino humildemente y sumiso, esperando la retribución de Alá.

En las naves sólo se permitirá leer el Corán, y en las galerías, la Sunna y ciencias (teológicas).

Se debe ordenar a los vendedores ambulantes que dejen limpio el atrio de la mezquita en la mañana del día viernes y que no lo ocupen con mercancías hasta que se termine la oración.

Se debe liberar de vendedores ambulantes el lugar en que se colocan los cadáveres para el funeral; y no se debe dejar a ninguno de ellos que se instale ahí hasta que se termine la oración de la tarde de cada día.

Hay que nivelar los lugares bajos del atrio de la mezquita con adoquines para que no se almacene el agua y el barro. Ello debe estar a cargo del cuidador de sus depósitos.

Debe el juez prohibir que alguien adopte los bancos adosados a los muros exteriores como puestos de venta y bazares, apropiándoselos e impidiendo a la gente, por tal causa, que oren en ellos.

Un *muezzin* permanente debe orar todos los días en la puerta destinada a los funerales, tanto para que predique en el rezo de funeral al finalizar la oración del mediodía y de la tarde como para que tome nota del número de decesos que se producen, con indicación del sexo, debiéndole ordenar el juez que así lo haga.

## EL TRÁFICO DEL RÍO

Se debe ordenar a los bateleros que moderen las cargas, pues (su exceso) es causa de riesgo y hundimiento, sobre todo en los días de viento fuerte, por no haber sobre ellos una autoridad que (los vigile) en materia de car-

guíos. Ello da lugar al abuso y es motivo de exceso en la toma de cargamentos.

Debe haber en cada embarcadero de cruce a la ciudad dos almadías (barcas de travesía) o dos botes, para mayor comodidad de la gente, menos carga y más rapidez en el paso, sobre todo cuando hay viento fuerte.

Debe prohibirse a los bateleros que crucen a los esclavos bereberes, a los peones y a nadie de quien se sepa que echa mano de los productos ajenos en los días de las cosechas. Quien haya conseguido hacerlo y se lleve consigo algo (de lo robado) debe ser despojado, y si se resiste (a entregarlo), debe ser llevado ante el Prefecto de la ciudad. Sólo debe procederse en contrario por orden del sultán y del juez.

No se debe contratar viaje en un barco de quien se sabe que bebe vino en él por diversión, pues ello es fuente de abuso y causa de rencillas.

Se debe ordenar a los bateleros estacionados en los muelles que no crucen a nadie que esté intoxicado con vino u otra (bebida), bajo apercibimiento de castigo.

Debe prescribirse a los marineros que van a Sidonia que no tomen carguíos grandes y que no confíen los remos a la gente, sino que encomienden su barca a quien la lleve y la guíe, pues la barca es como una bestia (en manos) del encargado, sobre quien pesa la responsabilidad de sus movimientos, así como de su manutención, debiendo vigilar en todo momento lo que ella hace.

Debe cuidarse que en la costa del río, que es el puerto de la ciudad para las naves, no se venda nada ni se levanten edificios, pues dicho lugar es la entrada de la ciudad y punto de salida de las producciones que exportan los comerciantes, refugio de forasteros y sitio de reparación de las naves, de manera que no debe haber en él otra propiedad que no sea exclusivamente del sultán.

El juez debe cuidar de ello con todo celo, pues es un lugar en que se reunen los traficantes, los viajeros y otras gentes; y corresponde prescribir al curador de herencias que no venda ahí ni un palmo (de tierra).

## USO DEL LIDHAM POR LOS ALMORÁVIDES

No debe usar *lidham* sino el sanhachí o el lamtunés o lamtí, pues (sucede) que los milicianos profesionales (andaluces) así como los esclavos y quienes no deben colocarse tal prenda la emplean para andar entre el público e intimidar a la gente. Por causa del *lidham* tienen ocasiones para mucho libertinaje.

Ellos... (sic) en eso con el sultán, pues son insolentes y por ello se diferencian de los almorávides susceptibles de ser agasajados, o respetados o atendidos en alguna necesidad.

Los esclavos y los milicianos, al cambiar su apariencia con el uso del *lidham*, son tomados por personas distintas y uno se apresura a favorecerlos y a honrarlos sin que lo merezcan.

Nadie debe andar con armas por la ciudad, porque ello es motivo de desorden, sobre todo por parte de los bereberes, pues son hombres que cuando se irritan hieren o matan.

Los esclavos de los almorávides, si se ponen un *lidham*, o si se cubren con un velo, o con un manto o algo parecido, adoptan un distintivo por el que son conocidos como tales. Que así hagan (también) los milicianos (andaluces) y los secundones para que su tocado sea diferente del de los almorávides. Si tal cosa pudiera conseguirse, sería mejor, dado que traería muchos beneficios.

Debe disponerse que en lugar de las armas que llevan en la mano (sólo puedan llevar), o bien rebenques para sus bestias o bien "qazales", que son unas lanzas cortas.

. . . . . .

## ODIO A CRISTIANOS Y JUDÍOS

*La intolerancia estatal de almorávides y almohades frente a los mozárabes y a los judíos —acabó con la mozarabía y obligó a los hebreos a la emigración en masa a tierras cristianas— fue precedida y acompañada de la saña personal de los intelectuales, de la burocracia y del pueblo contra las gentes de los credos mosaico y cristiano. Son muy conocidos los duros juicios de Ibn Hazm contra unas y otras. Su hispana vehemencia podría explicarlos como singular reacción de su temperamento, si no aparecieran más acres palabras contra judíos y mozárabes en las plumas de quienes no podemos igualar con el gran pensador cordobés. Véase lo que escribió de hebreos y cristianos Ben Abdun:*

Un musulmán no debe dar masaje a un judío ni a un cristiano, así como tampoco tirar sus basuras ni limpiar sus letrinas, porque el judío y el cristiano son más indicados para estas faenas, que son faenas para gentes viles. Un musulmán no debe cuidar de la caballería de un judío ni de un cristiano, ni servirle de acemilero, ni sujetarle el estribo, y si se sabe que alguien lo hace repréndasele.

Debe prohibirse a las mujeres musulmanas que entren en las abominables iglesias, porque los clérigos son libertinos, fornicadores y sodomitas. Asimismo debe prohibirse a las mujeres francas que entren en la iglesia más que en días de función o fiesta, porque allí comen, beben y fornican con los clérigos, y no hay uno de ellos que no tenga dos o más de estas mujeres con que acostarse. Han tomado esta costumbre por haber declarado ilícito lo lícito y viceversa. Convendría, pues, mandar a los clérigos que se casasen, como ocurre en Oriente, y que, si quieren, lo hagan.

No debe tolerarse que haya mujer, sea vieja o no, en casa de un clérigo, mientras éste rehuse casarse. Oblígueseles, además, a circuncidarse, como les obligó al-Mu'tadid Abbad, pues si, a lo que dice, siguen el ejemplo de Jesús (¡Dios le bendiga y salve!), Jesús se circuncidó, y precisamente

ellos, que han abandonado esta práctica, tienen una fiesta, que celebran solemnemente, el día de su circuncisión.

Ningún judío debe sacrificar una res para un musulmán. Se ordenará que los judíos tengan tablas de carnicería especiales para ellos.

No deben venderse ropas de leproso, de judío, de cristiano, ni tampoco de libertino, a menos que se haga conocer al comprador el origen. No se debe tomar masa de un leproso, como salario por la cochura de su pan. Tampoco se comprará de leprosos huevos, pollos, leche ni otro producto, sino que ellos han de comerciar entre sí.

No deberá consentirse que ningún alcabalero, policía, judío ni cristiano, lleve atuendo de persona honorable, ni de alfaquí, ni de hombre de bien; al revés, habrán de ser aborrecidos y huidos. Tampoco se les saludará con la fórmula "La paz sea sobre ti" (al-salamu'alaykum), porque "Satán se apoderó de ellos por entero y les hizo olvidar el nombre de Dios; constituyen el partido de Satán, y, en verdad, el partido de Satán es el de los que pierden". Deberán llevar un signo por el que sean conocidos, por vía de humillarlos.

Debe suprimirse en territorio musulmán el toque de campanas, que sólo han de sonar en tierras de infieles.

No deben venderse a judíos ni cristianos libros de ciencia, salvo los que traten de su ley, porque luego traducen los libros científicos y se los atribuyen a los suyos y a sus obispos, siendo así que se trata de obras de musulmanes. Lo mejor sería no permitir a ningún médico judío ni cristiano que se dedicase a curar a los musulmanes, ya que no abrigan buenos sentimientos hacia ningún musulmán, y que curen exclusivamente a los de su propia confesión, porque a quien no tiene simpatía por los musulmanes ¿cómo se les ha de confiar sus vidas?

Del *Tratado* de Ben Abdun (Trad. García Gómez: *Sevilla a comienzos del siglo XII*, Nos. 153, 154, 157, 164, 169, 196 y 206).

## ECLIPSE POÉTICO DE SEVILLA

*La conquista almorávide provocó una aguda crisis en la vida espiritual de Al-Ándalus que sólo muy tarde fue superada. Se anquilosó el pensamiento hispano-musulmán y se frustró la generación literaria que maduraba a la caída de los taifas. La crisis económica se unió a la ignorancia y barbarie africanas para hacer difícil la vida de los hombres de letras. De Sevilla escribió Ben Bassam: "Cada persona no valía más que por su dinero y el modelo imitado... eran los ignorantes. La gente sólo se ocupaba en salvar su riqueza, aunque se mellara su honor, y en aumentar su plata y su oro aunque fuese con mengua de su religión y de su riqueza". En tal ambiente los poetas no podían vivir a gusto. Y descargaron su saña contra la misma ciudad en que hasta allí habían sido mimados por el poeta-rey Al-Mutamid. Peres había señalado la hostilidad de la época para los literatos. García Gómez ha registrado la hostilidad de los literatos por Sevilla:*

¿Todos los literatos están, como yo, abandonados?
La injusticia que se me hace, ¿es el tipo normal de las injusticias?
Las rimas de la poesía lloran a todo llorar
por un árabe perdido entre bárbaros.

Dios no quebró el asta de la lanza, pues por ella
se alcanza la gloria; pero, en cambio, decretó que se quebrara el cálamo.
Y no hizo que se derramara la sangre del héroe valiente;
pero, en cambio, todo literato murió con sangre en la flor de su edad.

Me aburrí de Hims (Sevilla) y ella de mí.
Si ella habló como yo, nos injuriamos a placer.
Mi alma me movió a abandonarla y a vagar errante,
porque el agua es más pura viajando en la nube que estancada en el charco.

Me rechaza Sevilla (¡riéguela generoso todo nubarrón oscuro
que, al caer, hace que las colinas brillen de gratitud!).
Nunca me figuré que iba a habitar una ciudad
que, estando agobiada de gente, es un desierto.
Aunque no me oscurecieron a mí, sino a la gloria,
ni me perdieron a mí, sino a la ciencia.

Del *Ciego de Tudela*, m. 520 = 1126.

Los deseos del alma los tenía puestos en Sevilla; pero Sevilla es, para el inteligente,
una esposa que odia a su marido y es reacia a sus órdenes.
Me rechaza como hace el cobarde con su espada,
aunque luego eche a ésta la culpa de lo sucedido.
Me hizo desesperar de todo el bien que anhelaba...
Los sevillanos son como quiso la suerte y no como quiere la gloria:
su pacto de amistad está en manos de la disolución.
Los visité sin amor, y, porque lo comprendieron,
me acogieron con amor fingido y odio secreto.
Los alabé (¡Dios sólo me basta!) con falsedad,
y me pagaron con desdén, en la misma moneda...

De Ben Baqi, m. 540 = 1145.

Ha acabado con el orgullo de la gente de Sevilla una (qasida mía) prodigiosa,
que ha llenado sus corazones de rencor contra mí.
Busqué entre ellos quien pudiera componer otra análoga
y fue como si hubiera buscado a Al-Qariz en Sevilla.

¿Pregunta alguien por mí, para enterarse cómo estoy,
igual que yo pregunto por ellos desde que me fui?
Pues si pregunta por cómo voy vestido, no tengo ni un harapo,
y si pregunta cómo estoy, ni siquiera estoy...
Me ha arruinado el dirigirme a una ciudad
de la cual no me he podido ir desde que llegué.
He permanecido en ella dos años oscurecido y mudo,
como si yo, que soy agua (sonora y movediza), fuera arcilla (callada y quieta)...

La inacción ha aumentado mi trabajo, desde que estoy aquí,
pues no hay trabajo mayor que no tenerlo.
Si me quedo en Sevilla, se quedaría el fuego en el pedernal,
y, en cambio, si me fuera, correría el agua por las comarcas.
Es una vida penosa, y ¿por qué he de soportarla,
si con los Banu Ubaay ha renacido la esperanza en el país?
Con su autoridad brilla la región de Córdoba
y vuelve a nosotros aquella vida que se fue.

De Ben Sammaj.
Emilio García Gómez: *Un eclipse de la poesía en Sevilla.*
Al-Ándalus, X, 2, 300 y ss.

# LA MOZARABÍA Y LOS ALMORÁVIDES

*Varias décadas de persecuciones, cuatro siglos de opresión fiscal y política y otros tantos de continuas apostasías, para abrazar la fe de los dominadores y gozar de sus privilegios, no habían extinguido la mozarabía en Al-Ándalus. Cuando Alfonso VI conquistó Toledo en 1085, halló en ella numerosos mozárabes muy arabizados sí —aljamiados, continuaron escribiendo durante más de un siglo en caracteres arábigos su lengua romance—, pero muy fieles a sus viejas tradiciones. Y cómo en el centro de España, perduraban aún por toda ella, según acredita este testimonio del Idrisi (1100-1162), relativo a la famosa iglesia de los Cuervos, en el Algarbe. El colofón de una copia de los Evangelios fechada en Fez en 1137 nos presenta, sin embargo, a los mozárabes deportados en Marruecos. ¿Qué había pasado entretanto?*

## LA IGLESIA DE LOS CUERVOS

"Desde Tarf-algarab a la iglesia del Cuervo, hay siete millas. Esta iglesia no ha sufrido alteración alguna desde el tiempo de los Rumíes hasta hoy, poseyendo bienes de las limosnas que le hacen y de las ofrendas que le presentan los cristianos que allí acuden en peregrinación. Está situada sobre un promontorio que se interna en el mar. Sobre la cúspide de la iglesia hay (constantemente) diez cuervos, a los cuales jamás vio persona alguna ausentarse ni faltar de allí; los sacerdotes de la iglesia cuentan de dichos cuervos cosas maravillosas que harían sospechoso a quien las refiriese. Cuantos pasan por aquella iglesia se ven obligados a no salir hasta tomar la comida hospitalaria que allí se ofrece; siendo esto una obligación forzosa y un uso constante que no se altera jamás, y que, según es cosa sabida, ha venido perpetuándose sin interrupción de los antiguos a los modernos. La iglesia, con sus pertenencias, está servida por sacerdotes y monjes, y posee tesoros considerables y rentas copiosas, que en su mayor parte proceden de mandas y donativos recogidos en las comarcas y poblaciones del Algarbe, empleándose en las necesidades de la iglesia y de sus ministros y demás personas dedicadas a su servicio, así como también en dar hospitalidad a cuantos viajeros y peregrinos vienen a visitarla, ya sean pocos o ya sean muchos".

Del *Nuzhat al-Muxtaq* de AL-IDRISI (Trad. Simonet: *Historia de los Mozárabes*, 255).

## LOS MOZÁRABES ESPAÑOLES DEPORTADOS A ÁFRICA

"Terminóse la copia en la mañana del día 19 de junio achemí del año 949 de la Natividad del Mesías, sacada de otra copia antigua escrita en pergamino, a cuyo final estaba escrito este pasaje: acabóse la parte cuarta del Evangelio de Juan, hijo del Zebedeo, el Apóstol, que lo compuso a los cincuenta años de la Ascensión del Mesías a los cielos, y con su terminación

concluyen los cuatro Santos Evangelios de Mateo, Marco, Lucas y Juan contenidos en este libro. Y muy alabado sea Dios.

"Escribiólo el siervo de los siervos del Mesías, Palabra de Dios Padre Eterno, Miguel, el Obispo, hijo de Abd al-Aziz, para Alí, hijo de Abd al-Aziz, hijo de Abd al-Rahman, el Docto (¡déle Dios fortuna y favor!), y se terminó por su diligencia el viernes 23 de julio del año 1175 de la Era española [1137 de Cristo] en la ciudad de Fez, del Algarbe del otro lado del mar, año undécimo de la traslación de los cristianos del Ándalus allá (¡Dios los restaure!). Y lo escribió en el año 57 de su edad.

"El texto del original latino lo tradujo el presbítero Jerónimo, el sabio, el intérprete (¡Dios lo haya perdonado!)".

Transcripción de una copia árabe de los Evangelios (Trad. Simonet: Historia de los Mozárabes, 753).

## REVUELTA DE LOS CORDOBESES CONTRA LOS ALMORÁVIDES

*Los reyes de taifas habían sometido a sus súbditos a una explotación fiscal intensiva y les habían tratado con crueldad. Su libertinaje, su impiedad y su tolerancia frente a la filosofía heterodoxa habían escandalizado a los teólogos andaluces. Los musulmanes de España acogieron, por ello, como libertadores a los piadosos y austeros hijos del desierto, a los almorávides. Pero pronto éstos les tiranizaron a su vez y sus guarniciones se portaron con ellos como tropas en país ocupado. Los españoles islamitas se arrepintieron tarde de su simpatía por sus conquistadores y, movidos por su vieja tradición de orgullo, se alzaron más de una vez contra sus nuevos dominadores. Conocemos el motín que los desafueros de éstos provocaron en la antigua capital del califato.*

En el año 513 [1119-20] o en el 514, según otros narradores, estalló en Córdoba una grave revuelta entre las fuerzas africanas del emir Ali ben Yusuf y los naturales de la ciudad. Estaba al frente del gobierno de la capital Abu Bakr Yahya ben Dawud. Llegado que fue el día de la Fiesta de los Sacrificios, el público salió de sus viviendas a los lugares de esparcimiento y recreación. Sucedió que un esclavo de la guardia del gobernador Abu Bakr echó mano a una mujer, y ésta comenzó a chillar, llamando en su auxilio a los del país. Los cordobeses acudieron a socorrer a aquella mujer, y con este motivo sobrevino entre aquéllos y los esclavos de la guarnición africana un choque sangriento, que continuó todo el resto de aquel día, hasta que la noche vino a separar a los dos bandos. Los doctores de la ley y personas notables de la ciudad se reunieron con Abu Bakr, el gobernador, y le dijeron que lo justo y conveniente era que condenase a muerte a uno de los soldados de la guardia que habían producido aquella revuelta interior. El gobernador, lejos de aceptar el consejo de los doctores, aun se enfureció por ello y, al amanecer del día siguiente, celebró una

demostración pública de sus armas y tropas, en actitud agresiva para los naturales del país. En vista de todo esto, los doctores, los hombres notables y mozos de la ciudad corrieron a sus caballos y armas y atacaron al gobernador y a su gente, poniéndoles en fuga y obligándoles a hacerse fuertes en el alcázar. Los cordobeses, sin embargo, rodearon dicho alcázar y lo escalaron. El gobernador logró escapar de la ciudad, después de vencer grandes dificultades. Los cordobeses saquearon el alcázar, incendiaron todos los aduares habitados por los almorávides, arrebatándoles sus bienes, y les expulsaron de la capital en la forma más humillante.

La noticia de los sucesos desarrollados en Córdoba llenó de inquietud y sobresalto al emir Ali ben Yusuf. Reunió fuertes contingentes de tropas de los Sinhacha. Zenetas, berberiscos y otros, y se presentó con ellas delante de Córdoba, en el año 515 [1121-2]. Los cordobeses le combatieron con el ardimiento propio del que lucha por defender su vida, su hacienda y su harén, hasta que viendo el emir la violencia encarnizada de la lucha, entabló negociaciones de paz que llegaron a tener buen éxito. La paz quedó restablecida, sometiéndose los cordobeses a indemnizar a los almorávides por los bienes que a éstos habían arrebatado. Hechos firmes los capítulos de la paz bajo la condición expresada, cesaron las hostilidades.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 196).

## LOS MOZÁRABES DE GRANADA LLAMAN A ALFONSO EL BATALLADOR

*La tolerancia religiosa de los reyes de taifas, que había permitido medrar a los filósofos hispano-musulmanes y vivir en paz a los mozárabes, había excitado el celo, primero, y la ira, después, de los teólogos islamitas. La intolerancia y la barbarie almorávide respaldaron su cólera y muchos filósofos fueron ejecutados y una* fatwa *o dictamen de los faquíes decretó el derribo de las iglesias cristianas de Al-Ándalus. Los mozárabes granadinos reaccionaron invitando a Alfonso el Batallador de Aragón a venir en su ayuda, brindándole como empresa fácil la conquista de Granada. El aragonés se dejó tentar por la aventura y realizó una de las más largas y arriesgadas expediciones de las muchas que moros y cristianos llevaron a cabo durante los ocho siglos que duró su batallar. Llegó a Vélez Málaga en el Mediterráneo, atacó Granada, venció a los almorávides; pero, por la naturaleza misma de su empresa, no podía ésta ofrecer sino abundante cosecha de gloria guerrera. Los mozárabes comprendieron tarde su error, muchos volvieron a Aragón con El Batallador, pero los más, y con ellos los de otras regiones andaluzas, fueron deportados en masa a Marruecos y se extinguió la mozarabía de Al-Ándalus.*

Cuando los musulmanes se establecieron en esta noble provincia y el emir Abu-l-Jattar hubo asignado moradas en ella a las tribus árabes de Siria,

dándoles la tercera parte de los productos de la tierra de los aliados, esas tribus se fijaron allí en medio de los cristianos que cultivaban el campo y habitaban en las aldeas bajo jefes de su religión. Estos jefes eran hombres experimentados, inteligentes, tratables y que sabían lo que cada uno de sus correligionarios tenía que pagar como capitación. El último, que se llamaba Ben al-Qallas, era muy renombrado, y gozaba de gran consideración cerca de los gobernadores de la provincia.

Estos cristianos tenían una iglesia célebre, a dos tiros de flecha de la ciudad, frente a la puerta Elvira. Había sido construida por un gran señor de su religión, que cierto príncipe puso al frente de un numeroso ejército de Rumis. Era única por la belleza de su construcción y de sus ornamentos; pero el emir Yusuf ben-Taxufin, cediendo al ardiente deseo de los faquíes, que habían dado un dictamen en ese sentido, ordenó su destrucción. Ben al-Sairaifi escribió a este propósito: "Los granadinos fueron a destruirla el lunes, último día de Chumada II del año 492 [23 de mayo de 1099]. Fué demolida por completo, y cada uno de ellos llevó alguna cosa de sus despojos y de los objetos destinados al culto."

Todavía en nuestros días se conoce el lugar donde se encontraba este templo, y sus muros, que subsisten aún, atestiguan que había sido muy sólido. Una parte del terreno que ocupaba es al presente el cementerio bien conocido de Salh ben-Malik.

Bajo el gobierno de los almorávides, cuando las armas del rey Ben Rademiro, el enemigo de Dios, eran todavía victoriosas —El Eterno, como se sabe, aniquiló más tarde su poder en la batalla de Fraga—, los aliados cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de saciar su rencor y de erigirse en dueños del país. Se dirigieron a Ben Rademiro, le enviaron carta sobre carta y mensajero tras mensajero, para pedirle que se preparara y para excitarle a venir a Granada. Luego, viendo que dudaba, le presentaron un registro que contenía los nombres de 12.000 de sus mejores guerreros y en el que no habían inscripto a ningún viejo ni a ningún adolescente. Le informaron, también, que además de las personas que en él enumeraban y que conocían porque vivían en su vecindad, había muchas otras que no se habían podido registrar porque habitaban a gran distancia, pero que se presentarían tan pronto como el rey se hiciera ver. Le inspiraron de esta manera el deseo de tentar la empresa, y trataron también de excitar su codicia describiéndole las cosas excelentes que se encuentran en Granada y que hacen de ella el país más bello del mundo. Le hablaron de su gran Vega, de sus producciones, de su trigo, de su cebada, de su lino, de su abundancia en seda, viñas, olivares y toda clase de frutos, de sus arroyos y ríos, de la fuerte posición de su capital, de la dulzura de sus aldeanos, de la cortesía de sus ciudadanos y de la belleza de sus praderas y colinas. Añadieron que una vez conquistada esta provincia bendita, le serviría de punto de partida para conquistar otras, y que, como se leía en sus historias, Granada había sido llamada por los reyes la mejor parte de España. En resumen, apuntaron tan bien a la meta que la alcanzaron. El rey juntó sus mejores

tropas y se puso en marcha, acompañado de cuatro mil caballeros aragoneses, seguidos por sus gentes de armas, que habían jurado sobre el Evangelio no abandonarse unos a otros. El rey salió de Zaragoza a comienzos de Xaban del año 519 [a principios de septiembre 1125], ocultando el objeto de su empresa. Pasó cerca de Valencia, donde había una guarnición almorávide al mando del jeque Abu Muhammad ben Badr ben Warka. Mientras atacaba tal ciudad se le unió un gran número de cristianos aliados, ya para engrosar su ejército, ya para servirle de guías, ya para indicarle lo que debía hacer a fin de causar el mayor daño posible a los musulmanes y de tener éxito en su empresa. En seguida llegó cerca de Alcira, a la que atacó durante muchos días consecutivos; pero perdió mucha gente y no sacó ninguna ventaja del ataque. De allí se dirigió hacia Denia, que combatió en la noche de la fiesta de la ruptura del ayuno (31 de octubre) y recorrió todo el Este, de jornada en jornada y de etapa en etapa, saqueando los distritos que encontraba a su paso. Habiendo atravesado el desfiladero de Xativa, vino a Murcia, después a Vera, luego a Almanzora; en seguida se dirigió hacia Purchena y permaneció ocho días a orillas del río Tijola. Desde allí fue a Baza y viendo que tal ciudad estaba situada en una planicie y que la mayor parte de sus barrios no tenían murallas, quiso apoderarse de ella; pero Dios no le ayudó. El viernes, en el comienzo de Dhu-l-qada [4 de diciembre], fue a Guadix y la atacó por el lado del cementerio, hasta el lunes [7 de diciembre]. El martes [8 de diciembre] partió hacia Sened, donde estableció emboscadas. El miércoles [9 de diciembre] abandonó Sened, se estableció en el caserío de Gayana (hoy Graena) y atacó a la ciudad de Guadix, por el lado Oeste. Luego habiendo acampado en la aldehuela que lleva el nombre de Alcázar, atacó de nuevo Guadix, pero sin obtener ninguna ventaja.

Permaneció cerca de un mes en los alrededores de Guadix.

El autor del libro titulado *Al-Anwar al-Chalia* se expresa en estos términos: "Entre tanto, se descubrió el complot de los cristianos aliados granadinos y se pudo comprobar que el rey había sido llamado por ellos. El gobernador de España, Abu-l-Tahic Tam ben Yusuf, que residía en Granada, quiso entonces hacerlos prisioneros; pero tuvo que renunciar a tal idea. Los cristianos aprovecharon las circunstancias para reunirse, siguiendo rutas diferentes, en el campo del rey. Mientras las tropas musulmanas acudieron de todas partes para ponerse a las órdenes del gobernador, su hermano, el Comendador de los Creyentes, le envió desde África un gran ejército. De esta manera, las huestes musulmanas formaron un círculo, por así decirlo, en torno de Granada.

"Habiendo partido de Guadix, Ben Rademiro se estableció en el pueblo de Dachma (hoy Diezma). El día de la fiesta del sacrificio [10 Dhu-l-hicha = 7 enero 1126], los granadinos, armados de pies a cabeza, hicieron la plegaria que llaman del temor, y al día siguiente, casi a mediodía, distinguieron las tiendas de los rumíes en Al-Nibar, al Este de la ciudad. Se combatió algún tiempo a dos parasangas de Granada; el populacho había ya

abandonado la plaza y los otros habitantes de la misma se agolpaban en las calles.

"Al llegar a las cercanías de Granada, Ben Rademiro contaba 50.000 hombres bajo sus banderas. El día de la fiesta del sacrificio [7 de enero] se estableció sobre las orillas del Fardés. De allí se dirigió a... (nombre dudoso) y luego pasó a la aldea de Al-Nibar cerca de Granada, donde permaneció durante más de 10 días. Pero como llovía mucho y helaba con frecuencia, no pudo enviar tropas a los alrededores, y fueron los cristianos aliados quienes le suministraron víveres.

"Viendo que no lograba tomar la ciudad, levantó el campo el 26 Dhu-I-hicha del año 519 [23 enero de 1126], después de haber reprendido a quienes le habían llamado y sobre todo a su jefe Ben al-Qallas; pero ellos se excusaron diciendo que él mismo era el culpable del poco éxito de la expedición, porque por su lentitud y sus frecuentes detenciones había dado tiempo a que llegaran tropas musulmanas. Añadieron que ellos lo habían sacrificado todo, no pudiendo esperar perdón de los musulmanes.

"De Maracena el rey se dirigió a Pinos. Al día siguiente llegó a Al-Siqqa, en el distrito de Qala-Yahsub (Alcalá la Real), después a Luque, luego a Baena y más tarde a Lucena, mientras las tropas musulmanas marchaban sobre sus rastros. Habiéndose detenido algunas horas en Cabra, fue a Polei, siempre seguido por las tropas islamitas, que de vez en cuando le combatían con éxito. En fin él y el emir Abu-l-Tahir hicieron alto en Arnisol, cerca de Lucena. Los musulmanes atacaron al enemigo al amanecer y le arrebataron gran número de tiendas. Hacia mediodía, Ben Rademiro vistió su armadura, y ordenando sus hombres en batalla, formó cuatro divisiones con una bandera en cada una. Los cristianos se lanzaron entonces contra los musulmanes, y como éstos, en lugar de mantenerse firmes, se dispersaron o se retiraron al campamento (lo que era una falta grave), los designios de Dios se cumplieron y los musulmanes sufrieron una vergonzosa derrota. Al llegar la noche el emir ordenó transportar su tienda a una altura desde el terreno bajo en que se hallaba, pero habiendo tal orden despertado sospecha, todo fue de mal en peor y cada uno buscó su salvación en la fuga, el enemigo temió al principio entrar al campamento musulmán y no lo asaltó hasta hora avanzada de la noche, pero entonces lo saqueó.

"Al día siguiente Ben Rademiro marchó hacia la costa, atravesó la provincia de Moclim (?) y de las Alpujarras, donde los habitantes no esperaban nada parecido. Un jeque de esta parte del país asegura que cuando el rey pasó por el valle del río de Salobreña, que está estrechamente encerrado entre rocas muy escarpadas, dijo en su lengua a uno de sus principales caballeros: "¡Qué tumba si desde arriba alguno echase arena sobre nosotros!" Después tomó a la derecha, llegó a Vélez cerca del mar, mandó allí construir un pequeño barco, y ordenó que pescaran algunos peces, de los que se alimentó. ¿Hizo esto por cumplir un voto o solamente para que se hablara después de ello? Lo ignoro. Luego, volviendo a tomar el camino de Granada, acampó en el pueblo de Dilar, a tres parasangas al sur de la

ciudad. Dos días después llegó a la aldea de Hemdin (Alhendin) y mientras se encontraba allá, los musulmanes libraron con él varios sangrientos combates. Una predicción anunciaba a los granadinos ciertos acontecimientos que debían cumplirse un día en tal lugar. Tal llanura, dice Ben al-Sairaifi, se encuentra indicada en algunos libros de adivinación por un signo que significa huérfanos y viudez; parecía que la predicción iba a cumplirse ese día; pero Dios protegió a los granadinos.

"Dos días más tarde Ben Rademiro se trasladó a la Vega, que llenó con sus tropas, pero habiéndole forzado a abandonarla la caballería musulmana, se estableció cerca de la fuente de ... (nombre incierto) rodeado de nuestras fuerzas. Pero se mantuvo siempre dispuesto a combatir y maniobró con tanta prudencia que era imposible sorprenderle.

"Pasando después por los distritos de Al-Barachila llegó primero a Alicún, luego a Guadix, pero entre tanto muchos de sus mejores soldados habían perdido la vida. Continuando su marcha hacia el Este, pasó cerca de Murcia y de Xátiva, seguido siempre y atacado a menudo por las tropas musulmanas. Se declaró, además, la peste en su ejército. Y a la postre regresó a su patria, donde se vanaglorió de haber derrotado a los musulmanes, de haber recorrido su país de un cabo a otro, y de haber hecho muchos prisioneros y botín. Sin embargo, no había tomado ninguna ciudad amurallada, ni grande ni pequeña, había destruido solamente en el campo las casas que sus habitantes habían dejado abandonadas a su llegada, mientras su ejército había tenido pérdidas inmensas sin haber combatido, y casi todos sus guerreros habían perecido. Entre ida y vuelta, pasó un año y tres meses en territorio musulmán."

Cuando los musulmanes se apercibieron de lo que había pasado, de la traición de sus vecinos, los aliados, se inquietaron tanto como se irritaron y al mismo tiempo que tomaban toda clase de precauciones, el cadí Abu-l-Walid ben Ruzd creyó hacer una obra meritoria encargándose de ir a África. Fue a Marruecos, y allí expuso al emir Ali ben Yusuf ben Taxufin el estado de las cosas en España. Le contó las tribulaciones que habían tenido que pasar los musulmanes de ese país, como consecuencia del crimen de los cristianos aliados que habían llamado a los rumíes, y añadió que los tales cristianos habían roto así su antiguo tratado con los musulmanes, y que habían perdido el derecho de ser protegidos. Después dio un dictamen según el cual los culpables, en el caso de que se les quisiera aplicar la pena más benigna, debían ser exilados de su país. Su consejo fue adoptado y apareció en ese sentido un edicto del emir.

En el mes de Ramadan de ese año [septiembre-octubre de 1126], muchos cristianos fueron pues transportados al África. Unos, rechazados en todas partes, perecieron en el camino, otros se dispersaron por el país. Sin embargo, muchos cristianos quedaron en Granada, y gracias a la protección que les acordaron ciertos príncipes, volvieron a ser ricos y opulentos; pero en el año 557 [1162] se libró una batalla en la cual fueron exterminados casi todos. No queda hoy más que un pequeño grupo que está acostumbrado

desde largos años al desprecio y a la humillación. Quiera Dios dar al fin el triunfo a sus servidores.

Del *Kitab Amal al-Alam* de BEN AL-JATIB y del *Hulal al-Mawchiyya* de autor anónimo (Según versión francesa de Dozy: Recherches, I. 350).

## CIENCIA BOTÁNICA ANDALUZA

*Desde los días de Abd al-Rahman II (822-858) hay noticias de médicos y botánicos de Al-Ándalus: unos cristianos y musulmanes otros, y la mayor parte en contacto con sus colegas de Oriente y de África. La recepción en Córdoba del libro de Dioscórides:* Materia Médica, *enviado por Constantino VII a Abd al-Rahman III, y su traducción por el monje Nicolás y el judío Hasdai ben Xaprut, dio un gran impulso a los estudios botánicos y farmacológicos en la España mora. Ya en los días de Hixam II, el médico Ben Chulchul redactó, en 982, su famoso comentario de Dioscórides; hacia la misma época el farmacéutico de Almanzor, Ben Samachun, escribió sobre plantas medicinales, y contemporáneo de ambos fue Al-Zahrawi, el Abulcasis de los latinos. Un médico judío de Zaragoza: Mar-Wan ben Chanah (m. 1040), y otro médico musulmán de Toledo: Ben al-Bagunix (m. 1052), prosiguieron los estudios botánicos en la España islamita durante las primeras décadas del siglo XI. Al amparo de Al-Mamun trabajaron, luego, tres médicos y botánicos toledanos: Ben Wafid (m. 1074), autor de un tratado de medicamentos simples y de un libro de agricultura, y sus discípulos Ben Bassal y Ben al-Luengo, ambos refugiados en Sevilla tras la conquista de Toledo por Alfonso VI. De los dos últimos aprendió un gran naturalista andaluz, de nombre desconocido, cuya obra acaba de publicar Asín. Conoció, además, la abundante bibliografía, sobre el tema, de los estudiosos musulmanes de Oriente y de Al-Ándalus y completó su saber erudito con sus experiencias personales. Rompiendo con la tradición clásica y oriental, se anticipó a Cuvier en su ensayo de clasificación de los vegetales en géneros, especies y variedades, y llegó a tener atisbos extraordinarios en la fijación de las categorías botánicas. Cinco siglos antes que los grandes precursores renacentistas del famoso Cuvier, un moro español ideó, pues, el sistema de clasificaciones botánicas más cercano al de hoy. Escribió su obra en forma de diccionario. Ninguno de los parejos, árabes o cristianos, de la Edad Media le iguala en abundancia, seguridad y precisión de datos morfológicos, ni en la minuciosidad de sus registros. Podrían extraerse de su obra verdaderas y extensas monografías de carácter botánico y agronómico. El puro azar ha dictado la selección de los pobres pasajes que siguen. Su autor, un gran conocedor de los romances peninsulares, nos ha dejado, además, al reseñar los nombres que en ellos recibían las plantas por él registradas, datos preciosos para el estudio de la prehistoria de las lenguas románicas de España y de sus dialectos.*

Mirobalano. — El sabio Abu-l-Hasan Ben al-Luengo me mostró tres semillas de mirobalano índico y me dijo que se las habían traído de la India a Al-Mamun a Toledo y que son difíciles de encontrar, porque se dan en la India Superior, que es la región más remota de la India.

De la especie de las ajedreas es el tomillo, que tiene dos especies: una del Hiyaz y otra de Al-Ándalus... Esta descripción la he visto en casa del sabio Ben al-Luengo, nuestro maestro y profesor. ¡Dios le haya perdonado!

Así me lo refirió Abu-l-Hasan Ben al-Luengo, por el testimonio de sus maestros y porque él mismo topó con la planta y la vio.

Yo no he visto del mirobalano índico más que una sola semilla..., que poseía mi maestro, bajo cuya dirección leí el arte (de la medicina), es decir, Abu-l-Hasan Ben al-Luengo —¡Dios le haya perdonado!—, el cual me explicó que aquella semilla la había tomado de unas cuantas que tenía el sabio Ben Wafid —¡Dios le haya perdonado!—, y de ella se envanecía por su rareza.

☆

Nenúfar. — Una variedad de nenúfar, llamada lirio y que tiene tres especies, según que su flor sea amarilla dorada, azul o roja, se cría en las ramblas y ofrece la particularidad de que no aparece durante el día, sino que tan sólo durante la noche va creciendo en la oscuridad y vegetando hasta florecer y dar su semilla, sin que aparezca a la vista con la luz del día, pues entonces se oculta en el polvo de la tierra. Una persona me refirió que había tomado en alquiler una casa en la ciudad de Silves para habitarla. Cierta noche, estando sentado en el centro de su casa, sumida en la oscuridad, he aquí que le pareció ver como si una lámpara surgiese de repente en una parte de la casa; esto hízole sospechar en seguida que la casa estaba habitada por alguien, y sin tardar un momento abandonó aquel lugar, aunque sin decir nada a nadie. A la noche siguiente vio aparecer por aquel mismo punto lo que había visto la noche anterior, y entonces ya no dudó de que la sospecha que había abrigado era cierta y que aquello que veía era de alguien que habitaba en la casa. Se fue a su cuarto y cerró las puertas de miedo, sin decir tampoco nada a nadie, y cuando amaneció fue a mirar por aquel sitio, pero nada vio. Entonces se decidió a contar lo que le había sucedido a uno de sus amigos; éste creyó que era una ilusión; pero le dijo: "Llévame contigo esta noche". Llevólo consigo, y así que la oscuridad se hizo, aparecióseles a ambos lo mismo que él había contado a su amigo, y los dos, aterrados, huyeron y se metieron en el cuarto de aquél, cerrando las puertas. Al amanecer se fueron uno y otro a contar a sus amigos la cosa, hasta que un grupo de éstos se puso de acuerdo para ir a pasar con ambos la noche en la casa y vigilar entre todos aquel lugar, y tan pronto como la oscuridad se hizo, aparecióseles a todos lo que había referido el amigo. Uno de ellos entonces, desenvainando su espada, se dirigió hacia donde brillaba la lámpara, y al llegar a aquel punto llamó a gritos a los otros; éstos se levantaron, pero quedáronse de pie sin

decidirse todavía a abandonarlo antes de saber lo que había sucedido; volvieron, pues, a sentarse esperando cerca de él en medio de la oscuridad, hasta que, próxima ya la aurora, comenzó a menguar y a achicarse aquella flor poco a poco, hasta desaparecer por completo dentro de la tierra al romper el alba. Entonces, a la luz del día, registraron aquel lugar y no encontraron en él más que tierra húmeda y removida. Pusiéronse otra noche a examinar de nuevo aquel lugar todos juntos, hasta que lograron descubrir que de la tierra iba saliendo poco a poco la planta y aumentando de tamaño y creciendo hasta alcanzar la altura de un codo, y que al rayar el alba se volvía a enterrar en el suelo. Consultadas en vano muchas personas sobre el caso, consiguieron al fin saber que uno de los reyes de taifas había hecho traer aquella planta desde Sicilia, adonde a su vez había sido llevada de otras tierras, y averiguaron también que tenía tres variedades, como antes dijimos. Yo creería falso este relato si no fuera porque me lo hizo quien vio la cosa y además era persona fidedigna en lo que contaba. No me dijo que la planta tuviese hojas, sino tan sólo tallo con la flor. La cosa, por lo demás, está dentro de lo posible, puesto que vemos una clase de nenúfar que aparece de día y se sumerge de noche en el agua, es decir, lo contrario de lo que hemos referido; pero los contrarios se dan en la realidad.

☆

Orcoc. — Su nombre en griego es *armaniya*... Se le conoce (en árabe) con el nombre de *al-jawj* pequeño (prisco o pérsico). En *'ayamiyya* se llama *simsons* y en árabe *mismis*, que es nombre persa arabizado (el albaricoque). Tal es su nombre en todo el Oriente, desde Sicilia a la Meca. En Al-Ándalus se le llama *borcoc* y también *al-tuffah* (La manzana del Yemen) y *al-luffah al-sini* (berenjena de la China).

☆

Qinnab (*Cáñamo*). — Persona fidedigna me contó que en la región de Toledo hay una planta que los cazadores arrancan y, después de macerarla en el agua, la machacan como se hace con el cáñamo, la hilan y fabrican de ese hilo redes para cazar la *calania* (?). Se le conoce allí (a esa planta) por *cannamil* y *cannam*; así se llama en *'ayamiyya* al *qinnab* (cáñamo).

☆

Chentiana. — En su mayoría los médicos dicen que el primero que conoció esta planta fue un rey llamado Yentin, que era rey de un pueblo llamado de los *Ladiyyun*, que eran los confeccionadores del láudano. Sin embargo, también he visto en algunas copias que se les llamaba *Lauriyyun*. El nombre de este medicamento (*chentiana*) se derivó del de este rey... Tiene la planta una raíz larga, entre roja y amarilla, dentellada, húmeda y

de sabor muy amargo... Esta especie es la *chentiana* griega, que en *'ayamiyya* se llama *baslisco*, en árabe andalusí, "ajo de serpiente" (*tum al-hayya*) y algunas gentes la llaman "medicamento de la serpiente y árbol de la serpiente".

☆

MARAGUN. — Esta planta se emplea para encender el fuego, pues tiene cierta viscosidad, aunque exigua, y cuando se le tuesta ligeramente y, molida luego, se impregna con ella un palo a cambio de mecha para la lámpara, alumbra sin necesidad de emplear otra lámpara... (Su nombre siríaco, *al-yaqum*) significa meloso, porque su viscosidad es semejante a la miel. Es una especie de la planta que se conoce como la *melaira* y abunda en la región de Alcalá, distrito de Sevilla.

De la especie del *qayssum* (abrótano) es una planta conocida como la MELAIRA: tiene muchas ramillas finas y agrupadas, como si fuesen las de una escoba, y en su parte superior una flor amarilla. La planta entera parece como si hubiese estado sumergida en miel, de modo que sus ramas y sus hojas se pegan a las manos.

El QAYSSUM (abrótano) rocoso es la *melaira*.

El árbol ABU-MALIK jabonoso es la *melaira*, así llamada porque en los cálices de sus flores hay una lágrima dulce.

Del *Umadt al-Tabib* de un botánico hispanomusulmán de principios del siglo XII (Trad. Asín, XV, XXIX, 41, 61, 91, 177).

# LA ÚLTIMA GRAN VICTORIA DE LOS ALMORÁVIDES EN ESPAÑA

*Los almorávides habían visto aparecer a Alfonso el Batallador en Andalucía y no habían podido impedir sus conquistas en los valles del Jalón y del Jiloca. Las tropas del aragonés aparecieron ante Fraga en 1134. "Plaza sitiada, plaza tomada." Pero esta vez falló el adagio, porque los africanos organizaron una gran campaña en socorro de los sitiados. Los cronistas arábigos reducen la importancia de la hueste que marchó a combatirle. Si hubiera sido como ellos quieren, Alfonso no hubiera sucumbido. En Fraga vencieron por última vez los almorávides. Un dato de importancia ofrece el historiador musulmán sobre el temperamento misógino del Batallador, que no ha sido hasta ahora tenido en cuenta para explicar su fracaso matrimonial con la reina de Castilla.*

## LA BATALLA DE FRAGA

En 529 [21 octubre 1134] fue sitiada Fraga en el este de Al-Ándalus por Ben Rudmir (Alfonso el Batallador, de Aragón). El emir Taxufin ben Ali ben Yusuf, que residía en Córdoba y gobernaba la Península en nombre

de su padre, envió a Fraga una hueste de dos mil caballeros, mandados por Zubayr ben Amr el Lamtuni y bien provistos de víveres. Yahya ben Ganiya, el bien conocido (capitán) que administraba Valencia y Murcia, en el este de Al-Ándalus en nombre del Príncipe de los Creyentes, Ali ben Yusuf, armó quinientos caballeros. Y, por su parte, Abd Allah ben Izad, que gobernaba Lérida, equipó doscientos. Cada uno de tales grupos llevó consigo sus víveres, y después de reunirse, llegaron pronto a la vista de Fraga. Zubayr iba en la retaguardia tras el convoy de víveres y delante marchaba Ben Ganiya, a quien seguía Ben Iyad, cuya bravura, como la de sus hombres, era bien notoria.

Ben Rudmir, que se hallaba al frente de doce mil caballeros, no sintió sino desprecio al ver llegar la hueste musulmana y dijo a los suyos: "¡Id a recibir el regalo que nos traen esos infieles!" No obedeciendo sino a su orgullo, se limitó a enviar contra ellos un fuerte destacamento que, cuando estuvo distanciado del ejército, fue atacado por Ben Iyad y vio rotas sus líneas y fuertemente revueltas sus fuerzas. Empezó en seguida la batalla. Ben Rudmir avanzó en persona con todas sus tropas, confiado plenamente en su número y en su bravura. Mas entonces Ben Ganiya cargó a su vez mientras resistía Ben Iyad y una lucha encarnizada costó la vida a muchos cristianos. En tal momento hicieron una salida en masa los habitantes de Fraga: hombres y mujeres, viejos y niños, y se arrojaron sobre el campamento cristiano. Los hombres mataron a cuantos hallaron en él y las mujeres se ocuparon de saquearle, y consiguieron llevar a la ciudad los víveres, aprovisionamientos y armas de que se apoderaron. Entre tanto Zubayr se lanzó a su vez a la batalla con sus tropas. Ben Rudmir hubo de huir después de haber perdido la mayor parte de sus soldados y se acogió a Zaragoza, y veinte días después murió de pena y de vergüenza de su derrota.

Ningún príncipe cristiano había tenido más valor que él, ni más ardor en combatir a los musulmanes, ni más fuerza de resistencia. Dormía con su coraza y sin colchones, y como un día le preguntaron por qué no se acostaba con las hijas de los jefes islamitas que había hecho prisioneras, respondió: "Un verdadero soldado no debe vivir sino con los hombres y no con las mujeres". Con su muerte Alá permitió respirar a los fieles, no dejándoles expuestos a sus golpes.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de Ben Al-Athir (Según versión francesa de Fagnan, 553).

## CORTESÍA DE LOS CAPITANES ALMORÁVIDES

*Junto a las estampas de bárbara crueldad que afloran con frecuencia en las fuentes hispano-árabes, se destaca ésta, de cortesanía romántica, que nos refiere un cristiano toledano. Las victorias almorávides de Zalaca, Uclés, Fraga, etc., habían dado gran audacia a los capitanes que gobernaban Al-Ándalus en nombre de Ali ben Yusuf. Se atrevieron a atacar Toledo, la*

*antigua capital del reino godo, primera ciudad entonces de Castilla, Alfonso VII sitiaba a Oreja, a algunas millas Tajo arriba. La emperatriz defendía la ciudad. Y unas palabras de reproche dirigidas en su nombre a los guerreros enemigos, desde lo alto de la torre del alcázar, dieron ocasión a la escena caballeresca —incomprensible en las guerras de hoy— que se relata a continuación. La historia medieval hispana nos envía aquí, desde los alrededores de Toledo, uno de los muchos relámpagos de luz que iluminan sus sombras crueles. Ellos nos obligan a decir que la Edad Media no fue ni empíreo ni mazmorra.*

Cuando los reyes Al-Zwil, de Córdoba, Ben Zata, de Sevilla, y Ben Ganiya, príncipe de la milicia de Valencia, supieron que el emperador sitiaba Oreja se entristecieron y turbaron mucho. Convocaron entonces a los otros reyes, príncipes y caudillos, a toda la caballería y a todos los infantes de la tierra agarena y a una gran muchedumbre de tropas de las islas del mar. Vino también en su auxilio otro gran ejército de moabitas y de árabes que les envió el rey Taxufin, de Marruecos, y se les unieron una gran turba de peones llamados azecutos, que seguían a gran número de camellos cargados de arena y de todo género de viandas. Reunidos así casi treinta mil caballeros y un sinnúmero de peones, movieron su campo de Córdoba y caminando por la vía regia que lleva a Toledo vinieron a los pozos de Algodor, donde acamparon. Establecieron grandes y misteriosas celadas para atacar por sorpresa a los cristianos, y en ellas dejaron a Ben Ganiya, rey de Valencia, con toda su caballería, al que dijeron: "Si el emperador sale a nuestro encuentro para pelear, vosotros, por el otro lado, subid al campamento desde el que sitian a Oreja, matad al filo de la espada a sus defensores, incendiadlo y fortificad el castillo atacado con caballeros, peones y armas, con toda clase de provisiones que están junto a nosotros en los camellos y con agua. Después venid a uniros con nosotros donde sepáis que estemos, pues vamos a Toledo y allí esperaremos para luchar con el emperador". Pero los espías o exploradores se presentaron al emperador en el campamento y le informaron de las resoluciones y hechos de los sarracenos en presencia de todos los magnates, príncipes y caudillos, y por consejo divino decidieron no ir a combatir a los sarracenos, sino esperarlos en el campamento.

Entre tanto, el gran ejército de los moabitas y agarenos vino a Toledo y atacó al castillo de San Servando, pero las grandes torres de él permanecieron ilesas, y sólo se perdió una torre frontera, donde perecieron cuatro cristianos. Los sarracenos fueron después a Azeca, donde nada lograron, y empezaron a destruir las viñas y los árboles. En Toledo se hallaba a la sazón la emperatriz doña Berenguela con una gran turba de caballeros, peones y ballesteros, que sentados sobre las puertas, las torres y los muros de la ciudad, la defendían vigilantes. Cuando la emperatriz vio los daños que los sarracenos hacían en los campos cercanos, envió mensajeros a los reyes moabitas, diciéndoles: "Esto os dice la emperatriz, mujer del empe-

" rador: ¿No veis que peleáis contra mí que soy mujer y que esto nada " dice en vuestra honra? Si queréis batallar, id a Oreja y luchad con el " emperador, que os espera con las armas y las haces preparadas". Al oír el mensaje, los reyes, príncipes y jefes sarracenos, y todo el ejército, levantaron la vista y vieron a la emperatriz sentada en el solio real, sobre la torre más alta del alcázar, adornada como correspondía a la emperatriz, rodeada de un cortejo de honestas mujeres que cantaban acompañándose de tambores, cítaras, címbalos y salterios.

Los reyes, príncipes y jefes sarracenos, y aun el ejército, quedaron admirados al verla y se avergonzaron mucho, se inclinaron para saludar a la emperatriz, y sin continuar sus depredaciones, recogidas las celadas, volvieron a su tierra.

De la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (Versión de la edición latina de Flórez: España Sagrada, XX, 376).

## LITERATOS Y JURISTAS ESPAÑOLES EN LA CORTE ALMORÁVIDE: HISPANIZACIÓN DEL MAGRIB

*Una vez más en la historia los bárbaros conquistadores fueron conquistados por la cultura de los vencidos. Los ignorantes almorávides fueron, en efecto, seducidos por la brillante civilización de la España musulmana y se rindieron a los talentos de sus literatos y juristas. Y sus fervores culturales de neófitos los llevaron a dejarse gobernar por ellos, en especial por los jurisconsultos malequíes, cuyas doctrinas fueron reverenciadas, mientras duró su imperio, por cima de la misma ciencia teológica. Los intelectuales —llamémosles así— una vez más abusaron de su situación de privilegio, pero no desarmaron su saña contra los bárbaros africanos, al cabo sus amos. Escrita la historia de los almorávides en tiempos de sus enemigos vencedores, los almohades, importa poner sordina a los juicios acres con que les sentenciaron, sin defensa, los historiadores.*

Yusuf ben Taxufin se convirtió en el dueño absoluto de España tan pronto como se apoderó de Mutamid, que era el principal jefe del país, el príncipe más poderoso y la gruesa perla de ese collar. Las tropas del vencedor invadieron los diversos principados, unos tras otros, con tanto éxito que toda la Península reconoció su autoridad. En los primeros tiempos mostraron en castigar a los enemigos, en defender a los musulmanes y en proteger las fronteras un celo tal que hizo creer en su sinceridad y llenó de alegría todos los corazones. El pueblo les amó por ello más y más y aumentó otro tanto el temor de los reyes cristianos. Sin embargo, Yusuf ben Taxufin enviaba sin cesar cuerpos de tropas de infantería y de caballería y no dejaba de repetir a todos, en sus audiencias, palabras como éstas u otras análogas: "Liberar la península de los cristianos, tal ha sido nuestro único fin, cuando hemos visto: de una parte que habían llegado casi a ser enteramente sus dueños, y, de otra, cuál era la incuria de los príncipes musulma-

nes, su poco entusiasmo por hacer la guerra, sus disensiones intestinas y su gusto por los placeres. Cada uno de ellos no tenía otra preocupación que vaciar sus copas, escuchar cantantes y divertirse. Por poco que yo viva, sabré devolver a los musulmanes todas las provincias que les han tomado los cristianos durante este calamitoso período; para combatir a nuestros enemigos las llenaré de caballeros y de peones, que ignoran el reposo, que no saben lo que es vivir en la molicie, que no sueñan sino en domar y entrenar sus cabalgaduras, en cuidar sus armas y en precipitarse al combate a la primera orden". Estos dichos llegaron a oídos de los cristianos, que se llenaron de temor y perdieron la esperanza de conquistar los territorios musulmanes e incluso de conservar los que tenían. Cuando Yusuf hubo dominado la península hispánica y toda ella le obedeció sin discusión, se le incluyó en el número de los reyes y mereció el título de sultán; él y los suyos recibieron el nombre de *Murabitun* (almorávides), y tal príncipe y su hijo fueron clasificados entre los soberanos más poderosos, porque Al-Ándalus es la verdadera capital y el centro del Magrib al-Aqsa (Occidente Extremo) y la fuente de sus méritos. La generalidad de las gentes de talento de cualquier clase proceden de ella y son consideradas como hijos suyos: en ese país se elevan los soles y las lunas de las ciencias; es el centro y el pivote de los ingenios; ningún clima goza de temperatura más igual, de un aire más puro, de aguas mejores, de plantas más olorosas, de rocíos más abundantes, de mañanas más gratas, de noches más dulces.

"Mi corazón se me escapa del pecho, tanto desea ese país y el trato de sus moradores. Hablar de ellos es para mí tan dulce como tomar una rosa. ¿Será tan suave encontrarlos como coger un mirto?"

Los más notables sabios de todas las clases se trasladaron cerca del Príncipe de los Creyentes; de tal manera que su corte se asemejaba a la de los Abbasíes en sus comienzos; y Yusuf ben Taxufin y su hijo se hallaban rodeados de los más ilustres secretarios y literatos que jamás haya visto ningún siglo. Entre los secretarios estaba el que había ejercido tal oficio cerca de Mutamid al-Allah, es decir: Abu Bakr, llamado Ben al-Qasira, que era de los más elocuentes y maestro indiscutido en el arte de la retórica. Fiel a la tradición de los secretarios de antaño, buscaba las expresiones elegantes y el sentido exacto de la frase, sin caer en la moderna costumbre de la prosa rimada; a lo sumo la empleó tan rara vez que puede perdonársele sin trabajo. He visto diversas cartas suyas escritas en nombre de Mutamid que confirman lo que acabo de decir, pero no recuerdo ninguna de memoria.

A más de Abu Bakr, Yusuf o su hijo tuvieron también como secretario al ilustre visir Abu Muhammad Abd al-Machid ben Abdun, del que hemos hablado bastante para que nos sea necesario repetirnos aquí. Antes de ocupar el puesto de secretario cerca de uno o de otro de los dos príncipes, Ben Abdun había ejercido el mismo cargo con el emir Sir ben Abu Bakr ben Taxufin, que conquistó Sevilla contra Mutamid al-Allah, y no abandonó su servicio hasta que el Príncipe de los Musulmanes le atrajo al suyo.

☆

Como acabamos de decir, el Príncipe de los Musulmanes, Yusuf, no cesó de hacer la guerra a los infieles, ni de abatir a los reyes cristianos y de acometer cuando podía ser útil a Al-Ándalus. hasta el momento de su muerte, ocurrida en el curso del año 493 (léase 500). Tuvo por sucesor a su hijo Ali ben Yusuf ben Taxufin, que tomó, como su padre, el título de Príncipe de los Creyentes y llamó a sus partidarios *murabitun* (almorávides). A ejemplo de su padre se ocupó sobre todo de hacer la guerra santa, de aterrorizar al enemigo y de proteger su propio territorio. Obraba bien y sus pensamientos eran elevados; amigo de la continencia y enemigo de la injusticia, más mereció figurar entre los ascetas y los eremitas que entre los príncipes y los conquistadores, y concedió todas sus preferencias a los que se ocupaban del estudio de las leyes y de la religión. Durante todo su reinado no resolvió un solo asunto sin consultar sobre él a los hombres de ley (alfaquíes). Cuando designaba un juez no dejaba de recomendarle que no decidiera nada ni diera ninguna sentencia, lo mismo en asuntos de importancia que en los que carecían de ella, sino en presencia de cuatro alfaquíes. Esta categoría de hombres adquirió así en su tiempo una importancia mucho mayor que la que nunca había tenido desde la conquista de España. Dependían de ellos todos los negocios de los musulmanes y sentenciaban todos los procesos grandes o mínimos. Tal situación duró todo el reinado de Ali y como les frecuentaban los hombres más considerados, los alfaquíes adquirieron grandes fortunas e hicieron ganancias considerables. A eso hace alusión Chafar Ahmad ben Muhammad, conocido por Ben al-Binni, originario de Jaén en España.

"Hipócritas, habéis ganado la consideración que os rodea como el lobo que avanza en las primeras tinieblas de la noche. La doctrina de Malik os ha hecho dueños de este mundo; os habéis servido del nombre de Ben al-Qasim para repartiros todos los bienes; gracias a Axhab montáis caballos blancos que por obra del nombre de Asbagh han sido designados para serviros aquí abajo."

En estos versos Abu Chafar no ha querido aludir sino al cadí de Córdoba, Abu Abd Allah Muhammad ben Hamdin, al que ha aludido con tales palabras. Más tarde le designó nominalmente en la composición satírica que empieza así:

"Oh antecristo, he aquí el momento de la resurrección; sol, sal por Occidente. Ben Hamdin quisiera que le pidiera justicia; ¡justicia a él que está más alejado de la generosidad que del cielo! Cuando se le pide que aplique el derecho consuetudinario, se rasca el "derrière" para bien afirmar su pretensión taglibi."

El mismo poeta ha hecho otros versos semejantes. Es necesario saber que el cadí Abu Abd Allah ben Hamdin descendía de Taglib ben Wail.

Nadie tenía acceso cerca del Príncipe de los Creyentes ni lograba alguna influencia sobre él si no poseía la ciencia de la práctica del derecho según la doctrina malequí. Los tratados de esta escuela gozaban entonces del favor

general y servían de guía, con exclusión de todos los demás, tanto que se llegó a desdeñar el estudio del Libro Santo y de los *hadices* (tradiciones del profeta). Ningún hombre célebre de tal época se ha consagrado, en efecto, por entero a esos estudios, y se llegó a tratar de impío a quien se dedicaba a una u otra forma de la filosofía escolástica. Los alfaquíes del séquito del príncipe vilipendiaban tal ciencia, afirmaban que habían sentido repugnancia por ella los primeros musulmanes y que habían puesto gran cuidado en evitar a quien tuviera algún conocimiento de la misma. Era, añadían, una novedad introducida en la religión, cuyos resultados habían provocado, de ordinario, para sus adeptos una gran confusión en asuntos de fe. Estos razonamientos y otros parecidos provocaron en el ánimo del príncipe el odio hacia la teología y hacia quienes se daban a su estudio, de modo que a cada instante publicaba en sus estados prohibiciones severas de consagrarse a él y amenazas de castigos para aquellos en cuyas casas se encontrara cualquier tratado sobre tal disciplina. Cuando las obras de Abu Hamid Gazzali penetraron en Occidente, el príncipe las hizo quemar y amenazó con pena de muerte y confiscación de sus bienes a quien se encontrase poseyendo algún fragmento de tales libros, y dio las órdenes más duras a tal propósito.

Desde el comienzo de su reinado Ali ben Yusuf no cesó de atraer junto a él a los principales secretarios de Al-Ándalus y lo hizo con bastante cuidado, para que aparecieran en torno de él en mayor número que en rededor de ningún otro príncipe. Entre ellos figuraron Abu-l-Qasim ben Muhammad, conocido por Ahdab, a quien se cita entre los hombres más elocuentes; Abu Bakr Muhammad ben Muhammad, llamado Ben al-Qabturna; Abu Abd Allah Muhammad ben Abu-l-Jisal y su hermano Abu Marwan; Abu Muhammad Abd al-Machid ben Abdun y otros muchos hombres célebres que sería largo enumerar. Uno de los que tenían más influencia y autoridad cerca del príncipe era Abu Abd Allah Muhammad ben Abu-l-Jisal, y ello era justo, porque ha sido el último secretario digno de tal nombre y el hombre que ha conocido mejor la literatura, a más de poseer un gran dominio del Corán, de las tradiciones, la *Sunna* y las ramas anejas.

☆

El mismo Abu Abd Allah es autor de una colección de cartas que se halla entre las manos de todos los literatos españoles, quienes la consideran como modelo digno de ser imitado y como guía por la que deben dejarse conducir. Si no cito los extractos que he hecho de ella es por temor a incurrir en una enojosa prolijidad. Él y su hermano continuaron siendo secretarios del Príncipe de los Musulmanes hasta el día en que éste se encolerizó contra Abu Marwan y le destituyó, he aquí cómo: Había dado órdenes a los dos hermanos de escribir al *chund* de Valencia, cuando tales tropas acabaron dejándose derrotar vergonzosamente por el maldito Ben Rudmir (Alfonso I de Aragón) y sufrieron pérdidas considerables. La célebre epístola escrita por Abu Abd Allah, en la que puso todo su talento,

fue aprendida de memoria por todos los españoles, pero no la copio por su extensión. Abu Marwan, por su parte, escribió sobre el mismo asunto una carta en que se expresó sobre las tropas almorávides en términos más groseros y más duros de lo que era razonable, según acredita este pasaje: "Hijos de una mala madre, tan rápidos en la huida como el asno salvaje. ¿hasta cuándo el fiel contraste rechazará la mala ley de que estáis hechos y un solo caballero bastará a rechazarlos? ¡Quiera el cielo que en lugar de la parada de vuestros caballos, encontréis ovejas con el pastor pronto a ordeñarlas! Ha llegado el momento en que vamos a abrumaros de castigos, en que no podréis ya velaros la cara, en que os rechazaremos hacia vuestros desiertos y purgaremos la Península de vuestro sudor". Estas palabras y otras parecidas irritaron al Príncipe de los Creyentes, que destituyó a Abu Marwan y dijo a su hermano Abu Abd Allah: "Dudábamos del odio que Abu Marwan siente por los almorávides, pero ahora estamos seguros". Abu Abd Allah solicitó y obtuvo entonces permiso para retirarse. Cuando su hermano fue ejecutado en Marraquex volvió a Córdoba y en ella vivió hasta el día en que sufrió la muerte del mártir en su propia casa, al comienzo de la sublevación contra los almorávides.

Después del año 500 la situación del Príncipe de los Musulmanes sufrió una caída sensible y ocurrieron muchos hechos deplorables en las regiones sometidas a su autoridad, porque los jefes almorávides mostraron pretensiones de independencia en los diversos territorios que gobernaban. Llegaron a declarar abiertamente el fin que perseguían y todos proclamaron su superioridad sobre Ali y pretendieron poseer títulos más serios que los suyos para ejercer el poder. Incluso las mujeres empezaron a mandar, y las que pertenecían a las familias principales de Lamtuna y de Masufa comenzaron a proteger a los pillos, los ladrones, los mercaderes de vino y los taberneros. La incuria del Príncipe de los Musulmanes aumentaba sin embargo, mientras crecía su debilidad. Se contentaba con ejercer una autoridad nominal y con percibir el producto de los impuestos. Sólo se preocupaba de cumplir las prácticas religiosas y espirituales y de pasar la noche en la oración y de ayunar durante el día, según es notorio, pero descuidaba en absoluto los intereses de sus súbditos. Como resultado de tal conducta numerosas provincias de España se vieron reducidas a una triste situación y poco faltó para que el país volviera a la situación de otrora, sobre todo a partir del día en que Ben Tummar comenzó su predicación en el Sur.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 137, 146 y 152).

## UN ALCAIDE TOLEDANO FRENTE A LOS ALMORÁVIDES

*Toledo había sido conquistada por Alfonso VI en 1085, pero la victoria almorávide de Zalaca y la conquista toda de Al-Ándalus por los capitanes de Yusuf ben Taxufin impidieron el avance de la Reconquista hacia el Sur,*

*y Toledo se constituyó en la principal plaza fronteriza. A la muerte de Alfonso VI en 1109, tras la rota de Uclés, durante los revueltos días de doña Urraca y los primeros, difíciles, de Alfonso VII, Toledo fue el centro de la resistencia cristiana. Sus alcaides* —los principes militiae toletanae—, *al frente de las huestes de los consejos de la frontera, se defendían atacando y llevando la guerra a tierras muslimes. El más famoso de esos capitanes fue Munio Alfonso. Los almorávides sufrieron la fuerza de su brazo muchas veces, sobre todo en la campaña de 1133, en que murieron los valíes de Sevilla y de Córdoba; pero al cabo lograron darle muerte y vengar sus desastres.*

## LA VICTORIA

Cuando los moabitas y agarenos que estaban en Alvalad supieron que había sido tomada Coria se sobrecogieron de terror y, huyendo, dejaron el castillo vacío. Vinieron entonces hombres de Ávila y Salamanca y lo destruyeron hasta los cimientos. En el siguiente año, el incansable guerrero Munio Alfonso, que como hemos dicho era alcaide toledano, eligió novecientos caballeros de los más valerosos de Toledo y de las otras ciudades toledanas y de Ávila y de Segovia, y con mil peones escogidos, como acostumbraba, subió a los campos de Córdoba, fijó allí sus tiendas, cogió mucho oro, plata y grandes riquezas e hizo muchos cautivos y muchas muertes por toda la tierra cordobesa.

Logró escapar un cautivo sarraceno de los apresados, huyó y se presentó al rey Al-Zwil, de Córdoba, y al rey Ben Zata, de Sevilla, que se hallaban reunidos y platicaban sobre cómo harían la guerra en tierra cristiana y vendrían a Toledo. No habían aún resuelto la manera de realizar sus planes cuando, de repente, llegó el cautivo que había huido de los cristianos y anunció en presencia de los reyes lo que aquéllos habían hecho en campos sarracenos. Oídas tales nuevas, ordenaron al punto que a gran prisa se hiciesen proclamas y pregones por toda la tierra de Córdoba, Carmona y Sevilla y se sonasen trompetas y tambores en las ciudades, pueblos y castillos. Se reunieron así muchos miles de peones, caballeros y ballesteros, y ellos persiguieron a los cristianos por el camino conocido por el que regresaban.

Pero como Munio Alfonso mirase hacia atrás en todas direcciones, vio una vez que venían a lo lejos numerosas huestes de peones y ballesteros y azecutos de la caballería moabita preparada para el combate y con los estandartes levantados, y con ellos grandes haces de peones, ballesteros y azecutos agarenos. Cuando Munio Alfonso los vio y conoció que eran los reyes Al-Zwil, de Córdoba, y Ben Zata, de Sevilla, dijo a sus compañeros: "Veo venir tras de nosotros los reyes de los moabitas con grandes huestes de caballeros y peones; apresurémonos y vayamos a la Mata de Montiel, para esperarles allí preparadas nuestras haces".

Llegaron los cristianos a Montiel, alzaron los pabellones de su campamento, cayeron después de rodillas y oraron al Señor, diciendo: "¡Oh Jesús Nazareno, que por nosotros fuiste colgado de un madero y por nosotros derramaste tu sangre; aquí vienen contra nosotros para perdernos los moabitas y agarenos, enemigos tuyos y nuestros; compadécete de nosotros y líbranos de ellos! ¡Oh Virgen de las vírgenes, intercede por nosotros cerca de tu hijo Nuestro Señor Jesucristo! Si nos libras de este peligro daremos a la iglesia, fundada en Toledo en honor tuyo, el diezmo de lo que nos has dado y nos dieres en adelante. ¡Oh Santiago, apóstol de Cristo, defiéndenos en la pelea para que no perezcamos en el tremendo juicio de los sarracenos!"

Dicha esta oración, Munio Alfonso ordenó dos fuertes haces de jinetes para resistir a los sarracenos, y dijo de nuevo: "Cristianos: confortaos y pelead con audacia y varonilmente contra Ben Zata, rey de Sevilla, que es el más fuerte de todos los sarracenos, porque si Ben Zata fuere vencido o muerto todos serán vencidos. Que ninguno de vosotros muera volviendo las espaldas al enemigo. Mejor nos es morir todos aquí en la lucha que ser dispersados". Y añadió: "Acordaos, compañeros, de que en otra ocasión sesenta y dos caballeros que estaban conmigo, de los cuales hay aquí algunos presentes y otros han permanecido en nuestras ciudades, peleamos con el rey Taxufin y con toda la milicia de Córdoba y con muchos miles de peones en Almodóvar de Tiendas o del Campo, y el Señor les entregó en nuestras manos y fueron vencidos. Recordad que el rey Taxufin huyó, que fueron muertos sus príncipes y caudillos y muchos cientos de caballeros y peones, que escaparon los demás, que no cayó de los nuestros sino un caballero, que cogimos innumerables despojos y que volvimos en paz a nuestras ciudades. Tan fácil es a Dios entregar a pocos en manos de muchos como a muchos en manos de pocos. Hágase ahora como fuere la voluntad del cielo". Comulgaron luego por mano de los clérigos que llevaban consigo y se dispusieron a la pelea.

Llegaron al punto los mesnadas de los sarracenos a banderas desplegadas y prepararon grandes y fuertes haces frente a los cristianos. Cuando Ben Zata vio el escaso número de las tropas cristianas y no halló entre ellas ningún pendón real, sino sólo el de Munio Alfonso, alcaide de Toledo, dijo: "¡Oh insensatos cristianos, hijos de perros! ¿Cómo habéis venido a perder vuestras cabezas?" Mas, empezado el combate, en seguida fue herido el rey de Sevilla, Ben Zata, por dos caballeros toledanos llamados Pedro Alguacil y Roberto de Mongomáriz, y murió de la herida y le cortaron la cabeza.

Al conocer lo ocurrido, Al-Zwil y los otros príncipes y caudillos y toda la caballería moabita y agarena y todos los peones volvieron las espaldas y huyeron por las sendas de los montes, escondiéndose en las cavernas de las peñas. Persiguiéronles los cristianos, y, en la huida, Munio Alfonso derribó de un lanzazo al rey Al-Zwil, y al punto fue decapitado, y con él murieron muchos príncipes y jefes de los moabitas y de los agarenos y

un sinnúmero de caballeros y de infantes. También fueron apresados muchos jefes y príncipes y muchos caballeros nobles y peones, cuantos pudo tomar cada cristiano según sus fuerzas.

Se cogió, asimismo, mucho oro y plata y las banderas reales; vestidos preciosos, muy buenas armas, lorigas, cascos y escudos, caballos magníficos con sus sillas y mulos, mulas y camellos cargados con muchas riquezas. Colocaron las cabezas de los reyes en las puntas de las astas de los pendones reales y las de los otros jefes y príncipes en diferentes lanzas. Munio Alfonso mandó envolver los cuerpos de los reyes en magníficos paños de seda, y los puso en un prado y dejó con ellos algunos sarracenos para que los custodiasen hasta que fueran llevados de allí, y los cristianos volvieron al campamento cantando y bendiciendo al Señor, que mostraba siempre su misericordia.

## MUDANZAS DE LOS TIEMPOS

Mientras el emperador estaba en tierras de Córdoba, el adalid Farax, príncipe de Calatrava, y todos los otros príncipes y jefes de los moabitas y agarenos que gobernaban todas las ciudades y castillos hasta el Guadalquivir se reunieron en consejo y acordaron venir a tierra de Toledo, fortificar el castillo de Mora y poner asechanzas para matar a Munio Alfonso, que estaba en el castillo de la Peña Negra.

El día primero de las Kalendas de agosto, antes de amanecer, salía Munio Alfonso con cuarenta caballeros toledanos del castillo indicado, cuya custodia confió a su compañero Martín Fernández. Llegaron Munio y sus compañeros al monte situado frente a Calatrava, y allí supieron lo que había ocurrido. Andaban, en efecto, los caballeros toledanos y su alcaide de aquí para allá, cuando encontraron a un sarraceno escondido en una caverna, le prendieron, le llevaron a presencia de Munio Alfonso y se entabló el siguiente diálogo: Preguntóle el caudillo cristiano: "¿De quién eres? ¿De dónde procedes? ¿Adónde vas?" El cautivo respondió: "Soy esclavo agareno de Farax, adalid de Calatrava, que me ha enviado a espiarte. —¿Dónde está el adalid Farax?, dijo Munio Alfonso. —Viene tras de mí, respondió el siervo; con gran multitud de caballeros y peones, trayendo consigo mulos, camellos y asnos cargados de harina y de toda clase de provisiones para fortificar el castillo de Mora. Tras esa multitud viene el adalid Farax, con otra muchedumbre de moabitas y agarenos, caballeros, peones y ballesteros en número de casi cuatro mil. Vienen dispuestos a matarte a ti y a los tuyos si pueden encontrarte en algún sitio".

Y todavía estaba con la palabra en la boca el cautivo, cuando llegó la primera tropa de los enemigos. Munio Alfonso y los suyos pelearon con ellos, en un instante los vencieron y obligaron a volver espaldas; muchos murieron en el combate y los demás huyeron, dejando en el campo un gran botín. Munio Alfonso regresó entonces a la Peña Negra y refirió a Martín Fernández todo lo hecho aquel día y cómo venía Farax con

un gran ejército para luchar con ellos. Deliberaron sobre esto, comieron luego pan y bebieron vino, y después, Munio Alfonso y Martín Fernández y todos los caballeros que estaban con ellos, preparados para el combate, salieron al encuentro de los sarracenos y encontraron las haces enemigas dispuestas a la pelea en los pozos de Algodor. Comenzada la batalla, cayeron muchos de una y otra parte; fue herido Martín Fernández, los sarracenos se apartaron de los cristianos y éstos de aquéllos, y quedó un gran trecho de campo entre unos y otros.

Conociendo Munio Alfonso que no era propicio el momento, dijo a Martín Fernández: "Señor Martín; sepárate de mí con tu gente, ve a Peña Negra y guarda bien el castillo, para que no vayan quizá los sarracenos y lo tomen, lo que produciría grandes daños al emperador. Yo y los míos pelearemos con los sarracenos, y hágase la voluntad de Dios".

Marchó Martín Fernández con sus caballeros al castillo para defenderle, y entonces Munio Alfonso llamó a su hijastro, hijo de su mujer, a quien había armado caballero aquel año el día de Pascua, y le dijo: "Ve a Toledo, a casa de tu madre, y cuida de ella y de mis hijos, tus hermanos. No quiere Dios que tu madre nos pierda a los dos en un día. —No iré, sino que moriré contigo", contestó el caballero. Pero, enojado Munio Alfonso, le hirió con la punta de la lanza y aquél hubo de volver a Toledo contra su voluntad, llorando y quejándose.

En aquel punto los moabitas y agarenos acometieron a Munio Alfonso y a los suyos; pelearon éstos, y aun cayeron muchos heridos de ambos campos. Pero viéndose los cristianos en aprieto, subieron a cierta roca llamada Peña del Ciervo, mas les siguieron los saeteros y Munio Alfonso fue herido gravemente por una saeta y murió, y los caballeros que estaban con él fueron muertos a su alrededor, no sin matar a la mayor parte de los príncipes moabitas y agarenos.

Llegó entonces el adalid Farax y decapitó a Munio Alfonso, le cortó el brazo derecho y la tibia, le tomó sus armas y envolvió el cuerpo mutilado en lienzos limpios. Cortaron también la cabeza de muchos caballeros cristianos y colgaron el brazo y el pie de Munio Alfonso en la torre más alta de Calatrava, y enviaron su cabeza a Córdoba a casa de la mujer de Al-Zwil, a Sevilla a casa del rey Ben Zata y después al otro lado del mar al rey Taxufin, para que se anunciase en toda la tierra de los agarenos y moabitas la muerte del jefe cristiano.

Conocedores los habitantes de Toledo de lo hecho por los sarracenos, vinieron y cogieron los cuerpos de Munio Alfonso y de sus compañeros y los sepultaron en el cementerio de Santa María. Durante muchos días la mujer de Munio Alfonso, sus amigas y las demás viudas visitaban el sepulcro del caudillo y sobre él lloraban y decían: "¡Oh Munio Alfonso! Lloramos sobre tu tumba; como la mujer que ama a su único marido, así te quería Toledo. Tu escudo nunca se humilló en la batalla, ni tu lanza retrocedió jamás, ni tu espada volvió nunca vacía. No anunciéis la muerte de Munio Alfonso en Córdoba y Sevilla ni en casa del rey Taxufin, para que

no se alegren las hijas de los moabitas, se regocijen las de los agarenos y se entristezcan las de los toledanos".

Murió Munio Alfonso, de quien tantos sucesos hemos referido mientras fue alcaide de Toledo, y murieron los guerreros que estaban allí con él, por el gran pecado que había cometido contra Dios matando a su hija, habida en legítimo matrimonio, porque jugaba con cierto joven. No se compadeció de su hija como Dios de él en todos los combates que emprendía. Ni se acordó de la mujer sorprendida en adulterio, a quien los escribas y fariseos quisieron apedrear en presencia del Señor, que les dijo: "El que esté libre de pecado, tire la primera piedra sobre ella". Munio Alfonso lloró este pecado todos los días de su vida y quiso peregrinar a Jerusalén para purgarle. Pero el arzobispo de Toledo, don Raimundo, y los otros obispos y clérigos, rogados por el emperador para que no peregrinase, le mandaron en penitencia que combatiese siempre a los sarracenos, como hizo hasta que fue muerto por ellos.

De la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (Versión de la edición latina de Flórez: España Sagrada, XXI, 381).

## CÓMO SURGIÓ EL IMPERIO ALMOHADE

*Aunque los sucesos que se refieren a continuación no ocurrieron en la España musulmana, tuvieron una enorme repercusión en ella. El imperio almohade, a cuyos remotos orígenes nos hace asistir el relato, dominó Al-Ándalus durante más de medio siglo, luchó con vigor —y a veces con éxito —contra los reinos cristianos españoles, influyó de modo poco conocido, pero muy decisivo, en la historia institucional de Castilla —en el origen de las Cortes, por ejemplo—, y al ser vencido en las Navas de Tolosa dejó el paso franco para la conquista de Andalucía. Como se suceden en el mar las tempestades, así se siguieron en el extremo Nordeste de África los imperios musulmanes en el curso de los largos siglos de la Edad Media; y la vecindad del Magrib al-Aqsa (el Occidente extremo) con la Península, hizo a ésta padecer siempre esa serie de tronadas, que en Marruecos se engendraron o que en él descargaron a la postre. A la formación del ciclón almohade contribuyeron las diferencias de presión que separaban las rigideces tradicionalistas de maliquismo jurídico y teológico almorávide, de las novedades del Islam Oriental, que un gran pensador, Al-Gazali, sintetizó en el título de su obra:* Revivificación de las ciencias de la religión. *La lucha contra esas tendencias dio ocasión al éxito del movimiento almohade, que empezó siendo una reforma moral y religiosa, pero que adquirió pronto fines políticos.*

El año 514 [1º abril 1120] presenció los comienzos de la autoridad de Mahdi Abu Abd Allah Muhammad ben Abd Allah ben Tumart, descendiente de Ali por Hasan. Pertenecía a la tribu Masmudi de Herga, en la

montaña del Sus, en el Magrib, donde se habían establecido con ocasión de la conquista (del país) por Musa ben Nusayr. Vamos a narrar lo que se refiere a él y a Abd al-Mumin, hasta la ocupación del Magrib por el último.

En su juventud Ben Tumart había ido a Oriente a estudiar, era jurista, hombre de talento, conocía la ley religiosa y sabía de memoria las tradiciones, sentía pasión por el estudio de los principios fundamentales de la religión y del derecho, se hallaba al corriente de todas las sutilezas de la lengua árabe y estaba, además, dominado por el temor de Alá y vivía como un asceta. Alargó su viaje hasta el Iraq, donde visitó a Abu Hamid al-Gazali y a Al-Kiya (Al-Harrasi), y encontró a Abu Bakr al-Turtuxi en Alejandría. Se dice que en el curso de una conversación con Al-Gazali sobre lo que podría él hacer para conquistar el poder en el Magrib, el sabio (su interlocutor) le dijo: "Eso no tendría éxito en tales regiones, donde gentes como nosotros no dejarán pasar así las cosas". Eso cuentan los cronistas del Magrib, pero en realidad Ben Tumart no se encontró con Al-Gazali.

De allí marchó en peregrinación (a la Meca) y después se embarcó en Alejandría para volver al Magrib. En el curso de la travesía atrajo al buen camino a los pasajeros y les forzó a recitar la plegaria y a leer el Corán. Llegó a Medhiyya, donde reinaba Yahya ben Temin, en el año 505 [9 de julio de 1161]. Se instaló en una mezquita al Sur de Maschid al-Sabt, teniendo por todo equipaje un odre y un bastón. Los habitantes de la comarca vinieron a escucharle a porfía y recibieron las lecciones que les daba sobre las diversas ciencias y, cuando algún hecho censurable ocurría a su puerta, se levantaba e impedía que se repitiera. Como esto sucediese con frecuencia, el príncipe Yahya le hizo venir ante él, y con él a varios juristas, y después de haberse dado cuenta del camino que seguía y de haberle oído hablar le honró mucho y solicitó su bendición.

El santo hombre se trasladó desde allí a Monastir, en la que se detuvo algún tiempo en compañía de varios sujetos virtuosos. Pasó de allí, a Bujía, donde continuó el mismo género de vida. Expulsado de allí, se acogió a una aldea no lejana, llamada Mellala, donde encontró a Abd al-Mumin ben Ali, cuyo talento y ardor le permitieron pronosticar que adquiriría notoriedad y llegaría a alcanzar el poder. Al preguntarle su nombre y el de su tribu, supo que descendía de Qays Aylan y que pertenecía a la tribu de los Banu Sulaym. "Está bien, el profeta anunció que, en el fin de los tiempos, la religión encontraría un protector en un hombre descendiente de Qays y precisó su anuncio, ante una pregunta que le hicieron, añadiendo, de Qays y de los Banu Sulayman". Le agradó por ello haber encontrado a Abd Al-Mumin. Había éste nacido en la región de Tlemcen, en la tribu de los Abid, de los Kumiya, que se habían establecido allí en el año 180 [15 marzo 796].

En el curso de su caminar Al-Mahdi no cesaba de ocuparse de la reforma de las costumbres, y así llegó a Marraquex, capital del Príncipe de los Creyentes, Yusuf ben Ali ben Taxufin. Encontró en ella un relajamiento que sobrepasaba todo cuanto hasta allí había visto, y multiplicó, por ello,

sus esfuerzos en la predicación del bien. Reunió numerosos partidarios y el pueblo formó de él opinión favorable. Vio un día pasar de cerca el cortejo de una hermana del príncipe, acompañada de un gran número de muy bellas sirvientes, todas con la cara descubierta, porque tal era la costumbre entre los almorávides, donde sólo los hombres se velaban el rostro. Censuró tal práctica, les ordenó que se cubrieran la faz y empezó a golpear con sus discípulos, las cabalgaduras de aquellas mujeres. Cayó de la suya la hermana del príncipe, se dio noticia de lo ocurrido a Ali ben Yusuf y éste ordenó la comparencia del perturbador y le hizo interrogar por sus legistas. Ben Tumar se atrevió a predicar al príncipe y a hacerle temer la cólera divina, y con tal éxito que hizo provocar sus lágrimas. Ninguno de los legistas con quienes Ali quiso hacerle discutir pudo refutar los argumentos invocados por el legislador para justificar su conducta. Uno de los visires de Ali, llamado Malik ben Wulayb, dijo a su señor que tal hombre no trataba de reformar las costumbres sino de provocar un levantamiento para ejercer el mando en alguna parte, y que debía imponérsele pena de muerte, cuya responsabilidad aceptaba ante Dios. Pero como el príncipe no consintiera en ella, el visir le aconsejó que condenara al agitador a prisión perpetua para evitar así males irreparables. Ali estaba dispuesto a aceptar tal consejo cuando fue contradicho por Bayan ben Uthman, uno de los principales almorávides, y se limitó a expulsar a Ben Tumart de Marraquex. El exilado marchó a Agmat, vivió allí en la montaña y acabó en 514 [1º abril 1120] por llegar a Sus, donde habitaban la tribu de Harga y otras tribus masmudíes. Vinieron ellas a oír sus lecciones; la multitud de sus oyentes aumentó pronto y como llegaran a escucharle incluso los jefes, les amonestó, les habló del reino de Alá y les expuso, a la vista de los preceptos del Islam, los cambios que habían introducido en ellos, en forma de innovaciones injustas y corruptoras. "La ley no prescribe, prosiguió, obedecer a una de estas dinastías que siguen tales creencias, sino combatirlas para impedirles seguir tal camino". Estas predicaciones que duraron alrededor de un año, convirtieron en sus secuaces a los Harga sus contribulos, a quienes llamó Unitarios (Muwahhidun). Les dijo que el Profeta había anunciado la venida del Mahdi, que debía hacer reinar la justicia en toda la tierra y que debía manifestarse en el Magrib Al-Aqsa. Entonces se levantaron diez hombres, entre los que figuraba Abd al-Mumin, le dijeron que sólo él reunía tales condiciones, que era por tanto Al-Mahdi, y le prestaron juramento como a tal.

Habiendo llegado estos hechos a conocimiento del Príncipe de los Creyentes, provocaron el envío de un ejército almorávide hacia las montañas donde se encontraba Ben Tumart. Cuando éste supo que se acercaba, dijo a sus partidarios: "Me buscan a mí, temo que mi presencia os cause daño, conviene que abandone vuestro país y que no tengáis así nada que sufrir". Ben Tufiyan, uno de los jefes de los Harga, tomó a la sazón la palabra y dijo: "¿Temes algún mal del cielo? —Ciertamente, no, del cielo os vendrá socorro. —Entonces, pueden venir contra nosotros todos los hom-

bres". La tribu toda entera aprobó tales palabras y el Mahdi dijo: "Anunciad a nuestra débil hueste la ayuda divina y la victoria: antes de poco habréis concluido con la dinastía y seréis dueños del país donde ahora reina". Descendiendo de sus montañas marcharon entonces contra las tropas almorávides, las vencieron y les tomaron botín. Tal victoria obtenida conforme a las predicciones de Ben Tumart, reforzó su fe en la misión del Mahdi y vinieron a su encuentro bandas de los pueblos vecinos, tanto del Este como del Oeste, para jurarle fidelidad. Recibió así la adhesión de una de las más importantes tribus, los Hintata y se trasladó a ella y de ella hizo su principal apoyo. Pero a petición de los enviados venidos de Tinmalal para reconocer su autoridad, fue a establecerse en sus montañas y redactó, para uso de sus habitantes, un tratado sobre la unidad divina y otro sobre los artículos de la fe. Les prescribió comportarse bien los unos con los otros, no llevar sino vestidos cortos y de poco valor y les excitó, a la par, a combatir a sus enemigos y a expulsar de entre ellos a los perversos.

Se instaló en Tinmalal y construyó fuera de la ciudad una mezquita, donde iba con varios de sus partidarios a hacer las plegarias cotidianas, y entraba en la población después de la última oración de la tarde. Cuando se dio cuenta de la multitud de habitantes de la montaña y de la fuerte posición de la ciudad, temió ser abandonado por ellos y les hizo venir varios días sin armas; después, por su orden, sus partidarios les asaltaron y les mataron por traición en la mezquita misma. Penetró luego en Tinmalal e hizo allí una gran matanza, redujo las mujeres a la esclavitud y entregó la población al saqueo. Quince mil personas perdieron allí la vida. Habiendo entonces repartido entre sus compañeros las tierras y las casas de los muertos, rodeó a Tinmalal de una muralla y levantó una fortaleza sobre la cima de una alta roca. La montaña de Tinmalal era casi inaccesible y poseía aguas corrientes, árboles frutales y campos cultivados.

Se cuenta que temía a los habitantes de Tinmalal y que le llamó la atención el hecho de que muchos de sus hijos eran bermejos y tenían los ojos azules, mientras ellos eran generalmente morenos. En efecto, una tropa de siervos francos y rumíes, pertenecientes al Príncipe de los Musulmanes y que eran generalmente pelirrojos, entraban una vez por año en la montaña, tomaban allí lo que les correspondía de las sumas que les estaban asignadas en nombre del Príncipe de los Creyentes, y se instalaban además en las casas de los habitantes del país, después de expulsar a sus dueños. Habiendo el Mahdi preguntado a los padres por qué ellos eran morenos y sus hijos eran bermejos y tenían los ojos azules, le contaron lo que hacían los musulmanes del príncipe; y, como les reprochara su cobardía al sufrir tal indignidad, le respondieron: "¿Cómo podemos escapar a tal daño, si ellos son los más fuertes? — La primera vez que vengan como de costumbre, les dijo, cuando estén dispersos en vuestras casas, cada uno de vosotros debe matar a su huésped y defender después vuestra montaña que es inexpugnable". Siguieron su consejo cuando la ocasión se presentó y asesinaron a los mamelucos, y luego, temerosos de la venganza del Príncipe de los Cre-

yentes, se atrincheraron en sus montes y fortificaron sus entradas, con gran satisfacción del Mahdi. Fue enviado contra ellos un cuerpo del ejército almorávide, les sitió en la montaña y les impidió la recepción de víveres. El hambre llegó a ser tan grande entre los compañeros del Mahdi que acabó por faltarles el pan. Se preparaba por ello, cada día, una olla de gachas y cada uno hubo de sustentarse con la porción que podía tomar metiendo la mano una sola vez en el plato. Entonces, los notables de Tinmalal convinieron en pedir la paz al Príncipe de los Musulmanes, y Ben Tumart hubo de recurrir a la astucia.

Uno de sus confidentes, Abu Abd Allah Wanxerixi, fingía ser idiota y no saber nada del Corán ni de la ciencia (teológica), babeaba y tenía el aspecto de un alienado; pero el Mahdi le había tomado afecto y estima diciendo que Alá tenía sobre tal hombre intenciones secretas que se manifestarían algún día. En realidad Wanxerixi había estudiado asiduamente el Corán y la ciencia (teológica), lo que nadie sabía. En el año 519 [6 febrero 1125], el Mahdi al salir un día para recitar la oración del alba, vio en el mihrab un hombre bien vestido y perfumado que fingió no conocer. Terminada la plegaria, hizo aproximar a los asistentes y les dijo que comprobaran si tal hombre era en verdad Wanxerixi, como él pretendía ser. Al llegar el día reconocieron que era él en realidad y cuando Al-Mahdi le preguntó qué había pasado, le contestó: "Esta noche un ángel venido del cielo me ha lavado el corazón y Alá me ha enseñado el Corán, la Mawatta, las Tradiciones y otras ciencias". Al-Mahdi comenzó a llorar y declaró que deseaba someterle a prueba.

El otro comenzó a recitar muy bien todos los pasajes del Corán que le fueron preguntados, así como la Mawatta y otros tratados de derecho y de teología dogmática. Tal escena llenó de admiración a los asistentes y les inspiró una gran estimación por aquel hombre. Entonces Wanxerixi les dijo: "El Altísimo me ha otorgado una virtud por la que puedo distinguir de los réprobos los predestinados al paraíso. Os ordena que ejecutéis a los primeros y dejéis en paz a los otros, y en prueba de mi veracidad, ha hecho descender a tal pozo ángeles que podrán atestiguar de ello". Todo el mundo se trasladó al pozo (citado), derramando lágrimas de arrepentimiento. Ben Tumart se colocó junto al brocal, hizo una oración y pronunció estas palabras: "Ángeles de Alá, Abu Abd Allah Wanxerixi pretende esto y lo otro". Los individuos que había hecho descender en el pozo respondieron: "Sí, ha dicho la verdad". Recibido tal testimonio se volvió hacia los asistentes y les dijo: "Este pozo es puro y santo, porque los ángeles han descendido hasta él; hay que llenarle para evitar que caiga en él ninguna inmundicia que pueda ensuciarlo". Echaron en él piedras y tierra y fue pronto lleno.

Ben Tumart hizo entonces decir en la montaña que todos los habitantes de la misma debían reunirse cerca del pozo para ser allí clasificados. Cuando se hubo congregado allí todo el mundo, Wanxerixi señaló como réprobos a aquellos cuyas intenciones (en relación al Mahdi) temía y les hizo precipitar desde lo alto de la cima, y colocó a su diestra a los jóvenes sin expe-

riencia y a los hombres que no eran peligrosos. Setenta mil individuos perecieron en tal día, cuyo resultado fue tranquilizar a Ben Tumart, tanto por lo que se refería a su persona como a sus compañeros, y afirmar su autoridad.

Tal es el relato del escrutinio que me han hecho muchos magribíes de gran mérito; pero otros me han contado el mismo suceso de otra manera. Según éstos, Ben Tumart habiendo observado que había gran número de malhechores y de perversos entre los montañeses, hizo venir a los jeques de las tribus y les dijo: "No podréis mantener la religión en su pureza y su fuerza sin obligar al pueblo a practicar el bien y a evitar el mal y sin expulsar de entre vosotros a los malos. Buscad, pues, todos los malhechores que se encuentren entre vosotros y prohibidles continuar sus crímenes, y si continúan obrando mal, dadme sus nombres y hacedles venir para que yo disponga lo que convenga sobre los mismos". Le suministraron una primera lista y pidió luego una segunda y una tercera. Comparó las tres listas, tomó nota de los nombres que en ellas se encontraban repetidos y colocó esta nueva lista entre las manos de Wanxerixi, llamado Al-Baxir. Convocó entonces una asamblea general de toda la población y ordenó a Wanxerixi pasar revista a las tribus y colocar a su izquierda a los perversos, mientras quedaban a su derecha los que no eran nombrados. Ben Tumart hizo atar a todos los colocados a la izquierda y ordenó su ejecución por sus propios contribulos. Tal fue la que suele llamarse *jornada del escrutinio*.

Después de realizada tal selección Ben Tumart, que vio a sus sobrevivientes animados de buenos sentimientos y dispuestos a obedecerle, formó con los principales de ellos un ejército, cuyo mando encomendó a Abu Abd Allah Wanxerixi y que envió hacia las montañas de Agmat donde se encontraban las tropas almorávides; pero éstas resultaron victoriosas y mataron mucha gente. Umar ben Hintati, uno de los principales almohades, fue herido y como permaneciera insensible y sin pulso le creyeron muerto. "No, dijo Wanxerixi, no está muerto y no morirá sino después de haber conquistado este país". Al cabo de algún tiempo abrió, en efecto, los ojos y recobró sus fuerzas, pero tal suceso les perturbó y debieron retirarse hacia donde se hallaba Ben Tumart, que les dirigió la palabra y les alabó por su resistencia. Después dirigió continuas incursiones en país musulmán, mas cuando aparecía un ejército, sus guerreros permanecían en la montaña en la que se hallaban seguros.

Anteriormente había ya Al-Mahdi dividido en clases sus partidarios. La primera, constituida por los más nobles y por los íntimos de mayor confianza, se llamaba *Aytaxra* o los *Diez*, a la cabeza de los cuales figuraba Abd al-Mumin. La segunda, inferior a la primera y compuesta por los jefes de tribus, se llamaba *Aytjamsin* o los *Cincuenta*. La tercera, inferior a las otras dos, era la de los *Aytsabin* o los *Setenta*. Dio al conjunto de sus compañeros y de cuantos reconocían su autoridad el nombre de almohades (Al-Muwahhidun). Pero en sus narraciones ese nombre no se aplicó sino a los compañeros del Mahdi y a los de su sucesor Abd al-Mumin.

Los asuntos de Ben Tumart prosperaron sin interrupción hasta 524 [14

diciembre 1129]. Organizó entonces un ejército de 40.000 hombres, en gran parte infantes, a la cabeza del cual colocó a Wanxerixi y en la que figuraba Abd Al-Mumin. Sus tropas marcharon contra Marraquex, donde estaba el Príncipe de los Musulmanes, Ali ben Yusuf, y la sitiaron, de cerca, durante veinte días. Ali ordenó entonces al gobernador de Sichilmassa traerle numerosos refuerzos. Cuando tal oficial se acercó al ejército del Mahdi, la guarnición de Marraquex hizo una vigorosa salida y atacó a los sitiadores por otro lado y muchos de ellos fueron muertos, entre ellos, Wanxerixi que les mandaba. Se unieron en torno a Abd Al-Mumin, con quien reemplazaron al que acababa de caer, y la lucha se encendió de nuevo y prosiguió todo el día, de tal forma que en lo más recio del combate Abd Al-Mumin, por primera vez en el Magrib, hubo de decir la "oración del temor" a las horas canónicas, mediodía y tres horas. Por su número y su vigor, los almorávides forzaron a los masmudas (almohades) a apoyar su espalda en un gran jardín —llamado entre ellos *buhayra*— que se encontraba cerca, por lo que se habla del *asunto del jardín* y del *año del jardín*. Gracias a esta maniobra no tuvieron que combatir sino de un lado. Pero al llegar la noche la mayor parte de los masmudas había mordido el polvo.

Abd Al-Mumin había hecho inhumar a Wanxerixi tan pronto como murió, y como los masmudas buscaron su cadáver y no le encontraron, se dijeron que los ángeles le habían llevado.

Al llegar la noche Abd Al-Mumin se refugió con los sobrevivientes en la montaña.

El Mahdi había caído gravemente enfermo después de la salida de las tropas lanzadas contra Marraquex y la noticia de su derrota agravó su estado. Pidió nuevas de Abd Al-Mumin y cuando supo que estaba sano y salvo, dijo: "Como si nadie hubiera muerto, nada se ha perdido, es a él a quien está reservada la conquista". La última recomendación que dirigió a sus partidarios fue que le tomaran por jefe y que le obedecieran enteramente y le llamó Príncipe de los Creyentes (Emir al-Muminin). Después murió a la edad de cincuenta y un años o, según otros, a la de cincuenta, tras un reinado de veinte años.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATHIR (Según la versión francesa de Fagnan, 526).

## NAUFRAGIO DE AL-IDRISI EN SICILIA

*Junto a la Biografía y la Historia, los musulmanes españoles cultivaron también la Geografía. Ya el gran Ahmad al-Razi, el "Rasis" de los autores cristianos, escribió en la primera mitad del siglo X una* Descripción geográfica de Al-Ándalus, *de la que ha llegado hasta hoy una traducción castellana abreviada y deformada. En la segunda mitad de tal siglo, redactaron obras de geografía: los islamitas Al-Warraq y Ben Husayn, y el*

*judío Ben Yaqub al-Turtuxi. En el XI, florecieron Said de Toledo (m. 1070), Al-Udri (1003-1085) y Al-Bakri (m. 1094), que aprovechó todas las producciones de sus precursores en su* Kitab al-Masaliq wa-l-Mamaliq *(Los caminos y los reinos). Les siguió muy de cerca Al-Idrisi (1010-1062) al escribir su* Nuzhat al-Muxtaq *(Recreo de quien desee recorrer el mundo). Nietos de reyes (de Silves y de Málaga), los dos geógrafos últimamente citados influyeron mucho en quienes se consagraron tras ellos a los estudios geográficos dentro y fuera de España: Ben Chubair [XII], Al-Abdari y Al-Nuxrisi [XIII] y Ben Batuta y los dos Himyari [XIV y XV], para no citar sino los de origen hispano. Debemos a la obra del Idrisi una descripción de la Península de valor inapreciable. Pero sus noticias no se concretan a Al-Ándalus y a veces ofrecen trozos de interés dramático como el reproducido a continuación.*

"Mes del venerando Ramadan [del 580 = 6 diciembre de 1184 a 4 de enero de 1185]; que Dios nos haga conocer en Él su bendición y su favor por su bondad y generosidad: no hay otro Señor fuera de Él.

"Ocurrió la luna nueva de este mes en la noche del viernes séptimo (día) de diciembre, hallándonos nosotros en alta mar al frente de la tierra grande del continente. Favoreciónos Dios con su suave viento levantino, con el que avanzamos tranquilamente hasta que llegamos al lugar fronterizo a la gran tierra ya citada; y vimos en ella caseríos y poblados en gran número, y supimos que pertenecían a la Calabria y que formaban parte de los dominios del Príncipe de Sicilia, los cuales alcanzan en la gran tierra (italiana) una extensión que necesita dos meses para recorrer su perímetro. Desembarcaron en este sitio muchos peregrinos (cristianos) a satisfacer el hambre (lit. a librarse del hambre) que había afligido a la gente de la nave por falta de provisiones (suficientes), y por haberse consumido aquello (poco que se había embarcado). Baste decirte que nos vimos reducidos a la porción de un ruthl (libra) de pan seco que partíamos entre cuatro de nosotros; lo remojábamos con un poco de agua, y así íbamos pasando. Mas todos aquellos peregrinos cristianos que saltaron a tierra compraron más provisiones de las que habían menester, y los musulmanes se aprovecharon de ello comprando lo que podían según lo exorbitante de los precios. Se llegó al extremo de que un pan (valiese) un dirhem de (plata) pura. Considera que habíamos estado dos meses a bordo en un viaje que creía la gente que podría hacerse en diez, o a lo sumo, en quince días; así que los más previsores o resueltos hicieron acopio para treinta días y los demás viajeros para veinte o quince.

"¡Cosa admirable y rarísima en los viajes de mar! Desde la nave pudimos observar tres lunas nuevas, las de los meses Rachab, Xaban y Ramadan [otoño 1184]. Al amanecer del primer día de este mes vimos delante de nosotros el monte de fuego, o sea el monte del famoso volcán de Sicilia y nos alegramos de ello. Así Dios nos conceda mayor recompensa por lo que hemos sufrido; nos otorgue al fin el más hermoso y grande de sus bene-

ficios, y en toda ocasión nos inspire gratitud por los (favores) que nos concede por su bondad y generosidad.

"Un viento favorable nos movió luego de aquellos sitios, y por la tarde del sábado, segundo día del mes citado, aumentó considerablemente su fuerza y empujó la nave con ligereza, lanzándola a la boca del estrecho, cuando ya la noche se echaba encima. En este estrecho el mar se reduce tanto, que (la distancia) entre la tierra firme italiana y la costa de la isla de Sicilia es de seis, y en el punto más estrecho de tres millas. El mar en este estrecho se precipita en furiosa corriente parecida a la de la inundación de Al-Arim y hierve como una caldera puesta (sobre el fuego), a causa de su gran estrechez y de la presión de las aguas. El paso, pues, por este estrecho resulta asaz difícil para las embarcaciones. Continuaba la nuestra su derrotero, azotada reciamente por el viento meridional, entre la tierra firme italiana a la derecha y la costa de Sicilia a la izquierda, cuando hacia la medianoche del domingo, tercer día del mes bendito, llegado que hubimos a la altura de la ciudad de Mesina de la mencionada isla, oyéronse de improviso los gritos de los marineros; pues la fuerza del viento nos conducía a una de las dos costas, y la embarcación iba a quedar en seco. Mandó al punto el piloto retirar velas; mas no se pudo bajar la del árbol llamado ardimum (mesana): se puso en ello el mayor esfuerzo, pero no pudieron lograrlo por la fuerza con que soplaba el viento. Viendo que los marineros no podían, púsose el piloto a cortarla con un cuchillo, haciéndola pedazos, empeñado en conseguir su intento. Mas en estas andanzas el barco dio en tierra con la quilla, y asimismo con sus dos timones, que son como las dos piernas, con las cuales se dirigen las naves. Entonces se promovió en la embarcación una gritería espantosa: se aproximaba la gran catástrofe, la avería que no podíamos reparar y el duro golpe contra el cual de nada servía el valor, la paciencia. Los cristianos se agitaban desesperadamente (lit. golpeándose la cara), mientras que los musulmanes se resignaban tranquilos al decreto de su Dios; pero no encontraban sino la cuerda de la esperanza (en una vida futura) para asirse a ella y ampararse de ella. Ya el viento y las olas atacaban el flanco de la nave, hasta el punto de hacer astillas un timón. Entonces el pilotó echó una de las áncoras que tenía, confiando gobernarse con ella; pero no sirviéndole de nada, cortó el cable que la sujetaba y la abandonó en el mar. Persuadidos de que (la hora) había llegado, nos levantamos, preparamos nuestros ánimos (lit. pechos) para la muerte, fijamos nuestra mente en afrontarla con valor, y permanecimos esperando el amanecer o nuestra última hora. Entretanto los niños y las mujeres de los Rum levantaban gritos cada vez más estrepitosos en demanda de socorro; faltaba ya en todos éstos la resignación a la voluntad divina, y el asno silvestre o búfalo había perdido ya su impetuosidad. Mas nosotros estábamos viendo desde allí tan cercana la costa que vacilábamos si echarnos a nadar para llegar a ella, o esperar, pues acaso pudiera venir de Dios la salvación al despertar el día, y así habíamos fortalecido los ánimos. (Por otra parte) los marineros habían acercado a la nave la barcaza para sacar de ella lo más importante, sus hom-

bres, mujeres y provisiones. Empujáronla hacia la costa una vez; pero ya luego no lograron que volviera a la nave, pues el oleaje la estrelló contra los bordes de la costa. Entonces sí que pareció perdida toda esperanza de salvar (nuestras) vidas. Sin embargo, tras la ansiedad de tantos peligros amaneció la aurora, y vino de Dios el auxilio y la bonanza. ¿Es o no cierto? (nos decíamos), viéndonos enfrente, a menos de media milla la ciudad de Mesina, de la cual (al anochecer) estábamos tan lejos. Admiramos entonces el poder del sumo Dios y cómo sabe realizar sus designios...

"Después que ya el sol se hubo elevado sobre el horizonte, vinieron en nuestro auxilio algunas barquichuelas; cundió por la ciudad el grito de nuestro peligro, y el rey de Sicilia, Guillermo (Segundo), salió en persona acompañado de muchos de sus cortesanos a adquirir noticias sobre aquel suceso (desastroso). Queríamos bajar apresuradamente a los botes; pero la furia de las olas no les permitía aproximarse a la embarcación, siendo el desembarco (lit. nuestra bajada a los botes) lo que puso el sello a tanto terror, pudiendo considerarse nuestro salvamento como el caso de Abu Nakr cuando se libró del destino. Perdióse alguna ropa (provisiones), pero la gente de a bordo diose por satisfecha de esta pérdida con haber salvado sus personas."

.....

Del *Nuzhat al-Muxtaq* de Al-Idrisi (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 270).

## DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO HERACLEO DE CÁDIZ

*Los musulmanes fueron los últimos de una larga serie de invasores llegados a España desde África, desde más allá del Pirineo o desde las lejanas o cercanas playas del mar Mediterráneo. Hallaron, por ello, en la Península muchos restos de las viejas culturas desarrolladas en ella, durante milenios, por sus predecesores y por los pueblos españoles con los que todos se mezclaron. El geógrafo hispano-islamita del siglo XI, Al-Bakri (m. 1094), sintió curiosidad por las huellas que esas civilizaciones habían dejado en Al-Ándalus y fue dando noticia de las que más atraían la atención de los muslimes en las diversas ciudades hispanas: templos, teatros, termas, tumbas, estatuas o caminos. Los musulmanes las habían respetado, e incluso la imagen de la Virgen se alzaba aún en vida del Bakri sobre lo alto de la Puerta del Puente, de Córdoba. Entre los más antiguos y famosos monumentos de la España preárabe figuraba el celebérrimo templo de Hércules, construido en Cádiz en fecha difícil de fijar. Le conocíamos por referencia de todos los autores clásicos. España había quedado unida a la leyenda heraclea desde su formación, y el mito de Hércules había a su vez echado raíces en la Península, acaso como confusa rememoración del impulso greco-oriental recibido por la cultura hispana en su más temprana aurora. Los musulmanes no pudieron sustraerse al hechizo de la remotísima tradición, y el templo al héroe griego alcanzó a perdurar lo bastante para convivir durante cuatro siglos con la mezquita de Córdoba, en que se adoraba a Alá, "el eterno y*

*único". Estaba llamado a sucumbir por obra de la barbarie africana, como tantas manifestaciones de la vieja y de la nueva cultura de Al-Ándalus. Un almirante almorávide, Ben Maimun, se sublevó en Cádiz al morir Taxufin ben Ali y se declaró príncipe independiente de la bimilenaria ciudad, y ese bárbaro traidor, codicioso de oro, destruyó el templo heracleo en 1145. Del Bakri tomó, sin duda, el relato de la enorme profanación otro geógrafo de origen hispano-islamita, Al-Himyari.*

Cádiz, península de Al-Ándalus, a alguna distancia de Itálica (Taliqa), ciudad de la región de Sevilla. De Norte a Sur tenía tal península doce millas de largo y su máxima anchura era de una milla. Está cubierta de cultivos de una rica vegetación; los animales que pastan en ella son en su mayoría cabras. En la zona boscosa de la península crecen pinos y retamas. Si las cabras vienen a la maleza a comer algarrobas en el momento en que crecen tales frutos, su leche emborracha a quien la bebe; no ocurre igual con la leche de las ovejas que han comido los mismos frutos. El autor del libro "Agricultura Nabatea" ha dicho: "Hay en la península de Cádiz plantas de retama; si vienen cabras a pastar allí su leche produce gran embriaguez a quien la bebe". Los habitantes (de Cádiz) están seguros de esa virtud particular de la leche.

Se ven todavía sobre el cabo que se encuentra al otro lado de la península las ruinas de un castillo antiguo. En el mismo cabo se alza la iglesia llamada de San Pedro. Crecen en gran cantidad en la península de Cádiz las plantas llamadas "paserinas". Crece también en ella un arbusto que se asemeja al retoño de la palmera. Brota de él una goma, que mezclada al vidrio produce una pasta viscosa que llega a ser dura como la piedra y de la que se hacen cubos de mosaico. Hay en la misma península muchos vestigios de la antigüedad.

De entre ellos el más asombroso es el templo que se llama de ordinario con el nombre de la Península. Fue construido por Hércules, es decir Heracles. Era este personaje de estirpe de los *rums* griegos. Fue un general y un gran personaje de los *rums*, de tiempos de Moisés. Se dice que fue el primero de los reyes griegos. Reinó sobre una gran parte de la tierra. Guerreó con las gentes de Oriente, conquistó sus ciudades y llegó a la India. Salió también a conquistar los países de los hijos de Jafat y llegó, al cabo, a Al-Ándalus. Cuando hubo llegado al litoral occidental del mar circundante (el Atlántico), preguntó qué había al otro lado. Le dijeron que la travesía de aquel brazo de mar permitía ir a Al-Ándalus. Desembarcó en la península de Cádiz y edificó allí un alto e imponente edificio, sobre el que se alzaba una torre en cuya cima colocó una estatua de bronce a su propia imagen. Tal estatua, que miraba hacia Occidente, representaba un personaje cubierto por un manto que le cubría desde los hombros hasta media pierna y en el cual estaba envuelto. En la mano izquierda tenía una llave de hierro, tendida en dirección a Poniente, y en la derecha una tableta de plomo, en la que se hallaba grabado el relato de su propia historia. Esa

tablilla recordaba que había conquistado las ciudades y los países situados detrás.

El templo de Cádiz está situado en medio de la Península, a una distancia de seis millas del castillo, del que hemos hablado antes. Era de planta cuadrangular y cada uno de sus lados tenía en la base cuarenta codos de largo. El edificio se alzaba sobre un bloque de mampostería que tenía esos cuarenta codos de lado y cuya plataforma superior soportaba un segundo bloque, igualmente cuadrangular, pero de base más pequeña. Sobre ese segundo bloque se alzaba un tercero, cuyos lados eran aún menos largos. A partir de la base del bloque que formaba el cuarto piso, la construcción se iba estrechando hacia la altura (en forma de tronco de pirámide), tanto que los dos pies de la estatua que se hallaba encima, descansaban sobre una sola piedra tallada, cuadrada, que a la vista podía tener cuatro codos de lado. El pie derecho de la estatua estaba delante y el izquierdo detrás, en la posición de un hombre que marcha. El templo, a partir del suelo hasta lo más alto de la estatua, tenía ciento veinticuatro codos de altura, de los cuales ocho codos —otros dicen seis— constituían la de la estatua. Estas dimensiones se dice que están calculadas en grandes codos, de los que cada uno tiene tres palmos y medio. Un larguero de cobre o de oro, cuya parte inferior penetraba entre los dos pies de la estatua, se elevaba a lo alto de ésta y sobrepasaba su cabeza alrededor de dos codos, a lo que parecía a los ojos.

Las gentes versadas en la ciencia de las predicciones en los tiempos antiguos decían: Es posible que una de las dos llaves caiga de la mano de la estatua; (al abrirse) esa mano se provocarán revueltas en Al-Ándalus; después, cuando caiga también la segunda llave, ocurrirá en seguida la ruina del mismo. Además, las gentes de Cádiz cuentan que una de las llaves cayó el año 400 [1009-1010]. El objeto caído, que tenía en verdad la forma de una llave, fue llevado al señor de la ciudad de Ceuta; éste ordenó que fuera pesada y su peso era de ocho libras.

Se dice que el templo en cuestión fue construido el año 2451 después del diluvio. Otros dicen que lo fue 2451 después de Adán. De lo que no cabe duda es de que fue edificado en tiempos de Moisés.

Musa ben Xuhais ha dicho, haciendo alusión a ese templo.

"(Nuestra barca avanzaba) como una mujer que balancea sus caderas al marchar, agitada por un movimiento de vaivén, de modo vacilante, y no era para nosotros una compañera agradable.

"Hasta que se vio la imagen reluciente en lo alto del templo que domina el mar de Cádiz.

"Cuando desembarcamos por bajo del edificio, mi compañero dijo: "¿Es una maravilla de los romanos o de Persia?"

"Pero nosotros le respondimos: "Pregunta en voz baja y busca tu salvación en este puerto que se abre sobre un mar de vientos contrarios".

Se cuenta que nunca pudo llegarse hasta el centro del Mar Occidental hasta el día en que cayó a tierra la llave que tenía en la mano el personaje

representado en la estatua. A partir de entonces se pudo ir por mar hasta Salé, al Sus y a otros lugares. Así se admite de ordinario en el país.

Un autor que ha tratado de las predicciones curiosas ha referido que la estatua de Cádiz fue alzada para preservar (del mal) a Al-Ándalus; cada una de sus partes y cada uno de sus miembros correspondía a una región del país; la cabeza a Toledo, el pecho a Córdoba, etc. Cada vez que sobrevenía un accidente a una de las partes de la estatua, padecía una calamidad la región correspondiente.

Se leía en cierta obra: "Cuando el templo de Cádiz sea demolido los cristianos se apoderarán del país de Al-Ándalus". En verdad, puede comprobarse que coincidió su destrucción por Abu-l-Hasan Ali ben Isa ben Maimun con la época en que se vio a los cristianos entrar en Córdoba y apoderarse de ella. El informador del que he tomado lo que precede añade: Sevilla había llegado a ser entonces tributaria de la cristiandad. El marqués cristiano conocido por el "Sultancillo" (Alfonso VII), al adueñarse de tal ciudad, había establecido allí a Abu Zakariya Yahya ben Ali ben Taixxa, con misión de velar por los intereses conservados por los almorávides en ella y fuera de ella. Pero en Sevilla prevalecía la autoridad del "Sultancillo". Además el año 540 [1145-46] surgió una disputa entre dos personajes almorávides a propósito del derecho de disfrutar de un jardín situado en una aldea de los alrededores de Sevilla. Una de las partes reivindicaba tal jardín en virtud de la concesión que le había conferido sobre él Ben Ganiya y alegaba un documento oficial de tal príncipe. El otro producía un documento análogo, emanado del "Sultancillo". El gobernador de Sevilla resolvió la diferencia después de haber tomado consejo de Yahya ben Ali. El almorávide que poseía un rescripto del "Sultancillo" lo había obtenido de éste en Toledo, cuando había ido cerca del mismo en misión, de parte de Yahya ben Ali.

He aquí en qué condiciones Ali ben Isa (Ben Maimun) demolió el templo de Cádiz. Se le había hecho creer que estaba construido encima de enormes tesoros y que estaba lleno en su interior de polvo de oro. Hizo entonces venir braceros y albañiles que empezaron a sacar las piedras del aparejo de mampostería (que servía de base al templo). Cada vez que era cortada una, se apuntalaba con vigas el hueco que había dejado. La masa enorme del templo llegó así a estar sólo sostenida por rodrigones. Se prendió fuego en seguida al armazón, después de haber unido a las vigas entre sí por medio de pedazos de madera. Se derrumbó entonces todo en medio de un estrépito espantoso. No se pudo extraer de los escombros sino el plomo que unía las piedras unas a otras y el cobre de que estaba hecha la estatua, que era cobre dorado. Se demostró entonces claramente toda la inutilidad de la empresa de Ben Maimun. Se decía que quien demoliera el templo de Cádiz moriría de muerte violenta, y eso ocurrió.

Las gentes de la península de Cádiz pretenden haber siempre oído decir que los navegantes que se lanzaban al Océano y se dirigían hacia alta mar, cuando el templo de Cádiz no era ya visible para ellos, veían aparecer otro

parejo. Al llegar a él y pasar más allá y perderle de vista, se presentaba a sus ojos un tercer templo. Cuando habían dejado atrás así siete templos, habían llegado a la India. Esa tradición es generalmente admitida en la población de Cádiz, que la conoce y propaga, transmitiéndola de generación en generación.

Se dice también que cuando Hércules construyó el monumento se dirigió hacia el país de los bereberes. Llegó primero a la ciudad de Ceuta en el estrecho que sale del mar circundante (el Atlántico). Conquistó sin detenerse ciudad tras ciudad y acabó por llegar a Libia, y después a Tracia. Allí cayó enfermo y sufrió dolores corporales. Como éstos aumentaron encendió una hoguera y se arrojó a ella y el fuego le consumió enteramente, a pesar de que no se proponía sino quemar los dolores de su cuerpo. Tal acto prueba que era un adorador del fuego. A su muerte sus tropas se dispersaron y los magos hicieron de él un ídolo al que rindieron culto.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar* de Abd Al-Mun'im Al-Himyari
(Según versión francesa de Lévi-Provençal: La Péninsule Ibérique au Moyen Age, 173).

## ARQUETAS DE MARFIL DE LOS SIGLOS XII Y XIII

*Así como cambiaron los detentadores del poder, las instituciones, las ideas motoras de la vida cultural, las normas del arte, el gusto literario y las modas, así también se renovaron, durante la época de señorío africano de almorávides y almohades, las labores y las inscripciones de las arquetas de marfil hispano-musulmanas. La comparación de las que nos brindan aún —en el sagrado de los templos o en el sagrado también de los museos o de las colecciones privadas— los bellos y afiligranados marfiles de los nuevos tiempos, nos ayudan a diferenciar la nueva sociedad de la sociedad de los días del Califato.*

"Obra de Muhammad ben Al-Siraf... (en ninguna) de las partes (que reciben fama) de los artífices, ni en el Edén de Allah (habrá) quien trabaje más ventajosamente que Abu-l-Hasan (cuando lo hace) por mandato del Emir. Me deseó el Emir Muhammad, para su esposa segunda Al-Badir (la luna) nuncio de la luz del Edén".

"En el nombre de Allah, clemente y misericordioso. Bendiga Allah a Mahoma y los suyos, y concédale la paz. Allah es el mejor guardián y el más misericordioso de los misericordiosos..., gloria eterna y beneficio completo y prosperidad continuada y aceptada y felicidad y ayuda de Allah y protección y gracia y victoria y auxilio y poder para su dueño".

"La protección de Allah y una victoria próxima y completa para los creyentes. Lo que prodiguéis en limosnas os será devuelto, porque Él (Allah) es el mejor de los dispensadores.

Allah es el mejor custodio y el más misericordioso entre los misericordiosos.

No reprochará a vosotros en el día de hoy; perdonará Allah vuestras faltas, porque es el más misericordioso entre los misericordiosos".

"Por lo interior bien adaptado, cajita redonda es mi nombre y me hicieron saber que la seguridad es mi dote.

No dejé perder mi depósito en la duración de mi vida y por esta buena acción ensalzó el nombre elocuente mi fama.

¿A quién serviré yo sino a un elegante?"

"En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso; la protección de Allah y su victoria próxima para el siervo de Allah —y su valí Maad Abu Tamin— el Imán Al-Muaz... príncipe de los creyentes (las bendiciones de Allah sean con él y sobre sus hijos los buenos). (Esto es) de lo que mandó se hiciere para la victoria venturosa. Lo labró... Al Jurasani".

"Salud a aquel cuyo igual yo nunca encontré sobre el cual yo descanso más que en ningún otro; ese hombre generoso al cual siempre que fuí con una súplica nunca volví sino con lo que deseaba y con semblante feliz".

Inscripciones reproducidas por Ferrandis: *Marfiles y azabaches españoles*, 97 y siguientes.

## SEGUNDAS TAIFAS DE AL-ÁNDALUS

*Como durante la crisis del poder central, en los días del emir Abd Allah, se repartieron el señorío de Al-Ándalus docenas de rebeldes y, tras las revoluciones cordobesas que siguieron a la caída de los Amiríes, diversos caudillos árabes, bereberes y eslavos se tallaron en la Península varios reinecillos independientes, al hundirse el imperio almorávide, a la muerte de Ali ben Yusuf, surgieron en la España musulmana varios principados soberanos. Los rebeldes del siglo IX fueron sometidos por Abd al-Rahman III tras algunas décadas de dominar en sus castillos y provincias; los reyes de taifas reinaron unos tres cuartos de siglo, hasta ser conquistados por los capitanes de Yusuf ben Taxufin; los reyezuelos del siglo XII cayeron pronto bajo el imperio de los nuevos señores de África, los almohades, con la única excepción del reino de Murcia.*

Después del reinado del Príncipe de los Musulmanes Abu-l-Hasan Ali ben Yusuf la situación de la Península Hispánica llegó a ser muy agitada, porque los almorávides se abandonaban los unos a los otros, cedieron a su gusto por el reposo y la tranquilidad y cayeron bajo la autoridad de las mujeres. Llegaron a ser objeto del desdén y del desprecio de los habitantes de Al-Ándalus, provocaron la audacia de los enemigos, y los cristianos se apoderaron de numerosas plazas fuertes vecinas de sus fronteras. A tales causas de desórdenes hay que añadir la revuelta de Ben Tumart en el Sur, que apartó de los asuntos de España la atención de Ali ben Yusuf. Enardecidos por el estado de debilidad en que veían a la dinastía almorávide, los notables españoles expulsaron a los gobernadores que los regían,

cada uno pretendió ser dueño de su propio territorio y faltó poco para que el país recayera en el mismo estado en que se halló a la caída de los Omeyas. Fraga fue reconquistada por el rey de Aragón (¡que Alá le maldiga!), se hizo también dueño de Zaragoza (¡que Alá la devuelva a los musulmanes!) y de numerosos distritos de la misma región. Los habitantes de Valencia, Murcia y la España Oriental se pusieron de acuerdo para reconocer la autoridad de uno de los principales oficiales del *chund*, Abd al-Rahman ben Iyad, que figuraba entre los más puros y entre los mejores del pueblo de Mahoma. Sé por muchos de sus compañeros que sus plegarias eran siempre escuchadas. Entre otros trazos notables de su carácter se cuenta que era el más compasivo de los hombres y el más pronto a las lágrimas, pero cuando tomaba sus armas y montaba a caballo nadie osaba enfrentársele y ningún héroe podía resistirle. Los cristianos juzgaban su empuje equivalente al de cien caballeros y, en viendo su bandera, exclamaban: "He ahí a Ben Iyad, he ahí cien jinetes". Gracias a ese hombre bueno, la protección divina no permitió al enemigo conquistar las regiones que regía, tal era el terror que inspiraba a los cristianos, que se mantuvieron alejados. Ben Iyad aseguró así la tranquilidad de la España musulmana hasta el momento de la muerte (¡Alá tenga piedad de él; ilumine su rostro y recompense sus esfuerzos!), cuya data exacta ignoro.

Tuvo por sucesor en el gobierno del país a Muhammad ben Saad, llamado ben Mardanix, que había estado agregado a su persona en calidad de escudero y de intendente. Cuando Ben Iyad estuvo en trance de muerte, el ejército y los principales habitantes que le rodearon le pidieron que designara quién debía regirles en adelante e hicieron alusión a su hijo: "Es poco a propósito para tal cargo —dijo el moribundo—, porque he oído decir que bebe vino y descuida la oración. Si le queréis como jefe, nada puedo yo hacer, pero tomad mejor a este hombre —añadió, señalando a Ben Saad—, tiene energía y es muy rico, es posible que por su intermedio Alá extienda su favor sobre los musulmanes". Y Ben Saad rigió, en efecto, el país hasta su muerte, en 568.

Los habitantes de Almería, después de haber expulsado también a los almorávides y de haber discutido sobre quién elegirían, decidieron otorgar el poder al caid Abu Abd Allah ben Maymun, que no era de la ciudad, sino de Denia. Pero él rehusó la oferta, diciendo: "No soy uno de los vuestros, mi elemento es el mar, donde he adquirido mi reputación, en él seré vuestro amigo y os defenderé contra quienquiera que os ataque, pero elegid a otro para que os gobierne". Tomaron entonces por jefe a uno de entre ellos, Abd Allah ben Muhammad, llamado Ben al-Ramimi, cuya autoridad duró en Almería hasta el día en que los cristianos penetraron en la ciudad por tierra y por mar, ejecutaron a sus habitantes, redujeron a cautividad a sus mujeres e hijos y entregaron todo al saqueo, lo que sería largo de describir.

En cuanto a Jaén y su territorio, hasta el fuerte de Segura, y a las plazas fronterizas vecinas, fueron gobernados por un tal Abd Allah, cuyo

padre ignoro y que era llamado Ben Hammuxk. Parece que reinó también algunos días en Córdoba.

Granada y Sevilla continuaron obedeciendo a los almorávides.

Tal era la situación de Al-Ándalus, vista en conjunto a la caída de la dinastía almorávide, pero dejo de lado muchos detalles concernientes a castillos, fortalezas y pequeñas ciudades, por temor a extenderme demasiado y porque son poco conocidos.

El Oeste de España vio surgir una serie de fautores de desórdenes y de jefes de partidos, que perturbaron a los ignorantes y se atrajeron los corazones de la masa. Uno de ellos fue Ahmad ben Qasi, que comenzó por mostrar pretensiones al gobierno. Era maestro de ardides y de juegos de manos, sin contar que cultivaba la retórica y se hacía pasar por Mahdi, según noticias que tengo de fuente segura. Pero no alcanzó éxito en ninguno de sus proyectos y sus partidarios se volvieron contra él. Se sublevó en la fortaleza de Mertola, ya citada en la historia de la dinastía Abbadí. De ella le hicieron salir sus partidarios, mediante una estratagema por intermedio de mensajeros que le enviaron secretamente. Los almohades se apoderaron entonces de su persona y le enviaron a la costa de África, donde le presentaron a Abd al-Mumin. "Sé, le dijo, que pretendías ser el Mahdi". "—¿No hay dos auroras, respondió entre otras cosas el prisionero, la falsa y la verdadera? Bueno, yo era la falsa". Abd al-Mumin se echó a reír y le perdonó. El vencido permaneció en su corte hasta que fue asesinado por algunos de los que habían abrazado su partido en España. De este Ben Qasi se cuentan hechos vergonzosos que acreditan su impiedad y el desprecio de todo principio de gobierno, hechos que paso en silencio para ocuparme de cuestiones más importantes.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fangan, 179).

## DESCRIPCIÓN DE ALMERÍA

*El Islam había interrumpido el tráfico entre las orillas cristiana y musulmana del mar Mediterráneo, y había provocado la territorialización de Europa. Pero, incluida España en la órbita económica islámica, prosiguieron sus milenarios contactos mercantiles con Oriente. Uno de los extremos del eje de la vida comercial del mundo arábigo se apoyó, durante siglos, en el puerto más oriental de Andalucía, en Pechina, situado junto a Almería. Por las tierras de Almería habían entrado en España viejísimas culturas prehistóricas y había penetrado el cristianismo; y la lógica de la geografía económica exigía que su principal fondeadero siguiera siendo llave del tráfico de Al-Andalus con África y Oriente. Almería sucedió a Pechina en ese papel fundamental. Al-Idrisi nos la pinta aquí como emporio mercantil. Lo fue hasta que se trocó en centro de la piratería musulmana del Mediterráneo occidental. Su nueva actividad provocó su asedio y su conquista por Alfonso VII y por las naves italianas, rivales de las andaluzas. Había resu-*

*citado ya el comercio marítimo europeo y el eje de la vida económica de Europa iba ya de la Lombardía a Flandes. Y por ello la España cristiana quedó provisionalmente en mala postura frente a la economía de Occidente, hasta el descubrimiento y la conquista de América.*

La ciudad de Almería en los días de Al-Mulattam (época almorávide) era la ciudad del Islam; y se encontraba en ella todo lo extraordinario de todas las industrias: había 800 talleres de tejidos de seda, en los cuales se confeccionaban los trajes y las telas de seda dibujadas, así como el brocado, el "hispahanés", el "jorgiano", los velos floreados, los vestidos "ojeados" (con adornos parecidos a ojos), las alfombras, la tela "attabí", de seda y algodón de varios colores, la tela de seda "miyar" y (diversas otras) especies (de tejidos) de seda.

Antes, fabricábanse en Almería (distintas) clases de instrumentos de cobre y de hierro para todas las industrias, en cantidades y tipos imposibles de enumerar y describir.

(La ciudad) tenía, procedentes del valle de su río, gran acopio de frutas baratas. Entre este río, que toma su nombre de Pechina, y Almería, hay cuatro millas. En la vecindad del mismo existían huertas, jardines y molinos. Todas sus producciones y frutas se trasportaban a Almería, a donde se dirigían barcos de Constantinopla y de toda Siria.

No había en Al-Ándalus población de mayor desahogo económico que la suya, ni más dada a las actividades industriales y al tráfico mercantil, tanto de exportación como de importación.

En Almería hay dos montes, entre los cuales existe un barranco que se hallaba poblado. Sobre uno de los montes estaba emplazada su alcazaba, conocida por "La fortaleza"; en el segundo monte estaba su arrabal llamado "Monte Laham".

La ciudad y el arrabal se encontraban rodeados de murallas, las que estaban provistas de varias puertas.

Hacia el lado del Poniente, Almería poseía (otro) arrabal grande y próspero que se llamaba "El arrabal del estanque". Se hallaba amurallado y contaba con numerosos mercados, edificios, hospederías y baños públicos.

La ciudad en sí era grande, con abundancia de negocios. Eran muchos los viajeros que afluían a ella. Sus habitantes eran ricos: no (había) entre todas las ciudades andaluzas otra gente fuera más pronta en sus pagos ni de posición más holgada.

El número de sus hospederías, según el censo levantado por el Registro de Aduana con motivo del consumo de vino, alcanzaba a la cifra de 970 establecimientos. Había en la ciudad una gran cantidad de talleres de tejidos, a los que antes nos hemos referido.

El lugar en que estaba ubicada Almería se halla rodeado en todas direcciones por rocas amontonadas y piedras duras y puntiagudas, sin nada de tierra, como si se hubiera buscado una parte pedregosa para emplazarla y su suelo hubiera sido (previamente) despejado de polvo por cribamiento.

En la fecha en que escribimos este libro Almería acaba de pasar al poder de los cristianos, quienes han destruido sus bellezas, han reducido a cautiverio a sus pobladores, han arruinado sus casas y arrasado sus construcciones altas, no dejando nada de la ciudad.

Del *Kitab nuzhat al-mustaq* de AL-IDRISI, ed. Dozy y de Goye (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín, pág. 26).

## LOS ALMOHADES PONEN PIE EN ESPAÑA: RECONQUISTA DE ALMERÍA

*El rey de León y Castilla, Alfonso VII el Emperador, de quien se reconocían vasallos los reyes de Navarra y Aragón, el conde de Barcelona, muchos grandes señores del sur de Francia y algunos reyezuelos musulmanes —el califa almohade le llama, sin embargo, el sultancillo, despectivamente— había sabido aprovechar la crisis del poder almorávide en África y España, para extender su reino a tierras andaluzas. En 1146 entró en Córdoba y la cedió al último caudillo del imperio caído, Ben Ganiya, que hizo también acto de vasallaje. El mismo año obtuvo, del mismo, Baeza y Úbeda, llaves de Andalucía, al sur de los puertos de Sierra Morena. Y en 1147 conquistó Almería, en el confín S. E. de España, con ayuda de naves italianas y en una expedición que movió a un vate de su reino a escribir uno de los últimos poemas latinos medievales. Pero el año antes los almohades habían puesto pie en España y el mismo de 1147 habían ocupado Sevilla. Ganan al siguiente la voluntad de Ben Ganiya —en 1148 intentó apoderarse de la persona de Alfonso VII, ofreciendo entregarle Jaén y cautivó y mató al conde Manrique— y empiezan a recibir embajadas de los musulmanes de Al-Ándalus. La conquista de éste les interesa cada día más. Antes de 1153 realizan la atrevida incursión marítima contra Almería que refiere Abd al-Mumin en su carta a la población de Ceuta, en 1153 conquistan Málaga, en 1154 Granada y en 1157 logran reconquistar para el Islam el puerto y la plaza almerienses. Y como de regreso del frustrado intento de socorrer a la lejana fortaleza, muriese cerca de Baeza el "Sultancillo", Alfonso VII, los almohades llevaron en seguida la raya de sus dominios hasta Sierra Morena. No faltaba razón, por ello, a su califa para enorgullecerse de sus triunfos, como lo hizo en efecto, en la misiva donde los refirió a los habitantes de Bugía.*

. . . . . .

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) a los jeqes, talibs, notables y al conjunto de la población de Bugía.

En Marraquex, en la primera década de Xaban 552 [8-17 septiembre 1157].

En el curso del período recientemente transcurrido, Al-Ándalus había solicitado que se prestase atención a su situación, porque, en sus fronteras, el enemigo cristiano había aumentado su apetito y sus intenciones sobre él, e imaginaba que la fortuna acompañaría a sus banderas si intentase el ataque. El soberano, habiendo tomado la decisión de llevar la guerra santa contra los infieles, estimó que el primero y más importante objetivo de la misma era Almería, por hallarse tal ciudad en el punto de enlace de las zonas oriental y occidental de Al-Ándalus y por formar el centro de unión entre las regiones continental y marítima del país. Entonces, los talibs encargados de la administración de la tierra de Granada fueron enviados (desde Marraquex) al lugar de su residencia, y apenas llegados a Granada reunieron sus tropas y salieron para atacar a Almería. Un parte de la guarnición cristiana de tal plaza había tomado posiciones en las alturas y los llanos de los alrededores, pero los almohades vencieron tales contingentes y éstos no pudieron impedirles llegar hasta las puertas de Almería, forzarlas y penetrar en el interior de la ciudad. El resto de la guarnición cristiana de la misma se refugió entonces en la alcazaba.

Cuando Ben Mardanix tuvo noticia de la toma de Almería, decidió marchar en socorro de los sitiados en la alcazaba y solicitó el auxilio del rey cristiano Al-Sulaitin (el Sultancillo = Alfonso VII). Sus huestes respectivas marcharon en dirección a Almería con efectivos considerables. Pero los almohades, sin abandonar el sitio de la ciudadela, hicieron frente a las tropas que venían para liberar la plaza y las forzaron a batirse en retirada.

Los talibs que dirigían la expedición habían advertido al soberano de la reunión de un ejército infiel y tal noticia le decidió a marchar en persona en su ayuda con una hueste. Mas apenas había caminado una jornada desde Marraquex, cuando recibió un mensaje avisándole de la retirada de los cristianos. El soberano volvió a su capital.

En cuanto al cuerpo expedicionario de Almería, después de la marcha de las tropas cristianas, sitió todavía más estrechamente la alcazaba y acabó por tomarla a viva fuerza. El ejército cristiano, batiéndose en retirada, se había dirigido hacia la llanura de Granada. El monarca cristiano había resuelto unirse a él allí, pero muy afligido y desmoralizado por su fracaso, murió al llegar a las proximidades de Baeza.

Tomada Almería, los talibs almohades partieron en persecución del enemigo y llegaron frente a Baeza. La población de tal plaza les acogió como liberadores y les abrió las puertas. Sólo una parte de la guarnición se había fortificado en la ciudadela con intención de resistir, pero ante la actitud de la población se apresuró a marchar hacia Úbeda. Después de haber dejado contingentes en Baeza, los talibs se dirigieron contra Úbeda, y se apoderaron de ella rápidamente así como de otros castillos de la región.

Baeza y Úbeda se encuentran las dos en el centro de una región muy rica que comprende extensos pastos y campos de labor. Además Baeza había constituido el punto de partida de las expediciones cristianas contra las

tierras musulmanas. Había sido notablemente fortificada, dotada de numerosas máquinas de guerra y de considerables aprovisionamientos. Desde ella se domina la región más accesible que separa la España cristiana de Al-Ándalus. Su conquista permitirá en adelante a los musulmanes hallarse en condiciones de atacar al enemigo.

El soberano termina su carta declarando que en adelante Al-Ándalus encontrará la calma y la curación. Los talibs le han dado cuenta al detalle de tal expedición victoriosa: a su vez, avisa a sus corresponsales subrayándoles el auxilio divino que les fue acordado e invitándoles a dar gracias a Alá.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 39).

## FUNDACIÓN DE GIBRALTAR

*En la antigua montaña de Calpe que con la de Ávila (Ceuta) cerraban el Estrecho, había desembarcado Tariq el 27 de abril del 711. Conquistada España por los musulmanes, el peñón por donde el Islam había entrado en ella recibió el nombre de su conquistador y se llamó Chabal Tariq. Pero hubieron de transcurrir más de cuatro siglos hasta que el primer califa almohade Abd al-Mumin ordenó la edificación de una ciudad en Gibraltar. Poseemos el texto de la carta dirigida a los jefes granadinos para que concurrieran, con los sevillanos y con los caudillos almohades, a marcar el solar de la nueva población. Y conocemos, por tanto, la fecha precisa en que entró en la historia una plaza cuyos fastos han influido e influirán aún en los destinos de España.*

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) a los talibs y a los almohades de Granada.

Desde el campo de los almohades en Al-Mahdiya el 20 Dhu-l-qada 554 [4 diciembre 1159].

El soberano hace saber a sus corresponsales que, aunque ocupado en hacer el *chihad* o guerra santa en la parte oriental del África del Norte, no ha perdido de vista los asuntos de Al-Ándalus y ha resuelto la construcción de una ciudad en el Chabal Tariq, lugar en que se unen el Mediterráneo y el Atlántico y que constituye el eje de las regiones situadas a un lado y otro del Estrecho; se propone dotar a tal fundación de adelantos de todas clases y hacerle inexpugnable. Ha enviado a tal propósito al jeque Abu Ishaq Barraz ben Muhammad y al Hachch Yais.

Prescribe a los destinatarios de ir ellos mismos a Chabal Tariq acompañados de los jeques de los territorios de ellos dependientes. Encontrarán allí a los talibs de Sevilla y a los dos delegados del soberano. Y unos y otros determinarán el emplazamiento que les parezca más oportuno para la fundación urbana en proyecto.

El soberano añade que ha escrito al jeque eminente Abu Hafs para que acudiera si le fuera posible a la reunión en el solar de la nueva ciudad: y también al jeque, el caid Abu Allah Ben Qiyar. El jeque Abu Ishaq Barraz y Al-Hachch Yais tienen las instrucciones necesarias.

Post Scriptum. En el momento en que el soberano se disponía a enviar el presente mensaje a sus destinatarios ha sido favorecido por Alá con la toma de Gafsa, acompañada de una petición de amán de los árabes que se habían refugiado en Gabes. La relación de este suceso será objeto de una misiva especial, que sus corresponsales recibirán al mismo tiempo. En tales condiciones, el soberano ha decidido volver a la parte occidental de sus dominios. Que se preparen a recibirlo y a informar a todos los almohades.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 44).

## EL PRIMER SOBERANO ALMOHADE EN GIBRALTAR

*He aquí la primera página de la historia de Gibraltar. Es una página cortesana y poética. El califa almohade que dio vida a la nueva ciudad y que la embelleció, tuvo en ella su primera audiencia literaria. Otra vez la barbarie africana se dejó adular para ser luego conquistada por la poesía y el ingenio andaluces. En el primer contacto entre el guerrero y los poetas no dejó el bárbaro de mostrar su desdén por las flores retóricas de los recitadores. Su frase "Me aburres, poeta, siéntate" tiene a lo menos el encanto de su feroz y primitiva sinceridad. ¡Cuántos príncipes no la habrían repetido si no se lo hubieran impedido las cadenas de las buenas maneras! Pero hubo algo más que fiestas literarias en el Gibraltar recién nacido. No podía Marte estar ausente de la fortaleza llave del Estrecho y Abd al-Mumin se ocupó durante su estada en ella de establecer colonias militares en Córdoba, Sevilla y Jerez, que constituyeron el último aporte sanguíneo oriental al complejo étnico hispano.*

El crecimiento del poder de los Masmudas en el Magrib al-Aqsa, atrajo las miradas de los notables del Occidente de Al-Ándalus, que de día en día fueron reuniéndoseles en mayor número y procedieron a porfía a un verdadero éxodo. De tal modo numerosas regiones de la Península reconocieron la autoridad de tal dinastía; primero Algeciras y Ronda, después Sevilla, Córdoba y Granada. Fue el jeque Abu Hafs Umar Inti, ya citado como miembro de la Comunidad (almohade), quien procedió a tales conquistas. Así se sometió al nuevo poder la España occidental.

En esta situación Abd al-Mumin reunió un cuerpo numeroso de tropas y se embarcó en Ceuta rumbo a la Península. Desembarcó en el lugar llamado montaña de Tariq (Gibraltar), que él denominó Monte de la Victoria. Allí, durante una estada de varios meses, construyó vastos palacios y fundó una ciudad, que existe todavía. A ella acudieron los notables del país

para prestar juramento; entre otros, gentes de Málaga, Granada, Ronda, Córdoba, Sevilla... y de los lugares vecinos y que dependían de ellas. El príncipe tuvo en tal lugar una gran audiencia, en la que vió reunidos, alrededor de su persona, personajes, jefes, notables y príncipes, tanto del país como del África septentrional, y en tal gran número que ningún otro príncipe había antes congregado tantos. Fue la primera vez que invitó a los poetas, que antes sólo había recibido a petición de los mismos. Entre los que se hallaron allí, la mayor parte hombres distinguidos, figuró Muhammad ben Habbus, habitante de Fez, que versificaba poco más o menos conforme al estilo de Muhammad ben Hani al-Andalusi, es decir, que buscaba las expresiones sonoras, palabras pomposas y trágicas pero vacías; claro que el último de los citados tenía más talento natural y más suavidad en su estilo. Ben Habbus declamó ese día una casida, en que se mostró magnífico y de la que sólo recuerdo estos dos versos: "La fortuna, gracias a vuestra dirección, ha alcanzado la meta que esperaba y esta época ha llegado a conocer tu justicia, contaba con que un día revestiría forma visible y ello se ha realizado".

Ben Habbus, que es autor de numerosas casidas, gozó de consideración cerca del príncipe, bajo el cual llegó a la opulencia, así como cerca de su hijo Abu Yaqub. Con los príncipes de Lamtuna había sido uno de los poetas favoritos, pero en virtud de alguna inconsecuencia del mismo, que llegó a noticia de aquéllos, hubo de huir a España y en ella permaneció oculto, sin fijarse en ninguna parte, hasta la caída de la dinastía.

☆

Alguien que era Xarif por su madre y que descendía del Xarif al-Taliq Marwani recitó en tal día a Abd al-Mumin los versos siguientes:

"El enemigo no tiene escudo más seguro que su huida".

¿La huida; a dónde, a dónde? — exclamó Abd al-Mumin, elevando la voz, y el poeta continuó:

..."¿Pero a dónde huir cuando la caballería de Dios le persigue? ¿Pero dónde irán los que son sobre las cimas, allí donde el cielo lanza contra ellos las estrellas como dardos? ¿Quién osa hablar de cristianos en España cuando de un mar a otro todo el país está lleno de árabes?"

Cuando hubo acabado su poema: "Así se alaba a los califas", dijo Abd al-Mumin. Atribuyéndose de tal suerte el título de califa.

El Xarif Taliq, abuelo del poeta, era Taliq al-Naama, así llamado a causa del hecho siguiente. Estaba encarcelado por orden de Abu Amir Muhammad, por sobrenombre Al-Mansur, que gobernó Al-Ándalus bajo Hixam al-Muayyad, y gemía ya en una prisión subterránea desde hacía muchos años cuando escribió al ministro un memorial donde le describía el miserable estado a que había sido reducido por el rigor de su encarcelamiento. Ben Abi Amir recibió tal súplica con otras muchas y volvió a su casa, donde se divirtió en arrojárselas a un avestruz doméstico que tenía.

El animal tragaba las unas y rechazaba las otras. El visir lanzó al montón general la del Xarif, que no había leído. El animal la tomó, se volvió y la arrojó a las rodillas de su amo, que se la envió otra vez. El avestruz la tomó de nuevo, dió la vuelta al palacio y volvió a devolverla a Al-Mansur. Se la arrojó éste por tercera vez y el animal hizo varias veces lo mismo. Ben Abi Amir, asombrado, se puso a leer el memorial e hizo libertar al prisionero, que fué llamado a consecuencia de tal suceso Taliq al-Naama (libertado por el avestruz).

También en tal audiencia un sevillano, llamado Ben Sayyid, por sobrenombre Al-Lass, recitó lo que sigue:

"Vuelve tu vista al sol, convéncete que Saturno está demasiado cerca; mira una montaña fijada sólidamente sobre otra, se sostenga por su mole o la otra la soporte, ¿cómo podrá mirar siempre su noble persona?"

Abd al-Mumin le interrumpió: "Me aburres, poeta; siéntate". El poema era, sin embargo, uno de los más hermosos redactados en su elogio, pero el comienzo le afeaba.

También en tal audiencia fue recitado un poema por el visir y secretario Abu Abd Allah Muhammad ben Galib, de Valencia, llamado Rusafi y que vivía en Málaga.

...Rusafi, que no tenía veinte años cuando recitó tal poema, figura entre los más ilustres poetas de su tiempo, sobre todo como autor de poesías de cinco versos a lo sumo.

☆

Durante su estancia en Gibraltar, Abd al-Mumin se ocupó en organizar la administración de Al-Ándalus, mientras que los notables del país acudían junto a él, y logró acabar tal organización en la parte de la Península sometida a su obediencia. Estableció como gobernador de Sevilla y de su distrito a su hijo Yusuf, que más tarde le sucedió, y le adjuntó viejos almohades y consejeros prudentes y hábiles, cerca de los cuales pudiera encontrar la dirección y ayuda necesarias. Como gobernador de Córdoba y de su provincia nombró a Abu Hafs Umar Inti, y en Granada y en su circunscripción estableció a Abu Said Uthman ben Abd al-Mumin, que figuraba entre los que poseían más inteligencia, talento y energías. Uthman gustaba además de la literatura y protegía a los literatos, sentía la poesía y sabía recompensar a sus autores, por lo que se formó en torno a él un grupo de poetas y de secretarios de Estado de gran mérito: tal que yo no sé de ningún otro príncipe de la misma dinastía que le reuniera parecido.

Después de haber llenado la parte de la Península que dominaba de caballeros y de peones masmudas, árabes y de otra procedencia, Abd al-Mumin volvió a Marraquex. En el momento en que se preparaba para pasar a España, tal príncipe había llamado a las armas todas las poblaciones del Magrib y entre ellas a los árabes descendientes de Hilal Ben Amir, que habitaba los estados de Yahya ben al-Aziz (de Bugía)...

Numerosos árabes respondieron a tal llamamiento y cuando Abd al-Mumin se disponía a abandonar la Península, los estableció: unos en los alrededores de Córdoba, otros, en los de Sevilla, hacia Jerez y sus territorios. Allí están todavía en el presente año 621 constituyendo un grupo importante, porque aumentó su número por su natural multiplicación y por nuevos envíos que han hecho Abu Yaqub y Abu Yusuf, y en tal forma que al presente hay en Al-Ándalus, sin contar los peones, 5.000 caballeros árabes, descendientes de Zigba, de Riyah, de Chuxam ben Bakr, etc.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 185, 191, 193).

## RETRATOS DE LOS SULTANES ALMOHADES

*Otra vez Al-Ándalus iba a formar parte de un imperio africano. Los sultanes almohades —ellos se hicieron llamar califas— conquistaron la España musulmana y la rigieron hasta no mucho después de la batalla de las Navas de Tolosa. He aquí sus retratos. Obsérvese cómo se había afinado el espíritu y cómo había adquirido gran cultura el segundo de ellos, durante su gobierno de España en nombre de su padre.*

ABD AL-MUMIN. — Tenía la piel blanca y los cabellos negros, su cuerpo robusto, pero de talla mediana, era de color encendido. Tenía el rostro bello y la voz clara, se expresaba con elegancia y de la manera más persuasiva. Era muy simpático y nadie podía tratarle sin llegar a ser su amigo. Tuvo 16 hijos.

ABU YAQUB. — Tenía la tez clara, tirando a rojiza, los cabellos muy negros y el rostro redondo, la boca y los ojos grandes, la estatura más bien alta, la voz clara; era afable y cortés, hablaba bien y tenía un trato muy agradable; conocía mejor que nadie las expresiones antiguas de la lengua, las hazañas y gestas de los árabes, su historia anterior y posterior a Mahoma. Se había aplicado con celo a estos conocimientos, mientras había gobernado Sevilla en vida de su padre y había frecuentado en esta ciudad a filólogos, gramáticos y exégetas del Corán.

ABU YUSUF YAQUB. — De color moreno claro, más bien alto; hermoso de rostro, tenía los ojos y la boca grandes, la nariz aquilina, las cejas muy negras, la barba redondeada, los miembros robustos, la voz sonora, la palabra abundante y de lo más precisa y elegante. Sus previsiones, de una rara justeza, se realizaban casi siempre; tenía experiencia de los negocios y conocía por igual las causas y los efectos del bien y del mal; la práctica del visirato, que había ejercido en vida de su padre, le había hecho conocer las cualidades de los recaudadores, gobernadores, caides y demás autoridades, así como los detalles de la administración. Sus principios de gobierno

estaban inspirados en este conocimiento, que le permitía ser tan recto y equitativo como lo exigía la época y el lugar.

ABU ABD ALLAH. — Tenía la tez clara, la barba rojiza, los ojos azul oscuro, la cara llena y magnífica estatura. Era muy silencioso y permanecía frecuentemente con los ojos bajos, debido sobre todo a un vicio de pronunciación que tenía; era impenetrable, valiente, muy dulce, poco inclinado a derramar sangre y dispuesto sólo a realizar las cosas que previamente había estudiado; pero se le acusaba de avaricia. Sus hijos fueron poco numerosos; no le conozco más hijos que Yusuf, su presunto heredero, Yahya e Isaaq. Tuvo también dos hijas.

ABU YAQUB YUSUF. — No sé que haya tenido hijos; en efecto, murió joven, puesto que yo lo supe en el transcurso del año 621; su reinado había comenzado el 610, y fue, por consiguiente, de diez años y dos meses. Tenía la tez morena clara, el rostro redondeado, los párpados muy morenos; se le compara con frecuencia a su abuelo Abu Yusuf, tanto por sus maneras exteriores como por su carácter.

Del *Kitab al-Muchib* de ABD AL-WAHID AL-MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 172, 204, 226, 268, 282).

## LAS HUESTES DE BEN MARDANIX DE MURCIA SORPRENDEN GRANADA

*Ben Mardanix —Hijo de Martínez— se llamaba el caudillo musulmán, de origen hispano que logró reinar, en el Levante español, a la caída de los almorávides. No sólo no aceptó la soberanía de los almohades, que tenía por intrusos en España, sino que se atrevió a tomar la iniciativa contra ellos. Su suegro, el bravo Ben Hamuxk —Ben Mardanix tuvo buenos auxiliares— se apoderó de Granada en 1162, con la ayuda de fuerzas cristianas españolas. Aunque musulmán, el rey de Murcia buscó el apoyo de los peninsulares no islamitas, contra los nuevos bárbaros de África y derrotó al príncipe Abu Said. El califa almohade envió entonces contra Ben Mardanix a su hijo Abu Yaqub con un gran ejército, que logró, al cabo, reconquistar Granada.*

Narración de la sorpresa de Granada por Ibrahim, hijo de Ben Hamuxk, a consecuencia de la traición de Ben Idhahri y de los judíos de dicha ciudad, los cuales habían fingido hacerse musulmanes.

"Luego que recibimos, dice, la feliz nueva del retorno de nuestro sultán (Ab al-Mumin), su llegada a Gibraltar y en seguida su vuelta hacia Marruecos, las tropas almohades apretaron con mayor vigor el sitio puesto a Carmona y acabaron por apoderarse de ella, con gran contrariedad para Ben Hamuxk, que había fijado su residencia en Jaén. A fin de desquitarse

de la pérdida de Carmona, concibió el culpable deseo de sorprender a Granada, de la cual se hallaba tan próximo, y, al efecto, entabló relaciones con los judíos conversos de la ciudad y con el aliado de éstos, Ben Idhahri, un traidor infame que había emparentado, por matrimonio, con Ben Zayd, el antiguo almojarife de la ciudad. El príncipe Abu Said, hijo del califa, había partido de Granada, a fin de hacer una visita a su padre en Marruecos. Ben Idhahri se concertó secretamente con Ben Hamuxk, y entre ambos quedó fijada la noche en que el último de ellos se presentaría ante la puerta del arrabal, cuyas cerraduras serían rotas inmediatamente. Este proyecto se ejecutó con puntualidad, y Ben Hamuxk llegó durante la noche, el día... del mes... del año 557 [diciembre de 1161 a diciembre de 1162]. Afortunadamente, la alcazaba se hallaba guarnecida por bravos soldados almohades y bien provista de víveres e instrumentos de guerra. Al llegar Ben Hamuxk a las puertas de Granada, se hallaban ya reunidos todos los infieles. En seguida rompieron éstos las cerraduras y hasta la puerta y comenzaron a gritar: "¡A las armas, compañeros!" Al oír este grito los habitantes juiciosos de la ciudad, atemorizados por el ruido de las armas, corrieron precipitadamente hacia la alcazaba, a fin de llevar socorros a sus queridos hermanos, los almohades.

"Al amanecer del siguiente día, dueño ya Ben Hamuxk de la ciudad, envió un aviso a su emir Ben Mardanix, que se hallaba en Murcia, notificándole todo lo sucedido y haciéndole entrever la esperanza de que, si él llegaba con sus tropas, no tardarían mucho en entregarse los almohades de la alcazaba: Ben Mardanix reunió en sus estados todas las fuerzas posibles, llamó en su ayuda a los cristianos, sus amigos, y habiendo llegado éstos, se puso en marcha hacia Granada.

"Entretanto Ben Hamuxk se había establecido desde el principio de su llegada en la fortaleza roja (Alhambra), situada sobre la montaña llamada la Sabica, frente por frente a la alcazaba, y allí comenzó a disponer las catapultas destinadas a lanzar piedras sobre los almohades fortificados en dicha alcazaba, martirizando atrozmente a los que de aquéllos caían en su poder y arrojándolos en los planos de las susodichas catapultas, con lo cual mostraba su desprecio al Creador cuyos seres mutilaba. No obstante, Dios prestó su socorro a los almohades de la alcazaba, los cuales se mantuvieron firmes en la resistencia, provistos de víveres y todo lo necesario. Temiendo que el enemigo pudiese atacarles atravesando el pasaje abovedado que ponía en comunicación la alcazaba con la fortaleza roja, lo obstruyeron y pidieron auxilio al Emir de los Creyentes e igualmente al gobernador de Sevilla, Abu Muhammad Abd Allah, hijo de Abu Hafs. La nueva de estos sucesos corrió por todas partes, y los mensajeros enviados para pedir auxilios se hallaban en camino de día y noche.

"Tan tristes nuevas llegaron a conocimiento del Emir de los Creyentes, hallándose en Wadiqasa a dos jornadas de Ribat al-Fath, cerca de Salé, e inmediatamente regresó a este último lugar. Entonces el príncipe Abu Said, adelantándose con sus propias fuerzas, caminó de día y de noche en direc-

ción a España, con la esperanza de poder penetrar en la alcazaba de Granada y arrojar a Ben Hamuxk de su fortaleza. Suponía que éste no contase más que con sus fuerzas propias; mas no era así. Ben Mardanix le había enviado dos mil jinetes cristianos con muchos más infantes, a las órdenes del infiel Calvo, el nieto de Alvar Háñez.

"En seguida de llegar a Qasar Masmuda, el príncipe atravesó el Estrecho y se dirigió a Málaga, de donde envió al gobernador de Sevilla, Abu Muhammad Abd Allah, hijo de Abu Hafs, hijo de Ali, orden de venir a reunirse con él con todas sus tropas disponibles. Obedecida prontamente la orden por el gobernador de Sevilla, pusiéronse ambos en marcha hacia Granada; pero ya estaban en ella los cristianos enviados en auxilio de su suegro por Ben Mardanix. el príncipe Abu Said avanzó con sus almohades y los musulmanes españoles y penetró en la vega de Granada por la parte en que más abundan sus acequias de riego, hasta un lugar llamado Marcharocat, a cuatro millas de la ciudad, donde fue atacado por Ben Hamuxk y los cristianos. Atemorizados los soldados del príncipe almohade por la vista de los cristianos, que eran numerosos y muy bien equipados, y por la de otros que se habían mantenido ocultos en emboscada, buscaron su salvación en la fuga; mas cayeron con sus caballos en las acequias, y ésta fue una de las principales causas del desastre. El príncipe Abu Said tuvo la fortuna de escapar ileso y se retiró a Málaga, mas no el gobernador de Sevilla, que perdió la vida con muchos almohades y musulmanes españoles. Este desastre fue una gran calamidad; mas, por fortuna, Dios continuó favoreciendo a los almohades sitiados en la alcazaba, los cuales desde lo alto de sus muros fueron testigos de las crueldades cometidas por Ben Hamuxk (que se había vuelto a la fortaleza roja con sus aliados cristianos) en sus prisioneros.

"Cuando el califa, a cuyo alrededor se habían reunido los almohades, los beduinos y las tropas regulares, recibió en Ribat al-Fath, cerca de Salé, la nueva de la batalla perdida, reunió un escogido ejército de unos veinte mil hombres, entre jinetes y peones; les exhortó a batirse valientemente, recordándoles las recompensas ofrecidas por Dios a los que hacen la guerra santa, y les dio por jefe a su hijo, Abu Yaqub Yusuf, asociando a éste al jefe de los almohades, su íntimo amigo, Ben Yaqub Yusuf, hijo de Sulayman, en quien era reconocida la experiencia en los asuntos de la guerra y la bravura bien probada. Las tropas marcharon rápidamente, atravesaron unas tras otras el Estrecho y llegaron en un principio a Algeciras y después por la costa a Málaga, reuniéndose en esta ciudad con las de Ben Said. Bien provistas las tropas de todo lo necesario para su nutrición y la de sus caballos y pagadas con largueza, marcharon contra el enemigo; pero en cortas jornadas, según la orden dada por el jeque Ben Yaqub Yusuf, el cual, de acuerdo con sus guías, quería que llegasen a Granada aun los más flojos.

"Entretanto Ben Mardanix había acudido también a Granada con sus tropas y los cristianos y había fijado su campo en la montaña inmediata a la alcazaba; Ben Hamuxk continuaba sobre la otra montaña contigua, lla-

mada la Sabica, con los cristianos mandados por el Calvo, el nieto de Alvar Háñez, y por los dos hijos del conde de Urgel. El número de estos cristianos ascendía a más de ocho mil jinetes, sin contar las tropas de Ben Hamuxk. Las que mandaba Ben Mardanix eran aún más numerosas. Las dos divisiones del ejército enemigo (de Ben Mardanix y Ben Hamuxk) se hallaban separadas por el Darro, que corre entre Granada y su alcazaba, circunstancia que fue muy feliz para los almohades, como se verá, porque ese río vino a ser fatal a sus enemigos durante la batalla. De un día a otro se esperaba ver llegar a los almohades; pero éstos avanzaban lentamente, hasta que, por fin, vinieron a hacer alto en Dilar, cerca de Alhendin. Después de descansar en dicho lugar, reanudaron su avance hasta el río Genil, cerca ya de Granada. Envanecidos los infieles, creían que aún no se hallaban los almohades tan cerca y que continuaban su lenta marcha.

"El jueves 27 de Rachab del año 557 [12 de julio de 1162] el jeque Ben Yaqub reunió cerca de sí a todos los jefes de banda y les arengó. Después de la oración del mediodía se dio pienso a los caballos y se resolvió avanzar, luego que comenzase la noche; y, en efecto, terminada la oración de la tarde, todo el mundo se puso en marcha. Se envió por delante a los guías y a la brava infantería de los Masmudas, que pronto coronaron la montaña que domina al Genil y que se halla pegada a la Sabica y a la de la fortaleza roja, en la cual se hallaba la división de los cristianos de Ben Hamuxk. Toda la noche se invirtió en la subida de dicha montaña, que hubo de hacerse lentamente por ser muy escarpada; mas Dios la convirtió en llana, y como en la segunda mitad de la noche brilló la luna, se pudo ver bien dónde poner el pie.

"Al despuntar la aurora del día 13 de julio, pusiéronse los almohades en contacto con el campo de los infieles, cayendo sobre éstos, que todavía se hallaban dormidos. No habían montado sobre sus caballos, cuando experimentaron que Dios había resuelto su derrota. No obstante, dieron ellos algunas cargas contra sus enemigos, conforme a su táctica, mientras venía el día claro y permitía distinguir al amigo del enemigo; pero al mismo tiempo se había oscurecido el cielo por el polvo; no se oía más que el ruido de los sables y un griterío ininteligible. Dios había privado de memoria a los cristianos y a Ben Hamuxk; ellos creían que el terreno comprendido entre la montaña Sabica y el campo de Ben Mardanix era una planicie continuada, siendo así que se encontraba cortado por el Darro, y cuando emprendieron la fuga, cegados por el polvo, se precipitaron en el río, de suerte que sus escuadrones quedaron aniquilados. Esto fue obra de Dios, que así da la victoria a sus elegidos. El cristiano Calvo, el nieto de Alvar Háñez, había sido muerto en el combate; su cabeza fue transportada a Córdoba y suspendida en la puerta del puente a los pocos días. Entre los que perecieron en el río, se contó a Ben Ubayd, unido a Ben Mardanix por parentesco de afinidad y uno de sus capitanes de más renombre. Desde la montaña de su campo había sido el mismo Ben Mardanix testigo de la

muerte de sus compañeros y de sus infieles, sin que pudiese hacer otra cosa que deplorar su suerte.

"No obstante la persecución continuó; los almohades mataron a sus enemigos en las llanuras y sobre las montañas y al mediodía entraron vencedores en la ciudad. Sus compañeros, que guarnecían la alcazaba, salieron inmediatamente matando a los habitantes de aquélla que les eran sospechosos de infidelidad.

"En cuanto a Ben Mardanix, abandonó con el resto de sus tropas la posición que ocupaban, dejando sus tiendas y una gran parte de sus bagajes, de la propia forma que había dejado a sus compañeros entregados a su suerte. Persiguiéronle los almohades, matando a los que pudieron coger de sus soldados. ¡El se escapó por aquellas montañas; pero preguntadle cómo lo consiguió!

"Los bienes de los traidores fueron confiscados, como era justo".

De la historia de Sahib Al-Sala (Trad. de Gaspar y Remiro: Historia de la Murcia Musulmana, 210).

## EL REY LOBO DE MURCIA

*En los comienzos de la intervención y de las conquistas almohades en España el primer soberano almohade había procurado atraerse a Ben Mardanix mediante una carta insinuante y promisoria en la que no faltaban, sin embargo, más o menos desveladas amenazas. Después del fracasado socorro del reyezuelo hispano a Almería y del choque de Granada, el nuevo califa Yusuf Abu Yaqub reiteró la invitación en tono más conminatorio pero todavía amistoso. Ben Mardanix no se dejó seducir por las ofertas ni amedrentar por las palabras duras. Y siguió su camino, indiferente a halagos y amenazas; su camino que era el de la heroica resistencia al invasor africano de su patria española; para él, patria común de musulmanes y cristianos.*

*El Hijo de Martínez, que osó combatir a los almohades, fue maltratado por los cronistas a sueldo de los conquistadores africanos. La historia islamita hizo, al cabo, justicia a su valor y a sus talentos políticos, y los cristianos españoles guardaron buen recuerdo del rey Lope, de Murcia. Pero Ben Mardanix no pudo resistir, a la postre, la oleada almohade y, aunque murió insumiso, en el lecho de muerte aconsejó a sus hijos que se sometieran a los recién venidos. Lo que el astuto y valeroso murciano no logró por las armas, lo alcanzaron sus hijas —por su belleza, sin duda—, pues dos de ellas se casaron con los califas almohades: Abu Yaqub y Abu Yusuf. Y otra vez las mujeres españolas conquistaron a los conquistadores.*

Abu Abd Allah Ben Mardanix era tan valeroso, que se lanzaba en medio de los escuadrones enemigos y se abría paso entre ellos haciéndoles retroceder a derecha e izquierda, a la vez que recitaba la siguiente estrofa:

"Me lanzo sobre un escuadrón, sin atender el peligro; lo mismo por su flanco que por su centro marcho cargando a pie desnudo".

Cierto día que se había lanzado en medio de un escuadrón de cristianos, derribando y matando a muchos de sus caballeros, de tal suerte que él mismo llegó a maravillarse de su hazaña, decía luego a uno de sus capitanes, muy aguerrido y famoso en la pelea: "¿Qué te ha parecido mi proeza?" Y respondióle este último: "Si te hubiera contemplado el sultán, seguramente te llegaba a ofrecer mayores riquezas que las que posees en tu tesoro y mayor dignidad de la que hoy disfrutas. ¿Por ventura hay algún jefe del ejército que dé a la cabeza de sus soldados la carga que tú has realizado, ofreciendo su vida por la de los demás?" A lo cual replicó Ben Mardanix: "¡Déjame estar. Una vez he de morir, y muerto yo, no habrá quien pueda sostenerse!"

"Para sus oficiales tenía además otras cualidades apreciables; los lunes y jueves de todas las semanas los convidaba, lo mismo que a los altos dignatarios, a un banquete, que se celebraba en uno de los salones de su palacio; mientras los convidados bebían, sus esclavas bailaban y cantaban, y al terminar la fiesta, muchas veces distribuía entre los convidados los vasos de plata que habían servido en el convite, y hasta los tapices que adornaban la estancia; siendo esto así, nada tiene de extraño que tal capitán fuese el ídolo de sus guerreros; la mancha de su carácter, aun para los mismos musulmanes, era su gran lujuria".

Tal era el enemigo que tanta oposición iba a hacer al entronizamiento de los almohades en la España musulmana. Durante algunos años, los primeros del reinado de Ben Mardanix, nada intentaron los almohades contra éste, bien porque, embarazados en extender sus conquistas por el África y acrecentar su dominación en el centro y occidente de la Península, no contasen con fuerzas para ello, o bien por el respeto que les infundiese después la situación favorable del valeroso régulo del Oriente de España. Es más, llegaron a romper las hostilidades contra Ben Mardanix, cuando éste, en su propósito de arrojarles de la Península, entró con sus tropas por las regiones que ya les obedecían, y logró arrebatarles algunas de las sujetas a su dominio; y aun así, en un principio los sides o príncipes almohades dirigieron sus poderosos ejércitos a las comarcas de Andalucía en las cuales había conseguido Ben Mardanix imponer su autoridad, sin atreverse de primeras a penetrar en el corazón de su reino. En esto no hicieron dichos príncipes más que seguir las instrucciones que, respecto del particular, les diera su padre Abd al-Mumin; pues éste, al morir, si hemos de creer a Ben Jaldun, recomendó, entre otros asuntos, a sus hijos que dejasen en paz a Ben Mardanix en tanto no se opusiera a las empresas de ellos, y que, para atacarle en su reino, esperasen a que la fortuna le fuese adversa. "Echad, díjoles también, de la región de Túnez y Trípoli a los árabes y transportadles al Mugrib; en éste os servirán de cuerpos de reserva para cuando vayáis a combatir a Ben Mardanix".

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. Gaspar y Remiro: Murcia Musulmana, 191).

Cuando su autoridad fue permanentemente establecida Abu Yaqub se instaló en Marraquex y allí permaneció sin salir de la ciudad hasta el año 567.

Decidió entonces pasar a la Península, en apariencia para combatir a los cristianos, pero en realidad para acabar su conquista y apoderarse del territorio que detentaba Muhammad ben Saad, conocido por Ben Mardanix, es decir: desde el comienzo del distrito de Murcia hasta el límite oriental del país actualmente en manos de los musulmanes. Hemos expuesto antes los orígenes del poder y de su conquista por tal jefe. Para ejecutar su propósito, el Príncipe de los Creyentes reunió fuerzas considerables, tanto de las tribus almohades como del ejército *(chund)* y se trasladó a Ceuta, donde construyó una morada, todavía existente, en la que se instaló para esperar la concentración de sus huestes y la llegada de los rezagados. Atravesó en seguida el Estrecho, se estableció en Sevilla, y de allí envió tropas contra Muhammad Ben Saad. Al mismo tiempo que ordenaba a Uthman ben Abd al-Mumin, su hermano, gobernador de Granada, que atacase Murcia, capital de Ben Mardanix.

Uthman, obedeciendo el mandato, avanzó hasta un lugar llamado Al-Challab, próximo a Murcia, mientras su adversario marchaba contra él a la cabeza de fuerzas numerosísimas, compuestas en su mayor parte de francos (cristianos). Ben Mardanix, en efecto, había recurrido a ellos y los había organizado en divisiones *(chund)* y en cuerpos auxiliares, a causa de la oposición que advertía en sus principales oficiales y de la desafección de la mayor parte de sus súbditos, por lo que había ordenado la ejecución, mediante diversos suplicios, de varios de los capitanes contra los que tenía sospechas. Me han contado que entre otras torturas que les infligió, hizo enterrar algunos en construcciones de mampostería y los dejó morir de hambre y de sed. Por ello había reclutado cristianos, les había organizado en divisiones y les había dado en feudo las propiedades de los oficiales condenados a muerte. Había, además, desterrado a numerosos habitantes de Murcia y había instalado a los cristianos en sus casas. El choque entre su ejército, cristiano en su mayoría, y el de los almohades tuvo lugar en Al-Challab, a cuatro millas de Murcia. Fue vergonzosamente derrotado y cayeron muertos muchos de sus jefes cristianos. Se refugió en Murcia y resistió en ella el cerco de los almohades, hasta que murió de muerte natural. Se mantuvo su muerte en secreto hasta la llegada de su hermano Abu-l-Hachchach Yusuf ben Saad, llamado Al-Rais, que acudió de Valencia, por él gobernada en nombre de su hermano. Después de haber vacilado y de haber empleado toda clase de ardides, Yusuf y los hijos de más edad de Muhammad ben Saad, se pusieron de acuerdo para entenderse con Abu Yaqub y entregarle el país.

Se cuenta que cuando estuvo en trance de muerte, Ben Abd Allah Muhammad ben Saad reunió a sus hijos e hizo sus últimas recomendaciones al mayor, Abu-l-Qamar Hilal. Que yo sepa, este príncipe tenía ocho hijos: Hilal, Ganim, Zubayr, Aziz, Nusayr, Badr, Arqam, Askar, a más

de otros pequeños, cuyos nombres ignoro, y de varias hijas, una de las cuales se casó con el príncipe de los creyentes Abu Yaqub y otra con el príncipe de los creyentes Abu Yussuf Yaqub. "Hijos míos, dijo entre otras cosas el moribundo, veo que esos recién venidos, sostenidos por numerosos partidarios, se extienden por todas partes y que las diversas comarcas reconocen su autoridad. Como creo que no podéis resistirles, os aconsejo que reconozcáis de buen grado su soberanía, a fin de gozar de alguna influencia cerca de ellos; no aguardéis a sufrir la misma suerte que han sufrido otros antes de vosotros, porque no ignoráis cómo han tratado a las comarcas conquistadas de viva fuerza", y ellos continuaron el consejo de su padre.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 214).

## UN MILAGRO CRISTIANO CONTADO POR LOS SARRACENOS

*El califa almohade Abu Yaqub, después de sometido Al-Ándalus, quiso acometer a los cristianos y emprendió una gran campaña en que llegó hasta Huete. El asedio fue largo y duro y los cristianos se hallaban prontos a rendirse, cuando un aguacero providencial les salvó del apuro. He aquí como cuenta el milagroso suceso un historiador musulmán y africano.*

### EL SITIO DE HUETE

Abu Yaqub salió de Sevilla para combatir a Alfonso, ¡que Dios maldiga!, y vino a acampar cerca de una gran ciudad llamada Huete, que formaba parte de los estados de su enemigo, y en la cual, por lo que había sabido, se encontraban los grandes de la corte de Alfonso, así como los jefes de sus tropas. Sitió la ciudad y mantuvo el cerco durante varios meses, con tal rigor, que los sitiados querían rendirse. Yo sé por muchos jefes, con los cuales he estado en relación, que los habitantes, agotados por la sed, pidieron cuartel al Príncipe de los Creyentes, prometiéndole abandonar la ciudad, pero él rehusó aceptar la oferta, llevado de la esperanza que le inspiraban las noticias sobre la miseria ocasionada por la falta de agua y por el número de bajas.

Los sitiados no tenían nada que esperar de él, cuando una noche los sitiadores oyeron en la plaza un gran ruido acompañado de clamores; los cercados estaban paseando sus libros santos, rodeados de los sacerdotes y de los frailes, que dirigían súplicas al cielo mientras el resto del pueblo respondía amén.

La lluvia empezó entonces a caer a torrentes y tan en abundancia que pudieron llenar sus vasijas y beber cuanto quisieron. Esto les permitió continuar su resistencia, y el sitiador volvió a Sevilla después de haber pactado con Alfonso una tregua de siete años. Continuó viviendo en la Península

durante el resto del año 567 y los dos años siguientes, y después regresó a Marraquex a fines del 569.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 216).

# AVERROES

*Ben Tufail (1110-1185) y Ben Ruxd —Averroes— (1126-1198) continuaron en el siglo XII la tradición filosófica hispano-musulmana. El primero fue un neoplatónico; su obra más famosa es "El Filósofo Autodidacto". En Averroes culmina el pensamiento filosófico arábigo-español. Defiende la inteligencia de las esferas, la eternidad y la potencialidad de la materia, el monismo del intelecto humano, la negación de la inmortalidad personal y la interpretación alegórica del Corán y de la filosofía. La influencia de Averroes en el pensamiento europeo fue enorme. El judío cordobés Maimónides se apoderó de su tesis y, siguiéndole, trató de conciliar la doctrina peripatética y la religión mosaica; y los filósofos hebraicos de los siglos medios figuran en la escuela averroísta. Mayor aún fue la eficacia de las concepciones de Averroes en la Escolástica. Miguel Escoto y Hermann el Alemán, hicieron traducir sus obras a los traductores de Toledo y las dieron a conocer allende el Pirineo. Le citan ya Alejandro de Halles y Guillermo de Auvernia; Alberto Magno recibe, a su pesar, algunas de sus tesis; Santo Tomás es su primer discípulo y su más serio adversario; la escuela dominicana (Raimundo Martín) y la franciscana (Rogerio Bacon) le combaten y le siguen a las veces; la Universidad de París (Siger de Brabante) le estudia, y Dante le coloca en la región del más allá reservada a los hombres de gran mérito. Sobre el averroísmo de Santo Tomás, de que habló ya Renan, debe consultarse a Asín.*

## AVERROES Y LA INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA DEL CORÁN

Réstanos solamente examinar, según hemos prometido, en qué materia y a qué personas sea lícita la interpretación alegórica del texto revelado, y en qué materias no lo es. Con este examen se terminará el presente libro.

Todas las ideas expresadas en el texto revelado pueden reducirse a cinco clases, mejor diré, a dos: la primera de ellas indivisible, y la otra divisible en cuatro.

La primera, o sea la indivisible, comprende todos aquellos casos en que la idea significada literalmente por el texto es idéntica a la que éste intenta expresar.

La clase divisible en cuatro comprende todos los casos restantes en la que la idea significada literalmente por el texto revelado no es la misma que se intenta expresar, sino otra distinta tomada tropológicamente por

modo de semejanza. Las cuatro subespecies de esta clase tienen lugar en los siguientes casos:

1º Cuando la idea que se quiere expresar por medio de su semejante no puede ser vislumbrada sino en virtud de remotas y complicadas analogías, que exigen largo espacio de tiempo y muchos estudios, no pudiendo, además, ser apreciadas sino por entendimientos muy vivos y despiertos; e iguales dificultades ofrece, además, el percibir que la idea, literalmente expresada, es distinta de la significada por el símil metafórico.

2º Caso opuesto al anterior: cuando con gran facilidad se aprenden ambas cosas, a saber, que el texto es un símil y cuál es la idea por éste significada.

3º Que sea fácil ver que se trata de un símil; pero difícil averiguar la idea significada por él.

4º Caso inverso al anterior; que sea fácil vislumbrar la idea significada por el símil, pero difícil sospechar que el texto sea un símil.

Esto sentado, es indudablemente un error el interpretar alegóricamente los textos de la primera clase de las cinco enumeradas. En los de la segunda clase (caso primero), cabe la interpretación, pero debe reservarse tan sólo a los hombres muy sabios, siendo ilícito a éstos el manifestarla a los demás. En cambio, en los textos de la tercera clase (caso segundo), la interpretación alegórica es la que debe proponerse y hay que manifestarla a todos sin excepción. Por lo que toca a los textos de la cuarta clase (caso tercero), la solución ya no es la misma; en ellos se emplea el sentido metafórico, no porque las ideas que se intenta expresar sean abstractas para la inteligencia del vulgo, sino con el fin de mover más los corazones. Así ocurre, v. gr. con aquellas palabras de Mahoma: "La piedra negra es la diestra de Dios en la tierra" y con otros textos semejantes, en los cuales directamente o con facilidad se advierte que son metáforas, pero es difícil adivinar lo que significan. Lo que debe hacerse con estos textos es lo siguiente: interpretarlos alegóricamente, pero sólo los hombres escogidos por su saber; y en cuanto a los demás hombres que sospechan que allí hay metáfora, aunque no son capaces de adivinar su sentido, una de dos, o decirles que se trata de textos cuyo sentido oscuro y dudoso los sabios sólo conocen, o acomodar la explicación al sentido metafórico que se les haga más fácil de imaginar. Esto último será lo más conveniente para disipar las dudas que el texto les haya sugerido. Y la regla para esto es la misma que siguió Abu Hamid (Al-Gazali) en el libro de la Separación (Faysal), y que consiste en hacer ver a tales personas que una misma realidad puede tener cinco maneras de existencia, que Abu Hamid llama esencial, sensible, fantástica, intelectual y alegórica. Cuando surja la cuestión antedicha sobre un texto, examínese cuál de estas cuatro últimas maneras de existencia parece más aceptable a esas personas que creen imposible la existencia esencial de las cosas significadas por el texto, es decir, su existencial real *extra mentem*, y hágaseles una explicación metafórica conforme a esa manera de existencia que ellos tienen por posible. A esta especie pertenece aquel dicho de Mahoma: "No

ha habido profeta a quien no haya yo visto, sin que lo haya visto en este mi puesto", hasta las palabras "los jardines y fuego". Y aquel otro: "Mi estanque y mi asiento son uno de los jardines del paraíso y mi trono sobre el estanque". Y aquel otro: "A todo hijo de Adán se lo come la tierra, con excepción del coccigys". Inmediatamente se percibe que todo eso es metáfora; pero no se percibe más mediatamente la cosa que es metáfora. Esta manera de interpretación alegórica es lícita cuando el texto revelado reúne las condiciones apuntadas, y conforme a las normas dichas. Abu Hamid no distingue en esta cuestión lo necesario, pues su regla es general, aun para el caso en que sea difícil apreciar que el texto es un símil y lo que significa; de modo que en estos casos, aunque ocurran sospechas de primera intención sobre que el texto es un símil, siendo vanas y sin ningún fundamento aquellas sospechas, es preciso desecharlas y no aplicar al texto la interpretación alegórica como lo hemos hecho ver en este nuestro libro (Kaxf), en muchos pasajes en que se les ocurre eso a los mutakallimun, esto es, a los ascaries y muqtaziles.

Los textos de la quinta clase (cuarto caso), son aquellos en que es difícil sospechar si son metáforas, pero, que una vez advertido esto, es también discutible si se deben o no interpretar alegóricamente por aquellas personas que dudan si hay allí o no símil, aunque son capaces de adivinar su sentido metafórico, caso de que vean que hay allí símil, y adviértase que no es poco esto, tratándose de hombres que no son sabios profundos. Con estos tales puede seguirse un doble procedimiento: o decirles que lo más seguro es no interpretar alegóricamente el texto revelado, sino desechar como vanos los motivos en que ellos creían fundarse para decir que el texto es metafórico (y ésta sería la conducta más prudente), o también explicarlo mediante una interpretación alegórica acomodada al grado de duda en que se encuentran.

No obstante eso, la interpretación alegórica, cuando se permite a estas dos últimas clases de personas, engendra opiniones peregrinas y muy apartadas de la letra de la revelación, las cuales pueden llegar a propagarse y ser rechazadas por el vulgo. Esto es lo que les ha pasado a los sufíes y a cuantos sabios han seguido el mismo método. Y así, cuando alguien ha atacado la interpretación alegórica sin distinguir entre textos y textos, entre personas a quienes es y a quienes no es lícita, se ha producido gran confusión en el asunto y se han originado sectas, que mutuamente se excluyen y anatematizan como infieles. Todo lo cual no es más que ignorancia del fin de la revelación e injusticia contra ella.

Por este tratado (Kaxf) se puede ya conocer el conjunto de errores que en nuestra religión se ha ido engendrando con las interpretaciones alegóricas. Nuestro deseo sería alcanzar esta finalidad en todos los tratados sobre la religión, esto es, que atendamos a si es necesario o no interpretar el texto revelado. Con esto no me refiero solamente a las dificultades todas que hay en el Alcorán, sino también a las que hay en la Sunna o Tradición. Ya

mostramos que todas han de resolverse según una de las cuatro especies dichas.

Del *Kaxf* de AVERROES (Trad. Manuel Alonso, Al-Ándalus, VII, 144).

# DE HUETE A CUENCA

*Todo Al-Ándalus está ya en poder de los almohades, después de la muerte del rey de Murcia, Ben Mardanix. En Castilla reina Alfonso VIII, el Niño, según le llamaban a la sazón los musulmanes. El nuevo imperio africano se halla en el ápice de su grandeza. El segundo de sus soberanos decide hacer una expedición por tierras conquenses, que había conquistado Alfonso VI y que habían recuperado los almorávides. Abu Yaqub sitia a Huete. La plaza resiste. Una lluvia providencial la salva. El sultán levanta el asedio. La retirada se hace desordenadamente. El ejército visita Cuenca. Se anuncia la llegada de la hueste cristiana. No se llega a pelear y los almohades vuelven a sus bases. He aquí el relato de la segunda parte de la campaña, obra de un contemporáneo que nos informa al detalle de cómo se realizaban por entonces tales empresas.*

## CAMPAÑA DEL SULTÁN ALMOHADE ABU YAQUB YUSUF

Al amanecer del domingo 29 del mes de Dhu-l-qada del citado año 567, [1172], un soldado de la hueste manifestó ya que la retirada se verificaría en este mismo día, y en efecto, redobló el timbal grande, notificándoselo a las tropas, y se originó el natural desconcierto, pues había quien estaba perplejo sin saber qué hacer, mientras que el de firme resolución obraba en conformidad de lo que había oído y en perspectiva de lo que ocurriera.

Cuando los cristianos observaron el movimiento de las tropas, oyeron el redoblar del timbal y comprendieron que los enemigos emprendían la retirada, salieron inmediatamente con sus caballos e infantes, llegaron al río, de cuyas aguas les habían impedido beber desde el día en que formalizaron el cerco, y trabaron combate con las tropas. Las casas y los establos fueron incendiados, mientras el ejército tuvo que luchar y huir precipitadamente, sin que el hermano se cuidara de su hermano, a causa del estado de azoramiento en que se encontraba. Los cristianos llegaron al mercado situado en las inmediaciones del campamento, dieron muerte a los débiles y enfermos y sostuvieron con los musulmanes encarnizado combate. Ordenó el califa a todas sus tropas que se detuvieran hasta levantar las tiendas, fueron éstas recogidas y llevadas por delante, quedando sólo en su sitio el pabellón real hasta la evacuación de todo el ejército. Una vez preparados con sus respectivas huestes, el príncipe Abu Hafs, revestido de su coraza y a caballo, al frente de la cabila de Tinmallal, los jeques de los almohades, al frente de las suyas, las de los españoles, con sus soldados, y los árabes, con

sus tribus; mandó el califa desplazar su tienda, montado a caballo y acompañado de sus milicias, y que redoblaran los timbales y se iniciara la marcha. Las tropas guardaban sus puestos, mientras los cristianos avanzaban y luego retrocedían.

Avanzaron los estandartes por el camino de Cuenca (devuélvala Alá al Islam) despacio y con felicidad; el califa hizo tres millas de camino, yendo a acampar con sus huestes al lugar del salto de agua contiguo al monte de la citada ciudad de Huete, y a tres millas de distancia de ella. No inició el califa este movimiento de retirada, sino después de dejar a sus hermanos los príncipes, con grueso contingente de soldados de guardia en la ciudad de los cristianos, para impedir que éstos persiguieran a los guerreros débiles y enfermos, y junto con los príncipes dejó a Yusuf ben Mardanix, a Ibrahim ben Hamuxk y a Abu-l-Ala ben Garun con las tropas de los *chund* españoles. Entre los citados almohades y los infieles hubo, a orillas del río de la mencionada ciudad, defensa, combates y luchas; allí fueron muertos sesenta cristianos y hechos prisioneros diez; la victoria en aquel día fue para los musulmanes a quienes Dios otorgó auxilio; de regreso al anochecer en el campamento, se mostraron agradecidos a Dios por el éxito de su ataque y de su combate.

La hueste pernoctó en el lugar donde había acampado, con la debida precaución y buena vigilancia, y al amanecer del lunes, último día del mes de Dhu-l-qada, partió el califa con las tropas, del manantial citado, bien ordenadas las huestes, con guerreros esforzados y arqueros en vanguardia y retaguardia. Recorridas cerca de diez millas, hizo alto en un poblado de abundantes cosechas, pero abandonado, y después de apoderarse de cuanto trigo y cebada pudieron llevar, destruyeron el poblado, borraron sus huellas y talaron sus árboles frutales. Aquella noche apareció la luna nueva del mes de Dhu-l-hicha del año citado y la pasaron las tropas mejor que de costumbre.

Al día siguiente, de madrugada, abandonó el califa el poblado, tomando el camino que conduce a la ciudad de Cuenca, con el mismo orden del día anterior, redoblando los timbales en cada altozano que encontraban en el camino que llenaban las tropas a lo largo y a lo ancho, hasta que llegó al río Júcar, a dos millas de Cuenca, por su montaña occidental, donde acampó con su gente. Hicieron éstos una salida por los sembrados que los cristianos tenían allí por concesión otorgada por Muhammad ben Mardanix de usufructuar la tierra de los musulmanes y el convenio con ellos celebrado, por el cual venían obligados a pagar a aquéllos el impuesto territorial correspondiente.

Después de la oración de la tarde del día mencionado, cabalgó el califa en compañía de su hermano el príncipe Abu Hafs y todos sus hermanos los príncipes, su ministro Idris ben Abu Ishaq, los primates de los almohades, el hafiz Abu Bakr ben al-Chadd, su juez Isa Ben Amran, el faqih Abu Muhammad al-Malaqi, jeque de los tolbas al-hadar, los jefes de los *chund*, de los árabes y de cada una de las tribus, y llegaron en su compañía

a la ciudad de Cuenca para contemplarla; también asistí yo a esta gran excursión.

El califa se puso en marcha hasta entrar en la ciudad y en su alcazaba alta, inexpugnable, cuya elevación llega hasta tocar las nubes, que muestra aún huellas de la prosperidad que alcanzó en tiempo de los reyes del Islam y del cuidado que éstos pusieron en hacer de ella un fortísimo baluarte para las vicisitudes de los tiempos. La envuelve, por la parte occidental, el río Júcar con bordes escarpados y precipicios que impiden el acceso a ella; y por la parte oriental, corre otro río, en iguales condiciones para la inexpugnabilidad de la plaza; ambos vierten sus aguas en una gran buhayra o lago que provee de agua a sus habitantes, y que está contigua a la muralla. Se entra a la ciudad por un gran puente, flanqueado en sus dos extremos por dos fuertes torreones protectores, sobre ambos ríos, en jurisdicción de la ciudad. En la parte septentrional tiene un foso labrado en piedra dura, de profundidad equivalente a la estatura de dos hombres aproximadamente, encima va un fuerte parapeto. Este foso tiene escalones construidos bajo tierra, por los cuales se baja al río, para la provisión de agua y para moler los alimentos en los molinos que hay sobre el río, y se vuelve por los escalones con seguridad. Sobre el parapeto, que hay encima del foso, se levanta un gran torreón, de construcción primitiva, y en la parte inferior de los escalones, junto al agua del río, hay una puerta guarnecida con chapas de hierro, que es considerada como la dueña exclusiva de la alcazaba. No hay sitio por donde se pueda atacar esta ciudad más que por el dicho foso y por la al-buhayra, que está bajo la defensa de la ciudad, así como lo están las viñas, nogales y otras plantas (los nogales en su mayor parte), y además los sembrados y la tierra que se extiende por los valles y las llanuras.

Al acercarse el califa a la ciudad y a la alcazaba, salieron a recibirle los exhaustos árabes que la habitaban, con sus familias e hijos, grandes y chicos; el enemigo les había tenido cercados desde hacía cinco meses hasta que, enterado del movimiento de las tropas vencedoras, abandonó el cerco y los dejó como si acabaran de despojarse del sudario y de salir de la tumba. Saludaron al Príncipe de los Creyentes, y éste les preguntó a su vez, cómo se encontraban, rogó a Dios por ellos, les prometió favor, protección, ayuda y aprovisionamiento de víveres, y al efecto ordenó inmediatamente a su tesorero Abu Musa Isa ben Majluf de Chadmiwa que escribiera los nombres de todos los varones, hembras, muchachos y niños que había en la ciudad y que los contara; resultaron ser 700 personas, entre hombres de guerra, mujeres, chicos y niños. Mandó el califa dar a cada jinete doce dinares, ocho al hombre, cuatro a la mujer y esta misma cantidad al niño; les donó además setenta cabezas de ganado vacuno, todas las que tenía en el campamento, les proveyó en abundancia de lanzas, arcos, flechas, escudos y armas; e impuso a todos los soldados la obligación de contribuir con un almud menos un cuarto de grano de trigo o de cebada, en calidad de limosna legal para socorrerlos, cantidad que se apresuraron a entregar los

individuos del ejército. Contribuyeron asimismo con su limosna los primates de los almohades y los jefes de las tropas: el jeque Abu Abad Allah ben Abu Ibrahim les dio una carga de camello de trigo, y otra de hafiz ben Yuqub Yusuf ben Abu Abd Allah ben Tichit; el ministro Idris ben Abu Ishaq y su hijo Yahya hicieron para ellos una compra de granos, por valor de cien dinares cada uno; y de los jefes del ejército recibieron igualmente limosnas, dones y regalos.

Terminada la visita y distribuidas las donaciones, partió el califa al anochecer de aquel mismo día, yendo a pernoctar toda la hueste al lugar donde acamparon. Al anochecer del miércoles, dos del mes de Dhu-l-hicha, ordenó a las tropas que salieran a recoger la cosecha y traerla de los sembrados de los cristianos. Salieron, pues, en cumplimiento de la orden recibida, y al llegar al Burt o Puerto, próximo a Cuenca, se encontraron, en unos tupidos matorrales que había en este lugar, con un gran número de cristianos (con quienes estaban), según los informes, el niño Alfonso y su conde Nuño, en vista de ello se volvieron y contaron al sultán Yusuf lo que pasaba. Fue éste de parecer que para presentar combate había que levantar el campo de aquel lugar y atravesar el Júcar, e inmediatamente montó a caballo en compañía de su hermano, atravesó dicho río, acampó en el monte contiguo a la ciudad de Cuenca, por la buena fortificación y defensa que ofrecía, y dio orden a las tropas de que levantaran el campamento y abandonaran el lugar. Se produjo con este motivo en las huestes un terror pánico semejante al de la retirada de Huete. Empezaron los soldados a marchar precipitadamente hacia el río, pero se encontraron con que no podían atravesarlo más que por un solo vado, e iba muy crecido a causa de los aluviones. La crecida del río y el terror que causaba atravesarlo hacían que los soldados, que ocupaban ambas orillas, gritaran desaforadamente, pues la corriente se había llevado la mayor parte de los vestidos de los que la vadeaban, sin que el hermano se ocupara de su hermano ni el padre esperara a su hijo. Hasta la tarde del citado día duró la terrorífica travesía, y fueron las huestes a reunirse en el lugar arriba indicado.

Los cristianos avanzaron sin interrupción hasta situarse en las cercanías del campamento, ocupado el día anterior por nuestras tropas, en un monte llamado Monte Tumbos, cubierto de espeso bosque y de terreno accidentado. Ambos campamentos estaban a la vista de los beligerantes, separados por el río, que ninguno de los dos ejércitos se decidía a atravesar. Las tropas pasaron la noche que precede al jueves en guardia y cuidado para no ser sorprendidas por cualquier estratagema que se le ocurriera al enemigo; y al amanecer reunió el sultán los jeques de los almohades y las diversas clases de consejeros de cada cabila, y les pidió su parecer: el voto unánime de los almohades fue que debían atacar a los cristianos la mañana del viernes; los árabes, en cambio, optaron por abstenerse de ir al combate, fundados en que, según decían, su hueste necesitaba esparcimiento por tierra donde cobrara alientos y disfrutara a sus anchas, pues se encontraban exhaustos de fuerzas y daban claras muestras de flojedad; por otra parte, aña-

día, los cristianos se han instalado en una escarpada montaña y procurado su seguridad, fortificándose y preparando estratagemas contra sus enemigos. Purificáronse, sin embargo, más y más los propósitos de los almohades y de los *chund* de Al-Ándalus y cumplieron la promesa hecha a Dios acerca de la guerra santa. Con este propósito y pura intención pasaron la noche, y al amanecer del viernes, se dispusieron a llevarlo a cabo y se ocuparon en prepararse para el combate. Un buen contingente de almohades y de las tropas, más la hueste acaudillada por Abu-l-Ala ben Garrun, se pusieron en marcha y llegaron ante el campamento de los cristianos; entre éstos y los musulmanes se desarrolló una lucha de ataques y defensas, de la que resultó victorioso el Islam y convencidos los enemigos que habían incurrido en error al presentarles batalla. La hueste bendita regresó al anochecer a su base, salva y victoriosa, y allí pasó la noche.

Al amanecer del día siguiente, quinto del mes de Dhu-l-hicha, ordenó el Príncipe de los Creyentes que se hicieran preparativos para el combate, y que todo soldado almohade, así como los de todas las cabilas, cada uno con la suya, estuvieran listos para el ataque con la lanza y con la espada. Cabalgaron los guerreros vestidos con corazas, armados y dispuestos en orden de batalla; pero no emprendieron la marcha sin esperar noticias del enemigo, pues el califa había enviado a Abu-l-Ala ben Garrun con una compañía de tropas regulares, al romper la aurora de aquel día, a informarse, según era costumbre, de lo que pasaba en el campamento de los cristianos.

Las tropas permanecieron en su sitio, por orden de categorías y de cabilas, hasta entrada la mañana que llegó Abu-l-Ala con su compañía y manifestó que los cristianos habían levantado el campo y regresado a su país con sus contingentes; entonces el sultán emprendió la retirada, redoblaron los timbales y los jefes tomaron a su cargo la inspección general, según costumbre.

Fue esta retirada de los dos ejércitos enemigos como la despedida que sigue a una cita, a pesar de la oposición que entre ambos había en religión y costumbres. Con el mismo orden y disposición continuaron las tropas su marcha hasta llegar a la montaña que lleva el nombre de Monte de Saumuxa, a diez millas de Cuenca, donde hicieron alto, teniendo a su disposición buena agua y abundantes pastos. Durante esta noche subió el precio de los comestibles: el almud marroquí de cebada alcanzó el precio de dos dirhemes, lo mismo que el de trigo, y el ratl de harina un dirhem.

De la Historia de los almohades de SAHIB AL-SALA (Trad. M. Antuña, Religión y Cultura, Escorial, 1935, aparte 29).

## ELOGIO DE SEVILLA

*La fecunda influencia cultural de Al-Ándalus en el imperio almorávide había provocado un renacimiento en el Magrib, es decir, en el Noroeste de África. Durante el período almohade los literatos africanos llegaron a sen-*

*tirse superiores a los de España y a proclamar la superioridad de su país sobre el de allende el Estrecho. El Xaqundi les humilló en su* Risala, *al parangonar los dos pueblos. En tal epístola hizo el elogio de Al-Ándalus. He aquí sus palabras sobre Sevilla. Sobre la Sevilla que sirvió de capital a la España almohade y que los príncipes de tal dinastía amaron e ilustraron con monumentos todavía en pie: la Giralda y la Torre del Oro, entre otros.*

Sevilla cuenta entre sus excelencias lo templado de su clima, la magnificencia de sus edificios, el ornato tanto de su recinto como de sus alrededores, y ese tan alto grado de refinamiento que hace que el vulgo diga: "Si en Sevilla se pidiese leche de pájaro, se encontraría".

Por su gran río, sube la marea hasta setenta y dos millas tierra adentro, para después bajar, acerca de lo cual dijo Ben Safar:

"El céfiro rasgó la túnica del río, al volar sobre él, y el río se desbordó por sus márgenes para perseguirle y tomar venganza.

"Pero las palomas se rieron de él, burlándose al abrigo de la espesura, y el río, avergonzado, tornó a meterse en su cauce y a ocultarse en su velo".

Supera este río a todos los demás en que sus riberas están bordeadas de quintas y de jardines, de viñedos y de álamos, que se suceden sin interrupción, con una continuidad que no se encuentra en ningún otro río. Me contó una persona culta, que había visitado El Cairo y a quien yo pregunté por el Nilo, que los jardines y las quintas no se suceden en sus márgenes con la continuidad con que se suceden en el río de Sevilla. Del mismo modo, otra persona, que había estado en Bagdad, ponderaba este río porque en él no falta nunca la alegría y porque no están prohibidos en él los instrumentos músicos y el beber vino, cosas que no hay nadie que repruebe o critique, mientras la borrachera no degenere en querellas y pendencias. Algunos de sus gobernadores, celosos en materia de religión, intentaron suprimir ese estado de cosas, pero no pudieron lograrlo.

Los sevillanos son las gentes más ligeras de cascos, más espontáneas para el chiste y más dadas a la burla, aun empleando las más feas injurias; y de tal suerte están habituados a esto y lo tienen por hábito, que entre ellos es considerado odioso y cargante el que no se dedica a tales cosas y no da y acepta esta clase de bromas.

Acerca del Aljarafe de Sevilla, ya has oído lo que dijo uno de los autores de muwaxxahas, en una, compuesta en alabanza de Al-Mutadid ben Abbad:

Sevilla es una novia
cuyo esposo es Abbad:
el Aljarafe es su corona;
su collar es el río.

Es decir, que el Aljarafe (xaraf) ha reunido toda la excelsitud (al-xaraf) que quiso. Sus productos cubren las regiones de la tierra y el aceite que se prensa en sus olivares es exportado hasta la propia Alejandría. Sus

aldeas superan a todas las otras aldeas por el primor de sus construcciones y por el celo con que sus habitantes las cuidan por dentro y por fuera, hasta el punto de que parecen, de encaladas que las tienen, estrellas blancas en un cielo de olvidos. A uno que había visto el Cairo y Damasco le dijeron: "¿Qué te gustó más: esas dos ciudades o Sevilla?", y contestó, después de preferir a Sevilla: "Su Aljarafe es un bosque sin leones y su río es un Nilo sin cocodrilos".

Habrás oído hablar de los Yibal al-rahma, en el exterior de la ciudad, y de la abundancia que hay en ellos de higos cotíes y xaharíes, especies ambas que, según la opinión unánime de los que han recorrido las comarcas de la tierra, no tienen par fuera de Sevilla.

También habrás oído las especies de instrumentos músicos que hay en esta tierra, tales como aljayal, al-kariy, al-'ud (laúd), al ruta, al rabab (rabel), al-qanun, al-munis, al-kanira, al-qitar (guitarra), al-zulami, al-sugra y al-mura (que son dos flautas, una barítona y otra tiple), y al-buq (albogue). Aunque todos estos instrumentos existan en otras ciudades de Al-Ándalus, en Sevilla es donde hay más y más a la mano. En cuanto a Berbería no hay nada de esto, fuera de lo que ha sido llevado de Al-Ándalus. Sus instrumentos propios son al-duff (adufe), aqwal, al-yara, abu-qarun, la dabdaba de los dudaneses y el hamaqi de los berberiscos.

Sus mujeres, sus vehículos (tanto terrestres como marítimos), sus guisos y sus frutos (lo mismo frescos que secos), son especies que en el reparto del mérito han acogido la parte más copiosa. En cuanto a sus casas, ya tienes noticias de su perfección y del celo con que las cuidan sus propietarios. En la mayoría de ellas no falta agua corriente, ni árboles frondosos, tales como el naranjo, el limero, el limonero, el cidro y otros.

Sus sabios en toda rama de saber, elevada o humilde, seria o jocosa, son muchos para que puedan contarse y muy célebres para que tengan que ser citados.

Tocante a los poetas que hay en ella, así como compositores de muwaxxahas y zéjeles, son tantos, que, si se distribuyesen por Berbería, sería ésta estrecha para contenerlos, y, sin embargo, todos alcanzan la gracia y los regalos de los magnates de la ciudad.

Mi único propósito, al mencionar cuanto he citado respecto a esta noble población, ha sido dar con ello una idea representativa de las excelencias de todo Al-Ándalus, pues, aunque ninguna de las ciudades está falta de nada de eso, sin embargo, he puesto a Sevilla, mejor dicho, la ha puesto Dios, como madre de todas sus ciudades y centro de su gloria y de su excelsitud, puesto que es la mayor de sus poblaciones y la más grande de sus capitales.

De la *Risala* de AL-XAQUNDI (Trad. García Gómez: Revista de Occidente, XI, 1933, 347).

# CAMPAÑA DE LOS ALMOHADES CONTRA LAS MILICIAS DE ÁVILA

*Como durante las guerras civiles que padecieron León y Castilla en el reinado de doña Urraca (1109-1126) y en los comienzos del de su hijo Alfonso VII, a lo largo de la turbulenta minoría de Alfonso VIII —empezó en 1159—, los concejos de la frontera, nacidos al Norte y al Sur de las Sierras de Guadarrama y Gredos, tomaron a su cargo la lucha contra los musulmanes. Les tocó pelear contra el gran ejército almohade que había conquistado la Península. Sus milicias resistieron y atacaron, llevando la guerra al corazón del país enemigo. Entre las huestes concejiles, que más se habían distinguido en la pelea contra los almorávides, habían figurado las de Ávila. La mesnada abulense continuó constituyendo pesadilla torturadora para los almohades. Su califa Abu Yaqub decidió, a la postre, hacer un esfuerzo supremo para acabar con los de Ávila, y envió a su hermano, contra ellos, al frente de un poderoso ejército. Con ardides lograron vencerles y la recepción solemne con que fue celebrada la victoria en la corte musulmana, descubre la trascendencia concedida en ella al triunfo alcanzado sobre los caballeros abulenses.*

En el mes bendito de Xaban del mismo año [de 1175], salió de la ciudad de Ávila el conde viejo, el condenado Xanmanis, conocido entre los habitantes de la frontera y entre los musulmanes por "el Giboso", jefe de los cristianos de Ávila y encargado de la dirección de la guerra, en tiempo de la rebelión, contra los musulmanes en Al-Ándalus. ¡Cuántos estragos causó al Islam en la época de sus expediciones al frente de su mesnada, y aun después cuando ya estaba cascado, viejo y cargado de años, lanzando algaras contra los musulmanes por Oriente y Occidente, por el Sur y por el Centro, con huestes formadas por sus hermanos los cristianos, a quienes llevó hasta la península de Tarifa y hasta Algeciras, obligando a los musulmanes a beber el cáliz amargo de sus estragos, sin que le arredrara la lluvia, ni el frío persistente ni el calor ni contrariedad alguna de esta naturaleza que le sobreviniera! Ahuyentaba los ejércitos de musulmanes enviados contra él y destruía los poblados de los creyentes, hasta que Dios permitió que fuera muerto y aniquiladas sus milicias abulenses, en esta fecha, para dicha de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes.

Salió pues de Ávila, en el mes citado, con dirección a la provincia de Sevilla contra aquellas comarcas que él visitara en su tiempo, durante la rebelión, llegó con su mesnada al Guadalquivir, lo atravesó con sus tropas por el vado que se encuentra entre el castillo de Balma y el de Al-Charf, sobre la tumba denominada Sepulcro del Sahid al-Garib, hizo incursiones por territorio de Écija, que atravesó, dirigiéndose al mediodía de Córdoba, a la Qanbaniya, donde se apoderó de rebaños de ovejas que pastaban, en número aproximado de cincuenta mil cabezas, y de ganado vacuno, como unas doscientas cabezas; hizo prisioneros a más de ciento cincuenta musul-

manes y se dirigió infatuado al vado que hay por encima de Córdoba, por nombre Balyaras, junto a Al-Qusayr, por donde hizo pasar su presa y los cautivos musulmanes que llevaba prisioneros con las manos atadas a la espalda, pidiendo a Dios viniera en su auxilio.

El califa había tenido ya noticia de este tirano, de su salida y de sus preparativos, así que tenía dada orden a sus victoriosas tropas que se prepararan para la lucha y le esperaran con los medios de que podía el sultán disponer.

Cuando tuvieron lugar los hechos que arriba dejamos expuestos, salió el ejército de Sevilla, el jueves trece del mes bendito de Xaban, al frente del cual puso el califa a su hermano el príncipe Abu Zakariyya Yahya, acompañado de su hermano Abu Ibrahim Ismail, de los Banu-al-Yamaa, como Abu Abd Allah ben Abi Ibrahim y Abu Yaqub Yusuf ben Abi Abd Allah ben Tichit, de los jeques de los almohades y de los árabes con una selección de sus cabilas y de sus valientes jinetes e infantes; se apresuraron a partir para la guerra santa y seguir de cerca a los enemigos de Dios, los cristianos, atravesando el Guadalquivir por el vado del río de Córdoba de Qatanyana, se encaminaron por la orilla del río a Córdoba, donde llegaron la mañana del domingo diecisiete del citado mes.

Los cristianos habían atravesado el río por el vado de Al-Qusayr la tarde anterior a la llegada de los almohades, según hemos indicado. Se reunieron éstos con el jeque Abu Afs ben Yahya y trataron con él del plan que habían de seguir y convinieron todos en que lo que procedía era seguir a los cristianos a donde éstos fueran, aunque tuvieran que llegar a la ciudad de Ávila para lograrlo. Purificaron sus almas los musulmanes para la campaña, dirigieron a Dios sus intenciones, enmendaron sus faltas mediante la obediencia a sus mandatos y formaron una resolución inquebrantable. Desde el primer momento formó con ellos el jeque Abu Hafs, al frente de todas las tropas almohades de Córdoba; y después de hacer acopio de provisiones, de forraje y alimentos, en cantidad suficiente para la campaña, se fueron a combatir a los enemigos de Dios; al anochecer del citado domingo continuaron la marcha, con precaución, hasta que llegaron al castillo de Patruch, que estaba desierto, sin un alma. A causa de la rapidez de la marcha enfermaron algunos soldados, y se decidió que todo el que se sintiera indispuesto se quedara en este castillo, encomendando la persecución del enemigo a los más fuertes y valerosos de los almohades, de los *chund* y de los árabes: así se hizo, y continuaron el avance, precedidos de un explorador del gremio de los adalides, el hafiz Abu Umram Musa ben Hammu al-Sinhachi, señor de Évora antes, a quien designaron por sus dotes de sagacidad y conocimientos de lo que pasaba en las fronteras, para tenerles al corriente, a cada instante, de las marchas y paradas de los cristianos, así como de los lugares donde se alojaban y del orden que seguían en sus excursiones, y además para sorprender sus secretos. No hacían jornada alguna que no fuera objeto de su observación, y daba cuenta al citado jeque y a los almohades, de lo que pasaba en el campo enemigo.

Al amanecer el miércoles 19 de Xaban, los cristianos y su jefe el condenado tirano, aplazaron la partida del lugar donde estaban alojados, que era el llamado Vega de Karkawai, en las cercanías de Calatrava; el hafiz Abu Umram dio parte de este aplazamiento por él observado, el mismo día; los almohades atribuyeron la actitud del enemigo a que se había enterado de que era por ellos perseguido y que se proponía presentarles batalla en este amplio lugar, así que todas las tropas musulmanas se dispusieron para el combate, se vistieron sus cotas de malla, se calaron los cascos, brillantes como el sol, y empuñaron sus armas. Mientras tanto el infiel descansaba en las delicias de la despreocupación y de su vanidad, con sus huestes, persuadido de que no había quien le atacara ni quien se le pusiera delante, a lo cual estaba acostumbrado desde muy antiguo, muy lejos de creer que el decreto de Dios ya le tenía cercado y reducido a trizas.

Informado Abu Umram de que todas las tropas enemigas continuaban en el mismo estado, decidieron los musulmanes inmediatamente atacarlas y salir a su encuentro para trabar combate, pero el cristiano emprendió entonces la marcha: los dos ejércitos se veían cuando pasaban por un desfiladero o atravesaban un riachuelo. Dios desenvainó su espada contra ellos: sobrecogidos de terror y espanto, huyeron a un monte elevado que no se puede escalar más que por un solo camino y éste cubierto de espeso bosque, persuadidos de que allí encontrarían su salvación, y no sabían que en aquella ruta les esperaba su lecho de muerte, el lugar de la derrota y el fin de la vida y que sus carnes servirían de pasto a las fieras y a los hambrientos pájaros. Subieron consigo a aquel monte los prisioneros y el botín.

Los almohades, una vez dispuestos en orden de batalla, avanzaron por delante de sus banderas, juntáronse con los enemigos y subieron por el monte con verdadero predominio sobre el enemigo. Había reunido con anterioridad "el Giboso" Abu Barda sus soldados, a los cuales excitó a combatir con denuedo y les dijo: "Yo estaré sentado en mi tienda en la cumbre de este monte, desde donde os veré y contemplaré vuestra faena". Trabaron combate los almohades con los cristianos en aquel monte abrupto, cubierto de boscaje y de piedras, hasta el punto de que a ningún jinete se le podía mandar recorrerlo; y después de medio día de herir con la lanza y con la espada, de combatir y luchar, Dios derrotó a los infieles y los exterminó hasta el último. Llegaron los almohades a la tienda donde estaba sentado el maldito "Giboso" y allí mismo fue asesinado y decapitado, y además ejecutados cuantos estaban en su compañía.

Continuó en aquel monte, y en la vega contigua, la matanza de cristianos hasta que las sombras de la noche se interpusieron entre ambos enemigos. Fueron muy pocos los cristianos que se salvaron, como unos doscientos jinetes solamente... que se ocultaron de noche en la selva, sin cabalgadura. Perecieron en esta derrota los adalides de los cristianos y lo peorcito de la gente de Ávila, que se vio privada después de jefe que los acaudillara en sus campañas, ni tuvieron mancebo alguno que se levantara, erigiéndose en caudillo, hasta esta fecha. Dios concedió a los musulmanes en calidad de

botín, las armas y víveres que los cristianos tenían preparados para el tiempo que durara su campaña por tierras del Islam, persuadidos de que no se verían obligados tan pronto a abandonarlas, así como todo ello pasó a manos de los musulmanes, mientras los enemigos de Dios se vieron precisados a huir, después de haber recibido el castigo, la derrota, y de haber experimentado la pena de su tremendo fracaso, sin que el hermano se ocupara del hermano, ni el hijo de su padre.

Fueron rescatados todos los cautivos musulmanes y recuperado todo el ganado, el vacuno y el lanar, que pasó a poder de sus legítimos dueños y señores: y los almohades se apoderaron de gran copia de adargas, cascos, caballos, mulos y jumentos; no sólo alcanzaron el mérito de la obra de la guerra santa, sino también botín y recompensas.

Reunidas las cabezas de los cristianos, fueron llevadas a presencia del jeque Abu Hafs y de los príncipes Abu Zakariyya y Abu Ibrahim. Se mandó traer un cautivo cristiano que distinguiera las cabezas, y éste vio entre ellas la del infiel "Giboso", que mandaron llevar inmediatamente a presencia del sultán en Sevilla; el encargado de esta misión fue Yahya ben Abi-l-Ula ben Abu ben Ishaq ben Yamic, quien partió al momento aquel día, no cesó de caminar día y noche, llegando a Córdoba al amanecer; allí encontró al príncipe Abu Said Uthman, hijo del califa, que vino de Granada a continuar esta campaña; estuvo Yahya con él, pero nada le dijo de la misión que llevaba; salió sin tardanza de Córdoba, caminó todo aquel día y llegó a Sevilla al anochecer ¡que ya es caminar! Yo presencié su llegada: no se tenía de cansancio, se tambaleaba, por falta de sueño, como un beodo. Tanto él como sus compañeros de viaje entraron inmediatamente a visitar al Príncipe de los Creyentes. Fue Yahya ben Abi-l-Ula, por su especial condición, quien hizo el relato de la conquista y expuso de un modo acabado la ayuda que Dios prestó a los musulmanes.

En la descripción de esta jornada victoriosa para el Islam estuvo Yahya más elocuente que Araz, cuando Al-Hachchach le mandó llevar a Abd al-Malik ben Marwan la cabeza de Abd al-Rahman ben Muhammad ben al-Axat.

Resonaron los timbales y concurrió la gente a felicitar al califa, rendirle pleito homenaje y besar su mano por el éxito obtenido, resultando aquel día glorioso y bendito. Pronunció un discurso Abu Bakr ben al-Chadd, que estuvo admirable, habló a continuación al cadí Abu Musa ben Umram, siguiendo a aquel orador o... y atribuyó esta gran victoria y excelente nueva al jeque Abu Hafs, pues a su presencia fue debida la derrota de los infieles y merced a sus planes exaltó Dios su religión, con esta victoria, mediante las largas lanzas y las espadas de cortante filo. ¡Cuánta sangre de hijos ilegítimos vertió, y a cuántos malhechores aniquiló! Él fue el consejero del califa antiguamente, y ejerció éste el gobierno con rectitud.

Llegó la nueva de la victoria, que produjo esta grandísima alegría, el viernes 21 del bendito mes de Xaban, tres días después del suceso, y el sábado 22, dio audiencia al califa, que se sentó con su hermano el príncipe

Abu Hafs en el salón de la derecha de su alcázar, situado dentro de la alcazaba de Sevilla, donde se celebró la recepción con motivo de las felicitaciones por el triunfo obtenido. Allí se presentaron por orden riguroso de categoría, los almohades, los jeques de los tolbas, Al-Hadhar; los jurisconsultos, secretarios y predicadores; se dio permiso para entrar, con el debido orden, a los literatos y poetas que estaban a la puerta, para felicitar al califa: fue su introductor el ministro Abu-l-Ula Idris ben Chami, a quien acompañaba el jurisconsulto Abu Muhammad al-Maliqi, Xayi de los Tolbas. Pronunció el discurso el asceta Abu Muhammad Abd al-Wahid ben Umar, primero en berberisco, sirviéndose, en la exposición de sus conceptos, de la lengua y estilo de los almohades, después expuso estas mismas ideas en árabe, para inteligencia de los individuos que hablaban esta lengua. Hicieron uso de la palabra a continuación Abu Bakr ben al-Chadd, Abu Musa ben Umram y Abu Muhammad al-Maliqi. Recitaron los poetas sus poemas compuestos ad hoc, siendo el primero Abu Ali ben al-Axri, cuyos versos agradaron mucho y se le recordó con elogio, a éste siguieron otros poetas marroquíes y sevillanos, invirtiendo bastante tiempo en el recitado; por fin, se levantó Abu Muhammad al-Maliqi, recogió las cuartillas de las composiciones poéticas de los demás vates y las puso en manos del Príncipe de los Creyentes, quien dió orden de que inmediatamente se les entregaran regalos; y recibieren los de primera categoría cincuenta dinares, y los de segunda y tercera, cuarenta y cincuenta, respectivamente. Todos los presentes rindieron pleito homenaje al califa y besaron su bendita mano. Con este acto se acabaron los festejos y desde entonces continuaron las victorias.

La noticia de la derrota sufrida por los habitantes de Ávila y de la muerte de su adelantado y jefe "el Giboso" se propagó por todas las comarcas. Los supervivientes referían en las iglesias a sus sacerdotes y condes cómo sus correligionarios habían sido muertos en aquella funesta jornada, lo cual les produjo terror y miedo, y sus corazones se partían de dolor a causa de la muerte de los suyos. A raíz de estos sucesos fue dirigida contra ellos una nueva expedición, compuesta de tropas de a pie y de a caballo y sucedió lo que vamos a referir.

De la Historia de los almohades de Sahib Al-Sala (Trad. M. Antuña, Religión y Cultura, El Escorial, 1935, aparte 46).

## SIEMPRE LUCHANDO

*La derrota de las milicias concejiles abulenses por los almohades no puso fin a las luchas entre cristianos e islamitas. Ora tomaban la iniciativa éstos, ora eran los reyes de Portugal o de Castilla quienes realizaban grandes campañas en Andalucía. Alfonso VIII sobre todo tenía atemorizados a los andaluces que llegaron a temer por Córdoba. He ahí el relato de varias de tales contiendas según noticia de los mismos musulmanes. Nuevas pruebas de la continuidad de los sangrientos choques entre las dos Espa-*

*ñas, europea y africana, frente a la falsa imagen de su frecuente y pacífica convivencia.*

En este año tuvieron también otra derrota los cristianos en el mar; ello fue que el caid de Ceuta, Abd Allah b. Yami, que era su gobernador, desde que fue cautivado Ganim b. Mardanix, salió de ella con la escuadra y salió el caid Abud-I-Abbas, el siciliano, de Sevilla, con la suya, y reuniéndose todos en la isla de Cádiz, llegaron a completarse cuarenta galeras. Partieron desde ella todos hacia la región de Silves y se encontraron con la escuadra de Lisboa en el sitio en que fue cautivado Ganim b. Mardanix y derrotado a mediados de Muharram del año anterior. Se encontraron ahora también el 15 de Muharram [31 de Mayo de 1181], lo cual fue una de las cosas más extraordinarias y Dios dió a los musulmanes este día una victoria bendita; fueron muertos muchos cristianos y se cautivó a unos mil ochocientos, sin que muriese en el encuentro más que un hombre musulmán. Se le cogieron unas veinte galeras con sus bagajes y armas; repartieron entre sí el botín, los cautivos y demás, y se volvieron vencedores y triunfantes a su puesto. Se apresuraron los dos citados caides, Ibn Yami y el Siciliano a enviar su botín de cautivos al Amir al-Múminin, quien dio una parte de ellos para el rescate de Ganim b. Mardanix y decapitó a los restantes.

Insistió la caballería de Santarem en atacar parte del país musulmán en el Aljarafe y otros sitios; salió contra ellos el ejército musulmán de Sevilla; trabaron batalla y fueron muertos en ella unos ciento setenta cristianos; luego salieron sus celadas y fueron derrotados los musulmanes, sufriendo el martirio muchos de ellos. Luego reiteró la caballería de Toledo su ataque contra Écija y la región de Córdoba y se dio cuenta de ello el Califa en su capital.

El año 578 [7 de mayo de 1182 a 25 de abril de 1183] ocurrieron en Al-Ándalus sucesos abominables; entre ellos que la caballería de los cristianos de la región de Santarem y de Lisboa llegaron a la aldea de Saluqa —Sanlúcar— en el Aljarafe y la atacaron con mil jinetes y mil infantes; mataron a los musulmanes que encontraron, cautivaron, saquearon y lanzaron algaras sobre Aznalcázar y otros castillos; se retiró este enemigo por el camino de Niebla con abundante botín, llevándose a los musulmanes cautivos. Otra desgracia fue la salida del cruel enemigo, Alfonso, el pequeño, contra el país de los musulmanes con su odioso contingente, creyendo que se apoderaría de Al-Ándalus. Llegaron a Sevilla emisarios de Córdoba, informando que el tirano Alfonso, hijo de Sancho, rey de Castilla y de Toledo, había llegado con sus tropas para sitiar a Córdoba, donde los precios subieron mucho.

Luego vino a continuación la noticia de que la había sitiado y de que se había trasladado a ella con sus odiosas tropas, el 4 de Safar [9 de junio de 1182]; acampó en sus cercanías y lanzó algaras por el lado de Málaga, Ronda y Granada. Los precios subieron con esto y fue grande el aprieto.

Resolvió Ibn Wanudin enviar a los almohades para mantener en orden el país próximo a Sevilla y le reforzó con hombres, que impidieron algunos daños de los cristianos en el llano de Carmona. Abu Abd Allah b. Wanudin, con gran energía y decisión, vigilaba alrededor de Sevilla y la caballería del enemigo corría a derecha e izquierda, robando y arrasando; luego sitió a Écija y la apretó hasta abrir brechas en sus murallas y estuvo a punto de apoderarse de ella. Era su hafiz Abu Muhammad b. Ta Allah al-Kumi y Dios lo mantuvo firme en ella y aseguró los pies de los musulmanes.

Al llegar el jueves, 13 de Safar [18 de junio] levantó el cerco de Écija, dirigiéndose a Sevilla. Permaneció el enemigo asolando y arruinando y entretanto entró en un castillo del distrito de Ronda, por traición de un judío que le descubrió sus puntos desguarnecidos; cogieron en él mil cuatrocientas almas entre hombres y mujeres y quemaron los sembrados en las zonas de Algeciras y de Ronda, hasta reunírseles de todas aquellas comarcas un número incontable de ganados.

Otra desgracia fue también la toma por el enemigo del castillo de Santafila y de Almenar, a pesar de las fortificaciones de ambos y de su elevación. Aspiró el enemigo a tomar otros y dijo a sus condes, cuando tomó Santafila: "ahora tomaré Córdoba y Sevilla". Se apoderó de ella el 17 de Safar [22 de junio de 1182] y cautivó en ella entre hombres y mujeres setecientas personas que rescató la gente de Sevilla por dos mil setecientos cinco dinares de oro, de los cuales entregó Ibn Zuhr de su peculio cien dinares contantes y el resto lo reunió la gente en la mezquita.

Otro suceso atemorizador fue el encastillarse el enemigo en Santafila y el poblarla con cristianos y el llevar a ella víveres y el fortificarla con pertrechos y equipos de guerra. Cuando cumplió su propósito, instaló en ella quinientos jinetes y mil infantes y se comprometió con ellos a defenderlos y socorrerlos. Dio la vuelta para su país el 13 de Rabi al-awwal de este año [17 de julio de 1182]. Asoló las regiones de Al-Ándalus durante cuarenta y cinco días y cuando se comprobó la retirada del enemigo a su país, convinieron los almohades en sitiar a Santafila y acabar con su grave mal.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Trad. Huici. Col. Crónicas árabes de la Reconquista, II, 40).

## ABU YAQUB MUERE EN ESPAÑA

*Abu Yaqub había gobernado Al-Ándalus en nombre de su padre, Abd al-Mumin. En Sevilla, donde residió, había tratado a los filósofos, juristas y escritores andaluces, y con ellos se había formado culturalmente. Prendado de España, en ella residió con frecuencia, a ella consagró atención especial y en ella peleó: con los musulmanes insumisos al poder almohade y con los reyes cristianos del Norte. En una de esas campañas, en el sitio de Santarem contra Alfonso Enríquez, fue herido de muerte. Falleció de regreso a Sevilla, quedando así su nombre vinculado a la tierra*

*española. A pesar de su enorme poderío y del fraccionamiento de la cristiandad en los cinco reinos de España —Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón—, el ímpetu guerrero de éstos suplía, a veces, a la flaqueza de sus fuerzas y ocasionaba, de vez en vez, graves contrariedades a los africanos.*

En 579 [1184-1185] Abu Yaqub se dispuso a hacer la guerra a los cristianos y convocó a tal efecto a los habitantes de las montañas y de las llanuras, masmudas, árabes y los otros. Se dirigió con sus tropas hacia la Península, atravesó el mar con su ejército y marchó a Sevilla, porque allí se encontraba su morada, y la de aquel de sus hijos encargado del gobierno del país cuando estaba en él. Permaneció en Sevilla el tiempo necesario para que sus huestes reparasen sus efectos y cargaran municiones y se dirigió desde ella a Santarem —quiera Alá devolverla a los musulmanes—! Se halla esta ciudad en el Occidente de la Península, y es de las más fuertes; pertenece, como las regiones vecinas y otras muchas tierras, a un rey cristiano llamado Ben al-Riq (Alfonso Enríquez). El Príncipe de los Creyentes fue a sitiar la ciudad y la cercó muy estrechamente; cortando los árboles de los alrededores, devastando los campos y haciendo incursiones en las vecindades. Cuando Ben al-Riq supo de manera positiva que Abu Yaqub marchaba contra él, se dio cuenta de que no podía rechazarle ni resistirle, no tuvo otro cuidado que el de reunir los grandes de su corte, los jefes de sus tropas, sus principales oficiales y sus secuaces, para retirarse con ellos en Santarem, porque confiaba en la fuerte posición y en la inexpugnabilidad de tal ciudad. Procuró llenarla de víveres, de armas y de todo lo necesario. Guarneció las sólidas murallas con guerreros provistos de escudos, arcos y lanzas, y Abu Yaqub encontró por ello la plaza bien preparada y defendida con todo lo preciso. La ciudad se hallaba además situada sobre el Tajo, uno de los ríos más grandes y famosos de Al-Ándalus.

El sitio riguroso que la hizo sufrir, la interrupción de su aprovisionamiento en víveres y de todo socorro, no produjeron otro efecto que aumentar la bravura y el espíritu de resistencia de sus habitantes, tanto que los musulmanes temieron ser sorprendidos por el frío, porque estaban a fines de otoño, y temieron también, en caso de crecida del río, no poder atravesarle ni reunir socorros.

Ante tales consideraciones el príncipe recibió el consejo de regresar a Sevilla. Se volvería contra Santarem cuando la estación fuese favorable o se enviaría a alguien para tomar posesión de la ciudad, porque se le dijo que estaba virtualmente en sus manos y nada podría impedir su caída. Abu Yaqub aceptó tal opinión y, de acuerdo con sus consejeros, decidió partir al día siguiente. Pero tal orden, adoptada en consejo privado, no obtuvo la publicidad suficiente. El primero que levantó su tienda fue Abu-l-Hasan Ali ben Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Malaki, cuyo padre había sido cadí de Abd al-Mumin. Abu-l-Hasan era bien conocido y era llamado, en atención a sus funciones, predicador del califato. Era versado en de-

recho, sabía bien las tradiciones, era buen poeta y escritor distinguido. Cuando se vio su tienda recogida, se imitó su ejemplo, por confiar en la seguridad de sus informaciones, vista su posición en la corte. La tarde misma la mayor parte de las tropas atravesó el río, porque todos querían tomar la delantera, a fin de evitar los apremios de última hora, y a fin de elegir el mejor lugar para acampar. No permanecieron en su puesto sino los que se encontraban en las cercanías de la tienda real. Los demás, sin que el príncipe supiera nada, se dedicaron durante toda la noche a atravesar el río. Los cristianos cuando vieron (a los enemigos cruzar el Tajo), informados además por los espías que tenían en el campo musulmán, de la marcha de Abu Yaqub y de su ejército, ante el desorden que reinaba en éste y la dispersión de la mayor parte de las tropas enemigas, aprovecharon la oportunidad que se les brindaba. Numerosos jinetes cargaron contra los que encontraron al paso, los empujaron delante de sus caballos, llegaron hasta la tienda real, y a su puerta dieron muerte a gran número de oficiales del *chund*, la mayor parte naturales de Al-Ándalus. Alcanzaron hasta el príncipe mismo que recibió una lanzada en el bajo vientre, de la que murió algunos días después. Sin embargo, tras el choque, los cristianos fueron forzados a retroceder y a volver a la ciudad, pero no sin haber obtenido algún éxito. Se transportó al príncipe al otro lado del río y después de haberle instalado en una litera de mujer se comenzó la marcha. Cuando inquirió la causa que había provocado el movimiento de las tropas motivo del desastre y supo lo que había hecho Abu-l-Hasan al-Malik, dijo que recogería los frutos de su conducta. El predicador, informado de tal amenaza, para salvar la cabeza, huyó a Santarem cerca del rey cristiano Ben al-Riq, que le recibió con honor y le asignó una hermosa morada, así como una pensión considerable.

La herida de Abu Yaqub se agravó después que le transportaron al otro lado del río; y no habían hecho dos o tres jornadas cuando murió. Sé, por alguien que tomó parte en tal expedición, que entre la plegaria del mediodía y la de la tarde corrieron por todo el campo musulmán estas palabras: "¡Las últimas plegarias, las últimas plegarias por un personaje de importancia!" Todo el mundo las recitó, pero nadie supo, salvo los íntimos de la corte, de quién se trataba. Se llegó así a Sevilla, donde se detuvo el ejército; fue embalsamado el cadáver, se le colocó en un ataúd y fue enviado bajo la custodia del chambelán Kafur, liberto del difunto, a Tinmalal, donde fue enterrado junto a Abd al-Mumin y a Ben Tumar. Su muerte había tenido lugar un sábado, poco antes de la puesta del sol, el 7 de Rachab del 580. Su hijo Abu Zakariyya Yahya me ha contado que poco antes de su muerte repetía frecuentemente este verso:

"El día y la noche han arrollado lo que yo había desplegado y las vírgenes de ojos grandes han dejado de reconocerme".

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 222).

# LA POESÍA EN LA ESPAÑA ALMORÁVIDE Y ALMOHADE

*La poesía hispano-árabe sobrevivió al huracán de barbarie que la invasión almorávide desencadenó sobre España. Por el momento se replegó en sí misma y espíritus cuidadosos se ocuparon de salvar sus viejas esencias, mediante antologías como la* Dajira, *de Ben Bassam (m. 1147), y los* Collares de Oro, *de Ben Jaqan (m. 1134). Después, los sucesores de Yusuf ben Taxufin sucumbieron al embrujo de la cultura andaluza, llegaron a ser más españoles que africanos y protegieron a los escritores y poetas hispanos: ya en su corte misma, ya en las capitales de sus gobernadores de Al-Ándalus. Entre todos esos poetas se destacan dos levantinos: Ben Jafacha (1058-1138), y su sobrino Ben al-Zaqqaq (m. 1134). El primero gustó de describir paisajes y jardines, y el segundo revolucionó las gastadas metáforas de la poesía andaluza. Pero ambos representan, como Góngora en las letras castellanas, la cima de la lírica neoclásica. En ciertos medios de la sociedad hispano-almorávide surge al mismo tiempo un gusto por lo vulgar que mueve a los poetas a acudir a las formas populares del "zéjel" y la "muwassaha" y les lleva a hacer sonar la lira satírica y hasta la lira obscena. El rey de los zejeleros y libertinos andaluces fue Ben Quzman (m. 1160). Sus poemas eran juguetones y desvergonzados, como baladas callejeras o como destinados para tertulias de mozos elegantes y depravados. La dominación almohade da empleo a muchos talentos andaluces. Mas el Islam andaluz se iba agotando, se extingue la influencia oriental y la España mora vive de su pasado. Las ciencias españolas llegan a su apogeo, pero la poesía no remonta su vuelo muy alto. Sigue habiendo pléyade de poetas, la escuela levantina se sobrevive a sí misma y las banderas almohades tienen un cantor español. Mas vence la poesía popular y el zéjel sonriente y burlón triunfa en las callejas sevillanas; y allí canta el más famoso poeta de la época: un judío converso, Ben Sahl (m. 1251). La decadencia de Al-Ándalus y los triunfos cristianos mueven a muchos de sus ingenios a expatriarse. La España musulmana devuelve entonces a Oriente la influencia de él recibida durante siglos. Y los poetas andaluces llenan las ciudades orientales y africanas con sus inquietudes místicas y sus soñadas fantasmagorías. Un nombre debe destacarse entre ellos: el del murciano Ben Arabi (1165-1240), precursor del Dante.*

## POESÍA CULTA

### LOS VASOS

Eran deseados los vasos cuando vinieron a nosotros; pero, cuando estuvieron llenos de vino puro,

se aligeraron y estuvieron a punto de volar con lo que contenían, del mismo modo que los cuerpos se aligeran con los espíritus.

De Idris Ben Alyaman, de Ibiza (Siglo XI).

## LAS ROSAS

Las rosas se han esparcido en el río, y los vientos, al pasar, las han escalonado con su soplo,

como si el río fuese la coraza de un héroe, desgarrada por la lanza, y en la que corre la sangre de las heridas.

De Ben Al-Zaqqaq, de Alcira (m. hacia 1135).

## ESCENA BÁQUICA

Escancia en rueda el vino en el jardín cubierto de escarcha. La sentencia de la aurora se cumple ya sobre las tinieblas.

El vaso de vino nos mira con las pupilas de sus burbujas, que substituyen para nosotros a los ojos lánguidos.

No es que se hayan ocultado las estrellas del horizonte, sino que se han trasladado de los cielos a los jardines.

De Ben Al-Zaqqaq, de Alcira (m. hacia 1135).

## EL ARCO

Me maravillo de la ingratitud del arco, porque no es leal con las palomas del boscaje.

Cuando era rama fue su amigo, y, ahora que es arco, las persigue. ¡Así son las vicisitudes de los tiempos!

De Ahmad Ben Waddah, apodado Al Buqayra, de Murcia (m. hacia 1135).

## EL CABALLO ALAZÁN

Era un caballo alazán con el cual se encendía la batalla con un tizón de coraje.

Su pelo era del color de la flor del granado; su oreja, de la forma de una hoja de mirto.

Y, en medio de su color bermejo, surgía en su frente una estrella blanca, como las níveas burbujas que ríen en el vaso de rojo vino.

De Ben Jafacha, de Alcira (1058-1138).

## ESCENA DE AMOR

Cuando la noche arrastraba su cola de sombra, le di a beber vino oscuro y espeso como el almizcle en polvo que se sorbe por las narices.

La estreché como estrecha el valiente su espada, y sus trenzas eran como tahalíes que pendían desde mis hombros.

Hasta que, cuando la rindió la dulce pesadez del sueño, la aparté de mí, a quien estaba abrazada.

¡La alejé del costado que amaba, para que no durmiese sobre una almohada palpitante!

De Ben Baqi, de Córdoba (m. 1145).

## LAS MIESES

Mira el campo sembrado, donde las mieses parecen, al inclinarse ante el viento,

escuadrones de caballería que huyen derrotados, sangrando por las heridas de las amapolas.

Del Qadi Iyad (1083-1149).

## EL DEDAL

Dedal brillante como los rayos del sol: si le da el reflejo de una estrella del cielo, se ilumina.

El orfebre se esmeró en su labor, hasta verter oro en sus extremos.

Parece un pequeño casco, agujereado por las lanzas, y al que un tajo de espada arrancó la cimera.

Del poeta sevillano Abu-L-Abbas Ahmad Ben Sid, conocido por Al-Liss, "el ladrón" (Siglo XII).

## ESCENA BÁQUICA

Una tarde serena, la pasamos bebiendo vino.

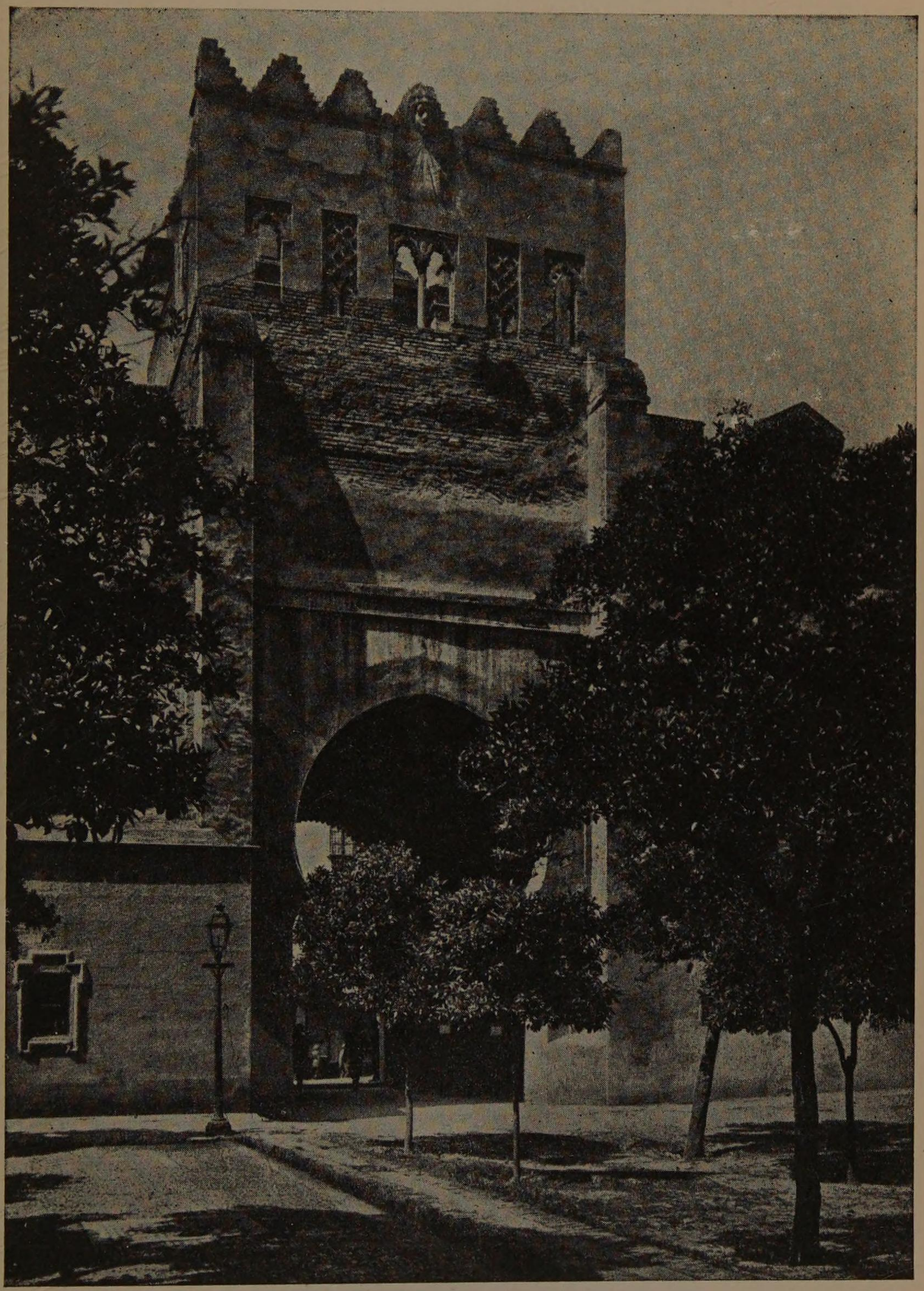
El sol, al declinar, apoyaba en la tierra la mejilla, para el descanso.

El céfiro levantaba la cola de la túnica de las colinas; la faz del cielo parecía la lisa superficie del río.

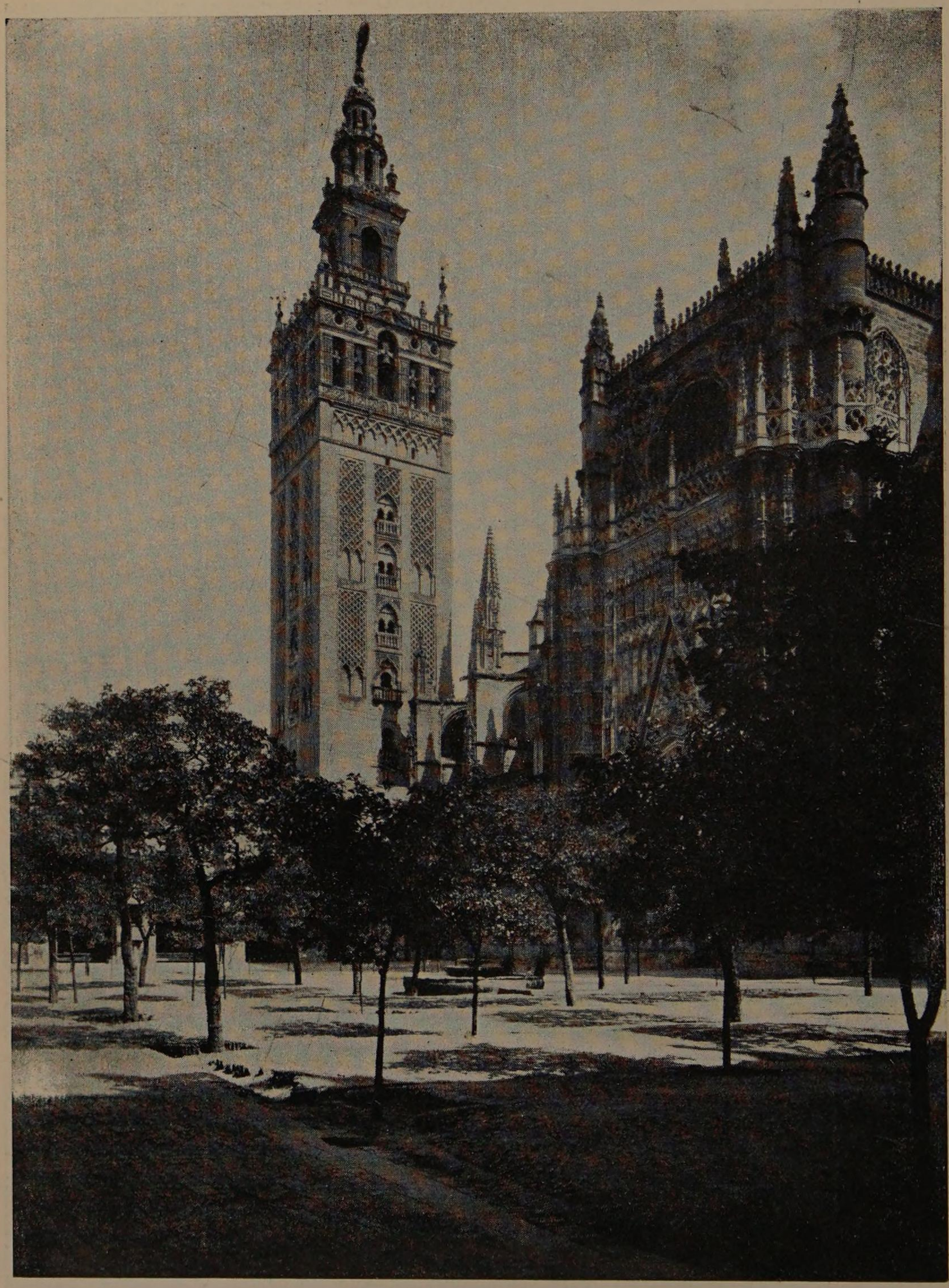
¡Bien por nuestra morada, donde se bebe por la noche, en un sitio en que no nos deleita más que el zureo de las palomas!

Gorjean las aves, languidecen los ramos, y la tiniebla se bebe el rojo licor del crepúsculo.

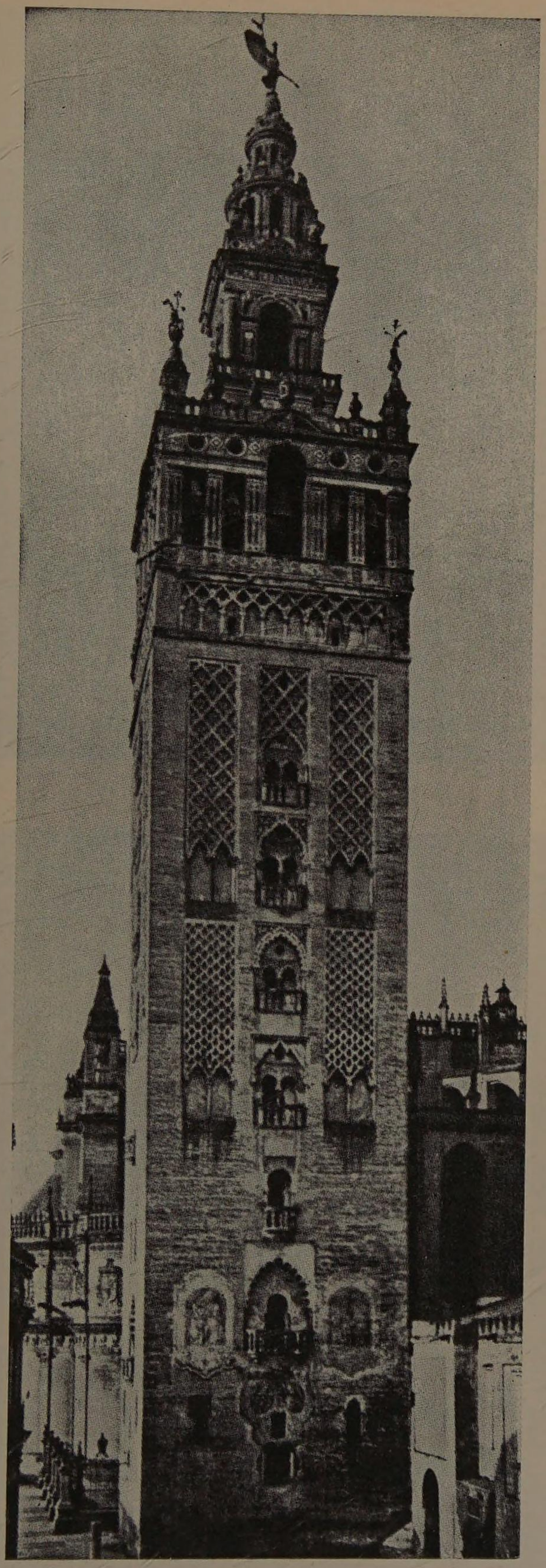
De Muhammad Ben Galib Al-Rusafi, de la Ruzafa de Valencia (m. 1177).



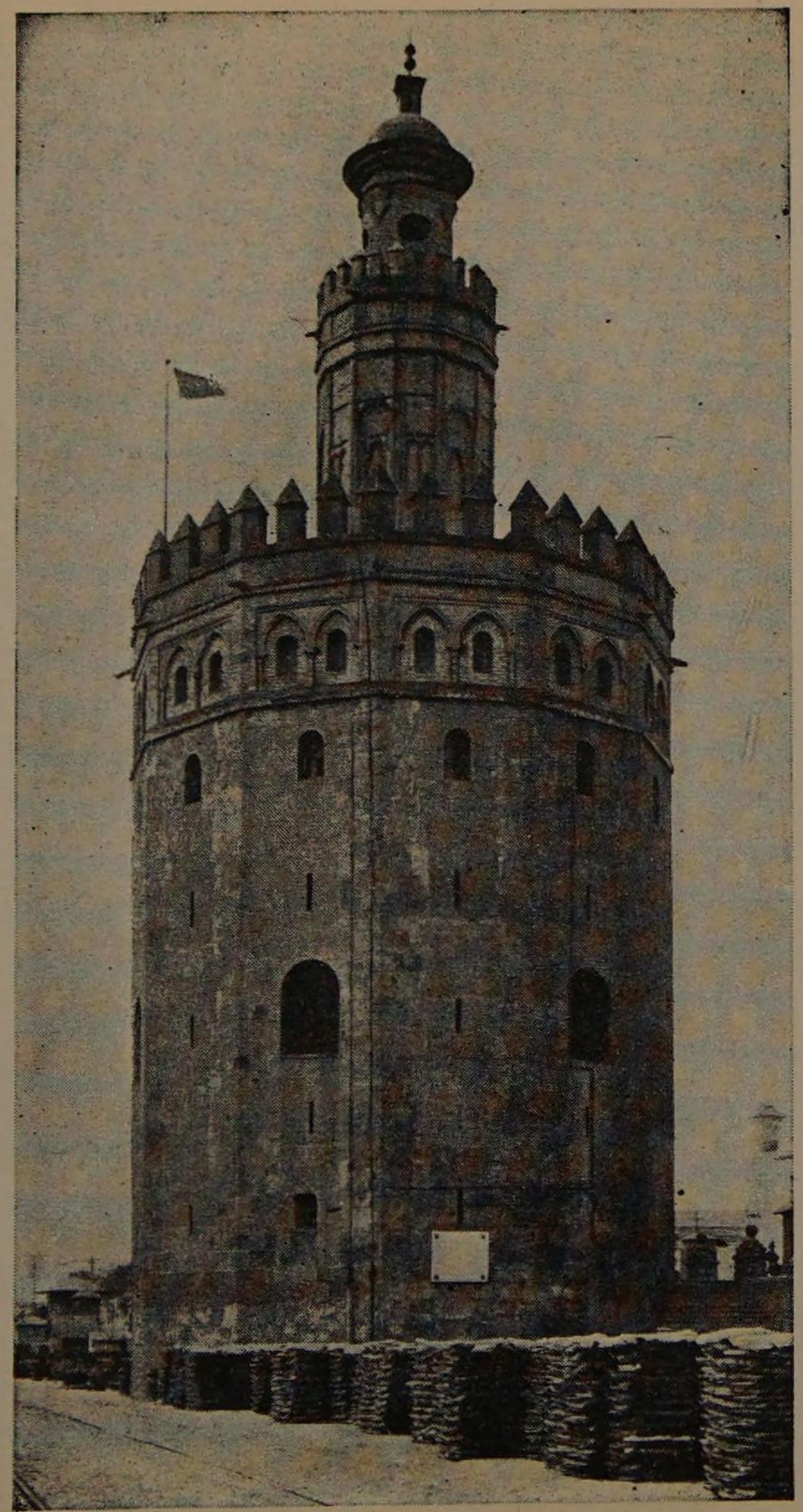
Sevilla. Patio de los Naranjos y Puerta del Perdón.



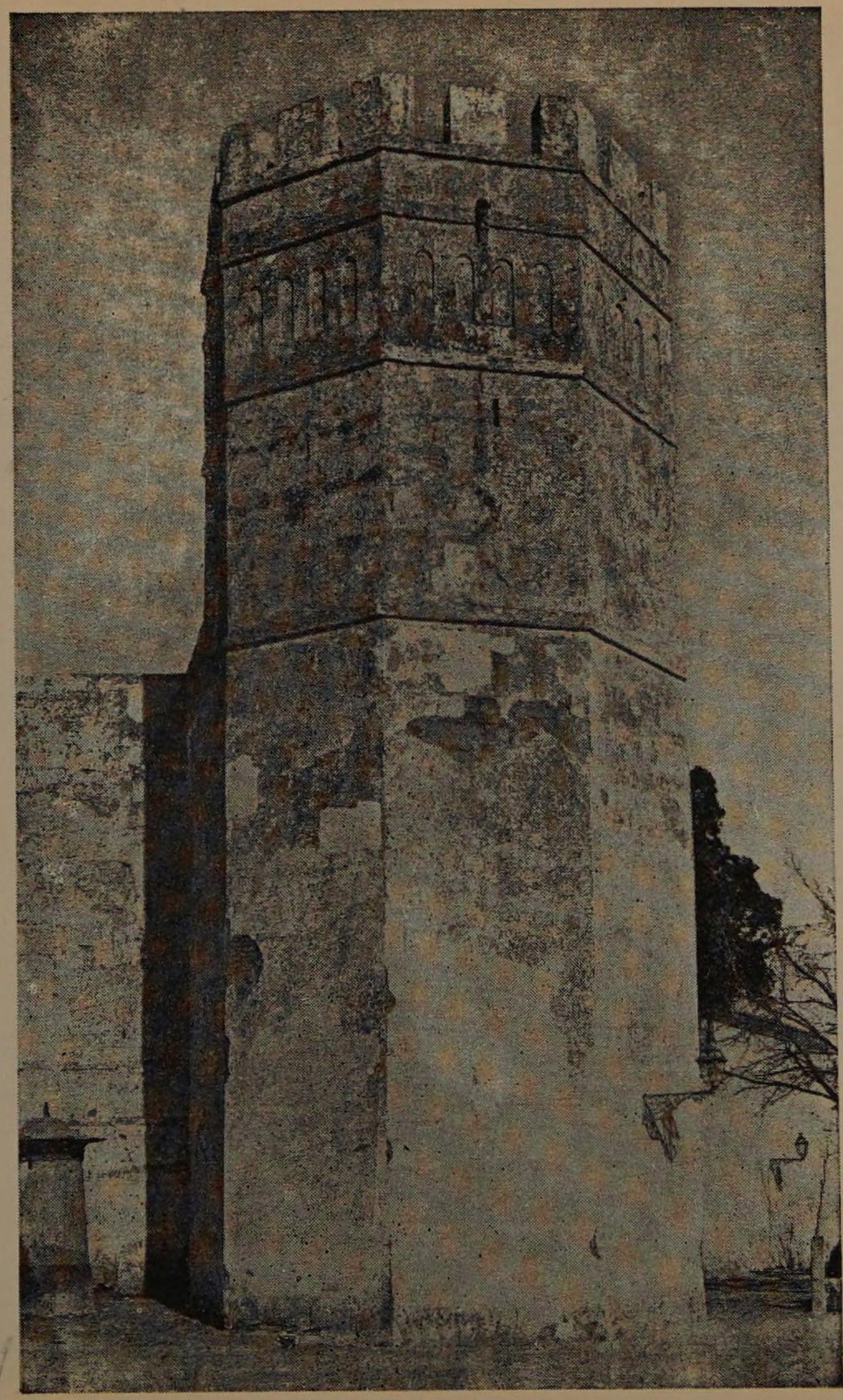
Sevilla. La Giralda y la Gran Mezquita.



Sevilla. La torre de la Giralda, vista por el frente norte.

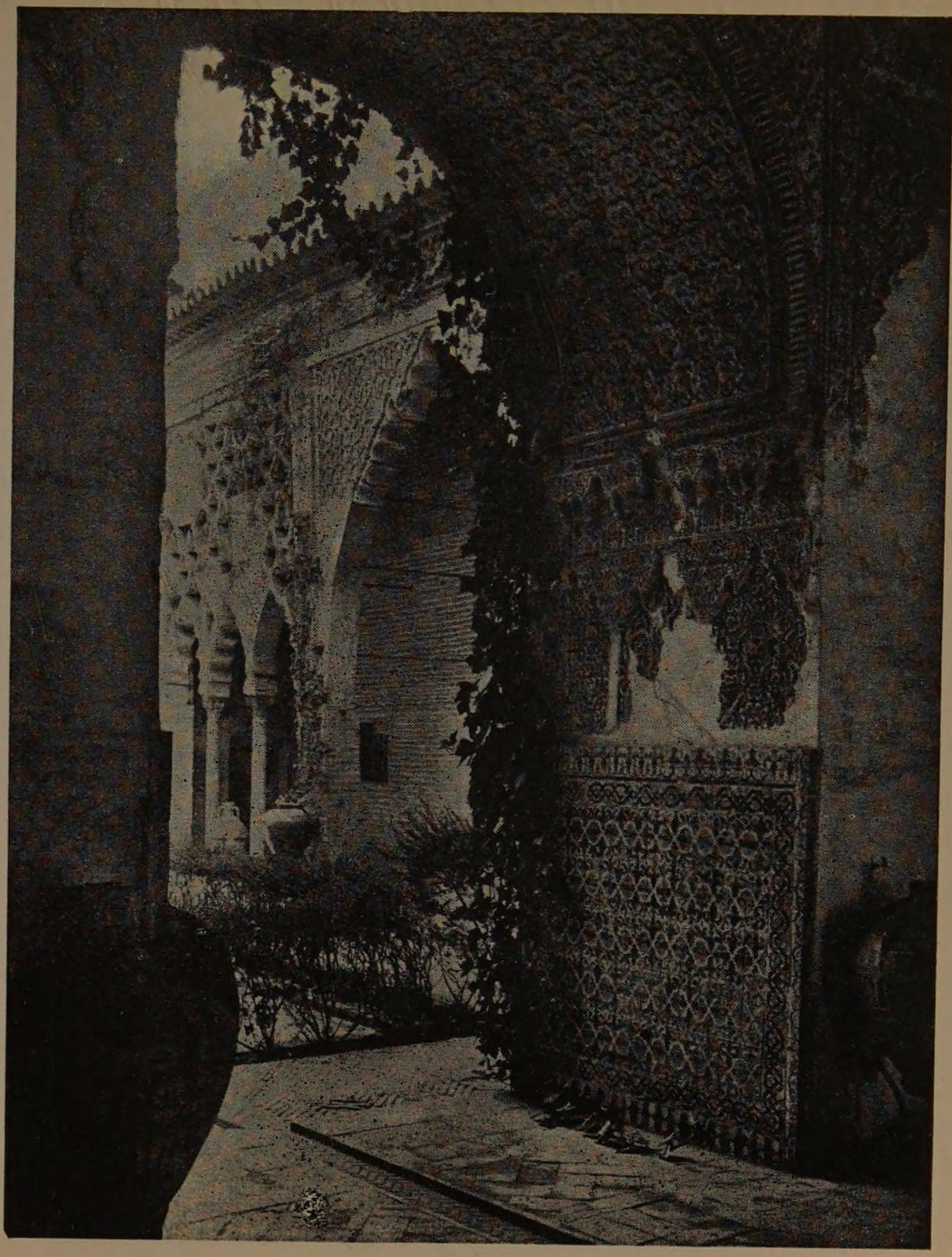


Sevilla. Torre del Oro.

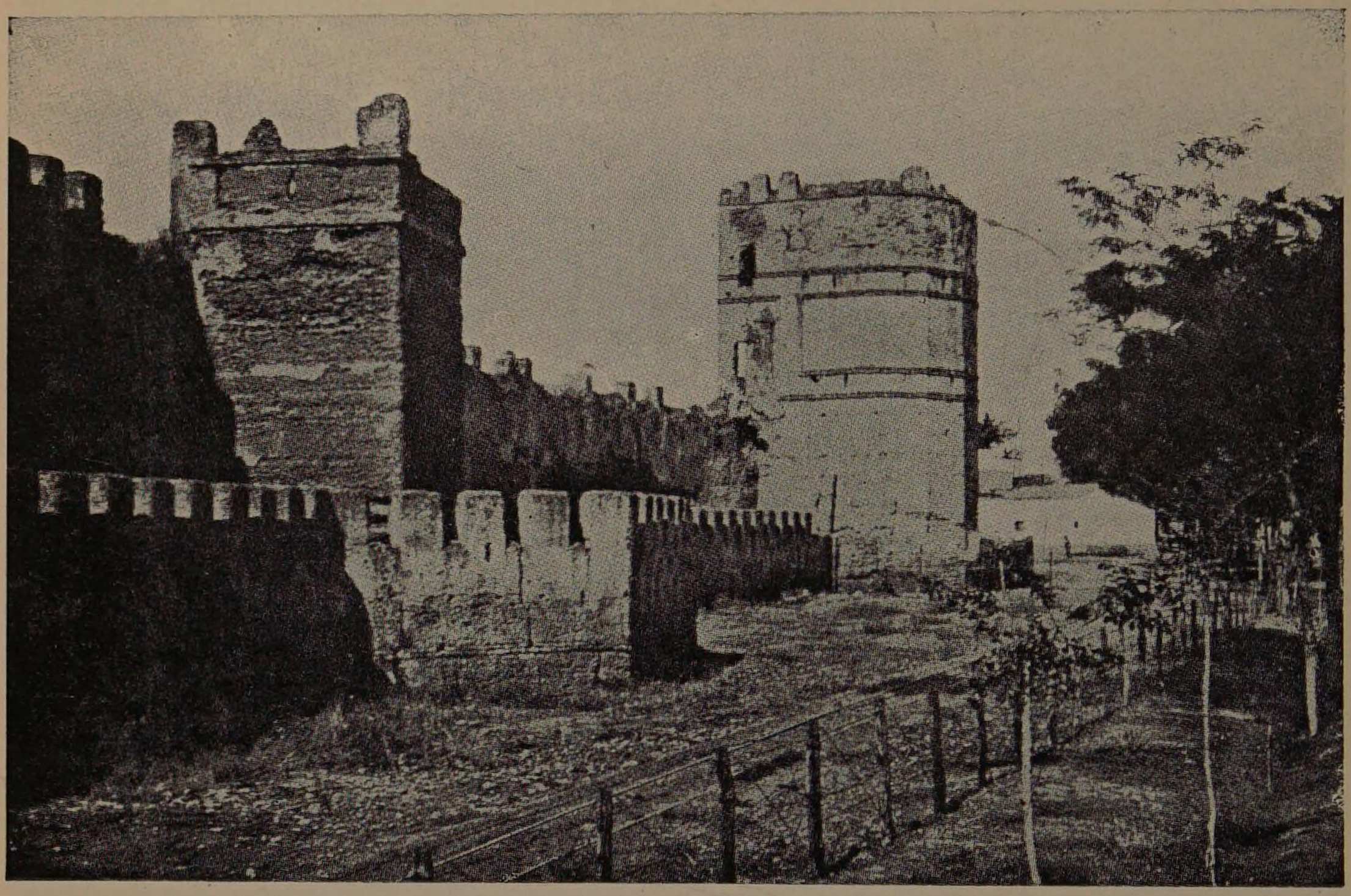


**Jerez.** Torre del Alcázar.

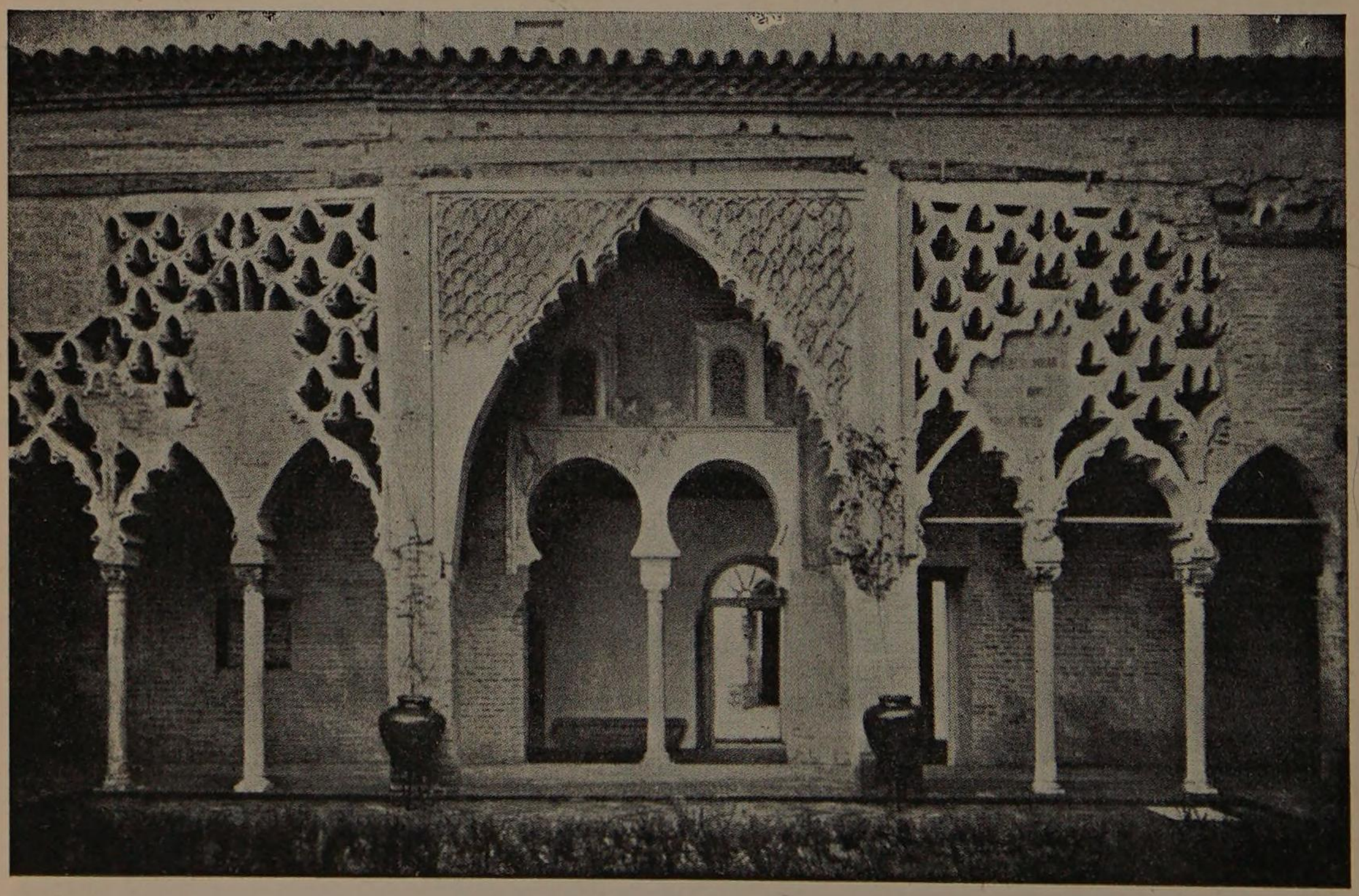
Iglesia mayor de Lebrija.



Sevilla. Alcázar. Patio del Yeso.



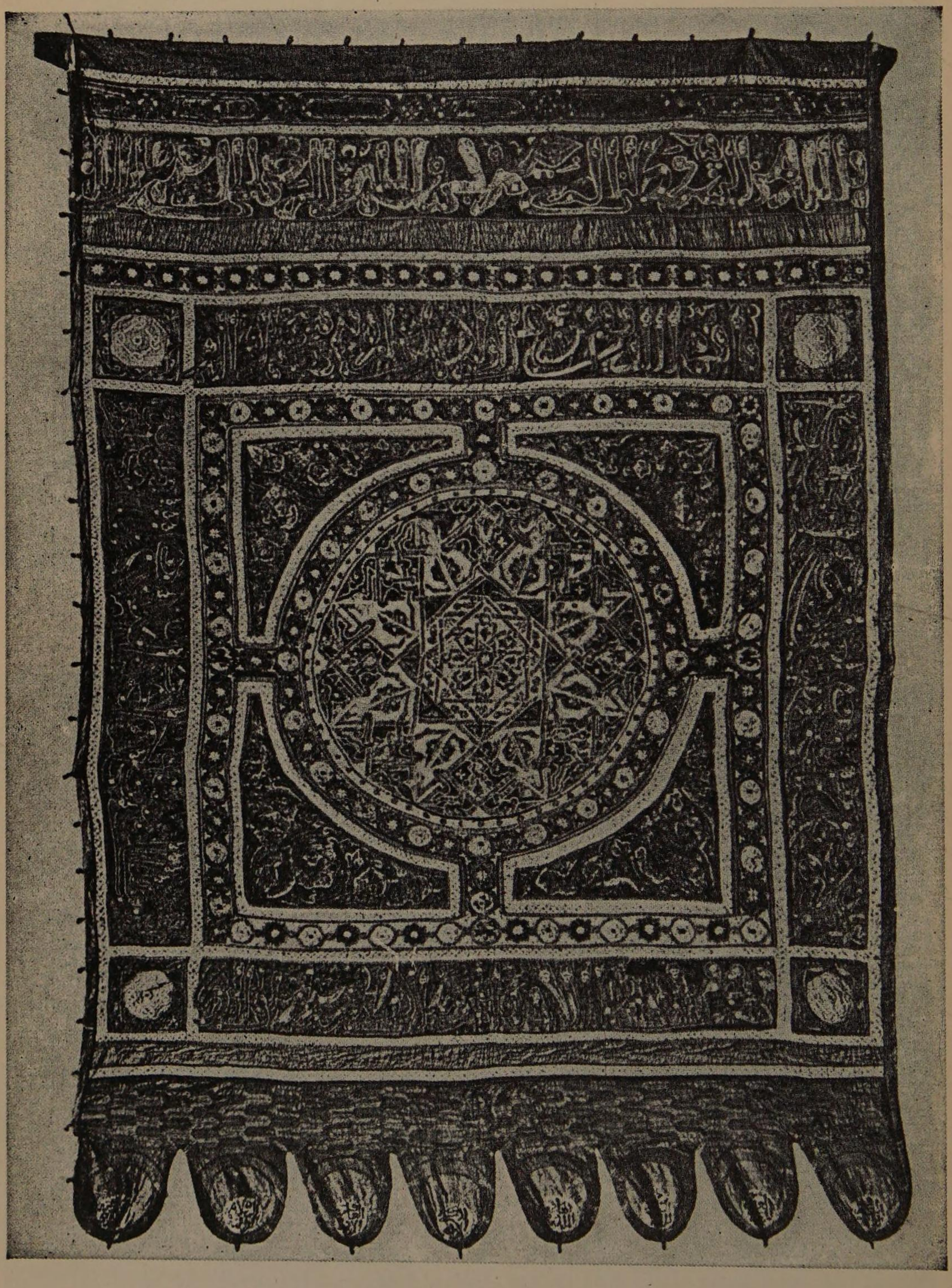
Murallas árabes de Sevilla.



Patio del Yeso en el Alcázar de Sevilla.

Arqueta de la Catedral de Gerona.

Inscripciones árabes de Almería de 1131 y 1133.



Tapiz llamado Bandera de las Navas. Las Huelgas. Burgos.

## DESPUÉS DE LA ORGÍA

Apoyadas las mejillas en las palmas de las manos, nos sorprendió a ellos y a mí la luz de la aurora.

En toda la noche no había cesado de escanciarles el vino y de beber yo mismo lo que quedaba en su propia copa, hasta que me embriagué al igual que ellos.

Pero el vino ha tomado bien su venganza: Yo le hice caer en mi boca y él me ha hecho caer a mí.

Del médico sevillano Abu Bakr Muhammad Ben Abd Al-Malik Avenzoar (1113-1199).

## LA MAREA EN EL GUADALQUIVIR

El céfiro rasgó la túnica del río, al volar sobre él, y el río se desbordó por sus márgenes para perseguirlo y tomar venganza.

Pero las palomas se rieron de él, burlándose al abrigo de la espesura, y el río, avergonzado, tornó a meterse en su cauce y a ocultarse en su velo.

De Ben Safar Al-Marini, de Almería (Siglo XII).

## LA BOTELLA NEGRA

Yo elevo a los comensales mis quejas en este asunto de la botella, que se ha vestido con una túnica de color negro espeso.

Había expuesto en ella el sol del vino entre nosotros; mas este sol se ha ocultado en un ala de la noche tenebrosa.

La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del envidioso niega la mano del que le favorece.

De Ben Muchbar, de Murcia (m. 1191).

## INSOMNIO

Cuando el pájaro del sueño pensó hacer su nido en mi pupila, vio las pestañas y se espantó, por miedo de las redes.

De Abu Amir Ben Al-Hammara (Siglo XII).

## LA BELLA DE LOS LUNARES

Era tan blanca, que la juzgarías una perla que se fundía, o estaba a punto de fundirse, con sólo nombrarla.

Pero tenía las dos mejillas —blancas como el alcanfor— puntuadas de almizcle. ¡Encerraba toda la beldad y aún algo más!

Una vez que sus lunares se hubieron metido en mi corazón, tan hondo como yo me sé, le dije:

"¿Es que toda esa blancura representa todos tus favores, y esos puntos negros algunos de tus desdenes?"

Me contestó: "Mi padre es escribano de los reyes y, cuando me he acercado a él para demostrarle mi amor filial,

temió que descubriese el secreto de lo que escribía, y sacudió la pluma, rociándome el rostro de tinta".

Del sevillano ABU AHMAD BEN HAYUN, que vivió en tiempos de Yusuf ben Abd al-Mumin (Siglo XII).

## DISCULPA

No me tachéis de inconsecuente porque mi corazón haya sido apresado por una voz que canta:

Hay que estar serio unas veces y otras dejarse emocionar, como la madera, de la que sale lo mismo el arco del guerrero que el laúd del cantor.

Del alfaquí cordobés IBRAHIM BEN UTHMN (Siglo XII).

## LAS BURBUJAS

El vaso, cuando lo llenaron de vino, se inflamó y se vistió una túnica de llamas.

Y, cuando subieron encima las burbujas, no vieron los ojos maravilla como ésta:

Encima de unas brasas encendidas, granizos, que existían por ellas y que de ellas procedían.

Del rey africano ABU ZAQARIYA (Siglo XIII).

## EL SURTIDOR

¡Qué bello el surtidor, que apedrea al cielo con estrellas fugaces, que saltan como ágiles acróbatas!

De él se deslizaban a borbotones sierpes de agua, que corren hacia la taza como amedrentadas víboras.

Y es que el agua, acostumbrada a correr furtivamente debajo de la tierra, al ver un espacio abierto aprieta a huir.

Mas luego, al reposarse, satisfecha de su nueva morada, sonríe orgullosamente mostrando sus dientes de burbujas.

Y entonces, cuando la sonrisa ha descubierto su deliciosa dentadura, inclínanse las ramas enamoradas a besarla.

Del poeta sevillano BEN RAIA (Siglo XIII).

## REGALANDO UN ESPEJO

Te envío un espejo precioso: Haz surgir en su alto horizonte tu rostro, luna de buen agüero.

Así apreciarás con justeza tu hermosura y disculparás la pasión que me consume.

¡Ay, con ser fugitiva, tu imagen es más accesible que tú, más benévola y mejor cumplidora de promesas!

Del poeta sevillano BEN AL-SABUNI (Siglo XIII) .

## ORILLAS DEL GUADALQUIVIR

Los olmos que descuellan en los jardines son como lanzas llenas de banderolas de seda.

No es de extrañar que estas tropas se alzaran contra el río, cuando le vieron vestido con la cota de mallas que le forjan los vientos al arrugar sus aguas.

El río rechazó a las tropas una y otra vez con sus ondas, pero se inclinaron sobre él y hubo de someterse, lamentándose con su murmullo.

De BEN SAHL, judío de Sevilla (m. 1251).

## LA BATALLA

¡Oh Dios! Los estandartes de los caballeros se cernían como pájaros en torno a tus enemigos.

Las lanzas puntuaban lo que escribían las espadas; el polvo del combate era la arenilla que secaba el escrito, y la sangre lo perfumaba.

De BEN SAID AL-MAGRIBI (1214-1274).

## EL VIENTO

No hay mayor alcahuete que el viento, pues levanta los vestidos y descubre las partes ocultas del cuerpo,

y ablanda la resistencia de las ramas, haciendo que se inclinen a besar la faz de los estanques.

Por eso los amantes lo emplean como tercero que lleva mensajes a sus amigos y enamorados.

De BEN SAID AL-MAGRIBI (1214-1274).

## LA AMADA

Cuantos miran sus ojos, quedan prendados: que el vino bebe la razón del que lo bebe.

Todos temen su mirada, menos ella, pues ¿acaso hace temblar la espada el corazón del que la empuña?

Alzóse hacia ella mi vista, mientras lloraba, y vio desatarse las nubes bajo el sol de su frente.

Recordando su talle, gimo de amor, como las palomas que lloran sobre las ramas.

Su separación ha dejado en mi pecho una negra tristeza, como las tinieblas vienen, cuando se pone el sol.

Del alfaquí cordobés UMAR BEN UMAR, cadí de Córdoba y Sevilla en tiempo de los almohades.

## FIESTA EN EL RÍO

Mira, ¡por vida mía! los barcos que se lanzan a la carrera, como corceles que vienen uno tras otro.

El cuello del río estaba antes desnudo; mas ahora, en la tiniebla de la noche, está lleno de alhajas.

Las luces de las candelas brillan como luceros, y sus reflejos parecen lanzas hundidas en el río.

Los barquitos huyen, con los pies de sus remos, de los bajeles que avanzan, con el ala de sus velas, como escapa la liebre temerosa del halcón.

Del cadí de Jerez BEN LUBBAL (m. 1284).
(Trad. García Gómez: Poemas arábigo-andaluces).

# POESÍA POPULAR: BEN QUZMAN

## ZÉJELES VARIOS

Mi excelente zéjel
se oye en el Iraq.
¡Qué genial es esto!
Otros versos no valen,
junto a este donaire.

Comencé componiendo a lo que salga
y me vino un zéjel que parece miel.

El mundo se adorna para que lo pises.
Al par que tú saltas de la cama,
se iluminan la alcoba y la comarca.

Las mujeres, como sabes, se ganan huyendo de ellas.
Mientras las haya en el mundo, ninguna ha de valer nada.
Todas son para mí iguales: las jóvenes y las viejas,
las lejanas y las próximas, las gordas y las delgadas.

Hirió con sus ojos mi corazón sensible
y la gente vio la huella que allí dejó.
Dicen unos: era un puñal, y otros: una navaja;
éstos: era un cuchillo, y aquéllos: una flecha.

Cuando muera, éstas son mis instrucciones para el entierro:
dormiré con una viña entre los párpados;
que me envuelvan entre sus hojas como mortaja
y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos.

Aben Quzmán se arrepintió. Bueno será para él, si persevera.
Sus días pasados eran fiestas entre los días.
Pero después del sonar de atabales y adufes, y de arremangarse para el baile
ahora sube y baja por la torre del almuédano.
Se ha hecho imán en la mezquita y reza, prosternándose e inclinándose.

## EL ZÉJEL DE LOS DIMINUTIVOS

Ahora te amo a ti, estrellita
¿Quién te ama y se muere por ti?
Si me matan, sólo por ti será
Si mi corazón pudiera dejarte,
no compondría esta cancioncilla.

Madre mía, me veo despreciado.
Tu hijo está triste y con pena.
Lo ves que durante todo el día
no prueba más que un bocadito.

Yo les digo: ¡Dios es grande!
No puedo ya sufrir más esto:
Si me voy a la Mezquita Verde,
ella se va al Pozo del Alamillo.

¡Oh tú, ornato de las reuniones,
hermosa, sí, e inteligente!
¡Qué piedrecillas, en vez de mizcales,
te tiraría, leprosilla!

Todos tus enamorados están ardiendo.
El hechizo de Babilonia se cifra en ti
De ti se oye todo lo precioso.
en cuanto dices una palabrita.

Como manzanas son tus pechitos,
como harina blanca son tus mejillitas,
como puro cristal son tus dientecillos,
como azúcar es tu boquita.

Si prohibieras ayunar a los hombres
y dijeras: ¡Sed infieles, oh gentes!,
no quedaría hoy la Aljama
más que cerrada por una soguilla.

Eres más dulce que el alfeñique.
Yo soy tu esclavo, tú eres mi señor.
Mi señor, sí, y a quien diga que no,
le daré un cachetillo en el pescuezo.

¿Hasta cuándo me tendrás ese desvío?
¿Hasta cuándo tendrás de mí esas sospechas?
¡Que Dios haga de ti y de mí
en una casa vacía, un hacecillo de flores!

Del *Cancionero* de BEN QUZMAN (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 123, 125, 131 y 153).

# ÚLTIMA GRAN VICTORIA AFRICANA EN ESPAÑA

*Alfonso VIII, después de restablecer la autoridad regia en Castilla y de recuperar, de Navarra, la Rioja, perdida en su menor edad, volvió sus armas contra los musulmanes. En 1177 conquistó la gran plaza de Cuenca, en años sucesivos se apoderó de una serie de fortalezas de la España mora*




Mapa de caminos de Córdoba a Toledo en la Edad Media.

*y en una gran algara llegó hasta el Aljarafe de Sevilla y hasta el mar. La coalición formada contra él por los reyes cristianos le obliga, entonces, a pactar con el califa almohade; pero en 1193 rompe las treguas con una expedición que inicia el arzobispo de Toledo. Abu Yusuf Yaqub pasa el Estrecho con un gran ejército y vence a Alfonso en Alarcos, el 19 de julio de 1195. El castellano había peleado con solas sus fuerzas contra todo el poder de su enemigo. En dos campañas sucesivas los africanos devastan el valle del Tajo; pero no logran tomar Toledo, ni cruzar los puertos de Ávila, desde los que oteaban sus empresas los reyes de Castilla y Aragón. No ocultan las crónicas cristianas la derrota. La abultan las historias árabes. Fue grave en verdad, pero no alteró la situación militar de España decisivamente, y al afirmar la unión guerrera de Alfonso VIII y del aragonés Pedro II, y al hacer temer a los cristianos la importancia de las fuerzas almohades, preparó a aquéllos a la revancha de las Navas.*

## VERSIÓN CRISTIANA

Empezó a edificar la villa que se llama de Alarcos y sin que todavía estuviese terminado el muro y los pobladores estuviesen en ese lugar arraigados, movió guerra al rey marroquí, cuyo reino florecía entonces y por su valor y gloria máxima era temido por los reyes vecinos. Envió el señor rey de Castilla al arzobispo toledano don Martín, de feliz recordación, varón discreto y benigno y generoso, tan amado de todos que era tenido por padre de todos. Llevó consigo ese arzobispo varones nobles y valientes y multitud de caballeros y peones, con los cuales devastó gran parte de la tierra cismarina de los moros, despojándolos de muchas riquezas y de infinita muchedumbre de vacas, ganados y jumentos. Oído lo cual el rey marroquí, es a saber, el tercero después de Abd al-Mumin, de quien ya se ha hecho mención, gimió tocado por un interno dolor de corazón y al instante salió de Marrakus y después de congregar infinita muchedumbre de caballeros y peones, pasó al mar, fue a Córdoba y cruzando el puerto de Muradal con gran prisa, se extendió por el llano del castillo, que se llamó Salvatierra. El glorioso rey don Alfonso, al oír la llegada de dicho moro, esto es, del Miramamolín, pues así se llamaban los reyes marroquíes, mandó a sus vasallos seguirle con toda rapidez. Él, como un león que se estremece y ruge, precedía a los suyos para el botín y con excesiva celeridad llegó a Toledo, donde se detuvo algunos días, esperando a los magnates de la tierra, a los nobles vasallos y a la muchedumbre de pueblos que le seguían. Desde allí levantó el campo hacia Alarcos y allí acampó con el firmísimo propósito, según demostraron los hechos, de encontrarse con el Miramamolín citado, si pasase del lugar que se llama del Congosto, hacia Alarcos, donde parecía estar el principio del reino de Castilla, pues prefería exponer su vida y su reino a tanto peligro y someterse a la voluntad de Dios, luchando contra el sobredicho rey de los moros, que era tenido por el más

potente y más rico de todos los sarracenos, antes que soportar el que ese rey entrase en su reino por cualquier espacio de tiempo que fuese. Por eso el mismo glorioso rey de Castilla no quiso aguardar al rey de León, que iba en su auxilio y que estaba ya en la zona de Talavera, a pesar de que se le aconsejó aguardarlo por ciertos varones prudentes y expertos en asuntos bélicos. Ahora bien, marchando el citado moro, o sea el Miramamolín, al lugar que se llama el Congosto, entre Salvatierra y Alarcos, acampó allí. Oído lo cual el glorioso rey de Castilla mandó a todos sus hombres que de gran mañana saliesen al campo armados para pelear con el tantas veces citado rey de los moros, pues creyó que ese rey de los moros iría el mismo día a la batalla. Por lo tanto, al amanecer, avanzaron al campo los castellanos preparados para luchar, si hubiese enemigo contra el cual lanzar sus proyectiles; pero los moros estuvieron quietos ese día, preparándose para el día siguiente y queriéndose burlar así de sus enemigos, para que éstos, fatigados ese día con el peso de las armas y la sed, se encontrasen al otro día menos aptos para el combate, como así fue. Porque el predicho glorioso rey de Castilla y su ejército, que aguardaron al enemigo en el campo desde el alba hasta después del mediodía, oprimidos por el peso de las armas y por la sed, regresaron al campamento, creyendo que el rey de los moros no se atrevía a luchar con ellos. Pero ese rey de los moros mandó a los suyos que cerca de la media noche se preparasen para el combate y que de gran mañana apareciesen súbitamente en el campo en que el rey de Castilla había estado el día anterior. Se provocó un tumulto en el campo de los cristianos y lo que suele ocurrir con frecuencia, lo imprevisto... estupor a los enemigos y a la vez temor. Saliendo, por lo tanto, del real de repente y menos ordenados avanzan al campo, se encuentran con los moros y en la primera haz de los cristianos caen grandes varones, Ordoño García de Roda y sus hermanos, Pedro Rodríguez de Guzmán, Rodrigo Sánchez y su yerno y muchos otros. Vagaban los árabes para la destrucción del pueblo cristiano; infinita muchedumbre de saetas sacadas de las aljabas de los Partos vuelan por el aire y las flechas lanzadas al azar inflingen heridas ciertas a los cristianos. Se lucha por ambas partes fuertemente y el día pródigo en sangre humana envía los moros al Tártaro y transmite los cristianos a los palacios eternos. El noble y glorioso rey, viendo sucumbir a los suyos en la batalla, avanzó hacia adelante y rompiendo por medio de los enemigos virilmente, postró a muchos moros a diestra y siniestra con los que le asistían. Pero los suyos que le asistían más familiarmente, viendo que no podía resistir a la infinita multitud de moros, cuando ya muchos de los suyos habían sucumbido en la batalla, pues había durado el prolongado combate y se había calentado el sol al mediodía, fiesta de Santa Marina, le suplicaron que se retirase y conservase su vida, ya que Dios parecía airado con el pueblo cristiano; pero él, no queriendo oírlos, prefería acabar la vida con una muerte gloriosa, antes que retirarse del combate vencido. Sin embargo, los suyos, comprendiendo el peligro que amenazaba a toda España, lo sacaron de la batalla, como contra su voluntad y resis-

tiéndose. Vino, pues a Toledo con unos pocos caballeros, doliéndole y gimiendo por el gran infortunio ocurrido. Don Diego López de Vizcaya, su noble vasallo, se recogió en el castillo de Alarcos, donde fue sitiado por los moros; pero por la gracia de Dios, que lo reservaba para las grandezas, se evadió, dando ciertos rehenes y siguiendo al rey llegó a los pocos días a Toledo. El predicho rey de los moros saqueó los despojos y tomó ciertos castillos; es a saber, la Torre de Guadalerza, Malagón, Benavente, Calatrava, Alarcos y Caracuel y así se volvió a su tierra. En cuanto al rey leonés, que iba en auxilio del rey de Castilla, fue a Toledo y por consejo de algunos satélites de Satanás se convirtió en arco malo, buscando ocasiones para apartarse del amigo, y de amigo se hizo crudelísimo enemigo, pues le quedaba muy grabado en la mente lo que le había ocurrido en la corte celebrada en Carrión, de que antes se hizo mención. Se retiró, por lo tanto, de Toledo, indignándose con el glorioso rey porque no había querido darle ciertos castillos que le había pedido y celebrando y alegrándose del infortunio que les había ocurrido a los castellanos. Al instante se confederó con el rey marroquí y habiendo recibido de él dinero y una multitud de soldados armados, movió guerra al rey de Castilla, de modo que al año siguiente, en la época en que los reyes suelen ir a guerrear, devastase con el Miramamolín la zona de la Transierra y tuviese muchos días a Toledo como sitiada. El rey leonés entró en el reino de Castilla por Tierra de Campos con la citada multitud de moros, los cuales, como enemigos de la cruz de Cristo, cometían muchas enormidades, contumelia y deshonra de la religión cristiana, en las iglesias y en los objetos religiosos. Llegó hasta Carrión, donde le pareció limpiarse de la deshonra que creía haber recibido, cuando besó la mano del rey de Castilla. Por aquel tiempo el rey de Navarra, Sancho, que era pariente del rey de Castilla por ambos lados, en segundo grado de consanguinidad, edificó un castillo, junto a las viñas de Logroño, llamado Corvo y empezó a devastar el reino de Castilla por aquella parte, cuando se creía que no tenían ninguna causa justa de guerra. Así, pues, los cristianos coligados con los moros en una coalición del rey de Castilla, infiriendo atrozmente cuantos males podían por todas partes al reino, tanto que en ninguna parte de todo el reino se podía encontrar ni un rincón en que alguien estuviese seguro. Parecía un fuego encendido por el furor del Señor y pareció deprimir la exaltación del ánimo, si alguna había concebido el rey noble por la gloria precedente, para que entendiese el rey prudente y noble que el reino de los hijos de los hombres está en la mano de Dios y que lo da a quien quiere. Pues el rey glorioso, como no se descomponía mucho con las adversidades, ni se exaltaba demasiado en las prosperidades, se ciñó virilmente para defender su reino, poniendo su esperanza y su confianza en la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, cuya fe siempre profesó y mantuvo firmísimamente y defendió contra toda pravedad herética. En aquel tiempo, Sancha, reina de Aragón y amiga del rey de Castilla, tenía en su mano a su hijo Pedro, jovencito, rey de Aragón y a su reino. Porque no mucho tiempo después de la batalla de Alarcos,

Alfonso, rey de Aragón, hijo del conde de Barcelona, padre de dicho rey Pedro, entró en el camino de toda carne —murió—; de quien sospechaban los hombres que maquinaba cuanto mal podía en daño del rey de Castilla. Pero la dicha reina amaba al rey de Castilla más que a todos los hombres, aun en vida de su marido, a quien por ello le era un poco odiosa. Lograda, por lo tanto, la oportunidad, el fuego del amor que había estado latente un poco en el pecho de la reina, en vida de su marido por miedo al mismo, rompió en llama manifiesta y confederó a su hijo firmísimamente con el rey de Castilla, procurando, como prudente Abigail, ayudar enérgicamente al rey de Castilla. Para que más expeditamente el rey de Aragón pudiese auxiliar al rey de Castilla, puesto que padecía cierta pobreza, recibió en donativo del rey de Castilla una gran suma de dinero. Ahora bien, el citado rey Pedro, hecho ya un mancebo, acompañado por sus nobles vasallos fue, por consejo de la prudente madre, al rey de Castilla y se unió a él inseparablemente, mientras duró la guerra. Celebrado, por lo tanto, prudente consejo, acamparon los reyes junto a Ávila, en un lugar muy sano y frío, en medio del estío, que se llama vulgarmente la Palomera, desde donde, si era preciso, pudiese socorrer cómodamente a los suyos, que estaban más allá de la Sierra y defendían las ciudades y los castillos contra el rey de los marroquíes y los que estaban en Tierra de Campos. Así colocados en medio, eran temidos por los enemigos de ambos lados, a los que no les era permitido vagar por todas partes, como quisieran. Habiendo comprobado que el rey marroquí se volvía a su tierra, levantaron el campo hacia el rey leonés, enviando por delante al noble varón, prudente y valeroso, Fernando Rodríguez de Albarracín, con muchedumbre de caballeros, que hiciese detenerse al rey leonés y a su ejército en el reino de Castilla, para que no pudiese regresar libremente a su propio país; pero el rey leonés lo supo antes y con extremada rapidez se volvió a su tierra, de modo que dicho noble varón Fernando Rodríguez, no pudo alcanzarlo en el reino de Castilla; sin embargo, lo persiguió hasta su reino. Siguiendo los reyes con su ejército a los caballeros que habían enviado por delante, entraron en el reino leonés, devastando por doquiera toda la tierra, como que no tenía defensor. Asaltaron y tomaron por la fuerza una población que se llama Castroverde, donde fueron hechos prisioneros el conde Fernando Cabrera y Alvaro Peláez, varón noble, y cierto noble portugués, Alfonso Armíllez, con todos sus caballeros. Luego, avanzando más, se acercaron a Benavente, donde estaba el rey leonés con los moros y con sus vasallos cristianos y llegaron hasta Astorga y algunos hasta Ravanal; otros entraron hasta la tierra que se llama el Bierzo. Así, pues, devastando las regiones circundantes, se volvieron a León y sitiando el Castillo de los Judíos lo cogieron y lo retuvieron, fortificándolo, y así se volvieron al reino de Castilla con gran honra y con mucha presa. Al año siguiente, o sea el tercero después de la batalla de Alarcos, el rey marroquí vino de nuevo a la tierra que está más allá de la Sierra y sitió la villa que se llama Madrid y la tuvo sitiada muchos días, pero la virtud divina la protegió por mediación

de don Diego López y otros nobles y plebeyos, que estaban en esa villa. Entonces el predicho rey, levantando el asedio, se fue hacia Uclés, Huete y Cuenca y así se volvió a su tierra. En ese mismo tiempo el rey leonés recobró el Castillo de los Judíos, junto a León; pero el rey de Castilla y el de Aragón entraron otra vez por el reino leonés e infligieron muchos males al leonés, que fue una vez a ver al rey de los marroquíes, a quien encontró en Sevilla. Finalmente, hechas treguas entre el rey de los marroquíes y el de Castilla y habiéndose ido él al asiento de su reino, esto es, Marrakus, se rehizo la paz entre el rey leonés y el de Castilla, paz que no pudo hacerse de otro modo que uniendo el rey de Castilla a su hija doña Berenguela con el rey leonés en matrimonio de hecho, porque de derecho no podía ser, ya que esos dos reyes eran parientes en segundo grado de consanguinidad. Pero el glorioso rey de Castilla, no olvidando los males que el rey de Navarra le había causado a sí y a su reino en el tiempo de su agobio, entró en su reino y empezó a devastarlo. El rey de Navarra, viendo que no podía resistirlo, huyó, abandonando el reino, al rey de los marroquíes y fue a la ciudad de Marrakus, implorando su auxilio y suplicándole que se dignase socorrerle. Pero entre tanto, el rey de Castilla sitió a Vitoria, y mientras duraba el asedio adquirió todos los castillos circundantes, esto es, Treviño, Arganza, Santa Cruz, Alcorroza, Vitoria la Vieja, Arlucea, la tierra que se llama Guipúzcoa y además San Sebastián, Marañón, San Vicente y algunos otros. Finalmente, se le rindió Vitoria, y así tuvo toda Álava y las tierras circundantes, y así se volvió con victoria a Castilla. El rey de Navarra, destituido de todo auxilio, habiendo recibido cierta suma de dinero y siéndole asignadas algunas rentas por el rey de los marroquíes en Valencia, se detuvo allí mucho tiempo. Se hizo tregua entre el rey de Castilla y ese rey de Navarra quedando todos los castillos y villas que había adquirido el rey de Castilla en el reino de Navarra en poder del mismo rey de Castilla.

De la *Crónica latina de los reyes de Castilla* (Trad. Huici en *Las grandes batallas de la Reconquista*, 207).

## VERSIÓN MUSULMANA

Ello fue que, cuando terminó al-Mansur con lo que esperaba de sus trabajos y acabó su obra en todo lo que había planeado y dispuesto, salió para esta expedición dichosa de Alarcos, en la mañana del jueves, 11 de Rayab del citado mes [22 de junio del 1195] y continuó su marcha por el camino del Guadalquivir; llegó a Córdoba el viernes, 19 del citado mes [30 de junio] y descansó tres días para salir el martes 23 [4 de julio].

Un escuadrón de caballería de los cristianos avanzó contra Calatrava y sus alrededores para obtener noticias; salieron a su encuentro los que estaban en el castillo, siguieron los pasos de los enemigos de Dios, los alcanzaron y fueron para ellos como la comida para el hambriento o la bebida para el sediento y los dejaron en aquel llano como pasto para las

águilas. Fue esta columna las primicias de la victoria y su regalo. Continuó la marcha y cada día había buenas nuevas y alegrías sobre sus noticias; su pánico se hacía visible y los relatos de su derrumbamiento y de su desplome se leían y recitaban, hasta que se avistaron los dos beligerantes y se entrevieron los fuegos de ambos y los ojos se enfrentaron con los ojos.

Cuando acampó al-Mansur en aquel campamento, desde el que dominaba a todos los infieles y a sus campamentos, se decidió atacarlos a la mañana siguiente y a luchar cuerpo a cuerpo, confiando en Dios vivo, que decretó su ruina y su muerte. Mandó reunirse a los notables de la gente de todos los grupos y respondieron, acudiendo presurosos por todos los caminos. Cuando acabaron de reunirse y se sentaron en su asamblea, se levantó su presidente, el visir Abu Yahya, hijo de Abu Muhammad, que era a su vez hijo de Abu Hafs, y les dijo con una voz oída por todos los presentes: "Os dice el Amir al-Muminin; perdonadle, porque éste es el lugar del perdón y perdonáis unos a otros; apaciguad vuestras almas y purificad vuestras intenciones para Dios". Lloró la gente y magnificaron lo que habían oído de su Sultán y la bondad que tuvo para tratarlos. Entonces dijeron todos: "Del Califa de Dios pedimos el perdón y la indulgencia y de la rectitud de su intención y de lo sincero de su conciencia esperamos el bien del Misericordioso".

Se levantó el cadí Abu Ali b. Hachchach y pronunció un discurso elocuente incitando a la guerra santa por sus méritos y haciendo notar su categoría y su importancia. Continuó hablando sobre esto con la elocuencia de que disponía. Se retiró la gente y se iluminaron sus inteligencias y se purificaron para Dios sus conciencias y sus interiores y se fortificaron sus almas y sus propósitos y se redobló su bravura y su intrepidez.

Les mandó el visir armarse y prepararse para el día siguiente y madrugar para el encuentro con sus enemigos. Dejaron en el campamento sus bagajes e impedimentas y marchó todo el ejército con calma y se acercaron hasta estar a la más clara vista del enemigo, quedando a una distancia de dos flechas o más cerca. Ocuparon sus puestos y avanzaron sus hombres y se ordenaron en filas, permaneciendo como un edificio bien cimentado. Al-Mansur con la gente de su casa y los que acostumbraban de las cabilas, se mantenía en la zaga, detrás de todo el ejército, asegurando sus espaldas, y veía y oía sus testimonios y su presencia.

Cuando vieron los infieles lo que les caía de los soldados de Dios, no tuvieron más remedio que resistir y defenderse. Se lanzaron desde su posición, como la noche oscura o como el mar encrespado, en grupos a los que se sucedían otros grupos y en olas seguidas de otras olas. No había más que relincho y griterío y el hierro estaba sobre el tumulto del vocerío. Atacaron hasta llegar a las banderas, que se mantuvieron como montañas inmóviles. Se desviaron hacia la derecha y cedió un grupo de voluntarios y una mescolanza de gente baja y de tímidos. Subió por los aires la polvareda y dijo al-Mansur a sus privados y a los que le rodeaban: "Renovad vuestras intenciones y presentad vuestros corazones". Luego marchó solo y dejó

a su zaga —*saqa*— tal como estaba y fue, separado de su séquito, avanzando con su valor y energía; pasó por las filas y por las cabilas y les dirigió en persona palabras concisas para que cayesen sobre su enemigo y se lanzasen contra él y se volvió a su puesto de la zaga.

Cuando los ojos de la gente se clavaron en él y vieron la grandeza a que había llegado, se encendieron sus almas y se conmovieron sus propósitos y cargó cada cabila sobre los que tenía próximos y atacó cada pelotón al que se le enfrentaba y se le oponía de los enemigos. Se apretaron las cuerdas sobre los infieles y se les cerraron las puertas y ninguno de ellos encontró a donde desviarse, ni puerta para salvarse que se les abriese. Se entremezclaron los combatientes y llegaron a las manos los dos bandos y se encendió la lucha y se enredaron los pies y las cabezas, se oscurecieron las voces y se elevó la separación y la retirada y fueron desalojados los infieles de sus posiciones. Borró Dios lo que les hizo ver de su extravío, volvieron las espaldas y se los repartieron el saqueo y el botín, desde media mañana del miércoles, 9 de Saban [19 de julio de 1195] hasta comenzar a declinar el sol y fue saqueado el campamento del maldito en el acto y no quedó rastro de sus tiendas ni de sus avíos, a pesar de su extensión y del número de sus cabalgaduras y de sus rebaños.

Alabanzas y gracia a Dios. Mostró la guerra una cosecha de muertos, como los sembrados segados y como las piedras amontonadas, tendidos boca abajo, no postrados para la oración, y echados de costado sin dormir y como se reunirán el día de la resurrección y cuando se revolverá lo que hay en las tumbas, por espacio de una parasanga de largo por otra de ancho; no los abarcaba ni los encerraba número.

Dice Yusuf b. Umar, el secretario, en su historia: fue el número de muertos de esta campaña de unos treinta mil, caso de meditación para los observadores y un milagro para los que preguntan. Dice: sufrieron el martirio unos quinientos musulmanes y se escapó el maldito Alfonso bajo el filo de las lanzas y pasó por Toledo sin desviarse a ningún lado con unos veinte jinetes; caminaron toda la noche y si veían cualquier cosa la tomaban por un hombre. Se refugió la mayoría de los fugitivos y todos los que se salvaron de la contienda en el castillo de Alarcos. Los cercaron los musulmanes y estuvieron a punto de perecer, pero pactó por ellos Pedro, hijo de Farandis —Fernández— el maldito, el amigo de los musulmanes, y los sacó del teatro de la guerra. Subió el número de los citados sitiados en Alarcos a cinco mil personas entre pequeños y grandes, hombres y mujeres. Accedió a esto al-Mansur por compasión y por el afán de libertar a los cautivos musulmanes. Se les tomaron rehenes, que se enviaron a Sevilla y luego a Rabat al-fath y se les dejó salir a todos ellos y fue el mayor de los fraudes de los infieles y de los engaños de los politeístas.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Trad. Huici, Col. Crónicas árabes de la Reconquista, II, 185).

## OTRA VERSIÓN ISLAMITA

En 590 [1194] fue roto el tratado que unía (a Abu Yusuf) con Alfonso y la caballería enemiga invadió el país y se extendió por todas partes, por lo que Al-Ándalus tuvo que sufrir grandes daños. El Príncipe de los Creyentes atravesó el mar a la cabeza de un ejército considerable, en Chumada 591 [13 mayo 1195] y llegó a Sevilla, donde se detuvo sólo el tiempo necesario para pasar revista a sus tropas y para hacer las distribuciones de dinero, y en seguida marchó hacia el país cristiano. Alfonso, tan pronto como tuvo noticia de la expedición, reunió igualmente un ejército considerable, y los dos enemigos se encontraron en un lugar llamado Fahs al-Chadid. Alfonso tenía a sus órdenes más soldados que había reunido jamás, de suerte que el temor cundió entre los musulmanes y les agitaron funestos presentimientos. El Príncipe de los Creyentes en medio del desconcierto universal no tenía otros sostenes que la oración y el auxilio, de igual naturaleza, que pedía a los hombres piadosos de cuya virtud estaba seguro. El miércoles 3 Xaban [13 julio] se libró la batalla (fue dada en verdad el 18 de julio) y gracias a la protección divina, que descendió sobre los almohades, sostuvo su energía y les concedió el triunfo, la suerte de las armas se volcó contra Alfonso y los suyos, y sólo pudo salvarse éste con una treintena de sus oficiales. Del ejército musulmán encontraron la muerte de los mártires un cierto número (de guerreros), tanto de los principales almohades como de los otros. Se cita entre ellos al visir: Abu Yahya (llamado también Abu Bakr ben Abd Allah) hijo del jeque Abu Hafs, antes citado entre los visires de Abu Yusuf. El Príncipe de los Creyentes avanzó en persona hasta Qalat Ribah (Calatrava) cuyos habitantes habían huido y en la que penetró. Hizo transformar la iglesia en mezquita y los musulmanes recitaron en ella la oración. Después de haber conquistado las diversas fortalezas que rodean Toledo volvió a Sevilla ornado con la aureola de la victoria. Esta brillante victoria se iguala con la de Zallaqa, de que hemos hablado en tiempo de Yusuf ben Taxufin, emir de los almorávides.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 245).

## RAZZIAS ALMOHADES DESPUÉS DE ALARCOS

Del Emir de los Creyentes (Yaqub), hijo del Emir de los Creyentes (Yusuf), hijo de Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin), a los talibs, a los almohades, a los jeques y al conjunto de la población de Fez y de su territorio.

En Sevilla, el 9 Ramadan 592 [6 agosto 1196].

El soberano comienza por informar a sus corresponsales que, después de la sangrienta derrota sufrida (en Alarcos), el rey de los *rum* se había retirado hacia Castilla y había enviado mensajeros tras mensajeros, para

obtener la paz de los musulmanes. No sólo rechazó su petición el Emir de los Creyentes sino que resolvió llevar la guerra a su territorio.

Los almohades se pusieron en camino a las órdenes del soberano. Llegada a tierras enemigas, la hueste se acercó al castillo de Montanchez y se apoderó de él. Fue en seguida a sitiar Trujillo, la capital de la Frontera del Norte (Al Thagr al-Xamah); los habitantes de tal plaza huyeron, pero fueron perseguidos muy de cerca por los guerreros musulmanes y sólo muy pocos pudieron escapar. Siguiendo su ejemplo, los habitantes de Santa Cruz buscaron su salvación en la huida y su población cayó en poder de los almohades.

Éstos atravesaron en seguida el Tajo y avanzaron a través del país de los *rum* hasta la ciudad de Plasencia, a cuya construcción se había consagrado el rey cristiano durante muchos años y que había poblado con gentes del Norte. Todos los combatientes se refugiaron en la ciudadela de la plaza, con sus jefes, que eran guerreros famosos. Los almohades, se apoderaron de Plasencia, la arrasaron hasta los cimientos y acabaron entrando por la fuerza en la alcazaba. Los sitiados se refugiaron en una sólida torre, de anchos fosos y de altos merlones. No pudieron mantenerse en ella sino una noche y se entregaron al día siguiente a los almohades, que les llevaron cautivos.

La columna se dirigió en seguida hacia el territorio de la villa de Talavera y le devastó a hierro y a fuego. Se aproximó luego a Toledo, después de atravesar los puertos de acceso a Castilla, y acampó al Norte de tal capital. Al día siguiente tuvo lugar un encuentro entre musulmanes y cristianos, y los almohades mantuvieron diversas escaramuzas fructuosas. Volvieron a atravesar el Tajo y saquearon de paso la huerta del rey cristiano.

Mientras se desarrollaban tales operaciones, el rey de León comunicó al soberano almohade, de quien era tributario, que se hallaba en guerra con su primo el rey de Castilla y le pidió una hueste musulmana para invadir su territorio. Se accedió a su ruego y así los cristianos tuvieron que sufrir de otra manera el peso de las armas almohades.

Conseguido el fin que se había propuesto al emprender la expedición, el soberano resolvió volver al territorio musulmán. En su marcha, el ejército, a una jornada de Toledo tomó por la fuerza el castillo de Dar al-gara y el de Piedrabuena, defendido por una numerosa guarnición de cristianos y de freires de las órdenes militares. Se instalaron guarniciones en las dos plazas.

Termina invitando a sus corresponsales a alegrarse de tales nuevas. Aquellos de sus conciudadanos que han tomado parte en la expedición podrán darles más detalles.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 66).

# SOBRE TEMAS AGRARIOS

*Es habitual atribuir a los árabes la introducción en España de grandes novedades agrarias: nuevos cultivos y nuevos métodos. Se ha llegado a suponer importadas por ellos las más de las plantas y de los sistemas característicos de la agricultura hispana de hoy. Es hora de rechazar tan gratuita teoría. Quienes la han ideado ignoran la variedad de explotaciones agrícolas que conoció la España romana y lo avanzado de la técnica de las mismas en ella. La mayor parte de los cultivos y de los métodos agrarios peninsulares —incluso los de regadío más complicados— existían ya en Hispania muchos siglos antes de la invasión árabe y buena parte de ellos son anteriores a la conquista de Roma. Sería injusto, sin embargo, negar que mientras vivimos dentro de la órbita islámica no se produjeron muchos avances y cambios en la vida agraria española. Al acervo tradicional se añadieron las novedades orientales y el resultado de la propia experimentación y de los propios hallazgos de los españoles, que no por haber abrazado el Islam habían cambiado de raza ni de mentalidad. En esa triple vena —las obras de griegos y romanos, la "Agricultura Nabatea" que resume los conocimientos agrarios de persas e hindúes y la especial acción científica de los alquimistas, los botánicos y los geopónicos hispano-musulmanes— bebió su saber el más famoso de los tratadistas de agronomía de Al-Ándalus, Abu Zakariyya ben Al-Awwam, agricultor sevillano de fines del siglo XII.*

## *Conservación de la uva*

Es necesario que, para almacenar frutas y otras cosas, se escojan sitios frescos, ventilados, limpios y sin malos olores. Ninguna fruta se conservará cerca de los membrillos, pues, almacenándola con ellos, se pierde por su humedad...

Dice Qastus: "Si deseas conservar las uvas colgando en la cepa hasta el mes de Dimah (marzo) o más allá, fíjate en un sarmiento que lleve mucha fruta, para que te sea posible atarlo, doblándolo; mételo en un hoyo de un par de varas de profundidad, cerca de la raíz de esa vid; tapiza el hoyo con arena fina y pura, y dirige el sarmiento hacia él, tendiéndolo de suerte que las uvas bajen al hoyo sin que lleguen a tocar lo hondo del hoyo ni tampoco sus lados. Átalo en una estaca o algo parecido, a fin de que no pueda salir, y tapa el hoyo con hojas de azucena, esparciendo sobre ellas polvo tan fino como la harina, hasta que (las uvas) se hagan tupidas y (los jugos) fluyan hacia el racimo, hasta Dimah o más allá. Y verdaderamente encontrarás (al racimo) fragante y fresco, si Alá quiere".

### *Dos observaciones sobre el puerro*

Les conviene la tierra húmeda y fuerte, que esté mezclada con arena, pues en ella se crían evidentemente sanos, y les conviene también la tierra estercolada (o grasa).

Y dicen: "Si quieres que sean grandes, toma un producto cerámico (arcilla), tamízalo y colócalo en la raíz de cada uno, pues así se agranda, y estercólalos con estiércol fino, y riégalos con agua dulce".

### *Conservación de las cebollas*

Se dice que las cebollas, si se arrancan en agosto y se meten en agua templada y se ponen a secar al sol para quitarles su humedad, extendiéndolas sobre paja de cebada, de tal manera que las unas no estén encima de las otras, se conservarán largo tiempo.

Dice Qastus: "Métanse las cebollas en (agua) salada y pónganse al sol hasta que se haya secado la humedad de esta agua. Tiéndanse luego separadas sobre paja de cebada, y así se prolongará su conservación".

### *Sobre las rosas (conservación, desecación y destilación)*

Las rosas se almacenan secas, y el modo de secarlas es el siguiente: "Se desprenden del cáliz y se esparcen al sol, sin que queden muy juntas ni unas encimas de otras, y si se remueven hasta que estén secas, y se secan en un día son mejores, más aromáticas y de color más hermoso. Guárdense luego en vasos nuevos de alfarería, tapándoles las bocas con barro, y así conservan su color rojo y su olor. El peso de la rosa, sin cáliz en estado seco, viene a ser, aproximadamente, la décima parte de su peso en estado verde.

"La rosa llamada "doble", que es la especie mejor, se despliega sin abrirse del todo. Es de color blanco mezclado con un rojo más fuerte que el de la rosa silvestre. Cada una de las rosas reúne hasta cincuenta pétalos, o cuarenta a lo menos. No le alcanza daño alguno, y es la mejor especie de rosas para el agua rosada, por ser la de mejor aroma".

### *De los cohombros (cohombros sin pepitas, siembra de éstas con la punta hacia abajo y dulcificación de cucurbitáceas)*

Dice Macario: "Si deseas cohombros y cucurbitáceas sin pepitas, entierra un ramo según la manera ya dicha, cavando un hoyo en forma de sepulcro, un poco más corto que de costumbre, y depositando en él la cucurbitácea, con tal que quede fuera su extremo, y luego, encima de ella, vuelve a echar tierra en el hoyo. Cuando después de esto, se haya alargado la cucurbitácea cerca de una vara, entiérrala por segunda vez, dejando fuera su extremo. Más adelante, cuando vuelva a extenderse aproximadamente una vara, vuélvela a enterrar por tercera vez, y, dejándola crecer un poco, córtala cerca de la raíz y así el extremo saliente del tercer hoyo tendrá cohombros sin pepitas".

Se dice que, sembrando las pepitas de cohombros, pepinos, badeas y calabazas con la punta hacia abajo, llevarán mucha fruta... Y, antes de sembrar las pepitas de los cohombros, pónganse a remojo en agua dulce un día y una noche, y hágase lo mismo con badeas, pepinos, calabazas y sus análogos.

Se dice que estas pepitas puestas a remojo en agua rosada o en agua con otro perfume, darán al fruto el mismo aroma, y que lo mismo sucede remojándolas en agua y miel, agua azucarada y leche fresca. Se dice también que remojen la simiente en leche fresca, sacándola antes que la leche se torne agria, y la cambien a agua y miel, sembrándola luego.

Dice Qastus: "Remojando la simiente tres días en leche de vacas, su fruta vendrá dulce".

### *Influencias y cambios misteriosos*

Se dice que esparciendo unos granos de cebada con el piñón, o en la raíz (del pino), al trasplantarlo, se acelerará su crecimiento y fructificación, y crecerá en altura lo que otro sin cebada no crece en tres años.

Dicen que la semilla de berza, cuando se siembra teniendo cuatro años o más se cambia en nabo, y, si se siembra la semilla de tales nabos, nacerán berzas. Añade (el autor citado por Ben al-Awwam): "Después de haberlo experimentado nosotros, lo hallamos cierto". Y dicen lo mismo de las semillas de las acelgas. En la "Agricultura Nabatea" se dice que, mezclando semilla de berza con semilla de nabo y conservándolas juntas tres meses o más, sembradas luego, de todas ellas sólo nacerán nabos".

Del *Kitab al-falaha* de Abu Zakariyya (Trad. Banquerí-Doubler, Al-Ándalus, VI, 1941).

## TARDÍA CONQUISTA DE LAS BALEARES POR LOS ALMOHADES

*A la caída del califato, las Baleares habían formado parte del reino de Denia. En 1114 Mallorca fue conquistada por Ramón Berenguer III, de Barcelona. Cayeron en seguida en poder de los almorávides. Al hundirse el imperio de los Banu Taxufin en 1140, el gobernador de las islas, hijo de Ali Ben Ganiya, se declaró independiente. Murió a manos del juez Ishaq, que alcanzó gran poder en el Mediterráneo. Toda la España musulmana había caído en poder de los almohades y el reino mallorquín permanecía insumiso. E incluso, tras la gran victoria de Alarcos, los hijos de Ishaq, de la estirpe de Ben Ganiya, prosiguieron resistiendo. Hasta que al cabo, a principios del siglo XIII, cercana ya la crisis de los nuevos señores africanos, las Baleares fueron por ellos conquistadas. Pocos años después, en 1229, Jaime I desembarcaba a su vez en Mallorca.*

## CARTA DEL CALIFA AL-NASIR

En Marraquex, sin data [600-1204].

El soberano comienza por recordar a los destinatarios que han sido informados de cómo los dos Magribs fueron desembarazados y purificados de la suciedad con que les había manchado la presencia de rebeldes, gentes del *litham*, que no se mantenían sino en las islas de Mallorca y en las vecinas de Ibiza y Menorca. La población de las mismas había sido invitada muchas veces a someterse por los tres primeros soberanos almohades (al-qulafa al-Raxidum), pero tales invitaciones no habían sido escuchadas. Sometidas al cabo Ibiza y Menorca al poder almohade, se decidió emprender una expedición contra Mallorca y, realizada, ha conducido a la conquista de la isla, en las siguientes condiciones.

Se embarcaron en las naves de la flota dos cuerpos de tropas, uno terrestre y otro marítimo, y, después de una feliz travesía, tomaron tierra en la isla. Sólo transcurrieron siete días entre su desembarco en Mallorca y su completa victoria. Los almohades atacaron a los rebeldes en la sólida fortaleza donde se habían refugiado y les redujeron a la situación más apurada. El jefe de los mallorquines fue muerto y su familia cayó entre las manos de los vencedores. Los estandartes almohades fueron izados en lo alto de las murallas. La cabeza del miserable jefe rebelde ha sido traída a la capital, así como sus banderas.

El soberano pide a los corresponsales que se alegren del éxito alcanzado, que debe interpretarse igualmente como una victoria contra los cristianos y sus principados del litoral mediterráneo. La toma de Mallorca constituye, en efecto, una verdadera catástrofe para el rey de Aragón y de Barcelona. En cuanto al otro rebelde almorávide, continúa vagando por los confines de Ifriqiya y no puede ahora recibir el menor socorro de sus parientes de Baleares.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 67).

## DOS SANTONES ANDALUCES

*El místico murciano Ben Arabi (1165-1240) en cuyas* Futuhat al-Makkiyya o *Revelaciones de la Meca ha encontrado Asín antecedentes de la Escatología dantesca, traza en su* Risalat al quds o *Epístola de la Santidad, las biografías de sus maestros del espíritu. Además de suministrarnos preciosas noticias sobre su formación religiosa, nos presenta en ellas un panorama de extraordinario interés de la vida espiritual de Andalucía durante los decenios postreros al siglo XII. En él se nos brinda una visión anticipada de la secta de los* Alumbrados *que se extendió por Andalucía desde principios del siglo XVI. Asín ve en las doctrinas y prácticas de los iluminados islamitas andaluces de la época de Ben Arabi un precedente explicativo de los citados místicos cristianos del gran siglo español.*

## ABU CHAFAR AL-URYANI

De entre todos mis maestros, el primero a quien encontré en el camino de Dios fue Abu Chafar Al-Uryani. Llegó a Sevilla, donde vivíamos, cuando yo comenzaba a iniciarme en el conocimiento de este sublime método de perfección espiritual, y fui uno de los que se apresuraron a acercarse a él. Entré, pues, a visitarle y me encontré con un hombre completamente entregado a la práctica de la oración mental. Le di mi nombre, y así que hubo conocido lo que de él deseaba, me dijo: —"¿Estás firmemente decidido a seguir el camino de Dios?" Yo le respondí: —"El siervo, decidido está; pero Dios es quien otorga la firmeza". Entonces me dijo: —"Cierra, pues, la puerta, corta los lazos de las cosas de acá abajo y siéntate a esperar que el Dador generoso de todo bien te hable tras de los velos que lo ocultan". Puse en práctica seguidamente sus consejos hasta que Dios se me reveló.

Era este maestro un campesino iletrado que no sabía ni escribir ni contar; pero cuando hablaba de la ciencia de la unificación, no había ya más que oír. Con su sola intención fijaba las ideas como si las consignara por escrito, y con su palabra ponía al descubierto la realidad positiva de los seres. Jamás lo verías sino haciendo oración mental, previamente purificado con la ablución ritual y orientado en dirección al templo de la Kaaba. La mayor parte de su tiempo lo pasaba ayunando.

Cogiéronlo cautivo los cristianos, tal y como él lo había previsto, pues a las gentes de la caravana con la cual iba de viaje, les dijo: "Mañana nos cogerán cautivos a todos". Y, en efecto, al amanecer se les presentó de improviso el enemigo y los cogió cautivos sin dejar uno. Hospedáronle honrosamente durante su cautiverio, destinándole una habitación limpia y hermosa, en la cual trabajaba. Luego concertó su rescate con el infiel a quien pertenecía, por la suma, creo, de quinientos dinares. Vino, pues, a nuestra tierra [para procurarse la suma] y la gente le dijo: —"Te la reuniremos tomándola de dos o tres personas". Pero él respondió: —"No quiero tomarla si no es recogiéndola de muchas personas. Si me fuese posible reunirla tomando de cada hombre un solo céntimo, lo haría, porque Dios me ha asegurado que hasta un simple aliento con el cual se pague algo que sirva de rescate del fuego del infierno, es cosa que aprovecha a todo el pueblo de Mahoma".

Otro de los hechos que le sucedieron fue que, estando en Sevilla, en nuestra casa, Dios le dijo: "Los habitantes de Qasr Kutama están necesitados de lluvia. ¡Anda, pues, a ellos y hazles la oración *ad petendam pluviam*, a fin de que Yo les dé el agua que necesitan!" Nos contó esta revelación y salió de Sevilla con dicho objeto, acompañado de Muhammad, uno de sus discípulos. Como entre nosotros y los habitantes de Qasr mediaba el mar y una distancia de ocho días, alguien le dijo: —"Ruega a Dios por ellos desde aquí". Pero él replicó: —"Se me ha mandado que salga para ir a ellos". Salió, pues, de Sevilla, y cuando ya llegaba a Qasr Kutama y dominaba la población desde una altura, se vio imposibilitado

de entrar en ella e hizo desde allí la oración *ad pretendam pluviam*, sin que los habitantes se enterasen, y Dios, en el mismo instante, les dio el agua. Regresó seguidamente desde aquel lugar, sin entrar en el pueblo, y al llegar a Sevilla nos dijo su fámulo Muhammad, el que había ido con él: —"Cuando Dios les envió el agua, y la lluvia caía a raudales, el turbión nos envolvía por la derecha y la izquierda, por delante y por detrás; pero nosotros íbamos andando, sin que nos tocase ni una gota. Díjele entonces al maestro: —"¡Refúgiate [si puedes] adonde la misericordia de Dios no te alcance!" Él dio un grito y exclamó: —"¡Por ella soy conducido, oh Muhammad ben Arabí! ¡Qué lástima! ¡Si de ella me hubiese acordado allí [en Sevilla]!".

Entró a visitarle un hombre acompañado de su hijo. Yo estaba sentado a su vera. Saludó el hombre y dijo a su hijo: —"¡Salúdale!" El maestro, a la sazón, había ya perdido la vista. El hombre aquel dijo entonces al maestro: —"¡Señor!, este hijo mío lleva el Alcorán y lo conserva de memoria". Demudóse el maestro, y dando un grito cayó en éxtasis, y dijo: —"¡El Ser Eterno es el que lleva al ser temporal! El Alcorán es el que sustenta a tu hijo y nos sustenta a nosotros. Él es quien conserva a tu hijo y nos conserva a nosotros". Y esto dijo era indicio de cómo andaba siempre en la presencia de Dios.

Era hombre de tan sólida piedad, que no le hacía mella reproche alguno, viniera de quien viniera. Cuando yo entraba a visitarle, decíame a menudo: —"¡Bienvenido seas, hijo piadoso! Todos mis hijos me contradicen y reniegan de mis beneficios, excepto tú, pues sólo tú los confiesas y reconoces y sólo tú me colmas de honores. ¡Plegue a Dios que jamás te los borre de la memoria!

Preguntéle una vez qué le había ocurrido con Dios en el comienzo de su iniciación, y me contestó: —"Todo lo que yo necesitaba ganar para el sustento de mi familia y mío durante el año eran ocho costales de higos secos, de a cien libras cada uno. Cuando yo, pues, dejé de trabajar para consagrarme al trato con Dios en la soledad, mi mujer comenzó a gritarme y a injuriarme, diciendo: —"Levántate de ahí y trabaja y trae a casa lo necesario para mantener a tus hijos durante este año!" Con estas palabras mi mujer me turbó en mi propósito, y dije en mi interior: "¡Oh, Señor!, esta mujer va a ser un obstáculo que se alzará entre Tú y yo, pues no dejará de perseguirme sin cesar. Si, pues, Tú quieres que yo me consagre a tu trato, líbrame de la preocupación de mi mujer. Y si no me quieres para Ti, dámelo a conocer". Dios, entonces, me comunicó en lo más íntimo de mi espíritu esta respuesta: "¡Oh, Ahmad!, siéntate tranquilo, pues no pasará este día, sin que yo te traiga veinte costales de higos, lo bastante para mantener a tu familia dos años y medio, y más y más todavía. ¡Siéntate, pues, a conversar con Nos y no ceses!" Apenas habría pasado una hora, cuando he aquí que un hombre llamaba a la puerta, trayendo al hombro un costal de higos de regalo. Díjome entonces Dios: "Éste es uno de los veinte". Aún no se había puesto el sol, y ya tenía en casa los veinte cos-

tales completos. Mi mujer y los niños se llenaron de alegría, y además mi mujer me dio las gracias, completamente contenta de mí".

Era hombre de mucha meditación y lleno siempre de alegría en todos los estados de su trato espiritual con Dios. En la última visita que le hice, acompañado de un grupo de hermanos en religión, nos lo encontramos sentado. Después que lo saludamos, uno de los del grupo quiso hacerle una consulta; pero antes que se la hiciera, he aquí que el maestro, levantando la cabeza, dijo: —"Toma, ahí tienes un problema que te propongo a ti, Abu Bakr —y me señaló a mí—: No acabo nunca de maravillarme de aquel dicho de Abu-l-Abbas ben al-Arif; "Hasta que se aniquile el que no existió, y subsista el que no dejó de existir". Porque nosotros sabemos que el que no existió es un ser aniquilado, y el que no dejó de existir es un ser subsistente. ¿Qué es, pues, lo que quiso decir Abu-l-Abbas? Respóndeme". Entre todos los del grupo no hubo uno que le respondiera. A mí, en cambio, se me ofreció la respuesta que convenía dar, y estuve ya a punto de resolver el problema; pero no llegué a pronunciar palabra, porque me era muy violento el hablar; y como el maestro sabía muy bien que yo era así, no insistió.

Para dormir, jamás se despojaba de sus vestidos. En el ejercicio del canto religioso no se conmovía; en cambio, cuando oía recitar el Alcorán, sentíase tan contrito y emocionado, como si sus entrañas estuviesen en ebullición. Yo hice una vez la oración del alba en su compañía, en la casa de mi querido y sincero amigo Abu Abd Allah al-Jayyat [el sastre], conocido por el sobrenombre de "el segador", y de su hermano Abu-l-Abbas Ahmad al-Hariri. Leía, el que oficiaba, el principio del Cap. LXXVIII del Alcorán, y cuando llegó al versículo 6º, en que dice Dios: "¿Acaso no hemos establecido a la tierra como un lecho y a las montañas como pilares?", me distraje y no seguí la lectura del oficiante ni oí ya nada de lo que decía; pero vi al maestro Abu Chafar que estaba, en tanto, diciendo: "El lecho es el mundo, y los pilares son los creyentes. El lecho son los creyentes, y los pilares son los iluminados. El lecho son los iluminados, y los pilares son los profetas. El lecho son los profetas, y los pilares son los enviados o apóstoles. El lecho son los enviados... ¡Veamos! ¿Qué?" Y siguió citando, de las sentencias esotéricas primarias, cuantas quiso. En esto volví en mí, cuando el oficiante leía (versículos 38-39): "Y dijo lo justo. Aquel día es de la verdad". Cuando, luego, hubimos terminado la oración, yo le interrogué y me encontré con que a él también le había venido a las mientes, durante la lectura del versículo aquél, lo mismo que yo había experimentado en mi visión extática.

En cierta ocasión un hombre le echó al suelo para degollarlo con el cuchillo que en la mano tenía. El maestro tendióle su cuello; pero sus discípulos trataron de sujetarlo. Entonces les dijo el maestro: "¡Dejadle que haga lo que le han mandado!" Y diciendo esto, tomó el cuchillo con el objeto de pasarse él mismo su filo por su propia garganta. Dios, sin em-

bargo, hizo que el cuchillo se le cruzase en la mano y se le cayese al suelo. El asesino entonces se arrojó a sus pies arrepentido.

Si no fuera por evitar la prolijidad, mostraríamos todavía muchas otras maravillas de este maestro y de otros que, por la misma razón, ni mencionaremos siquiera. De sus frases, llenas de alusiones simbólicas, algunas las profirió con ocasión de ciertas conferencias que con nosotros tuvo sobre cuestiones de teología mística, relativas a las estancias o moradas del camino de la perfección y a otros temas. También compuse acerca de este maestro unas estrofas, que ahora no he de citar.

## ABU ABD ALLAH MUHAMMAD BEN QASSUM

Fue discípulo de Ben al-Muchahid (bajo cuyo magisterio estudió lecturas alcoránicas) hasta que murió éste y fue por él designado para desempeñar su mismo cargo. Ben Qassum, efectivamente, siguió el mismo género de vida que su maestro, y hasta le aventajó, reuniendo la ciencia y la virtud. Fue jurista de la escuela maliki y elocuente defensor de la nobleza y altos méritos de la ciencia.

Yo fui discípulo suyo, estudiando bajo su dirección las lecciones que me tocaron en suerte relativas a la ablución y oración rituales. También aprendí de él tradiciones proféticas. Al terminar la clase, su oración era siempre ésta: "¡Oh, Dios mío! ¡Haznos oír el bien; inspíranos el bien; danos la paz del alma, ¡oh, Dios mío!, y consérvanosla; concilia nuestros corazones en tu santo temor; ayúdanos con tu gracia para que hagamos lo que sea de tu voluntad y beneplácito!" Luego añadía los últimos versículos del capítulo II del Alcorán. Esta misma oración es la que nosotros hemos recitado siempre al terminar nuestras clases. Estando durmiendo una vez en el santo templo de la Meca, yo vi en sueños al Profeta y a un lector que bajo su magisterio leía el Sahib del Bujari, y cuando hubo acabado, recitó esta misma oración, lo cual me llenó de gozo.

Era Ben Qassum hombre de mucho fervor en los ejercicios de piedad. Su estatura era mediana. Voluntariamente se impuso una distribución minuciosa del tiempo con determinadas prácticas devotas para cada hora, y esta distribución la observó constantemente y al minuto. Tenía un cuaderno en el cual anotaba cada día cuanto había hecho hasta la noche y del cual se servía para examinar su conciencia, sin echarse a dormir antes de haber hecho este examen. Si encontraba que había obrado bien, daba gracias a Dios. Si lo contrario, enmendaba la falta cometida según lo exigía su gravedad, bien pidiendo perdón a Dios, bien imponiéndose una penitencia o cosa semejante. Y así lo hacía todas las noches.

Se ganaba la vida cosiendo gorros. Cierto día en que estaba sentado y se le había acabado todo el dinero necesario para su subsistencia, tomó las tijeras y los demás útiles de su oficio, cuando oyó que la puerta se abría y luego se cerraba. Salió y no encontró a nadie, pero vio que le habían

echado allí seis dinares. Los tomó, volvió a entrar, y cogiendo las tijeras las tiró al pozo diciendo: "Si Dios provee a mi sustento, ¿voy yo a preocuparme de una cosa de la cual Dios mismo me sale garante, puesto que el sustento te viene a buscar, en vez de que lo busques tú?" Y desde entonces hasta la fecha, abandonó el oficio y se dedicó a vivir de limosna.

Distribuía el día y la noche en la forma que voy a decir: Cuando ya había hecho la oración ritual del alba, se ponía a hacer oración mental hasta que salía el sol. Hacía entonces dos reverencias y entraba a su casa a coger los libros, para salir de nuevo a dar lección a los estudiantes que bajo su dirección aprendían las ciencias religiosas, hasta que la mañana promediaba. Entonces volvía a entrar en su casa y, si no ayunaba aquel día, tomaba algún alimento y hacía la oración ritual de la media mañana, y dormía un poco. Levantábase después y hacía la ablución litúrgica. Si tenía algo que escribir, lo escribía, y si no, hacía oración mental. Cuando llegaba la hora del mediodía, abría la mezquita, llamaba a la oración desde el alminar y se metía de nuevo en casa a seguir meditando y recitando sin cesar preces supererogatorias, hasta tanto que llegaba el momento de la oración ritual, en que salía para la mezquita a dirigir la oración. Hacíala fijo en un punto del mihrab, sin cambiar de sitio, pero balanceándose como si estuviera ebrio, por la intensidad de la emoción religiosa que en su interior provocaba la palabra de Dios.

Acabada la oración ritual de mediodía, salía de la mezquita y se ponía a recitar la porción del Alcorán que, como devoción supererogatoria, le tocaba leer a esa hora: tomaba el libro santo, abríalo sobre sus rodillas, y con los ojos fijos en el texto y pasando las manos sobre las letras iba salmodiando el Alcorán con atención reflexiva y devoción sensible, hasta que acababa de leer cinco sexagésimas partes del libro santo, con lo cual daba siempre tiempo a que llegase la hora de la oración ritual de media tarde. Salía entonces de casa, llamaba a la oración y se volvía a entrar para estarse rezando preces supererogatorias mientras se reunía el pueblo en la mezquita. Hacía la oración con la gente y se metía otra vez en casa a meditar hasta que llegaba la puesta del sol. Salía entonces, llamaba a la oración, hacíala y se volvía a meter en su cuarto. Entre el crepúsculo y la noche, cuando ya se acercaba la hora de la oración nocturna, iba a encender las lámparas en la mezquita, llamaba a la oración, se metía en su cuarto a rezar hasta que se reunía la gente y salía a hacer la oración con ellos. Después cerraba la puerta de la mezquita y entrando en su cuarto, sacaba su cuaderno y examinaba su conciencia, exigiéndole cuenta de todos sus movimientos y palabras y, en general, de cuanto él sabía que el ángel de la guarda habría tomado nota; y conforme a lo que en las páginas de su cuaderno encontraba, así también eran los afectos a que él mismo se excitaba.

En seguida se echaba en la cama y dormía; pero cuando había transcurrido una parte de la noche, se levantaba, y si por acaso había tenido trato sexual con su mujer, se purificaba y entraba a su oratorio para salmo-

diar en voz baja el Alcorán, mientras su alma se deleitaba meditando, unas veces, acerca de la majestad de la divina esencia, contemplada en su unidad simplísima; otras acerca de la gloria del paraíso; otras en la nada de las cosas de acá abajo, otras en los inescrutables juicios de la providencia, según se lo sugería la materia del versículo recitado. Así seguía hasta la hora del amanecer, en que salía de su oración, después de haber recibido de Dios en ella muchedumbre copiosa de ilustraciones acerca de misterios del Alcorán, que antes de la oración no entendía y que Dios mismo le revelaba, según el mismo Dios lo promete (Alcorán, II, 282): "Temed a Dios y Él os instruirá".

Cuando ya la aurora apuntaba, abría la mezquita, llamaba a la oración, encendía las lámparas y se metía en casa para esperar a que amaneciese. Entretanto, hacía la plegaria de dos inclinaciones, que se acostumbra por devoción antes de la oración del alba, y se sentaba a meditar. Así que había amanecido, salía y hacía la oración ritual con el pueblo. Ésta fue siempre su regla habitual y constante de vida. En toda la semana, tan sólo dos veces dormía la noche entera: en la noche del lunes y en la del viernes.

Hombre contemplativo, en todos los estados místicos, así transitorios como permanentes, de su vida interior, se conformó siempre con la ortodoxia tradicional. Pocos verás que se le parezcan. En cierta ocasión le presenté a mi discípulo Abd Allah Badr el Abisinio, e hizo la oración ritual poniéndose detrás de éste.

De la *Risala al-quds* de BEN ARABÍ (Trad. Asín, págs. 52 y 85).

## LA GRAN DERROTA ALMOHADE DE LAS NAVAS

*Los almohades habían vencido en Alarcos a Alfonso VIII en 1195, y durante dos años habían razziado, a su sabor, el reino de Toledo. El rey castellano y su fiel amigo Pedro II de Aragón vigilaban, desde la Paramera de Ávila, los pagos de la vieja Castilla. Cuando pasó el peligro, Alfonso IX de León, aliado con los musulmanes en las horas de la crisis, fue combatido hasta en las cercanías de su capital por Alfonso VIII y Pedro II. Sancho VII de Navarra solicitó la amistad almohade y esperó, en vano, en Cartagena, un barco para pasar a África, a rendir pleitesía al sultán Abu Yusuf, mientras el rey de Castilla le arrebataba las Vascongadas. Se acercaba el fin de las treguas que el castellano había solicitado del africano después de su derrota. La división de los reinos cristianos ponía en peligro la cristiandad hispana. Inocencio III anuncia, entonces, la cruzada en su socorro. Abu Yusuf al-Nasir atraviesa el Estrecho. Vienen en auxilio de los cristianos españoles 60.000 ultramontanos de allende el Pirineo. Con ellos salen de Toledo los reyes de Castilla y Aragón. El ejército cristiano toma Calatrava. Los cruzados quieren pasar a cuchillo a los cautivos moros. Se niega a tal crimen Alfonso VIII, movido por la tradicional tolerancia —única en Europa a la sazón— de los príncipes y de los pueblos españoles. Los ultramon-*

*tanos abandonan la empresa y, de paso para sus países, tratan de asesinar a los judíos de Toledo; pero los caballeros toledanos se arman y defienden a los hebreos, sus vecinos. El rey de Navarra se une a los otros soberanos. Los almohades ocupan los pasos principales de Sierra Morena, mas la vanguardia cristiana descubre uno no defendido por los africanos. Por él suben los ejércitos de los tres reyes de España, y el 16 de julio de 1212, tras una lucha muy recia y difícil, los musulmanes son vencidos y perseguidos hasta Úbeda. El imperio almohade se hunde no muchos años después, y en seguida la Reconquista arrebata al Islam la mayor parte de la España toda-vía musulmana.*

*Han relatado la batalla tres cristianos que pelearon en Las Navas: Alfonso VIII y los arzobispos de Toledo y de Narbona. Todos los autores islamitas lo hacen también. He aquí la noticia de un musulmán contemporáneo que trata, como es de rigor, de explicar la derrota como fruto de la traición, pero que no oculta el desastre, aunque calle sus pormenores; la narración del único prelado ultramontano que no abandonó a los cristianos españoles en la jornada decisiva y la inspirada en el relato del Toledano.*

## SEGÚN LOS MUSULMANES

Una vez que [Al-Nasir] ordenó los asuntos del imperio y aseguró su autoridad, salió de Marraquex el sábado 20 de Xaban [5 febrero 1211]; dirigióse a Rabat-al-fatah con próspero viaje y se detuvo en ella para arreglar los negocios más importantes y decidir lo que debía hacerse en los dos países [el Magrib y Al-Ándalus], conforme a sus planes. Pasó en tanto el mes de marzo, llegó el de abril, mejoró el tiempo y quedaron buenos los caminos y puntos de parada.

Salió de Rabat-al-fatah el lunes 18 de Xawwal [4 abril 1211] y expidió desde el sitio donde acampaba, llamado March-hamam, comunicaciones a Al-Ándalus, en las que exhortaba a los grandes a la guerra santa y a hacer los preparativos convenientes; los gobernadores del Ándalus obedecieron a estos mandatos, prepararon los instrumentos de guerra que conocían, dieron los mejores consejos y obraron con diligencia; la expedición se encaminó a Qasr Kutama, y entretanto los precios estaban muy altos, los gastos eran continuos y el país no podía sobrellevar las cargas que se imponían.

La causa de que se mostrase riguroso este año con sus gobernadores fue que la gente encontróse en este viaje con toda clase de dificultades y falta de provisiones y de las cosas más necesarias. Al-Nasir, además, procedía con lentitud en sus marchas, para mayor trabajo de sus tropas, y el común de los soldados llegó a sufrir tal escasez, que aquello equivalía a una derrota completa. Al-Nasir no hacía caso de las fatigas de que se le daba cuenta, hasta que llegaron a un punto en que se acabó el amor y nació el aborrecimiento; se agotaron las provisiones estables y las pasaje-

ras, y la amistad se secó con la prolongación del odio. No quedó en los grandes almacenes del sultán ni resto de provisiones, ni tuvo su intendente guía ni consejo previsor; se puso a ración tasada al vulgo del ejército, lo cual produjo el efecto de un desastre irremediable; la grandeza de las cargas fue superior al esfuerzo de la gente, que no pudo buscarse medios de vida en tan gran estrechez.

Al-Nasir irritóse por lo que veía de la carestía y de la gran negligencia de los encargados de la administración; descargó su cólera sobre todos los culpables de aquel mal e impuso penas a los causantes de la agitación, como a rebeldes vencidos. Dio órdenes al jeque Abu Muhammad ben Abu Ali ben Mizna, encargado de los negocios del Majzen, para que apresase al gobernador de Fez, Abd al-Haq ben Abu Daud, que era el mayor de sus gobernadores, pues tenía muchos secuaces y su puesto era el más eminente cabe el Sultán; dejó Abu Muhammad pasar tres días después de su llegada a la ciudad de Fez, para que arraigase la confianza en el ánimo de los comprometidos y se curasen sus sospechas acerca de la venida del ministro en tal ocasión.

Entonces decretó el encarcelamiento de Abd al-Haq desde la casa de los jerifes y envió quien fuese a su morada y lo cargase de cadenas; abrió luego una amplia información sobre sus cosas y extendió la mano para poner en prisión a todos sus amigos y subordinados; además escribió a todas partes para que apresasen a quien había servido en su tiempo y había intervenido en sus negocios, y en todas partes los sometió a examen.

Cuando Al-Nasir llegó, como queda dicho, a Qasr Kutama redobló sus amonestaciones por la continua resistencia que veía en sus jeques, y sus recelos se confirmaron ante la evidencia de la pereza y mala voluntad; su gobernador en Qasr Kutama. Muhammad ben Yahya ben Takaga el Maxuqi, que mandaba también en Ceuta, tuvo la misma suerte que sus iguales; fueron detenidos él y sus amigos y enviados todos al encargado de los negocios del Majzen en Fez.

Al-Nasir en esta expedición acortaba las jornadas y prolongaba las paradas, apartando a su gente de la playa de embarque; reunió luego embarcaciones de los demás puertos, dispuso el pasaje y mandó acelerar las operaciones; cuando él llegó al puerto ya había pasado la mayor parte de las tropas y quedaban muy pocas; detúvose en Qasr Kutama el resto de Dhu-l-qada hasta que pasase su zaga, bagajes y séquito; él se embarcó el lunes primero de Dhu-l-hicha [16 mayo 1211], el sábado [21 mayo] fue a Hay Ibrahim, continuó su marcha hasta llegar al llano de Sevilla y acampó en los castillos de Buhaira bab Yuhur el lunes 15 de Dhu-l-hicha [30 de mayo]. Después de instalarse él en la ciudad, mandó entrar a sus soldados por cuerpos y ordenados; quedóse en Sevilla el resto de aquel año.

El año 608 [comienza 15 junio 1211] mandó Al-Nasir congregar las tropas andaluzas, hacer instrumentos de guerra, obligar a las gentes de las diversas provincias a presentar las armas que tuvieran y a venir con sus jefes y gobernadores, hasta que se reunieron en buen orden y se fortifica-

ron sus ánimos; cuando acabaron de llegar soldados de todas las regiones y se completó el número de las tropas y socorros, emprendió Al-Nasir la expedición y la guerra santa.

Movióse de Sevilla en el mejor orden, con gran poder y concierto, llevando numerosas tropas de almohades, árabes, soldados de las divisiones militares (chund) y otras clases de combatientes, y dirigió su marcha, con el propósito de atacar a los infieles, contra el castillo de Salvatierra, que ganó después de porfiado cerco; es éste un castillo de gran importancia y que hace grandes daños al enemigo.

Escribió a las ciudades dando cuenta de su conquista el 2 de Rabi II [10 de septiembre] de este año.

Capítulo de la carta que envió Al-Nasir notificando la toma de Salvatierra, escrita por Ben Aiax. — Asístaos Dios, y concédaos sus favores. Los cristianos, como se prolongaba el tiempo sin combates y casi se habían olvidado de las incursiones de la caballería en sus montes y sus llanos, merced al tratado de paz, cuando las treguas existentes entre los almohades y el rey de Castilla estaban para expirar, se dispusieron, según supimos, a encender el fuego de la guerra, que estaba oculto; los almohades, después de regresar del Oriente (expediciones a Túnez y Argelia), no cesaron de estar dispuestos para la guerra santa; así que vinieron en número sólo de Dios conocido, como las olas del mar; con el resplandor de tales tropas no se retarda el que viaja de noche; y Dios, su recompensador, les concede la victoria.

Al pueblo infiel, que no tiene fe ni pruebas de lo que invoca, llegó de Roma, de su..., a quien adoran y veneran, que les mandaba ponerse de acuerdo y a algunos de ellos rechazar lo que quedaba sobre sus cervices de pactos hechos con los almohades; pero el que viola una promesa, contra sí la viola, y los pactos de Dios son los más seguros, y la espada de la secta hanefí la más afilada y más cierta. Mientras ellos maquinaban sus engaños, hacían alarde de arrogancia y preparaban lo que no se había de realizar, ni había de obtener el auxilio divino, tuvieron noticia de nuestra llegada, que ellos creían lejana y que Dios les mostraba cercana, y de nuestro desembarco en Al-Ándalus, con el cual Dios iba a dar victoria al rito hanefí.

Vieron que la guerra volvía a encenderse y que suprimía todo intervalo; a principios de junio, cuando suele salir el enemigo a guerrearnos, aunque habíamos desembarcado, cuando ya había pasado la estación de las expediciones militares y no quedaba sino poco tiempo... nos habían retrasado las dificultades que encontró la gente en el camino por las lluvias torrenciales, el fango que se pegaba a los pies de los hombres y a los cascos de los caballos, los torrentes que se desbordaban por las tierras firmes, como ríos crecidos que van espumosos, tanto, que arrastraron los puentes y dejaron infranqueables la mayor parte de ellos; pero la firmeza de voluntad

que brilló en medio de estas dificultades y trabajos, sólo es conocida de Dios, que conoce los corazones.

A pesar de la escasez del tiempo y de correr parejas lo que quedaba de la estación con la falta de medios materiales, no quisimos que terminase el año sin invadir el país de los infieles y hacerles renovar los pactos por la espada, para que no volviesen a quebrantarlos. En la fortaleza de Salvatierra se habían tendido las redes de la cruz y con ella era atormentado el corazón de la tierra musulmana; habían hecho de ella los cristianos como unas alas para ir a todas partes, y la habían dispuesto para que fuese la llave de las puertas de las ciudades y humillase a los amigos de Dios, con sus grandes torres y fosos. Estaba por todas partes rodeada de tierras musulmanas y la tenían los infieles como un lugar de peregrinación y de guerra santa; servíanla sus reyes y sus frailes, sus tierras y sus dineros y la miraban todos como la defensa de sus casas y el lugar de expiación de sus pecados. Pero lo que sucedió fue que los almohades la hicieron en una de sus expediciones escalón de sus pies y techo bajo el cual se recogiesen; no se había formado el proyecto, cuando ya los infieles se vieron obligados a cesar en sus incursiones; los almohades los desalojaron, en un abrir y cerrar de ojos, del castillo y lo poseyeron hasta el día de hoy: todo está sujeto al juicio de Dios. Aumentó con esto la desgracia de los infieles, y si no fuera por su hábito de sufrir males, inútiles les hubieran sido las armas y los arqueros; no sabía aquel pueblo que la obra de Dios iba en aumento y que sus buenos auspicios se iban renovando y que ellos habían venido en un tiempo en que habían de salir mentirosas sus presunciones y habían de ver sus ojos lo que no esperaban.

Invocamos a Dios en nuestro campamento, hicimos todo lo necesario para merecer su apoyo y dijimos: "Ésta es la mano diestra del señor de Castilla; si la cortamos, ahorraremos a ese infame el moverse con ella, y será ésta la mejor prueba de su impotencia".

Luego enviamos contra ella bandas de caballos árabes, una tras otra, y los dirigimos un poco delante de nosotros contra sus defensores; aparecieron en la explanada del castillo 400 orgullosos caballeros que combatieron a los nuestros. Luego avanzamos en pos de ellos con nuestro ejército, y antes de descabalgar y de echar mano a los aceros y a las lanzas, los saludó nuestra gente con un ataque rápido y mortífero, se apoderó de sus arrabales, que estaban en una pendiente, y les dio fuego por todas partes; luego mandamos disponer las máquinas, que se acercaron a la fortaleza, arrojando piedras como montañas, al mismo tiempo que caía sobre sus defensores una espesa nube de flechas, en la que unos hierros chocaban contra otros, y el que se libraba de las piedras como montañas, no se libraba de las flechas como nubes; columnas volantes fueron a los pocos días por Toledo y su comarca; el temor llenó todo el país y los cristianos temieron por su capital y desearon buscar descanso, aunque fuera en la muerte.

La gente del castillo de Salvatierra salió, abandonólo a los que tienen el cielo por recompensa; apenas salieron, purificó al castillo de sus inmun-

dicias y cambió las campanas por almuédanos; la iglesia se transformó en mezquita donde se honrase a Dios y los musulmanes tuvieron una consolación, cual no la habían tenido desde hacía tiempo, y quedó Salvatierra en poder de los musulmanes con la fecha citada".

El año 609 [comenzó 3 junio 1212] se difundió la nueva en Al-Ándalus, entre los jeques almohades, de que habían sido ejecutados los presos de Fez, que eran el gobernador de Ceuta y el de Fez. Recibió Ben Mizna la orden de matarlos a fines del año anterior, y fueron ejecutados, según se dice, a últimos de Dhu-l-hicha o, según otros, a principios de Muharram de este año [mayo o junio de 1212]. Sacáronlos un viernes, después de la oración, ante millares de personas, y los decapitaron, para escarmiento de los cuerdos y memoria de los irreflexivos. Este año fue la batalla del Uqab (las Navas), que causó la ruina de Al-Ándalus; dirigióse el Emir al-Muminin Al-Nasir al país enemigo del maldito Alfonso con un gran ejército musulmán. Preparáronse los infieles y toda la gente de Castilla y de otros distintos reinos de la cristiandad, próximos a ella; encontráronse los dos ejércitos en el sitio llamado Al-Uqab y la victoria se declaró primero por los musulmanes, sólo que los almohades no se esforzaron, ni se portaron bien en esta expedición, por causa del castigo que Al-Nasir impuso a los jeques almohades y por haberlos condenado a muerte y despojado por mano de Ben Mizna. El Barcelonés (Rey de Aragón) acudió a Alfonso con tres mil caballos...; volvieron la espalda los musulmanes y extendióse entre ellos la derrota. Permaneció Al-Nasir con tal constancia, que casi se apoderó de su persona el enemigo, y ya llegaban a su lado las lanzas cristianas cuando buscó la salvación en la huida. Fue esta batalla el lunes 8 (sic) de Safar del citado año. Cuéntase que algunos decían: "Esta inundación, di a Ben Mizna que la resista", aludiendo con esto al ministro que ejecutó a los jeques almohades. Al-Nasir, disculpándose del resultado de esta batalla, escribió a Marraquex y a otras partes; citaré aquí algunos de sus capítulos. La carta es de Ben Aiax.

"Hasta ahora os ha protegido Dios y os ha ayudado según su voluntad. El rey de Castilla, viéndose el año pasado impotente para triunfar, se ocultó en su país hasta de la vista de los hombres y se decidió a implorar el auxilio de los reyes de su religión, para que le socorriesen a precio de dones y regalos, por ver si en ellos encontraba remedio a su impotencia. Fueron sus frailes y sacerdotes desde Portugal hasta Constantinopla, gritando desde el mar de los griegos hasta el mar verde: "¡Socorro, socorro; misericordia, misericordia!" Llegaron los siervos de la Cruz, de todo desfiladero profundo y de todo país lejano, acudiendo día y noche de las cumbres de las montañas y de las playas de los mares; fueron los primeros en acudir los francos, que se extienden por las regiones del Este y del Norte; siguiólos el Barcelonés con lo que disponía de hombres y socorros; el rey de Navarra estaba sometido a la protección de los almohades y recibía socorros pecuniarios de ellos con gran largueza; pero maldíjolo el señor de Roma, si no guerreaba al lado de su gente y se unía a los príncipes de su

religión; unióse, pues, a este ejército con ardor y se metió en aquel mar revuelto en el que todos invocaban la Cruz.

"Nosotros invocamos al que oye y responde...; cuando nos movimos con los almohades y demás musulmanes, vimos que el pueblo... y que había afilado en el camino de Dios sus espadas; supimos que la nación que no tiene igual en el mundo y que la sociedad que gobierna Dios y San Gabriel y los mejores creyentes y los ángeles..., después de esto, manifestó... el partido de Dios por el cual se ha honrado siempre el polvo y se ha glorificado la religión extraña en tiempo de la unidad y del extrañamiento.

"Pedimos a Dios que nos guiara por el buen camino y que nos colocase en su mejor servicio, y le suplicamos que nos iluminase para bien del Islam. Llegamos delante de Jaén y nos establecimos allí por algunos días, esperando a que decreciese el Guadalquivir, cuya corriente iba muy hinchada y con su crecida por la parte del Norte había borrado los vados..., con lo que cuidábamos de la buena administración y del tesoro, que es lo más importante.

"Los infieles entretanto se reunían en Toledo, como langostas, por su número y por los daños que habían de hacer; el señor de Castilla los trataba con afecto y paciencia, permitiéndoles devastar sus tierras y comprándolos con los bienes de sus súbditos y soldados. Nosotros supimos con certeza que reunió...; cuando decreció el Guadalquivir, entramos en campaña con nuestras tropas; movióse también con rapidez el infiel y destruyó los castillos fronteros que hallaba en su camino. Luego los dos ejércitos se batieron en el sitio llamado..., entre los musulmanes y sus enemigos en un día de estrellas aciagas. Esperamos que lo tenga Dios en cuenta y que reciba nuestras obras; apretó el combate y no tuvieron valor las vidas, pero quiso Dios purificar a los creyentes y afligir a los infieles; así que la amargura de aquel día fue sobre todo para los seguidores de la Cruz y el buen resultado sólo para la gente del Islam...; separáronse los dos ejércitos; los flancos de los musulmanes quedaron bien guardados por el poder de Dios... el libro de ellos; no hiere la guerra a ninguno ni falta a su número nadie... En estas luchas ha querido Dios que haya alternativas y que sean como un circo para las naciones... los soldados numerosos, los estandartes desplegados, persiste la constancia y las recompensas de Dios están preparadas.

"No temáis; mirad nuestra mayoría sobre los infieles y el auxilio contra ellos de los ángeles de Dios, que son los mejores auxiliadores. No dejará Dios a los creyentes hasta tomar venganza de sus enemigos, ni abrirá camino a los infieles sobre los musulmanes. Os hemos hecho saber esto para que conozcáis la batalla tal como ha sido y los hechos en su realidad para que veáis que no han tenido muertos los almohades y que no han sido alcanzados ni muchos ni pocos. Dado a fines de Safar de 609 [31 de julio de 1212]".

El año 610 [1213] murió Al-Nasir: sucedió que, después de esta gran derrota, tomó la vuelta del Magrib y se instaló en Marraquex y ya no

hizo ninguna expedición, hasta que murió en su capital, el martes 10 de Xaban de este año. Dícese que algunos de sus visires sobornaron a uno para que lo envenenase, porque temieron que los matase en pago de sus malas obras.

Del *Anónimo de Copenhague* (Trad. de Huici: La campaña de los Navas de Tolosa, 115).

## NOTICIA DEL ARZOBISPO DE NARBONA

A los venerables y muy amados en Cristo, Arnaldo, abad del Císter, y a los demás abades reunidos en Capítulo general, desea salud y sincero amor en el Señor, Fray Arnaldo, por la gracia de Dios, arzobispo de Narbona.

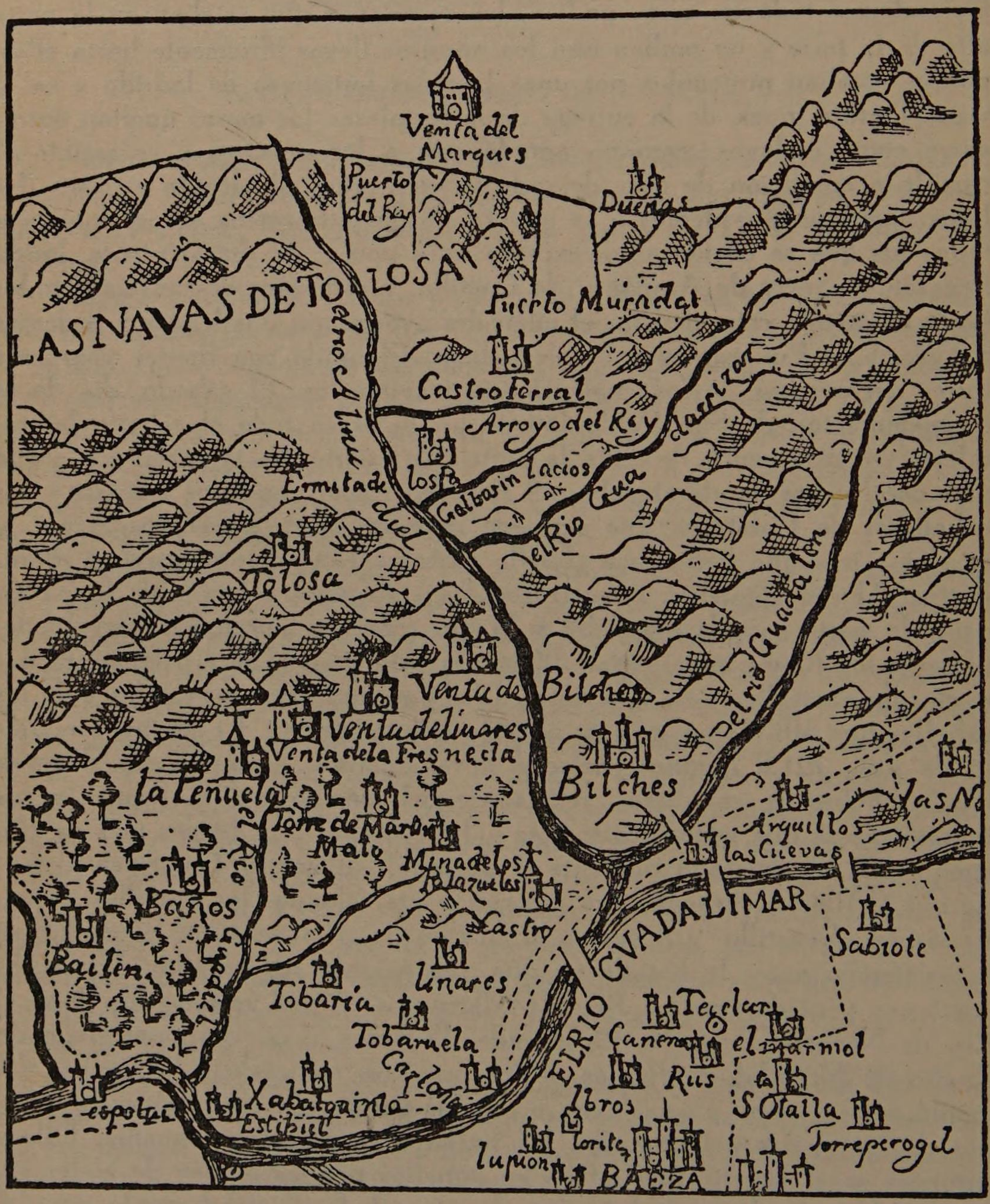
Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, porque en nuestros días se ha mostrado magnífico el Señor con su pueblo, concediéndole de sus enemigos una victoria, por la que merece tanto mayores alabanzas, cuanto más poderoso es el enemigo de que ha triunfado. Os anunciamos una nueva de gran alegría, porque el Miramamolín, rey de Marruecos, que, según hemos oído a muchos, había declarado la guerra a todos los que adoran la Cruz, ha sido vencido y puesto en fuga en batalla campal por los adoradores de la Cruz.

Por las indulgencias que el Papa, Vicario de Jesucristo, concedió a todos los que acudiesen a la guerra en socorro de la cristiandad española, concurrieron de todas partes del mundo fieles cristianos a Toledo, donde por edicto de los Reyes de Castilla y Aragón debían reunirse en la octava de Pentecostés. Halláronse entre los concurrentes el venerable Padre Guillermo, arzobispo de Burdeos, y otros prelados, barones y caballeros del Poitou, Andeg, Bretaña, Limoges, Perigord, Saintonges y Burdeos, con algunos ultramontanos de otras partes. Nos, con acompañamiento bastante honroso de caballeros e infantes bien armados de las diócesis de Lyon, Viena y Valentinois, llegamos a Toledo el tres de marzo (léase junio), después de la octava de Pentecostés, y tratamos con los Reyes del bien de la república cristiana y de la venida del Rey de Navarra, que entonces estaba enemistado con el Rey de Castilla; porque en nuestro viaje nos habíamos detenido en la residencia del Rey de Navarra para inducirle a venir en socorro del pueblo cristiano.

Cuando ya llevaba el ejército cuatro semanas de estancia en Toledo y fatigado con el tedio de la tardanza ardía en deseo de ir contra los sarracenos, un martes, a los quince días de nuestra llegada a Toledo, levantamos el campo todos los ultramontanos, llevando por guía y compañero de camino al noble Diego López de Haro, de orden del Rey de Castilla; el domingo siguiente. fiesta de San Juan, llegamos a un castillo de moros llamado Malagón, y al punto, antes de plantar las tiendas, lo atacaron los ultramontanos. Antes de una hora, según creemos, ganaron todo lo que estaba alrededor de la cabeza del castillo. Luego atacaron sin descanso du-

rante todo el día y la noche, con saetas y piedras, la cabeza del castillo, minando al mismo tiempo los muros con picos. Era una torre cuadrada de piedra y cal, que llevaba en cada lado otra torre unida a ella, cuyos parapetos estaban bien guarnecidos de tablados. Ganáronse por asalto las cuatro torres laterales y se llegó, minando, hasta los cimientos de la torre mayor. Defendíanse todavía, como podían, los sarracenos que estaban en la parte alta de la torre y no podían aún los nuestros llegar libremente hasta ellos, porque estaban protegidos por unas bóvedas fortísimas de ladrillo y cal o yeso. Tratóse, pues, de la entrega de la fortaleza: los moros querían entregarse como esclavos, pero no agradó esto a los nuestros y se recibió el castillo a condición de que, dejando la vida salva al alcaide y a sus dos hijos, quedasen los demás a la merced de los extranjeros. Diose muerte a todos los que se encontraron, excepto unos pocos. Al día siguiente, lunes, llegaron los reyes de Aragón y de Castilla, y el martes descansamos todos junto al castillo conquistado; el miércoles avanzamos dos leguas y llegamos a Calatrava. Era ésta una fortaleza bien defendida con fuertes y gruesas torres, en muchas de las cuales había manganelos. El sábado, día de la conmemoración de San Pablo [30 de junio] atacó todo el ejército la fortaleza, y con la ayuda de Dios, la parte más exterior hacia el río, que era la más débil y por donde atacaban el Rey de Aragón, nuestros vieneses y los caballeros de Calatrava, fue ocupada muy en breve aquel mismo día, y en dos torres que había por aquella parte se enarbolaron nuestros estandartes. Al día siguiente, comenzaron los sarracenos a tratar de la paz, y como la parte ganada era débil y lo que quedaba por tomar muy fuerte, plugo a los Reyes, para evitar dilaciones y la muerte de cristianos, recibir el castillo a condición de que saliesen las personas libres y vestidas y de los caballos que allí tenían sacasen consigo treinta y cinco. El siguiente martes [3 de julio 1212] algunos prelados ultramontanos, acompañados de gran muchedumbre de caballeros, retiráronse del ejército y se volvieron a sus tierras; créese que serían los que se volvieron con los Obispos más de cincuenta mil. El domingo siguiente [8 de julio] salimos de Calatrava, dejando allí al Rey de Aragón, que repartía a sus soldados las vituallas encontradas en el castillo, y llegamos al castillo de Alarcos, junto al cual tuvo lugar tiempo antes la batalla en que, por exigirlo sus pecados, fueron los cristianos vencidos por el Rey de Marruecos. Aquel mismo día llegó el Rey de Navarra; luego en dos jornadas llegamos al pie del monte llamado Puerto de Muradal, y algunos de los nuestros, subiendo a la cumbre del monte, vieron como a una legua o dos las tiendas de los sarracenos, algunos de los cuales pelearon con los nuestros en la misma cumbre. Díjose entonces en el ejército que estaba en aquellas tiendas el Rey de Valencia, tío de Miramamolín, con los sarracenos o caballeros del lado de acá del mar, a quienes llaman andaluces, para impedir el paso a los nuestros. Era muy arduo y estrecho el sitio por el que se proponía pasar el ejército; así es que para estorbárnoslo acamparon allí los moros. El Miramamolín en persona llegó al día siguiente, que era viernes, con el resto del ejército y

nosotros subimos aquel mismo día a la cumbre del monte, sin pasar más adelante. Aquel día atacaron los sarracenos a unos cristianos que se adelantaron un poco de las tiendas, los pusieron en fuga y mataron a algunos; a muchos más hubieran matado, si no es por los de Viena y el Poitou,




Las Navas de Tolosa, según un mapa del siglo XVI (Huici).

que estaban presentes y, aunque pocos, se opusieron con tal valor a los sarracenos, que los persiguieron más allá del agua de que nos querían privar; así, el ímpetu de los nuestros desbarató a los sarracenos.

Al siguiente día, que fue sábado, no pudiendo seguir el camino que nos habíamos propuesto, tanto por la altura y aspereza del sitio, cuanto por los sarracenos que colocados en frente nos impedían el paso, dimos como un rodeo por otra parte, pasando por sitios arduos y abruptos; al llegar al punto en que habíamos de poner nuestras tiendas, nos encontramos con que las haces de los moros estaban ordenadas en frente, y al poco rato saltaron delante de las mismas las haces árabes y flecheros, provocando a los nuestros con sus lanzas y saetas. Los nuestros se ocuparon tan sólo de plantar sus tiendas, dejando por aquel día la batalla campal. Al día siguiente, al amanecer, volvieron también los sarracenos con sus haces ordenadas del mismo modo que el día anterior. Los nuestros no aceptaron tampoco aquel día la batalla, sólo los flecheros y algunos pocos más discurrieron de un lado para otro; los árabes por su parte torneaban con los nuestros, no al modo de los franceses, sino según su costumbre de tornear con lanzas o cañas. Aquel día el Miramamolín demostró su poder más plenamente que el sábado.

Llegaba el tercer día, día de alegría, día que hizo el Señor, día por muchos siglos memorable. De mañana, antes que calentase el sol, la primera haz de moros y los árabes que estaban a un lado, como en otra colina (gente de la que se dice que nunca se acercan, sino que pelean corriendo sin orden fuera de filas), huyeron sin aguardar al enemigo, lo cual se demuestra porque en aquel sitio no se encontró ningún sarraceno muerto. Siguieron los nuestros a los fugitivos, y bajando del otro lado de aquella colina a un valle, encontraron una haz de muchos moros y los exterminaron. Los moros que huyeron, al llegar a la cumbre del monte más alto, se detienen porque estaba allí ordenada una haz fortísima, según ellos creían, y en la que se dice estaba el mismo Miramamolín. Suenan con estrépito los instrumentos de los moros, que los españoles llaman tambores, detienen el paso los sarracenos, y no sólo resisten a los nuestros, sino que los atacan con tal vigor que los serranos, cierta gente del reino de Castilla, vuelven la espalda, lo mismo jinetes que peones, de modo que casi todo el ejército que estaba antes de la última haz, excepto algunos nobles españoles y ultramontanos, parecía huir. Grande fue el temor de muchos de los nuestros, no defraudase el Señor aquel día nuestras esperanzas; pero es de creer que esto sucedió para reprimir la soberbia de los nuestros y para que al ver a nuestros soldados armados no nos atribuyésemos la victoria a nosotros, o a nuestras armas y caballos, que abundaban en nuestro ejército y escaseaban mucho en el de los sarracenos, sino que la atribuyésemos a Nuestro Señor Jesucristo y a la Cruz, que ellos habían escarnecido y que los nuestros llevaban en el pecho para ser, como dice el Apóstol, portadores de su improperio fuera del campamento; improperio con el cual no hay duda que luego vencieron los nuestros. Nosotros al ver a los cristianos en fuga comenzamos a recorrer el ejército y a exhortar a los fugitivos a detenerse.

Mas aunque los serranos y acaso muchos otros huían, como la última

haz estaba firme y los reyes, cada uno con su acompañamiento, atacaban con gran ardor a los sarracenos, que seguían a los cristianos, detuviéronse algunos por nuestros ruegos, otros hasta volvieron a la pelea, y no sólo fueron rechazados los sarracenos, que seguían a los cristianos, sino que además los que estaban en aquella haz tan fuerte fueron vencidos y muertos. Desde aquel momento huyó irreparablemente el ejército de los sarracenos en pos de su rey, el Miramamolín, que ya antes había huído y que además, según se dice y se cree, la noche anterior, presintiendo que iba a ser vencido, envió de noche por delante en mulos y camellos las riquezas inestimables que tenía. Los nuestros siguieron a los sarracenos fugitivos por medio de su campamento; al llegar a él encontráronse con la mayor parte de las tiendas echadas por tierra. Fueron en su alcance por cuatro leguas largas, y tantos mataron en la batalla y después de ella, que fueron los muertos sesenta mil y aun más, según se piensa. ¡Y cosa admirable: según creemos, de los nuestros no murieron cincuenta! En tres o cuatro sitios se encontraron tantas lanzas, aunque ya rotas, que todos los que vieron se admiraban grandemente. Encontráronse también en tres o cuatro sitios tantas arquillas llenas de saetas y cuadrillos que, como muchos pretenden, dos mil acémilas no bastarían a llevarlas.

Bendito sea por todo Nuestro Señor Jesucristo, que por su misericordia ha concedido en nuestros tiempos, bajo el feliz apostolado del Papa Inocencio, la victoria a los católicos cristianos sobre tres clases de hombres petulantes y enemigos de su Santa Iglesia: los cismáticos orientales, los herejes occidentales y los sarracenos meridionales. Por tantos bienes y dones como se nos han concedido, demos al que todo lo da con abundancia y sin echarlo en cara, las gracias, que a él le pedimos, si no dignas de él, por lo menos cuantas y cuales podamos. Fue esta batalla el año del Señor 1212, a 16 de julio, día de Santa Magdalena, en el sitio llamado Navas de Tolosa, porque había allí cerca un castillo de moros que se llama Tolosa y que ahora está en poder de los cristianos por la gracia de Dios; para que entiendan y teman otro tanto, si no se arrepienten, los herejes tolosanos. Al tercer día después de la batalla, el miércoles (18 de julio), dejamos el sitio aquel donde estaban las tiendas de los moros y donde habíamos pernoctado por dos noches y llegamos a cierta agua, que llaman Gualién. ¿Quién podrá explicar cuántos cadáveres, de los muertos hechos por los cristianos en el alcance, encontramos al avanzar hasta cierto castillo llamado Vilches, que había en el camino? Volvió el castillo aquel día a poder del Rey de Castilla y había en él algunos sarracenos que huyendo de la batalla se habían refugiado allí. Descansó el ejército junto a la dicha agua de Gualién por dos días; el viernes llegamos a Baeza, que encontramos del todo abandonada por sus moradores, pues la mayoría se había refugiado en la vecina ciudad de Úbeda. La mayor parte del ejército fue a Úbeda aquel mismo día; nosotros, con el resto, llegamos al día siguiente. Al otro día, que era domingo, cuando ya se había armado la mayor parte del ejército para atacar la ciudad, plugo a los Reyes volverse al campa-

mento y diferir el ataque por aquel día. El lunes diose el asalto, y cuando ya los nuestros después de persistir muchas horas sin gran provecho, casi desesperados, se habían vuelto en su mayoría a las tiendas, de pronto por la parte que atacaba el Rey de Aragón, media torre, que habían minado, cayó, y entrando por aquel portillo los aragoneses, comenzaron los sarracenos a abandonar los muros; entonces asaltando la muralla por diversos puntos, los sarracenos abandonaron dos partes de la ciudad y se refugiaron a toda prisa en la tercera, que era algo más fuerte. Luego se trató de concierto en esta forma: que los sarracenos de Úbeda diesen a los Reyes un millón de mazmutinas y que ellos se quedasen en la ciudad con todas sus cosas. Pero como este trato era contrario a la ley de Dios, por venderse a los sarracenos, no sólo armas y víveres, cosa prohibida con excomunión por los cánones, sino además la tierra que se iba a adquirir y aun la ya ganada, pues una parte de la ciudad había sido tomada y había esperanzas certísimas de tomar el resto; por ello comenzaron algunos de los obispos de los que había en el ejército a reclamar contra tal concierto. No es de nuestro caso decir por consejo de qué cristianos se hacía este pacto. Por fin, volviendo en su acuerdo los Reyes, se hizo este otro ajuste: que los moros diesen la cantidad de dinero prometida y además dejasen la ciudad para arrasarla, saliendo ellos libres con todas sus cosas. Pero sucedió por disposición divina que no pudieron cumplir los moros sus compromisos y en consecuencia fueron reducidos a esclavitud por los cristianos y los muros de la ciudad fueron derruidos.

Bendigamos, pues, todos al Señor, alabémosle y confesémosle porque ha usado con nosotros de su gran misericordia. Por ello rogamos a vuestra santa discreción que deis gracias a Dios todos juntos e insistáis en la oración hasta que el Señor con plena victoria glorifique a su Hijo Nuestro Señor Jesucristo, con quien vive y reina en unión del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Carta de Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona (Trad. de Huici: La campaña de los Navas de Tolosa, 170).

## EL RELATO CASTELLANO

Salió de la çipdad real de Toledo de yda pora la batalla la hueste del sennor Dios; et fué esto XII días ante de las calendas de julio, esto es XII días por andar del mes de yunno. Et yuan allí por si los vltramontanos, esto es los de alend de los montes de fuera de Espanna, et fueles dado por cabdiello Diago López de Faro. Et yua empos ellos el noble rey don Pedro de los aragoneses, con los suyos. Et empos el, ese noble rey don Alffonsso de Castiella, con los suyos. Et pero que apartados yuan, segunt cuenta ell arçobispo don Rodrigo de Toledo que yua y, poco departimiento auien entre los unos et los otros en su yda. Et el primero día que salieron de Toledo, fincaron las tiendas çercal calze de Guaxaraç; el segundo, çerca

de Guadaçalet. El terçero día posaron çerca Algodor; mas los vltramontanos fueron et fincaron sus tiendas çerca Guadalfezra, et yndo dallí, çercaron el castiello de Malagon, que fue signo de bien por la çracia de Dios que lo fazie: et maguer que los que eran en el castiello se deffendien assaç como varones, pero tanto fué grand el combatimiento de combater los vltramontanos que firuien con ligereza, desseando uençer o morir por el nombre de Cristo, que minguo del poder de los enemigos et la fortaleza del castiello, assí que en el nombre de Dios prisieron a Malagon et mataron todos los moros que y eran. Otro día ueno y la hueste del rey, et fincaron y un día; et fallesçiéronles las uiandas yaquanto, mas acorrió y la noble sabiduría et el poder del rey don Alffonsso, et fízoles allí parar delant viandas muchas a grand abondo.

## Toma de Calatrava

Los cristianos por çierto saliendo daquellos logares do dixiemos que posaran, dize ell arçobispo, uenimos todos en uno a Calatraua. Et los moros que y reuellauan et guerreauan deffendiéndosse, assacaron de fazer unos estrumentos de fierro que sembrauan por la tierra, a danno de los cristianos, et eran fechos a manera de abroios, et llamales la estoria "cardos de fierro", et sembráronlos et echáronlos por todas las passadas del río de Guadiana: et auie en ellos III aguijones, et como quier que aquel cardo de fierro, que dezimos o abroio, caesse en tierra, el uno daquellos aguijones siempre se paraua derecho a arriba, et fincaua en los pies a los omnes et en las vnnas a los cauallos. Mas porque las arterias de los omnes non ualen nada, quan engannosas et sotiles quier que sean, contra lo que Dios faze et quiere guardar, muy pocos o fascas ningunos fueron dannados daquellos cardos o abroios de los moros. Et puso Dios la su mano sobrellos, et passamos nos en saluo el ryo de Guadiana, et fincamos las tiendas aderredor de Calatraua. Mas los moros assí guarnesçieron de armas e de sennas et de algarradas, segund cuenta la estoria, las torres en somo, que assaç paresçie grieue de guerrear Calatraua a aquellos que la uinien combater. Demas maguer que aquel castiello es en llano, pero de la una parte ell muro dell ua por somo de la ribera de aquell río de Guadiana, de guisa que non podrie omne llegar a el; et de las otras partes de guisa es essa villa guarnida de muro et de baruacana et de carcauas et de torres et de logares pora lidiar, que, sin guerrearla luengo tiempo con engennos, semeia que se non podrie combater. Et era entonçes y un moro que auie nombre Abencalez, usado de armas de muchos días, argudo et prouado espessamientre en fecho de tanto que de la sabiduría deste moro conffiauan los desse pueblo del castiello de Calatraua, más que de ssi mismos: aunque auie y maguer que en esse castiello de Calatraua otro moro que dizien Almohat, que era alcayde et adelantado en la guarda del logar. Et porque auien ya tardado algunos días en aquella çerca los de la hueste, los reyes et los

otros príncipes dubdauan como serie del combatimiento daquel castiello. Pues que ouieron departido en ello luengamientre, plogo a Dios que non dexassen por enssayar el castiello, maguer que semeiaua grieue de combater: et los unos dizien et departien que era meior de yr su carrera que auien començada pora la batalla que non tardar en combater castiello en la carrera, mayormientre que en tales fechos peligran a las ueces los omnes que uan libres pora la batalla, et canssarie la hueste, et como la fuerça de la conquista de tales logares et la ganançia dellos et el cabo de la su batalla sea aun en dubda. Et pero que esto fué et esto judgauan algunos de la hueste, tomaron todos sus armas, et el rey don Alffonsso et los omnes buenos partieron los logares, et dieron sennaladamientre a las yentes de cada tierra et a sos príncipes los suyos que combatiessen; et en ell nombre de Dios, començaron a combater el castiello. Et combatiéronle de guisa que, por la gracia de Dios, en el domingo, después de la fiesta de san Paulo, echaron del castiello a los aluraues; et fué entergado de Calatraua ell noble rey don Alffonsso, et dióla el luego a los freyres que dizen de Calatraua, et entergógela tornada al nombre de Jhesu Cristo, guarnida de armas et de uiandas. Et el noble rey don Alffonsso de todas quantas cosas y fallo, non tomó ende nada pora sí; mas todo lo dió a los vltramontanos et al rey de Aragón.

## Retirada de los ultramontanos

Entre tod esto, porque ell enemigo dell humanal llinnage, esto es ell enemigo de los omnes, et este es el diablo, que nunca queda de enuidiar los buenos fechos de los omnes, metiósse en la hueste de los fieles de Cristo et de la su caridad, et conturuió los coraçones de los enuidiosos que se auien guisado pora yr a esta batalla. Et fízolos arredrar de yr, et fízoles desuiar de la buena postura que auien fecha; ca por la mayor parte todos los trasmontanos de comunal postura establesçieron que tolliessen las sennales de la cruç que auien tomadas de que se cruçaran pora esta batalla, et que dexassen los trabaios de su lit, et se tornassen pora sus tierras. Mas el noble rey don Alffonsso, esforçando et non dando nada por todo aquello, partió entonçes sus viandas, et dió a todos aquellos que fincauan todo quanto les era mester, et él, por tod aquello, non se dexó de la buena postura que auie començada. Mas essos vltramontanos, esto es los de alend de los montes, demudados de la buena entençión et de la buena carrera, començáronse de tornar, cada uno assí como eran sennas yentes, et fuéronse todos; fueras ende ell onrrado don Arnalt arçobispo de Narbona, que fincó con todos los que él pudo auer et con muchos de los fijos dalgo de la prouinçia de Viena; et estos estidieron siempre en la buena postura et leal, et fincaron; et assí como diz ell arçobispo, eran cient et XXX caualleros de los fijos dalgo, et de los omnes a pie algunos que fincaron y de los dessa tierra. Et fincaron y otrossí don Teoualdo de Blaçón con los suyos, de

tierra de Piteo, omne noble et libre, et natural de Espanna et castellano de llinnage. Et fincó otrossí el rey de Aragón et todos los suyos, fasta que la batalla fué toda librada, assí como auie su amor atado con el noble rey don Alffonsso et lo auien puesto con él; et fizo como manda Salomón que diz: "si mantouieres al amigo ell amiçdad quando non ouiere contienda, manténgela quando la ouiere"; et aquí pudo prouar cada uno comol amaua ell otro. Mas porque "los que aman a Dios todas las cosas se les obran en bien", maguer que esta discordia fué temuda que serie peligrosa por aquellos que se fueran, pero todas las cosas començaron de darse a meior, de día en día, et darse a bien andança.

## Llega el rey de Navarra

Onde ydos aquellos que la cruç del sennor aduxieran et la desecharon en ell angostura, los espannoles solos que fincaron con pocos de los vltramontanos —et aquellos fueron los que dixiemos suso— començaron a yrse pora la batalla muy esforçados et muy enfeuziados en Dios. Et partiéndose de Calatraua, fueron luego primeramientre a Alarcos et fincaron y sus tiendas, et prisieron la fortaleza et otros castiellos y aderredor. Et en quanto allí fincó el rey don Alffonsso, llegol y el rey Don Sancho de Nauarra, que maguer que de comienço fiziera semeiança que non querie y uenir, pero pues que y ueno, cuando llegaron al día de la batalla et del peligro, non quiso apartar del seruiçio de Dios el prez de la su ualentía nin del su coraçón. Et fué fecha allí cuenta desta guisa de tres reyes ayuntados en uno. Et salieron todos tres en el nombre de la Trinidad; et el primero día salieron dallí et andidieron tanto que llegaron a Saluatierra, et fincaron y sus tiendas et çercáronla et prisiéronla. Ell otro día, que fué domingo, Saluatierra dexada en recabdo, touieron los reyes et los otros prínçipes por bien que se armasse toda la huest et ordenassen todas sus cosas, como si fuessen de entrar luego en la batalla; et fiziéronlo assí... Et dize ell arçobispo; et speramos allí aun otro día, et después salimos dallí et uiniemos otro día a posar allí do dizen la Fresneda. Después all otra posada uiniemos a otro logar que a otrossí esse nombre mismo: la Freysneda; ca son dos logares uno çerca a otro a que dixen las Freysnedas. Et al terçero día adelant, fuemos posar a rayç del mont de Muradal que a nombre Guadalfaiar. Agora, de que la estoria a contado desta hueste de como ueno a aquel logar, ca la ueste de los moros estaua ya açerca de la otra parte, cuenta de como mouió dallí pora la batalla, et diz:

## La hueste de Miramamelín

Entre tanto, mientre se fazien las cosas que dichan son. Mahomat, aquel Miramamelín rey de los moros, auie ayuntadas ya en las montannas de çerca Jahén sus yentes, et allí esperaua ell la hueste de los cristianos, segunt

dize ell arzobispo. Et cuenta que non auie ella a coraçón de lidiar, ca diz que dubdaua sil uernien ayudas de cristianos que esperaua que pusieran con él de uenirle; mas su hardiment era et su cuedado de saltar a los cristianos en su torno, que por uentura los cristianos cansados por las lazerías et desmayados por las muertes que ell en ellos faríe, que non se le ternien. Mas Nuestro Sennor Dios dió y consseio desta guisa contra otros que se fizieron agenos de los de la hueste de los cristianos, et yniçiados al diablo, fuéronse furtando de la nuestra hueste, et fuxieron a ascuso et passáronse a los moros; et descrubiéronles luego ell estado de la hueste de los cristianos et de la mingua que auien. Pero dize la estoria que la mingua que era de las uiandas, et fuera ante de la conquista de Calatraua; mas luego que los cristianos ganaron Calatraua, assí lo guiso Nuestro Sennor Dios que la mingua se tollió luego, et ueno abondo de viandas, et assí lo ordenó Dios, que dallí adelant la hueste del rey don Alffonsso que non ouo mingua ninguna. Et quando aquellos falsos cristianos, que Dios coffonda, fueron dezir a los moros que la hueste de los cristianos non auie vianda, grand abondo auie ya y della. Et este es el consseio que la estoria dize que Nuestro Sennor Dios dió contra la trayción daquellos falssos cristianos yniçiados del diablo. En tod esto, fué allí assí fecho que los moros, por aquella sabiduría que ouieron daquellos falsos renegados, mudaron el consseio que auien auido dantes, et tomaron atrouençia por ganar preç, et mouieron de parte de Jahén apriessa contra nos. Et ueno este rey moro con su poder fasta Baesça, et enuió dend algunos a mano a las Nauas de Tolosa que se parassen en ell angostura de la passada, allí do es la penna sin carrera, et en la canal dell agua que por allí passa otrossí: et allí era el logar de embargar la passada a los cristianos, et que allí gela embargassen, de guisa que la non ouiessen nin passassen; et si los cristianos non ouiessen aún tomado el somo de los montes, mandó que se assentasse nellos en somo de la sobreçeia dessos montes: et esta assentada dallí porque estoruassen la sobida de los cristianos. Et aquellos moros que el Miramomelín enuió allí, cuenta la estoria que fueron después presos en la batalla, et contaron a los cristianos este hardiment porque fueran allí enuiados, et que a esta entençión guardauan ellos la passada, porque al cabo, fallesçiendo a nos las viandas, et nos lazrados por ell enoyo et por la fambre, que nos tornariemos.

## Al pie de los montes

Mas fízolo la piadad de Dios de otra guisa, ca Diago López de Faro que tenie la delantera et la guiaua et yua en ella yl fuera comendada, enuió delante a su fijo Lop Díaz et dos sus sobrinos dell: Sancho Fernández et Martin Munnoç, et mandóles que se cogiessen, et fuessen delant quanto pudiessen, et tomassen las altezas del mont, ante que los moros uiniessen. Et ellos, conffiando de su ligereza, ca eran caualleros muy nobles, et en

los cauallos que tenien buenos, trabaiáronse de fazer como don Diago les mandara; et yéndose pora sobir priuado all alteza del mont, non se guardando de al, fallaron ya en somo desse mont, çercal castiello que dizen el Ferral, una companna de moros alaraues que dieron salto en ellos, et por poco fué que los non ouieron maltrechos; sinon por que los ayudó Dios, ca tomaron estonçes Lop Díaz et Sancho Fernández et Martin Munnoç, et los otros que con ellos yuan, sus armas muy de coraçón et muy endereçadamientre, et sostouieron a los alaraues muy atestadamientre como uaronnes, et fueron ferir en ellos muy de rrezio, assí que los desuiaron yaquanto et tomáronles la cuesta: et por la gracia de Dios, subiéronles ellos de suso et ganáronles la cabesça del mont, et libraron de los moros el logar et ffincaron ellos y sus tiendas et estidieron y muy fuertes. En la quinta feria adelant, que era el yueues, cerca ora de nona, dize ell arçobispo, uiniemos al pie del mont. Et en esse día mismo, muchos de los nuestros subieron a somo de las altezas desse mont, mas la mayor parte fincaron yuso, çerca la canal dell arroyo que dizen Guadalffaiar. Et en la sesta feria adelant, que era el día del viernes, tomáronse en la mannana los tres reyes: don Alffonsso el noble de Castiella, et don Pedro de Aragon, et don Sancho de Nauarra, et llamando el nombre del sennor Dios, subieron y en una cuesta del mont, en un grand llano que se fazie y, et fincaron y sus tiendas et assentáronse y. Et en esse día mismo fué tomado de los nuestros el castiello Ferral, so que a unas pedraias peligrosas, et en la ribera yuso dell arroyo unos logares de pennedos cercal puerto de la Losa, logares muy guisados de caer omnes et bestias en priessa; et tanta era y ell angostura de la passada, que la su graueza aun a los desembargados embargarie. Et alli estauan unas compannas de moros que aquel dia todo, et aun una parte dell otro dia, guardaron alli la passada de los cristianos, et alli esse dia espessamiente firiendose entre los nuestros et los moros, fizieron alli dantes unos enssayos de batalla, assi que de amas las partes murieron y, pero diçe la estoria que non muchos. Et demientre que estas cosas se yuan assí librando de comienço, fablaron los reyes por o podrien yr que fuesse sin periglo, ca la passada de la Losa non era logar que passarsse pudiesse sin danno de omnes et de bestias; et dize ell arçobispo: era ya la hueste del moro más açerca del logar que nos, et demás que la su tienda del era ya fincada, et paresçia, como era uermeia. Allí fueron entre los nuestros departidas las sentençias de los departidos sentidos dellos, como serie de la sobida de la hueste: et los unos, catando a la graueza de la passada et que non podie seer, consseiuauan tornarse atrás pora passar por más ligero lograr a las compannas de los moros. A esto fizo assí el noble don Alffonsso rey de Castiella, et dixo: "Si este consseio fuere tenido por bueno et tomado en buena parte, pero trae periglo conssigo: ca el pueblo et los otros que lo non ouieren prouado, quando nos uieren tornar atrás, nin judgarán que batalla ymos uuscar, mas que foymos de la batalla; et fazerse a desacuerdo en la hueste, et yrse an, que los non podremos tener. Mas pues que de çerca ueemos los enemigos, mester es que uayamos a ellos; et como la uoluntad fuere en el çielo, assí se

libre et se faga la cosa acá". Et como el consseio del noble rey don Alffonsso de Castiella ualió allí más que lo al, assí Dios omnipotent, por cuya gracia spirital se enderesçaua el fecho, e enuió allí entonçes al rey don Alffonsso un omne de pueblo, assaz uil de uestido et de persona, que auie andado de tiempo antes curiando ganado en aquellas montannas et tomado coneios et liebres; et aquel pastor mostró al rey don Alffonsso la carrera assaz ligera de tod en tod, pora sobir por una cuesta del costado desse mont; et aun dixol quel non conuinie de tirarse nin de asconderse de la uista de los enemigos mas aún que ueyéndolo ellos et non nos podiendo embargar nin estoruar nin nos tener danno, que podriemos uenir al logar conuinient a la batalla.

## Subida a las Navas

Sobre la razón daquel pastor cuenta aquí la estoria et diz: mas porque en tal grand periglo como aquel, adur podrie omne creer atal perssona, como aquel pastor paresçie a la uista de los omnes, el rey don Alffonsso creyol; mas pero queriendo prouar la cosa, enuió adelant con ell dos prínçipes: don Diago de Faro et don Garci Romero de Aragón, et mandóles que fuessen, et si en uerdat fallassen lo que aquel pastor le dixiera, que subiessen et fallarien ençima del mont una llana, et que la tomassen et que se trabaiassen de deffenderla muy bien. Et por la graçia de Dios, fízosse la cosa assí toda, ca aquel omne que al rey don Alffonsso uiniera, como menssaiero de Dios qui escoie las flaquezas del mundo, fué fallado que dexeira uerdad de tod en todo; et los sobredichos prínçipes subieron et fallaron la llana que les el rey dixiera por la palabra del pastor; et don fueron en ella, en somo del mont, tomáronla et deffendiéronla muy bien, et touieronla muy bien guardada. Et desdel día del sábado, ca en esse día del sábbado fué ya esto, gran mannana, los tres reyes, tomada la bendición dell arçobispo et la graçia del sagramiento del cuerpo de Nuestro Sennor Dios, mouieron et uinieron con sus compannas al sobredicho mont. Et aquel castiello del Ferral fué luego de tod en todo dexado, como por sin pro; et los moros creyendo que nos desuiáuamos de la batalla, porque non guardáuamos la passada de la Losa, fueron et tomaron con grand alegría el castiello de Ferral. Et los nuestros reyes guardauan la çaga de la hueste, et uinieron con toda su companna a aquellos dos prínçipes que enuiaron delant. Et los moros quando esto cataron, uieron que aquello non era foyr, mas yr adelant, et doliéronse dend muy grieuemientre; et ueyendo las tiendas que en ell alteza del sobredicho mont fincauan, enuiaron una companna de caualleros que de aquel fincar de las tiendas que los cristianos allí fazien que tirassen ende los primeros por fuerça, diziéndoles que mala sennal era pora ellos aquello que nos por las angosturas de la passada non dexáramos de yr nuestra carrera derecha. Et aquella cauallería de los moros que el su rey enuiaua, ueno a los nuestros, el assí como llegaron, cometiéronlos de lid et lidiaron con los nuestros una piesça de tiempo; et por la uertud de Dios

que lo fazie todo, pudieron más los nuestros et echaron de la plaça et del campo a los moros, por fuerça de muchas buenas lançadas que dieron en ellos, matando ende los más que podíen. Et los nuestros tomaron entonçes toda la llana del mont, et por la gracia de Dios assentáronsse y, et fincaron y luego sus tiendas como bienandantes.

## En espera de la batalla

Et las tiendas apenas fincadas, el rey de los moros ueyendo que en la guarda de la passada do el tenie la feuzia quel non yazie ningún pro, nin en las çeladas nin en los engannos que él tenie parados a furto a los cristianos, quel non ayudauan en nada, ordenó sus azes esse día, et salió al campo. Et su aç mayor, que era dada a él a guardar, assentóla el noblemientre sobre un monte a que se fazie grieue la sobida; et las otras sus azes fueron otrossí ordenadas a diestro et a siniestro, muy sabiamientre. Et allí esperaron de la ora de siesta fasta la uíspera, cuedando ellos que nos esse día yriemos a la batalla. Mas los nuestros reyes en su consseio que ouieron, fué assí librado que la batalla fuesse allongada de aquel sábado fasta terçer día, segunda feria, que era el lunes adelant, porque los omnes de la nuestra hueste eran canssados en la graueza de sobir el monte, et enoyados todos, et las bestias yaque canssadas otrossí; et en este medio, que podriemos mesurar et uer ell su estado de los moros et el de su andamio. Et sobresto entendiendo el moro que nos non yuamos a la batalla, parósse muy loçano et touo que auie ganada gloria: et sobresto crouo que non por la su arteria que él nos guisara de que se cuedara ayudar, mas por el miedo quel nos auiemos. Onde enuió sus letras a Baesça et a Jahén: que çercara III reyes et tenielos çercados, et auiensele a dar terçer dia. Pero algunos de los sus grandes moros que cuedauan la cosa más altamientre en seso de grand entendimiento, diz que dixeron: "vemoslos nos assentados sabiamientre et con grand entendimiento, et más semeia que se guisan pora darnos batalla que non pora foyr". Otro día, domingo grand mannana, salió de cabo ell moro al campo, assí como el día dantes que fuera sábbado; et y estido esse domingo, sus azes paradas et ordenadas, fasta medio día; et pora desuiarle la calentura, aduxiéronle y la su tienda uermeia, pora fazerle sombra. Et seyendo allí en contenent mayor que non deuie nin cumplie, esperaua la batalla et combaterse él en ella con loçanía de rey. Mas nos fiziemos como el día antes, et atendiendo allí la su hueste, nos, nuestras tiendas et todo lo nuestro guardado, delibramos como deuriemos salir otro día. Et ell arçobispo de Toledo, et los otros obispos que y eran, andidieron por las posadas de las compannas de cada unas de las çipdades que allí eran, et por cada unas de las posadas otrossí de los prínçipes, predigándoles et auiuándolos et esforçándolos a la batalla, et perdonándoles todos sus peccados muy omillosamientre et muy con Dios. En esse día mismo, fizo el rey noble de los aragoneses cauallero a su sobrino Nunno Sáncheç. Et los moros entre

tod esto, como a manera de algarrada, feriendo sus estrumentos et sus roydos, que ellos fazen contra los cristianos quando tiempo ueen, enssayaron de uenir fastal cabo de las nuestras tiendas, cometiendo sus enssayos de ante de la batalla. Mas al cabo, entre la ora sesta et la nona, pues que ouieron assaz esperado allí et uieron que nos non faziemos contenente pora salir et yr a ellos, leuantáronsse dallí donde estauan, et tornáronse pora sus tiendas, allí do las tenían fincadas.

## Se ordenan las haces

Otro día, çerca la media noche, se leuantó uoç de Nuestro Sennor Dios de exaltamiento et de confessión, et sono por todas las tiendas de los cristianos; et fué llamado essa noche, como por uoç de pregonero: que se leuantassen todos en nombre de Dios, et que se armassen pora la batalla dell Sennor. Onde andando y onrrados et guisados como pora aquel officio por çierto los maestros de la passión del Sennor, confessáronsse todos et, tomado ell conssagrado cuerpo de Nuestro Sennor Jhesu Cristo, guisáronsse todos et guarnesçiéronsse de todas sus armas, como era mester. Et salieron a la batalla, ordenadas sus azes assí como lo auíen departido dantes —et diremos agora aquí de cómo— entre los prínçipes castellanos: Don Diago López de Haro, con los suyos, ouo la delantera et los primeros colpes; ell az de medio, et esta era la de la una costanera, ouo ell conde don Gonçalo Nunnez con los freyres del Temple et dell Ospital et de Vcles et de Calatraua ell az de la otra costanera ouo Roy Díaz de los Cameros et Aluar Díaç, su hermano, et Johan Gonçález, et otros nobles omnes con ellos; en la postremera az fué el noble don Alffonsso rey de Castiella, et don Rodrigo arçobispo de Toledo con ell, et los otros obispos sobredichos, et ricos omnes; don Gonçaluo Royç Girón et sus hermanos, et don Roy Pérez de Villalobos, don Suer Téllez, don Fernand Garçía et otros. Et por cada unas destas azes eran partidos los comunes de las nobles çipdades: Segouia et Auila et Medina del Campo. Pues ordenadas las azes con Dios en esta hueste, como es dicho, alçadas las manos a los cielos, endereçados los oios a Dios et auiuados et leuantados los coraçones a martirio, et tendudas las sennas de la fe et de los fieles de Cristo, uinieron todos, según la ordenaçión dicha, assessegados en uno ygualmientre, a los peligros et al departimiento de la batalla. Et los primeros que las primeras feridas fueron dar dell az de Diago López de Faro fueron su fijo et sus sobrinos, los nombrados suso, caualleros libres en armas et muy atreuudos. Los moros de la otra parte fizieron otrossí lo suyo: guisaron en somo del mont una fortaleza a semeiança de corral, a poder de saetas et de otras armas, et de dentro daquel corral assentados los sus peones rezios et que algo ualíen; et allí souo otrossí el su rey dellos, teniendo çerca ssí una espada, et él, uestido una capa negra que fuera de Abdelmon que fué comienço de los almohades, como es dicho, et otrossí, esse su rey çerca si el libro de la

descumulgada secta de Mahomat, et este es el libro a que ellos agora dizen Alcorán. De parte de fuera daquel corral eran paradas otras azes de peones de que los vnos, también de los de fuera como los de dentro, tenien atadas las coxas los unos a los otros a reuezes, como que desesperassen de ayuda de foyr —ca de guisa estauan atados, que maguer que lo mester ouiessen et lo quisiessen fazer, non podríen foyr— ca suffrien ellos otrossí fuertemientre la priessa et ell affruenta del affincamiento de la batalla. Et delante aquel corral, de la parte de fuera, estaua ell az de los almohades, caualleros buenos guarnidos de cauallos et de armas, et una muchedumbre dellos que non auíe cuenta, et companna espantosa de uista. Et de diestro dellos et de siniestro, estauan los alaraues, omnes ligeros, et que se ayudauan de lanças et de azagayas, et fazien danno en los que non sabíen qué armas eran aquellas: ca ellos en fuyendo, embargan al otro, et desque son sagudados, tornan, si ueen guisado; et fázenlo peor en llano et en ell angostura non tienen danno a la cosa pora reboluerse, son fallados, estos alaraues de las lanças et de las azagayas, más dannosos; éstos semeian a Turcos: con fechos de saetas lidian, et en las medidas de las porras traen unos como uasos que rebueluen, et los unos et los otros destos moros guerreros, andan a unas et a otras partes como uagueando et fuera de orden de lid, et non guardan de orden de az, et, corriendo, turuian et desbaratan a los otros, et los suyos uiniendo ordenadament a las feridas, et dánles guisado de fazer mal, si se ellos aperçiben. Mas la muchedumbre destos et daquellos non podríen auer cuenta, nin creo que ninguno de los nuestros asmarlos pudiesse con uerdad; sinon que después, oymos de sus moros mismos que eran LXXX uezes mill caualleros, et las compannas de sus peones que non podríen seer contadas. A esto dizien, unos moros de tierra de Azcore, que es çerca los Marruecos, que fueran en esto, que non eran pagado dellos el su rey; et estos moros, dexados los cauallos, por ganar la graçia del su rey, fiziéronse a pie et uinieron a lidiar daquella guisa; et lidiaron et fizieron grand danno en los cristianos, mas pero non creen los omnes que ninguno destos ende escapó. Aun estaua y, delante su rey, mucha companna además, et muy guarnida de nobles sennales de armas et de cauallos. Et desta guisa que es dicho estaua aquel corral de los moros çercado et guarnido, et su rey dentro.

### La batalla

Los moros que estauan atados, como es dicho, et que se non podíen mouer daquel logar do estauan, començaron a desuiar las primeras feridas de los nuestros que subíen por logares assaç desguisados pora combaterse. Et en estas contiendas, algunos de los nuestros que subíen a cometer los moros, essos canssados por la grauezas de las sobidas, paráronsse et estidieron quedos yaquanto. Entonçes algunos de medio de las azes de Castiella et de Aragón, fiziéronsse una companna et uinieron a las primeras azes, et fué grand la muebda que se y fizo, et la cosa muy peligrosa et en dubda;

assí que algunos, pero non de los grandes, semeiaua que queríen foyr; mas los primeros et los de medio de Aragón et de Castiella ayuntados en uno, combatien a los enemigos, et requedáuanlos de yr adelant, et esto fazien ellos quanto podíen. En tod esto, las azes de las costaneras lidiauan muy fuerte con las azes de los moros, et las feridas eran muchas et muy fuertes della et della parte; mas las de los moros eran tantas et tan fuertes et la su muchedumbre tan grand, que unos de los nuestros començaron a couardar, et tornando las espaldas, semeiaua que fuyen ya. Et ueyendo esto el muy noble rey don Alffonsso, a unos de los uiles del pueblo menudo que non auien cuedado de catar lo que estaua mal, dixo all arçobispo de Toledo, oyéndolo todos: "arçobispo, yo et uos aquí morremos". Et respondiol essa ora ell arçobispo: "sennor, fiemos en Dios, et mejor será; ca nos podremos más que nuestros enemigos, et uos los uençeredes oy". El noble rey don Alffonsso, nunqua uençudo de coraçón, dixo: "uayamos apriessa a acorrer a los primeros que están en peligro". Entonçes Gonçaluo Royz et sus hermanos fueron contra los primeros en acorro; mas Fernant Garçía, varón libre et enssennado en cauallería, tardó al rey, consseiandol que guardase ell gouernamiento de la hueste, et de guisa fuesse en ell acorro daquellos, que la hueste non se desordenasse porque fuesse desbaratada. Estonçes dixo el noble rey de cabo al arçobispo: "arçobispo, aquí muéramos, ca tal muerte conuiene a nos, et tomarla en tal artículo et en tal angosura por la ley de Cristo: et muéramos en él". Respondió el arçobispo: "sennor, si a Dios plaze esso, corona nos uiene de victoria, esto es de uençer nos; et non de muerte nin morir, mas uenir; pero si de otra guisa ploguiere a Dios, todos comunalmientre somos parados pora morir conuusco, et esto ante todos lo testigo yo, pora ante Dios". Estonçes el noble rey don Alffonsso, non demudada por ello la cara nin el su loçano gesto, nin el su muy noble et apuesto contenent que él solíe traer, nin demudada la palabra, parósse esforçado et firme, como fuerte uarón armado, et como león sin espanto; ca pora morir o pora uencer firme estaua él. Et dallí adelante, non queriendo más soffrir el peligro de los primeros, uénose dallí apriessa, fasta que llegó al corral del moro; et enderesçólo Dios que lo fazie todo, et uinieron y con el alegremientre las noblezas de las sus sennas et los suyos. Et la cruç del Sennor que delant ell arçobispo de Toledo auíe en costumbre de uenir, aduziéndola aquella hora Domingo Pascual de Almoguera, canónigo de Toledo, entró con ella por ell az de los moros, et passó por todos marauillosamientre, et non tomando y ningún pesar esse don Domingo que la cruç traye, nin ninguna lisión, sin los suyos, ca non uinien y con él; et assí fué en su yda sin todo periglo, fasta que llegó all otro cabo de la batalla: et fué assí como plogo a Dios. Et en las sennas de los tres reyes uinie la ymaien de sancta María uirgen madre de Dios, la que de la prouinçia de Toledo et de toda Espanna estido et fué siempre uençedora et padrona, en cuya uenida marauillosa, aquella az de los moros de marauillar et companna que non auíe cuenta et que fasta allí estidieran et estauan firmes que se non mouíen, et rebeldes que contrallaran a los nuestros, muerta essa

companna marauillosa a espada et segudada a lanças et uençuda a feridas, tornó las espaldas a foyr. Entonçes yua el rey moro por la priesa de la batalla, et más affincamiento de su hermano a quien llamauan Zeyt Abozecri por nombre, quel affincaua que se saliesse de la batalla et se fuesse, subió esse rey Almiramomelín en una bestia de muchos colores, et por guarir que non muriesse allí o fuese preso —ca uió el que lo uno al desto que lo seríe si y fincasse— cogiósse a foyr, sintiendo que aquello era lo más seguro pora lo que ell auíe mester. El fuxó con tres caualleros que ouo por companneros en aquel perigro, et ueno assí fuyendo a Baesça; et los de Baesça, ueyendol daquella guisa uenir, entendieron que el mal era et que uençudo uinie, et demandáronle que qué faríen; et diz que les respondió: "non puedo consseiar a mí nin a uos"; et camió allí la bestia, et ueno a Jahén aquella noche. Entonçes los aragoneses de la su parte, et los castellanos de la suya, et los nauarros otrossí de la suya, desboluieron apriessa las manos entre los moros, et mataron allí muchos dellos, et muchos en los alcanços que fizieron empos ellos a muchas partes, por o yuan fuyendo, et ellos empos ellos matando.

## Te Deum Laudamus

Oyendo esto ell arçobispo, et ueyéndolo, dixo estas palauras al noble rey don Alffonsso: "sennor, menbraduos todauía de la graçia de Dios que cumplió en uos todas las faltas, et yaquanto el denuestro de Toledo, et oy uos lo emendó; et menbraduos otrossí de uuestros caualleros, por cuya ayuda uiniestes a tan grand gloria et tanto prez entre los reyes de Espanna: et en más tierras suena el uuestro prez, ca por más tierras suena et sonará más el uuestro nombre et la uuestra grand fama". Estas razones et otras tales como estas acabadas de dezir en esta manera, el arçobispo et los obispos, que y eran con ell, et los abades et frayres et la otra clerezia, que y eran con ellos, alçadas las manos et las uozes al çielo, con lágrimas de sanctidad et con cántico de alabança, salieron en esta razón, cantando con gran alegría aquel cántico que dizen en la eglesia: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur,* et quiere esto assí dezir en el castellano: "A tí Dios, alabamos, a ti, Sennor, confessamos", et dixieron este cántico todo, cantandol fasta cabo. Et eran y don Tello obispo de Palençia, don Rodrigo obispo de Siguença, don Melendo obispo de Osma, don Domingo obispo de Plazençia, don Pedro obispo de Auila, et muchos otros clérigos onrrados que eran y con ellos, cantando cánticos et alabanças a Nuestro Sennor Dios, por quanto crebanto fiziera en aquell día en los paganos enemigos de la cruç, et quanta uertud et exaltamiento mostrara en los cristianos fieles de Cristo et mantenedores de la su ley. Aun dize ell arçobispo en esta estoria adelante: ell campo de la batalla tan lleno fincaua de moros muertos et tanto era y la su mortandat que, aun yndo en buenos cauallos, apenas podiemos passar sobre los cuerpos dellos. Et eran los moros que fueron

fallados çercal sobredicho corral muy luengos de cuerpos et muy gruessos omnes; et lo que se marauilla pora dezirlo: maguer que yazien destorpados de todos sus cuerpos et de todos sus miembros, et despoiados todos, que los despoiaran los pobres, pero que por tod eso, en tod el campo de la batalla ninguna sennal de sangre non pudo seer fallada. Et acabadas estas cosas como dichas son, los nuestros non queriendo poner término nin destaio a la graçia de Dios, fueron sin toda canssedad a todas partes, fasta la hueste empos los moros que fuyen; et segundo ell asmança de los nuestros era, mataron y dellos fasta dozientas uezes mill moros. Más de los nuestros según ende podimos saber la uerdad, adur se pudieron seer fasta XX et V omnes. Agora acabada la batalla et deliberada, loado a Dios, como es dicho, cuenta aún la estoria adelant de los grandes fechos que los cristianos y fizieron.

De la *Estoria de España* que mandó componer Alfonso el Sabio (Ed. Menéndez Pidal, pág. 694).

## UN PRECURSOR DE DANTE

*Ya en el siglo IX aparece divulgada en el mundo musulmán la leyenda del viaje nocturno de Mahoma al infierno* (isra) *y de su ascensión al cielo* (mirach). *En Al-Ándalus esa leyenda adquirió forma poética, lo más tarde, en el siglo XI. La recogió a principios del XIII un místico poeta murciano, Muhidin ben Arabí (1164-1240). El Islam le debe dos obras de mística poesía amorosa: el* Intérprete de los amores *y el* Tesoro de los amantes, *y otras varias obras filosóficas resumidas en su* Futuhat o Revelaciones, *que le consiguen una posición cumbre en la filosofía y en el misticismo islámicos. Las leyendas escatológicas, que él acoge, transforma y desenvuelve, pasaron pronto a conocimiento de los cristianos por los varios portillos que comunicaron en España las culturas arábiga y latina. Ya en el siglo XIII fueron referidas por el arzobispo Ximénez de Rada y por san Pedro Pascual, y no fueron ignoradas en la corte literaria, transida de arabismo, de Alfonso X, puesto que las llevó a su* Crónica General. *Como embajador cerca del Rey Sabio, vino a España, en 1260, Bruneto Latini, que para su Tesoro y su* Tesoreto, *enciclopedias del saber medieval, utilizó fuentes árabes. Y san Pedro Pascual estuvo en Roma entre 1288 y 1292. Por cualquiera de los dos caminos o por el ancho cauce de la arabizada corte siciliana, pudieron llegar a ser conocidas de los cultos italianos de la generación de Dante las tradiciones islámicas sobre el viaje de ultratumba de Mahoma. En todo caso el maestro Asín ha demostrado las grandes analogías que existen entre las leyendas escatológicas musulmanas y las bellísimas páginas de la* Divina Comedia, *las claras aproximaciones que acercan el iluminismo de Dante a las doctrinas de los ixraquíes hispano-árabes, recogidas por los escolásticos de la escuela agustiniana, las semejanzas que enlazan la lírica italiana del* dolce stil nuovo *con la poesía místicoamorosa de Ben Arabí y las que vinculan el* Cancionero *y el* Convito *del poeta florentino con el* Tesoro de los

*amantes del sufí murciano. Dante se habría levantado así en la encrucijada de las edades y de las culturas: entre el mundo antiguo y el moderno, y entre Oriente y Occidente, y Al-Ándalus habría, una vez más, contribuido a la soldadura de las civilizaciones islámica y cristiana. He aquí uno de los primitivos relatos de la bajada de Mahoma al infierno y unas páginas de Ben Arabí sobre su concepción filosófica del cielo.*

## VISIÓN ISLÁMICA DEL INFIERNO

Después subimos al tercer cielo y Gabriel llamó a la puerta. Le respondieron: "¿Quién es?" Dijo: "Gabriel". Le preguntaron: "¿Y quién está contigo?" Dijo: "Mahoma". Dijéronle: "Pero, ¿acaso se le ha enviado ya?" Respondió: "Sí". Dijeron: "¡Bienvenido sea el profeta honorable a quien Dios vivifique!"

Y he aquí que nos (encontramos) con un ángel, enorme de volumen, creado de fuego, sentado sobre un escabel ígneo y dedicado a cortar cables, corazas, zapatos y túnicas de fuego. Dije: "¡Oh, Gabriel! ¿Quién es éste?" Respondió: "El Ángel guardián del infierno. Acércate y salúdale". Me aproximé y le saludé. Yo no había visto jamás, entre los ángeles, ninguno de tamaño tan enorme; era de feísimo rostro; su rostro denotaba una terrible violencia y cólera tan manifiesta que, si asomase por ese mundo, la humanidad entera moriría de terror. Cuando lo hube saludado me contestó al saludo, pero con aire tan colérico, que yo me asusté de él, viendo que no se sonreía. Entonces me dijo Gabriel: "No le temas; este ángel ha sido creado de la ira del Omnipotente. Desde que Dios lo creó, no se ha reído ni sonreído jamás. Cada día aumenta su cólera contra los que no tienen misericordia en sus corazones. El se venga de todos ellos castigando a los rebeldes contra Dios, a los orgullosos tiranos y a los reos de pecados mortales". Díjele yo: "¡Oh ángel! Descúbreme los pisos del infierno para que yo pueda verlos". Respondió: "Tú no puedes mirarlos". Pero una voz se oyó que le gritó: "Oh ángel, no le contradigas en cosa alguna". E inmediatamente se le abrió la puerta del infierno (tan sólo) en cantidad del ojo de una aguja, y salió por la abertura tal fuego y humo, que, si hubiese continuado saliendo un rato, los cielos y la tierra se habrían cubierto de tinieblas. Y miró (Mahoma) a él (es decir, al infierno) y he aquí que era de siete pisos, uno sobre otros; y no me fue posible contemplarlos (todos) a causa de lo terrible del suplicio de los infieles y politeístas.

Y miré hacia el primer piso de ellos (de los siete) y he aquí que era el piso de los reos de pecados mortales. Y vi en él setenta mares de fuego, y en cada una de sus playas una ciudad de fuego, y en cada ciudad setenta mil habitaciones ígneas, conteniendo cada una setenta mil cajas de fuego, en las que estaban encarcelados hombres y mujeres, atormentados por serpientes y alacranes y lanzando gritos. Dije: "¡Oh ángel! (del infierno): ¿cuál fue el pecado de éstos en el mundo?" Respondió: "Cometieron

injustas violencias contra las gentes y devoraron sus riquezas sin derecho, y se enorgullecieron y obraron tiránicamente, siendo así que sólo a Dios compete el dominio y la fuerza".

Miré después y vi a algunas gentes cuyos labios eran como los belfos de los perros y los camellos. Los demonios los sujetaban con arpones de fuego, y las serpientes penetraban por sus bocas, rompían sus intestinos y salían por sus anos. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que se comen los bienes de los huérfanos injustamente. Ahora comen sólo en sus vientres fuego y serán luego asados en la llama viva".

Miré después y he aquí que vi unas gentes cuyos vientres (hinchados) como montañas, bullían de serpientes y alacranes. Cada vez que cualquiera de ellos pretendía ponerse de pie, caía de bruces, por lo enorme de su vientre. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que comen la usura".

Después miré y vi a unas mujeres colgadas de sus cabellos. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las mujeres que no ocultaron sus rostros y sus cabelleras a las miradas de los hombres extraños".

Después vi a unos hombres y mujeres colgados de sus lenguas a unos garfios de fuego, y que con sus propias uñas de cobre se desgarraban sus rostros. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que atestiguan en falso y andan con la maledicencia y siembran la discordia entre las gentes atacando su honra".

Después miré y he aquí que vi unas gentes cuyos cuerpos eran como cuerpos de cerdos y sus rostros como rostros de perros. De su suplicio estaban encargados serpientes y alacranes que picaban sus carnes. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que no purifican por la ablución sus manchas rituales ni ponen atención cuando oran".

Después miré y vi unas gentes que a gritos pedían alivio contra la sed. Los demonios les traían unas copas de fuego; y así que las tomaban, caía la carne de sus rostros por causa del calor; y así que las bebían, rompíanse sus intestinos y se les salían por los anos. Dije: "Quiénes son éstos?" Respondió: "Les bebedores de vino".

Después vi unas mujeres colgadas de sus pies con la cabeza hacia abajo, y los demonios cortábanles las lenguas con tijeras de fuego, mientras ellas rebuznaban como burros y ladraban como perros. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las plañideras, que lloran y se lamentan, a sueldo, por los difuntos, y las cantatrices".

Después miré y vi unos hombres y unas mujeres en unos hornos, y el fuego encendíase sobre ellas y la llama subía hasta sus caras y sus cabezas. Gritaban y de sus vergüenzas fluíales el pus y exhalaban un olor tan repugnante, que los demás condenados los maldecían. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Las adúlteras y los adúlteros".

Después miré y vi unas mujeres colgadas de sus tetas y con las manos atadas al cuello. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las que hacen traición a sus maridos".

Después vi unos hombres y mujeres que eran atormentados en el fuego.

Unos demonios, encargados de su suplicio, los sujetaban con unos garfios de hierro. Cada vez que pedían socorro los enganchaban y con unas lanzas de fuego los alanceaban en el vientre y los azotaban con azotes ígneos. No vi a otros reos de pecados mortales más fuertemente atormentados que a éstos. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que odian a sus padres".

Después vi a unas gentes con argollas de fuego, como montañas, puestas en sus cuellos. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que no cumplen fielmente sus compromisos con sus prójimos".

Después vi unas gentes que los demonios degollaban con cuchillos ígneos. Cada vez que morían, volvían a resucitar como eran antes. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que matan injustamente a la persona que Dios prohibe".

Después vi unas gentes que eran atormentadas en unas cavernas de fuego, con varias clases de suplicios, en lo más profundo del primer piso. En todos los tormentos que antes había contemplado no vi gentes más desgraciadas que éstas: crucificadas sobre columnas ígneas, la carne acababa por desprenderse de los huesos y quedaba el espíritu adherido a los huesos y los huesos colgando de cadenas ígneas. Dije: "¿Quiénes son éstos?, ¡oh ángel!" Respondió: "Los que dejan de cumplir la obligación de la oración, a pesar de estar sanos sus cuerpos".

Dije: "¡Oh, ángel! Echa la cubierta sobre ellos, pues he estado a punto de desmayarme por el terrible espectáculo de este suplicio". Respondió: "¡Oh Mahoma! ya has visto y has presenciado. Ahora que el presente informe al ausente. Amonesta a tu pueblo y hazle que evite los terrores del infierno, pues el castigo de Dios es terrible. Siete puertas y siete pisos de éstos tiene el infierno, y cada uno es de más suplicio que el otro".

Fragmento de un *Hadith* sobre el viaje nocturno de Mahoma a las regiones de ultratumba (Trad. Asín: La escatología musulmana en la Divina Comedia, 434).

## FILOSÓFICA CONCEPCIÓN MUSULMANA DEL PARAÍSO

"Dios ha pintado el paraíso acomodándose a las graduales diferencias de los entendimientos de los hombres. El Mesías estuvo bien explícito al describir estos deleites meramente espirituales del paraíso a que aludimos, cuando, al terminar los encargos que hizo a sus apóstoles en su testamento, les dijo: "Y si hiciereis cuanto os he mandado, estaréis mañana conmigo en el reino de los cielos, junto a mi Señor y a vuestro Señor, y veréis a los ángeles en derredor de su trono, cantando sus alabanzas y glorificando su santidad. Y vosotros gozaréis allí todo género de deleites, sin comer ni beber". Si el Mesías fue tan explícito en ese punto, sin servirse de alegorías como lo hace nuestro Libro, fue únicamente porque sus palabras se dirigían a un pueblo instruido ya por la Tora y la lectura de los libros de los profetas, dispuesto y apto para formarse idea de las palabras de aquél y para aceptarlas. Al revés nuestro profeta Mahoma, cuya misión divina cayó en

un pueblo de gentes incultas, habitantes de desiertos y de montañas, faltas de toda disciplina científica, que no creían en la resurrección ni en la vida futura, que ni siquiera conocían los placeres de los príncipes de este mundo, ¡cuánto menos los deleites de los reyes de la vida futura! Por eso, la mayoría de las descripciones del paraíso que para ello puso en su Libro, son corpóreas, para que se acomodasen a la inteligencia del pueblo y sirviesen de incentivo a sus corazones".

☆

"Reunidos los bienaventurados en derredor de la cándida colina en cuya cumbre ha de tener lugar la epifanía de la divinidad, y después de ocupar ya cada grupo de elegidos su grado propio, puestos de pie en sus respectivos asientos y vestidos de gloriosas túnicas de incomparable belleza, "he aquí que una hermosa luz les ofusca y les hace caer postrados. Esa luz se propaga rápida a través de sus ojos exteriormente y a través de sus inteligencias interiormente, penetrando las partículas todas de sus cuerpos y los más sutiles repliegues de sus almas, de tal modo, que cada uno de los bienaventurados tórnase y se transforma todo él en ojo y oído, viendo con su esencia entera, sin que la visión se restrinja a una parte determinada de su ser, y oyendo igualmente con toda su esencia. Ésta es la virtud que por aquella luz les es otorgada: con ella son ya capaces de experimentar la presencia de Dios y quedan aptos para recibir la visión beatífica, que es un grado de conocimiento más perfecto que aquella experiencia. Viene en seguida el Profeta y les dice: Preparaos para la visión de vuestro Señor, pues he aquí que se os va a manifestar. Prepárense los elegidos, y el Señor, la Verdad, se les manifiesta. Tres velos lo ocultan a las miradas de las criaturas: el velo de la gloria, el de la majestad y el de la grandeza. Los bienaventurados no pueden verle, porque sus miradas tropiezan con esos velos. Dios ordena que se descorran, para hacérseles visible, y una vez descorridos, muéstraseles la Verdad como única y simple, aunque manifiesta bajo la doble epifanía de sus dos nombres, *El Hermoso* y *El Bueno*. Todos los elegidos lo ven, como si todos fuesen una sola vista, un solo ojo. El relámpago de aquella luz difúndese sobre todos ellos y circula a través de sus esencias. La hermosura del Señor los deja estupefactos y aturdidos, y el brillo de aquella santísima belleza comunica su esplendor a las esencias de todos los elegidos".

Esta visión, una y la misma en sí para todos, tiene, sin embargo, diferentes grados accidentales: "Cada uno de los profetas, que no adquirieron el conocimiento que de Dios poseen sino por medio de la fe recibida de Dios mismo, sin acrecer aquel conocimiento mediante la especulación racional, experimentará entonces la presencia de su Señor, viéndolo con el mismo ojo de su fe. El santo que siguió en el mundo las huellas del profeta en su fe acerca de Dios, lo verá entonces en el espejo de su profeta. Si, además, adquirió en el mundo un conocimiento especulativo de Dios mediante la

razón, empleando el estudio racional como obra meritoria en ayuda de su fe, tendrá entonces dos modos de visión beatífica: visión de ciencia y visión de fe. Esto mismo le sucederá al profeta, si poseyó en vida algún conocimiento reflexivo de Dios: tendrá dos visiones, correspondientes a su fe y a su ciencia. Igualmente si el santo vivió en épocas o pueblos privados de toda revelación profética positiva acerca de Dios, de modo que sus conocimientos teológicos los adquirió bien por estudio personal de su propia razón, bien por ilustración sobrenatural comunicada directamente por Dios a su corazón, bien por ambos medios, entonces ese santo ocupará en la visión beatífica el rango mismo de los hombres de ciencia, en cuanto a los conocimientos teológicos que adquirió por este medio, y el de los hombres de simple fe en cuanto a los que obtuvo por ilustración divina. Los que en vida obtuvieron de Dios solamente la intuición mística ocuparán en la gloria un rango aislado y aparte de todos los otros elegidos. En suma, pues, hay que concluir en general que la visión beatífica será como una secuela o consecuencia de las creencias o convicciones dogmáticas profesadas en la vida terrena. De modo que aquel elegido cuyas ideas teológicas procedan, a la vez, de la pura razón especulativa, de la ilustración mística y de la ciega sumisión a la autoridad del profeta, verá a Dios bajo cada uno de los tres aspectos correspondientes a las formas varias en que a Dios conoció en el mundo. Habrá, pues, para ese elegido tres manifestaciones divinas en un mismo instante, correspondientes a sus tres facultades de visión. Y cosa análoga sucederá al que poseyó exclusivamente una tan sólo de las tres facultades cognoscitivas, sea la razón filosófica, sea la ilustración mística, sea la fe teológica. Por lo que toca a la perfección relativa de visión en estas tres categorías de elegidos, los profetas que recibieron de Dios la inspiración sobrenatural superarán a los santos que recibieron esas mismas enseñanzas de esos mismos profetas; para los que ni fueron profetas ni seguidores suyos, sino simplemente santos, amigos de Dios, no cabe establecer a *priori* una gradación fija, respecto de la totalidad de los elegidos, en cuanto a la visión beatífica; puede sí asegurarse que, si fueron hombres de especulación racional, serán inferiores en la visión beatífica a los místicos o contemplativos, porque el razonamiento, a guisa de velo, se interpondrá entre ellos y la Verdad divina, y cada vez que intenten levantarlo, se sentirán impotentes para conseguirlo. Cosa análoga les ocurrirá a los seguidores de los profetas: que no podrán levantar el velo de la revelación profética, a través del cual ven a Dios, cuando pretendan contemplar a su Señor sin la ayuda de este medio. De modo que la visión beatífica, pura de toda mezcla extraña, será patrimonio exclusivo de los profetas y de los místicos, que gozaron, como ellos, en el mundo, de una ilustración sobrenatural. Claro es que, si estos últimos fueron, además, o seguidores de los profetas o filósofos, sumarán a esa visión pura la correspondiente a ambas categorías".

A cada grado de visión, más o menos perfecta y pura, corresponderá un grado proporcional de goce, deleite o fruición. Así por ejemplo, "habrá santos, para los que ese goce será puramente ideal o intelectual; para otros,

será anímico, es decir, emocional, acompañado de un movimiento de la sensibilidad afectiva o interna; para otros, será físicamente sensible; para otros, imaginativo; para otros, modal, es decir, dotado de varios modos o cualidades varias; para otros, privado de toda modalidad, etc. Por lo que atañe al vulgo de los fieles, el deleite o fruición, derivado de su visión beatífica, será también proporcional a lo que cada cual fue capaz de comprender de los dogmas teológicos que les enseñaron los doctores a cuyas doctrinas se sometieron. Mas dicha capacidad individual depende del respectivo temperamento psicológico, de su mentalidad; y como la mentalidad del vulgo es principalmente imaginativa, resultará que, no habiendo podido despejar o abstraer de la materia las representaciones mentales que en esta vida se formaron acerca de Dios, tampoco lograrán otro deleite que el imaginativo, en su visión beatífica. Es más: análoga suerte cabrá a la mayoría de los hombres de ciencia racional, superiores al vulgo, pues son pocos los que puedan concebir, acá abajo, la abstracción absoluta o universal de toda materia. Y de aquí cabalmente nace que la mayor parte de las verdades reveladas por Dios en la ley religiosa lo han sido en forma apta para la comprensión del vulgo, aunque siempre vayan acompañadas de algunas vagas alusiones, inteligibles sólo a la minoría selecta de los que no son vulgo".

Del *Futuhat* de BEN ARABI *de Murcia* (Trad. Asín, La escatología musulmana de la Divina Comedia, 216 y 247).

## MISTICISMO Y JUGLERÍA

*Extraña figura la de Xuxtari. Nacido en Guadix el año de la batalla de Las Navas [1212], se convirtió en África al sufismo. Entregado al amor del Altísimo empleó para cantarle el simbolismo del vino embriagador y el de la renuncia al ansia viril de poseer, para aceptar un puro abandono femenino al Espíritu. Lanzó esta doble temática en sus cantos por los zocos llamando así a Dios a pobres, ladrones, cantores, bailarinas y prostitutas. Xuxtari tomó los símbolos, los temas y las rimas de las canciones báquicas y de amor galante del sevillano Ben Quzman pero destinó sus* muwaxxahas, *con* jarchas *punzantes y emotivas, a traspasar de amor divino los corazones. Las escuchó Raimundo Lulio, gustó de ellas el místico Ben Abbad de Ronda y todavía hoy se cantan por los sufíes para entrar en éxtasis. Extraña figura la de este poeta andaluz que se acercaba a Dios por las sendas de la juglería popular.*

Un jequecillo de tierras de Mequínez
por medio de los zocos va cantando:
¿Qué debo yo todavía a los hombres?
¿Y qué me deben los hombres a mí?
¿Qué debo yo, amigo,
a todas las criaturas,
si el que yo amo
es el Creador, el Providente?

No digas, hijo mío, una palabra,
salvo si has de ser sincero...
Ved mi vejez,
mi bastón y mi mochila...
Cuando pasa por los zocos,
ves que los tenderos
vuelven el cuello para verlo,
con su mochila al cuello,
su cayado y sus alcorques.
Es un jeque construido sólidamente,
hecho como Dios lo creó.
¿Qué debo yo todavía?...
...Me apostrofa:
"Te veo que me sigues.
Aquí pongo mi escudilla.
¡Perdone Dios a quien me eche en ella una limosna!
¿Qué debo yo todavía a los hombres?
Y a mí, ¿qué es lo que ellos me deben?"...

El que subyugado por el amor se satisface de su locura,
dejadle gastarse la vida en sus variadas formas.
No le reprochéis, pues de nada servirán vuestros
reproches;
no se rebaja a distraerse de su pasión.
Juro por aquél en cuyo honor se cita el "'aquip",
juro cual el amante por su amor y por su propio juramento,
no tengo más que a vos, pero he renunciado
a la tibieza y a la variedad del amor.
¿Por qué cuando las palomas murmuran en alguna
umbría
siempre echo de menos sus llantos y sus gemidos?
Si acostumbran a llorar sin lágrimas,
las lágrimas del enamorado corren por sus ojos.

Gusta escanciar el vino en las soledades.
Escancia, amigo, en las jarras
Un vino que se nos prohibe dejar.
No hay en él ni pecado ni duda de confusión.
Añejado en jarras anteriores a Adán
Y de muy excelente procedencia.
¡Oh, alfaquí!; dame tu opinión.
Dime si es lícito beberlo en Arafaet;
Si está permitido realizar el "tawaf" y el "sa'ind" de la
peregrinación buscándolo;
Responder al llamamiento (divino) y lapidar simbólicamente (al diablo)
con él;
Si es lícito, con el vino, leer el Corán, invocar a Dios
El "faqih" respondió: "Si es vino de uva
Y contiene algo embriagador,
Para nosotros está ciertamente prohibido
Y tiene algo más de sospechas".
¡Oh, "faqih", si lo probaras
Y escucharas las melodías en las soledades,
Abandonarías el mundo, aun estando en él,
Y vivirías sin rumbo hasta la muerte.

No hay un libertino como yo;
abrasado por las copas y las jarras,
aislado en la mezquita de Al Azhar,
retirado en "Saq Te'ban",

me quedé enamorado, perdido,
componiendo zéjeles y poesías.

Mis momentos más gratos
son cuando estoy conmigo mismo.
Cuando estoy unido conmigo mismo
De mí sale el sol de mi diversión
y me viene mi pobreza original.

Me visitó por dicha mía
quien es como una flor entre las bellas mujeres.
Disipó mi pesar
Y mi pecho está en constante alegría
Así es la suerte, amigos,
¿De qué sirve la astucia en el amor?
¿De qué sirve nadar
cuando el mar es inmenso?

No quiero al alma
porque es mala consejera
Y quiero al sentido
que es plenitud.

Venid a indicarme dónde está la casa del tabernero
en el callejón de los cristianos.
Un vasito lleno de mosto
daré por tan buen informe.

¡Oh, Sa'd!; dile al monje dentro del monasterio:
¿Es aquello una linterna o una copa de vino?
Emprendemos hacia él la marcha de noche;
nos parecía como un fulgor encendido sobre una montaña
hasta transformarse en un fulgor de la aurora.

Tú aumentaste mi borrachera
con exquisito vino.
Luego me hablaste como sabes
y yo comprendí tus palabras.
Y vi tu rostro celestial
al quitarte el velo.
Después me convertiste en guardián de mi esencia
y fuiste tú el vigilante.
Eres mi vida y estás en mi esencia
siempre presente.

Entra en la taberna y contempla el sentido
para obtener la paz.
Para verme entre las jarras,
asiduo y visible.

El copero me escanció mi turno
antes del turno del tiempo.
Tú eres mi vida y estás en mi esencia
siempre presente.
Tú sabes quién fue nuestro copero
próximo y que atiende a los ruegos.

Este a quien amo es él mismo
quien me amó por su propia voluntad.
Desde hace mucho tiempo lo amaba mi esencia
y yo residía en su mansión.
De él se me apareció todo,
hasta su mal y su bien también.

Todo lo he recibido de él,
hasta su mezquita y su convento.

Comienzo por invocar al bien amado
y mi vida se vuelve plácida.
Cuando circula la copa
entre los contertulios
y los reaniman los tragos,
se desvanecen sus penas.
Les escancia en la copa de la alegría...
y Dios perdone lo pasado.
Bebe, compañero mío, complácete
y vive en la paz del amado.
Ensánchanos el espacio.
¡Dios perdone el pasado!

Me visitó para mi dicha
él, que viene como una brisa entre las jóvenes bellezas.
Mi pensamiento se regocijó;
mi pecho se derritió y dilató.
¡Qué suerte, amigos!
¿Para qué obrar cuando se ama,
y para qué nadar
en la alta mar?
Aunque me diese veneno, como nuestra unión es espiritual, haría bien.
Yo le pagaría hasta con la tumba de mi abuelo, como obra piadosa,
siguiendo mi máxima de que "el amor no es para los avaros".
¡Qué bellamente se las ha arreglado para descomponerlo todo,
este muchacho, al volverse hacia mí!
Se ha extendido contra mí, sin haberme consentido prever nada.
Gota a gota, sin tocarlos, humedeció mis labios de saliva.
Mi sexo simiesco se durmió y el sosiego creció.
Era mi huésped, y vino sin que lo llamara.
Cuando vino a mí este lindo niño, concibiéndolo como una mujer dentro de mí,
le dije: "Hijo mío, ¿has venido a mí en sueños, o en realidad?
Mírame: muerto estoy."
Pero él clamó: "Revive, porque ha venido a ti el Mesías".
¡Ah!, si me guiase hacia Él volaría yo sin alas
...Él es mi espíritu, mi bien,
el que tiene permiso de matarme con licitud...

Poesías del místico andaluz AL-XUXTARI, Louis Massignon (Trad. Emilio García Gómez, Al-Ándalus, XIV, 39 y Ali Sami El Nashr, Revista del Instituto de Estudios Islámicos, I, 136 y ss.).

## ESPAÑA Y LA CRISIS ALMOHADE

*Las legiones de Hispania proclaman a Galba, en el año de los cuatro emperadores. Doce siglos después las tropas almohades, de Murcia primero, de Baeza luego y de Sevilla más tarde, designaron tres califas en Al-Ándalus, en el curso de unos meses. España había conquistado dos veces, durante el siglo XII, a los señores de los dos imperios africanos, que sucesivamente la habían ocupado. Hemos visto a los escritores, poetas y alfaquíes andaluces, triunfando en la capital de los sultanes almorávides; y a los príncipes almohades casados con las hijas de Ben Mardanix, enamorados de Sevilla, embelleciéndola con grandes monumentos y rodeándose en ella*

*de una corte de sabios, juristas y poetas, entre los que la historia ha destacado la gran figura de Averroes. De España la luz y de España también la sombra, es decir, la decadencia o mejor dicho la caída vertical. Tras la derrota de Al-Uqab o las Navas de Tolosa, el califa vencido ahogó en vino la amargura del desastre. Su hijo gustaba de los toros bravos andaluces, los importó para que pacieran en libertad en sus jardines de Marraquex, y la acometida de una vaca de Al-Ándalus le quitó la vida. Después, los príncipes que gobernaban las provincias españolas se alzaron, por tres veces, contra los califas proclamados en la capital del imperio; y los jeques almohades; secundándoles, asesinaron a dos de los soberanos por ellos mismos elegidos antes. Los príncipes sublevados en Andalucía hicieron intervenir a los cristianos en sus discordias intestinas y pagaron con fortalezas, como otrora los caudillos de las revoluciones cordobesas, la ayuda castellana. Sus contiendas minaron el poder almohade en España. Cuando, tres quinquenios después de la batalla de las Navas, se embarcó en Algeciras para tomar posesión del califato, el emir Al-Mamun, que había ya gobernado Sevilla y que desde ella se había rebelado, los musulmanes de la Península se alzaron contra sus dominadores africanos. En 1230 el tambaleante imperio almohade había perdido todas sus provincias españolas. Entretanto, León había conquistado Extremadura hasta más abajo del Guadiana, y Castilla había desbordado los pasos de Sierra Morena y había empezado la ocupación de Andalucía. Y en el mismo año de 1230 se unieron en Fernando III las coronas castellana y leonesa, mientras se extinguía el poder magrebí al norte del Estrecho y comenzaba la lenta agonía de tres siglos del Islam español.*

A su regreso a Marruecos después del desastre de Al-Uqab (las Navas de Tolosa) Al-Nasir designó para sucederle a su hijo Said Abu Yaqub Yusuf, titulado Al-Mustansir, que fue proclamado por todos los almohades y cuyo nombre fue celebrado en todas las oraciones en la primera década del mes de Dhu-l-hicha del 609 [mayo 1213]. Después se retiró a su palacio, donde se entregó enteramente a los placeres, emborrachándose noche y día hasta su muerte. Fue envenenado por sus ministros, a quienes tenía la intención de hacer matar, pero que se le anticiparon. Hicieron que una de sus mujeres le diera una copa de vino que le mató súbitamente, el martes 11 de Xaban del 610 [24 diciembre 1214] en su palacio de Marraquex.

## YUSUF ABU YAQUB

El Emir de los Musulmanes, Yusuf ben Abu Abd Allah al-Nasir ben Yaqub al-Mansur ben Yusuf ben Abd al-Mumin ben Ali, titulado Abu Yaqub, conservó los secretarios de su padre y tuvo por ministros sus propios tíos. Tomaron éstos las riendas del gobierno con los jeques almohades, porque cuando fue proclamado era apenas púber, imberbe, ignorante y sin experiencia. Fueron los jeques almohades y sus tíos quienes le conser-

varon el califato, durante el cual no hizo ninguna expedición, ni sostuvo ninguna guerra, ni tuvo ningún poder. Sus gobernadores y sus funcionarios obraron a su antojo y dejaron decaer el prestigio de los almohades, cuya decadencia fue aumentando, no obstante la tranquilidad y la paz de que gozaron durante su reinado.

Cuando fue mayor quiso gobernar por sí mismo, apartó a sus tíos y a los jeques almohades que le habían conservado el trono, para reemplazarlos por extranjeros indignos de su confianza. Envió a Abu Muhammad Abd Allah ben Al-Mansur a gobernar Valencia y Játiva en Al-Ándalus. Confió a su primo Abu Muhammad ben Abd Allah ben Al-Mansur los gobiernos de Murcia, Denia y sus dependencias, adjuntándole al jeque Abu Zayd ben Yurchan (uno de los más nobles almohades). Y despachó a su primo mayor Abu Al-Ala a África, para expulsar de ella al Mayorki. Este Abu Al-Ala fue el que construyó la torre situada a la puerta de la Mahdia y la fortificó y el que hizo edificar la Torre del Oro en Sevilla, mientras gobernó tal ciudad en vida de su padre.

En 614 [1217] los musulmanes fueron vencidos en Al-Qasar Abu Danys (Alcáçar do Sal) y fue ésta una de sus mayores derrotas, acercándose (por la magnitud del desastre) a la de Al-Uqab...

En 620 el Emir de los Musulmanes, Yusuf, murió en Marraquex en un accidente. Fue herido en el corazón por una vaca y expiró rápidamente. Gustaba mucho de los toros y de los caballos; se hacía enviar toros de Andalucía, para dejarlos libres en su gran jardín de Marraquex. Una tarde salió a verlos, estaba a caballo en medio de ellos, cuando una vaca brava se abrió camino entre los toros y le hirió mortalmente. Eso ocurrió el sábado 12 de Dhu-l-hicha del 620 [6 enero 1224]. Murió sin hijos y sin dejar sino una concubina encinta. No salió de Marraquex durante su vida. Su poder fue muy precario y su juventud en unión de la breve duración de su reinado no le permitieron desenvolverlo. Reinó tres mil seiscientos veinticinco días, que representan diez años, cuatro meses y diez días.

## ABU MUHAMMAD ABD AL-WAHID

El Emir de los Musulmanes, Abu Muhammad Abd Al-Wahid, hijo del emir Yusuf ben Abd al-Mumin ben Ali... fue proclamado por los jeques almohades como único descendiente de Al-Mansur en la alcazaba de Marraquex, en la mañana del domingo 13 de Dhu-l-hicha. Era un viejo apacible y virtuoso. Durante dos meses se recitó la oración en su nombre en todo el país sometido a los almohades, excepto en Murcia, que era gobernada por su sobrino Sid Abu Muhammad Al-Adal (el justo). Tenía éste como ministros al jeque Abu Zayd ben Yurchan llamado Al-Asfar (el amarillo), el más astuto de los almohades... Cuando llegó a Murcia la noticia de la proclamación del Emir de los Musulmanes Abu Muhammad Abd Al-Wahid, Abu Zayd ben Yurchan dijo a Abu Muhammad ben Abd Allah ben Man-

sur: "Guardaos de reconocer a Abd Al-Wahid, porque os pertenece el califato; sois el más próximo pariente (de Yusuf Abu Yaqub), pues sois hijo de Al-Mansur, hermano de Al-Nasir y tío de Al-Mustansir; además sois capaz, juicioso, generoso y hombre de experiencia. Debéis ordenar a los almohades que os proclamen y no rehusarán hacerlo. Aun es tiempo, apresuraos a hacerlo antes de que se consolide el nuevo gobierno!" Tras escucharle, Abu Muhammad marchó de prisa a la sala de audiencias y mandó a buscar en Murcia y sus alrededores a los jeques y a los doctores almohades que se encontrasen en el país; y por su mandato fue por ellos proclamado califa. Envió entonces un mensaje a su hermano Abu Al-Ala, gobernador de Sevilla, invitándole a reconocerle, lo que él hizo al frente del pueblo sevillano y de los almohades de la región.

Abu Muhammad al-Adal escribió después a los jeques almohades que estaban en Marraquex, quienes habían proclamado a Abd Al-Wahid, invitándoles a reconocerle y a obligar a que abdicase al emir Abd Al-Wahid y prometiéndoles grandes sumas de dinero, altos empleos y buenas situaciones. Los jeques se dejaron seducir, visitaron a Abd Al-Wahid y le amenazaron de muerte si no abdicaba y no reconocía la soberanía de Al-Adal. El viejo emir consintió en todo y los jeques salieron de palacio dejando en él gentes encargadas de aumentar su espanto. Esta escena tuvo lugar el 11 de Xaban de 621 [29 agosto 1224]. Al día siguiente, domingo, volvieron al palacio con el cadí, los doctores y los jeques, ante los cuales Abd Al-Wahid suscribió su abdicación y proclamó a Al-Adal. Trece días después volvieron a verle y le ahorcaron y tras su muerte saquearon su palacio y su tesoro e invadieron su harén. Fue el primero de los descendientes de Abd Al-Mumin que fue destronado y muerto. Nunca había ello ocurrido antes y los jeques almohades llegaron a ser, de tal modo, para la dinastía de Abd Al-Mumin lo que habían sido los turcos para la de los Abbasíes: fueron la causa de su decadencia y de su caída. Con los asesinatos de sus príncipes abrieron la puerta a la guerra civil y a las sediciones de los pueblos contra su autoridad. Abd Al-Wahid el destronado, murió en la noche 5 de Ramadan de 621 [21 septiembre 1224]. Su reinado había durado en total doscientos cuarenta y cinco días, o sea ocho meses y cinco días.

## ABU MUHAMMAD AL-ADAL

Abd Allah ben Yaqub Al-Mansur ben Yusuf ben Abd Al-Mumin ben Ali Al-Kumi, titulado: Al-Adal Hakam Allah (El Justo en la justicia de Dios) y Abu Muhammad, era hijo de una cautiva cristiana apresada en Santarem, Mansada Syr Al-Hassan (Beldad perfecta). Era blanco, de alta estatura, de tez amarillenta, ojos castaños, nariz recta y barba rala, juicioso y prudente, y muy religioso. Fue proclamado en Murcia a mediados de Safar del 621 [marzo 1224]. Fue reconocido por todos los almohades, excepto por los de Ifriqiya; y después de la abdicación de Abd Al-Wahid

se hizo la oración en su nombre en todas las mezquitas de Al-Ándalus y del Magrib, a partir del domingo 22 de Xaban de 621 [9 septiembre 1222]. Rehusaron reconocerle Sid Abu Zaid, hijo de Sid Abu Abd Allah ben Yusuf ben Abd al-Mumin, gobernador de Valencia, de Játiva y de Denia, y los gobernadores de África y los Hafsíes, que eran todopoderosos. Por ellos no se consolidó su poder. Sid Abu Muhammad ben Al-Sid Abu Abd Allah ben Yusuf, al saber que su hermano Sid Abu Zaid se negaba a reconocer la soberanía de Al-Adal, siguió su ejemplo en Baeza que gobernaba y, predicando en su propio interés, fue proclamado por la población de tal ciudad y por las de Córdoba, Jaén y Quesada y de las fortalezas del interior. Tomó el título de Al-Baezi con motivo de su proclamación en Baeza, y así surgieron las revueltas entre los descendientes de Abd Al-Mumin, que no les trajeron sino desdichas. Al-Adal envió a su hermano Abu Al-Ala, con un gran ejército, a sitiar Baeza. Al-Baezi sintiéndose muy apretado acabó por solicitar la paz, que le fue generosamente concedida, y proclamó a Al-Adal. Pero apenas había salido de Baeza Abu Al-Ala, cuando se sublevó otra vez y pidió socorro a Alfonso [Fernando III] ofreciendo cederle en cambio las plazas de Baeza y Quesada. Fue el primero que entregó tierras a los cristianos. Alfonso [Fernando III] le envió una hueste de setenta mil caballeros. Unido tal refuerzo a sus jinetes y a sus legiones, avanzó desde Córdoba contra Sevilla. Al acercarse a ella salió a su encuentro Abu Al-Ala con un ejército. La batalla fue sangrienta y el hermano de Al-Adal, Sid Abu Al-Ala, fue completamente derrotado. Al-Baezi y los cristianos saquearon su campamento y tomaron cuanto hallaron en él: armas, animales y botín. Al-Adal, al conocer la derrota de Abu Al-Ala y de su ejército, temió que Al-Baezi, victorioso, le arrebatase el califato y, después de confiar el gobierno de Al-Ándalus a su hermano Sid Abu Al-Ala, pasó al Magrib, vino a Marraquex y se encerró en el palacio de los emires.

Abu Al-Ala gobernó Al-Ándalus en nombre de su hermano Al-Adal hasta Xawwal del 622 [septiembre-octubre 1227], fecha en que se sublevó para tomar las riendas del gobierno. Fue proclamado por el pueblo de Sevilla y por todos los musulmanes de Al-Ándalus y, en seguida, escribió a los almohades del Magrib para comunicarles la adhesión general de los andaluces y de los almohades que se hallaban en España, quienes al proclamarle habían decidido la destitución de Al-Adal. Les invitaba en consecuencia a conformarse con los cambios ocurridos y les prometía presentes y empleos. Los almohades recelaron al principio, pero se reunieron en consejo y pronto decidieron unánimemente destronar a Al-Adal. Fueron a su palacio y le intimaron para que abdicara. Se negó y entonces le metieron la cabeza en un estanque y le dijeron: "No te soltaremos hasta que hayas abdicado y proclamado a tu hermano Al-Mamun". —"Haced lo que queráis, respondió, moriré Emir de los Musulmanes". Entonces le pasaron el turbante en torno al cuello, le estrangularon y le tuvieron con la cabeza dentro del agua hasta su último suspiro. Ocurrió tal suceso el 21 de Xawwal del 624 [22 septiembre 1227]. Enviaron después su sumisión escrita a Al-Mamun,

pero en seguida cambiaron de opinión y, renegando de su reconocimiento al mismo, proclamaron a Yahya ben Al-Nasir. El reinado de Al-Adal desde el día de su advenimiento en Murcia hasta el día de su muerte había durado tres años, siete meses y nueve días.

## YAHYA BEN NASIR

El Emir de los Musulmanes, Yahya ben Abu Abd Allah Al-Nasir ben Al-Mansur ben Yusuf ben Abd al Mumin ben Ali, llamado Abu Zaqariya y según otros Abu Sulayman, se titulaba Al-Mutasim Billah. Era muy joven, tenía buena estatura y hermoso rostro; la piel roja, la barba rala, las cejas unidas y los cabellos rubios. Los jeques almohades se reunieron para proclamarle en cuanto mataron a Al-Adal y reconocieron a Al-Mamun. Su cambio fue provocado por el terror que se apoderó de ellos después de enviar su sumisión a Al-Mamun, ante la idea de que tal emir, cuya severidad y energía conocían, tomase venganza de ellos por los asesinatos que habían cometido en sus familiares: con su tío Abd al-Wahid Al-Majalu y después con su hermano Al-Adal. Se volvieron entonces hacia Yahya, cuya extrema juventud no les inspiraba temor. Ese príncipe no tenía más que dieciséis años cuando fue proclamado en la alcazaba de Marraquex en la mezquita de Al-Mansur, después de la plegaria de la tarde el 28 de Xawwal del 624 [29 septiembre 1228]. Los árabes de Jaluth y las cábilas de Haskuri rehusaron someterse diciendo: "Hemos reconocido ya a Al-Mamun y no violaremos jamás nuestros juramentos". Yahya envió contra ellos un ejército de almohades y de tropas regulares, pero fue vencido y los Jaluth y los Hasburi, fieles a Al-Mamun, les persiguieron, destrozándoles, hasta Marraquex. Las tropas de Yahya fueron siempre vencidas durante su reinado. Después de su proclamación envió a buscar al jeque Abu Zayd ben Yurchan y a su hijo Abd Allah y les condenó a muerte. Sus cabezas fueron colgadas en Bab al-Kahul y sus cadáveres fueron arrastrados por la ciudad. Al día después de su advenimiento todo el país estaba en revolución; por todas partes triunfaba la revuelta y el hambre, y los caminos estaban infestados de bandidos, y por doquier se extendieron los disturbios, las desdichas y los vicios, consecuencias naturales de las revoluciones. Los jeques almohades recomenzaron sus disputas en torno a los descendientes de Abd al-Mumin, tan pronto proclamados como destronados, hoy nombrados califas y al día siguiente asesinados. El emir Yahya presintiendo que los almohades, de los que la mayor parte volvía a la obediencia de Al-Mamun, le matarían a su vez, salió de Marraquex y huyó a Tinmalal, en el mes de Chumada 626 [abril-mayo 1230]. Su huida fue la señal para el estallido de la anarquía entre los habitantes de Marraquex. Acabaron por nombrar un gobernador en nombre de Al-Mamun, le proclamaron, le hicieron saber la huida de Yahya a las montañas y le llamaron para que viniera a ellos. Pero cuatro meses después, Yahya volvió a Marraquex con nuevas fuerzas, entró en ella

y mató al gobernador de Al-Mamun. No permaneció en la ciudad sino siete días, marchó de prisa a Chabal Chaliz y allí se estableció, esperando sorprender o encontrar a Al-Mamun a su llegada, para combatir con él.

El emir Yahya no cesó de pelear contra Al-Mamun y su hijo Raxid hasta su muerte. Fue asesinado por los árabes en el Valle de Abd Allah, en los alrededores de Rabat Taza, el lunes 22 de Ramadan del 633 [28 mayo 1237]. Su cabeza fue llevada a Raxid a Marraquex. Su reinado había durado tres mil ciento noventa y siete días, desde el miércoles de su proclamación hasta el domingo, pues fue asesinado el lunes, es decir: nueve años y nueve días, durante los cuales estuvo constantemente en guerra con Al-Mamun y su hijo Al Raxid.

## ABU AL-ALA AL-MAMUN

El Emir de los Musulmanes, Idris Al-Mamun ben Yaqub al-Mansur ben Yusuf ben Abd Abd al-Mumin ben Ali, era llamado Abu Al-Ala y titulado Al-Mamun. Su madre era blanca, se llamaba Safia, era hija del emir Abu Abd Allah ben Mardanix. De estatura mediana y de hermoso rostro, era Abu Al-Ala blanco, de ojos negros, elocuente, sabio, versado en el conocimiento de los hadices o tradiciones del Profeta —el Señor le colme de bendiciones— y de fe intensa. Había leído mucho, estaba dotado de una excelente dicción, conocía muy bien la lengua árabe y la política y la historia; fue autor de varios escritos admirables, era muy instruido en los comentarios (jurídicos) y no cesó durante su califato de estudiar las Al-Mawata (de Malik ben Anas), la obra del Bujari y la Sunna de Abu Dawad. Doctor en ciencias religiosas y profanas, era enérgico, rígido, déspota, pronto a emprender grandes cosas, sanguinario y expeditivo en su justicia. Nació en Málaga en 580 [1185]. Apenas fue califa todo el país ardió en guerra y revueltas y hubo carestía, hambre e inseguridad en los caminos. Los enemigos cristianos habían invadido las tierras musulmanas de Al-Ándalus mientras los Hafsíes se apoderaban de Ifriqiya y los Banu Marin irrumpían en el Magrib, se apoderaban de sus territorios y daban su gobierno a sus parientes y a sus familiares, de tal suerte que nadie sabía a quién convenía unirse. Estos versos contemporáneos resumen tal situación. "Los corzos se presentaban en tan gran número delante de los mastines que éstos no sabían cuál debían apresar".

La primera proclamación de Al-Mamun tuvo lugar en Sevilla el jueves 2 de Xawwal del 624 [15 septiembre 1227] y fue reconocido por todas las provincias de Al-Ándalus y por las de Tánger y Ceuta en el Adua. En seguida envió su mensaje a los almohades de Marraquex invitándoles a reconocer su soberanía y a destronar a su hermano Al-Adal. Sus órdenes fueron inmediatamente ejecutadas. Al-Adal fue asesinado y los jeques le enviaron su sumisión e hicieron la oración en su nombre en la mezquita de Al-Mansur, pero cambiando pronto de opinión, como hemos dicho, por el temor que les inspiraba Al-Mamun, proclamaron por la tarde a su sobrino

Yahya. Abu Al-Ala recibió en Sevilla el acta de su proclamación por los almohades de Marraquex y la hizo publicar en todo Al-Ándalus. En el acto se puso en movimiento para venir a Marraquex capital de los reyes de su dinastía y llegó a Algeciras para embarcarse. Pero allí conoció la defección de los almohades en favor de su sobrino Yahya. Salió en seguida lleno de cólera, recitando las palabras de Hassan, cuando fue muerto el Emir de los Musulmanes, Uthman ben Ufan: "¿Ois los gritos que salen de su casa? En marcha, acudid a vengar a Uthman". Envió un correo al rey de Castilla para solicitar su ayuda contra los almohades. Le rogó que le enviase un ejército cristiano para pasar con él al Adua, contra Yahya y los almohades. El rey de Castilla le respondió:

"Te daré el ejército que me pides con la condición de que me entregues diez plazas fuertes, las que yo elija entre las más próximas a mis fronteras. Además, si Dios te ayuda y entras en Marraquex, harás construir una iglesia cristiana en la ciudad, donde podrán practicar su religión los soldados que te hayan acompañado y en la que sonarán las campanas en las horas de sus oraciones. Si algún cristiano quiere hacerse musulmán, no aceptarás su conversión y le entregarás a sus hermanos que le juzgarán según sus leyes; pero si algún musulmán desea abrazar el cristianismo, nadie se opondrá a ello".

Aceptadas todas estas condiciones el rey de Castilla le envió un gran ejército de doce mil caballeros cristianos, para servir bajo sus órdenes y pasar al Adua. Tal ejército llegó cerca de Al-Mamun en Ramadan del 626 [julio-agosto 1230] y en seguida marchó aquél al Adua.

Pero apenas se alejó de Al-Ándalus, éste se sublevó y la mayor parte de sus provincias proclamaron la soberanía de Ben-Hud, emir de la España Oriental.

Al-Mamun se embarcó en Algeciras y desembarcó en Ceuta en el mes de Dhu-l-qada [septiembre-octubre 1230]. Después de haber pasado en tal plaza algunos días, se puso en marcha hacia Marraquex y en los alrededores de la misma encontró a Yahya con el ejército almohade el sábado 25 de Rabi del 627 [febrero-marzo 1231] a la hora de la plegaria de Assir. Yahya fué derrotado y huyó a las montañas y la mayor parte de sus soldados fueron muertos. Al-Mamun entró en Marraquex, fue reconocido por los almohades, subió al púlpito de la mezquita de Al-Mansur y, después de haber recitado al pueblo la oración, maldijo al Mahdi y su conducta. "¡Hombres, exclamó, no digáis que Al-Mahdi es impecable; llamadle miserable seductor, porque no hay otro Mahdi que Jesús, hijo de María —Alá le salve—. Yo os digo que toda la historia del Mahdi es una impostura"...

Al-Mamun permaneció unos meses en Marraquex y salió en Ramadan del 627 para ir a atacar en la montaña a Yahya y sus almohades... En 628 [1231-1232] Al-Mamun dio órdenes en todo su reino de reemplazar las prácticas habituales, y de castigar los abusos. Durante ese año Andalucía entera sacudió el yugo de los almohades para someterse a Ben Hud.

Del *Rawd al-Kirtas* de Ben Abi Zara (Según versión francesa de Beaumier, 343).

# EN ÁFRICA SE FORMA UNA TERCERA NUBE CONTRA LA CRISTIANDAD HISPANA

*Por tercera vez en el curso de dos siglos se había formado en los desiertos africanos una amenazadora y negra nube que iba a descargar en España. Otra vez ocuparon el primer plano de la escena política, en el Magrib, fuerzas juveniles, venidas del lejano y bárbaro Sur. Un nuevo imperio sustituyó al mediodía del Estrecho, en la primera mitad del siglo XIII, al de los almohades. Después de la catástrofe de las Navas de Tolosa, había el último rodado, rápido, la aguda pendiente de la decadencia, sacudido por sangrientas convulsiones internas, cuyos primeros chispazos brotaron en tierras españolas. Acabó siendo arrollado por una rama de los bereberes Zenetas, los "Beni Merines". Pastores y jinetes del desierto, supieron aprovechar la crisis del califato almohade. Había sido la razzia su profesión tradicional, como era común entre las gentes nómadas de Arabia y de África. Una, más afortunada y de mayor envergadura, les llevó al solar del imperio fundado por el Mahdi. No surgió su dominio del Noroeste africano a impulsos de un movimiento de vivificación del Islam, como había surgido el por ellos derrocado. Fue un salto predatorio más, de los que, de vez en vez, habían solido triunfar, y han seguido triunfando, en el movible complejo humano —recordemos la frase de Salustio sobre los bereberes: "genus hominum mobile"— del Magrib vecino de Al-Ándalus. No conocemos bien el proceso inicial del movimiento que llevó a los Banu Marin a la conquista de su imperio. He aquí cómo lo refiere un autor muy devoto de la dinastía que hubo de regirlo.*

## LA LEYENDA DE LOS BANU MARIN

La familia de los Marin es la primera y la más noble de las que descienden de la tribu de los Zenetas, entre los cuales se distinguieron por su carácter y sus virtudes. De costumbres muy suaves, guerreros valerosos y profundamente religiosos, no faltaron jamás a su palabra. Muy numerosos y poderosos, defendían a sus vecinos y daban refugio a los desdichados. El fuego de la hospitalidad no se extinguió jamás entre ellos; eran incapaces de una cobardía o de una traición; modestos y caritativos, ayudaban a los doctores y a los santos. No se apartaban jamás de la antigua Sunna y de los ejemplos transmitidos de padres a hijos. Célebres en el pasado, lo son todavía. ¡Que Alá conserve su dinastía y les dé la victoria! ¡Que por la gracia y el poder de Alá su espada y su bandera sean siempre el terror de sus enemigos!

He copiado las siguientes notas de las que dejó escritas de su mano el alfaquí Abu Ali Al-Miliani: "Los Banu Marin son una fracción de los Zeneta, hijos de los Ben Urtachan... A partir de los Zeneta Ben Chana, se formó la tribu de los Zenetas que son árabes puros. La causa del cambio

de su lengua árabe en lengua bereber es así referida por los escritores más conocedores de la historia de las razas. ...Los bereberes Machulí, que habitaban en Siria, se comunicaban con los árabes en las aldeas y en los mercados, y frecuentemente se asociaban con ellos para el disfrute de los pastos, las aguas, los campos y los huertos. Además Baha hija de Duhman ben Gilan, era la mujer más perfecta de su tiempo, en belleza y en calidades. De todas las tribus árabes se presentaban pretendientes numerosos (solicitándola en matrimonio). Pero los hijos de su tío Kis, sus primos Said, Umar, Hafsa y Baz, declararon que no saldría de la familia y que no se casaría sino con uno de ellos. Invitada a elegir entre los cuatro, prefirió a Baz, que era el más joven y el mejor de todos, y se casó con él a despecho de sus hermanos, que concibieron la intención de matarle. Su madre Bariga, que era una mujer bereber, temblando por su hijo, hizo prevenir a Baha de lo que pasaba y convino con ella en escapar al país de los hermanos bereberes, a donde llevaría también a su hijo Baz. Envió después a buscar secretamente a sus padres y marchó con ellos, llevando consigo a su hijo Baz y a su nuera Baha. Llegados entre los bereberes, estableció a Baz en su familia y allí casó con toda seguridad con su prima Baha y llegó a ser poderoso y capaz de resistir a sus enemigos. Baha le dio dos hijos —Alwan y Madgis—. Alwan murió joven y sin hijos, pero Madgis, llamado Al-Abtar, fue padre de los bereberes Al-Butiry, de los que los Zenetas hacen descender su linaje.

Baz murió entre los bereberes y dejó allí a su hijo Madgis, cuyos hijos y descendientes fueron innumerables. Hablaron éstos la lengua del país, aprendieron sus usos y costumbres, pasaron su vida corriendo los campos sobre sus caballos y sus dromedarios y conservaron siempre tales hábitos.

## LOS BANU MARIN EN EL MAGRIB

Abd al-Aziz al Maluzy, autor del poema "Collar de los hilos de la historia de los hechos de los reyes del Magrib", dice: Los Zenetas eran vecinos de los bereberes, aprendieron su lengua, pero no han cambiado nada de sus costumbres árabes, que han seguido y siguen siendo las mismas. Sólo han olvidado la lengua árabe; no la hablan ni la entienden. Así son todavía y así eran los primeros Banu Marin.

Cuando el altísimo Alá quiso hacer resplandecer el reinado dichoso y bendito de los Banu Marin, hijos de Abd al-Hakk, su dinastía victoriosa se afirmó por Su omnipotencia y los decretos de Su justicia se cumplieron. Los almohades permanecieron fuertes y grandes hasta el desastre de Al-Uqab, que fue el comienzo de su decadencia. Al-Nasir volvió vencido a Marraquex, pero su gobierno fue de mal en peor, hasta su muerte en 610 [1213], fecha en que fue destronado y reemplazado por su hijo Al-Mustansir, joven impúber todavía. Incapaz de dirigir los negocios públicos y dado a los placeres y al libertinaje, dejó las riendas del gobierno a sus

tíos y a sus parientes, a sus ministros y a sus jeques. Estos entablaron entre sí luchas tras luchas, disputándose el mando y nombrándose y destituyéndose los unos a los otros, hasta el punto de asombrar al mundo. Todo se halló pronto revuelto, la anarquía fue general, se debilitaron sus fuerzas, los vicios invadieron el país, la religión decayó y no hubo en adelante en el imperio sino discordias civiles, que Alá hizo estallar para aniquilarlos y elevar el gobierno y la dinastía de los Banu Marin.

Los Banu Marin eran un pueblo selecto, devoto de la verdadera fe. Vivían en las tierras situadas al sur del Zab africano hasta Sichilmasa. Nómadas, se habían extendido entre los bereberes y en los lugares desiertos. Carecían de dinero y de todo género de moneda. No eran regidos por un emir. Altivos y desdeñosos, no soportaban ataques ni alianzas. No conocían ni la agricultura ni el comercio. Su única ocupación era la caza, el caballo y las razzias. Todos sus bienes consistían en caballos, camellos y negros. Se alimentaban de carne, frutas, lacticinios y miel. Una fracción de ellos entraba anualmente en el Magrib, para hacer pacer y abrevar a sus ganados. Tales eran sus hábitos desde antiguo. En el año 613 [1216] vinieron como de costumbre, pero encontraron todo revuelto en el Magrib, y sus fuerzas debilitadas o dispersas. Supieron que el ejército almohade había perecido en Al-Uqab y encontraron por doquier lugares desiertos o frecuentados sólo por leones o chacales. Se establecieron entonces sobre las tierras abandonadas y enviaron en el acto a prevenir a sus hermanos de la nueva situación. "Venid, les dijeron, hay aquí abundancia de todo, hierba y cereales excelentes; los pastos son extensos y están bien regados por el agua de los arroyos; los árboles son magníficos y los frutos exquisitos; por todas partes hay fuentes y ríos. Venid sin temor, nadie se os opondrá ni os arrojará de aquí". Ante estas noticias, los Banu Marin se pusieron en seguida en movimiento y emprendieron el camino del Magrib, después de haberse confiado a Alá, muy amado. Montados en sus caballos o en sus camellos, vinieron de etapa en etapa hasta Wad Talag que fue la puerta por donde entraron en el Magrib con sus animales, sus bagajes y sus tiendas. Llegaron en número tan considerable que sus huestes eran comparables a la lluvia o a las estrellas de la noche o a legiones de hormigas o langostas: y ello por la omnipotencia de Alá, cuya intención nadie conoce, porque Alá no deja ver sino las cosas cuyos destinos están decretados.

Abu Faras ha dicho en su poema: "Fue en el año 610 cuando los Banu Marin vinieron al Magrib desde sus bárbaros países, después de haber atravesado el desierto y la llanura de arena a lomos de sus camellos y de sus caballos, como lo habían hecho antes los Lamtuna". Encontraron ya a los reyes almohades apartados de sus negocios y de sus deberes, dados al vino, a la lujuria y a la molicie; entraron por ello sin trabajo y comenzaron en seguida a apoderarse de las fortalezas. La voluntad de Alá les había llamado para reinar en el Magrib y como nubes de langosta invadieron el país, por todo el cual se extendieron. Activos y francos guerreros, no cesaron de propagarse por doquier y de afirmarse más y más, apoderándose trozo a

trozo del país, hasta que derrotaron al ejército almohade en Al-Maxaala, el año 613.

El autor de este libro —Dios le sea propicio— continúa su relato. Sé por su historiador en quien tengo gran confianza, que cuando los Banu Marin entraron en el Magrib, se extendieron por él y en él se afirmaron, perdonando a los que se les sometían y matando, sin piedad, a quienes les resistían. Las poblaciones huían ante ellos a diestra y siniestra y se iban a las montañas más escarpadas, donde se fortificaban. Al conocer su invasión se inquietó Yusuf al-Mustansir y, como no supiera qué partido tomar frente a ellos, reunió en consejo a los funcionarios, visires y jeques almohades, para conocer su opinión. Sus consejeros le dijeron: "¡Emir de los Musulmanes! No te ocupes de ellos y no temas, son muy rústicos y poco numerosos. Para poner término a su avance bastará con enviar contra ellos un jeque almohade, quien matará los hombres y se apoderará de sus mujeres y de sus bienes, después de perseguirles y de dispersarles". El emir envió entonces un ejército de veinte mil almohades a las órdenes del jeque Abu Ali ben Wandin, con orden de atacar a los Banu Marin y de dar muerte a todos, padres e hijos, hasta el último de ellos. La expedición salió de Marraquex y ante la noticia de su aproximación, los Banu Marin hicieron sus preparativos para enfrentar y derrotar al enemigo. Reunieron sus tropas y, habiéndose reunido sus jefes en consejo, decidieron poner sus harenes y sus bienes al abrigo de las fortalezas de Tazut. Después de tomar esta precaución avanzaron resueltamente contra el ejército almohade. Ocurrió el encuentro en los alrededores del Nacor, del país de Badés (en el Rif). Fue una sangrienta y memorable batalla. Los Banu Marin, asistidos por el Altísimo, obtuvieron la victoria y dieron muerte a la mayor parte de los almohades, cuyos restos huyeron derrotados y presa de espanto. Saquearon su campo, y cuanto hallaron en él: plata, armas, bagajes, caballos y mulos, sirvió para aumentar su fuerza. Dieron gracias a Alá por el magnífico socorro recibido de Él y la noticia de tan gran éxito se extendió por el Magrib entero. Los restos de los almohades entraron en Fez y en Rabat-Taza aterrados, descalzos, aplastados, sin otras vestiduras que hojas de Maxaala. Cubiertos de sangre y de polvo, desesperados y humillados, lloraban con los corazones rotos. Se llamó al año del desastre: "año de maxaala" y desde entonces los Banu Marin se engrandecieron más y más, mientras que los almohades se debilitaron por completo. Sus tierras quedaron desiertas; no salieron más a campaña y su decadencia fue total. Alá alumbró entre ellos el fuego de la guerra civil y sus jefes murieron asesinados. Los jeques hacían y deshacían los sultanes; les nombraban y les mataban, en seguida, para designar otros, robando cada vez sus tesoros y dividiéndose sus mujeres...

## EL PRIMER CAUDILLO BANU MARIN

El emir Abu Muhammad era hijo del emir Abu Jalid Mayu ben Abu Bakr ben Hamama ben Muhammad al-Zeneta, Al-Marin. Su padre, Abu

Jalid Mayu había asistido a la campaña de Alarcos junto al Emir de los Musulmanes Al-Mansur, que el día de la batalla le había confiado el mando de todos los Zenetas, con los que se cubrió de gloria. Murió —Alá sea con él misericordioso— en 592 [1196] en su país, en el Zab africano, a su regreso de la mencionada campaña de Alarcos y como consecuencia de las heridas recibidas en ella, lo que le valió la muerte del mártir. Su hijo Abu Muhammad Abd al-Hakk le sucedió y tomó la dirección de sus negocios. Era ya famoso entre los Banu Marin por sus virtudes, su religión, su piedad y su santidad; humilde y caritativo, tomó la justicia y el derecho como base de su gobierno; generoso y bienhechor era el refugio de los huérfanos y la providencia de los pobres. Su bendición y su mano eran benéficas; su gorra y sus bragas hacían milagros, y todo el mundo recurría a ellas entre los Zenetas; se las llevaba a las mujeres cuyo parto era difícil y en seguida, viniendo Alá en su ayuda, facilitaban su alumbramiento. Era muy austero. Ayunaba tanto en invierno como en los más fuertes calores, y jamás se le vio comer de día sino en las fiestas. Rogaba y alababa a Alá sin cesar, recitaba su rosario e invocaba a Alá en todas partes, cualesquiera que fuesen sus ocupaciones. No comía sino las cosas permitidas provenientes de sus propiedades, carne de sus camellos o de sus rebaños, la leche de los mismos y el producto de su propia caza. En la tribu de Marin era conocido como sabio y como emir. Cuidaba con gran celo de los asuntos de sus compatriotas, que no hacían absolutamente nada sin consultarle. Tuvo sólo algunos hijos. Una noche, después de haber hecho sus abluciones y sus largas plegarias, tuvo mientras dormía un sueño feliz, que le anunció el poder de rey y de imán para él y para sus descendientes. Vio salir de su miembro viril un fuego que se elevaba por los aires y que se extendía por los cuatro puntos cardinales; después sus rayos se concentraron y su llama cubrió todo el Magrib. Contó su sueño a algunos santos y le dijeron: "Alegraos y no temáis: esa visión es un augurio de felicidad para vos y para vuestros descendientes; seréis nobles y grandes, seréis rey poderoso e ilustre, y vuestros hijos llenarán el Magrib con su fama. Cuatro de entre ellos reinarán y transmitirán su trono en herencia a sus descendientes". Todo ello ocurrió como le dijeron y el emir pudo verlo antes de morir. Gobernó los Banu Marin y a su muerte sus cuatro hijos heredaron su gobierno.

En el mes de Dhu-l-hicha del año 613 [marzo-abril 1216] Muhammad Abd al-Hakk marchó con el ejército de los Banu Marin a Rabat-Taza, y estableció su campamento en sus alrededores en medio de los olivares. El gobernador de la ciudad salió para atacarles con una numerosa hueste de almohades, de árabes y de fracciones de Thul, Mequinez y otros. El emir Abu Muhammad le venció y puso en fuga a todo su ejército: se apoderó de un rico botín, de armas, bagajes y caballos, distribuyó todo a sus soldados sin guardar nada para sí y dijo a sus hijos: "Cuidado, no toquéis este botín, la victoria y la fama deben bastaros". En Chumada de 614 [agosto-septiembre 1217] los Banu Marin tuvieron un encuentro con los árabes Riah y otros. Los Riah eran la tribu árabe más fuerte y más guerrera

del Magrib; ninguna tenía tan gran número de jinetes y de peones, ni poseía sus inmensas riquezas. Cuando se pusieron en campaña contra los Banu Marin, éstos se unieron todos en torno a Abu Muhammad y le dijeron: "Eres nuestro emir y nuestro capitán, ¿qué piensas de esos árabes que vienen contra nosotros?" El emir les respondió: "Compañeros míos Marin, si estáis dispuestos, resueltos y unidos, prestos a ayudaros unos a otros y a sosteneros recíprocamente contra el enemigo, si sois hermanos ligados entre vosotros por el amor al Altísimo, no tengo ningún temor de conduciros contra ellos ni de entablar combate con los pueblos todos del Magrib; pero si estáis desunidos, si vuestras opiniones no están acordes, estad seguros de que vuestros enemigos os vencerán y os dispersarán". Entonces todos exclamaron: "Estamos prontos, sometidos y obedientes; no nos abandonéis y no os abandonaremos; moriremos todos a vuestra vista si es preciso. Vamos, pues, alzaos y conducidnos con la voluntad de Alá".

Los ejércitos se encontraron en los alrededores del río Sebu a algunas millas de Taferthast. La batalla fue sangrienta y en ella murió el emir Abd al-Hakk y su hijo Idris. A la vista del cadáver de su emir, los Mariníes, locos de dolor y de rabia se convirtieron en leones furiosos, ávidos de sangre. Alzando la mano diestra, juraron no enterrar los cadáveres de sus jefes antes de haberlos vengado; se lanzaron contra los Riah como leones hambrientos que saltan sobre un rebaño de zorros y cayeron sobre ellos como águilas que se precipitan sobre perdices. La batalla fue cada vez más mortífera. Los Riah tuvieron que mostrar gran resignación, fueron muertos casi todos y los que escaparon a la carnicería huyeron derrotados. Los Mariníes saquearon su campamento, tomando cuanto encontraron en él: plata, bagajes, vestiduras, caballos, camellos y bestias de carga. Y eligieron a Uthman, hijo del emir Abu Muhammad, para sucederle y ponerse a su cabeza.

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 396).

# VI

## DECADENCIA, AGONÍA Y MUERTE DE LA ESPAÑA MUSULMANA

IV

# TERCERAS TAIFAS DE AL-ÁNDALUS

*Por cuarta vez la crisis del poder estatal, que regía la España musulmana, dio origen al caudillaje y acarreó el fraccionamiento del país en pequeños principados independientes. El levantamiento se hizo ahora contra los almohades, cuyo imperio se desmoronó, como queda relatado, tras la batalla de las Navas. Los métodos de la rebelión no fueron demasiado originales: un aventurero levantaba una partida, entraba en negociaciones con algunos amigos de una ciudad importante, organizaban éstos un motín contra el gobernador almohade, desprovisto de tropas y sin esperanzas de socorro, abandonaba éste la plaza, se instalaba en ella el jefe de la banda, desde ella negociaba la rendición de otras en que metía al cabo gentes de confianza, y las nuevas poblaciones ocupadas le servían de puntos de apoyo para conquistas ulteriores. El primero que se alzó ahora fue Ben Hud, descendiente de los reyes de Zaragoza, que se sublevó en Ricote. En Valencia se rebeló Zayan, nieto de Ben Mardanix, y en Arjona y Jaén, Ben Al-Ahmar, de vieja estirpe árabe. Lucharon entre sí por el dominio de la España musulmana. Pero los dos primeros reinos cayeron pronto en manos de Jaime I y de Fernando III.*

En esos dias del rey don Fernando, leuantose en el castiello Ricot, en término de Murçia, vn moro que dizien Abenhut; et començo de guerrear contra los almohades, et apremiauan a los alarues de aquen mar con tal cruel sennorio, que de ligero conseio se dieron et otorgaron lo que aquel moro Abenhut traye puesto en su coraçon. Onde ganaba Murçia et las otras uillas et los castiellos todos de cerca Murçia, descabeço el todos los almohades que auer pudo; et dando por suzias, ante los almohades, todas las sus mesquitas, fizolas alinpiar a los sus saçerdotes et lauarlas con agua; et fizoles otrosi tennir negras las entrannas et nobles sennales de las sus armas, que ellos aduzien delante si en las batallas et en otros logares; et segunt cuenta la estoria mostraua esto sennal de lloro et de duelo et de destroymiento de la su yente; et fue esto uerdat, ca se cunplio en Murçia et en otros logares a poco tienpo, ca entonçes en medio desde tienpo, gano del Andalozia el rey don Fernando lo que era antes de los cristianos espannoles, sinon a Valençia et sus terminos de aderredor, en que estaua

vn moro que dizien Zaen et era del linaie de los reyes, et este moro guerreaua et anparaua la tierra. Et era Abenhut del linaie de Abohayed, que fuera en su tiempo rey de Saragoça; et seyendo el sennero sennor hascas de todo el Andalozia et de toda la tierra de los moros daquen mar —et mas poderoso et mas valiente de cuerpo que todos los otros, por atrauençia et por franqueza et iustiçia et verdat, pero asi commo la deslealdat et la suziedat de aquella yente desleal lo sufre seer entre si— mas vno de los suyos a que dizien Abenarramimi, conuidol vn dia a comer et a sus annazehas de solaz et de amizdat que fazen los moros, las que el deleyte de aquella yente vsa mucho et las onrran ellos mucho; et Abenhut en aquel conbit, con enganno daquel su huesped Abenarramimi et su vasallo, metieronle por arteria en vna camara del castiello de Almaria, et mataronle y. Et estonçes se apodero de la tierra vn alaraue que dizien Mahomad Auenalahmar, que poco antes era quintero, que non auie otro mester sinon seguir los bueys et el aradro, et fue dalli adelante sennor de Ariona et de Jahen et de Granada et de Accio, esto es de Eçija; et segunt diz la estoria, aun era ende sennor en dias del rey don Fernando et del arçobispo don Rodrigo, et esto asi lo quiere dezir el arçobispo que era, segunt aquellas palabras por las que el lo dize por su latin en la estoria; mas agora, grado a Dios, de otra guisa es. Et despues de la muerte de Abenhut, partiose aquella tierra en muchos pequennos reys, et apartada de los moros almohades, que fue pro et bien a lo que los cristianos tenien en los coraçones; esto es, ganar dellos la tierra; et esto complido es ya oy, loado sea el nombre de Nuestro Sennor Dios, que lo dio a los cristianos, et benditos los nuestros reyes que la ganaron.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio*
(Ed. Menéndez Pidal, 721, § 1037).

## CÓMO SE PERDIÓ CÓRDOBA

*La crisis de la España musulmana se precipitaba. La batalla de las Navas de Tolosa había dado a Castilla el dominio de los puertos de Sierra Morena, llave de Andalucía. Cuando un nuevo rey, joven y enérgico, Fernando III, reunió en sus sienes las coronas castellana y leonesa, emprendió la conquista del Sur de Al-Ándalus, mientras Jaime I de Aragón acometía la de Levante. Fue muy difícil a los musulmanes resistir el empuje reconquistador de los dos soberanos. Por un golpe de mano de algunos caballeros de la frontera —la iniciativa individual ha desempeñado siempre papel decisivo en el pasado de España, desde los lejanos tiempos de la prehistoria hasta nuestros días y lo mismo en la Península que en tierras de América— cayó en manos de los cristianos un barrio de Córdoba. Fernando el Santo vino en su ayuda para asegurar la conquista de la plaza. Y al cabo logró incorporar, para siempre, a la cristiandad hispana, la antigua capital del califato español, un día la ciudad más grande, más rica y más culta de la Europa occidental. Y la cruz de Cristo ondeó en adelante sobre el minarete de la*

*bellísima mezquita y las campanas compostelanas, que servían en ella de lámparas desde los días de Almanzor, volvieron a Santiago.*

Pues que a contado la estoria de los otros grandes fechos del rey don Fernando de Castiella et de Leon, pasa agora a contar de commo priso a Cordoua et diz: Este rrey don Fernando, desque priso a Vbeda dos annos depues de la muerte de su padre don Alfonso rey de Leon, fue muy apoderado et echose sobre Cordoua et çercola; et fué esto en la era de mill et dozientos et setenta et quatro annos, et andaua el anno de la Encarnacion del Sennor en mill et dozientos et treynta et seys annos. Et cuenta la estoria que es Cordoua çipdat rreal et commo madre de las otras çipdades del Andalozia. Et vino el rey don Fernando a la çerca desa çipdat desta guisa, segunt que cuenta la estoria:

## SORPRESA Y ASALTO DE LA AXARQUÍA

Seyendo el rey don Fernando en el regno de Leon, andando por y faziendo justicia et bien parando el regno, ouo de venir a la uilla de Benauente. Et en aquel tienpo, cristianos que auie en la frontera —caualleros fijos dalgo et adaliles et almogauares a cauallo et de pie— aquntaronse en Anduiar, que era de cristianos, et fezieron su caualgada contra Cordoua; et catiuaron moros que auien guareçido con sus maiores, et de aquellos ouieron lengua cierta en como la çipdat de Cordoua estaua muy asegurada, que se non velaua nin se aguardaua por miedo que ouiesen de cristianos, et que les farien auer vn andamio en el muro, et asmaron commo furtarian el arraualde que dizen en arauigo *el Axarquia:* ca tienen que si aquello podiesen auer, que por aquello podrian auer todo lo al, bien commo se acaecio. Et ellos acordaron de lo fazer; et desi fablaron commo feziesen sus escaleras, et asmaron de qual manera para las torres et para el muro; et cataron vna noche en que feziese fuerte tienpo et que fuese escura por o mas encobiertamente lo podiesen fazer. Et esta fabla asesegada de commo se feziese, metieron en ella a Pero Royz Tafur et a Martin Roiz dArgot; et enbiaron con su mandado del acuerdo que auien tomado a don Pero Royz, et a don Aluar Perez su hermano, que estauan en Martos, et enbiaronle dezir qual noche auian acordado de lo fazer, et el, que estodiese presto con su companna, para acorrerlos quando mester fuese.

Et entretanto que don Pero Martines yua a don Aluar Perez su hermano, llegaron ellos quanta gente podieron auer, et guisaron sus escaleras aquella noche que posieron, et llegaron al pie del muro —et esto fue ocho dias por andar del mes de enero— et catauan si uelauan los moros las torres et el muro, et non oyeron boz ninguna de velar ca dormien todos et tenielos presos la fortaleza del suenno, et andodieron aderredor de las torres et del muro. Et estando los cristianos asi, fablaronse et dixieron: "¿que faremos?" Et Domingo Munnoz, el adalit, les dixo: "el mio conseio es este: que pues que aqui estamos que fagamos la sennal de la cruz et que

nos acomendemos a Dios et a sancta Maria et al apostol Sanctiago et que punemos de acabar esto por que aqui venimos en seruicio de Dios et sy non podieremos echar las escaleras de cuerda, pongamos estas de fuste, et punemos de sobir por ellas, et suban los meiores algarauiados que fueren entre nos et vayan uestidos como moros, por tal que si se fablaren con los moros, que los non conoscan et que cuyden que son moros commo ellos: et estos punen de se apoderar de la primera torre que fallaren, fasta que la otra gente suba".

Este conseio que Domingo Munnoz les dio, touieronlo por bueno, et prouaron tres escaleras de fuste, et fallaronlas cortas, et desi ataronlas la vna con la otra et echaronlas a vna torre, et los primeros cristianos algarauiados que por ella sobieron fueron Aluar Colodro et Benito de Bannos, et después los otros que yuan con ellos; estos yuan uestidos et entocados commo moros. Et tomaron vna torre a la qual llaman oy en dia "la torre de Aluar Colodro", et fallaron en ella quatro moros que yazien dormiendo, et el vno dellos era de los que fueron en el conseio; et despertaron, et dixieronles que andauan buscando; et ellos le resposieron en su algarauia que eran las sobreguardas et que andauan catando las velas. Et aquel moro de que uos ya dixiemos, conosçio en la palabra a Aluar Colodro, et apretol la mano con la suya, et dixol a la oreia: "yo so de aquellos que tu sabes, puna de te uengar destos otros, et yo te ayudare". Desi tomaronlos et ataparonles las bocas et echaronlos de la torre ayuso; et los cristianos que estauan yuso, mataronles.

Et en esto començaron los cristianos a sobir a grant priesa, et desque vieron que era la mayor partida dellos en la torre, fueronse por el muro ayuso ganado quantas torres y auie contra la puerta de Martos, fasta que ganaron esa puerta; et quanto vino el alua del dia, todos los cristianos eran ya apoderados de las torres et del muro et del arraualde a que dixen el Axarquia, con aquella puerta; et entro por ella Pero Roiz Tafur con otros de cauallo que y estauan. Los moros, deque los vieron asi apoderados de aquel arraualde del Axarquia, ouieron a desanparar las casas et a foyr con quanto tenien para dentro a la uilla; et los cristianos fazian sus espolonadas con ellos por las calles en pos ellos, et matauan muchos de los alaraues; et los cristianos barrearon todas las calles del arraualde del Axarquia, saluo la cal mayor que ua derecha, que dexaron por o podiesen yr en pos los alaraues. Desque los moros ouieron metido dentro en la uilla aquellas cosas que podieron, derramaron con los cristianos, et los moros del otro andamio de la uilla les tirauan saetas et dardos et piedras, et tres uezes los vençieron et los leuaron fasta el muro.

## SOCORROS

Los cristianos, veyendose mucho apremiados por el grant poder de los moros que eran muchos, ouieron su acuerdo et enbiaron dos omnes con su mandado: el vno al rey don Fernando su sennor que los viniese acorrer,

et el otro a don Aluar Perez que era en Martos, que era vno de los grandes omnes del reyno de Castiella, poderoso et noble, et a un cauallero que dizien Ordon Aluarez que era de la mesnada del rey, que vino y luego, et lo enbio dezir al rey don Fernando. Et mandaron aquel que yua a don Aluar Perez que lo dixiese por todos aquellos logares que eran de cristianos en la frontera, et el mandadero fizolo asi. Et el que fue al rey andido a grant andar de dia et de noche, fasta que llego a Benauente o era el rey; et en asentandose el rey a la mesa, diol las cartas et dixol el mandado por que yua. Et el rey mouio lugo ende, que non se quiso detener vna ora, et mando que mouiesen sus uasallos enpos el, et enbio luego por los de las çiudades et de los castiellos que fuesen con el a la frontera apriesa, ca tal mandado le llegara della; et enbioles dezir esto, et no les espero, et salio el lugo apenas con çient caualleros. Mas fazie entonçe fuerte tiempo de aguas, et las lluuias muchas, et los rios yuan muy creçidos; et enbargaronle yaquantos dias que non pudo acorrer a la çerca de Cordoua tan ayna commo el quisiera. Pero vino en tienpo conueniente et meiorado ya de las aguas. Et el su camino fue este: de Benauente endereço para Çibdat Rrodrigo, et de Çibtat para Alcantara, paso Guadiana a la barca de Medelin, et de Medelin endereço a Magazela et a Bienquerençia, que era de moros.

Et auie y vn alcayde moro que era buen cauallero et buen omne, et quando sopo que el rey don Fernando fincara su tienda en vn campo, çerca vna fuente cabo del castiello, salio a el leuol sus presentes, pan et vino et carne et çeuada. Et el rey rreçibiol muy bien et fizol muchas onrras, et en fablando con el pediol el castiello; et el moro le respondio: "tu uas agora a ganar Cordoua; et fasta que tu ayas acabado aquello, non te cunple este castiello; mas desque lo acabares, yo te dare el castiello et te seruire con quanto he". Et esto dezie el commo en manera de escarnio, teniendo que se non podia acabar aquello que el rey querie. Et quanto el rey paso por alli non leuaua mas que treynta pares de armas; et, de los que yuan con el, era el vno don Fernant Rroyz Cabeça de Uaca, et el otro don Diego Lopez de Uayas, que eran entonces escudero, et el otro Martin Gonçalez de Miiancas, et el otro Sancho Lopez dAellos, et el otro don Johan Arias Mexia, et otros de qui non sabemos aqui çiertos os nonbres. Et de alli mouio el rey et fué a Dos Hermanas et a Daralbaçar, et dexo Cordoua a man derecha, et para la puente de Alcolea, et allí finco sus tiendas con aquellos pocos que leuaua consigo.

Quando el rey don Fernando llego a esa çerca de Cordoua, pieça auie que don Aluar Perez yazie dentro en el Axarquia en ayuda de los cristianos, et don Pero Martines su hermano, a quien los moros llamauan *alaftaç*, porque era romo, et otra gente de la frontera, de pie et de cauallo, et de las otras tierras de Castiella et de Leon et de Estremadura que venieron y a aquella uoz por seruir a Dios et al rey, et por ganar algo et por ayular a sus cristianos, et otrosi freyres de las ordenes que eran y a seruiçio de

Dios. Et quando los cristianos que yazian en el Axarquia sopieron commo el rey don Fernando su sennor era allí llegado, plogoles mucho, et oluidaron quanto mal et quanta lazeria auian pasado fasta alli, et cobraron coraçones et ouieron en si grant esfuerço para acabar lo que auian començado.

## ENTREVISTA NOCTURNA

Et el rey don Fernando posando alli do uos ya dixiemos, era estonces Abenhut, rey de los moros de aquen mar, en Eçija con muy grant gente de cauallo et de pie; et era y con el rey Llorenço Suarez, el qual auie el rey don Fernando echado de tierra por malfetrias que feziera, et andaua con Abenhut. Et el rey don Fernando estando sobre la çerca de Cordoua, yuasele llegando todauia mas gente que se uenia para el; pero con todo esto, era aun muy poca. Et Abenhut, estando en Eçija, sopo commo el rey don Fernando era alli con poca gente, et quisiera venir con todo su poder a leuantarle de alli o yazie sobre Cordoua; mas acorrio Dios al rey don Fernando en commo agora oyredes: Aquel rey Abenhut rreçelaua sienpre de cometer grandes fechos, porque las mas uegadas que los cometie era uençido et se fallaua ende mal, et por esta rrazon, commo quier que a el dixieran que el rey don Fernando tenie poca gente consigo, no lo pudo creer, ca tenie que tal omne commo el rey don Fernando et tan poderoso que non vernie alli con poca gente. Et Abenhut fiauase mucho en don Llorenço Suarez, et porque coydaua que don Llorenço Suarez querie mal al rey don Fernando et que auie querella del, por esta razon llamol et dixol: "Llorenço, ¿que me conseias que faga sobre tal fecho que quiero fazer?" Et don Llorenço le dixo: "sennor, pues que me demandades conseio, fazet asi: dexat a mi yr con tres omnes de cauallo de cristianos, que yo leuare conmigo; et yre de noche a la hueste del rey don Fernando, et entrare a la hueste et llegare a la su tienda muy encobiertamente, que ninguno non me vea nin me conosca; desi tornare a uos con todo lo çierto, porque vos uayades depues a cosa çierta; mas prometedme que fasta que yo a uos torne, que non mouades daqui uos nin vuestra gente". Deste conseio fue muy pagado Abenhut, el otorgol de lo fazer asi.

Et don Llorenço fuese para la hueste del rey don Fernando con aquellos tres caualleros consigo; et quando llego a los uisos altos que son allende de la puente, descendio con el vno de aquellos que leuaua, et los otros et las bestias dexolos alli et mandoles que le esperasen alli en aquel logar; et entro por la hueste que ninguno nol fizo pesar, fasta que llego a la tienda del rey, et quando fue çerca de la tienda del rey, fallo vn montero que uelaua, et dixo: "amigo, llamadme vn omne destos del rey et dezilde que esta aqui vn omne que le quiere ver a grant priesa". Et el montero entro a la tienda del rey do el yazie, et llamo a Martin dOtiella, et leuantose et salio a el. Et don Llorenço, quando lo uio, dixol commo querie fablar con el, et apartol a vna parte, et dixol: "¿Non me connoçedes? yo so Llorenço

Suarez. Entrad al rey et dezitle que yo esto aqui et que quiero fablar con el: et que non me atreui a llegar a el, menos de su mandado". Et Martin dOtiella entro al rey, et despertol et dixogelo; et el rey mandol entrar, et quando entro antel, dixol el rey: "¿aqui eres, Llorenço Suarez? ¿commo oseste venir ante mi?" Et el le dixo: "sennor, uos me echastes a tierra de moros por mio mal, et aquel mal tornose en bien para uos et para mi"; desi contol toda la manera de como era alli venido. Et el rey gradeçiogelo mucho; desi dixol: "¿que me aconseiades que fagamos?" Et don Llorenço respondio: "Sennor, el mi conseio es este: que estedes quedo en este logar en que estades, et punnad de guardar vuestra hueste meior de quanto se guarda. Et sabet que gente tenedes en el Axarquia; et si fuere tanta que fincando el logar en rrecabdo que se pueda guardar, et la demas mandat que se venga para uos. Et yo tornare he para Abenhut, et punare en desbaratarle las nueuas quel dixieron, por derrame su gente. Et de dos cosas fare la vna: o partire uestro danno que el querra fazer, o si aquello non podiere partir, prometouos que con el mio cuerpo et con quantos cristianos tengo con Abenhut que lugo me uenga para uos; et qualquier destas que yo pueda acabar, de aqui a otro dia de cras por noche a tal ora commo esta, auredes aqui mi carta et mi mandado con este escudero que aqui trayo comigo". Et el rey don Fernando gradeçiol mucho lo que dezie, et perdonol et recibiol por su uasallo, et en yendose don Llorenço, torno al rey et dixol: "sennor, vengo a uos por vna cosa que se oluido de uos dezir: mandat agora vnas tres noches o quatro fazer muchos fuegos aqui en vuestra hueste, porque si Abenhut diere algunos veedores que vengan de noche a uer la hueste, que por los fuegos que y vieren entiendan que es la vuestra hueste muy mayor de quanto es". Et el rey dixo que lo farie.

Don Llorenço fuese, et desque llego alli o dexara sus bestias caualgo et andido, et amanesciol en Castro, et dende fuese para Eçija, et llego y al primer suenno. Desi fuese para Abenhut; et Abenhut le dixo: "¿que as visto, Llorenço Suarez?" Et le respondió: "Sennor, yo no uollo oso dezir, porque he miedo que me non creeredes; mas enbiad y quien lo uea, et fallaran al rey don Fernando con muy grant gente et muy buena. Mas ayna fuera yo conbusco, sinon que me detoue alla por tal de uos venir con lo çierto". Et Abenhut le dixo: "pues ¿que me conseiades que faga". Et Llorenço Suarez le dixo: "sennor non me cae a mi de uos conseiar, mas euos e seruir et conplir uuestro mandado, et mandatme lo que faga". Et Abenhut dexo el conseio para otro dia.

Et otro dia de mannana llegaron y dos moros a cauallo del rey de Valençia con quien enbiaua dezir a Abenhut de commo sopiese por çierto que el rey don Jayme de Aragon venia con todo su poder sobre Valençia, et quel enbiaua rogar quel acorriese. Et Abenhut quando uio estas cartas, llamo a sus aguaziles et a Don Llorenço Suarez con ellos, et demandoles conseio; et el conseio quel dieron fue este: que commo quier que cristianos auian ganado el Axarquia de Cordoua que la uilla non la podrien ganar ni tomar tan ayna, et que fuese lidiar con el rey de Aragon; et sil uençiese,

que podría depues acorrer a Cordoua; et aquel tienpo que seria menguada la hueste del rey don Fernando, et que lo auria de meior mercado con el. Et este conseio touo por bueno Abenhut, et mouio luego con toda su hueste, et fuese derechamiente para Almaria, por tal de mouer sus nauios que y tenia para leuarlos por guardia del puerto de Valençia.

Et el estando en Almaria, vn moro su priuado, que auia nonbre Abenarmimi, conuidol et enbeudol et afogol en vna pila de agua que estaua en su casa. Desque las huestes que Abenhud leuaua sopieron commo era muerto, derramaron cada vnos para sus logares; et don Llorenço Suarez tornose para el rey don Fernando con quantos cristianos traya consigo, et gradeçiol mucho el rey el seruiçio que feziera. Et uos deuedes a saber que pues Abenhut fue muerto, fue el sennorio de los moros daquen mar partido en muchas partes, et non ouieron y vn rey sennalado sobre si, commo fasta alli ouieran. Asi quiso Dios guardar al rey don Fernando porque el conpliese et acabase el sseruiçio de Dios que auie començado.

## RENDICIÓN DE CÓRDOBA

Et en aquel tienpo vino el rey de Aragon don Jaymes a çercar Valençia, et ganola, segunt que oyredes en la su estoria. Et el rey don Fernando yaziendo en la çerca de Cordoua, fuese llegando cada dia su gente que venie de cada parte. Los moros, desque sopieron que Abenhut era muerto et que el senorio era partido en muchas partes, tomaron ende grant pesar et ouieron gran quebranto en sus coraçones; otrosi veyendo commo la gente del rey don Fernando creçie cada dia et su fecho yua adelante, mouieronle pleytesia. Et de alli adelante cada dia, tanbien de Castiella commo de Leon, le uenien grandes compannas de caualleros de los fijos dalgo et de los comunes de las çipdades, et fue çercada Cordoua muy fuertemiente et con grant agrauiamiento de los de la çipdat; et al cabo, aquexados los moradores de la çipdat por lides et por conbatimientos que les fazian, et vençidos por fanbre et por mingua de viandas, mager que non quisiesen, dieronse por fuerça al rey don Ferrando. Et los alaraues, que yazien ençerrados en la çipdat, salieron los cuerpos saluos, et no mas, a uida. Et en la fiesta de los apostoles sant Pedro et sant Pablo, la çipdat de Cordoua, a que la estoria llama patriçia de los otras çipdades, esto es padrona et enxienplo de las otras pueblas del Andalozia, fue aquel dia alinpiada de las suziedades de Mahomad, et fue dada al rey don Fernando, et el entregado della et el rey don Fernando mando luego poner la cruz en la mayor torre o el nonbre del falso Mahomad solie ser llamado et alabado, et començaron luego los cristianos todos con gozo et alegría a llamar: "¡Dios, ayuda!" Et el rey luego man a mano, mando poner la su senna real çerca la cruz de Nuestro Sennor Dios, et començo lugo boz de gozo et de alegria a sonar et seer oyda en las tiendas de los iustos, esto es de los fieles de Cristo; et aquellas bozes fazien los obispos con toda la clerezia, cantando et diziendo:

"*Te Deum laudamus*", con el muy noble rey don Fernando et con la yglesia et la fe del rey del çielo que entraua alli aquella ora con el rey don Fernando et con ellos. Agora la estoria ua contando las nobles conquistas del rey don Fernando, et cuenta de las obras de piedat que este don Fernando fizo.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 729, § 1046).

## VALENCIA SITIADA

*Llegó su turno a Valencia, fue cercada por Jaime I el Conquistador, reinaba en ella Zayan ben Mardanix, que había depuesto a Sid Abu Zaid, y tenía éste por secretario a una de las últimas figuras de las letras hispanomusulmanas, a quien sacudía aún el antiguo vigor de los árabes. Ben al-Abbar había servido también a su predecesor y le había abandonado cuando el gobernante derrocado fue a entrevistarse con el rey de Aragón. Poeta e historiador, debemos a Ben al-Abbar el* Hullatu al-Siyara *(Túnica recamada de oro) —absurdos y poéticos títulos los de las obras árabes— y otros varios magníficos diccionarios bibliográficos en los que, como en el* Hullatu, *traza, en realidad, la historia de los primeros siglos del señorío musulmán en Al-Ándalus. En nombre de Valencia fue a Túnez a solicitar el auxilio de Abu Zakariya Abu Hafs, para la ciudad sitiada, y lo pidió en una hermosa casida en que se llora ya la ruina del Islam español. El socorro africano no impidió la caída de la perla de Levante en 1238. Ben al-Abbar hubo de emigrar a Túnez. Sus desgracias agriaron su carácter, escribió libremente y con alguna acritud y fue encarcelado, flagelado y ejecutado en la prisión (1260), mientras sus obras se quemaban, en público, en la plaza.*

### POÉTICA PETICIÓN DE AUXILIO AL REY DE TÚNEZ

Abierto está el camino, a tus guerreros guía,
¡Oh de los oprimidos constante valedor!
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
La libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
Un cáliz de amargura el destino le da;
Se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
A sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento a tus contrarios infunde desde el cielo,
Y a ti pesar ¡oh patria!, del alba el arrebol;
Tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
Cuando a ocultarse baje en Occidente el sol.
¡Oh vergüenza y oprobio! juraron los cristianos
Robarte tu amoroso y más preciado bien,
Y repartir por suerte a sus besos profanos
Las mujeres veladas, tesoro del harén.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;

En mil ciudades flota de Cristo el estandarte:
Espantado el creyente, no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
En conventos, llevando doquier la destrucción,
Y doquiera suceden las campanas malditas
A la voz del almuédano, que llama a la oración.
¿Cuándo volverá España a su beldad primera?
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,
Huertos en que sus galas vertió la primavera,
Y prados y jardines arrasados están.
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,
Ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;
El suelo se despuebla después de la conquista:
Hasta los extranjeros le miran con dolor.
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,
Destruyen los cristianos nuestro rico vergel;
De Valencia los límites traspasan sus pendones,
Y talan nuestros campos con deleite cruel.
Los frutos deliciosos que nuestro afán cultiva,
El tirano destroza y consume al pasar;
Incendia los palacios; las mujeres cautiva;
Ni reposa, ni duerme ni sabe perdonar.
Ya nadie se le opone; ya extiende hacia Valencia
La mano, para el robo que ha tiempo meditó;
El error de tres dioses difunde su insolencia;
Por él en todas partes a sangre y fuego entró.
Mas huirá cuando mire al aire desplegado
El pendón del Dios único ¡oh príncipe! por ti;
Salva de España, salva, el bajel destrozado;
No permitas que todos perezcamos allí.
Por ti renazca España de entre tanta ruina,
Cual renacer hiciste la verdadera fe;
Ella, como una antorcha, tus noches ilumina;
En pro de Dios, tu acero terrible siempre fue.
Eres como la nube que envía la abundancia;
La tiniebla disipas como rayo de sol;
De los almorávides la herética ignorancia
Ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.
De ti los angustiados aguardan todavía
Que les abras caminos de paz y de salud;
Valencia, por mi medio, estas cartas te envía;
Socorro te demanda, espera en tu virtud.
Llegamos a tu puerto en nave bien guiada
Y escollos y bajíos pudimos evitar,
Por los furiosos vientos la nave contrastada,
Temí que nos tragasen los abismos del mar.
Cual por tocar la meta reconcentra su brío
Y hace el último esfuerzo fatigado corcel,
Luchó con las tormentas y con el mar bravío
Y en puerto tuyo al cabo, se refugió el bajel.
El trono a besar vengo do santo resplandece
El noble Abu Zacaria, hijo de Abd-al-Wahid:
Mil reinos este príncipe magnánimo merece;
El manto de su gracia los sabe bien cubrir.
Su mano besan todos con respeto profundo;
De él espera el cuitado el fin de su dolor;
Sus órdenes alcanzan al límite del mundo,
Y a los remotos astros su dardo volador.
Al alba sus mejillas dan color purpurino;
Su frente presta al día despejo y claridad;

Siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;
Aterra a los contrarios su inmensa potestad.
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;
Resplandores de gloria coronan su dosel,
Y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,
Se humillan las montañas y postran ante él.
¡Oh rey más que las pléyadas benéfico y sublime!
De España en el Oriente, con brillo y majestad,
Álzate como un astro, y castiga y reprime
Del infiel la pujanza y bárbara maldad.
Lava con sangre el rastro de su invasión profana;
Harta con sangre, oh príncipe, de los campos la sed.
Riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;
Venga a España tu ejército esta sangre a verter.
Las huestes enemigas intrépido destruye;
Caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;
A tus siervos la dicha y la paz restituye;
Impacientes te aguardan como noble adalid.
Fuerza será que al punto a defendernos vueles;
España con tu auxilio valor recobrará
Y con lucientes armas y rápidos corceles,
Al combate a sus hijos heroicos mandará.
Dínos cuándo tu ejército libertador envías:
Esto, señor, tan sólo anhelamos saber,
Del cristiano enemigo para contar los días,
Y su total derrota y pérdida prever.

*Qasida* de BEN AL-ABBAR reproducida por Al-Maqqari en su *Nafh al-tib* (Trad. Schack-Valera: Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, Buenos Aires, 1944, 112).

## EL REY DE GRANADA SE DECLARA VASALLO DEL REY DE CASTILLA

*Fernando III sitiaba Jaén, que pertenecía a Ben al-Ahmar, de Arjona, cuando éste apareció en el campamento del rey de Castilla, le cedió la plaza, se entregó a él, le besó la mano y se tornó su vasallo, y el castellano le aceptó como tal y fijó las condiciones de tal vasallaje. No es posible precisar si hubo o no previas negociaciones. Ese reconocimiento de señorío del rey moro aseguró a éste sus dominios. Fernando III fue, así, el creador del reino de Granada. Le movieron a ello quizás: la dificultad de poblar la gran extensión de tierras conquistadas a los infieles y por ellos abandonadas, el temor de empujar a la desesperación a tales musulmanes refugiados en la montañosa región granadina y lo abrupto de ésta, que podía facilitar una enconada resistencia. Pero, en todo caso, la infeudación a Castilla del último reino musulmán es claro síntoma de que Al-Ándalus había entrado en su crisis final.*

Mas veyendo este rey de Ariona, que se llamaua ya rey de Granada, tan afincadamiente al rey don Fernando estar sobre Jahen, et temiendose —de lo que se tenie por çierto— que nunca ende se leuantaria fasta que la tomase, et veyendo otrosi los de dentro estar tan aquexados de fanbre et

tan afrontados de todas lazerias que se non sabien dar conseio nin confuerço vnos a otros nin se sabian ya que fazer nin podian ya entrar vno nin salir otro, et veyendo otrosi que el non los podia acorrer nin pudia aprouechar en ninguna cosa nin defender la uilla, acordose de traer pleytesia con el rey don Fernando et de la dar, et de se meter en su poder con la tierra et con quanto ouiese, ca non touo y otramiente guarda ninguna que podiese auer contra el nin contra su poderio.

Auiendo acordado ese rey de Granada con sus moros en esto que dicho auemos, et ueyendo que otra carrera y non auie tan buena para poder fincar en su onrra et en su sennorio et para librar sus moros et su tierra de destroymiento, vinose meter derechamiente en su poder del rey don Fernando et en la su merçed, et besol la mano et tornose su uasallo en esta guisa, que feziese del et de la su tierra lo que fazer quisiese; et entregol luego Jahen. Et el rey don Fernando, llenno de piadamiento et de toda mesura, veyendo en commo ese rey moro venia con grant humildat et tan paçiente a plazimiento de quanto el de la tierra et del quisiese fazer, nol forçando cobdicia maligna, la qual el nunca ouo, et guiandol mesuramiento et piadança natural, lo que sienpre en el fue fallado contra quantos obedeçialmente lo quisieron leuar, reçibiol muy bien et fizol mucha onrra, et non quiso del otra cosa saluo que fincase por su uasallo con toda su tierra, et se la touiese commo se la ante tenie con todo su sennorio, et quel diese della tributo çierto: cada anno çient et çinquenta mill morauedis, et le feziese della gerra et paz, et le veniese cada anno a cortes; salvo Jahen que se tenie el ganada quel entrego el luego commo dicho es; et fue este el paramiento que entramos estos reys ouo. Jahen, segunt que la estoria cuenta, es villa real et de grant pueblo et bien enfortalesçida et bien encastellada de muy fuerte et de muy tenduda çerca et bien asentada et de muchas et muy fuertes torres, et de muchas et buenas aguas et muy frias dentro de la villa, et abondada de todos abondamientos que a noble et a rica uilla conuien auer. Et fue sienpre villa de muy grant gerra et muy reçelada, et donde venie sienpre mucho danno a cristianos et quantos enpeesçemientos auien a sofrir, mas desde que ella en poder de los cristianos fue et entrada en el sennorio del noble rey don Fernando, que la gano con guiamiento de la su ventura buena, fue sienpre despues la frontera bien parada et segura, et los cristianos que y eran, sennores de lo que auien.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 746, § 1069-1070).

## CAPITULACIÓN DE SEVILLA

*Desde la caída del califato, Sevilla había reemplazado a Córdoba en la primacía de Al-Ándalus. Ya con los Abadíes fue la primera ciudad de España; en ella fijaron su capital los dominadores africanos; la embellecieron con grandes monumentos los almohades, que le fueron muy aficionados,*

*y llegó a ser una población inmensa de medio millón de almas. Su asedio por Fernando III duró largos meses, costó gran esfuerzo y fue fértil en grandes hazañas. La intervención de la flota castellana fué decisiva para la caída de la plaza y al cabo ésta capituló ante el Rey Santo. Sus moradores hubieron de dejarla vacía. Con los orientales y con los africanos establecidos en Sevilla en el curso de los largos siglos de señorío musulmán, abandonaron, entonces las orillas del Guadalquivir los últimos descendientes de los hispano-romanos y de los godos que habían encontrado en ella los conquistadores islamitas, poco a poco convertidos al Islam. Vinieron a poblarla, como a toda Andalucía, castellanos, leoneses y sobre todo gallegos, y sus nuevos pobladores, con el transcurso de los siglos, por influencia del medio, acabaron por adquirir el genio de los primitivos sevillanos.*

Desque esa gente pagana desos moros que en Triana estauan se vieron asi presos de todos cabos et desesperados de todas guaridas et de todos acorros que gentes auer deuiesen, non sabiendo ya dar conseio, ca nin podien a la uilla tornar nin a otra parte, nin fincar y —ca mager fincar y quisiesen non auien que comer— et quando se vieron tan aquexados et en tan grant coyta, et que de parte ninguna non podien auer ayuda nin acorrimiento ninguno, demandaron fabla et ssalieron, et fueronsse veyer con el rey don Fernando.

En la era de mill et dozientos et ochenta annos et seys mas, quando andaua la Encarnaçion del Sennor en mill et dozientos et quarenta et ocho, pues Orias et esos otros moros onrrados, que salieran de Triana a la fabla, ouieron fablado con el rey don Fernando, et uistose con el, pasaron veer los de la otra parte, et entraron a la uilla. Et la primera pleytesia en que trauaron al rey don Fernando, de parte de Axataf et del arraez et de los moros de Seuilla, fue esta: quel darian el alcaçar de la uilla, et que lo touiese el, et que ouiese las rendas todas della, asy commo las auie el Miramomelin quando era ende sennor et nol querien ende minguar ninguna cosa de quanto el solia y auer, nin que les diese ende al fueras la merçed que quisiese el fazer a aquellos que el touiese por bien. A esto eran acordados estos moros desa çipdat; mas grant cosa serie de lo poder acabar con ese rey don Fernando, que los ya tan en su poder tenia que sol non gelo quiso oyr. Quando los moros vieron que esto non queria el rey don Fernando, mouieron otro pleteamiento: que el tercio de la villa le darian con su alcaçar et con todos los derechos del sennorio, segunt dicho es. Nin aun el rey don Fernando esto non quiso fazer. Et después le enbiaron otro pleyteyamiento: que darian la meytad et que farian muro entre los cristianos et ellos porque estodiesen todos mas en saluo. Et algunos de los cristianos plazie desta pleytesia et tenien que era buena, et conseiauan al rey que lo feziese; mas el rey nunca se quiso acoger a ello nin otorgar, ante dixo que toda ge la dexarian libre et quita.

En la era que desuso es dicha de mill et dozientos et ochenta et seys, quando andaua el anno de la Encarnaçion del Sennor en mill et dozientos

et quarenta et ocho annos, pues que los moros vieron que ninguna otra cosa non podian pasar de quanto ellos asmauan nin querien, saluo a lo que el rey don Fernando querie, pesandoles mucho, ouieronse acoier a fazer voluntad del rey: quel uaziasen la uilla et que gela dexauan libre et quita; et el rey que diese Axataf et al arraez Abenxueb Solucar et Aznalfarax et Niebra quando la ganase; et los moros que sacasen sus aueres et sus armas et todas sus cosas; et desta guisa que dexasen Seuilla. Et desque el pleteyamiento fue afirmado de todas partes, los moros entregaron el alcaçar de Seuilla al rey don Fernando; et mando poner luego el rey don Fernando de su sennaençima de la torre, faziendo todos los cristianos "Dios ayuda", et dando gracias al Nuestro Sennor. Esto fue en dia de Sante Clemeynte, en la era de suso dicha, quando ese alcaçar desa noble çipdat de Seuilla fue dado al rey don Fernando et entregado.

Libradas todas las pleytesias de suso dichas que en razon del entregamiento de la noble çipdat de Seuilla fueron traydas, et el rey apoderado, ya en el alcaçar della, commo dichos auemos, los moros demandaron plazo al rey para vender sus cosas las que non podían leuar; et fue vn mes el que ellos demandaron, et el rey ge lo dio. El plazo conplido, los moros auien vendido todas las cosas que vender quisieron; et entregados de su auer, entregaron las llaues de la uilla al rey don Fernando. Et el rey, a los que por mar quisieron yr, dioles çinco naues et ocho galeas; et a los que por tierra, dioles bestias et quien los guiase et los posiese en saluo. Et desta guisa los enbio este rey don Fernando a esos moros desa çipdat de Seuilla desque la ouo ganada et puesta en sennorio. Et los que yuan por mar et querien pasar a Çebta, eran çient vezes mill por cuenta; et los que por tierra, que yuan para Xerez, eran trezientas uezes mill, et con estos enbio al maestre de Calatraua que los guio et los puso en saluo, fasta dentro a Xerez.

Dia era de la traslaçion de san Esidro de Leon, arçobispo que fue de Seuilla —en la era de mill et dozientos et ochenta et seys, quando andaua el anno de la Encarnaçion del Nuestro Sennor Jeshu Cristo en mill et dozientos et quarenta et ocho— quando ese noble et bienaventurado rey don Fernando, de que la estoria tantos bienes a contado, entro en esa dicha çipdat de Seuilla, capital de todo ese sennorio del Andalozia, o fue reçebido con muy grant proçesion de obispos et de toda la clerizia et de todas las otras gentes, con muy grandes alegrias et con muy grandes bozes, loando et bendiziendo et dando graçias a Dios, et alabando los fechos del rey don Fernando; et entro asi desta gisa ese bienauenturado rey don Fernando dentro de la yglesia de Sancta Maria. Et esa proçesion fezo ese dia con toda la clerizia don Gutierre, vn noble perlado que era eleyto de Toledo; et canto y misa a ese noble rey don Fernando et a todo el otro pueblo de los cristianos que eran y.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio*
(Ed. Menéndez Pidal, 766, § 1121-1125).

# DESTIERRO Y NOSTALGIA

*La conquista del Levante y de buena parte de Andalucía, por los cristianos, movió a emigrar a África o a Oriente a muchos musulmanes españoles y decidió a no regresar a España a otros que viajaban, trabajaban o peregrinaban a la sazón, lejos de ella. En efecto, murieron fuera de la Península, durante el siglo XIII: en Damasco (1240), el gran filósofo y poeta precursor de Dante, Ben Arabi; en Túnez (1260), el gran historiador y también poeta, Ben al-Abbar, y en la Meca (1284), otro famoso historiador andaluz, Ben Said. Y hacia esa época salieron, también, de Al-Ándalus varios epígonos de la cultura hispano-musulmana: Al-Qartachani, Ben Abi-l-Husayn, Abu-l-Hachchach, y muchas familias de las que, andando el tiempo, nacieron más o menos ilustres figuras de las letras árabes del siglo XIV, por ejemplo: los abuelos de los Al-Himyari, geógrafos nacidos en Ceuta, y los Banu Jaldun, de la más vieja nobleza sevillana, de cuya estirpe tunecina procedía el más genial de los historiadores musulmanes. Lejos de su patria española, los más se dejaron ganar por la tristeza y la nostalgia del exilio. He aquí cómo lloró y cantó a un tiempo las bellezas de su perdido Al-Ándalus, el granadino Ben Said.*

Este es Egipto, pero, ¿do está la patria mía?
Lágrimas de recuerdos me arranca sin cesar:
Locura fué dejarte, ¡oh bella Andalucía!
Tu bien, perdido ahora, acierto a ponderar.
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.
¡Qué apacible deleite cuando, al son melodioso
del laúd, por su río, cantando navegué!
Gemían las palomas en el bosque, a la orilla,
músicas resonaban en el vecino alcor...
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,
lo demás de mi vida me parece dolor.
¡Y aquellas gratas horas en el prado florido!
¡Y aquélla en los placeres süave libertad!
Recordando mi dulce paraíso perdido,
cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.
Hasta el eco monótono de la movible rueda
que el agua de la fuente obligaba a subir,
cual si cerca estuviese, en mis oídos queda;
toda impresión de entonces, en mí, vuelve a vivir.
No eran por la censura mis goces perturbados:
la ciudad es tan linda, que se allana el Señor
a perdonar en ella los mayores pecados;
allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.
La soberana pompa del caudaloso Nilo
se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.
¡Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo
se ven, al son de músicas alegres, discurrir!
Y los oídos gozan, y gozan más los ojos
con las bellas muchachas que en las barquillas van
y cuya tersa frente, y cuyos labios rojos
el fulgor de la luna avergonzando están.
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,

dicha en el alma infunden y lánguido placer;
en noches de verano hasta que el alba asoma,
es grato las orillas en barca recorrer.
En pos deja la barca su luminosa estela,
sueltos hilos de perlas sobre ondulante chal;
es la barca, adornada por su cándida vela,
cisne que se columpia en líquido cristal.
También con sus memorias Algeciras me abruma
y su enriscada costa recuerdo con amor;
en ella el mar bramando alza montes de espuma
que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
allí de mil auroras me sorprendió la luz,
mientras que, por la luna con oro recamada,
tendía el mar la fimbra de su túnica azul.
En tu valle ¡oh Granada! fructífero y umbrío,
y en ti pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!
Como desnuda espada reluce el claro río,
brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.
Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
hacen las granadinas una herida mortal,
y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,
y sus pestañas matan como mata un puñal.
A Málaga tampoco mi corazón olvida;
no apaga en mí la ausencia la llama del amor.
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!,
tus torres, azoteas y excelso mirador?
Allí la copa llena de vino generoso
hacia los puros astros mil veces elevé,
y en la enramada verde, del céfiro amoroso,
sobre mi frente, el plácido susurrar escuché.
Las ramas agitaba con un leve rüido,
y doblándolas ora, o elevándolas ya,
prevenir parecía el seguro descuido,
y advertimos si alguien nos venía a espiar.
Y también, Murcia mía, con tu recuerdo lloro,
¡oh, entre fértiles huertas, deleitosa mansión!
Allí se alzó a mi vista el sol a quien adoro,
y cuyos vivos rayos aún guarda el corazón.
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño;
nada en pos ha venido que las haga olvidar;
cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;
de este mal de la ausencia no consigo sanar.

*Qasida* de BEN SAID reproducida por Al-Maqqari en su *Nafh al-tib* (Trad. Schack-Valera: Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, Buenos Aires, 1944, 145).

## GRANADA CASTELLANIZADA

*Como vasallos de los reyes de Castilla, los Nazaríes tenían el deber de hacer guerra y paz con ellos y de acudir a Cortes; y les vemos, en efecto, concurriendo en persona o enviando huestes o delegaciones más o menos nutridas a diversas campañas emprendidas por los monarcas castellanos, y a más de una ceremonia cortesana. Si a esos obligados contactos con las gentes de Castilla se une lo inevitable de la influencia que el poderoso*

*reino, reciente conquistador de Andalucía, había de ejercer en el pequeño sultanato granadino, no sorprenderá la castellanización de las costumbres, las modas y, en parte, hasta de la psicología de los moros de Granada en los comienzos de su vida independiente. He aquí varios pasajes que la acreditan a las claras.*

## IMITACIÓN DE LAS COSTUMBRES CASTELLANAS

Tampoco empleaba el turbante Ben al-Ahmar, en cuyo poder está ahora la mayor parte de Al-Ándalus. Los sultanes y las tropas suelen adoptar los trajes de los cristianos sus vecinos: sus armas son iguales, y lo mismo sus capas, tanto las de escarlata como las otras. Asimismo son idénticas sus banderas, sus sillas de montar y su manera de hacer la guerra con escudos y lanzas largas para alancear. No conocen las mazas ni los arcos de los árabes; antes, emplean los arcos cristianos para los asedios de ciudades, y los infantes los utilizan en los lances de guerra.

De la *Ihata* de Ben Al-Jatib (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 142).

"Los vestidos de los andaluces eran antiguamente (o sea en los comienzos de la dinastía nazari) como los de sus vecinos y émulos los cristianos: lorigas cumplidas, escudos colgados, cascos gruesos, lanzas de hierro ancho, arzones de sillas disformes y bandera sujeta tras la silla. Cada uno llevaba un emblema que distinguía sus armas y un blasón por el que era conocido".

Del *Mugrib* de Ben Said, reproducida por Al-Maqqari en el *Nafh al-Tib* (Trad. García Gómez: Cinco poetas, 143).

"Estos árabes de España —dice— han perdido el espíritu de cuerpo y de mutua asistencia (asabiyya) que produce el poder político. No conservan más que sus genealogías... Sometidos por la fuerza y ahitos de humillación, se imaginan que con el linaje y un empleo en el gobierno se llega fácilmente a conquistar un reino y a gobernar a los hombres".

De los *Prolegómenos históricos* de Ben Jaldun (Versión francesa de Slane I, 63, trad. por García Gómez: Cinco poetas, 139).

## EL CABALLERO MAGREBÍ Y SU EQUIPO DE GUERRA

Ha dicho Ben Saíd: ...y la mayoría de los soldados entre nosotros, en Al-Ándalus, debe tener, cada uno, un caballo para montarlo él y otro para quien le lleva sus armas, mientras que en el territorio del norte de África la cosa es más sencilla: la mayor parte de los soldados de Ifriqiya, del Magrib Medio y del Magrib Extremo, sólo lleva un caballo.

El caballero del Ándalus va cubierto con cota de mallas, y si se trata de alguien de importancia y poder, su cabalgadura también lleva cota.

Se defiende con una lanza gruesa y larga y con el escudo, de acuerdo a la costumbre de los cristianos que los combaten. (En cambio) entre los caballeros bereberes sólo usan cota de malla los que gozan de prestigio y de poder; y no combaten con escudo ni lanza larga y gruesa sino con sables y lanzas livianas, con las cuales golpean admirablemente, casi sin errar. Tienen, en lugar de los escudos, una adarga que en el Magrib se hace del cuero de un animal conocido por "ante", adarga en la que rebotan los sables, las lanzas y la mayor parte de las flechas.

Los caballeros de la campiña bereber del Magrib se conducen mejor en la cabalgadura que los caballeros de la campiña andaluza, porque al andaluz le pesan el escudo, la larga y pesada lanza y la cota de mallas, de modo que no puede moverse libremente, prefiriendo mantenerse firme y estarse como una coraza sobre su caballo. A veces tiene en la montura unos ganchos que lo sujetan en el centro de aquélla, para que no caiga si es lanceado.

Las monturas de los guerreros de Al-Ándalus son altas de arzón trasero, para preservar de los lanzazos [al jinete], no siendo de esa forma las monturas de los bereberes.

El estribo andaluz es largo, mientras que el bereber es corto.

Del *Kitab al-Mugrib* de BEN SAID (Trad. inédita de O. Machado, según el texto Nº 26 de la Crestomatía de Asín).

## REBELIÓN GENERAL DE LA MORISMA CONTRA ALFONSO EL SABIO

*La ocupación de Murcia y la reconquista del valle del Guadalquivir incorporaron grandes masas de musulmanes a la corona de Castilla, pues aunque muchos fueron forzados a abandonar las grandes ciudades que ocupaban, otros, especialmente en el sureste murciano y en la orilla derecha del Guadalete, habían permanecido en sus viejas residencias. Así como el caballo nervioso, acostumbrado al buen caballista, se encabrita al advertir las flaquezas del torpe jinete, así también aquellas masas islamitas, al darse cuenta de que habían cambiado de mano las riendas del poder en la monarquía castellana, se alzaron en armas contra el rey Alfonso el Sabio. Detras de ellos se hallaba el granadino Ben Al-Ahmar. El soberano de Castilla, en quien se daba la eterna funesta oposición del intelectual empujado por el azar a la vida política, se vio en apuros frente a la rebelión de la morisma. La ayuda del aragonés y su valor y decisión personales, le dieron, al cabo, la victoria, y los moros de Andalucía y Murcia se sosegaron y se sometieron.*

En la era de mill e doscientos e sesenta e cuatro años, después que fué muerto Aben-Hud, fué alzado rey en Arjona Mohamad-Aben-Alhamar, e después que el rey don Ferrando ovo ganado la cibdad de Córdoba e

las cibdades e villas del obispado de Jaén, ayudó a este Mahomad-Aben-Alhamar por que cobrase el reyno de Granada e de Almería. E en este tiempo los de Murcia non queriendo aver por señor aquel Aben-Alahmar, alzaron por rey a Boaquez. E rescelando que se non podría defender de Aben-Alhamar, pues le ayudaba el rey don Ferrando, enviaron sus mensajeros a este rey don Alfonso su fijo, seyendo infante, con quien le enviaron decir que le darían la cibdad de Murcia e todos sus castillos que son desde Alicante fasta Lorca e fasta Chinchilla. E este rey don Alfonso, seyendo infante, desque ovo esta mandería de los moros de Murcia, fué allá con mandado e voluntad del rey don Ferrando, su padre, e rescibiéronlo por señor e entregándole la cibdad e todos los castillos, e fincaron todas las fortalezas en poder de los cristianos, e la cibdad de Murcia e todos los otros lugares fincaron poblados de moros. E fué en esta manera, que el rey don Ferrando e el infante don Alfonso su fijo por él oviese la mitad de las rentas, e Alboaquez oviese la otra mitad. E este Alboaquez que fuese vasallo del rey don Ferrando en toda su vida, e después, del infante don Alfonso, desque regnase en Castilla e en León. E este rey don Alfonso, seyendo en Castilla en este noveno año de su reynado, los reyes moros del reyno de Murcia e de todos los otros lugares que él avía ganado, ovieron fabla de consuno, e enviaron sus mandaderos a Aben-Alhamar, e pusieron postura que en un día se alzasen todos al rey don Alfonso, e en aquel día comenzase el rey de Granada la más fuerte guerra que pudiese facer, e cada uno de los otros eso mesmo. E el consejo avido en esto, el rey Alboaquez e todos los otros que habían fincado en el reyno de Murcia alzáronse contra el rey don Alfonso e cobraron algunos de los castillos que tenían los cristianos. E otrosí los moros que avían fincado en Xerez e en Arcos, e en Lebrixa e en Utrera, alzáronse contra el rey don Alfonso, e el rey de Granada comenzó a facer la guerra mucho afincada. E en este tiempo tenía el alcázar de Xerez aquel caballero que decían Garci Gómez Carrillo, e tenía la torre de Utrera un caballero freile de la orden de Calatrava que decían don Aliman. E veyendo los moros de Xerez que avía tiempo en que el rey non les podría facer estorbo para lo que ellos tenían pensado de facer, cercaron el alcázar de aquella villa, e a Garci Gómez Carrillo, e a los que estaban y con él, e combatiéronlos mucho afincadamente también la noche como el día, así que en ningund tiempo non les daban vagar. E vinieron en su ayuda destos moros otras gentes de moros de Aljecira e de Tarifa, e commo quier que los cristianos facían mucho por se defender, pero los moros entráronles el alcázar. E Garci Gómez e otros cinco o seis escuderos que estaban con él acogiéronse a la torre mayor del alcázar, e todos los otros cristianos fueron muertos. E los moros fueron a la torre que tenía Garci Gómez, e tan afincadamente la combatieron, que quemaron las puertas e mataron los homes que estaban con él en la torre. E él defendía la puerta cuando podía para que gela non entrasen, e non lo queriendo matar por la grand bondat que en él avía, trujeron garfios de fierro para con que lo prendiesen, e trabábanle con aquellos garfios en algunos lugares de la carne, e él dejábase

rasgar por non se dar a prisión. Pero tan ficieron los moros, que lo tomaron con aquellos garfios preso a vida, e apoderáronse en el alcázar e fueron los moros apoderados en todo. E otrosí los moros de Utrera cuidaron de prender al freyle don Aliman que tenía la torre de Utrera sobre seguranza, e estando con él fablando, entendiólos bien lo que querían facer, e acogióse con algunos de los suyos a la torre. E los moros toviéronlo cercado grand tiempo, e combatiéronle la torre, e él defendióla tan bien, que gela non pudieron tomar. E eso mesmo ficieron los moros de cada uno de los otros lugares a los alcaydes que estaban por el rey don Alfonso en los castillos, señaladamente en el regno de Murcia. E en esta misma manera se perdió el castillo de Arcos, que era estonce de los cristianos. E agora de aquí adelante contaremos lo que el rey don Alfonso fizo desque esto sopo.

☆

En el décimo año del reynado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trescientos años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e dos años, estando el rey en Segovia llegáronle los nuevas de cómmo el rey de Granada le avía quebrantado las treguas que con él avía, e otrosí que en el regno de Murcia que se le avía alzado Alboaquez, rey que era su vasallo. E otrosí que los moros de Xerez que le avían tomado el alcázar e que avían preso a Garci Gómez Carrillo, e commo avían cercado a don Aliman que tenía la torre de Utrera e otros alcaydes que avía dejado en algunos otros lugares e castillos del regno de Murcia. E envió él llamar por sus cartas los infantes e los ricos homes e todos los concejos de su reyno que se fuesen luego para él a la frontera. E partió de Segovia, e fué a Toledo, e dende a la frontera, e pasando por un lugar que dicien el Pozuelo de don Gil, que era en término de Alcaraz, entre tanto, que llegaban las compañías por que avía enviado, mandó venir gentes de su comarca, e ordenó en cual manera se poblase allí una villa, e mandó que la dijesen Villa Real, e ordenó luego las calles e señaló los lugares por do fuese la cerca. E fizo facer luego una puerta labrada de piedra, e ésta es la que está en el camino que viene de Toledo, e mandó a los del lugar como ficiesen la cerca. E partió dende, e fuese para Córdoba, e dende a Sevilla, e mandó facer la guerra contra los moros, e envió a poner recabdo en los castillos que estavan fronteros. E en este año non se falla otra cosa que de contar sea que a la estoria pertenezca.

☆

En el onceno año del reynado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trescientos e un años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e tres años, e este rey don Alfonso aviendo la guerra tanto afincada con los moros e seyendo con él todos los infantes e los ricos homes e los caballeros e los concejos por que avía

enviado, ovo su acuerdo en cuál manera faría guerra a los moros. E todos le aconsejaron que fuese luego talar la tierra del rey de Granada e que le ficiese el mayor daño que pudiese, e salió luego el rey de Sevilla con todas estas compañas, e fué a Córdoba e dende entró en tierra de moros, e dende llegó a Alcalá de Benzayde, e dende fué por tierra de moros talándoles e quemándoles e faciéndoles mucho mal e mucho daño, e a la salida vino a Sevilla. E dende envió a don Nuño e a don Juan González, maestre de Calatrava, con pieza de compañas en acorro de don Aliman que estaba cercado en la torre de Utrera, e los moros que y eran fuéronse dende, que no osaron esperar, e basteciéronla de homes e de viandas, e la torre e el cortijo fincó en poder de los cristianos. E el rey Don Alfonso partió estas compañas que estudiesen en todos los lugares e castillos fronteros faciendo guerra a los moros. E otrosí el rey de Granada facía guerra la más fuerte que podía a los cristianos, e mandaba a los suyos que cuando más non pudiesen facer a sus enemigos, sinon que les follasen la tierra, ca decía que gran parte de la guerra era en "aquí son los enemigos, o por aquí pasaron los enemigos". E veyendo este rey don Alfonso esta guerra que tenía comenzada con los moros en que se gastaban muchos caballos, e otrosí cómmo muchos de las villas se excusaban de lo servir por el llamamiento que les facía de cada año para la frontera, e en aquel tiempo iva cada uno a servir tres meses por lo que avía, ca el Rey non les daba nada de las fonsaderas, e porque de las Extremaduras avía más gente para su servicio que de las otras villas del su reino e porque oviesen razón de mantener e criar los caballos e estudiesen prestos cada que los él llamase, ordenó que oviesen los alcaides en toda la Extremadura en esta manera: que cualquier home que mantoviese caballo e armas, que fuese excusado de la martiniega e fonsadera, e que oviese excusados sus amos e molineros e hortelanos e yugueros e mayordomos e apaniaguados, e por esto que fuese tenudo de ir servir a la frontera cada que el Rey le llamase sin le dar el Rey otra cosa ninguna por los tres meses del servicio. Este ordenamiento fizo el Rey con acuerdo de los de las Extremaduras que eran y con él, e envióle a las cibdades e villas e logares de la Extremadura: e este ordenamiento fué fecho por los labradores e caballeros o por otros cualesquier que quisieren mantener los caballos e aver la franqueza para sí e para sus excusados. E agora dejaremos de contar desto, e diremos lo que el rey de Granada fizo para se ayudar en esta guerra en que estaba.

☆

El rey de Granada, veyendo el gran afincamiento de la guerra en que estaba, envió rogar a Aben Yuzaf que le enviase alguna gente en su ayuda, e envióle mil caballeros, e vino por cabdillo dellos un moro que era tuerto de un ojo, e decían que era de los más poderosos que había allén mar. E segund lo que se falló en escripto, dicen que éstos fueron los primeros caballeros jinetes que pasaron aquén la mar después que el Miramamolín

fué vencido. E commo quier que luego en el comienzo de su venida destos caballeros fué grand esfuerzo para los moros de aquen la mar, e otrosí pusieron gran miedo a los cristianos diciendo que eran muchos más, pero grand daño se siguió de la su venida al rey de Granada, ca él por los honrar aventajábalos en todas las cosas, e por los tener más pagados dábales muy grandes soldadas, e lo que avía de dar a los suyos dábalo a ellos. E el arrayaz de Málaga e el arrayaz de Guadix, veyendo esto, fablaron con el Rey que non quisiese perder los suyos por los extraños, e el Rey dióles mala respuesta, de que ellos fueron muy despagados. E por esto buscaron manera commo los destruyesen, segund que adelante la estoria lo contará. E agora dejaremos de contar desto, e tornaremos a contar lo que el rey don Alfonso fizo en esta guerra.

☆

En el doceno año deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trecientos e dos años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e doscientos e sesenta e cuatro. E estando el rey don Alfonso en el Andalucía en esta guerra, e teniendo y consigo todos los del su regno e del su señorío, e viniéndosele en miente de cómmo los moros de Xerez seyendo en él su señorío se alzaron e tomaron el alcázar, salió de Sevilla con su hueste e fué cercar la villa de Xerez. E desque y llegó mandó poner muchos engenios derredor de la villa, que tiraban a las torres e al muro e facían grand daño, e duró la cerca desta villa cinco meses. E los moros, sintiéndose mucho apremiados de los de la hueste por los muchos males que les facían con los muchos engenios que les tiraban, enviaron decir al rey don Alfonso que toviese por bien de les asegurar los cuerpos e que le darían la villa e el alcázar. E commo quier que el Rey tenía dellos muy grand saña por lo que ficieron por la grand guerra que tenía comenzada con el rey de Granada e con los moros de aquende la mar, otrosí que avía nuevas de Jacob Aben Yuzaf, rey de Marruecos, que se apercebía para pasar aquende la mar con todo su poder, e por cobrar esta villa antes que aquello fuese, tovo por bien de tomarla e dejar salir los moros a salvo, e después fué entregada poblóla de caballeros e homes fijos dalgo e de otras buenas compañas, e dende fué a Vejer e Medina Sidonia e a Rota e a Sant Lúcar, e los moros que las tenían entregárongelas, e pobló el puerto de Santa María. E dende vino por Arcos e por Lebrija, que se le avían alzado, e envió dende los moros, e entregáronle el castillo de Arcos, e poblólos de cristianos e bastecióIos de armas e de viandas e de las otras cosas que ovieron menester. E tornó a Sevilla a acordar cómmo faría sobre la guerra que tenía comenzada, e por cuanto era cerca del invierno, mandó que se fuesen algunas compañas para sus tierras, e que viniesen todos a él el mes de abril porque pudiese continuar la guerra que tenía comenzada con los moros.

☆

En el treceno año del regnado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trecientos e tres años, e andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e cinco años, este rey don Alfonso, queriendo poner grant acucia en la guerra que tenía comenzada con los moros, desque llegó el mes de febrero envió llamar por sus cartas todos sus vasallos, e ante que llegasen vinieron mandaderos de los arrayaces de Málaga e Guadix, que eran en el reyno de Granada muy poderosos, e dijeron al Rey que fuese la su merced de ayudar e amparar aquellos arrayaces, e que ellos avían villas e castillos e muchos caballeros con que farían servicio al rey don Alfonso contra el rey de Granada. E al Rey plúgole mucho con esta mandadería, e envióles su respuesta muy buena, en la cual les envió decir que los ampararía e los defendería, e si el rey de Granada les cercase alguna villa o castillo de los que tenían, que él por su cuerpo iría a los acorrer e a los descercar. E sobre esto envió luego en su ayuda a don Nuño con mill caballeros, e envióles con él sus cartas de aseguramiento porque los arrayaces fuesen ende ciertos. E seyendo llegados con el Rey las gentes por que había enviado, e queriendo entrar a talar e facer guerra e mal e daño a los moros, el rey de Granada, veyéndose en afincamiento de la guerra con los cristianos, e otrosí veyendo el mal e el daño que le facían en la tierra los arrayaces que eran contra él, envió sus mandaderos al rey don Alfonso, con quien le envió decir que toviese por bien de le dar tregua, e que desamparase los arrayaces, e él que desampararía los moros del reino de Murcia que se le habían alzado, e Alboaquiz su rey, e que le ayudaría contra ellos porque se cobrase la tierra para el su señorío. E el rey don Alfonso fízolo saber a los infantes e ricos homes e caballeros que eran allí con él, e mandó llamar a esta fabla algunos de los concejos. E sobresto fué tratado que se viese el rey don Alfonso con el rey viejo de Granada e vino con él Alamir, su fijo, que había de reinar después dél. E amos estos reyes ovieron las vistas cerca de Alcalá de Benzayde, e pusieron sus treguas de postura e avenencia sobre estos fechos. E la avenencia fué que Aben Alhamar e su fijo, después que reinase, diesen al Rey de cada año docientos e cincuenta mil maravedís de la moneda de Castilla, e el rey de Granada que fuese luego en ayuda del rey don Alfonso porque cobrase el reino de Murcia, e el rey don Alfonso que desamparase los arrayaces. E seyendo los pleitos firmados, el rey de Granada pidió merced al rey don Alfonso mucho afincadamente, que desque cobrase el reino de Murcia, que non matase a Alboaquiz. E como quiera que el rey oviese grand pesar desto quel rey de Granada le pidió, pero non pudo excusar de gelo otorgar. E el rey don Alfonso pidió tregua al rey de Granada para los arrayaces por un año, si en este tiempo los pudiese avenir, e si non, que de allí adelante que non los ayudaría. E el rey de Granada otorgó la tregua, e partiéronse destas vistas, e el rey don Alfonso tornó a Jahen e movió con toda su hueste para el reino de Murcia. E Alboaquiz, que era rey de Murcia,

desque sopo que el rey de Granada le avía desamparado e que amos los reyes venían con grandes huestes contra él, e otrosí porque sopo que el rey don Alfonso lo había segurado de muerte, vino se para él a ponerse en la su merced, e llegó a él a Sant Esteban del Puerto, e el rey don Alfonso fué a la cibdad de Murcia. E este Alboaquiz e los moros que estaban en ella entregárongela, e dejó el alcázar al infante don Manuel, su hermano, e dende fué a todos los otros logares que se habían alzado, e entregárongelos. E el Rey puso alcaydes en todos los castillos e dió vecindad a muchos cristianos que la vinieron tomar; pero porque la tierra era grande e non pudo haber luego tantas gentes que la poblasen, dejó y muchos moros de aquellos que ante y moraban, e despuso del rey Alboaquiz, e non lo quiso matar por el prometimiento que se avía fecho, e mandó que morase entre los cristianos, e dióle rentas ciertas en que se mantoviese. E porque este rey don Alfonso avía voluntad de aver reyes por vasallos, fizo regnar en Murcia a Mahomad, hermano de Aben Jud, e mandóle dar la tercia parte de las rentas del reyno de Murcia. E de las cosas que en este año pasaron non se falla en escripto otras cosas que a la estoria pertenezca de contar.

De la *Crónica del rey don Alfonso* X (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, págs. 8 y siguientes).

## LA PRIMERA CUESTIÓN NOBILIARIA EN GRANADA

*Desde muy temprano sufrió Granada del morbo del siglo: la pugna entre la monarquía y la nobleza. Le padecieron todos los reinos peninsulares. Costó la corona a Sancho II de Portugal; provocó los movimientos aragoneses que llevaron a la concesión del Privilegio General y del Privilegio de la Unión, y llenó la historia de los postreros años del Rey Sabio y todos los reinados de sus sucesores. En Granada comenzaron las discordias con la disputa entre los soberanos nazaríes y los Banu Axqilula —los Escayuelas de las crónicas castellanas—, hijos y nietos de un cuñado del primer Ben al-Ahmar, fundador del reino granadino. Los rebeldes de cada monarquía buscaban refugio cerca del enemigo de su rey, y más de una vez lucharon junto al soberano que les daba asilo, frente a los magnates alzados contra él. Ello ocurrió con los ricos hombres castellanos y con los Escayuelas, aquéllos exilados en Granada y éstos acogidos en Castilla. La guerra entre los sultanes nazaríes y los Banu Axqilula duró mucho y tuvo complejas consecuencias internacionales. El reino granadino se hallaba, sí, en el confín de la España cristiana, pero tenía, al otro lado del mar, al África islamita, y los Banu Axqilula, o Escayuelas, solicitaron contra sus soberanos, alternativamente, la ayuda castellana y marroquí. En la pugna entre los Banu Axqilula y los Banu al-Ahmar se puso ya de manifiesto lo encontrado de los intereses del sultanato de Granada y del imperio de los "Beni Merines" africanos, y comenzó el doble juego granadino, que consistió en apoyarse sucesivamente en Castilla contra Marruecos y en Marruecos contra Castilla. Al cabo los Banu Axqilula hubieron de cruzar el*

*Estrecho y se establecieron en Alcazalquivir. En el trimilenario cruce racial entre África y España, que la islamización de la Península había activado, otra vez gotas de sangre española se mezclaban en el complejo sanguíneo africano.*

Se cuenta que Al-Galib Billah tenía un cuñado de su misma condición, llamado Ben Axqilula. Le había éste prestado apoyo (en su levantamiento) y habían convenido entre los dos que se repartirían el reino que consiguiesen fundar. Se pretende que cuando el sultán Nasari se estableció en Granada, le ofreció el poder, diciéndole: "Soy un hombre del pueblo, un iletrado. Tu autoridad será la mía, tu reino será el mío". Le hizo habitar en la alcazaba (de Granada) y le dio el mando del ejército, que conservó hasta su muerte. Abu-l-Hasan dejó dos hijos: (Abu Ishaq) Ibrahim, que era el primogénito, y el *rais* Abu Muhammad (Abd Allah), su hermano menor. El sultán, cerca del cual habían quedado en Granada, les dio en matrimonio sus dos hijas, Munina y Xams. El *rais* Abu Ishaq (Ibrahim) sucedió a su padre, por ser el mayor. Tuvo dos hijos con la hija del sultán: Ali y Abd Allah, que recibieron el gobierno de Guadix y de su territorio. El *rais* Abu Muhammad tuvo cuatro hijos: Ali, Muhammad, Yusuf y Farach. Sucedió como gobernador de Málaga al hermano del sultán Ismail ben Yusuf ben Nasr, padre del *rais* Abu Said, que murió sin dejar hijo en edad de reemplazarle. En ese momento, en efecto, Abu Said era un niño todavía muy joven.

Vivieron como buenos súbditos bajo la benévola autoridad de su abuelo, hasta que el heredero presunto, ya hombre, intrigó contra ellos y soportó difícilmente su influencia cerca del sultán. Le reprocharon su conducta para con ellos y se indignaron por la hostilidad que les mostraba. Se declararon independientes en Guadix y Málaga, incluso ya en vida de su abuelo, aunque continuaron considerándole como su soberano y se abstuvieron, hasta su muerte, de acuñar moneda con sus nombres y de designar cadíes. Cuando el hijo (del primer sultán de Granada) subió al trono, se envenenó la vieja querella, el mal empeoró y el conflicto se agravó. Fue el nuevo príncipe a sitiarlos en las ciudades que ocupaban y entonces solicitaron la ayuda de los cristianos, se sublevaron abiertamente y suscitaron revueltas en Comares, Antequera y Loja. Pero el sultán, gracias a su energía, a su inteligencia y a su riqueza, terminó por acabar con ella. Cuando el Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, pasó a España para hacer en ella la Guerra Santa, los *rais* citados buscaron asilo junto a él y se colocaron bajo su protección. Se apresuraron a entrar en su servicio con sus caballeros y sus infantes. Se encontraron en presencia del sultán nasarí, su enemigo, en las reuniones que tuvo con Abu Yusuf en Algeciras y se le mostraron hostiles. Cuando no pudieron soportar más tal situación y le pidieron una entrevista para permitir a los dos partidos exponer sus puntos de vista, se reconoció que habían sido lesionados en sus derechos, pero ello originó en el acto la frialdad de los dos sultanes.

Después, en el curso de las operaciones, Muhammad II tuvo varias ocasiones de entrevistarse con Abu Yusuf y le expuso sus quejas y el daño que podría resultar para el país de la hostilidad de los Banu Axqilula y el soberano Marini cambió totalmente de actitud frente a los últimos y les aconsejó que entregaran Málaga a Muhammad II y que entraran a su servicio. Pero ya se había empeñado la lucha entre ellos y su tío, y uno de ellos, Farach, fue muerto. Su madre, hermana del sultán, se enojó con éste y nunca quiso reconciliarse con él. Los Banu Axquilula resolvieron, entonces, ceder Málaga a un tercero que no fuese el sultán, seguros de que le causarían así gran contrariedad. Se trasladaron a Córdoba y abandonaron Málaga al Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf. Éste se trasladó a ella y quedó maravillado de la misma, porque ninguna ciudad en el mundo podía comparársele por su gracia y su esplendor. Practicó en Málaga las ceremonias de la fiesta del sacrificio del año 675 [1276]. Jamás se ha hablado de una fiesta más bella. Entró en la ciudad el 6 del mes de Xawwal de tal año. Después salió de ella, dejando para guardarla a Umar ben Mahalli al Butui, cuyo hermano estaba al servicio del sultán nasarí, cerca del cual gozaba de gran influencia. Tal hermano de Umar entró secretamente en negociaciones con él y le propuso ceder Málaga al príncipe nasarí, a cambio de Almuñécar y de Salobreña. Coronó el éxito sus esfuerzos, y Umar se apresuró a hacer apresar a los servidores del soberano mariní y entre ellos al *rais* Abu Abd Allah (Muhammad) ben Axqilula, de quien logró apoderarse usando de la astucia. Envió el acta de la sumisión de la ciudad al soberano andaluz el 27 de Ramadan del año 677 [febrero 1279]. Se apresuró aquél a acudir a Málaga y a fortificarla sólidamente. Umar tomó posesión de Almuñécar, pero el sultán, siempre en acecho, le vigilaba sin cesar y ora firmaba la paz con él, ora le combatía. La situación llegó a ser tan difícil para Umar que aparentó querer rendirse, y pidió que enviaran a alguien para tomar posesión de la plaza. El sultán le despachó a uno de sus primos, con un banderín que debía plantarse en lo alto del castillo. Umar le detuvo prisionero y juró que le arrojaría desde lo alto de la muralla, si eran lanzadas contra él más piedras. Después suplicó al sultán que le dejara en paz. Este tuvo piedad (de su primo) y viendo que no podía concluir con Umar, levantó el sitio. Intentó entonces atraérsele y estimular su ambición. Le ofreció su hija en matrimonio y le invitó a ir a Granada para consumar el matrimonio. Cuando estaba a punto de llegar a la capital, el sultán excitó contra él a los enemigos de sus tíos, los Banu Rahhu ben Abd Allah. Fueron éstos a su encuentro y le mataron. Y así le desembarazó Alá de Umar ben Mahalli, que era uno de los hombres más valientes y más enérgicos. Es conocida su historia y son famosas sus hazañas.

El sultán nasarí Abu Abd Allah procuró entonces hacer cerrar el Estrecho de Gibraltar por los cristianos, a los que invitó a ocupar Algeciras. Desembarcaron en ella el 8 del Xawwal del mismo año; pero las flotas del Magrib y Ceuta, reunidas, les infligieron una gran derrota marítima. Desmoralizados (los castellanos) abandonaron Algeciras a comienzos del mes

siguiente. Tales acontecimientos motivaron una grave desavenencia entre los dos soberanos. El Emir de los Musulmanes equipó un ejército; confió su mando a su hijo y le ordenó que atacase el territorio nasarí. Tal ejército sitió estrechamente Marbella y la bombardeó con catapultas. Después, el mismo emir cruzó el Estrecho y vino a embestir Málaga, cuyo gobierno había sido confiado a Abu Said, que era un muchacho. Se entabló un violento combate entre los dos adversarios en los alrededores de la plaza. Los jinetes mariníes llegaron en sus cargas hasta el pie de las murallas, que alcanzaron a tocar las cabezas de sus caballos. Pero luego de tenerla cercada cincuenta días (los magribíes) tuvieron que levantar el sitio y volver a Algeciras. Los días pasaron con alternativas de paz y de guerra, de engaños y de sumisión.

El sultán Abu Abd Allah se esforzó entonces por extirpar las raíces de los Banu Axqilula, para desembarazar de ellas su territorio, de una vez para siempre. El *rais* Abu Ishaq era su jefe y se había unido a los miembros de su familia que estaban en Málaga. Le dieron la fortaleza de Comares y llegó a ser único amo y señor de la misma. Tal fortaleza era la más inaccesible de toda Andalucía. Los Banu Hammud y otros la habían apreciado en su justo valor y habían construido en ella moradas principescas, dignas de su jerarquía. El *rais* Abu Ishaq la ocupó hasta su muerte. La plaza cayó entonces en posesión de sus hijos, que eran señores de Guadix. Entregaron su custodia a uno de sus hombres de confianza, llamado Ben al-Rami. El sultán nasarí llegó a engañarle, entendiéndose secretamente con cincuenta guardias de la fortaleza. Recibieron cada uno cincuenta monedas de oro para sublevarse contra Ben al-Rami a fin de permitir al ejército nasarí intervenir y apoderarse fácilmente de la plaza. Así ocurrió, y el sultán, luego de conquistarla, la fortificó como puede verse todavía hoy. Con los Banu Axqilula de Guadix, acudió a la astucia. Se mostró con ellos más suave y más conciliador y los colmó de favores, hasta que llegó a atraérselos y a hacerles creer en la sinceridad de sus buenos sentimientos, al mismo tiempo que renovaba el tratado de paz que había firmado con el rey de Castilla. Se establecieron excelentes relaciones entre los Axqilula y el sultán, su tío; firmó éste la paz con ellos y los admitió en su corte, lo que les llenó de alegría y les hizo rechazar toda duda sobre su sinceridad. Pero cuando logró arreglar todo, les comunicó su intención de hacer proclamar a su hijo y les pidió que abandonasen su ciudad y vinieran a Granada, prometiéndoles que obtendrían grandes ventajas de su generosidad y de su protección. Comprendiendo entonces que habían caído en una celada, se apresuraron a solicitar el apoyo del rey de Castilla y le pidieron que aceptara ser otra vez su soberano. Pero (el castellano) les respondió que ello era difícil, porque la suerte de su país había sido regulada en el tratado firmado con el sultán y que al darles asilo provocaría la ruptura de tal tratado. Su despecho fue tanto mayor cuanto que no podían prescindir de los subsidios que recibían del sultán, para mantener su jerarquía. Enviaron por ello un mensajero al rey de Aragón, que se excusó también alegando su lejanía y el hecho de

que sus dos países se hallaban separados por Castilla. Como el sultán nasarí hubiera, entretanto, reunido sus guerreros para combatirles, se volvieron hacia el sultán del Magrib, que estaba en Marraquex en tal momento, y redactaron un acta de vasallaje que le enviaron mediante un mensajero. Se entablaron entonces negociaciones entre los dos sultanes nasarí y mariní y (tras ellas) llegaron a un acuerdo, en virtud del cual los Banu Axqilula debían abandonar Guadix (al Mariní) y recibir en compensación el castillo de Ketamia (Alcazarquivir), a donde se trasladaron con sus bienes, con sus guerreros y sus familias, a principios del 687 [1288]. Cuando el sultán mariní tomó posesión de la ciudad (de Guadix) confió su custodia a uno de sus hombres de confianza. Pero poco después fue engañado y la perdió. Debió volver cerca de su señor y éste le hizo cortar la cabeza por sospechar que se había dejado engañar a sabiendas.

Cuando los Banu Axqilula se establecieron en el Magrib, el sultán nasarí les prohibió poner los pies en Andalucía, y temiendo que el soberano mariní les excitase contra él, invitó al rey de Castilla a ocupar Tarifa, para hacer imposible el cruce del Estrecho. El rey cristiano desembarcó en Tarifa a comienzos de Chumada del año 691 [1292]. Y el enemigo (del Islam) se apoderó de ella, como se sabe, por tal causa. Tal desdicha afligió mucho a los musulmanes, que temieron graves daños de tal pérdida y los poetas la lloraron.

Del *Kitab A'mal al-A'lam* de BEN AL-JATIB (Trad. I. S. Allouche Hespéris, XXV, 1938, 4).

## PACTO ENTRE EL REY DE GRANADA Y LOS RICOS HOMBRES DE CASTILLA

*Si la prudencia de Fernando III, el Santo, contribuyó eficazmente al nacimiento del reino de Granada, su consolidación fue, en gran parte, obra de las guerras civiles castellanas. Aunque la monarquía tuvo en los reinos de León y Castilla una fuerza incomparablemente superior a la que poseyó la realeza en las sociedades feudales europeas, muchas veces hubo de resistir las dentelladas de la aristocracia señorial. La potencia política de ésta aumentó sobremanera en el curso de los siglos XII y XIII. En las discordias civiles de los días de doña Urraca, de Alfonso VII y de la menor edad de Alfonso VIII, se habían engrandecido sobremanera algunas familias castellanas. La colonización de la Mancha y Extremadura por las Órdenes Militares y los grandes heredamientos que en ambas, y en Andalucía, adquirieron los nobles, acrecentó extraordinariamente su poder en el equilibrio de las fuerzas sociales del reino. El Rey Santo y el Rey Sabio dejaron buen número de hijos que fueron cabeza de fortísimos linajes. Y la monarquía se halló al cabo, por ello, frente a una aristocracia tan poderosa como ambiciosa y turbulenta. Cuando murió Fernando III y ocupó el trono un intelectual, de clara mente pero de voluntad vacilante, Alfonso el Sabio, al acabarse el*

*botín territorial con que acallar los apetitos nobiliarios, estalló la dramática pugna entre el rey y la nobleza. Los ricoshombres de Castilla, ejercitando sus derechos de "salirse del reino", paralelos a los del monarca de "airarlos", se desterraron voluntariamente a Granada. Allí fueron, naturalmente, bien acogidos por Ben al-Ahmar, que vio en ellos un instrumento de gran utilidad en su resistencia contra la potente monarquía castellana vecina. Y he aquí cómo las discordias, que turbaron el reinado del Rey Sabio, contribuyeron a consolidar el reino granadino.*

"Sepan cuantos esta carta vieren commo nos Alamir Abboadille Mahomad Avenyuzaf Abenasar, rey de Granada, e Amir Amus Lemin, e nuestro fijo e nuestro heredero Alamir Abboadille, facemos este pleyto con el infante honrado don Felipe, fijo del rey don Fernando e con el rico ome don Nuño González, fijo del conde don Gonzalo, e con el rico ome don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, e con el rico ome don Esteban Fernández, e con el rico ome don Fernand Ruiz de Castro, e con el rico ome don Juan Núñez, fijo del rico ome don Nuño González, e con el rico ome don Diego López, hermano del rico ome don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, el sobre dicho, e con el rico ome don Alvar Díaz de Asturias, e con el rico ome don Gil Gómez de Roa, e con el rico ome don Ferrand Ruiz, fijo de Rodrigo Álvarez, e con el rico ome Lope de Mendoza. E yo el infante don Felipe, el sobre dicho, e estos ricos omes sobre dichos, somos ayuntados sobre esto, que vos facemos a vos, Rey de Granada e Amir Amus Lemin, e a vuestro fijo Alamir Abboadille, pleito omenaje a buena fe, sin mal engaño que vos lo tengamos, e cuando non vos lo toviésemos, que valiésemos por ello menos contra Dios e contra todos los omes del mundo, commo quien falsa pleito omenaje. E sobresto es el pleito e omenaje que vos facemos, que vos fagades a don Alfonso, rey de Castilla, que vos tenga los pleitos e las posturas que vos fizo en Alcalá de Benzaide, e si vos las non toviere, que nos los sobre dichos que vos ayudemos con nuestros cuerpos e con nuestros omes e con nuestro poder en la guerra que oviéredes con él. E si sobre esto, don Alfonso, rey de Castilla, vos toviere los pleitos sobre dichos que fueron entre vos e él en Alcalá de Benzaide, que vos el Rey de Granada e vuestro fijo Alamir Abboadille, que le tengades aquellas posturas que posistes con él en Alcalá de Benzaide, sin acrescentamiento ninguno. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos otorgamos que non fagamos paz ni avenencia ninguna con el Rey de Castilla a menos de vos, e esta avenencia que sea en días de don Alfonso, rey de Castilla. E yo el infante don Felipe, el sobre dicho, otorgo por mí que tenga este pleito omenaje en días del rey don Alonso e del infante don Fernando e del que fuere su heredero, así commo es nombrado, e el previllegio que fué fecho en Alcalá de Benzaide. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos otorgamos que vos ayudemos contra todos los omes del mundo, cristianos e moros, en guerra o en paz. E nos, el rey de Granada, Amir Amus Lemin,

e nuestro fijo Alamir Abboadille otorgamos que cuando oviéremos menester vuestra ayuda, que vos enviemos con quien podades venir a nuestra ayuda. E yo el infante don Felipe, e estos omes buenos sobre dichos, otorgamos todos e somos tenudos que fagamos por vos, rey de Granada, Amir Amus Lemin e por vuestro fijo Alamir Abboadille, así commo fecimos por el Rey de Castilla cuando éramos sus vasallos en todas las cosas del mundo que vos ayades menester mientra fuéremos convusco. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos, otorgamos que vos seamos amigos para siempre jamás, e a vuestros fijos e a vuestros nietos e a los que de vos vinieren. E nos Alamir Abboadille Abenyuzaf Abenasar, rey de Granada, e Amir Amus Lemin, e nuestro fijo Alamir Abboadille, otorgamos a vos el mucho honrado infante don Felipe e a los ricos omes sobre dichos, sobre esto que somos tenudos, e vos facemos pleito omenaje a buena fe, sin mal engaño, si vos tomare el rey de Castilla la tierra que tenedes dél, o vuestras heredades, o vos desaforare, que seamos tenudos de vos ayudar con nuestras tierras, e con nuestros omes o con nuestro poder a guerrealle. E si viniéredes a nos, que sea la nuestra guerra una, e si fincáredes en vuestra tierra, que guerreedes vos de vuestro cabo e nos del nuestro, e si acaesciere que vengades a nos, que fagamos contra vos segund ficimos en aquel tiempo cuando venistes a nos. E este pleito e este omenaje tenervos lo emos, e si non vos lo toviéramos, que valgamos menos por ello contra Dios e contra todos los omes del mundo, así commo quien falsa pleito omenaje. E nos el Rey de Granada Amir Amus Lemin, e nuestro fijo Alamir Abboadille otorgamos a vos, infante don Felipe e a los ricos omes sobre dichos que non fagamos con el rey de Castilla paz nin postura a menos de vos. E otrosí otorgamos nos el rey de Granada e nuestro fijo que si tomáremos a don Alfonso, rey de Castilla, villas e castillos de hoy adelante, que seamos tenudos de gelo tornar cuando fuere la paz con él. E yo el infante don Felipe e estos ricos omes sobre dichos somos tenudos que si el Rey de Castilla vos tomare villas o castillos de hoy adelante, que fagamos que vos los dé cuando fuere la paz. E nos el Rey de Granada e nuestro fijo vos otorgamos que cuando quier que ayamos guerra con el Rey de Castilla e viniéredes a nos, que fagamos contra vos así como ficimos este tiempo; e más otorgamos a vos el dicho infante e ricos omes que vos seamos siempre amigos a vos e a vuestros fijos e a vuestros nietos e a los que de vos vinieren. E nos Rey de Granada Amir Amus Lemin e nuestro fijo Alamir Abboadille, porque sea firme e non venga en dubda, escrebimos en esta carta letra de nuestras manos. E yo, el infante don Felipe e los ricos omes sobre dichos, posimos en ella nuestros sellos colgados".

. . . . . .

De la *Crónica del rey don Alfonso* X (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 32).

## OTROS ZARPAZOS DEL CHACAL AFRICANO

*Ni las conquistas de Fernando III, ni las de Alfonso X, ni la sumisión de la morisma andaluza y murciana rebelada contra él, ni el vencimiento del rey de Granada, pusieron fin al peligro islamita, ni interrumpieron el multisecular batallar de musulmanes y cristianos. Por tercera vez en el curso de dos siglos, la zarpa del chacal africano iba a desgarrar a la cristiandad española. Un nuevo imperio había sustituido en el Magrib al imperio almohade. Como sus predecesores en el dominio del noroeste de África, y como los almorávides antes y los árabes primero, los nuevos señores de las playas marroquíes, al llegar hasta ellas y conquistar las fortalezas del Estrecho, sintieron el formidable tirón que, desde el otro otro lado del mar, daba, de continuo, el poderoso imán hispano. Las riquezas de Al-Ándalus se brindaban allí al alcance de su fuerte y codiciosa garra como una sabrosa fruta madura. Por el camino de todos los invasores africanos, los Banu Marin entraron en España y empezaron su acometida contra ella. Pero esta vez no hallaron en tierras españolas, como Tariq y Muza en 711, un imperio desgarrado por la discordia civil. No se enfrentaron, como Yusuf ben Taxufin, en 1086, con una serie de reyezuelos desvitalizados por su exquisito refinamiento, divididos por sus querellas y explotados por unos pequeños estados septentrionales que acababan de salir de las sombras de la impotencia. Ni siquiera hallaron, como los almohades, una España musulmana acostumbrada al señorío magrebí y una España cristiana fraccionada en cinco reinos hostiles, a cuya cabeza se hallaba Castilla que iba a sufrir en seguida la turbulenta minoría de Alfonso VIII. En el siglo XIII, los nuevos conquistadores africanos toparon con el reino moro de Granada que, atento a los mensajes de la historia, no olvidaba la suerte corrida por los otros estados islamitas peninsulares a manos de almorávides y almohades, y con una Castilla poderosa que se extendía desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo. El zarpazo sorprendió a la cristiandad desprevenida, ensangrentó los nuevos dominios castellanos al sur de Sierra Morena y ocasionó dos graves bajas en las minorías directivas de Castilla. El chacal marroquí se precipitó hasta cinco veces sobre Al-Ándalus. Ora fueron sus víctimas los cristianos, ora los musulmanes españoles. Causó grandes heridas y destrozos, pero Granada y Castilla, ya unidas, ya enemigas, pudieron resistir y salvaron la crisis. Y esta tercera acometida de África no produjo los frutos perdurables que las dos anteriores.*

### LA VERSIÓN AFRICANA

El autor (¡que Dios le conceda misericordia!) dijo: Luego de haber recibido varios correos de Ben al-Ahmar, requiriendo socorro para Andalucía, el Emir de los Musulmanes partió de Fez el 1º de Xawwal del año 673 [31 marzo 1275] y llegó a Tánger. Estando allí, mandó llamar al alfaquí Abu Qasim al-Azfi y le ordenó reunir tropas para hacer la Guerra

Santa contra los trinitarios, armar naves para atravesar el mar y hacer un llamamiento al celo de todos los creyentes. En seguida dio a su hijo, el emir Abu Zayan, el mando de cinco mil jinetes de entre los principales mariníes y árabes y, confiándole la enseña imperial, le recomendó que temiera a Dios en su intimidad y a los ojos de todos. Después le dijo adiós y le envió para Al Qasr al-Muchaz, donde el alfaquí Abu al-Qasim al-Azfi había ya preparado veinte navíos para la travesía de los guerreros santos. El emir Abu Zayan embarcó, pues, en Al-Qasr al-Muchaz con toda su tropa y desembarcó el 16 de Dhu-l-qada del año 673 [14 mayo 1275] en Tarifa, donde permaneció tres días para dar tiempo, a sus hombres y a sus caballos, de reponerse de las sacudidas del mar, y se dirigió a Bahyra, que saqueó y cuyo botín envió a Algeciras. Desde allí continuó su marcha, asesinando, pillando y destruyendo castillos y aldeas, incendiando las cosechas, arrasando los árboles y trastornándolo todo, en dirección a Jerez, sin que ningún cristiano fuese capaz de detenerle, ni aun osase ponerse en su presencia. Envió a Algeciras su botín y los prisioneros encadenados, y la población dio muestras de gran regocijo, pues se trataba de la primera victoria que los musulmanes obtenían después de la derrota de Al-Uqab, en 609 [1212], en la que los cristianos destrozaron a los almohades. Habiéndoles Alá colmado de temor por este desastre, los musulmanes no osaron más combatir ni oponerse a los cristianos, que se apoderaron de sus tierras, de sus fuertes y de sus castillos, yendo de victoria en victoria, hasta el momento en que el estandarte victorioso del Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, atravesó el mar bajo la protección de Alá, para liberar el Islam y confundir a los adoradores de imágenes.

Después de haber enviado a Andalucía a su hijo, el emir Abu Zayan, con sus enseñas imperiales, el Emir de los Musulmanes envió a su nieto, el emir Taxufin ben al-Wahid, para pactar la paz y aliarse con Yagmurasin ben Zayan, en nombre de la defensa del islamismo, para que no hubiese nada que temer con respecto a sus fronteras durante la Guerra Santa. En efecto, la paz se firmó en Tlemcen por la voluntad y omnipotencia de Alá, y el pueblo del Islam se halló, así, unido, y latió como un solo corazón. El Emir de los Musulmanes, colmado de felicidad, dio abundantes limosnas, en acción de gracias al Altísimo, y escribió en seguida a los jeques mariníes y a las tribus árabes: Masmuda, Sinhacha, Gumara, Waraba, Miqanasa y otras del Magrib, llamándoles a la Guerra Santa. Al mismo tiempo se trasladó en persona a Al-Qasr al-Chuaz y comenzó el embarco de su ejército, hombres, caballos y bagajes, con destino a Andalucía, a donde cada día enviaba una parte de los santos guerreros, acompañados de un cuerpo de los Banu Marin. Los creyentes pasaron de este modo, sin interrupción, en navíos que se sucedían unos tras otros, y, una vez que estuvieron todos desembarcados en las riberas andaluzas, su campamento cubría por completo el lugar, desde Tarifa a Algeciras. El Emir de los Musulmanes llegó en persona, siguiendo las huellas de sus tropas, que no lo aguardaban, y desembarcó en la playa de Tarifa. Su travesía tuvo lugar la mañana del 21 de

Safar del año 674 [17 agosto 1275]. Pronunció la oración del Duur en Tarifa y a continuación se puso en marcha para Algeciras, en donde halló a Ben al-Ahmar y a Ben Axqilula, emires de Andalucía, que le aguardaban con sus soldados y sus enseñas. Tras de saludarlos y conversar con ellos algunos instantes, dio fin al desacuerdo existente entre ambos reyes, quienes hicieron la paz y unieron sus corazones por la gracia de Alá y para ventaja de los musulmanes. El emir les consultó sobre la manera de llevar la guerra contra los trinitarios y les dio licencia para regresar a sus tierras; Ben al-Ahmar regresó a Granada y Ben Axqilula a Málaga. El Emir de los Musulmanes comenzó, entonces, su expedición con todo su santo ejército, y marchó sin tregua ni reposo, sin preocuparse de las bajas ni de los rezagados, sin dormir ni comer hasta su llegada a las orillas del Guadalquivir, y todo esto para no dar tiempo a los cristianos de informarse de su arribo. Dio el mando de la vanguardia, compuesta de cinco mil jinetes, a su hijo el emir Abu Yacub a quien confió el tambor y las enseñas, y el ejército estableció su campamento a orillas del Guadalquivir, sobre el que cayó como lluvia o como nubes de langostas; los soldados no dejaron árbol en pie, ni aldea sin destruir, ni botín sin tomar, ni cosecha sin incendiar, y devastaron toda aquella parte del país cristiano, asesinando hombres, y raptando mujeres y niños. De este modo llegaron hasta la plaza fuerte de Almodóvar, matando, pillando, destruyendo, saqueando e incendiando todo a su paso en las campiñas de Córdoba, Abra y Baeza. Los cristianos fueron muertos por millares innumerables, y sus mujeres e hijos fueron aprisionados en igual proporción. Los musulmanes entraron en asalto en la fortaleza de Huelma, y se apoderaron de todos los tesoros que guardaba. Las manos de los Banu Marin se llenaron así de botín. Habiendo ordenado el Emir de los Musulmanes reunir todas las presas, se reunieron bueyes, caballos, animales de carga, prisioneros, hombres y niños, bagajes y vestimentas, en tal cantidad, que las llanuras y las colinas se hallaban cubiertas por el botín y los cautivos, sin que se pudiesen contar. Entonces el emir dio orden de llevar por delante el botín, y se marchó siempre devastando e incendiando todo, al punto que el país entero parecía estar iluminado por los arreboles de la aurora; el botín aumentó más todavía y las tropas circulaban como las aguas de un río. El emir avanzó de este modo hasta llegar a la ciudad de Écija. Allí recibió un correo que le informó de que todos los cristianos, reunidos en torno de sus jefes, se adelantaban a las órdenes de Dun Nuna (Don Nuño de Lara), en persecución de los musulmanes, y que ese mismo día debían llegar para atacarle y apoderarse del botín que tenía en su poder.

Al llegar a Écija, el Emir de los Musulmanes rodeó la plaza con su ejército victorioso y con el botín que Dios le había concedido. En esos momentos un mensajero vino a anunciarle que se acercaba Don Nuño a la cabeza del ejército cristiano. Reunió en seguida a los jeques de los Banu Marin para deliberar acerca de las disposiciones que se deberían tomar contra los infieles. Bien pronto se vio aparecer la caballería y la infantería

de los cristianos, alineados y por millares, conducidos por el general Don Nuño, ubicado en el centro. Alfonso —¡que Dios lo maldiga!— había confiado el mando del ejército y el cuidado de sus estados y de sus asuntos a este general, bajo cuyo mando los cristianos no habían sido jamás vencidos y habían prosperado siempre, apoderándose de la mayor parte de los países musulmanes.

Infatigable, Don Nuño había hecho inmensas conquistas, y no cesaba jamás de recorrer e inquietar día y noche la comarca. El maldito avanzó, pues, para atacar al Emir de los Musulmanes, a la sombra de sus enseñas, y al son de los clarines, marchando a la cabeza de su ejército, negro como la noche, cuyas filas se movían como las olas del mar. Tras ellos llegó, a continuación, la caballería y la infantería con paso acelerado, los unos tras los otros, prontos para el ataque y para el combate, blandiendo sus armas y con los caballos guarnecidos de arneses y con corazas de hierro. En cuanto el emir los divisó y notó su maniobra, hizo que todo el botín partiese escoltado por mil de los más valientes caballeros de los Banu Marin, y se aprestó a la lucha con todos sus santos guerreros. Descendió de su caballo y, después de haber hecho sus abluciones y de haber recitado la raqa levantó sus manos y pronunció una invocación que llenó de confianza a los musulmanes, pues era semejante a la que el Profeta —¡que Alá lo bendiga!— recitaba cuando llevaba a sus compañeros al combate: "¡Oh, Alá, torna victorioso este ejército, concédele fuerza y tu ayuda poderosa para combatir a tus enemigos" Tras la oración, el Emir de los Musulmanes volvió a montar sobre su caballo y dispuso su ejército en orden de batalla. En la vanguardia situó a su hijo, el emir Abu Yacub, y recorrió las filas de los jeques Banu Marin, de los emires árabes y de los jefes de las tribus, diciéndoles: "¡Oh, compañeros míos musulmanes, ejército de santos guerreros, es éste un gran día, y este lugar va a ofreceros la muerte gloriosa de los mártires! Las puertas del Paraíso están ya abiertas, y las avenidas del cielo están dispuestas para recibiros; estad prestos a subir, *pues el Altísimo ha comprado sus bienes y sus personas a los creyentes, para darles en cambio el paraíso.* Valor, compañeros musulmanes, y mantened la lucha contra los trinitarios. Aquel de vosotros que muera, morirá testimoniando (mártir), y aquel que sobreviva, sobrevivirá con un rico botín y será recompensado y honrado. *¡Sed pacientes, competid en paciencia los unos contra los otros, sed firmes y temed a Dios. Seréis dichosos!*" Cuando los creyentes oyeron estas palabras, se pusieron a desear el testimonio (la muerte); con el corazón angustiado, se dijeron adiós y se arrojaron los unos en brazos de los otros, resignados a morir con la esperanza del paraíso. Repitieron sus profesiones de fe con entusiasmo, y, llenos de ardor, exclamaron: "¡Adelante, servidores de Dios! ¡Que nadie retroceda!" De este modo se adelantaron al ataque de los cristianos y se precipitaron sobre el ejército enemigo. La batalla se volvió cada vez más encarnizada, y en el desorden se veía caer a los cristianos como si el fuego del Cielo los azotase. Los enemigos de Dios fueron destrozados; la sangre corría sobre las hojas de los sables que sepa-

raban sus cabezas de sus cuerpos. Los héroes Banu Marin se precipitaban sobre ellos como leones embravecidos y los mataban con placer. Tuvieron también que hacer uso ellos mismos de la enorme paciencia que el Misericordioso recomienda en los combates; y así Alá concedió la victoria a su ejército y la fama a sus jefes, y prestó socorro a sus soldados. El general infiel, Don Nuño, fue muerto, sus legiones destrozadas, y todo su ejército aniquilado en un abrir y cerrar de ojos, de tal suerte, que no quedó lanza sin quebrar, ni coraza sin destruir, ni hombre alguno para narrar la destrucción (total del ejército). El Emir de los Musulmanes dio orden de cortar la cabeza a todos los cristianos caídos en el campo de batalla y de contar las (que hubiera). Se reunieron, de este modo, diez y ocho mil, en una pila que parecía una montaña, hasta cuya cima subieron los muezzines para llamar a los creyentes a la oración. Los musulmanes recitaron las plegarias de Duur y de Assir, sobre el campo de batalla, en medio de los cadáveres bañados de sangre. El Emir de los Musulmanes se informó entonces sobre quienes habían hecho su profesión de fe durante la batalla y para quienes, de este modo, Dios había adelantado la hora de las grandes recompensas. Sumaban treinta y dos, de los cuales nueve eran de los Banu Marin, quince árabes y andaluces, y ocho voluntarios. Les hizo dar sepultura, acompañando esto con cantos de loa al Altísimo y con acciones de gracias.

Esta sagrada batalla, en la que Dios recompensó al Islam con un magnífico botín y destruyó a los adoradores de imágenes, tuvo lugar el 15 de Rabi I (mes del nacimiento de nuestro señor Mahoma, ¡que Dios colme de bendiciones!) del año 674 [9 septiembre 1275]. El Emir de los Musulmanes envió inmediatamente correos en todas direcciones, a Andalucía y al Adua. Sus cartas se leyeron en todas las mezquitas y en todos los lugares se dieron muestras de gran regocijo: se distribuyeron limosnas en abundancia y se libertó a los esclavos, en testimonio de reconocimiento al Altísimo. Entonces el emir regresó, con el botín y con los prisioneros, a Algeciras, en donde hizo su entrada triunfal, el 25 del ya mencionado mes de Rabi I, precedido por los jefes cristianos y sus familias, arrastrando sus cadenas. Envió a Ben al-Ahmar la cabeza de Don Nuño, como testimonio de la protección dada por el Altísimo a sus servidores los Banu Marin. Ben al-Ahmar hizo embalsamar esta cabeza con almizcle y alcanfor, y la envió a Alfonso, para serle agradable y atraerse su simpatía.

El emir emprendió, entonces, la partición del botín con que Alá había colmado a los musulmanes; reservó el quinto para sí y dividió lo restante entre los santos guerreros; había ciento veinticuatro mil bueyes; en cuanto a los otros animales, su número era tan considerable, que se hizo imposible contarlos y fue posible comprar, en el mercado, una oveja por un dirhem. Los prisioneros, hombres, mujeres y niños, alcanzaban la cifra de siete mil ochocientos treinta y se contaron catorce mil seiscientas bestias, entre caballos, mulas y asnos; las armaduras, armas y equipajes eran innumerables y todos los musulmanes se enriquecieron. Tras de hacer la distribución entre ricos y pobres, entre las gentes del pueblo y los no-

bles, sin predilecciones, el emir dio fin a su estadía en Algeciras, en el mes de Rabi II y se puso en marcha en dirección a Sevilla el 1º de Chumada I [24 octubre 1275].

. . . . . .

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 448).

## VERSIÓN CASTELLANA

Grand pesar avía el rey de Granada por la tregua que dió a los arrayaces estando él en Sevilla, que avía dado al Rey grand algo, e avía roto la carta del pleito que los ricos-omes avían con él; todo esto avía fecho cuidando que los arrayaces [los Escayuelas] fincarían en manera que los pudiese conquerir e tomarles la tierra que teníen. E entendió, que pues fincaban en tregua con él por aquel año, que después de aquel tiempo el rey de Castilla querría tornar a los defender, e así fincaba él deste pleito con daño, e los arrayaces fincaban señores en la tierra. E por tomar venga desto, luego que partió de Sevilla envió sus mandaderos a Aben-Yuzaf, rey de allén mar, con que le envió decir los males que avía rescibido de aquellos arrayaces, que le tenían la tierra por fuerza, que fué de su padre, e en commo el rey don Alfonso ge lo avía defendido fasta entonces, e que oviera avenencia con el rey don Alfonso, e que fuera a él a Sevilla e le diera grand algo de lo suyo; e otrosí que soltara a los ricos-omes los pleitos e posturas que avían con el rey de Granada, su padre, e con él, e que les diera a romper la carta que era entrellos. E aviendo todo esto fecho porque le desamparasen los arrayaces, que ficieron que les diese tregua por un año, e que cuidaba que desque el tiempo del año fuese cumplido, que el rey de Castilla los quería amparar, e ellos que le farán perder el reino; e por esto que se quería avenir con los arrayaces e dejarles la tierra que tenían e que le sirviesen con ella. E luego envió sus mensajeros que trojesen avenencia entre ellos; e los arrayaces, sabiendo commo el rey don Alfonso se iba al Imperio, e rescelando que si el rey de Granada les ficiese guerra, que non seríen acorridos, firmaron sus amistades con el rey de Granada; e que le facía saber que la tierra de los cristianos estaba agora en manera, que si Aben Yuzaf acá pasase, que podría conquerir grand parte della con el ayuda que él le faría; ca el rey don Alfonso era fuera del reino, yendo al Imperio, e las otras gentes todas estaban en seguranza, e así que podría en poco tiempo tomar grand parte de la tierra de los cristianos. E porque él pudiese pasar mejor, e lo oviese más a voluntad, que le daba los puertos de Algecira e de Tarifa, en que pudiese poner las viandas, e las armas, e las otras cosas que él trojiese de allén la mar, e par en que morase de que él fuese pasado aquende. E Aben Yuzaf después que ovo oída la mensajería del rey de Granada, envióle su respuesta muy buena, en que le envió decir que oyera lo que le dijeran sus mandaderos, e que le pluguiera mucho de saber su facienda, e que quería pasar aquende, e que ficiese entregar aquellas villas de Algecira e de Tarifa a las sus gentes, que él y enviaba, e que luego

pasaría aquende con todas las más gentes que pudiese aver. E luego que el rey de Granada ovo esta respuesta, envió mandar que entregasen a Aben Yuzaf las villas de Algecira e de Tarifa. E Aben Yuzaf pasó luego a Algecira con pocas compañas, e envió por otras muchas gentes, que pasaron después que él, e así los que pasaron fueron diez e siete mill caballeros. E después que estas gentes fueron llegadas a él, salieron de Algecira, e vinieron luego a tierra de Málaga, ca el rey de Granada le envió rogar que fuese por y, e que asegurase por él a los arrayaces que le guardasen los pleitos e las posturas que entrellos eran firmados. E los arrayaces de Málaga e de Guadix vinieron a Aben-Yuzaf, e fueron con él fasta que el rey de Granada vino a verse con Aben-Yuzaf; e los pleitos e posturas tratados entre el rey de Granada e los arrayaces, firmáronlos ante Aben-Yuzaf, en manera que los arrayaces fueron avenidos con el rey de Granada e en su servicio, e allí acordaron cómmo ficiesen la guerra en esta manera: Que fuese Aben-Yuzaf a correr la tierra del reino de Sevilla e que comenzase por Ecija, e que el rey de Granada que fuese a facer guerra por el obispado de Jahén. E Aben-Yuzaf envió con el rey de Granada dos moros que avían pasado con él, los más poderosos que él traía, e eran hermanos, e decían al mayor Havojava Talí e al otro decían Uzmen. E pues que avemos contado de cómmo estos moros ordenaron de facer guerra, contaremos lo que fizo don Nuño, adelantado de la frontera, que estava en Córdoba.

Dicho avemos en cómmo el rey don Alfonso, cuando fué al Imperio, dejó por adelantado de la frontera a don Nuño; e estando en Córdoba, supo de cómmo Aben-Yuzaf era pasado, e todos aquellos caballeros con él, e enviólo luego a decir al infante don Fernando, que estaba en Burgos. E don Fernando envió luego sus cartas a los infantes e a todos los ricos omes e caballeros e a todos los otros del reino, en que les envió a decir de cómmo Aben-Yuzaf era pasado aquende la mar, e que facía guerra e mal e daño en la tierra, e que les mandaba que enviase a él, e que les faría dar luego sus soldadas, que se apercibiesen para ir con él a la guerra de los moros. E don Nuño, después que ovo enviado estas cartas don Fernando, envió llamar a todos los de la frontera que viniesen a él a Écija, porque supo que Aben-Yuzaf venía a correr la tierra de los cristianos por aquella parte, e llegáronle y algunas gentes de la frontera, e otrosí sus vasallos que eran y con él. E estando él allí, Aben-Yuzaf vino con toda su hueste cerca de Ecija, e don Nuño e todos los que eran con él salieron fuera de la villa e pusieron sus haces contra los moros. E, segund dicen algunos, don Nuño quisiera ese día excusar la pelea, ca sabía que el rey Aben-Yuzaf traía muy grandes poderes de gentes, e él non tenía sino pocos; e algunos de los que estaban con él dijéronle que, pues las haces estaban tan cerca, e los peones se veían a ojo unos a otros, que sería muy grand mengua a don Nuño partir la pelea, e que parescería que iba fuyendo. E esto dicen algunos que fué ansí dicho, mas non se falla en escripto si fué la pelea por esto o non; pero es cierto que don Nuño e los que estavan con él palearon con

los moros que venían con Aben-Yuzaf, e fueron vencidos los cristianos, e murió y don Nuño en la pelea e muchos de los que iban con él, e murieran más, si non que tenían la villa de Ecija cerca a do se acoger. E fállase por escripto que don Nuño e los que eran con él fueron tan fuertes caballeros, que lidiaron tanto, que Aben-Yuzaf resceló que sus moros serían vencidos; ca él estaba en lugar donde veía la pelea. E desque don Nuño fué muerto, e los cristianos fuídos del campo, Aben-Yuzaf fué ver qué gentes de los cristianos murieron en aquella pelea, e fallaron a don Nuño muerto en el campo, e yacían derredor dél muertos muchos caballeros, e cuatrocientos escuderos de pie que le guardaban, e otras muchas gentes de cristianos e de moros que murieron allí. E Aben-Yuzaf mostraba que le pesaba de la muerte de don Nuño, ca dicía que lo quisiera tomar vivo, e mandóle cortar la cabeza e envióla al rey de Granada, e envióle decir que tomase su parte de aquella cabalgada. E el rey de Granada envióle decir que era pagado con aquella parte que le enviaba; pero que le pesaba por la muerte de don Nuño, ca éste fizo mucho porque él fuese rey. E esta cabeza envióla a Córdoba, e envió a decir que la enterrasen con el cuerpo. E el día que don Nuño murió fué sábado, en el mes de mayo de la era de mill e trecientos e trece años. E el rey Aben-Yuzaf, desque ovo vencido esta pelea, supo de algunos cristianos que cativaron aquel día, que en la villa de Écija avían fincado muy pocas gentes, e por esto fincó allí aquella noche cerca de la villa, cuidando que otro día la podría tomar. E en aquella noche llegó don Gil Gómez de Villalobos, abad de Valladolid, a Ecija, e de sus compañas e de otras gentes que venían a don Nuño, entró el abad aquella noche en Ecija con trescientos omes de caballo. E desque supo el vencimiento de los cristianos e la muerte de don Nuño, e que Aben-Yuzaf estaba allí tan cerca con su hueste, sospechó que otro día querría combatir la villa. E en aquella noche el abad e los que entraron con él velaron e pusieron recabdo en las puertas, e partieron por cuadrillas el defendimiento de la villa, e otrosí requirieron las ballestas que y avían e el almacén de las saetas que tenían. E otro día Aben-Yuzaf mandó combatir la villa, e porque la defendieron muy bien los que estaban dentro e le firieron y muchas gentes, mandólos redrar dende, e fué posar con su hueste más redrado de la villa. E desde allí envió pieza de sus compañas por tierra de la frontera, que la corriesen e la robasen, e mandóles que recudiesen a él entre Ecija e Palma, que allí estaría fasta que recudiesen. E desta vez las sus algaras pasaron el río de Guadalquevir, e robaron todos los ganados que los cristianos avían pasado el río por miedo de los moros. E agora dejamos aquí de contar de Aben-Yuzaf, e contaremos de cómmo los moros mataron al arzobispo de Toledo.

Por todas las partes del reino de Castilla e de León ivan las nuevas de la muchedumbre de los moros que pasaron con Aben-Yuzaf, e de los muchos males que ficieron en la tierra de los cristianos, e por esto todos se apercibieron a ir a la frontera. E el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, fijo de don Jaimes de Aragón, desque supo esto, fizo llamar todos

los caballeros vasallos del Rey que moraban en Toledo, e en Talavera, e en Guadalajara, e en Madrid, para que fuesen con él. E estos caballeros, por el mandamiento que ovieron de don Fernando, en que les envió mandar que fuesen luego a la frontera, e por el llamamiento del Arzobispo, fueron todos con él. E con éstos e con todas las otras gentes que el Arzobispo pudo aver de los suyos, fué al obispado de Jahén, e estando esperando algunos caballeros, que no eran aún todos llegados, vino a él un caballero freyle de Calatrava, comendador de Martos, e dicíenle Alfonso Garcí, e díjole de cómmo los moros eran llegados a Martos, e levaban muy grand presa de ganados e de omes e de mujeres cativos, e cómo venían cansados de muy grand tierra que avían andado; que si el Arzobispo fuese allá con las gentes que allí tenía, que les tomaría la presa e matarían muchos dellos, e que faría muy gran servicio a Dios, E estos moros eran los que avía enviado el rey de Granada que corriesen la tierra por parte del obispado de Jahén, e viníen allí aquellos dos caballeros hermanos que avían pasado de allén mar, que decían al uno Havojavatali, e al otro Uzmen. E del reino de Granade viníe y el arrayaz de Ascayuela, e el arrayaz Aben-Macar, e los arrayaces de Málaga e de Guadix, e traían muy grandes compañías. E el arzobispo mandó que cabalgasen todos los que eran allí con él, e los de la villa eso mismo; e él salió luego dende, e fué esa noche a la Torre del Campo; e seyendo allí llegado, vino a él un caballero que venía con él que decían Sandúcar, e díjole cómmo don López Díaz, señor de Vizcaya, venía esa noche, e que sería bien de lo esperar. E Alonso Garcí, el freyle, le dijo al Arzobispo: "El mal escantador con la mano ajena saca la culebra del forado, e don Lope Díaz viene agora con más compañas, e aún non le son llegadas, e vos tenedes aquí toda esta compaña; e si lo esperades, e vos e los vuestros vencéredes los moros. él avrá el nombre, e esta honra tomadla para vos". E Sandúcar dijo al Arzobispo: "Señor, por dicho de un ome non vos devedes mover". E tanto le dijo el Comendador, que el Arzobispo non quiso esperar, e partió de allí otro día, e los que ivan con él en la delantera fallaron el poder de los moros que ivan con el robo que avían fecho de muchos ganados e omes e mujeres que levaban cativos. E el Arzobispo e los que ivan con él, cuidando que les podrían tirar aquel robo, fueron palear con ellos, e tanta fué la priesa que el Arzobispo tomó por alcanzar los moros, que non llegaron con él todos los suyos, e los moros tornaron al Arzobispo e pelearon con él. E commo los moros eran muchos, fueron vencidos el Arzobispo e los que iban con él, e fué preso el Arzobispo e muertos muchos de los cristianos; e teniéndolo desnudo de las armas e de las otras vestiduras que levaba, aquellos moros que eran los mayorales, dijeron que lo levarían al rey de Granada. E Havojavatali e Uzmen dijeron que ellos lo levarían a Aben-Yuzaf, ca, fasta que ellos pasaron aquende la mar, nunca el rey de Granada nin los suyos supieron por cuáles partes pasaba el río de Guadalquevir, e sobre esto fueron los moros en tiempo de aver muy grand pelea entre sí. E cuando esto vido el arrayaz Aben-Macar, dió de las espuelas al caballo, e fué al Arzobispo donde estaba desnudo, e

dióle con una azagaya por encima del ombro, que le entró al cuerpo, e matólo. E dijo: "non quiera Alá que por un perro se maten tantos buenos commo aquí están"; e cortáronle la cabeza e la mano en que tiníe el anillo, e movieron ende con su presa, e fuéronse. E en este día que prendieron e mataron al Arzobispo, murieron en la pelea aquel Sandúcar, que era su vasallo, e Juan Ferrández de Veleña, e Lorenzo Venegas de Talavera, e Rui López de Hita, e otros caballeros que avían llegado con él. E don Lope Díaz, desque llegó a Jahén, supo cómmo el Arzobispo era en aquella entrada, e con las gentes que allí tenía salió de Jahén otro día que salió el Arzobispo, e en el día que los moros le mataron, llegó don Lope Díaz a aquel lugar donde ovieron la pelea, e acogiéronse a él muchos de los que escaparon de la pelea, que venían fuyendo. E los moros que avían vencido la pelea, desque vieron venir a don Lope Díaz, esperáronle, e traían la cruz que avían tomado al Arzobispo; e don Lope Díaz comenzó la pelea con los moros, e por cobrar la cruz que traían fué tan grande la priesa de cada parte, que don Lope Díaz cobró la cruz, e los moros mataron al alférez e leváronle el pendón. E estando en la pelea por cobrar el pendón, vino la noche, e los moros pusiéronse encima de un cabezo, e los cristianos encima de otro, e cuando fué la mañana, cada uno de ellos estavan tan redrados, que se non veían, porque en aquella noche fueron cada uno dellos a su parte. E desque fué el día esclarescido, don Lope Díaz fué al lugar do mataron al Arzobispo, e trujo el cuerpo dél sin cabeza e sin mano, e los moros levaron el robo que avían tomado. E después desto, don Gonzalo Romero, comendador mayor de Calatrava, envió demandar a los moros la cabeza e la mano del Arzobispo, e diérongelo e leváronlo con el cuerpo a Toledo a enterrar.

De la *Crónica del rey don Alfonso* X (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 48).

## OTRA VEZ HUMILLADA LA CRISTIANDAD HISPANA

*El chacal africano no logró esta vez conquistar la España musulmana, ni hizo retroceder las fronteras de Castilla, como lo habían logrado los almorávides al apoderarse de las tierras conquenses y portuguesas, ganadas por Alfonso VI, o como lo habían conseguido los almohades al empujar la raya fronteriza de los reinos cristianos hasta el valle del Tajo, con pérdida de Almería, Córdoba y la Mancha. Pero los zarpazos de la fiera musulmana no sólo paralizaron por tercera vez la Reconquista, sino que sembraron la desolación hasta muy en la entraña del reino de Castilla. En las cinco entradas en España que hizo el sultán Abu Yusuf, no sólo fue devastado el valle del Guadalete y el del Guadalquivir, sino que las huestes "Beni Merines", a creer al Rawd al Qirtas, llegaron en más de una campaña, a pasar Sierra Morena y una vez, a lo menos, avanzaron hasta el mismo ombligo de España: Madrid. Para dificultar el cruce del Estrecho a los ejércitos africanos, Alfonso X, de acuerdo con Ben Al-Ahmar de*

*Granada, sitió un día Algeciras; pero la escuadra castellana sufrió una grave derrota y se frustró la empresa. Después el alzamiento de Sancho IV contra su padre empujó al Rey Sabio en brazos de Abu Yusuf; el hijo de Fernando III pignoró su corona al sultán "Beni Merin" y éste asoló a su placer las tierras de Castilla. Y por último, las discordias civiles de los tiempos de Sancho el Bravo, al facilitar las razzias y asonadas africanas, obligaron al rey castellano a humillarse ante el Emir de los Creyentes, en términos quizá no tan indignos como al-Rawd al-Qirtas refiere, pero en todo caso sintomáticos de la hondura de los golpes asestados por el Islam marroquí a la cristiandad peninsular. En las trece cargas de manuscritos que Sancho IV hubo de remitir a Abu-Yusuf —por éste enviados a la Escuela de Fez y ahora descubiertos— iba una parte del secreto de la historia hispano-musulmana.*

## DESASTRE NAVAL DE ALGECIRAS

Contado avemos de cómo el rey don Alfonso estava en Sevilla mientra estudo cercada la cibdad de Algecira. E el infante don Pedro e los que estavan en aquella cerca apremiaban los moros que estavan en aquella cibdad lo más que podían, lo uno aviendo con ellos muchas peleas, e lo otro faciéndoles tirar con los engeños, e lo otro guardándoles que les non entrasen viandas por la mar nin por la tierra. E los de la hueste cumplieron el tiempo que eran pagados en sus libramientos. E otrosí, los de la mar que estudieron con la flota en la guarda de la mar todo el invierno, pasaron muchos días que les non dieron la paga, e todos los de la mar e de la tierra enviaron decir al Rey que les enviase con que pudiesen estar allí. E el Rey, que cuidaba que les enviaría acorro del aver que recabdaban en Castilla e en León don Zag de la Malea e los que andaban con él, e supo cómmo este aver avía tomado el infante don Sancho e avíele dado a la reina doña Violante, pesóle ende mucho, ca non tovo de qué enviar pagas a los que estavan en la hueste de Algecira nin a los que estavan en la flota en la guarda de la mar, pero cató en Sevilla lo emprestado que le ficieron algunos mercaderes e algunos otros de la cibdad, e envióles el acorro que pudo. E porque los de la flota avían estado en la guarda de la mar todo el invierno e non les avían fecho sus pagas como devían, nin avía avido ningund refrescamiento de vestidos nin de viandas, así commo lo avían menester, e el Rey les envió muy pequeño acorro de las pagas que les devían, por esto los omes de la flota adolescieron de muy grandes dolencias. Ca a muchos dellos, estando en las galeas e non aviendo las viandas, cayéronseles los dientes e ovieron otras muchas dolencias que les recrescieron porque oviesen a salir de la mar e desamparar las galeas; e estavan todas las gentes dellas en casas e en chozas que tenían fechas en aquel lugar do fué poblada después Algecira la nueva. E otrosí estavan muchas destas gentes dolientes en la isla de la mar que es cerca de Algecira, e todas las galeas e las naves estavan desamparadas, que non avía en ellas gentes sinon muy pocas en cada una,

e éstos dolientes e muy lacerados. E commo quier que los de la hueste e los de la flota estavan muy lacerados de dolencia, e avían menguamiento de pagas e de viandas, pero los moros que estavan en la cibdad de Algecira avían gastado e comido todo el pan que tenían, e eran llegados a tan grand queja de fambre, que caían muertos por las calles de la cibdad. E Aben Yuzaf por este tiempo era en la villa de Tanjar, e eran con él Garcí Martínez de Gallegos e otros cristianos que vivían allén la mar e servían a Aben Yuzaf, e supo la queja en que estavan los de la cibdad de Algecira; e commo quier que le decían algunos que la flota de los cristianos estava desbaratada, non lo creía, porque veía que estavan y muchas galeas e muchas naves, e non cuidaba que él con catorce galeas que tenía pudiese acorrer a los de la cibdad. E ovo consejo con los cómitres de aquellas sus galeas, que llaman los moros arrayaces, e con los otros que eran allí con él, en qué manera podría acorrer a Algecira, e que catasen cómmo levasen y algunas viandas. E los arrayaces dijéronle que non sabían ellos manera commo lo pudiesen facer, porque veían allí muchas galeas e non sabían en qué manera estavan; pero que tuviese por bien Aben Yuzaf de enviar sus mensajeros al mayoral de aquella hueste con alguna avenencia, e estos arrayaces que irían con los mensajeros, así commo marineros, porque non fuesen conoscidos, e que verían la flota de los cristianos, e de lo que viesen que el Rey podría facer, que gelo dirían. E Aben Yuzaf tovo que le daban buen consejo, e mandó luego armar una galea de gentes, e fué con ella Abdalhaque el Rujaman e Garcí Martínez de Gallegos con mensajería de Aben Yuzaf, e entraron en esta galea con ellos los arrayaces fijos de Rudahe Abenpachon e otros caballeros con vestiduras de marineros. El desque llegaron acerca de Algecira, ficieron señales de paz e enviaron adelante una zabra, e el infante don Pedro mandó que viniesen seguros; e los mensajeros salieron de la galea, e fueron fablar con el infante don Pedro e con los otros ricos-omes que estavan con él en aquella hueste, e dijéronle que Aben Yuzaf le enviaba a decir que daría al rey don Alfonso docientas mill doblas e que se levantase de sobre Algecira, e Aben Yuzaf que tomaría esta villa e la entregaría a Ben Alhamar que gela diera porque ge non perdiese en su tenencia de Aben Yuzaf, nin los moros oviesen qué le decir; e después que la oviese entregada a Aben Alhamar, que la cercase, e que él que no le ayudaría a gela defender, e que así cobraría la cibdad e el aver. E el infante don Pedro respondióles que desto non faría ninguna cosa fasta que lo sopiese el Rey su padre, e que gelo enviaría decir, e que viniesen a día cierto por la respuesta. E entre tanto que los mensajeros de Aben Yuzaf estavan con el infante don Pedro en esta fabla, los arrayaces fijos de Rudahe anduvieron veyendo la flota de los cristianos, e vieron las galeas desamparadas e las gentes dellas dolientes, e partieron de allí e fueron a Tanjar; e desque fueron llegados a Aben Yuzaf los mensajeros, dijéronle la respuesta que les diera el infante don Pedro; e otrosí los arrayaces de la mar dijéronle que mandase armar aquellas catorce galeas de buenas gentes e bien armadas, e que desbaratarían toda aquella

flota; e si la mar fuese desembargada, que podrían levar después a Algecira vianda cuanta quisiesen. E luego el rey Aben Yuzaf mandó que todas las gentes de la mar entrasen luego en las galeas, e puso y muchos caballeros de los mejores que él tenía e muy bien armados de todas sus armas; e tan grand acucia dieron en esto, que en este día y en otro, fasta hora de tercia, fueron armadas, e partieron luego de Tanjar e llegaron a Algecira; e destas catorce galeas, las cuatro fueron a las galeas que estaban cerca de la isla, e las diez vinieron a la mayor parte do estaba poblada la villa nueva. E los de las cuatro galeas que fueron a la isla mataron cuantos fallaron, dolientes e sanos, e quemaron todas las galeas que y estavan; e las otras diez galeas de los moros llegaron a las otras galeas de los cristianos, e tan poca era la gente que estava en aquellas e tan lacerados, que ome dellos non cató por se defender, nin pudieron mover ningunas de aquellas galeas donde estavan trabadas con las áncoras, e los moros quemáronlas todas e mataron los que estavan en ellas. E aun se falla más en escripto, que los caballeros moros que iban en las diez galeas descendieron a tierra, e llegaron a aquel lugar do poblaron después la villa nueva, e que mataron y muchos de los que yacían dolientes. E commo quier que paresce que los de la hueste devían defender a aquéllos, la estoria de lo que se falló en escripto de este fecho es que después que los cristianos que estavan en las naves vieron que eran desbaratadas e quemadas las galeas, e ellos non eran tantos que se pudiesen defender, nin les facía viento con que las pudiesen mover, las más dellas foradáronlas e anegáronlas en la mar, e ellos fuyeron al real de los bateles; e todo esto acaesció ante que se acabase aquel día. E en las tres naves de aquellas acogiéronse Pero Martínez, almirante, en la una, e Gonzalo Morante en la otra, e don Guillén de Savanaque en la otra. E las seis galeas de los moros luego en esta noche pasaron allén la mar por viandas, e vinieron otro día, e pusiéronlo en Algecira. E las otras galeas que fincaron para pelear otro día con las tres naves, en la mañana fueron a la pelea, e los de las naves estavan en la mar alta por si les viniese viento con que pudiesen fuir o que pudiesen pelear. E los moros de las galeas llegaron a las naves a las combatir, e los cristianos que estavan en las naves defendíense muy bien; e andando en esta pelea, el curso del agua llevólos fasta que llegaron en derecho de Tanjar e los de las galeas siguiéndolos. E el rey Aben Yuzaf, que estaba en Tanjar, avia sabido de cómmo la flota de los cristianos era perdida, e vió aquella pelea, e envió mandar a los de las su galeas que diesen tregua a los de las naves, e los mayorales de aquellas naves que viniesen a él sobre seguranza, que quería fablar con ellos. E los moros ficiéronlo ansí, e salieron de las naves Pedro Martínez de Fe e Gonzalo Morante e don Guillén de Savanaque, e dejaron las naves ancoradas, e llegaron al rey Aben Yuzaf, que estava en la ribera de la mar. E estando fablando con él, levantóse un viento e tormenta muy grande, arrancaron las áncoras de las naves e los que estavan en ellas por las non perder en la tierra con aquella tormenta, alzaron las velas e corrieron fasta Cartagena, e Pero Martínez e Gregorio Morante

e don Guillén fincaron en aquella fabla con el Rey. E Aben Yuzaf, desque vido que eran idas las naves, mandólos prender, e fincaron en cativerio dos años, e después fuyeron con ellos moros que los trajeron a Sevilla. E el infante don Pedro e los que estavan con él, desque vieron que la flota era perdida, e los moros metían vianda a la villa e todas las otras cosas que eran menester, ovieron su acuerdo cómmo se fuesen de allí, e dejaron allí los engeños, e las armas e otras cosas muchas que non pudieron levar, e los moros salieron, e leváronlo todo, e metiéronlo a la cibdad. E Aben Yuzaf pasó luego de Tanjar a la cibdad de Algecira, e falló muchas cosas que los cristianos dejaron fechas; e porque falló que aquel lugar do es agora poblada la villa nueva de Algecira, era muy dañoso si otra vez fuese cercada, e dijéronle que por allí se podría perder, por esto mandó facer allí aquella puebla, que dicen la nueva villa de Algecira, e poblóla de las casas que los cristianos avían fecho en los reales, e moró desta vez en Algecira pieza de días. E el infante don Pedro e los de la hueste fueron a Sevilla, e el rey don Alfonso desque supo el desbarato de la su flota e vió y venir las sus gentes en aquella guisa, tomó ende muy grand pesar, e veyendo que non podía conseguir aquella villa nin echar aquende la mar el poder de Aben Yuzaf, cató manera cómmo se aviniese con este Aben Yuzaf, e que pudiese facer guerra al rey de Granada. E el rey don Alfonso e el rey Aben Yuzaf pusieron su avenencia de consuno e fincaron en tregua e en paz un tiempo.

Después que la hueste que el rey don Alfonso tenía sobre Algecira, de que era cabdillo don Pedro, su fijo, fincó desbaratada por el poder de Aben Yuzaf e otrosí fué desbaratada la su flota, del cual desbaratamiento tomó el rey don Alfonso, que era en Sevilla, muy grand pesar, creyendo que non pedría conquerir aquella villa, porque el poder que avía Aben Yuzaf eran aquende la mar, cató manera cómmo se aviniese con este rey Aben Yuzaf por que ficiese guerra al rey de Granada. E el rey don Alfonso e el rey Aben Yuzaf pusieron su avenencia en la era de mill e trecientos e diez e siete años.

De la *Crónica del rey don Alfonso* X (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 55).

## ALFONSO X SOLICITA AYUDA DE ABU YUSUF Y LE EMPEÑA SU CORONA

[Abu Yusuf] recibió allí (en Marraquex) un mensaje de Alfonso, lleno de cumplimientos y en el que le decía: "Oh rey victorioso, los cristianos sublevados contra mí quieren destronarme para proclamar a mi hijo don Sancho en mi lugar, con el pretexto de que soy viejo, sin cabeza y sin fuerzas. ¿Puedo vencerles contigo?" El emir respondió: "Estoy presto, acudo", Partió, en efecto, de Marraquex, en Rabi I de 681 [junio 1282] y marchó de prisa, sin detención y sin reposo hasta Al-Qasr al-Muchad, desde donde pasó a Algeciras en Rabi II [julio]. Encontró a los cristianos en un estado de total agotamiento y desorganización. Los príncipes y los

jefes españoles se presentaron a él y le saludaron. Se puso en camino y llegó Sajrat al-Abad. Alfonso vino allí a verle, humilde y débil. El emir le acogió generosamente y reanimó su valor. Alfonso se quejó de la miseria en que había caído y añadió: "No espero otros subsidios que los que me concedas, ni confío en otras victorias que las que tú consigas. No me quedan otros bienes que mi corona. Es la de mi padre y la de mis abuelos. Tómala en prenda y dame el dinero necesario para reponer mi hacienda". El emir le entregó 100.000 dinares y comenzaron a hacer razzias sobre tierras cristianas hasta los muros de Córdoba, establecieron allí su campamento y combatieron algún tiempo al hijo de Alfonso en ella refugiado. El emir envió tropas hacia Jaén para destruir las cosechas; y él mismo llegó hasta los alrededores de Toledo y avanzó hasta Madrid, saqueando todo a su paso. Las manos de los musulmanes se llenaron de despojos y de botín. El emir volvió a Algeciras en Xaban y permaneció allí hasta fines de Dhu-l-hicha. Salió de Algeciras el 1º de Muharran 682 [abril 1283] para sitiar Málaga y conquistó gran número de plazas fuertes de los alrededores; entre otras, los castillos de Kartima, Dajuan y Suhil. Durante el mismo año el hijo de Alfonso se alió con Ben al-Ahmar para contrabalancear la alianza de su padre con el Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf —Alá tenga de él misericordia—. El fuego de la guerra abrasó toda Andalucía. Ben al-Ahmar, viendo inminente la pérdida de su reino, envió mensajeros al emir Abu Yaqub, al-Adua, suplicándole que viniera a poner orden en Andalucía. Abu Yaqub pasó el Estrecho en el mes de Safar del 682 [mayo-junio 1283] y después de largas y terribles discusiones, el Altísimo Alá hizo renacer la paz entre los musulmanes, y su bendición realzó las insignias de la religión y unió la palabra del Islam. Las razzias contra los adoradores de las imágenes recomenzaron y el Emir de los Musulmanes entró otra vez en tierras infieles para hacer botín y tomar prisioneros. Partió de Algeciras para Córdoba y realizó la expedición de Al-Bira (¿Talavera?).

El emir salió de Algeciras el 3 de Rabi II del año 682 [2 junio 1283] y avanzó hasta Córdoba, cuyos alrededores arrasó y cuyos castillos saqueó, después marchó sobre Al-Bira tras dejar su campamento y su botín en Baeza custodiado por cinco mil jinetes de los más valerosos, con lo que dio prueba de buen juicio y de prudencia. Caminó de prisa hacia Al-Bira, recorriendo durante dos días una comarca desierta, antes de encontrar lugares habitados. Los jinetes que llevaba consigo no cesaron de galopar y no se detuvieron sino cerca de Toledo, a una jornada de Al-Bira. Son incalculables el botín que consiguieron los musulmanes en tal campaña y el número de millares de cristianos a que dieron muerte. El emir, cambiando la dirección de su marcha, se dirigió sobre Úbeda, destrozando, saqueando e incendiando cuanto encontraba a su paso. Llegado ante los muros de la plaza, comenzó en seguida el ataque; pero un instante después, un bárbaro, apostado sobre la muralla, le envió una flecha que mató su caballo. El emir fue protegido por la gracia de Alá. Sin embargo, tal accidente le

decidió a retirarse, volvió al campamento de Baeza, donde permaneció tres días para dejar reposar sus tropas, y después, no obstante las ventajas conseguidas, volvió a Algeciras con los tesoros y los despojos de que se había apoderado y entró en tal ciudad, en Rachab del 682 [26 septiembre 1283]. Distribuyó el botín a los musulmanes y pasó al Adua el 1º de Xaban [26 octubre 1283].

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 485).

## SANCHO IV CAPITULA ANTE ABU YUSUF

El Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, hizo la Guerra Santa desde el sábado 7 de Safar del 684 [15 abril 1285], día de su desembarco en Tarifa y del establecimiento de su campamento en Ain al-Xams, hasta el 28 Chumada I de dicho año [4 agosto 1285], día de su partida. No cesó de asolar el país enemigo hacia Levante y hacia Poniente; marchó frecuentemente de noche, multiplicó los combates y las razzias, y envió sucesivamente a sus hijos y a sus nietos a recorrer las tierras cristianas con tropas magníficas. Durante el sitio de Jerez, cada mañana, apenas había terminado la plegaria, llamaba a uno de sus hijos, de sus nietos o de los jeques Banu Marin y le encomendaba un destacamento de doscientos jinetes con orden de marchar sobre el punto que deseaba arrasar. Hizo eso hasta que fueron destrozadas todas las zonas vecinas o lejanas. Los lugares más devastados fueron Niebla, Sevilla, Carmona, Écija, Jaén y Monte Xaraf. Cuando el país entero fue destrozado, y se apoderaron de todas las cosechas y fueron cortados los árboles y saqueadas las casas y nada útil quedó a los cristianos, como además se acercaba el invierno y los alimentos llegaron a ser cada vez más escasos y más caros en el campamento, el Emir de los Musulmanes decidió volver a su país. Estaba en camino cuando supo que los cristianos —Alá los confunda— habían armado una flota para impedirle el paso del Estrecho. Apresuró su marcha para llegar en seguida a Tarifa y allí ordenó que se equiparan navíos inmediatamente; lo que se hizo en Ceuta, Tánger y Rabat al-Fath, en la costa del Rif y en Algeciras, Tarifa y Almuñécar. Reunió treinta y seis barcos armados y completamente equipados, guarnecidos por ballesteros y por otros hombres de armas. Cuando los cristianos conocieron tales preparativos y se aseguraron del número y de la fuerza de los navíos de los creyentes, temieron ser aplastados y huyeron sin esperar la llegada de la flota musulmana, la cual acudió a Algeciras junto al Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf. Los barcos se ordenaron en la rada, ante él, e hicieron ejercicios y simulacros de combate mientras se hallaba en la sala de consejo de su palacio de la ciudad nueva. El emir felicitó a cada uno de los jefes, les hizo diversos presentes y les ordenó que esperaran a que tuviera precisión de ellos.

Sin embargo, Sancho, rey de los cristianos, viendo su país arruinado,

muertos sus guerreros y sus mujeres cautivas, al saber que las naves enviadas para interceptar el paso del Estrecho habían huido derrotadas, envió su sumisión y entró en el camino de la paz y la humildad.

El autor del libro —Dios tenga de él misericordia— ha dicho: Cuando el Emir de los Musulmanes, obligado por el invierno, decidió volver a su tierra, Sancho, rey de los cristianos, salió de Sevilla para ir a Jerez y, a la vista de los destrozos que los santos guerreros habían hecho en el país y a éste asolado por la matanza, el incendio, el cautiverio y la destrucción de sus principales súbditos, sintió el fuego calcinar su hígado y perdió el sueño. Envió entonces una embajada de confianza integrada por sacerdotes, religiosos y jefes de importancia, al campamento del Emir de los Musulmanes. Llegaron a él humildes, temerosos y sumisos, para implorar la paz. Pero el emir no quiso oír sus discursos ni quiso dirigirles una sola palabra y volvieron humillados cerca de su rey. Sancho, sin embargo, les ordenó renovar su embajada con la esperanza de tener mayor éxito. Volvieron junto al emir y le dijeron: "Oh rey victorioso, escucha nuestros ruegos, henos aquí, con el corazón sangrando, implorando tu clemencia. Te pedimos el perdón y la paz, que es tan excelente cosa. No nos rechaces y no nos despidas sin haber escuchado nuestras súplicas". El emir Abu Yusuf les respondió: "No haré la paz con vuestro rey sino en las condiciones que he de fijarle en el tratado que le enviaré por uno de mis oficiales. Si las acepta, le concederé la salvación, si no continuaré la guerra". Entonces llamó al jeque Abu Muhammad Abd al-Hakk, el intérprete, y le dijo: "Ve junto a ese maldito y dile que no le concederé paz ni reposo sino en las condiciones siguientes: No se opondrá ningún obstáculo a los negocios de los musulmanes en el país cristiano, ni a su navegación en todos sus puertos. Ningún musulmán será inquietado por tierra o por mar, ya sea alguno de mis súbditos o cualquiera otro mahometano. El rey Sancho estará bajo mi soberanía y sometido a mis órdenes sin restricción. Los musulmanes viajarán y comerciarán libremente, de día y de noche, por todas partes, sin ser molestados, detenidos ni sometidos a ningún impuesto ni gabela, ni al pago de un solo dinar ni de un solo dirhem. El rey Sancho no se mezclará, ni de palabra, en los asuntos de los musulmanes y no hará la guerra a ninguno de ellos".

Abu Muhammad Abd al-Hakk salió para transmitir el mensaje del Emir de los Musulmanes y encontró a Sancho de regreso a Sevilla —Alá Altísimo la devuelva al Islam—, le saludó y le comunicó las palabras del emir y sus condiciones, que aprobó y aceptó. Abu Muhammad Abd al-Hakk dijo entonces: "Rey, te has sometido al tratado, pero escucha mis consejos". "Habla, respondió Sancho, dime lo que desees". Abd al-Hakk continuó: "Rey, es notorio, y lo saben muy bien los confesores de las dos religiones, que el Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf —Alá le sea propicio—, es amigo de la religión y del perdón, que es fiel a su palabra, que cumple lo que promete y que olvida generosamente las injurias pasadas. Nadie te conoce a ti sino por tu conducta con tu padre, conducta indigna y que

te ha hecho sospechoso a todo el mundo". Sancho le respondió: "Si hubiera sabido que el rey Abu Yusuf habría aceptado mis servicios, hace tiempo que se los hubiese ofrecido". Abu Muhammad prosiguió: "Por Alá, si sirves fielmente al Emir de los Musulmanes, te prometo que obtendrás de él cuanto desees". "Bien, le dijo Sancho, ¿qué debo hacer, en adelante, para satisfacerle?" "Lo primero es no mezclarte, ni con una sola palabra, en los asuntos de los musulmanes y evitar que surjan discusiones entre ellos. Déjales viajar y comerciar por donde bien les plazca. Si Ben al-Ahmar te propone su alianza, rechaza su propuesta y aléjate de él, y si te envía mensajes no los recibas; así serás grato al Emir de los Musulmanes, se mantendrá en paz contigo y te ayudará a defender tus fronteras". Justamente, Ben al-Ahmar acababa de enviar embajadores cerca de Sancho para concluir con él una alianza contra el Emir de los Musulmanes, y la flota de Sancho estaba ya armada en el río y pronta para salir. Al escuchar las últimas recomendaciones de Abu Muhammad, Sancho le respondió: "Hasta mañana y ya verás lo que hago".

En efecto, al día siguiente Sancho marchó a caballo a orillas del río y allí se detuvo; se le unieron un instante después los mensajeros de Ben al-Ahmar, envió a buscar a Abu Muhammad, le saludó y le hizo sentar a su lado. Luego empezó la conversación y la continuó hasta que la flota llegó delante de ellos. A su vista los embajadores de Ben al-Ahmar le dijeron: "Rey, ¿qué barcos son esos que llegan?" Sancho les contestó: "Hemos armado esos navíos al servicio del emir Abu Yusuf y para ponerlos a sus órdenes, cualesquiera que sean". Al oír tales palabras, los enviados de Ben al-Ahmar golpearon coléricos sus manos y cambiaron miradas desesperadas, Rompieron al fin su silencio y dijeron: "Bien, ¿qué vamos a responder [a nuestro soberano] al regresar de tu reino?" Sancho replicó: "Responded que no he comprendido vuestras proposiciones de alianza con Ben al-Ahmar. ¿Por qué habría yo de aliarme con él y someterme a sus condiciones? ¿Es mi pariente? ¿Es mi igual, para que yo consienta en ello? Éste no ha venido sino para proponerme servir a su señor, como deben hacerlo todos, grandes y pequeños, porque es el soberano Abu Yusuf, Emir de los Musulmanes en las dos Aduas de Fez y Marraquex, gobierna a los creyentes del Magrib, es el más ilustre de los sultanes y sobrepasa a todos por su carácter, por su fuerza y por el número de sus ejércitos. Ha aniquilado la dinastía de Abd al-Mumin y derrocado el gobierno de los almohades. No hay sobre la tierra rey más poderoso. No ignoráis que me ha vencido y que ha vencido a mi padre antes que a mí, que ha conquistado mis estados, destrozado a mis súbditos y a mis soldados, entrado en mis harenes y robado mis bienes. No somos, pues, capaces de vencerle ni aun de hacerle la guerra y, cuando todos los reyes cristianos le escriben para pedirle la paz y la tranquilidad, ¿cómo podría yo rechazar sus condiciones para aliarme con su enemigo, que me es inferior en fuerza y en valor? Repetid mis palabras a Ben al-Ahmar y decidle que en adelante no pueden existir relaciones entre nosotros, porque esas relaciones no serían benefi-

ciosas ni para mi país ni para mis súbditos. Decidle que no habiendo podido resistir al Emir de los Musulmanes por mi propia cuenta, menos podría hacerlo en provecho de otros y en fin que el dinero que me envió ha sido gastado en la lucha contra el emir Abu Yusuf o me ha sido tomado por su espada contra mi voluntad". Los enviados de Ben al-Ahmar se retiraron convencidos de que no podían esperar nada del hijo de Alfonso, y Abu Muhammad Abd al-Hakk dijo entonces: "Bien, ya han sido éstos despedidos, ¿cómo me envías a mí cerca de mi señor?" Sancho le respondió: "Consiento en consagrarle mis servicios y en obedecer sus órdenes". "Deberías empezar, respondió Abd al-Hakk, por ir a visitarle". "En seguida iré", le replicó Sancho.

Cuando terminaron los preparativos para la marcha (de Sancho al campamento del emir), los cristianos de Sevilla se sublevaron y cerraron las puertas (de la ciudad) a fin de oponerse a su salida, porque temían por su suerte. Pero Sancho les dijo que estaba decidido a acudir junto al Emir de los Musulmanes para conocerle y firmar la paz. (Al oírle) le dejaron marchar, diciendo: "Haz lo que quieras y que él haga igual". Sancho salió entonces de Sevilla; mas apenas había hecho la primera jornada cuando también se apoderaron de él las dudas y el temor, y dijo a Abu Muhammad Abd al-Hakk, el intérprete: "No sé en verdad cuál será la consecuencia de mi sumisión; es preciso que me tranquilices jurando que voy habiendo ya recibido el amán y que en ningún caso seré retenido prisionero". Abd al-Hakk prestó el juramento exigido sobre el Corán que llevaba consigo y tranquilizó a Sancho. Llegaron a Jerez, pero entonces recomenzaron los temores de Sancho y dijo a Abd al-Hakk: "Decididamente no iré a visitar al Emir de los Musulmanes, si su hijo, el emir Abu Yaqub, no viene a buscarme y a darme el amán, para conducirme junto a su padre bajo su salvaguardia". Estas palabras desagradaron mucho a Abd al-Hakk, temeroso sobre todo de que lo pedido por Sancho fuese humillante para los musulmanes y le respondió: "Está bien, Abu Yaqub vendrá a buscarte; pero ya sabes que es rey grande y sultán magnífico y si llega a tus estados con su ejército, para disponer su padre a tu favor, convendrá que le entregues la plaza si quieres conservar tu gobierno; no puedes conservar Jerez si entra en ella; si no se la entregas faltarás a lo que le debes y menospreciarás su poder. Reflexiona, que nadie puede prever lo que ocurrirá, si le llamas". Al escucharle, Sancho renunció a sus pretensiones y dijo: "Está bien, iré yo mismo ante él". Salieron de la ciudad y Abd al-Hakk, tomando la delantera marchó junto a Abu Yaqub, para comunicarle los deseos de Sancho, su sumisión y su petición de ser presentado al Emir de los Musulmanes. El emir Abu Yaqub, respondió: "Bien", y salió con Abd al-Hakk y con una soberbia hueste de guerreros Banu Marin para ir al encuentro de Sancho, al que hallaron a varias millas de Jerez y que les manifestó su alegría por la buena acogida y suministró provisiones para todos. El emir Abu Yaqub —Alá tenga con él misericordia— ordenó establecer su campamento fuera de los límites de Jerez, hizo alzar su tienda y

llevó a ella a Sancho. Éste le dijo: "Venturoso emir, sultán bendito y magnífico, me coloco bajo tu protección hasta que me hayas presentado a tu padre, el Emir de los Musulmanes". Abu Yaqub le dio el amán y le tranquilizó sobre las disposiciones de su padre, prometiéndole que haría concederle cuanto le demandase. Sancho le respondió: "Estoy tranquilo ahora y he recobrado mi confianza". Por la tarde, el emir Abu Yaqub montó a caballo y salió del campamento. Todos los habitantes de Jerez acudieron a verle y los guerreros Banu Marin vinieron cabalgando para ejecutar diversos juegos ante él. Sancho permanecía a caballo junto al emir y le dijo: "Estoy muy satisfecho de lo que el amado Dios ha hecho por mí, al concederme esta recepción por vuestra parte, que me asegura la paz y la tranquilidad de las que yo gozo el primero". Entonces tomó la lanza y el escudo y comenzó a realizar también diversos juegos con sus guerreros, delante del emir Abu Yaqub, y la fiesta duró hasta la puesta del sol.

Al día siguiente Abu Yaqub y Sancho marcharon a visitar al Emir de los Musulmanes, que encontraron en el fuerte de Al-Sajra junto al Wadi-lakka (Guadalete). Se dispuso a recibirlos el mismo día: dio orden a todas las tropas de que se vistieran de blanco, y la tierra se cubrió de la blancura de los musulmanes, mientras Sancho y sus trinitarios avanzaban vestidos de negro, lo que formaba un contraste sorprendente. Llegado ante el Emir de los Musulmanes, Sancho se prosternó y, cuando recibió el amán, se colocó a su lado y le dijo: "Emir de los Musulmanes, el Altísimo Dios que me ha concedido la gracia de encontrarte, me ha ennoblecido hoy al verte. Espero que me concederás una parte de tu felicidad para que pueda vencer a los reyes cristianos. No creas que he venido por gusto a hacer acto de sumisión; por Dios, no he venido junto a ti sino contra mi voluntad, porque has arruinado mis estados, has tomado nuestros harenes y nuestros hijos y has dado muerte a nuestros soldados y porque carezco de fuerzas y de poder para combatirte y medir mis tropas con las tuyas. Ahora obedeceré tus órdenes y acepto todas tus condiciones, con la esperanza de conseguir la paz para mí y para mis súbditos". Entonces le hizo ofrecer ricos y extraños presentes y ofreció otros tantos al emir Abu Yaqub. El Emir de los Musulmanes le dio otros regalos igualmente valiosos y se cimentó así la paz entre ellos, el domingo 20 de Xaban [22 octubre]. El emir envió a Sancho a su país, dándole orden —Alá le sea misericordioso— de enviarle todos los libros árabes que se hallasen en sus estados en manos de cristianos y judíos; y Sancho le remitió trece cargas de coranes, de comentarios como los de Ben Atta al-Talabi y otros, de hadices y de sus explicaciones por Al-Tahdib, Al-Istidkar y otros, y de obras diversas de filología, gramática, literatura árabe, etc. El Emir de los Musulmanes —Alá tenga de él misericordia— las envió a Fez y las hizo depositar, para su uso por los estudiantes, en la escuela que había hecho construir allí por la gracia de Alá y su generosidad".

Del *Rawd al-Qirtas* de Ben Abi Zara (Según versión francesa de Beaumier, 514).

# LOS SUCESORES DE BEN AL-AHMAR

*Cuando la supremacía política de España perteneció a los musulmanes, sus cronistas se ocupaban de vez en vez de los sucesos ocurridos en los reinos cristianos. Ahora se habían vuelto las tornas y eran los historiadores castellanos quienes dedicaban algunas páginas a relatar los acontecimientos que tenían lugar en Granada. Estas páginas nos descubren los rasgos generales de la historia granadina: guerras con los fronterizos de Castilla, asaltos, victorias y fracasos, e íntimas y grandes discordias civiles.*

Muerto aquel Rey Abenalhamar, regnó empos él su fijo don Mahomad Alamir Aboabdille, et por lo del padre dixiéronle Abenalhamar, et fué el segundo Rey de Granada: et éste regnó en el tiempo del Rey Don Alfonso el Sabio, et feciéronlo regnar el Infante Don Felipe, et Don Nuño, et los otros Ricos-omes que estaban en Granada: et veno a Sevilla ser vasallo del Rey Don Alfonso, et rescebió y caballería del. Et en el su tiempo deste alzóse contra él su hermano, et los Ricos-omes que estaban en Granada, que eran de Castiella, ovieron una lid muy grande con él, et con los arrayaces de Málaga et de Guadiex en un logar que dicen Sanctiago de Verven que es cerca de Antiquera. Et fué vencido el hermano del Rey de Granada, et morieron y muchos Moros, et los Ricos-omes de Castiella salieron con toda su honra. Et este Rey dió a Boyuzaf a Algecira et a Tarifa, porque pasase en tiempo del Rey Don Sancho aquen mar, al tiempo quel Rey Don Alfonso fué al Imperio. Et después desto el Rey de Granada veno cercar a Alcaudete, de que era de la Orden de Calatrava, et tomóla en muy poco tiempo. Et otrosí veno a cercar a Baena, et entróla fasta la meitad de la villa. Et en este tiempo estaban y caballeros de Córdoba Fernán Alfonso fijo de Don Alfonso Ferrández, et Alfonso Pérez de Saavedra, que tenía el Alcázar del dicho logar, et Joan Martínez Argote, et Pay Arias, et otros caballeros et escuderos de la dicha ciubdat de Córdoba. Et seyendo entrados muy grand poder de los Moros en la villa, los caballeros de Córdoba pelearon con ellos, et ayudándolos las gentes de la villa de Baena, echaron los Moros fuera, et fincó la villa de Christianos, et defendiéronla que se non perdiese. Et este Rey Don Mahomad Abenalahmar tornóse para Granada, et sacó su hueste para ir contra tierra de Christianos: et porque le dixieron que la ciubdat de Jaén estaba muy mal labrada, et el muro derribado, fué allá et combatióla. En este tiempo era en aquella ciubdat Anrique Pérez de Arana, hombre de grand solar, et avía grandes campañas. Et este Anrique Pérez por defender la villa peleó con los Moros; pero los Moros eran tantos, et combatían tan de recio, que ovieron a entrar en el arrabal de la ciubdat de Jaén, et mataron y a Anrique Pérez, et la ciubdat defendióse. Et el Rey de Granada partió dende con su hueste, et fué cercar a Quesada, et tomóla, et tornó a Granada. Et a este Rey Don Mahomad Abenalahmar, el segundo Rey de Granada, dió el rey Abeacob la villa de Algecira, la qual este Rey de Granada ovo dado a Boyuzaf, padre de Abea-

cob. Et esto fizo rescelando que la cercaría el rey Don Sancho, et que la tomaría así como a Tarifa, et diógela en el año de mill et trecientos et treinta et dos años. Et regnó este Rey treinta años: et finó en la era de mill et trecientos et quarenta años.

Este Rey dexó dos fijos et una fija, al uno decían Don Mahomad Abenalahmar, et cegó; et al otro decían Nazar. Et este Don Mahomad regnó después del padre seyendo ciego, et fué el tercero Rey de Granada; et casó la hermana con el Arrayaz de Málaga, et por su mandado desde tomó el Arrayaz de Málaga a Cepta. Et en el tiempo deste rey don Mahomad el tercero Rey de Granada fué el Rey Don Fernando de Castiella et de León cercar Algecira, que era deste Rey de Granada, et tóvola cercada siete meses. Et en este tiempo el Rey Don Jaymes de Aragón tenía cercada a Almaria. Et estos Reyes de Castiella et de Aragón non tomaron ningunos de aquellos logares, como quier que ganó el Rey don Fernando de aquella vez el Castiello de Gibraltar: et diéronle los Moros, porque se partiese de aquella cerca de Algecira, el castiello de Quesada, et todos los castiellos et logares de Valde Bedmar, et Quadros, et Chugini. Et otrosí en su tiempo desde Rey veno el Infante Don Pedro con grand poder de Castiella cercar a Alcaudete por mandado del Rey Don Fernando su hermano, et tomóla. Et este Don Mahomad regnó siete años: et alzóse con la tierra contra él su hermano Nazar, et priso a este Don Mahomad, et envióle preso a Almuñécar, et él fincó Rey en el regno de Granada.

Este Rey Nazar, que se alzó con el regno, et priso a su hermano, comenzó a regnar su regnado en el año de la era de mill et trecientos et quarenta et siete años, et fué el quarto Rey de Granada. Et desque fué apoderado en el regno, envió por su hermano que estaba preso por su mandado en Almuñécar, et fízolo traer a Granada, et matólo. Et seyendo este Rey en sosiego con toda su tierra, levantóse contra él Granada, et Ysmael, fijo de Farachen Arrayaz de Málaga, et fijo de su hermana deste rey Nazar, et lidió con él, et vencióle, et encerrólo en el Alhambra de Granada con el ayuda de Ozmin: et Nazar tenía consigo a Abdalhaqui Abenatume. Et después ovieron avenencia que Nazar non se llamase Rey de Granada nin de otro logar, et que le diesen a Guadix; et que fuese Rey de Granada Ysmael, fijo de Farachen Arrayaz de Málaga. Et regnó en Granada aqueste Nazar cinco años et siete meses.

Depuesto aquel rey Nazar, et seyendo rescebido por Rey de Granada Ysmael, que fué el quinto Rey de Granada, en el tiempo deste el Infante Don Pedro, que era tutor del Rey Don Alfonso de Castiella, venció a Ozmin et a todo el poder de Granada cerca de Alecum en una lid muy grande que ovo este Infante con los Moros, en la qual morieron todos los mejores hombres, et los mejores caudiellos de Granada: et fué martes cinco días de Mayo, en la era de mill et trecientos et cincuenta et un años. Et otrosí en el tiempo deste Rey Ysmael ganó el Infante Don Pedro los castiellos de Cambil et de Alamar, et los castiellos de Bexar et de Tiscar, et

el castiello de Rute, et el castiello de Tempul, que es en la comarca de Xerez. Et este rey Ysmael, por aver en su ayuda al Rey de allen mar, dióle a Algecira, et a Ronda, et a Castellar, et a Ximena, et a Estepona, et a Marbella, et los otros castiellos que son desde Ronda fasta Algecira. Et otrosí en el tiempo deste Ysmael Rey de Granada morieron en la Vega el Infante Don Pedro, et el Infante Don Joan, que eran tutores del Rey Don Alfonso de Castiella. Et fué la muerte destos dos Infantes a veinte et seis días andados del mes de Junio, era de mill et trecientos et cincuenta et cinco años. Et este Ysmael Rey de Granada fué a Huesca, et a Ores, et a Galera, logares que eran de la Orden de Sanctiago, que son en el regno de Murcia, et tomólos. Et dende veno a Martos et combatióla, et entróla por fuerza, et mató quantos y falló omes et mujeres; salvo alguna poca de la gente que se defendió en la peña, et non la pudo cobrar. Et acaesció que en el combatimiento desta villa mataron los Christianos un nieto de Ozmin: et por esto Ozmin ovo grand saña contra el Rey, porque mandaba que los caballeros combatiesen. Et otrosí acesció que Mahomad, fijo del Arrayaz de Algecira, primo del Rey, sacó una Christiana de Martos, et el Rey enviógela demandar; et porque ge la non quiso dar, denostóle muy mal: et Ozmin ovo fabla con aquel don Mahomad primo del Rey, et con su hermana, et con su fijo deste Mahomad, que matasen al Rey porque lo denostara, et que él sería en su ayuda. Et el Rey tornado a Granada trece días pasados después que entró a Martos, et estando en el Alhambra, venieron y Mahomad, fijo del Arrayaz de Algecira, et su hermano, et su fijo, et llevaron sendos cuchiellos en las mangas de las aljubas, et dixieron al Rey que querían aver fabla con él. Et apartándose con ellos, et su Alguacil con él, et pasando de una morada a otra, en la entrada avía una calleja angosta, et pasaron delante del Rey los dos, et fincó empos él el uno dellos, et el Alguacil que venía a las espaldas del Rey. Et en esta calleja volvióse Mahomad et su fijo contra el Rey, los cuchiellos en las manos, et diéronle sendos golpes en la cabeza: et el Alguacil sacó la espada, et comenzó a defender al Rey, dando algunas feridas a aquellos que querían matar al Rey. Et el fijo del Arrayaz de Algecira hermano de Mahomad, que avía fincado empos del Rey, firió al Alguacil de quatro heridas; pero el Alguacil, sentiéndose mucho de su Señor el Rey que lo mataban Mahomad et su fijo, non cató por tornar al que le avía ferido, et pasó delante del Rey por le desviar los golpes que le daban Mahomad et su fijo; et con el espada echólos de la calleja, et cerróles la puerta. Et entretanto el hermano de Mahomad llegó al Rey et abrazóse con él, et dióle un golpe con el cuchiello de punta por el hombro contra el cuerpo, de que el Rey morió después. Et quando torno el Alguacil al Rey, fallólo ferido; et enderezó con la espada por dar aquel que lo habia ferido, et fuyóle, et metióse en una casa: et el Alguacil cerróle la puerta; et tornó al Rey, et fallólo muy desmayado de las feridas, señaladamiente de aquella que le avía dado en el hombro. Et tomólo en los brazos, et esforzándole, levólo a un palacio do estaba su madre del Rey, et fízole atar las feridas, et envió por Cerurjanos. Et díxole

que se esforzase, et que iría él a facer justicia de los traydores que aquello fecieran. Et salió luego al corral del Alhambra, et falló y gentes alborotadas, ca algunos avía y dellos que eran en consejo de la muerte del Rey. Et preguntáronle qué era del Rey, et él díxoles que era vivo et sano. Et llamó algunos de los que él entendió que serían de su ayuda que entrasen en el Alhambra; et con aquellos que iban con él, fué a las casas do estaban aquellos que ferieron al Rey, et cortóles las cabezas.. Et tornó al Rey su señor, et fallólo que lo cataban los cerurjanos, et viólo múy enflaquecido. Et salió a la puerta del Alhambra, et falló y a Ozmin et a todos los caballeros. Et Ozmin preguntóle qué era del Rey. Et el Alguacil díxole que era vivo et sano, et que le mandaba que le fuese ayudar a prender algunos que avían seido en consejo de quererle matar. Et Ozmin, por mostrar que él non fuera en aquel consejo, et otrosí porque le dixo que el Rey era vivo et sano, dixo que iría con él, et que le ayudaría. Et el Alguacil dexó recabdo en el Alhambra, porque lo acogiesen quando veniese: et fué por la villa, et Ozmin con él, et otros caballeros, et priso todos los caballeros parientes de Mahomad fijo del Arrayaz de Algecira et de su hermano, et todos sus amigos, aquellos que él sospechó que eran en aquel consejo. Et tornó al Alhambra, et matólos todos; et entró al palacio do estaba el Rey su señor, et fallólo que se finaba: et estovo con él esforzándolo fasta que se finó. Et desque el Rey Ysmael fué finado, el Alguacil envió decir a Ozmin et a toda la caballería, que veniesen allí, ca el Rey quería fablar con ellos. Et Ozmin ovo rescelo quel Rey era vivo, et que sabía de cómo era en el consejo de su muerte; et llamó a todos sus fijos et sus nietos et sus parientes, et a todos sus amigos; et venieron todos armados a la puerta del Alhambra. Et desque fueron todos ayuntados, el Alguacil salió a ellos, et de tres fijos quel Rey tenía, levaba en brazos el mayor dellos, ca era niño, et decíanle aquel mozo Mahomad. Et el Alguacil dixo a Ozmin et a toda la caballería, que el Rey era muerto, et que mandara que tomasen por Rey aquel su fijo. Et Ozmin, por el rescelo que tenía, et otrosí veyendo que pasaría mejor con el Rey niño, que non lo pasaba con su padre, plógole ende mucho, et comenzó a decir a grandes voces: *Rey avemos.* Et todas las gentes que eran allí llegadas decían aquello mesmo; et andidieron por la villa diciendo: *Rey avemos, Mahomad fijo del Rey Ysmael nuestro señor.* Et regnó este Ysmael once años et nueve meses; et fué muerto en la era de mil et trecientos et cincuenta et ocho años. Et regnó empos él este Mahomad su fijo.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, págs. 204-207).

## UN CIRUJANO GRANADINO DEL SIGLO XIII

*Ya en el período califal se consagraron al estudio de la medicina diversos estudiosos de Al-Andalus. Les debemos el hallazgo de varios métodos para el tratamiento de las fiebres (Said ben Abd Rabbihi) para la operación*

*de la catarata por medio de aguja (Umar ben Yunus) y para la preparación de los medicamentos simples (Ahmad ben Yunus); algunos tratados: de medicina general (Yahya ben Ishaq), de partos y puericultura (Arib ben Sad) y sobre la tríaca (Ben Chulchul); una enciclopedia médica (Abul-l-Qasim al-Zahrawi) y una historia de los médicos de Hixam II (Ben Chulchul). Fue Al-Zahrawi, el Abulcasis de la Edad Media, el más famoso de todos, y su* Tasrif *mereció ser traducido al latín y al hebreo, y que la primera de sus versiones se imprimiera más de una vez desde los albores de la imprenta. Hubo en el siglo XI, en Al-Ándalus, muchos médicos célebres —he aludido antes a ellos—, pero el XII marca el apogeo de la medicina hispano-musulmana. Le consagraron atención grandes figuras filosóficas como "Avempace" y "Averroes", mas la cultivó también el sevillano Abu Marwan Abd al-Malik ben Zuhr (1161-62), el Avenzoar del vulgo, que ha conseguido un lugar preeminente entre los médicos de todos los tiempos. Redactó dos obras celebérrimas —las mejores escritas en lengua arábiga— el* Iqtisad *y el* Taisir. *La crisis del islam español se dejó sentir en la ciencia médica no menos que en las otras ramas del saber. Sin embargo, no hace muchos años se ha descubierto un estudio sobre el tratamiento de llagas, inflamaciones y tumores de un médico natural de Crevillente (Alicante), que sirvió en la corte provincial de Guadix, de un rey destronado de Granada (m. 1322). He aquí algunos pasajes de tal obra.*

## TRAUMATISMO CON HERIDA

Había entrado en este burgo con el rais Abu Abd-Allah ben Hudayr, señor de Crevillente, en el país de Murcia. Uno de nuestros hombres bebió con uno de los suyos; se pelearon y nuestro hombre le dio un golpe en la espalda y le hizo sangrar abundantemente. El herido, conducido por sus hombres, fue llevado al rais, que me dijo: "Ve lo que puedes hacer por él". Entonces llené la herida de un polvo que llevaba y que estaba compuesto de: balausta, incienso, mirra, tierra de Armenia, alpes, sarcocolle, cal viva y pelo de liebre; del cual hice una pasta con clara de huevo. Después lo curé, inmovilicé sólidamente el miembro, e hice tomar al paciente un cuarto de dracma de opio y un medio gramo de apio silvestre; se durmió desde la caída del sol hasta la mañana siguiente. Entonces lo hicimos montar a caballo y lo llevamos con nosotros. No cambié la curación hasta el cuarto día; el remedio se conservaba en su sitio y no estaba húmedo. Lo dejé hasta la aparición del icor que humedecí con vinagre y la saqué con precaución. El herido curó y volvió perfectamente sano a su país.

## PERFORACIÓN INTESTINAL

He visto a un hombre que había recibido un golpe en la región umbilical con perforación del colon ascendente; vivió años llevando un recipiente de vidrio, donde se reunía su bolo intestinal.

### ROTURA DEL HÚMERO

El jeque Ben Susan —Alá tenga de él misericordia— me envió un bereber acompañado de su hijo, que se había roto el húmero del lado derecho. El curandero le había estropeado por su ignorancia y el brazo estaba suspendido por la carne del músculo llamado biceps. Invitado a practicar la sección, respondí que si se amputaba por allí sobrevendría una hemorragia que ocasionaría la muerte del niño. "Pero toma tres crines de cola de caballo —añadí— retuércelos y ata el músculo con la parte posterior de la cabeza del hueso, dividiendo el lazo en dos para facilitar su separación. Desátalo todos los días y átalo luego más fuerte". Lo hizo así. La carne del músculo se cortó por encima de la fractura (no consolidada), se ennegreció y cayó (sola).

### FRACTURA DE PIERNA

Puse el hueso en buena posición y extendí el miembro en línea recta; después coloqué sobre la tibia un pedazo de lino doblado en cinco partes, con el cual levanté la pierna y la hice colocar en una teja de madera, ante la cual había colocado una plancha parada sobre la altura del pie. Fijé éste a ella sólidamente, por medio de cuerdas, y llené con compresas blandas de lino deshilachado el espacio comprendido entre la pierna y los lados de la teja, hasta que el miembro quedó inmovilizado. Había cubierto la fractura con momia [betún, resina y aromas diversos], almáciga y aceite de rosas; traté la herida con el emplasto de Galeno hasta la curación y dejé la pierna en la teja durante cuarenta días y la saqué después; el miembro estaba bien derecho y no tuve necesidad de aparatos.

Del *Kitab al-istiqsa wa-l-ibram fi ilach al-chirahat wa-l-awran* de Al Xafra (Según versión francesa de Renaud, Hespéris, XX, 1935, págs. 10 y siguientes).

## EL SITIO DE ALMERÍA POR JAIME II DE ARAGÓN

*El reino de Granada se hallaba sometido al doble tirón de las dos potencias vecinas, Castilla y Marruecos. Su comunidad de fe con el imperio de los "Beni-Merines" le acercaba más a los africanos. Pero las ambiciones imperialistas de los mismos y su dominio de algunas plazas en tierra española obligaban, a veces, a los soberanos granadinos, a buscar la alianza de los reyes castellanos. Estos no habían renunciado, sin embargo, a proseguir la Reconquista y, en 1308, Fernando IV de Castilla pactó con Jaime II de Aragón el reparto del reino de Granada. Era preciso empezar por conquistarlo y, para ello, en 1309 el castellano sitió Algeciras, mientras el aragonés asediaba Almería. Fracasó la doble acometida. He aquí un relato de la empresa del rey de Aragón, que tiene el interés de descubrirnos el arte militar de la época.*

En este año (709), el martes 3 de Rabi I, correspondiente al mes de agosto [11 agosto 1309] del calendario cristiano, al principio del reinado de Abul-I-Chuyux, el Barcelonés sitió la ciudad de Almería. El general que la gobernaba, en nombre de Abu-I-Chuyux era el caid Abu Maydan Xuaib. Mandaba la flota el caid Abu-I-Hasan Ali al-Randahi. El Barcelonés, rey de Aragón, que Dios lo traicione, llegó a mediodía del lunes del segundo día del citado mes, al cabo de Al-Funt, sobre la costa este de Almería, a la cabeza de trescientos navíos, pequeños y grandes, de guerra y de comercio. Hizo echar el ancla en tal lugar y pasó la noche en el mar. Al día siguiente, hizo desembarcar los caballos, equipaje y víveres, junto a Al-Funt, en un lugar llamado Birkat al-Safar. Los caballeros y los soldados se extendieron por los arrabales de Almería y por los alrededores de la ciudad. En seguida el caid Abu Maydan dio orden de destruir todas las construcciones que estuviesen demasiado próximas a las fortificaciones. Fueron arrasadas; las puertas de la ciudad fueron cerradas con mampostería, con excepción de aquellas que era necesario dejar sin tapiar; las murallas fueron puestas en estado de sostener el sitio y fueron guarnecidas permanentemente por arqueros y peones.

El miércoles, segundo día de su desembarco, los cristianos, cubiertos con hermosos trajes, avanzaron al son de clarines y tambores, hasta el pie de la ciudad, y allí libraron un violento y encarnizado combate. Los musulmanes, en la ignorancia de las fuerzas enemigas, salieron de la plaza con el objeto de combatirles, sin haber dispuesto los soldados para la batalla. Tuvieron que huir delante del enemigo hasta la ciudad, y se refugiaron en las murallas, desde donde rechazaron a los asaltantes combatiéndoles y lanzándoles flechas. Dios vino en su ayuda; ¡qué excelente auxiliar! El jueves 5 del mes en curso, los dos jeques Abu-I-Abbas ben Ahmad ben Talha y Abu Abd Allah Muhammad ben Abu Bakr, llegaron a la vista de Almería, donde estaban sus hijos, a la cabeza de 150 caballeros. En cuanto los cristianos los vieron fueron a su encuentro con su caballería y su infantería, y con su rey al frente. Los guerreros que avanzaban dieron prueba de gran coraje y mucha energía. Se precipitaron en medio de sus adversarios, y a pesar de los esfuerzos de éstos y de su gran número, lograron entrar en la ciudad, sin perder sino nueve jinetes. Este acontecimiento menguó el entusiasmo de los cristianos y les causó vivo disgusto mientras que alentó a los musulmanes.

En el transcurso de esta misma jornada llegó tan gran número de tropas cristianas de infantería y caballería que cubrieron valles y montañas. Rodearon la ciudad como el halo rodea la luna y la espata a la flor de la palmera. A principios del asedio las gentes de Almería se desmoralizaron. Pero cuando comenzaron a atacar los cristianos y libraron con ellos varios combates, cuando vieron que la guerra tenía alternativas de éxitos y derrotas, recobraron el valor y se lanzaron atrevidamente a la lucha. Sus arqueros se tornaron más audaces; sus defensores, animados por los triunfos, atacaban y no temían a las lanzadas ni a los sablazos. Los mismos cristianos

dieron pruebas a comienzos del sitio de una gran perseverancia y soportaron la lucha con valor. Rara vez pasaba un día entero sin que se hubiese librado un nuevo combate. Desplegaron sus hombres en círculo alrededor de la ciudad, vigilaron estrechamente los caminos, y guardaron con celo sus puestos. En cuanto descubrían un lugar por donde la ciudad podía hallar algún respiro, o un pasaje por el que se pudiera entrar o salir de ella, se apresuraban a cerrarlo. Levantaron máquinas, estrecharon el sitio y recurrieron a todos los procedimientos de la guerra.

El domingo 8 del mes de Rabi I, el rey de Aragón, a la cabeza de sus cortesanos y de sus tropas, con estandartes y banderas desplegadas, avanzó hacia la ciudad con un ejército numeroso y llegó a la puerta de Pechina. Fue en tal lugar donde los cristianos libraron mayor número de combates y atacaron más a menudo. Multiplicaron los asaltos, pero los musulmanes les opusieron una resistencia encarnizada y la lucha prosiguió así todos los días.

El sábado 14 del mismo mes, el ejército musulmán salió de la capital de Granada con objeto de socorrer la ciudad (sitiada) y de obligar al enemigo a levantar el sitio. Los musulmanes sufrieron una gran derrota y gran número de sus infantes y de sus caballeros fueron muertos. Entretanto un grupo de gentes de Almería hizo una salida hacia el campamento cristiano y se apoderó en él de cuanto pudo.

El sábado 21 los cristianos hicieron sonar una gran campana, que no tocan sino cuando su rey monta a caballo. Se armaron todos y avanzaron, en círculo, alrededor de la ciudad. Dispusieron para el combate altas torres de madera, cargadas sobre carros para poder cambiarlas de lugar. Las guarnecieron con soldados y prepararon largas escaleras que apoyaron contra las murallas. Luego avanzaron los peones y los arqueros, precediendo a los caballeros. Todos los soldados fueron repartidos alrededor de la plaza. Los musulmanes les opusieron una viva resistencia, echaron sobre ellos desde lo alto de las murallas aceite y resina hirviendo y otras materias inflamables, y les obligaron a batirse en retirada e hicieron entre ellos gran número de prisioneros. Fue un gran día para los sitiados.

Al comienzo del mes de Rabi II, llegó un ejército desde la capital de Granada, a Marchena, para establecerse allí. Fueron así estorbados los movimientos de los cristianos. Estos salían todas las mañanas de su campo con tropas numerosas, para traer del valle, en sus bestias, cargas de uva y de las otras frutas de otoño. Y con ellas traían también vigas para sus construcciones y madera para alimentar sus fuegos.

El miércoles 10 de Rabi II, salieron en busca de provisiones según su costumbre. Cuando llegaron al valle, los musulmanes, que les habían tendido una emboscada, los atacaron, los pusieron en fuga, mataron un gran número y se apoderaron de sus bestias de carga y de sus armas. Fue para los cristianos un gran desastre.

El viernes 12 de Rabi II, un ejército de musulmanes al mando del jeque Abu Said Uthman ben Abi-l-Ala hizo una salida. El ejército cristiano

marchó al encuentro de sus adversarios y (las dos huestes) se trabaron en combate fuera de la ciudad. Los cristianos sufrieron una gran derrota y gran número de sus jefes fueron muertos. El jeque Abu Said perdió su caballo en la batalla, pero Alá le hizo a él escapar de la muerte.

Cuando los cristianos comenzaron a perder la paciencia y vieron que muchos de entre ellos habían perecido, decidieron acudir a la astucia. Un grupo de caballeros salió durante la noche y se alejó del campo. Al día siguiente, 14 de Rabi II, aparecieron vestidos con albornoces que les daban aspecto de musulmanes. Cuando les divisaron, los caballeros cristianos montaron a caballo y fueron a su encuentro, fingiendo precipitación y dejando sus tiendas sin guardia, para incitar a los musulmanes a salir a saquearlas. De otra parte, cerca de sus tiendas habían tendido emboscadas, apostado soldados y colocado trampas. Los musulmanes se dejaron mover por la apariencia de las cosas y, no sospechando el engaño, hicieron dar en los mercados la señal para el ataque; y los caballeros salieron de la plaza, con el jefe de la flota y un cierto número de notables de la ciudad a su cabeza, y se dirigieron hacia las tiendas de los cristianos para saquearlas. Pero Alá les alejó de ellas. Marcharon primero hacia el monte de Almería, para comenzar el pillaje por las tiendas que se encontraban en tal lugar, porque los cristianos que las ocupaban eran sus más encarnizados enemigos. Cuando los soldados que estaban emboscados vieron marchar a los musulmanes, creyeron que habían descubierto la trampa que les habían tendido y que se apartaban del camino que conducía a las tiendas, para huir y escapar del peligro. Salieron entonces de sus puestos, y quisieron cortar a los musulmanes el camino de la ciudad. Deploraron éstos su falta de perspicacia. Pero felizmente había sido abierta la víspera una puerta en aquel lado. Se precipitaron por ella. Los que quedaron aislados se escondieron al pie de los muros. Los sitiados los defendieron tirando flechas sobre el enemigo. Y les lanzaron planchas de madera, para que se guarecieran hasta que, terminado el combate, pudieran ganar la ciudad. Alá desbarató así la astucia de los cristianos.

El martes 16 Rabi II, los cristianos acudieron a una nueva estratagema. Levantaron una empalizada con muy largas planchas de madera sujetas por clavos de hierro, y detrás de ella se pusieron a construir, en un lugar llamado Al-Asbad, en las proximidades de la ciudad. La situación se tornó crítica para los musulmanes. Trataron éstos de incendiar la empalizada, y Alá les permitió lograr su propósito tras largo esfuerzo.

El sábado 20, del mismo mes, se trabó una batalla general por tierra y por mar. El rey se embarcó sobre uno de los barcos de su flota y dispuso sus tropas alrededor de la ciudad, tanto del lado del mar como del lado de tierra. Los cristianos habían preparado tantas torres y escaleras que ninguna astucia en combate descubierto hubiera podido dar razón de ellas. La situación se agravó para los musulmanes y se cerró la puerta a sus subterfugios. Fue entonces cuando alguien se puso a gritar: "Echad sobre ellos el contenido de los fosos de las letrinas. Nada puede humillarlos tan-

to". Las gentes se apresuraron a retirar de los fosos las materias fecales que contenían y a transportarlas sobre las murallas, desde donde las echaban sobre los asaltantes. Tuvieron gran acierto al hacerlo, porque, de tal modo, reunieron dos cosas que van juntas: los españoles y los excrementos. Se es siempre víctima de esa treta. Los caballeros, vestidos con hermosos trajes, se encontraron cubiertos de porquería, y fueron objeto de burla por sus camaradas. El ardid fue más ingenioso que combatir y Alá concedió así tregua a los musulmanes.

El miércoles 10 Chumada I, llegó de la capital el ejército musulmán compuesto de caballeros y de numerosa infantería. La caballería desembocó por el lado de los observatorios (Al-Manadhir) y la infantería por el lado de la montaña.

Los peones llegaron los primeros. En seguida un grupo de caballeros cristianos salió a su encuentro. Los musulmanes no pudieron sostener la lucha, se batieron en retirada, y se hicieron acuchillar. Pero, por obra de la voluntad divina, los sitiados salieron en ese momento de la ciudad y aprovechando que los cristianos, acampados frente a ellos, se habían lanzado a la persecución de los fugitivos, pusieron fuego a un cierto número de tiendas del campamento. El humo que se elevó hacia el cielo hizo creer a los cristianos que ardía todo su campo y volvieron sobre sus pasos rápidamente y los fugitivos pudieron así escapar a sus sables.

Cuando la caballería musulmana llegó al foso que los cristianos habían cavado alrededor de su campamento, foso que defendía ese día el mismo rey al frente de su ejército, se abstuvo de atacarle; y al cabo la noche separó a los adversarios sin que llegaran a luchar. Después de fortificar Marchena, los musulmanes atacaban casi todos los días el campamento cristiano, hostigándole con escaramuzas y golpes de mano. Como consecuencia de tales ataques, el sitio fue menos duro para la ciudad, pues no fue combatida por los cristianos mientras duró la lucha contra los musulmanes del exterior.

En la mañana del viernes 3 Chumada II, los cristianos quisieron sorprender la ciudad por el lado de la montaña. Vinieron en gran número con grandes escaleras, las aplicaron contra los muros y treparon por ellas. Por casualidad, no había allí más que un musulmán. Se puso a gritar para prevenir a las gentes, y éstas llegaron en su auxilio dando voces y, en tal número, que al cubrir los parapetos parecían éstos más pequeños. Se batieron contra los asaltantes. Fue abierta una puerta que había en aquella parte de la muralla. Salieron por ella tropas musulmanas y rechazaron a los cristianos, matando entre otros a uno de sus jefes.

En la tarde del jueves 9 del mismo mes, los cristianos quisieron sorprender la ciudad, por segunda vez y por el mismo sitio, aprovechando las alturas que la dominan por allí. Creyeron que tal lugar estaría desierto. Pero la primera tentativa puso en guardia a quienes la defendían. Descubrieron fácilmente la añagaza y gritaron pidiendo socorro. Los guerreros se apresuraron a acudir. Abrieron la puerta situada en aquella parte. Los

asaltantes fueron rechazados y un buen número de ellos fue hecho prisionero.

El lunes 22 Rachab se desplomó una parte del parapeto. Los asaltantes se precipitaron hacia tal lugar y allí entablaron con los sitiados un duro combate que prosiguió durante toda la jornada. Y éste fue el último encuentro que hubo entre ellos y las tropas de la ciudad, hasta su partida.

He relatado despaciosamente el asedio por la lección que contiene para quienes son perspicaces y saben observar.

Tomaron parte en el cerco tres mil caballeros cristianos, de los cuales mil llevaban cota de malla y cuatrocientos tenían caballos protegidos con armaduras.

Es incalculable el número de los peones enemigos. Perecieron en el sitio ochenta mil soldados cristianos. Las gentes de Almería mataron catorce mil oficiales, setecientos caballeros y veinte mil infantes. Los otros fueron muertos por el ejército musulmán de Granada. Los cristianos alzaron trescientas grandes tiendas y gran número de tiendas pequeñas. Levantaron en torno a la ciudad once catapultas y máquinas para bombardear la plaza. Se podían transportar de un lado a otro. Unas lanzaban piedras sobre las fortificaciones, otras en el interior de la ciudad y otras incluso sobre la fortaleza. Los cristianos dirigieron sus mayores esfuerzos contra las murallas de la colina que domina la ciudad, encarnizándose en su ataque. Las catapultas lanzaron durante todo el sitio 22.000 piedras. Considera, lector, lo que es la sabiduría divina: el número de sus muertos fue varias veces el doble del número de piedras lanzadas por ellos, que pesaban de veinticinco a treinta libras.

Las gentes de la ciudad no poseían más que una bombarda con la que lanzaban piedras tanto hacia tierra como hacia el mar, según era preciso. Como fue dañada por una piedra, procedente del campo cristiano, fabricaron otras tres.

Una de las muestras de la protección que Alá acordó a las gentes de la ciudad fué la gran cantidad de cebada que se encontró al comenzar el sitio en los almacenes de reserva de la fortaleza. Fue distribuida a razón de una libra por persona, sin distinción de clases, mediante el pago de un qirat por libra. El precio máximo alcanzado por la libra de trigo fue de tres dirhems y las 10 onzas de pan de trigo valieron dos dirhems. Durante el cerco tuvieron los musulmanes ciento cincuenta y nueve víctimas, de las cuales dos fueron mujeres. Luego Alá envió durante dos meses el viento oeste, que impidió navegar a las naves cristianas e interrumpió su abastecimiento hasta el punto de que todos sufrieron hambre. Aceptaron negociar el fin del asedio mediante la promesa del pago de una suma de dinero que los musulmanes se comprometieron a entregar. Una paloma mensajera llevó la buena noticia a Almería, el domingo 21 Rachab del mismo año. Las tropas de Castilla quedaron profundamente descontentas. Los cristianos transportaron sus equipajes sobre sus naves y prendieron fuego a lo que no pudieron llevar. Por no hallar sitio en los barcos, un cierto número de

ellos tuvo que quedar bajo la protección de los musulmanes. El ejército se puso en camino con su rey humillado, acompañado de la cólera de Dios, hacia su maldición, a su peor destino, el jueves 22 Xaban. El sitio había durado seis meses menos algunos días. En el mes de Ramadan del mismo año, las gentes de los arrabales de Almería se reunieron para hacer desaparecer los vestigios del asedio, muros y construcciones, ante el rumor que corrió de un posible retorno del rey de Aragón.

La ciudad fue sitiada una segunda vez y pudo todavía expulsar al enemigo hasta que Dios decretó su toma. Toda cosa es decretada por Él. Pero nosotros lo hemos recordado sólo para que sirva de ejemplo de Su Poder.

De la *Durrat al-hichal* de AHMAD BEN AL-QADI (Según versión francesa de I. S. Allouche. Hespéris, 1933, XVI, 131).

## BATALLAS POR EL DOMINIO DEL ESTRECHO

*A los almorávides y almohades sucedieron los "Beni Merines" en el imperio del actual Marruecos. Ya en el reinado de Alfonso X el Sabio pasaron el mar y atacaron las fronteras de Castilla. El arzobispo de Toledo, don Sancho de Aragón, pereció combatiendo con ellos. Después, como queda dicho antes, Granada jugó alternativamente la carta africana contra Castilla y la castellana contra África, a fin de poder conservar su independencia. Los "Beni Merines" consiguieron adueñarse de algunas zonas granadinas y establecer así una cabeza de puente en España. Los sucesores de Alfonso X, para defenderse del peligro marroquí, procuraron con gran tesón y esfuerzo conquistar las plazas extremas de la punta meridional de la Península. Sancho IV tomó Tarifa, y Fernando IV, Gibraltar, y se esforzaron en crear una flota que patrullase el Estrecho e impidiera el paso de los africanos a la Península. La escuadra de Castilla consiguió no pocos triunfos, pero fue vencida en los días de Alfonso XI. Los "Beni Merines" pasaron el mar y cercaron Gibraltar. Alfonso XI organizó un ejército en socorro de la plaza llave de España, pero su defensor no resistió con heroísmo, capituló muy pronto y se perdió la fortaleza decisiva para impedir el acceso a la Península.*

## LOS MUSULMANES PIERDEN TARIFA

En el mes de abril en que comenzó el noveno año del reinado deste rey don Sancho, que fué en la era de mill e trecientos e treinta años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo e mill e docientos e noventa e dos años. Pues que el rey don Sancho supo en commo don Juan Núñez se iva para el rey de Francia, mandó al arzobispo de Toledo don Gonzalo e a otros omes buenos que fuesen con su mandadería al rey de Francia,

por quien envió contar por cuál razón pusiera el pleito con el rey don Jaimes de Aragón e non lo pudiera escusar segund los fechos estavan, pero que su voluntad era de guardar el amor e el pleito que avía puesto con él. E desque el rey de Francia oyó la mandadería que levó el Arzobispo e los otros omes buenos, tovo que el rey don Sancho non errara el pleito que avía puesto con él, pues que el rey don Alfonso de Aragón era muerto, e díjoles que le placía, e que fincasen las posturas e amistades entre ellos amos segund que antes estavan. E aviendo el rey don Sancho esta respuesta, llególe mandado en commo el rey Aben Yacob era en Tánger, e que tenía y doce mill caballeros para pasar aquende, e que tenía veinte e siete galeas muy bien armadas, e ellos querían pasar, e que llegó Micer Benito Zacarías, el ginovés, con doce galeas muy bien armadas, e estando el rey Aben Yacob con toda su hueste en la ribera de allen mar, lidió este Micer Benito Zacarías con aquellas veinte e siete galeas de los moros, e venciólos, e prisió dellas las trece, e fugieron las otras, veyéndolo el rey Aben Yacob e toda su hueste que estavan delante; e albergó y esa noche Micer Benito Zacarías, e estudo y otro día trayendo aquellas trece galeas, jorrándolas con sogas ante el rey Aben Yacob e ante toda su hueste. E cuando el rey Aben Yacob vió esto, tóvose por muy quebrantado e muy deshonrado, e luego movió con toda su hueste e se tornó para Fez. E cuando estas nuevas ovo el rey don Sancho, plúgole ende mucho, e mandó mover toda su hueste para Sevilla, e él tomó su camino para Cibdad Rodrigo, e fuese ver con el rey de Portogal, e rogóle que le prestase algund aver con que pudiese continuar aquella cerca que quería facer. E el rey de Portogal non aviendo voluntad de lo facer, escusósele con buenas razones; e desque el Rey vió que non tenía con él ninguna ayuda, envió a todos los de los sus reinos que le diesen tres servicios para mantenimiento de la costa de aquella cerca que montaba muy grand algo, e los de la tierra diérongelos luego muy de buena mente; e el Rey punó de se ir, e llegó a Sevilla en el mes de Mayo, víspera de cincuesma. E dende a cuatro días que y llegó, encaesció la reina de un fijo varón, que dijeron el infante don Felipe, e atendió y toda su hueste e tovo y el día de Sant Juan. E desque las gentes fueron llegadas, e la flota que en Castilla e en Asturias e en Galicia armaran, en que iban once engeños que mandara él facer, llegó a Tarifa; como quier que llevaba en talante de ir a cercar a Algecira, consejáronle que cercase a Tarifa, por razón que era la mar más estrecha allí, e que avían allí mejor salida para los caballos cuando los moros pasasen aquende, que en otro lugar ninguno. E el Rey acogióse a este consejo, e mandó los engeños e combatirla muy fuerte por mar e por tierra por muchas veces fasta que la ovo de entrar por fuerza, e tomóla en el mes de Setiembre, el día de Sant Mateo apóstol e evangelista, e el Rey tomó y tan grand afán e tanta lacería, que fué comienzo de la dolencia que él ovo después, de que ovo de morir. E desque la ovo tomada, fué muy cara de mantener, e fincó y don Rodrigo, maestre de Calatrava, e puso el Rey con él de le dar por la tenencia de un año

dos cuentos, e demás que toviese el Rey siempre galeas armadas en la mar porque fuese guardada.

De la *Crónica de Don Sancho Cuarto* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 86-87).

## GIBRALTAR CRISTIANO

E el Rey envió luego su mandado al rey de Aragón commo lo avía otorgado así, e que se iva de camino para Algecira, e él que se fuese cercar á Almería. E desque el Rey se fué de Córdoba para Sevilla, tomaron en Sevilla talegas e cargáronlas en naves e en barcas para ir a la cerca de Algecira; e la hueste movió de Sevilla e andudieron de guisa, que llegaron a Algecira a veinte e siete días del mes de julio. E otrosí el rey de Aragón cercó luego a Almería en el mes de agosto e luego que la cercó fizo un palenque en derredor de su hueste e una cava tan fuerte, que non avía que rescelar por grand hueste que a él viniese, e tóvole grand pro. E desque los moros sopieron que el Rey tenía cercada la villa de Algecira, pesóles mucho, e toviéronlo por grand deshonra de cercar el rey de Aragón a ninguna su villa, e vinieron a él algunas veces, e como quier que dos veces los venció, si non fuera por aquella barrera que tenía en que se defendía, fuera preso o muerto. Mas el rey don Fernando non tenía en la cerca de Algecira barrera ninguna, ca la non avía menester, nin fué nunca costumbre de los castellanos facer barreras cuando cercaron algunas villas, e ante lo ovieron por grand mengua; e cuanto estudo el rey don Fernando en esta cerca, nunca se atrevieron los moros de venir a aquella parte do el estava nin lo tenían por derecho. E decían ellos que en cercarles el Rey de Castilla las sus villas que era derecho, mas que lo del rey de Aragón teníanlo por tuerto e por deshonra. E luego a pocos de días desque el rey don Fernando ovo cercado a Algecira, envió a don Juan Núñez e a don Alonso Pérez de Guzmán e al arzobispo de Sevilla e al concejo de Sevilla a cercar a Gibraltar, e pusieron dos engeños e combatiéronla muy fuerte a la redonda con ellos, en guisa que lo non pudieron sufrir los moros, e ovieron de pleitear con el Rey que fué y, e diéronle la villa en tal que los mandase poner en salvo allende la mar; e el Rey fízolo así, e fallaron por cuenta que salieron mill ciento veinte e cinco moros, e estonce le dijo un moro de aquellos que se ivan de la villa, que era viejo: "Señor, ¿qué oviste conmigo en me echar de aquí? ca tu bisabuelo el rey don Fernando cuando tomó a Sevilla me echó dende, e vine morar a Xerez, e después el rey don Alfonso tu abuelo cuando tomó Xerez echóme dende, e yo vine morar a Tarifa, e, cuidando que estava en lugar salvo, vino el rey don Sancho tu padre e tomó a Tarifa, e echóme dende, e yo vine morar aquí a Gibraltar, teniendo que en ningund lugar non estaría tan en salvo en toda la tierra de los moros de aquende la mar commo aquí; e pues veo que en ningund lugar destos non puedo fincar, yo iré allende la mar, e me porné en lugar

do viva en salvo e acabe mis días". E luego el Rey entró en la villa, e fizo su oración alzando las manos al cielo e dando gracias a Dios del bien e de la merced que le ficiera, e mandó labrar los muros de la villa que derribaron los engeños, e otrosí mandó labrar una torre encima del recuesto de la villa, e otrosí mandó labrar una tarazana desde la villa fasta la mar, porque estudiesen las galeas en salvo, e tornóse el rey don Fernando para su hueste de Algecira que tenía cercada.

. . . . . .

E andando el pleito desta manera, oviéronse a desavenir el Rey e el infante don Juan, e luego se fué el infante don Juan del real e non quiso y fincar.

E desque el Rey sopo ..... que se avría a levantar de aquella cerca, consintió en aquel pleito, e fué éste: Que le diesen los moros las villas de Quesada e Belmar con sus castillos todos, así como los avía ante que se perdiesen, e demás que le diesen cincuenta mill doblas, e para complir esto diéronle luego en arrehenes muy buenos omes e muy honrados de los que estavan y en Algecira.

De la *Crónica de don Fernando Cuarto* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 163-164).

## DERROTA NAVAL GRANADINA

Ante que el Rey fuese a facer esta conquista, avía enviado desde Sevilla a Alfonso Jufre de Tenorio, su Almirante mayor de la mar, con seis galeas et ocho naves et seis leños, para que guardase la pasada de la mar con esta flota, et que feciese á los Moros guerra et mal et daño lo más que podiese. Et el Rey de Granada ovo ayuda de galeas de los Moros de allen mar, et con las suyas ayuntó vente et dos galeas, et enviólas que peleasen con la flota del Rey de Castiella. Et el Almirante Alfonso Jufre desque sopo que la flota de los Moros venía a pelear con él, salió a lo largo en la mar, porque se podiese fallar con ellos. Et estando allí, los Moros venieron a la pelea, et Dios tovo por bien de ayudar a los Christianos. Et fueron vencidos los de la flota de los Moros; et los Christianos tomaron tres galeas de las de los Moros, et anegaron otras quatro so el agua, et fueron y muertos et cativos fasta mill et doscientas personas de Moros. Et desque el Rey fué a Sevilla, según que la estoria ha contado, llegó y el Almirante Alfonso Jufre con la flota del Rey, et traxo las galeas que avía tomado a los Moros: et otrosí traxo trecientos Moros cativos en sogas, que entraron todos en la ciubdat delante dél. Et del Rey, por le facer honra, salió fuera de la ciubdat a lo acoger, gradesciendo a Dios la merced que le facía, aviendo ende grand placer.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, pág. 209).

## TRIUNFO NAVAL AFRICANO

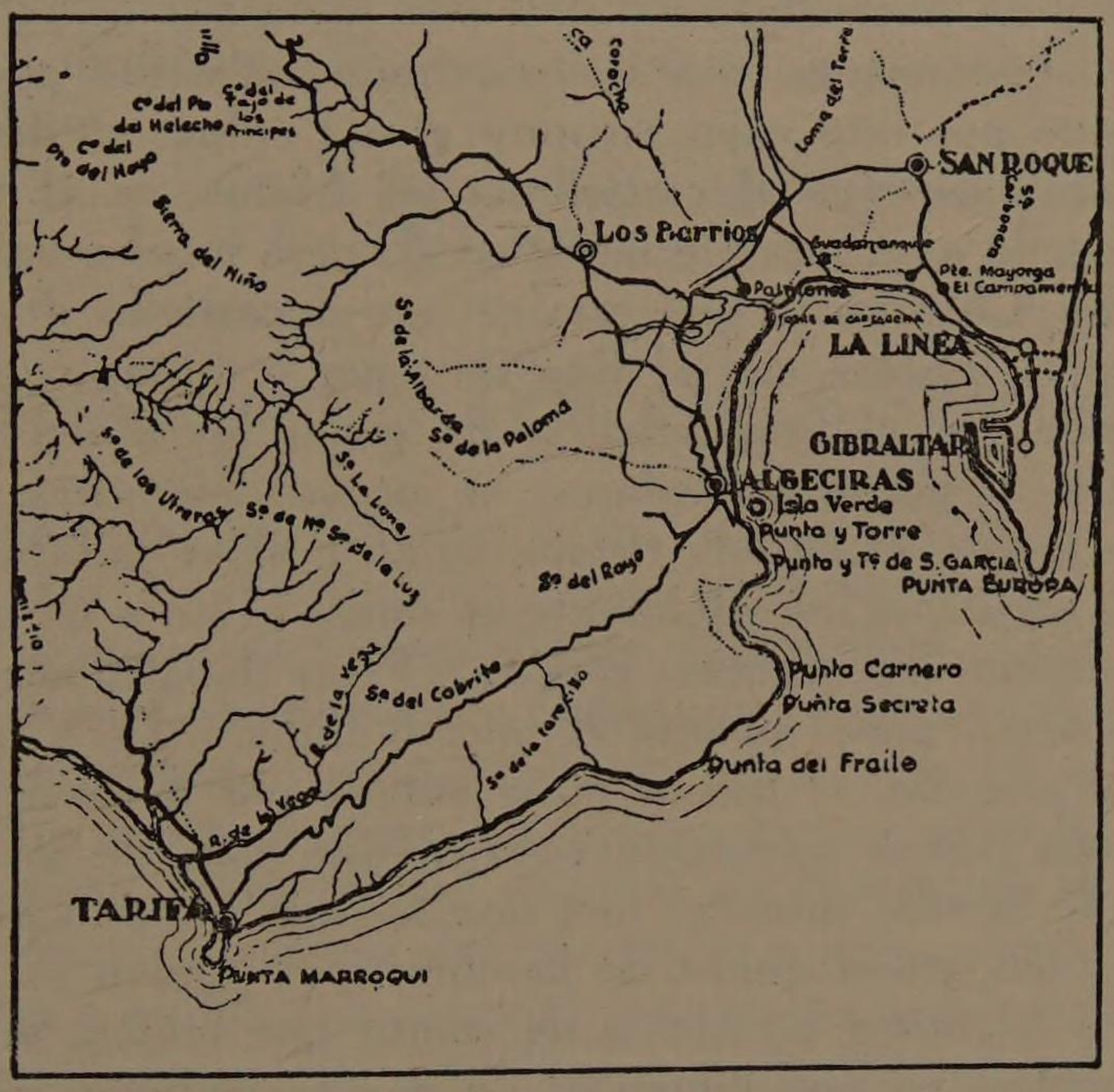
Contado ha la historia de cómo el Rey de Granada pasó allen mar, et de cómo Albohacen Rey de Marruecos le prometió de le enviar ayuda así como lo prometió. Et púsolo luego por obra, et mandó armar galeas, et otros navíos los más que pudo, et envió un su fijo que decían Abomelique, que pasó aquen mar: et este Abomelique era tuerto, et envió con él siete mill caballeros, et estos pasaron a Algecira. Et aquel Rey Albohacen de Benamarin envióles allí mucho pan, et muchas armas et caballos, et las otras cosas que avían menester. Et los que tenían por el Rey Don Alfonso los castiellos de Tarifa et de Gibraltar, et vieron pasar aquellas gentes, et aquellos navíos a Algecira, enviáronlo a decir al Rey Don Alfonso de Castiella. Et el Rey envió luego mandar a Alfonso Jufre de Tenorio, su Almirante mayor de la mar, que estaba en Sevilla, que armase la su flota, et que fuese guardar el estrecho de la mar. Et el Almirante et los otros que lo avían a facer por el Rey, acuciáronlo todo lo más que podieron, pero el acucia non fué tanta que los Moros non pasaron todos ante que la flota del Rey de Castiella saliese del río de Guadalquivir. Et el Rey de Granada, desque sopo que este Abomelique era pasado en su ayuda, comenzó luego a facer la guerra al Rey de Castiella.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, pág. 238).

## OTRA VEZ ÁFRICA CONQUISTA GIBRALTAR

Desque el Rey fué llegado a su hueste, et ovo comido, mandó llamar los Ricos-omes, et Maestres, et Caballeros, et algunos de las villas que eran y con él, para acordar con ellos en quál manera avían a facer otro día. Et después que fueron llegados, dixiéronle que desde allí fasta Gibraltar avía cuatro jornadas para la hueste, et que avía menester que otro día estidiesen allí en aquel logar, porque los omes podiesen tomar talegas de vianda para aquellos días, et para otros dos o tres días más, con que se podiesen mantener, sinon fuese llegado lo que levaban por la mar. Et el Rey veyendo que esto non se podía escusar, tóvolo por bien. Et otro día, estando en aquel logar el Rey acudiendo la ida cuanto podía, llegáronle cartas del Almirante, en que le enviaba decir, que él avía enviado a Vasco Pérez las cartas quel Rey le enviara, et que non avía avido respuesta ninguna dellas según solía; et demás que avía visto que los Moros non combatían el castiello, nin le tiraban con los engeños; otrosí que veían entrar los Moros en la villa et en el castiello: et otrosí que veían que los Chirstianos del castiello salían al real; et él por saber esto qué era, envió una galea que se llegase bien cerca de la villa, por ver qué era esto; et que un Moro ladino dixo a los de la galea que dixiesen al Almirante que se fuese de allí; ca Vasco Pérez era salido del castiello, et que estaba con el Infante Abome-

lique en la su tienda, et que ese día le avía de entregar el castiello de Gibraltar. Et desque el Rey ovo leidas las cartas, et oyó lo que los mandaderos le dixieron sobre esto, tomó ende muy grand pesar, et mandó llamar a todos los que allí eran con él para aver su consejo en quál manera farían. Et desque fueron yuntados, et ovieron oído lo quel Rey les dixo que avía sabido, algunos dellos consejábanle que si él era cierto quel castiello avían cobrado los Moros, que lo mejor era tornarse desde allí: et otros algunos le decían, que pues allí era llegado, que era más su honra llegar el castiello:




Estrecho de Gibraltar.

et parecía que non fincaba por él de le ir acorrer. Et desque el Rey ovo oído lo que le dixieron cada uno de los que estaban y sobre esto, dixo, que él quería ir al castiello de Gibraltar; et si lo fallase en poder de los Christianos, o que tan solamente toviesen una almena, que lo podría acorrer; et si el castiello fallase en poder de los Moros, que bien coydaba que lo non podían bastecer en tan poco tiempo, ca por la mar non lo podrían facer, pues el Almirante et la su flota estaba allí; et por tierra non podrían y poner bastecimiento sinon para muy poco tiempo: et así que fiaba de Dios de poder cobrar aquel castiello. Et todos tovieron que lo que decía el Rey era lo mejor, et acordáronlo así; pero que por este acuerdo dixieron que era menester que llevasen vianda la más que podiesen, et que fincasen y otro día. Et el acuerto avido, et partidos de la fabla, llegó al Rey un ome que le envió el Almirante, con quien le envió decir, que los Moros estaban en el castiello, et que avian puesto encima de las torres sus pendones, et traían pan de Algecira por tierra para la bastecer: et otrosí

que viniera a él un ome de los que salieran de la villa, et que le dixo, que los Moros dexaran salir todos los Christianos de la villa a salvo, et a Vasco Pérez que lo enviaran allén mar. Et el Rey, por el acuerdo que avía avido, mandó a todos los de la hueste que acuciasen la ida quanto podiesen; et dexó a Don Alfonso fijo del Infante Don Fernando en Xerez, porque era muy viejo, et fué con el Rey Don Joan su fijo. Et agora la estoria dexa de contar desto, et contará lo que pasaron en Gibraltar los que y estaban mientras que fueron cercados.

Oído avedes cómo la estoria ha contado, que Vasco Pérez tenía el castiello de Gibraltar sin bastecimiento, et si non fuera por la barca cargada de trigo que traxo la tormenta, non tovieran mantenimiento para un mes. Et como quiera que por esto cayó en muy grand culpa, et después en muy mayor, por cuanto entregó el castiello a los Moros, ca él tenudo era de entregar el castiello a su señor, o morir en él; pero mucho trabajo et mucho mal pasaron los Christianos que estaban en el castiello de Gibraltar. Ca Vasco Pérez avía postura con el Rey de tener y tantas compañas que lo podiesen defender; et él, con cobdicia de ganar los dineros que le daba para esto, tenía y pocos pobladores, et pocos defensores. Et estidieron cercados cinco meses: et en este tiempo avían a velar cada noche, et avían a pelear de día cada que los combatían; et demás avían a labrar alguna cosa de lo que derribaban los engeños: et Vasco Pérez dábales muy poca vianda, et con esto pasaban grand premia et mucho trabajo. Et Vasco Pérez coydando salir de allí con su honra, facía mucho por mantener los omes de su casa, et unos Moros que tenía cativos, que eran de grand redención; et a los otros de la villa duró un mes que les non dió pan ninguno: et por esto llegaron a tan grand quexa de hambre, que comían los cueros de los escudos cocidos, et otrosí las cintas de cueros que tenían, et las piezas de los zapatos cocidas: ca non tenían al de que se podiesen mantener. Et el Almirante que sabía algo desto, quisiéralos acorrer con vianda: et fizo poner dos trabucos en dos naves, et con aquellos trabucos lanzábanle las talegas de la farina; et como quier que algo caía dentro en el castiello, pero lo más caía fuera, et tomábanlo los Moros: et por esto el Almirante non dexaba de les mandar lanzar farina con aquellos trabucos. Et los Moros, por tirar que los del castiello non oviesen aquel acorro, posieron dos engeños con que tiraban aquellas dos naves en que estaban los trabucos: et los marineros de las naves oviéronles arredrar, por rescelos que ge las quebrarían; et non podieron alcanzar los trabucos a echar la farina en el castiello. Et Vasco Pérez, veyendo que le non acorrían con vianda, et aquellas gentes laceraban tanto, salió el Infante Abomelique et entrególe el castiello, et pedióle que le dexase salir los Christianos a salvo. Et el Infante otorgógelo, et pedióle los Moros que él tenía de quien coydaba aver grand rendición, et diógelos. Et los Moros, desque cobraron el castiello, metieron toda la su flota en el atarazana de la villa de Gibraltar: et Vasco Pérez fué de mala ventura en facer esto, ca el día que él entregó el castiello a los Moros, fallaron farina et vianda en el apartamiento et en la torre

que él tenía en el castiello, que les podiera abondar cinco días. Et si él posiera en el talante de facer lo que era tenido, que era entregar el castiello a su señor o morir en él, non moriera; ca podiera partir aquella vianda a las gentes, et oviera y cinco días, et a los quatro días los acorriera el Rey; et así non fincara él de tan mala ventura como fincó, nin cobraran los Moros el castiello. Et maguer que en esto fizo él grand maldad, pero grand daño traxo a este fecho el detardamiento quel Rey fizo en quanto el castiello estido cercado: ca Vasco Pérez ovo desafuciamiento, porque pasaba el tiempo quel Rey le enviara decir que era llegado a Sevilla, et que le acorría; como quier que por esto non debiera él facer lo que hizo. Et agora la estoria deja de contar de esto, et tornará a contar de cómo el Rey veno a Gibraltar.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 248-249).

## GRANADA Y LA CORONA DE ARAGÓN

*En los momentos más difíciles o en los días de paz y amistad entre Aragón y Castilla, los dos grandes reinos cristianos de España unían sus armas contra los moros de Granada y de África. Pero desde la muerte del Rey Sabio hasta el Compromiso de Caspe, que llevó una dinastía castellana a la corona aragonesa, fueron frecuentes las pugnas, las enemistades, los choques pasajeros y aun, a veces, las ásperas guerras entre los soberanos de las dos monarquías. Durante esos períodos de enemistad, la eterna ley de las alianzas entre los enemigos del adversario común, acercaba a Granada a Aragón contra Castilla. Los nazaríes granadinos jugaban pues con triple baraja: ora acercándose a los castellanos contra los marroquíes, ora combatiendo a aquéllos junto a los "Beni Merines", ora aliándose con los Jaimes o los Pedros de Aragón contra los Fernandos, los Alfonsos o los Pedros de Castilla. He aquí un tratado de alianza que descubre el último y sutil juego de la diplomacia de Granada.*

*Tratado de paz y alianza entre Muhammad II de Granada y Jaime II de Aragón contra Castilla.*

Último día de Rabi segundo de 701 [31 de diciembre de 1301, ó 1º de enero de 1302].

Sepa todo aquel que leyere el presente escrito, que Nos el Príncipe, siervo de Dios, Muhammad, hijo del Príncipe de los musulmanes Abu Abd Allah ben Nasr, Sultán de Granada y Málaga y sus dependencias, y Príncipe de los Musulmanes, accedemos, augusto soberano D. Jaime, Rey de Aragón, Valencia y Murcia, y Conde de Barcelona, a ser vuestro fiel amigo y a que haya entre Nos y Vos paz firme y leal amistad, en virtud de la cual, vuestros amigos lo serán nuestros, y vuestros enemigos, las gentes de Cas-

tilla, enemigos para nosotros. Haremos cesar los daños y las correrías de que vuestras tierras y lugares pudieran ser objeto por parte de los nuestros, y no daremos ocasión ni permiso para que ningún vasallo nuestro los lleve a cabo, o los realice, ni por tierra ni por mar.

Y si aconteciera que a alguno de vuestros vasallos, o de vuestros lugares, le sobreviniera cualquier daño de parte de alguien que se halle sometido a nuestra autoridad, nosotros procuraremos que aquel daño sea reparado con toda justicia.

Y Vos, por vuestra parte, seréis igualmente fiel aliado nuestro, según manifestáis en vuestra carta, y os obligáis a mantener con Nos una alianza leal y una paz duradera, siendo amigo de quien lo sea de Nos y enemigo de todo enemigo nuestro, ya sea éste musulmán, o de la gente de Castilla; haréis cesar los daños y depredaciones contra todos nuestros territorios y vasallos, en el mar y en la tierra.

Si ocurriera que alguna comarca de allende el mar, o gentes de aquel país, quedaran bajo nuestra obediencia, observaréis con respecto a ellos las mismas normas seguidas con nuestros restantes territorios de Al-Ándalus.

Si sobreviniera algún daño de parte de vuestros súbditos, o de los habitantes de vuestras villas, a alguno de nuestros vasallos, o habitantes de nuestros lugares de Al-Ándalus, o de los situados en el país de allende el mar, Vos habéis de procurar la reparación de aquel daño en el acto, en el mismo instante, tal como en vuestra carta ofrecéis hacerlo.

Accedemos, igualmente, a que vengan a nuestro país todos los que deseen comerciar en cualquier clase de mercaderías de vuestro país, que tengan por conveniente. Se les permitirá exportar cuantos artículos deseen, y se hallarán en completa seguridad sus personas y sus bienes, sin más que satisfacer los obligados derechos, con arreglo a la tasa acostumbrada, y a ellos les serán liquidados en las aduanas los derechos que les correspondan con arreglo a la costumbre.

Y asimismo, todos los negociantes que desde nuestro país se dirijan al vuestro, gozarán de absoluta seguridad para sus personas y sus bienes, y les será permitido exportar de vuestro territorio toda clase de mercancías que deseen. Pagarán los derechos establecidos, según la costumbre, sin añadir ningún nuevo aumento a los ya establecidos, y les serán liquidados los derechos que les correspondan, conforme proponéis en vuestra carta.

Accedemos, asimismo, a prestaros nuestra ayuda contra la gente de Castilla en las guerras contra Vos. Y si acaeciese que el actual Señor de Castilla, o sus fuerzas, vinieran contra Vos por la parte de Murcia, en el acto os ayudaríamos con todo nuestro poder. Y no concertaremos con ellos paz ni tregua, si no es de acuerdo con vuestra opinión y con ventaja para Nos y para Vos.

Por vuestra parte, Vos os comprometéis, igual que nosotros, a hacerles la guerra y a realizar incursiones contra todos sus territorios, y no haréis con ellos paz ni tregua, si no es con nuestra conformidad y con provecho vuestro y nuestro al mismo tiempo, para que nuestra mutua situación (con

respecto a ellos) sea una misma, tanto en caso de avenencia, como de hostilidad.

Y nos ayudaréis contra ellos, cuando necesitemos de vuestros auxilios, con todo vuestro poder, conforme proponéis en vuestra carta.

Accedemos, asimismo, a ayudaros en tierras de Murcia con jinetes de nuestro país... si de ello tenéis necesidad, a condición de que se les organice en vuestra tierra... la comida y el pienso, desde el día de su salida de nuestros dominios hasta el de su regreso. Dispondréis, además, que se les indemnice el importe de las cabalgaduras que mueran en vuestro servicio, desde el día que salgan de nuestro territorio hasta el de su regreso al mismo.

Accedemos, asimismo, a que si... Murcia, os lo devolveremos inmediatamente. Y si fuera cualquier otro sitio del territorio de Castilla, no tendréis nada que oponer a ello. Y si cayere en vuestro poder algún lugar del reino de Castilla, tampoco hemos de hacer nosotros ninguna oposición, a no ser que se trate de alguno de los lugares que nos pertenecen, como son Tarifa... y Quastal, porque si ocurriera que estos lugares, o algunos de ellos, quedaran en vuestro poder, nos los habréis de restituir en el acto, sin dilación alguna y sin necesidad de ulterior reclamación. En el caso de que dichos lugares, o algunos de ellos, quedaran en poder del Rey D. Alfonso, o de su hermano el Infante D. Fernando, nos habréis de apoyar para que se cumplan debidamente los conciertos que con ambos tenemos establecidos, con vuestro testimonio y con vuestra garantía de que los lugares en cuestión nos serán devueltos en el mismo instante, sin dilación alguna y sin necesidad de pedirlo.

También prohibiréis a vuestros súbditos que se dirijan a Sevilla, o a cualquier otra localidad situada en territorio de nuestros enemigos, por mar o por tierra, para negociar en ellas. Y si alguno entrara en cualquiera de las plazas referidas, se le aplicará la misma ley que a los enemigos con quienes se halla.

Y para que así conste y quedéis bien persuadido de ello, mandamos escribir el presente documento, en el cual ponemos nuestra signatura y nuestro sello, el último día de Rabi, segundo del año setecientos uno.

Ha sido escrito en la fecha indicada. — Fin.

De *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón* (M. Alarcón y García Linares, 8).

## PIRATERÍAS

*Arrinconados en las serranías granadinas, los musulmanes españoles tuvieron que volver sus ojos al mar para buscar, en él, caminos que les unieran a los otros pueblos islamitas de África. Pero esos caminos marítimos no ofrecían seguridad. La Corona Aragonesa había creado un imperio mediterráneo que saltaba de las Baleares a Cerdeña y a Sicilia, y llegaba hasta los ducados de Atenas y Neopatria. Para mantener ese imperio había armado*

*una flota que dominaba el mar y protegía un activo comercio; un comercio del que no eran excluidos los puertos de los sultanatos africanos. Las naves granadinas tropezaron más de una vez con los navíos mercantiles y guerreros de los reyes de Aragón, y hubieron de sufrir no pocos daños como consecuencia de tales encuentros. Las pacíficas relaciones de los soberanos de Granada con los aragoneses permitieron a aquéllos reclamar ante ellos contra tales piraterías.*

## I

*Carta de Yusuf I de Granada a Alfonso IV de Aragón, en que se excusa de no haber sabido que eran súbditos de Aragón unos individuos vendidos en Almería por genoveses, y dice hacer gestiones para que sean recuperados.*

30 Chumada II de 735 [24 febrero 1335]

Al egregio, excelso, honorable, altamente reputado, digno de gratitud y fidelísimo Monarca, D. Alfonso, Rey de Aragón, Soberano de Valencia, Señor de Cerdeña y Córcega y Conde de Barcelona. ¡Dios, con su poder, conserve incesantemente en él la fortaleza que le presta su divino apoyo, y otórguele su asistencia para aquello que Él ama y a Él complace!

El que mucho estima a Su Realeza, el agradecido a su cordialidad de sentimientos, el que encuentra satisfacción en su amistad, el muy devoto de Su Majestad, el que conoce los designios que abriga y el proceder que observa con los monarcas leales, el Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes, Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr.

Después de lo dicho, escribimos a Vos ésta desde la Alhambra de Granada. ¡Dios vele por ella!

Por merced de Dios —¡glorificado sea!—, nada ocurre que no sean bienes de todo género y dichas que a todo se extienden —¡gracias innúmeras le sean dadas! —Vuestra Majestad es altamente reputada; la lealtad de vuestro proceder, profundamente agradecida, y vuestro rango entre los reyes, conocido y notorio.

Sigue a esto que ha llegado vuestra respetable carta, referente a los individuos que han vendido los genoveses en Almería y que, según manifestáis, son naturales de vuestro país.

Tened entendido que si nosotros llegamos a saber que eran naturales de vuestras tierras, no se habría tolerado su venta y os los habríamos enviado, procediendo de acuerdo con las exigencias de la lealtad a las promesas, pues nosotros respetamos fielmente los compromisos con Vos contraídos. No obstante, en el momento de llegar vuestra carta, enviamos a Almería una relación con los nombres de esas personas, ordenando que las busquen y las recuperen de manos de aquellos en cuyo poder se halla-

ren. Nosotros, con el poder de Dios, procederemos en el caso presente tal como lo exige la lealtad y tal como lo requiere la gran estima en que tenemos vuestra amistad.

Sabedlo así y Dios —¡glorificado sea!—, con su poder, mantenga incesantemente la fortaleza que os presta su divino apoyo, y os conceda la dicha de serle obediente y de merecer su divina complacencia.

El saludo corresponde al vuestro, reiterada y efusivamente.

Ha sido escrita en el día que cumple los treinta del mes de Chumada, postrero del año setecientos treinta y cinco.

Esto es válido.

## II

*Carta de Yusuf I de Granada a Pedro IV de Aragón, enviándole la lista de la cantidad de trigo apresado a unos súbditos del Rey Nazar, en una nave valenciana.*

10 de Xaban de 745 [17 diciembre 1344]

Dios conceda al excelso Monarca D. Pedro, Rey de Aragón, una felicidad constante, ajustada a su divina complacencia, y duplíquele, merced a ésta, los favores de su generosidad.

Esta relación contiene lo que nos consta, en virtud de documentos debidamente autorizados, que fue cogido a los naturales de nuestros dominios, en la nave de ¿Bonanat Bosch?, vecino de Valencia, según va indicado.

Ali, hijo de Ibraim, hijo de Qasim, vecino de Málaga. Le cogieron dos cahices de trigo de la medida de Anfa, cada uno de los cuales contiene ciento veintiuna copas de trigo de las usadas en Al-Ándalus. Resultan, por tanto, para los dos cahices doscientas cuarenta y dos copas. — Fin en lo referente al trigo.

Qasim, hijo de Abd Allah al-Saqqa, vecino de Málaga. Le tomaron en aquella partida de trigo seiscientas catorce copas del mismo.

Musa, hijo de Muhammad al-Kawab, vecino de Málaga. Le cogieron trescientas cincuenta y cuatro copas.

Muhammad, hijo de Yahya, hijo de Humayd al-Amih. Le cogieron mil seiscientas ochenta y una copas de aquel trigo.

Nos consta que los cinco individuos nombrados son naturales de nuestros dominios, y que la cantidad que se les cogió es la que va detallada, con cada uno de sus nombres.

El saludo corresponde al vuestro, repetida y cordialmente.

Ha sido escrita por orden del Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr —¡Dios le fortalezca con su apoyo!—, el décimo del venerado Xaban del año 745.

Esto es válido.

## III

*Lista de personas apresadas en la nave de Berenguer Ladón, de Barcelona.*

Lista de nombres de los individuos, naturales de Al-Ándalus, que fueron cautivados, y cuyos bienes les fueron tomados en la nave Berenguer Ladón, de Barcelona, y de los otros cristianos que junto con él se mencionan en la carta:

Muhammad, hijo de Hasan el de Orán, vecino de Almería. Se apoderó de su dinero el patrón de la nave, y él fue cautivado. Luego se rescató por cuarenta dinares, en moneda de oro. Sus efectos fueron cogidos por la marinería y los corsarios. — Fin.

Muhammad, hijo de Saad, el conocido por Juraysa, vecino de Almería. Se apoderó de su dinero el patrón de la nave, y él fue cautivado. Se rescató por cuarenta y cinco dinares, en moneda de oro. — Fin.

Al-Hachch al-Saqqa, vecino de Málaga. Le cogieron el dinero y él quedó prisionero. Aún permanece en cautividad. — Fin.

Muhammad, hijo de Ali al-Rumi. Le tomaron el dinero y lo hicieron cautivo. Se rescató por treinta dinares, en moneda de oro. — Fin.

Ibrahim el de Guadix. Le quitaron el dinero y lo hicieron cautivo. Aún permanece en cautividad. — Fin.

Muhammad al-Marini. Le tomaron el dinero y lo cautivaron.
Fin de la relación.

De *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón* (M. Alarcón y García Linares, 80, 116 y 121).

## EL SALADO: ÁFRICA EXPULSADA DE ESPAÑA

*Dueños de Gibraltar y de la costa que se extendía, hacia Levante, hasta tierras de Ronda, los marroquíes se sintieron con fuerza para emprender en España una gran aventura conquistadora. La flota de los "Beni Merines" venció a la castellana. Grandes huestes africanas cruzaron el Estrecho y sitiaron Tarifa. Granada hubo de plegarse a ellos. El peligro para la cristiandad hispana era enorme. Las discordias civiles de Castilla, provocadas por la levantisca aristocracia, poderosa después de la crisis dinástica, dejaban abiertas grandes brechas en la fortaleza militar castellana. Pero Alfonso XI era monarca de gran energía y bravura, y, si en las Navas de Tolosa, Aragón y Navarra ayudaron a Alfonso VIII, ahora Portugal vino en socorro de Castilla; los musulmanes fueron vencidos en las orillas del Salado, en la punta meridional de España, por donde el Islam había entrado en la Península, y África fue para siempre expulsada de la tierra hispana.*

Otro día lunes veinte et ocho días andados del mes de Octubre, este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León levantóse antes que

amanesciese. Et como quiera que ante que allí llegase avía confesado, et traía consigo siempre el su confesor, pero en aquella mañana confesó: et Don Gil Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, que fué después Cardenal de España, díxole la Misa, et comulgólo: et el Rey rescibió el cuerpo de Dios con grande devoción, et muy humildosamente, como fiel et verdadero Christiano: et todos los más de aquella hueste fecieron aquello mismo. Et en todas las huestes los Christianos armáronse de sus armas, et los ricos-homes, et muchos de los caballeros armaron los caballos. Et todos armados salieron del Real, et el pendón de la Cruzada cerca del pendón del Rey: et dexaron allí el real asentado. Et las gentes de pie fueron con Don Pedro Núñez, según que el Rey ge lo avía mandado, como quiera que grand parte dellos fincaron encima de la sierra de la Peña del Ciervo, et éstos eran labradores et omes de poca valía, que fueron en la hueste. Et otrosí los que el Rey de Castilla envió antenoche a Tarifa, salieron todos, et con ellos los que estaban en la villa et en la flota, et pusieron sus hazes ante la villa de Tarifa. Et Albohacen Rey de Marruecos desque vió aquellas gentes cerca de Tarifa, llamó a aquel... Moro que avía aquella noche guardado el Salado, et díxole: que cómo le avía dicho que aquella noche non pasaron Christianos: et ovo desto muy grand pesar. Et el Rey Don Alfonso de Castiella et de León, et el Rey de Portogal que iba con él, desque ovieron pasado de la Peña del Ciervo, vieron a los Reyes Moros cómo estaban sus hazes puestas, et tenían grandes compañas de Moros consigo; et muchos dellos estaban a los vados del río del Salado, porque los Christianos non podiesen pasar. Et el Rey de Castiella tomó su camino a la parte derecha orilla de la mar, contra do estaba Albohacen Rey de Marruecos: et mandó que los pendones et los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando sus hijos, et Garcilaso de la Vega, et Gonzalo Ruiz, su hermano, que eran sus Mayordomos, fuesen delante dél. Et otrosí mandó a Garci Meléndez de Soto mayor, et a Joan Ruiz de Baeza, et a los Donceles de su casa, que andaban a la gineta, et algunos otros de la frontera, que aguardasen a Don Alvar Pérez de Guzmán, et que fuesen con él cerca del tropel del Rey para acorrer do les el Rey enviase mandar. Et el Rey de Portogal tomó su camino a la parte ezquierda cerca de la sierra, contra do estaba el Rey de Granada, et amos estos Reyes fueron a entrar en la sancta et muy bienaventurada batalla que ovieron este día con los Moros. Et desque llegaron al Salado los que iban en la delantera del Rey de Castiella, fallaron que los Moros estaban a los vados por do avían a pasar; et detoviéronse un rato que non pasaron: et dos escuderos entraron por el río, et pasaron allende peleando con los Moros, et matáronlos, que non fueron acorridos. Et cuando el Rey llegó, los de la delantera non eran pasados. Et Don Gil Arzobispo de Toledo, que iba con el Rey, díxole: "Señor, vedes cómo están los de la vuestra delantera que non pasan el río del Salado". Entonce el Rey envió decir a Don Joan fijo del infante Don Manuel con un caballero, que por qué non pasaban él et los de la delantera el río. Et un escudero que decían Garci Jufre Tenoryo, fijo del Almi-

rante que mataron los Moros en la flota, et era vasallo del Rey, et iba en la delantera, dixo a este Don Joan, que la su espada lobera, que él decía que era de virtud, que más debía a hacer en aquel día. Et por lo que el Rey le envió decir, nin por lo que le dixo aquel escudero, Don Joan no quiso facer ninguna cosa, nin acució la pasada: et el su alférez deste Don Joan desque oyó lo que el Rey le enviara decir, et otrosí lo que aquel escudero le dixo, quisiera mover con el pendón para pasar el río: et Don Joan dióle una mazada que lo oviera a derribar del caballo. Et por esto los de la delantera estidieron que non pasaron el río; et muchos de los que esto vieron, toviéronlo por mal, ca rescelaron que este Don Joan non quería servir verdaderamiente al Rey en aquel fecho. Et como quiera que el Rey avía mandado que los pendones de Don Fadrique et de Don Fernando sus fijos que fuesen delante dél, aqueste Gonzalo Ruiz, Mayordomo de Don Fadrique, coydando que facía lo mejor, llegó a una puente muy estrecha, que estaba en aquel río del Salado, et con él algunos vasallos de Don Fadrique; et por acorrer unos omes de pie que estaban allende el río, Gonzalo Ruiz, et aquellas compañas de Don Fadrique pasaron aquella puente: et Garcilaso desque vió que Gonzalo Ruiz su hermano avía pasado la puente, él, con algunos vasallos de Don Fernando, pasó luego. Et éstos fueron los primeros que en aquel día pasaron el río del Salado. Et los Moros eran en aquel lugar mas de dos mil et quinientos caballeros, et los Christianos eran fasta ochocientos. Et luego que estas gentes pasaron, fueron ferir en los Moros que guardaban la pasada de la puente: et los Moros redráronse dellos fuyendo contra las hazes mayores, pero tornaron a ellos. Et estos caballeros estidieron muy firmes sufriendo muchas azagalladas et espadadas, et dando muchos golpes en los Moros; pero los Moros eran muchos, et los Christianos pocos, et estaban en grand afincamiento. Et como quier que aquellos caballeros ficieron esto a buena intención, el Rey quisiera que ovieran fecho según que lo él avía mandado. Pero porque los vió estar en aquel afincamiento, envió mandar a Don Alvar Pérez de Guzmán que los fuese acorrer, et Don Alvar Pérez, et con él aquellos que el Rey le avía dado que le guardasen, pasó la puente, et fué ayudar a Garcilaso, et a Gonzalo Ruiz, et a los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando que estaban en grand afincamiento. Pero cuando llegó Don Alvar Pérez, los Moros avían ferido a Garcilaso: pero todos en uno pelearon en aquel logar con los Moros mucho afincadamente, en manera que los Moros fueron vencidos. Et Don Joan Núñez de Lara, et Don Alfonso Méndez Maestre de Santiago, que iban en la delantera, desque sopieron lo que el Rey envió decir a Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et veyendo cómo el Rey era llegado al río, et estaba en par de ellos, et ellos non lo avían pasado, tomaron sus pendones delante de sí, et pasaron el río del Salado, aviendo grand pelea con los Moros. Et luego que pasaron ellos et sus compañas, los Moros que guardaban aquella pasada, que eran muy grand compaña dellos, venieron ferir muy bravamente en los Christianos: et allí mataron dos escuderos de Mallorcas que venieron cruzados a esta lid.

Et Don Joan Núñez et el Maestre fueron con todos los suyos, et con otras compañas de los de la delantera, que avían pasado con ellos, ferir en los Moros. Et yendo los Moros fuyendo delante dellos, los que levaban los pendones de Don Joan Núñez et del Maestre subieron por un otero, que tenía desde la cerca de la pasada del Salado fasta el alfaneque del Rey Albohacen. Et por esto todos los que guardaban aquellos pendones, fueron en pos ellos. Et Don Joan Núñez et el Maestre quisieran ir en pos los Moros, así como lo avían comenzado; mas desque vieron que los suyos iban todos con los pendones por aquel otero, ovieron a ir en por los sus pendones: et fueron ferir en una grand compaña de Moros que guardaban el real, et la Tunecia, muger del Rey Albohacen, et las otras sus mugeres que y estaban. Et los Moros venciéronse en aquel logar: et dellos comenzaron a fuir contra Algecira, et dellos descendieron fuyendo al valle do estaba el Rey Albohacen. Et luego en esta hora los pendones et los vasallos de Don Enrique, et de Don Tello, et Don Pedro Ponce, et Don Anrique Anríquez, que avían ido a Tarifa, et los caballeros que estaban en esta villa, et los de la flota de Castiella, movieron donde tenían sus hazes puestas, et fueron ferir en una grand compaña de moros que guardaban el Real, que podía ser fasta tres mill omes a caballo, et ocho mill peones, en que avía muchos ballesteros. Et estos Moros otrosí venciéronse luego, et fueron fuyendo de ellos contra la mar, et dellos contra Algecira. Et el muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León pasó el río del Salado, para ir ferir en las hazes de los Moros, et vió que Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et Don Joan fijo de Don Alfonso, et los sus pendones con ellos que fincaban a pos él contra Tarifa encima del otero, et non iban con los otros en la delantera. Et desque el Rey, et todos los que iban con él, ovieron pasado el río, Pero Ruiz Carriello, que levaba el pendón del Rey, sobió al otero, et todas las más de las gentes que iban con el Rey, guiaron en pos de él su pendón. Et Pero Ruiz desque vió que el Rey non iba a pos él, tornóse do el Rey estaba; pero las gentes fueron por cima de aquel otero. Et este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León fincó con muy pocas compañas en el valle do estaba la grand muchedumbre de los Moros: et venieron los Moros a él lanzando muchas saetas de arcos en el tropel de la gente que estaba con él, et diéronle una saetada en el arzón delantero de la siella del caballo en que estaba. Et el Rey esforzó los suyos como ome et Señor de grand corazón, diciendo: *Feridlos, que yo so el Rey Don Alfonso de Castiella et de León: ca el día de hoy veré yo quáles son mis vasallos, et verán ellos quien soy.* Et así como lo dixo, avivó el caballo en que estaba, et quiso ir ferir en los Moros. Et Don Gil Arzobispo de Toledo, que se non partió aquel día todo de cabo del Rey, trabóle de la rienda, et dixo: *Señor, estad quedo, et non pongades en aventura a Castiella et León: ca los Moros son vencidos, et fío en Dios que vos sodes hoy vencedor.* Et como quiera que los que avían fincado con el Rey eran pocos, tomaron muy grand esfuerzo con las palabras que el Rey les decía. Et aquestas pocas de compañas que avían fincado con el

Rey eran caballeros et escuderos, et otros que el Rey avía criado en la su casa et en la su merced; pero eran todos omes que amaban al Rey, et eran omes de buenos corazones, et en quien avía vergüenza. Et porque el Rey fizo merced a algunos destos que vió en aquel tiempo delante sí, el Estoriador escribió aquí los nombres dellos, que eran Sancho Sánchez de Roxas, et Garci García de Grijalva, et Yeñego López de Orozco, et Joan Estevañez de Castellanos. Et estando el muy noble Rey Don Alfonso en aquel tiempo en que avía menester servicio et acorro de los suyos; et porque él avía mandado de ante día a Pero Núñez de Guzmán, cabdiello de las gentes de pie, que fuesen allí cerca dél, en aquella hora cató el Rey si le podría ver para lo mandar llamar: et vió como iba muy redrado por la otra parte cerca de la sierra, por do iba el Rey de Portogal, en manera que se non pudo acorrer de él, nin de las gentes de pie, de que le fizo cabdiello. Et llegaron luego al Rey Don Ruiz Pérez Ponce de León, et con él el Consejo de Zamora, et Don Alvaro, Obispo de Mendoñedo, que fué después Obispo de Orense, et Ruy Páez de Biedma su hermano, que podían ser éstos fasta quatrocientos omes a caballo. Et otrosí llegaron y Don Gonzalo de Aguilar, et con él Concejo de Córdoba, que venían a las espaldas del Rey: et con estas compañas acrecentóse el tropel de la gente do estaba el Rey. Et los Moros que estaban en el valle, desque vieron que estas gentes llegaron al Rey, et que los que salieron de Tarifa, et las otras gentes que sobieron al otero, do estaba el Alfaneque, avían vencido los Moros que guardaban los reales, et descendían el rescuesto ayuso matando et feriendo en los Moros, comenzaron a ir fuyendo contra Algecira. Et el Rey de Castiella et los suyos iban matando et feriendo en ellos: et Don Alvar Pérez, et Gonzalo Ruiz, et los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando iban por otra parte en pos los Moros que avían vencidos, Et el Rey de Portogal con los que el Rey de Castiella le avía dado de los suyos que fuesen con él yendo contra la parte do estaba el Rey de Granada, llegaron al vado, et pasáronlo: ca non estaban y Moros que ge lo defendiesen, por quanto aquel vado estaba muy redrado de las hazes de los Moros. Et desque el Rey de Portogal, et los que iban con él allegaron do estaba el Rey de Granada, los Moros comenzaron la pelea con ellos. Et luego aquel Don Pero Núñez de Guzmán con las gentes de pie del Rey de Castiella. Et los Moros non los esperaron, et comenzaron a fuir: et si non por aquellas gentes de pie, mas porfiaran los Moros la pelea en aquel logar. Et yendo estos Moros fuyendo, juntáronse con los del Rey de Marruecos que iban fuyendo delante del Rey de Castiella. Et el Rey de Castiella iba en pos el Rey Albohacen, et en pos los sus Moros que iban vencidos. Et el Rey de Portogal con las gentes de Castiella, que estaban con él, iban en pos el Rey de Granada. Et amos estos Reyes llegaron fasta el río que dicen Guadamecil siguiendo el alcance, et las sus gentes mataban en los Moros quantos podían alcanzar; et algunos de los Christianos siguieron el alcance mucho más adelante de aquel logar do llegaron los Reyes. Et como quiera que en esta lid rescibieron los Moros grand

daño; pero mucho mayor lo rescibieran, si non fuera porque muchos Christianos se pararon en los reales de los Moros a matar et a cativar los Moros del Rey Albohacen, et las mugeres, et los mozos pequeños, et a robar grandes averes de oro et de plata que y fueron fallados. Et en aquellas mugeres fué muerta aquella Tunecia Hatima fija del Rey de Túnez, et muger de aquel Rey Albohacen, la más honrada que él avía, et una su hermana que dicían Homalfat, et otras tres mugeres horras de aquel Rey: et otrosí fueron y muertas otras Moras, et tomadas et presas, et otras Moras y Christianas mugeres de aquel Rey Albohacen. Et Dios que fué vencedor en esta sancta lid tovo por bien que non moriesen y más de quince a veinte Christianos de los de caballo, que morieron en el comienzo de la pelea; et de los Moros fueron y muertos et cativos muchos dellos; et fué y cativo Abohamar fijo del Rey Albohacen de Marruecos, et matáronle y otros dos fijos que eran mozos pequeños. Et otrosí fué y cativo otro Moro sobrino deste Rey Albohacen, fijo de su hermano Abohali, que fué Rey de Sujulmenza: et fueron y muertos et cativos otros muchos moros de grandes solares et muy poderosos. Et el Rey Albohacen, et el Rey de Granada, que iban huyendo del campo, llegaron a Algecira, et el día era pasado, et la noche venía cerca. Et luego en aquella noche salieron dende, ca rescelaron que los Christianos vernían luego a los cercar: et el Rey Albohacen fué a Gibraltar, et el Rey de Granada fué a Marbella. Et desque aquel Rey Albohacen fué en Gibraltar, pensó que si fuese sabido allende la mar cómo era vencido, que Abderramen su fijo que se le alzaría con el regno de Marruecos: et por esto quisiera luego pasar allende, et ovo rescelo de la flota de los Christianos que vernían aquella noche guardar el estrecho de la mar. Et por esto esperó allí fasta que fué pasada una grand parte de la noche; et cada hora enviaba zabras et bateles armados, que sopiesen si allí era venida la flota de los Chistianos. Et porque sopo que non veniera, entró en una galea, et pasó en aquella noche allende la mar; et pasó consigo todo el aver que le avía fincado en Algecira, et una de las horras que avía dexado en Algecira. Et el Rey Don Alfonso de Castiella desque ovo vencida aquella batalla, pensó que el Rey Albohacen en aquella noche querría pasar allende de la mar, et por esto envió rogar a Don Pero de Moncada, Almirante del Rey de Aragón, que fuese guardar aquella noche el estrecho de la mar en derecho de Algecira et de Gibraltar con las galeas que allí tenía el Rey de Aragón: et non lo quiso facer, magüer que aquella flota venía armada de los dineros del Rey de Castiella: et por esto ovo la pasada desembargada el Rey Albohacen; et el Rey de Granada fuése para su tierra. Et non tan solamente fué este Almirante desmandado en esto al Rey de Castiella, mas aún en aquel día desta sancta batalla non salió de la galea, nin consintió a ninguno de los que y venían que saliesen en ayuda de los Christianos. Et el Rey de Castiella et el Rey de Portogal aquella noche tornáronse a sus reales, donde avían salido cerca de la Peña del Ciervo. Et como quiera que en aquel tiempo non podieron ser contados los Moros muertos, porque morieron muchos en la mar: et otrosí

el alcance fué por muchas partes, et la mortandad dellos fué y muy grande: et algunos omes ovo y que dixieron, que podían ser los muertos más que docientas veces mill personas sin los cativos que fueron muchos; pero la mayor certidumbre que desto se pudo aver fué, que el Rey Albohacen desque fué allende la mar, envió un ginoés que sopiese de sus fijos et de sus mujeres, si eran cativos o muertos, et de otros grandes omes del su regno que morieron et cativaron en esta batalla. Et éste dixo, que luego que el Rey Albohacen pasó allende la mar, que fizo requerir los alcamices, que es así como dicen, los alardes, en que fueron escriptos los nombres de todos aquellos que pasaron la mar, et que por aquella cuenta fallaron, que de la gente que pasó aquende, que menguaban quatrocientas veces mill personas. Et otrosí después algunos Moros venieron al Rey et dixiéronle de aquella gente de los Moros, que pasaron aquende la mar en cinco meses cada día en sesenta galeas, et que los que fincaron, tornaron después en doce galeas en quince días. Et veyendo los que allí eran aquel vencimiento que Dios tovo por bien que los Moros oviesen, entendieron, que si el Rey de Castiella fuera entonces cercar la ciubdat de Algecira, que la pudiera muy aína tomar, et aun el Rey así lo quisiera: pero porque en la hueste de los Christianos non avía viandas para más de quatro días, et que la avía menester para con que tornasen fasta Xerez, por esto moraron allí otro día martes, que fueron ver la villa de Tarifa: et el Rey de Castiella mandóla reparar, ca estaban muy derribadas las almenas de aquella torre que dicían de Don Joan, et estaba derribada grand parte della. Et otro día en la mañana antes que partiese de la Peña del Ciervo, armó el Rey dos caballeros que dicían al uno Gonzalo Ruiz de la Vega, et al otro Garci Garcías de Grijalva, porque le sirvieran muy bien en aquella lid, et dióles heredades. Et los Reyes fuéronse dende para Sevilla: et ante que ende partiesen, fabló con Don Pero de Moncada Almirante del Rey de Aragón, et rogóle, que pues aquellas galeas venían armadas de sus dineros, que estidiesen en la guarda de la mar por algún tiempo. Et agora la estoria dexa de contar lo que ficieron estos Reyes desque llegaron a Sevilla, para lo contar adelante: et diremos agora desta batalla et de la de Ubeda quál dellas es más de loar. A Dios demos gracias.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, pág. 325).

## CÓDIGO DE YUSUF

*La crisis de la potencia militar de Castilla, como inevitable corolario de las guerras civiles que consumieron sus energías durante los reinados de Sancho IV y de Fernando IV y durante la minoría de Alfonso XI, se reflejó en el debilitamiento de su influencia en Granada. Y cuando el reino granadino se liberó, temporalmente, de las discordias intestinas, los sultanes nazaríes, sintiéndose seguros, se preocuparon de la organización de su mo-*

*narquía y del embellecimiento de sus ciudades. Dos largos reinados facilitaron, además, la realización de esas tareas. Al primero de los dos soberanos que gobernaron Granada en los decenios centrales del siglo XIV, a Abu-l-Hachchach Yusuf I [1333-1354], al vencido en el Salado, debemos unas leyes que reglamentan la vida religiosa, administrativa, militar y judicial del reino.*

"Todos los pueblos del reino establecerán escuelas gratuitas y uniformes en su enseñanza".

"En las ciudades dotadas de *aljama* (mezquita) principal habrá sermón y lectura los días festivos; y en los arrabales que constan de doce vecinos se establecerá mezquita con alfaquí y alim, que expliquen la ley a los creyentes y les obliguen a concurrir tanto en invierno como en verano a las cinco oraciones".

"Los habitantes en despoblado acudirán a la oración de los días festivos, saliendo de sus caseríos cuando alumbre el sol, y regresando antes de la noche".

"Se prohibe a todo creyente establecer su morada en sierras ásperas, o en soledades tan apartadas que no le permitan asistir con puntualidad a la mezquita: la población más cercana podrá distar dos leguas".

"Para evitar los perjuicios que puedan resultar a la gente agricultora con las anteriores prohibiciones, se edificarán oratorios en las cortijadas que tengan doce casas".

"Para conservar la reverencia de los templos, se prohibe la reunión de personas de diferentes sexos y edades: los ancianos ocuparán la parte más avanzada del templo; los muchachos se colocarán detrás, y en último término las mujeres: los primeros y los segundos permanecerán hasta que hayan salido todas éstas: se reservará un lugar apartado para las niñas y doncellas, las cuales concurrirán encubiertas con sus velos y con la debida compostura".

"Todo creyente usará en los días festivos sus mejores vestidos, para que su limpieza exterior corresponda a la pureza de su corazón; y se ocupará en visitar y dar limosna a los pobres, en tratar con hombres sabios y prudentes, o en conversar con amigos sobre leyendas apacibles y virtuosas".

"Las fiestas para celebrar las pascuas de Alfitra y de las Víctimas han sido causa de alborotos y de escándalos, y en ellas las loables alegrías de nuestros mayores han degenerado en locuras mundanas. Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose agua de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, de limones dulces y de manojos de flores, mientras tropas de bailarines y juglares turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, de canciones y gritos: se prohiben tales excesos, y se previene el exacto cumplimiento de las costumbres primitivas".

"Las limosnas y donativos que las gentes ricas de las ciudades y aldeas hacen en estos días en dinero, en pan, en granos y en frutos, se repartirán a

los pobres por dos o más personas que merezcan absoluta confianza: en caso de que la limosna fuese excesiva, se formará un depósito para ocurrir a las necesidades de los ancianos, inválidos, enfermos y huérfanos: el sobrante se aplicará al rescate de cautivas y a la reparación de mezquitas, fuentes públicas, caminos, puentes, acueductos y sendas peligrosas en las montañas".

"Siendo las calles y plazas lugares impropios para rogar a Dios, se prohibe hacer en ellas procesiones ni rogativas en tiempo de seca: en tal conflicto deberán los devotos salir al campo, y postrándose en tierra invocarán a Dios con la siguiente plegaria: *Señor piadoso; tú que nos criaste de la nada, que conoces nuestros errores, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los tesoros de tu clemencia, ten piedad de las criaturas inocentes que te imploran, de los sencillos animales, de las aves del cielo que mueren de consunción, y de la tierra cuyas yerbas están ya mustias por falta de agua. Señor; abre tu cielo, vuelve las nubes, desata los aires, envía tus piedades para que vivifiquen la tierra y sus yerbas agostadas que dan mantenimiento a las criaturas: ten piedad, Señor, para que los infieles no digan que desoyes a los verdaderos creyentes*".

"En los regocijos de bodas, en los que se celebran para poner a los recién nacidos bajo el auspicio de las buenas hadas, y en reuniones familiares, sea lícito divertirse con zambras y convites espléndidos; pero obsérvese el mayor decoro, reine la discreción, y no incurra convidado alguno en el abuso de la embriaguez".

"Granada se dividirá en barrios sometidos a la vigilancia de un cadí respectivo: uno de estos asistirá a los mercados para mantener el orden".

"Cada barrio tendrá una demarcación exacta, y una ronda nocturna que vigile y abra y cierre las puertas de sus murallas, como asimismo las principales de la ciudad".

"El caballero o soldado que huya del enemigo, a no verse acometido por fuerzas duplicadas, o sin recibir la orden de los caudillos, únicos a quienes compete decidir el ataque o retirada y saber los secretos y estratagemas de la guerra, será condenado a muerte".

"Se prohibe a los campeadores o almogávares y a los demás individuos del ejército asesinar a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a los inválidos, a los enfermos, a los ermitaños o frailes cristianos, a no sorprenderlos armados o en ayuda directa del enemigo".

"Los despojos y presas se repartirán en la forma siguiente: después de deducir el quinto para el rey, cada individuo puede tomar cuanto necesite para satisfacer su hambre, aplicando lo restante al acervo común. El jinete recibirá dos partes; el infante una; el que preste cualquier trabajo en la hueste o arrostre peligro no siendo soldado, será remunerado debidamente, previos los informes de los cabos y generales".

"El judío o cristiano que se convierta al islamismo en villa o fortaleza conquistada, recobrará sus bienes, y si estuviesen ya repartidos, recibirá una indemnización por justiprecio".

"Se prohibe que los hijos de familia salgan en cabalgadas o correrías sin beneplácito de sus padres, a no ser en caso de suma necesidad; como asimismo que partan en peregrinación a la Meca sin licencia expresa de su padre, madre, abuelos o tutores".

"El adulterio, el homicidio y otros delitos que producen pena de muerte, necesitan prueba de cuatro testigos presenciales y uniformes; el adúltero morirá apedreado; el soltero que infrinja las leyes de la castidad, sufrirá cien azotes y un año de destierro, si no consiente en dar su mano a la estuprada".

"El juez puede agravar o disminuir la pena del ladrón según las pruebas, pero mitigando la dureza de los castigos usados hasta el día".

Trad. Lafuente Alcántara: *Historia de Granada*, III, 165.

## TRÁGICA MUERTE DEL REY BERMEJO

*Las discordias civiles ensangrentaron con frecuencia el reino de Granada. Una de ellas arrojó del trono a Muhammad V y llevó a él a su homónimo, llamado el Rey Bermejo. El sultán desposeído huyó a África y de allí volvió, con tropas de los "Beni Merines", para recobrar su reino. Ya en España, se alió con don Pedro el Cruel, y el sultán usurpador fue poco a poco abandonado por sus gentes. Vencido, el Rey Bermejo se acogió a la postre a la corte castellana, pero no contaba con la loca crueldad del monarca de Castilla y pereció, trágicamente, en Sevilla, alanceado por el castellano.*

### CÓMO EL REY ENTRÓ OTRA VEZ EN EL REGNO DE GRANADA, E GANÓ ALGUNOS LOGARES; E CÓMO SE VINO EL REY BERMEJO A SEVILLA A LA MERCED DEL REY

El Rey Don Pedro tornó otra vez a entrar en el Regno de Granada, e ganó estos logares: el Burgo, e Hardales, e Cañete, e Turón, e las Cuevas, e otros castillos; e dende tornóse para Sevilla. E acaesció así, que por quanto el Rey ganaba mucha tierra de los Moros, por lo qual todos ellos se quexaban, e decían al Rey Bermejo, que estonce estaba por Rey en Granada, que por la contienda que él avía con el Rey Mahomad se perdía la tierra de los Moros e el Regno de Granada, el Rey Bermejo ovo grand miedo de estas palabras que se decían por todo el Regno de Granada, e pensó que non lo podrían sofrir, nin él mantener, lo que avía comenzado: e ovo su consejo con un Caballero muy grande que era con él e tenía su partida, e era del Regno de Benamarin, e decíanle Don Edriz Abenbululа, e era fijo de Don Hozmin, el que venciera a los Infantes Don Juan e Don Pedro en la vega de Granada, e fuera después vencido de Don Juan, fijo del Infante Don Manuel, en la pelea de Guadalherce. E este Rey Bermejo, e Don Edriz Abenbululа con él, e otros Caballeros de su casa, en quien él

se fiaba, e fueron al comienzo con él en consejo que tomase el Regno al Rey Mahomad, e después acá siempre tovieran con él, agora desque vieron que las cosas se ponían de cada día peor, e que non podía el Rey Bermejo mantener guerra contra el Rey de Castilla, e otrosí por la división que era entre los Moros, acordaron que el Rey Bermejo se viniese poner en la merced del Rey de Castilla, e en su poder, diciendo que el Rey desque le viese avría piedad dél, e aun por ventura que le amaría más que al otro Rey Mahomad, por quanto este Rey Bermejo era buen Caballero por su cuerpo, e podría bien servir al Rey do le él mandase ir en qualquier guerra. E acordó el Rey Bermejo de se ir para el Rey Don Pedro, e de levar las mejores e más ricas joyas que tenía, que fueran de la casa de Granada para se aprovechar dellas si tal caso le contesciese. E puso luego por obra todo el consejo que oviera con los suyos, e partió de Granada con trecientos de caballo, e docientos de pie, e vínose luego para una villa del Rey que dicen Baena, do estaba por frontero el Prior de Sant Juan, que decían Don Gutier Gómez de Toledo, e Caballeros del Rey. E ellos le rescibieron muy bien, e le preguntaron cómo venía: e él les dixo que se venía a la merced del Rey, e ponerse en su poder, e que les rogaba que le pusiesen delante del Rey. E el Prior de Sant Juan, e los Caballeros que eran en Baena dixieron al Rey Bermejo que les placía de ir con él al Rey; e fuéronse para Sevilla do el Rey estaba.

## CÓMO EL REY BERMEJO, E DON EDRIZ FABLARON CON EL REY

Llegaron a Sevilla el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros Caballeros Moros que con ellos venían, e fueron do el Rey estaba en el su Alcázar, e ficiéronle grand reverencia; e el Rey los rescibió muy bien: e luego un Moro que venía con el Rey Bermejo, que sabía fablar lenguage christianiego, dixo al Rey así: "Señor: el Rey de Granada mi Señor, que aquí está delante
" la tu merced, conosce e sabe que los Reyes de Granada son e fueron
" siempre vasallos de los Reyes de Castilla cada vez que han treguas Chris-
" tianos e Moros, e dieron parias e presentes muy grandes en señal de seño-
" río a los Reyes de Castilla, e los tovieron por señores en todos sus fechos:
" e por ende tiene mi Señor el Rey, que pues él ha pleyto con Mahomad,
" Rey que se llama de Granada, que tú debes ser juez deste fecho: e por
" ende viene a la tu merced. E este Rey de Granada mi Señor, que está
" delante la tu merced ha pleyto con el dicho Mahomad porque usa mal
" contra los Moros del Regno de Granada, por lo qual todos le aborrescie-
" ron, e le quieren grand mal, e todos tomaron a mi Señor, el Rey que está
" delante la tu merced, por su Rey e su Señor, ca viene de linage de Reyes,
" e lo debe ser. E, Señor, quanto a la guerra que el dicho Mahomad le
" podría facer, él non la temería; empero non puede defenderse de ti, que
" eres su Rey, e su Señor, a cuya obediencia él debe estar. E para esto ovo
" su consejo e acuerdo con Don Edriz, que aquí está con él delante la tu

" merced, que es Caballero de grand linage, e otrosí con muchos Caballeros " Moros de la casa de Granada de quien se fía, e quieren la honra e servicio " de la casa de Granada, cómo faría, o cómo debía facer en tal priesa como " esta; e todos le consejaron que se viniese poner en la tu merced e en tu " poder: e su acuerdo dél e de los Moros que con él vienen, es poner todos " sus fechos e contiendas que han con el dicho Mahomad por el Regno " de Granada en la tu mano e en el tu juicio. E por ende, Señor, en la tu " merced es él, e todos los que aquí vienen con él; e muestra, Señor, en " esto agora tu grandeza, e la nobleza de la Corona de Castilla, e aved pie- " dad del que se pone en la tu misericordia, e ayúdale a su derecho". E dixo estonce Don Edriz Abenbululla al trujamán que esto decía, que dixese al Rey Don Pedro, que si su merced era de tomar este pleyto en su mano, que faría en ello obra de Rey e de Príncipe muy grande e piadoso, e que él lo podría muy bien librar entre el dicho Mahomad e este su Señor que a su merced veniera; e si su voluntad era en otra guisa, que fuese su merced de poner al Rey su señor que allí veniera, e a los que con él venieron, allén la mar en tierra de Moros. E el Rey Don Pedro, desque ovo oído todas estas razones que aquel Moro trujamán del Rey Bermejo le dixo, e lo que decía Don Edriz, respondióles, que a él placía mucho con la venida del Rey, e de Don Edriz e de todos los otros que en su compañía venían: e que quanto era en la contienda que era entre él, e el Rey Mahomad, que entendía tener en ello tales maneras como se librase bien. E el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros Caballeros que con ellos venían, desque sopieron por el trujamán la respuesta que el Rey diera, fueron muy alegres, e abaxaron sus cabezas, e dixeron en su arábigo todos: "Señor, Dios te mantenga: ca en esta fiuza de la tu noble respuesta e grand defendimiento vino nuestro señor el Rey, e nosotros con él a la tu merced". E el Rey mandó dar posadas al Rey Bermejo, e a Don Edriz, e a los que con ellos venieron, en la judería de Sevilla: e ellos se fueron luego para allá, e aseguraron todos en sus posadas, e estaban muy alegres, teniendo que sus fechos estaban en bien, pues que tal respuesta avían del Rey.

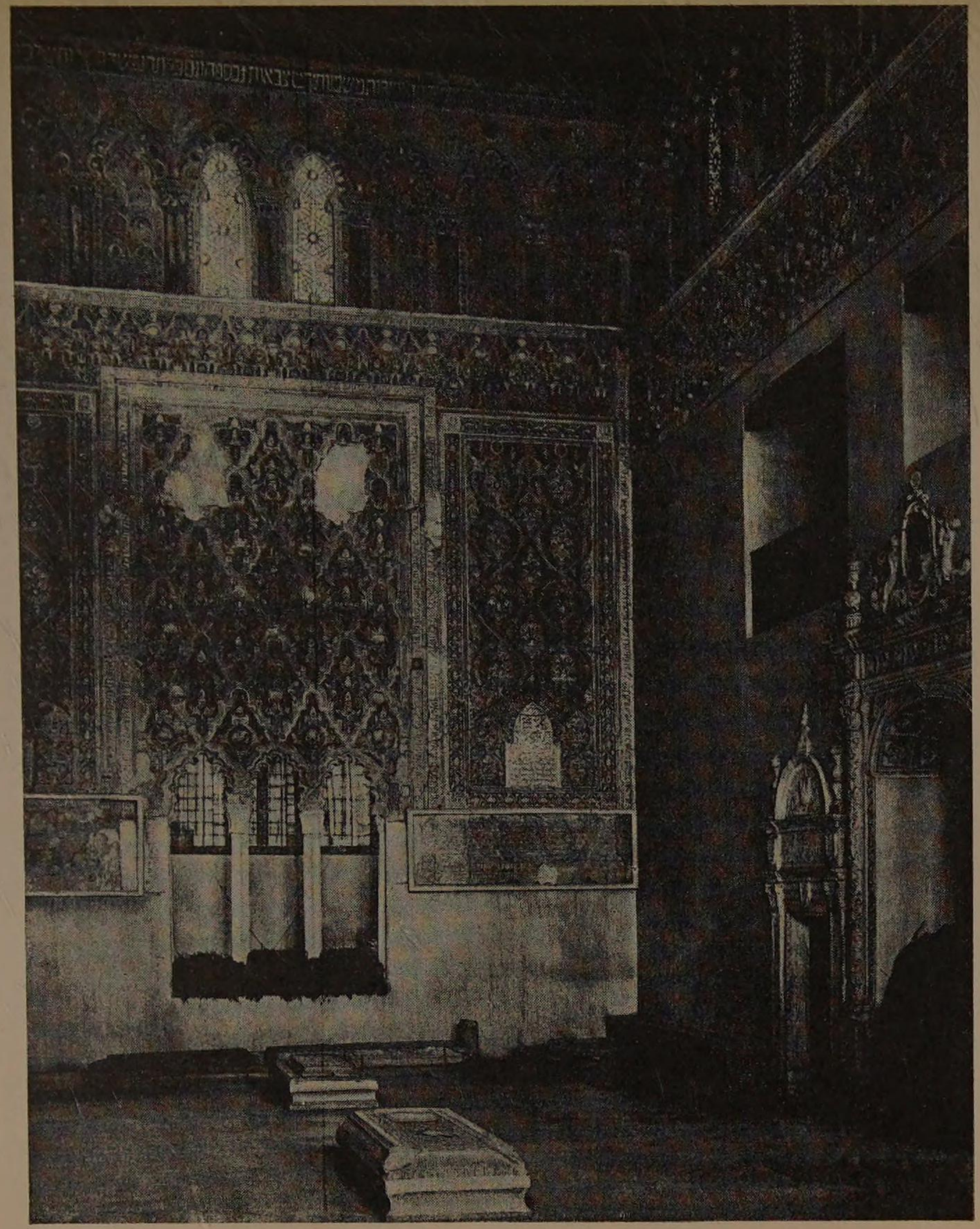
## CÓMO FUÉ PRESO EL REY BERMEJO, E DON EDRIZ, E LOS OTROS QUE VENIERAN CON ÉL

Porque la cobdicia es raíz de todos los males del mundo, puso al Rey Don Pedro en corazón todo lo que adelante oiredes que se fizo; como quier que todo esto que él fizo decía que lo ficiera sin carga ninguna suya, ca el Rey Bermejo veniera a él sin ser asegurado; e otrosí que lo facía faciendo justicia del Rey Bermejo, por quanto él se levantara e alzara contra el Rey Mahomad, que era su Señor. Empero pesó dello a todos los que amaban servicio del Rey: e la manera como esto se fizo dañó mucho en la su fama. El Rey sopo luego cómo el Rey Bermejo traía muchas joyas ricas de aljófar e piedras preciosas, e ovo grand cobdicia dellas, e

mandó al Maestre de Santiago Don García Alvarez de Toledo que convidase otro día a cenar al Rey Bermejo, e a todos los mayores e más honrados que con él venieron; e el Maestre fízolo así, e el Rey Bermejo, e Don Edriz, e fasta cincuenta Caballeros de los mejores que con él venían, fueron otro día a cenar con él a su posada. E después que ovieron cenado, estando asosegados a las mesas, que ninguno non era levantado, entró Martín López de Córdoba, Camarero del Rey, e su Repostero mayor, e con él omes de armas, e llegó do estaba el Rey Bermejo asentado a la mesa, e tomóle preso, e eso mesmo prendió a Don Edriz, e otrosí prendieron todos los otros Moros que cenaban con el dicho Rey Bermejo; e otros omes de armas fueron por mandado del Rey a la judería, e prendieron todos los otros Moros que y fallaron. E luego que el Rey Bermejo fué preso, fué catado a parte si tenía algunas joyas consigo, e falláronle tres piedras balaxes muy nobles e muy grandes, e fallaron a un Moro pequeño que venía con él un correón en que traía sietecientas e treinta piedras balaxes; e fallaron a otro Moro pequeño, que era su Page, aljófar tan grueso como avellanas mondadas cien granos; e a otro Moro pequeño fallaron otra partida de aljófar tan grande como granos de garvanzos, que podía aver un celemín; e a los otros Moros fallaron a cada uno a qual aljófar, a qual piedras, e levárongelo luego todo al Rey. E a los Moros que fueron presos en la judería fueron falladas doblas e joyas, e todas las ovo el Rey.

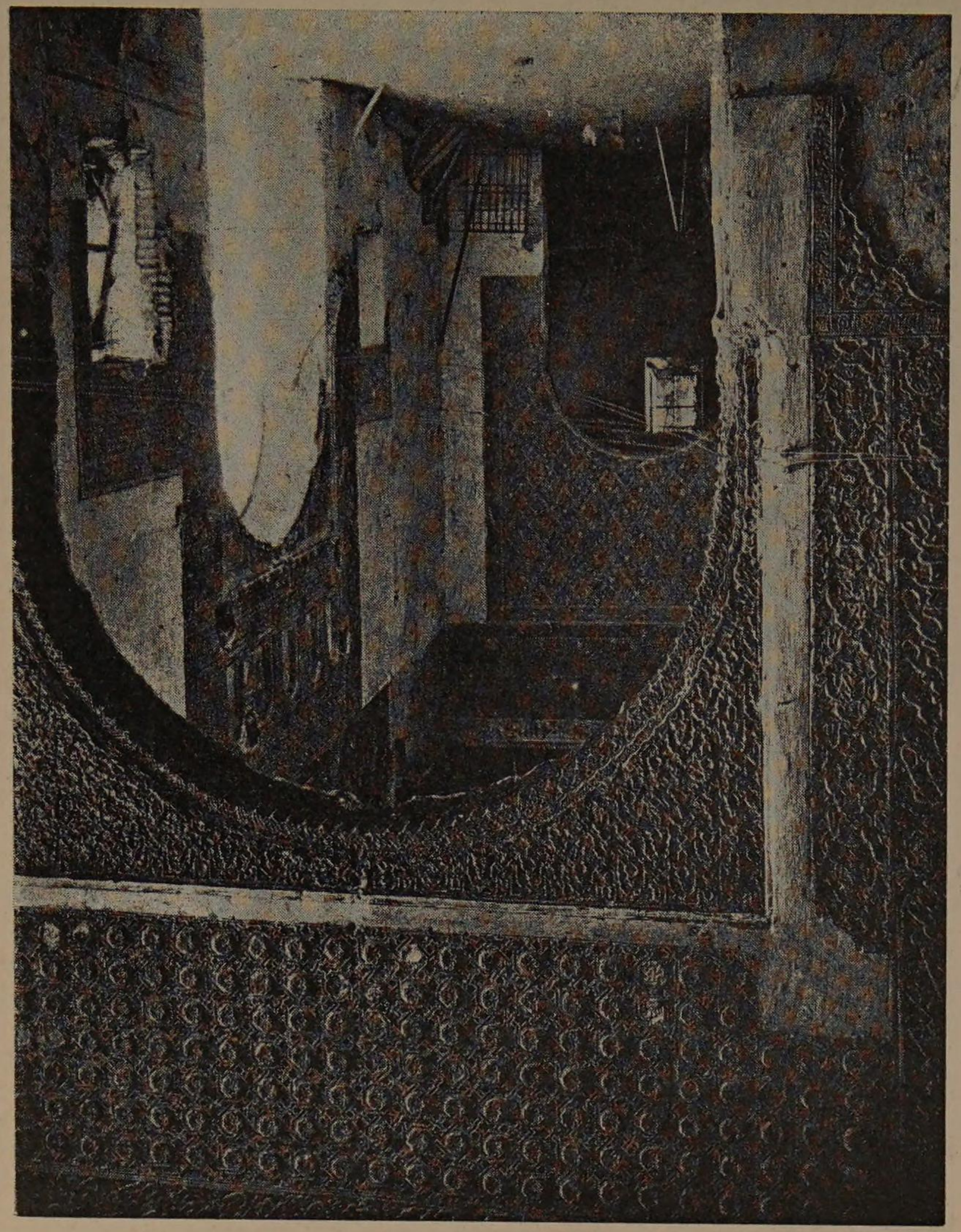
## DE CÓMO FUÉ MUERTO EL REY BERMEJO, E OTROS CABALLEROS CON ÉL

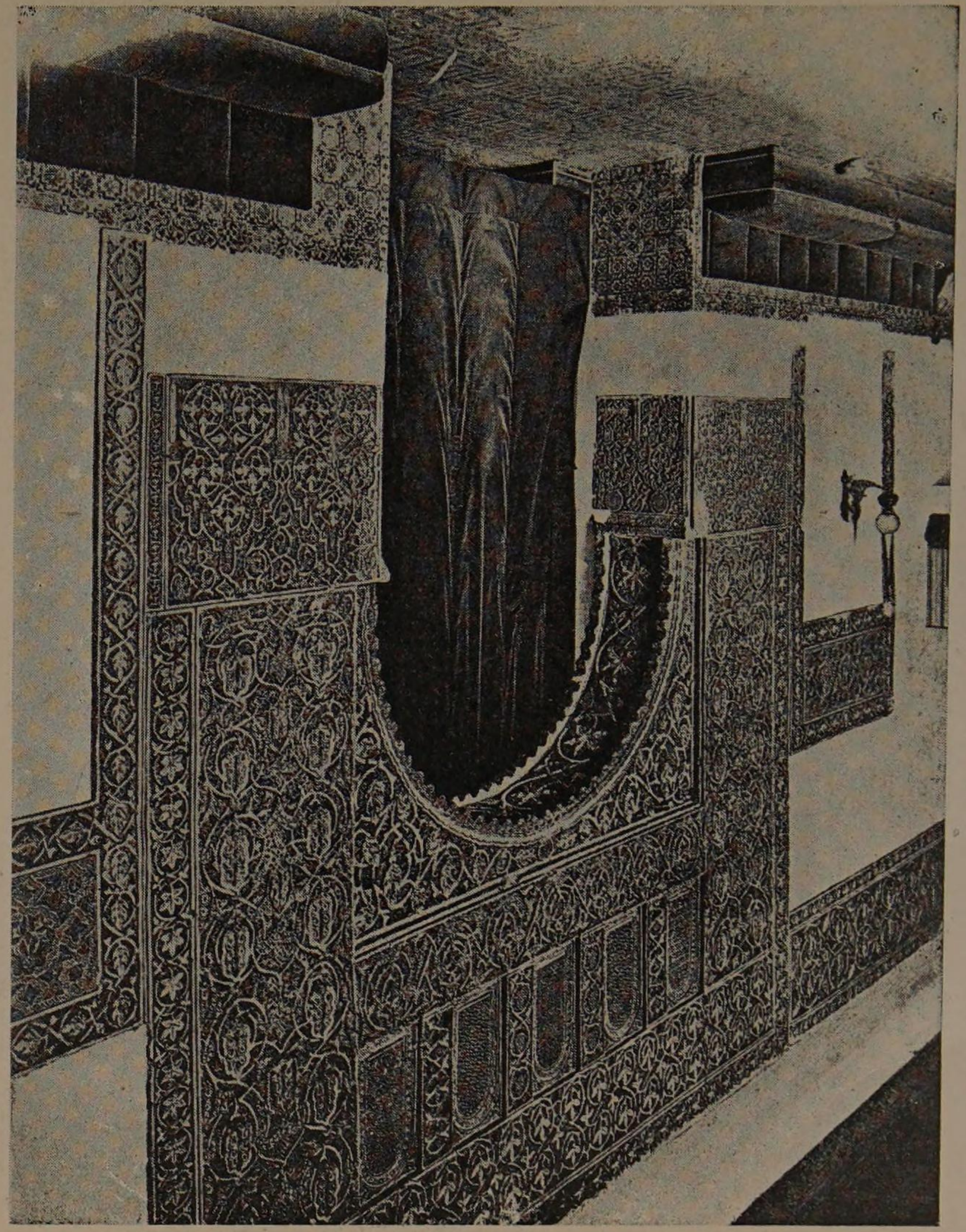
El Rey Bermejo, después que fué preso aquella noche, fué levado él, e Don Edriz, e los Caballeros que con él fueron presos, a la Tarazana: e dende a dos días el Rey Don Pedro fizo sacar al Rey Bermejo a un campo grande que es en Sevilla de la parte del Alcázar, que dicen Tablada, montado en un asno, e vestida una saya de escarlata que él tenía, e con él de los sus Moros treinta e siete, e fízolos todos matar. E el Rey Don Pedro le firió primero de una lanza, e díxole así: "Toma esto, por cuanto me fecistes facer mala pleytesía con el Rey de Aragón, e perder el castillo de Ariza". E el Rey Bermejo, desque se vió ferido, dixo al Rey en su arábigo: "¡Oh qué pequeña caballería feciste!" E fueron allí ese día muertos con el Rey Bermejo en Tablada los treinta e siete Caballeros moros de los que con él venían; e los otros Caballeros, e los de pie, que serían fasta trescientos fueron todos presos, e puestos en la Tarazana. E fué preso aquel Moro muy honrado que venía y, que era de allén mar, de quien avemos dicho que avía nombre Don Edriz Abenbululа, fijo de Don Hozmín. E decía el pregonero por mandado del Rey Don Pedro así: "Esta justicia manda facer nuestro señor el Rey a estos traydores, que fueron en la muerte del Rey Ismael su Rey e su señor". E la razón era ésta. Este Rey Bermejo, e otros Caballeros mataron al Rey Ismael de Granada, hermano del Rey Mahomad, en otro tiempo, cuydando que los del Regno tomarían por su Rey a este Rey Bermejo, que era Arraez estonce; e non se fizo así, ca los

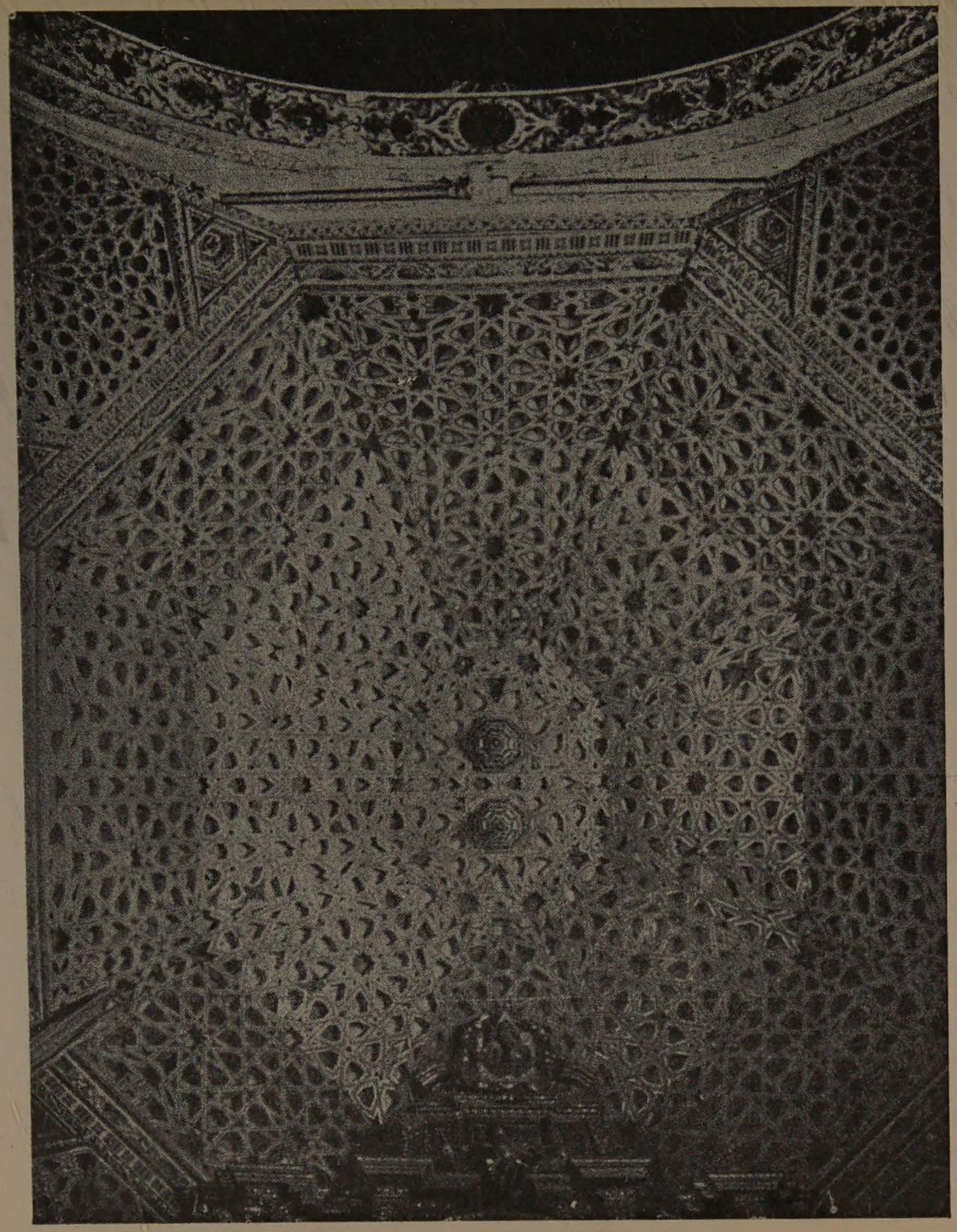


Toledo. Sinagoga del Tránsito.

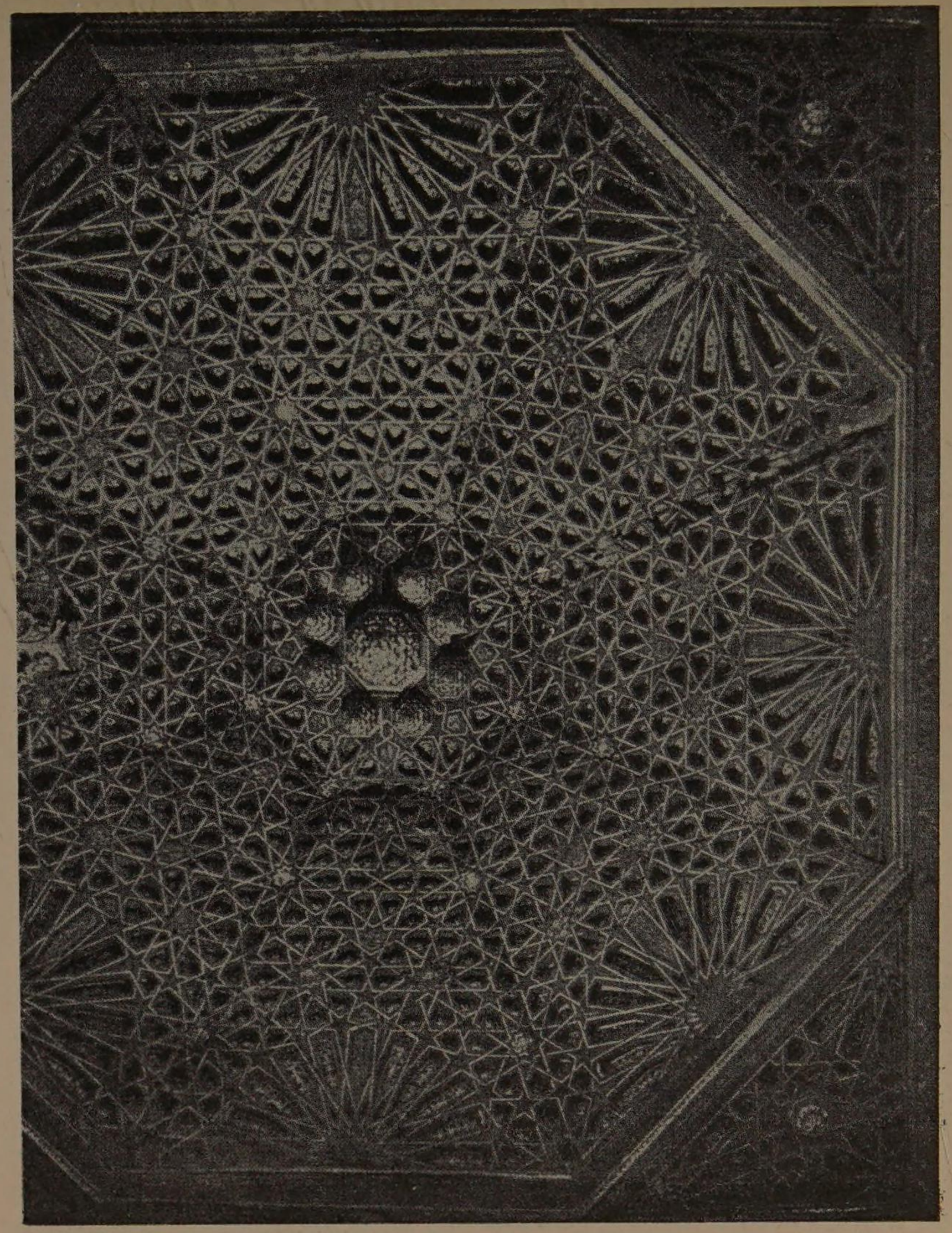
Toledo. Sinagoga de Santa María la Blanca.



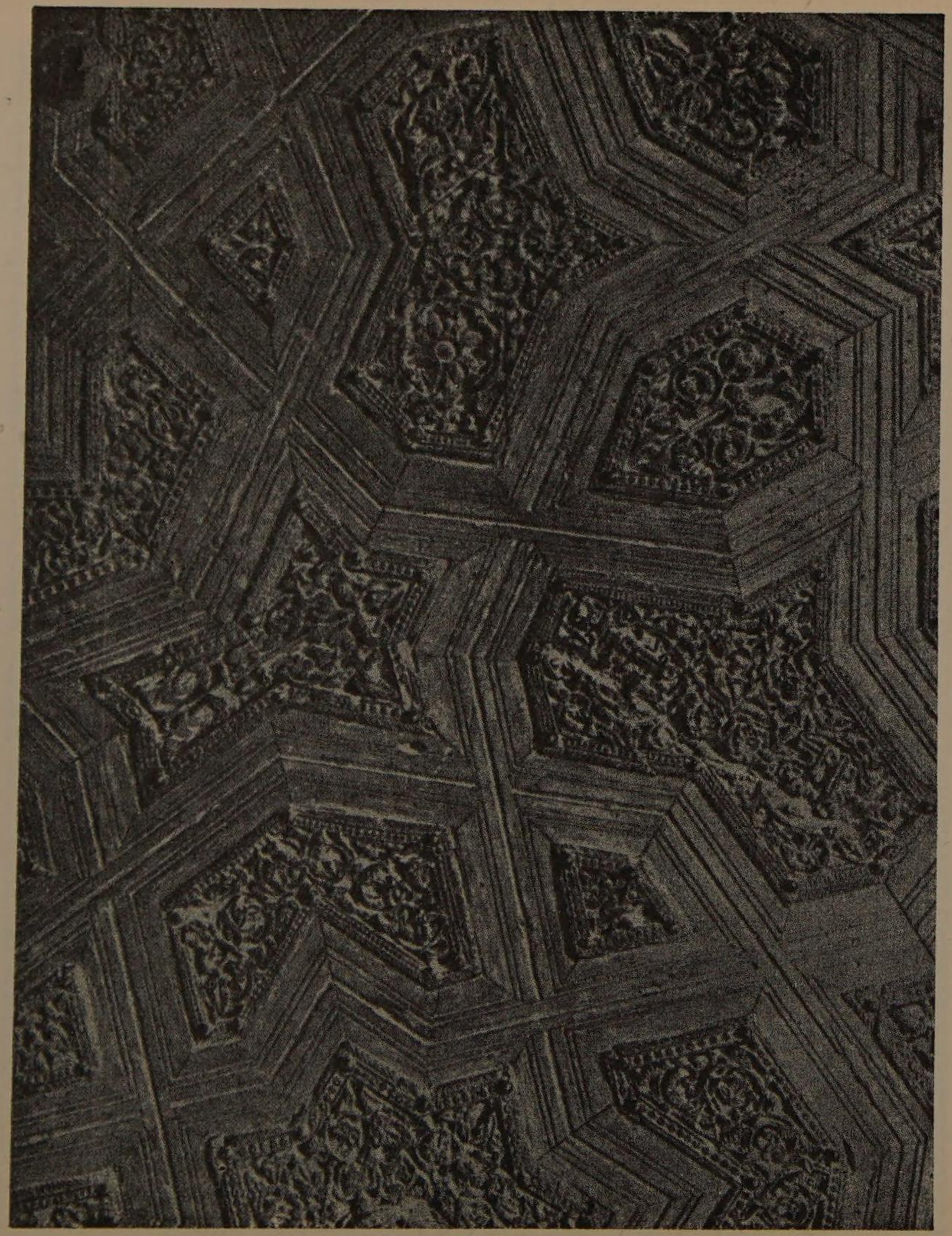




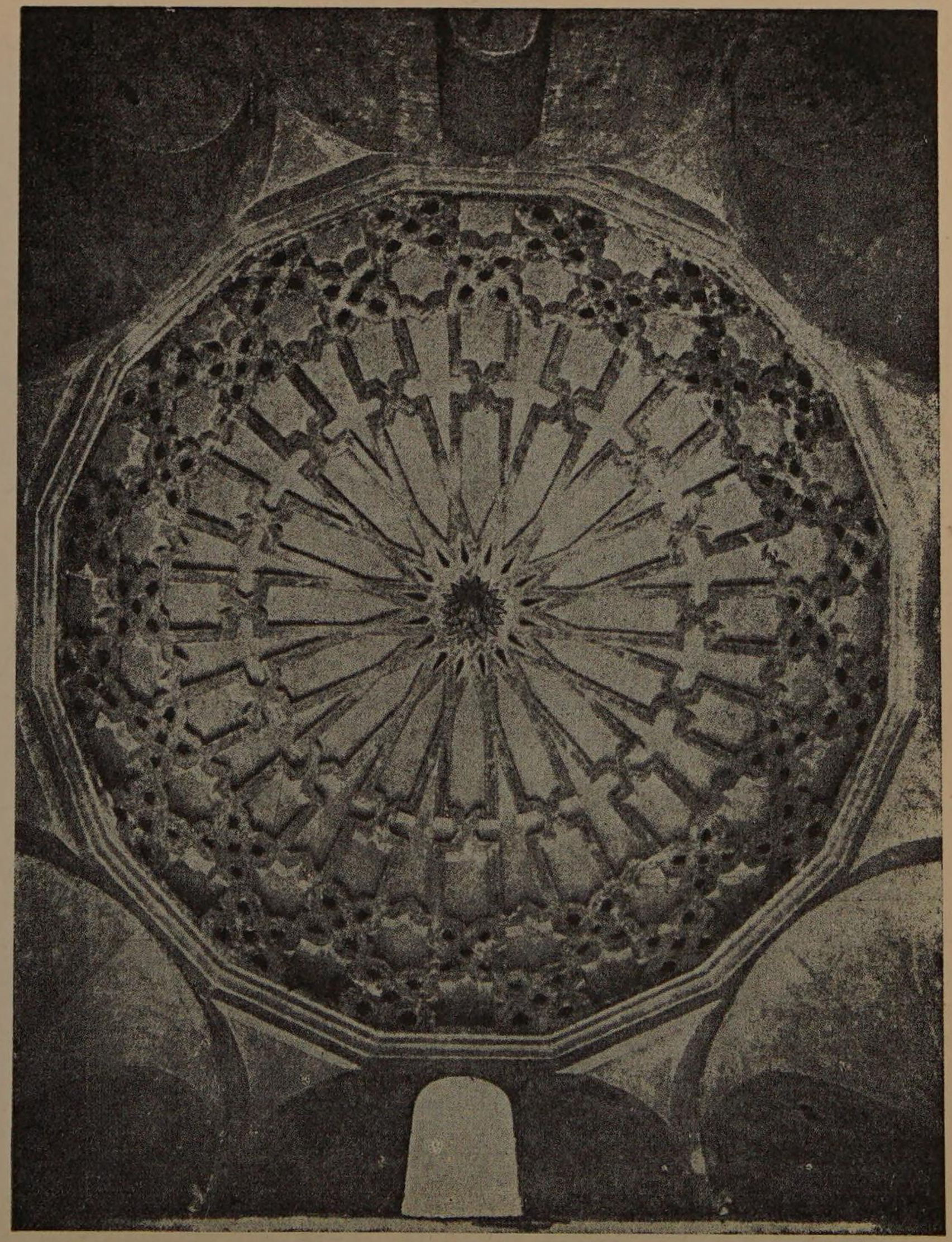
Baena. Artesonado de los Dominicos.



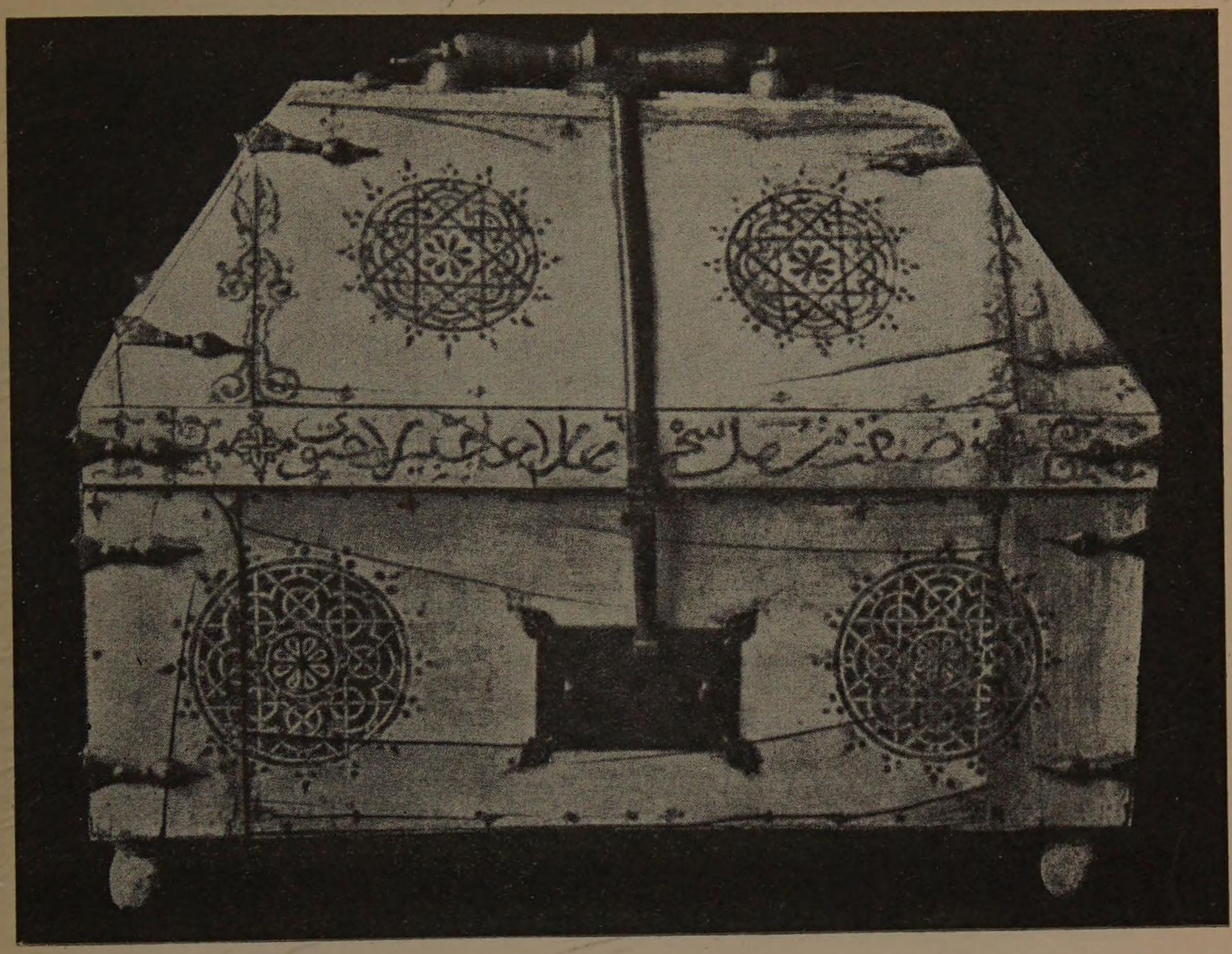
Sevilla. La Madre de Dios. Artesonado.



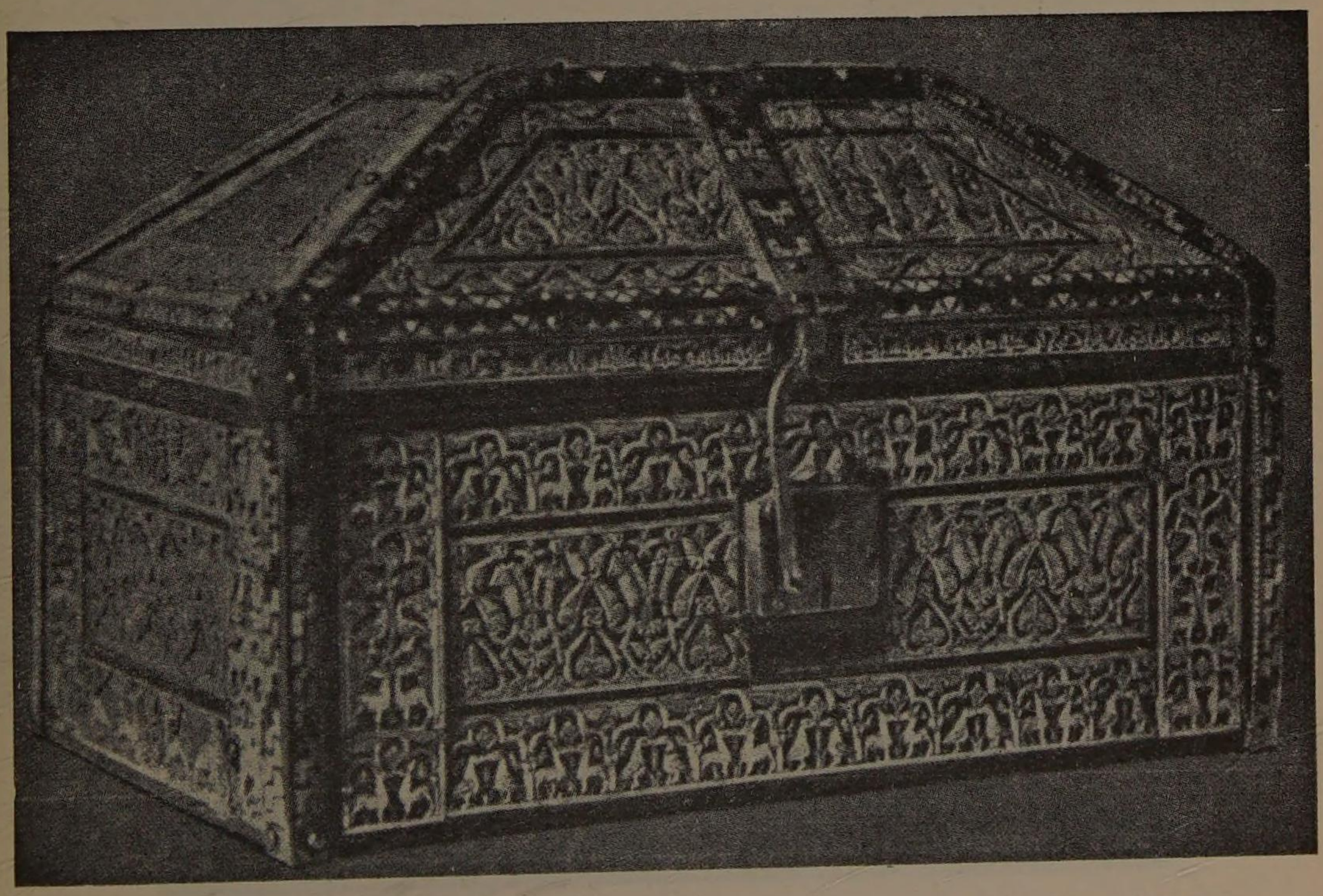
Puerta del Monasterio de las Huelgas



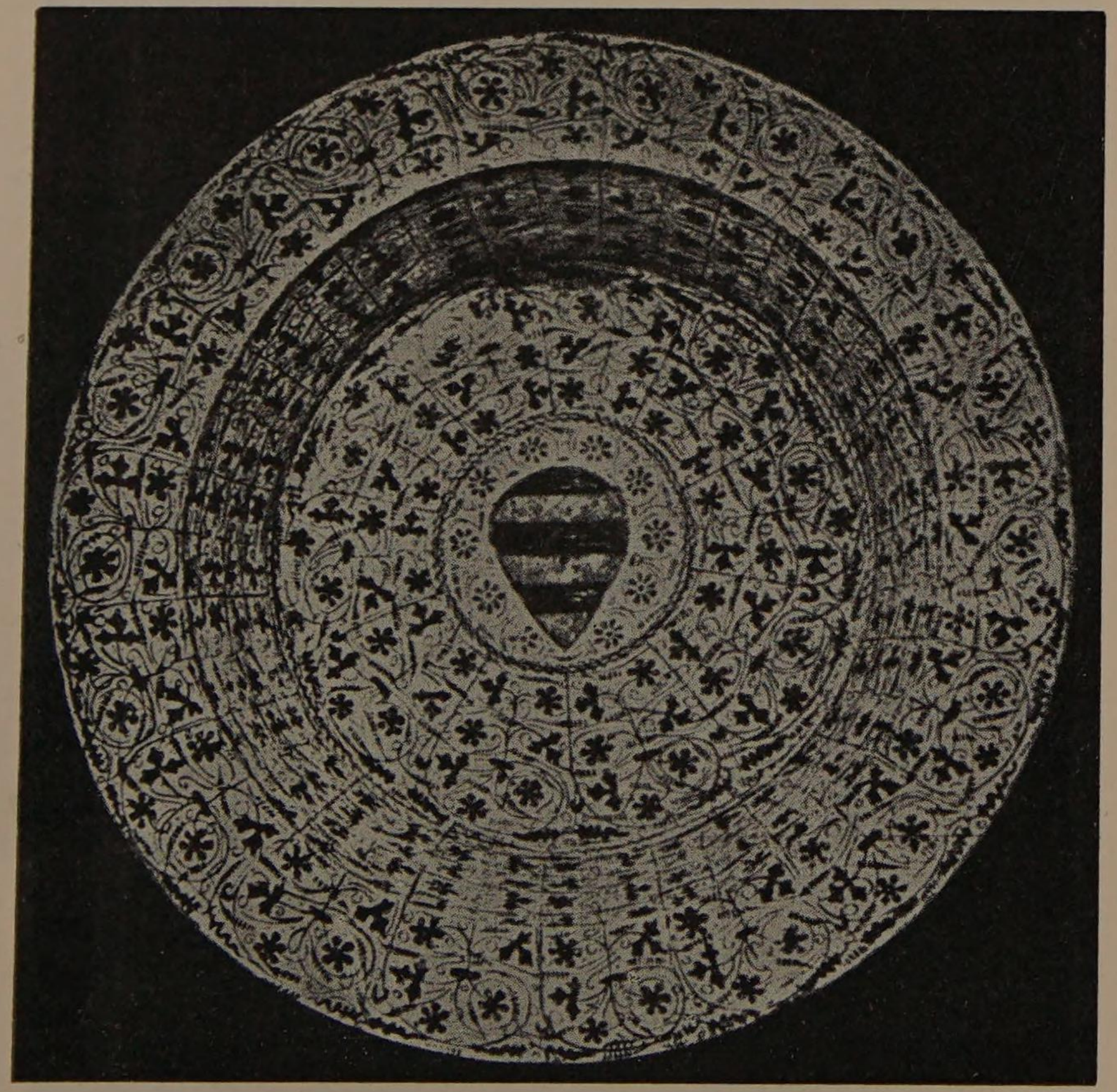
Tordesillas. Santa Clara. Cúpula



Arqueta del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.

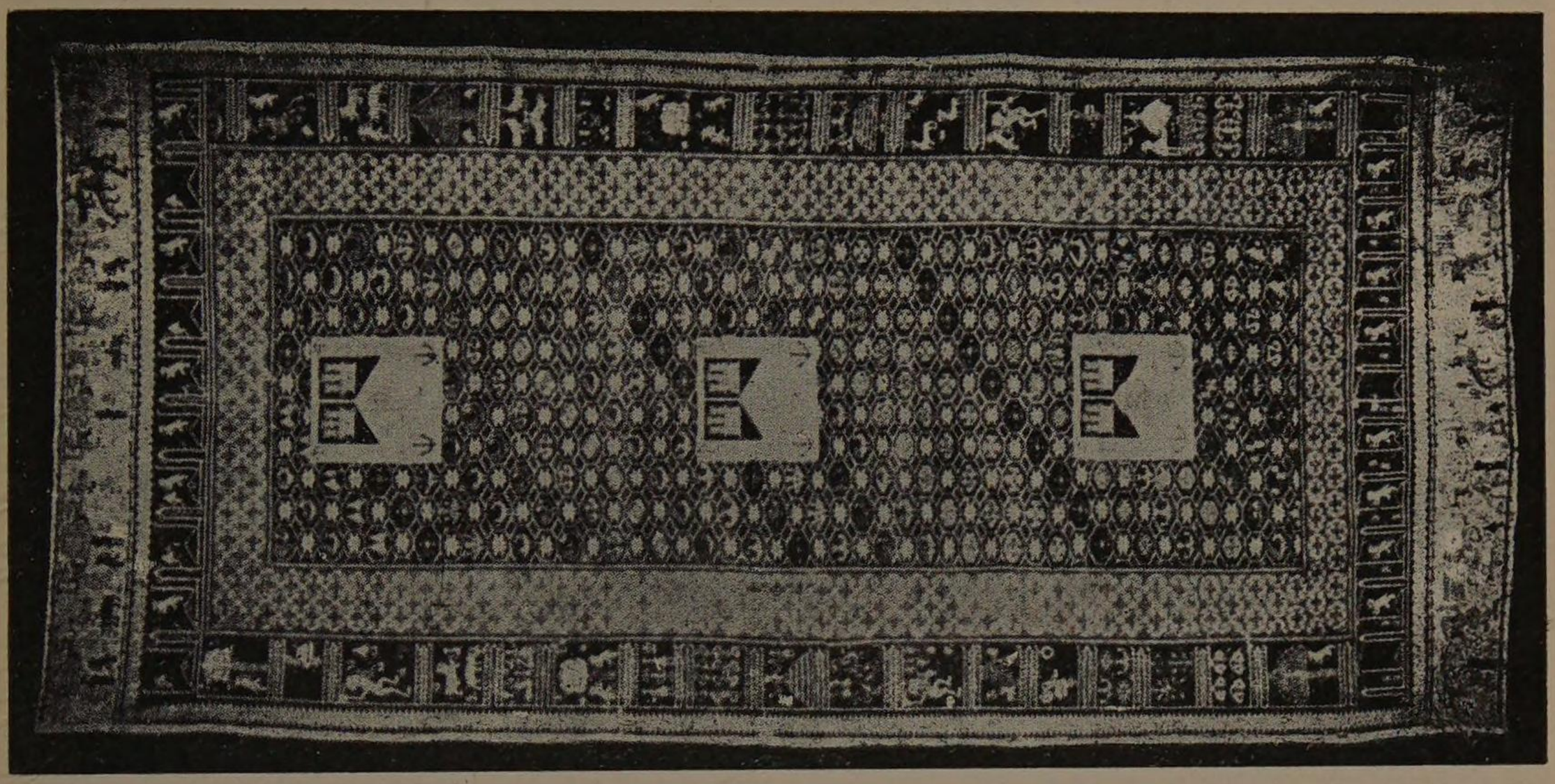


Arqueta de la Catedral de Palencia. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

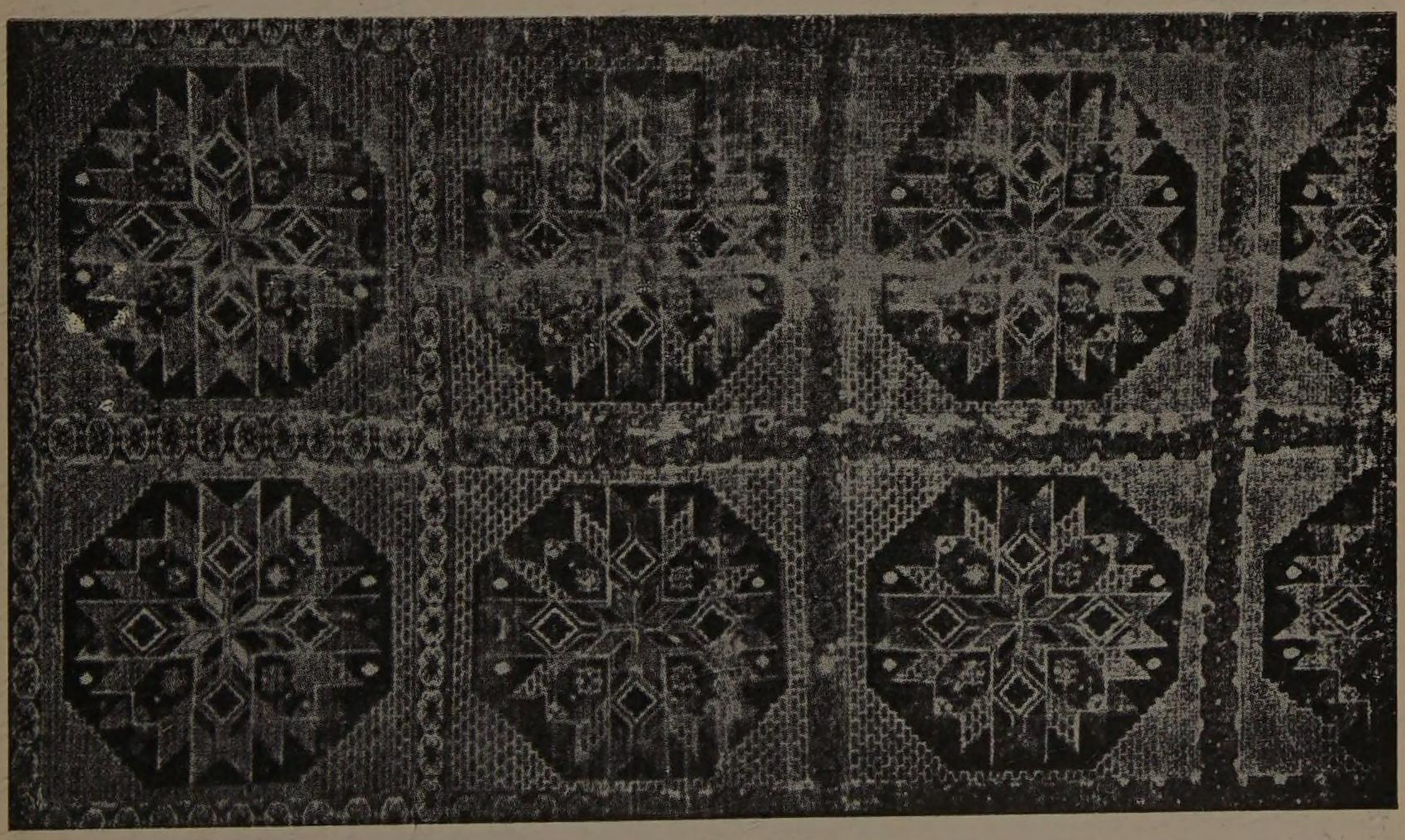


Lebrillo de loza de Manises.

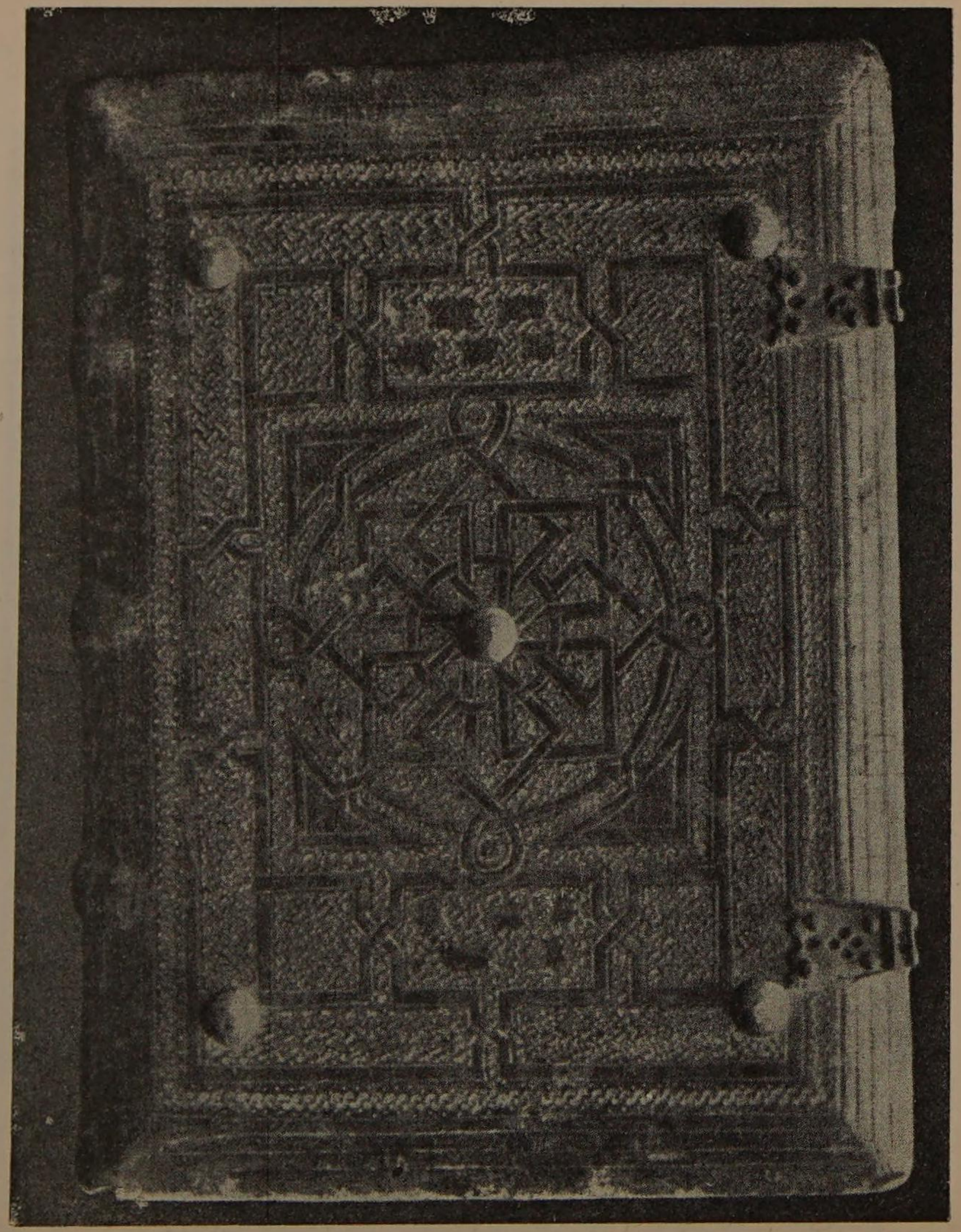
Orza de Teruel. Barcelona.



Alfombra del almirante de Castilla.



Alfombra morisca de Alcaraz.



Encuadernaciones labradas. Biblioteca de la Universidad. Salamanca.

del Regno, después de la muerte de Ismael, tomaron por su Rey a Mahomad su hermano, que agora era Rey. E este Arraez Bermejo, e los que con él fueron en la muerte del Rey Ismael, fuyeron por miedo: e después por tiempo falló muchos que tovieron con él, e apoderóse del Alhambra de Granada, e llamóse Rey; e el Rey Mahomad fuyó a algunos castillos del Rey de Benamarin, así como Ronda, e Zahara, e otros, e defendióse allí. E el Rey Bermejo, que tenía ya apoderado el Regno, fizo su tregua con el Rey Don Pedro, magüer al dicho Rey Don Pedro non plogo dello; mas ovo rescelo que si la non ficiera, que el Rey Bermejo de Granada toviera e ayudara a la parte del Rey de Aragón. E aún después de la tregua fecha, que el Rey Don Pedro estaba en las partidas de Almazan faciendo guerra a Aragón, le dixeron que el dicho Rey Bermejo trataba con el Rey de Benamarin, que ellos amos a dos se ayudasen contra los Christianos, e señaladamente contra el Rey Don Pedro, e que ficiesen sus ligas con el Rey de Aragon; é non quiso el Rey de Benamarin, antes los fizo saber al Rey Don Pedro, por quanto le ficiera ser Rey, e le enviara allá en una galea suya: e llamaban a este Rey de Benamarin Abu Salem, fijo del Rey Abulhacen. E el Rey Don Pedro con este rescelo fizo sus paces con el Rey de Aragón, e tornóle los castillos que tenía cobrados de Aragón, entre los quales le dió a Ariza, que es un buen castillo; donde el Rey Don Pedro se tovo por muy quexado; e por estas razones, e por la cobdicia de las joyas que el Rey Bermejo trajo, fué su muerte. E decía el Rey Don Pedro que él los ficiera matar porque se alzaran e fueran rebeldes a su señor el Rey Mahomad, e porque fueran en matar al Rey Ismael su señor; empero todos lo tovieron por non bien fecho, e les ploguiera que el Rey non lo ficiera así. E el Rey Mahomad, luego que sopo que el Rey Bermejo era preso, e después muerto, fuése para Granada, e recibiéronle allí por Rey e por su señor, e todo el Regno le obedesció. E el Rey Don Pedro le envió las cabezas del Rey Bermejo, e de los otros Caballeros que mataron con él: e el Rey Mahomad envió al Rey Don Pedro algunos captivos de los que fueron tomados en la pelea de Guadix.

De la *Crónica del rey Don Pedro* del Canciller Ayala (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, 517).

## BEN JALDUN ANTE PEDRO EL CRUEL

*El mayor de los historiadores árabes, Ben Jaldun (1332-1404), descendía de una familia sevillana. Su vida fue una dramática novela de aventuras, en la que se mezclaron: el heroísmo y la traición, la ambición y la astucia, la elegancia del aristócrata y los talentos del político, la sagacidad del diplomático y el espíritu adulador del cortesano. Sirvió a todas las dinastías musulmanas de África y a los nazaríes granadinos. Como embajador visitó en Sevilla a Pedro el Cruel. Lástima que no conozcamos al pormenor el encuentro entre esos dos hombres extraordinarios.*

"El año siguiente (1363), dice, este monarca me envió en embajada cerca de Pedro (D. Pedro el Cruel), hijo de Alfonso (XI) y rey de Castilla. Era yo el encargado de ratificar el tratado de paz que este príncipe había concluido con los soberanos de la costa africana, y con tal objeto había de ofrecerle yo un regalo, compuesto de hermosas telas de seda y de muchos caballos de raza con sillas de oro, Así que llegué a Sevilla, donde pude observar muchos monumentos que atestiguaban el poderío de mis antepasados, fui presentado al rey cristiano. Éste me recibió con grandes muestras de honor, y me aseguró que experimentaba al verme una viva satisfacción. Su médico judío, Ibrahim ben Zarzar, le había hecho ya mi elogio y le había dado noticias sobre la alta ilustración de mis antepasados. Quiso entonces el rey retenerme a su lado, prometiéndome que me serían devueltos los bienes que mis mayores habían poseído en Sevilla, y que se encontraban entonces en poder de uno de los magnates de su reino. Agradeciéndole como se merecía su ofrecimiento, le supliqué que me excusase de aceptarlo, continuando yo conservando sus buenas gracias. Al tiempo de partir me proveyó de bestias de carga y provisiones de viaje, así como también de una bellísima mula, equipada con silla y brida guarnecidas de oro, que debía yo presentar al sultán de Granada".

Del *Kitab al-Ibar* de BEN JALDUN (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 353).

## ÚLTIMAS JORNADAS DE LA GUERRA SANTA CONTRA LOS CRISTIANOS ESPAÑOLES

*Drama en Castilla y en Granada. Mientras la vesania de don Pedro el Cruel, la ambición de sus hermanos y el odio de sus víctimas manchaba de sangre alcázares, palacios, jardines y caminos, Yusuf I había muerto asesinado en la mezquita y Muhammad había perdido su trono por una revuelta palatina. Para desembarazarle de un enemigo, el castellano había alanceado en Tablada a su rival, acogido a su amparo tras su vencimiento. Después, cuando el Cruel estuvo en aprieto, al correrse por todo su reino las lenguas de fuego de la guerra civil, el granadino le devolvió su ayuda y con él entró en Andalucía. Pero su entrada no fue sólo dictada por la gratitud. El odio a los cristianos movió, sobre todo, la espada de Muhammad V. Jaén fue arrasada, Córdoba estuvo en peligro y Castilla perdió durante la querella fratricida —recordemos el profundo pensamiento de Ben Hazam: "la flor de la guerra civil es infecunda"— buena parte de las conquistas realizadas contra Granada desde los días de Alfonso el Sabio. Fueron las últimas dentelladas de la pantera islamita.*

Desque vió el Rey Don Pedro que la cibdad de Toledo estaba cercada, trató con el Rey Mahomad de Granada que le quisiese ayudar e venir a se juntar con él para ir sobre la cibdad de Córdoba. E el Rey de Granada fízolo así, e vino con mucha gente, que eran siete mil de caballo ginetes, e

de pie ochenta mil, los doce mil Ballesteros. E el Rey Don Pedro tenía mil e quinientos de caballo, e seis mil omes de pie. E el Rey Don Pedro e el Rey de Granada juntáronse en uno, e vinieron sobre Córdoba: e estaban en Córdoba Don Gonzalo Mexía, Maestre de Santiago, e Don Pedro Moñiz, Maestre de Calatrava, e Don Juan Alfonso de Guzmán, que fué después Conde de Niebla: e de la cibdad de Córdoba estaban Caballeros Don Alfonso Ferrández de Montemayor, Adelantado mayor de la Frontera, e Don Gonzalo Ferrández de Córdoba, que fué después Señor de Aguilar, e Diego Ferrández su hermano, Alguacil mayor de Córdoba, e otros muchos buenos. E Don Alfonso Pérez de Guzmán, fijo de Don Alvar Pérez de Guzmán estaba en un castillo cerca de Córdoba, que dicen Hornachuelos, e facía grand guerra de aquel logar a todos los que tenían la parte del Rey Don Pedro; e cuando sopo que los Moros tenían su Real con el Rey Don Pedro sobre la cibdad de Córdoba, partió de Hornachuelos, e fuese para allá: e los Moros, cuidando que eran de sus gentes, non cataron por ellos e él con muy grand peligro se puso dentro de la cibdad por la ayudar a defender. E el Rey Don Pedro, e el Rey de Granada llegaron cerca de Córdoba; e los de la cibdad, que eran muchos e buenos, teniendo que pelearían con ellos por las barreras, non estaban apercebidos de poner recabdo en los muros. E los Moros eran muchos, e llegaron muy fuertemente a la cibdad, en guisa que un Señor de Moros que y venía, que le decían Abenfaluz, que fué después Rey de Marruecos, con la grand ballestería que traía llegaron a una coracha que dicen la Calahorra, e tan de recio la combatieron que la tomaron, e cobraron; e al alcázar viejo ficieron seis portillos, e subieron suso pieza dellos con sus pendones. E ovo tan grand desmayo en los de la cibdad, que cuidaron que eran entrados: e las Dueñas e Doncellas que y eran, que eran muchas e muy buenas, salieron a andar por las calles todas en cabello, pidiendo merced a los Señores e Caballeros e Omes de armas que eran en la cibdad, que oviesen duelo dellas, e non quisiesen que fuesen ellos e ellas en cativerio de los Moros enemigos de la Fe de Jesu-Christo: e tales lágrimas e palabras e cosas facían e decían, que todos los que lo oían cobraron grand esfuerzo, e luego adereszaron para las torres e el muro del alcázar viejo que los Moros avían entrado, e pelearon con ellos muy de recio como buenos, en guisa que mataron pieza dellos, e a los otros ficiéronlos salir fuera de la cibdad, e dellos saltaron por encima de las torres: e tomáronles sus pendones que avían puesto, e salieron con ellos por las barreras matando e firiendo en ellos, en tal manera que los arredraron dende grand pieza. E en tanto que los Moros se tiraron a fuera, los Maestres e los otros Señores e Caballeros ficieron adereszar los muros muy ordenadamente, porque sabían bien que otro día los Moros provarían lo que pudiesen facer por cobrar aquella cibdad. E toda aquella noche fueron fechas por la cibdad muchas danzas e alegrías, e todos tenían gran esfuerzo, ca fiaban en la merced de Dios que darían buena cuenta de la cibdad en guisa que los enemigos de la Fe non los podrían empescer. E el Rey de Granada, e todos los Moros tenían que esta cibdad de Córdoba

e la su Iglesia mayor fueran la cabeza de toda su ley, por quanto aquélla es la más fermosa Iglesia, que en su tiempo fué mezquita, que ellos tenían, e siempre la razonaban por lugar sancto. Otrosí el Rey Don Pedro tenía grand saña de esta cibdad, por quanto estaban en ella muchos de los que le avían fecho e facían guerra. Otrosí tenía grand quexa de los Caballeros de la cibdad, porque se partieran del: e en todas guisas le placía que los Moros cobrasen la cibdad, e la destruyesen; empero Dios quiso acorrer a los de su Fe. E otro día llegaron los Moros e los que eran con el Rey a la cibdad; mas fallaron la ordenanza de otra manera que non el primero día, e non la pudieron empescer, e tiráronse a fuera.

Después desto estovieron el Rey Don Pedro e el Rey de Granada en sus Reales cerca de Córdoba algunos días, e dende tornóse el Rey de Granada para su tierra, e el Rey Don Pedro para Sevilla. E después otra vez tornó el Rey de Granada, con muy grand poder, e fué para Jaén; e desque llegó a la cibdad, los que estaban dentro salieron a pelear en las barreras con los Moros, e oviéronse de retraer a la cibdad, e los Moros entraron empos de ellos en las barreras, e cobraron la cibdad toda en su poder. E los Christianos que pudieron acogiéronse al alcázar de la dicha cibdad; e los otros fueron muertos e cativos. E aún después los Moros cercaron el alcázar: e los Christianos non tenían viandas ningunas para tantos omes como allí se acogieron; e despue se vieron en tal afincamiento que del todo eran perdidos, ficieron su pleytesía de dar al Rey de Granada cierta quantía de doblas, e que los descercase: e de esta dieron en arrehenes personas ciertas. E los Moros pusieron fuego a toda la cibdad, e a las Iglesias, e derribaron las puertas mayores de la cibdad, e grand parte de los muros, donde fué estragada, e rescibió mucho daño e grand deshonra la dicha cibdad de Jaén, que es una de las mejores de aquella tierra, do siempre ovo muy buenos guerreros. E otra vez entró el Rey Don Pedro e el Rey de Granada con grandes Compañas, e llegaron a la cibdad de Córdoba; pero fallaron a los de la cibdad en guisa de buenos guerreros muy bien apercibidos, e non probaron de llegar a ellos. E partió el Rey de Granada, e fué por el Obispado de Jaén, e tomó la cibdad de Ubeda, ca non era muy bien cercada, e entróla, e robóla, e fízola quemar, e los Christianos recogiéronse a una fortaleza que es en la dicha cibdad, que dicen el castillo, e allí escaparon. E combatió a Andújar, e non la pudo tomar. E después por tiempo estas dos cibdades de Jaén e de Ubeda, que así fueron destruídas, el Rey Don Enrique las fizo muy bien reparar de muros, e privilegiólas, en guisa que se poblaron. E eso mesmo en estos tiempos entró el Rey de Granada en ayuda del Rey Don Pedro las villas de Marchena e Utrera, e levó cuantos y falló cativos a Granada, e perdióse mucha gente: e fué cierto que del logar de Utrera solo, que es de Sevilla, levaron los Moros once mil personas omes e mugeres, pequeños e grandes. Otrosí los castillos que el Rey Don Pedro ganara del Regno de Granada quando ayudaba al Rey Mahomad contra el Rey Bermejo, todos los cobraron los Moros, e

más otros algunos, ca cobraron nuevamente los Moros en esta guerra a Belmes, e los castillos de Cambil e Alhavar, los quales ganara el Infante Don Pedro, fijo de Rey Don Sancho, en tiempo de las tutorías del Rey Don Alfonso; e otrosí los castillos que el Rey Don Pedro ganara, como dicho es, que eran Turón, Hardales, el Burgo, Cañete, e las Cuevas, los cobraron los Moros en esta guerra, e ficieron mucho daño en tierra de Christianos por la división que avía entre ellos. E esto fecho, el Rey Don Pedro tornó a Sevilla, e siempre facía bastecer la villa de Carmona, que es a seis leguas dende, ca siempre se rescelaba que se avía de ver en algún grand peligro.

De la *Crónica del rey don Pedro* [el Cruel] *del canciller Ayala* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, 581).

## ELOGIO POÉTICO DE GRANADA Y DE LAS CONSTRUCCIONES DE MUHAMMAD V

*Muhammad V al-Gani Billah (1354-1390) sobrevivió muchos años a su amigo don Pedro el Cruel (m. 1369). Pero la guerra civil que terminó con el regio fratricidio de Montiel, guerra que había acarreado la doble intervención del Príncipe Negro de Inglaterra y del francés Beltrán Duguesclin, dejó postrada a Castilla, y la nueva dinastía bastarda no pudo restaurar las fuerzas castellanas, porque se sentía insegura y débil, y porque, pronto, la aventura de Portugal llevó a la catástrofe de Aljubarrota (1385). El granadino pudo, pues, vivir libre de la eterna amenaza cristiana y pudo consagrar su dinero y su tiempo a satisfacer su gusto por las construcciones y las fiestas. En una de las colinas donde se alzó la vieja ciudad ibero-romana Iliberri y junto a la alcazaba de los Ziríes granadinos, el segundo visir judío de Granada, José, empezó a edificar la Alhambra, cuando se sintió en peligro, poco antes de su asesinato en 1067. Tras establecer su capital en la ciudad del Darro, los Banu al-Ahmar engrandecieron el viejo palacio, durante la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV. Muhammad V construyó "el cuarto de los leones". Cantó sus palacios y sus jardines el último de los grandes poetas hispano-musulmanes, Ben Zamrak.*

### ELOGIO DE GRANADA

Detente en la explanada de la Sabika y mira a tu alrededor:
la ciudad es una dama cuyo marido es el monte.
Está ceñida por el cinturón del río y las flores
sonríen como alhajas en su garganta...

Mira las arboledas rodeadas por los arroyos:
son como invitados a quienes escancian las acequias...
La Sabika es una corona sobre la frente de Granada,
en la que querrían incrustarse los astros.
Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)
es un rubí en lo alto de esa corona.

[Granada] es una desposada cuya corona es la Sabika,
y cuyas alhajas y vestiduras son las flores...
Su trono es el Generalife;
su espejo la faz de los estanques;
sus arracadas los aljófares de la escarcha.

## ELOGIO DE ALCÁZAR GENIL

¡Qué bella es tu alberca! El céfiro teje en ella
cotas de malla, bajo los gallardetes de los árboles.
La murta la rodea con su oscuro bozo,
y todo el que ama el bozo la excusará.
Besa con la boca de las flores la mano de un califa,
con cuya fluyente generosidad no le hará falta lluvia.
Pon, como tapiz, bajo su sandalia las mejillas de la rosa...
Ensarta el canto de los pájaros como loas suyas,
y esparce con tus flores dracmas y perlas.

## ELOGIO DE UN PALACIO DE MÁLAGA

¡Bien por tu edificio, honor de los palacios!
Sus torres sobrepasan a las del cielo.
No hay otro como él en las pasadas épocas,
ni siquiera los que construyó Ben Ma-al-Sama.
Tienes cúpulas rojas levantadas para ser teatro de generosidad,
bajo las cuales los turbantes son como luceros.
Arde allí el incienso, como si su humo formase
escuadrones de nubes en una atmósfera entoldada.

## ELOGIO DEL MASWAR DE LA ALHAMBRA

Enhorabuena por tu feliz construcción,
asilo para días de consejo y de dádiva;
bello halo de tu luna, convertido
en refugio de pedigüeños y lugar en que son derribados los enemigos.
Se suceden allí los pájaros de la esperanza, y cosechan
el fruto de los deseos en el bosque de la liberalidad.
¡Qué bella su cúpula, más alta que los cielos,
que rebasa la vista del espectador!
Las maravillas de su tisú admiran
como el tisú de la primavera cuando cae la lluvia.

De las *Qasidas y Muwassahas* de BEN ZAMRAK *de Granada* (1333-1392). (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 198 y 214).

## ELOGIO DE MÁLAGA

*La competencia entre Al-Ándalus y Al-Magrib, entre los dos países que separan el Estrecho de Gibraltar y los dos mares por él comunicados, databa de la época en que vivieron sometidos a un mismo imperio, bajo*

*el señorío almorávide, primero, y el almohade, luego. Los literatos andaluces trazaron varios paralelos en defensa de su tierra. En el siglo XIV continuaba la pugna. El polígrafo granadino Ben Al-Jatib, gran escritor y gran poeta, terció en el debate con un parangón entre la Málaga española y la africana Salé. En su elogio de la primera nos descubre el florecimiento, la riqueza industrial y mercantil, y la belleza de la ciudad andaluza, bajo los reyes de Granada.*

Me has pedido —¡que Dios te dé a conocer los beneficios de la felicidad perdurable y nos conduzca a ti y a mí por el recto camino!— que establezca un parangón entre las ciudades de Málaga y Salé —¡que Dios preserve a sus habitantes del error y les otorgue la más pingüe parte de sus favores!—. Lo haces porque estás satisfecho de mi imparcialidad como juez y de cómo zanjo los litigios cual espada cortante, y porque conoces la circunstancia de que he vivido en ambas tierras, y en las dos he dejado huellas visibles.

Sólo puede establecerse parangón entre aquellas cosas que se asemejan y aproximan o que se parecen y corresponden; pues, naturalmente, ¿cómo van a compararse el hombre y el monstruo, el ángel y el diablo, el mono de los montes y la gacela del cubil?

Málaga tiene tanta importancia, tan notoria fama, tan alta condición, tan ilustre rango, tan nobles habitantes y está, en suma, tan sobradamente alta, que no tiene por qué rivalizar o disputar, ni exponerse a contradicciones ni ataques, ni a ser traída o llevada. Pero a pesar de ello, voy a satisfacer tu deseo, a esclarecer tu hipótesis y a distinguir en ella lo esencial de lo accidental, diciéndote en qué aspectos pueden parangonarse ambas ciudades; cosas todas de que disputan los amigos y que conocen hasta las esclavas y los pajes.

Estas cosas son: la inexpugnabilidad, las industrias, la fertilidad, el renombre, los edificios, la prosperidad, la población, la vida económica y el esplendor.

En punto a inexpugnabilidad, Málaga —¡Dios la proteja!— tiene la ventaja de la elevación y el privilegio de la inmunidad. Su alcazaba se asienta en el monte como en un trono, y Dios la ha colocado en un lugar excelso. Sus muros y sus recintos son dobles; su almenara se alza sobre la cima del bendito monte; sus torres están próximas unas de otras; sus escaleras son altas, y sus puertas bien defendidas. La ciudad está ceñida por la muralla, por los puentes y por el foso. Sus torres albarranas son como pequeñas ciudades por su distribución y por sus puertas cubiertas de adornos, que atestiguan la pericia de sus constructores y la energía de sus gobernadores y príncipes. Parece que se ha revestido de la aurora, como de una túnica, o que, de bella y hermosa que resulta, se ha sumergido en el río del alba. Por la parte de la marina está libre de todo temor, y por el lado de tierra la guarnecen el foso y los baluartes. Los ojos no encuentran en ella punto vulnerable, ni brecha por la que se pueda subir a los dos arrabales, cada

uno de los cuales es una ciudad perfecta, como dama que se pavonea entre los adornos de sus encantos.

Salé, en cambio, es notorio que tiene una muralla débil y un recinto pobre para la defensa y la resistencia. Sus fortines son débiles y necesitan ser restaurados. Su alcazaba está unida a la ciudad y lejana de las exigencias del buen arte militar. Su muralla es simple, sin baluartes que la protejan; y su puerta, abordable, sin parapeto que la defienda. Falta en ella el agua: no tiene aljibe conocido ni pozo acreditado por su agua dulce. En época bien cercana la destruyeron los cristianos, en pleno día, sin que pudieran rechazar el ataque del sitiador (a pesar de que no se emplearon máquinas de guerra y de que en el interior de la plaza no había fracciones que se disputasen la corona) la escasez de armas, la falta de valor, la debilidad del muro y el desorden de los negocios.

Una vez desechadas las pretensiones de (el parangón en cuanto a) inexpugnabilidad, pasemos al capítulo de las industrias.

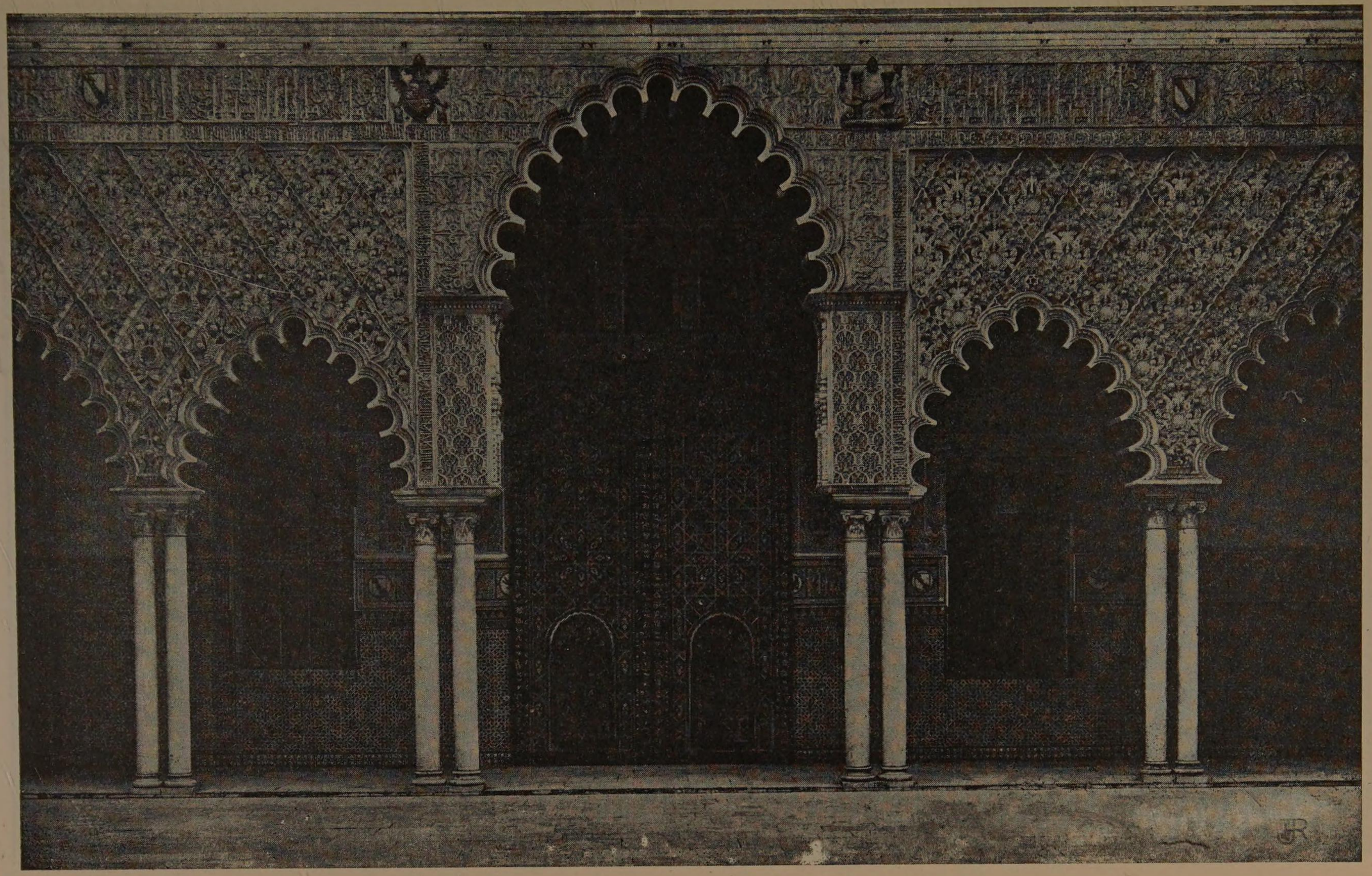
Y diremos que Málaga —¡Dios la proteja!— es tiraz de tisú de oro; taller en que se elaboran pieles selectas; fábrica de cerámica que se exporta a diversas regiones; batán de muselina para tocas y turbantes; lugar en que se tornean los grandes platos; Sanca' en cuanto a la confección de vestidos; lugar de peregrinación donde confluyen los mercaderes para llenar sus sacos, como lo atestigua la simple percepción y lo reconocen hombres y genios, pues nadie puede negar la luz del sol.

En cambio, ¿qué industria hay en Salé de la que pueda echar mano, o en la que pueda confiar, para presentarse con ella en un país extranjero o para adornarse con ella en una fiesta?

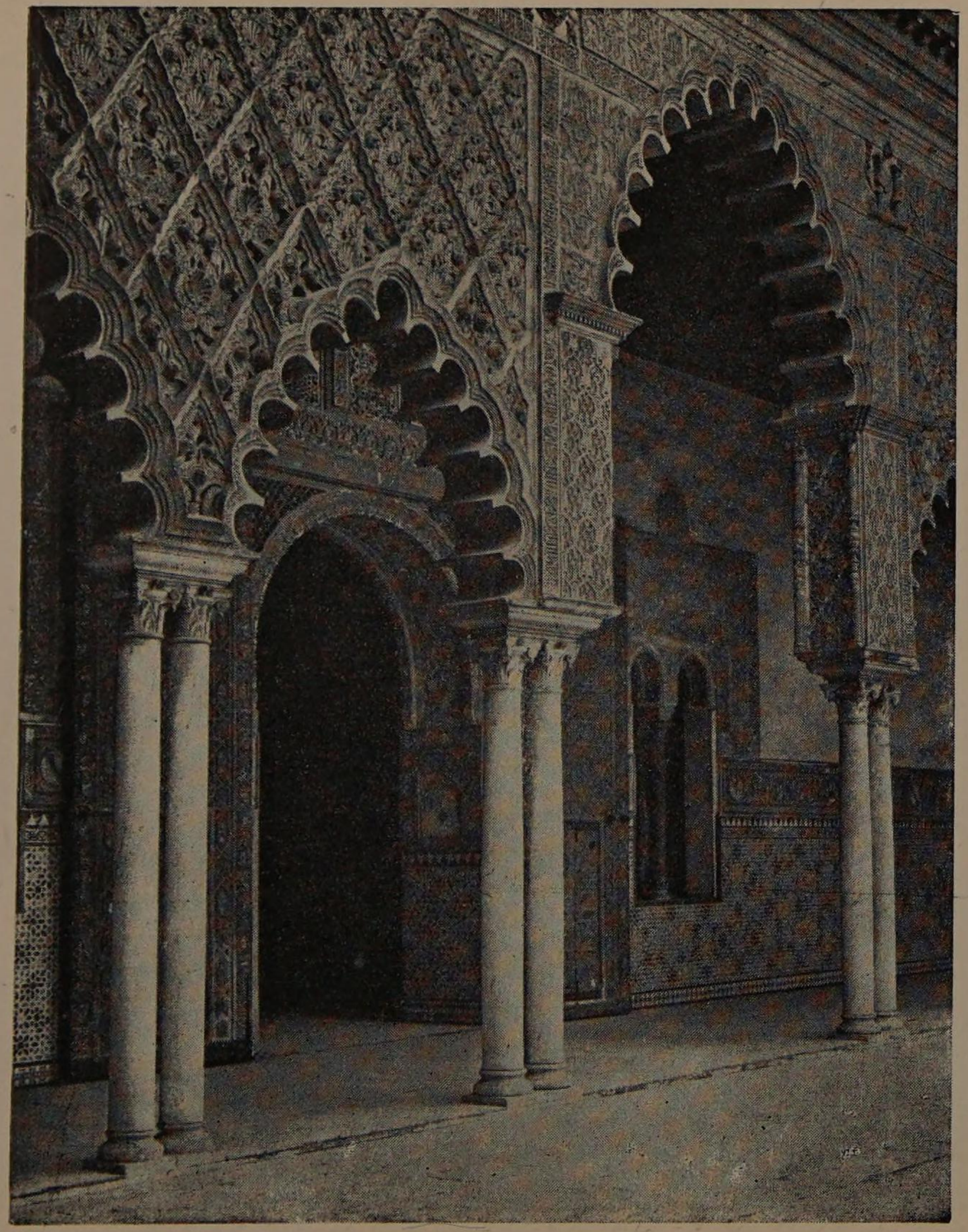
Una vez desechado el privilegio (de Salé) en cuanto a las industrias, pasemos a ver si lo tiene en lo referente a la fertilidad de su suelo.

Y diremos que Dios distinguió especialmente a Málaga, dándole en junto lo que repartió entre las demás ciudades y desplegando en ella los encantos que (en otros sitios) plegó. En Málaga se encuentran reunidas la lisura de los arenales, la amenidad de los montes y la fertilidad de los cultivos, que la convierten en granero perfectamente nivelado con las necesidades, a más de las ventajas del mar, cuya costa, exenta de escollos, presenta puertos fáciles para atracar y desatracar y ofrece pesca de general provecho. Sus montañas son todas almendros e higueras; su llanura, alcázares y jardines; su costa, peces que en toda estación sirven de alimento. Sus terrenos cultivados dan cosechas hasta en los malos años: basta ver su extenso Campo de Cámara para tener la prueba evidente. Su gran río es de agua dulce y fina. Sus alamedas están en fruto. Toda su campiña es como un animado hipódromo entre mar y jardines.

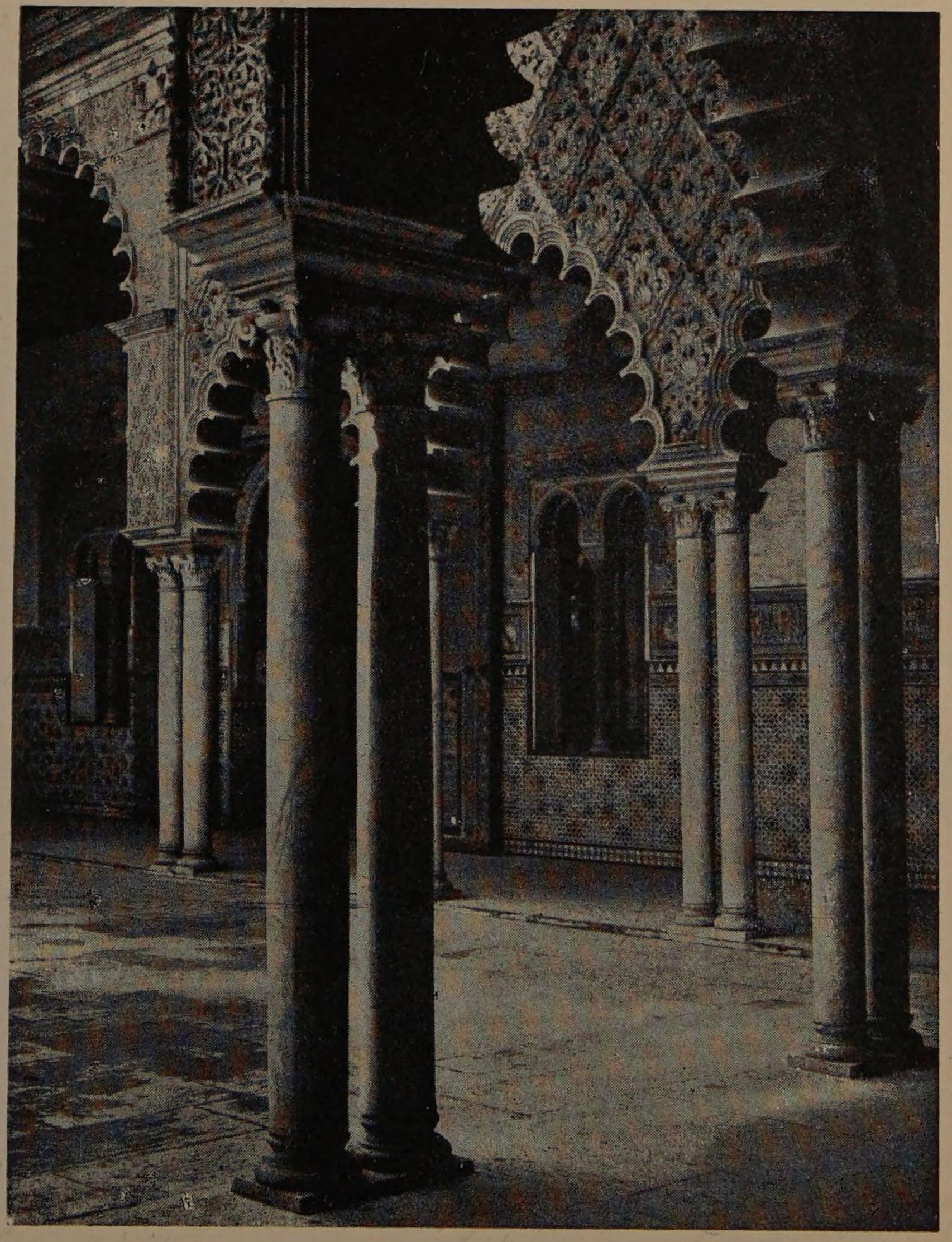
Salé, en cambio, es tierra de arenales, pasto de camellos, torrentera que no engendra espigas, aunque reciba benéficas lluvias. Está falta de buenas salidas, pues orlan su costa obstáculos y bajíos. Su río es de gusto salobre, de agua amarga y poco potable, lleno de revueltas que interrumpen el horizonte, producen grandes gastos y hacen frecuentes los naufragios. Su



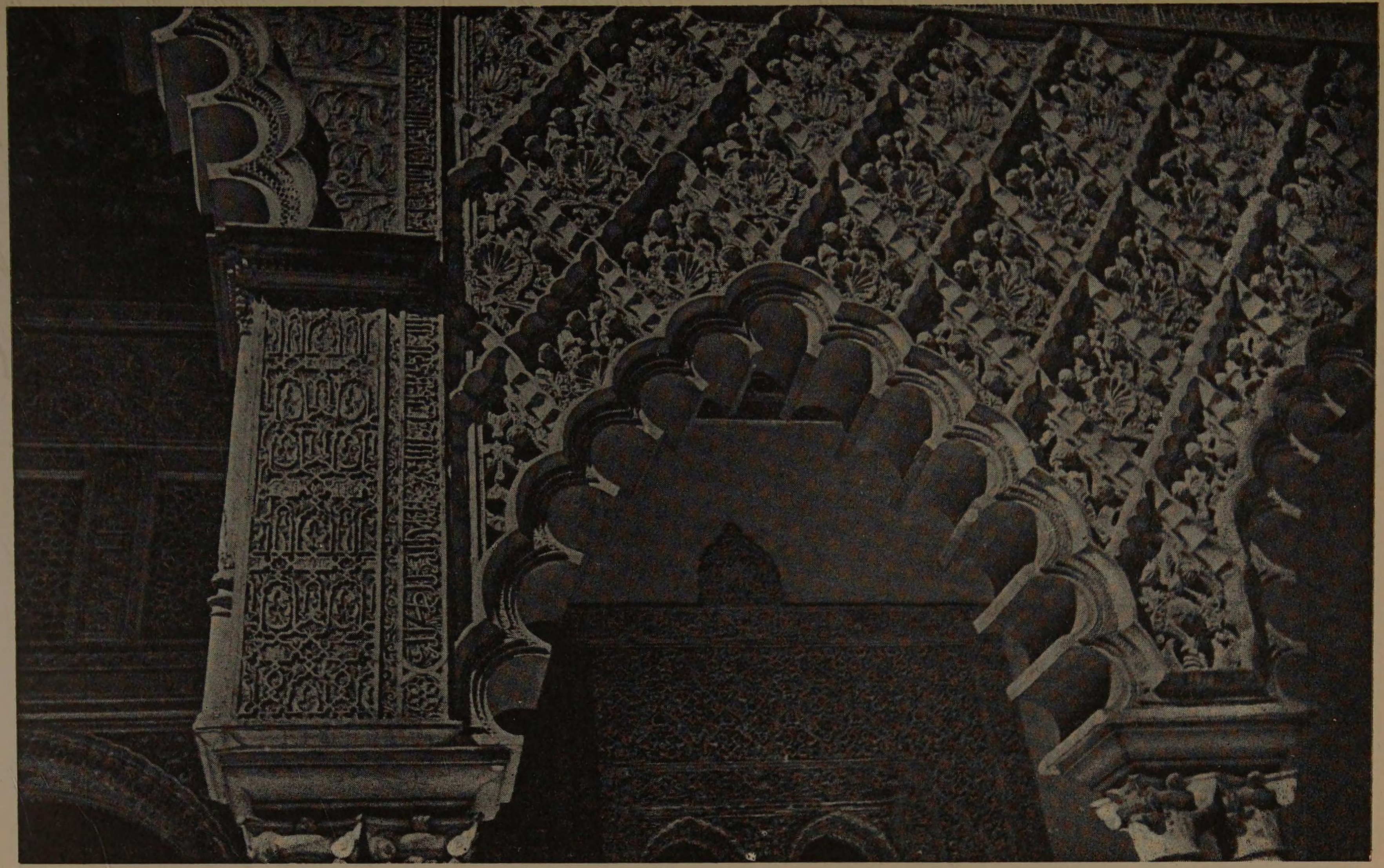
Sevilla. Alcázar. Fachada del Salón de Carlos V.



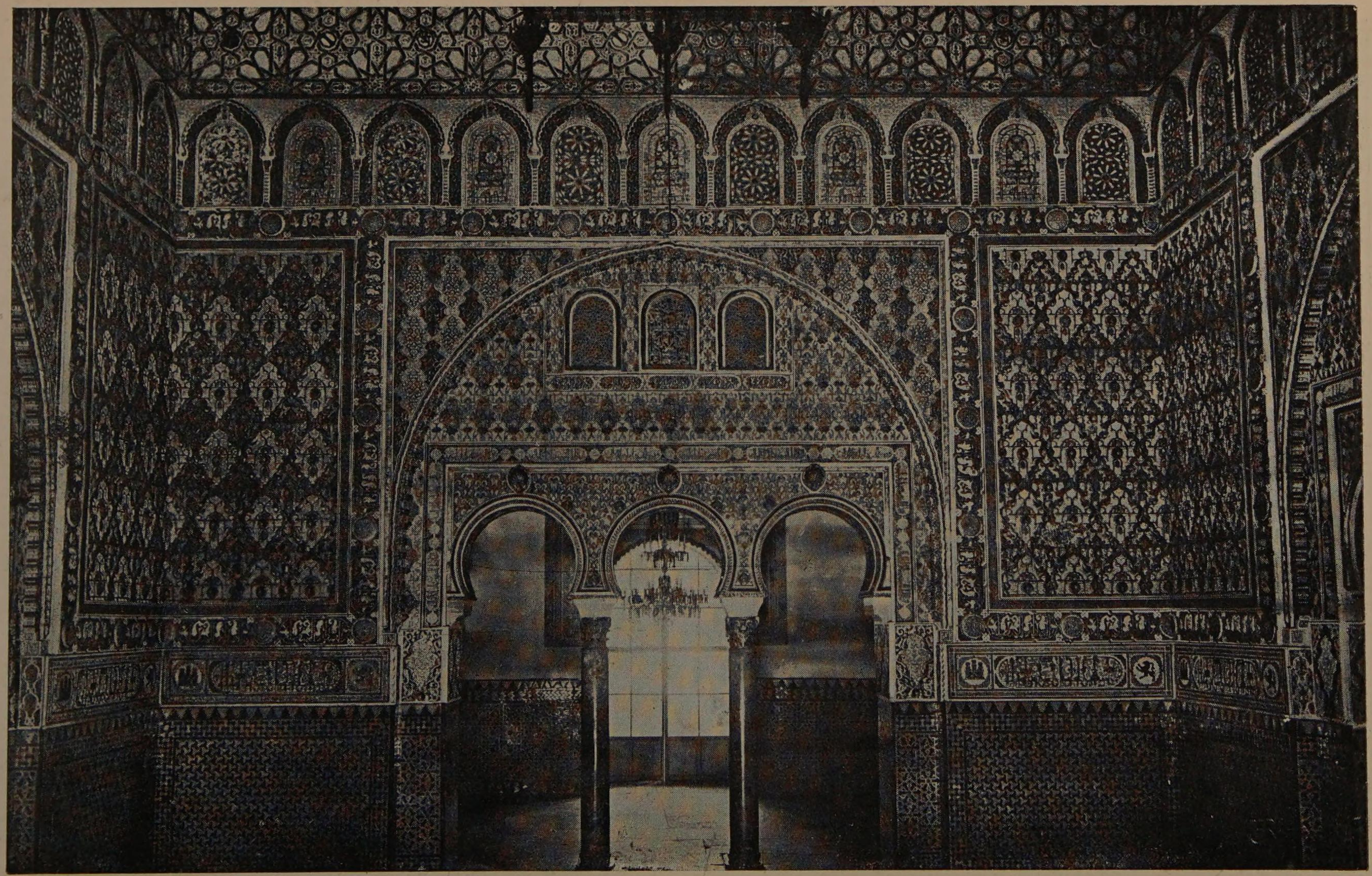
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.



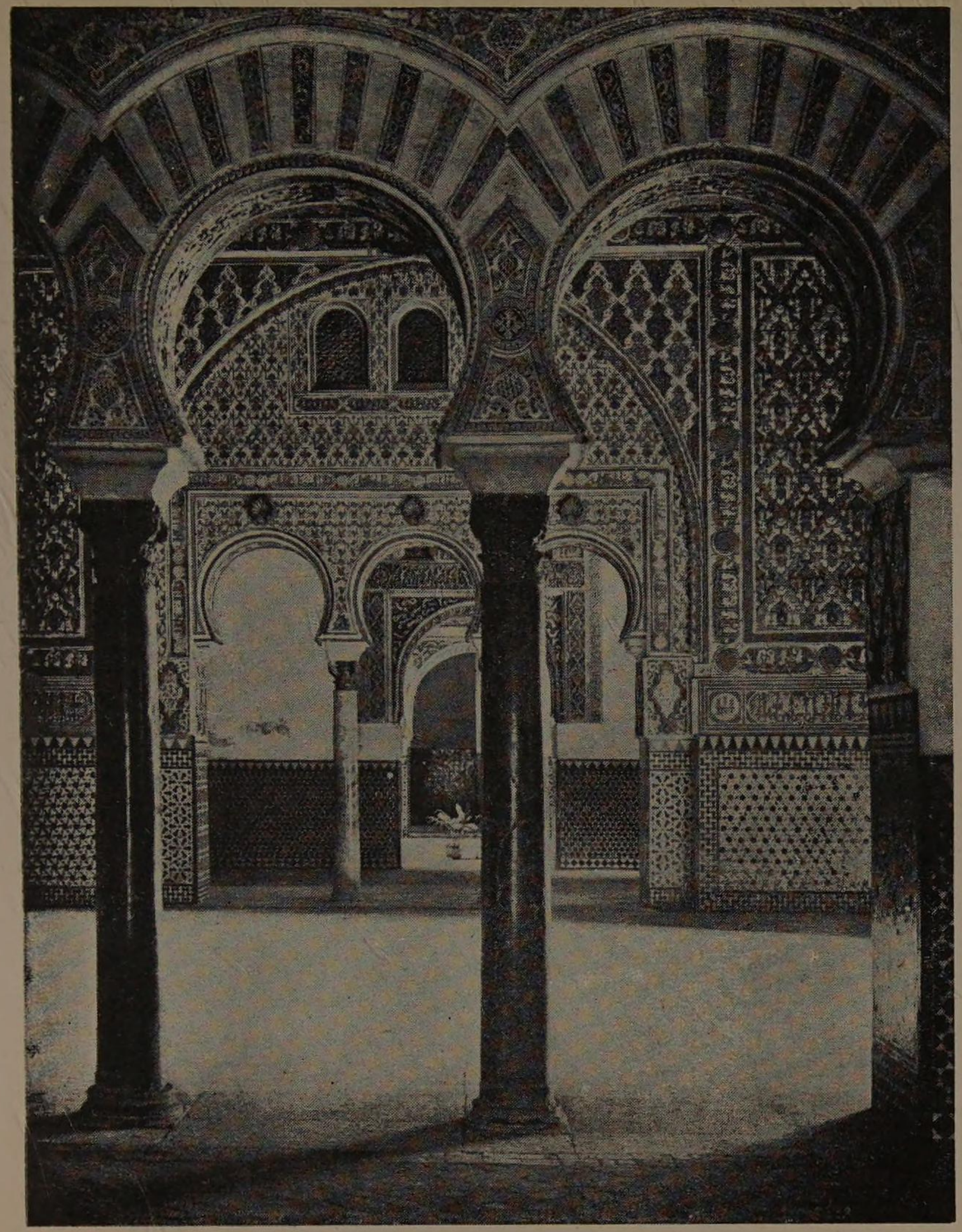
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.



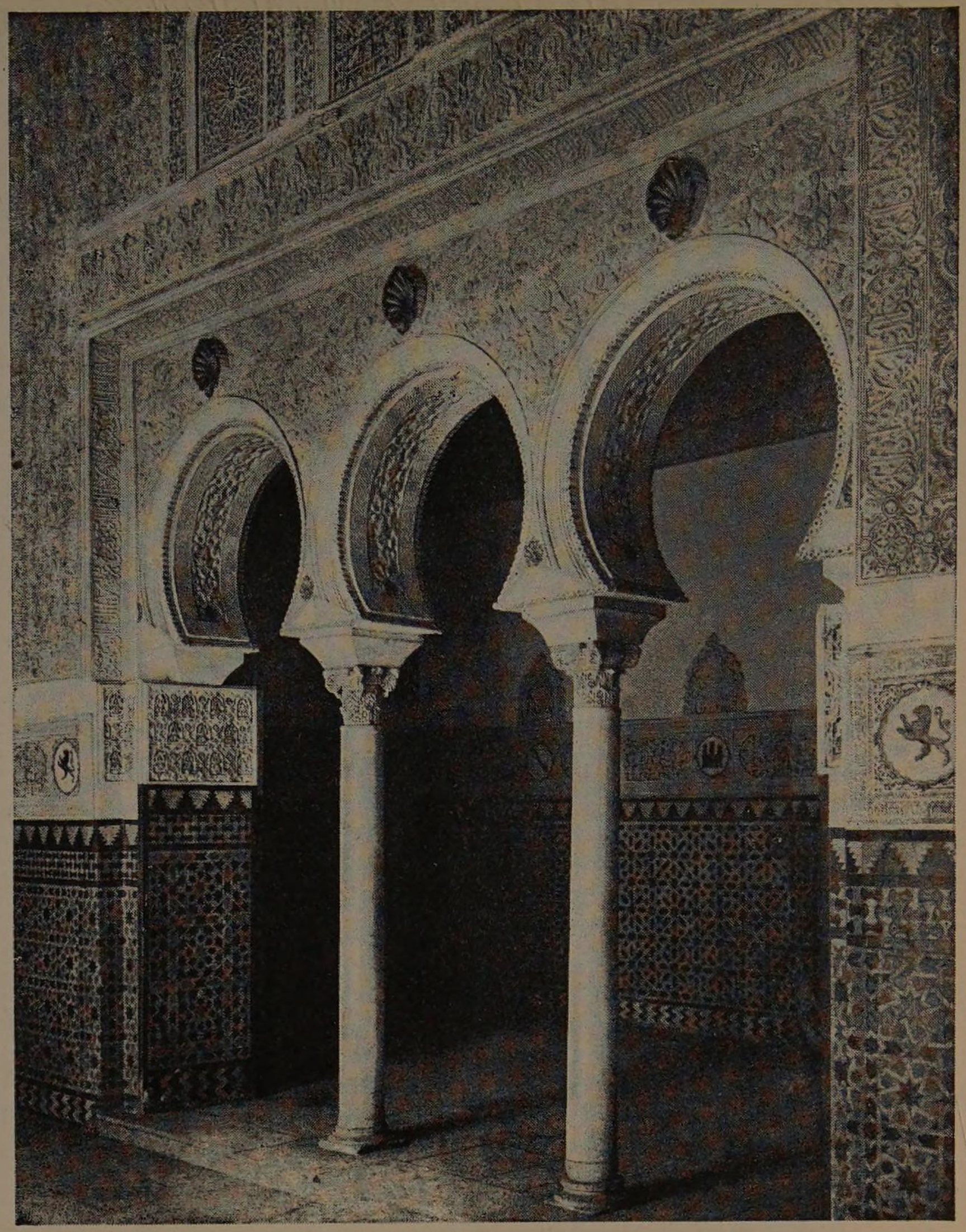
Sevilla. Alcázar. Detalle de los arcos del Patio de las Doncellas.



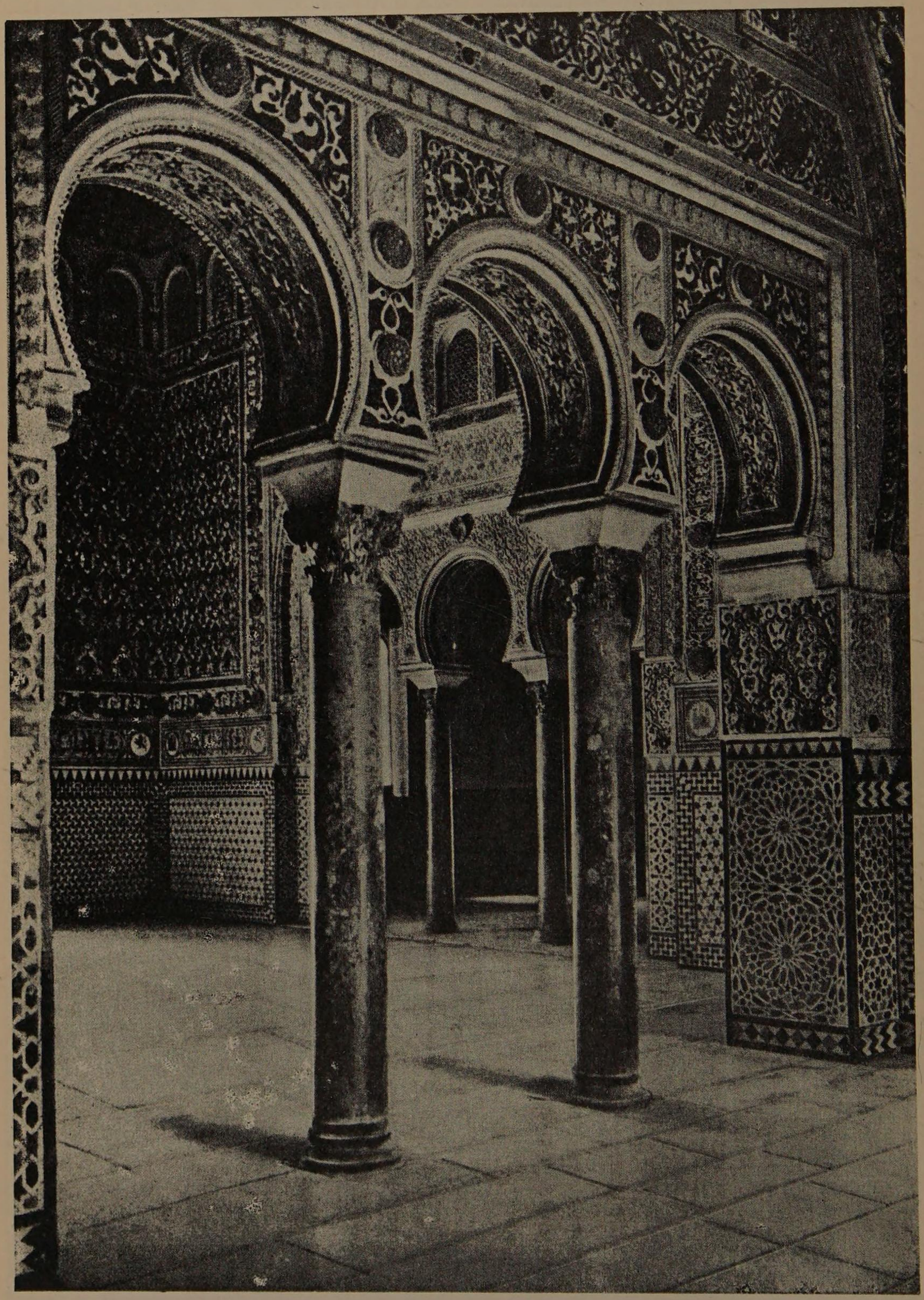
Sevilla. Alcázar. Fondo del Salón de Embajadores.



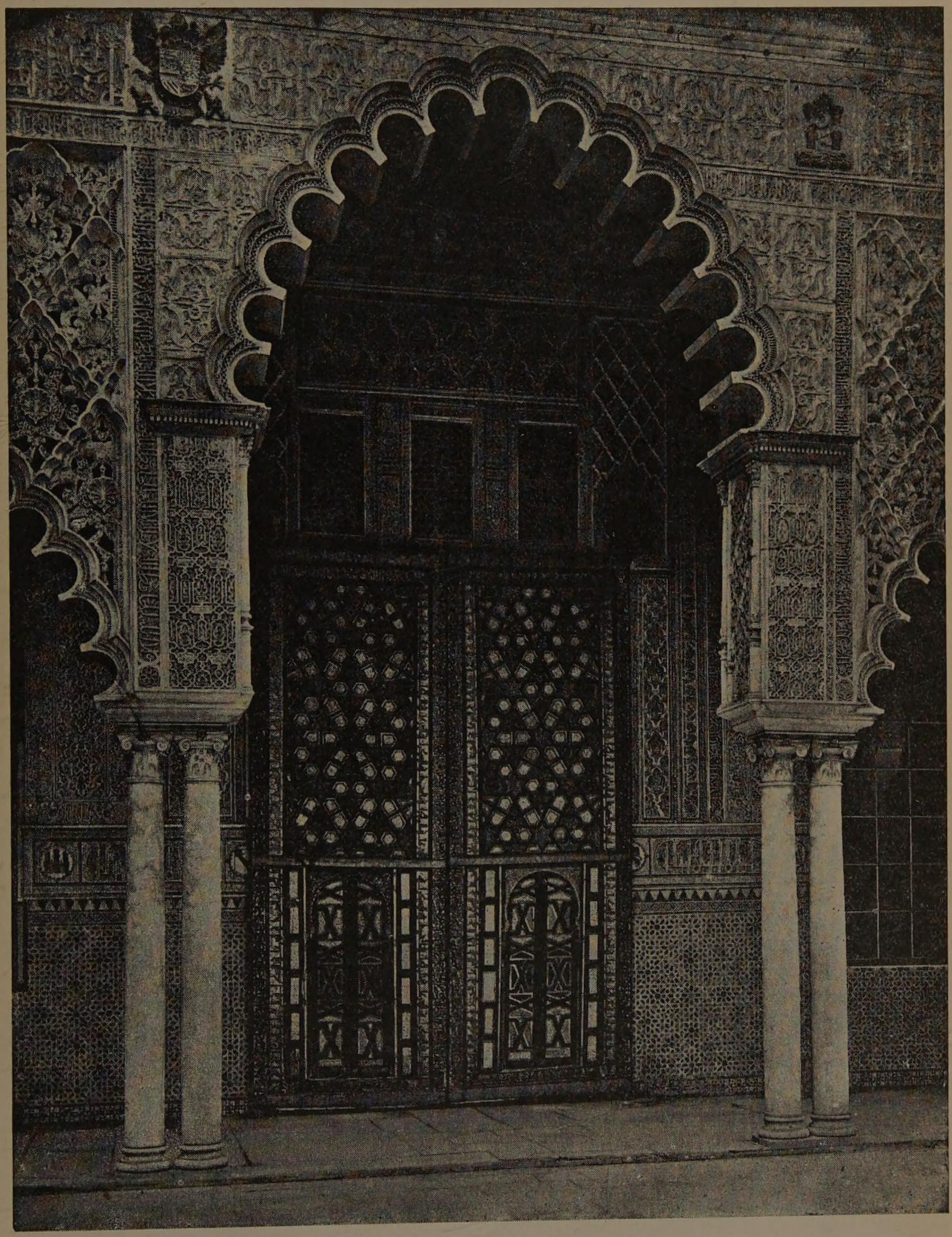
Sevilla. Alcázar. Arcos del Salón de Embajadores.



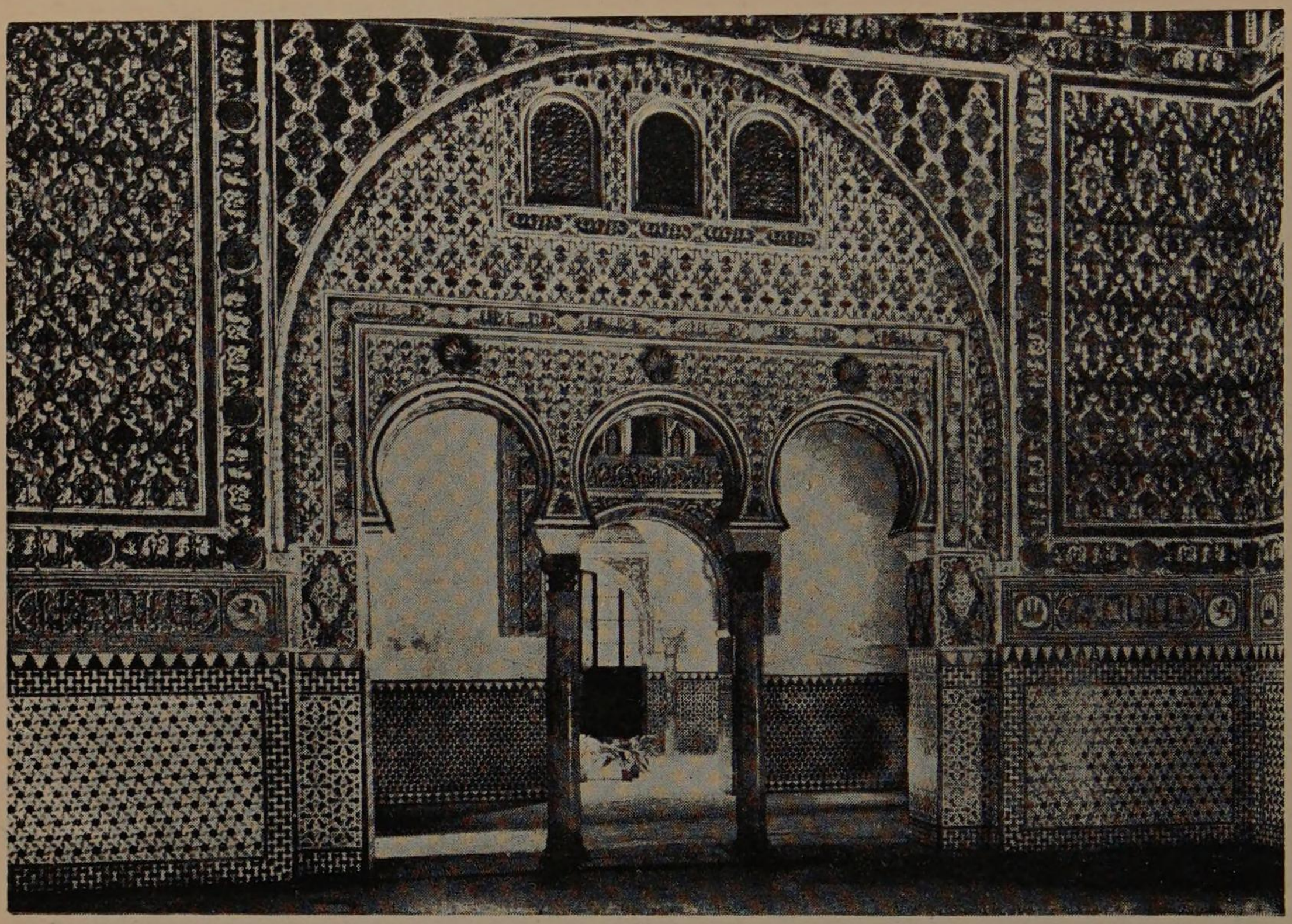
Sevilla. Alcázar. Dormitorio de los Reyes Moros.



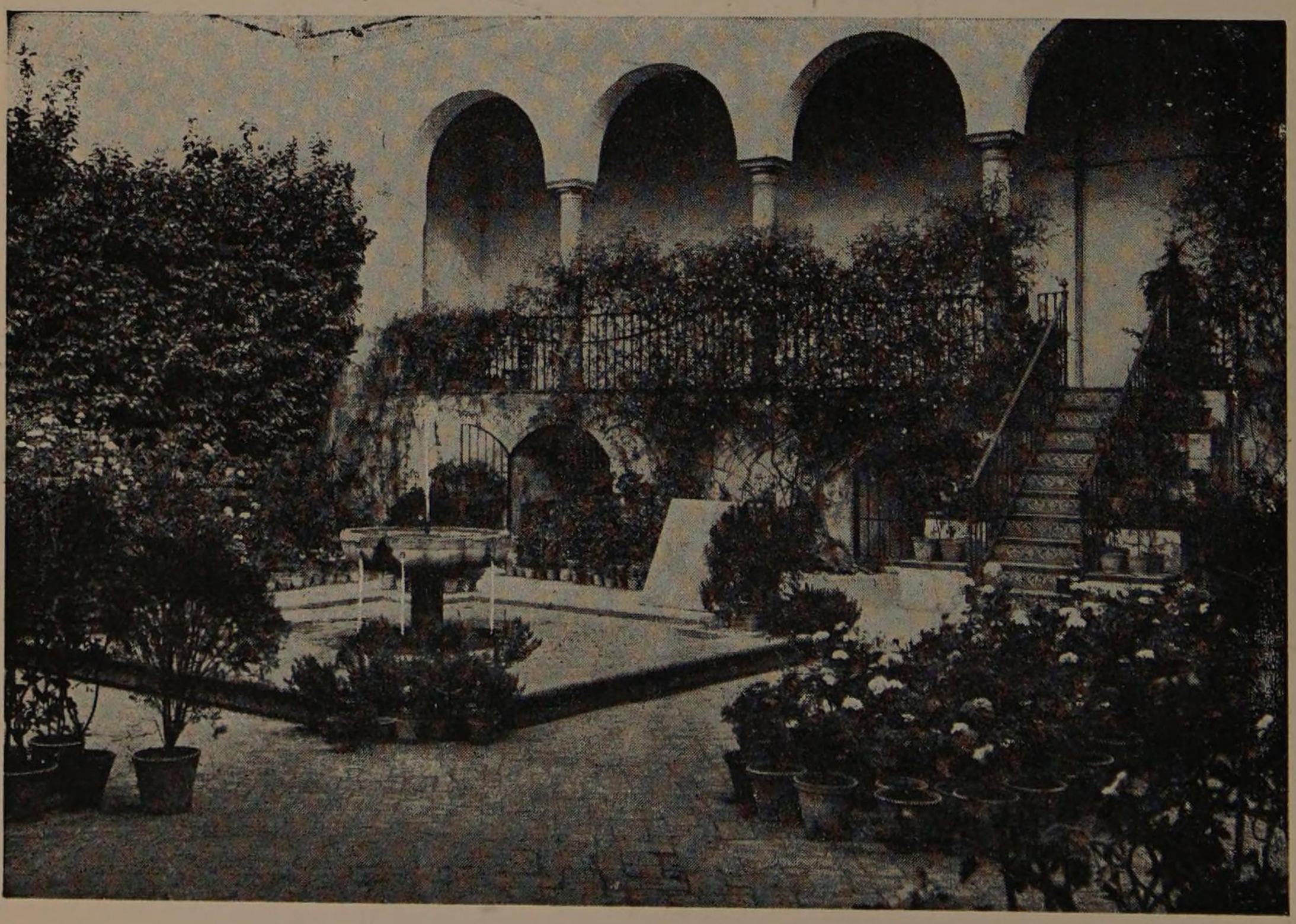
Sevilla. Alcázar. Salón de Embajadores.



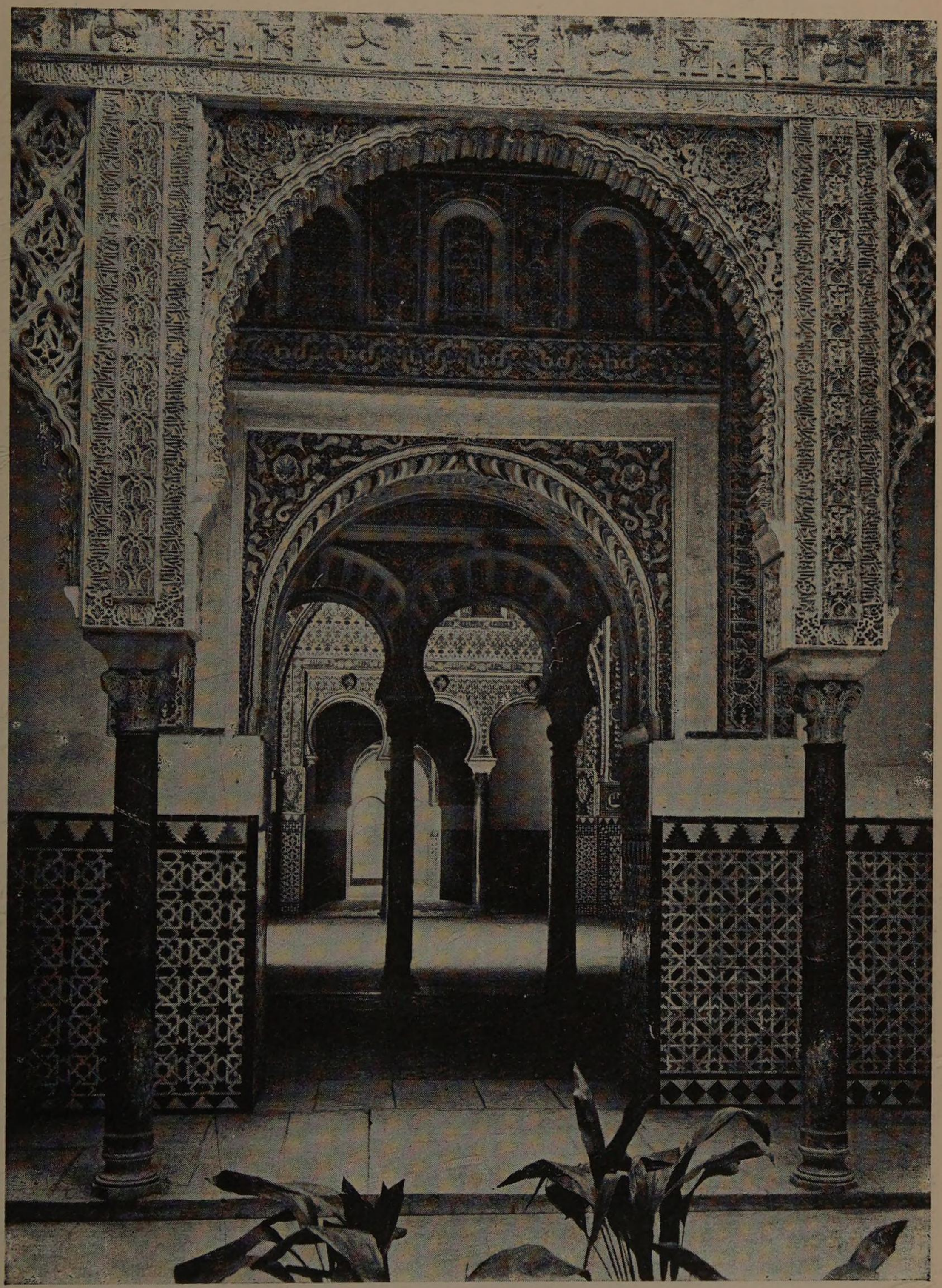
Sevilla. Alcázar. Puerta del dormitorio y Salón de los Reyes Moros.



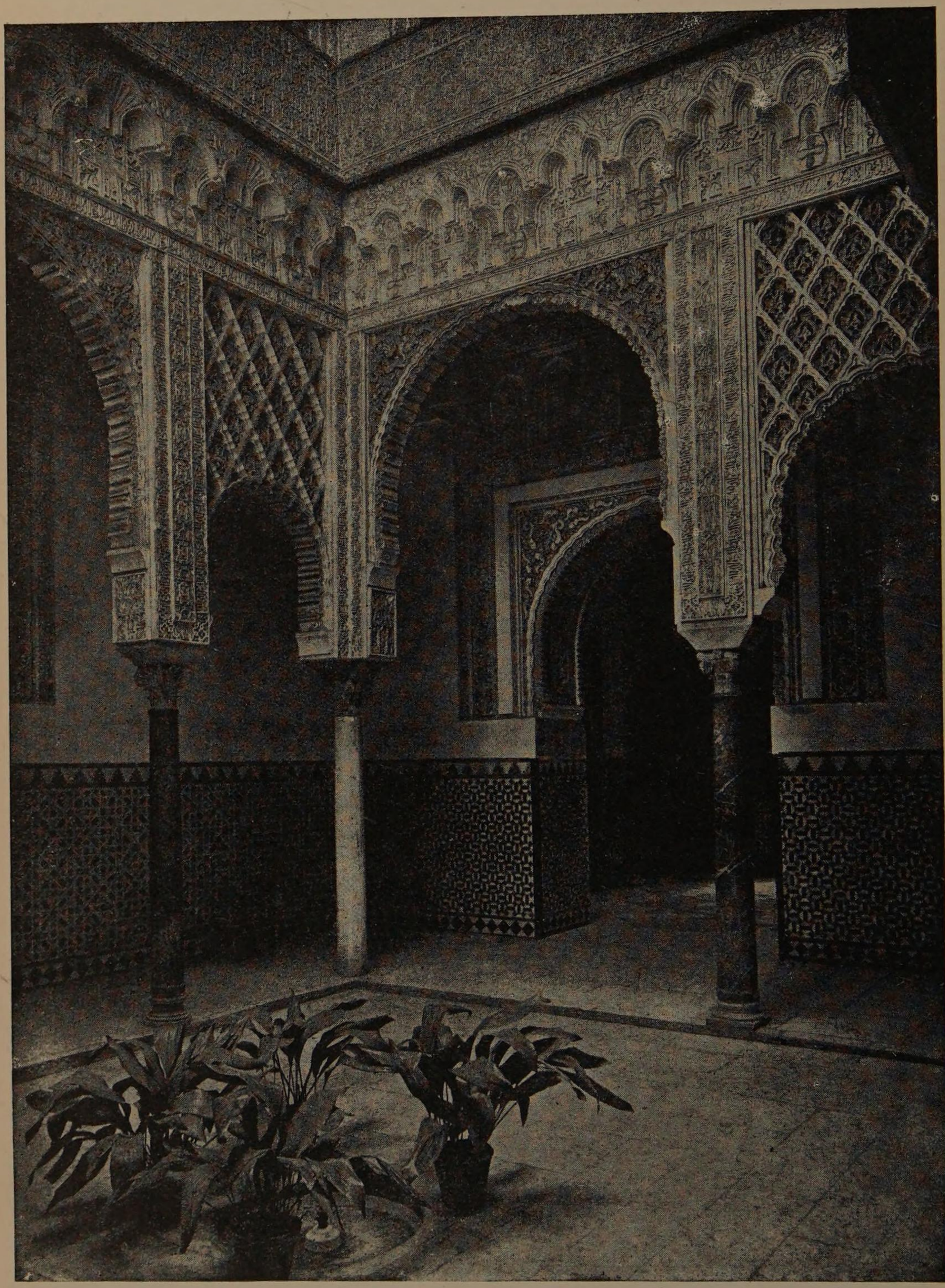
Sevilla. Alcázar. Puerta del Salón de Embajadores.



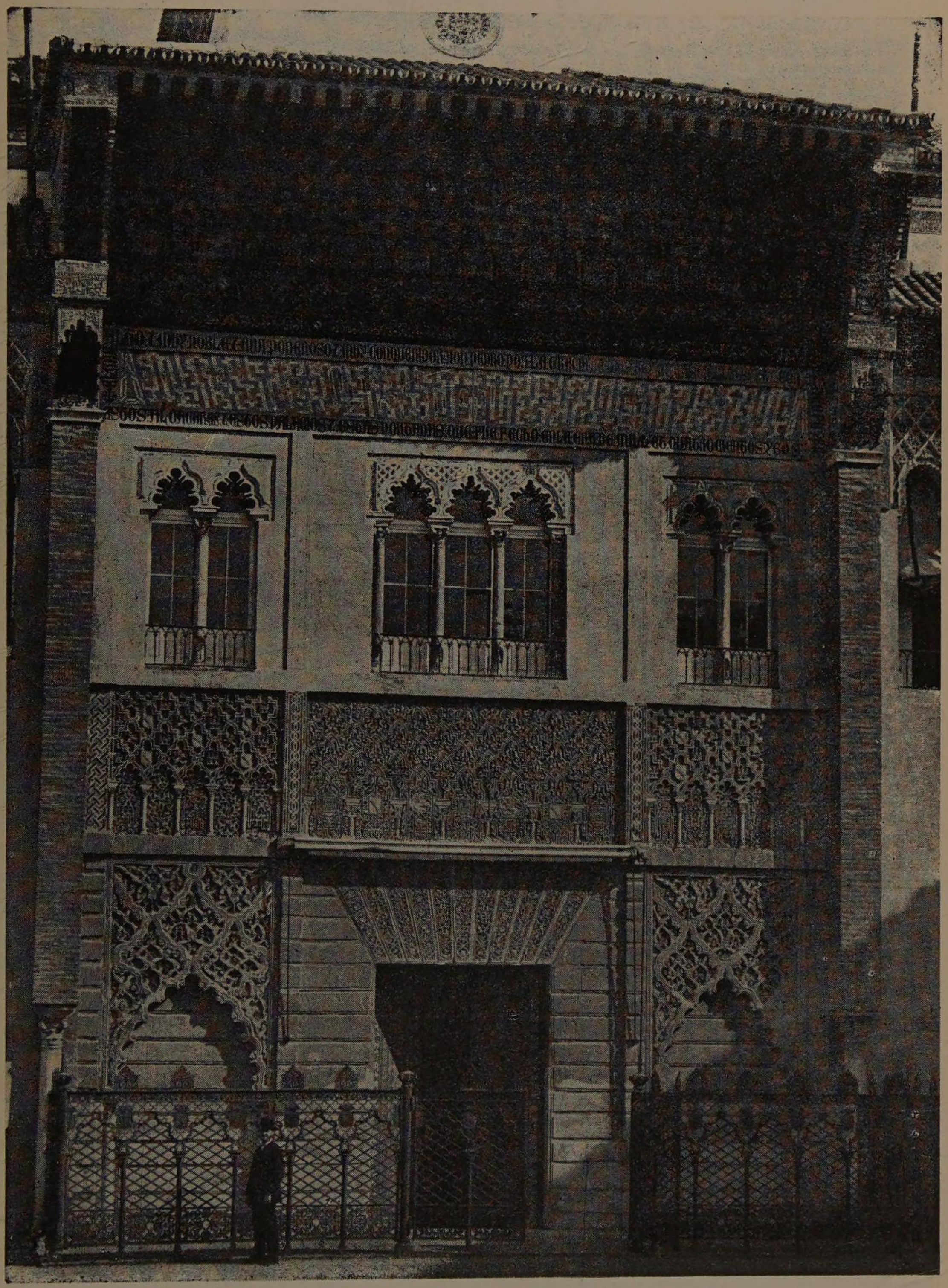
Sevilla. Alcázar. Jardines árabes.



Sevilla. Alcázar. Arco del Patio de las Muñecas.

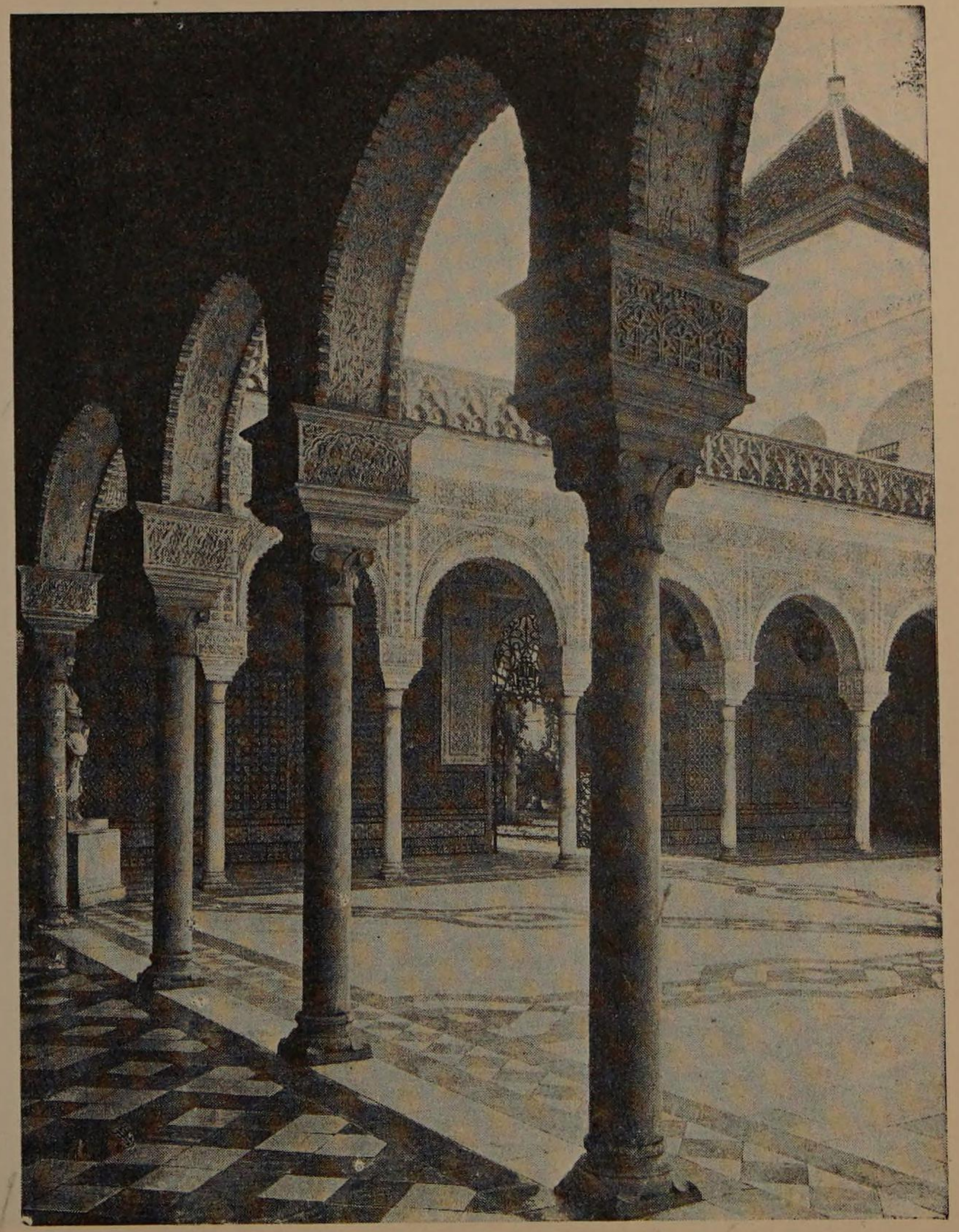


Sevilla. Alcázar. Patio de las Muñecas.



Sevilla. Fachada principal del Alcázar.

Sevilla. Casa de las Dueñas.



Sevilla. Casa de Pilatos.

sábalo está limitado a una sola estación del año, y, en cambio, está muy afilado el aguijón de los escorpiones. Es ciudad falta de árboles frutales y de lugares de placer célebres.

Aclarada la superioridad de Málaga en cuanto a la fertilidad del suelo, parémonos en la cuestión de la fama.

Es éste un punto en que no cabe discusión, a menos que uno cierre los ojos y se tapone los oídos. Málaga fue en los tiempos romanos cabeza de reino y asiento de príncipes y magnates, como lo atestiguan las conocidas historias de la conquista. Después, con el Islam, ha sido también cabeza de un imperio de abundantes ejércitos y tremolantes enseñas, cuya celebridad excusa de mayores esclarecimientos. En ella tuvieron su corte, primero, los nobles reyes Idrisíes, luego los jefes de Sanhaya, y, por último, los Banu Nasr, defensores del Islam. Su ejército es hoy célebre por su arrojo y está sólidamente aprestado contra las vicisitudes de los tiempos. (Málaga es, además, un emporio mercantil): sus comerciantes alzan enseña tremolante, instalan mercado concurrido, donde galopan en competencia como corceles veloces, y laboran con la esperanza de hacer, además, con Dios el negocio ganancioso (de la salvación). Aparte de eso, le basta a Málaga ser centro de aprovisionamiento de fronteras, castillos y plazas fuertes, como tronco que nutre abundantes ramas y renuevos. Es, en suma, ciudadela excelsa, tierra que se defiende con jinetes e infantes, valle abrigado donde se encierra un reino orgulloso y en que se enfilan (como perlas) para el Sultán glorias infinitas.

¡Qué lejos está Salé de este privilegio y de esta elevada fama! ¿Dónde están en ella las tropas y las banderas y los castillos de donde desbordan las embajadas? Si bien es cierto que un rey quiso adoptarla por corte y escogerla como morada, por miedo de Al-Ándalus, no lo es menos que se lo propuso y no lo llevó a cabo, como lo proclaman las ruinas que en ella se ven.

Hablemos ahora de la prosperidad de Málaga, apoyados en escogidas pruebas, y ningunas sirven mejor para el caso que las alhajas, los perfumes, las túnicas de brocados, las chilabas, los jardines de aspecto maravilloso, los alcázares construidos en las faldas de las montañas, las huertas de espesa sombra, las albercas que murmuran con su agua dulce y límpida, los trajes llevados con elegancia por cuerpos bellos y flexibles como ramas, las bodas de rumbo que denotan el desahogo de las situaciones y los ajuares de novia valorados en miles.

En Salé, por el contrario, las fortunas son medianas; los trajes, en la mayoría de los casos, correspondientes a ellas; el crédito, bajo; los gastos, frenados por la avaricia; las mezquitas, pobres; la alcaicería, ruin; los vestidos, traídos de fuera; los adornos, ni conocidos ni reputados. Su mezquita está llena sólo de alquiceles, pero faltan en ella, o al menos escasean, los taylasanes y los ricos mantos; (se ven en ella muchas alpargatas, pero) son raras las sandalias de cuero. Las voces y las lenguas, los dichos y los hechos revelan el carácter bereber.

Tocante a población, ¿adónde ha de ir el que la busca y en cuál pondrá su confianza el que la ve?

Todo el interior de Málaga, contenido entre la muralla, está apretado y aglomerado. La ciudad entera está trabada y, a la vez, simétricamente distribuida, como una tela de araña. Sus paradores son muchos, y sus mezquitas, notables. Sus arrabales animados se muestran orgullosos entre las túnicas de las alamedas. Las calles están ahogadas de gente, y en los zocos se apretujan los comercios. ¡Juro por Dios que uno cualquiera de sus arrabales está más poblado que toda la ciudad de Salé, con más diferencia que la que separa la existencia del vacío! Más lleno está, cuanto más se menciona la plenitud.

(Salé, por el contrario) es una ciudad inorgánica, dispersa y mal trabada. Un tercio lo ocupa un cementerio vacío, y otro tercio, ruinas abandonadas. Parte de ella son chozas de caña, gallineros, corrales y lodazales, establos de vacas de leche y rediles de animales de pasto.

Tocante a la vida económica, Málaga tiene la flecha mucalla y la corona adornada, pues de cualquier modo que se mire, lleva notable ventaja, a causa de los ingresos considerables de sus tierras comunales y del excedente de los productos de su vega.

Salé come de la harina que se trae de fuera, y no del cultivo de sus labradores, en tanto que Málaga se basta a sí misma en lo principal, y puede satisfacer cualquier demanda sin recurrir a sus vecinos de Oriente u Occidente.

Si hablamos de esplendor, aquel que pretenda que no hay en el mundo ciudad más espléndida que Málaga en punto a majestad, ni más abundante en plantaciones y viñedos, ni de flores más olorosas, ni de días más claros, puede hacerlo sin miedo de que sea desmentida su opinión o de que tenga que sonrojarse por su preferencia. Toda ella es un puro vergel, pila y abrevadero; jardines recamados por los arroyos y en los que gorjean los pájaros.

Salé, en cambio, es una ciudad desprovista de sombra y desnuda de colinas. En cuanto se va la primavera y la fertilidad de los pastos, se queda marchita, sus aguas se tornan hirvientes y la temperatura se convierte en un doloroso suplicio.

En punto a edificios, para dar idea de los blancos alcázares y de las extensas fincas que hay en Málaga, bastará citar la Huerta del Sayyid. ¡Qué primor de jardín, que promete una próxima cosecha, y de casa de altos techos, cuyo mérito y excelencia salta a la vista! Además (en días más recientes), hasta esta misma época, se han levantado tantas otras, que no pueden contarse: huertos que llenan la llanura y el monte y sobrepasan cualquier exigencia, donde no hay leones que impidan las largas caminatas, por la mañana o por la tarde, ni ladrón que obligue a las gentes a ocultarse en las casas.

En cambio, Salé, aunque los reyes tengan en ella casas y alcázares y

posea edificios notables para los servicios públicos, es, en junto, poca cosa, que no hay manera de multiplicar.

Tocante a hijos ilustres, Málaga cuenta, entre los que aún están atados por las cadenas de la vida y los que ya se trasladaron desde sus jardines a los vergeles del Paraíso, con tantos y tan grandes, que no se puede rivalizar con ellos, ni disputar acerca de su fama, ni hay necesidad de defenderlos. La mejor prueba la constituyen las Silas en las que han quedado permanentemente inscritos y las Historias en que aparecen ordenadamente registrados. Consulta para ello el Magrib al-bayan, el Tarij de Ben Hayyan, el Tarif alzaman, el libro de Ben Zubayr, con los hombres ilustres que en ella se mencionan, la Sila de Ben al-Abbar y el Tarij de Ben Askar, con las noticias que en él se refieren. Corre, además, a levantar el velo que cubre la faz de la Ihata, y encontrarás sabios eminentes, tupidos bosques de personajes y figuras relevantes. Tantos son, que el ancho circo es estrecho para contenerlos.

Salé, por el contrario, no espera, la pobre, que le haga compañía más que su Ben Isra, falta de celebridad y de elogio, desprovista de los ornamentos de tan grandes señores. Y, si bien es verdad que hay en ella gentes devotas, que se encaminan por el sendero de la vida ascética, ¡cuántos santos no hay también en Málaga de gran categoría, como el Tanyali y el Sahili!

Cuanto queda dicho son pruebas irrebatibles y argumentos que no se pueden negar. Pero ahora, el que quiera (aceptarlos), que escoja el ser tenido por justo, y el que, por el contrario, quiera (rechazarlos), que escoja libremente el camino de llevar la contraria y mantener la oposición.

En cuanto a mí, Dios sabe que he sido imparcial en mi sentencia y elevado de miras en mis censuras; que he callado muchas cosas y he dejado de aducir méritos excelentes, porque la ineludible gloria y la evidente superioridad de Málaga no lo necesitan. A quererlo, hubiera aportado otros argumentos de superioridad, que no pueden rebatirse ni están sometidos a crítica; pero Dios me ha hecho pasar sin ellos. Con lo dicho basta, como exposición para el que la pida y como indicio de la superioridad que el rey tiene sobre el esclavo. ¡Dios cubre a todos con sus beneficios y acoge en su misericordia al vivo y al muerto!

La sentencia del pleito es que Málaga lleva la ventaja por su hermosura y perfección, por la belleza de su aspecto y la copia de su riqueza, por sus trémulas umbrías y sus hijos ilustres, y, en fin, por la exquisitez de sus industrias y labores; y que Salé tiene también superioridad, pero es sobre las análogas, parecidas y semejantes poblaciones del Magrib, pues nadie niega el mérito de su discreción y la seguridad en que está de discordias civiles y de sus estragos, cuando ocurren tales disturbios, ni desconoce la importancia de las tumbas de nobles reyes que hay en sus montañas.

Málaga es uno de los países dotados de poder y majestad y que han logrado los fines a que aspiraban. Salé, en cambio, es encharcamiento de lluvias y pasto de recuas; desierto, en fin de cuentas.

Y con esto soltaremos el báculo de esta jornada y estiraremos las riendas para no incurrir en exceso. Dios nos basta: Él es un excelente protector.

Del *Mufajarat Malaqa wa Sala* de BEN AL-JATIB (Trad. García Gómez, Al-Ándalus, II, 185).

## DESCRIPCIÓN DE GRANADA POR BEN AL-JATIB

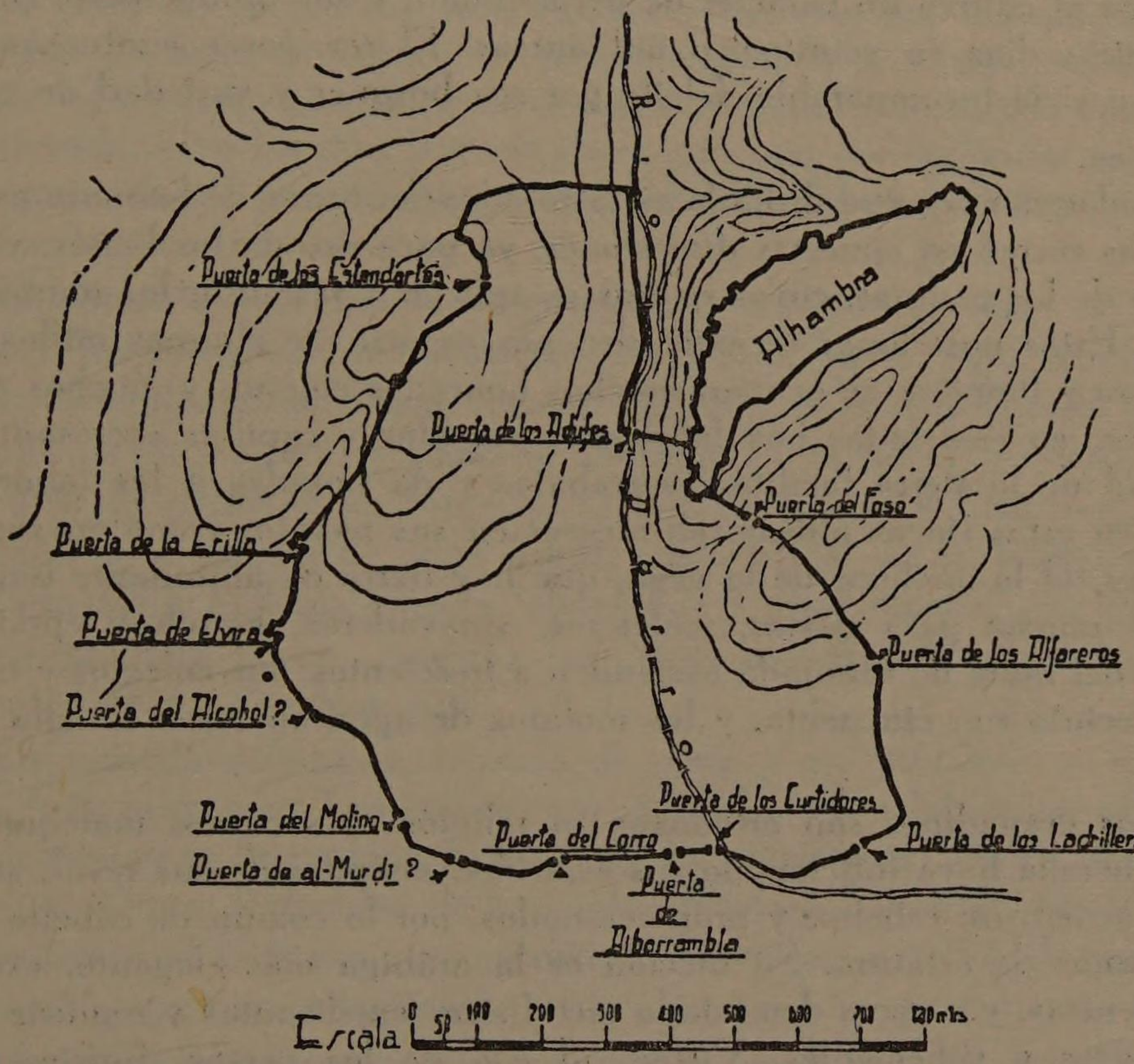
*He aquí una página de la postrer gran figura literaria de la España musulmana sobre la ciudad y el reino de Granada. Nacido en Loja, Ben Al-Jatib consagró atención preferente a la historia del último hogar del Islam español. Su* Ihata fi-l-tarij Garnata *es un magnífico diccionario biográfico de los personajes nacidos en tal ciudad o que por alguna causa se vincularon a su recuerdo. La obra que tituló:* Resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí *contiene una descripción de Granada del reino granadino y de sus instituciones y costumbres, y una historia de sus reyes. Escrita con pluma filial, sus elogios no sobrepasan, sin embargo, a los de autores no españoles. Ben al-Jatib vivió las últimas horas brillantes de la monarquía nazarí y pudo gozar en todo su esplendor de la ciudad que guarda todavía en su seno las reliquias de un arte decadente pero seductor y el recuerdo romántico de la agonía de la multisecular civilización hispano-arábiga.*

"La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco española, es una ciudad de Elvira, cuya población se alzaba floreciente en otro tiempo a cuatro millas de distancia. Constituida en corte en el siglo IV de la hégira, creció rápidamente en grandeza y poderío.

"Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celebérrima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (Sierra Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenísimos huertos, varias yerbas y aromas exquisitos; siendo la más singular de sus excelencias que en todos los días del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crían peucedano o yerbatum genciana y espliego; por último, produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo, y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duración aventajan con mucho a las de Siria.

"El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por él de día o de noche, a pie

o a caballo. La naturaleza ha dotado con toda su lozanía a esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte, y abraza en ancho semicírculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se extiende con sus arrabales sobre colinas, y está como recóstada, parte en éstas, y parte en llano; y no es fácil describir cuántas comodidades y bellezas proporcionan la lenidad




*Granada.* — Plano de la cerca y puertas en el siglo XIV, según al 'Umari.

de sus brisas, la clemencia de sus aires, la solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre río Darro nace en sus términos orientales, corre por la población, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el Genil, que después de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes, crece a semejanza del Nilo, y se dirige soberbio hacia Sevilla.

"La regia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermosean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se convierten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques som-

bríos. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad a la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por doquiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomas y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales y hortalizas, que sólo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta asciende a cincuenta áureos, y cada una de ellas reditúa al soberano treinta libras. Este campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan en nuestros días en veinticinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

"A doquiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opuestas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican a restaurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se extienden por espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles: en casi todas hay fabricados castillos y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso a las labores. Se elevan en estas fincas aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengos, abrevaderos, granja y ejidos. Los lugares del radio de Granada ascienden a trescientos; los colegios y templos de su recinto son cincuenta, y los molinos de agua en torno de ella ciento treinta.

"Los granadinos son ortodoxos en religión, y sectarios malequíes, sin que la herejía haya inficionado sus espíritus; amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, esbeltos y proporcionados, por lo común de cabello negro, y medianos de estatura. Su dicción es la arábiga más elegante, exornada de sentencias, y a veces demasiado metafísica; en disputas y réplicas suelen ser tenaces y vehementes. Visten, al uso de los persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores con sutil artificio: en invierno usan para abrigo la capa africana, o albornoz tunecino; en la estación calurosa lienzo blanco. De aquí es que al ver a los fieles congregados en el templo, y los diversos colores de sus trajes, nos parece admirar la diversidad de flores extendidas en los amenos prados de primavera.

"El ejército se compone de dos linajes, uno de guerreros granadinos y otro de reclutas africanos: los granadinos no consienten ser acaudillados sino por algún príncipe de la dinastía, o por alto dignatario del estado. En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos, viseras, en calidad de armas defensivas; como ofensivas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimitarras y venablos; y cabalgaban en sillas de poca firmeza. Cada escuadrón o compañía llevaba un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el tiempo se han mejorado (*sic*) la disciplina militar y la calidad de las armas,

adoptando corazas ligeras, celadas o morriones más airosos, sillas a la jineta, adargas de cueros y lanzas más agudas.

"Las cohortes africanas constan de varias gentes, como son los Mariníes, Zayaníes, Tagianíes, Agaisíes y árabes africanos: se dividen en varias cohortes, acaudilladas por sus propios capitanes; mas éstos quedan sometidos a la autoridad de un jefe superior, que por lo común es alto caballero de la noble tribu de los Mariníes y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de éstos usan el turbante persa, imitando en esto al pueblo granadino, entre el cual, los sacerdotes, magistrados y doctores son los únicos que le conservan. Su arma favorita es un venablo armado de varias cuchillas, que disparan al enemigo con singular destreza: habitan en cuarteles de fábrica poco elevada, y en los días festivos visten con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías dando ejemplo pernicioso a la juventud con sus zambras ruidosas y sus cantares impúdicos.

"El alimento cotidiano de los granadinos es el pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros lo consumen de cebada en el rigor del invierno. En sus mercados abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas vendimiadas en los fértiles pagos de Granada; y es tal la granjería de este fruto, que sus rentas están computadas hoy en catorce mil áureos. Es también copioso el surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras muchas, sin que escaseen en ninguna época. Además hay uvas conservadas al abrigo de la corrupción de un año para otro.

"La moneda granadina, labrada de plata y oro purísimo, se distingue por su cuño primoroso. Los ciudadanos aplicados a sus labores se alejan del ruido cortesano en la estación de las cosechas, y pasan el estío en sus granjas deleitosas. Otros, inducidos de un ardor belicoso, viven en las fronteras, para molestar al cristiano con excursiones audaces, y servir de presidio y antemural a sus conciudadanos.

"Entre los adornos recomendados por el buen gusto de las princesas y damas granadinas, merecen especial mención los cinturones, bandas, ligas y cofias, labradas de plata y oro abrillantado con primoroso artificio. El jacinto, el crisóliti, la esmeralda y otras muchas piedras preciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son graciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. Nimiamente pulcras, cuidan con esmero sus largas cabelleras, y hacen gala de su dentadura de marfil, el aliento de sus labios es dulce como el perfume de las flores. Dan mayor realce a sus encantos la gracia de los modales, la discreción exquisita y los donaires en su conversación. Es lamentable sin embargo que alcancemos un tiempo en que las granadinas hayan elevado sus vestidos y adornos a una altura de lujo y magnificencia que raya en delirio".

Del *Lamhat al badriya fi-l-dawla al-nasriya* de Ben Al-Jatib
(Trad. Lafuente Alcántara: Historia de Granada, III, 113).

# TRISTE FIN DE UN HISTORIADOR POLÍTICO

*El último de los grandes historiadores hispano-árabes y uno de los mayores de todos los siglos del señorío del Islam en España, fue el granadino Ben Al-Jatib. La serie variada de sus escritos le hacen acreedor al título de polígrafo. Intervino activamente en la vida política del reino de Granada. Fue secretario de Yusuf I y embajador y ministro de Muhammad V. Con él emigró a África y con él regresó a Andalucía. Árbitro del gobierno durante la segunda parte del reinado de su amigo y protector, cayó al cabo en desgracia y, aunque logró salvarse y pasar el Estrecho, fue pronto detenido por orden del sultán marroquí Abu-l-Abbas, y pereció estrangulado en prisión, perseguido por la saña del rey de Granada.*

"A principios del año 776 [1374] el sultán Abu-l-Abbas llegó a apoderarse de la Villa-Nueva, capital del imperio, y se dejó gobernar por su visir, Muhammad ben Utzman, que tenía por lugarteniente a Sulayman ben Dawud. Proclamado sultán en Tánger, se había comprometido con Ben al-Ahmar (Muhammad V) a entregar a Ben al-Jatib, ministro tránsfuga que había excitado a Abd al-Aziz a intentar la conquista de España.

"Después de haber abandonado la ciudad de Tánger, el sultán Abu-l-Abbas tuvo un encuentro con las tropas de Abu Bakr ben Gazi bajo los muros de la Villa-Nueva, tras de cuyas murallas habíanse refugiado, viéndose obligadas a sostener un sitio. Ben al-Jatib comprendió entonces el peligro que le amenazaba y se encerró en la ciudad con el visir. El sultán, habiéndose posesionado de la plaza, dejó tranquilo a Ben al-Jatib por algunos días; mas luego mandó arrestarle por consejos de Sulayman ben Dawud. Este ministro profesaba a Ben al-Jatib un odio mortal: cuando Ben al-Ahmar (Muhammad V) estuvo refugiado en África, había conseguido de él la promesa formal de que, una vez restablecido en el trono, nombraría a Sulayman comandante de los voluntarios de la fe. Sentado nuevamente en su trono este Ben al-Ahmar, Sulayman solicitó de él el cumplimiento de lo ofrecido; pero Ben al-Jatib se opuso a ello, razón por la cual Sulayman regresó a África abrigando contra Ben al-Jatib un odio secreto que suspiraba continuamente por la revancha.

"Cuando el sultán de Granada tuvo noticia de que había sido arrestado Ben al-Jatib, envió una comisión presidida por Abu Abd Allah ben Zamruk, con objeto de conseguir el castigo del ex ministro. A petición de éste, Ben Zamruk, que le había sucedido en el cargo, el sultán de Marruecos mandó que Ben al-Jatib compareciera ante una comisión compuesta de altos dignatarios y consejeros de Estado. Acusado de haber insertado en sus escritos algunas proposiciones mal sonantes, fue encarcelado después de haber sido sometido a la tortura. El jurado deliberó luego si procedía además imponer la pena capital por las dichas proposiciones. Algunos jurisconsultos votaron por la muerte dando así ocasión a Sulayman de saciar su sed de venganza.

Por órdenes secretas de éste, algunos miserables que tenía a su servicio reunieron por la noche una gavilla de gente asalariada, a la cual se unieron los enviados españoles: forzaron las puertas de la prisión y estrangularon a Ben al-Jatib. Al día siguiente se le enterró en el cementerio de la Puerta de Mahruc, y al otro día se descubrió que el cadáver había sido sacado de su tumba para hacerle desaparecer por el fuego: hallábase extendido al borde de la fosa, con los cabellos consumidos y la cara ennegrecida por la acción del fuego. Se le enterró nuevamente, y así terminaron las desdichas de Ben al-Jatib. El público se indignó por tal infamia, y no vaciló en atribuir esta escandalosa profanación a Sulayman ben Dawud, a sus criados y demás dependientes de su administración.

"Durante los días de su prisión, el desventurado Ben al-Jatib se preparaba a bien morir; aún tuvo el valor suficiente para coordinar sus ideas y componer muchas elegías sobre el triste fin que le esperaba. En una de estas composiciones se expresa así:

"¡Aunque estamos cerca de la parada (terrestre), nos hallamos ahora alejados de ella! Habiendo llegado al lugar de la cita (sepulcro), guardamos silencio (para siempre).

"Nuestros suspiros se han detenido repentinamente, bien así como se detiene la recitación de la oración cuando se ha pronunciado el Kunut.

"Aunque éramos antes poderosos, ya no somos más que osamentas; en otro tiempo dábamos festines, hoy somos el festín (de los gusanos).

"Éramos el sol de la gloria; pero ahora este sol ha desaparecido, y todo el horizonte se conduele de nosotros.

"¡Cuántas veces la lanza ha derribado al que lleva la espada! ¡Cuántas veces la desgracia ha abatido al hombre feliz!

"¡Cuántas veces se ha enterrado en un miserable harapo al hombre cuyas vestiduras llenaban numerosos cofres!

"Di a mis enemigos: —¡Ben al Jatif ha partido! ¡Ya no existe! ¿Y quién es el que no ha de morir?

"Di a los que se regocijan de ella: —¡Alegraos si sois inmortales!"

Del *Kitab al-Ibar* de Ben Jaldun (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 339).

## NOCHE OSCURA DEL ALMA. SÓLO DIOS BASTA

*El Islam sufrió pronto una honda influencia del cristianismo. Profundamente cristiana fue la actitud de muchos sufíes de la escuela xadilí. Hay que buscar el origen de su postura mística en la doctrina paulina de los padres del yermo y del monacato oriental. Su propagación dentro del islamismo se debió, probablemente, al sufí persa Hallach. Otro sufí de Almería, Abu-l-Abbas ben al-Ariz, la adopta en Al-Ándalus en el siglo XI. Le siguen, en el XII, dos grandes contemplativos hispano-musulmanes: Abu Madin de Sevilla y Ben Arabi de Murcia, cuyas páginas sobre la escatología musulmana habían de influir en la Divina Comedia. De ellos pasa*

*el misticismo a todo el Occidente islámico. La escuela se propaga luego a Oriente. Y en el siglo XIV un místico andaluz, Ben Abbad de Ronda (m. 1394), escribe unos "Comentarios a las sentencias de Ben Ata Allah de Alejandría". En la mística del Rondí aparece una tabla de preferencias y un léxico, análogos a los que había de mostrar San Juan de la Cruz, y la misma renuncia a los carismas o favores divinos y el mismo amor a las tribulaciones de los místicos carmelitanos. Esas extrañas coincidencias han permitido a Asín establecer el enlace entre los dos grupos contemplativos hispanos: entre el musulmán de los siglos XIV y XV y el cristiano del XVI.*

(Sentencia 204: Utilidad de la noche del alma).

"A menudo caen sobre ti las tinieblas, para hacerte conocer el valor de las gracias con que Dios te favorece".

Las tinieblas son lo contrario de las luces: no hay luz, sin que exista enfrente de ella una oscuridad; toda oscuridad es proporcional a su luz correspondiente; se conoce lo que las cosas valen, por sus contrarias, como lo dice el proverbio: "Por sus contrarias se conocen las cosas". Por eso, las tinieblas de sus velos y ausencias, que Dios deja caer sobre ti en las noches del abandono y de la separación, no te las envía sino para hacerte así conocer mejor el valor de las gracias con que te favorece, es decir, de las luces de la iluminación y de la presencia, en los días de la aproximación y de la unión, pues todas ellas son gracias que Dios derrama copiosamente sobre ti, sin que tú mismo te des cuenta de ellas. (II, 31, 1ª 8).

(Sentencia 226: Sólo Dios basta).

"No desees ni busques que las inspiraciones divinas continúen todavía, después que Dios haya derramado ya mediante ellas en tu alma sus luces y depositado sus misterios, pues, teniendo a Dios ya no necesitas de ninguna cosa, y, en cambio, ninguna cosa te sirve de nada sin Él".

Las luces de las inspiraciones derramadas por Dios sobre su siervo modifican su exterior y su interior revistiéndolo con las cualidades de la servidumbre, y los misterios que mediante ellas deposita Dios en el corazón hácenle contemplar la majestad de su soberanía. Cuando, pues, la divina inspiración te produzca estos místicos efectos, no desees ya que Dios te conserve más tiempo en aquel estado, ni te desesperes y aflijas por tu pérdida si lo pierdes, pues con Dios tienes bastante para no necesitar ya aquella inspiración u otra cualquiera, mientras que sin Él ninguna cosa te bastará ni servirá de nada, como dijo el poeta:

"Toda cosa, si la pierdes, tiene su compensación;
pero si pierdes a Dios, no hay cosa que lo compense."

Por eso decía Abu Abd Allah ben Ata Allah: "Guárdate de poner tus ojos en cosa criada, mientras encuentres camino de poner tus ojos en Dios". Y en la idea expresada por Ben Ata Allah con la palabra "cosa criada" entran todos los seres que no son Dios, incluso las luces divinas, las moradas y estados místicos, los premios de la vida futura, igual que los bienes de la

vida presente, las gracias interiores, como las exteriores. No pongas, pues, tus ojos en cosa alguna de ésas, ni en ellas reposes ni te apoyes, tanto si duran, como si desaparecen, pues eso destruirá la pureza de intención con que debes servir a Dios tan sólo.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y mi señor Abu-l-Abbas de Murcia decía: "Dos clases hay de siervos: el que, en el estado místico, está con su estado, y el que está con Dios que se lo otorga. El primero es siervo de su estado, y el segundo es siervo de Dios que se lo otorga. La señal distintiva del primero es ésta: que se aflige cuando pierde su estado y se alegra cuando lo logra. La señal característica del segundo es ésta: que ni se alegra cuando lo logra ni se entristece cuando lo pierde..." (II, 38, 1ª 4).

(Sentencia 227: Sólo Dios basta).

"Si pones empeño en conservar algo que no es Dios, señal es de que no lo encontraste aún. Y si te entristeces de perder algo que no es Dios, señal es de que todavía no llegaste a unirte con Él".

El encuentro de su Señor y la unión con Él es el colmo de las aspiraciones del siervo, el objeto y el fin de sus esperanzas y anhelos, por el cual logra su felicidad, que está en gozar de la gracia del Rey de la Majestad. Entonces olvida todo otro objeto, digno de ser amado, y se desentiende de todo otro ser, digno de ser con alegría gozado y deseado. Esta es la condición propia de los místicos que viven solos con Dios, apartados de cuanto no es Él y escondidos tras el velo del recuerdo de su glorioso Señor. (II, 38, 1ª 6 infra).

(Sentencia 239: La adversidad nos lleva a Dios).

"Dios permite que los hombres te dañen, para que en ellos no te apoyes, pues Él quiere desprenderte de toda cosa, para que ninguna te impida apoyarte tan sólo en Él".

El daño que el siervo de Dios recibe de los hombres es una inmensa gracia con que le favorece, singularmente cuando el daño le viene de aquellas personas que debía esperar le tratasen con benevolencia y piedad, con respeto y veneración, pues esos malos tratos hacen que el siervo de Dios no descanse ya en los hombres, ni en ellos ponga su apoyo, y así deje de familiarizarse con ellos para poner todo su empeño en realizar cumplidamente su condición de siervo de su Señor.

Decía mi señor Abu-l-Hasan al-Sadili: Una vez me infirió un daño cierta persona y no pude soportarlo; pero me dormí luego y en sueños oí una voz que me decía: "La señal característica de los sinceros amigos de Dios es ésta: que tengan muchos enemigos y que, sin embargo, de ello no se preocupen".

Decía un místico contemplativo: "El grito de dolor por el ataque injusto de parte de un enemigo es el azote con que Dios golpea los corazones, cuando éstos buscan su descanso en algo que no es Él. Sin ese azote, el

siervo de Dios dormiría confiado a la sombra de los honores y de la gloria mundana, que son velos que le impiden llegar al Dios de la majestad".

Y mi señor Abu Muhammad Abd al-Sallam, maestro de mi señor Abu-l-Hasan al-Sadili, decía en una de sus plegarias: "¡Oh Dios mío! Hay gentes que te piden que sometas tus criaturas a sus órdenes y Tú les concedes lo que te piden y con eso se quedan satisfechas. ¡Oh Dios mío! Yo, en cambio, te pido que me sometas a la tiranía de tus criaturas, a fin de que yo no tenga más refugio sino Tú".

Del *Xarh Ibn Abbad al-Rondí li-l-Hikam al-Ataiya* (Trad. Asín, Al-Ándalus, I, 71, 74).

## GUERRA DE MOROS Y CRISTIANOS

*La pugna entre la aristocracia, tardíamente poderosa, y la realeza, que se aseguraba en la tradición jurídica nacional y en las concepciones políticas del derecho romano triunfante, había hundido a Castilla en la guerra civil casi permanente. La gran extensión del reino castellano y la lejanía de muchas de sus regiones de los confines de Granada habían desinteresado de la Reconquista a la mayor parte de sus habitantes. Sólo los fronterizos sentían el peligro musulmán —a veces aparecían por sus tierras las huestes granadinas y razziaban sus campos o cautivaban a sus familiares— y la necesidad de combatir a los islamitas. Sin la ayuda de la realeza, las gentes de la frontera no podían, sin embargo, emprender ninguna aventura reconquistadora. Como tampoco era dable a los Banu al-Ahmar, también aquejados del morbo de las discordias intestinas, acometer grandes campañas. La pugna multisecular entre el Islam y la Cristiandad se convirtió, por ello, en una continuada serie de golpes de mano recíprocos: en la guerra de moros y cristianos que nos describen las crónicas castellanas y nos cantan los romances.*

### ASALTOS Y SORPRESAS

. . . . . .

En este tiempo salieron de Carmona e Marchena e Olvera quarenta y dos de caballo e veinte y ocho peones, e fueron correr a la torre de Alhaquen e Ayamonte y Montecorto; e yendo cerca de la sierra de Agrazalema fueron descubiertos, e salieron a ellos de Ronda y de Setenil hasta doscientos y quarenta de caballo. E como los Christianos los vieron venir, trabajaron por tomar un recuesto alto donde los peones Christianos estaban; e como los Moros subieron el recuesto, los Christianos se vinieron para ellos tan denodadamente, que de los Moros cayeron quarenta de la primera espolonada; e como volvieron sobrellos, los Moros comenzaron de fuir, e los Christianos siguieron el alcance, matando e hiriendo en ellos hasta los encerrar en la torre del Alhaquen, e murieron en esta pelea setenta caballeros Moros, entre los quales murió el Alguacil de Ronda, y un hermano del

Cabecera de Ronda, e fueron presos ocho caballeros de los mejores de Ronda e Setenil, e hubieron ende los Christianos ochenta caballos e otro muy gran despojo; e así se volvieron victoriosos e alegres a la villa de Olvera. E yendo por el camino, preguntaron a un Moro de los que llevaban presos, que por qué tanta gente se había dexado vencer de tan pocos Christianos, y el Moro respondió quél juraba por su ley e por Mahomat, que los Christianos que con ellos pelearon habían seydo más de quatrocientos de caballo; que conocida cosa era que quarenta y dos de caballo no habían de vencer a doscientos y quarenta; y que era cierto que Dios había embiado socorro a los Christianos, y el Apóstol Santiago les había venido ayudar. E llevaron a los Christianos dos pendones que ganaron en esta pelea, el uno blanco y el otro colorado, e pusiéronlos en la Iglesia de Olvera, los quales acabdillaron muy bien la gente e dieron causa al vencimiento. E fueron en esta pelea muertos de los Christianos seis hombres de pie e uno de caballo.

E después desto, estando el Maestre de Santiago de Ecija, se vino para él un Moro, el que le dixo que quería ser Christiano, e quería tanto servir a Dios, que entendía de darle el castillo de Pruna; y el Maestre le tornó Christiano, e quiso saber si decía verdad, y embiólo decir al Comendador mayor de Alcántara que estaba en Morón, y embióle el Moro que era ya Christiano, para que dél supiese si era verdad lo que decía. Y el Comendador mayor conoció según la habla que el Moro traía verdad. E luego el Comendador mayor se partió de Morón con toda la gente que pudo, e fuése a Olvera, que es una legua de Pruna, y tuvo ende día, y ante que amaneciese fué sobre Pruna, y en quebrando el alva, el Moro que era tornado Christiano les mostró dónde echasen las escalas, e la villa fué luego tomada, e los Moros que en ella estaban fueron todos muertos y presos. Lo qual acaeció sábado de mañana, quatro días de Junio de mil e quatrocientos e siete años. E luego el Comendador mayor lo hizo saber a los Maestres de Santiago e Alcántara que estaban en Ecija, pidiéndoles por merced la embiasen recua con viandas, e luego los Maestres embiaron docientas lanzas con la recua; e así Pruna quedó por los Christianos. Las quales nuevas llegaron al Infante veniendo por el camino que iba para Córdova, de lo qual él fué mucho alegre, especialmente porque de aquella villa salían siempre Almogavares, e hacían gran daño en la tierra de los Christianos. E luego el Infante, recelando que por ventura el Rey de Granada vernía sobre Pruna, escribió sus cartas a Córdoba e a Sevilla que todos estuviesen prestos, si lo tal acaeciese, para ir socorrer a Pruna, e que él entendía de ir luego en persona a le dar la batalla.

☆

En este tiempo se ayuntaron en Teba hasta docientos de caballo, e ochocientos peones de Carmona e de Ecija e de Osuna, los quales fueron

con Garciméndez, Señor del Carpio, por correr la tierra de los Moros, el qual puso sus peones encima del puerto que es cerca de Cazarabonela, y embió hasta sesenta de caballo a robar la tierra, y él quedó cerca de Cazarabonela, e sus corredores truxieron quiñientos vacas e bueyes, e hasta dos mil cabras y ovejas. E los Moros de la tierra, como sintieron la entrada de los Christianos, apellidáronse todos, e fueron siguiendo a los Christianos que llevaban su cavalgadura. E como quiera que los Christianos los veían no curaban de al, salvo el andar a buen paso. E, los Moros los siguieron tanto, hasta que los Christianos hubieron de volver a ellos, e los Moros volvieron huyendo; e los Christianos fueron empos dellos hasta los meter en las huertas de Cazarabonela. Y en este alcance murieron doce Moros, e ganaron los Christianos ocho caballos e una yegua de silla. Y en este tiempo se juntaron hasta seis cientos Moros de pie, e fuéronse por tomar el puerto a los Christianos; e los Christianos de pie que en él estaban defendiérongelo muy bien, e pelearon con los Moros, e mataron e hirieron algunos dellos; e los Christianos pasaron el puerto con su cavalgada, e fuéronse a Teba donde estuvieron dos días. E los Moros de Málaga e de Val de Cártama e de Ronda, el Domingo en la noche viniéronse poner en celada en el camino de Teba que va a Osuna, que podían ser los de caballo seis cientos, y peones ochocientos, con tres pendones, los dos blancos y el uno colorado; y estuvieron así atendiendo a los Christianos quando habían de pasar a sus tierras cada uno con su cavalgada, y estuvieron así el domingo y el lunes; e desque vieron que no venían, volviéronse por el almarjal de Teba, e como fueron sentidos hicieron rebate. E Garciméndez cavalgó con todos los que ende estaban, e salió a pelear con los Moros, los quales se pusieron en dos tropeles, e después se juntaron en uno, e se pusieron todos juntos en un cerro; e los Christianos se pusieron en otro, donde bien se veían los unos a los otros. E luego Garciméndez comenzó a esforzar su gente, diciéndoles: *Señores, hoy habréis muy buena ventura, que Dios y el Apóstol Santiago es en nuestra ayuda, e sin temor alguno vamos a ellos, que no son nada.* E a todos los que con él estaban plugo mucho. E así Garciméndez con todos los suyos fué muy denodadamente a ferir en los Moros, e los Moros se vinieron para ellos, e así se volvió la pelea muy grande entrellos; e allí fueron muertos muchos caballos de los Christianos e de los Moros, e murieron allí hasta treinta Moros de los mejores que ende venían, e los otros se dexaron vencer; e los Christianos fueron empos dellos en alcance más de una legua, en que murieron ciento e sesenta Moros de caballo, e hubieron dellos muy gran despojo, e ganaron dellos sesenta caballos; e de los Christianos ninguno murió, aunque fueron muchos heridos, e perdieron veinte caballos.

De la *Crónica de Don Juan Segundo* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVIII, págs. 286-288 y 289-290).

# ROMANCES FRONTERIZOS

## Del Cerco de Baeza

### I

Moricos, los mi moricos,
los que ganáis mi soldada,
derribédesme a Baeza,
esa ciudad torreada,
y a los viejos y las viejas
los meted todos a espada,
y a los mozos y las mozas
los traé en la cabalgada,
y la hija de Pero Díaz
para ser mi enamorada,
y a su hermana Leonor,
de quien sea acompañada.
Id vos, capitán Vanegas,
porque venga más honrada,
porque enviándoos a vos
no recelo en la tornada,
que recibiréis afrenta
ni cosa desaguisada.

### II

Cercada tiene a Baeza
ese arráez Andalla Mir
con ochenta mil peones,
caballeros cinco mil.
Con él va ese traidor,
el traidor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar
la empieza de combatir;
ponen escalas al muro,
comienzan le a conquerir;
ganada tiene una torre,
non le pueden resistir,
cuando de la de Calonge
escuderos vi salir.
Ruy Fernández va delante,
aquese caudillo ardil;
arremete con Andalla,
comienza de le ferir,
cortado le ha la cabeza:
los demás dan a fuir.

## Los moros de Moclín hacen una correría por tierras de Alcalá

Caballeros de Moclín,
peones de Colomera,
entre sí han hecho un concierto
de Alcalá robar la tierra;
allá van hacer el salto
a los molinos de Huelma.
Quebrantado han los molinos,

los molineros se llevan.
Allí habló un moro viejo
que es muy ardid en la guerra:
—¡Para tanto caballero
chica cabalgada es ésta!
Soltemos un prisionero
que a Alcalá lleve la nueva,
y démosle tantas heridas
que en llegando luego muera,
y si dellas no muriere
no valga para la guerra;
lanzadas por las espaldas,
cuchillada en la cabeza,
manquémosle de una mano,
cortémosle la derecha.
Ellos en aquesto estando,
un prisionero se suelta,
que corría más que un gamo,
saltaba más que una cebra.
Por las calles de Alcalá
a grandes voces dijera:
—¡Caballeros de Alcalá,
no os alabarédes désta!
Que los Moros de Moclín
corrido os han la ribera,
atalados os han el campo,
no dejan vaca ni yegua.
Oído lo ha Pero Hernández,
Pero Hernández de Cabrera,
que está con su padre a misa,
salido se ha de la iglesia,
y ármase de todas armas
y cabalga en Bocanegra.
Su padre que ir le vido,
tras él sale de la iglesia:
—Si no vais allá, mi hijo,
la mi bendición os venga;
y si allá fuérades, hijo,
de vos haya mala nueva;
que moros que a tal hora corren,
la celada dejan cerca.
Que si hoy ha sido la suya,
mañana será la nuestra.
—No voy yo allá, mi padre,
que aquí voy hasta la cuesta,
a tomar mis caballeros
que se van sin mi licencia—.
Por las calles de Alcalá
corriendo va a media rienda
y en saliendo de Alcalá,
corriendo va a rienda suelta.
A la pasada de un río
y al saltar de una acequia,
del arnés que iba vestido
caído se le ha una pieza.
Allí hablara un alcaide,
que alcaide era de Cabrera:
—Vuelta, vuelta Pero Hernández,
que no es buena señal ésta,
yendo vos tan bien armado

caérseos ahora una pieza—.
Allí habló Pero Hernández,
de esta manera dijera:
—Adelante, caballeros,
nadie vuelva la cabeza—.
Pasan primera celada,
la segunda y la tercera,
y al pasar de la cuarta
cristianos dellos no queda,
si no fuera el su alcaide,
el su alcaide de Cabrera,
que escapó a rienda suelta
y el caballo le valiera.
Por las calles de Alcalá
a grandes voces dijera:
—Socorred, don Diego Hernández,
que vuestro hijo allá queda—.
Desque esto oyó don Diego
al alcaide arremetiera,
y dióle de puñaladas,
que muy bien lo meresciera.

Santullano: *Romancero Español*, págs. 625 y 641.

## EL ÚLTIMO GRAN POETA HISPANO-ÁRABE

*Había nacido Ben Zamrak en el gitano Albaicín, en 1333. Sus talentos merecieron el estímulo y la protección del polígrafo Ben Al-Jatib. Con él emigró a Marruecos, formando parte de la cancillería del sultán destronado; con él regresó a Granada y, a la sombra de su grandeza política y literaria, siguió medrando. Le tocó presidir la comisión enviada por Muhammad V a Fez, para arrancar al soberano marroquí la sentencia de muerte de Ben Al-Jatib. Su traición le valió el cargo de primer ministro en Granada (1374). Pero en aquellas horas crueles el capricho de los príncipes tan pronto elevaba hasta el poder como arrastraba a la prisión y al patíbulo; y una noche, los esbirros de un nieto de Muhammad asesinaron en su casa a Ben Zamrak, que pagó, así, al destino, con su propia tragedia, la de su maestro y protector. Fue el último gran poeta musulmán-español. Usó todos los recursos de la lengua como quien los conocía a fondo. Nada se le rebeló. Musicalmente era impecable. Pero su poesía, tan insincera como toda la poesía árabe, y con frecuencia falta de originalidad, se convierte a veces en un álgebra intelectual. Cultivó el panegírico y gustó de describir jardines, palacios y fiestas. Sus composiciones poéticas alcanzaron especial eternidad, porque se perpetuaron en las yeserías bellísimas de la Alhambra. "Con él agoniza, cansada de siglos, la admirable poesía andaluza... Trabajada por infinitas manos con tanta gracia, y tan fina ingeniosidad era un globo que flotaba en el aire... Cargado de sensualidad, hinchado y tenso de imágenes, de perfumes y de músicas... Cuando ya no pudo ocupar los pensamientos ni impresionar los oídos, estalló como una irisada burbuja contra las paredes y deleitó... los ojos... acostada sobre arabescos y atauriques... La brillan-*

*tez y... la debilidad del arte poética arábigo-andaluza radicaban precisamente en su enorme sentido decorativo. Debía morir realmente así: sobre los muros".*

## LAS MANCHAS DE LA JIRAFA

Parece tener los flancos de tisú e ir cuajada de alhajas
recamó sus maravillas la mano del destino.
Su piel deslumbra los ojos, como si fuera
un jardín, donde los junquillos se abren entre anémonas;
mezcla de blanco y amarillo intenso,
como plata que corre entremedias del oro.
Semeja arriates de narcisos
plantados en altos ribazos donde corren las víboras de los arroyos.

## DESPUÉS DE UNA CACERÍA REAL

Eran amarillas y blancas, y el montón en que yacían
me pareció un jardín donde los junquillos se abrían entre anémonas.
Tenían la piel como de tisú y listada;
recamó sus maravillas la mano del destino.
Lo blanco se mezclaba con lo amarillo, como si vieses
plata en aleación con oro fundido...
Estaban tendidas en un jardín verde y floreciente
donde corrían las víboras de los arroyos.

## CARRERAS DE CABALLOS

En el jardín nos hiciste ver todo género de maravillas,
que no existen ni aun se sospechan en el paraíso eterno.
Soltaste veloces corceles que parecían
bandadas de pájaros revoloteando en el desierto.
Iban más rápidos que la sorpresa del relámpago:
casi escapaban a la visión del observador.
Los ojos llegaban a dudar de la existencia real del corcel;
diríase una conjetura que cruza un instante por la mente.

## DITIRAMBO

El que compare tu mano con la nube
ignora, sin deber hacerlo, las leyes de la analogía,
porque la nube, cuando es generosa, frunce el oscuro ceño,
además, la nube sólo da agua, mientras que tu mano
da oro que enriquece a los opulentos.
Si alguien compara tu rostro con el sol luciente,
se aparta de la equidad en su sentencia:
¿Cuándo habló el sol luciente como tú hablas
repartiendo ordenadamente las perlas del discurso?
¿Y cuándo tuvo el sol luciente una mano
que es generosa en la avaricia del tiempo estéril?
Si alguien compara tu perfección con la luciente luna,
sepa que la luna mengua y el califa es siempre perfecto.
¿Cuándo tuvo la luciente luna unas prendas

cuyo aroma difunden el céfiro y el aquilón?
¿Cuándo recorrió la luciente luna desfiladeros
de guerra, que extenúan a la montura más dócil?

## ANSIAS DE AMOR

Aumentó mi pasión y aguijoneó mi anhelo
una candela embozada en mantos de sombra.
Entre la oscuridad me hacía señas, como un dedo blanco
teñido de rojo en la punta, y perteneciente a una mano escondida.
Si no soplaba la brisa, brillaba su llama como un hierro de lanza;
si la brisa lo torcía, se achataba como una pulsera de luz.
Me distrajo una noche en que me desazonaba el deseo,
porque lucía unas veces y otras se apagaba.
Si yo decía: "No luce", me sacaba la lengua;
si yo decía: "No se apaga", retiraba su luz.
Así hasta que el alba salió del golfo de negrura,
y el céfiro del jardín nos destapó su pomo de aroma.
¡Dios te guarde, candela, porque pareces mi alma,
que también se consume en las ansias del amor!

## INSCRIPCIÓN POÉTICA DE LA SALA DE "LAS DOS HERMANAS DE LA ALHAMBRA"

Jardín yo soy que la belleza adorna:
sabrás mi ser si mi hermosura miras.
Por Muhammad, mi rey, a par me pongo
de lo más noble que será o ha sido.
Obra sublime, la Fortuna quiere
que a todo monumento sobrepase.
¡Cuánto recreo aquí para los ojos!
sus anhelos el noble aquí renueva.
Las Pléyades le sirven de amuleto;
la brisa le defiende con su magia.
Sin par luce una cúpula brillante,
de hermosuras patentes y escondidas.
Rendido le da Géminis la mano;
viene con ella a conversar la luna.
Incrustarse los astros allí quieren,
sin más girar en la celeste rueda,
y en ambos patios aguardar sumisos
y servirle a porfía como esclavas:
No es maravilla que los astros yerren
y el señalado límite traspasen,
para servir a mi señor dispuestos,
que quien sirve al glorioso gloria alcanza.
El pórtico es tan bello que el palacio
con la celeste bóveda compite.
Con tan bello tisú lo aderezaste,
que olvido pones del telar del Yemen.
¡Cuántos arcos se elevan en su cima,
sobre columnas por la luz ornadas,
como esferas celestes que voltean
sobre el pilar luciente de la aurora!
Las columnas en todo son tan bellas,
que en lenguas corredora anda su fama:

lanza el mármol su clara luz, que invade
la negra esquina que tiznó la sombra;
irisan sus reflejos, y dirías
son, a pesar de su tamaño, perlas.
Jamás vimos alcázar más excelso,
de contornos más claros y espaciosos.
Jamás vimos jardín más floreciente,
de cosecha más dulce y más aroma.
Por permisión del juez de la hermosura
paga, doble, el impuesto en dos monedas,
pues si, al alba, del céfiro en las manos
deja dracmas de luz, que bastarían,
tira luego en lo espeso, entre los troncos,
doblas de oro de sol, que lo engalanan.
[Le enlaza el parentesco a la victoria:
Sólo al rey este linaje cede].

De las *Qasidas* y *Muwaxxahas* de BEN ZAMRAK (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 186, 193, 195 y 201).

## INSCRIPCIONES SEPULCRALES GRANADINAS

*Para conocer la vida integral de un pueblo hay que leer las inscripciones que campean sobre los sepulcros de sus jefes. Ellas suelen descubrirnos las ideas básicas de su orgullo y su concepto sobre la vida de ultratumba. He aquí por qué he reproducido la de un guerrero granadino.*

EN EL NOMBRE DE DIOS CLEMENTE Y MISERICORDIOSO — BENDIGA DIOS A NUESTRO SEÑOR Y DUEÑO MAHOMA Y A SU FAMILIA

Ésta es la tumba del jeque, el alcaide, el visir, el excelso, el combatiente por la fe; el ejecutivo, el feliz, el elevado; el generoso, el meritorio, el perfecto; el reverenciado, el respetado; el adornado de altaneros designios y purísimas prendas; el que se elevó por sus nobles acciones y su buena conducta a las más altas dignidades; el santificado y llorado Abu Ishaq, hijo del jeque, el visir, el excelso, el reverenciado, el glorioso, el noble, el linajudo; el generoso, el meritorio, el piadoso, el llorado Abu Abd Allah ben al-Sarrach (¡Dios santifique su espíritu y refresque su tumba!)

Era (¡Dios se apiade de él!) ilustre entre los alcaides ilustres, siempre dispuesto para la guerra santa con corceles de relevo. Así continuó siempre hasta que Dios lo tomó para Sí y prefirió tenerlo a su lado, en la ciudad de *Ronda* (¡Dios la guarde!), siendo alcaide de su alcazaba y defensor de su término fronterizo, el día 13 de Muharram del año 766 [9 octubre 1364]. Fue trasladado a la gran corte de *Granada* (¡Dios el Alto la guarde!), lugar de su ordinaria residencia y sede de su linaje, y enterrado en este cementerio de sus afueras (¡Dios lo acoja con satisfacción y beneplácito, y le renueve su misericordia en todo momento!)

Todo lo que hay sobre ella (la tierra) es perecedero. Gloria al Heredero de la tierra y del que hay sobre ella. Él es el mejor de los herederos.

Bendiga Dios a nuestro señor y dueño Mahoma, y a la familia de Mahoma y sus compañeros, con bendición completa y abundante.

Epitafio de un Abencerraje (Trad. García Gómez, Al-Ándalus, VII, 284, 295).

. . . . . .

# LAS DOS ÚLTIMAS BATALLAS DE MOROS Y CRISTIANOS

*Sólo dos veces vieron los reyes granadinos, en la primera mitad del siglo XV, avanzar contra ellos dos grandes ejércitos cristianos. Uno, muy al comienzo de la última centuria del Islam hispano, puso sitio a Antequera; otro, años más tarde, llegó hasta Elvira, la vieja capital de la región en los primeros tiempos del señorío musulmán en España. Mandaba el primero, el infante don Fernando, regente de Castilla durante la minoría de su sobrino Juan II. Éste y su valido, el condestable don Álvaro de Luna, dirigieron la hueste que llegó, después, hasta la vega de Granada. Los reyes moros fueron en socorro de la plaza sitiada por el futuro rey de Aragón y salieron luego a pelear con el monarca castellano junto a la capital de su país. En Antequera y en la Higueruela los muslimes fueron vencidos. Las dos últimas batallas, que precedieron a la etapa final de la Reconquista, no tuvieron, sin embargo, consecuencias decisivas. Antequera cayó, sí, en manos del infante, pero tras largo y porfiado cerco, que no acarreó la pérdida de ninguna otra plaza musulmana; y ningún corolario territorial ni político importante tuvo la victoria de don Juan II. No pudo ocurrir nada distinto, porque, probablemente, las dos empresas se acometieron más en busca de prestigio personal y con miras a problemas interiores de los reinos cristianos, que por verdadero ímpetu reconquistador. La muerte sin sucesión del rey de Aragón podía preverse cuando el infante don Fernando emprendió el cerco de Antequera, tal vez a la conquista de un nombre y de la fama que pudiera llevarle a ceñirse la corona aragonesa. Y don Álvaro de Luna necesitaba de una victoria contra el moro, para distraer la opinión pública, que le era ya adversa, y para asegurar su posición en el reino de Castilla.*

## EN EL CERCO DE ANTEQUERA

El Rey de Granada como supo que el Infante estaba sobre Antequera, mandó a dos Infantes, sus hermanos, que con todo su poder se fuesen a la villa de Archidona, e mandó pregonar que todos los moros de Granada así de caballo como de pie, de todas sus cibdades e villas, se fuesen a Archidona para sus hermanos los Infantes por ir decercar la villa de Antequera, que tenía cercada el Infante Don Fernando; e allí fueron juntos hasta cinco mil de caballo e ochenta mil peones. E como el Infante tenía sus guardas

y escuchas en el campo, supo deste ayuntamiento, e pensó que le vinían a dar la batalla, de que el Infante hubo muy gran placer, esperando en Dios de haber la victoria, e que habiéndola, la guerra del Reyno se acabaría más presto. E los Infantes Moros llegaron a Archidona, domingo en la tarde, quatro días de Mayo; e luego otro día lunes movieron su Real los peones por la sierra, e los caballeros por la falda della, e fueron asentar su Real en una sierra que llaman la Boca del Asna, que es a una legua de Antequera, donde los Reales así de los Christianos como de los Moros, se veían bien los unos a los otros.

E desque los Moros tuvieron asentado su Real, descendieron algunos dellos de la sierra para ver mejor el Real de los Christianos, e habían salido asimesmo del Real del Obispo de Palencia hasta ciento de caballo por mirar el Real de los Moros; e desque se vieron cerca, travóse entre ellos escaramuza, e murieron en ella tres Caballeros Moros, el uno era de Cabecera de Ronda, e los otros Capitanes, e prendieron un Caballero del qual el Infante supo cómo los Moros eran dos Infantes hermanos del Rey, que traían cinco mil de caballo e ochenta mil peones; en la qual escaramuza se mostraron mucho Rui Díaz de Mendoza, hijo del Comendador de Estepa, e Juan Carrillo de Ormaza, e Antón García Gallego.

Desque el Infante vido que los Moros se acercaban e se vinían por las sierras más altas, receló que vernían a tomar una sierra muy alta que estaba detrás del castillo de la villa; e porque los Moros no la tomasen, mandó a Alvaro Camarero, e a Rodrigo de Narbáez, e a Pero Alonso Descalante que la fuesen tomar con quiñientas lanzas, y embió mandar a Martín Hernández, Alcayde de los Donceles, e a López Ortiz de Estúñiga, que asimismo fuesen allá con la gente que tenían, e no quisieron ir. E Alvaro Camarero, e Rodrigo de Narbáez, e Peralonso partieron muy noche del Real, e tomaron la sierra, de donde oían muy claro el ruido que los Moros tenían en su Real, y estuvieron toda la noche armados por recelo de los Moros, porque tenían muy poca gente. E otro día de mañana mandó embiar por ellos, porque fué certificado que los Moros venían a la batalla.

Otro día martes, seis días de Mayo, día de San Juan del dicho año, embió el Infante a Don Pero Ponce de León, Señor de Marchena, e a Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, e a Garcifernández Manrique, e a Don Lorenzo Suárez de Figueroa (Comendador mayor de León), e a Fray Juan de Sotomayor, Governador de Alcántara, e a Ramiro de Guzmán con hasta ochocientas lanzas e hasta trescientos peones que con ellos fueron por ver el Real de los Moros cómo estaba asentado; los quales llegaron muy cerca, e vieron que la gente de peones era tanta, que se no podía bien numerar, e la de caballo les parecía, según el asentamiento de las tiendas, que podían ser cinco mil de caballo poco más o menos. E los Moros peones de la sierras desque vieron los Christianos tan cerca de su Real, descendie-

ron algunos dellos por escaramuzar, e travaron su pelea con los peones christianos e con algunos ginetes que se les acercaron. E Don Pero Ponce entró en otra escaramuza e sacó la gente della, donde murieron algunos pocos, así de los Christianos como de los Moros, e fuese volviendo su paso a paso para el Real del Infante; e como ellos se iban así, los Moros los siguían pensando que los Christianos fuían. E Don Pero Ponce embió decir al Infante que mandase aparejar sus gentes, que los Moros iban a pelear con él. E quando el mensajero llegó, toda la gente del Real estaba sosegada; y el Infante mandó tocar las trompetas e armar la gente. Entonces los Moros tomaron su camino para la sierra Rabita, donde estaba Don Sancho, Obispo de Palencia, e otros Caballeros que el Infante había allí embiado. Y en esto Don Pero Ponce, e Carlos de Arellano, e los otros Caballeros quel Infante habían embiado a ver el Real de los Moros, llegaron al Infante e dixéronle cómo los Moros venían contra el Real do estaba el Obispo de Palencia; y estos Caballeros se fueron a dar cebada, que traían los caballos muy cansados, e luego el Infante los embió a llamar. E como los Moros vieron que Don Pero Ponce e los otros Caballeros iban a otra parte e no a la sierra donde estaba el Obispo, donde los Moros creían que estaba todo el Real del Infante, creyeron sin dubda que los Christianos fuían; e como la sierra por donde los Moros venían era más alta que la Rabita, parecía del Real del Obispo que venía toda la sierra cubierta de Moros, e traían todos quezotes vermejos, y las barbas y cabellos alfeñados, parecían que eran vacas. E como el Obispo los vido mandó armar toda su gente, el qual tenía en derredor de su Real hasta una tapia de tierra, y en algunos lugares cercado de piedra seca, e tenía ordenado cada Caballero por donde guardase su lugar. E desque los Caballeros fueron puestos cada uno donde debía estar, fallecía a una parte donde había de guardar Pero Núñez de Guzmán el Mozo, Merino mayor de las Beetrías, al qual fué mandado que fuese al Real del Obispo de Palencia, e no había ido; por eso el Obispo puso quien guardase aquel portillo donde él fallecía; e como tuvo toda la gente ordenada, e vido que los Moros venían contra él, embió demandar socorro al Infante, el qual embió a Juan de Velasco, Camarero Mayor del Rey, e a su mariscal Diego de Sandoval, e a Pedro de Estúñiga, hijo de Diego López de Estúñiga, Justicia mayor; los quales como llegaron, hallaron que la pelea era comenzada entre los Christianos que estaban en la Rabita con los Moros, y ellos todos comenzaron la pelea. Y el Infante mandó salir toda la gente de su Real, e ordenó sus batallas, y en su batalla estaban todos los pendones, y en medio dellos una Cruz con el Crucifixo, la qual Cruz llevaba un Frayle del Cístel, e así movió el Infante sus batallas ordenadas. E a este tiempo llegó Diego López de Estúñiga con hasta doscientas lanzas que venía de Osuna, donde había quedado, e venía con él Fernán Vázquez, Chanciller del Infante, los quales venían de gran prisa por se hallar en la batalla. E Diego López de Estúñiga vino a esta guerra a su costa por servicio de Dios, e por ganar la Indulgencia que el Papa daba a los que en aquella guerra a su costa sirviesen, absolviéndolos a culpa e a pena.

E como las batallas del Infante comenzaron a mover, el Infante mandó ir adelante a Gómez Manrique, Adelantado de Castilla, e a Pero Manrique, Adelantado de León, e a Don Pero Ponce, e a Carlos de Arellano, e a Garcí Hernández Manrique, e a Martín Hernández, Alcayde de los Donceles, e a López Ortiz de Estúñiga, Alcalde mayor de Sevilla. E como los Moros llegaron al palenque donde el Obispo estaba, llegó un Moro que era un Alfaquí a la parte donde estaba Juan Hurtado de Mendoza, diciendo a grandes voces; *dadvos mezquinos, e no morredes;* el qual Moro fué luego muerto, e muchos otros que llegaron ende. E como las batallas del Infante venían ordenadas, e la muchedumbre de los Moros que estaba en la sierra las vieron así venir, parecióles que todos los Christianos del mundo venían allí; e como los vieron llegar así por todas partes, hubieron muy gran miedo, e comenzáronse vencer. Y entonces cavalgaban algunos hombres darmas de Diego Hernández de Quiñones, e don García Hernández de Villa García, Comendador Mayor de Castilla, e Juan Hurtado de Mendoza, e del Governador de Alcántara, e salieron del palenque a pelear con los Moros; e ante que los Moros se comenzasen a vencer, López Ortiz de Estúñiga vido un gran tropel de caballeros Moros que peleaban en la sierra Rabita con los Christianos, e travó pelea con ellos, que iba cerca; e con él ni iban, salvo seis de caballo de ochenta suyos que llevaba, e fué herido de una lanzada de que cayó del caballo, e fué muerto por mengua de socorro de los suyos e del Alcayde de los Donceles, e de Diego de Ribera, que iban cerca dél, e murió como muy buen caballero peleando con el espada cuanto la vida le duró. E así los que el Infante de su Real embió, como los que estaban en el Real del Obispo de Palencia, cavalgaron e siguieron el alcance de los Moros, matando e hiriendo en ellos hasta que llegaron a la boca del Asna, donde los Moros tenían su Real asentado. E como en el Real de los Moros habían quedado para le guardar asaz peones y caballeros, e vieron venir sus Moros huyendo, comenzaron a pelear con los Christianos que venían en el alcance; e como vieron el grande esfuerzo de los Christianos, desampararon su Real, ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

e los unos siguieron el alcance hasta que llegaron a Coche, e los otros, tanto, hasta que los caballos no los podían llevar. En el qual alcance murieron tantos Moros que no se podieron contar. Y el Infante como vido que los Moros iban desbaratados, movió sus batallas regladas, e fuése por el camino contra la Boca del Asna donde los Moros tenían su Real; e mandó a Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Comendador mayor de León, que quedase en guarda de su Real, porque los Moros de Antequera no saliesen a hacer daño en él, ni en los pertrechos que en él estaban. Y el Infante recogió toda la gente que era ida en el alcance de los Moros, e volvióse a su Real dando muy grandes gracias a Dios e a Nuestra Señora Virgen María, por la buena andanza que Dios había dado a él e a los Christianos; e llegó muy tarde al Real por recoger todos los que eran idos en el alcance, e fué robado la mayor parte del Real de los

Moros; e aunque en él se hallaron muy grandes cosas, el Infante ninguna cosa quiso, salvo la honra de la victoria, e un caballo vayo muy bueno que se halló en una tienda de los Infantes. Y en esta batalla fueron tantos presos e muertos, que no se pudo haber certidumbre dello; mas de quanto algunos días después se supo que el Rey de Granada había mandado saber qué gente había entrado de Moros, e hallóse por las nóminas de los lugares donde vinieron que fallecían más de quince mil Moros; e de los Christianos mandó saber el Infante quántos fallecían, e hallóse que serían muertos hasta ciento e veinte.

De la *Crónica de Don Juan Segundo* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVIII, págs. 318-20).

## BATALLA DE LA HIGUERUELA

Entrando el Rey en tierra de Moros, ordenáronse sus haces en esta guisa. El Condestable con los Condes e Caballeros de su casa iban en el avanguarda con hasta dos mil e quiñientas lanzas de hombres de armas. Después iban ciertos tropeles.

. . . . . .

y estos tropeles se hicieron dos batallas gruesas, de las quales la una iba por ala de la batalla del Rey a la mano derecha, e la otra a la izquierda.

. . . . . .

E yendo el Adelantado Diego de Ribera, y el Comendador mayor de Calatrava delante de la hueste algo apartados del Rey, salieron a ellos de la cibdad de Granada asaz gente de caballo e mucha gente de pie, e llegáronse tan cerca, que no había entre los unos e los otros salvo un gran barranco, el qual el Adelantado y el Comendador mayor pasaron con su gente e comenzaron a escaramuzar con los Moros, e desque lo supo el Condestable embió alguna gente de armas para que le hiciesen espaldas, e luego el Conde de Haro vino en su socorro con toda su gente.

. . . . . .

E sabido por el Rey que estaba poco más de una legua de Granada, donde todavía la gente de los Moros cargaba, e se creía que todavía cargara más por estar tan cerca, mandó sacar sus pendones e movió para allá e con el Condestable en sus batallas ordenadas con toda la hueste, y embió mandar al Conde de Haro e a los otros Caballeros que se viniesen retrayendo para él, y ellos hiciéronlo así. E puestas las guardas que se requerían todavía más adelante, volvió el Rey al Real que estaba asentado al pie de la sierra de Elvira, donde estuvo ese día que era miércoles, veinte y siete días de Junio.

. . . . . .

Estando el Rey en el Real de Granada deseando mucho la batalla con los Moros, el domingo primero día de Julio, estando el Maestre de Calatrava haciendo allanar las acequias e barrancos que el Rey le había mandado

que allanase, salieron de Granada gran muchedumbre de Moros a caballo e a pie por defender las acequias no se allanasen, e vinieron a las viñas e olivares, e asentaron ende su Real, e algunos comenzaron luego a pelear con el Maestre, y el Maestre comenzó a pelear con ellos pensando que no eran más de los que otros días solían salir, e salieron tantos, que ya el Maestre no los podía sofrir, y embiólo hacer saber al Rey e al Condestable. El Rey embió luego mandar a Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, e a Don Pedro Destúñiga, Conde de Ledesma, e a Don Garcifernández, Conde de Castañeda, que luego fuesen en socorro del Maestre, los quales estaban comiendo al tiempo quel mandado les llegó, a cabalgaron lo más presto que pudieron e fueron para allá, e luego comenzaron a pelear con los Moros como quiera que los Moros eran muchos más que ellos; y esto sabido por muchos Caballeros de la hueste, embiaron demandar licencia al Condestable para ir a pelear, por quanto pensaban que no era tanta la gente de los Moros, e que bastaban los que eran idos, e por eso dubdaba de la dar. En esto, estando como a hora de medio día, fué dicho al Rey como todo el poder de Granada era venido y estaba para pelear con los Condes e Maestres; e como quiera que eran más de mil de caballo los que allá estaban, la muchedumbre de los Moros era tanta, que estuvieron en punto de se perder, y embiaron a más andar al Rey que los mandase acorrer; e como el Rey no tuviese acordado ni pensado aquel día haber batalla, no estaba aparejado para ella, e mandó al Condestable que tenía el avanguarda que los fuese luego socorrer, e que los mandase retraer al Real, porque más con tiempo e con mejor orden se diese la batalla; pero con todo eso el Rey no se dejó de aparejar con los Caballeros e Condes e gentes que con él quedaban para ir luego al socorro si menester fuese; e mandó luego llamar a todos los que en su batalla habían de ir, y él armado de todo arnés salió del palenque, y estuvo a una puerta esperando la gente y esperando la nueva que le vernía. Ya cuando el Condestable llegó donde el Maestre e los Condes estaban, hallólos de tal manera, que no se pudieran retraer sin parescer que venían fuyendo, de lo qual se pudiera seguir daño general en todos, porque los Moros eran tantos, que se estimaba en cinco mil de caballo e doscientos mil peones, los quales estaban derramados en ciertos tropeles, y la cosa estaba en tal punto e los Moros mostraban tan gran soberbia, que al Condestable paresció que en todo caso convenía pelear, e luego embió a decir a todos los Caballeros que convenía darse la batalla; por eso que como él moviese contra los enemigos, todos cada uno por su parte moviesen sus batallas e fuesen a ferir en ellos con toda osadía; y embió decir al Rey que le pedía por merced que anduviese lo más presto que pudiese con toda la gente que con él era, que lo que deseaba era haber batalla, que en las manos la tenía, de la qual esperaba mediante la gracia de Dios que Su Señoría habría la victoria. El Rey con grande ánimo mandó mover sus pendones e ordenadas sus batallas, comenzó a andar ordenadamente, e llevaba su pendón real Juan Alvarez Delgadillo de Avellaneda, que era Alférez mayor del Real, y el estandarte de la vanda Pedro de Ayala,

hijo de Pero López de Ayala, su Aposentador mayor, e llevaba el pendón de la Cruzada Alonso Destúñiga, que era de la casa del Condestable...

E así los moros fueron cometidos por muchas partes, en tal manera, que todos se hubieron tan animosamente e con tanto esfuerzo, que los Moros no lo pudieron sofrir, en tal forma, que por la gracia de Nuestro Señor e buena ventura del Rey, en poco espacio los Moros volvieron las espaldas, e fueron vencidos e desbaratados e arrancados de los lugares donde estaban, e fueron fuyendo para la cibdad con el mayor ahinco que pudieron; e siguióse el escaramuza por muchas partes, porque los Moros estaban en mucho tropeles, e unos fuyeron hasta unas huertas muy espesas e bravas, e otros hacia unas montañas grandes, e otros hacia la cibdad de Granada. E como quiera que los lugares por donde fuían eran muy ásperos, con la voluntad que los Christianos los siguían todo les parescía llano, e iban matando e firiendo unos por unas partes e otros por otras, e venidos los Christianos del alcance donde infinitos Moros fueron muertos, el Condestable mandó que buscasen por todos aquellos lugares ásperos e montañosos, donde halló muchos Moros escondidos que fueron todos presos. Y el Real que los Moros habían puesto bien fuerte entre los olivares e viñas, fué desbaratado e robado por Don Juan de Cerezuela, hermano del Condestable Don Alvaro de Luna, e por Alonso Telles Girón, Señor de Belmonte, e por Rodrigo de Avellaneda, los quales el Condestable habían mandado que aguardasen a su hermano el Obispo de Osma; e si la noche no fuera tan cerca, la matanza en los Moros fuera mucho mayor, porque se siguiera el alcance hasta las puertas de Granada. Venida la noche, el Rey se volvió a su Real, e con él el Condestable e todos los otros caballeros e gentes con mucha alegría de la victoria habida; e ante quel rey entrase en el palenque, saliéronlo a rescebir sus Capellanes e Religiosos e Clérigos que en el Real estaban, todos en procesión e las cruces altas, cantando en alta voz: *Te Deum laudamus*. El Rey descavalgó e adoró la cruz, dando muy grandes gracias a Dios por la victoria que le había dado. E así se fué aposentar en sus tiendas, e luego el Rey embió sus cartas por todas las cibdades e villas del Reyno, haciéndoles saber la victoria que Dios le había dado, mandándoles que hiciesen procesiones dando por ello gracias a Nuestro Señor.

De la *Crónica de Don Juan Segundo* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVIII, págs. 497-99).

## POSTRERAS JORNADAS DE LA GUERRA FRONTERIZA

*"Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta", exclamó, en duro trance, don Alvaro de Luna. Ese hacer y gastar de sus hombres por Castilla, durante las guerras entre la monarquía y la nobleza, que llenaron los decenios centrales del siglo XV, prolongaron la vida del reino de Granada. Todas las energías castellanas se derrochaban en batallas civiles. En ellas los grandes peleaban no por derrocar a un privado o a un monarca —recor-*

*demos el patíbulo de Valladolid, donde murió el de Luna, y el tablado de las eras de Ávila, donde fue depuesto el impotente Enrique IV—, sino por encaramarse todos sobre la monarquía, para explotar mejor al pueblo, prolongando y aumentando sus privilegios señoriales. Entretanto, como siempre, sólo los fronterizos se cuidaban de mantener encendida la llama de la lucha con el moro. En el siglo XII, en horas parecidas, habían combatido con almorávides y almohades los concejos de entre Duero y Tajo. En el XIV pelearon con Granada los nobles y los concejos de Andalucía y Murcia, los nobles y los concejos, porque las tierras del Guadalquivir y del Segura fueron pobladas por las masas populares que habitualmente se desplazaban hacia las fronteras, y por nuevos y poderosos magnates. Y como en el siglo XV, juntos pueblo y nobleza siguieron sintiéndose en peligro y juntos continuaron la batalla. El condestable Iranzo les dirigió en una de sus últimas aventuras de talas, asaltos, saqueos y cautiverios.*

Con aquel odio natural en que dicho señor Condestable pareçía que estaua ençendido contra la gente agarena, y con el continuo deseo que tenía de acreçentar su gloria ℥ su fama, dende a poco que esto ovo fecho, domingo a honce días de jullio, partió de Jahén con toda la gente de cauallo ℥ de pie de su casa ℥ de aquella çibdad ℥ fué a dormir a çerca de Ximena. E otro día, lunes, fué a sentar su real en los Picos de Guadiana, ℥ allí recogió la gente de las çibdades de Baeça ℥ Vbeda ℥ Andújar, ℥ del Adelantamiento de Caçorla, por quien avía enbiado; que podrían ser todos fasta mill ℥ doscientos de cauallo ℥ tres mill onbres de pie, de muy noble gente de caualleros ℥ fidalgos, do toda la flor de aquel obispado ℥ adelantamiento concurrió.

A los quales resçibió con muy alegre cara, faciéndoles muchas onrras ℥ fiestas; e otrosí muy grandes gastos con ellos. E todos con tamaño placer ℥ alegría, que verdaderamente parescía que yva en son de conquista ℥ ganar todo el reyno de Granada.

Otro día, martes, dos oras después de medio día, mouio con su hueste, ℥ andovo aquel día con toda la noche por vn camino el más estrecho ℥ fragoso del mundo, que se llama el puerto del Celemín, a fin de furtar las guardas de Alicún, que estonçes era de moros. E otro día, miércoles, a ora de misas, llegó a vna ribera que se llama Alhama, do reposó, descansando ℥ ordenando sus gentes, en esta manera:

Puso en la delantera Avendaño, con fasta doscientos roçines del Adelantamiento de Caçorla, para que fuesen correr vnas sierras que están arriba de Guadix. E luego en pos dél yva el dicho Condestable, con quinientos caualleros; y detrás dél, en otra batalla, yva Fernando de Villafañe, corregidor de Baeça ℥ Andújar, con quatroçientos de cauallo, y a sus espaldas yva todo el fardaje y la gente de pie. Y detrás del fardaje, en la reguarda de todo, mandó yr a Pedro Escauias, alcayde de Andújar, con fasta çiento ℥ cinquen roçines.

Y en esta ordenança partió del dicho lugar Alhama, el dicho día, vn poco después de ora de biésperas, ℥ andouo toda la noche, fasta que subió ençima de las dos grandes çibdades que llaman Baça e Guadix, a vnos lugares que son al pié de vna sierra llamada El Çenet, çinco léguas arriba; el

nonbre de los quales es el vno Aldeyra ℥ el otro la Calahorra: muy poblados de gentes, ℥ muy ricos de todas alhajas e joyas de oro ℥ de plata, ℥ de seda, ℥ de lanas, ℥ linos, por aventura más que otros lugares semejantes de todo el reyno de Granada.

Y la cabsa de su abundançia ℥ riqueza era porque de todas las guerras pasadas fueron ℥ estouieron sienpre seguros ℥ guardados, porque allí nunca llegaron cristianos.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Y por esta razón estauan de todo asalto descuydados, aunque aquella noche de las guardas los cristianos fueron sentidos ℥ en toda la tierra se facían almenares. Finalmente, el dicho señor Condestable, quando ya el alua se muestra, jueues por la mañana, dió sobre los dichos lugares, con vna grand bocería y estruendo de muchos atabales y tronpetas, que no paresçía sino que todo el mundo daua sobrellos.

E no enbargante que los moros estauan barreados ℥ casi aperçebidos ℥ alterados por las almenaras de la noche pasada, los dichos lugares fueron todo entrados ℥ robados y estruydos, ℥ metidos a fuego y a sangre; do muchos moros y moras fueron muertos y presos, en tal manera que los moros fueron muy quebrantados. Y el robo y despojo de tantas ℥ tan ricas joyas ℥ alfajas que de allí se sacaron, sin las quemas ℥ talas de paruas ℥ huertas, avmentó e aprouechó tanto aquellas quatro çibdades del obispado de Jahén ℥ villas ℥ logares dél ℥ del Adelantamiento de Caçorla, que no sé cómo lo diga o estime por yncredulidad de los que no lo vieron ni saben.

En todo lo qual el dicho señor Condestable se ovo asi varonil e graçiosamente, ℥ con tanta liberalidad ℥ franqueza, que mandó que cada vno oviese libremente lo que allí avía ganado. Lo qual era tanto, que apenas la gente ℥ fardaje que ally estaua era bastante de lo poder traer, diciendo generalmente a todos, con grande alegría:

—Seyendo Dios seruido, y el rey mi señor, mía sea la onrra ℥ de vosotros el despojo.

Pues ¡quántas ánimas de los moros ynfieles, varones ℥ fenbras, este día, sin los muertos, se catiuaron! Avnque segund dicho es ya eran algún tanto avisados ℥ puestos en toda defensa, y segúnd la multitud dellos, de razón deuieran más ofender de sus gentes; mas plugo a nuestro señor Dios, por su santa piedad y clemençia, que sin ninguna pérdida dellas lo fizo y acabó, mirando y acatando quanto el dicho señor Condestable era temeroso dél y deuoto suyo.

Ya los dichos lugares entrados y robados, y puestos a fuego con todo lo que en los canpos estaua, que no paresçía el çielo ni el ayre de las grandes quemas e fumos, el dicho señor Condestable mandó recoger su caualgada, de muchos moros y moras catiuos, ℥ asaz ganados de diuersas maneras. Y poco más de mediodía mouió sus batallas ℥ fardaje, en buena ordenanç, ℥ tomó la vía camino derecho de la çibdad de Guadix, do llegó dos oras antes quel sol se pusiese.

E bien çerca de los muros de la dicha çibdad mandó poner sus batallas; do pasaron algunas escaramuças con los caualleros de la dicha çibdad de Guadix. Por capitán de los quales estaua el Atalar, vn buen cauallero de

Loxa, que allí era venido por mandato del rey de Granada, a fin de guardar aquella çibdad ℥ su tierra.

Y en tanto que la caualgada y todo el fardaje pasó, los peones talaron muchos panes ℥ huertas ℥ viñas. Y es çierto que des que vieron tan grant caualgada de moros y moras ℥ despojos ℥ ganados pasar por delante las puertas de Guadix, ℥ vieron las quemas ℥ fumos, ℥ supuieron el grande estrago y destruyçión quel dicho señor Condestable en aquellos lugares ℥ en toda la tierra avía fecho, ovieron tanto dolor ℥ cobraron tan grande desmayo qual nunca jamás reçibieron.

E así la caualgada ℥ todo el fardaje pasado, mouió de allí en su ordenança, ℥ vino a dormir ℥ reposar esa noche a la torre de Xeque, légua ℥ media de la dicha çibdad de Guadix. Y otro día, viernes, partió de allí ℥ fué dormir al Sotogordo, que es çerca de los Picos de Guadiana.

Y así de las grandes jornadas como por cabsa de la sed, que es tierra muy seca, ℥ de la grant calentura del tiempo, ca era en la mayor fuerça de los canicolares, la gente padesció en este camino ℥ viaje muy grandísimo afán y trabajo; y del poco dormir, muchas personas perdieron el seso y estouieron locos de todo punto por algunos días. E así el señor Condestable continuó su camino, fasta quel domingo por la mañana entró por las puertas de la çibdad de Jahén, con muchos moros y moras catiuos, atados en cuerdas, ℥ asaz ganados vacunos, cabríos ℥ ovejunos, ℥ grandes despojos, ℥ mucha ℥ ricas joyas ℥ alfajas.

Donde así del estado de la clerecía e religión como del pueblo plebeo fué reçebido con grant solepnidad; solepnidad ℥ alegría, ℥ todos llorando de placer ℥ cantando Te Deum laudamus. Así como aquellos que, por los grandes desastres ℥ desauenturas que aquella çibdad avíen ocurrido en los tiempos pasados, tenían oluidado ℥ ya no sabíen qué cosa era meter caualgada de moros ℥ moras atados por la çibdad de Jahén; quanto más en tan grant cantidad como vieron traer.

De los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* (Ed. Carriazo, 78).

## LA SORPRESA DE HUÉSCAR

*El aletargamiento de la Reconquista no significó la interrupción de la lucha entre moros y cristianos. La frontera continuó constituyendo un duro palenque en que se seguía combatiendo. Se sucedían las razzias pero se realizaban además golpes de mano y sorpresas que a veces coronaba el éxito. Los caballeros ganaban en ellas alguna plaza para el rey, y para sí: a más de honra, provecho. Honra porque el esfuerzo guerrero la procuraba; y provecho porque les conseguía la gracia real y, por ser contra infieles, la de Dios, como señaló después Jorge Manrique al decir que ganaban "el vivir que es perdurable", "con trabajos y aflicciones contra moros". He aquí como el padre del poeta, en cuyo loor escribió éste sus* Coplas, *cuenta a don Juan II una de esas hazañas fronterizas.*

"Muy excelente y virtuoso señor: A vuestra señoría plega sauer que yo estando en la villa de Siles, pensando cómo podría fazer algo de lo que a vuestro seruicio cumpliese, en espeçial sobre aver esta villa de Huéscar, me llegó Lope de Vergara, escudero de mi hermano Diego Manrique, con vna carta de vuestro siervo e mi primo Juan Enrriques; por la qual me fazía saber que su deseo era de seruir a vuestra señoría como sienpre, e que le avían dicho, çiertos adalides en espeçial Ruy Días, el que vuestra señoría tornó cristiano, e Gonçalo García e Sancho Gomes, adalides de Quesada, cómo esta villa entendían que se podía escalar, pero que era menester muy rezia gente para la cometer, aviendo conosçimiento de la mucha gente buena que de dentro estaua para la defender. Según, señor, adelante por el fecho paresçerá.

E finalmente, señor, desque ove resçibido su carta, con la qual Nuestro Señor saue el gozo que yo ove, no envargante los tratos que yo ante desto traya sobre este fecho mesmo, conosçiendo el gran seruicio que a vuestra señoría recreçerá, avnque a mí beniese qualquier peligro, lo puse luego por obra. E torné enbiar a Lope de Vergara a Jhoan Enrriques, enviándole a besar las manos porque veniese.

El qual lo fizo así; pero veniendo en el camino, ovo de yr con mi tío Fernando Alvarez a prouar a Alicún. E desque yo vi que no venía, ove asaz enojo, pero pensé que sería bien de entrar a correr esta villa, por les dar a entender que no tornaría a entrar tan ayna, porque ellos más seguros estubiesen; e avn por mirar la villa, no envargante que otras vezes la avía visto. De lo qual que entonze se fizo, ya vuestra señoría fué savidor.

E señor, como de esta entrada yo voluí, ablé luego con Jhoan Enrriques, el qual yo abía dexado quando yo partí para entrar, que llegaua esse mesmo día que yo partí. E acordamos que voluiesen luego çiertos escuderos míos e suyos a tentar por dónde podría mejor asentar el escala. Los quales partieron luego con Ruy Días para que les mostrase por dónde se avía de fazer. E llegaron, e estubieron pegados con los adarues fasta dos oras; e vieron el fecho en otra desposición que no lo fallamos después quando yo vine.

Venieron a mí e no me fallaron, por quanto yo hera partido para la çibdad de Húveda, a buscar gente. E como voluí, fablé con ellos, e dixiéronme que entendían que se podría fazer, por quanto no avía más de quatro velas e vn ome que rondaua. De lo qual puede vuestra señoría creer que yo ove muy singular plazer, pensando de lo fallar así; e enbié luego por Manuel de Venabides a vuestra corte, e escriuí luego a Garçi Mendes, el qual me enbió luego a su fijo Gomes de Sotomayor con veinte y cinco rozines e fasta çincuenta peones. El qual, con los suyos, se dispuso muy bien a todo aquello que al fecho pertenesçía.

E esomesmo, señor, vino el comendador de Veas con catorce roçines e fasta cien peones, e el alcaide de Yeste con veinte roçines e veinte peones; e de Alcaraz venieron Gonzalo Días de Bustamante, con diez roçines y fasta treinta peones, e con él Jhoan de Claramonte. E de Ubeda, Diego de la Cueba con ocho roçines, e Diego Lopes de San Martín, el qual vuestra señoría desterró para Fornos, con seis roçines; e Rodrigo de Pareja con quatro roçines, e Pero Sánchez de la Calancha con catorce roçines. E del

Campo de Montiel me vinieron diez roçines e sesenta peones. Vasta, señor, que por todos podían ser dozientos roçines e seysçientos peones.

E señor, esta gente junta, yo partí, miércoles que se contaron tres días del presente mes, e llegué a la villa viernes en la noche, a media noche poco más o menos. E descalvagué a media legoa, e Jhoan Enrriques demandóme para yr con las escalas setenta onbres darmas e doçientos peones; e ordenó la gente como entendía que cunplía al fecho. E yo, señor, dexé toda la otra gente a cauallo con Gomes de Sotomayor, e con el comendador de Veas, e con Aluaro de Madrid; e tomé conmigo a Manuel de Venabides e a Pedro de Prado, e fuy con Jhoan Enrriques a fazer sobir la gente.

E llegamos en ordenança fasta la caua, la qual es muy fonda. E llegados, fallamos las velas mudadas, e velando lo mejor que yo nunca vi, e dos rondas que cruzauan en el logar mesmo donde las escalas se abían de asentar. Tanto, señor, que el fecho estaua muy dudoso de se cometer; pero esforçándonos en Nuestro Señor, e en la muy buena ventura de vuestra real señoría, el fecho se començó en esta manera.

Juan Enrriques endereçó su escala, e Ruy Díaz, mostrándonos el entrada de la caba. E el escala fué puesta en pasando las rondas, las quales yvan ablando en su arávigo que si Dios les escapaua de aquella noche que no abrían reçelo nenguno; aviendo, señor, algún resabio, a mi entender, de nosotros. E señor, el escala se puso a rayz de vna vela, se suvieron luego Lope de Frías e Pedro de Curiel, escuderos de Jhoan Enrriques, a tener las escalas, según lo suelen acostumbrar. E luego, señor, subió Alvar Rodrígues de Córdoua, alcaide de Segura, vuestro vasallo, armado, e tras él Pedro Sánchez de Fornos, esso mesmo vasallo de vuestra señoría, e Pedro de Beas.

E antes que el alcaide acauase de suvir, lo sentió la vela, e echóle vn serón de piedrasençima. Pero con todo no cesó de subir. E a las vozes del velador, la çerca e los texados fué tomado por los moros; e sabrá vuestra señoría que de çiertos escuderos míos que subieron por el escala que, por vn agujero, dos moros que se estauan en la torre ferieron e mataron asaz dellos.

E avn fezieran mucho más daño si no fuera por el alcaide, que mató el uno dellos, e el otro saltó por vn texado. Pero, señor, allí quedaron muertos el Ceçiliano, hermano del alcaide, e Pero Sánches de Fornos, e Jhoan de León, e Garçía de Habuera, e Niculás e Furtuno, escuderos míos; e feridos, Jhoan de Ribera, e Per Alvarez de la Torre, e Juan de Quirós, e Lope de Vergara, e Fernando de Molina, e Juan de Treviño, e Rodrigo de Mendoça. Estos, señor, de tal manera, que los menos dellos podían apenas yr adelante.

E luego, señor, subió mi estandarte, que el trompeta el sexto avía seydo, e avn por su buen esfuerço tan osadamente tañía, que puso tan gran miedo a los moros. E tras mi estandarte, señor, subió mi tío Manuel de Venabides; e el alcaide de Yeste, que estaua arriba e avían peleado muy bien, e seguiólo él, avnque estaua él vien ferido, e otros de los que seguirlo

podían. E fué peleando e ganando torres por la çerca fasta que falló descendida para la puerta. E desçendió, e vídose en asaz trauajo en la quebrar; pero al fin él la abrió.

E entré yo por ella con la otra gente, e fuemos peleando por las calles fasta los meter en el alcázar, e en çiertas torres que ellos tenían en el adarue. En la qual pelea fueron feridos esso mesmo gran parte de la gente, asy de nosotros como de los enemigos. E es verdad, señor, que dellos fueron muertos asta doze o quince moros luego allí. E çertifico a vuestra señoría que todo aquel día, sábado, e toda la noche, jamás nunca çesó la pelea, ganándoles e minándoles las casas e faziendo varreras por las calles, lo qual ellos defendían muy bien.

E señor, otro día, domingo, luego en la mañana, fué aquí el Caueçaní con toda Baça e su foya, que podían ser fasta quinientos roçines, e peones no muchos aquel día. E llegáronse fasta las huertas, tan çerca del lugar, que podían bien ablar con los del castillo. E yo, señor, no tenía caudal de gente para lo resistir al canpo, que en la villa asaz que fazer avía. E los moros, reconoçiendo la poca gente, echaron vna escala por vna torre del adarbe de las que ellos tenían, e començaron subir de sus vallesteros gran pieça de gente. E otros vinieron (e) abrieron la vna puerta que tenían a par de su castillo, para que entrasen los caualleros que estauan allí llegados a la puerta.

E, señor, como yo vi la dispusición de cómo estaua el fecho, veyendo el grande trabajo que de allí nos podía venir, tomé conmigo fasta diez omes de armas e salí a pelear con ellos. E plugo a Nuestro Señor, e al buen esfuerço que desde allá vuestra señoría en nuestros coraçones pone, yo les tomé la puerta por fuerça e los encerré por las puertas del castillo. E de quarenta o çinquenta que eran, quedaron ay muertos fasta syete o ocho. E los caualleros, quando aquello vieron, desviáronse luego de allí algún tanto. E yo, señor, fuy de allí ferido de vn pasador que me pasó el guardabraço e el braço derecho de parte a parte.

E por otra parte, señor, envié a Aluaro de Madrid con algunos homes de armas, e fuéles ganando e minando de casa en casa, todavía peleando con ellos, fasta los meter en otra torre de las que ellos tenían en el adarue. E por la gran fuerça de la gente que allí cargaua, envié allí a Manuel de Venabides; e del trauajo que allí tomó él e Aluaro, e lo que allí padesçieron, non podría yo escreuir a vuestra señoría cuánto fué. Ca señor, el fumo sólo que ellos ponían por las minas para atajar era vastante para matar mil homes, quanto más el gran conbate que asymesmo les davan.

E finalmente, señor, éste fué nuestro ofiçio todo el día domingo. Y en todo esto no venía ningún socorro, el qual nosotros avíamos bien necesario. según la dispusición en que la gente estaua, así de feridas como de gran cansançio. Pero, señor, el vuestro capitán mayor, Fernand Alvares, veyendo el gran seruicio que a vuestra señoría se podía seguir, quisiera luego venir a me socorrer, saluo por el desconçierto que ovo en algunas señales que yo tenía conçertadas. Pero, señor, el juebes en la noche, antes que el

fecho se fiziese, le avían dado una carta mía por la cual le enviaua declarar el que fecho a que venía, e que no enbargante que yo no era çierto de lo acauar, le pedía por merced que enbiase alguna gente a Quesada, porque el sábado, en todo el día, sy el fecho pudiese acauar e mi mensajero llegase, que yo fuese socorrido.

E por esta manera aperçibí al vuestro adelantado de Caçorla, saluo que la carta del aperçiuimiento le fuese dada el viernes en la noche; en la qual, señor, se contenía el fecho a que yva, e que el sábado en todo el día, si algo fuese, abría mensajero mío. E por esta misma manera escreuí a García de Cárdenas.

E señor, como yo entré en la villa, yo envié luego mis mensajeros. E porque no podía escrebir, ni estaua en razón dexar la pelea por la escriptura, envié una sortija mía al adelantado, e a Garçía de Cárdenas vna carapuça, en señal de creençia, para que viniesen; e enbié dezir al adelantado que enviase de Caçorla a Quesada, non sabiendo sy sería venida ally la gente de Fernand Aluarez que yo abía enviado demandar. Mas, señor, como aquel que no olbidaua las cosas que entiende que son conplideras al vuestro seruicio, avía ya enviado allí a su sobrino e mi primo Pedro de Quiñones.

El qual, como sopo el fecho, caualgó luego con sesenta omes darmas e cien peones, e jamás nunca paró fasta llegar aquí a mí, el domingo a media noche, con muy gran agua. E a este tienpo, señor, los moros tenían real en las huertas desta villa, e él entró con asaz peligro, asy en su benida, la qual nosotros avíamos bien necesaria, como en su estada. E él fizo mucho en seruicio de vuestra señoría, tomando cargo de la vna de las minas e de ciertas torres del adarue; en las quales, peleando, le ferieron çiertos escuderos de los suyos. Pero él se conportó muy bien.

E el lunes siguiente, en amanesçiendo, llegó el adelantado de Caçorla con fasta cien roçines e çiertos peones, que arrebató por venir ayna. E syn duda, señor, él pasó mucho trabajo en andar toda aquella noche, por venir por mal camino. E luego como llegó, yo salí a él e le dixe çiertas cosas: la vna, que non entrase en la villa, pensando que él traya gente para poder estar en el canpo; e la otra, que con aquella gente que él traya, e con otra que le daría de la que conmigo estaua, fuese a tornarnos el agua que nos avían quitado los moros, non envargante, señor, que ay poços en la villa. Eso mismo, señor, que diese vista a los moros, porque entendiesen el socorro que me venía e porque no se me açercasen tanto como el día de antes.

E él, señor, púsolo por obra, como aquel que vuestro seruicio desea; conpliéndolo todo, estouo fuera, vien çerca de los moros todo el día. E a la fin a él le convenió de entrar en la villa; e luego, a la ora, recresçió más cauallería de moros con mucho peonaje. E llegáronse los peones a souir por el escala que ellos tenían puesta; e subieron, señor, algunos dellos, con el más vastimento que ellos pudieron. Pero, señor, en la subida fueron pieça dellos muertos e feridos de nuestros vallesteros.

E otro día, martes, por la mañana, asy caualleros como peones de los

moros se pusieron en las huertas, donde salían, cerca del logar. E acordamos, entre el adelantado e nosotros, que sería bien que saliese fuera, pues que le heran venidos esa noche otros çien roçines de los suyos; que con Pedro de Quiñones e conmigo no quedasen saluo los hombres de armas que eran neçesarios para las minas. E toda la otra gente, asy mía como la suya de cauallo, salieron con él. E rogué a mi primo Jhoan Enrriques, que no envargante que estaua ferido en el braço derecho de vna saetada, e al comendador de Veas, que saliesen al campo; e eso mesmo al alcaide de Segura, e avnque estaua ferido. E mi primo púsolo por la obra, faziéndosele poco la ferida, según su deseo de seruir a vuestra señoría.

E salió el adelantado, e otros muchos caualleros con él, e fuése a poner muy cerca de los caualleros moros; e sus peones, escaramuçando con los peones moros, firiéndose e matando muchos caualleros e omes de la vna parte e de la otra. Estuvieron así desde la mañana fasta ora de vísperas; e a ora de vísperas llegaron nuevas cómo venían Fernán Aluarez, e yo enviélo a dezir al adelantado. E él fuese llegando, e peleó con los moros, que era a mi entender el doblo de caualleros moros más que no él, e más que quatro tantos peones más que no los suyos.

Pero señor, asy me vala Dios, él los acometió como el que era, e los desvaró. E de cómo se siguió el alcançe, e de quantos murieron, yo creo vien que él escribe a vuestra señoría, porque lo pudo mejor ver que no yo, que estaua en la villa guardándola e defendiéndola. Pero vi que en esto asoumauan sus vanderas de Fernand Aluarez, e salí a él e díxele sy quería entrar en la villa a posar, o qué es lo que quería fazer. E él me respondió que venía allí para defender el canpo, que se entendía de asentar en él, ca de la villa él fiaba que quien la avía tomado la defendería.

E asy lo fizo, y luego asentó su real fuera. E los moros, como vieron que se podría señorear el campo por Fernand Aluarez e por los que allí estauan, vinieron luego otro día, miércoles, a fabla, e movieron sus partidos. Pero esse día no les fué acoxido ninguno; de lo qual Fernand Alvarez e el adelantado e yo e estos señores que aquí están nos repentimos por no auer salido al trato, viendo, según el vastimento e mucho gente que en el castillo estauan, el gran deseruicio que a vuestra señoría se podría recreçer por no auer salido al trato.

Mas otro día siguiente tornaron luego a la fabla. E en conclusión, veyendo estos señores ser conplidero su salida de ellos, como quiera que fuese, del castillo, asegurámosles las vidas, que se fuesen forros, syn nada de lo suyo, así armas como otra cosa cualquier mueble, e que sola vna ropa llevasen cada vno de los onbres, e las mugeres, cada dos. E este juebes en la noche fueron todos fuera, e nosotros apoderámosnos en la fortaleza.

E guardando, señor, fasta ser tomado este castillo, yo no quise escrebir a vuestra señoría, porque el que fuese llevase las nuevas a vuestra señoría de todo conplidamente. E sobre todas estas cosas, las quales yo no podría escrebir a vuestra merced tan largamente como pasaron, envío a vuestra señoría a Alfonso de Córdoua, criado mío; al qual, primeramente

por lo que fizo en vuestro seruicio, e después por las nuebas que a Dios plogo que a vuestra señoría yo por él enviase notificar, suplico a vuestra alteça que le faga merced e que le dé fe e creençia de todas aquellas cosas que él, de parte mía, con vuestra real señoría fablará.

Otrosy, señor, a vuestra merced plega de mandar dar luego para aquí tales prouisiones que vuestra señoría sea seruido, asyde gente de armas como de peones, como de todas las otras cosas de que el portador a vuestra señoría relaçión fará. De lo que al presente a vuestra señoría demando, es que me faga merced del quinto que a vuestra señoría perteneçe; que, señor, sólo para las feridas e bestias muertas, e para otros travajos fartos, lo abré vien menester. Esto puede creer vuestra señoría.

Nuestro Señor plega de guardar e acreçentar vuestro real estado, e dar a mí graçia que de semejantes seruicios vuestra alteza de mí sea seruido. De la vuestra villa de Huéscar, a 12 días del presente mes, vuestro vmill seruidor, que vuestros pies e manos besa. — Rodrigo Manrrique".

Juan de Mata Carriazo: *Cartas de la frontera de Granada*
(En Al-Ándalus, vol. XI, fasc. 1, 1946, p. 96).

## ÚLTIMO VIAJERO ORIENTAL EN LA GRANADA, YA SENTENCIADA POR EL DESTINO

*Con el asesinato de Ben Al-Jatib se apagaron las luces de la historia de Granada. Ben Jaldun fue el último en dedicarle atención. Después, sabemos de la vida granadina del siglo XV por los cronistas castellanos contemporáneos. Un viajero oriental nos ha legado, sin embargo, un relato de su estada en el reino de Granada, sólo tres quinquenios antes de que comenzara su agonía. Oriente hace con él su última visita al Islam occidental, le rinde la última pleitesía y le dirige sus últimos elogios barrocos. Los hados habían ya decretado el próximo fin del postrer hogar musulmán de Andalucía, cuando el egipcio Abd al-Basit ben Jalil ben Xahin desembarcaba en Málaga, que sufría, a la sazón, un asedio de la flota portuguesa, casi desconocido para nosotros. Es difícil leer sin emoción la descripción del viaje por tierras granadinas del último de los visitantes que vino hasta ellas desde las mismas lejanas comarcas de donde el Islam había venido a España. Sus palabras son como el encendido requiebro final que arranca a una madre el subconsciente presentimiento de la pérdida cercana de su hija.*

Hacia la mitad de este mes, 15 Rabi II 870 [15 diciembre 1465], emprendí viaje hacía Al-Ándalus, atravesando el Mediterráneo en una gran nave genovesa, con numerosa compañía de mercaderes del Ándalus, de Tlemcen, Orán y otros países.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

El viernes 23 [13 diciembre 1465] llegamos a la ciudad de Málaga en Al-Ándalus, donde nos detuvimos, y trabamos conocimiento con el jeque doctísimo e imán sumo Sidi Abu-l-Abbas Ahmad al-Sayyid al-Sarif al-

Tilimsani, uno de los más doctos maestros del Ándalus, ex cadí principal en Granada y también el primer sabio del Magrib en su tiempo. Nos acogió amistosamente y escuchamos de él muchas nociones de ciencia. Daremos su biografía, si a Alá agrada. En Málaga conocí también al jeque docto e ilustre Sidi Abu Abd Allah Muhammad ben al-Quraa, cadí y predicador de Málaga, quien me interrogó acerca de la biografía de Jalil, el malaquí, contándome que había enseñado el comentario de su *Mujtasar*, pero que no tenía todavía ninguna noticia de su vida y que deseaba ardientemente conocer su biografía. Tenía yo conmigo los apuntes tomados de las *Durar* del *hafiz* de Ben Hayar y se los hice leer, con grandísima satisfacción para él. Después asistí a muchas lecciones suyas, por mi deseo de estrechar amistad con él, y aprendí de él muchas nociones, especialmente de lingüística árabe, en la que era incomparable. Era un hombre excelente, de afable y cordial acogida, de rostro risueño; había hecho vastas lecturas y recogido la enseñanza de muchos doctos contemporáneos suyos, entre los cuales el sarif (Abu-l-Abbas Ahmad) al-Tilimsani, arriba recordado, y el cadí principal de aquel tiempo, el jeque doctísimo, inteligentísimo, eminentísimo Sidi Abu Abd Allah Muhammad ben Manzur, cuya biografía daremos, si a Alá agrada, al ocuparnos del año 88... Ben al-Quraa conquistó fama, y se distinguió y fue nombrado cadí y predicador de la mezquita catedral de Málaga, en cuya ciudad dio numerosos dictámenes; y resultó de gran utilidad a los estudiosos que en ella se encontraban.

En aquellos tiempos era todavía joven, de alrededor de cuarenta años y aun menos; actualmente me llega la noticia de que se encuentra en Málaga en la cumbre de la fama y la consideración y tiene una posición altísima: ¡quiera Alá que su ciencia sea útil a los demás y le haga prosperar!

El día domingo 24 del mismo mes, mientras estábamos detenidos en Málaga junto a la puerta del mar, apareció un hombre huyendo a toda marcha con gran temor y corriendo a más no poder. Pasó ante nosotros como un rayo; y pisándole los talones la gente que lo perseguía con gran empeño y se esforzaba por alcanzarle. Pero no lograron apoderarse de él, y en su fuga se dirigió hacia el territorio de los francos infieles. Indagamos sobre él, y se nos dijo que se había trabado en riña con otro y lo había matado hacía un momento. En seguida volví a preguntar por él y me dijeron que había ganado el territorio de los infieles y había entrado bajo su protección en jurisdicción de los franco-portugueses. ¡No hay fuerza ni poder en nadie sino en Alá!

El martes 26 del dicho mes [17 diciembre 1465] algunos franco-portugueses asaltaron un molino en las afueras de Málaga e hicieron prisioneros a un buen número de hombres que allí se encontraban; más tarde se supo que un prisionero infiel que se había convertido al Islam en Málaga y después había huido, había sido quien, luego de haber tornado al cristianismo, había servido de guía a aquellos infieles y quien con ellos había cumplido aquella funesta empresa contra dicho molino. ¡Alá ordena!...

El mismo día [28 de Rabi II = 19 diciembre 1465] salí a la alcazaba

de Málaga o sea su ciudadela, asiento del gobierno. En aquellos tiempos, no había en ella habitantes, como no había entonces gobernador. Me pareció una ciudadela estupenda, con grandiosos monumentos surgidos de la restauración cumplida por el gran sultán mariní Abu-l-Hasan, rey del Magrib, de Fez, aquel que reinó sobre todo el Magrib y sobre Al-Ándalus, el antes nombrado Al-Mansur. En esta alcazaba vi una construcción para el agua en la que había tres grandes ánforas de porcelana de Málaga. No he visto nunca ninguna igual, ni nunca he oído hablar de nada semejante. Estas tres ánforas estaban dispuestas una al lado de la otra en la construcción destinada al agua potable, en el vestíbulo de aquella alcazaba, y cada ánfora tenía las dimensiones de un *tigar*, la embocadura larga, más bien estrecha, con un cuello del género de las ánforas, no de las *jabia*; y estaban maravillosamente fabricadas y estupendamente adornadas de admirables y raras labores en relieve. Las hay de este género en nuestro país, pero no en la misma medida de grandeza y belleza artística, por ejemplo: el ánfora de la fuente que se halla frente a la Birkat al-Nairiyya en las vecindades de la *zawiya* de Abu Sama; y en Harat Zuwayla está la fuente de Ben Yulud, que se encuentra junto a la puerta de su casa; pero hay una inmensa diferencia entre ambas construcciones, o sea, entre la de Málaga y la de nuestro país; ¡aquélla es obra de sultanes!...

En Chumada I, el día domingo 3 [22 diciembre 1465], soplaron vientos impetuosos y terriblemente fuertes en la ciudad de Málaga, tanto que muchos árboles enormes fueron arrancados de cuajo: ¡figurémonos los otros! Muchas naves fueron hundidas, y tuve luego la noticia de que aquel viento había hecho huir a algunos barcos de los franco-portugueses que se habían hecho a la mar para emprender una expedición contra los musulmanes; pero Alá altísimo las dispersó y las destruyó. Aquel viento continuó soplando desde la tarde hasta el alba del lunes, y fue una cosa terrible, especialmente durante la noche.

El 10 Chumada I [29 diciembre 1465] partimos de Málaga a lomo de mula hacia Granada y durante nuestro viaje pasamos por una localidad llamada Ballis (Vélez), magnífica ciudad, rica en mercancías y frutas; hay higos secos, pasas y almendras en abundancia, y muchos de sus habitantes me contaron que naves de gran porte se acercan a la playa en las proximidades de Vélez y embarcan grandes cantidades de higos y almendras y las llevan a casi todos los países lejanos; y con todo esto (decían) no se advierte ninguna disminución de tales productos en nuestro país. Llegamos luego a otro lugar llamado Al-Hamma (Alhama), que es uno de los más amenos y bellos. En sus alrededores hay dos edificios construidos sobre dos manantiales, de los cuales mana un venero, y de él ha tomado el país el nombre de Alhama; uno de los dos edificios está destinado a los hombres y el otro a las mujeres; hay, a más de esos dos, otros baños alimentados por corrientes naturales; y allí se entra para lavarse y para tomar baños calientes, sin pagar nada. He visto la construcción, admirable, bien terminada, agradable; luego entré al baño reservado a los hombres y me bañé.

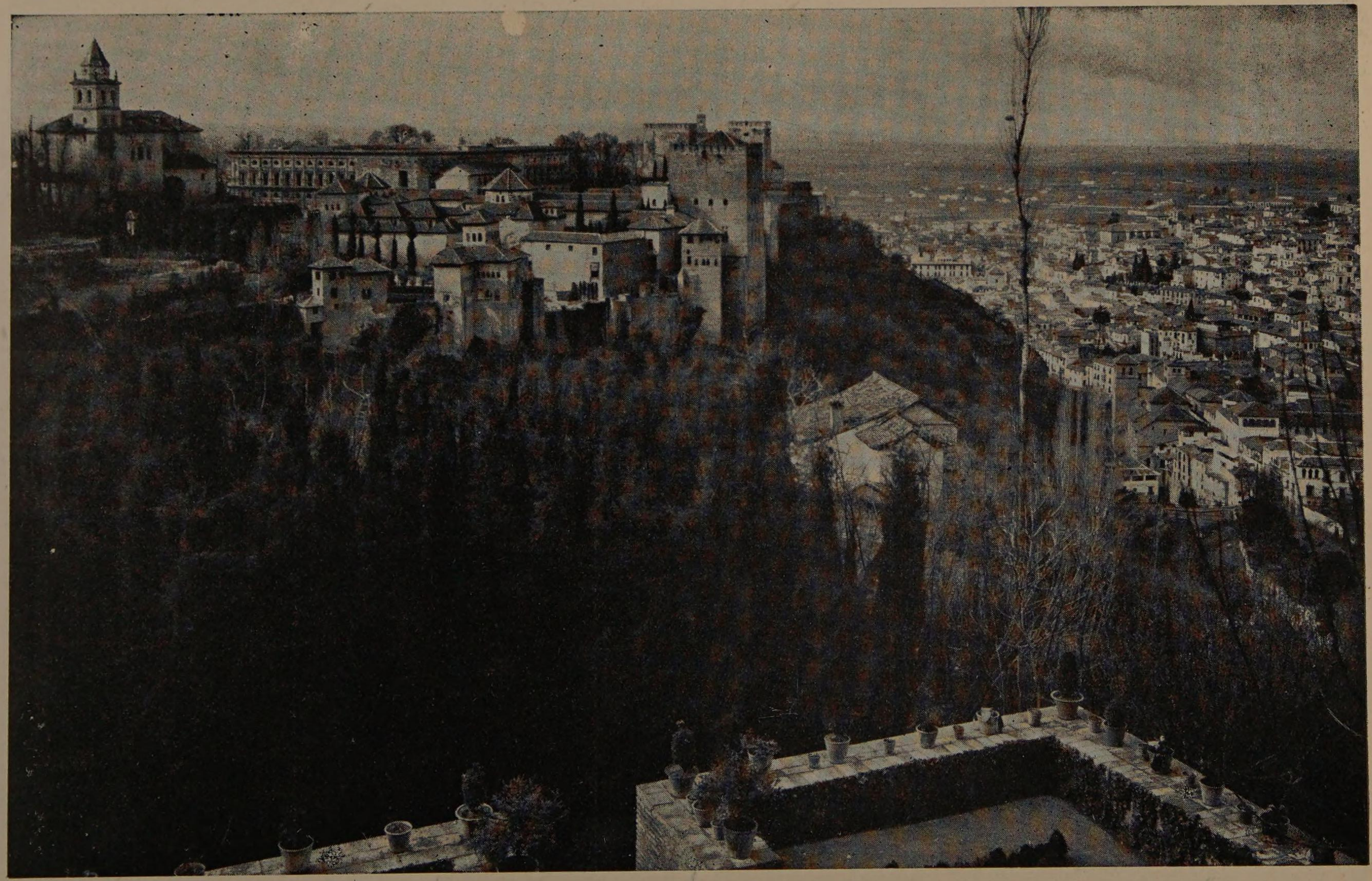
Pasamos la noche en tal lugar, que está defendido por un muro fortificado, y a la mañana siguiente emprendimos el camino de Granada, adonde llegamos al día siguiente al amanecer; y esto fue hacia el fin del mes.

Granada me pareció un país delicioso y amplio, entre los más extensos del Ándalus; allí está la capital de rey musulmán del Ándalus y su residencia real; tiene una posición maravillosa, edificios espléndidos, es graciosa, agradable, admirablemente situada. Hay en ella toda clase de artífices y se asemeja a Damasco de Siria; hay aguas corrientes, huertos, jardines y viñas. Es punto de reunión de personajes ilustres, de poetas, de sabios y de artistas; están en ello los mejores hombres de nuestro tiempo, hay monumentos grandiosos y lugares amenos. Su recinto tiene las dimensiones del de Damasco, pero es de población mucho más densa y sus habitantes figuran entre los mejores y más valerosos hombres; se dice que hay allí 80.000 tiradores de ballesta. Aquellos reyes que han alcanzado el favor popular han visto prosperar sus fortunas; aquellos a quienes el pueblo ha querido elevar al gobierno, se han sostenido en él, y el pueblo ha arrojado del poder a los que no gozaron de su afecto. Se encuentran en ella congregaciones religiosas, cultura literaria y habilidad técnica maravillosas; en suma, Granada es una de las más grandes y más hermosas ciudades de Occidente. Encontré muchos personajes doctos y eminentes, y entre ellos a nuestro jeque Sidna Mawlana, imán doctísimo, Abu Abd Allah Muhammad ben Mansur, cadí principal de Granada, hombre entre los primeros por su doctrina y eminencia insignes, dotado de elevada jerarquía, de costumbres y conducta íntegras, de maduro juicio religioso, honesto, culto, afable, piadoso y puro. Asistí muchas veces a sus lecciones y aprendí de él muchas nociones —¡ayude Alá al Islam con hombres semejantes a él!— He oído decir que vive todavía y conserva su cargo de juez y su rango, en razón de su fe, pureza, integridad de vida, seriedad, y por la gratitud que suscitan su imparcialidad y sus juicios justos y equitativos —¡que Alá altísimo lo conserve y mantenga y escuche sus plegarias!...

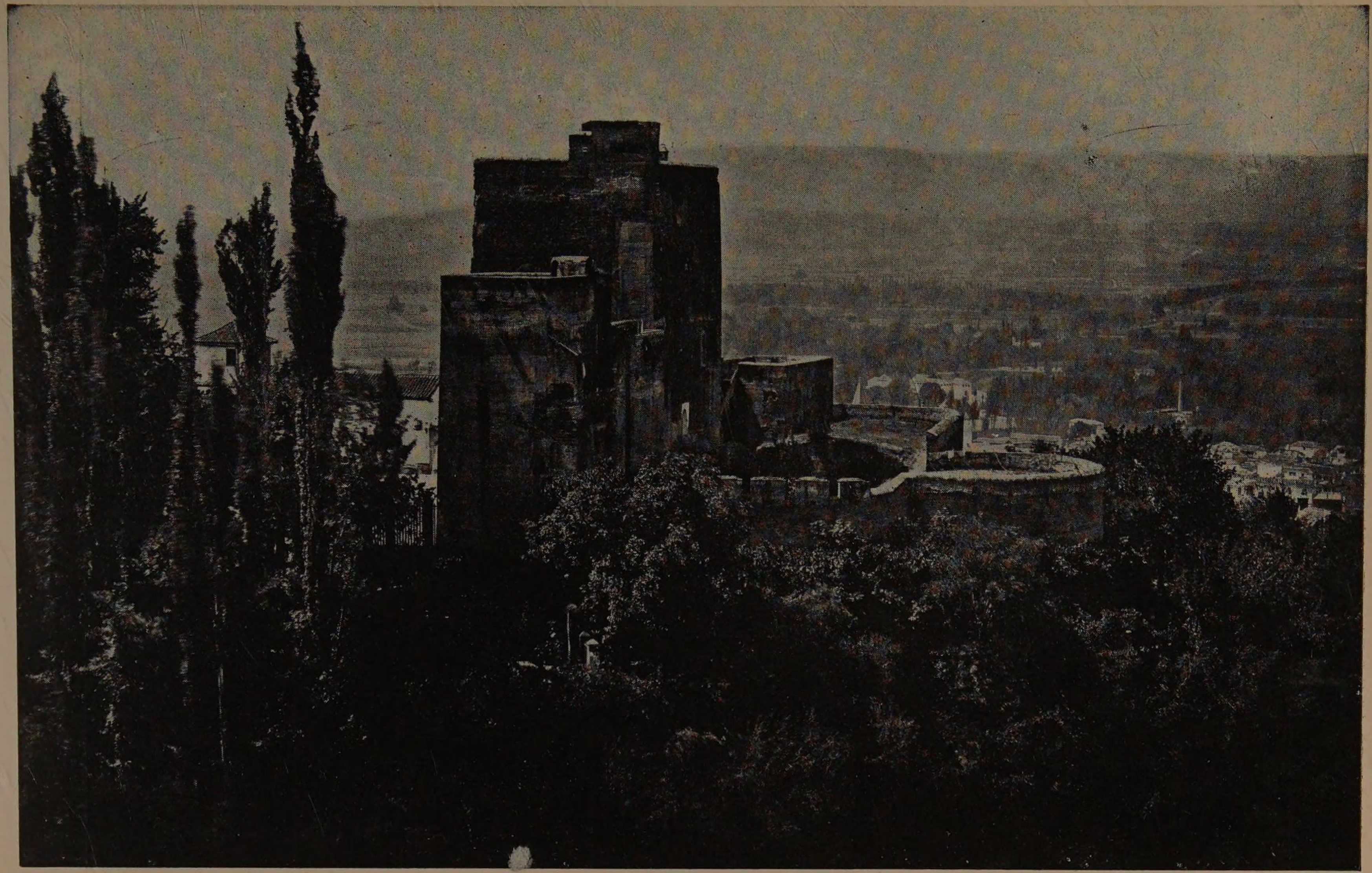
El día 28 de Chumada I [16 enero 1466] salí para dirigirme a los jardines y a los huertos de Granada y vi un espectáculo maravilloso por la cantidad y abundancia de frutas y hortalizas. Luego, el último día del mes [18 enero 1466], fuimos a pasear por los viñedos de Granada, situados en la parte opuesta a los jardines, y vi vides e higueras que eran cosas espectaculares. El viernes 29 [17 enero 1466] me dirigí a visitar al sultán de Granada, Abu-l-Hasan, de quien hemos hablado antes. Reside en su castillo, asiento del gobierno, llamado la Alhambra de Granada. Me acogió amablemente; me había hecho llamar para que le informara de los sucesos ocurridos entre los soberanos de Tlemcen y de Túnez; yo le conté lo que sabía. Luego me interrogó sobre la Siria y sus condiciones, sobre el Cairo y su reino, y a todo cuanto me preguntó contesté y mis respuestas le placieron. Después me fue librado un diploma suyo en el que estaba escrito de su mano que no se me debía exigir ninguna de las tasas impuestas a los mercaderes; me hizo gran honor y me trató muy generosamente. El día 10 de Chumada II

[28 enero 1466] salí de Granada para ir al suburbio llamado Rabad al-Bayyazin (Albaicín), que visitamos. Visitamos, también, la mezquita catedral, que es maravillosa entre las más hermosas mezquitas, por su construcción con bellas columnatas de mármol blanco, y pasamos delante de la misma sobre cuyo minarete, en lugar de la media luna, hay un gallo con las alas abiertas, al que aquellas gentes han dado el nombre de "gallo de los vientos" (*farruch al-ruwah*). Alguien me contó que aquel gallo había sido colocado como talismán para entretener al viento fuerte y dicen que si no fuese por eso los vientos soplarían sobre Granada y dañarían el paraje, y aun la destruirían. Luego retrocedimos y fuimos a visitar la Alhambra, que es el asiento del gobierno, la ciudadela del sultán y su residencia real, como hemos dicho antes. Es de forma maravillosa, de construcción armónica, muy agradable y graciosa. Se halla situada sobre una colina, uno de cuyos lados mira hacia la llanura de Granada, llanura vasta, regada por un río llamado Sannil (Genil), uno de los más estupendos y bellos ríos que existen, en el cual se encuentra un pez de admirable virtud, llamado *radradi*, que los médicos prescriben para combatir la fiebre. El otro lado de la Alhambra mira a la parte del Wadi-Hadarro (Darro), donde están los huertos y jardines de Granada, que efunden por ambos lados un efluvio suave y agradable. Esta ciudadela sobre la cual fue construido este palacio insigne es una grandiosa fortaleza defendida por torres estupendas y por un muro maravilloso. Constituye la cumbre de un monte de color rojizo. A sus pies, del lado de la llanura, encuéntrase un lugar de donde se extrae una tierra color rojo vivo, que por su tinte se asemeja al "bolo" de Armenia; es llamada en el Ándalus "tierra de *inyibar* mineral"; con ella se fabrican las botellas en las cuales se bebe el agua en ese país: son unas botellas muy finas, fabricadas con excelente arte, que refrescan naturalmente el agua y poseen varias otras ventajas; se dice, y es afirmación generalmente reconocida, que conviene beberla para purificar la sangre. Después vimos una cantidad de edificios admirables y patios de construcciones extrañas y agradables, con decoraciones de yeso esculpido tales que ahora no nos sentimos capaces de describirlas, ni siquiera de imaginarlas. En suma, Granada con su Alhambra es una de las más grandiosas y bellas ciudades del Islam. Los infieles están en las vecindades de aquellas regiones y han capturado la mayor parte del Ándalus y muchas ciudades del Islam que eran famosas, especialmente cuando reinaban los Omeyas, como Murcia, Valencia, Córdoba, Toledo, Zaragoza, Jaén; y varios castillos fortificados de Xátiva y otros países semejantes que pertenecían al Islam ahora han pasado a los cristianos. ¡No hay fuerza ni poder sino en Alá! Ya había decidido yo partir para visitar Córdoba, que está en la vecindad de Granada —reinaba una paz estable entre los musulmanes y los infieles de aquellas regiones, a tal punto que los mercaderes tanto musulmanes como infieles iban y venían los unos al país de los otros— cuando me sobrevino un accidente que me impidió cumplir mi propósito.

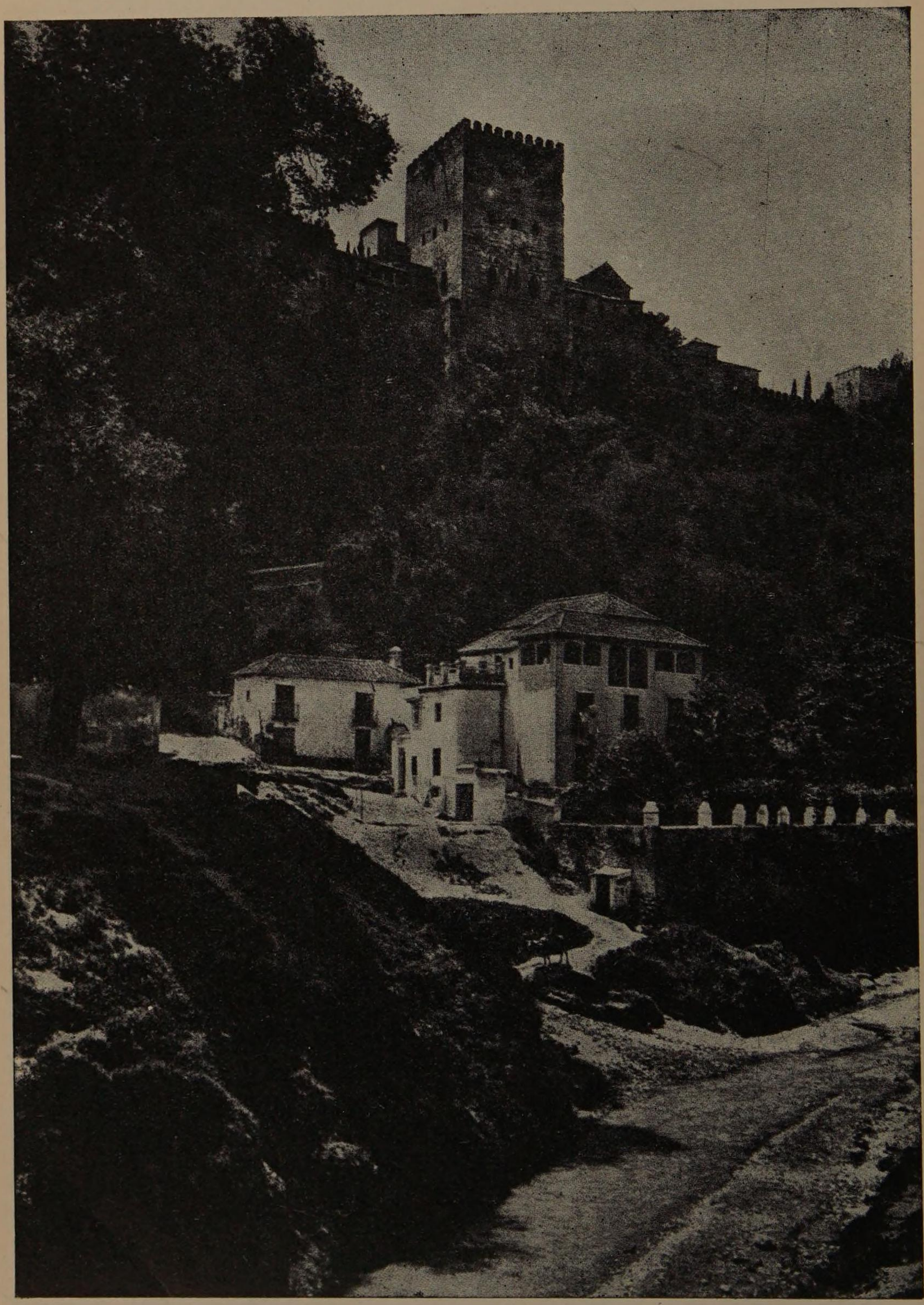
Granada. La Alhambra y Sierra Nevada.



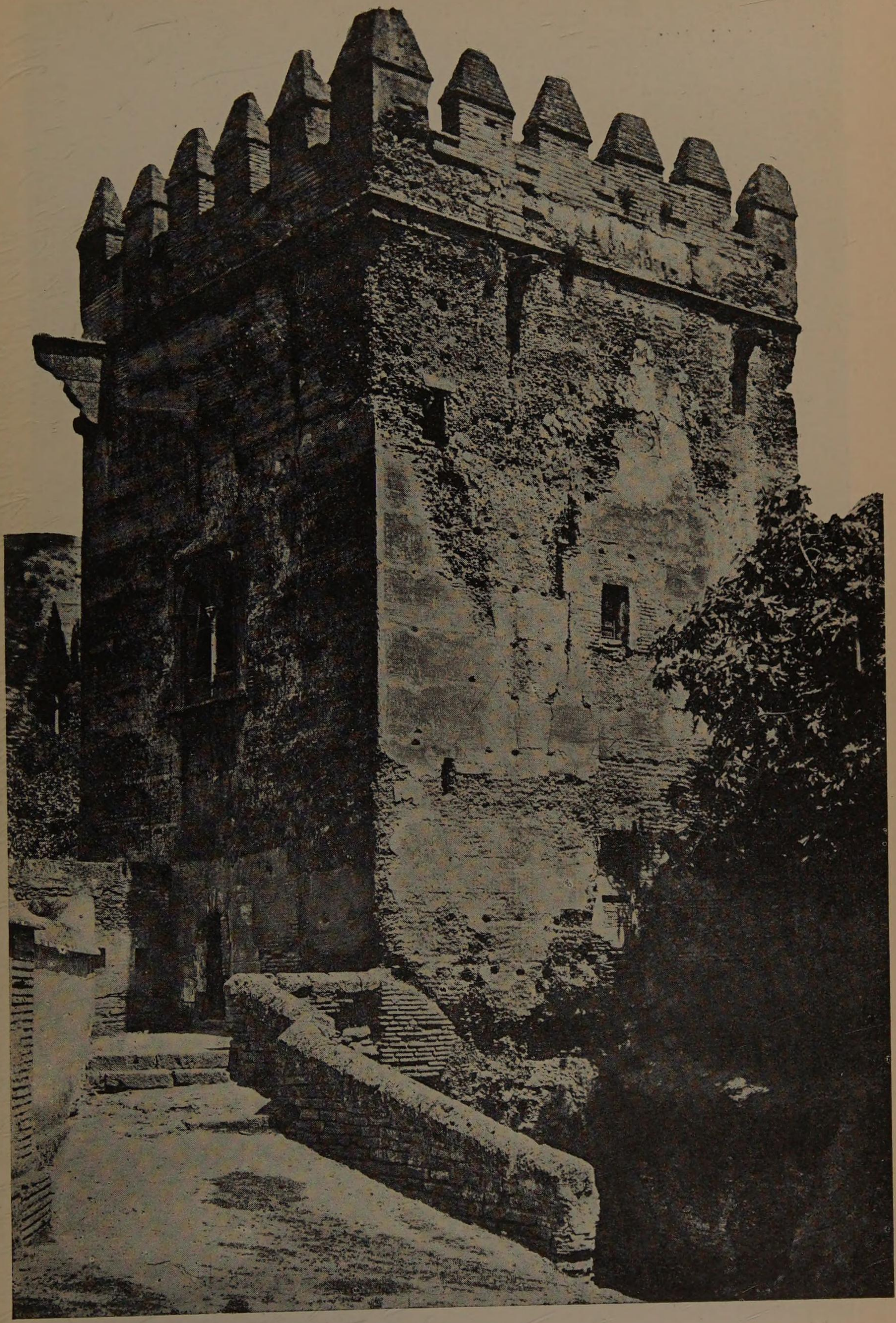
Granada. La Alhambra desde el Generalife.



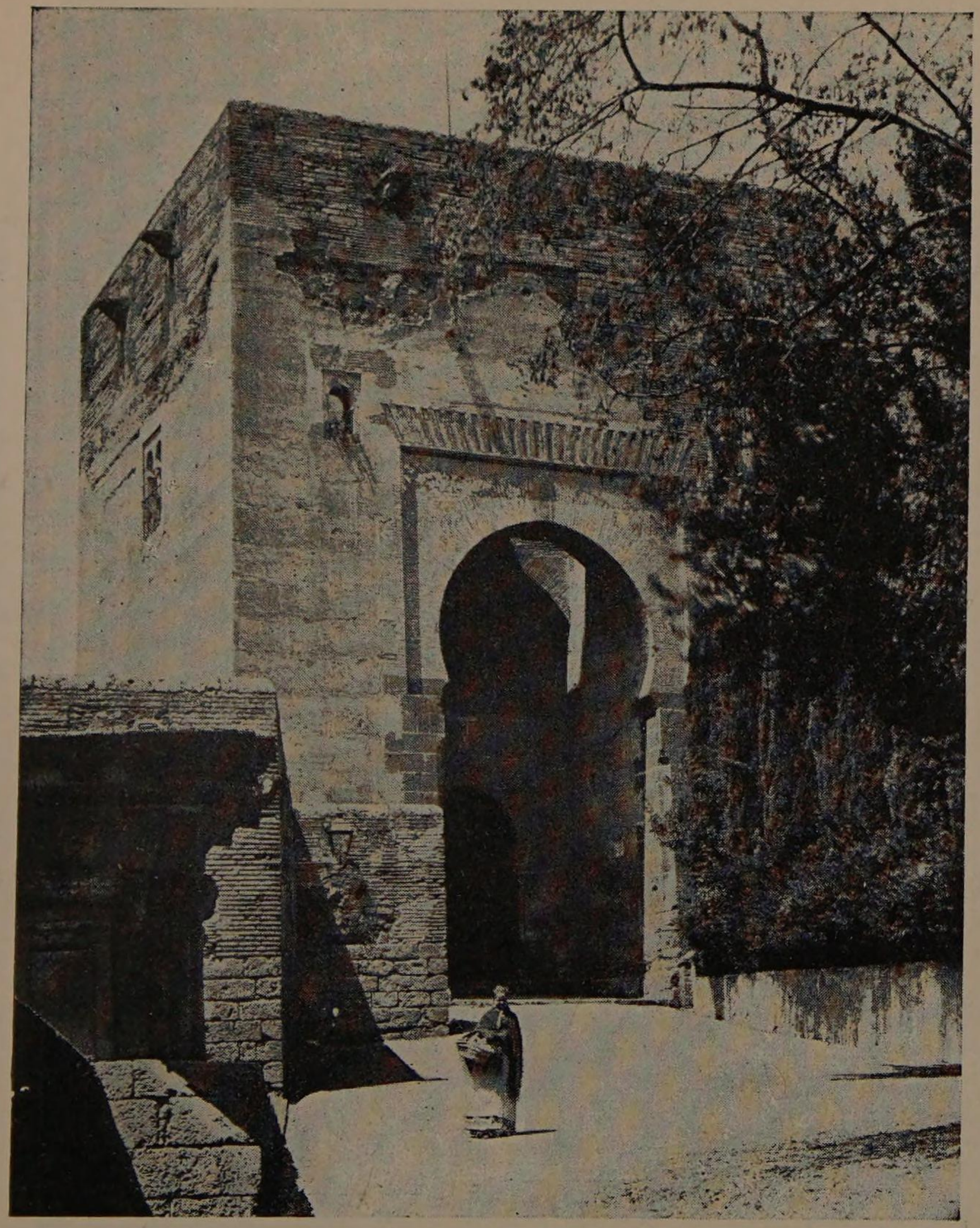
Granada. Las Torres Bermejas desde los adarves.



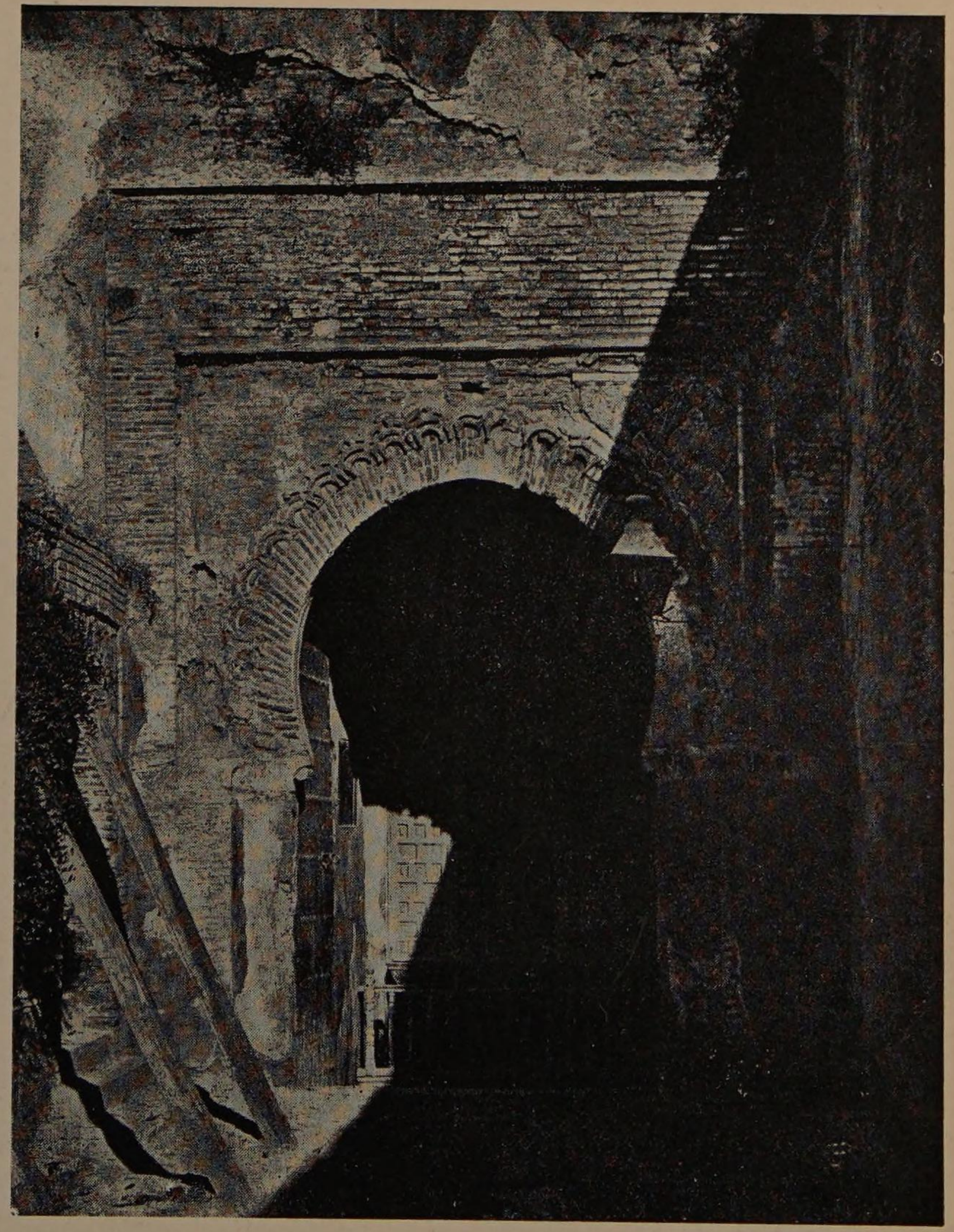
Granada. La Alhambra desde el Genil.



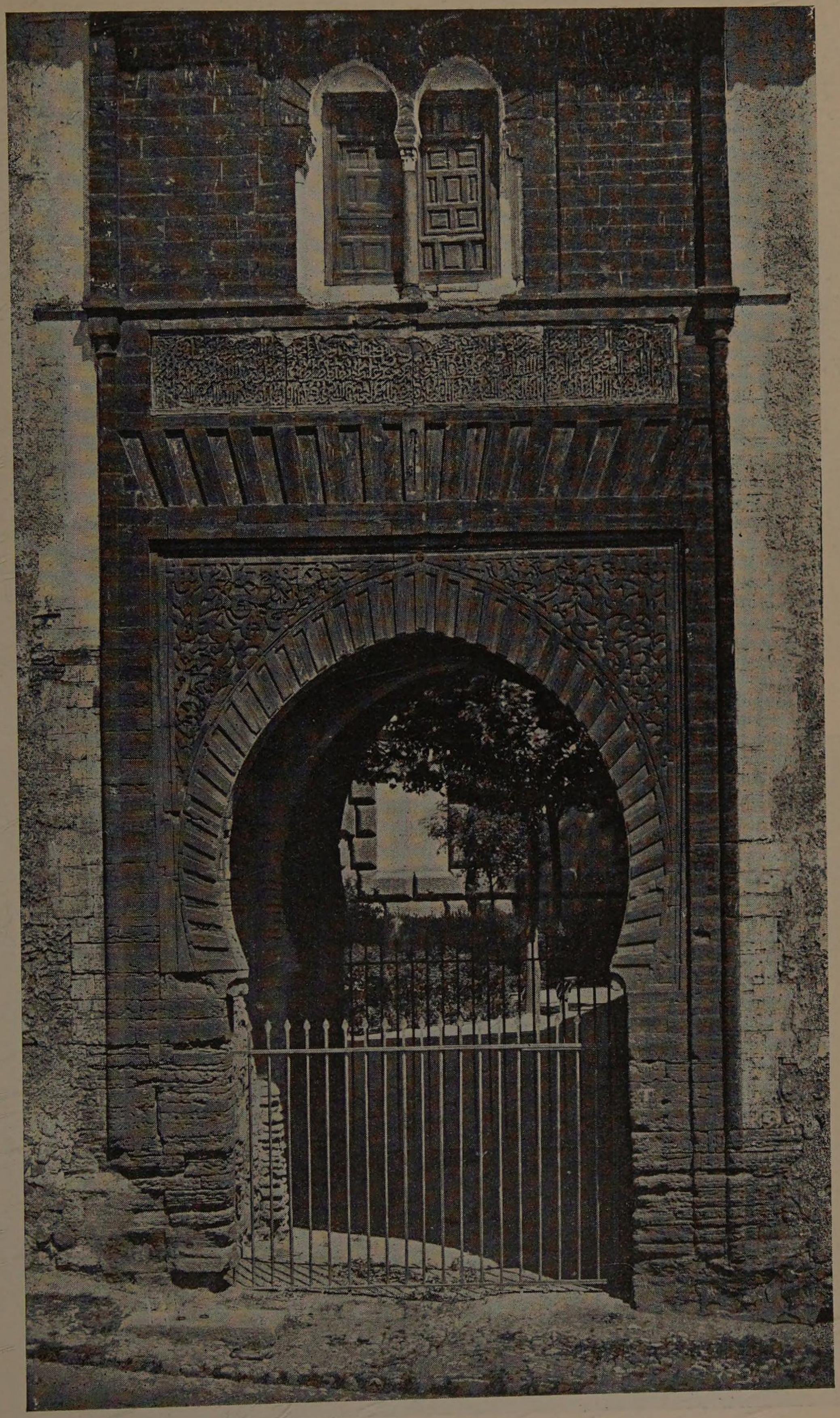
Granada. La torre de Los Picos, desde el camino interior.



Granada. Puerta exterior de la Torre de la Justicia.

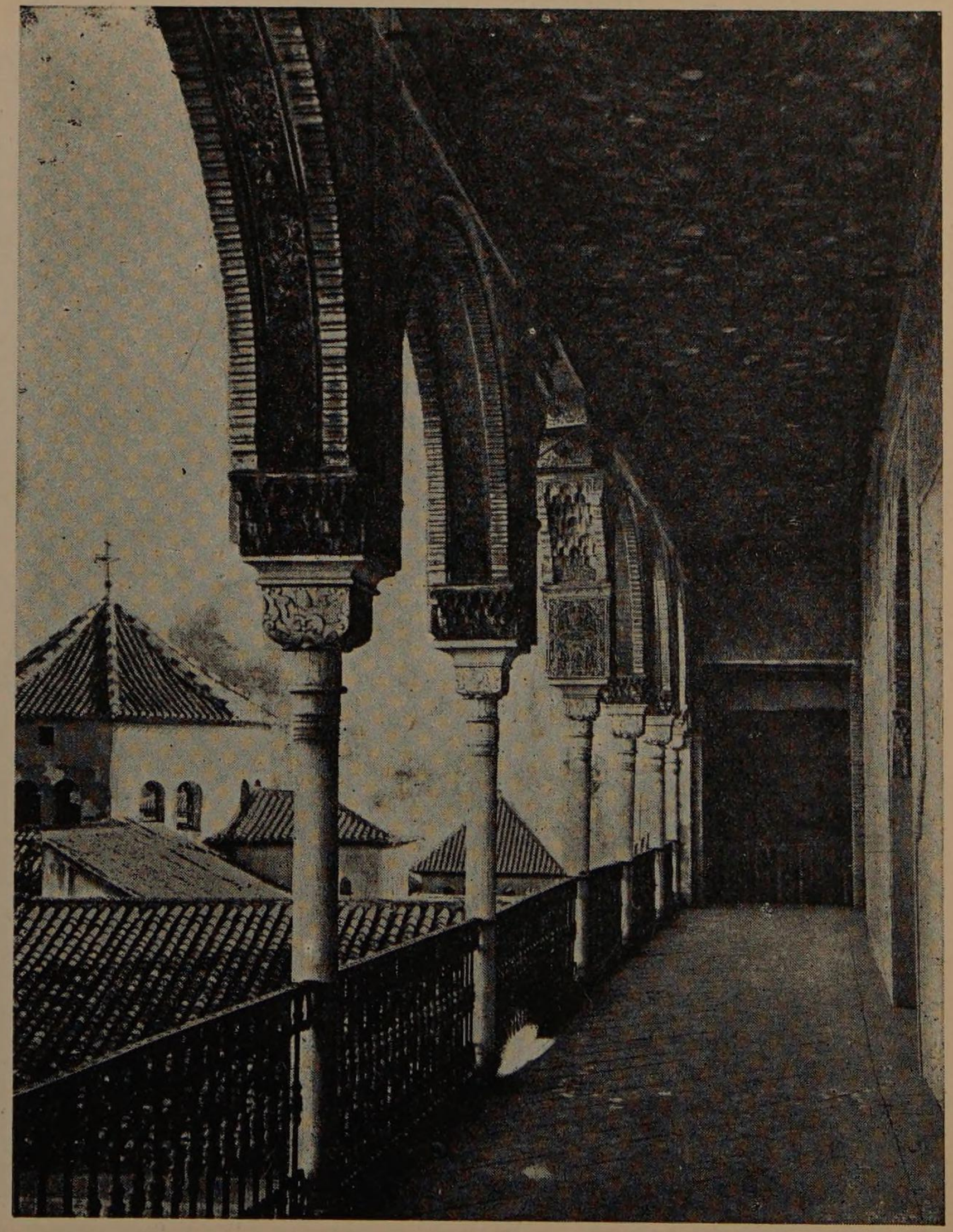


Granada. Puerta interior de la Torre de la Justicia.



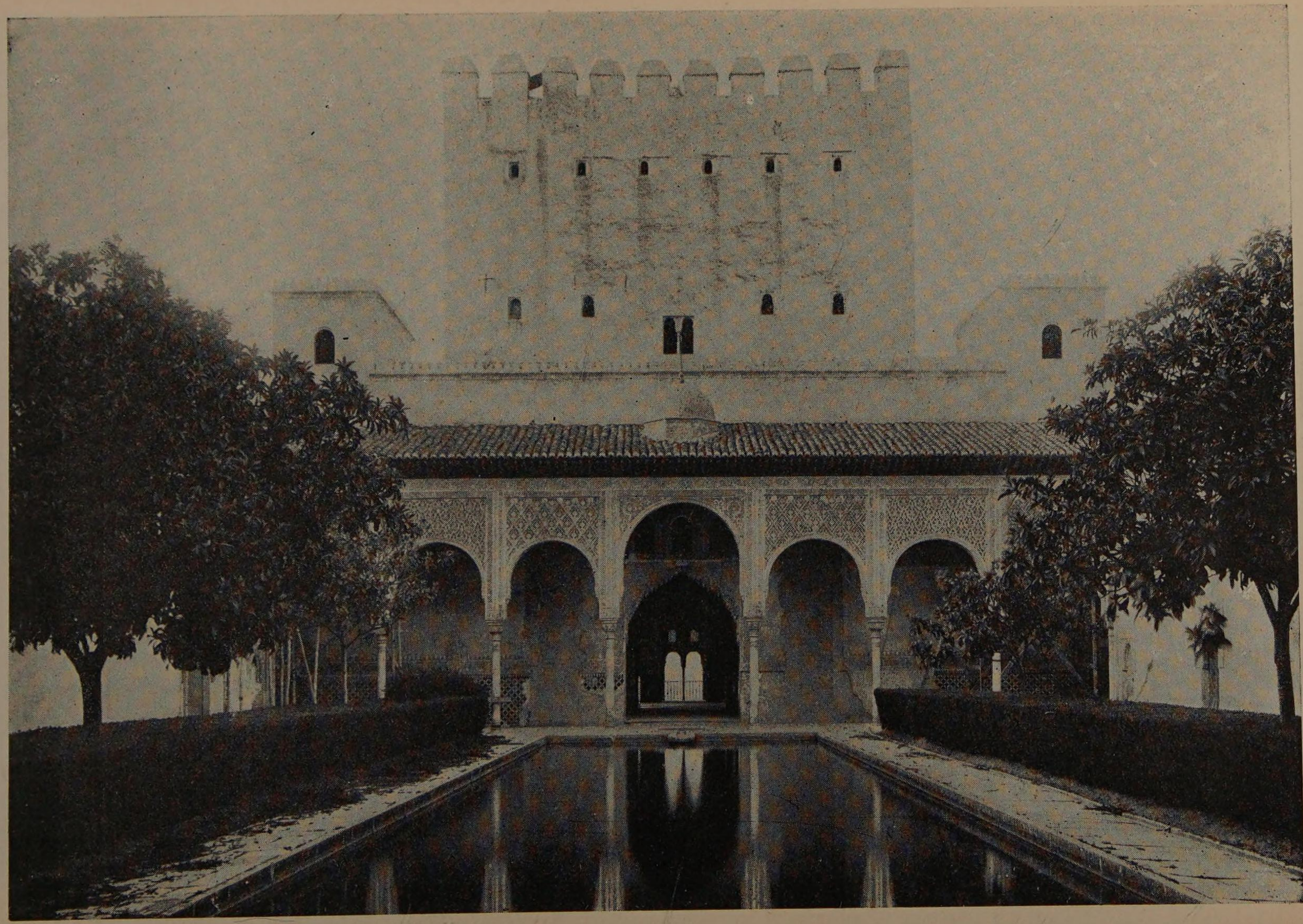
Granada. Puerta del Vino por la parte de Poniente.

Granada. Alhambra. Jardín de Lindaraja.

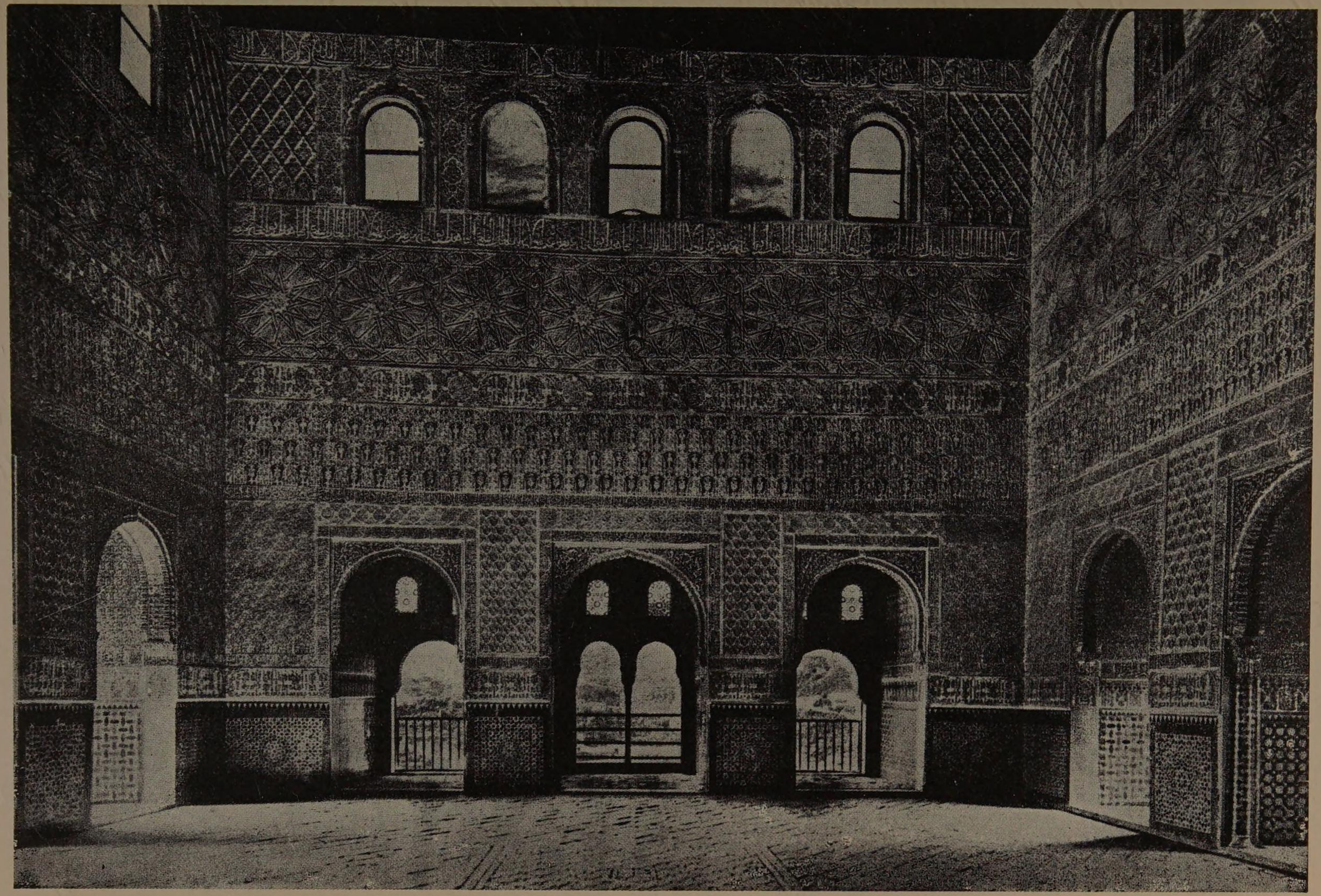


Granada. Alhambra. Mirador de la Reina.

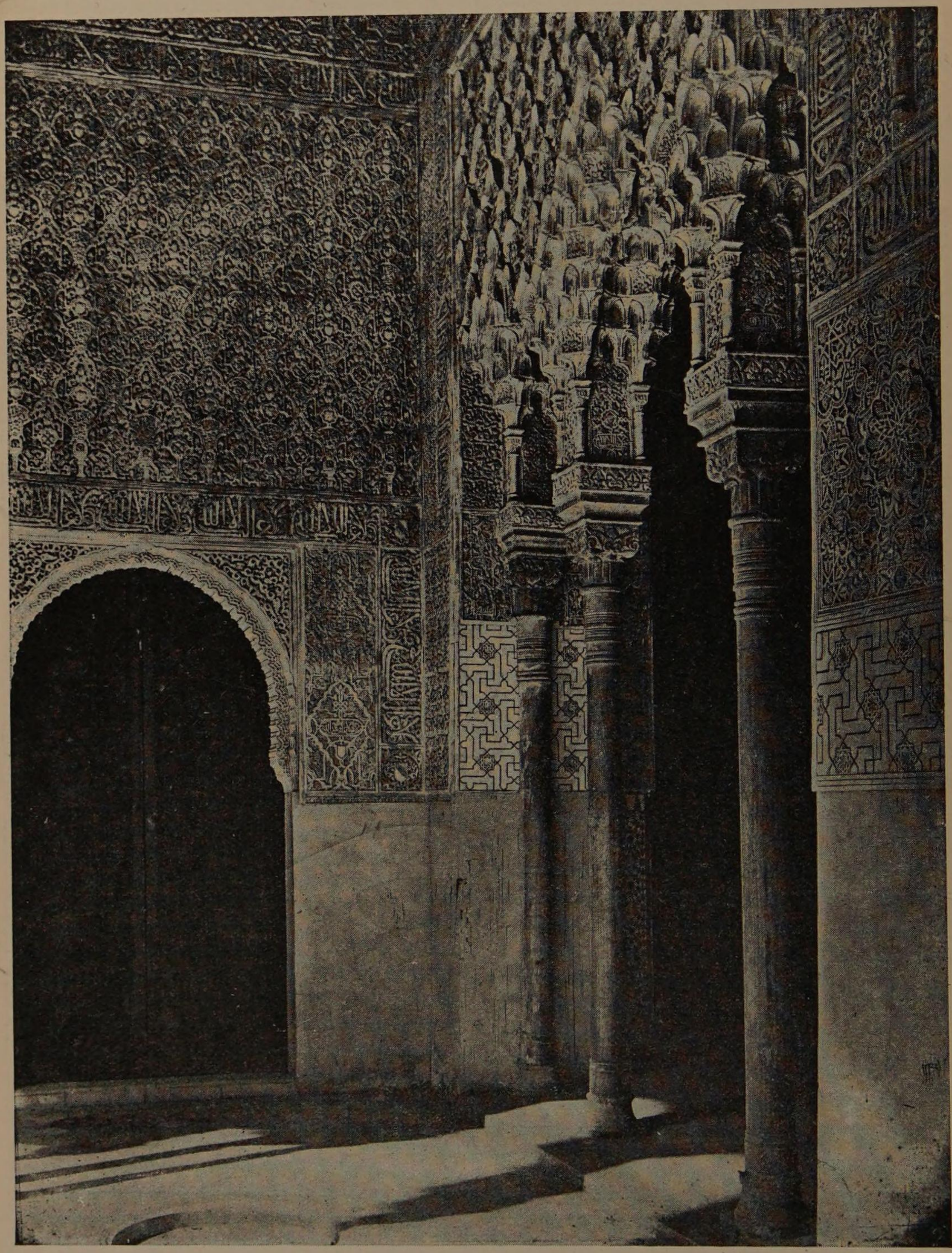
Granada. Alhambra. Puerta del Patio de Machuca.



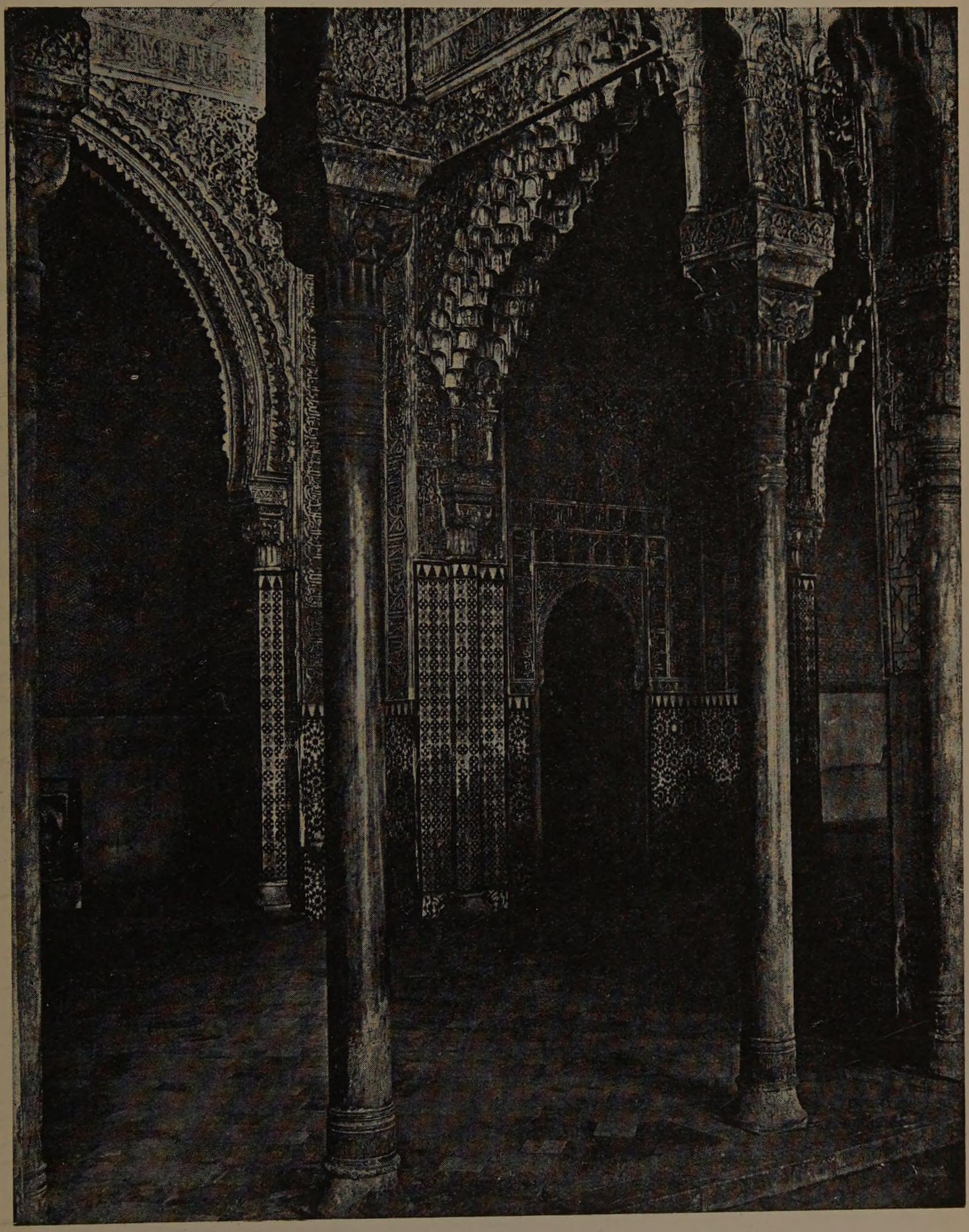
Granada. Alhambra. Patio de los Arrayanes y Torre de Comares.



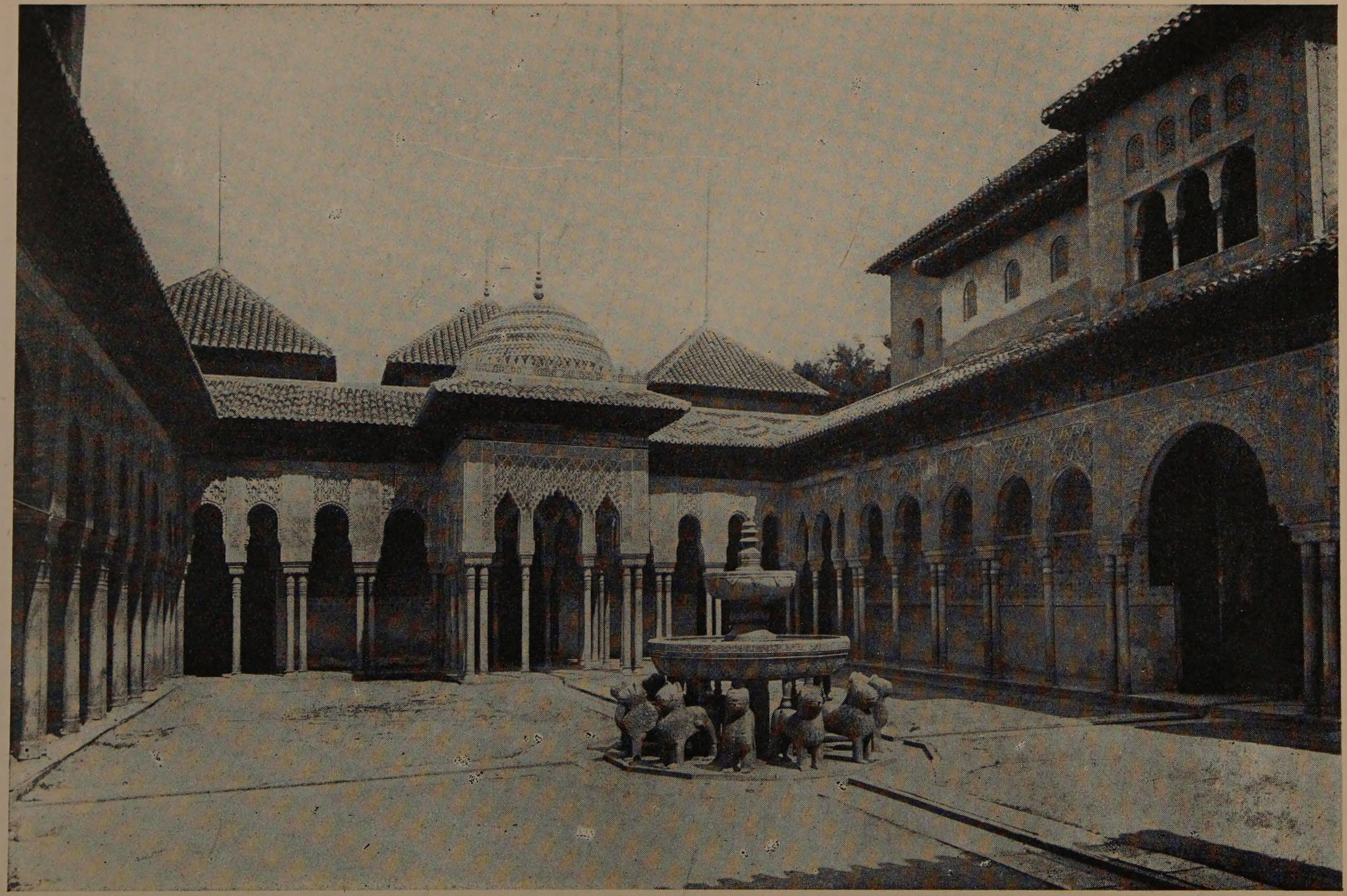
Granada. Alhambra. Salón de Comares o Embajadores.



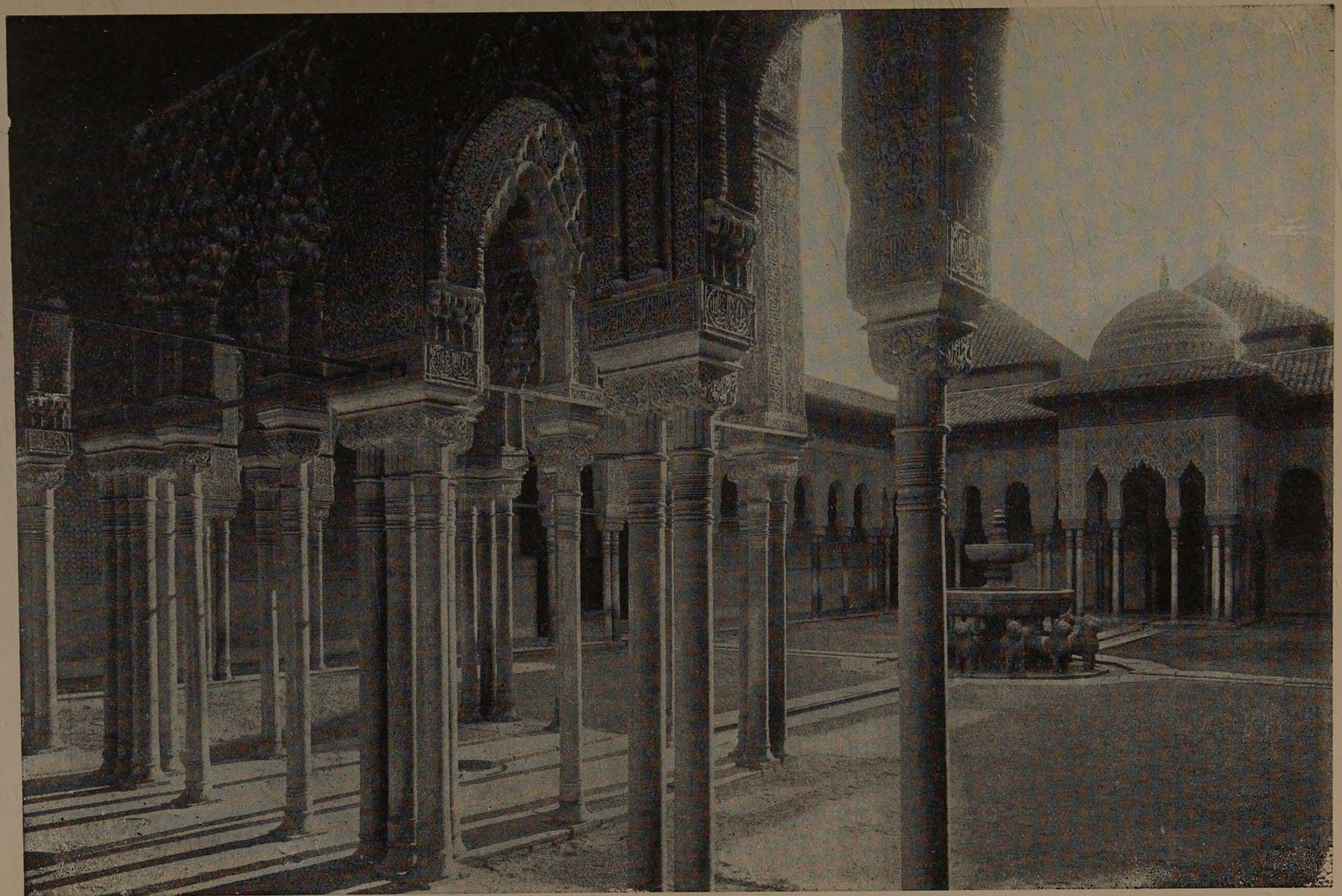
Granada. Alhambra. Entrada a la Sala de la Justicia.



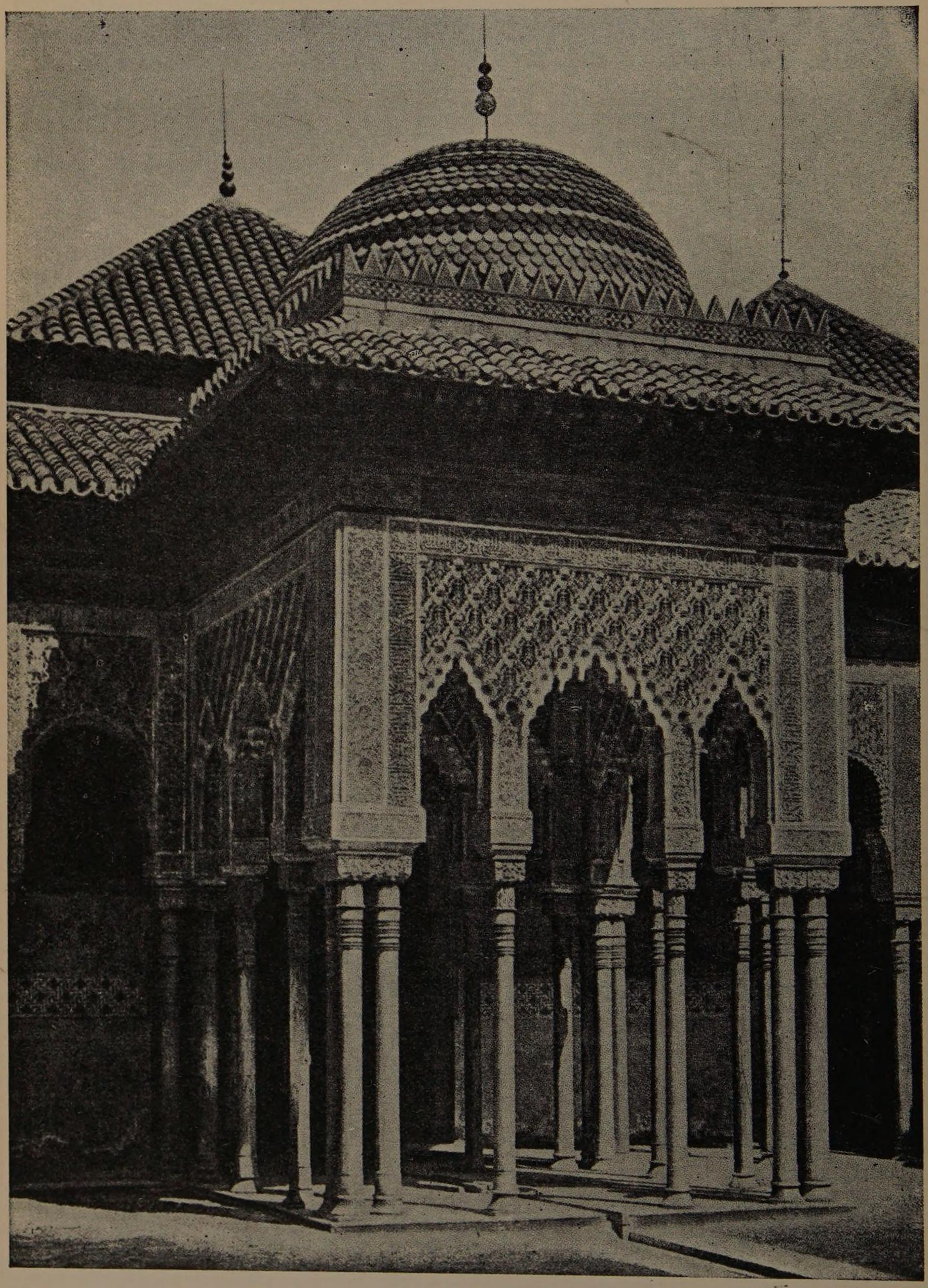
Granada. Alhambra. Sala de la Justicia desde la galería.



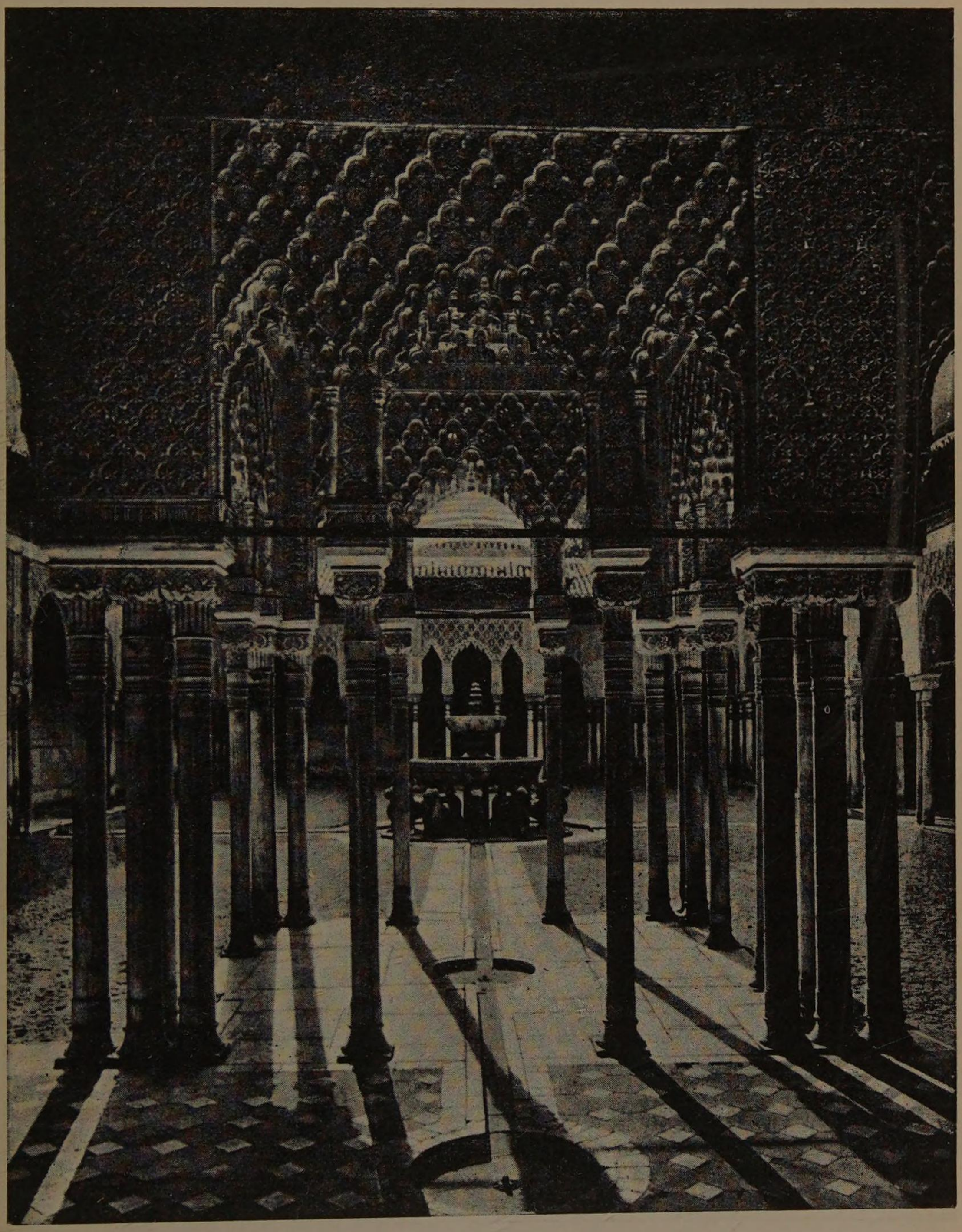
Granada. Alhambra. Vista general del Patio de los Leones.



Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde Poniente.

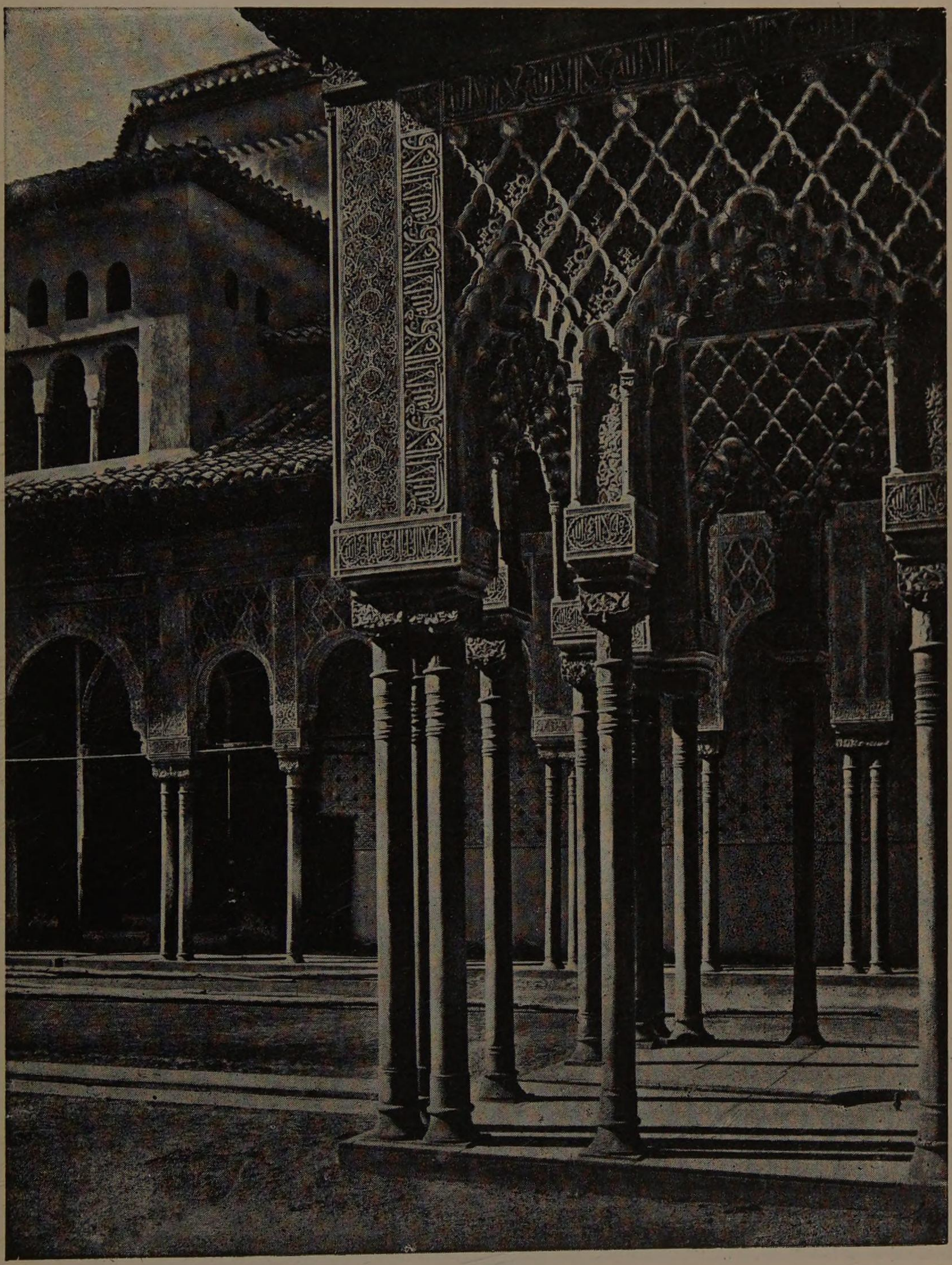


Granada. Alhambra. Pabellón del Patio de los Leones.

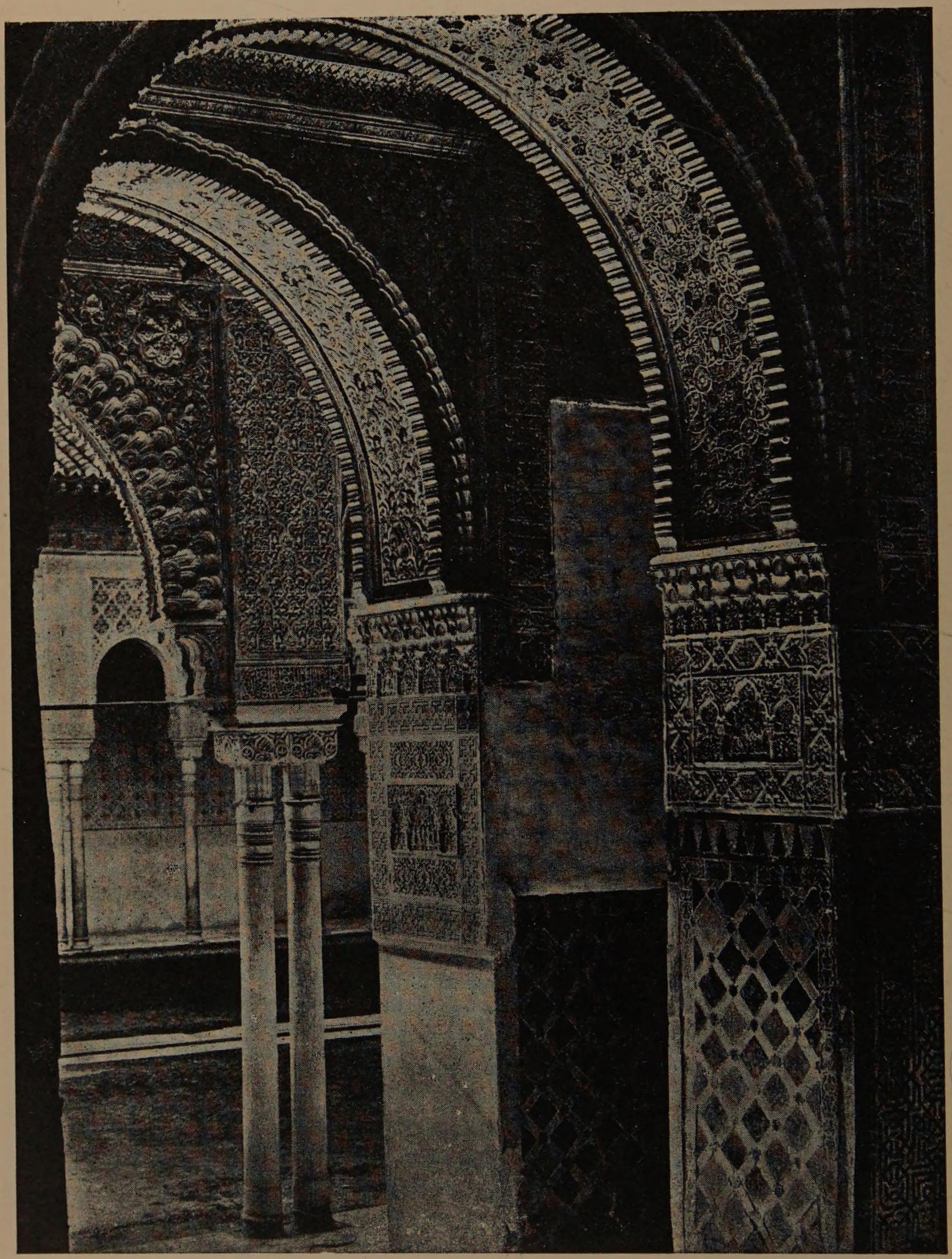


Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde el peristilo.

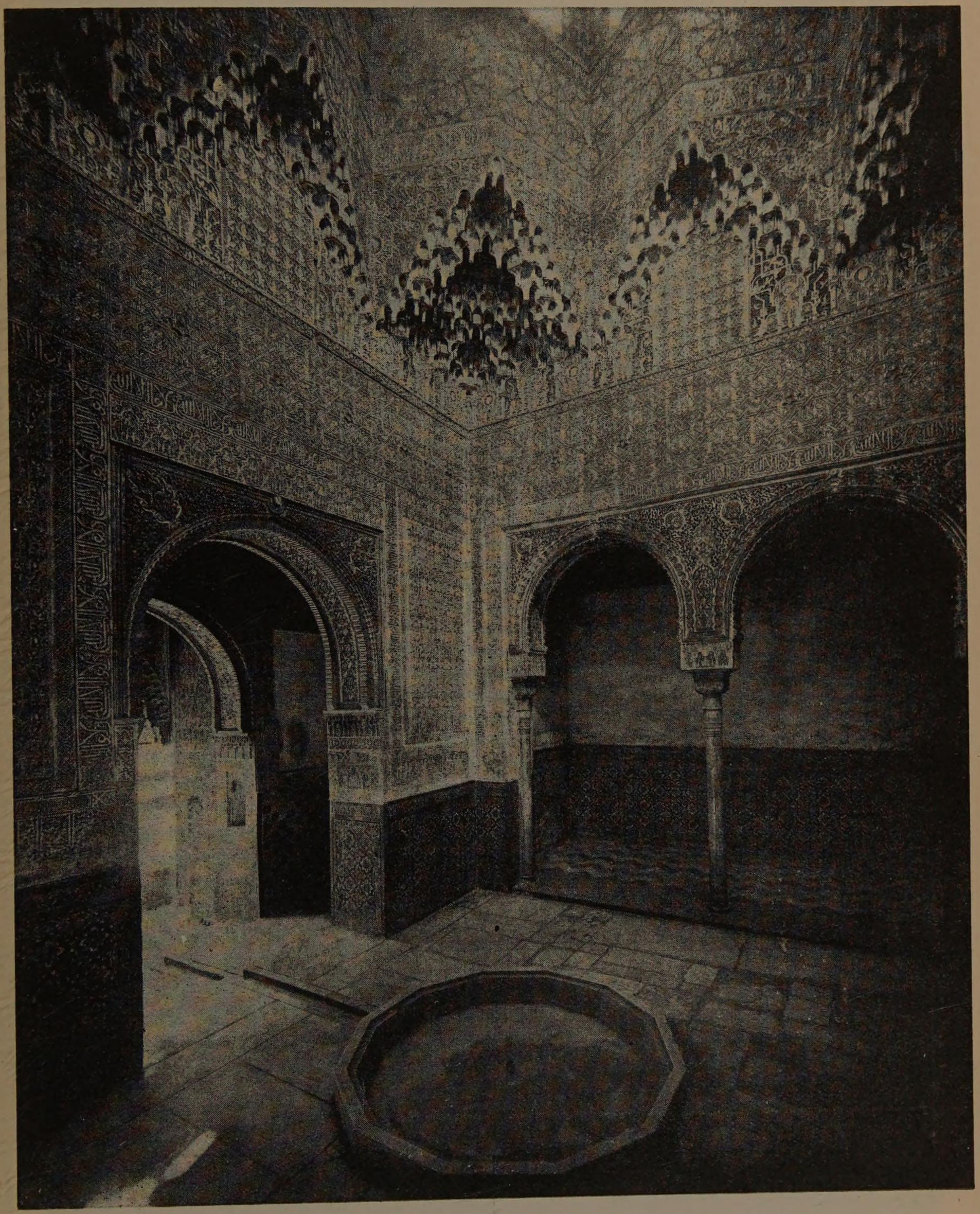
Granada. Alhambra. Galería lateral del Patio de los Leones.



Granada. Alhambra. Puerta de la Sala de las Dos Hermanas.



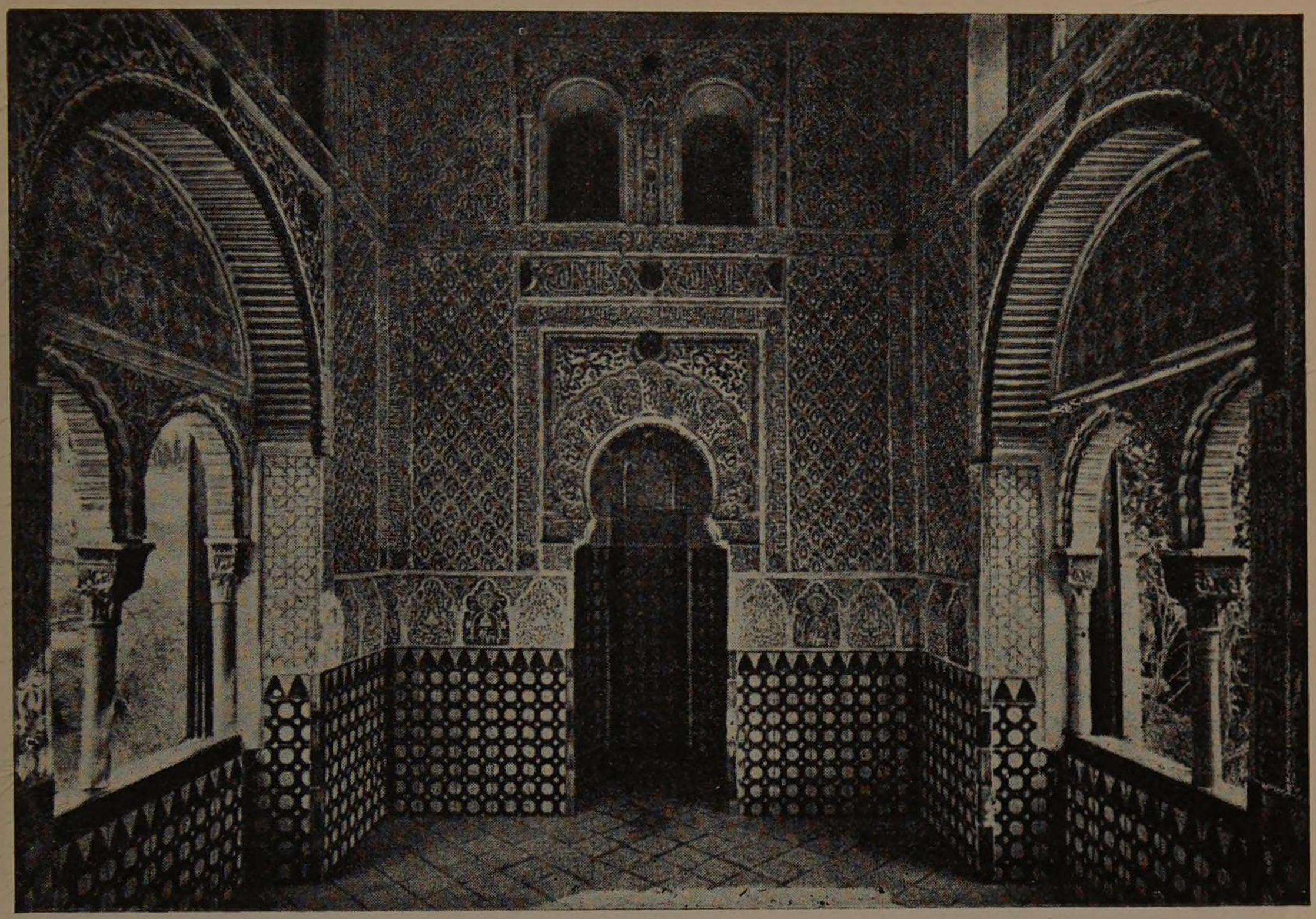
Granada. Alhambra. Interior de la puerta de las Dos Hermanas.



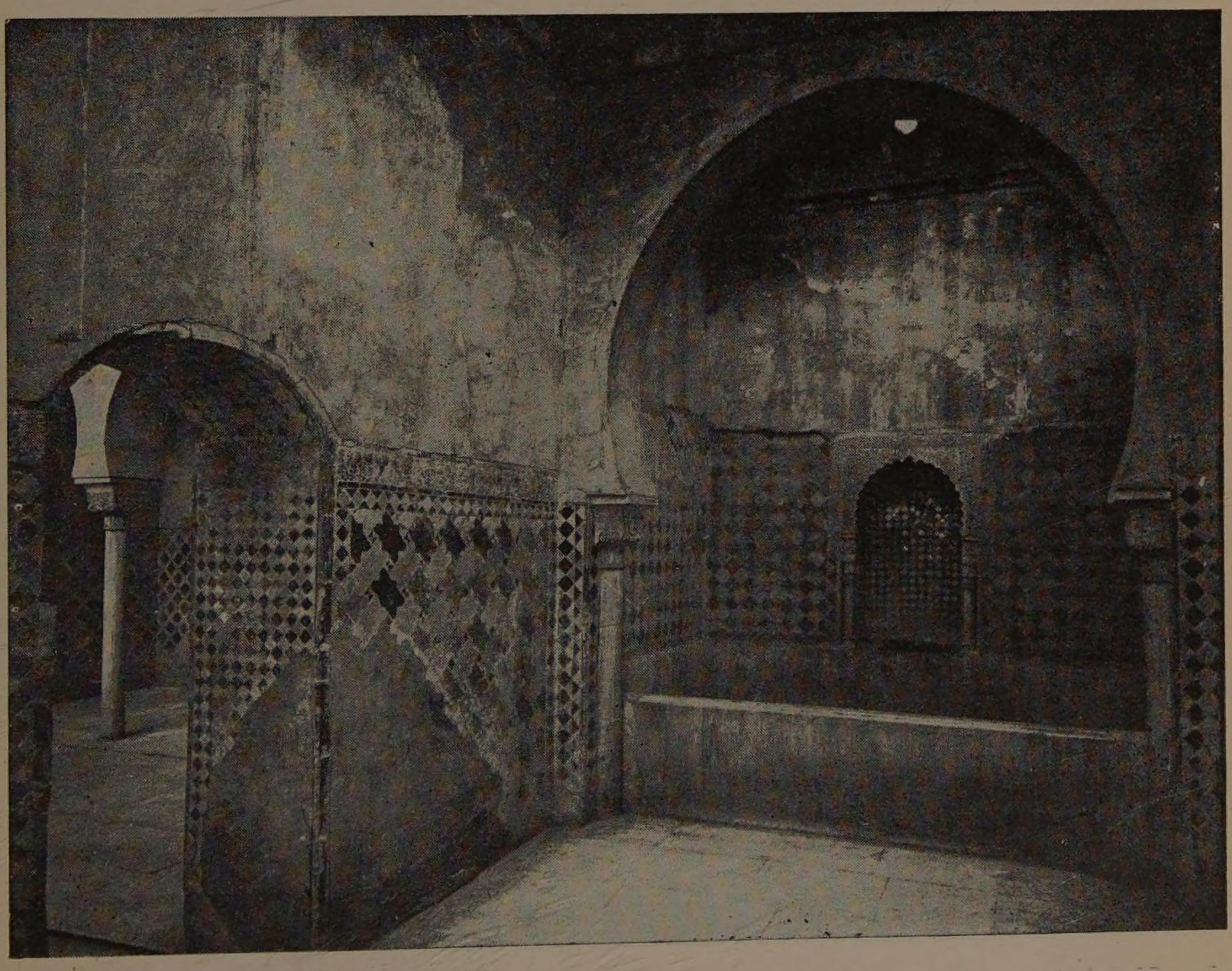
Granada. Alhambra. Sala de los Abencerrajes.

Granada. Alhambra. Sala de las Dos Hermanas desde el Mirador.

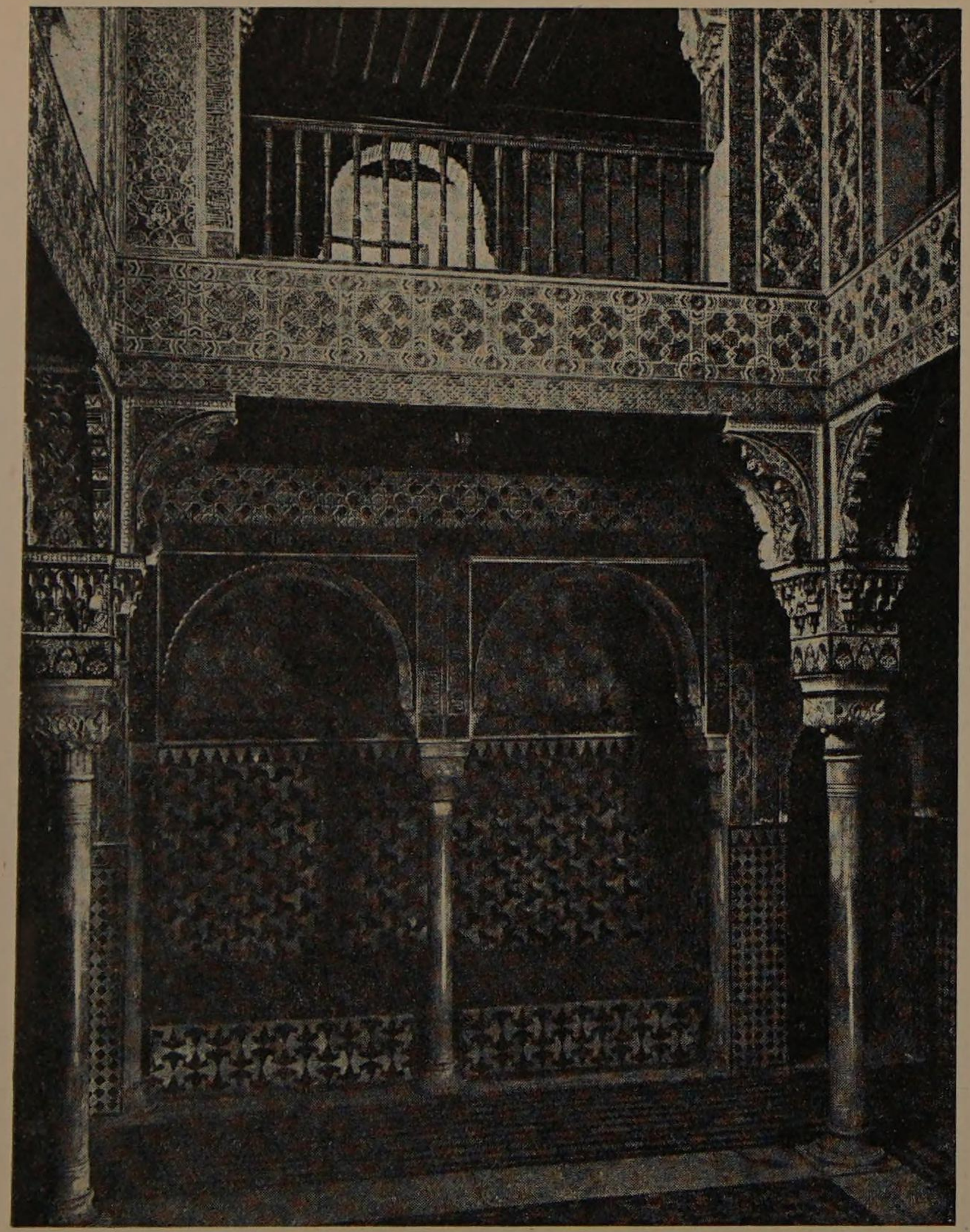
Granada. Alhambra. Mirador de Lindaraja.



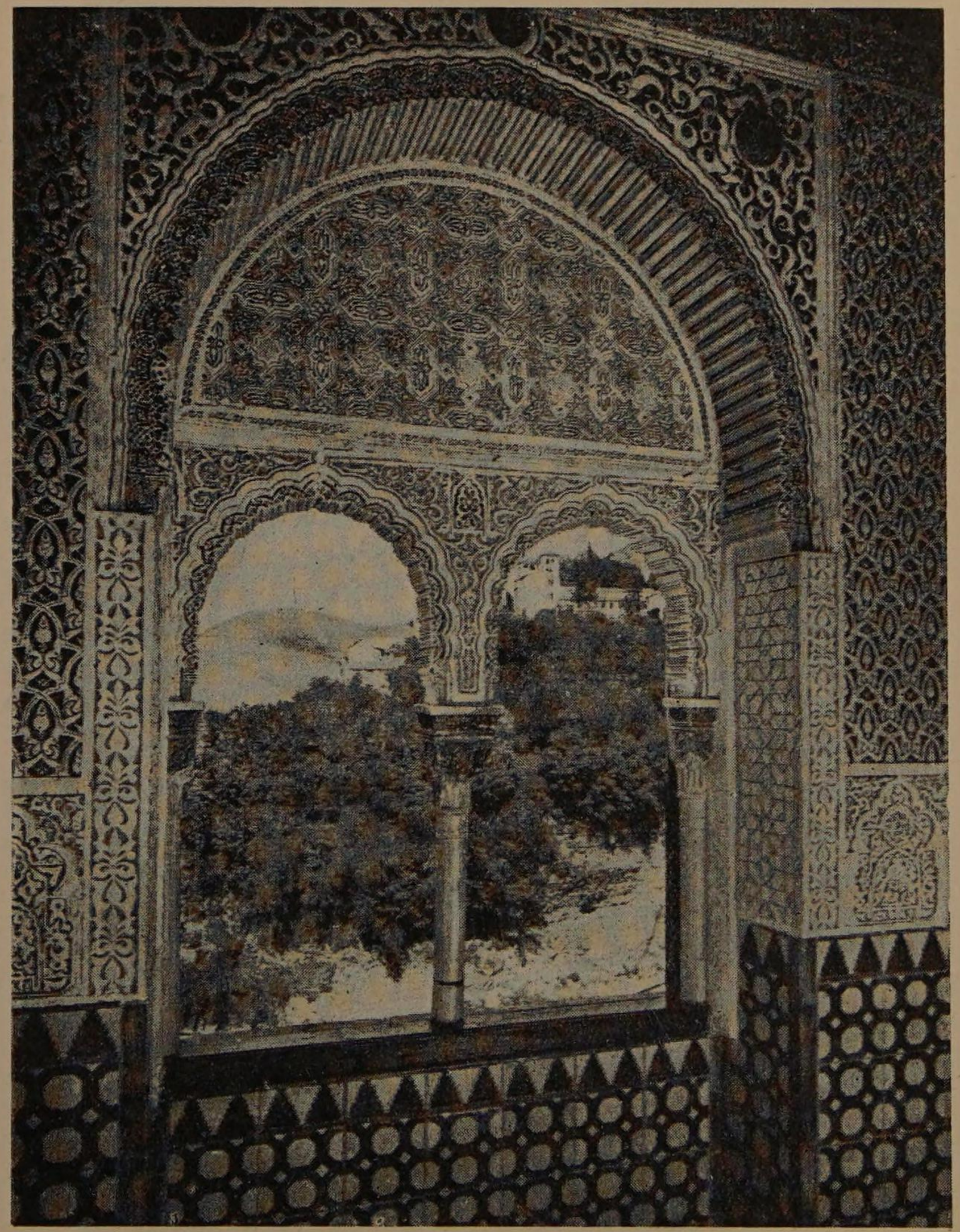
Granada. Alhambra. Interior del Oratorio.



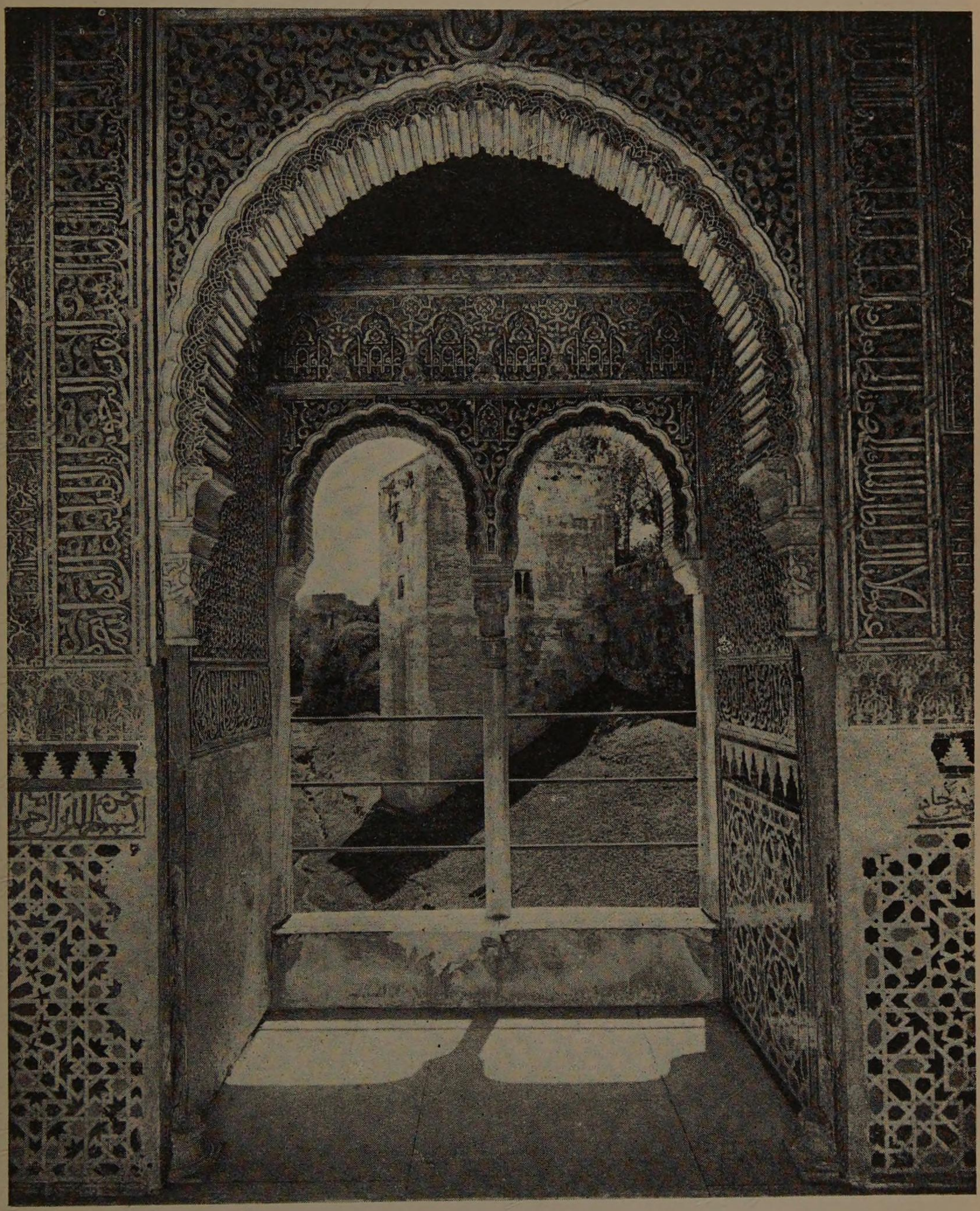
Granada. Alhambra. Baños del Sultán.



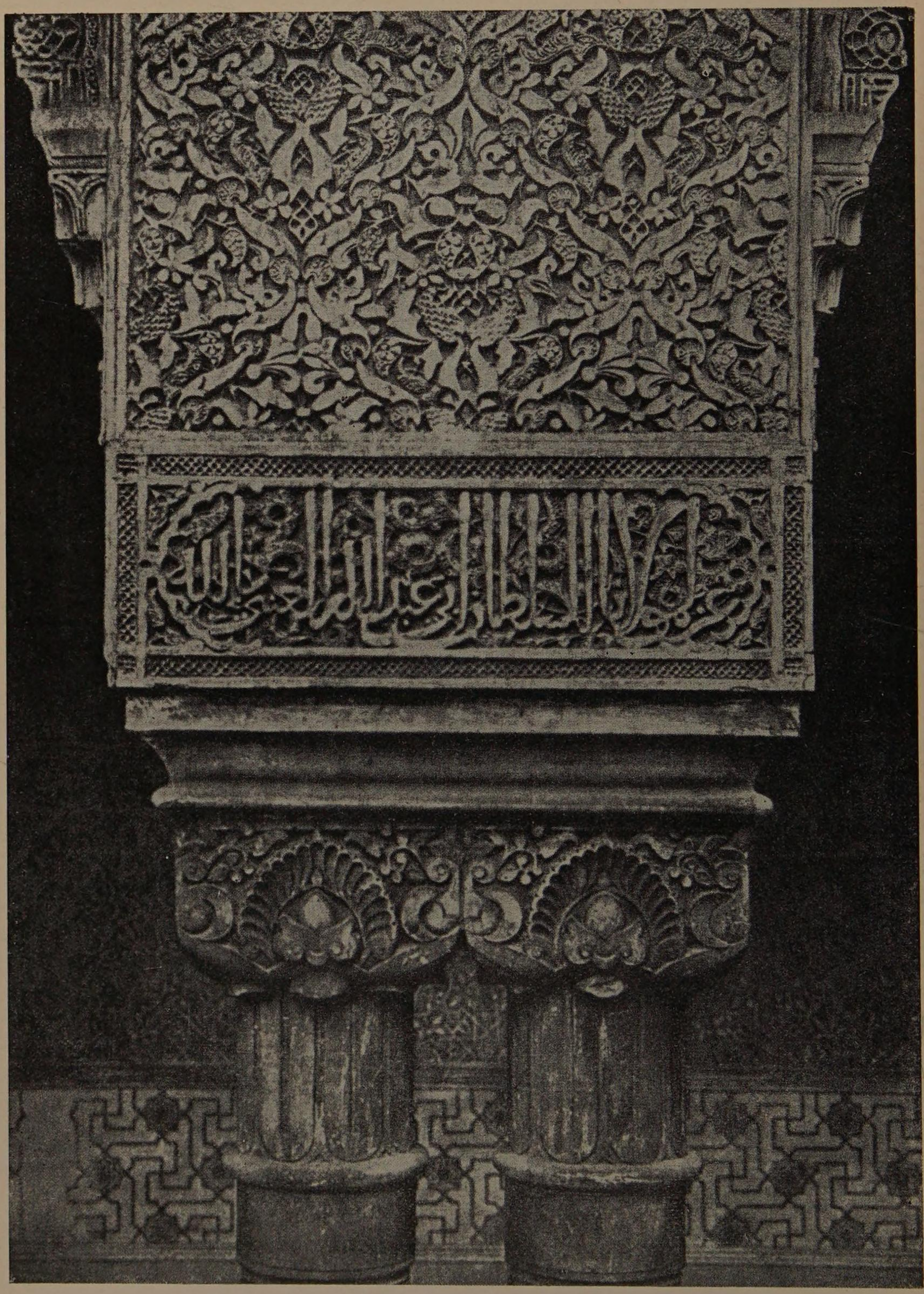
Granada. Alhambra. Sala de los Divanes.



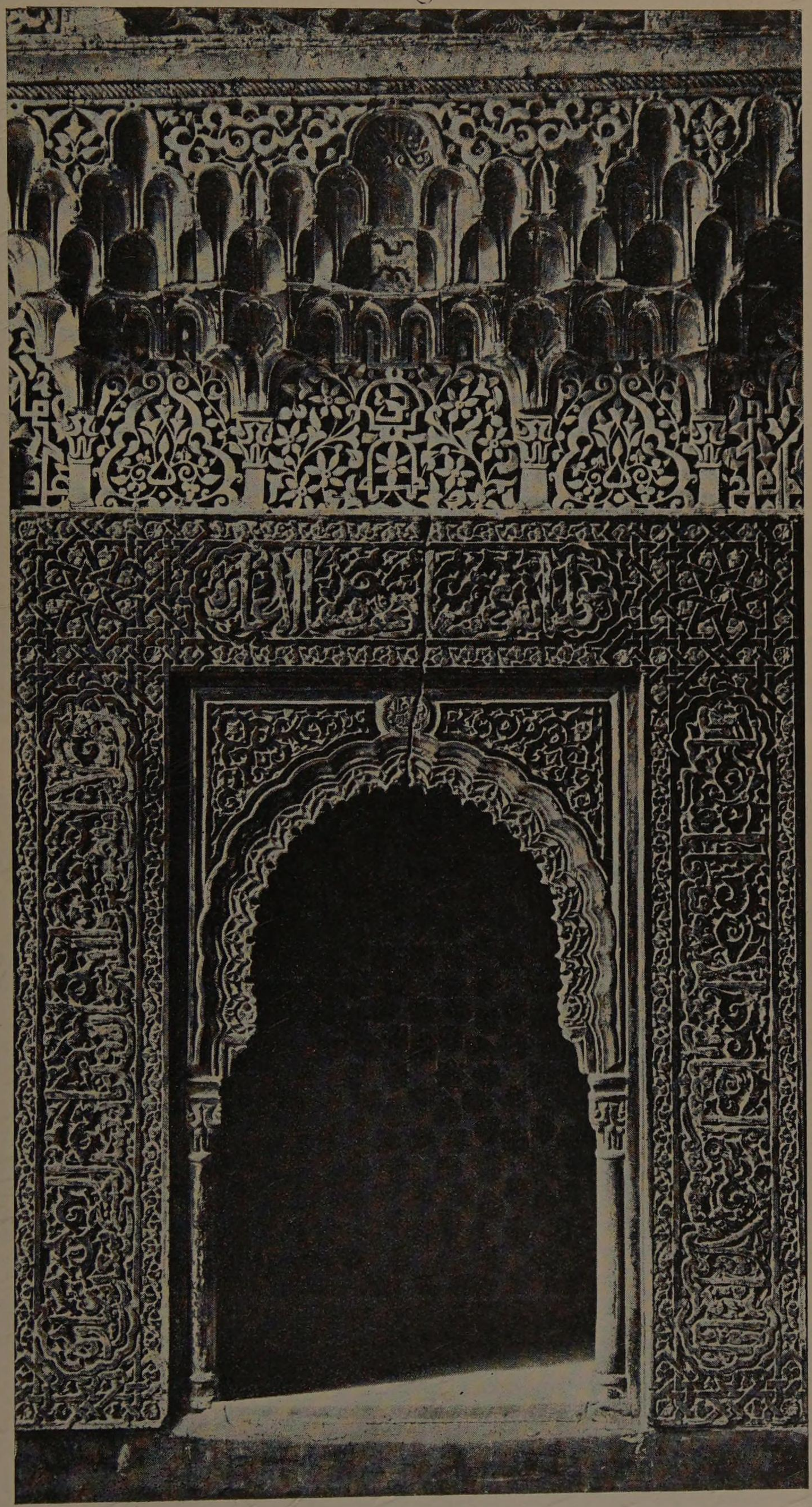
Granada Alhambra. Ajimez de la Mezquita.



Granada. Alhambra. Ajimez de la Torre de la Cautiva.

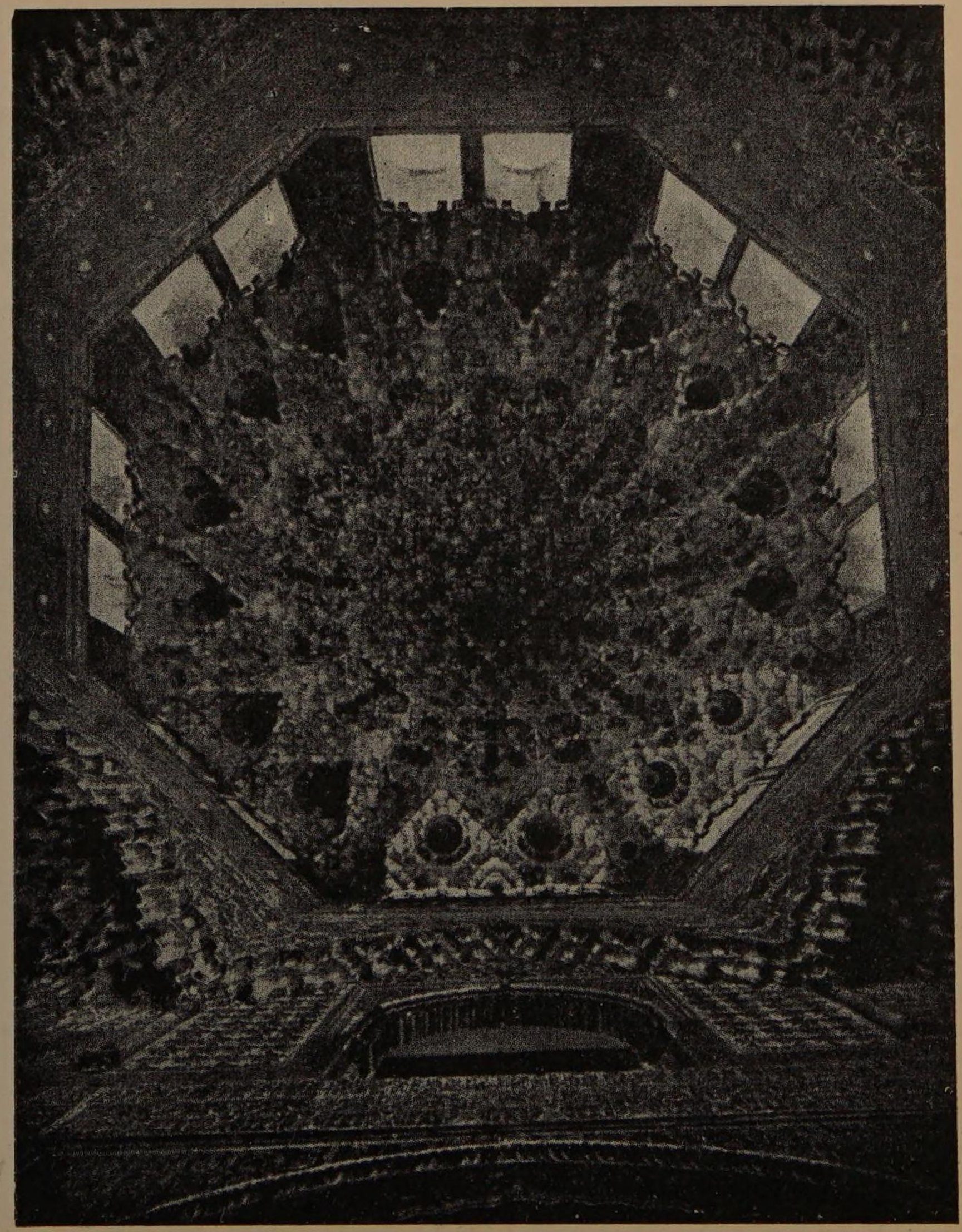


Granada. Alhambra. Capitel del Patio de los Leones.

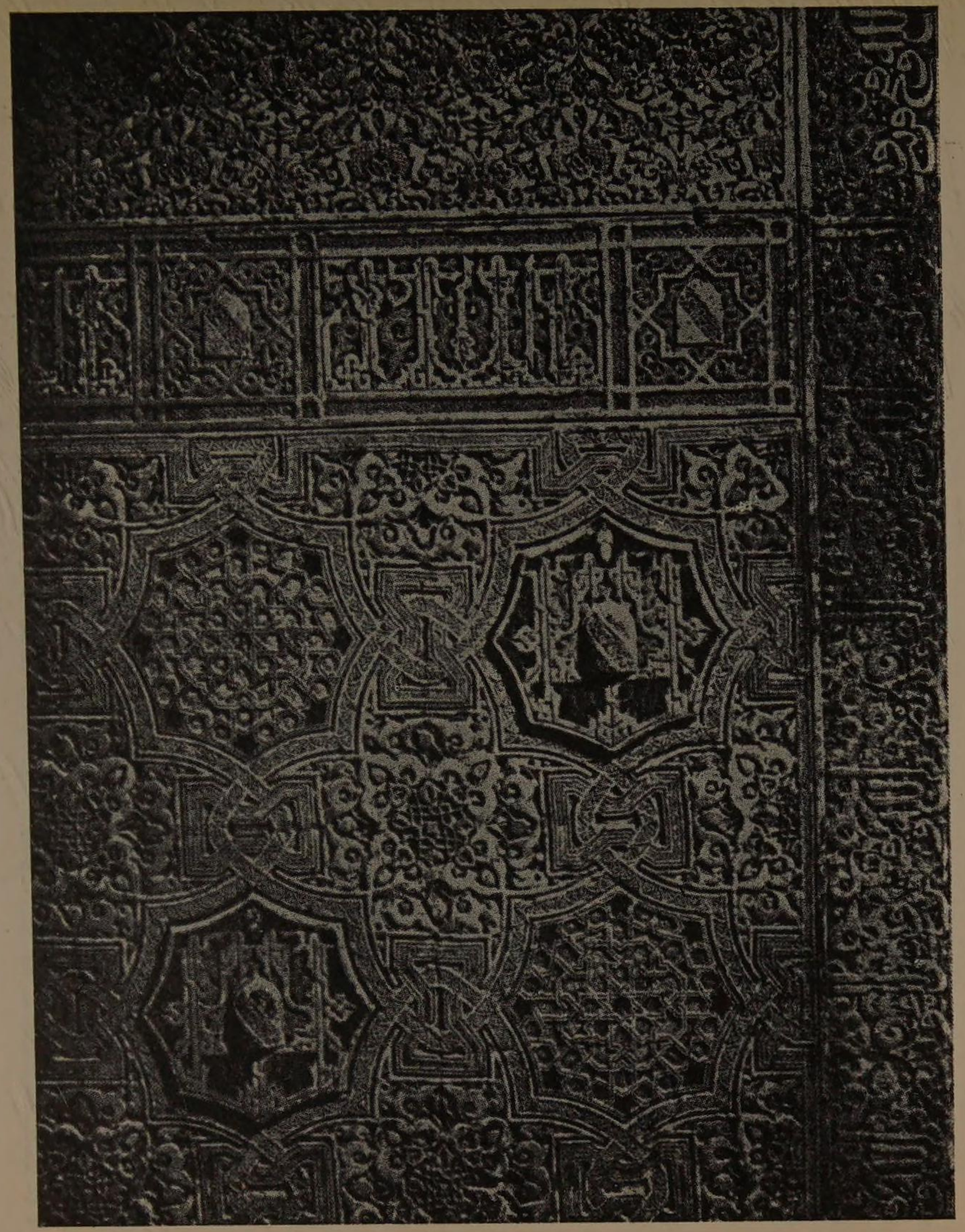


Granada. Alhambra. Babuchero de la Sala de la Barca.

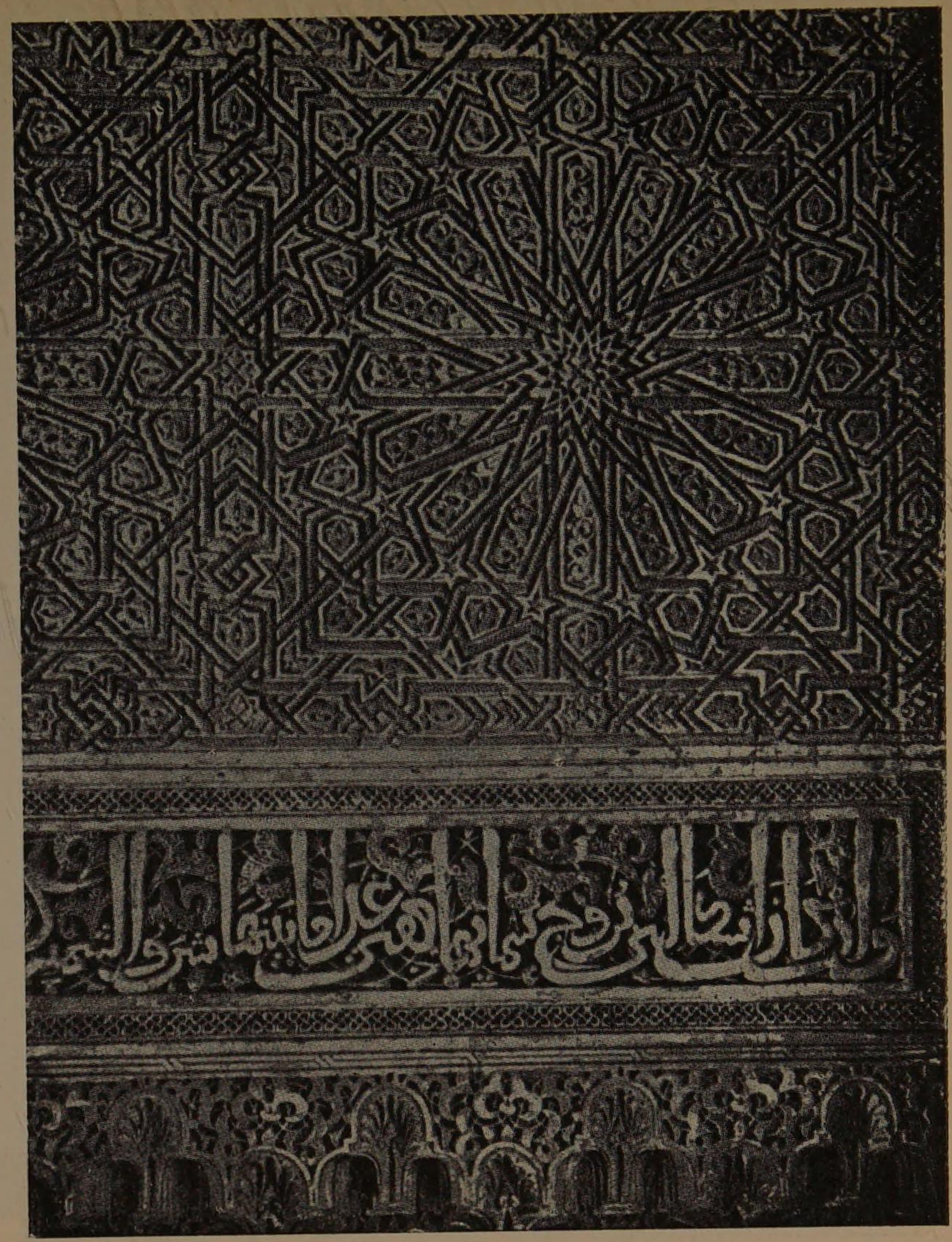
Granada. Alhambra. Alicatado del Salón de Comares.



Granada. Alhambra. Cúpula de la Sala de las Dos Hermanas.

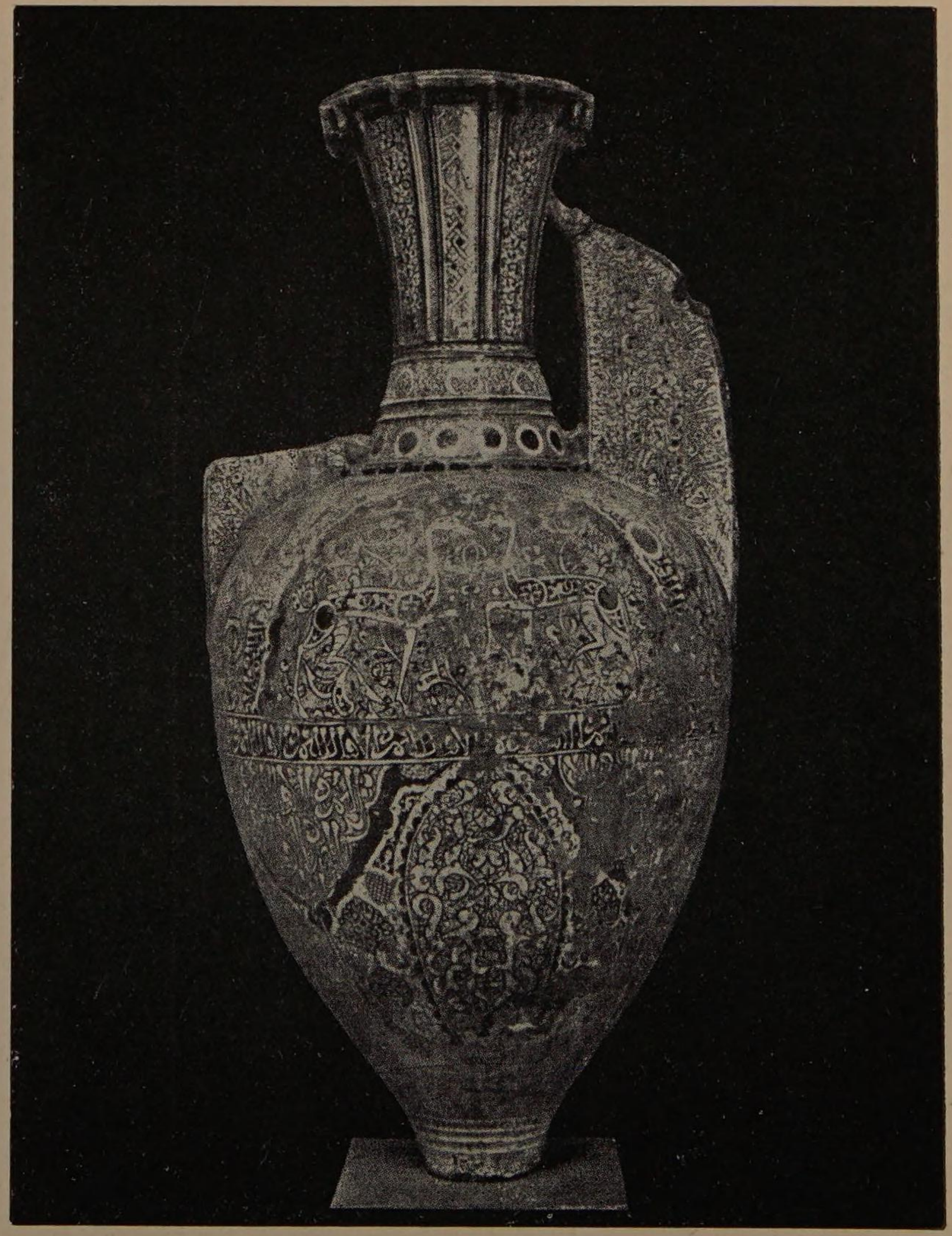


Granada. Alhambra. Yesería del Salón de la Barca.

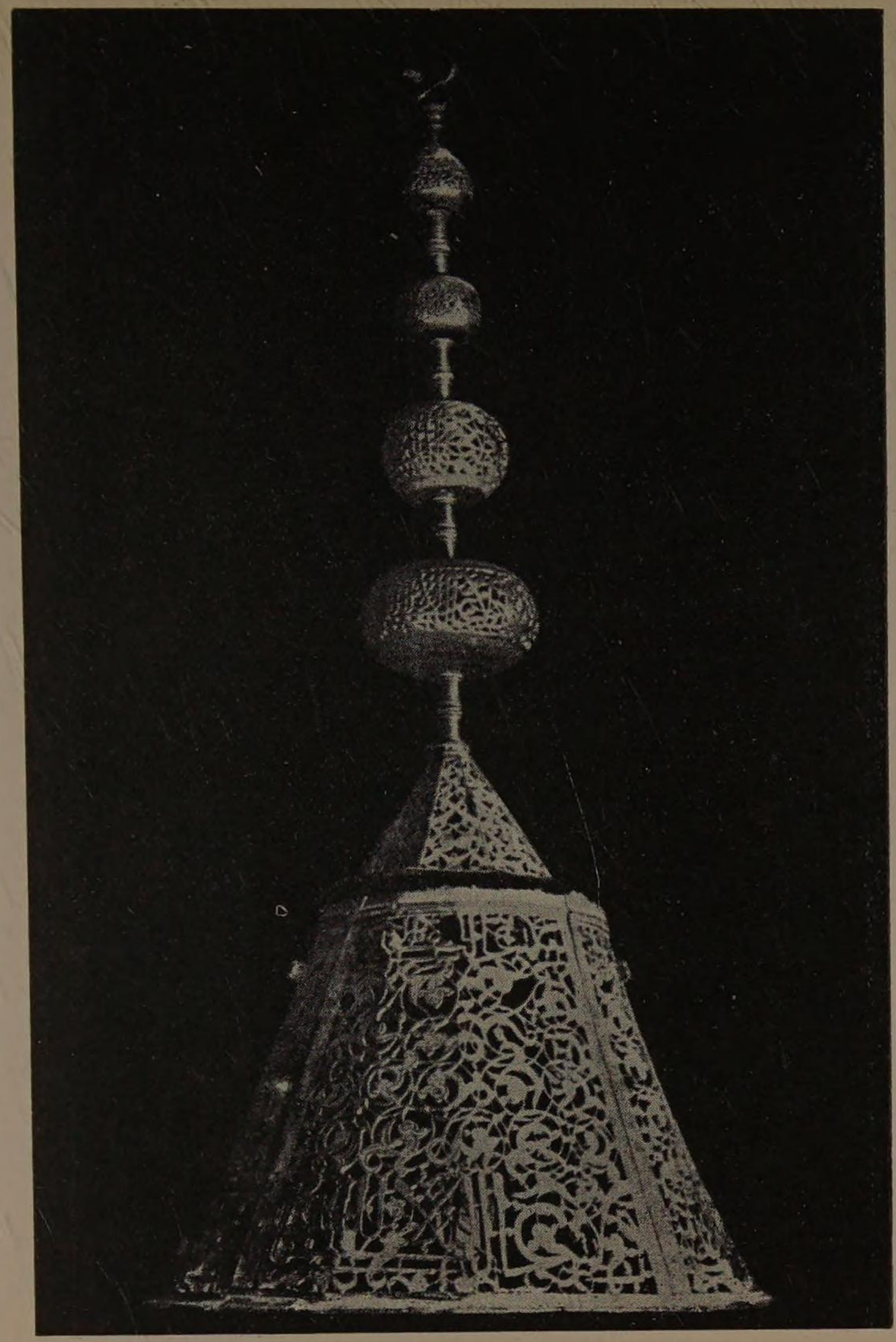


Granada. Alhambra. Decoración del Salón de Comares.

Jarrón de la Alhambra. Reverso.

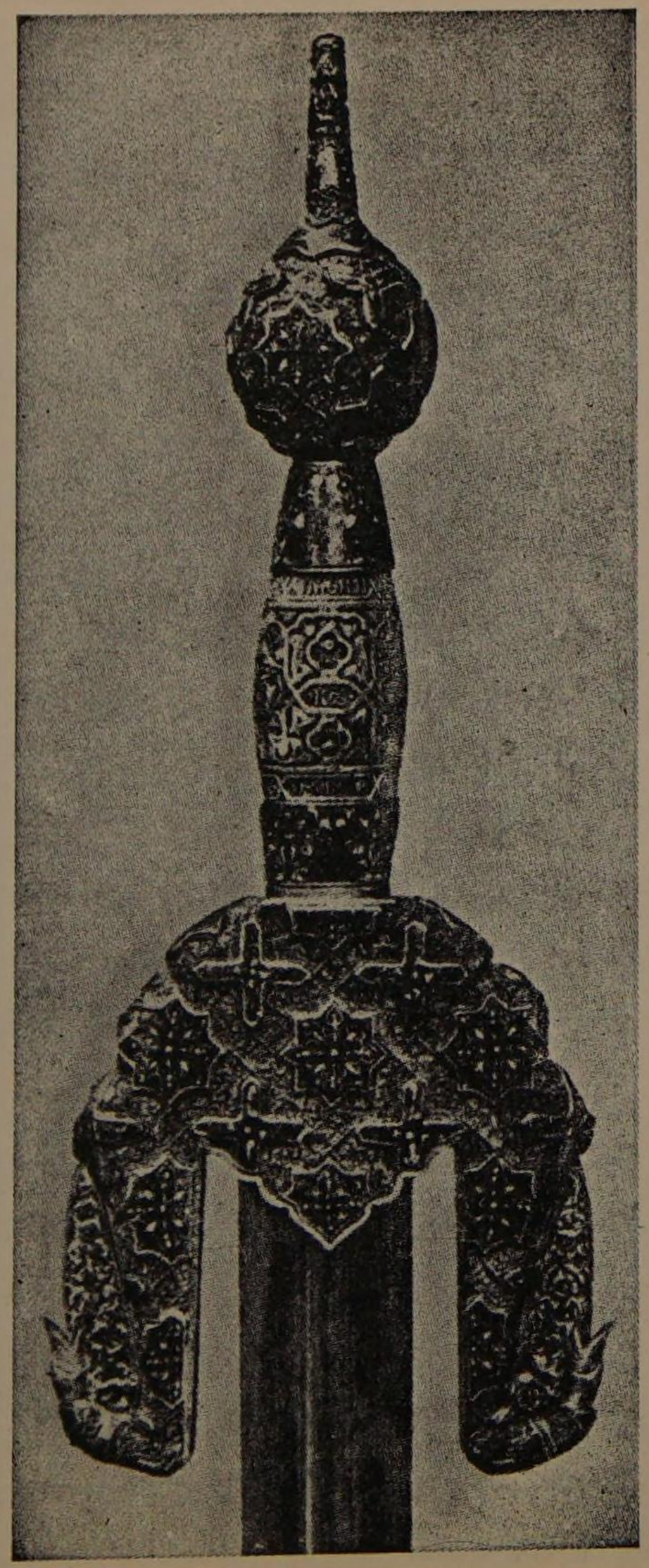


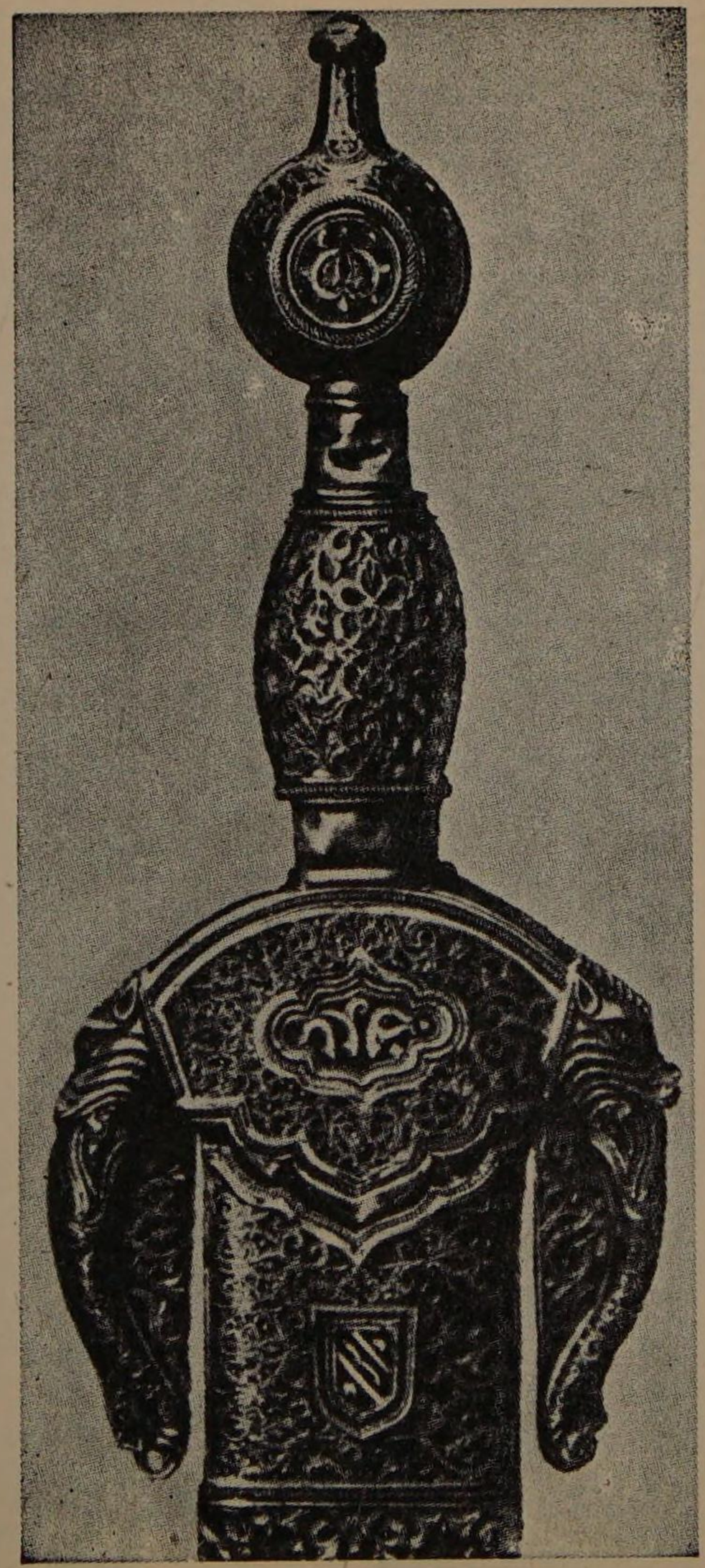
Jarrón de la Alhambra. Frente.

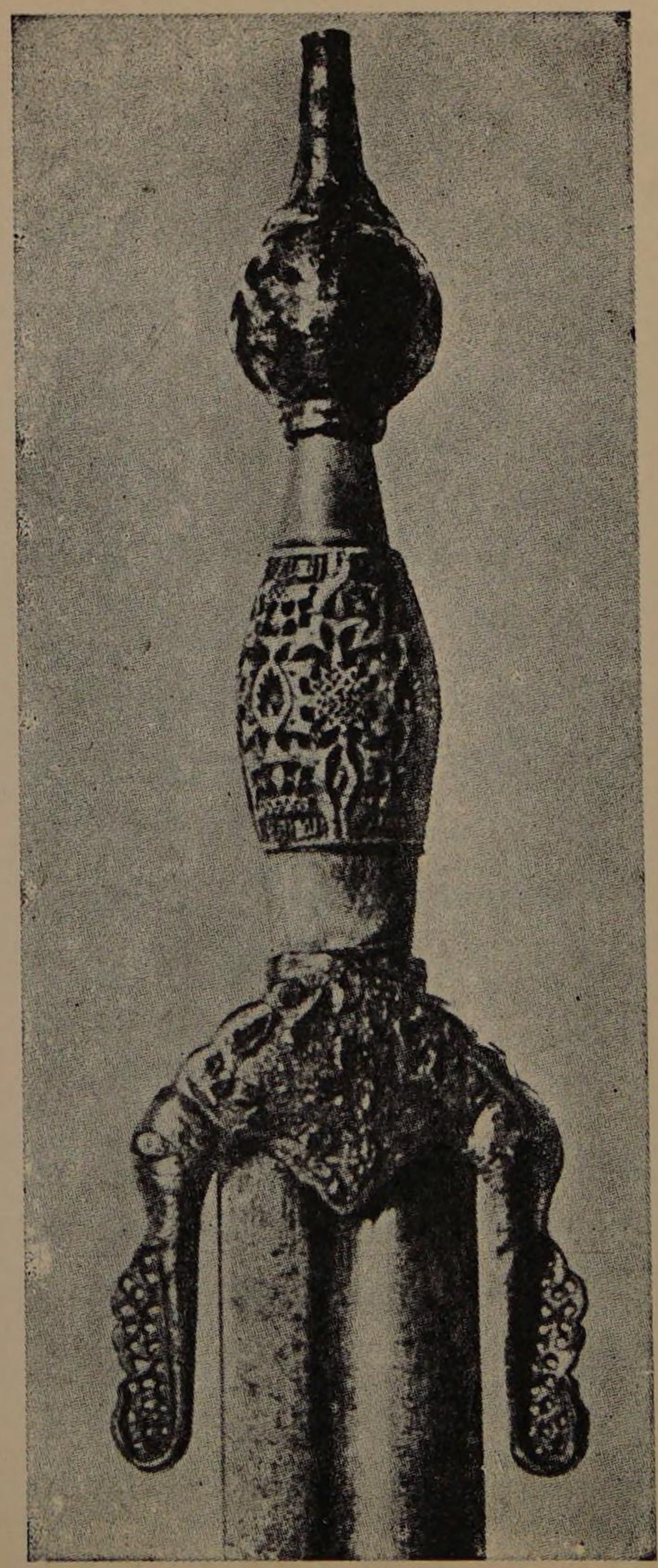


Lámpara de la Mezquita de la Alhambra.

León procedente de la Zeca; hoy en la Alhambra.







Espadas granadinas con empuñaduras de marfil.

Al fin de este mes (Chumada II) [febrero 1466] regresé de Granada a Málaga, ya algo curado de la herida recibida; el sumo Alá me sanó luego de haber estado a las puertas de la muerte; ¡alabado sea Alá por su indulgencia!...

El 1º Rachab [17 febrero 1466] nos embarcamos de regreso a Orán, adonde llegamos el 4 Rachab.

Del *Rawd al-basim fi hawadit* de ABD AL-BASIT BEN JALIL BEN XAHIN (Según versión italiana de Levi Della Vita: Al-Ándalus, I, 1933, 315).

. . . . . .

## LA ÚLTIMA PAZ ENTRE CASTILLA Y GRANADA

*De tanto en tanto se interrumpía la guerra fronteriza y reinaba la paz entre moros y cristianos: cuando el rey de Granada solicitaba treguas del rey de Castilla y se comprometía a pagarle parias y cuando interesaba al monarca castellano evitar problemas con el granadino para poder concentrar su atención en cuestiones nacionales de mayor urgencia. Eso ocurrió en 1478. Los Reyes Católicos tenían demasiadas preocupaciones en sus estados —todavía seguían luchando con Alfonso V de Portugal; el tratado de Alcaçovas se firmó el 4 de septiembre de 1479— para desear vivir en paz con los moros. La tregua de que se da aquí noticia fue la última firmada entre Castilla y Granada.*

"Manifiesta cosa sea a los que la presente vieren, que nos Iohan Pérez de Valençuela e Fernando de Aranda, veynte e quatros de la çibdad de Córdoua, mensageros enbiados por el magnífico señor conde de Cabra, en nombre e con los poderes de los muy altos esclareçidos Rey e Reyna don Fernando e doña Ysabel, Reyes de Castilla e de León, nuestros señores, a vos el muy alto señor rey de Granada Muley Abulhaçén otorgamos e conosçemos que por quanto en las paces pasadas fasta aquí que fueron fechas entre los altos Reyes dichos nuestros señores, mediante el dicho señor conde de Cabra, e así en las pazes que fueron asentadas e continuadas con vos el dicho alto rey de Granada por mí el dicho Fernando de Aranda e Pedro de Barrionuevo, fueron acaesçidos e fechos dapños por mar e por tierra de anbas las partes, entrel regno de Castilla e el regno de Granada, conuiene saber en los dapños que fueron fechos por el regno de Granada al regno de Castilla durante las dichas dos pazes, así de muertos e presos, quemas, robos e tomas e quemas; e otrosí los dapños fechos por el regno de Castilla al dicho regno de Granada, por mar e por tierra, en las dos pazes, e así mesmo los dapños acaesçidos de antes al dicho regno de Granada, fechos por el adelantado de Murçia Pedro Fajardo e el regno de Murçia, quedamos acordados e conçertados nos los sobredichos enbaxadores Iohan Pérez de Valençuela e Fernando de Aranda con vos el muy poderoso señor rey de Granada que vuestra alteza mandará elegir vn cauallero de vuestro regno

para que se junte con otro cauallero de Castilla, qual al dicho señor conde de Cabra paresçerá señalar e poner, para que ellos anbos juntamente ayan de ver e entender e judgar en estos dichos dapños e los aberiguar por la vía e forma de la aberiguamiento de dapnos fechos de vna parte a otra e de la otra a la otra, segund la costumbre de las paces. Los quales caualleros se verán a do a ellos paresçiere, al tienpo que ellos concordaren, de oy de la fecha en dos meses primeros siguientes. E quellos luego se ayan de ver e concordar; e dende en seis meses después de bistos, determinen aquello que fallaren de agrauios de anbas las partes; e la sentençia que estos dichos juezes dieren e averiguaren, que los dichos altos Reyes de Castilla e vos el alto rey de Granada estaréis e pasaréis por ello, para lo mandar guardar e conplir. E en tanto que esto se así faze, que cada vno de los dichos caualleros juezes busquen en su regno los dapños e catiuos que se fallaren, bien e lealmente, que en estas dichas pazes se fallaren ser tomados, e que los farán restituir e boluer segund las costumbres e condiciones de las pazes antiguas, e sus cuentas e el averiguamiento dellas. E queda que los tales juezes sobredichos puedan prorrogar el tienpo entre sy, anbos juntos o por escriptura, segund vieren que cunple al bien de los fechos, para dar fin e conclusión en todo ello. E porque todo lo sobredicho se entienda benir en efecto e conplimiento, se fizieron dos escripturas, en cara vna aráuigo e castellano juntamente e de vn thenor; e en cada vna la firma e sello de vos el alto rey de Granada, e de los firmas e sellos de nuestras armas de nos los sobredichos enbaxadores Iohan Pérez de Valençuela e Fernando de Aranda; de las quales dos escripturas lleuamos nos la vna en nuestro poder e queda la otra en poder de vos el dicho señor rey de Granada. Ffecha en la noble çibdad de Granada, a diez e siete días del mes de enero, año de mill e quatroçientos e setenta e ocho años. — Juan Pérez. — Fernando de Aranda (Dos sellos de placa)".

Juan de M. Carriazo: *Las treguas con Granada de 1475 y 1478* (En *Al-Ándalus*, XIX, 2).

## ¡AY DE MI ALHAMA!

### COMIENZA LA AGONÍA DE LA ESPAÑA MORA

*Un incidente fronterizo de los que de vez en vez trababan a moros y cristianos, quebró la paz con Granada en 1481. El reino granadino había pagado de ordinario parias a Castilla. Hasta el débil Enrique IV, el impotente, las había cobrado. Pero en la Navidad del año mencionado, los moros tomaron Zahara por asalto y el marqués de Cádiz respondió al ataque apoderándose de Alhama, el último día del mes de febrero. Pero esta vez había llegado su hora postrera al Islam español y la doble acometida no fue una nueva batalla de la guerra de fronteras, que duraba ya más de dos siglos. Castilla y Aragón se habían unido. Fernando e Isabel iban poco a poco restaurando la paz interior de sus estados e imponiendo su autoridad soberana a los díscolos y anárquicos magnates de su reino. Para*

*sosegar a sus pueblos, distrayendo su atención de las querellas intestinas, la lucha con Granada les brindaba una ocasión óptima, y supieron aprovecharla. Se lanzaron a la aventura con entusiasmo y constancia. No les descorazonaron algunos reveses ni la obstinada resistencia musulmana. Y una década después de la pérdida de Zahara, el último rey granadino firmaba las capitulaciones de Granada y concluía la Reconquista.*

[El Rey e la Reyna, después que por la gracia de Dios reynaron en los reynos de Castilla e de León, conosciendo que ninguna guerra se debía principiar salvo por la fe e por la seguridad, siempre tovieron en el ánimo pensamiento grande de conquistar el reyno de Granada, e lanzar de todas las Españas el señorío de los moros y el nombre de Mahoma. Pero el negocio era grande, y ellos estovieron tan ocupados en la guerra que tovieron con el rey de Portogal, y en poner orden en las cosas de Castilla, que no pudieron luego cumplir su deseo. E según en la segunda parte desta Historia avemos recontado, dieron tregua a los moros por algunos años].

Estando el Rey e la Reyna en la villa de Medina del Campo, vínoles nueva cómo los moros avían tomado el castillo y la villa de Çaara, que tenía en tenençia Gonçalo de Sayauedra, vn cauallero de la çibdad de Sevilla; la cual fué tomada por la mala diligençia del alcayde ℨ de los que tenían cargo de la velar. E los moros, que fueron avisados de la mala guarda de aquel castillo, vna noche escura del mes de enero deste año escalaron el castillo ℨ entráronle; ℨ antes que fueren sentidos dentro en la fortaleza, prendieron al alcayde e a su muger, e mataron los que fallaron en la fortaleza, ℨ no fueron sentidos en la villa fasta el alua del día.

Los moros, que estauan ya apoderados del castillo, salieron dél con grande alarido, segúnd su costumbre, e prendieron ℨ tomaron catiuos todos quantos onbres e mugeres morauan en la villa. E del castillo ℨ desde aquella villa, questá a seys leguas de Utrera ℨ onze leguas de Seuilla, facían guerra continua a tierra de cristianos, donde reçebían muy grandes daños e robos e catiuerios.

De la toma desta villa pesó mucho al Rey e a la Reyna, espeçialmente por ser tomada por el mal recabdo que en ella tuvo aquel que la tenía en cargo, e porque della, según el lugar do estava asentada, se esperaua que los moros harían grandes robos y daños en la tierra. E luego se habló en su Consejo de facer guerra a los moros ℨ poner fronteros en los lugares neçesarios. E diputaron por vno de los capitanes de la frontera al maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, para que estouiese en la çibdad de Ecija, ℨ a don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatraua, en la parte de Jaén. Escriuieron al adelantado de Murçia, don Pedro Yáñez Fajardo, que con la gente de Murcia ℨ de aquel reyno pusyese recaudo en aquella frontera de Lorca. Otrosy, escriuieron a don Enrrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, ℨ al marqués de Cáliz, don Rodrigo Ponçe de León, ℨ a don Diego Fernández de Córdova, conde de Cabra, e a don Alonso de Aguilar, e a todos los otros cavalleros que moran ℨ tienen sus tierras en la provinçia del Andaluzía, que pusiesen recabdo en aquellas partes do ellos estauan comarcanos de los moros, porque no fiziesen daño en la tierra.

Asimismo escriuieron a Diego de Merlo, aquel cauallero que hemos

dicho quel Rey e la Reyna pusieron por asistente en la çibdad de Seuilla, que pusiese buen recabdo en aquellas partes; y enbiaron vn capitán con la gente de su guarda que estouiese en la villa de Utrera, para resistir a los moros el daño que podrían hazer los que estauan en Zahara.

[Aquel rey moro, que se llamaua Alí Muley Abenhazan, tenía entonces mayor número de gente a caballo e artillería, e las otras cosas necesarias a la guerra, que tovo ningún rey de los que fueron en Granada todos los tiempos pasados; e confiando en sus fuerzas, entraba a facer guerra en la tierra de los christianos. E la gente de armas que estaban fronteros entraban a facer guerra en la tierra de los moros. E tan bien los unos como los otros facían robos de ganados, e prisioneros, e talas e otros daños, especialmente trabajaban de haber por furto cibdades e fortalezas, para se apoderar más adelante de la tierra.

Pasados algunos días después que los moros tomaron la villa de Zahara, aquel cauallero Diego de Merlo avía días que hazía trato con algunos adalides escaladores de aver por furto alguna villa de tierra de moros. E fué avisado que podría tomar la çibdad de Málaga, ℨ otros le ofrecieron la çibdad de Loxa, e Alhama, e a Illora, e algunas otras villas. E los adalides escaladores fueron a tentar, e hallauan que no se guardauan bien por algunos lugares, por los quales syn peligro se podrían escalar.

Avidos estos avisos, aquel cauallero Diego de Merlo juntó gentes algunas vezes para entrar a furtar alguna de aquellas villas, pero dexaua de proseguir la enpresa por recelo de ser sentido, e por otros algunos ynpedimentos que se ofreçían. Por la toma que los moros fizieron de la villa ℨ castillo de Zahara, le dispuso a poner mayor diligençia por aver la çibdad de Málaga, que le dezían que podían bien entrar, por los lugares que los adalides avían tentado. O quando aquella no pudiesen aver, les çertificaron que podían tomar la çibdad de Alhama.

Este aviso que ovo habló secretamente con don Rodrigo Ponçe de León, marqués de Cáliz, ℨ con don Pedro de Stúñiga, conde de Miranda, ℨ con el adelantado mayor del Andaluzía don Pero Enrríquez, ℨ con los alcaydes de Xérez [Juan de Robles] ℨ de Carmona [Sancho de Ávila] ℨ de Morón, ℨ de Archidona ℨ de Antequera, e con don Martín de Córdoua, fijo del conde de Cabra. E por algunas diferencias que Diego de Merlo tenía con el duque de Medina Sidonia, no se lo fizo saber. E asymismo por la enemistad que por entonçes avía entre él y el marqués de Cáliz.

Los caualleros ℨ alcaydes que avemos dicho, con voluntad de facer notable façaña por ensalçamiento de la Fe cristiana, ℨ seruir al Rey e a la Reyna, juntaron sus gentes para vn día que acordaron, ℨ ynformados del estado ℨ guarda de la çibdad de Alhama e de Málaga, acordaron de entrar en tierra de moros ℨ seguir la vía de Alhama, porque según la ynformaçión que ovieron de la poca guarda que tenía, entendieron que se podía tomar con menor trabajo ℨ peligro. E todos armados, fasta en número de dos mill e quinientos onbres a cauallo ℨ tres mill peones, siguieron su camino de noche e de día, poniendo sus guardas, porque no fuesen sentidos. Con grandes trabajos llegaron fasta el canpo del Cantaril de Archidona, e de allí fueron adelante, ℨ pasaron todas las sierras que dizen del Arriçafe,

fasta que llegaron a media legua de la çibdad de Alhama (postrero día de hebrero desde año).

E como allí fueron, el marqués de Cáliz ȝ Diego de Merlo mandaron que se apeasen fasta dozientos escuderos, e fuesen vno en pos de otro, aviendo apartamiento del vno al otro fasta dos lanças de armas; e estos seguían al escalador e a los adalides, que yvan delante ȝ llevauan los troços de las escalas. E como fueron çerca del muro de la çibdad, por la parte de la fortaleza, ynformados de sus escuchas e guardas que tenían puestas cómo no se guardaua por aquella parte, pusieron sus escalas; ȝ aquel escalador que se llamaua Juan de Ortega, vecino de Carrión, subió primero, y en pos dél otros quinze escuderos, vno de los quales era Martín Galindo, fijo de Juan Fernández Galindo, onbre muy esforçado. E entraron en la baruacana, e puestas las escalas a la çerca subieron encima del muro prinçipal de la fortaleza, ȝ fallaron vn onbre que guardaua el muro, al qual mataron luego, ȝ a otro onbre que fallaron en el castillo dormiendo; e andovieron por la fortaleza, e prendieron a la muger del alcayde, e a otras mugeres que estauan con ella. El alcayde no estaua en la çibdad aquel día (que era ido a unas bodas a Vélez Málaga, e aquel caballero Martín Galindo, peleando con los moros, fué ferido de una cuchillada en la cabeza). Esto fecho, estos quinze onbres abrieron la puerta de la fortaleza que sale al campo, por la qual entró el marqués y el adelantado, e el conde ȝ Diego de Merlo, e con ellos toda la gente que en el castillo pudo caber, ȝ apoderándose dél.

Los moros, que no ponían diligençia en la guarda de la çibdat, marauilláronse quando syntieron que los cristianos avían osado entrar tanto dentro de aquel reyno a tomar aquella fortaleza, que estaua rrodeada de villas ȝ castillos del reyno de Granada. E luego se pusieron en armas, e guardaron las puertas de la çibdat, ȝ apoderándose de las torres más fuertes ȝ prinçipales del muro, con propósito de se defender fasta ser socorridos del rey de Granada, a quien esperauan que los socorrería con grand multitud de moros a pie e a cauallo; el qual estaua en la çibdad de Granada, que es ocho leguas de Alhama. Asimismo barrearon las puertas y las bocas de las calles de la çibdat que salían a la fortaleza, ȝ pusieron en ellas ballesteros ȝ espingarderos, los quales tirauan a la puerta de la fortaleza tantos tiros, que los cristianos que estauan dentro no podían salir por la puerta del castillo, a pelear con los moros, sino a gran peligro, por ser muy estrecha la salida, lo cual los puso en gran trabajo ȝ confusión, y no sabían qué consejo tomar.

Acaesçió que vn alcaide de los alcáçares de Carmona, que llamauan Sancho de Ávila, ȝ otro alcayde de Arcos [Nicolás de Roxas, muy esforçado], quisieron salir por aquella puerta, a fin que saliesen en pos dellos algunos otros, e en saliendo ellos ȝ otros algunos escuderos que los siguieron, fueron muertos de los tiros de las ballestas e espingardas que los moros les tiraron; [lo qual fué primero día de marzo deste año]. Ecomo los cristianos vieron aquellos caualleros muertos, e el peligro grande que avía; por el angostura de la salida, todos se retraxeron a la fortaleza. E algunos capitanes decían que la deuían quemar ȝ dexar, porque segúnd el peligro grande que avía en la salida de la fortaleza a la villa, e segúnd el socorro

que los moros esperauan tan presto, por lo tener tan çerca, era cosa peligrosa esperarlos con tan poca gente.

El marqués de Cáliz e el adelantado ȝ Diego de Merlo decían que [pues a Dios había placido que aquella fortaleza fuese en poder de cristianos], era mengua de tantos caualleros e capitanes como allí eran desanparar aquella fortaleza, avida con tanto trabajo. E en esta diuersidad de votos estovieron en grande confusión los vnos contra los otros por espacio de çinco oras; [porque de la una parte les oprimía el cansancio de las noches e días pasados, el miedo del rey moro que esperaban venir presto, la entrada peligrosa en la çibdad, y el poco mantenimiento que tenían para se sostener; de la otra parte les requería la virtud de la constancia, que en tales fechos el caballero debe tener, e como ningún fructo consiguían de sus trabajos pasados, si de presente no alcanzaban el fin que deseaban].

Al fin, por el gran esfuerço de aquellos quatro prinçipales, no se desanparó la fortaleza. E acordaron que todos peleasen fasta aver la çibdad, e pensaron de ronper vn pedaço del lienço de la fortaleza por donde pudiese salir grand golpe de gente junta; e otrosí que fuesen algunos a pelear por la çerca, ȝ otros subiesen por los tejados; de manera que fuesen los moros tan apretados de todas partes, que por fuerça desanparasen las calles ȝ las torres. E porque con mayor voluntad la gente se dispusiese al peligro, mandaron que todos pusiesen la çibdad a sacomano; e que cualquier cosa que se tomase, así de prisioneros como de hazienda, fuese del que lo tomase.

Avido este acuerdo, luego ronpieron vn pedaço de la çerca de la fortaleza, e salieron juntos por aquel lugar que derribaron gran número de gente de armas, con los quales salió por capitán el marqués de Cáliz; los otros capitanes salieron, dellos por la puerta, otros por los tejados, otros por el muro que va de la fortaleza a la çibdad. E pelearon con los moros por las calles, desde la mañana fasta la noche, por muchas de las partes de la çibdat, en las quales peleas murieron muchos moros. ȝ algunos de los cristianos. Porque los moros pelearon aquel día con tanta fuerça de cuerpo e de coraçón que se requiere pelear a todo ome esforçado por la defensión de la vida suya ȝ de sus mugeres ȝ fijos, que vían matar e catiuar, e por conseruación de su libertad, por la cual no dudauan andar peleando sobre los cuerpos de sus fijos ȝ hermanos ȝ propincos que cayan muertos delante dellos, a fin de saluar si pudieran algunos de los biuos; [y esperando cada hora que les vernía socorro de Granada. Los cristianos, recelando que todos serían perdidos si la cibdad fuese socorrida, peleaban con grand ánimo por la ganar antes que el rey de Granada viniese a socorrerlos].

Pero los cristianos eran tantos ȝ tan bien armados, que los moros, aviendo peleado todo el día ȝ no podiendo más sufrir la fuerça de los cristianos, se recogieron todos a vna mezquita [grande, que estaba cercana al muro de la çibdad, e de allí tiraban tantos tiros de espingardas e ballestas, que los christianos no podían llegar a los combatir, salvo con gran peligro; pero recelando que los moros serían socorridos, cobraron mayores fuerzas, e con mantas e otras defensas que ficieron, llegaron a poner fuego a las puertas de la mezquita]. Los moros, como sintieron el fuego [como gente desesperada], salieron a pelear por muchas partes, ȝ murieron la mayor parte dellos, e al fin fueron vençidos e puestos en prisión. E los cristianos se apoderaron de la çibdat e de algunas torres della, de las cuales los moros al

prinçipio se avían apoderado, e no las pudieron defender de los conbates que los cristianos allí les dieron.

Fueron allí tomados ℥ captivos fasta en número de quatro mill ánimas de mugeres ℥ niños. Fueron muertos peleando por las calles, de los que se pudieron contar, más de mill moros; e asymismo fueron robados muchos bienes muebles, oro e plata e ganados, lo cual fué en grand cantidad, porque aquella çibdat era muy rica ℥ de grand trato. Otrosy, algunos caualleros y peones, pensando que no se podría sostener la çibdat, ℥ que la avían de desanparar, quebraron muchas tinajas de aceite ℥ de miel, ℥ derramaron gran cantidad de harina ℥ de trigo que el rey de Granada allegaua de sus rentas en aquella çibdad. Otrosí, sacaron todos los cristianos que los moros tenían cativos, que dormían todas las noches en mazmorras.

Otro día por la mañana [como se sopo la toma de la çibdad de Alhama], vinieron de la çibdad de Granada fasta mill moros a cavallo, ℥ llegaron bien çerca de Alhama, por ver si la podrían socorrer. E como sopieron que los cristianos eran tantos, ℥ que estauan ya apoderados en todas las torres e puertas de la çibdad, acordaron de se boluer. Pasados quatro días después que aquella çibdad se tomó, porque los cristianos padeçían gran pena del mal olor de los cuerpos de los moros muertos, que estauan por las calles e por las casas, acordaron de echarlos fuera de la çibdat, en el campo; e allí al campo salían los perros de la çibdat a los comer.

El Rey de Granada, sabido cómo la çibdat de Alhama, que era la cámara donde recogía el pan de sus rentas que tenía en aquellas partes, era tomada e destruyda, vino con muchos moros a cauallo ℥ a pie, por ver sy la pudiera recobrar antes quel marqués de Cáliz ℥ los otras capitanes ℥ caualleros que estauan dentro se basteçiesen. E puso sitio en el canpo, do estauan los moros muertos que avían echado los cristianos fuera de la çibdad. E visto por los moros que los perros los comían, tiraron con las ballestas ℥ mataron todos los perros; de manera que ni avn los perros de la çibdad quedaron biuos.

Cosa fué, por çierto, marauillosa a los biuientes que vieron la destruyción de aquella çibdat, en pocas oras fecha, que no quedó en ella alma biua, dellos muertos ℥ comidos de perros, e los que quedaron biuos llevados cativos a tierra de cristianos, ℥ los ganados robados ℥ llevados a muchas partes, e aun fasta en los perros de aquel lugar quiso Dios mostrar su punición que no quedasen biuos. E porque hallamos en la Sagrada Escritura quando Dios se indignaua contra algund pueblo los amanaçaua con destruyción total, fasta los perros, plógonos ynquirir la manera de biuir de la gente de aquella çibdat, porqué plugo a Dios mostrar su yra tan súpita ℥ tan cruel contra ellos. E fallamos qve bien çerca della ay vños baños en un hedifiçio muy hermoso, donde hay agua manantial caliente de su natura. A estos baños venían onbres ℥ mugeres se bañar, así de la çibdad como de otras partes de moros. Estos baños eran causa de algunas mollesas de los cuerpos ℥ deleytes demasiados, do proçedía oçio, ℥ del oçio luxurias malas ℥ feas, ℥ otros engaños ℥ malos tratos que facían vnos a otros, por sostener la oçiosidat en que estauan acostumbrados.

Esto considerado, creemos que plugo a la justicia de Dios darles tal pugnición, que avn fasta los perros de aquella çibdat no quedasen biuos;

# Etapas de la conquista del reino de Granada.

Carriazo - Cronica de los Reyes Catolicos por Fernando del Pulgar.

## Cronologia de la conquista

Zona I - 1184 Zona IV 1487
" " II - 1185 " " V 1488
" " III - 1186 " " VI 1489
VII y ultima etapa 1490-1491.

porque fuese enxenplo para los que lo oyesen, e temiesen de perseverar en los pecados por no yncurrir en la yra diuina.

El rey de Granada, como vino a la çibdat ℥ puso su real çerca della, pensó de la tomar antes que los cristianos que estauan dentro se proveyesen de defensas ni fuesen socorridos; porque entendían que eran tantos en número los de dentro que no ternían prouisión de mantenimientos ni de otras cosas neçesarias para se sostener diez días, ni menos para se defender. E fízola conbatir, ℥ con la rrauia que los moros tenían por la pérdida de aquella çibdat, porque estaua casy en el medio de su reyno, a fin de la recobrar, llegauan al muro, ℥ ponían las escalas por todas las partes, ℥ subían por ella yndiscretamente. De manera que en estos conbates ni guardauan ora ni atendían petrechos, mas todas horas, ℥ con qualesquier defensas, llegauan al muro, pensando que la grande muchedumbre dellos, llegando por muchas partes, confundirían a los cristianos e los vençerían. El marqués de Cáliz, ℥ el conde, e el adelantado, e Diego de Merlo, ℥ los otros caualleros ℥ alcaydes que estauan dentro, repartieron sus gentes por el muro, ℥ defendíanlo; e algunas veces salían fuera a escaramuçar con los moros.

En estos conbates ℥ escaramuças murieron muchos de los moros, porque según avemos dicho, con la grand voluntad que tenían de recobrar aquella çibdat, llegaua con loca osadía a los conbates, por lugares peligrosos. Al fin, no podiendo por canbate ganar el muro, viendo asymismo cómo cayan ℥ murían muchos dellos en aquella manera de conbatir, acordaron de se rretraer ℥ no tentar más de tomar la çibdat por conbate. E pensaron de quitar el agua, ℥ de echar el río que yva fuera de la çibdat por otra parte. Los cristianos, visto que los moros quitavan el agua, salieron muchos dellos a pelear con los moros; pero no pudieron resistir que los moros no quitasen gran parte del agua, e lo que dexaron no se podía aver soluo con grand trabajo, porque convenía que peleasen los vnos entretanto que otros cogían agua para ellos ℥ para sus caballos, por vna mina que salía de la çibdat al río. E por esta mengua del agua, todas las oras del día e de la noche peleavan, ℥ morían muchos de los vnos y de los otros.

El marqués ℥ el adelantado, como se vieron puestos en aquella neçesidad, escriuieron a las çibdades de Seuilla ℥ de Córdoua, ℥ a los caualleros de las comarcas, que les socorriesen ℥ librasen del peligro en que estauan. Otrosí, enbiaron facer saber al Rey ℥ a la Reyna, que estauan en Medina del Canpo, cómo avían tomado la çibdad de Alhama, e la sostenían contra el rey de Granada que los tenía çercados.

El luego como en las çibdades de Seuilla ℥ Córdoua, e en las comarcas, se sopo que aquellos caualleros avían tomado la çibdad de Alhama, ℥ la neçesidad en que estauan, el duque de Medina Çidonia, como quier que tenían debates con el marqués de Cáliz, pero en aquella ora olvidando el odio, se dispuso a lo socorrer; e juntó luego toda la más gente de cauallo ℥ de pie que pudo aver de su casa e de otras partes. E otrosí el conde de Cabra, e don Alonso, señor de la casa de Aguilar, e otros caualleros e capitanes e alcaydes ℥ gente que estauan por fronteros, los que más presto se pudieron juntar, fueron camino de Alhama, para socorrer a aquellos caualleros ℥ gentes que la defendían.

De la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 3).

# GUERRAS CIVILES DE GRANADA

*Ni en el momento decisivo de su historia, se libró Granada de las luchas dinásticas. Durante el reinado de Enrique IV había tenido lugar la matanza de los Abencerrajes que la leyenda ilustró después. Al regresar a la capital de su reino sin haber logrado reconquistar Alhama, "Muley Hacen" fue víctima de una de las muchas revoluciones palatinas que durante dos largos siglos habían debilitado el poder granadino. Las discordias civiles no terminaron con su deposición; prosiguieron durante los años de la lucha final con los ejércitos cristianos. Las refieren los cronistas castellanos al socaire de sus relatos de las campañas de los Reyes Católicos. A través de todo el señorío del Islam en España y de toda la Reconquista, las guerras civiles que padecieron, con frecuencia, las dos sociedades en contacto pugnaz, fueron los mejores aliados del reino o de los reinos enemigos. Las curvas ascensionales de la discordia intestina o de la anarquía secesionista en cualquiera de las dos Españas coincidieron siempre con las descendentes de sus crisis militares y con los triunfos de la España rival. En las postrimerías de la vida del reino granadino se repite la misma ley histórica peninsular, y las luchas civiles de la Granada agonizante favorecieron, no poco, el triunfo de la cristiandad.*

. . . . . .

Onde como la nueua de la destruyçión ℨ grandes males ℨ daños quel dicho señor Condestable fizo en tierra de moros, segund dicho es, llegase a la çibdad de Granada, todo el común de la dicha çibdad se alborotó ℨ levantó contra su rey Çidi-Çaha, diciendo que no tenían ellos rey sino para los despechar y robar, mas no para los defender y anparar de los cristianos, que les corrían ℨ robauan ℨ quemauan la tierra, ℨ les matauan ℨ leuauan sus parientes catiuos. Y demás desto, que avían pechado las parias que avían de dar al rey de Castilla y se las avía tomado ℨ comido, ℨ no las avía pagado; por cabsa de lo qual los cristianos les facían por todas partes la guerra, y la tierra de los moros de cada día se despoblaua y perdía.

Y como el rey de Granada, visto el mouimiento grande del pueblo contra él leuantado, de aquestas palabras terreçió ℨ ovo grant miedo, respondióles así:

—Amigos, yo no soy rey de Granada, saluo el alcayde Mofarrás, que es alguacil mayor, ℨ los Abençerrajes. Estos son reyes de Granada, y éstos han tomado ℨ comido las doblas que pechastes para las parias, que a mi no dieron lugar que las pudiese pagar al rey de Castilla; ni me dexaron llegar a ellas, ni me quieren ayudar a defender la tierra.

Estonçes los moros le dixieron:

—Pues tú ¿para qué eres rey? Si esos caualleros toman las parias, ℨ las gastan, ℨ quieren mandar más que tú, y son cabsa de tan grandes males y daños como los moros reçiben, ¿por qué no los deguellas?

A lo que el rey respondió:

—Si vosotros me days fauor para ello, así lo faré.

Y como dellos fuese çertificado que le darían toda ayuda y fauor, por obuiar el grant peligro en que estaua ℨ por contentar ℨ sosegar el común de aquella tan populosa çibdad, quando oportunidad ovo para ello, so color de tener consejo, enbió por el alcayde Mofarrás, su alguacil mayor, ℨ por Çidi Yuçaf Abençerraje, dos caualleros los más poderosos del reyno de Granada.

E como entraron en el Alhanbra, do el rey estaua ya proueydo de gente secreta, luego los mandó degollar. E avn así ficieran a otros, saluo por quel ynfante su fijo rogara por ellos. Y como la nueua sonase por la çibdad de Granada, luego Mahomad Abençerraje, ℨ Aly Abençerraje, ℨ el Valençi, y el Cabçaní, ℨ el Alatar, ℨ otros caualleros asaz, que eran casi todo el cabdal de la casa de Granada, partieron de allí con asaz caualleros, ℨ fuéronse a Málaga.

Y como desde allí se quisiesen más apoderar y esforçar contra el rey de Granada, enbiaron por todos sus valedores ℨ amigos que en el reyno tenían, que se viniesen juntar con ellos. Entre los quales vinieron, por grant debdo ℨ amistad que con ellos tenían, todos los caualleros ℨ peones de Gibraltar. Y como las cosas que ya eran o son ordenadas por la diuinal Prouidençia es neçesario y de fuerça que vengan al fin determinado, acaeçió que a aquella sazón los cristianos de aquella frontera, entrando a correr a tierra de moros, tomaron lengua ℨ fueron certificados ℨ supieron cómo Gibraltar quedaua sola ℨ sin gente. Caualgaron ℨ fueron allá, ℨ luego conbatieron la villa ℨ la entraron.

E los moros retrayéronse al castillo, do no mucho tardaron en mouer pleytesía; en esta manera: quel duque de Medina viniese, y que a él se darían ℨ no a otro ninguno, con tal que les pusiese los cuerpos en saluo. El qual luego vino, y le entregaron la fortaleza, y enbiólos en saluo. Y desta manera se ganó Gibraltar.

. . . . . .

De los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*
(Ed. Carriazo, 82).

☆

División ovo en Granada entre los moros sobre elegir Rey, e fué en el tiempo de la prosperidad de este Rey Don Enrique; e fueron dos parcialidades, una que quería a Cadiadiz, que era hijo de su Rey natural, e otra, la mayor, eligieron a uno de los Abenzerraxes.

Cadiadiz, e su hijo Muley-Hacen, que ambos reynaron después, se vinieron huyendo en Castilla al Rey Don Enrique con docientos de a caballo o más, el qual les recibió y trujo consigo más de un año en la Corte, e les facía muchas honras, e les daba tanta suelta que las gentes mormuraron del Rey, porque enojaban a los christianos por donde andaban.

El dicho Cadiadiz tenía mucha parte en Málaga, e en la Sierra de Ronda, e Casarabonela, e trató con el Rey Don Enrique que le daría a Málaga, y que le diese favor para reynar en Granada. El Rey Don Enrique sacó muy grande hueste de gente, e fué sobre Málaga, e sabido en Granada

mataron al Rey que habían alzado, e enviaron secretamente a llamar a Cadiadiz, que fuese a reynar sobre ellos; e llegando el Real ya cerca de Málaga, Cadiadiz se fué con los suyos del Real de noche, dejando al Rey Don Enrique sobre Málaga, e recibiéronlo luego por Rey en Granada; e desque el Rey Don Enrique esto vido, salió de tierra de moros por la ciudad de Gibraltar y tomó a Estepona la qual algun tiempo se tuvo e después por los grandes gastos e daños que de ella se seguían, la mandó derribar; y tomó a Ximena que siempre se tuvo, de la que fizo merced a Beltrán de la Cueva, criado suyo, que después fué Duque de Alburquerque; en su tiempo se tomó Archidona a los moros, y dió un moro llamado el Zurro a Gibraltar, y se tomaron otros lugares de moros del dicho Reyno de Granada, a quien le dieron parias algunos años porque no les ficiese guerras.

De la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Andrés Bernáldez Cura de los Palacios. (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXX, 570).

☆

Allende de los trabajos ℨ mengua de mantenimientos que padeçían los moros, ovo entre ellos gran diuisión; porque la mayor parte de los alcaydes e cabeçeras de aquel reyno, en espeçial el linage de los Abençerrajes, dexaron al rey, porque avía degollado a çiertos caualleros sus parientes, ℨ tomaron a vn su fijo, ℨ alçáronlo por rey. El qual juntó gente contra su padre, ℨ apoderóse de la çibdad de Granada, e del Alhambra, ℨ de otras fuerças de la çibdad; e el rey su padre se retruxo a la çibdad de Baça. Y entre el padre ℨ el fijo ovieron algunas batallas, donde murieron muchos moros.

E vn día el rey viejo juntó la más gente que podo aver, e vino a la çibdad de Granada, e vn escalador que traya, cristiano, escaló el Alhambra, ℨ entraron en ella fasta quinientos moros, ℨ mataron los moros que podieron aver de los que la guardauan. E vn cabeçera moro que estaua en ella por alcayde, que se llamaua Abencomixar, retrúxose a vna torre de la fortaleza con los que con él podieron escapar.

E luego aquel rey viejo, dexados algunos en la fortaleza, salió a la çibdad de Granada, e por las calles començó a pelear con los que fallaua. E los de la çibdad e los de Albaycín, que estauan por el rey su fijo, se juntaron ℨ pelearon contra él e contra la gente que traya; e echáronle de la çibdat, e retrúxose a vna fortaleza que estaua por él, çerca de la çibdat de Granada, e aquel capitán Abencomixar tornó a recobrar el Alhambra. Pero ni por esta diuisión, ni por la enemiga grande que avía entre el padre y el fijo, y los caballeros de la vna parte o de la otra, ninguna de las partes quiso reçebir ayuda de los cristianos, e antes querían padeçer la hambre ℨ muertes que reçebían que meter cristianos en su reyno.

De la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 39).

☆

Después que el Rey moro Muley Hacen volvió de Alhama en Granada sin la tomar, luego fué gran división entre los moros, e alzaron por Rey a

Muley Baudili su fijo en Granada los grandes de la ciudad. Y alzóse también su hermano Muley Bulahaique; e fuése de Granada e tomó contra su Padre a Almería, e el otro quedó Rey en Granada; y desque esto vido el Rey viejo Muley Hacen fuése a Málaga e con toda su casa e tesoros; e la mayor parte de este daño le vino al Rey viejo por envidia que habían los caballeros de Granada, por la gran privanza que con él tenía Ibocacim Venegas, Alguacil de Guarda, que mandaba a Granada e todo el Reyno mucho mejor que el Rey. Este Alguacil, era de linaje de christianos de los Venegas de Córdoba, e su padre e abuelos fueron christianos e él nació en tierra de moros, e era muy gran servidor del Rey.

En el dicho año de 1483, luego como los moros de Granada vieron perdido a el Rey, e vieron que era tanta gente con él estragada e perdida, enviaron por el viejo a Málaga que volviese a reynar, e vino luego e apoderóse en Granada como antes estaba, y tuvo la ciudad fasta San Juan del año de 1485 que fueron tres años, en su honra y prosperidad; y en aquel tiempo todo, tenía la ciudad de Almería contra él, su fijo Muley Baaudili Agije el Infante, por su hermano, el que se había perdido cerca de Lucena, e en este tiempo el Rey cautivo se deliberó por rehenes e ciertos partidos secretos, de poder del Rey Don Fernando, e fué a Granada, e no le quisieron recibir, e fuése a Guadix, e allí lo recibieron, e allí estuvo algún tiempo fasta que salió de allí para ir a Vera, e desque salió de Guadix, nunca más lo quisieron acoger en ella, e estuvo en Vera fasta que mataron a su hermano el Infante en Almería, e estonce huyó él e vínose a Castilla, e estuvo ácá algunos días, e después volvióse a Vera, e estuvo allá fasta que se tomó Loxa, que se vino a Granada, e lo acogieron en el Albaicín, e en todo este tiempo había división entre los moros como adelante se dirá.

En el dicho año en el tiempo que el Rey Don Fernando ganó a Ronda, acaeció que salió de Granada el Infante Muley Baadili Alzagal a socorrer a Málaga, dicen que el cerco se enderezaba a ella; e después, volviéndose a Granada con más de seiscientos de a caballo e muchos peones, encontró cerca de Alhama con Juan de Angulo, capitán del Rey que estaba en Alhama por frontero, que traía una cabalgada de cerca en Granada con ciento veinte de a caballo; e el Infante moro le fizo un engaño, púsose en celada, y echó veinte de a caballo delante, e armóle de tal manera que le quitó la cabalgadura, e mató, e llevó cautivos a muchos, e los que se escaparon fué a uña de caballo, e fuése con la cabalgada a los lugares cerca de Granada fasta que lo alzaron Rey de ella; e como los moros vieron que fizo aquello aficionáronse a él, e él tuvo tal manera con ellos que lo alzaron por Rey de Granada, e depuso a su hermano y despojólo del reyno diciendo que era viejo, e ciego, e que no era para defender el reyno.

De la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Bernáldez, Cura de los Palacios (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXX, 607, 611 y 621).

# DIEZ AÑOS DE GUERRA CABALLERESCA

*La guerra de Granada duró diez años como la de Troya. Como en ésta, también chocaron en la granadina, Oriente y Occidente. En las serranías del extremo occidental del mar Mediterráneo no pelearon, junto a los mortales, los dioses vengativos y concupiscentes, como en las orillas orientales del mismo mar interior. Porque nada tenían que hacer en una contienda entre cristianos y moros, sacudidos por un mismo ímpetu heroico difícilmente igualable, y, a las veces, transidos de cortesanía poética. La bisecular guerra fronteriza entre granadinos y castellanos, la guerra de talas, incendios, acechos, ardides, sorpresas, asaltos y cautiverios derivó al cabo hacia una justa caballeresca perfumada de poesía. La fortuna otorgó a cada bando lances y lanzadas favorables. Muchos adalides cristianos perecieron en la Axarquía, y Boabdil cayó prisionero en Lucena. La leyenda idealizó después el gran "paso honroso". No tuvo éste, como la contienda troyana, un cantor de la talla de Homero, pero pronto le exaltó la fantasía y le cantó la literatura de un pueblo en su Siglo de Oro. Como la de Troya, la guerra de Granada derramó dolor, miseria, sangre, hambre y servidumbre; esclavizó a un pueblo y apagó una civilización. ¡Doloroso alumbramiento el de la unificación de España con la expulsión del Islam de su solar peninsular postrero! No lo fue más, sin embargo, que el alumbramiento parejo de cualquier hombre, pueblo, nación o cultura. Y el pueblo, la cultura y la nación que nacieron al morir Granada, por la huella profunda que han dejado en la historia, consiguen pronto hacer secar las lágrimas que pudiera suscitar la extinción del mundo hispano-musulmán y de la civilización arábigo-hispana, ya agotados y caducos desde hacía un siglo, en 1492.*

## DESASTRE DE LA AXARQUÍA

El maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, a quien el Rey e la Reyna dieron cargo de la frontera de los moros por la parte de Eçija, ℨ don Rodrigo Ponçe de León, marqués de Cáliz, fueron ynformados por algunos adalides que podrían facer guerra a los moros que biuían en vnas grandes sierras çercanas al mar, que se dizen el Axarquía, e que avía lugar çercano de la çibdad de Málaga por donde las batallas de la gente que llevasen podían entrar ℨ salir seguramente, sin reçelo de reçebir daño de los moros. E porque sabían que en Málaga avía por entonçes pocos onbres a cauallo, como estos caualleros fueron avisados del estado de la tierra, acordaron de juntar sus gentes. E fiçiéronlo saber a don Juan de Silua, conde de Çifuentes, que estaua por guarda ℨ asistente de la çibdad de Seuilla, ℨ a don Alonso, señor de la casa de Aguilar, ℨ a don Pero Enrríquez, adelantado del Andalucía; los quales con sus gentes se juntaron con el maestre e con el marqués de Cádiz para facer aquella entrada.

Juntáronse asymismo con estos caualleros Bernaldino Manrrique, fijo de Garci Fernández Manrrique, que tenía la guarda e la justiçia de la çibdad de Córdoua, ℨ Juan de Robres, alcaide e corregidor de la çibdad

de Xerez, con las gentes de aquellas çibdades, e los alcaides de Antequera ȝ Morón ȝ Archidona, e de otras fortalezas çercanas de tierra de moros; e asimismo Juan de Almaraz ȝ Bernal Francés, capitanes de çierta gente de armas de las Hermandades, a quien el Rey e la Reyna mandaron que estouiesen en aquella frontera, a la gouernaçión del maestre de Santiago. Estos caualleros juntaron sus gentes de cauallo ȝ de pie; e porque tantos ȝ tales caualleros, e con tanta gente, facían entrada en tierra de moros, otros algunos de las çibdades de Seuilla, ȝ de Córdoua, ȝ de Eçija, e de aquellas comarcas, dellos movidos por seruicio de Dios, otros por ganar honrra, e otros por aver robos, se movieron de su voluntad a yr con ellos. Porque creyan, segúnd la mengua de gentes e de cauallos e las otras fatigas que los moros de cada día avían reçebido, que no tenían fuerças para resistir al poder que estos caualleros llevauan.

Todos estos capitanes, con sus gentes, se juntaron en la çibdad de Antequera, donde ovieron diuersos consejos. El voto de algunos era que entrasen a algunas partes; otros a otras. Otros caualleros que sabían aquella tierra dixeron que la aspereza de aquellas montañas era defensa de las gentes que las morauan; e que quando los vençiesen avrian poco prouecho, porque eran pobres de ganados, e ellos se defenderían en las syerras e en los lugares ásperos. E decían que en las guerras no se devía aventurar lo mucho por [haber] lo poco.

Al fin, por aviso de aquellos adalides, acordaron de entrar en aquellas partes.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Las batallas hordenadas partieron de la çibdat de Antequera vn día. miércoles, del mes de março, ȝ andouieron todo aquel día ȝ la noche siguiente. E como aquella tierra adonde avían acordada de yr es metida en tierra de los moros, no pudieron llegar a ella fasta otro día, jueves. Aquel día, ya bien tarde, llegaron a algunas aldeas que son en aquella tierra del Axarquía; ȝ por ser mucha la gente de los cristianos, ȝ aver tardado tanto en la entrada, fueron sentidos antes que entrasen; ȝ los moros ovieron lugar de alçar sus ganados ȝ bienes, ȝ se retraer a las torres ȝ sierras ȝ otros lugares fuertes que estauan en aquella tierra. E por esta causa los cristianos no pudieron tomar saluo pocos ganados ȝ prisioneros, pero quemaron algunas aldeas que hallaron despobladas.

Aquellos caualleros ȝ capitanes que lleuauan la delantera, ȝ algunos otros, se derramaron por todas partes a buscar robos de ganados y prisioneros; e el maestre, que yva en la retaguahdia, lleuaua su gente junta. E pasando por vna aldea de las quemadas, que se llamaua Moclinete, salieron los moros que estauan recogidos en el castillo; ȝ como vieron a la gente de cauallo que el maestre llevaua metida en vnas grandes ranblas ȝ barrancos, donde los caualleros no se podían bien rodear con los cauallos, salieron de la fortaleza, ȝ pelearon con ellos. E en aquella facienda reçibió el maestre daño en los suyos, que los veya ferir e matar syn los poder socorrer, así porque estaua defendiéndose de los moros, como por la mala dispusición de los lugares; ȝ enbió a llamar la gente que yva adelante, que le viniesen a socorrer.

El marqués de Cáliz, quando sopo que los moros peleauan con el maestre, ȝ que le facían daño en su batalla, tornó a le socorrer con la gente de

cauallo e con algunos peones que pudo recoger. E con el socorro que el marqués fizo, los moros se retruxeron, e el maestre e su gente pudieron salir de aquellos malos pasos en que estauan metidos. Los otros caualleros ȝ capitanes que yvan en la delantera, avían quemado algunas aldeas, ȝ andauan derramados buscando ganados ȝ prisioneros. E porque no sabían los malos pasos que en aquella tierra avía, metíanse en tales valles ȝ angosturas, que recibían algunos daños de los moros que salían a ellos, de vnas partes e de otras, veyéndolos abarrancados.

El conde e don Alonso ȝ el adelantado, como supieron que los moros peleavan con el maestre ȝ con el marqués, recogiéronse ȝ vinieron donde el maestre ȝ el marqués estauan; los quales estauan juntos, porque conoçieron que la dispusición de aquella tierra era más para reçebir daño que para lo facer, espeçialmente porque todos los onbres e mugeres eran retraydos con sus bienes, e acordaron de dexar la presa de algunos ganados que avían tomado, porque les ynpedía la salida, ȝ boluer a tierra segura. E mandaron a los adalides que los guiasen para salir de aquellas ranblas e lugares ásperos. Los adalides a quien cometieron la guía, pensando llevar la gente por lugar más seguro, tomaron camino de una sierra tan alta ȝ tan fragosa, por donde el peón podía andar a gran pena.

Los moros todo aquel día e la noche pasada, segund su costumbre, ficieron grandes fuegos por muchas partes en las cumbres de las sierras, ȝ en otros lugares altos; ȝ juntáronse muchos de los que morauan en aquella serranía, e tomaron la delantera por donde yvan los cristianos, ȝ dende aquellos lugares facían en ellos grandes daños, con piedras y saetas que tirauan por los lados e en la reguarda, que lleuaua el maestre. E los cristianos trabajando por salir de los malos pasos donde estauan metidos, sobreuino la noche. E reçelando que en aquel camino por do eran guiados no reçibiesen más daños, boluieron a pasar vn rrío fondo, debaxo de vna sierra fragosa, que los moros avían ya subido.

E quando los moros vieron a los cristianos metidos en aquel valle angosto, desde las alturas tirauan piedras ȝ esquinas, ȝ matavan muchos cristianos; e algunos de los que se aventuravan a subir la sierra por escapar, morían cayendo de los barrancos altos, porque la escuridad de la noche les ynpedía, de manera que ni veyan ni sabían el tino por do avían de subir. E oyendo los alaridos de los moros, e turbados con la escuridad de la noche, ȝ con la aspereza del lugar, enflaquezían, e no sabían qué remedio diesen a la perdición que veyan; ȝ sufriendo esta pena estouieron fasta la media noche.

El maestre ȝ aquellos caualleros ȝ capitanes, veyendo a sus parientes e criados e a las otras gentes de sus capitanías, a vnos caer muertos, e a otros llorar sus feridas, otros gemir sus flaquezas; e cómo no tenían fuerças para pelear, ni con el cansançio de la noche e de los días pasados podían salir de aquella fondura, do estauan señoreados de los moros:

—Muramos —dixo el maestre— muramos haziendo camino con el corazón; pues no lo podemos hazer con las armas, e non muramos aquí muerte tan torpe. Subamos a esta sierra como onbres, ȝ no estemos abarrancados esperando la muerte, e veyendo morir nuestras gentes, no les pudiendo valer.

E diziendo estas palabras, dellos a cauallo, dellos a pie, acordaron de se poner al peligro que pudían reçebir en la sobida de la syerra, e no al que

veían estando en aquel valle. E defendiéndose como mejor pudieron, subieron fasta donde estavan los moros. En aquella subida se perdió el alférez del maestre [que se llamaba el comendador Diego Becerra, cuya era Torre Mexía], con su seña; e murió peleando un cavallero primo del maestre, que se llamaua Juan Osorio, e Juan de Bazán, señor de La Granja. E otros muchos de sus parientes e criados, ℨ de los otros caualleros que trabajaron por subir a lo alto, cayan con la fuerça de las esquinas e piedras grandes que los moros derribauan.

El marqués, que subió por otra parte, guiándole vn adalid, pasó adelante de aquella sierra con la gente que le avía quedado de su batalla. El maestre y el conde de Çifuentes, ℨ don Alonso de Aguilar, y el adelantado, y los otros capitanes, que avían de seguir la vía que el marqués llevaua, así porque quedaron peleando con los moros como porque fueron ynpedidos por la escuridad de la noche, ℨ turbados veyéndose rodeados de los moros por todas partes, no pudieron seguir el camino que el marqués avía llevado, e fuéles neçesario desçender a otro valle.

E los moros ovieron lugar de se poner entre la batalla del marqués y del maestre e de los otros caualleros, de manera que no podían socorrer los vnos a los otros, ni menos los que estauan juntos se podían ayudar. Porque cada vno trabajaua lo que podía en se salvar de los tiros de piedras ℨ saetas que por todas partes tirauan los moros, que sabían bien aquella tierra e los malos lugares donde la fortuna metió los cristianos.

El marqués de Cáliz, que pasó adelante, metióse con la gente que le quedó en vn valle, pensando en él estar más seguro, e recoger las otras gentes que venían en la reçaga. E alguna parte de los moros, que tenían tomada la delantera, salieron al encuentro, ℨ pelearon con él e con la otra gente que le pudo acompañar. E como quier que fizo rostro a los moros ℨ peleó con ellos, pero como su gente estaua cansada del trabajo que avían pasado en subir aquellas syerras, e muchos dellos feridos, e los moros salían todauía más de refresco, ℨ sabían los pasos donde pedían pelear a su saluo, los que estauan con el marqués, no pudiendo sufrir las fuerças de los moros, que entrauan ya por ellos, fueron desbaratados. E los que tovieron fuerças para fuyr se pusieron en fuída, e todos los otros fueron muertos ℨ presos.

El marqués, visto el destroço de los suyos, tomó otro cauallo, porque el suyo estaua mal ferido, ℨ guiándole un adalid, por vna syerra alta que duraua quatro leguas, se pudo saluar. E los moros siguieron el alcançe fasta media legua, matando ℨ captiuando muchos de los cristianos. Allí en aquel destroço mataron los moros a don Diego ℨ a don Lope, e a don Beltrán, hermanos del marqués, e a don Lorenço, ℨ don Manuel, sus sobrinos, e otros muchos de sus parientes e criados, e de los otros que se llegaron a su compañía. El maestre de Santiago, ℨ el conde de Cifuentes e el adelantado, ℨ don Alonso de Aguilar, e los otros capitanes, con las otras gentes que quedaron en vna ladera de aquella sierra, como estavan muy cansados ℨ enflaqueçidos de los trabajos de la noche ℨ de los días pasados, e no sabían los pasos de aquella sierra, cayan muchos al fondo del valle. Otros se metían en poder de los enemigos, porque elegían antes perder la libertad que la vida, pues no podían pelear.

Los moros davan grandes alaridos, con el orgullo del vençimiento; e los cristianos gemían las muertes que veían de los suyos, ℨ las que ellos

esperauan. Los caualleros ℰ capitanes prinçipales, puestos en angustia ℰ no veyendo reparo, estauan turbados, e falleçíales el consejo, porque todas sus gentes estauan derramadas por aquellas sierras, ℰ tan grande era el temor que tenían, que ninguno sabía de su compañero ni le podía ayudar. A tal estado vinieron los cristianos en aquella ora, que ni oían señal de tronpeta, ni veyan seña que guardasen, ni donde se acaudillasen. El maestre de Santiago, visto el perdimiento de aquello hueste:

—¡O Dios bueno, —dixo él— grande es por çierto la tu ira, que el día de oy as querido mostrar contra los tuyos, pues vemos que la desesperaçión que estos moros tenían se les a convertido en tal osadía, para que sin armas ayan victoria de nosotros armados!

Algunos de sus parientes e criados que con él estauan dixeron:

—Ya vedes, señor, este perdimiento; dexa el esfuerço para pelear, e aved consejo para escapar, pues vedes que no ay otro remedio sino poneros en saluo, porque no perescáys vos, y con vos todos vuestros parientes ℰ criados, e las otras gentes que a placido a Dios que queden biuas; porque vuestra estada aquí no sea causa de perdición de todos.

Esto mismo decían sus parientes ℰ criados a cada vno de los otros caualleros. El maestre, porque no veía lugar de pelear, ℰ conoçía que todos pereçerían sy él allí esperase, dixo:

—No bueluo por çierto las espaldas a estos moros, pero huyo la tu ira, Señor, que se a mostrado oy contra nosotros, por nuestros pecados, que te a plazido castigar con las manos de esta gente ynfiele.

E luego le dieron vn cauallo, porque estaua a pie; e guiándole vn adalid, por lugares muy ásperos, se saluó. Salieron asimismo el adelantado e don Alonso de Aguilar, cada vno por su parte, subiendo aquellas sierras por lugares fragosos, porque los moros no los siguiesen. Muchos de los onbres que estauan a cauallo fueron muertos e presos en aquel desbarato; porque huyendo por las cuestas altas, los que estauan a pie se asían a las colas de los cauallos, por aver más fuerça para subir; e los cauallos, no pudiendo sufrir el trabajo de la subida, cayan, e quedauan en el camino el cauallero y el peón. El conde de Çifuentes, con algunos pocos de los suyos que se fallaron con él en vn lugar muy estrecho, viéndose cercado por todas partes, e que no podía escapar peleando, por la multitud de piedras ℰ saetas que le tiravan, se dió a prisión, ℰ fué lleuado él e otro su hermano, que se llamaua don Pedro de Sylua, a la çibdad de Granada, con otros algunos de los suyos que pelearon con él.

Los moros siguieron el alcançe por todas partes donde yvan los cristianos huyendo, e prendieron muchos dellos, e otros algunos que tiraron por diuersas partes se saluaron. Perdieron allí los cristianos todas las armas que lleuaban, ℰ la mayor parte de los cauallos, ℰ todo el fardaje, que era en grand cantidad. E fueron presos los alcaides de Antequera e de Morón, ℰ Juan de Robles, ℰ Bernaldino Manrrique, ℰ Juan de Monsalve, ℰ Juan de Pineda, e otros muchos caualleros prinçipales que fueron en aquella entrada.

E la victoria de los moros fué tan grande, e el esfuerço de los cristianos tan pequeño, que dos moros desarmados prendían çinco o seys cristianos de los que andavan perdidos por aquellas sierras, e los llevauan a la çibdad

de Málaga, que era çerca de aquel lugar donde fué este desbarato. E algunas mugeres moras salían de la çibdad de Málaga, e prendían los cristianos que fallavan derramados ℰ perdidos por los campos. Falláronse allí mill cautivos e más cristianos, que fueron llevados a otras partes.

Este desbarato que ovieron los cristianos fué grande, lo qual en lo público pareçió aver sydo por la mala guía de los adalides; lo secreto ninguno lo puede conocer, sino sólo Dios, en cuya mano son los vençimientos de las batallas. Pero segúnd el juyzio de los onbres, bien se mostró aver acaescido por el orgullo e soberuia que touieron los cristianos, teniendo en poco las fuerças del enemigo; e porque, oluidada la confiança que devían tener en Dios, la pusieron en la fuerça de la gente.

## PRISIÓN DEL REY CHICO

Contado avemos la división que avía entre los moros, e cómo la mayor parte de los prinçipales de aquel reyno de Granada dexaron al rey que tenían, ℰ se juntaron con su fijo mayor, e le alçaron por rey; e cómo durante esta diuisión los moros tenían entre sy guerra, allende de la que los cristianos les facían. El rey moro, que se llamaua Alí Muley Bahabdili, veyendo que su poder era mayor que el de su padre, e conoçiendo que los moros tienen afición con aquel rey que mayor guerra faze a los cristianos, juntó la más gente de moros a pie ℰ a cauallo que pudo aver en el reyno de Granada; e considerando que la frontera de Córdoba, e de Eçija, e de todas aquellas partes, por el desbarato que los cristianos ovieron en el mes de março pasado, estaría menguada de gente, e que no fallaría resistençia acordó de entrar en tierra de cristianos, ℰ puso real sobre la villa de Luçena, ques del alcayde de los donzeles, ℰ taló los panes ℰ viñas de aquella villa, ℰ de la villa de Aguilar, e de otros lugares de la comarca.

La nueva desta entrada vino a don Diego Hernández de Córdoua, conde de Cabra, que estaua en la su villa de Baena; e luego juntó la más gente que pudo, ℰ fué para la villa de Luçena, donde supo que estaua el rey de Granada con toda su gente, e allí se juntó con él el alcayde de los donzeles. Como los moros sopieron que el conde venía contra ellos, ovieron su acuerdo de alçar el real, e de boluer con toda la caualgada que llevauan para la çibdad de Loxa. El conde de Cabra y el alcayde de los donzeles, teniendo menor número de gente a cauallo e a pie que tenía el rey de Granada, movidos más por alguna ynspiración diuina que por ninguna razón vmana, acordaron de seguir a los moros. E pusieron tal diligençia, que los alcançaron fasta legua e media de Luçena, en vn lugar que se llama el arroyo de Martín Gonçález.

E como fueron a vista dellos, pusieron toda su gente en vna batalla, y esperaron los peones que trayan, e amenestáronles que fiziesen lo que buenos cristianos ℰ onbres esforçados deven fazer; e que esperauan en la misericordia de Dios y en la Virgen gloriosa su madre, que les darían victoria de aquella gente ynfiel. Algunos, veyendo que los moros eran en número mucho mayor que los cristianos, fueron turbados ℰ decían que con mejor deliberación devieran salir al campo, ℰ con más gente devieran seguir los enemigos, e ponerse en aquel lugar do estavan; ℰ quisieran facer

por su voluntad lo que la vergüença les ynpidía. El conde, cuando vido los ánimos de aquellos dudosos y algo enflaquecidos, esforçándoles dixo cómo la vida, que en poco tiempo se pasaua, e con pequeña dolencia se atajaua, devían aventurar por aver fama loable si vençiesen, y gloria si allí muriesen, y que en tal lugar estauan puestos donde toda esperança de la vida estaua puesta en el esfuerço, y no en la huyda. Y esforçando toda su gente con semejantes razones, fueron contra los moros.

Los moros venían en tres batallas: en la vna venía el rey de Granada, y en la otra venía el alguacil mayor, y en la otra venía por capitán un cauallero que se llamaua el Alatar de Loxa. El rey de Granada y estos capitanes moros, quando vieron que el conde de Cabra y el alcayde de los donzeles, con sus gentes, venían contra ellos en batalla, juntaron las tres batallas que trayan en vna. E los peones moros siguieron delante su camino con la caualgada que llevauan. E los moros, con gran alarido ℭ muy gran denuedo, vinieron contra el conde e contra el alcayde, pensando, según su costumbre de pelear, que los cristianos, no podiendo sufrir su arrebatado acometimiento, vençidos súbitamente de miedo, se pornían en huyda. E plugo a Dios ℭ la Virgen su madre de les dar esfuerço para sufrir aquel riguroso acometimiento de los moros.

E como los vnos estauan ya çerca de los otros para se encontrar, cuan grande fué el arrebatamiento que ovieron los moros para acometer, tan grande e mayor fué para boluer las espaldas; e luego, syn esperar los primeros encuentros, se pusieron en huyda. Y el conde y el alcayde de los donzeles fueron contra ellos, matando ℭ catiuando, fasta vn lugar que se llama Çexna, que es çinco leguas de Luçena; e tomaron toda la caualgada que los moros desanpararon. La nueva deste desbarato vino a don Alonso de Aguilar, que estaua en la çibdad de Antequera, e caualgó luego con la gente de cavallo que pudo aver, e pósose en el atajo de los moros que yvan huyendo, e cativó ℭ mató muchos dellos.

En aquel lugar se fallaron muertos fasta mill moros, allende de los que murieron en otras partes; e fué preso el rey de Granada, [e murieron algunos alcaydes e cabeceras del reyno de Granada], en espeçial murió el Alatar, que era alcayde e capitán de Loxa; ℭ fué tomado el recuaje que trayan, ℭ fueron traídos presos a las villas de Luçena ℭ de Aguilar muchos dellos. E fueron tomadas nueve vanderas, las quales, con la cabeça de vn rey puesta en una cadena, el Rey e la Reyna dieron facultad quel conde truxese en el escudo de sus armas, e en las orlas que están en çyrcuyto del escudo.

Cogido el despojo, ℭ traydo el rey moro ante el conde de Cabra, visto como poco antes la fortuna le dió poder de rey, y el ynfortunio le puso tan presto en estado de subjeto, por le consolar, le dixo que si como ome discreto consyderase el presuroso mouimiento de las cosas vmanas, ni la prosperidat que poco antes tovo le devía alterar, ni la aduersidat que tan presto le vino le devía entristeçer. Porque asy como el bien pasado no tuvo firmeza, así el mal presente se puede mudar. E con estas ℭ semejantes palabras consolándole, ℭ guardándole la honrra que devía como a rey, lo llevó preso a la su villa de Baena.

Sabido por los moros este desbarato, ℭ cómo su rey era preso, algunos

caualleros de aquel reyno que le obedeçían por rey se tornaron a la obidiençia del rey su padre.

De la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 61 y 69).

## CAPITULACIÓN PARA LA ENTREGA DE GRANADA

*La España mora ha quedado reducida a la ciudad de Granada y a las Alpujarras. El último reducto del Islam en la Península sufre un largo asedio. Los musulmanes se defienden con heroísmo. Es posible prolongar la resistencia, pero no cabe ya torcer el destino. Ninguna fuerza humana puede ya liberarles, y capitulan. Lo hacen en tan honrosas condiciones que salvan su fe, sus mezquitas, sus bienes, sus justicias, sus derechos y sus libertades, y conservan la potestad de emigrar al otro lado del mar, con sus hermanos de religión, cuando mejor les plugiera. De haberse cumplido esas capitulaciones, Granada hubiera continuado siendo un hogar islámico en la Andalucía cristiana. Esa situación era incompatible con la unidad suprema de España; de una España que la lucha con el Islam había dividido en reinos diversos, separados por ocho siglos de vida independiente, por intereses, por tradiciones, por instituciones y por políticas internacionales encontradas. Antes o después, los reyes españoles habrían incumplido, sin remedio, tales capitulaciones; como los emires cordobeses desconocieron, al cabo, las que firmaron los conquistadores islamitas del reino godo y como han incumplido e incumplirán aún los jefes de Estado de todos los tiempos y países cuantos pactos parejos a los granadinos se han firmado en el pasado o se firmarán en el porvenir. Las capitulaciones de Granada dejaron de cumplirse muy pronto, porque los Reyes Católicos, ante la débil trabazón que su unión personal daba a sus reinos, a falta de otro fundente más activo, buscaron en la unidad religiosa el reactivo necesario para provocar la fusión de los diversos pueblos españoles. No cabe, por ello, tomarles estrecha cuenta de su conducta. Ni a España misma, que apoyó tal política, porque ella y ellos obraban al dictado de fuerzas que la pugna con el Islam había acumulado y porque se movían guiados por el instinto vital que reclamaba, como tarea inaplazable, el cuajar de la nación hispana.*

FECHA EN EL REAL DE LA VEGA DE GRANADA A 25 DÍAS DEL MES DE NOVIEMBRE DE 1491 AÑOS

Las cosas que por mandato de los muy altos e muy poderosos e muy esclarecidos príncipes el rey e la reina nuestros señores fueron asentadas con el alcaide Bulcacin el Muley, en nombre de Muley Baaudili, rey de Granada, e por virtud de su poder que del dicho rey mostró firmado de su nombre e sellado con su sello son las siguientes:

Primeramente es asentado quel dicho rey de Granada e los alcaldes e alfaquíes, alcadis, alguaciles, sabios, moftíes, viejos e buenos hombres y

comunidad, chicos e grandes de la dicha cibdad de Granada, e del Albaicín e sus arrabales, hayan de entregar e entreguen a sus Altezas o a su cierto mandado pacíficamente y en concordia realmente y con efecto dentro de sesenta días primeros siempre que se cuenten desde veinte y cinco días del mes de noviembre que es el día del asiento de esta capitulación las fortalezas del Alhambra, e del Alhaizan e puertas e torres de la dicha Alhambra e Alhaizan, e las puertas de la dicha cibdad e del Albaicín, e de sus arrabales e las torres de dichas puertas e las otras puertas de la dicha cibdad apoderando a sus Altezas o sus capitanes o gentes a cierto mandado en lo alto e bajo de todo ello a toda su libre e entera e real voluntad. E que sus Altezas manden a sus justicias que non consientan nin den lugar que cristiano alguno suba en el muro que es entre el Alcazaba y el Albaicín, porque non descubran las casas de los moros e que si subieren sean castigados. E así mismo que dentro del dicho término darán e prestarán a sus Altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad e farán e cumplirán todo lo que buenos e leales vasallos deben e son obligados a rey e reina e señores naturales, e por la seguridad de la dicha entrega entregará el dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides e otras personas susodichas a sus Altezas un día antes de la entrega de la dicha Alhambra, en este real, en poder de sus Altezas quinientas personas con el alguacil Yuzaf ben Cominja, de los hijos e hermanos de los principales de la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales, para que estén en rehenes en poder de sus Altezas por término de diez días, en tanto que las dichas fortalezas del Alhambra e Alhaizan se reparan e proven e fortalecen. E cumplido el dicho término que sus Altezas hayan de entregar e entreguen libremente los dichos rehenes al dicho rey de Granada, e a la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales. E que durante el tiempo que los dichos rehenes estuvieren en poder de sus Altezas los mandaran tratar muy bien, y los mandaran dar todas las cosas que para su mantenimiento hobiesen menester. E que cumpliéndose las cosas susodichas e cada una dellas según e en la manera que aquí se contienen, que sus Altezas e el señor príncipe don Juan, su hijo, e sus descendientes tomarán e recibirán al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides etc. machos e hembras e vecinos de la dicha cibdad de Granada e del dicho Albaicín e sus arrabales e villas e logares de su tierra e de las Alpujarras e de las otras tierras que entran en este asiento e capitulación de cualquier estado o condición que sean, por sus vasallos e súbditos e naturales e de su amparo e seguro e defendemiento real; e les dejarán e mandarán dejar en sus casas e faciendas e bienes muebles e raíces agora e en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño sin desaguisado alguno contra justicia, nin les sea tomado cosa alguna de lo suyo, antes serán de sus Altezas e de sus gentes honrados e favorescidos e bien tratados como servidores e vasallos suyos.

2º Item, es asentado e concordado que al tiempo que sus Altezas mandaren recibir e recibieren la dicha Alhambra, manden que sus gentes entren por las puertas de Bib Alachar e por Bignedi e por el campo fuera de la

dicha cibdad por donde paresciere a sus Altezas, e que non entren por de dentro de la dicha cibdad la gente que ha de ir a recibir la dicha Alhambra al tiempo de la dicha entrega.

3º Item, es asentado y concordado quel día que fueron entregadas a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan, e puertas e torres de la dicha Alhambra y Albaicín, e de sus arrabales e las torres de las dichas puertas e las otras puertas de la tierra de la dicha cibdad, segund dicho es, que sus Altezas mandarán entregar su hijo que está en poder de sus Altezas en Moclin, y el dicho día pornán en toda su libertad en poder del dicho rey a los otros rehenes moros que con el dicho infante entregaron, que están en poder de sus Altezas e a las personas de sus servidores e servidoras que con ellos entraron, que non se hayan tornado cristianos.

4º Item, es asentado e concordado que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás dejarán vivir al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides etc. chicos e grandes e estar en su ley e non les mandarán quitar sus algimas, o zumaas e almuédanos, e torres de los dichos almuédanos para que llamen a sus azalaes, e mandarán dejar a las dichas algimas sus propios e rentas como agora los tienen e que sean juzgados por su ley xarazina con consejo de sus alcadís, según costumbre de los moros, e les guardarán e mandarán guardar sus buenos usos y costumbres.

5º Item, es asentado e concordado que non les tomarán nin mandarán tomar sus armas e caballos, nin otra cosa alguna agora nin en tiempo alguno para siempre jamás, escepto todos los tiros de pólvora grandes y pequeños que han de dar y entregar luego a sus Altezas.

6º Item, es asentado y concordado que todas las dichas personas, hombres, mugeres, chicos e grandes de la dicha cibdad e del dicho Albaicín e sus arrabales e tierras de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entrasen en este partido e asiento que se quisieren ir a vivir a allende e a otras partes que quisieren, que puedan vender sus faciendas y bienes mueobles e raíces a quien quisieren; e que sus Altezas e sus descendientees agora e en tiempo alguno para siempre jamás non puedan vedar nin vieden a persona alguna que los quieran comprar: e que si sus Altezas los quisieren que ge los den pagándolos y comprándolos por su dinero antes que a otro.

7º Item, es asentado e concordado que a las dichas personas que así quisieren ir a vivir allende les manden fletar de aquí a setenta días primeros siguientes diez navíos grandes en los puertos de sus Altezas que los pidieren para que los que desde luego quisieren pasar, e que los harán llevar libre e seguramente a los puertos de allende donde acostumbran a desembarcar los mercaderes sus mercaderías e que desde en adelante por término de tres años primeros siguientes les mandaren dar a los que durante el dicho término se quisieren pasar allende, navíos en que pasen, los cuales les mandarán dar puestos en los puertos de sus Altezas que los pidieren; cada e cuando que durante el dicho término de los dichos tres años se quisieren pasar, siendo primeramente requeridos sus Altezas para que den los dichos navíos cincuenta días antes del término en que hayan de pasar.

E que así mismo los harán llevar a los dichos puertos seguros donde acostumbran a desembarcar los dichos mercaderes, e que por el término de los dichos tres años sus Altezas no les mandarán llevar ni lleven por el dicho pasage o flete de los dichos navíos, derechos nin otra cosa alguna. E que si después de cumplidos los dichos tres años en cualquier tiempo para siempre jamás se quisiesen pasar allende, que sus Altezas les dejen pasar e que por el pasage no les hayan de llevar nin lleven más de una dobla por cabeza; e que si los dichos bienes que así tienen en la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales e tierras en las dichas Alpujarras o en las otras tierras que entraren en este partido e asiento, non los pudieren vender que puedan poner e pongan sus curadores por sí en los dichos bienes o los pongan en poder de algunas personas que cojan e reciban los justos o rentas dellos; e lo que ansí rindieren, que lo puedan enviar e envíen allende o donde quiera questuviesen sin embargo alguno.

8º Item, es asentado e concordado que agora, nin en tiempo alguno sus Altezas nin el dicho señor Príncipe, ni sus descendientes non hayan de apremiar, nin apremien a los dichos moros, así a los que hoy son vivos como los que de ellos sucedieren a que traigan señales.

9º Item, es asentado e concordado que sus Altezas por facer bien e merced al dicho rey Muley Baaudili e a los vecinos de la dicha cibdad de Granada e del Albaicín e de sus arrabales, les harán merced por tres años primeros siguientes que comiencen desde el día de la fecha deste asiento e capitulación, de todos los derechos que solían pagar por sus casas e heredades, con tanto que hayan de dar e pagar e den e paguen a sus Altezas los diezmos del pan e panizo, e ansí mismo el diezmo de los ganados que hobieren al tiempo de diezma en los meses de abril e mayo.

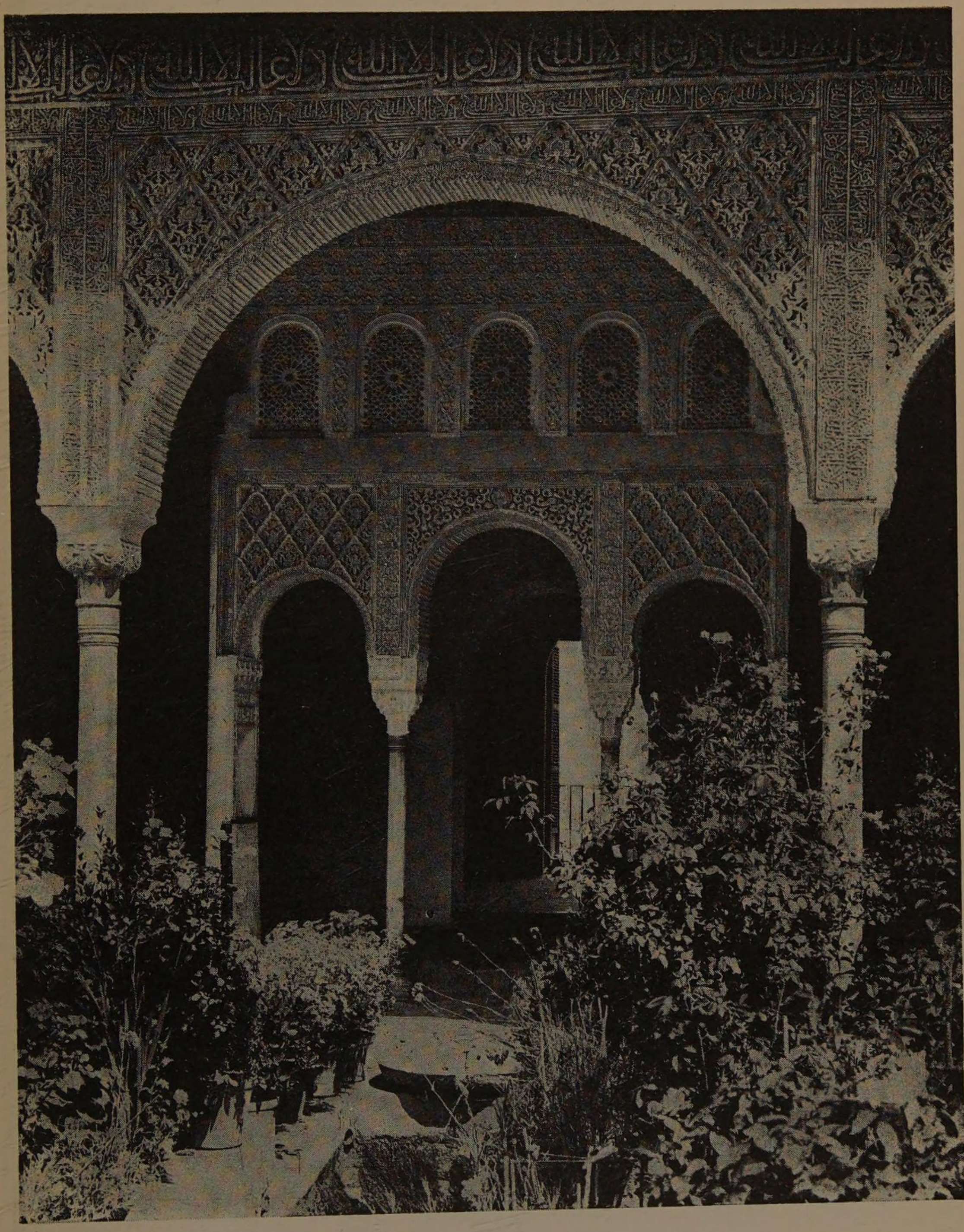
10. Item, es asentado y concordado quel dicho rey Muley Baaudili e las otras susodichas personas de la dicha cibdad e Albaicín e sus arrabales e tierras e Alpujarras e de las otras tierras que entran en este dicho asiento e partido, hayan de entregar e dar e den e entreguen a sus Altezas luego al tiempo de la dicha entrega libremente sin costa alguna todos los captivos e captivas cristianas que tienen en su poder o en otros países.

11. Item, es asentado e concordado que sus Altezas non les hayan de tomar nin tomen al dicho rey Muley Baaudili e a las otras dichas personas sus hombres nin bestias para ningún servicio, salvo a los que querrán ir a su voluntad, pagándoles su justo jornal e salario.

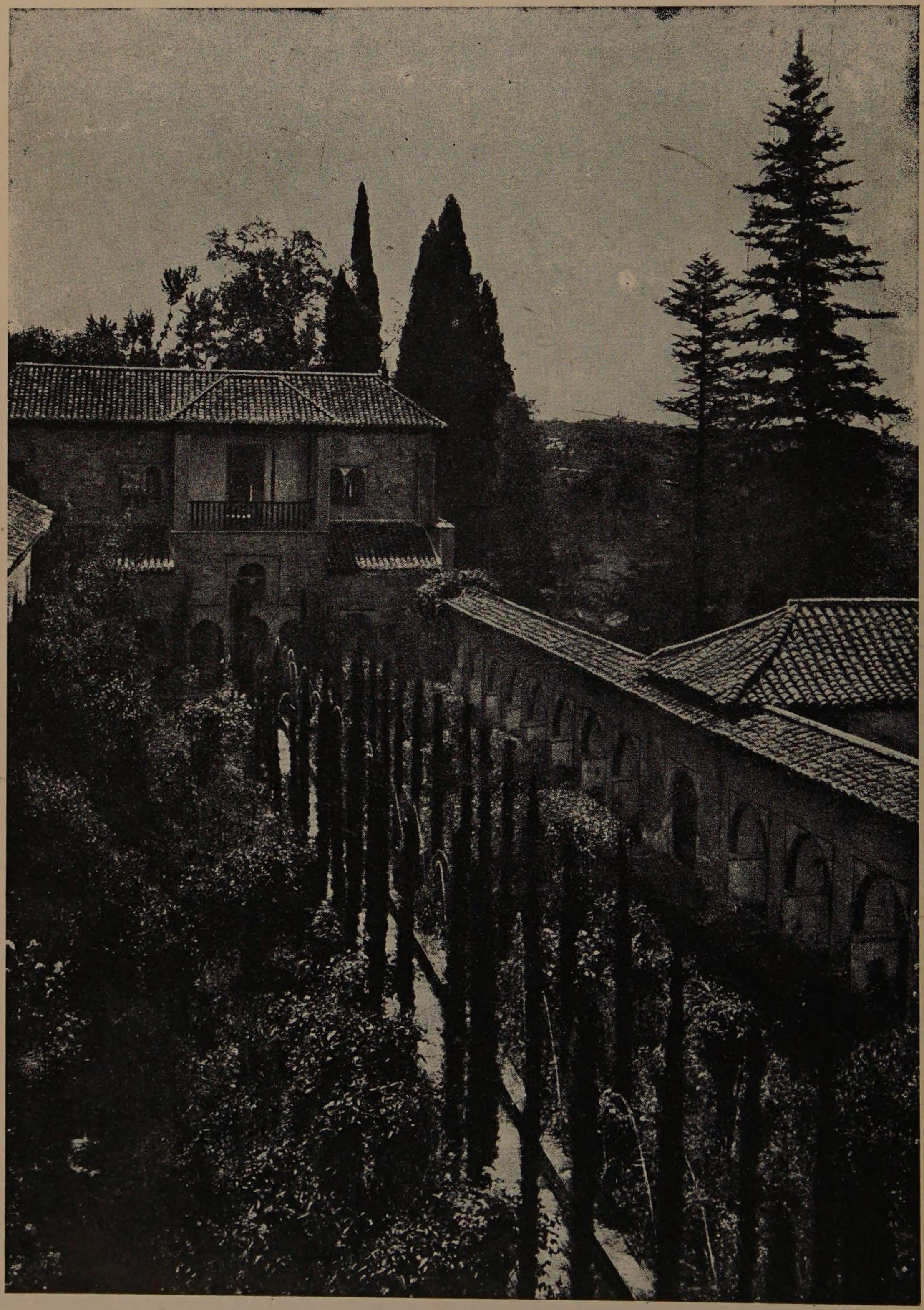
12. Item, es asentado e concordado que ningún cristiano sea osado de entrar en casa de oración de los dichos moros, sin licencia de los alfaquíes, e que si entrare sea castigado por sus Altezas.

13. Item, es asentado e concordado que ningún judío non sea recabdador, nin receptor nin tenga mando con jurisdicción sobre ellos.

14. Item, es asentado e concordado quel dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides, etc., de la dicha cibdad de Granada e de dicho Albaicín e sus arrabales e tierras e de las dichas Alpujarras e de las otras partes que entraron en este partido e asiento, que serán honrados e mirados de sus

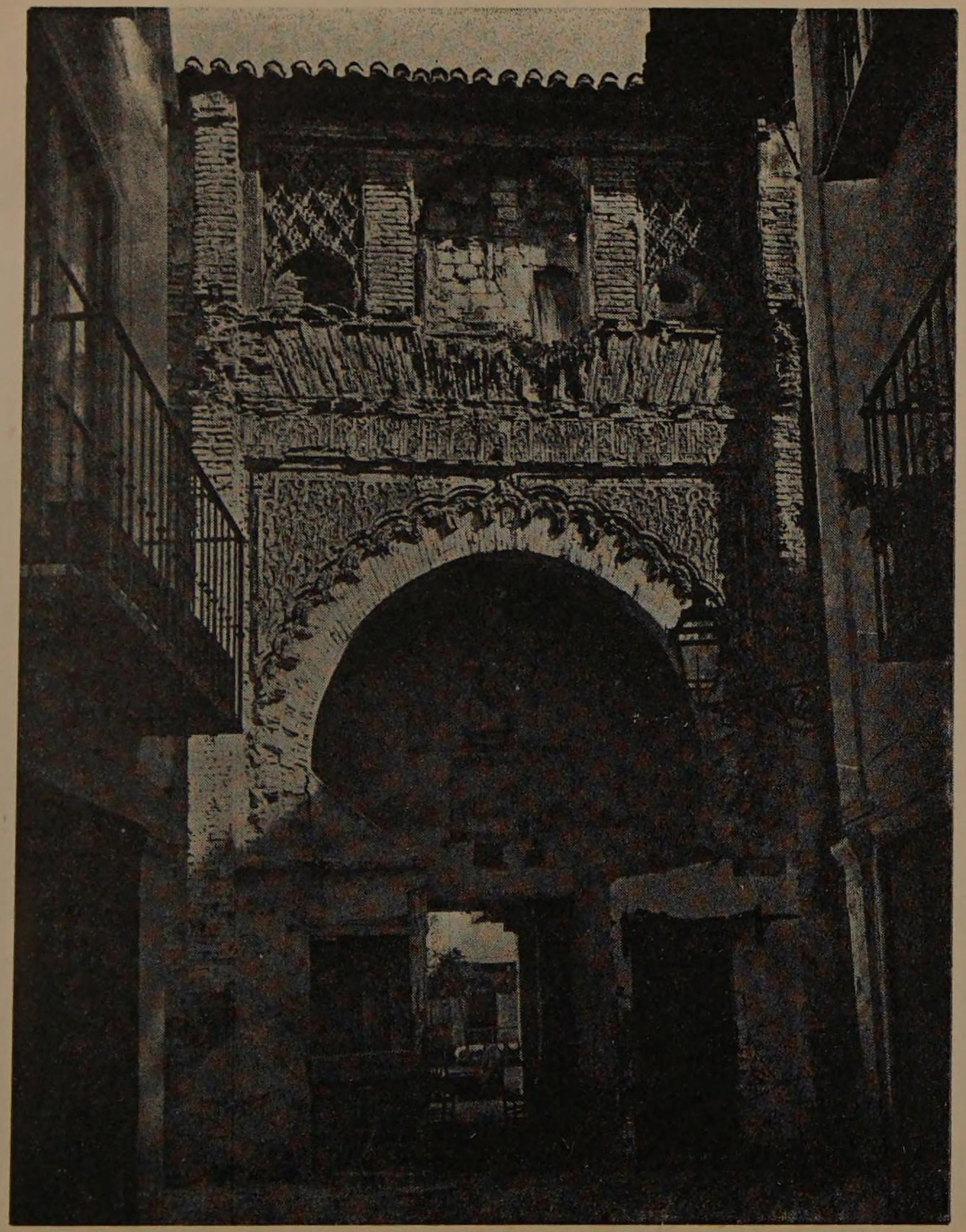


Granada. Generalife. Entrada a la Galería de Retratos.

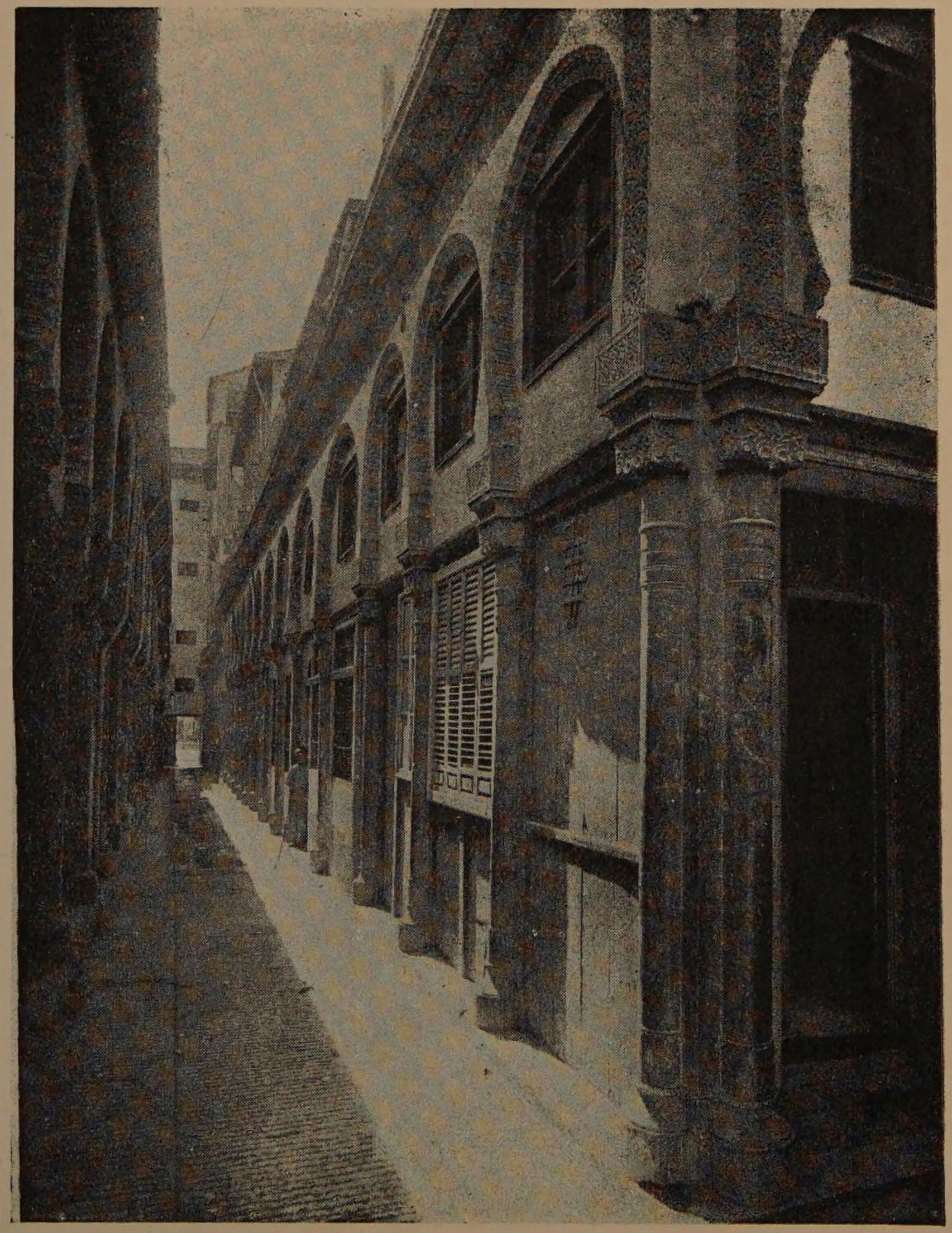


Granada. Jardines del Generalife.

Los jardines del Generalife desde la Galería de Retratos.



Granada. Antigua Alhóndiga. Casa del Carbón.



Granada. Alcaicería.

Altezas, e sus dichos oídos e guardados sus buenos usos e costumbres e que sean pagados a los alcaides e alfaquíes sus quitaciones e derechos e franquezas e todas las otras cosas e cada una de ellas segund e en la manera que lo que hoy tienen e gozan e deben gozar.

15. Item, es asentado e concordado que si debate o cuestión hobiere entre los dichos moros, que sean juzgados por su ley xaracina, e por sus alcadis segund costumbre de los moros.

16. Item, es asentado e concordado que sus Altezas non manden echar huéspedes, nin sacar ropas, nin aves, nin bestias, de las casas de los dichos moros, nin tomar dellos sus Altezas, nin sus gentes contra su voluntad, salas, nin convites, nin yantares, nin otros desafueros ningunos.

17. Item, es asentado e concordado que si algún cristiano entrare por fuerza en casa de algún moro, que sus Altezas manden a las justicias que procedan contra él.

18. Item, es asentado y concordado que en lo de las herencias de los dichos moros, se guarde la orden o se juzguen por sus alcadis segund la costumbre de los dichos moros.

19º Item, es asentado e concordado que todos los vecinos e moradores de las villas e logares de la tierra de dicha cibdad e de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entraren en este dicho asiento e capitulación, e de las otras tierras que vinieren a servicio e obediencia de sus Altezas treinta días después de la dicha entrega gozen deste asiento e capitulación ecepto de los dichos tres años de franqueza.

20. Item, que las rentas de las dichas algimas o cofradías e otras cosas dadas para limosnas e las rentas de las escuelas de abezar mochachos queden a la gobernación de los alfaquíes; e que las dichas limosnas las puedan gastar e distribuir como los dichos alfaquíes vieren que conviene o es menester, e que sus Altezas non se entremetan en cosa alguna de las dichas limosnas nin gelas puedan tomar nin embargar agora nin en tiempo alguno para siempre jamás.

21. Item, que ninguna justicia non pueda proceder contra la persona de ningund moro por el mal que otro hobiere fecho e que non padezca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo, salvos quien ficiere el mal quelo pague.

22. Item, que sus Altezas manden perdonar e perdonen a los moros de los logares que fueron en prender alcaide de Hamete Aboali los cristianos e moros que allí mataron; e todas las cosas que allí tomaron que non les sean demandadas en tiempo alguno.

23. Item, que sus Altezas manden perdonar a los moros de Alcabtyl todas las cosas que han hecho o cometido contra el servicio de sus Altezas tan de menester de hombres como en otra cualquiera manera.

24. Item, que si algund moro estoviere captivo y se fuyere a la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales, e a las otras partes del dicho asiento, que sean libres e que las justicias nin sus dueños non puedan proceder contra dellos non seyendo de las islas, nin Canarios.

25. Item, que los dichos moros non hayan de dar nin den nin paguen a sus Altezas más derechos de aquellos que acostumbraban dar e pagar a los reyes moros.

26. Item, que si cualquier de los vecinos naturales de la dicha cibdad e su Albaicín e sus arrabales e tierras e de las Alpujarras e de las otras dichas partes que estovieren allende que tengan término de tres años primeros siguientes para venir e gozar de todo lo convenido en este asiento e capitulación.

27. Item, que si algunos cativos cristianos hobieren pasado o vendido a allende que estén fuera de su poder, que non sean obligados a los tomar nin menos a volver lo que por ellos les hobieren dado.

28. Item, que si el dicho Muley Baaudili o los dichos sus alcaides o algunos de los dichos vecinos naturales de la dicha cibdad de Granada o Albaicín e sus arrabales e de las Alpujarras e de las otras dichas partes que se pasaron allende no les agradare la estada allá, que tengan término de tres años para se volver e gozar de todo lo capitulado.

29. Item, que todos los mercaderes de la dicha cibdad y su Albaicín e arrabales e tierras de las dichas Alpujarras de las otras partes que entraren en este asiento e capitulación puedan ir e venir allende e contratar sus mercaderías salvos e seguros, e puedan andar e tratar por todas las tierras e señoríos de sus Altezas e que non paguen mas derechos, nin rodas, nin castillerías de las que pagan los cristianos.

30. Item, que si algund moro toviere alguna cristiana por muger que se haya tornado mora, que non la puedan tornar cristiana sin voluntad della; e que sea preguntada si quiere ser cristiana en presencia de cristianos e moros; e que en lo de los hijos e hijas nacidos de las romias se guarden los términos del derecho.

31. Item, que si algund cristiano o cristiana se hobieren tornado moro e mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osada de los amenguar sin baldonar en cosa alguna, y que si lo hicieren sean castigados por sus Altezas.

32. Item, que a ningún moro nin mora non fagan fuerza a que se torne cristiano nin cristiana.

33. Item, que si alguna mora casada o viuda o doncella se quisiere tornar cristiana por amores, que non sea recibida hasta que sea preguntada e amonestada por los dichos términos del derecho, e que si algunas joyas e otras cosas sacare fortiblemente de casa de su padre, o de sus parientes, o de otras personas, que sean vueltas e restituídas a poder de cuyas fueren, e que las justicias procedan contra quien las hurtare como de justicia deben.

34. Item. que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non pedirán nin consentirán que se pida, no mandarán tomar ni volver a dicho rey Muley Baaudili, nin a sus servidores e criados, nin a las otras dichas personas de la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales e villas e logares de su tierra e de las dichas Alpujarras e de las otras partes que entraren en este dicho asiento todo lo que tomaron en tiempo de las guerras, de caballos,

e bestias, e ropa, e ganado mayor a menor, e plata, e oro, e otras cualesquier cosas, ansí a cristianos como a moros mudéjares o a otros cualesquier moros, nin las heredades que de los dichos moros han tomado; e puesto que al que conozca cualquier cosa de lo que le ha sido tomado, que no tenga poder para lo pedir e que si lo pidiere que sea castigado por ello.

35. Item, que si fasta aquí algund moro hobiere amenguedo o ferido o denostado a algund captivo o captiva cristiano teniéndolo en su poder, que non les sea demandado agora nin en ningund tiempo.

36. Item, que de las hazas e tierras realengas non paguen más derechos después de cumplidos los tres años de la dicha franqueza de aquellos que segund su valor justa e derechamente debieren pagar segund las tierras comunes.

37. Item, que esta misma orden se tenga en las heredades de los caballeros e alcaides moros para que non hayan de pagar nin paguen más derechos de aquellos que justa e derechamente deban pagar segund las dichas tierras comunes.

38. Item, que a los judíos naturales de la dicha cibdad de Granada e del Albaicín e sus arrabales e de las otras dichas tierras que entraren en este partido o asiento, gocen deste mismo asiento o capitulación, e que los judíos que antes eran cristianos que tengan término de un mes para se pasar allende.

39. Item, que los gobernadores e alcaides e justicias que sus Altezas mandaren poner en la dicha cibdad e Albaicín e en las otras tierras que entraren en este asiento e capitulación, sean tales que los sepan bien honrar e tratar e les guarden todo lo capitulado. E si alguno de ellos ficiere cosa non debida, que sus Altezas los manden castigar y poner otros en su lugar que los traten bien y como deben.

40. Item, que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non podrán nin demandarán al dicho rey Muley Baaudili nin a ninguno de los dichos moros cosa alguna que hobiesen fecho en cualquier manera hasta el día del cumplimiento del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra que es durante el dicho término de los dichos sesenta días en que la dicha Alhambra e otras fuerzas han de ser entregadas.

41. Item, que ningund caballero nin alcaide nin criado de los que fueron del rey qùe fué de Guadix non tengan gobernación nin mando sobre ellos.

42. Item, que si hobiere algund debate entre cristiano o cristiana con moro o mora quel dicho debate sea determinado teniendo presente un alcaide cristiano e otro alcadi moro, porque ninguno non se queje de lo que fuere juzgado e determinado entre ellos.

43. Item, que de todo lo que dicho es les manda dar sus Altezas al dicho rey Muley Baaudili a la dicha cibdad de Granada el dia que entregaren a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan e puertas e torres como dicho es sus cartas de privileyos fuertes e firmes rodados e sellados con su sello de plomo, pendientes en filos de seda, e confirmado del dicho señor

Príncipe su hijo e del reverendísimo cardenal Despaña e de los maestres de los órdenes e de los perlados, arzobispos e obispos e Grandes e Duques e Marqueses e Condes e adelantados e notarios mayores de todas las cosas aquí contenidas, para que valan e sean firmes e valederas agora e en todo siempre para siempre jamás segund en la manera que aquí se contiene.

44. Item, que sus Altezas por facer bien e merced al dicho rey Muley Baaudili e a las otras dichas personas vecinos e moradores de la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales, e de las alcanias de su tierra que están en estos reinos, libremente sin costa alguna e sin pagar derechos por los dichos captivos e captivas de alhaquería, nin otros derechos en los puertos, nin en otras partes, los cuales sus Altezas manden entregar en esta manera: los captivos e captivas moros e moras de la dicha cibdad e del dicho Albaicín e sus arrabales e de las dichas alcanias de su tierra, que están en el Andalucía dentro de cinco meses primeros siguientes, y los captivos moros e moras que están en Castilla de aquí a ocho meses primeros siguientes, e que dos días después de haber entregado los captivos cristianos a sus Altezas les hayan de entregar doscientos captivos moros e moras, los ciento de los que están por rehenes e los otros ciento de los que no están por rehenes.

45. Item, que al tiempo que sus Altezas mandaren entregar a la dicha cibdad e Albaicín los cien captivos e los cien rehenes moros que sus Altezas manden entregar a su hijo de Albadramyn que está en poder de Gonzalo Fernández, y a Hormin que está en poder del conde de Tendilla, y a Ben Reduan, que está en poder del conde de Cabra, y a su hijo del Modim e a su hijo del alaquí Hadem, y a los cinco escuderos que se perdieron de Abraen Abencerraje sabiendo donde están.

46. Item, que cualquier lugar de las Alpujarras que se levantaren por sus Altezas hayan de entregar y entreguen a sus Altezas todos los cativos e cativas cristianos que tienen sin que sus Altezas les den por ellos cosa alguna quince días después que se levantaren por sus Altezas; e que si algunos cativos cristianos tovieren por rehenes, que los den e entreguen al dicho término, y que sus Altezas les manden dar sus cartas de justicia para que les sean dados sus rehenes moros que tales cristianos tienen.

47. Item, que sus Altezas manden dar y den seguro para todos los navíos de allende que agora están en los puertos del reino de Granada, para que se puedan ir seguramente, non llevando nin enviando desde agora ningún cativo, ni cativa cristianos; e que persona alguna non les faga mal nin daño nin desaguisado alguno, nin les tomen cosa alguna de lo suyo; e que si pasaren e enviaren los dichos cativos cristianos e cristianas, quel dicho seguro non les valga; e que al tiempo que pasaren sus Altezas puedan mandar y manden a uno o dos cristianos, que entren en cada navío a requerir si llevan algund cristiano o cristiana.

Nos el rey e la reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, etc., por la presente seguramos e prometemos de tener e guardar, e cumplir todo

lo contenido en esta capitulación, en lo que a Nos toca e incumbre realmente e con efecto a los plazos e términos, e segund en la manera que en esta capitulación se contiene, e cada cosa e parte dello sin fraude alguno. E por seguridad dello mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres e sellada con nuestro sello. Fecha en nuestro Real de la Vega de Granada a 25 días del mes de noviembre, año 1491. Yo el rey. = Yo la reina. = Yo Fernando de Zafra, secretario del Rey e de la reina nuestros señores la fice escribir por su mandato.

## CAPITULACIÓN SECRETA

### FECHA EN EL REAL DE LA VEGA DE GRANADA A 25 DIAS DE NOVIEMBRE DE 1491

Las cosas que por mandado de los muy altos e muy poderosos e muy esclarecidos príncipes el rey e la reina nuestros señores, fueron asentadas e concordadas con el alcaide Bulcacin el Muleh, en nombre de Muley Baaudili rey de Granada, e por virtud de su poder que del dicho rey mostró, firmado de su nombre e sellado de su sello, demás de las cosas que fueron asentadas e concordadas por el escriptura de asiento e capitulación de la cibdad de Granada, son las siguientes:

Primeramente es asentado e concordado quel dicho rey de Granada e los alcaides e alfaquíes e alcadis, e alguaciles, moftíes, viejos e buenos hombres e comunidad, chicos e grandes de la cibdad de Granada e del Albaicín e sus arrabales hayan de entregar e entreguen a sus Altezas o a su cierto mandado pacíficamente y en concordia, realmente e con efeto, dentro de sesenta y cinco días primeros siguientes que se cuenten desde 25 días deste mes de noviembre, que es el día del asiento desta escriptura e capitulación, las fortalezas del Alhambra e Alhaizan e puertas e torres, e otras puertas de la dicha cibdad o de la tierra della, e de las otras puertas que sus Altezas han de haber, e entran en este dicho asiento e capitulación, apoderando a sus Altezas o a sus capitanes e gentes e cierto mandado, en lo alto e en lo bajo de todo ello, a toda su libre e entera e real voluntad. E darán e prestarán a sus Altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad, e farán e cumplirán todo lo que buenos o leales vasallos deben e son obligados a su rey e reina e señores naturales. E para la seguridad de la dicha entrega, entregará e dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides e otras personas susodichas a sus Altezas un día antes de la entrega de dicha Alhambra, en este real en poder de sus Altezas quinientas personas con el alguacil Yuzaf Aben Cominja, de los hijos o hermanos de los principales de dicha cibdad, e su Albaicín e arrabales, para que estén en rehenes en poder de sus Altezas por término de diez días en tanto que las dichas fortalezas del Alhambra e Alhaizan se reparen e proveen e fortalecen: e cumplido el dicho término que sus Altezas hayan de entregar

e entreguen libremente los dichos rehenes al dicho rey de Granada, e a la dicha cibdad, e su Albaicín e arrabales, e que durante el tiempo que los dichos rehenes estovieren en poder de sus Altezas, les mandarán tratar muy bien e les mandarán dar todas las cosas que para su mantenimiento hobieren menester; e que cumpliéndose las cosas susodichas e cada una de ellas segund en la manera que aquí se contienen, que sus Altezas e el señor príncipe don Juan su fijo e sus descendientes tomarán e recibirán al dicho rey Muley Baaudili, e a los dichos alcaides, alcadis, alfaquíes, sabios, moftíes, alguaciles y caballeros, e escuderos e comunidad chicos e grandes, machos e hembras, vecinos de la cibdad de Granada, e del dicho Albaicín, e de sus arrabales e villas e logares de su tierra e de las Alpujarras e de las otras tierras que entraren en este asiento e capitulación de cualquier estado o condición que sean, por sus vasallos, e súbditos, e naturales e so su amparo e seguro e defendimiento Real, e les dejarán e mandarán dejar e sus casas e faciendas e bienes muebles e raíces agora e en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño nin desaguisado alguno contra justicia, nin le será tomada cosa alguna de lo suyo; antes serán de sus Altezas e de sus gentes honrados e favorescidos e bien tratados como servidores e vasallos suyos.

2º Item, es asentado e concordado quel día que fuesen entregadas a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan e otras fuerzas e puertas segund dicho es, que sus Altezas mandarán entregar al dicho rey Muley Baaudili libremente al infante su fijo que está en poder de sus Altezas e a las personas de sus servidores e servidoras que con ellos entraron que non se hayan tornado cristianos.

3º Item, es asentado e concordado que cumpliendo el dicho rey Muley Baaudili las cosas susodichas segund que aquí se contienen, que sus Altezas hayan de facer e fagan merced al dicho rey Muley Baaudili por juro de heredad para siempre jamás, para él e para sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores de las villas e logares de las tahas de Verja, e Dalia, e Marxena, e el Bolloduf e Luchar, e Andrax e Subilis, e Uxixar e Orgiba e el Jubeyel e Poqueyra, e de todos los pechos e derechos e otras rentas en cualquier manera a sus Altezas pertenescientes en las dichas tahas así poblado como despoblado, e de todas las herencias en las dichas villas e lugares de las dichas tahas a sus Altezas pertenecientes, para que sea todo suyo e de los dichos sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores, por juro de heredad para siempre jamás, e para que pueda gozar e goce de todas las dichas rentas e diezmos e pechos e derechos e rentas e herencias e de la justicia de las dichas villas e logares, como señor de todo ello, como buen vasallo e súbdito de sus Altezas, agora e en todo tiempo para siempre jamás sin que ninguno le pueda quitar de ello, salvo que sea todo propio del dicho rey Muley Baaudili, e que lo pueda todo vender, empeñar, e facer e desfacer de todo ello todo lo que quisiere; contando que cuando lo quisiere vender o enagenar sean primeramente requeridos sus Altezas si lo quieren comprar; e si comprarlo quisieren le manden dar sus Altezas por

ello lo que entre sus Altezas y el dicho rey fuere convenido. E si sus Altezas non lo quisieren comprar, que lo dejen vender a quien quisiere e por bien toviere. E que sus Altezas puedan labrar e tener la fortaleza de Adra e otras cualesquier fortalezas e torres en la costa de la mar, donde quisieren e por bien tovieren. E que si sus Altezas quisieren labrar la dicha fortaleza de Adra junto con el agua en el puerto de Adra que en tal caso la dicha fortaleza de Adra quede para el dicho rey Muley Baaudili, después de reparada e fortalecida la dicha fortaleza que sus Altezas quisieren labrar en el dicho puerto a par de agua. E que en tanto que se labra y fortalece tengan la dicha fortaleza de Adra sus Altezas, e que cosa alguna de la costa e gastos que entraren en la labor de las dichas fortalezas e torres que sus Altezas quisieren labrar e tener en la dicha ribera del mar, nin en la tenencia nin guarda de ellas non haya de pagar nin pague el dicho rey Muley Baaudili, salvo que todas las dichas rentas de las dichas tahas e tierras queden desembargadamente al dicho rey Muley Baaudili. E que si de algunas cosas de las mercedes susodichas sus Altezas hobieren fecho merced a otras algunas personas, que las tales mercedes non valgan e que sus Altezas las revocan e dan por ningunas e de ningund valor ni efecto, e que sus Altezas satisfagan si les plugiese a las tales personas e que las dichas mercedes que ansí sus Altezas las revocan e dan por ningunas e de ningún valor e efecto e que sus Altezas satisfagan si les plugiere a las tales personas. E que las dichas mercedes que ansí sus Altezas hacen al dicho rey Muley Baaudili sean valederas para agora e para siempre jamás, segund e en la manera que aquí se contienen, sin embargo nin contrario alguno.

4º Item, es asentado e concordado que hagan sus Altezas merced al dicho rey Muley Baaudili de treinta mil castellanos de oro en que montan 14 cuentos e 550,000 maravedís, los cuales sus Altezas mandarán pagar luego que les fuere entregada el Alhambra e las otras fuerzas de la cibdad de Granada, que se han de entregar al término susodicho.

5º Item, es asentado e concordado que sus Altezas hayan de facer e fagan asimismo merced al dicho rey Muley Baaudili de todos los heredamientos e molinos de aceite e huertas e tierras e hazas quel dicho rey hobo fasta en tiempo del rey Muley Abulhacen, su padre, y les tiene y posee así en los términos de la cibdad de Granada como en las Alpujarras, para que sea todo suyo e de sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores por juro de heredad para siempre jamás, e para que pueda vender e facer e desfacer por la vía e manera segund se contiene en lo de las dichas tahas, con tanto que non sean de las que los reyes de Granada tenían o poseían como reyes della.

6º Item, es asentado e concordado que sus Altezas hayan de facer y fagan asimismo merced a las reinas su madre y hermanas e a la reyna su muger e a la muger de Muley Bulnazar de todas sus huertas e tierras e hacias e molinos e baños e heredamientos que tienen en los dichos términos de la dicha cibdad de Granada e en las Alpujarras, para que todo sea suyo e de sus herederos e subcesores por juro de heredad para siempre jamás, y lo

puedan vender o traspasar e gozar segund e por la forma e manera que los dichos heredamientos del dicho rey.

7º Item, es asentado e concordado que todos los dichos heredamientos del dicho rey e de las dichas reynas e de la dicha muger del dicho Muley Bulnazar sean libres e francos de todos derechos, segund que fasta aquí lo eran para agora e siempre jamás.

8º Item, es asentado e concordado que den al dicho rey e a las dichas reynas las faciendas que tienen en Motril e así mismo que den a Alhaje Romayne la facienda que tiene en la dicha Motril para que le valgan e sean guardadas para agora e para siempre jamás segund que las otras mercedes susodichas.

9º Item, es asentado e concordado que si de aquí adelante después de firmado este dicho asiento cualesquier de las dichas villas e logares de las dichas tahas se dieren o entregaren a sus Altezas antes del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra, que sus Altezas lo manden tornar a restituir libremente al dicho rey Muley Baaudili e que sean por el dicho rey bien tratados.

10. Item, es asentado e concordado que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non mandarán tornar nin volver al dicho rey de Granada nin a sus servidores e criados lo que tienen tomado en su tiempo, ansí a cristianos como a moros, ansí de bienes como de heredades; e que si algunas de las heredades que ansí hayan tomado hobieren sus Altezas de mandar volver por algún asiento e capitulación que sus Altezas tengan con algunas personas, que sus Altezas paguen si les pluguiere a aquel que ansí tuviere la dicha heredad, y que sus Altezas mandarán que non tengan poder sobre esto ningund cristiano nin moro, ora sea mucho o poco, e que quien fuere contra ello que sus Altezas le manden castigar: que contra esto non sea juzgado por ninguna ley nin de cristianos nin de moros.

11. Item, es asentado e concordado que cada e cuando quel dicho rey Muley Baaudili e las dichas reynas e la dicha muger del dicho Bulnazar, e sus hijos e nietos e descendientes e sus alcaides e criados e sus mugeres e los de su casa, e sus criados e caballeros, e escuderos e otras personas, chicos e grandes de su casa se quisieren pasar allende, que sus Altezas les manden fletar agora e después de agora en cualquier tiempo para siempre jamás para en que pasen allende ellos e las dichas personas, machos e hembras, dos carracas de genoveses si las hobiere... (en éste y en los siguientes blancos está roto el papel) tiempo que se requisiesen pasar sino cuando las hobiere... les manden dar e den las dichas dos carracas libres e horras e francas de todos los fletes e derechos, para en que lleven sus personas e todos sus bienes e ropas e mercaderías, e oro, e plata e joyas e bestias e armas, non llevando tiros de pólvora nin grandes nin pequeños. E que por el embarcar e desembarcar nin por otra cosa les llevarán nin mandarán llevar sus Altezas los dichos derechos e fletes nin otra cosa alguna; e que les mandarán llevar seguros e honrados e guardados e bien tratados a cualquier puerto de los conoscidos de la mar e poniente de Alixandría o

de la cibdad de Túnez o de Orán o de los puertos de Fez donde más quisieren desembarcar.

12. Item, es asentado e concordado que si al dicho tiempo que pasaren non pudieren vender el dicho rey e los dichos sus fijos e nietos e biznietos e decendientes e las dichas reynas e la dicha su muger del dicho Muley Bulnazar e los dichos sus alcaides e criados e servidores algunos de los dichos sus bienes raíces que puedan dejar e dejen procuradores por si que cojan e resciban las rentas de ellos e lo que rendie... lo lleven libremente a las partes e tierras donde... ibre sin embargo alguno.

13. Item, es asentado e concordado que si el dicho rey Muley Baaudili quisiere enviar a algunos de sus criados e alcaides allende con mercaderías e otras cosas de sus rentas, que lo pueda enviar libremente sin que en la ida e estada e tornada le sea pedido cosa alguna.

14. Item, es asentado e concordado quel dicho rey pueda enviar a cualesquier partes de los reinos de sus Altezas seis acémilas francas por cosas para su mantenimiento e proveimiento, las cuales sean francas en todos los puertos donde sacaren o compraren lo que así truxieren para el dicho su mantenimiento o proveimiento; e que en las dichas cibdades, villas e logares nin en los puertos non les sean llevados derechos algunos.

15. Item, es asentado e concordado que saliendo el dicho rey Muley Baaudili de la dicha cibdad de Granada, que pueda morar e more donde quisiere de las dichas tierras que sus Altezas le facen merced e salga con sus criados e alcaides e sabios, e alcadis e caballeros e común que quisieren salir con él, e lleven a sus caballos e bestias e sus armas en sus manos como quisieren, e asimismo sus mugeres e criados e criadas chicos e grandes: que no les tomarán cosa alguna de todo ello ecepto los tiros de pólvora que han de quedar para sus Altezas segund dicho es, e que agora nin en ningund tiempo para siempre jamás a ellos nin a sus descendientes non les pongan señales en sus ropas nin en otra manera e gozen de toda las cosas contenidas en la capitulación de la dicha cibdad de Granada.

16. Item, es asentado y concordado que de todo lo que dicho es les mandan dar sus Altezas e den al dicho rey Muley Baaudili e a las dichas reinas e a la dicha muger de Muley Bulnazar el día que entregare a sus Altezas la dicha Alhambra e fuerzas segund dicho es sus cartas de privilejos fuertes e firmes rodados e sellados con su sello de plomo pendiente de filos de seda confirmado de dicho señor Príncipe don Juan su fijo e del reverendísimo cardenal Despaña e de los maestres de las órdenes e de los perlados e arzobispos e obispos e Grandes e Marqueses e Condes e adelantados e notarios mayores en forma de todas las cosas aquí contenidas para que valan e sean firmes e valederas agora e en todo tiempo para siempre jamás, segund e en la manera que aquí se contienen e que así... rey como a las dichas reinas y cualquier dellos sus Altezas manden dar su escriptura e privilegio por si a cada uno dellos de lo que le pertenesce.

Nos el rey e la reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, etc., por la presente seguramos e prometemos por nuestra fe e palabra real de

tener e guardar y cumplir todo lo contenido en esta capitulación, en lo que a Nos toca e incumbe realmente e con efeto a los plazos e términos, e segund en la manera que en esta capitulación se contiene, e cada cosa e parte della sin fraude alguno. E por seguridad de ello mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres e sellada con nuestro sello. Fecha en el nuestro Real de la Vega de Granada a 23 días del mes de noviembre, año 1491. — Yo el Rey. Yo la Reina. — Yo Fernando de Zafra, secretario del Rey e de la Reina nuestros señores la fice escribir por su mandado.

M. Lafuente, *Historia de España*, t. V, págs. 576-586

## GRANADA: FRUTA MADURA

*Todavía después de la firma de las capitulaciones y de la entrega de rehenes en garantía de la rendición de la ciudad, una voz que predicó la resistencia logró alborotar a las turbas granadinas. Consiguió aplacarlas "Boabdil" y el 2 de enero de 1492 entregó Granada a los Reyes Católicos. El conde de Tendilla subió a la Alhambra y ese mismo día la Cruz de Cristo y el pendón de Santiago ondearon en la más alta de las torres del último bastión de la España mora. Desde fines de abril del 711 hasta comienzos de enero de 1492 había durado la batalla entre las dos Españas, islamita y cristiana. Fue un duelo de cerca de ocho siglos entre Oriente y Occidente, librado en la Península más occidental de Europa. La lucha había sido áspera y enconada. La cristiandad hispana había servido durante ella de rodela a la Europa, en cuyas entrañas se gestaba el mundo moderno. Al-Ándalus superó militar y culturalmente, durante muchos siglos, a la España cristiana, y por tres veces recibió transfusiones sanguíneas de pueblos fuertes y jóvenes de Africa. Y, sin embargo, Oriente fue vencido y acabó siendo expulsado de la Península. Porque no obstante la pobreza, la tosquedad y la barbarie de los pueblos norteños de España, sin parangón posible con la rica, culta y refinada población islamita, sacudía a aquéllos una idea motriz de fuerza incalculable. Como fruto de la contienda, pronto se organizaron en los reinos cristianos comunidades políticas urbanas libres, que se regían a sí mismas, que amaban la libertad y que por conservarla supieron luchar y morir en el momento agudo de la crisis de la Reconquista, durante el siglo XII. Consiguieron luego salvar a la monarquía castellana, antes y después del año 1300, en su lucha con la nobleza ávida de privilegios y no de libertades. Y la Cruz de Cristo y el pendón de Santiago en lo alto de la Alhambra significaban, por ello, en consecuencia, tanto el triunfo de la Europa creadora y libre como el del cristianismo y el de España.*

## LOS REYES CATÓLICOS OCUPAN EL POSTRER BASTIÓN DEL ISLAM EN ESPAÑA

Pasaron julio, e agosto, e septiembre, e octubre, e noviembre, que nunca los moros se quisieron dar, y ya en el mes de diciembre, que no tenían qué comer, sino pocos mantenimientos, demandaron partido al Rey e a la Reyna, el qual se concertó entre el Rey y los moros en treinta días del mes de diciembre, de entregar todas las fortalezas, que ellos y el Rey Baudili tenían, e el Alhambra, a el Rey Don Fernando, que los dejase en su ley, e en lo suyo, e en este partido fueron conformes todos; e el Rey y la Reyna se lo otorgaron, con otras condiciones y capítulos, que se fuesen los que quisiesen, y donde quisiesen, e cuando quisiesen, e que les diesen pasaje, e diesen ellos todos los christianos cautivos, e los que habían pasado allende de tanto tiempo fasta allí; y en firmeza de esto, el común y caudillos de Granada, e el Rey Muley Baudili, junto con ellos, enviaron al real quatrocientos moros, chicos e grandes, personas de valor para rehenes, hasta que entregasen a Granada, conviene a saber, las fuerzas de ella; y los dichos rehenes entregados, como los moros son movibles e muy livianos en sus movimientos, e alboroto y agüero, creyeron muchos de ellos a un moro que se levantó por la ciudad, diciendo: "que habían de vencer ellos, ensalzando a Mahomad, e reptando el partido"; e andovo por la ciudad dando voces, e levantáronse con él más de veinte mil moros. E el Rey Baudili, desque vido el alboroto, no osó salir de la Alhambra a se lo resistir, hasta otro día, que era sábado, que salió al Albaycín, y mandó llamar los de aquel Concejo, e ellos vinieron alborotados, e preguntóles que qué era aquello, y ellos se lo contaron, y él les dijo su parecer, y amansólos lo mejor que pudo, diciendo: que ya no era tiempo de facer movimiento, lo uno por la necesidad en que estaban, la qual no daba lugar a se poder más sustentar, lo otro por los rehenes ser ya entregados, que mirasen bien el gran daño, y la muerte que tenían delante de sí, sin ningún remedio de socorro; a esto dicho, volvióse a su Alhambra. Y el concierto era, que las fuerzas de la ciudad se habían de entregar el día de los Reyes Magos, como dicho es; y el Rey Baudili viendo aquel impedimento de liviandad de los moros, e aquel alboroto, escribió al Rey Don Fernando todo el fecho del alboroto, e como los moros habían fecho movimiento en lo capitulado e asentado, como hombres de poco saber, y que él no se escedía ni desviaba de lo que había concertado; que antes suplicaba a su Alteza, que viniese luego sin más tardar a recibir el Alhambra, e no aguardase a los seis días de enero, pues tenía los rehenes, y sin embargo del alboroto, prosiguiese en lo primero asentado y capitulado. E el Rey e la Reyna, vista la carta e embaxada del Rey Baudili, aderezaron de ir a tomar el Alhambra, y partieron del lugar del real, lunes dos de enero, con sus huestes, muy ordenadas sus batallas; e llegando cerca de la Alhambra, salió el Rey Muley Bau-

dili, acompañado de muchos caballeros, con las llaves en las manos, encima de un caballo, y quísose apear a besar la mano al Rey, y el Rey no se lo consintió descabalgar del caballo, ni le quiso dar la mano, e el Rey moro le besó en el brazo y le dió las llaves, e dijo: "Toma, Señor, las llaves de tu ciudad, que yo, y los que estamos dentro somos tuyos", y el Rey Don Fernando tomó las llaves e dióselas a la Reyna, y la Reina se las dió al Príncipe, y el Príncipe se las dió al Conde de Tendilla, al qual, con el Duque de Escalona, Marqués de Villena, e con otros muchos caballeros e con tres mil de a caballo e dos mil espingarderos, envió entrar en el Alhambra e se apoderar de ella e fueron, e entraron, e la tomaron, e se apoderaron de lo alto y bajo de ella, e fueron, e entraron, e mostraron en la más alta torre primeramente el estandarte de Jesuchristo, que fué la Santa Cruz, que el Rey traía siempre en la santa conquista consigo: e el Rey, e la Reyna, e el Príncipe, a toda la hueste se humillaron a la Santa Cruz, e dieron muchas gracias e loores a Nuestro Señor; e los Arzobispos e clerecía dijeron Te Deum Laudamus; e luego mostraron los de adentro el pendón de Santiago, que el Maestre de Santiago traía en su hueste, y junto con él el pendón Real del Rey Don Fernando, y los reyes de armas del Rey dijeron a altas voces: "¡Castilla, Castilla!" e ficieron allí e dieron allí aquellos reyes de armas lo que a su oficio era debido de facer, e dieron sus pregones, e fueron presentes a este acto e bienaventurada victoria, con el Rey e con la Reyna, el Príncipe Don Juan e la Infanta Doña Juana, sus fijos, e el Cardenal de España, Arzobispo de Sevilla, e el Maestre de Santiago, e el Duque de Cádiz, e otros muchos Caballeros, e Condes, e Prelados, e Obispos, e grandes Señores, que sería prolijo de escribir: e otros muchos quedaron guardando el real, que no fueron allí. E esto fecho, el Rey y la Reyna con todas las huestes se volvieron al real, dejando en el Alhambra al Conde de Tendilla con toda la gente que era menester para la guardar: e los moros de Granada entregaron luego al Rey todas las sobrepuertas, e torres, e fortalezas de Granada, e el Rey envió alcaydes a todas, e se apoderó en todo lo fuerte de Granada, e esto fecho, el Rey fizo tomar las armas e fortalezas, así ofensivas como defensivas, y se las truxeron todas a el Alhambra, y quedaron todos sin armas, salvo algunas que escondieron. El Rey moro Muley Baudili, con los caballeros mayores de Granada, e con otros muchos, salieron de la ciudad e se fueron, según las condiciones del partido; muchos se fueron allende, y otros a los lugares de los moros mudéjares, ya ganados, y el Rey Muley Baudili se fué a vivir y a reinar al Val de Purchena, que es en las tierras que el Rey había ganado cuando ganó a Vera, que era todo de mudéjares, donde el Rey le dió señorío, e renta en que viviese, e muchos vasallos, e le alzó la pensión que de antes le debía, y le dió sus rehenes, que le tenía desque lo soltó sobre rehenes.

De la *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, del bachiller Bernáldez, Cura de los Palacios (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXX, 642).

## LA PRIMERA NOCHE DE LOS CRISTIANOS EN LA ALHAMBRA

Muy reuerendo y magnífico señor: Por que sé que vuestra señoría avrá plazer en saber el glorioso fin que Nuestro Señor ha querydo dar en lo de Granada, con el deseo que tengo de seruirle me atrevy a selo escreuir, el qual es quel domingo de año nuevo venieron al rreal las rrehenes en que serían çerca de seicientos moros de los más principales, y porque al tiempo que se sacaron ovo en la çibdad algún escándalo sobre la entrega del Alhanbra el rrey moro lo enbió hazer saber al Rey e a la Reina nuestros señores y conçertó que esa noche secretamente enbiasen persona que la reçibiese, por que desque los moros viesen que estauan apoderados en ella los xristianos avrían por bien de abaxar las cabeças, lo que otra manera no harían sin mucho escándalo y avn peligro sy de día los viesen entrar por la çibdad a la reçebir. Y a la hora mandaron sus altezas al comendador mayor de León que esta noche fuese a la tomar, el qual partió del rreal a la media noche con çiertos capitanes y gente de las guardas y algunos peones, espingarderos y vallesteros y lançeros, y fuera de camino muy apartado de la çibdad. Lo guiaron el Muley y Abencomisa y llegamos al Alhanbra en amaneçiendo e fué a entrar por do aquel cabo de los Alexares, y el Muley entró a hazer saber al Rey la venida del comendador mayor, el qual mandó que entrase él y todos los que con él yvan. Y estuvo los esperando en un aposentamiento muy rrico que se dize la torre de Comares, do se apearon el comendador mayor y algunos capitanes y caualleros de la corte que con él yvan a le besar las manos. Y allí entregó las llaues al comendador mayor y le demandó vna carta firmada de su nombre de cómo rreçebía dél para sus altezas y en su nombre el Alhanbra y estaua entregado della a toda su voluntad. Y acabado esto el Rey se abaxó a la çibdad y el comendador mayor anduvo por toda ella a poner rrecabdo de gente en todas las torres y puertas y fuerças della. Y se dixo luego misa en vna quadra muy rrica de aquel aposentamiento con las mayores lágrimas y devoçión que nunca se vió, asy por el clérigo que la dizía como por todos los que allí estáuamos y por muchos captiuos onbres y mugeres que ende se hallaron, que era la cosa del mundo de más devoción ver quántas lágrimas se dauan gracias a Nuestro Señor por tan señalado bien como avía fecho a los xristianos. Entregada el Alhanbra luego el comendador mayor lo hizo saber a sus altezas para que mandasen al conde Tendilla, a quien se dió la tenençia del Alhanbra, que viniese a la rreçebir y se diese priesa en llegar él y los capitanes y gente de las guardas que con él venían para ello, y asy mismo la † y los pendones de Santiago y real, y sus altezas con todas las batallas hordenadas andoviesen a se poner çerca de la çibdad en parte do podiesen ser vistas las batallas por los moros y sus altezas y todos los xristianos viesen poner los pendones y los abtos que se hazían, y estando puestos en los lugares ya dichos sus altezas y todos los grandes y muchos caualleros muy rricamente ataviados con muchas marlotas

y aljubas de brocado y seda, el conde de Tendilla y el de Cifuentes y los otros capitanes de las guardas llegaron al Alhanbra y subieron la † y los pendones a vna torre muy alta do se vían muy bien asy de la çibdad como del campo y allí por el Rey de armas se hizieron los abtos acostumbrados, y en tanto el Rey moro con hasta ochenta o çiento de cauallo muy bien ataviados salió a besar las manos a sus altezas al qual rrecibieron con mucho amor y cortesía y allí le entregaron al ynfante su hijo, que estaua en rrehenes desde el tiempo de su prisyón, y estando allí vinieron hasta quatroçientos captiuos, de los que estauan en el corral, con la † y solepne proçesyón cantando el Te Deum laudamus, y sus altezas se apearon a adorar la † con las mayores lágrimas y devoçión del mundo y no menos el cardenal y maestre de Santiago y duque de Cádiz y todos los otros grandes y caualleros y gentes que allí estauan, que no avía ninguno que no lloraua tan rrezio de placer dando gracias a Nuestro Señor por lo que vían, que no podían rresistir las lágrimas, y el Rey y los moros que con él estauan menos podían disymular la tristeza y dolor que sentían por ver la alegría de los xristianos, y çierto tenían mucha rrazón segund lo que perdieron, por que Granada es la más señalada y prinçipal cosa del mundo asy en grandeza como en fuerça y en rriqueza de aposentamiento, que lo de Seuilla no es syno casa pagiza para con el Alhanbra. Y como quiera que estaua defendido que no entrasen xristianos en la çiudad, era tanta la gente de cauallo o de pie que entró que no cabían por las calles y todos en tanto amor y amistad como sy nunca por ellos oviera pasado cosa ninguna de las pasadas. Acabados los abtos de los pendones y captiuos el Rey moro se despidió y fueron con él hasta su posada Rodrigo de Ulloa y Gonçalo Fernández de Aguilar, y sus altezas se boluieron al real como avían ido con sus batallas hordenadas, con mucha gloria y plazer, tan rricamente vestydos quanto como para tan glorioso día y abtos convenía, que para ello dexaron el luto todos. Crea vuestra señoría que fué el más señalado y byen aventurado día que nunca jamás en España ha avido. Otro día, martes, sus altezas por la mañana a pie desde su posada fueron en procesión a Santa Fe con los captiuos y a dar gracias a Nuestro Señor de tanta vitoria y gloria como les avía dado. A Él sean infinitas gracias por que asy lo ha guiado, que muy mejor fin le ha dado que se esperaua ni sus altezas podieron pedir. Ha de quedar en el Alhanbra el conde de Tendilla con mill lanças de las guardas y çinco mill peones, y sus altezas se dice que han de estar aquí tres o cuatro meses. No sé si el tiempo hará que sea más o menos. Al Rey moro queda el Alpuxarra eçepto tres fortalezas, que están en la costa de la mar, que se dizen Castildeferro y Adra y El Buñol. El partido muy prouechoso fué para los moros, mas quando se acaban las cosas con honrra e prouecho acabarlas de qualquier manera que sea es bien. Agora que sus altezas tienen a Granada, que es lo que deseauan, en lo otro que queda ellos se darán buena maña y los moros son tales que sin quebrarles lo capitulado les harán dexar la çibdad. Plega a Nuestro Señor que asy en lo que queda como en todo dé el fin que en

lo pasado. Lo que más suçediere sy hallare mensajero hazerlo he saber a vuestra señoría, cuya vida y estado Nuestro Señor acreçiente y prospere. Del real de la Vega VIII de enero. Servidor de vuestra señoría, que sus manos besa, Cifuentes (firmado y rubricado). (Al margen izquierdo de la firma pone): "Todas las armas se les quedan eçepto espingardas y tiros de pólvora, que éstos entregaron luego". (En la cubierta del sobre): "Al muy reverendo y magnífico señor el obispo de León, presidente de la Chancellería del Rey e de la Reina nuestros señores, y de su Concejo". (En letra de diferente mano y tinta: "Año 1492").

Carmen Pescador del Hoyo: *Cómo fué la toma de Granada* (Al-Ándalus, XX, 2, 1955, p. 285).

# TOMO II

# ÍNDICE

# IV

# LOS REINOS DE TAIFAS


PÁG.

FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO: LOS REINOS DE TAIFAS ..... 7
Reinado de Zuhair en Almería ..... 7
Dinastía de los Banu Jizrún (Arcos) ..... 8
Reinado de Izz Al-Dawla, señor de Mawrur (Morón) ..... 8
Reinado de Al-Mudáffar Isa ben Abú Bakr (Silves) ..... 9
Reinado de Al-Mútasim, señor de Santa María (del Algarbe) ..... 10
Reinado de Izz Al-Dawla (Huelva y Saltes) ..... 10
Reinado de Tach Al-Dawla Abú-L-Abbás Ahmad ben Yahya Al-Yahsubí Al-Lablí (Niebla) ..... 11
Reinado de Al-Mansur ben Abí Amir (Valencia) ..... 11
Reinado del Jefe de la Marca (Al-Qaid-Al-Thagrí) llamado Abd Allah (Murcia) .. 12
Dinastía de los Banu Razín, Reyyes de Xantamaríyat Al-Xarq (Santa María de Oriente) ..... 12
Dinastía de los Banu Birzal, Reyes de Carmona ..... 13
Reinado de Abú Nur Hilal ben Abí Qurra ben Dunas Al-Ifraní, señor de Takoronna y de sus territorios ..... 14
Dinastía de los Banu Abbad, Reyes de Sevilla y de otros lugares. Comienzo de su poder. Su conducta. Sinopsis de su historia ..... 14

LA LEYENDA DEL ESTERERO DE CALATRAVA ..... 16

AL-ÁNDALUS EXPLOTADO POR LOS TIRANOS Y LA SOLDADESCA ..... 18

SILUETA DE UN GRAN PENSADOR ESPAÑOL ..... 23
Cómo juzgaban a Ben Hazm sus contemporáneos ..... 24
Confesiones de Ben Hazm ..... 25
Pensamientos y poesías de Ben Hazm ..... 30

CÓMO SURGIÓ UN REINO EN GRANADA ..... 33
Construcción de Granada ..... 33
Ataque de los Sinhacha por Al-Múrtada ..... 34
Salida para África de Zawí ben Zirí ..... 35
Reinado de Habús ben Maksan ..... 36
Intrigas en favor de Yaddayr ben Hubasa ..... 37
Ascensión al poder de Badís ben Habús ..... 40
Complot de Yaddayr ben Hubasa contra Badís ..... 41
Victoria de Badís sobre Zuhayr, príncipe de Almería ..... 43

ASTUCIA Y CRUELDAD DE AL-MÚTADID DE SEVILLA ..... 44

RACIONALISTAS Y ALFAQUÍES ..... 47

DE RE FILOLÓGICA: EL ÁRABE DE AL-ÁNDALUS Y LA LENGUA SIGUE AL IMPERIO ..... 51

UN JUDÍO, VISIR DE GRANADA ..... 53

FÓRMULAS DE DOCUMENTOS NOTARIALES SOBRE PROBLEMAS DE DERECHO MATRIMONIAL ..... 56

Pág.

Orgullo, crimen y caída del segundo visir judío de Granada ..... 57
Estampas de la vida de una corte andaluza ..... 57
Llegada del emigrado Al-Naya a Granada ..... 60
Expulsión del príncipe Maksan ben Badís ..... 61
Complot del judío ..... 62
Asesinato del visir ..... 65

Ben Ammar y Al-Mútamid ..... 66
Poesía, amistad, ingenio, traición, desgracia y crueldad ..... 67

La ciencia del siglo de los taifas ..... 74
De criar las palomas e de melesinarlas ..... 75

Los reyezuelos de Al-Ándalus sometidos a tributo por Alfonso VI ..... 78

Los Banu Hud y los aragoneses ..... 84
Lucha entre campeones y victoria con boleadoras ..... 84
El ermitaño y el rey ..... 85
Victoria de un musulmán bilingüe ..... 86
Campeadores en la toma de Huesca ..... 86

Comienzo del imperio almorávide ..... 87

El bandolero andaluz Bazi Al-Axhab ..... 90

La poesía en los reinos de taifas ..... 92

La intervención almorávide en Al-Ándalus contada por la pluma del rey de Granada 97

La campaña de Aledo y las discordias entre los príncipes de Al-Ándalus ..... 103

Amor y poesía: Al-Mútamid y Rumaiqíya ..... 108
Encuentro poético ..... 108
Caprichos de Rumaiqíya ..... 109
Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en una mezquita sevillana por Itimad Al-Rumaiqíya ..... 109

Perversión ..... 110

Ignorancia de los sultanes almorávides ..... 112

Razón y fe en la España Musulmana ..... 113

Dos oficiales de las ciudades de Al-Ándalus ..... 117
El inspector de pesas y medidas (almotacén) ..... 118
El sereno de barrio en la España musulmana ..... 119

Entre Alfonso VI y Yúsuf. Angustias del rey de Granada ..... 119
Temores, esperanzas y fortificaciones ..... 120
Exigencias de Alvar Háñez ..... 122
Tratos con Alfonso VI ..... 124
Correspondencia con Yúsuf ben Taxufín ..... 126

La especulación filosófica en Al-Ándalus ..... 128
Deleites de la ciencia ..... 129
Especies de almas ..... 132

Pág.

Rebelión de una ciudad judía ..... 135

Valencia combatida por el Cid ..... 137

Cautiverio y fin de Al-Mútamid ..... 148
Yúsuf ben Taxufín contra Al-Mútamid ..... 149
Toma de Córdoba por los almorávides ..... 150
Resistencia de Sevilla ..... 151
Al-Mútamid prisionero ..... 152
Al-Mútamid y su familia embarcan para el destierro ..... 153
A su cadena, prisionero en Agmat ..... 153
El poeta Ben Al-Labbana visita a Al-Mútamid ..... 154
Ante la tumba de Al-Mútamid, en Agmat ..... 155

Jarchas mozárabes y muladíes ..... 156

## V

## DOMINACIÓN ALMORÁVIDE Y ALMOHADE

Intento de exploración del Atlántico ..... 161
Fallido descubrimiento de América ..... 161

La rota de Uclés y las ofensivas almorávides ..... 163
Parte oficial de la batalla ..... 163
El relato histórico ..... 169

Sevilla a comienzos del siglo XII ..... 171
El gobernador de la ciudad y sus auxiliares. Los guardias de ronda e inspectores de policía ..... 172
La gran mezquita de Sevilla ..... 174
El tráfico del río ..... 175
Uso del *lidham* por los almorávides ..... 176

Odio a cristianos y judíos ..... 177

Eclipse poético de Sevilla ..... 178

La mozarabía y los almorávides ..... 180
La iglesia de los cuervos ..... 180
Los mozárabes españoles deportados a África ..... 180

Revuelta de los cordobeses contra los almorávides ..... 181

Los mozárabes de Granada llaman a Alfonso el Batallador ..... 182

Ciencia botánica andaluza ..... 187

La última gran victoria de los almorávides en España ..... 190
La batalla de Fraga ..... 190

Cortesía de los capitanes almorávides ..... 191

Literatos y juristas españoles en la corte almorávide: hispanización del Mágrib 193

Un alcaide toledano frente a los almorávides ..... 197
La victoria ..... 198
Mudanzas de los tiempos ..... 200

Pág.

Cómo surgió el imperio almohade ..... 202

Naufragio de Al-Idrisí en Sicilia ..... 208

Destrucción del templo heracleo de Cádiz ..... 211

Arquetas de marfil de los siglos XII y XIII ..... 215

Segundas taifas de Al-Ándalus ..... 216

Descripción de Almería ..... 218

Los almohades ponen pie en España: reconquista de Almería ..... 220

Fundación de Gibraltar ..... 222

El primer soberano almohade en Gibraltar ..... 223

Retratos de los sultanes almohades ..... 226

Las huestes de Ben Mardanix de Murcia sorprenden Granada ..... 227

El rey lobo de Murcia ..... 231

Un milagro cristiano contado por los sarracenos ..... 234
El sitio de Huete ..... 234

Averroes ..... 235
Averroes y la interpretación alegórica del Corán ..... 235

De Huete a Cuenca ..... 238
Campaña del sultán almohade Abú Yaqub Yúsuf ..... 238

Elogio de Sevilla ..... 242

Campaña de los almohades contra las milicias de Ávila ..... 245

Siempre luchando ..... 249

Abú Yaqub muere en España ..... 251

La poesía en la España almorávide y almohade ..... 254
Poesía culta ..... 254
Poesía popular: Ben Guzmán ..... 260

Última gran victoria africana en España ..... 262
Versión cristiana ..... 263
Versión musulmana ..... 267
Otra versión islamita ..... 270
Razzias almohades después de Alarcos ..... 270

Sobre temas agrarios ..... 272

Tardía conquista de las Baleares por los almohades ..... 274
Carta del califa Al-Násir ..... 275

Dos santones andaluces ..... 275
Abú Cháfar Al-Uryaní ..... 276
Abú Abd Allah Muhámmad ben Qassum ..... 279

Pág.

La gran derrota almohade de las Navas ..... 281
Según los musulmanes ..... 282
Noticia del arzobispo de Narbona ..... 288
El relato castellano ..... 293
Toma de Calatrava ..... 294
Retirada de los ultramontanos ..... 295
Llega el rey de Navarra ..... 296
La hueste del Miramamelín ..... 296
Al pie de los montes ..... 297
Subida a las Navas ..... 299
En espera de la batalla ..... 300
Se ordenan las haces ..... 301
La batalla ..... 302
Te Deum Laudamus ..... 304

Un precursor de Dante ..... 305
Visión islámica del infierno ..... 306
Filosófica concepción musulmana del paraíso ..... 308

Misticismo y juglería ..... 311

España y la crisis almohade ..... 314
Yúsuf Abú Yaqub ..... 315
Abú Muhámmad Abd Al-Wáhid ..... 316
Abú Muhámmad Al-Adal ..... 317
Yahya Ben Násir ..... 319
Abú Al-Alá Al-Mamún ..... 320

En África se forma una tercera nube contra la cristiandad hispana 322
La leyenda de los Banu Marín ..... 322
Los Banu Marín en el Mágrib ..... 323
El primer caudillo Banu Marín ..... 325

## VI

## DECADENCIA, AGONÍA Y MUERTE DE LA ESPAÑA MUSULMANA

Terceras taifas de Al-Ándalus ..... 331

Cómo se perdió Córdoba ..... 332
Sorpresa y asalto de la Axarquía ..... 333
Socorros ..... 334
Entrevista nocturna ..... 336
Rendición de Córdoba ..... 338

Valencia sitiada ..... 339
Poética petición de auxilio al rey de Túnez ..... 339

El rey de Granada se declara vasallo del rey de Castilla ..... 341

Capitulación de Sevilla ..... 342

Destierro y nostalgia ..... 345

Granada castellanizada ..... 346
Imitación de las costumbres castellanas ..... 347
El caballero Magrebí y su equipo de guerra ..... 347

Pág.

Rebelión general de la morisma contra Alfonso el Sabio ..... 348

La primera cuestión nobiliaria en Granada ..... 354

Pacto entre el rey de Granada y los ricos hombres de Castilla ..... 358

Otros zarpazos del chacal africano ..... 361
La versión africana ..... 361
Versión castellana ..... 366

Otra vez humillada la cristiandad hispana ..... 370
Desastre naval de Algeciras ..... 371
Alfonso X solicita ayuda de Abú Yúsuf y le empeña su corona ..... 374
Sancho IV capitula ante Abú Yúsuf ..... 376

Los sucesores de Ben Al-Ahmar ..... 381

Un cirujano granadino del siglo XIII ..... 384
Traumatismo con herida ..... 385
Perforación intestinal ..... 385
Rotura del húmero ..... 386
Fractura de pierna ..... 386

El sitio de Almería por Jaime II de Aragón ..... 386

Batallas por el dominio del estrecho ..... 392
Los musulmanes pierden Tarifa ..... 392
Gibraltar cristiano ..... 394
Derrota naval granadina ..... 395
Triunfo naval africano ..... 396
Otra vez África conquista Gibraltar ..... 396

Granada y la corona de Aragón ..... 399

Piraterías ..... 401

El Salado: África expulsada de España ..... 404

Código de Yúsuf ..... 410

Trágica muerte del Rey Bermejo ..... 413
Cómo el rey entró otra vez en el Regno de Granada, e ganó algunos logares; e cómo se vino el Rey Bermejo a Sevilla a la merced del rey ..... 413
Cómo el Rey Bermejo, e Don Edriz fablaron con el rey ..... 414
Cómo fué preso el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros que venieran con él .... 415
De cómo fué muerto el Rey Bermejo, e otros caballeros con él ..... 416

Ben Jaldún ante Pedro el Cruel ..... 417

Últimas jornadas de la guerra santa contra los cristianos españoles ..... 418

Elogio poético de Granada y de las construcciones de Muhámmad V ..... 421

Elogio de Málaga ..... 422

Descripción de Granada por Ben Al-Jatib ..... 428

Triste fin de un historiador político ..... 432

Noche oscura del alma. Sólo Dios basta ..... 433

Pág.

Guerra de moros y cristianos ..... 436
Asaltos y sorpresas ..... 436
Romances fronterizos ..... 439

El último gran poeta hispano-árabe ..... 441

Inscripciones sepulcrales granadinas ..... 444

Las dos últimas batallas de moros y cristianos ..... 445
En el cerco de Antequera ..... 445
Batalla de la Higueruela ..... 449

Postreras jornadas de la guerra fronteriza ..... 451

La sorpresa de Huéscar ..... 454

Último viajero oriental en la Granada, ya sentenciada por el destino ..... 460

La última paz entre Castilla y Granada ..... 465

¡Ay de mi Alhama! Comienza la agonía de la España mora ..... 466

Guerras civiles de Granada ..... 474

Diez años de guerra caballeresca ..... 478
Desastre de la Axarquía ..... 478
Prisión del Rey Chico ..... 483

Capitulación para la entrega de Granada ..... 485

Capitulación secreta ..... 493

Granada: fruta madura ..... 498
Los Reyes Católicos ocupan el postrer bastión del Islam en España ..... 499

La primera noche de los cristianos en la Alhambra ..... 501

# ÍNDICE DE GRABADOS

## Mapas incluidos en el texto


| | Págs. |
|---|---|
| Los reinos de Taifas o España en el año 1050 | 39 |
| Caminos de Córdoba a Toledo en la Edad Media | 262 |
| Las Navas de Tolosa según un mapa del siglo XVI | 290 |
| Estrecho de Gibraltar | 397 |
| Granada. Plano de la cerca y puertas en el siglo XIV, según Al-Umarí | 429 |
| Etapas de la conquista del reino de Granada | 472 |


## Ilustraciones


Toledo. Puerta del Sol ..... 96/97
Toledo. Puerta Vieja de la Visagra.
Toledo. Exterior e interior del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib Mardum.
Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Pórtico sur del primer patio.
Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Arco del pórtico meridional.
Zaragoza. Arco del palacio de la Aljafería.
Zaragoza. Aljafería. Detalle de la decoración.
Zaragoza. Aljafería. Tableros decorativos.
Zaragoza. Arcos del salón principal de la Aljafería.
Zaragoza. Arco y ataurique de la Aljafería.
Palma de Mallorca. Baños árabes.
Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en la mezquita de Sevilla, por Itimad.
Ronda. El Tajo.

Sevilla. Patio de los Naranjos y Puerta del Perdón ..... 256/257
Sevilla. La Giralda y la Gran Mezquita.
Sevilla. La torre de la Giralda, vista por el frente norte.
Sevilla. Torre del Oro.
Jerez. Torre del Alcázar.
Iglesia mayor de Lebrija.
Sevilla. Alcázar. Patio del Yeso.
Murallas árabes de Sevilla.
Patio del Yeso en el Alcázar de Sevilla.
Arqueta de la Catedral de Gerona.
Inscripciones árabes de Almería de 1131 y 1133.
Tapiz llamado Bandera de las Navas. Las Huelgas. Burgos.

Toledo. Sinagoga del Tránsito ..... 416/417
Toledo. Sinagoga de Santa María la Blanca.
Toledo. Taller del Moro.
Toledo. Salón de la Casa de la Mesa.
Baena. Artesonado de los Dominicos.
Sevilla. La Madre de Dios. Artesonado.
Puerta del Monasterio de las Huelgas.
Tordesillas. Santa Clara. Cúpula.
Arqueta del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.
Arqueta de la Catedral de Palencia. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
Lebrillo de loza de Manises.
Orza de Teruel. Barcelona.
Alfombra del almirante de Castilla.
Alfombra morisca de Alcaraz.
Encuadernaciones labradas. Biblioteca de la Universidad. Salamanca.

Sevilla. Alcázar. Fachada del Salón de Carlos V ..... 424/425
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.

NORTH CENTRAL COLLEGE

3 2611 002760847